G. H. GUARCH

# *El* TALMUD *de* VIENA

***Una novela que nos sumerge en la historia de la Europa Central del siglo XX, la ciudad de Viena y el largo peregrinaje del pueblo judío a través de una saga familiar en pos de un sueño: alcanzar la Tierra Prometida.***

*Algo más que un sueño*

«El Talmud de Viena» es una narración histórica novelada acerca de los hechos sucedidos a la población judía de Europa Central y la U.R.S.S. en el periodo desde la firma del Tratado de Versalles hasta 1948, con la creación del Estado de Israel. Los protagonistas son ficticios y cualquier similitud con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia. Aunque los hechos históricos fundamentales son verídicos, en algún caso han podido ser adaptados a la ficción. La historia es como un espejo roto y oscuro que nos permite vislumbrar quiénes somos. Esta historia es un homenaje a mujeres representadas por las protagonistas de la historia: Selma Goldman, Esther Dukas, Lowe Lowestein, Hannah Richter, Constanze von Sperling, Angélica von Schönhausen, Ilse Edelberg, y miles y miles de mujeres que hicieron lo que tenían que hacer, cuando solo imaginarlo parecía imposible. Este libro es como un patchwork de recuerdos, un homenaje a los que soñaron alguna vez con la Tierra Prometida, a los que se quedaron en el camino y no pudieron llegar a la Colina de Sión, a todos aquellos para los que fue algo más que un sueño.

Gonzalo Hernández Guarch

# El Talmud de Viena

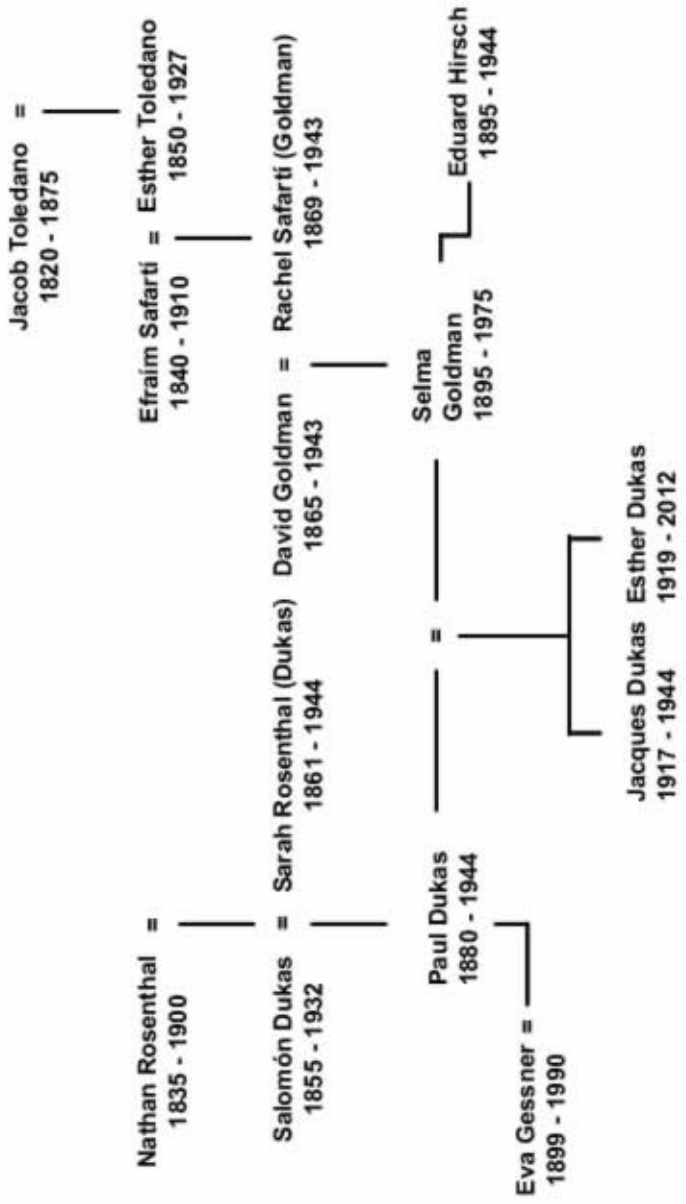
**ePub r1.0**
**Mangeloso** 11.08.14

Título original: *El Talmud de Viena*
Gonzalo Hernández Guarch, 2014
Retoque de cubierta: Mangeloso

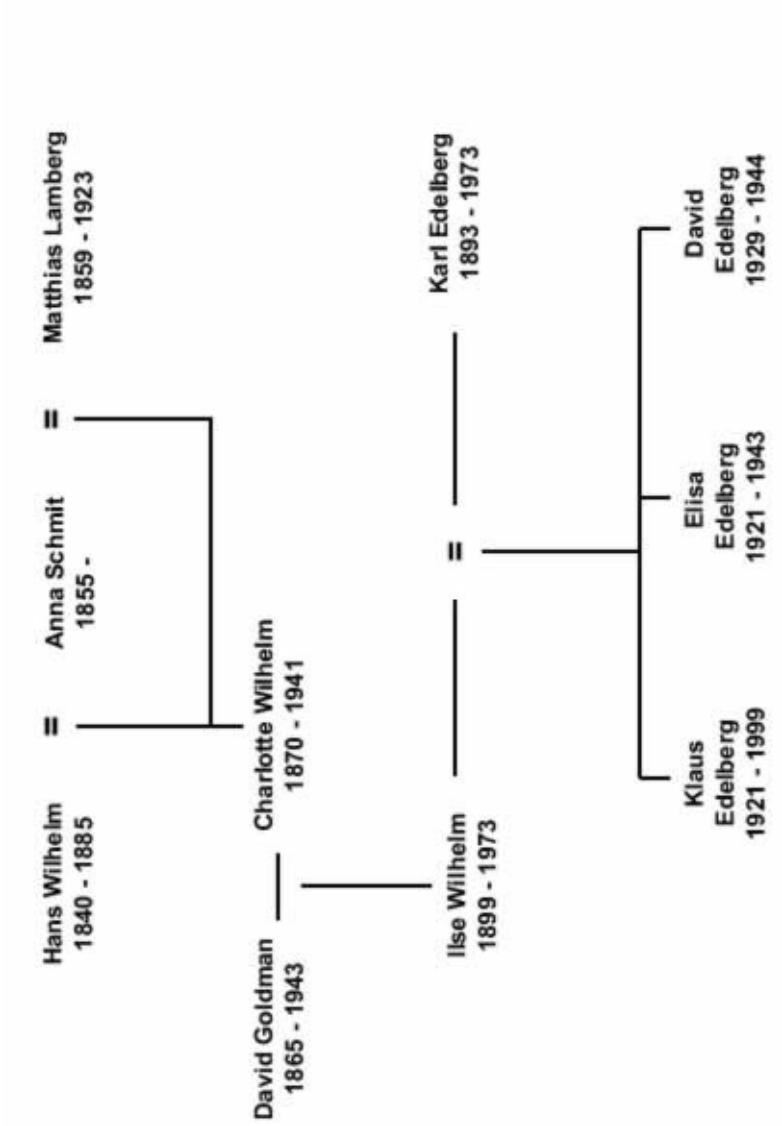
Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

*Este libro está dedicado a Adela Nacmías, a su hermano Davide, y a sus padres Rafael y Margarita, perseguidos y escapados de la opresión nazi.*

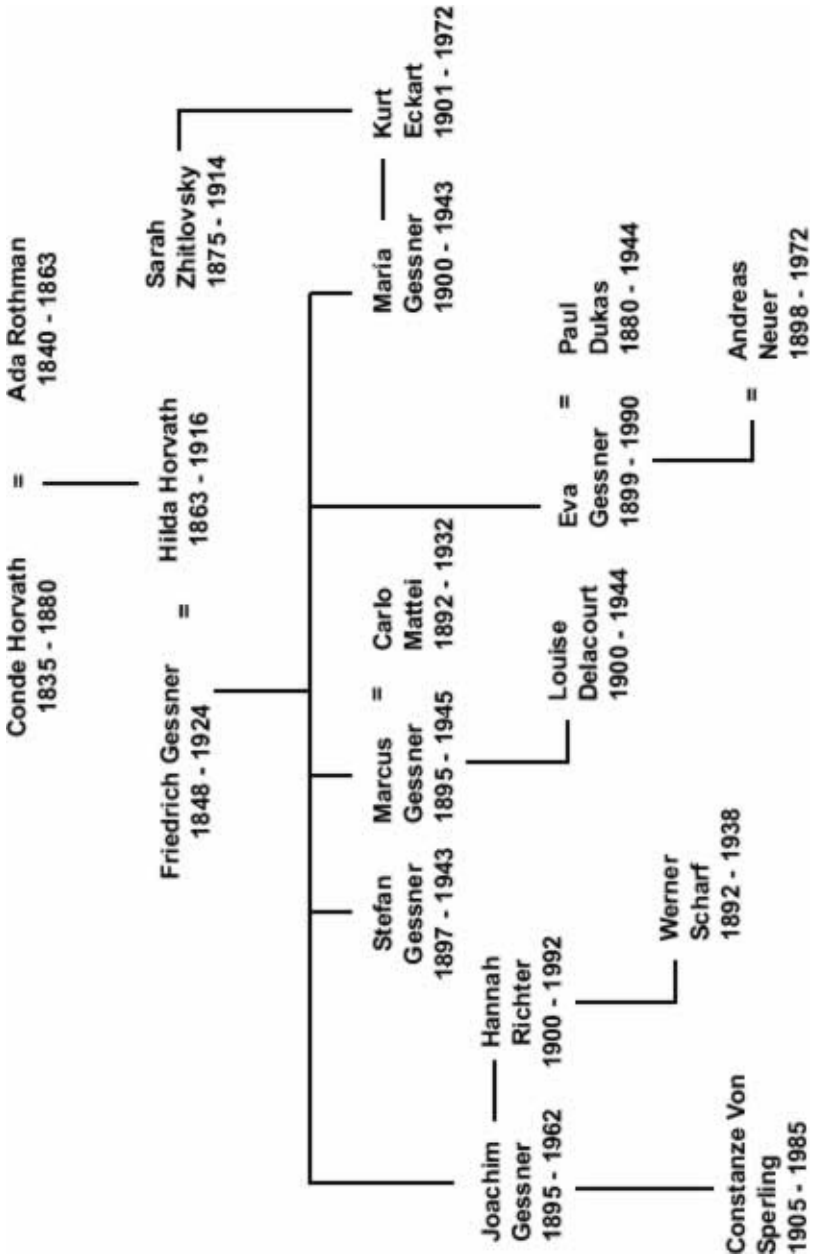
*También está dedicado al Pueblo de Israel y a todas las víctimas de la barbarie nazi, especialmente a aquellos que con su sacrificio nos dejaron un precioso ejemplo: no rendirse jamás ante la injusticia y la opresión.*




**FAMILIA GOLDMAN-DUKAS**




**FAMILIA EDELBERG**




**FAMILIA GESSNER**

# PRIMERA PARTE

# UNA GRAN FAMILIA

## Desde el tratado de Versalles hasta la toma de poder de Adolf Hitler (1919-1933)

# 1. SELMA DUKAS (VERSALLES-VIENA, JUNIO DE 1919)

Esther Dukas nació el veintiocho de junio de 1919, el mismo día y casi a la misma hora en que se estaba firmando el Tratado de Versalles. Su madre notó los primeros síntomas del parto cuando ya se estaba preparando para salir de la casa en la que residía aquellos meses en Ville d'Avray, un pequeño pueblo muy cercano a Versalles, y dirigirse como todos los días en el único taxi del lugar al Palacio del Trianón. Allí debía asistir como traductora personal al primer ministro de Grecia, Eleftherios Venizelos, en aquellas transcendentales horas finales de la larga y compleja conferencia que culminaba los acuerdos exigidos por los países vencedores sobre los vencidos en la Gran Guerra.

Selma Dukas rompió aguas mientras aguardaba en la puerta a monsieur Goujón, el taxista, a las siete de la mañana como todos los días laborables. La imprevista situación la cogió por sorpresa, ya que el parto tendría que haber tenido lugar a finales de agosto, cuando se cumplirían los nueve meses naturales. A pesar de su avanzado embarazo tenía planeado asistir a la última ceremonia, despedirse de todos y tres días más tarde abandonar Ville d'Avray, para dirigirse a la Gare de Lyon, en París, y viajar a Viena en el «Orient Express». Una vez allí pensaba aguardar tranquilamente en su hogar a que llegase el momento, tras culminar aquellos ajetreados meses durante los que había conocido a los más importantes hombres de estado, y vivido una emocionante e intensa experiencia humana.

Era lo que había pactado seis meses antes con el jefe de gabinete de Venizelos, cuando resultó elegida como su traductora personal durante el tiempo que durase la conferencia. Se había comprometido a permanecer en Versalles hasta que le faltasen dos meses para dar a luz, ya que de acuerdo a las previsiones, aquella fecha coincidiría muy aproximadamente con el final de la conferencia. La decisión de aceptar aquel particular trabajo provenía de las fuertes diferencias conyugales de los últimos tiempos con su marido, Paul

Dukas.

Desde que era una niña, Selma había tenido gran facilidad para los idiomas. Hablaba el griego, su idioma natal en el que se dirigía a su madre, el alemán por su padre, el turco, el sefardí y algo de yiddish, idiomas locales en Tesalónica entre la importante comunidad judía que residía en aquella ciudad, además del inglés, el francés y el ruso, estos últimos por exigencia familiar. Selma había permanecido un año en París y dos en Viena, en ambas ciudades en casa de parientes de su padre. Aquel bagaje la había convertido en una persona abierta, dispuesta a todo, con ganas de seguir aprendiendo y conocer el mundo. Sus ojos claros y su cabello castaño claro, herencia de su padre, la ayudaron a integrarse.

Sin embargo aunque hacia unas semanas que sentía molestias, no podría marcharse de un día para otro y abandonar la escena como si nada. A lo largo de aquellos largos y ajetreados días en Versalles, el primer ministro Venizelos, que se sentía responsable de su traductora, se dio cuenta de su enorme voluntad y su tesón por hacer las cosas lo mejor que podía, lo que le agradecía otorgándole un trato muy cercano y cordial. No solamente él, pues Selma intervino en la mayoría de las conversaciones oficiales y privadas que tuvieron lugar entre el ministro griego y el presidente americano Woodrow Wilson, también en las que ambos mantuvieron en conjunto con George Clemenceau, el jefe de gobierno francés.

Poco a poco, Selma Dukas fue destacando entre el resto de los traductores, su carácter conciliador que parecía facilitar siempre las cosas, además de la forma en que se expresaba quitando hierro a los más complejos asuntos. Se convirtió muy pronto en alguien indispensable y en la traductora favorita; al menos para aquellos tres relevantes personajes, que consideraban imposible que ningún otro traductor la sustituyera en unos días tan tensos y complicados.

Llegó a pensar que, si la conferencia se alargaba más de la cuenta, le resultaría imposible decirles que se volvía a casa en Viena para tener a su hija, ya que Selma estaba convencida de que sería una niña. Jacques, el primogénito, había quedado al cuidado de sus abuelos maternos, mientras ella decidía lo que iba a hacer con su matrimonio.

Mantenía una cercana y cálida relación con Venizelos. Al inicio de la conferencia nadie había concedido un papel importante a aquel hombre que poco a poco se fue ganando el respeto de los demás participantes, al mostrar un

carácter coherente y cordial con sus colegas, sin ningún complejo cuando tenía que discutir con el abierto y dialogante presidente Woodrow de los Estados Unidos o con el duro y obstinado Clemenceau, el jefe de gobierno francés.

Selma notó enseguida que cuando ella llegaba los tres grandes hombres se incorporaban, como si se tratase de alguien mucho más importante que una traductora. Selma poseía unos bellos ojos, vestía con sencilla elegancia y tenía un impecable acento fuera el que fuese el idioma en que se dirigiese a su interlocutor. Con Wilson era capaz de pasar sin esfuerzo aparente desde el inglés académico de Oxford, en que ella se expresaba, al acento sureño de Virginia de donde él procedía. Lo hacía con tanta gracia y tal facilidad que desde el primer día aquel hombre se sentía como atendido por alguien de su propio equipo, como si ella lo hubiese acompañado desde Staunton, su ciudad natal, a Versalles. Cuando Selma escuchaba hablar un rato a alguien, era capaz de imitar su acento sin esfuerzo alguno, sabiendo que aquello la acercaba más aun a la realidad de lo que aquel pretendía expresar.

Los tres políticos que llevaban el peso de la larga conferencia la echaron de menos en el momento culminante, cuando se estaba procediendo a la firma del tratado en el Salón de los Espejos de Versalles, a última hora de la mañana del 28 de junio de 1919, mientras ella, agotada por el parto y asistida por la comadrona del pueblo, observaba a su preciosa hija recién nacida en el dormitorio de la vieja casa de Ville d’Avray, donde había alquilado dos habitaciones para su estancia durante aquellos meses, y que se había convertido en un hogar.

Cuando unas horas más tarde Venizelos se enteró de lo sucedido —ya que ella envió al taxista para que avisara—, le mandó un ramo de flores y una nota agradeciéndole todo lo que había aportado a lo largo de aquellos meses. Después Venizelos lo comentó con el que ya consideraba su amigo, Woodrow Wilson, quien tomó la decisión de tener un detalle con aquella gentil dama que tanto había colaborado, y le pidió a su secretario que redactara un acuerdo presidencial para conceder la ciudadanía norteamericana al recién nacido. Tuvieron que averiguar las circunstancias enviando a Ville d’Avray a un oficial de la marina que servía de enlace, para que se enterara del nombre y demás datos necesarios. Esther Dukas fue inscrita como ciudadana americana en la embajada de los Estados Unidos en París. George Clemenceau, al enterarse, no quiso ser menos,

ya que a fin de cuentas aquella niña había nacido en Francia y, tras consultarlo con uno de los abogados del estado que le asesoraban durante la conferencia, también le otorgó la nacionalidad francesa. La niña poseería la triple nacionalidad, austríaca, norteamericana y francesa, que no eran incompatibles. En aquel momento no parecía más que una anécdota, un cariñoso detalle con Selma Dukas. Nadie podía imaginar que, muchos años más tarde, aquello influiría de manera decisiva en la vida de Esther Dukas. Selma transmitió a su familia en Viena el nacimiento de Esther por telegrama. Aunque la guerra había interrumpido por algún tiempo las transmisiones, para mediados de 1919 el cuerpo de correos y telégrafos volvía a funcionar con normalidad en Europa central.

El padre de la niña y esposo de Selma, el doctor Paul Dukas, recibió el telegrama sin demasiado entusiasmo, ya que aquella noticia le obligaba a viajar a París, salvo que tomara la decisión de separarse definitivamente de su mujer. Ambos llevaban meses intentando mantener la situación, aunque en aquellos momentos eran conscientes de que todo había terminado entre ellos. Paul estaba conviviendo los últimos meses con Eva Gessner, una atrevida dama alemana que residía en Viena, de la que creía estar profundamente enamorado; y en los últimos tiempos no hacía demasiados esfuerzos por ocultar el escándalo. Aquel era el motivo principal por el que el niño permanecía en casa de sus abuelos maternos.

David Goldman y su esposa Rachel, judíos practicantes, se consideraban austríacos a todos los efectos aunque seguían manteniendo sus principios como integrantes de la comunidad judía de Viena. Ambos intentaron oponerse sin éxito al matrimonio de su hija Selma con Paul Dukas, al que ya no podían considerar miembro de la comunidad judía a causa de la conversión al cristianismo de la familia Dukas. Habían advertido a su hija de las dificultades a las que se enfrentaría. Las circunstancias parecían darles finalmente la razón.

David Goldman, vienés de tercera generación, de familia culta y bien situada, hombre observador, doctor en filosofía e investigador de la cultura hebrea en Europa, a sus cincuenta y cuatro años estaba de vuelta de la soberbia humana. Pensaba con cierta amargura que a su yerno se le había subido el éxito a la cabeza, y que como otros matrimonios, el de su hija Selma con aquel reputado psiquiatra, estaba atravesando una seria crisis que probablemente terminaría en

ruptura matrimonial. Cuando Selma se presentó a la selección para traductores de la comitiva griega durante la Conferencia de Versalles, donde se iban a dilucidar las responsabilidades y el futuro de los contendientes en la Gran Guerra, supo que su hija aprovecharía aquella oportunidad para demostrar su independencia, y que su marido no se atrevería a impedírselo, sabiendo que tal decisión le costaría el divorcio.

Goldman consideraba a su yerno un hombre inteligente y capaz, también alguien extremadamente ambicioso. La familia Dukas había abandonado la religión judía, convencida de que la conversión era el único camino para la total integración y poder así conseguir el éxito económico y social. Él sabía muy bien que la mayoría de las veces aquella decisión no era más que un falso espejismo. De todo lo que poseía, su mayor tesoro era un ejemplar del Talmud Bavli Maseket Shabat, editado en Viena en 1830 por Schmid. A él acudía de tanto en tanto cuando tenía cualquier duda, aquel Talmud de Viena contenía la filosofía que había impartido a su familia. Incluso Rachel se sabía trozos de memoria.

Paul Dukas se consideraba un hombre adelantado a su época, con sólo treinta y nueve años, su fama de inteligente y excéntrico psiquiatra le precedía. Su elegancia natural y su indudable éxito profesional le habían creado una aureola de la que no iba a desprenderse por una rabieta. Goldman supo que su yerno, prudentemente, no hizo ningún comentario a la decisión de su mujer de marcharse a París una temporada, ni al hecho de que su hijo tuviera que permanecer durante aquellos meses con ellos. Jacques, con apenas dos años, estaba acostumbrado a pasar los fines de semana con sus abuelos y la situación no le supuso ningún trauma. No pudo evitar pensar con cierta amargura que tampoco para su padre, ya que en todo caso a Paul Dukas la situación le proporcionaba una total libertad, con Eva Gessner entrando y saliendo a su antojo de su piso, sin tener que ocultarse ni necesidad de dar explicaciones.

David Goldman pensaba con frecuencia en la historia de su familia, asentada en Viena desde principios del siglo pasado. Habían ido ascendiendo con rapidez en la escala social y estaban colaborando de manera muy directa en transformar la ciudad en una moderna urbe como correspondía al nuevo siglo. Sus primos hermanos, por la rama Goldman, habían edificado el más influyente centro de moda en la ciudad, un importante y polémico edificio en el mismo corazón de Viena. La mayoría de los miembros de su familia eran unos privilegiados, no

tenían motivo de queja. Aunque en determinados momentos los miembros de la comunidad hebrea tuvieran que tragar algún sapo, no iba a amargarles la existencia. David creía estar de vuelta de muchas cosas, consciente de que la envidia era muy mala consejera, y también de la cantidad de miembros de la comunidad hebrea que sobresalían intelectualmente. Comprendía que no resultaba fácil para una sociedad acostumbrada a dirigir el mundo, como la vienesa, que los judíos se abrieran paso con tanta facilidad en cualquier profesión, ya fuera como comerciantes, financieros, abogados, profesores universitarios, médicos, científicos, marchantes de arte, artistas o músicos. ¡Ah, y qué músicos! Ahí estaba sin más la brillante dinastía de los Strauss, ya austríacos de honor sin discusión, pero de incuestionable origen hebreo, estigma que los vieneses pretendían ocultar. Por no hablar de Mendelssohn, de Gustav Mahler y tantos otros.

O el mismo Sigmund Freud, en aquellos momentos el más afamado y brillante médico psiquiatra de Europa, por mucho que ello disgustara a su yerno, o a él mismo que tampoco estaba de acuerdo con sus complejas teorías. El Dr. Freud sólo debía ser cinco o seis años menor que él. Pretendía haber descubierto que el mundo giraba alrededor del sexo, como si aquello fuese algo nuevo y no lo hubiera dejado muy claro el propio Talmud. Aunque para él, que otro judío moravo viniese de nuevo con aquella historia del sexo no tenía nada de particular.

Entre sus pecados de juventud, David escondía su afición al sexo, lo que ya a las puertas de la vejez le parecía algo incomprensible. Siempre pensaba en aquellos lejanos días, cuando estudió la carrera de filosofía en Berlín, en los que, además de muchas aventuras de las que prefería olvidarse, sin desearlo había tenido una hija con una joven alemana. El nombre de su hija natural, con la que nunca había mantenido la más mínima relación, era Ilse Wilhelm, ya que llevaba el apellido de su madre, Charlotte Wilhelm.

Después de tanto tiempo intentando ocultárselo a su hija aquello ocasionó una crisis familiar, cuando un día, Selma, que tenía entonces diecinueve años, encontró en el buró en el que él guardaba sus papeles la dirección de Charlotte Wilhelm y unas viejas cartas. Aquello la dejó sin saber qué pensar, pero no comentó nada. Unos meses después, aprovechando un viaje universitario a Berlín, sin advertírselo, Selma fue a intentar dar con la que según aquellas cartas

debía ser su hermanastra. La joven Ilse era unos cinco años mayor y cuando Selma la abordó en la calle y le dijo que tenía que hablar con ella de algo muy importante, Ilse Wilhelm se quedó tan sorprendida que no supo reaccionar. Se sentaron en un banco en Unter den Linden. Selma le explicó quién era y cómo había descubierto que ella era su hermanastra. Ilse Wilhelm se quedó mirándola muy nerviosa y solo acertó a replicar.

—¿Tú padre es el judío Goldman? ¡De qué me estás hablando, yo no tengo nada que ver con ese hombre! ¡Mi madre me explicó que cuando era joven estuvo saliendo con un judío con ese nombre sin saber entonces que lo era! ¡Para que te quede claro, debes saber que mi padre, ya fallecido, era un prusiano de Hamburgo!

Sin más explicaciones, la muchacha se levantó aparentemente muy ofendida y se alejó, dejando a Selma sin comprender nada. Cuando Selma volvió a Viena no quiso ocultárselo a su padre y le contó lo que había pasado. David, un tanto avergonzado, tuvo que aceptar que era cierto, y le confesó que efectivamente tenía la convicción de que aquella muchacha, Ilse Wilhelm, era hija suya, en realidad fruto de una aventura juvenil a la que entonces no dio mayor importancia, aunque cuando la mujer con la que había salido, Charlotte Wilhelm, supo que estaba embarazada se puso en contacto inmediatamente con él. Cuando se enteró que él era judío cortó la relación en seco.

Rachel, su esposa, una inteligente sefardí nacida en Tesalónica, entendía la existencia como un proceso inevitable en el que las cosas simplemente sucedían y oponerse a ellas solía complicarlas. Aquella pragmática forma de entender la vida venía desde hacía siglos transmitiéndose a lo largo de generaciones en las familias de sus ancestros, los Safartí, Toledano, y Péres, gentes que sobre todas las cosas valoraban el sentido común. Rachel compartía su opinión en relación con Paul Dukas, aunque era más precavida y prudente que él.

Cuando Selma le contó que se había enamorado de un médico llamado Paul Dukas, ni siquiera hizo el más mínimo comentario sobre lo que pensaba. Selma le explicó entonces que el problema era que Paul no era judío. Rachel no pudo evitar pensar que con aquel apellido, Dukas, indudablemente se trataba de un judío. Asintió sonriendo y le aseguró que se alegraba mucho por ella. Rachel sabía que si en aquel momento le hubiera dicho a Selma lo que en realidad pensaba, se habría expuesto a perder a su hija para siempre.

# 2. EL MUNDO DE PAUL DUKAS (VIENA-PARÍS, JUNIO DE 1919)

El doctor Paul Dukas tomó el expreso a París la misma tarde en que recibió el telegrama de Selma, en el que le comunicaba que había dado a luz a una niña. Ante aquella circunstancia, comprendió que no tenía otra opción, salvo que tomase la decisión de romper su matrimonio definitivamente. Le explicó a Eva Gessner lo sucedido y le dijo que intentaría estar de vuelta lo antes posible. Cuando ella le preguntó con cierta ironía si después de aquello pensaba divorciarse, tal y como le prometía a cada instante, él asintió levemente, consciente de que los gestos comprometían menos que las palabras.

Sentado en su departamento privado en el expreso, Paul pensó en todo lo que le estaba sucediendo, en el inesperado giro que estaba dando su vida, precisamente cuando había creído entrar en una etapa de estabilidad y sosiego familiar. Por ello estaba construyendo en Grinzing una hermosa mansión. Hasta que apareció Eva, pretendía crear un hogar del que sentirse orgulloso, ya que aquello significaba mucho para él, pues no podía olvidar su niñez, cuando aún se llamaba Saúl y sólo era un niño judío en Dubossati, una aldea muy cercana al río Dniéster, en la Besarabia, y su padre, Salomón Dukas, era el médico de la comunidad judía, que apenas ganaba lo suficiente para devolver la deuda que tenía. Su padre decidió emigrar a Leonding, en Austria, ya que allí vivían algunos de sus parientes lejanos con los que se carteaba. Leonding era un pueblo colindante a Linz, tanto que casi se consideraba un barrio de aquella ciudad en el que vivieron tres años. Después se trasladaron definitivamente a Viena.

Admiraba a su padre por haber sabido desprenderse de todo e intentar conseguir lo mejor para su familia, para él. En ocasiones pensaba cómo se sacrificó aquel hombre para lograr que él pudiera estudiar en la universidad, gastando lo que no tenía, endeudándose para que no le faltase de nada, incluyendo la cara especialidad de neurología y psiquiatría, sin oponerse jamás a sus deseos; aquel muchacho merecía cualquier esfuerzo para que pudiera llegar a

lo más alto.

Él le estaba agradeciendo todo aquello, devolviéndoles la fe que habían tenido en él, para que pudieran gozar de los mejores años de su vida en un confortable piso en el centro de Viena, algo que con la jubilación que le hubiera correspondido a su padre como médico rural no habría podido costearse. Sus padres lo tenían por un buen hijo y se lo agradecían de mil maneras. Un día su padre le dijo que había soñado siempre con una casa como la que él se estaba construyendo, un lujo imposible. Que su hijo lo hubiera conseguido era el cumplimiento de su propio sueño.

Cuando a las siete treinta Paul se dirigió al exclusivo vagón restaurante de los Wagon Lits, de primera clase, pensaba en la privilegiada posición social que había alcanzado. Debería ser muy cuidadoso si no quería tener un serio problema en la conservadora sociedad de Viena, en la que se aceptaban los divorcios, a pesar de la frontal oposición de la iglesia. Era algo inherente a la nueva época. Pero no podía dejar de pensar que a pesar de todo, de su éxito profesional, de su nueva posición económica, de su aspecto de triunfador, en el fondo para todos ellos, al menos para la clase de gente que en realidad le importaba y con los que se codeaba cotidianamente, los acomodados burgueses de los barrios residenciales del centro de Viena, solo seguía siendo un judío más. Por mucho que se hubieran convertido al cristianismo, y que nada tuviera que ver con los que seguían asistiendo a la sinagoga, ni con aquellos judíos pobres que malvivían en los barrios periféricos, gentes que caminaban por la ciudad con sus particulares vestimentas y su aspecto exótico que los delataba a distancia. Le ponía nervioso sólo el pensarlo. Él se consideraba el prototipo europeo, con su piel blanca, ojos grises muy claros, cabello castaño cuidadosamente peinado con fijador, manos de largos dedos, y por supuesto los elegantes trajes que vestía siempre, los mejores zapatos, los más caros sombreros a juego. Creía que nada en todo ello hacía pensar en un judío. ¿O sí? Aquella duda permanente le preocupaba. Hubiera querido que nadie conociera a sus padres en Viena. Y menos aún que lo relacionaran con sus suegros. Le ponía nervioso pensar que en aquellos momentos su hijo Jacques se encontrara en casa de los Goldman. No lo llevarían a la sinagoga, estaba seguro, ya que había sido condición «si ne qua non» para permitirles tener al niño algunos fines de semana, pero no era menos cierto que durante los últimos meses el niño estaba viviendo con dos personas

que se consideraban verdaderos judíos, como el ambiente del «shabat» que comenzaría al atardecer del día siguiente. No le hacía ninguna gracia todo aquel asunto, y tampoco quería que el niño repitiese más tarde alguna palabra en yiddish, que su suegro utilizaba de tanto en tanto como gracia. Él lo entendía sin esfuerzo, reminiscencia de su niñez judía en Dubossati.

Mientras entraba en el vagón restaurante pensaba en todo ello como una mácula en su impecable esmoquin. El maître le condujo a una mesa para dos, ya que obligatoriamente se compartían, en la que otro hombre, igualmente trajeado con otro esmoquin, aguardaba a que le llevaran la carta. Hizo una leve inclinación de cabeza y se sentó esbozando una sonrisa de complicidad. No le sonaba aquel rostro. Cuando al presentarse, ambos inclinaron al tiempo la cabeza, escuchó su nombre, Adolf Loos. Se trataba de uno de los más afamados arquitectos de Viena.

Cenaron hablando de los nuevos tiempos y, cómo no, del Tratado de Versalles que acababa de firmarse. Ambos coincidieron en que el resultado era un verdadero desastre para Austria y aún más para Alemania. Loos comentó que la época imperial, ya anacrónica, había acabado. Añadió que él también iba a París para un posible encargo profesional, y cuando Paul le explicó que su viaje se debía a que acababa de ser padre y que iba a Versalles a conocer a su nueva hija. Tras felicitarlo, Loos se mostró sorprendido y muy interesado del papel como traductora de Selma Dukas, ya que tuvo que explicarle los motivos por los que su esposa estaba tan lejos de Viena en el momento del parto. Pareció muy de acuerdo en que el progreso estaba vinculado a la nueva posición que deberían ocupar las mujeres en la vida. Loos era un hombre muy avanzado y coincidieron en muchas cosas. Le habló de su concepto del «raumplan», de la distinta importancia de los diferentes espacios y usos en los edificios. Luego, le preguntó que le parecía el edificio de la Sastrería Goldman and Salatsch. Paul pudo salir airoso contestando.

—¡Ah! ¡Se refiere usted a la casa Loos! ¡Un verdadero homenaje a su creador! ¡Su casa en Michaelerplatz!

Loos tuvo que aceptar la acertada, punzante y culta respuesta y sonrió. Un rato más tarde ambos se retiraron ya que debían dejar lugar al siguiente turno de cena, el vagón restaurante no permitía más que una corta sobremesa. Intercambiaron tarjetas, y quedaron en llamarse cuando volvieran a Viena.

Mientras Paul se dirigía a su compartimento, pensó que tal vez habría tenido que hablar con aquel arquitecto antes de encargar el proyecto de su nueva casa, aunque estaba realmente satisfecho del resultado.

Ya en pijama, tumbado en la litera, con el monótono traqueteo que paradójicamente le impedía dormir, pensaba que no había sido capaz de decirle que su suegro era David Goldman, pariente cercano de los promotores de aquel polémico edificio, y uno de los accionistas, ya que ello hubiera sido como mencionar que efectivamente estaba emparentado con auténticos judíos, y que por tanto él también era otro judío más de cualquiera de las otras tribus de Israel. ¿No había diseñado también Loos el edificio de la Sastrería Ebenstein? Otro sastre judío que había sabido triunfar. Los astutos judíos también habían traído la moda a Viena. De hecho habían fundado «La corporación de sastres vieneses», y ellos eran los que traían la última moda de Londres y de París, los que organizaban los pases de modelos, los que imprimían las revistas de moda, y los que dictaban lo que las damas y caballeros de la elegante y sofisticada Viena vestirían y calzarían la próxima temporada.

Paul Dukas sabía que tendría que convivir con ello toda su vida, aunque no terminaba de aceptarlo. En Viena, donde habitaban judíos de todas las clases sociales, los austríacos de sangre germana aceptaban a regañadientes la situación, aunque era cierto que sabían distinguir entre unos y otros. Cuando se cruzaba por la calle con verdaderos judíos, vestidos como tales, no quería emplear el término «disfrazados de judíos,» ni siquiera volvía la cabeza, sólo miraba fijamente al frente y seguía su camino. El tema de sus suegros era algo que no terminaba de aceptar, y por supuesto una de las causas de la incómoda situación con Selma, harta de que se refiriera a ellos empleando lo que ella definía como un tono de superioridad.

No paraba de darle vueltas a la cabeza a su relación con Sigmund Freud, con el que mantenía un absoluto enfrentamiento intelectual. Desde que leyó sus primeros textos, Paul tenía la certeza de que aquel famoso médico psiquiatra estaba totalmente equivocado, y que por tanto su legado sería nefasto para la credibilidad de la psiquiatría. No quería decir «psiquiatría judía», aunque no podía evitar pensarlo. Él no creía en el exótico diván cubierto de alfombras turcas y persas del que tanto se hablaba en toda Viena, del ambiente cargado de simbología africana y arte oriental. Tampoco en el psicoanálisis, los complejos

infantiles, y menos aún en el sexo como centro del mundo onírico y real. Algunas damas vienesas, cargadas de manías y dinero, iban a conocer al famoso psiquiatra que centraba su diagnóstico en curiosas historias, todas ellas centradas en el sexo. Un sexo explícito que dejaba de ser secreto de alcoba para convertirse en protagonista de la vida y de la mente. Viena era el lugar adecuado para exponer aquellas innovadoras teorías, a las que se había dado una gran acogida cuando el conocido psiquiatra Krafft-Ebing editó en 1886 sus atrevidas tesis en el libro «Psicopatología sexual», un volumen que revolucionaba las ideas adquiridas, o cuando el joven y brillante filósofo Otto Weininger editó «Sexo y carácter», en 1903, otro libro que tuvo una inmediata difusión en la ciudad.

Por experiencia personal Paul sabía lo importante que podía llegar a ser el sexo, no era preciso que nadie se lo recordara. Todo aquel tiempo, mientras Selma andaba por los recargados salones del Trianón, traduciendo las bromas que se gastarían los unos a los otros, y los jugosos comentarios, para Venizelos, Wilson, Clemenceau, Lloyd George y todos los demás, él había aprovechado bien el tiempo, sobre todo las noches, para volver a recuperar el desenfadado espíritu de la juventud, haciendo el amor en todas las posturas posibles con la atractiva y desinhibida Eva Gessner, que como estudiante en París había aprendido mucho sobre el arte de amar y sus perversas variantes.

Eva le volvía loco. Como psiquiatra era perfectamente consciente de las locuras que un hombre podría llegar a hacer por una mujer, pero Freud había llevado aquel asunto demasiado lejos. La perversa sexualidad infantil. La envidia del pene, el complejo de castración. Para Freud todo se reducía al sexo, y los hipócritas que lo negaban no reconocerían jamás sus propios secretos de alcoba. Temas muy delicados para hablarlos frente a públicos no profesionales, que luego hacían comentarios sobre la procaz sexualidad de los judíos, como había podido escuchar en reuniones en las que no se le tenía por judío, en las que abundaban los chistes fáciles sobre los judíos y el sexo, que pretendían demostrar estereotipos groseros, sabiendo que con ello menospreciaban a un importante grupo de los ciudadanos intelectualmente más señalados de Viena. Tal vez por ello, también él, apurado al entrar en la librería, había comprado y leído en profundidad «La interpretación de los sueños», el consciente, el inconsciente, los traumas, la represión de determinados sentimientos. En algunas

cosas estaba de acuerdo, pero no en lo fundamental. Todo aquello de la fase anal, la fase oral, la fase genital era demasiado evidente, aunque para él la teoría fallaba cuando Freud lo vinculaba permanentemente al incesto, la perversión, los trastornos mentales, aquello que había bautizado como los complejos de Edipo, de Electra, y todo lo demás; temas tan procaces como los conflictos sexuales de la niñez como causa de los trastornos posteriores, el odio hacia el padre, la atracción sexual hacia la madre. ¡Bah! Una teoría brillante y hablando claramente muy comercial, pero que no resistiría el paso del tiempo y el progreso de la psiquiatría. Algunos de los pacientes que a él le llegaban después de un frustrado intento con Freud, explicándole que en modo alguno podían aceptar las repugnantes teorías de aquel doctor, al que más de uno tildaba incluso de farsante, o de excesivamente protagonista, haciéndoles a las damas procaces preguntas que les subían los colores, o investigando extrañas y morbosas vinculaciones eróticas como fondo de sus problemas mentales o los de sus familiares. A la vista de ello tomó la decisión de incrementar sus honorarios al mismo nivel que el doctor Freud. No quería ni podía ser menos. Él creía en métodos más tradicionales, pero también más efectivos. Después de todo, no podía quejarse.

Sin embargo allí estaba, intentando conciliar el sueño en el expreso de París para conocer a su nueva hija, sabiendo que su matrimonio estaba acabado. No podría asegurar que aquella niña fuera suya, pues, lo mismo que él vivía su vida, tenía la certeza de que Selma le estaba pagando con la misma moneda, aunque no podría asegurarlo. Pensaba en lo que Selma le había contado una vez sobre aquella secreta hermanastra, que según ella, tenía en Berlín. Una confidencia que se le había escapado. Podría recordar incluso su nombre… ¿Ilse Wilhelm? La joven hija de madre soltera, fruto de una tórrida aventura juvenil de David Goldman con una tal Charlotte Wilhelm. Selma le había hecho prometer que no comentaría jamás aquel asunto. Nadie estaba libre de pecado, ni siquiera su suegro, con su aspecto de profesor que nunca había roto un plato.

Viena, que tanto presumía de cosmopolita, era un enorme patio de vecinos en el que todo el mundo se metía en la vida de los demás. A su suegro le habrían llegado rumores acerca de su vida nocturna y su afición por las mujeres. Bueno, pues después de todo, David Goldman tampoco era nadie para dar lecciones de moral.

Si en lugar de encontrarse camino de París, hubiese tomado la decisión de permanecer en Viena, su situación se habría visto por todo el mundo como la ruptura definitiva, y eso habría podido dañar su imagen y la de su familia. Lo prudente por el momento era lo que estaba haciendo, intentar mantener el tipo a toda costa, no perder la cara y sonreír. Sonreír siempre. Más adelante ya pensaría en frío la mejor salida. Aún mantenía la esperanza de que tal vez el tiempo lo arreglara todo. Por su parte, mientras pudiera seguir así, lo prefería a un escándalo que pudiera perjudicar su carrera. Eso hubiera sido una solemne estupidez.

# 3. SALOMÓN DUKAS (BESARABIA, FINALES DEL XIX-VIENA, MEDIADOS DE 1919)

Salomón Dukas, hombre tranquilo, de aspecto apocado, de profesión médico rural ya jubilado, tenía la conciencia muy tranquila cuando creía estar afrontando los últimos pasos de su trayectoria vital. No se consideraba un triunfador, no había conseguido fama ni dinero, sólo el justo para sacar adelante a la familia, con muchas penurias y equilibrios, aunque tampoco le debía nada a nadie. Eso se lo había enseñado su padre, un médico de pueblo que había pasado desapercibido por la vida, que no había hecho otra cosa que trabajar para intentar sobrevivir, ayudando a los demás.

En cuanto a alcanzar la fama, en ello ya estaba empeñado su hijo, pues esa parecía ser la máxima preocupación de Paul Dukas. Salomón creía que el matiz era que en la vida se podía tener ambición, pero no se podía ser ambicioso. Y el verdadero problema de Paul era su exceso de ambición, su enorme ego, su convicción de que casi siempre estaba por delante de los demás.

Sin embargo, a pesar de todo, Salomón consideraba que había acertado. La vida proporcionaba a cada uno las cartas con las que debía jugar, y de esa larga o corta y, casi siempre dramática partida, surgía lo que se conocía como destino. Y él creía haber sabido jugar sus cartas, al conducir a su familia desde la remota, pequeña y pobre Dubossati —no quería calificarla de miserable— en la Besarabia, a pocos kilómetros de Kishinev, un lugar hermoso, casi mágico, pero donde la comunidad judía apenas podía salir adelante.

Dubossati era el lugar donde volvió a comenzar su abuelo, aquel humilde sastrecillo que provenía de una olvidada aldea de Ucrania, en una interminable huida de la miseria, pero sobre todo de los sangrientos pogromos que de tanto en tanto llevaban a cabo los cosacos y los «Centenas Negros». Lo único que Salomón guardaba de Dubossati era una piedra blanca, casi una esfera, que había

cogido en la orilla del río el mismo día que se declaró a su novia. Había advertido a Sarah que quería que cuando falleciera depositaran la piedra sobre su tumba, aunque él mismo reconocía que se trataba de una extraña petición.

Paso a paso, luchando contra las adversidades que iban surgiendo en el camino, a lo largo de muchos años sin perder jamás la esperanza, había conseguido llegar al mismo centro de Viena, el lugar que los judíos askenazis consideraban el corazón del mundo occidental, el lugar donde la elegancia, la riqueza, la belleza, eran parte de la cosmopolita ciudad donde su ambicioso y capaz hijo triunfaba en una disciplina tan compleja como la psiquiatría, plantándole cara al mismísimo doctor Freud.

Él, Salomón Dukas, licenciado en medicina general por la universidad de Varsovia, había conducido a su familia desde aquella casucha, en una apartada y miserable aldea judía, a uno de los lugares más sofisticados, ricos y avanzados de Europa. Aunque nunca quiso contarle a Sarah que de tanto en tanto soñaba con la aldea en la que ambos habían vivido, y de la que habían partido definitivamente el mismo día que contrajeron matrimonio y marcharon a Varsovia para que él pudiera terminar la carrera de medicina, mientras trabajaban. De aquella época recordaba algunos momentos de plena felicidad, cierto que sólo escasos momentos, tal vez demasiado fugaces aunque inolvidables, como aquel cálido anochecer el quince de Av, en pleno mes de julio, cuando él y Sarah se amaron intensamente en un pajar por primera vez durante la fiesta del día del amor. Entonces eran pobres, aún no conocían el mundo, y él sólo tenía la ilusión de estudiar medicina, aunque aquello era en aquellos días más una ilusión que una certeza, de lo que ambos eran conscientes sin reconocerlo.

Había conocido al prestigioso doctor Freud en el Hospital General al poco de llegar a Viena desde Leonding. Pudo hablar con él una mañana. Lo recordaba como un hombre esbelto, elegante y muy engreído, alguien que parecía conocer bien su propia valía, precedido por su enorme fama, señalado siempre por la gente cuando enfrascado en sus propias disquisiciones paseaba por el Ring. Tendría sólo cinco o seis años menos que él, aunque aparentaba diez o quince menos. Freud iba peinado y minuciosamente afeitado, trajeado impecablemente como si cada día fuera el de su boda. No podía olvidar que se notó sucio y desaliñado al estar junto a él, no podría decir que Freud estuvo antipático,

aunque tampoco lo notó cercano ni cordial, sólo correcto.

Aquel hombre se dio cuenta de inmediato de que él también era judío, y eso le hizo mostrarse frío y algo lejano, con la misma prevención que si tuviera frente a él a un pariente pobre con la mano extendida. Notó que la situación incomodaba al sabio profesor. Sin embargo le preguntó que de dónde venía y cuál era su especialidad. Recordaba que le contestó sin tapujos que ejercía medicina general. «¡Ah, ya, entiendo —comentó Freud—, habrá sido usted el típico médico de pueblo!». No percibió que lo dijera con acritud, ni menosprecio. Era lo que era y había hecho un diagnostico frío y exacto. Al menos eso se había considerado él toda la vida y a mucha honra. Un médico de pueblo. Aquel célebre doctor tenía ojo clínico, aunque a él tal vez se le notaba demasiado quién era y de dónde venía, con aquel traje anticuado que se le había quedado algo estrecho, brillante de lo gastado, a juego con los polvorientos zapatos hartos de caminar. Su aspecto vulgar y su traje excesivamente usado nada tenían que ver con el elegante y planchado terno o aquellos botines de última moda que calzaba el doctor Freud. Aquel hombre sabía bien quién era y lo que pretendía de la vida.

Más tarde, cuando llegó otro doctor más joven, Freud se lo presentó sin recordar su nombre. De inmediato ambos prescindieron de él. No volvieron a mirarlo. Permaneció unos instantes junto a ellos, observando como sus compañeros de profesión hablaban de sus cosas, utilizando un lenguaje extraño y excesivamente sofisticado para él, hasta que se despidió sin que se apercibieran, dejándoles enfrascados en una elevada conversación sobre la hipnosis y el psicoanálisis, mediante el cual Freud aseguraba ser capaz de penetrar en el más recóndito inconsciente, para averiguar las causas de la enfermedad mental que aquejaba a sus pacientes.

Salomón, mientras volvía a su casa en el tranvía para evitar empaparse por la intensa lluvia que caía inclemente sobre Viena, pensó que el sólo hecho de que aquel doctor hubiera podido convencer a tanta gente ya merecía un aplauso.

Pero todo aquello eran sólo minucias para él. No sólo había acertado en su camino, sino en la suerte que tuvo cuando el casamentero de la comunidad judía de Dubossati propuso a su madre a aquella tímida y delgaducha muchacha llamada Sarah, hija de Jacob Rosenthal y nieta de Nathan Rosenthal, aquel lutier que construía los mejores violines de toda la Besarabia, para que él se casara con

ella. Todo el mundo sabía que los instrumentos del viejo Nathan estaban vivos. Aquel hombre decía que en cada violín ponía un trocito de su alma, y que por eso se fatigaba tanto, hasta que falleció al terminar el último y la familia se arruinó.

El «shadchan», Jacob Steinlowski, acertó de lleno. Le explicó a su madre que aquella muchacha tenía todo lo que le faltaba a su hijo. «Todo menos dinero» puntualizó escéptica ella. «Bueno mujer, eso vendrá cuando tenga que venir, pero te aseguro que si aceptas, ambos serán felices, y sabes bien que la felicidad no se puede comprar con dinero». Al final su madre aceptó el trato del casamentero. Y allí seguían, sin dinero pero felices, al menos todo lo felices que la vida les había permitido ser.

Salomón Dukas pensaba con temor que la mansión que su hijo se estaba construyendo en Grinzing era una provocación, muchos se preguntarían que quién se estaría haciendo aquella hermosa casa, rodeada además de hermosos viñedos que proporcionaban un magnífico vino. Algunos mal intencionados contestarían que otro judío rico, y otra vez la rueda de la envidia y la maledicencia volvería a girar, pero eso era inevitable y su hijo tendría que apechugar con ello. El verdadero resquemor era comprobar cómo Paul no había tenido tanta suerte en su matrimonio, que estaba naufragando por días a pesar de su improvisado viaje a París. Sabía que lo único que su hijo quería comprobar, aunque no lo confesaría nunca, era si aquella niña, a la que por lo visto iban a bautizar como Esther Rachel, era o no hija suya. Selma habría pagado a su marido con la misma moneda. La infidelidad, harta de incomprensión, que los hacía incompatibles.

Salomón Dukas estaba cada día más convencido de que el momento en que decidió convertirse para dejar de ser un judío creyente y convertirse en un cristiano, con la certeza de que a partir de ese instante el muro de la intransigencia caería y ya no existirían diferencias, había sido la mayor equivocación de su vida. Intentaba disculparse pensando que sólo había sido una decisión pragmática, y que si se hubiera dejado llevar por los sentimientos todo hubiera podido ser muy diferente.

Recordaba cuando en 1896 leyó «Selbstemanzipation» de León Pinsker, el folleto editado por Nathan Birnbaum. En aquellas páginas encontró por primera vez la definición de sionismo, en referencia a la mítica fortaleza situada en la

colina de Sion, cerca de Jerusalén, y después devoró literalmente el opúsculo de Theodor Herzl «El Estado Judío». Aquel estado que según Herzl era una necesidad universal y que por tanto debía nacer. Le había marcado una frase:

> *«Con tal fin, hay que hacer, ante todo, tabla rasa con muchos conceptos viejos, anticuados, confusos y estrechos. Así por ejemplo, los cerebros poco esclarecidos creerán que la migración tiene que salir de la civilización para internarse en el desierto. ¡No, en absoluto! La migración se realiza en medio de la cultura. No se baja a un grado inferior, sino que se sube a otro superior, no nos instalamos en chozas de barro sino en casas más hermosas y más modernas que construiremos nosotros mismos y que poseeremos sin correr ningún riesgo. No se pierden los bienes adquiridos, sino que se los utiliza. No se renuncia a un derecho sino a cambio de otro más amplio…»*[1].

A pesar de ello, años más tarde tomó la decisión opuesta. El sionismo le parecía una idea excesivamente arriesgada, una utopía irrealizable. Los judíos podrían llegar a ser alguna vez verdaderos europeos. En su caso tal vez con un remoto origen familiar como judíos rusos, después moldavos, más tarde austríacos, finalmente vieneses, y en el caso de Paul, un verdadero aristócrata del Ring, no sólo con iguales derechos y obligaciones. Otro ciudadano más sin diferencia alguna. ¡No podía ser de otra manera! ¡La única vía posible no era la que proponían los sionistas, si no la total asimilación!

Para conseguir aquel sueño, unos meses más tarde, se bautizó en la iglesia de Leonding, junto a su mujer y su hijo. Paul, desde que tuvo uso de razón, no creía nada más que en sí mismo. Algunos de los parroquianos cristianos de la iglesia evangélica luterana a los que atendía como médico lo apadrinaron. Recordaba que con ciertas reticencias. Sarah no puso ningún impedimento, ni siquiera tuvo que cambiar de nombre, pues Sarah era también un nombre cristiano con el que podía ser bautizada. En cuanto a su hijo Saúl, desde aquel día eligió llamarse Paul, con gran alivio, ya que el joven estaba harto de que otros muchachos se metiesen con él por el solo hecho de ser judío. En cuanto a él, tomó por nombre cristiano Tomás, pero apenas abandonó la iglesia, recién bautizado, se echó para atrás y le pidió a Sarah que siguiera llamándole Salomón. Tampoco cambió de

nombre en sus tarjetas de visita, ni en sus documentos. Sentía vergüenza por la decisión que acababa de tomar. Cuando recapacitó que ya no tendría que cumplir el sabbat, ni volver a entrar en una sinagoga, ni mantener ninguna costumbre ni tradición judía, aquella misma noche desvelado le dijo a su mujer que sólo serían cristianos a efectos legales, pero que de puertas para adentro seguirían siendo judíos. Eso sí, tuvieron que dejar de serlo oficialmente en aquella vorágine de razas, costumbres, tradiciones y voluntades, para inscribirse como austríacos acogiéndose a lo que la legislación permitía, ya que en aquellos momentos el imperio austrohúngaro acababa de desaparecer, y mucha gente no sabía o no quería recordar cuál era su verdadera nacionalidad. Sólo era preciso ir al registro civil y cambiar allí los nombres y la religión.

Durante unos días no pudo dejar de pensar en Pinsker y en Theodor Herzl, en su libro «Alt-Neuland», y en que ya nunca más tendría que escuchar aquella vieja frase «El año que viene en Jerusalén». En el Salmo 137:5-6 se expresaba la esperanza: «*Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría*». Él había cambiado la frase por «El año que viene en Viena». Estaba dispuesto a soportar lo que hiciera falta para que su hijo triunfara en la vida, eso lo había pensado detenidamente y estaba de acuerdo con Sarah. A fin de cuentas, lo había escrito Herzl con amargura. «*¿Qué es el honor? ¿Para qué sirve el honor? Si los negocios van bien y se sigue con salud, se puede soportar todo lo demás*».

Sarah Dukas seguía firmando sus cartas y sus poemas con el apellido de su padre, como Sarah Rosenthal, ya que no deseaba perder también aquella parcela de su identidad. Su abuelo Nathan Rosenthal escribió durante toda su vida preciosos poemas y canciones y le debía ese mínimo homenaje. Su marido estaba convencido de que ella nunca se oponía a sus deseos, que lo aceptaba todo, pero en el fondo Sarah estaba segura de que habían cogido el camino equivocado, aunque no sería capaz de echárselo en cara. Sabía que Salomón lo hacía por el bien de ellos y sobre todo por el de su hijo. Aquel hombre no podía dejar de pensar en sus padres, que procedían de la región en la que se encontraba la indeterminada y cambiante frontera entre Rumanía y Rusia. Ambos habían fallecido ya pero seguía echándolos de menos. Recordaba cuando tuvieron que abandonar Dubossati en la Besarabia, para asentarse en Leonding.

Ambos sabían que a pesar de todo, jamás en su vida podrían olvidar Dubossati, pues fue allí donde se conocieron. Aún sonreía al recordar que la noche de bodas Salomón le confesó que había tenido que comprar la voluntad del casamentero. Cuando le propuso que fuera a ver a la madre de aquella muchacha que quería como mujer, el «shadchan» le contestó que nunca había tenido un caso semejante, y él le replicó que no había nada malo en ello. Tuvo que pagarle por adelantado para que el casamentero fuese a ver a su madre, y así comenzó todo.

Salomón Dukas siempre le decía a su esposa con una amarga sonrisa, que él era el judío errante, que toda su vida era un largo y duro camino sin fin, y que ella no se hiciera muchas ilusiones, pero que el secreto estaba en adaptarse en cada momento a las circunstancias. Por ello, mucho tiempo después, cuando un día su marido le dijo que se marchaban, ella no preguntó nada, sólo hizo las maletas y preparó la mudanza. Así fue como de la primitiva Dubossati, en el corazón de la Besarabia, se dirigieron a un lugar muy distinto en todo, Leonding en Austria, un arrabal de la culta y exquisita Linz. Tres años y medio más tarde, ya convertidos a la iglesia luterana, decidió dar el salto definitivo y se instalaron en Viena. En el fondo de su corazón eran los mismos, pero adaptándose a las circunstancias. Alguna vez había reflexionado sobre cuál era la principal diferencia entre los judíos y los demás. Sarah lo tenía muy claro, la capacidad de adaptación a lo que fuera.

El abuelo Nathan Rosenthal había nacido en 1820 en Dubossati, una pequeña aldea a orillas del Dniéster, cerca de Kishinev, en la profunda y ancestral Besarabia, la hermosa y atrasada región que separaba dos mundos radicalmente distintos. Nada tendría que ver Nathan con esta historia si no fuera por las canciones que escribió mientras construía violines. Muchos años más tarde su nieta Sarah intentaba recordarlas para enseñárselas alguna vez a sus nietos, Jacques y Esther Dukas. Para cuando la abuela Sarah las tarareaba, el tiempo había pasado con furia, devastándolo todo, y ya había transcurrido más de un cuarto del siglo desde aquel memorable uno de enero de 1900, el mismo día en que Nathan, el lutier poeta cumplió ochenta años, cuando, al escuchar las campanadas que anunciaban el nuevo siglo, salió corriendo todo lo que sus delgadas piernas le permitían por las heladas calles de Dubossati, mientras exclamaba aterrorizado «¡Ha entrado el siglo veinte y con él llega el

apocalipsis!». Cuando enajenado llegó al río, se tiró de cabeza al agua helada aunque unos campesinos que escucharon sus gritos pudieron rescatarlo aún con vida. Sus amigos pensaron que había previsto su muerte, ya que falleció de pulmonía una semana más tarde sin decir una palabra más.

Salomón Dukas emigró a Leonding en Austria, a mediados de abril de 1903, inmediatamente después del terrible pogromo en el que muchos miembros de la comunidad judía de Kishinev perdieron su vida. Después de todo el rabino había acertado en su predicción. Para entonces, el padre de Salomón Dukas, que no era médico titulado pero ejercía como si lo fuera, había enviado a su hijo a estudiar medicina a la universidad de Varsovia, siguiendo la estela de sus dos hermanos mayores que también estudiaban para llegar a ser médicos en aquella ciudad. Coincidió el pogromo cuando sus padres los visitaban, y aquella casualidad les salvó de la matanza.

Sarah Rosenthal, por entonces ya su prometida, presenció aterrorizada como unos hombres, hasta aquel día bonachones vecinos, se transformaban en lobos sedientos de sangre que asesinaban a cualquier judío por el sólo hecho de serlo. Pudo esconderse en un almiar, y desde allí vio correr a la gente, algunos miembros de su familia, delante de sus asesinos. Durante unos días permaneció escondida en el bosque sin atreverse a volver a su casa, y sobrevivió como pudo. Cuando sus suegros volvieron de Varsovia, ella llegó una madrugada con la ropa hecha harapos y les explicó sollozando lo que había sucedido. Salomón tomó la decisión de marcharse para siempre de aquel lugar en el que algunos lobos se disfrazaban de seres humanos.

Aquel fue el motivo por el que cuándo Paul llegó un día a la casa de sus padres en Viena asegurando que había conocido a la mujer con la que se quería casar, su madre lo escuchó en silencio y le dijo que se alegraba por él. Aquella generación nada tenía que ver con lo que ellos habían vivido. En Viena nadie necesitaba un casamentero. El día que Paul trajo a su casa a Selma Goldman, Sarah supo que se cerraba el círculo. Desde el primer momento se dio cuenta de que Selma también se adaptaría a las circunstancias para poder casarse con el hombre que había elegido. La diferencia entre uno y otro era que Paul estaba convencido de haber dejado atrás su otro yo, mientras que Selma, aún después de su matrimonio, seguía siendo la misma muchacha judía. David y Rachel Goldman eran judíos creyentes que asistían a la sinagoga, que respetaban el

sabbat, que seguían festejando el Purim y la Hanuka, y que no se avergonzaban de ser lo que eran ni pretendían ser otra cosa. Selma le dijo con cierta envidia que sentía admiración por las personas que parecían compatibilizar con toda naturalidad ambas culturas.

Tiempo después se veía que Selma se había desencantado de su matrimonio. A pesar de que acababa de tener una hija concebida por su hijo Paul, Sarah sabía muy bien que los sentimientos que Selma por su hijo se habían extinguido para siempre, y eso la preocupaba, sobre todo por sus nietos, con los que probablemente perdería el contacto. Conocía muy bien el carácter de Paul, su enorme ambición, su necesidad de demostrar que era el primero en todo. También sabía que la relación que mantenía los últimos meses con aquella mujer, Eva Gessner, terminaría por arruinar cualquier posibilidad de arreglo con Selma.

Salomón Dukas pensaba que su hijo era un estúpido al no comprender que estaba perdiendo a alguien que merecía la pena, pero no podía hacer nada por evitarlo. Eran las circunstancias. Recordaba aquel tozudo niño judío que corría por las empinadas callejuelas de Dubossati con las rodillas despellejadas, cuando le decía que deseaba salir de allí con todas sus fuerzas. Aquel niño había conocido la escasez, ya que él tuvo que devolver el crédito más los intereses que había pedido para que estudiara. Con lo que quedaba apenas tenían para comer.

Allí comenzó una nueva época, cuando su hijo decidió que sólo podría llegar a ser alguien si era el número uno. Pensó que no podía quejarse, ya que después de todo ellos habían incentivado la ambición de Paul. Ahora recogerían los frutos.

Sarah se sentía amargada por la situación y preocupada por el futuro. Precisamente cuando Paul estaba triunfando como psiquiatra, con una magnífica clientela, construyéndose una gran mansión, cuando acababa de tener su segundo hijo, una preciosa niña, parecía dispuesto a tirarlo todo por la borda. No podía comprenderlo y menos de alguien tan frío, calculador y ambicioso como Paul, que medía al milímetro todo lo que hacía en su vida, hasta el día que apareció por su consulta la tal Eva Gessner. Paul había perdido la cabeza por aquella mujer, que caminaba por la calle incitando a todos los hombres con los que se cruzaba a volverse a su paso.

# 4. EL LEGADO SEFARDÍ (TESALÓNICA, 1917-VIENA, JUNIO DE 1919)

El mismo día en que nació su nieta, Rachel Goldman cumplió cincuenta años. ¡Medio siglo! Desde siempre le gustaban los números y aquello la hizo comprender lo relativo que era todo. La familia de su padre, los Safartí llevaban en Tesalónica desde diciembre de 1492. Rachel hizo la cuenta de que su nieta Esther había nacido exactamente cuatrocientos veintisiete años después de que los sefardíes expulsados de España por los Reyes Católicos se instalaran en aquella ciudad, lo que era menos de nueve veces su edad, y aquello le pareció algo sorprendente. Para ella Tesalónica era su tierra a todos los efectos, a pesar del traumático cambio que supuso el pasar del imperio otomano a la soberanía griega en septiembre de 1912.

Desde hacía dos años vivían en Viena, y la causa había sido el pavoroso incendio que se llevó casi todo el barrio judío. El 18 de agosto de 1917 comenzó a arder un almacén y a causa del fuerte viento de levante se extendió imparable a gran parte de Tesalónica. A muchos aquello les pareció una maldición divina, y con las ruinas aún humeantes muchos judíos optaron por marcharse. Ellos también perdieron gran parte de sus bienes y decidieron reanudar su vida en Viena, donde seguían teniendo el piso de soltero de su marido. Además allí vivía su hija Selma desde 1915, cuando con apenas veinte años había contraído matrimonio con Paul Dukas. Como David Goldman poseía la nacionalidad austríaca no tuvieron ningún problema, era un hombre muy previsor y cuando nació su hija Selma en Tesalónica se había ocupado de inscribirla en el consulado austríaco.

Durante los últimos años David había estado trabajando en Tesalónica, en una larga investigación sobre la historia de los judíos procedentes de España, rebuscando en los antiguos y valiosos archivos de la comunidad judía, que el incendio transformó en pavesas durante la noche del gran incendio, además de consumir la sede del gran rabino, once de las treinta y tres sinagogas de la ciudad

y la mayor parte del hermoso, único y antiguo barrio sefardí de la ciudad.

Dos días más tarde David asistió a una reunión con el rabino y los otros líderes de la comunidad. Como David le contó más tarde, absolutamente desolado al comprobar que toda la extraordinaria historia de los judíos de Tesalónica había desaparecido por aquel pavoroso incendio, empujado por un viento que parecía empeñado en llegar hasta las casas judías y que se había llevado todo por delante, ya no tendría la posibilidad de poder referenciar sus investigaciones, pues los originales sólo eran pavesas. En la dramática reunión, en una de las pocas sinagogas que se habían salvado de la quema, uno de los rabinos aseguró que había soñado con aquello, y que no se trataba de una maldición divina, sino de una clara advertencia, que él entendía como una señal divina para que los judíos sefardíes abandonaran Tesalónica. Añadió que no deberían quedarse, ya que los que permanecieran sufrirían una terrible catástrofe. Cuando le preguntó alguien qué podría ocurrirles peor que aquello, el rabino palideció y no quiso responder. Por lo que dijo el rabino o por su propio criterio, muchos judíos de Tesalónica decidieron marcharse a Francia, otros a los Estados Unidos, y algunos, los menos, a Palestina, siguiendo las ideas sionistas.

Rachel Goldman deseaba que Selma volviera de París cuanto antes, trayendo a su hija recién nacida, ya que no tenía ninguna excusa para seguir allí, la firma del Tratado de Versalles ponía punto y final al asunto. David era mucho más escéptico y afirmó seriamente que aquel tratado era una bomba de relojería, y que cuando se acostaba podía escuchar como un tic-tac que se esparcía desde Versalles a toda Europa, como una cuenta atrás que finalmente los llevaría a todos a la ruina. Ella le replicó enfadada que siempre pensaba lo peor, mientras recordaba que él llevaba años diciendo que debían marcharse de Tesalónica, que tenía malos presagios. Había llegado allí para llevar a cabo su investigación, y mientras eran novios aseguraba que siempre se quedarían allí, que estaba harto de Viena. Pero no era cierto, ella le achacaba que había aprovechado el incendio para volver a la ciudad donde le gustaba vivir. Viena.

Rachel había nacido en Tesalónica y allí seguía viviendo su madre, Esther Safartí, de la estirpe de los Toledano, y en aquella ciudad estaban enterradas generaciones y generaciones de sefardíes que llevaban orgullosamente apellidos como Safartí, Toledano, Péres, Raphael, Vidal, y tantos otros que con el paso de los siglos iban virando al turco. Sus barrios, sus sinagogas, su idioma, dejaban

bien claro cuál era su origen: Palma, Siçilia, Kal de Kastiya, Evora, Kal Portugal, Kal Aragon, Otranto, Kasseres, Kuriat, Albukerk, y tantos otros. Por supuesto la abuela Esther seguía viviendo en Tesalónica, asegurando al que quisiera oírla que todas aquellas historias de las visiones del rabino no eran más que tonterías, y que no existía otro lugar en la tierra como aquella ciudad mediterránea. Siempre que iba a visitarla, ella le preguntaba que dónde se podría vivir mejor que allí, en Tesalónica. ¿Tal vez en la añorada España, la mítica Sefarad de la que habían sido expulsados? ¡Bah! ¡Eso ya sólo era historia! De toda la vecindad Esther Safartí fue la única que se quedó, y allí seguía, a sus ochenta años, en la única casa que no ardió en todo el barrio. El fuego se detuvo justo a tiempo, por un cambio en el viento que impidió que se propagara hasta la Torre Blanca, el límite de la ciudad por el sureste. Les replicó que si hacían caso a los oscuros presagios del rabino. ¿No era también aquello una señal divina para quedarse? ¿Qué iba a hacer ella en un lugar como Viena? Nunca había estado allí ni falta que le hacía. Ella sólo necesitaba sentarse al sol de cada día, pasear al borde de la playa, ir a comprar pescado fresco recién traído a la lonja, la tranquilidad pueblerina de aquel hermoso y silencioso lugar, y sobre todo seguir viviendo su vida como había hecho desde que nació. «¡Los alemanes no nos quieren!», gritaba a causa de su sordera, ya que para ella los austríacos no eran otra cosa que alemanes del sur. «¡Si queréis sacarme de Tesalónica llevadme a Jerusalén, y si no a Toledo, que aquí está la llave de nuestra casa, que en esa Viena no tengo nada que hacer!». Y no es que la abuela Esther fuese sionista, sólo repetía lo que Jacob Toledano, su padre, le había cantado tantas y tantas veces. «*La yave, mi alma, mi alma, la yave ke no se pierda. Muestra kaza en Toledo mos esta asperando. Vamos a tornar*».

Por supuesto seguían teniendo la viejísima llave de hierro forjado; su padre le contó que ya su abuelo juraba que aquella llave era la de su casa en Toledo, y que, mientras la mantuvieran, algún día podrían demostrar que procedían de aquella ciudad mítica, en el corazón de Sefarad. Ella la manoseaba un rato todos los días para que no se oxidara.

La abuela Esther, ya bisabuela, aunque no sabía que Selma tenía una hija, ni siquiera que llevaba varios meses en París, sólo se quejaba amargamente de que hacía mucho tiempo que no iba a verla nadie de la familia. Recordaba a su nieta Selma como una muchacha lista y ardilosa, que aprendió de ella aquellas viejas

canciones sefardíes. La última vez que la vio fue cuando Selma llevó a Tesalónica a Jacques, el hijo que había tenido con aquel estirado médico austríaco que se avergonzaba de ser judío. «¡Algo inexplicable! ¡Qué tiempos tan extraños! ¡Cuántas guerras y catástrofes! ¡Cuánta estupidez humana!». La abuela Esther recordaba con nostalgia los días pasados bajo los turcos otomanos como muy tranquilos comparados con aquellos, aunque sabía bien que ya sólo eran agua pasada y que no volverían más. Ya no le quedaba mucho para irse con el viejo Efraím Safartí, su marido, que se le aparecía algunas noches para preguntarle que por qué le hacía esperar tanto. Ella iba con frecuencia a limpiar la tumba al cementerio sefardí y aprovechaba para contarle algunas cosas, pero Safartí siempre había sido muy suyo y muy celoso, y no parecía muy satisfecho de su soledad.

Mientras, en Ville d'Avray, Selma debió cruzarse con su marido sin saberlo. Ella abandonó la casa cuatro días después del parto, en un automóvil que Venizelos había puesto a su disposición para que se trasladara al hotel en París. Se despidió de la familia que la había hospedado aquellos últimos meses diciéndoles que debía volver a Viena, y aunque intentaron convencerla de que permaneciese allí unos días más, pensó que si su trabajo había terminado prefería estar un par de días en París y después volver a Viena.

Cuando tras un largo y cansado viaje Paul Dukas llegó a Ville d'Avray, se encontró con que su mujer ya se había marchado. Nadie supo darle razón de si ella había vuelto directamente a Viena ni donde podría estar en aquellos momentos. Debía haber avisado a Selma por telegrama que iba a buscarla, había cogido el tren a París sin concertar con ella que iría. Mientras, la casera lo observaba sin saber qué decirle, pensando qué clase de matrimonio sería aquel en que cada uno iba por su lado, con un marido que no sabía dónde estaba su mujer, se sentía ridículo. En otras circunstancias aquello no hubiera tenido mayor importancia, pero se lo tomó como una afrenta personal.

Paul Dukas permaneció dos días en París intentando dar con Selma. Preguntó en varios de los mejores hoteles, indagó. Difícilmente podía saber que el primer ministro Venizelos había ofrecido a Selma la embajada de Grecia en París, y que ella no tuvo otra alternativa que aceptar. Por la mañana del tercer día Paul Dukas, harto de la situación y enfadado consigo mismo, adquirió un billete de vuelta para Viena. Ni uno ni otro sabían que la casualidad los llevaba de vuelta

en el mismo tren.

Durante todo el trayecto Paul no hacía otra cosa que darle vueltas a la cabeza pensando que debía divorciarse. Tal vez sin motivos se sentía menospreciado. No quería aceptar que la culpa era suya, su relación con Eva Gessner. Cuando al descender en la estación de Viena tropezó literalmente con su mujer que descendió del siguiente vagón llevando a la niña en brazos, no supo reaccionar. La besó fríamente en la mejilla, y apenas dirigió una leve mirada a su hija. Después subieron a un coche de alquiler y se dirigieron en silencio a su piso en Prinz Eugen Strasser, frente al parque del Belvedere. Era una absurda y violenta situación. Él tendría que haber mostrado su alegría al encontrarlas, expresarle su gran satisfacción por aquella hija, por estar con ellas en casa. Pero su contrariedad por lo sucedido le impedía actuar con naturalidad. Selma comprendió con cierta amargura que su matrimonio se había acabado. No le cogió por sorpresa. Sabía lo de su marido con aquella frívola dama de origen alemán, y aunque en otras circunstancias algo así no habría sido motivo para una separación definitiva, la reacción de Paul le demostraba que era mejor acabar de una vez.

Al llegar al edificio, por unos instantes Paul pareció mostrarse más cercano, mientras el portero los saludaba y recogía el equipaje para subirlo al piso en el ascensor de servicio. Mientras subían en el principal, Paul hizo algunos comentarios como echándole en cara a su mujer lo sucedido, culpándola de que no hubiera podido encontrarla en París. Ella prefirió no replicarle, se sentía cansada del largo viaje y sin ganas de discutir. Sin hacer caso de sus palabras, entró en el piso y llamó por teléfono a su madre para que le llevara al pequeño Jacques. Paul se encogió de hombros, volvió a coger su maleta y se marchó del piso sin despedirse, enfadado consigo mismo, sabiendo que no tenía ninguna razón, era el único responsable de la situación. Selma escuchó cómo se cerraba la puerta y con ella, la de una etapa de su vida.

# 5. LOS WILHELM, LOS LAMBERG Y LOS EDELBERG (BERLÍN, 1890-1920)

El 15 de noviembre de 1890, Charlotte Wilhelm había cumplido dieciocho años. No era una belleza, pero su juventud, su cabello rubio cogido con el típico moño, sus grandes e ingenuos ojos azules, le proporcionaban un atractivo mezcla de ingenuidad y frescura. El mismo día conoció casualmente a David Goldman, casi diez años mayor que ella. Se quedó prendada de aquel apuesto joven. Charlotte procedía de una familia humilde, su padre había muerto en un infortunado accidente en los astilleros en Hamburgo, y tuvieron que volver a Berlín donde su madre se ganaba la vida como podía, hasta que conoció a Matthias Lamberg, un sargento de ferrocarriles con el que contrajo matrimonio.

Charlotte llevaba apenas una semana trabajando en una cervecería, cuando derramó parte de una jarra que llevaba a las mesas sobre la chaqueta de David Goldman. Él no sólo no se enfadó, sino que le pidió disculpas, asegurándole que la culpa era suya ya que se estaba levantando en aquel momento. Ella azorada se llevó la chaqueta a los servicios e intentó secarla como pudo. Al devolvérsela, impulsivamente el joven le preguntó a qué hora terminaba su jornada laboral. Ella sonrió y no contestó. Sin embargo cuando terminó la jornada, él la aguardaba en la puerta. La acompañó hasta su casa, explicándole que estudiaba en la universidad. Así fue como comenzaron su relación.

Charlotte se dio cuenta de que él era un caballero por la elegancia de su traje, la calidad de su camisa, sus zapatos, su particular manera de expresarse con un marcado acento austríaco que denotaba su educación. Él le contó que estaba terminando un doctorado en la universidad de Berlín, y Charlotte Wilhelm comprendió de inmediato con amargura que les separaban demasiadas cosas y que aquel hombre no era para ella. A pesar de todo él volvió a buscarla todos los días y ella creyó enamorarse. Él le decía piropos, la obsequiaba continuamente,

aguardaba a que ella terminase su jornada. A su manera, Charlotte era una joven atractiva y sonriente, y se dejó engatusar por alguien que no era de su clase social, aun sabiendo que aquello no podría ser más que un espejismo.

David Goldman se encontraba sólo desde hacía demasiados meses en Berlín, entregado en cuerpo y alma a sus estudios. Encontrar una bella joven con un hermoso talle y que le sonreía continuamente le hechizó. Apenas unos días más tarde ella le permitió subir a su pequeño ático y allí hicieron el amor apasionadamente.

Cuando meses más tarde, a finales de 1891, David presentó su tesis en la facultad y se doctoró «cum laude», le explicó que debía volver a Viena para resolver una serie de cosas, y le prometió que volvería para buscarla. Ella no creyó sus promesas y lloró de pena y frustración. David Goldman le dijo que no debía dudar de él y le aseguró que volvería pronto. Le dejó su dirección en Viena y le pidió que mientras tanto le escribiera.

Apenas dos semanas más tarde Charlotte comprendió que estaba embarazada. Se encontraba escribiéndole una larga carta a David explicándole la situación, cuando inesperadamente llegaron su madre y su padrastro que volvían a Berlín tras pasar dos meses en Hamburgo, donde se habían desplazado para intentar resolver lo del accidente de su anterior marido, Hans Wilhelm. Su madre notó sus ojos enrojecidos y le preguntó qué le sucedía. Charlotte intentó disimular, pero al final se derrumbó y no fue capaz de ocultarle que se hallaba embarazada. Para intentar calmar a su madre le explicó que no debía preocuparse, ya que pensaba casarse inmediatamente con el que la había dejado embarazada.

—¿Se puede saber quién es ese hombre? —inquirió su madre muy nerviosa. Charlotte le explicó sollozando que se trataba de un joven universitario de muy buena familia de Viena, y añadió que había prometido volver.

Matthias Lamberg, el marido de su madre, un hombre cercano a jubilarse, de humor impredecible por culpa del alcohol, tenía sus opiniones sobre muchas cosas, pero sobre todo acerca de la política, los judíos y los bolcheviques. A su manera se consideraba un hombre culto, hasta un filósofo, lo cierto era que siempre tenía un libro en las manos. Su problema era que casi siempre leía el mismo.

Cuando su hijastra Charlotte, con la que se llevaba mal desde el primer día,

les contó que el hombre que la había dejado embarazada se llamaba David Goldman, notó que le subía la sangre a la cabeza.

—¡Un judío! ¡Estás embarazada de un maldito judío! ¡Tu madre tiene razón, eres una desgraciada! ¡Maldito cabrón, ese tipo me las pagará! ¡Y ya puedes ver cómo te deshaces cuanto antes de eso que llevas en el vientre, pues no pretenderás que carguemos nosotros con el hijo de un judío!

El hombre tenía un fuerte carácter y llegó a amenazarla levantando la mano, aunque prefirió marcharse dando un portazo, mientras su mujer murmuraba una sarta de improperios, desesperada al comprobar lo que acababan de hacerle a la ingenua de su hija.

—¡Te lo mereces por tonta! ¡Fíjate el disgusto que le acabas de dar a mi marido! ¡Un judío te ha engañado, ha abusado de ti! ¡Ah, qué desgracia de hija!

A Charlotte el cielo se le derrumbó sobre su cabeza. ¡Cómo iba a saber ella que se trataba de un judío! David no le había dicho nada, siempre con sus buenas palabras y sus elegantes modales, la había preñado, dejándola en una situación muy complicada. En aquel momento tomó la decisión de romper la carta que estaba terminando y escribirle otra en un tono muy distinto. La había engañado miserablemente. Ella tampoco quería tener nada que ver con un judío, y menos aún tener que convivir con él. Había sido educada en el tradicional odio a aquella gente que llegaba de no se sabía dónde para quitarles el trabajo y para robar al pueblo alemán. Era lo que le habían enseñado desde que tenía uso de razón.

Cuando unos días más tarde David Goldman leyó la carta en la que Charlotte le insultaba no sólo a él, sino a todos los judíos, expresando su odio en un tono inesperado, comprendió que lo mejor sería olvidarla, y más cuando ella escribía cosas tan terribles como aquel increíble párrafo: «*Que tuviera muy claro que pensaba abortar para no tener un hijo que no deseaba, un ser con sangre contaminada*». Terminaba su carta diciendo «*que no deseaba volver a verlo jamás*». David no era capaz de entender aquel profundo y absurdo odio racial, aunque a lo largo de su vida había tenido más de una demostración de aquel camino. Comprendió que se había equivocado, rompió la misiva y decidió olvidar él también. Pasó el tiempo y a pesar de sus intenciones no era capaz de olvidar lo sucedido. Nunca hubiera creído que se pudiera pasar del amor al odio tan rápidamente. Sin embargo debía intentar pasar página y superarlo, ya que a

fin de cuentas ella le había asegurado que pensaba abortar, luego allí terminaba toda posibilidad de arreglo. Aquella no era la mujer que él soñaba para compartir su vida.

Tres años más tarde, en febrero de 1894, en su primer viaje a Tesalónica, David Goldman conoció a la que sería su mujer, Rachel Safartí. Pretendía llevar a cabo un trabajo sobre la cultura de los judíos procedentes de Sefarad, de España, expulsados por los Reyes Católicos. Estaba informado de que en los antiquísimos archivos de la sinagoga, donde residía el gran rabino de Tesalónica, podría encontrar una enorme cantidad de información sobre todo ello. La familia Safartí pertenecía a la aristocracia de la comunidad sefardita, emparentados con el gran rabino, gentes acomodadas, cultas y refinadas, que seguían manteniendo un gran orgullo de sus orígenes. El primer día que fue a visitar el archivo coincidió casualmente con Rachel en la puerta de la sinagoga, y cuando habló cuatro palabras con ella supo que aquella sí sería la mujer de su vida. Para él fue como si la hubiera conocido desde siempre.

Unos meses más tarde, tras un corto noviazgo para el que habían obtenido el visto bueno de los padres de Rachel, contrajeron matrimonio; por expreso deseo de Rachel y su familia lo hicieron según el rito y la tradición sefardí. Ella se sentía profundamente sefardí y por tanto no podía ser de otra manera. Durante la ceremonia, el gran rabino, que era tío abuelo de la novia, mencionó el Talmud: «*Aquel que pasa sus días sin una esposa, no tiene felicidad, ni bendición, ni bien*». Luego David colocó el anillo en el dedo anular de la mano derecha de la novia diciendo «*Por este anillo eres mía según la ley y la doctrina de Israel*», mientras el rabino leía el ketubbah —el contrato matrimonial por el que se sellaba la ceremonia judía—. Y él tuvo que declarar que cumpliría con sus obligaciones como marido, alimentarla, vestirla, cuidarla, amarla y protegerla, según la ley y la tradición judías, mientras Rachel lo observaba con una gran sonrisa. El rabino recitó las siete bendiciones «Sheva Brachos», una alabanza a Dios creador del mundo, que también expresaba el anhelo de que ambos se regocijaran juntos para siempre, además de un ruego para que Jerusalén fuera reconstruido y restaurado con el Templo. Para terminar, él rompió una copa con su pie derecho, queriendo expresar que, aún en los momentos más felices, los judíos no podían olvidar la destrucción de Jerusalén y del Templo. Después los recién casados tuvieron la oportunidad de estar unos momentos a solas siguiendo

el ritual conocido como yihud, en el cual se dirigieron a una estancia privada y probaron una sopa, como símbolo de que comenzaban a compartir su vida. Luego volvieron con los invitados y comenzó el banquete con la bendición del challah, el pan que simbolizaba la unión de las familias durante la celebración. Al final, siguiendo la tradición, los invitados bailaron en círculo alrededor de ellos.

Recordaba que más tarde, en la suave penumbra del lecho conyugal, tras amarse tiernamente, Rachel murmuró que nunca hubiera creído poder llegar a sentirse tan feliz. Entonces fue cuando David Goldman, que se había educado en una familia vienesa, moderna, pragmática y racional, comprendió que las antiguas tradiciones eran mucho más que meras formas. Bajo ellas existía toda una historia, una forma de entender la existencia, una manera de mostrar respeto por las generaciones que les habían precedido. Aquella noche tomó la decisión de educar a sus hijos en el mismo criterio.

En 1895 nació Selma. Desde que tuvo uso de razón, y lo tuvo muy pronto, se mostró como una niña juiciosa y simpática, aunque no aceptaba los falsos halagos ni las mentiras. Ya en el colegio destacaba por su inteligencia y por su capacidad para liderar a sus compañeros. Su facilidad para imitar un acento y para recordar las palabras en otros idiomas hizo que todos se admiraran de ella. Su abuela le hablaba en sefardí, como la habían educado a ella, y aquella mujer no deseaba que su precioso idioma se olvidase. El turco era obligatorio en la escuela, aunque en Tesalónica casi todo el mundo hablaba en griego por la calle. Su padre insistió en hablarle en alemán desde que ella era un bebé, y su madre en francés que era un idioma que le encantaba. En cuanto al inglés, lo aportaba míster Stanley, que vivía de sus clases particulares y como consignatario de los buques ingleses que hasta allí llegaban, contratado por David Goldman para que le diese una hora diaria de clase a él. No podía ser de otra manera. Selma estaba predestinada a ser políglota.

Cuando ya habían transcurrido cinco años desde su matrimonio, un día David recibió una carta sin remite. Al comenzar a leerla se quedó sorprendido. Era de Charlotte Wilhelm, que le contaba que al final no había llevado adelante su decisión de abortar, que había tenido una hija, y que necesitaba que le enviara dinero, aun advirtiéndole que no deseaba verlo, pero que la responsabilidad de aquella niña también era de él. Su madre y su padrastro se negaban a pasarle ni

un céntimo. David no se atrevió a hablar de ello con Rachel, pero le contestó enviándole dos mil quinientos marcos a la dirección del remite. No tenía nada que hablar con aquella mujer, pero tampoco podía encogerse de hombros como si el asunto no fuera con él. A partir de entonces cada tres meses le enviaba una cantidad. En uno de los envíos le pidió permiso para ver a la que consideraba su hija, pero Charlotte contestó con una negativa rotunda, prohibiéndole que viera a la niña bajo ningún concepto. A pesar de todo no podía inhibirse y siguió enviándole quinientos marcos al mes, cantidad más que suficiente para que ambas, madre e hija, pudieran subsistir holgadamente.

A principios de 1901, David tuvo que realizar un viaje a la universidad de Berlín para asistir a una reunión de especialistas en semíticas. Una vez allí no fue capaz de resistirse, y como tenía la dirección de Charlotte Wilhelm se dirigió allí una mañana, en tranvía desde el centro. Se trataba de un barrio obrero al noroeste de la ciudad, aunque el edificio que coincidía con la dirección era relativamente nuevo. Se introdujo en un café cercano desde donde podía ver quien entraba y salía y se armó de paciencia, dispuesto a saber quién era su hija, ya que en algún momento había llegado a pensar que no era cierto, y que Charlotte sólo le estaba extorsionando para sacarle una renta. Sin embargo apenas media hora más tarde la vio salir llevando a una niña de unos diez años de la mano. La mujer caminó por la acera hasta la parada del tranvía y aguardó allí. David abonó su consumición y esperó a que pasara el tranvía. Ellas subieron y él esperó hasta que el vehículo arrancó para subir corriendo a la plataforma posterior. Notaba como el corazón le golpeaba como si estuviera haciendo algo prohibido. A través del cristal que deformaba algo las imágenes podía ver la espalda de Charlotte y el rostro de la niña sentada frente a su madre. Era graciosa y en aquellos instantes sonreía a algo que le contaba su madre. Supo que lo quisiera o no, aquella era su hija; debía seguir mandando dinero para que su madre pudiera sacar a la niña adelante.

Tal vez fue su mirada fija en ellas lo que hizo que la pequeña se fijara en él. Charlotte volvió el rostro buscando lo que llamaba la atención de su hija, y sus ojos se cruzaron con los suyos. En aquel momento el tranvía se detuvo y ella tomó a su hija de la mano y descendió con rapidez. David hizo lo mismo, y ya en la calle, ella se detuvo y esperó que se acercara, retándole.

—¿Ahora llegas David Goldman? ¡Vete por dónde has venido y déjanos en

paz, que esta niña nada tiene que ver contigo!

Después caminó arrastrando a la niña que de tanto en tanto volvía su rostro hacia él entre curiosa y asustada. David pensó que al menos había podido cerciorarse de que era cierto; ella tenía una hija, aunque nada quería saber de él, salvo que le enviara dinero. Sabía que aquella mujer de la que una vez se creyó enamorado, indispondría a la niña en contra suya y que por ello nunca podría hacerla comprender. Charlotte Wilhelm, como tantos otros alemanes, se había educado en el odio a los que no lo eran, y en particular hacia los judíos.

No podía hacer más que marcharse. Aquella mujer era capaz de armar un escándalo en la calle si volvía a intentar acercarse. Desistió y volvió a su hotel. Al día siguiente retornó a Viena sabiendo que tendría que haber sido más sincero con Rachel. Había llegado el momento de confesarle la situación.

Cuando David le explicó lo sucedido, Rachel sufrió un enorme disgusto. Le molestó que su marido, con el que creía tener toda la confianza, no hubiera sido capaz de contárselo antes, y pensó que tal vez si las cosas hubieran sucedido de otra manera ella no se habría enterado. Como amaba a aquel hombre, aceptó la realidad. A fin de cuentas se trataba de algo que había sucedido antes de conocerla a ella, por lo que más que engaño se podía entender como una falta de sinceridad.

David, ya de acuerdo con su mujer, decidió seguir enviando la mensualidad a Charlotte Wilhelm, para su hija biológica, que en aquel momento tenía diez años y ninguna culpa. En definitiva no hacía otra cosa que cumplir con su obligación. Era una carga que se había echado a cuestas, pero no podía hacer otra cosa, aún siendo consciente de que aquella niña no se lo agradecería nunca, ya que su madre se encargaría de crear un estigma en su contra.

Matthias Lamberg, el padrastro de Charlotte Wilhelm, había nacido en Hamburgo en 1859. Apenas un muchacho cuando se creó el imperio alemán, pudo presenciar el empeño de Bismarck en transformar Alemania en una poderosa potencia económica y militar que aspiraba a liderar Europa. Lamberg heredó de su padre un profundo amor por todo lo que rodeaba a los ferrocarriles. Cuando tuvo que alistarse lo destinaron al departamento de ferrocarriles del ejército y ascendió directamente a cabo, con mayor paga que la tropa. En 1896 conoció a Anna Wilhelm, viuda con una hija, Charlotte, y decidieron casarse. La mujer, algo mayor que él, tenía su propio piso en Berlín y una pequeña pensión

de su primer marido.

Tiempo después su hijastra, Charlotte Wilhelm, sufrió la enorme desgracia de quedar embarazada de un judío. Él no podía verlo de otra manera, y aunque al principio ella les aseguró que pensaba abortar, no tuvo el valor de hacerlo, y finalmente en noviembre de 1891 dio a luz una niña. De acuerdo con su mujer, tomaron la dura decisión de decirle a Charlotte que debía abandonar la casa, ya que no estaban dispuestos a mantener a una niña cuya sangre era en parte semita. A pesar de ello, Charlotte se las arregló para salir adelante, y se instaló con su hija en un pequeño apartamento no muy distante. Ambos estaban convencidos de que el judío mantenía a Charlotte y a la niña, lo que si bien era un gran oprobio al menos no les costaba el dinero. Eso sí, se negaron a ver a la niña, ya que para Matthias Lamberg los principios eran los principios. Los ferroviarios se consideraban una clase aparte, apegados a las tradiciones, convencidos de que sin ellos el país se detendría.

Aquel hombre había ido reenganchándose en el servicio y durante toda su vida permaneció como militar, llegando a la graduación de sargento mayor en el momento de su pase a retiro definitivo, al cumplir cincuenta y cinco años. A los pocos meses era asesinado el archiduque Francisco Fernando y su esposa en Sarajevo, y se desató la Gran Guerra. Aunque el suboficial Lamberg pertenecía a una organización nacionalista de defensa de los valores germanos, por razones de edad no le llamaron a filas en aquel momento, lo que su mujer consideró una gran suerte. Él seguía asistiendo a las reuniones y conferencias que se celebraban con la avenencia de los mandos en el cuartel de Hamburgo. La región de Prusia seguía marcando el camino al resto de Alemania. Allí los valores se fundamentaban en el sentido de la autoridad, en las tradiciones románticas y nacionalistas que nada tenían que ver con conceptos ajenos como democracia o liberalismo.

Los pensadores, profesores, y los mandos que compartían aquellas ideas radicales se acercaban hasta allí invitados por algunos oficiales prusianos, para hablar de la importancia de ser alemanes, de la supremacía de aquella nación, del tenaz espíritu del pueblo alemán, el «Wolksgeist», y por todo ello, de la inevitable victoria final de los ejércitos alemanes y sus aliados sobre sus enemigos.

También se hablaba de otros pensadores que seguían sus ideales y del papel

que Alemania tendría que cumplir cuando terminara la guerra. El sargento retirado Lamberg descubrió en aquellos días su ferviente nacionalismo, que entre la gente crecía como la espuma probablemente por causa del conflicto. Poseía una vieja edición de «Discursos a la nación alemana», de Fichte, que solía leer con frecuencia, como si se tratase de su Biblia, y llevaba muy dentro aquellos conceptos patrióticos que sentía como propios. A fin de cuentas eran los mismos enemigos, los mismos problemas. Nada de lo esencial había cambiado. La raza era lo más importante y dentro de los distintos grupos humanos, los germanos, los arios, el pueblo alemán al que pertenecía, era sin duda alguna la raza privilegiada por el destino. No solamente bajo el punto de vista físico, para él era algo obvio, sino por su cultura, su moral, y su forma de entender la existencia.

Después llegó la gran desilusión, el inesperado fracaso. ¿Cómo era posible que Alemania hubiera perdido la guerra? ¡Una nación con el mejor ejército, la más avanzada industrialmente, con un pueblo fuerte y disciplinado! ¡Resultaba imposible de creer! ¡Alguien los había traicionado! Pronto se corrió la voz. Los verdaderos responsables del desastre no habían sido los generales alemanes, ni los políticos alemanes, sino los judíos. Una conspiración de los judíos para acabar con Alemania. Matthias Lamberg no se llevó una sorpresa, lo había sabido siempre.

En julio de 1919, cuando gran parte de Europa, destrozada por la larga y terrible guerra, apenas comenzaba a rehacerse, Ilse Wilhelm cumplió veintiocho años, mientras su no reconocida hermanastra, Selma Goldman, a la que sólo había visto unos instantes en Berlín unos años antes, daba a luz a Esther Dukas en Versalles, el lugar donde para unos se había hecho justicia, mientras para otros acababa de perpetrarse una monumental iniquidad. Aquel ignominioso tratado se había transformado definitivamente en el símbolo de la opresión y la injusticia contra el pueblo alemán.

Ilse Wilhelm estaba saliendo con un joven de su misma edad, Karl Edelberg, que acababa de licenciarse como ingeniero óptico en Gotinga. Karl había encontrado trabajo en una empresa de Kaulsdorf a las afueras de Berlín que fabricaba instrumentos de precisión. Los ingenieros de Gotinga eran muy apreciados a causa del prestigio de la casa Zeiss, y enseguida lo admitieron. Por otra parte las circunstancias económicas eran muy precarias en aquellos días, y Karl Edelberg se habría ido a cualquier lugar donde le hubiesen ofrecido un

sueldo, pues, aunque proveniente de una familia adinerada, no deseaba en modo alguno depender de su padre.

Ilse y Karl se conocieron casualmente en la calle cuando él resbaló en el pavimento húmedo, y se le cayeron unos apuntes que la leve brisa esparció por la calzada. Ilse que cruzaba en aquellos momentos le ayudó a recogerlos. Ambos se presentaron y luego caminaron juntos hacia el centro. Desde el primer momento simpatizaron, percibieron una cierta afinidad común y apenas unos días más tarde se habían prometido. A pesar de que Karl daba la impresión de ser un hombre bastante avanzado, Ilse se reservó sus sospechas sobre su origen. Además de sentirse muy atraída por Karl Edelberg, con casi veintinueve años no tenía tiempo que perder. Karl no sólo era ingeniero, sino que le contó que provenía de una familia acomodada y burguesa de Kassel, la rica población al sur de Gotinga, aunque le confesó que se llevaba mal con su padre, y que en parte aquella era la principal causa de haberse marchado de su casa y no desear su ayuda económica.

Pronto Ilse lo llevó a su casa para que conociese a su madre. A Charlotte Wilhelm, aquel muchacho esbelto de cabello oscuro y profundos ojos azules, buena presencia, titulado universitario, hijo de una excelente familia, le pareció un mirlo blanco para su hija. Entre madre e hija se desvivieron para que se sintiera a gusto, dando una impresión de felicidad y alegría, que ni una ni otra sentían por una serie de motivos. A pesar de que se trataba de una joven agraciada y educada, Ilse hasta entonces no había tenido ningún noviazgo serio. En cuanto a Karl, había mantenido algunas relaciones pasajeras en Kassel y en Gotinga, pero nunca pensando en el matrimonio, sino sólo en divertirse. Aquella relación con Ilse era muy distinta, tal vez todo iba demasiado deprisa, pero él se encontraba sólo, y ella estaba ansiosa por aprovechar su oportunidad.

En marzo de 1920 contrajeron matrimonio en Berlín, en la catedral de la iglesia evangélica a la que ambos pertenecían. Ocho meses más tarde, en noviembre, Ilse, como si quisiera aprovechar el tiempo perdido, dio a luz a una preciosa pareja de mellizos, un niño al que bautizaron como Klaus y una niña, Elisa. Ambos rubios como el oro, de ojos azules, colmaron de felicidad a sus padres.

A finales de ese mismo año, Julius Edelberg, el padre de Karl, falleció arrollado por un tren en la estación de Kassel en un estúpido accidente al caer al

andén. Se descartó el suicidio ya que no había motivo alguno. Los testigos aseguraron que debió tratarse de una trágica distracción. La sustanciosa herencia que correspondió a su hijo Karl, la cuarta parte de los cuantiosos bienes de su padre, lo transformaron de la noche a la mañana en un hombre adinerado. Karl e Ilse adquirieron un lujoso piso con vistas al Tiergarten. Karl además compró un automóvil para evitar tener que coger el tranvía para ir a su trabajo. Lo acababan de ascender y se sentía realizado ya que estaba desarrollando un nuevo sistema catadióptrico, por lo que decidió seguir trabajando a pesar de que ya no lo necesitaba.

Para entonces Matthias Lamberg, que acababa de enviudar se había reconciliado con Charlotte y con Ilse, aunque por un lado y otro se mantenían las distancias. Ilse conocía la situación pero prefería no pensar en ella, y aun cuando Matthias hiciera como que lo había olvidado en el fondo seguía pensando lo mismo. Era una situación de compromiso familiar un tanto violenta. La propia Charlotte Wilhelm seguía observando las reacciones de su hija buscando en ellas algo que indicara su herencia judía, pero hasta el momento no había sido capaz de encontrar nada anormal. En ocasiones pensaba que Ilse era muy inteligente y que por tanto podría ser capaz de mostrarle en cada momento la cara que ella quería ver. Luego, al ver a sus nietos, se convenció de que probablemente Ilse había salido a ella, y que no había heredado nada del tal Goldman.

A principios de 1920, Paul Dukas y Selma Goldman llegaron a un acuerdo extrajudicial para su separación. Paul se quedaría con la casa de Grinzing, mientras Selma seguiría en el piso de Viena y percibiría una compensación económica mensual. También dieron los pasos para obtener el divorcio eclesiástico, ya que Eva Gessner no dejaba de exigir a Paul que se casara con ella. La iglesia evangélica lo concedió ante la evidencia de adulterio a finales de 1920.

Después de la separación, Selma decidió recuperar su apellido familiar, mientras Paul intentaba rehacer su vida contrayendo matrimonio civil con Eva Gessner, trasladándose a vivir a la lujosa mansión de Grinzing, lo que le obligaba a cambiar radicalmente de vida. Según el acuerdo de divorcio tenía derecho a visitar a sus hijos un día a la semana, aunque exigió más contactos con ellos, ya que apenas los veía esporádicamente. Le molestaba que Selma hubiera vuelto también a sus tradiciones, así como el protagonismo de la familia de su

mujer, los Goldman en todo ello. Temía que sus hijos fueran educados como judíos, él pretendía liberarse de todo aquello que le recordara sus raíces.

# 6. LOS GESSNER
# (KIEL, 1910-VIENA, 1920)

Eva Gessner pertenecía a una familia prusiana que se había asentado en Viena una década antes al heredar importantes posesiones al este del país, algunas de ellas en la región del lago Neusiedl en Hungría, colindante a la frontera austríaca, donde iban a cazar sus parientes. Eva había estudiado en un internado de monjas en los Alpes austríacos, y su interés era dedicarse a promocionar artistas noveles, sobre todo pintores centroeuropeos. Culturalmente los Gessner seguían considerándose más que alemanes, prusianos, y mantenía su nacionalidad a pesar de residir en Austria. En su interior consideraban a los austríacos como germanos de segunda clase, gentes que habían permitido una absurda mezcolanza de razas y culturas en su imperio.

Aunque Eva no hizo la menor alusión acerca de los orígenes semitas del hombre con el que acababa de casarse por lo civil, para algunas cosas Viena podría ser la más provinciana de las metrópolis europeas, y aquello supuso un escándalo en una familia cuya historia familiar por parte del cabeza de familia, Friedrich Gessner, aseguraba remontarse a la época de Federico Barbarroja.

El hecho de que Paul Dukas se tratase de alguien bien situado en la sociedad vienesa, un famoso psiquiatra, protestante desde hacía algunos años, no le libró de la maledicencia. Muy al contrario. Ninguno de los hermanos de Eva asistió al enlace, salvo María, su hermana menor con la que Eva mantenía relación. María le dijo a Eva que si amaba a aquel hombre se casara con él y se olvidara de todo lo demás, lo cual entre los Gessner resultaba inaceptable.

Los Gessner se habían asentado en Viena, a principios de 1910, procedentes de Kiel en el Báltico, según se decía a causa de la importante herencia materna, que les obligaba a administrar grandes posesiones en Austria y el oeste de Hungría, ya que la condición «sine qua non» de la herencia era no poder vender la tierra, sino mantener las propiedades durante unos determinados años. Nadie debía saber en Viena que el fondo de la cuestión no era sólo la jugosa herencia,

si no el que Friedrich Gessner tuviera que abandonar Kiel tras el escándalo sobre el que se había intentado echar tierra encima al ser acusado de bígamo, lo que resultó ser cierto. Gessner mantenía que salió de allí con la cabeza bien alta, y que no se arrepentía de nada de lo que había hecho. Lo cierto era que no había vuelto a pisar Prusia, temiendo tal vez ser procesado. A pesar de ello los Gessner eran ya una familia conocida y envidiada en Viena. Friedrich Gessner residía en un hermoso palacete, parte de la herencia de la madre de su esposa, en el barrio residencial más exquisito de la ciudad, al norte del Belvedere.

De Friedrich Gessner, que en 1920 había cumplido los sesenta y cinco, viudo desde hacía cuatro años, se decían muchas cosas, como que a pesar de su edad se trataba de un obseso sexual, que recibía prostitutas de lujo en uno de los pisos de su propiedad, que era un apasionado del juego, que tenía caros caprichos, como adquirir los automóviles más caros del mercado. Todo ello le había obligado a solicitar importantes créditos, aunque él aseguraba que podía permitirse aquella vida de lujo y ostentación respaldado por el enorme patrimonio familiar.

Hasta aquel momento todo aquello lo señalaba como alguien que pretendía agotar su vida pendiente sólo de sí mismo, aunque su familia no estuviera de acuerdo con su tren de vida, ni con el hecho de que su nombre saliese a relucir en todas las comidillas de Viena. Su pasado, que no había podido ocultar, lo marcaba y, por tanto, aun teniendo en consideración su fortuna y posición, no era alguien bien recibido en los numerosos eventos sociales de una ciudad tan puritana como hipócrita.

Su matrimonio con la condesa Hilda Horvath le proporcionó cinco hijos: Joachim, Markus, Stefan, Eva, y María. Poco tiempo después de llegar a Viena su mujer tomó la decisión de separarse, harta de sus infidelidades, aunque no llegó a divorciarse ya que falleció de un cáncer en 1916.

El primogénito, Joachim Gessner, lo era ya que había llegado al mundo un cuarto de hora antes que su gemelo Markus. Funcionario de carrera del ministerio de asuntos exteriores, diplomático por oposición, residía en Berlín desde que se independizó, y desde hacía unos meses ocupaba el cargo de canciller en la embajada de la República Alemana en Varsovia. Un difícil puesto en aquellos tiempos y más para un prusiano. En cualquier caso aquel hombre daba la impresión de no desear mantener relación alguna con el resto de la familia, salvo con su hermano Stefan.

Markus Gessner era el gemelo de Joachim, idénticos físicamente, no podían ser dos personalidades más diferentes. Licenciado en Bellas Artes por la universidad de Viena, se dedicaba a vivir sin trabajar, llevando a cabo una eterna tesis doctoral acerca del renacimiento en Austria, lo que le proporcionaba la excusa para viajar con cierta frecuencia al norte de Italia, donde las malas lenguas comentaban que tenía un amante homosexual.

Stefan Gessner, dos años menor y superviviente de la Gran Guerra, en el transcurso de la cual había ascendido de teniente a comandante de submarinos, aunque últimamente, comentaba con acritud, que el Tratado de Versalles le había dejado sin trabajo y sin futuro.

Eva Gessner era dos años menor que Stefan. Le encantaba dar la nota y aparecer en las notas de prensa por cualquier motivo, todo el mundo la tenía por una persona superficial, muy pendiente de la moda y del arte moderno, de la que era una apasionada seguidora.

María Gessner se había doctorado en historia moderna, lo que consiguió con gran facilidad a pesar de que su sexo no le facilitó las cosas, ya que fue la única mujer de su promoción. Se dedicaba a dar clases como adjunta en la universidad de Viena. Intentaba pasar desapercibida, aunque sus tendencias izquierdistas y socialistas la habían indispuesto con su familia, y alejado por su propia voluntad de los eventos sociales.

La familia Gessner disponía de dinero y un gran patrimonio. Las malas lenguas aseguraban que aquellos eran los verdaderos encantos que el doctor Dukas había encontrado en Eva Gessner, aunque se tratara de una mujer muy atractiva y elegante por naturaleza.

El único que no le recriminaba nada al viejo Friedrich era su hijo Markus. Podía comprender a su padre, probablemente mejor que ninguno de sus otros hermanos, ya que él también desaparecía de tanto en tanto durante largas temporadas de Viena, sin dar razón ni explicación alguna de lo que hacía con su importante asignación anual, procedente de su parte en la herencia. Markus era un hombre atractivo, elegante, con pocos amigos o al menos no se le conocían muchos, amante de la noche y de levantarse tarde, callado, ajeno al mundo que le rodeaba, que intentaba sin éxito mantener la discreción sobre su doble vida. Viajaba a Italia con frecuencia, y aunque nadie en Viena sabía lo que allí hacía, no había podido evitar los comentarios, ya que al contrario que su padre, jamás

se le veía con mujeres, y sí con jóvenes efebos que le acompañaban en sus correrías nocturnas. Pero era un hombre generoso con los que se acercaban a pedirle algo, por lo que no se le conocían enemigos declarados.

Eva Gessner tenía su particular concepto de la libertad. Desde que era una niña y más tarde en una larga y difícil adolescencia, Eva había hecho siempre su voluntad. Su madre apenas la pudo controlar ya que enfermó cuando Eva cumplió dieciséis años y a partir de entonces, a falta de la autoridad materna, ya nadie pudo frenarla. Sin embargo, su profundo amor por el arte y el diseño la rescataron como persona. Eva tenía una gran afición, le apasionaba la pintura moderna, y asistía a todas las inauguraciones de las galerías más importantes, por supuesto de Viena, pero también de Budapest, Praga, Múnich, Berlín, Zúrich, incluso se desplazaba con frecuencia a París, ya que era en aquella ciudad donde solían surgir los nuevos artistas de moda. Una cara obsesión, ya que siempre estaba pendiente de las subastas, y prácticamente se gastaba gran parte de su fortuna personal —proveniente de la parte de la herencia de su madre que había quedado fuera del fideicomiso que controlaba el albacea designado por su madre, Frank Winter, un banquero de Zúrich— en cuadros de pintores jóvenes que luego tenía que almacenar en su mayoría, ya que le hubiese resultado imposible colgarlos todos en su piso.

Naturalmente aquella cara afición preocupaba a Paul Dukas, su marido desde principios de 1920, tras su divorcio de Selma. A él también le interesaba el arte moderno, pero una cosa era disfrutar contemplándolo, y otra bien distinta desear adquirir todo lo que le gustaba. Llegaron a un acuerdo tácito cuando contrajeron matrimonio por separación de bienes. Antes de adquirir nuevas obras, Eva lo comentaría con él. No era tanto la necesidad de obtener su permiso, como que al menos él pudiera expresar su opinión. Paul le explicó que aquello se podría transformar en una obsesión compulsiva, sin límites ni criterios, y aunque creía estar profundamente enamorado, no iba a permitir que su mujer dilapidara su fortuna sólo para guardar unos cuadros de dudoso valor artístico en el almacén.

Paul no podía dejar de comparar a su primera esposa, Selma Goldman, con su nueva mujer. Eran tan diferentes en todo que resultaba imposible cualquier conexión. Selma era mucho más reflexiva, tal vez menos brillante pero más pragmática y realista. Eva parecía ir por delante de su tiempo, viviendo en un mundo de ficción que ella misma iba creando, surgiendo de su propia

personalidad a medida que transcurría su vida, como de un inagotable manantial. Selma era una mujer clásica, como de vuelta de muchas cosas. Ambas eran hermosas pero con distinto concepto de la elegancia. Selma poseía una discreta compostura y una gran naturalidad, aunque no pasaba desapercibida, mientras que Eva pretendía romper con los conceptos y, al igual que el arte que adquiría, vestía a la moda, con atrevidos colores y diseños, sin respetar ningún concepto preestablecido. Selma hablaba en un tono de voz apenas audible, y sin embargo enérgico. Eva era estridente y excesiva en todo. Selma pretendía entender los conceptos, mientras que Eva daba la impresión de conformarse con las formas. Sin embargo, paradójicamente, tenía un amigo en la universidad, Christian von Ehrenfels, un profesor de filosofía de unos sesenta años, que le había hablado de una nueva y revolucionaria teoría, «la Gestalt»; y Eva iba a cambiar impresiones con él de vez en cuando. Aquel hombre había publicado «Conceptos fundamentales de ética» en 1907, y tenía varios discípulos, como un tal Max Wertheimer que tenía fama de ser muy profundo. Entre otras paradojas filosóficas, mantenía que el todo era más que la suma de sus partes.

Para Paul el cambio significó una especie de liberación. Su vida cambió radicalmente. En el fondo tenía la certeza de que Selma podía leer sus pensamientos, como si supiera todo lo que le ocultaba sin necesidad de preguntárselo. Eso le preocupaba, ya que supuestamente era él quien debía ser capaz de escrutar el alma humana. El paradójico síndrome del psiquiatra. Temía ser analizado, y sin embargo mientras vivieron juntos, Selma parecía poder leer en él como en un libro abierto.

Muy diferente era su nueva vida con Eva. Se sentía libre de hacer y deshacer, no tanto porque tuviera interés alguno en conocer su intimidad, como porque no le interesara. Eva tenía bastante con vivir su intensa vida, y no le contaba casi nunca lo que hacía o dejaba de hacer, por lo que tampoco esperaba que él lo hiciese. Paul salía en su coche por la mañana temprano de su casa en Grinzing, y se dirigía al hospital psiquiátrico Steinhof de Viena, donde pasaba consulta y atendía a los enfermos. A mediodía solía comer con sus amigos en alguno de los elegantes restaurantes del centro, aunque en ocasiones quedaba con Eva para comer juntos, y por la tarde a partir de las cuatro pasaba consulta privada en su elegante consultorio en el Ring.

A pesar de todo, su vida era bastante monótona. Por la mañana a primera

hora veía a los enfermos mentales públicos, a los llamados «locos», y por la tarde a una exquisita clientela, gente bien situada, que pertenecían a otra clase de enfermos. Obsesiones, trastornos mentales, fobias y cosas por el estilo. Por las mañanas le tocaba visitar el infierno, y por la tarde el purgatorio venía a verlo a él. Diferenciaba claramente entre psicosis y neurosis, como mañanas y tardes. Unos no tendrían solución jamás, pero le servían de referencia, para comprobar hasta dónde podía llegar la mente humana. En cuanto a los otros, los pacientes privados, cada caso era un mundo aparte, pero naturalmente siempre existía una esperanza. Los locos podían ser peligrosos, por ello en muchas ocasiones los mantenían maniatados, se les daban baños de agua helada, descargas eléctricas o se les encerraba durante días en total oscuridad. En ocasiones los enfermeros llegaban a golpearlos hasta que entraban en razón. Admiraba a Wagner-Jauregg y sus teorías radicales, como generar fuertes procesos febriles para buscar la curación o al menos paliar las crisis.

Paul Dukas estaba valorando dejar el hospital, y dedicarse sólo a su consulta privada. A nivel de honorarios no había comparación, ya que lo que le pagaba el hospital mensualmente equivalía a lo que cobraba por una sola tarde en su consulta privada. Luego estaba el trato. Los verdaderos locos eran recluidos como bestias salvajes y en muchas ocasiones se comportaban como tales. Debía ponerse una bata sobre otra ya que vomitaban, escupían, en ocasiones intentaban morderle o arañarle. La respuesta de los enfermeros del hospital a la agresividad solía ser violenta, y el edificio dedicado a los enfermos mentales era un lugar desagradable y sucio. Allí se asomaba a un profundísimo pozo en el que apenas percibía el reflejo en el que podía ver la dura realidad de las enfermedades mentales. Para él, aquel reflejo era la conciencia que ondulaba según el estado de ánimo y las circunstancias. Por la tarde en la consulta, se encontraba, en su mayoría con mujeres histéricas, algunas insatisfechas sexualmente, también trastornos obsesivos, insomnios, adicciones, y por supuesto fobias y compulsiones de todo tipo. En general nada que no se pudiera curar con dinero. Eran además pacientes recurrentes, que se sentían aliviados al contarle sus casos y que no miraban el costo de la consulta, sino que se sentían agradecidos de tenerle allí, oyéndoles en la elegante penumbra de su consulta, mientras tomaba notas, proporcionándoles un gran bienestar el solo hecho de ser escuchados, aguardando que les recetara algo de láudano, u opio puro en los casos más

reticentes.

Paul Dukas estaba convencido de que, tras el divorcio, su calidad de vida había mejorado. Desde su enlace civil con Eva Gessner ya nadie le pedía cuentas y el único que podía hacerlo, su padre, el viejo Salomón Dukas, prefería mantenerse al margen. Le seguía preocupando que también aquel viejo médico de pueblo pudiera leer lo que pasaba por su mente. Se enervaba en su presencia, no podía olvidar que fue él quien lo había guiado hasta allí, alguien que lo conocía como la palma de su mano, y seguía viendo al ambicioso muchacho judío que pretendía llegar a la cumbre a costa de lo que fuera.

Un día recibió una llamada telefónica de Adolf Loos. Quedaron para comer. No se habían visto desde su encuentro en el tren. De nuevo coincidieron en muchas cosas, tanto que volvieron a quedar para el mismo día de la siguiente semana. Comenzó un pequeño ritual. Ambos se sentían a gusto charlando un rato. Para Paul, aquel hombre tenía una nueva visión del mundo, y le estaba descubriendo otra manera de entender no sólo Viena, sino el sofisticado mundo que hasta entonces le había pasado desapercibido. En una de las ocasiones, Loos apareció en el restaurante acompañado de Schönberg, el compositor, un hombre cercano a los cincuenta, de ojos profundos y mirada inteligente, que les contó que al acabar la guerra había fundado en Viena la «Sociedad para Interpretaciones Musicales Privadas», y que en aquellos momentos estaba trabajando en una sinfonía y en varios temas de música de cámara.

Loos que parecía tener mucha confianza con él, en un momento dado se refirió a los orígenes judíos de su amigo Schönberg sin tapujos.

—¿Qué le parece? ¡El hijo de un zapatero judío húngaro, uno de los mejores compositores de Viena! ¡Para que luego digan! ¡Algunos murmuran que Viena está sufriendo una invasión de judíos, eslavos, y mediterráneos, pero yo estoy convencido de que eso es lo que nos hace una ciudad cosmopolita y más culta! ¿Te acuerdas Arnold, cuando el «Concierto de la bofetada» hace casi ocho años? La verdad es que entre tu música y mi arquitectura existe un paralelismo. Ahora me estás hablando de la música dodecafónica. ¡Yo también estoy construyendo arquitectura dodecafónica! ¡Lo que no sabe nuestro sofisticado psiquiatra es que nuestro amigo además de un brillantísimo compositor es un magnífico pintor! Díselo Arnold, dile eso que me repites constantemente: «La música no debe adornar, sino ser verdadera». ¡Eso es lo que yo pretendo con mi arquitectura!

En aquel distendido almuerzo, Paul no hizo mención a sus orígenes. ¿Cómo iba a decirle a Schönberg, que él podía comprender muchas cosas, ya que también era judío? ¡Un pariente semita! Probablemente ambos conocerían dicha circunstancia, pero él no iba a sacarla a relucir. Tenía la secreta esperanza de que la gente fuese olvidándolo poco a poco. Para él todo estaba marchando por el camino correcto, y aunque no quería reconocer que de tanto en tanto echaba de menos a Selma, empezaba a creer que su nueva vida reflejaba mucho mejor su verdadera personalidad.

Sin embargo algo estaba afectándole y no era capaz de valorar hasta donde. Su madre había querido volver a la casa de Grinzing desde la separación de Selma, pues ambas habían mantenido una gran complicidad. La mujer no entendía aquella situación, ni tampoco el alarmante cambio que estaba sufriendo su hijo. Paul no podía imaginar que cuando su madre lo comentó con su padre, este le respondió que no se trataba de un cambio, sino de una evolución favorecida por las circunstancias. El problema estaba bien diagnosticado. A Paul se le había subido el éxito a la cabeza.

Eva Gessner se sentía satisfecha. Hasta entonces había hecho durante toda su vida lo que quería en cada instante, y no pensaba cambiar. Su libertad ganada a pulso era su bien más preciado. Era la imagen que pretendía dar, y no iba a reconocer que algo la preocupaba, a pesar de que casi todo estaba sucediendo como ella había programado. El día que lo conoció se propuso separar a Paul de su mujer para ocupar ella su lugar. Y no era porque no hubiera tenido otras oportunidades, que le sobraban, ni tampoco sentía ningún odio particular hacia Selma. Sólo eran las tozudas circunstancias que al final siempre se salían con la suya. Se sabía hermosa, afortunada, rica y más de uno se le había declarado, pero siempre, desde que era muy joven, creyó saber lo que quería en la vida. Cuando conoció a Paul Dukas pensó que aquel era el hombre que ella deseaba. Alguien que lo tenía todo o casi todo, y que cumplía sus expectativas: Atractivo, apuesto, elegante, inteligente, famoso, con éxito demostrado. El único «pero» era su herencia judía a pesar de que aquel hombre, que por otra parte aparentaba ser un austríaco de sangre, hacía lo imposible por olvidar sus raíces.

Cuando comentó en su casa que iba a casarse con aquel psiquiatra, como su padre no era alguien que se fuera por las ramas, le dio su opinión sin ambages, con toda claridad, como acostumbraba a hacerlo.

—Eva, querida, perdona que sea tan directo. ¿Pero cómo vas a casarte con un judío? Si lo haces, antes o después te arrepentirás. Aquí en Viena te perdonarían muchas cosas, pero eso es cruzar la línea roja. Si quieres vive con él hasta que te hartes, pero no te cases, entre otras cosas eso va a molestar mucho a tus hermanos y al resto de tus parientes.

Naturalmente no le hizo caso. Su padre no estaba en disposición de dar consejos a nadie, bastante tenía con sus propios pecados. Así que a los pocos días se casó con Paul Dukas por lo civil en el juzgado. Ambos eran luteranos y no hubo ningún problema. En el minucioso censo municipal de Viena, a efectos prácticos figuraba:

*Nombre: Paul Dukas.*
*Religión: Iglesia Evangélica.*
*Profesión: Doctor en Medicina y Psiquiatría.*
*Nacionalidad: Súbdito del Imperio Austro-Húngaro.*
*Lugar de nacimiento: Dubossati (Moldavia-Imperio Austríaco).*

Curiosamente ni una sola palabra sobre su origen judío. Desde el reciente Tratado de Versalles al que todo el mundo tendría que acostumbrarse, el gran Imperio Austrohúngaro se había transformado, o como escribían algunos críticos en la prensa «descompuesto» en varios estados independientes, o en regiones dependientes de otros países, un puzzle roto para siempre: Austria, Hungría, Checoslovaquia, Eslovenia, Croacia, Bosnia Herzegovina y las regiones de Voivodina en Serbia, las Bocas de Kotor en Montenegro, el Trentino-Alto, Trieste en Italia, Transilvania, una región del Bánato en Rumanía, la Besarabia en Moldavia, Galicia en Polonia y Rutenia en Ucrania. Estaban cambiando el censo y colocando a cada uno en su lugar. Pero ya no importaba tanto el lugar del nacimiento de cada uno, como dónde estaba ubicado cuando se firmó el tratado.

De hecho allí estaban «los parientes» como le comentó mordaz el viejo Gessner un día que lo encontró en la calle, mientras señalaba un numeroso grupo de judíos que cruzaba con rapidez el Ring, como si alguien les estuviera aguardando, y que probablemente venían de la Judengasse en dirección a la principal sinagoga de la ciudad, la Stadttempel. Tenía que reconocer que se

trataba de gentes exóticas, con aquellos caftanes negros y sus shtreimel de piel cubriéndoles la cabeza, algunos judíos devotos llevaban su abrigo de oración sobre los trajes, y todos, sin faltar uno, luengas barbas y rizos en la sien. ¡Parientes! Friedrich Gessner, por desgracia su padre, era un prusiano racista y malévolo que pretendía hacerse el gracioso con ella. Lo miró con un gesto de desdén y lo dejó allí plantado, sonriendo. Sabía que si algo molestaba profundamente a Paul era que lo relacionasen con aquella gente. Aunque no era tan ingenuo como para creer que sólo con el agua bendita se había borrado su pasado a todos los efectos.

Tiempo atrás, cuando Friedrich Gessner llegó a Viena, mantuvo una buena relación con el entonces alcalde, Karl Lueger, hasta que aquel hombre falleció en 1910, cuando ella tenía diecisiete años. Recordaba que había comido más de una vez en su casa, siempre despotricando contra los judíos. Tampoco podía olvidar sus indiscretas miradas, ya que aquel viejo sátiro no apartaba la vista de sus pechos.

Paul le permitía vivir su vida sin pedirle continuas explicaciones. Él pretendía hacer la suya, y parecía no importarle con quien había estado ni con quién no. Ella conocía las apetencias sexuales de su marido, que necesitaba sexo, y que estaba convencido de que todo el mundo actuaba igual, a pesar de que no coincidía con las complicadas elucubraciones de las teorías de Freud, que siempre oscilaba entre lo perverso y lo anormal. En ocasiones ella llegaba muy tarde a su casa en Grinzing en su Audi C, una de las primeras mujeres en conducir su propio automóvil en Viena, y él siempre la recibía sonriente, sin preguntas. Eso para ella era lo más importante.

Fue una noche cuando él llegó bastante tarde, cuando ella se lo echó en cara por primera vez. Él le replicó que sólo estaba tomándose la misma libertad que le concedía a ella. La conversación se enrareció y él por algún motivo le dijo que tal vez prefería a los hombres hipócritas, como tantos otros que se hacían pasar por padres de familia. Ahí tenía a alguien conocido, como el propio David Goldman, el padre de Selma, su exmujer. Paul lo comentó con furia, la primera vez que ella lo veía enfadado.

—¡Ese hombre lleva una doble vida, al igual que muchos otros hipócritas, como tu propio padre, Friedrich Gessner!

Muy molesta por la alusión a su familia, Eva contestó que el hecho de

haberse separado de Selma no le daba ningún derecho a desprestigiar a su exfamilia política.

—¡No estoy difamando a nadie! ¡Que sepas que ese Goldman tiene una hija en Berlín, una tal Ilse Wilhelm! ¡Aquí en Viena no hay más que falso puritanismo, y tú me echas en cara que seamos distintos!

Aquella fue la primera noche que durmieron en habitaciones diferentes. Ella reflexionó más tarde que si se hubiera casado o simplemente estuviese comprometida con alguno de aquellos puritanos, tradicionalistas y conservadores austríacos, le resultaría imposible tener la libertad de llevar aquella vida. En cuanto a la relación con los artistas era imprevisible, no se trataba de gente que llevara horarios predeterminados, ni un tipo de vida concreto, muy al contrario, parecían querer vivir por la noche, hacer lo que al resto de la gente no se le ocurría. Ella creía entenderlos y ellos se lo agradecían a su manera. Siempre estaba informada de por dónde iban las nuevas tendencias, lo que se mascaba en el sutil ambiente de los artistas. Ellos le contaban que sus experiencias artísticas eran como caminar en la oscuridad intentando percibir una luz que se encendía de tanto en tanto, como el navegante que de pronto percibía un faro en la noche. Era consciente de que allí se estaba creando la nueva visión del universo y ella quería ser la primera en intuir por donde iban a ir las cosas. El mundo estaba cambiando con rapidez y el centro de todo era Viena.

No le dio más importancia a la discusión con Paul, pero estuvo dándole vueltas a la cabeza sobre lo que le había dicho acerca de David Goldman. Era cierto que aquel profesor tenía un gran prestigio en la ciudad y fama de ser alguien muy a la vieja usanza. ¿Así que tenía en Berlín una hija natural? Nunca lo hubiera pensado de alguien con aquella apariencia tan burguesa y una mirada tan franca y natural. Era cierto lo que decía Paul. No podías fiarte de nadie. Las apariencias engañaban.

# 7. PARTIR DE CERO (TESALÓNICA, MEDIADOS DE 1921)

A principios de 1921, tiempo después del divorcio, en un arrebato de querer volver a ser ella misma, Selma Goldman había quemado sus antiguas tarjetas, y cartas y sobres con membrete en las que figuraba su nombre de casada «Selma Dukas». Lo hizo una tarde al acabar de leer la historia de Hernán Cortes, cuando quemó sus naves en la costa de Nueva España. Lo único que la vinculaba a aquel pasado incierto eran sus hijos, Jacques y Esther, que, a su pesar, eran más Dukas que Goldman, al menos en apariencia. Quería partir de cero, volver a ser la de antes, una muchacha sefardí que tal vez hubiera perdido la ingenuidad, pero no la cabeza.

Decidió ir a visitar a la abuela Esther a Tesalónica. La guerra era aún un recuerdo reciente, pero ya se podía viajar con seguridad de un sitio a otro. Se llevó con ella a los niños, sabiendo que a la abuela le encantaría verlos. Temía que la herencia mediterránea, levantina, sefardí, que sentía bajo la piel, quedara anulada por el efecto «vienés». En Viena la gente era cosmopolita, elegante, culta, también egoísta, introvertida, desconfiada y conservadora. Ella quería algo diferente para sus hijos. Cogió el tren en un interminable viaje, seguido más tarde de un pequeño autobús, con incómodos asientos de madera herencia de la guerra, pintado de azul celeste con letras rojas, hasta Tesalónica. Luego tuvo que caminar con Esther atada a la espalda, como una mochila con brazos y piernas, una pesada maleta de cuero y tirando de Jacques que se paraba a cada instante asombrado al ver los asnos, los perros, los gatos callejeros, las gallinas que picoteaban en las ruinas de lo que una vez había sido el barrio judío.

La puerta del pequeño jardín y al tiempo huerto estaba entreabierta, al igual que la de la casa donde no encontró a su abuela. La pequeña Esther, agotada por el viaje, se había dormido y la dejó sobre la cama de la fresca habitación que ella utilizaba cuando era pequeña, mientras Jacques corría tras unos gatitos. Entonces se sentó y lloró sin poder contenerse, había vuelto a su verdadero hogar. Ella

había sido alguna vez aquella pequeña Esther, y su madre también habría llorado al volver a casa. La historia se repetía una y otra vez. Su padre le contaba en ocasiones que hacía siglos, aquellos primeros sefardíes que llegaron a Tesalónica, tuvieron que sollozar de desconsuelo, rabia y nostalgia al recordar la infamia, su ignominiosa expulsión de Sefarad, de una tierra que había sido su hogar durante más de mil años.

Más tarde la abuela Esther, que volvió de su habitual paseo y de comprar pescado, encontró a su nieta profundamente dormida, tendida sobre la cama junto a sus hijos, los tres agotados por el largo viaje desde Viena. También a ella, una mujer endurecida por los años y las muchas vicisitudes de una larga y procelosa vida se le llenaron los ojos de lágrimas.

Para ella el tiempo no había transcurrido, pues apenas hacia un instante la que estaba allí tendida era su hija Rachel, y no su nieta y sus bisnietos. Tuvo que sentarse ante el implacable paso del tiempo. ¡Pero si había sido ayer mismo! Miró hacia la puerta aguardando a que entrara su marido, Safartí, como ella lo llamaba, con sus fuertes y nervudas manos, sus ojos oscuros bajo las espesas cejas. Aquel hombre tranquilo que siempre aseguraba que la llevaría un día a conocer su casa de Toledo en Sefarad. ¡Pobre Safartí que se creía eterno! Con aquel ácido, corrosivo humor judío, contando chistes en el ininteligible idioma que se hablaba por algunos barrios de Tesalónica, una extraña jerigonza mezcla de yiddish, turco, y sefardí. A Efraím Safartí lo enterraron hacía veinte años, pero ella lo seguía echando de menos. ¡Cuánto lo necesitaba en aquellos momentos! Pero aquel generoso y egoísta hombre se había ido sin llevarla con él.

Allí afuera sólo quedaban grises cenizas, recuerdo del pavoroso incendio que consumió el precioso barrio judío. Gran parte de su gente se había dispersado por el mundo. Sus vecinos más queridos de toda la vida estaban en Nueva York, la familia Toledano en América del Sur, los Safartí en Francia, los Péres en Palestina, otros en Bélgica tallando diamantes, muchos en Alemania. Su pequeña Selma en Viena. ¡Ah, la diáspora! ¡Al menos Selma había traído a los niños para que pudiera conocerlos!

Selma abrió los ojos en aquel momento y vio junto a ella a su abuela Esther. Se incorporó y la abrazó con fuerza. Ambas volvieron a sollozar. Una mezcla de amor, nostalgia, agradecimiento y tristeza. Luego le explicó que se quedaría allí

un tiempo, que necesitaba recapacitar, entender algunas cosas, y que Viena no era el lugar adecuado para ello. La abuela le contestó que aquella era su casa, sí, su casa, ya que se la había legado a ella, también la pequeña finca con los viñedos apenas a unas horas de camino, en Asventojori, en las suaves faldas de las montañas, y por tanto que se quedara el tiempo que quisiera.

# 8. LAS SA (SECCIONES DE ASALTO) (KAULSDORF, 1921-BERLÍN, NOVIEMBRE DE 1922)

En Kaulsdorf, Karl Edelberg estaba demostrando su enorme valía como ingeniero en la empresa de óptica. A los pocos meses propuso al consejo de administración desarrollar el nuevo sistema catadióptrico sobre el que había realizado su doctorado en Gotinga. Al principio le dijeron que se centrara en los proyectos que ya tenían en marcha. ¿Por qué iban a necesitar ellos algo así? Sin embargo debieron reflexionar, ya que meses después el propietario de la empresa lo hizo llamar para que explicara a los consejeros lo que proponía. Se trataba de un nuevo concepto útil para muchas funciones, pero sobre todo para los sistemas ópticos indirectos, como los telescopios, los periscopios. Notó como los consejeros se miraban con cierto escepticismo. ¿Telescopios? ¿Periscopios? ¡Pero si el Tratado de Versalles prohibía construir submarinos y armamento, prácticamente de cualquier tipo! Karl, intentando salvar su proyecto alegó que una función muy concreta serían los objetivos para las máquinas fotográficas. Finalmente se aprobó que continuara con la investigación aunque no como prioritaria. Karl se sintió aliviado, ya que si se hubiesen opuesto estaba decidido a abandonar la empresa y establecerse por su cuenta, aunque prefería seguir allí, ya que en caso contrario tendría que haber invertido todo lo que tenía, incluso haberse empeñado para conseguir un laboratorio como el que en aquellos momentos tenía a su disposición.

Karl era un hombre constante que no se arredraba ante las dificultades y por tanto pensó en emplear todo el tiempo que pudiera fuera de sus obligaciones en progresar en su investigación, convencido de que se hallaba en el camino correcto. Su compañero de laboratorio, Jacob Meyer, un ingeniero de sistemas, era algo mayor que él, alguien que ya tendría que haber ascendido a director. El hombre lo achacaba al hecho de ser judío, ya que si trabajaba allí se debía

exclusivamente a su capacidad profesional.

Karl, sin motivo alguno para ello, sentía cierta prevención hacia los judíos, durante toda su vida había escuchado que se trataba de apátridas que llegaban a Alemania para hacerse con los puestos clave en todas las disciplinas, que abusaban de los que no eran judíos, que manipulaban la historia y la información, que no serían nunca verdaderos patriotas, ya que nada tenían que ver con ninguna patria, y que lo único que les importaba era el dinero, para cuyo manejo tenían gran habilidad. Además estaba la gran masa de judíos pobres, los que llegaban en oleadas desde Bukovina, la Besarabia, Ucrania, el interior de Rusia, Polonia. Muchos llegaban de lugares remotos, en ocasiones gentes primitivas, parecidos a los gitanos, vistiendo exóticos ropajes, que actuaban al margen de la sociedad alemana, como buhoneros, sastres de baratillo, zapateros remendones, y otras profesiones marginales, dando la impresión de ser una tribu ajena a la sociedad civilizada, incapaces de integrarse, con sus extraños ritos, erigiendo sus sinagogas en cualquier parte. Desde que tenía uso de razón Karl había escuchado a sus padres, a sus tíos, a sus profesores, a tantos buenos alemanes, quejarse de como aquellas gentes de origen semita iban a destruir las raíces, costumbres y tradiciones de la patria alemana, salvo que se le pusiera freno. Cierto que podría haber personas como aquel Jacob Meyer, en apariencia integrados, pero no terminaba de confiar en ellos. Intentaba mantener la distancia, y tampoco estaba muy de acuerdo en compartir con él sus investigaciones.

Berlín no era Gotinga, ni Kassel, y Karl comenzó a asistir a reuniones y alguna conferencia en la que se hablaba de la penosa situación en que había quedado Alemania tras el Tratado de Versalles. Al principio se celebraban casi de incógnito, como si el gobierno de la República de Weimar estuviese en contra de los intereses de su propio pueblo, un gobierno, lo sabía todo el mundo, vasallo de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, con gobiernos dominados por judíos, y por tanto las naciones culpables de lo ocurrido. En aquellas reuniones pudo escuchar que las cosas podrían ser de otra manera para Alemania, si se plantara cara a unas cláusulas económicas y políticas que no permitirían el desarrollo del país.

Uno de los conferenciantes lo dejó muy claro una noche de noviembre de 1921. No tenían que buscar mucho: Los verdaderos culpables de la situación

eran los judíos. Según él se los podía encontrar en todas partes. En los ministerios de Alemania, en cualquier alto puesto de la administración. ¿No les sonaban los nombres? Schiffer y Benstein, habían controlado las finanzas, Preuss y Freund el ministerio del interior, Haase y Kautsky el de asuntos exteriores, y así en todas partes. ¿No era Walter Rathenau presidente de la AEG desde 1915? Y no era sólo en Alemania, también en Austria, Francia, Gran Bretaña. Estaban por todas partes, aseguró. Por no hablar de Rusia. ¿Quién si no había organizado la revolución soviética? Los financieros y banqueros como los Rothschild, los Warburg, Kuhn, Loeb, Olef Aschberg, Schiff, Lazare, Hirsch, Gunzbourg, Speyer, Wallenberg, Guggenheim, Breitung, y tantos otros. ¿Y quiénes la revolución? En Rusia, Trotsky, Kamenev, Zinoviev, Sverdlov, Ederer, Rosenthal, Goldenrudin, Merzvin, Furstemberg, y muchos más. En Alemania, Karl Liebknecht, Kurt Eisner, Rosa Luxemburgo. Todos ellos judíos. Aseguró que gracias a los verdaderos patriotas alemanes algunos se habían llevado su merecido, pero que aún estaba todo por hacer para librarse de aquella plaga.

Hasta aquel momento Karl nunca había relacionado a los judíos con una plaga. En Berlín la situación era insoportable. El dinero alemán no valía para nada. La increíble inflación había disparado las cifras, y el «goldmark» se había transformado en el «papiermark». Sólo de pensar cómo su patria se estaba deshaciendo por días a causa de la conjura y la traición sentía náuseas.

Una tarde, en uno de los salones del centro, en la Friedrichstrasse, al terminar la vibrante conferencia a la que había asistido, en la que se mencionaron las tesis del Conde de Gobineau, Houston Stewart Chamberlain, Lapouge, Morton, Boulainvilliers, Lombroso, y algunos otros, todos ellos verdaderos intelectuales que coincidían en sus tesis sobre las razas, el conferenciante habló del problema del territorio para Alemania. Karl escuchó por primera vez el concepto del «lebensraum», el espacio vital. Karl tenía una mente científica y práctica y desde aquel momento, cuando enlazó unas ideas con otras, no le cupo la menor duda. En el mundo estaban los arios y los otros. Los verdaderos alemanes, los que pertenecían a la raza germana, eran arios, y por tanto estaban llamados a un destino superior. Las otras razas como los eslavos, incluso los mediterráneos, mestizos de mil culturas y razas, eran prescindibles.

Aquella misma helada noche de noviembre de 1922, eufórico y totalmente convencido, Karl Edelberg se afilió al NSDAP, el Partido Nacionalsocialista

Alemán de los Trabajadores. Tuvo que hacer cola para dar sus datos y firmar en una pequeña mesita situada a la misma salida su compromiso. Los que firmaban se reunían nerviosos en la calle, y comentaban su decisión como si quisieran justificarse unos con otros. Después acompañó a un grupo de sus nuevos camaradas a tomar unas cervezas para celebrarlo, y cuando tras varias jarras se entonaron, cantaron a todo pulmón «*Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt*[2]». Aquel coctel tradicionalista, pangermánico, antibolchevique y antijudío, le había hecho comprender que Alemania no podía permanecer inmóvil. Ahora pertenecía a una hermandad que tenía unas miras muy altas, unos grandes ideales. Era evidente para cualquiera. ¿Quién podría negar que los alemanes fueran una raza superior? Por tanto tendrían que buscar su posición en el mundo, por una vía u otra, a cualquier costo. Al precio que fuera, y sin esperar demasiado.

Cuando llegó tarde a su casa Ilse ya se había acostado. Al entrar en el dormitorio ella se despertó y siguiendo los consejos de su madre le reconvino sin acritud.

—¿Qué pasa Karl? ¿Has vuelto a beber demasiada cerveza?

Él se sentó al borde de la cama intentando hablar bajo para no despertar a los niños que dormían en la habitación de al lado.

—¡No querida, no es la cerveza, es otra cosa mucho más importante! ¡Me he afiliado al NSDAP! ¡Estate tranquila, sólo he hecho lo que tenía que hacer! Y ahora duerme tranquila Ilse, todo va a ir mejor en adelante.

Ilse Edelberg no pudo conciliar el sueño, mientras escuchaba los satisfechos ronquidos de su marido. Deseaba olvidar que era hija de un judío vienés llamado Goldman. De hecho esa posible paternidad ya estaba en duda. Su madre le confesó un día que después de pensarlo tampoco podía estar segura. Poco antes de estar con aquel hombre había tenido relaciones con un muchacho de Múnich, y cuando Goldman volvió a Viena ella volvió a su relación anterior. Cuando Ilse nació, durante un tiempo Charlotte estuvo convencida de que aquella niña era hija de Goldman. Pero lo cierto era que ni se parecía en nada a él, ni poseía ningún rasgo judío. Ilse era tan rubia y tan alemana como ella. Muchos años más tarde, el nacimiento de sus nietos la tranquilizó. Había temido casi obsesivamente que sacaran algún rasgo del hombre que era su posible abuelo.

Por todo ello decidieron enterrar aquel absurdo desliz de juventud de

Charlotte Wilhelm. Aquella duda sería un secreto que debería morir con ellas. Ese era el motivo por el que Ilse no lo había compartido ni siquiera con su marido, ya que a él no le gustaban los judíos.

# 9. MARKUS GESSNER
# (VIENA Y FLORENCIA, FEBRERO DE 1922)

De Markus Gessner, gemelo de Joachim y sin embargo tan diferente, el preferido de Eva, se decían muchas cosas entre sus conocidos de Viena. En general habladurías sin fundamento, pues procuraba ser discreto, algo heredado de su madre, ya que de Friedrich Gessner, su padre, era mejor olvidarse. Markus vivía de sus rentas y no necesitaba trabajar para vivir. Pensaba en ocasiones que no hubiese soportado tener que depender de un sueldo, que alguien le dijera lo que tenía que hacer y lo que no.

Y menos a alguien como él, que trasgredía las normas de la puritana e hipócrita sociedad en que vivía. Homosexual reconocido, con un amante italiano, Carlo Mattei, un hombre culto y agradable con el que se veía en Florencia. Ambos procuraban no llamar la atención, mantenerse al margen, ir a lo suyo. A pesar de todo en Viena se murmuraba acerca de sus tendencias, y por ese motivo procuraba no dejarse ver mucho en público. Aquello le había llevado a salir de noche, a mantener un círculo de amistades muy pequeño, de otros como él, aun sabiendo que muchos ocultaban sus tendencias intentando llevar una vida «normal». Por supuesto su padre y sus hermanos no tenían nada que opinar acerca de ello. Lo habían dejado por imposible y lo único que le exigieron fue que lo llevara con la máxima discreción. Joachim era el único con el que desde siempre mantenía fuertes discrepancias, no se soportaban, por lo que procuraba no coincidir con él. Había sido así desde que tenía uso de razón. Se había librado de la guerra gracias al certificado médico conseguido a través de un doctor amigo de su padre, que le daba como «No útil para el servicio». Un eufemismo que quería decir «Inútil total», aunque a él le daba lo mismo.

En cualquier caso a Markus le horrorizaba la sangre, la violencia, el haber tenido que soportar a todos aquellos viriles tipos insultándole o riéndose de él durante toda la vida, en el colegio y más tarde en la universidad. Como lo que le había sucedido a Alex, su íntimo amigo de la facultad. Alex Feder había sido

reclutado, ya que le dio vergüenza reconocer su tendencia. Después fue obligado a presentarse en un cuartel situado a las afueras de la ciudad, donde pocos días más tarde lo violaron. Aterrorizado huyó y de inmediato fue declarado prófugo. Fue detenido de vuelta en Viena, condenado por un tribunal militar en tiempo de guerra dos días más tarde, ya que todo aquello había sucedido en noviembre de 1915. Fue fusilado sin más. Cada vez que Markus pensaba en ello lo veía como una terrorífica pesadilla y sentía un profundo escalofrío. Desde entonces ocultaba su homosexualidad y sólo la mostraba entre los más cercanos, aquellos que eran como él, siempre que los conociera. Alex no había sido condenado por serlo, pero en cualquier caso el resultado fue trágico y fatal.

A Carlo Mattei lo había conocido casualmente en un hotel en Florencia. En cuanto se cruzaron sus miradas se comprendieron. Carlo tenía unos años más que él, pero no importaba. Era un hombre atractivo, sensible y culto. Se sintieron mutuamente atraídos, y la misma noche durmieron juntos en la habitación de Carlo. Aquella experiencia fue una revelación y, cuando se separaron dos días más tarde, tuvo la certeza de haber encontrado lo que llevaba toda la vida buscando. Carlo le había confesado lo mismo. Al mes siguiente volvieron a verse en Zúrich, pero aquel lugar era frío, sin el encanto de Italia. Decidieron que Florencia era un lugar más hermoso y acogedor, por lo que de nuevo volvieron allí. Aquel discreto hotel se convirtió en su lugar de encuentro. Iban al mismo hotel y cogían dos habitaciones colindantes. Naturalmente fue imposible mantener el secreto, pero nadie se daba por enterado. Siempre dejaban buenas propinas y eso facilitaba mucho las cosas.

Carlo Mattei rondaba los cuarenta, elegante y con buena presencia. Markus pensaba que su relación con él era lo mejor que le había ocurrido nunca. Carlo era profesor de arte en la universidad de Bolonia. «Los italianos son demasiado viriles para ser homosexuales», le había dicho riendo, mofándose de un artículo en el que el jefe del fascio, Benito Mussolini, director de «Il popolo d’Italia», hacía esa ridícula afirmación. La última vez que se habían encontrado, en febrero de 1922, Carlo le dijo que probablemente tendrían que cambiar su lugar de cita. Buscar un sitio más discreto, donde nadie los conociera. Las cosas estaban cambiando en Italia, y Carlo, que se consideraba marxista, le confesó que no soportaba la violencia que se estaba ejerciendo en toda Italia contra los comunistas. Temía que en cualquier momento ocurriera algo. Pensaron en volver

a Zúrich, pues allí todo el mundo actuaba con discreción, pero estaban indecisos; no resultaba tan fácil abandonar Florencia. Carlo le confesó una noche que en sus pesadillas soñaba que Italia estaba gestando una bestia terrible que nacería pronto y que devoraría a muchos inocentes, que ni siquiera eran conscientes de lo que estaba sucediendo. Muchos italianos miraban para otro lado, aquellas brutales peleas entre los comunistas y los fascistas no iban con ellos.

—¡Y están muy equivocados! —Carlo no podía comprender como la gente no percibía lo que estaba llegando—. ¡Los fascistas traerán el infierno para todos! ¡Y aunque no lo saben, también para ellos!

Cuando volvía a la plácida y civilizada Viena, Markus veía las cosas de otra manera. Los italianos eran muy apasionados. En el fondo creía que el equivocado era su amigo Carlo, todo aquello del «fascio» no sería más que una tormenta de verano que descargaría con muchos truenos, pero que al final quedaría en nada, como casi siempre ocurría en aquellas hermosas ciudades del norte de Italia.

# 10. LA AMBICIÓN DE STEFAN GESSNER (BERLÍN 1918-1922)

El capitán de la marina Stefan Gessner era un hombre totalmente diferente, como si hubiese sido engendrado por otro padre. Para él, la República de Weimar y su gobierno no representaban a Alemania. Durante la guerra había servido en la flotilla de submarinos como primer teniente. Durante los días de la insurrección en la base naval, residía en la casa familiar en Kiel. Al comprobar que aquel consejo de trabajadores, marinos y soldados estaba decidido a la revolución, dio por sentado que habría una guerra civil en Alemania. Después, el 9 de noviembre el Reich acabó sus días. El káiser Guillermo II abdicó, y ante el estupor general de la derecha, el canciller von Baden cedió su puesto a Friedrich Ebert, el socialdemócrata.

Stefan estaba convencido de que los militares con experiencia, como él, tendrían mucho que decir para evitar que ocurriese algo similar a lo sucedido en Rusia. Si no, la revolución soviética se extendería inevitablemente por toda Alemania.

Salvo a Joachim a quien admiraba profundamente, no quería saber nada del resto de la familia, incluyendo a su padre, al que no soportaba. Para él, aquel hombre de vida disoluta, era el único culpable de la deplorable situación familiar, con el degenerado de Markus viviendo su vida, la excéntrica de Eva que había llevado su snob atrevimiento a contraer matrimonio civil con un judío, y al final estaba María, la discreta y callada María, de la que estaba seguro que pertenecía a la Liga Espartaquista, el ala radical del partido comunista. Lo sentía por ella, ya que no tenía la menor duda de que podría terminar como Rosa Luxemburgo.

A finales de 1918 se había alistado en los Freikorps, harto de una situación que iba a peor en todo el país. Uno de sus compañeros, otro oficial de la marina con el que se llevaba muy bien, le contó que se había alistado en aquel cuerpo, y le pidió que se uniera a ellos. No lo dudó un instante, y se afilió. Aquella misma

noche fueron trasladados a Berlín donde tomaron posiciones para intentar detener la revolución que Liebknecht y Rosa Luxemburgo estaban patrocinando con los partidos USPD y el KPD. Durante el viaje desde Kiel les explicaron que la revolución de los comunistas se había extendido por las principales ciudades. En Magdeburgo, en Hamburgo, en Bremen, por Baviera, por Sajonia. Sólo ellos podrían evitar que los comunistas se apoderasen del país.

En Berlín se le encomendó realizar un informe acompañando a una sección de los Freikorps. Fueron a uno de los barrios donde se creía que se escondía Liebknecht. La orden era capturarlo vivo para intentar sacarle la máxima información. La dirección donde se creía se encontraban era Manheimer Strasser. Un vecino que simpatizaba con los Freikorps aseguró que allí también se encontraban Rosa Luxemburgo y Wilhelm Pieck. El hombre tenía razón. Al anochecer acordonaron el barrio y, tras eliminar a unos francotiradores de los revolucionarios, entraron en tromba en el edificio. Pudieron capturar a los tres, aunque tuvieron que entrar a la fuerza, ya que en el pasillo hubo un fuerte intercambio de disparos. Liebknecht intentó huir por la ventana pero fue detenido en la calle.

Stefan a pesar de su graduación en la armada, no estaba al mando de la operación. Los Freikorps era una organización paramilitar que funcionaba según otro esquema jerárquico. Un empresario hotelero, Mehring, dirigía la operación en nombre del Consejo de Ciudadanos, seguido del teniente Lindner. Los miembros del grupo de asalto golpearon a los prisioneros. Se sorprendió al comprobar que la famosa Rosa Luxemburgo se trataba de una mujer prematuramente envejecida, de cabellos grises, despeinada por las circunstancias, casi una anciana, aunque no estaba asustada. Él evitó que golpearan a la mujer, no porque quisiera protegerla. Necesitaban que siguiera con vida para interrogarla. Se sabía que era ella la que controlaba al partido comunista alemán. La sacaron de allí con malas maneras, sin atender a su edad y condición, aunque la situación no parecía amedrentarla. Cuando cruzó su mirada con la de ella, Stefan tuvo que desviarla. Tal vez fuese una mujer mayor y gastada por la vida, pero dentro de ella se adivinaba un espíritu combativo que no se rendiría jamás. En el vestíbulo se escucharon insultos. Los Freikorps habían conseguido la pieza mayor en aquella cacería. «¡Puta judía! ¡Vieja puta comunista! ¡Ahora las vas a pagar todas juntas!». Para ellos Rosa Luxemburgo

representaba todo lo que odiaban. Aquella mujer se había opuesto a la guerra desde el principio, era socialista radical, comunista, una bolchevique que pretendía la revolución proletaria en Alemania. ¡Alguien satisfecho de que el Reich alemán hubiera perdido la guerra!

Ella había escrito un artículo pocos días antes: «*¡El orden reina en Berlín! ¡Ah! ¡Estúpidos e insensatos verdugos! No os dais cuenta de que vuestro orden está levantado sobre arena. La revolución se erguirá mañana con su victoria y el terror asomará en vuestros rostros al oírle anunciar con todas sus trompetas: ¡Yo fui, yo soy, yo seré*!».

Stefan salió tras los que la llevaban casi en volandas hacia el coche que aguardaba. Uno de los Freikorps la golpeó en la frente con su culata al pasar, y la sangre cubrió el rostro de la mujer. Antes de alcanzar la puerta del automóvil otro volvió a golpearla. Vio como la introducían en el vehículo. Otros llevaban arrastrando a Karl Liebknecht al que introdujeron en otro coche. Stefan no pudo entrar. Los dos automóviles partieron hacia el Hotel Eden, el centro de coordinación de los Freikorps en Berlín en aquella operación.

Al día siguiente los bomberos extrajeron el cuerpo de Rosa Luxemburgo de uno de los canales. También apareció cerca el de Liebknecht. Cuando lo leyó en la prensa, Stefan sólo pensó que la misión había sido un completo éxito.

# 11. UN CABALLERO DE LOS DE ANTES (BERLÍN, 1922)

Joachim Gessner se consideraba el único con sentido común de la familia. A su hermana María ni siquiera la incluía en ella, ya que si había optado por los espartaquistas no podía tener su misma sangre. Desde sus estudios de bachillerato Joachim destacó por una mente privilegiada y una ambición desmesurada. El primero de la clase, el número uno, quería sobresalir por encima de los demás. Se licenció brillantemente en la universidad de Berlín, y más tarde realizó el doctorado en Derecho Comparado, lo que le libró de ir al frente, aunque en compensación tuvo que trabajar para los servicios de inteligencia del Estado Mayor, donde le encargaron un informe sobre los gases venenosos en el frente dentro del derecho de la guerra. La derrota lo sumió en una profunda tristeza, no podía llegar a comprender como había podido suceder, y sentía gran desconfianza hacia los vencedores, el Tratado de Versalles y sobre todo hacia el gobierno de Weimar.

Se había convertido en un experto en el empleo de todo tipo de gases en conflictos armados, como el fosgeno, el gas mostaza, los gases lacrimógenos. Poca gente sabía más que él de todo el asunto. Llegó a sentir una gran admiración por Fritz Haber, el gran bioquímico, hasta que se enteró de que era judío. Él se consideraba un buen alemán, y tenía a los austríacos y en particular a los vieneses por gente un tanto degenerada. Demasiada mezcla racial, con tantos eslavos, judíos, latinos y demás. Prefería cien veces Prusia. El verdadero centro del mundo. Se presentó a las oposiciones al cuerpo diplomático y las aprobó brillantemente. Los que lo conocían lo veían como un joven delgado, elegante, de mirada inteligente. Él mismo se consideraba un caballero de los de antes.

Desde hacía tiempo mantenía relaciones con Hannah Richter, doctora en filosofía por la universidad de Berlín. Nunca habían discutido, ya que resultaba imposible hacerlo entre dos personas tan diferentes; eran como universos que no interferían. Creían que ya eran demasiado mayores para el matrimonio. Él

acababa de cumplir treinta y ocho años y ella treinta y seis. De momento, el «statu quo» que mantenían era suficiente.

Joachim pretendía ganar todo el dinero que pudiera, pero sobre todo, por el momento su máxima ambición era llegar a ser embajador de Alemania. Por otra parte le interesaba mucho la política, aunque veía con escepticismo el futuro a corto plazo, ya que con aquel gobierno espurio y débil no iban a ninguna parte.

# 12. COMIENZA EL DRAMA (BERLÍN, 1922)

La noticia del asesinato del ministro Walther Rathenau, el 22 de junio de 1922, sonó como una alarma en toda Alemania. Así lo escribieron algunos en diarios tan prestigiosos como el «Frankfurter Zeitung» o el «Berliner Tageblatt». Rathenau no era un hombre que pasara desapercibido, nada menos que presidente de la AEG, y de otras importantes corporaciones industriales, y ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de la «República de Weimar», llamada así porque en aquella ciudad se había firmado la nueva constitución. Para muchos, incluyendo a Stefan Gessner, no era más que un gobierno títere de las potencias vencedoras, y demostración de ello era precisamente la presencia de varios judíos en él, gentes que se consideraban alemanes con todos los derechos y que pretendían actuar como si estuviesen comprometidos con el futuro de Alemania.

Cuando el judío Rathenau saltó por los aires, Stefan pensó que aún seguía habiendo verdaderos patriotas. Aquella noche en la cervecería donde se reunían los camaradas de los Freikorps, brindaron por ello bajo la bandera del II Reich. Para los nacionalistas el imperio seguía vivo, a pesar de las asechanzas del Tratado de Versalles, de la conspiración judeo-masónica mundial para instaurar aquellas falsas democracias, y de todo lo demás. Los verdaderos patriotas alemanes no querían ser gobernados por ministros judíos, y lo sucedido era una demostración de esa voluntad. Según la prensa de la tarde la policía había logrado capturar a los asesinos. Los Freikorps brindaron por ellos. A fin de cuentas estaban en el mismo bando, y el NSDAP, con su crecimiento imparable lo estaba demostrando, hasta el punto que se decía que el gobierno de Francia pensaba declarar ilegal aquel partido en su territorio.

Aquel ambiente cargado de humo, en el que se cantaban canciones alemanas, se brindaba por la patria, se improvisaban discursos nacionalistas entre el ruido de las jarras de cerveza, se apostrofaba a los enemigos del Reich alemán

mientras las camareras iban y venían, era el verdadero hogar de Stefan Gessner. Allí se sentía en familia, y volvía a sentirse como tiempo atrás, cuando ingresó en la academia naval y más tarde en los cuarteles de la marina de guerra. Comentó con un oficial de artillería que también se había vinculado a los Freikorps, que Ludendorff tendría que dar un golpe de estado y barrer toda aquella camarilla de Weimar cuanto antes, y que algunos otros patriotas debían terminar la faena que ya se había llevado por delante al judío Rathenau. Sólo con peleas callejeras y algaradas de unos contra otros no iban a ninguna parte, e insistieron en que el modelo a seguir era el bávaro, como estaba sucediendo en Múnich, donde el NSDAP crecía como la espuma, con un líder llamado Adolf Hitler, del que se contaban maravillas. Después su amigo le pasó el último número del «Völkischer Beobachter». En él Stefan encontraba el sustento espiritual que necesitaba, coincidía en todo lo que decía acerca de la situación. El problema de los alemanes era que estaban adormilados, incapaces de reaccionar, engañados por cantos de sirena. ¿Pero qué era aquello de la democracia? ¿Qué escribían los supuestamente genios literarios? Todos aquellos escritores traidores como Thomas Mann, Heinrich Mann, Emil Strauss, Robert Musil… Ninguna de sus obras interesaba a los patriotas. Por otro lado los marxistas, de raíces intelectuales judías, eran internacionalistas, por lo que por principio no creían en el nacionalismo.

Stefan seguía las tesis del NSDAP, tenía la convicción de que sólo uniendo el socialismo con el nacionalismo lograrían la base sólida que necesitaban para volver a colocar a Alemania en el lugar que le correspondía, sacarla de la miseria, con un marco que ya nadie se molestaba en contar. Era mejor pesar el papel moneda y creer al que pagaba, cuando para pagar una barra de pan era precisa llenar una carretilla de billetes. El país se encontraba totalmente arruinado y nadie sabía lo que podría llegar a pasar. ¡Si al menos el general von Seeckt, el verdadero líder de la Reichswehr, se proclamase dictador para impedir que la internacional judeo-marxista se hiciera con el control del país!

Tenía que reconocer que la boda de su hermana Eva con aquel psiquiatra judío le había humillado. No podía comprenderlo. Eva siempre había querido llamar la atención, pero aquello ya era demasiado. Tendría que ir a Viena y darle una paliza al tipo aquel que estaría buscando el dinero de la familia. Pensó que a Joachim, el único por el que seguía sintiendo respeto, tampoco le gustaría el

asunto. En cuanto a Markus, de él no esperaba nada, no quería ni pensar en la vida de su hermano. Desde que lo llevaba de la mano al colegio se dio cuenta de que era demasiado sensible. No quería saber nada de él. Si sus compañeros del Freikorps se enteraban no podría soportarlo. En cuanto a María «la roja», como la llamaban en la universidad de Viena, mejor olvidar que era su hermana. ¡Por Dios santo, qué familia!

Sin embargo Stefan estaba seguro de que las cosas iban a cambiar. ¡Entonces muchos comprenderían que habían ido demasiado lejos! ¡Pobre Alemania y pobre Austria! Como repetían una y otra vez en las conferencias a las que asistía, la culpa de todo aquello la tenían los judíos, gentes que no conocían lo que era tener una patria. Para ellos no existía el concepto de nación, eran internacionalistas de ideas disolventes, y a su paso se destruían todos los conceptos que formaban un país. Eso, por supuesto, lo tendrían que arreglar y cuanto antes, mejor.

# 13. «EL ESTADO JUDÍO» (TESALÓNICA, DICIEMBRE DE 1922-ENERO DE 1923)

A finales de 1922, la obsesión de Selma Goldman tras su fracasado matrimonio era recuperar el tiempo perdido. Pensaba que, después de haber tenido la oportunidad de haber presenciado los continuos chalaneos de Versalles, estaba de vuelta de todo. Había visto a los hombres más poderosos del mundo regatear, humillarse, vanagloriarse. ¿Aquello era el poder? No merecía la pena tanto para nada. Tampoco le interesaba Viena, con su vida social de pacotilla, sus envidias, rumores, falsas apariencias. Quería quedarse en Tesalónica con la abuela Esther, una mujer llena de sabiduría, que seguía igual que siempre, inmutable, como si el imperio otomano no hubiera desaparecido, y aguardase a que su marido, Efraím Safartí, volviera al atardecer con su sonrisa burlona. ¡Qué diferencia entre el matrimonio de sus abuelos y el suyo con Paul Dukas! No podía comprender lo que había podido ver en aquel hombre ambicioso, lo que la hizo casarse en contra del criterio de su madre. Lo único bueno era que ahora tenía a Jacques y a Esther. Se dio cuenta de que a la bisabuela Esther no le gustaban muchas cosas que la rodeaban, que eran incomprensibles para ella.

Se propuso escribir un libro sobre todo lo que había visto y oído en la conferencia de paz. Aquellos meses habían sido una verdadera oportunidad, no sólo para conocer gente interesante, también para saber cómo se llevaba a cabo la alta política. Allí en Tesalónica tendría el tiempo y la paz para poder hacerlo. La abuela Esther la ayudaba lo que podía con los niños, y además contrató a una chica turca. Quería repetir su experiencia y que los pequeños se acostumbrasen a escuchar con naturalidad diferentes idiomas. Se sentía bien allí, llevando una vida menos ajetreada y mucho más natural que en Viena. Muchas tardes bajaban hasta la playa dando un largo paseo. Una de ellas volvió a encontrar a Stanley. Tras saludarlo afectuosamente, Selma quedó con él en que fuera una hora cada

día por la mañana para comenzar las clases con sus hijos. No podía olvidar que ella también había aprendido con aquel hombre, y podía recordar la felicitación del propio Woodrow Wilson a su pronunciación en inglés.

John Stanley vivía en Tesalónica desde que tenía treinta años. Había nacido en Liverpool en 1870, por lo que acababa de cumplir cincuenta y dos y había tomado la decisión de permanecer allí. En su segunda vida, que era como llamaba a aquellos años en Tesalónica, se había transformado en otra persona. Tuvo que marcharse de Liverpool según contaba, y nadie lo había puesto en duda, por razones de salud, buscando el sol mediterráneo llegó hasta aquella ciudad entonces bajo la dominación otomana. Pudo salir adelante dando clases de inglés, ya que esa era su profesión en Inglaterra, y para cuando se dio cuenta del tiempo que le quedaba, comprendió que volver a su antigua vida no le reportaría nada positivo. En Tesalónica conocía a mucha gente y se había convertido en un personaje popular, una verdadera institución. Su pasión eran los pájaros y todo el tiempo que podía lo dedicaba a catalogarlos, medirlos, pesarlos y anillarlos, a comprobar las numerosas especies que migraban a África a través de Grecia desde Europa continental y desde Rusia. Cuando llegaba un barco inglés al puerto de Tesalónica, allí estaba siempre el señor Stanley para lo que hiciera falta. A pesar de su edad seguía teniendo la cabeza muy clara y dando clases a los niños.

Nadie en la ciudad habría imaginado que John Stanley pertenecía al SIS desde 1912, el servicio secreto británico para el extranjero, y que llevaba a cabo labores de información que habían sido muy útiles para la «Royal Navy» durante la Gran Guerra. Habría sido una enorme sorpresa para todos lo que lo conocían como «el teacher», un hombre callado con el rostro quemado por el sol, siempre con su mochila al hombro y sus prismáticos, observando el cielo o el mar.

Paradójicamente, al menos para los que desconocieran el fondo de la cuestión, el profesor Stanley tenía una profunda relación con los sionistas. El primer contacto le llegó a través del SIS, que le ordenó colaborar con ellos. Más tarde se encargó de coordinar los viajes desde Tesalónica a Palestina de muchos judíos europeos que querían viajar allí, no sólo porque formaba parte de su trabajo en el SIS, sino porque sentía una gran empatía hacia los sefardíes de Tesalónica a los que conocía muy bien, como era el caso de los Safartí, y muy especialmente de Esther Safartí, la abuela de Selma. Su amistad con muchas de

las principales familias le había hecho cambiar su punto de vista sobre los judíos, ya que antes de conocerlos personalmente creía que Shakespeare los había descrito muy bien con el personaje de Shylock de «El mercader de Venecia». El contacto cotidiano le demostró que la realidad era muy diferente a los estereotipos. Aquellos sefardíes eran inteligentes y sagaces mercaderes, pero sobre todo personas con un gran sentido humano, cargadas de nostalgia histórica por lo que consideraban una injusta expulsión de Sefarad, gentes que al menos con él se habían comportado siempre generosamente.

Desde el día siguiente al encuentro, el señor Stanley comenzó a ir a la casa de Esther Safartí. Llegaba a las diez en punto, la abuela le preparaba un café turco, tal y como le gustaba. Volvía a ser exactamente el mismo ritual, lo mismo que veintitantos años antes, cuando le daba clase a Selma, su alumna preferida, y siempre pensaba que no volvería a tener otra como ella. Pero el tiempo había pasado y ahora le tocaba a la siguiente generación. Jacques tenía casi cuatro años y la pequeña Esther dos. Stanley tenía la teoría de que era bueno que escucharan hablar en buen inglés desde que eran muy pequeños. De hecho sólo hacía eso, hablarles con naturalidad mientras les contaba cuentos, sorbiendo lentamente su café. Así habían aprendido Selma y muchos otros niños de Tesalónica a hablar un excelente inglés.

Una mañana trajo un librito para ella. «El estado judío» de Theodor Herzl. Un curioso regalo viniendo de un inglés. Sólo le dijo «Léelo. Te interesará».

Durante aquellos meses Selma intentaba escribir en el porche que daba al este. Había optado por hacerlo precisamente en inglés y buscaba la inspiración mirando hacia donde salía el sol, hacia levante. Fue allí donde comenzó a pensar en Palestina. Mirando el libro que el señor Stanley le había traído, recordó que el abuelo Efraím Safartí había asistido al primer congreso sionista en Basilea. Según le contaba la abuela Esther, su marido no creía en el sionismo, pero cuando volvió del congreso lo hizo transformado en un apóstol de Theodor Herzl. Ella le contó que si no hubiera muerto tan joven, probablemente habrían terminado por emigrar a Palestina. Efraím era desde siempre un hombre inquieto, que no aceptaba la situación de los suyos. Como un nuevo Don Quijote que no quisiera aceptar la realidad, mantenía que sus ancestrales posesiones en España seguían siendo propiedad de los sefardíes expulsados de una manera injusta e ilegal, por lo que a todos los efectos ellos seguían manteniendo también

la nacionalidad española, y el estado español les debería indemnizar aunque hubieran pasado más de cuatro siglos. Muchos lo tomaban por un idealista anacrónico, alejado de la vida real, pero otros estaban de acuerdo con él. Su súbita muerte le impidió seguir con sus reclamaciones.

Hasta entonces Selma no había pensado nunca en serio sobre el sionismo. Más bien había tenido hasta aquel momento la opinión contraria: Siempre había creído que ellos eran griegos, austríacos, o alemanes, antes que judíos. Pero el tiempo que había vivido en Viena y lo que había presenciado en Versalles, mientras ejercía como traductora, le habían hecho pensar si Herzl no tendría razón en sus tesis. En aquellos momentos podía ver las cosas con una cierta perspectiva. Allí tenía el ejemplo de su exmarido. Paul Dukas se creía un austríaco de clase alta, estaba convencido de ser uno más entre los vieneses. Convencido de que nada lo diferenciaba de ellos, mientras paseaba con su magnífico automóvil, residiendo en su nueva mansión en Grinzing, manteniendo su buena vida entre los privilegiados, con su cuidado acento alemán y sus exclusivas tertulias en el café Griensteild.

Pero todo aquello no era más que una puesta en escena. No era algo real. Ella lo había podido analizar desde la primera fila. Para sus pacientes, para los que ellos consideraban sus amigos austríacos, para los vecinos, los conocidos, Paul Dukas era ante todo un judío más. Por mucho que se esforzase, a pesar de las buenas propinas, las conferencias, los libros publicados, la exclusiva consulta, sus éxitos profesionales, sus elegantes maneras, su exquisita dicción. Ella se había dado cuenta de que todo aquello, por encima de cualquier otro sentimiento, generaba envidia.

Y no era sólo Paul Dukas. Lo mismo sucedía con muchos otros, desde el internacionalmente famoso doctor Sigmund Freud, hasta una lista interminable de artistas, médicos, científicos, músicos, intelectuales. Theodor Herzl, Arthur Schnitzler, Arnold Schönberg, David Beer-Hoffman, Egon Schiele, Oskar Kokoschka, Karl Kraus, Stefan Zweig, y tantos y tantos otros. Cuando Paul quiso entrar en el exclusivo movimiento «Jung Wienu», comprendió que a pesar de todo seguía siendo un judío.

Siguiendo un poderoso impulso interior, Selma abandonó la escritura de su libro y de un tirón leyó «El estado judío». Después siguió con Moses Hess, que en 1860 había escrito «Roma y Jerusalén», y que consiguió en la biblioteca de la

gran sinagoga. Apenas lo terminó comenzó «Autoemancipación» del médico judío ruso Leo Pinsker. Una de aquellas mañanas, mientras hipnotizada miraba el azulado mar, comprendió su lema: «Ayudaos, que Dios os ayudará».

No podía dejar de pensar en lo que llevó a Herzl a escribir aquel libro, lo que pasó por su mente aquel día de 1895, cuando en París degradaron al capitán Dreyfus. «*¡A mort les juifs, a mort les juifs*!», repetía enardecida la muchedumbre, en un país moderno y avanzado como la Francia republicana. Herzl comprendió que no se estaba juzgando a un hombre por lo que hubiera hecho, sino a todo un pueblo por lo que hubiera podido hacer aquel hombre. En un instante el corazón comenzó a latirle con fuerza, y comprendió lo que tenía que hacer.

Fue aquella soleada y calma mañana de enero de 1923 en Tesalónica, mientras «el teacher» contaba otro cuento en inglés a sus hijos, cuando Selma Goldman se convirtió al sionismo.

# 14. «GOLDMAN & GOLDMAN» (VIENA, FEBRERO DE 1923)

El primer jueves de febrero de 1923, David Goldman tenía que asistir a la reunión anual de la sociedad familiar. No sólo era una reunión en la que se encontraban los parientes y los primos, y se interesaban por las aventuras y desventuras de cada miembro de la ya extensísima familia. Era algo más. Un verdadero consejo de administración en el que se analizaba la situación de los negocios del «trust» familiar, tal y como el bisabuelo Nathan Goldman lo había dispuesto en su testamento. Aquel hombre no había creado un imperio comercial y financiero para que en dos generaciones se dispersara. Dentro de las normas de la sociedad estaba prohibido vender a terceros, fuera de la familia, ni pretender que uno solo de los accionistas se hiciera con la totalidad del control. El consejo de familia, al finalizar el de administración, formado por los representantes de cada una de las ramas familiares, elegidos a su vez por los suyos, designaban a tres administradores mancomunados para un mandato de cinco años, salvo que circunstancias imprevistas o problemas financieros obligaran a convocar un consejo extraordinario. La cuestión era saber cómo iban los negocios, que ya se habían extendido a Linz, Berlín, Múnich, Hamburgo y Colonia. La firma «Goldman & Goldman» estaba en buenas manos.

La reunión se celebró en el amplio salón de la planta superior del edificio que Loos había diseñado para la empresa, y del que se sentían muy orgullosos, a pesar del revuelo que había creado en la ciudad a causa de su atrevida fachada. Antes del consejo hubo un encuentro familiar en el que se sirvieron bebidas refrescantes como soda o limonadas, sin alcohol, y donde se saludaron unos y otros.

Naturalmente a David Goldman le preguntaron con interés por su hija Selma, ya que parecía haber desaparecido de la vida social de la ciudad. ¿Era cierto que se hallaba en Tesalónica con sus hijos? Se trataba de algo incomprensible. Cambiar la avanzada y cosmopolita Viena por una ciudad pobre y atrasada que

aún no se había recuperado de sus desgracias. Algo tendría que ver la envidia de los askenazis hacia los sefardíes.

David saludó a unos y otros. Con los que no se llevaba bien sólo una leve inclinación de cabeza, a los más cercanos, un amistoso abrazo. Reflexionaba que entre la extensa familia, al igual que entre la gran comunidad hebrea de Viena, había toda clase de personas. Algunos de los Goldman eran ya cristianos. El bisabuelo lo había previsto casi todo, pero no aquello. Ni tampoco los que rompían la tradición y se casaban fuera de la comunidad. Eso había abierto la familia y creado una difícil situación, algunos ya no se consideraban judíos, y otros en cambio, creían que los primeros ya nada tenían que hacer allí.

Aquella reunión de 1923 consistió en un consejo tenso. Daniel estaba fuera de los conciliábulos, nadie le había advertido de la situación, cuando se encontró en medio. Los «judíos» contra los «goyim», aunque desde fuera, para los verdaderos austríacos de sangre germana, todos los presentes fueran judíos. Los Goldman, que seguían siendo creyentes, presentaron una oferta de compra a los Goldman que se estaban diluyendo entre los gentiles. Alguno, como era su caso, se quedaba en tierra de nadie. Los últimos no quisieron ni oír hablar del asunto, ya que era evidente que, a pesar de todo, la economía austríaca se estaba rehaciendo con rapidez, y las empresas del grupo estaban muy bien administradas.

Moses Goldman, el más anciano de los tres administradores, como presidente del consejo tenía la obligación de dar el discurso. Se decía de él que era un viejo gruñón, que se había quedado atrás, y nadie creía que pudiera aportar nada nuevo. Sonó la campanilla llamando al orden y al silencio, y comenzó su discurso.

—Queridos parientes y socios, en el orden que queráis. Seré breve y conciso. Que nadie tema a este viejo cascarrabias. «Goldman & Goldman», nuestra gran empresa familiar, en apariencia va por el buen camino. Estamos creciendo en casi todas las ramas de actividad. Nuestros beneficios superan las expectativas en una época tan difícil. Creemos que la inflación va a remitir pronto, y entonces podremos valorar nuestra situación. Nos hemos expandido a las mayores ciudades de Austria y Alemania. La economía se está rehaciendo con fuerza. Hasta aquí perfecto.

Moses hizo una larga pausa, como si estuviera dándole vueltas a la cabeza,

bebió un trago de agua y se ajustó los anteojos antes de seguir.

—Ahora bien… ¿debemos seguir creciendo, o tal vez deberíamos crear una empresa que invirtiera lejos de aquí? Por ejemplo en los Estados Unidos o Canadá. Me diréis: ¿Y por qué tan lejos? Veréis. ¿Recordáis el dicho aquel que dice que no hay que poner todos los huevos en la misma cesta? Pues en ello estamos. Es cierto que Europa es el lugar donde vivimos, el que con seguridad mejor conocemos, que Austria, Alemania, tal vez Escandinavia, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, siguen ofreciendo extraordinarias oportunidades de inversión. Pero creemos que deberíamos garantizar al menos una parte del patrimonio, mantenerlo a salvo de cualquier eventualidad, de circunstancias que superen todos los imponderables como la que hace pocos años hemos vivido. Me diréis que algo así no podría volver a repetirse. No estoy de acuerdo. Si ha sucedido una vez, puede volver a repetirse. Mirad, permitidme que os hable de algo muy delicado, pero creo que no debemos mirar para otro lado. Sería un gran error. Mis abuelos maternos nacieron en Ucrania, ¡los padres de mi abuela en Bagdad! Yo nací en el sur de Polonia, en Radlow, mi hijo en Praga, mi nieto aquí presente, en Viena. ¿Dónde nacerán sus hijos y sus nietos? Ya sé que algunos de los aquí presentes llevan en Viena varias generaciones y que todo esto les puede sonar a absurdo. ¿Pero podemos considerar eso como una garantía? Todos sabemos que lo queramos aceptar o no, aquí seguimos siendo extranjeros. ¡Sí! ¡Extranjeros! Permitidme aclarar este punto. ¿Por qué nos llaman judíos? Aquí en Viena, muchos tienen sangre rusa, pero nadie les llama rusos aunque sus apellidos los sean claramente. Ya son simplemente austríacos. Otros son de origen alemán, pero igualmente ya son austríacos, otros proceden de Italia, gentes que siguen comiendo pasta, pero al final también son austríacos. Sólo nosotros, los judíos, seguiremos siendo siempre judíos. Cuando construimos el edificio «Goldman & Salatsch» tuvimos muchos problemas para poder terminarlo. ¡Sí! ¡Más de los que pensáis! ¿Sabéis como lo llamaban en el ayuntamiento? ¡El gallinero de los judíos! No porque fuera más feo o más bonito, más moderno o más clásico, más integrado o menos. El problema era que «los judíos» estaban alterando «su» bella capital austríaca. Hemos detectado algunos síntomas que nos preocupan. Creemos que nos hemos hecho ver demasiado. En fin, no quiero amargaros el día, a fin de cuentas es algo que alguna vez hemos pensado todos nosotros. Estamos aquí de paso —un murmullo

llenó la sala—. ¡Un momento, un momento! ¡Os puedo jurar que no soy sionista!… al menos todavía. He meditado mucho si debía daros mi opinión. Creo que no debemos seguir invirtiendo todos nuestros recursos financieros en Austria, ni tampoco en Alemania. De acuerdo los tres administradores y el consejo con este criterio, estamos analizando oportunidades de inversión en los Estados Unidos. ¡Pero tranquilos! ¡No se hará nada sin que la mayoría de su conformidad! Ahora se distribuirán los resultados anuales, como podréis comprobar gratificantes, y después se servirá un almuerzo en el salón colindante. Gracias por vuestra atención.

Más tarde David Goldman se acercó a preguntarle a su primo segundo, Moses, el verdadero por qué de aquella decisión. Varios de los presentes ya lo rodeaban con gesto preocupado. La pregunta era en todos los casos la misma.

—¿Qué ocurre Moses? ¿Qué has querido decir con eso de los síntomas que os preocupan?

Moses Goldman era cinco años mayor que él. Un hombre al que todos tenían por sabio y experimentado, por esos motivos lo habían designado administrador. Todos creían conocer su talante socarrón y algo cínico. ¿Qué estaba pasando?

—Tranquilos queridos primos. Ya lo hemos dicho. Hemos llegado al punto en que debemos diversificar. Nadie nos ha puesto una pistola en el pecho. Pero hemos leído varios artículos de prensa en los últimos tiempos. Estamos creciendo sí, y mucho, pero la envidia crece más rápido que nosotros. El sentimiento antisemita también ha crecido mucho después de la guerra. Los aliados culparon a los imperios centrales, y los austríacos y los alemanes culpan a los judíos. Pronto los judíos europeos dirán que la culpa del antisemitismo la tienen los Goldman. Luego vosotros me señalareis a mí diciendo, ¿por qué no nos advertiste? Debemos cambiar el nombre a la sociedad. Tal vez algo tan ambiguo como «Almacenes Viena». Nada de Goldman, ni Salatsch, ni Bernstein, ni ningún otro apellido judío. Nada de invertir en lugares donde ya somos demasiado conocidos y demasiado señalados. Tenemos que evitar darles argumentos, ser más discretos, invertir por ejemplo como «Inversores Reunidos Gmbh». Impedir que nos asocien. Diversificar. Distribuir los beneficios en distintos países. El bisabuelo era un sabio. Pero al final la experiencia es bastante más sabia que el bisabuelo. ¿Os lo digo más claro? Ya somos demasiados los judíos en Viena, en Berlín, en Praga, en Budapest. ¡De nosotros han dicho hasta

que teníamos la culpa de la hiperinflación! Así que permanecer tranquilos, que todo va bien. Y ahora pasemos al comedor. ¡Os garantizo que el menú kosher de hoy es exquisito!

David Goldman volvió caminando a su casa tras una larga sobremesa. Era inquietante pensar que aquella tierra que pisaba no era todo lo sólida que había creído hasta entonces. Aun así agradecía a su primo segundo Moses que les hubiera hablado con tanta claridad. Por primera vez en su vida tenía la amarga sensación de sentirse extranjero en su propia tierra, él que siempre la había considerado su país.

# 15. EL SIONISTA (PALESTINA, VERANO DE 1923)

Selma Goldman quiso conocer de primera mano lo que estaba sucediendo con el sionismo en Palestina. En julio de 1923, tras convencer a la abuela Esther de que era su obligación moral ir a Palestina, e indagar acerca de cómo podría llegar hasta allí, viajó desde Tesalónica en un motovelero de apenas treinta y cinco metros de eslora, que comerciaba trayendo naranjas de Palestina al Pireo, y llevando artículos manufacturados desde los puertos griegos, uno de ellos Tesalónica, a Haifa. Pudo adquirir uno de los dos pasajes que se ofertaban, y que complementaban los ingresos del patrón, Stefanos Papadoulos, quien le cedió su camarote durante la travesía que duró cinco días. En el velero conoció a su compañero de travesía, Nahum Goldman, que compartía su apellido y tenía su misma edad. Congeniaron desde el primer momento, cuando ella lo llamó «primo» debido a la coincidencia de apellidos y él no se molestó por ello. Acababa de graduarse en leyes y filosofía en Berlín, aunque le contó que también había estudiado en Marburgo y Heidelberg, de lo que se sentía muy orgulloso. Había nacido en Wischnewo, en Lituania, pero su familia había emigrado a Frankfurt en 1.900, por lo que se consideraba alemán, con matices.

Nahum mostró un gran interés cuando Selma le contó su intervención como traductora en la conferencia de Versalles, y su relación con Venizelos, Clemenceau y Wilson. Desde aquel momento la observaba con respeto y quiso conocer en detalle cómo eran aquellos líderes, y si tenían alguna opinión personal o política sobre los judíos. Le dijo que le hubiera encantado participar también como traductor, ya que además del alemán, que consideraba su lengua, hablaba muy bien el yiddish, había estudiado hebreo, francés, inglés, y conocía el polaco y algo de ruso por su infancia. Nahum era sionista por convicción y se quedó gratamente sorprendido al saber que Selma que acababa de «convertirse», como ella le expresó. Más tarde Selma le contó su divorcio, y le explicó que era madre de dos niños que en aquellos momentos estaban en Tesalónica con su

abuela. Nada tenían que ver sus familias, ya que además Goldman era un apellido frecuente entre los miembros de la comunidad hebrea del este de Europa. Ella le contó que participaba de dos herencias bien diferentes. Por parte de padre se consideraba askenazi, y por parte de madre sefardí. Aquello le había permitido analizar las dos ramas, aunque le dijo que en su caso predominaba el alma sefardí.

Nahum la observaba cada vez con más interés. Selma era, para él, el prototipo idealizado de mujer sionista, culta, conocedora del mundo, con una gran experiencia política por su intervención en la conferencia de Versalles, convencida por propio criterio de que el sionismo era el único camino válido para los judíos, sobre todo los europeos, y así se lo hizo saber.

—Selma, permíteme que te cuente algo. Desde 1897 en Basilea, cuando Theodore Herzl expresó sus ideas, los que creemos que el sionismo es la única solución a la cuestión judía compartimos unas metas. La primera es la unidad del pueblo judío, hasta ahora tan disperso y heterogéneo. Tú misma eres el paradigma. La mitad de tu sangre es askenazi, la otra mitad, sefardí. Dos universos muy diferentes, que poco tienen en común, salvo la religión, el Talmud, la Tora y unas referencias, como las celebraciones, algunos antiguos rituales, y poco más. Los judíos estamos divididos. Muchos están convencidos de que son verdaderos alemanes, austríacos, franceses, o americanos. ¡Y no es cierto! ¡No lo son! ¡Están engañados, y algún día despertarán amargamente de su error! Los judíos deben agruparse en Eretz Israel, en ese estado judío que Herzl intuyó que un día existiría. ¡*Leshaná Haba'á Birushalayim*!, el año próximo en Jerusalén. Allí volveríamos a ser judíos sin interferencias ni autoengaños. Solo allí se pondrán en valor la herencia y la cultura judía. Naturalmente, mientras eso ocurre, los sionistas debemos defender a los nuestros donde se hallen, y para conseguirlo necesitamos a personas como tú. Deberíamos permanecer en contacto a partir de ahora, y si realmente tomas la decisión de colaborar con el sionismo me alegraré, ya que estoy seguro de que podrás aportar mucho a la causa. Como sabes bien, en cualquier caso, este asunto no nos va a resultar nada fácil. Para empezar, muchos miembros de la comunidad, en lugares como Viena, Berlín, o Frankfurt, piensan como austríacos y alemanes, y después, en todo caso mucho después y siempre con una cierta vergüenza, aceptan que son judíos. En ocasiones ni siquiera lo piensan, no lo quieren recordar, no les interesa o no les

gusta que los asimilen. Pero la realidad es muy tozuda, y en algún momento nos pondrá a todos en nuestro lugar. Mira, yo pasé parte de mi juventud convencido de que era un muchacho alemán como cualquier otro. ¡Y no era cierto! Bien se ocuparon más de una vez de recordármelo. Eso me hizo pensar en el por qué, tal vez como te ha ocurrido a ti ahora. Entonces, sufrí una especie de catarsis interior, leí a Pinsker, a Herzl, a Moses Hess. Años más tarde conocí a Eliezer Ben Yehuda, a otros compañeros del movimiento. Te confesaré que ahora ya no puedo ver las cosas de otra manera, es como cruzar una puerta que no te permite volver atrás. El sionismo sólo permite mirar hacia delante. Desde noviembre de 1917, cuando la Declaración Balfour, lo que hasta aquel momento era una utopía se transformó en una esperanza muy real. ¡Lo tenemos ahí delante y depende de nosotros!

Tres días más tarde, con el mar como un plato, y después de haber tenido la oportunidad de hablar mucho sobre el tema, llegaron al puerto de Haifa. Selma y Nahum descendieron nerviosos y expectantes. Tuvieron que pasar el riguroso control británico, pero como mostraron sus respectivos pasaportes, austríaco y alemán, no tuvieron mayor problema para entrar, aunque les advirtieron que tuvieran precaución, ya que podrían ser atacados por árabes que no estaban de acuerdo con lo que estaba sucediendo. El oficial británico señaló hacia un recinto vallado con alambre de espino. En su interior se veían unas casetas construidas con viejos tablones de madera y chapas oxidadas, y pudieron ver dentro varias personas. El oficial les explicó con cierta suficiencia que se trataba de judíos que pretendían entrar en Palestina sin mostrar la documentación adecuada, y que por ello se encontraban allí, aguardando la decisión del comisionado británico. Nahum iba a replicarle, pero ella lo impidió apretándole fuerte el brazo. Él se dio cuenta y se mordió los labios.

Más tarde Nahum le dijo que cuando aquel país fuese un estado hebreo, aquello ya no volvería a suceder.

—¡Sé que soy un impaciente, Selma! ¡Pero es que llevamos dos mil años de retraso, y no quiero morirme sin saber lo que va a pasar aquí!

Salieron caminando del puerto y un poco más adelante un árabe les invitó a subirse a un carro tirado por mulas que los llevó hasta una pensión en las afueras. Se cruzaron con una larga caravana de camellos cargados de mercancías, conducidos por varios árabes que los observaron con curiosidad.

Hacía mucho calor y Selma no podía dejar de darle vueltas a la cabeza imaginando que algún día no muy lejano aquel exótico y hermoso país volvería a ser la patria de los judíos.

# 16. MARÍA GESSNER Y KURT ECKART (VIENA, MAYO DE 1923)

María Gessner era una mujer retraída, que vestía casi siempre en tonos grises, sin concesiones, nunca llevaba joyas ni pendientes, ni tan siquiera un simple anillo. Casi siempre caminaba deprisa, sin apenas mirar los escaparates que no le interesaban. Su pequeño y delgado cuerpo y su tez muy pálida le proporcionaban un aspecto de eterna convaleciente. Hubiera pasado desapercibida si no fuese por sus ojos verdosos que en ocasiones destelleaban, y por un bello rostro ovalado, enmarcado por un cuidado cabello castaño que le proporcionaba un aire de «madonna» italiana. Sin embargo María se consideraba una persona fuerte y creía tener las ideas muy claras. Desde hacía años colaboraba discretamente con los comunistas, ya que le avergonzaba reconocer que sentía temor a las posibles represalias. Ni Austria ni Alemania estaban aún maduras para la revolución proletaria. Allí en Viena, una ciudad tan conservadora, considerada el paradigma de la burguesía, se sentía en territorio hostil. La aborrecía.

María no comprendía a ninguno de sus hermanos, y recíprocamente era consciente de que ellos tampoco la entendían. Ni siquiera Eva, la más cercana, no sólo por ser mujer, sino porque supuestamente tenían muchas cosas en común, ya que solo se llevaban un año y siempre habían estado muy unidas, desde que eran muy pequeñas hasta hacía pocos años. Últimamente habían ido cambiando, separándose. Ella quiso entrar en la universidad, cuando apenas una mujer de cada mil lo intentaba, y en aquel ambiente tan masculino y prepotente se interesó por la filosofía y la política. A medida que iba ampliando sus conocimientos se fue haciendo marxista. Su heroína era Rosa Luxemburgo a la que había saludado en una ocasión a la salida de una conferencia.

Eva estaba más interesada por la forma, la moda, la estética, el arte, yendo de flor en flor, sin profundizar en nada, mientras ella se doctoró en filosofía. En octubre de 1917 observó entusiasmada como la revolución bolchevique cambiaba la historia del mundo. No tenía la menor duda de que cuando se

consolidase en Rusia se extendería a toda Europa, y que la siguiente nación donde las ideas marxistas triunfarían sería Alemania, donde después de todo tanto ella como sus hermanos habían nacido, y seguían manteniendo la nacionalidad aunque durante los últimos diez años la familia tuviese su residencia en Viena.

Para ella, que había tenido la oportunidad de conocer personalmente a Trotsky en Viena, la revolución proletaria sólo era cuestión de tiempo. La humillante derrota de Alemania en la Gran Guerra era el primer paso. Colaboró, eso sí, bajo seudónimo, en el periódico de los espartaquistas «Bandera Roja», y asistió a varios actos comunistas sin hacerse notar, sabiendo que la sociedad a la que pertenecía no le perdonaría lo que para ellos era una traición. Tenía los libros de Rosa Luxemburgo subrayados y anotados, los había leído tanto que podía recitar párrafos completos. Incluso se había atrevido a escribir un ensayo acerca de cómo debería llevarse a cabo la revolución en Austria y Alemania para alcanzar el poder.

Cuando, en el revuelto enero de 1919, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados en Berlín por ser comunistas, el cielo se le cayó encima.

En una de las cada vez más escasas reuniones familiares, que eran más un consejo de administración que otra cosa, donde siempre terminaban discutiendo agriamente y tirándose los trastos a la cabeza, pudo escuchar sin dar crédito a sus oídos como su hermano Stefan explicaba a la familia, muy satisfecho de sí mismo, su participación en la detención y asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht. Tuvo que abandonar precipitadamente el comedor, a punto de vomitar. Stefan lo contaba como si volviera de una partida de caza, cuando iban a los pantanos de Hungría con los amigos. María tomó aquel día, en aquel preciso instante, la decisión de apartarse de la familia y no volver a dirigir la palabra a sus hermanos Stefan y Joachim, encantados de lo sucedido.

Desde entonces se había dedicado a estudiar la situación política en Europa Central, sobre todo en Austria y en Alemania. Los imperios habían dado paso a las repúblicas democráticas en la mayoría de los países, aunque Gran Bretaña, por sus especiales circunstancias seguía yendo contra el mundo. Un día, a principios de 1920, su padre habló muy seriamente con ella, lo que no había sucedido nunca antes. Aquel hombre, con el que no coincidía en nada, le manifestó con acritud que no podrían seguir viviendo bajo el mismo techo, y

mucho menos cuando el resto de la familia tenía unas ideas frontalmente distintas a las suyas.

María sentía un profundo desprecio hacia su padre, alguien que había dilapidado su vida en francachelas y caprichos, y que había logrado que su propia esposa lo abandonase y más tarde se divorciara. Pensó que no tenía nada que hablar con él, y que a fin de cuentas era algo que ella tendría que haber hecho mucho tiempo antes. Aquella misma tarde alquiló un piso cerca de la universidad y se llevó todas sus cosas. No tenía ninguna intención de volver a pisar la casa de su padre.

Unas semanas después, buscando donde encargar unos folletos para una manifestación de estudiantes, conoció a Kurt Eckart, un joven que tenía su pequeña imprenta en un callejón cercano al edificio donde ella vivía. Al explicarle lo que pretendía, él mostró gran interés. Le habían dicho que aquel impresor era de confianza, cuestión importante ya que la policía había prohibido que los estudiantes se manifestaran. Al principio Eckart la observó con sorpresa, hasta que finalmente asintió asegurándole que estaba dispuesto a hacer lo que le pedía. Luego la acompañó de vuelta a su casa y por el camino la invitó a un café. Descubrió que aquel hombre aparentaba una cierta rudeza, pero que debajo escondía una gran sensibilidad. Él le contó que su madre era rusa, en realidad polaca, pero que él era alemán por parte de padre. Ambos habían fallecido y él había tenido que comenzar a ganarse la vida con apenas catorce años. En aquel momento tenía treinta y cuatro. Llevaba veinte años viviendo sólo, aparentando ser lo que no era, y que todo ello le había endurecido.

Kurt le confesó que era la primera vez que le contaba todo aquello a alguien. Comenzaron a salir juntos. Eran dos almas solitarias que las circunstancias habían unido. Después, como si fuera algo concertado, él la llevó a su piso, destartalado y desordenado, donde hicieron el amor por primera vez. Desnudos sobre la cama, le confesó que nunca antes se había enamorado y que sólo había tenido relaciones esporádicas con algunas mujeres para desahogarse. María, que después de tantos años acababa de perder la virginidad, comprendió que bajo aquel aparente desorden vital se ocultaba un alma que merecía la pena.

Kurt, algo mayor que ella, tampoco era lo que parecía a primera vista. Aquel cuerpo grande y fuerte escondía en su interior un alma sensible, alguien con un complejo universo interior que coincidía con el de María en muchas cosas.

También él era marxista por convicción y miembro del partido comunista ruso, lo que le advirtió que mantuviera en absoluto secreto. Más adelante le daría una explicación sobre su situación. Sin embargo nada le dijo acerca de su madre, Sarah Zhitlovsky, una mujer judía que ocultaba su verdadera personalidad. Ella le había dicho que olvidara aquel nombre judío, debía ser solo Kurt Eckart, un alemán nacido en el este de Polonia.

María le confesó sollozando que por primera vez en su vida se sentía enamorada. A partir de entonces él fue a buscarla todos los días. Un par de meses más tarde, Kurt cerró su pequeño apartamento y le dijo que quería compartir su vida con ella. No hubo mucho más que hablar, Kurt se fue a vivir a su piso llevando con él una pequeña maleta de cuero y varias cajas de libros.

En otra gran ciudad como Londres o París, algo así habría pasado desapercibido, pero no en Viena. Naturalmente aquello significó la ruptura total con la familia Gessner. Hasta la propia Eva se lo recriminó un día que la encontró en la calle. ¿Pero es que se había vuelto loca? ¿Un impresor? ¿Cómo podía estar viviendo con aquel desconocido, alguien que no pertenecía a su clase? Añadió que era algo indigno de la familia, y que debería recapacitar. María no se molestó en contestar a su hermana. Para ella era Eva la que parecía algo desequilibrada. Simplemente siguió su camino dejándola con los reproches en la boca.

Desde hacía algún tiempo, María Gessner sentía que bajo la aparente placidez cotidiana se estaba gestando una gran tormenta en Europa. Viena tenía muchas similitudes con Leningrado, e imaginó que probablemente sería allí donde comenzaría todo. ¿Qué importancia podría tener lo que su familia pensara de ella? No tenía la menor duda de que llegaría el día en que tendrían que pedirle que les ayudase, cosa que por supuesto no pensaba hacer. Tal vez a Eva no le tendría en consideración sus reproches. Sentía por ella una cierta ternura, a pesar de su apariencia y su forma de ir por la vida era débil.

Para ella, aquel enorme patrimonio familiar debería retornar al pueblo y cada uno vivir de su trabajo. En el futuro, las fronteras desaparecerían, al igual que los nacionalismos. Se implantaría la dictadura del proletariado en todo el mundo, y entonces las cosas serían lo que siempre tendrían que haber sido.

Kurt, aunque mantenía una imagen sin tendencias, era en el fondo aún más radical. Para él, antes que nada sería preciso hacer justicia. Ocultaba dentro de sí

un jacobino, y una tarde caminando por el centro le confesó que si por él fuera se implantaría un tribunal popular y una guillotina en la Plaza de San Stefan. En su momento debería correr la sangre de los parásitos, como llamaba a los burgueses, cuyo mayor esfuerzo era caminar hasta el Café Demel para tomar un cappuccino con pasteles mientras se despellejaban los unos a los otros. Le aseguró que la compasión y la pena eran sentimientos reaccionarios que no llevaban a ninguna parte.

Kurt Eckart había nacido en 1892. Ni siquiera a María le había contado toda la verdad. Ocultaba bajo su piel a Israel Zhitlovsky. Nunca tuvo padre, solo un hombre alemán que dejó preñada a su madre judía polaca que se hacía pasar por cristiana bajo el nombre de Anna Salhiskaya. Lo único que aquel hombre hizo por él fue reconocer ante un notario de Varsovia que era su hijo. Aquello le proporcionó la posibilidad de obtener el pasaporte alemán. A su padre nunca lo conoció personalmente, y por lo que ella le había contado, habría muerto en la Gran Guerra.

Tenía catorce años cuando su madre murió de tuberculosis y tuvo que buscarse la vida. En aquellos tiempos Polonia formaba parte de Rusia, y sin saber muy bien lo que debía hacer se dirigió a la capital como tantos otros, hacia San Petersburgo, donde entró a trabajar como ayudante en un taller de impresión. Tres años más tarde se hizo miembro del partido socialista, y le encargaron que colaborase en dibujar e imprimir folletos para el partido bolchevique y que ayudara a distribuirlos. En 1915 trabajaba ya en la edición del «Pravda». En 1916 se había alistado en el partido bolchevique.

Un día de finales de 1917, cuando la revolución bolchevique parecía haber tomado el poder, uno de los hombres de Trotsky le dijo que por su nacionalidad podría ayudar mejor a la revolución desde Viena, ya que Kurt poseía el pasaporte alemán que había obtenido en Berlín por su ascendencia paterna. No puso objeción y se dirigió allí. Además de seguir imprimiendo llevaba a cabo labores de coordinación y de apoyo al partido bolchevique de una manera encubierta.

Nadie tenía que convencer a Kurt Eckart que el futuro de la clase obrera era la revolución bolchevique mundial. Eso se lo había oído al propio Trotsky, y él sabía que su misión sería luchar por ese objetivo durante su vida.

Un día de mayo de 1923 un hombre entró en el taller de impresión. Parecía ruso y en ese idioma se dirigió a él. Le dijo que debería ir aquella tarde con su

compañera, María Gessner, a una determinada dirección en uno de los barrios de obreros de Viena. Así lo hicieron y llegaron a un piso en planta baja en un edificio del barrio obrero en las afueras. Allí les aguardaba un tal Anatoli Sajarov, deberían referirse a él como «Iván». Un miembro del partido bolchevique, al que Kurt reconoció que ya pertenecía al partido cuando él residía en San Petersburgo. Ya entonces parecía muy cercano a las tesis de Stalin. Iván les explicó que se les iba a designar para una misión especial. Sólo se la podían encargar a determinados miembros de absoluta confianza. El hombre tenía un dossier sobre ambos, y se lo mostró para que pudieran valorar hasta donde llegaba la confianza del partido. Hablaba en ruso, que María había aprendido por su interés en la revolución bolchevique, y que desde que conoció a Kurt lo hablaba siempre con él, intentando mejorarlo. Previamente les hizo una pregunta y les rogó que la meditaran, ya que aquello podría afectar a sus vidas.

—¿Estarían dispuestos a colaborar en las condiciones que se les exigiese, por duras y difíciles que fueran?

Ambos se miraron un instante. Aceptaron de inmediato, aunque Sajarov añadió que no se precipitaran, ya que primero tendría que explicarles lo que pretendían de ellos. Aseguró que no iba a resultarles fácil lo que les propondría, pero insistió de nuevo que sería muy importante para el partido. Necesitaba una absoluta fe, la certeza de que llevarían a cabo la labor que se les encomendase, aunque pudiera resultarles chocante, ingrata, incluso en apariencia contra sus propios principios.

Ambos se hallaban en ascuas. Kurt tampoco sabía lo que se les iba a exigir, aunque era consciente de que no tenían alternativa. El dirigente bolchevique que los había señalado no aceptaría un no como respuesta. Si los habían elegido a ellos habría sido tras una larga selección. Kurt tenía la sensación de que Iván estaba empleando una vieja táctica para comprometerlos poco a poco, de tal manera que en un momento dado ya no podrían volverse atrás. Replicó con cierto orgullo que no aceptaba que dudasen de él. María asintió, ya que en lo esencial pensaba lo mismo que su compañero.

Iván permaneció unos momentos en silencio. Los dos notaban la tensión en el ambiente. Entonces les dijo que iba a explicarles lo que se pretendía de ellos. En lo concerniente a María, se trataba de aparentar un radical cambio de vida. Apartarse de los antiguos compañeros, manifestar donde y cuando fuera

procedente su desencanto con los bolcheviques. Después de un cierto tiempo ambos deberían iniciar un movimiento de acercamiento muy paulatino hacia los nacionalsocialistas, concretamente hacia el NSDAP, y, en su momento, cuando se hubieran ganado la confianza, afiliarse a dicho partido para poder llevar a cabo lo que a partir de entonces se les fuese encargando. Se trataba de una misión a largo plazo. Les dijo que la revolución sólo podría triunfar si conocía las debilidades de sus enemigos. Según le había dicho Stalin, al que se podía considerar el líder del partido, lo que ocurriera en Alemania afectaría muy directamente a Rusia. De aquel movimiento nacionalista, empujado por el NSDAP, se decía que probablemente no llegaría a ninguna parte, pero en cualquier caso, por algún motivo desconocido, Stalin estaba muy interesado por tener información de primera mano acerca de él.

Kurt y María permanecían estupefactos, sin saber que contestar. Iván los observaba en silencio, sabiendo que aquella era una propuesta extraña y llena de dificultades. María se atrevió a preguntar con la voz ronca por la emoción.

—¿Entonces será algo así como si fuésemos espías? ¿Es eso lo que pretenden de nosotros?

Iván emitió un leve suspiro y miró al techo antes de contestar.

—¡No! ¡No exactamente! No queremos cometer el grave error de menospreciar a los posibles enemigos. Por otra parte, hay que reconocerlo, el partido bolchevique es aún muy frágil, tiene muchos frentes abiertos, entre la guerra civil, las asechanzas de los capitalistas, la situación mundial. Tenemos que saber lo que piensan nuestros enemigos, y los líderes de ese movimiento, tipos como los Strasser, Streicher, Röhm, Amann, y ese tal Adolf Hitler, han manifestado en reiteradas ocasiones en sus mítines que los bolcheviques somos los enemigos de occidente, y muy concretamente del pueblo alemán. Constantemente nos amenazan con todos los males del infierno. Sabemos que usted, María, ha demostrado a lo largo de los últimos años cuál es su pensamiento. En cuanto a Kurt, no tenemos ninguna duda. Lo que queremos es tener dos personas de confianza dentro de ese partido. Nadie debe sospechar de ustedes. Eso significará que no volverán a tener relaciones con ningún miembro del partido bolchevique, excepto conmigo, o con aquel que viniera en mi nombre o sustituyéndome por causa de fuerza mayor. Y algo muy importante. Tengo que advertirles que no seguirán en Viena, aquí la gente los conoce, sobre todo a

usted, María, ya que pertenece a una gran familia muy vinculada a la alta sociedad burguesa. Dentro de poco irán a vivir a Múnich, después les daremos instrucciones más concretas de lo que deberán hacer. Por supuesto, no mencionarán esto a nadie, ni escribirán nada referente a ello, ya que iniciarán una nueva vida, digamos que a los efectos será como si ese nuevo partido, el NSDAP, los hubiera convencido, por otra parte, como a tanta gente en Alemania. Estamos hablando de algo que puede durar años, aunque tal vez el globo se desinfle en poco tiempo. Pero si realmente creemos en lo que estamos haciendo lo demás será accesorio. Lo importante es lo que ustedes podrán hacer por la causa. Lo demás no importará. ¿Están de acuerdo?

Kurt y María se miraron. Para él no significaba nada nuevo, ya lo habían enviado allí con una misión concreta. A partir de aquel momento sería algo más complejo, aunque él nunca había pensado en sí mismo. En cuanto a María, era una persona muy formada, capaz, dispuesta a todo, y bolchevique por convicción. Si aquello era lo que necesitaban para colaborar en conseguir sus objetivos, ella no pondría ninguna objeción. Asintieron al unísono, mientras pensaban en lo mucho que aquella extraña decisión iba a cambiar su vida. No hubo más. Iván les estrechó la mano, y quedaron para verse al día siguiente, cuando una vez que lo hubieran meditado les explicaría los detalles.

Abandonaron el piso y se dirigieron caminando en silencio hacia el tranvía. Comenzaban a asimilar lo que acababan de aceptar. Aquello supondría prácticamente llevar a cabo un cambio de personalidad, dejar de ser quienes eran.

María tomó la mano a Kurt cuando descendieron del tranvía.

—¿Y ahora qué? Tengo miedo, vértigo.

Él intentó sonreír. Había vivido antes cosas extrañas, pero aquello le había cogido desprevenido.

—No te preocupes, María. Él lo ha dicho claramente, para nosotros será como empezar de nuevo. Para mí esta será la tercera vez que comienzo desde cero, sin contar cuando vine al mundo. No pasa nada, por otra parte si con ello realmente podemos colaborar con lo que creemos… estoy un poco harto de Viena. Así que vete pensando en todo lo que tienes que hacer antes de irnos.

# 17. UN VIAJE A MÚNICH (MÚNICH, NOVIEMBRE DE 1923)

Stefan Gessner y Karl Edelberg se conocieron en una cervecería de Kaulsdorf, en la que solían celebrarse eventos del NSDAP. Aquel encuentro no fue realmente fruto de la casualidad, a pesar de que Karl pensaba que sí. Stefan había sido trasladado de los Freikorps a las SA, las «Sturmabteilung» o tropas de asalto, a petición de uno de sus jefes. No tuvo inconveniente en ello, ya que creía que los Freikorps habían cumplido con su papel histórico, y que deberían ser sustituidos por un cuerpo más organizado y eficiente. Fue nombrado SA-Sturmbannführer, y se le designó a uno de los estandartes de Berlín como hombre de confianza de los mandos superiores en la capital. Su misión era el control interno. Evitar que se infiltrasen los enemigos, como la policía secreta del gobierno, o los servicios de inteligencia del ejército. Para la Reichswehr, y sobre todo para los oficiales del ejército, las SA sólo eran tipos de segunda clase, «la escoria parda», como los llamaban despectivamente. Los ministerios del interior y del ejército querían estar bien informados de lo que se estaba preparando. También el partido comunista tenía interés en todo el asunto.

El puesto al que le habían asignado era de una gran responsabilidad y Stefan lo sabía. El lugar donde iba a celebrarse cada mitin, desfile, evento o conferencia en cualquier barrio de Berlín, debía ser supervisado previamente por el equipo que había formado para ello.

Para entonces Karl Edelberg llevaba ya casi diez meses en el partido, aunque sólo le dedicaba los ratos libres. Alguien con su capacidad intelectual y personal no podía pasar desapercibido para sus superiores. Una cosa era ser simpatizante y otra cosa muy diferente estar metido en el asunto hasta las cejas. Su jefe inmediato le dijo que querían promoverlo, aunque para ello debería ir pensando en abandonar su puesto de trabajo, o darse de baja.

Pero Karl no pensaba en abandonar su laboratorio de ingeniería óptica por

mucho que coincidiera con los ideales del NSDAP, y contestó que podían contar con él pero que no le pidieran que abandonara su profesión. Era alguien valioso, mucho más que la media de los que se inscribían y podía ser útil también desde fuera. Fue entonces cuando designaron a Stefan para que entrara en contacto con él, como por azar. En una de las reuniones del partido, a finales del verano de 1923, ambos coincidieron en la principal cervecería de Kaulsdorf. Stefan sabía que Karl Edelberg asistiría y forzó la situación con una pelea simulada entre dos supuestos miembros de su grupo, aparentemente bebidos, que interpelaron a Karl en el exterior del local. En aquel momento, Stefan apareció «por casualidad» y se interpuso, librando a Karl de una paliza. Luego invitó a una cerveza a su nuevo amigo mientras le sonreía con simpatía.

Entre otras cosas tenían en común, aunque no eran conscientes en aquel momento ninguno de los dos, que Karl era el marido de Ilse, la hija natural de David Goldman. Stefan Gessner era hermano de Eva, y por tanto, le gustase o no, cuñado de Paul Dukas, yerno de David Goldman mientras estuvo casado con Selma Goldman.

Stefan le contó que había pertenecido a la flotilla de submarinos que tanto había hecho por Alemania durante la Gran Guerra. Había patrullado por el Atlántico Norte, y seguía pensando que si todos los militares y políticos alemanes se hubieran comportado como sus camaradas de submarinos otro muy distinto hubiera sido el desenlace. Karl se mostró muy interesado y le preguntó por el funcionamiento de los periscopios. Si creía que una mejora en la calidad óptica sería importante. Stefan le contestó sin vacilar que los submarinos y su eficiencia dependían de ello. Ya tenían algo en común, y Karl le pidió que visitara la empresa en la que trabajaba. Cuando se despidieron Stefan le prometió que iría a verlo en unos días.

Tanto Stefan como Karl tenían además en común una educación burguesa y su origen en familias acomodadas. La atracción fue recíproca. A Stefan le habían encargado un informe sobre Edelberg. Redactó uno manifestando que no debían dejar escapar a aquel hombre cuya preparación científica y cultural podía enriquecer al partido. Añadió que Karl Edelberg era alguien destinado a liderar a otros. También hizo mención a la investigación que estaba llevando a cabo acerca de la mejora de la óptica de los periscopios, lo que bajo su punto de vista podía ser de interés para Alemania en un futuro.

El informe de Stefan fue remitido al Comité Ejecutivo de la NSDAP. Allí se decidió que Karl Edelberg, al igual que otros en similar situación, pasara a formar parte del comité ejecutivo de Berlín. Seguiría en su trabajo y en su vida familiar, pero estaría a las órdenes de sus superiores cuando fuera preciso. Se designó como coordinador a Stefan Gessner, quien sería uno de los responsables en el norte de Alemania. El NSDAP estaba creciendo rápidamente, y unas determinadas personas tendrían que empezar a controlarlo.

A principios de noviembre Stefan Gessner fue citado en Múnich. Se le ordenó que fuese acompañado de Karl Edelberg, ya que el informe que había redactado sobre él, causó la curiosidad de la cúpula del partido. Cuando Stefan llamó por teléfono a Karl, este le contestó que para ello tendría que pedir permiso a sus jefes. Stefan le replicó que no se preocupase, que de eso se encargaba él. Después llamó al propietario de la empresa y, tras hablar con él unos minutos, el hombre dijo que por su parte no habría ningún problema. Habían comprobado la valía de Edelberg y no deseaban prescindir de él.

El siete de noviembre cogieron el tren a Múnich. Ambos estaban satisfechos aunque algo preocupados, sin saber bien para que los habrían citado. Durante el trayecto charlaron amistosamente, y descubrieron que tenían aficiones parecidas. Karl le contó que siempre había soñado con entrar en un submarino. Stefan le contestó con cierta amargura que en aquellos momentos toda la flota de « U-Boots» estaba totalmente desmantelada y desguazada por causa del Tratado de Versalles, y que no sabía el tiempo que podría transcurrir hasta que Alemania volviese a tener una flota activa de submarinos. En cualquier caso haría gestiones para que pudiesen ir a ver el único que seguía atracado y a flote en el puerto de Kiel, aunque desarmado. También intentaría hacerse con uno de los periscopios, que ya eran poco más que chatarra y se lo enviaría a la empresa. Karl se lo agradeció, ya que hasta entonces sólo había podido trabajar con un periscopio durante su estancia en la casa Zeiss.

En Múnich se dirigieron a la sede del NSDAP. Los recibió el líder de las SA, Hermann Goering, uno de los héroes del escuadrón Richthofen, que saludó con una amplia sonrisa a Stefan. Ambos eran veteranos de la Gran Guerra, militares laureados y se reconocían entre ellos. Luego dio la mano a Karl Edelberg mientras mencionaba que tenía muy buenas referencias suyas, y que estaban formando un consejo de científicos para asesorar al partido, por lo que iban a

integrarlo. Karl se sintió halagado, sabía que su nuevo amigo Stefan Gessner era el responsable de aquel informe. Contestó que no creía tener méritos para ello. Goering, consciente de que estaban sembrando las semillas de la nueva historia que ellos escribirían, les observaba con benevolencia. Añadió que les invitaba a compartir la cena con el líder del partido nacional, Adolf Hitler. Era un gran honor y ambos aceptaron. Karl sentía una gran curiosidad por saber cómo era aquel personaje, al que unos alababan como al superhombre que salvaría a Alemania, mientras sus enemigos lo tildaban de no ser más que un austríaco que no tenía donde caerse muerto, un extranjero molesto del que nadie sabía de dónde había salido, un tipo excéntrico y teatral que desafiaba permanentemente al poder desde su reducto en Baviera, con un discurso que oscilaba entre ambiguas promesas y amenazas mesiánicas.

Una hora después llegó Adolf Hitler acompañado de su hombre de confianza, un joven de mirada obsesiva de nombre Rudolf Hess, y del nuevo editor del «Völkischer Beobachter», Alfred Rosenberg, que los observó fríamente con lo que a Karl le pareció menosprecio.

Casi sin darse cuenta se encontraron cenando en una cervecería cercana con los jerarcas del NSDAP, a los que comenzaban a llamar en los periódicos «los nazis», una abreviatura de «nacionalsocialista». Al lugar seguían llegando otros que sin más se sentaban en la larga mesa del reservado cargado de humo, pues con excepción de Hitler y de Karl, todos los demás fumaban. El líder Adolf Hitler hablaba en un aparte animadamente con Hess y Rosenberg. Todo sucedía de la manera más natural, como si ellos también pertenecieran al grupo. Les presentaron a Theodor von der Pforten, que era secretario del Tribunal Regional Superior, a un excapitán de caballería, Johann Rickmers, y a un joven ingeniero de mirada profunda, Lorenz Ritter von Stransky. El local colindante se encontraba muy animado, y los asistentes debían saber quién ocupaba el reservado, ya que de tanto en tanto se escuchaban canciones bávaras y el inevitable «Deutschland über alles», y otras conocidas canciones militares, acompañadas de sordo ruido de fondo, ya que no habría menos de doscientas personas en el local. Karl tuvo la impresión de que los líderes nazis frecuentaban la cervecería. Varias veces entraron algunos y dieron la mano a Hitler, que los saludaba efusivamente e inmediatamente seguía en lo suyo, mientras Hess y Rosenberg cuchicheaban con él y reían a carcajadas, con excepción del propio

Hitler, que mantenía el ceño fruncido como si algo le preocupase.

En un momento dado Hess se acercó a ellos, cuando ya habían dado buena cuenta de un par de jarras de cerveza y unas salchichas exquisitas.

—Acompáñenme un momento por favor. El señor Hitler quiere hablar un momento con ustedes. Síganme. Fueron tras él a la otra esquina de la larga mesa. Adolf Hitler los observó con benevolencia mientras se dirigía a ellos.

—Tomen asiento, se lo ruego. Usted es el capitán de submarinos, Stefan Gessner, de Kiel, y usted es Karl Edelberg, de Kassel, ingeniero civil por la universidad de Gotinga. ¿Es así? Bien Hess, hágales esa pregunta y veamos lo que opinan sobre el tema.

El que parecía el secretario de Hitler, Rudolf Hess, los observó en silencio.

—Apreciados camaradas. Tenemos interés en saber lo que ustedes piensan acerca de los judíos alemanes. ¿Les importaría darnos su opinión lo más sintética posible? Naturalmente les ruego que sean sinceros. No se preocupen, es sólo porque tenemos interés en saber lo que piensan los patriotas alemanes que se afilian a nuestro partido en relación con esa cuestión.

Stefan asintió.

—Bueno, si me lo permiten contestaré yo primero. Usted ha dicho los judíos alemanes. ¿No es eso una contradicción? ¡Para mí no hay judíos alemanes! Hay judíos y hay alemanes. Lo cierto es que nunca me han caído bien. Es algo familiar.

Por un instante no pudo dejar de pensar en su hermana Eva.

—Bien, capitán Gessner. Gracias por su contundente opinión. ¿Y usted Edelberg? ¿Qué opinión tiene? Le insisto. Sea sincero y no se preocupe. Queda entre nosotros.

Karl no sabía mentir. Hasta aquel momento nunca había hecho política.

—Que quede claro que a mí los judíos no me caen bien. Pero ya que desean que sea sincero, les diré que en la universidad de Gotinga los mejores profesores eran judíos. Eran los que mejor daban sus clases y los que estaban más preparados. Eso es lo que creo.

Hitler asintió en apariencia impertérrito. Carraspeó.

—Bien. Bien. La sinceridad es la mejor virtud de nuestro pueblo. Gracias, capitán Gessner, gracias ingeniero Edelberg. Estábamos hablando de lo que piensan los alemanes acerca de los judíos. ¿Tienen relación familiar con judíos?

¿Alguna vez han tenido un problema directamente con algún judío? ¿Del tipo que sea?

Stefan tragó saliva, mientras pensaba que aquel hombre le imponía.

—No. Directamente no. Pero conozco casos… entre gente muy cercana.

—¿Y usted, ingeniero Edelberg?

Hitler llevaba la voz cantante. En la mesa todos los observaban en silencio. Afuera en el gran salón se escuchaba cantar a coro una canción bávara, mientras las camareras seguían trayendo cervezas y platos con salchichas. Karl quería seguir siendo sincero, y le devolvió la mirada sin bajar los ojos.

—Ya le dicho que no me caen bien, quiero que quede claro. Pero recuerdo que un profesor judío me aprobó una vez después de haberme suspendido. Digamos que me dio una segunda oportunidad y no tenía por qué haberlo hecho. Aunque eso no me hizo cambiar de opinión con respecto a ellos.

Hitler volvió a asentir secamente.

—Bien. Les agradezco su sinceridad. ¡Esa virtud forma parte del carácter alemán! Y ahora sigan con lo suyo. Gracias, muchas gracias.

Ambos volvieron a sus sitios. Les acababan de traer unas grandes jarras de cerveza espumosa. Bebieron un largo trago mientras entre ambos se creaba un incómodo silencio.

—Karl Edelberg. ¡Eres un tipo muy arriesgado! ¡Decirle eso nada menos que al líder! ¿Pero es que no sabes lo que piensa sobre los judíos?

—¡Claro que lo sé! ¡Pero si él mismo nos ha pedido que le contestásemos con sinceridad! ¿Qué querías? ¿Qué mintiese? ¡Pero si es cierto! ¡De todas maneras le he dicho por dos veces que no me caen bien! Aunque si de verdad queremos ser sinceros… Si me pongo a pensar seriamente, no sabría decirte cual es el motivo de esa enemistad. La verdad es que no me han hecho nada que lo justifique. Lo cierto es que desde que era muy pequeño mi padre me explicó que no debía fiarme de ellos, y así lo hice. Tal vez tendría que haberlo cuestionado.

Stefan no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¡Precisamente allí! Era como si estuviese hablando con otra persona.

En un momento dado Hitler y sus acompañantes entraron a la sala grande donde los recibió un alborozado griterío. Stefan y Karl los siguieron. En el gran salón cargado de humo y repleto de hombres, pues se veían escasas mujeres, todos aclamaban a Adolf Hitler. La gente eufórica alzaba sus jarras y coreaba su

nombre. Karl se dio cuenta de que aquel hombre era muy popular en Múnich. Cuando le permitieron hacer uso de la palabra, Hitler pareció improvisar un discurso. Tenía una gran facilidad para hablar, aunque se dio cuenta de que acudía a lugares comunes, que gesticulaba mucho para acompañar sus palabras, mientras la gente lo seguía en absoluto silencio, excepto cuando lo aplaudía o lo vitoreaba. Alguien le había contado que Hitler recibía clases de oratoria y comportamiento gestual del profesor Paul Devrient, un antiguo cantante de ópera, y que ensayaba con él todos sus gestos minuciosamente, incluso las expresiones faciales. También le enseñó técnicas para la puesta en escena, y cómo educar su voz. Había salido un alumno aventajado.

Stefan se había separado algo de él. Karl lo miró y se dio cuenta de que su amigo parecía beber las palabras del líder, como si no pudiese apartar la vista de él. En aquel momento Hess se acercó a Stefan y le comentó algo. Stefan asintió. Luego se acercó de nuevo a él, y Karl pudo notar que le brillaban los ojos.

—¡No me cabe la menor duda de que este hombre providencial sacará a Alemania del hoyo en que nos encontramos, te lo garantizo! ¡Sólo él podrá conseguirlo! ¡Ah, qué satisfecho estoy de haber venido! Hace un momento Hess me ha dicho si queremos ir mañana con ellos a la cervecería Bürgerbräukeller, ahora bien, me ha advertido que pretenden manifestarse contra el gobierno. ¡Ese miserable gobierno de la república de Weimar debería irse y dejar paso a los que traen ideas! ¡Por supuesto voy a ir! ¿Y tú?

Karl no estaba por la labor. Por algún motivo no se sentía identificado con aquel ambiente, con aquella gente chillona y radical.

—Mira, Stefan. Te agradezco que me hayas traído y la oportunidad de conocerlo personalmente, pero mañana tengo que volver a Berlín en el primer tren. Eso ya te lo expliqué cuando veníamos. Sintiéndolo mucho no podré estar presente, así que te ruego me disculpes.

—¡Pero hombre, Karl! ¡Ahora me sales con esas! ¡Tú te lo pierdes! No creo que lo tomen a mal, pero deberías pensarlo. ¡No te das cuenta de que en estos días estamos entrando en el futuro! ¿No querrás quedarte fuera, justo en estos momentos, verdad?

—¡No! ¡No! ¡No es lo que piensas, Stefan! ¡Es que tengo que volver a Berlín! Pero ahora no comentes nada, te lo ruego.

Stefan se había quedado estupefacto ante aquella inesperada reacción. No

podía comprender a su amigo. ¡Cuando estaban en el lugar adecuado, en el momento culminante, junto al líder! Karl no era más que un pobre hombre atemorizado, un pequeño burgués sin ambiciones, alguien que parecía no comprender que había instantes en la vida en los que era preciso dar un paso adelante, sin temor alguno.

Muy molesto no insistió. Allá cada uno con su decisión. Por supuesto él pensaba quedarse hasta el final. Era un militar, y no entendía la vida de otra manera que arriesgándose permanentemente. Se encogió de hombros. Una sudorosa camarera de voluminosos pechos bamboleantes pasó junto a ellos trayendo más cerveza. A pesar de sus esfuerzos, la gente bebía mucho más rápidamente de lo que las muchachas podían servirla. Cogió dos jarras al vuelo pero Karl se excusó, murmurando que ya había bebido bastante. Por algún motivo no parecía sentirse a gusto. ¡Allá él!

Mientras todos cantaban a pleno pulmón. Hitler se había subido sobre una mesa, también cantaba, aunque con gesto crispado y serio, como si fuese consciente de su responsabilidad histórica. En aquel momento Stefan no tuvo la menor duda de que si alguien podía salvar a Alemania, sería aquel hombre. Era un cálido escenario que definía al país, el cercano ambiente en el que se podía palpar la increíble camaradería, algo que no percibía desde su etapa en la flota de U-Boots. No pudo evitar emocionarse, lo que sólo le había sucedido en raros momentos a lo largo de su vida. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, tan hermanado con todos aquellos buenos patriotas que sólo pretendían lo mejor para Alemania. *¡Deutschland! ¡Deutschland! ¡Deutschland*! No pudo evitar que una lágrima se deslizase por su mejilla. El tiempo de la verdad estaba llegando, y su vida estaba dando el giro que siempre había soñado.

# 18. EL PUTSCH DE MÚNICH (MÚNICH, 8 Y 9 DE NOVIEMBRE DE 1923)

Stefan Gessner creyó hasta el último momento que lo que se estaba preparando sería otro mitin más en la cervecería Bürgerbräukeller, en el que se atacaría con saña al gobierno. Quizás hicieran una pequeña demostración de fuerza saliendo a cantar a la calle o algo parecido. Se mantuvo todo el día muy cercano al grupo de los líderes y nadie reparó en él. Se sentía bien allí, respirando el poder, sintiéndose uno más, pudiendo observar como actuaban en la intimidad. Adolf Hitler estaba algo apartado, tomando continuas notas y dictando a su hombre de confianza, Rudolf Hess. Los otros iban y venían. Así estuvieron toda la mañana, hasta que a las doce y media se fueron a comer algo a un restaurante cercano sin pretensiones, comida típica bávara: cerdo asado y café. Sólo estaban ellos. Unos vigilantes de las SA controlaban la entrada para que nadie los molestara. Ninguno de los presentes probó la cerveza ni el alcohol. Alguien le comentó que Hitler había prohibido beber aquel día, para que todos tuvieran la mente lista. Apenas hubo sobremesa y volvieron andando al cercano cuartel general de la NSDAP, bajo la vivienda que ocupaba Hitler. Luego Hess, Goering, Röhm, y Rosenberg, se encerraron con Hitler en la sala de recibir. Comenzó a comprender que estaba preparándose algo importante, pero nadie le comentaba nada ni tampoco le invitaban a participar. Era como si no le diesen importancia, aunque al tiempo demostraban una gran confianza en él.

Como a las seis, ya oscurecido, apareció el general Erich Ludendorff, al que reconoció por la prensa, acompañado de otros dos militares. Los tres vestían el uniforme de la Reichswehr, y cruzaron delante de él para unirse a los que se hallaban en la sala. Unos cuantos minutos más tarde volvieron a salir, subieron a un vehículo que los aguardaba en la calle y desaparecieron. En aquel momento entró un hombre joven aún, con traje de chaqueta. Se dirigió a él y se presentó haciendo una leve inclinación de cabeza y chocando los tacones al estilo prusiano.

—Doctor Max Erwin Scheubner-Richter, ingeniero.

Stefan le devolvió el saludo, al tiempo que le daba su graduación de capitán de submarinos.

—¡Ah! ¡Qué lástima no haber contado con tres veces más submarinos! ¡Habríamos ganado la guerra y no nos encontraríamos en esta penosa situación! ¿No le parece?

Stefan asintió.

—¡Por supuesto! ¡Siempre he tenido ese criterio! ¡Seguro que se las habríamos hecho pasar canutas!

Luego ambos tomaron asiento. Scheubner-Richter le preguntó que como iban los preparativos. No supo que contestar, lo cierto era que no tenía ni idea, sólo murmuró:

—¡Ah, sí, bien, bien! ¡Todo está en orden!

Su interlocutor debió darse cuenta de que no estaba hablando con la persona adecuada, se levantó sin responder y se dirigió a Hess que salía en aquellos momentos de la sala.

Stefan estaba comprendiendo que se trataba de algo mucho más relevante que el mitin del día anterior, al que había asistido acompañado de Karl Edelberg, que le había defraudado. ¡Marcharse de aquella manera! ¡Imperdonable! No sabía cómo se lo tomarían todos ellos, pero la verdad se sentía algo avergonzado de haberlo invitado a ir hasta Múnich para después salir corriendo. ¡Hacer de padrino de alguien tan tibio y ambiguo! ¡Él se lo iba a perder!

A las siete y media salieron los que estaban reunidos. Mientras había ido llegando gente y allí ya no cabía un alma.

Se asomó a la puerta de la calle y se quedó asombrado al ver la multitud de SA que aguardaba. ¡Cientos de miembros de las SA desbordaban las avenidas colindantes! Tragó saliva. Aquello era otra cosa. No sentía miedo, sólo una sensación mezcla de euforia y excitación. Estaba justo en mitad de una situación incontrolable. Volvió a entrar. Casualmente su mirada se cruzó un instante con la de Adolf Hitler. Se dio cuenta de que aquel hombre no le había visto, pero pudo notar en sus ojos un brillo especial, su rostro mostraba las señales inequívocas de fatiga, al tiempo sus rasgos se habían endurecido, como si estuviera convencido de que nadie podría detenerle en la misión que la providencia le había encomendado.

Todos salieron a la calle tras el «Führer», que era como le llamaban sus más cercanos. El jefe supremo. Cruzó por delante de él enfundado en su abrigo negro, con la Cruz de Hierro de primera Clase en el pecho. Comprendió que era cierto lo que se decía de él. Sería imposible detener a aquel hombre.

No podía hacer otra cosa que seguirlos, salió y miró un instante hacia atrás. No había nadie más. Sin saber bien lo que debía hacer tiró de la puerta para cerrarla. Con dificultades pudo seguirlos, ya que la masa de SA le impedía llegar hasta los jefes. Los SA comenzaron a cantar himnos patrióticos y sonaron algunos pitos de alarma. Luego se hizo el silencio, ya que desde la cabeza se pidió que no se cantara. Sólo se escuchaba el sonido sordo y amenazador de centenares de botas sonando contra el empedrado rítmicamente. Otros se dirigían en camiones repletos de más SA, incluso pudo ver el automóvil Mercedes descapotable de Hitler rodeado de guardaespaldas. Se dio cuenta de que la vecindad, temerosa ante aquella demostración de fuerza bruta, había cerrado los postigos de sus ventanas. Iba al final, siguiendo a los últimos SA, las farolas de gas eran la única iluminación de aquella multitud parda. De pronto se imaginó un enorme animal antediluviano que se dirigía hacia su destino.

Estaban ya cerca de la cervecería cuando Goering, que se había retrasado para controlar la situación, se colocó a su lado y sin mirarle comentó jovialmente a lo que iban. ¡Un golpe de estado! Tuvo que repetírselo, porque al principio creyó que se trataba de una broma. Pero aquello podía ser cualquier cosa menos una broma, cuando vio como las SA rodeaban la «Bürgerbräukeller» mientras ellos entraban en el enorme salón por la puerta principal, como si los estuvieran aguardando para comenzar la fiesta. El lugar se encontraba cargado de humo, lleno de gente a rebosar, con las mesas repletas de jarras de cerveza. A lo lejos, en el escenario, alguien estaba dando un mitin. En aquel momento se hizo un abrumador silencio.

Goering que no se separaba de él, murmuró que el conferenciante era el comisario de Baviera, Gustav von Kahr, acompañado de sus dos ayudantes, von Lossow y von Seisser. Pudo escuchar las últimas palabras de von Kahr contra la tiranía. Luego los acontecimientos se precipitaron. Vio como Hitler corría, se subía de un salto a una mesa empuñando su pistola y disparaba al techo mientras gritaba.

—¡La revolución nacional ha comenzado!

Stefan tuvo que tragar saliva, mientras veía como los SA corrían entre las mesas tomando posiciones. Vio como detenían a von Kahr. Nadie aplaudió, era una ominosa sensación, en la que los presentes preferían no destacarse, mientras Hitler vociferaba consignas y comenzaba un discurso algo incoherente. La tensión era enorme, pero ellos, los que estaban dando el golpe, tampoco esperaban la fría reacción del público. Algo no estaba saliendo como habían planeado. Él era tal vez el único observador, aunque de corazón estaba con los golpistas. Aquello no iba a quedar allí. Hitler, que seguía subido en la mesa parecía haber cogido el hilo, y comenzaba un discurso repleto de lugares comunes, en el que repetía los párrafos en un «in crescendo» que era como el redoble de un tambor, cada vez más alto, más violento, más agresivo. Algunos de los presentes le aplaudían, atemorizados ante la presencia de los numerosos guardias de corps del NSDAP, y no menos de cien SA que vigilaban las puertas controlando la situación.

Se encontraba algo confuso sin saber bien cuál debía ser su postura, sabiendo que de momento sólo era un invitado, a pesar de pertenecer también al partido. Notó como Goering le lanzaba miradas de vez en cuando queriendo animarle. Le habrían dicho que se encargara de él, ya que ambos eran oficiales del Reichswehr y podían entenderse, ver las cosas con cierta perspectiva. Para entonces, Adolf Hitler y sus hombres de confianza se hallaban totalmente eufóricos, después de tanta lucha estaba llegando su momento.

Hitler saltó de la mesa donde se había subido y corrió hacia el estrado. Llevaba la pistola en la mano. Se dirigió a los presentes gritando.

—¡La revolución nacional ha comenzado! ¡El gobierno de la nación ha sido destituido! ¡También el gobierno bávaro! ¡No se muevan de su sitio! ¡La policía y la Reichswehr se dirigen hacia este lugar!

Se volvió para decir algo a von Kahr y a los otros dos que de inmediato caminaron tras él hacia uno de los reservados. En aquel momento Stefan vio entrar a Ludendorff, con su casco plateado con un remate puntiagudo y a otros militares. Todos ellos mostraban el gesto crispado, como si no estuvieran allí por su gusto, sino forzados por las circunstancias. Entraron en el reservado en el que se encontraba Hitler con von Kahr y los otros.

Mientras en la sala la gente murmuraba, algunos parecían preocupados, otros molestos, los más expectantes, aguardando a ver lo que sucedía finalmente. Se

sabían partícipes de un drama, y nadie hizo el gesto de levantarse. Tal vez la presencia de las SA les impedía mostrar sus afinidades.

Transcurrió un largo rato. Cuando aparecieron de nuevo en el escenario, Hitler seguido de Ludendorff, von Kahr, von Lossow, y von Seisser, los presentes con algunas excepciones prorrumpieron en una larga ovación. Hitler, exultante, estrechó la mano de todos ellos, intentando esbozar una media sonrisa, como si quisiera demostrar a la audiencia que los había ganado para su causa. Stefan notó como Goering que se encontraba junto a él no podía controlarse, daba pequeños saltitos y apretaba compulsivamente los puños. En el estrado Hess se hizo cargo de von Kahr y los otros para evitar que se echaran atrás. De improviso muchos de los presentes entonaron el himno nacional. Otros gritaban consignas.

Transcurrieron las horas. Stefan había conseguido una salchicha y una jarra de cerveza. Más que apetito lo que pretendía calmar eran sus propios nervios.

Goering se había acercado a dialogar con Hitler, también con Streicher que acababa de llegar y con los otros jefes. Nadie le hacía caso y se sentó en un lateral desde el que dominaba la sala. La gente permanecía sentada, algunos iban de mesa en mesa, otros llamaban a las camareras reclamándoles inútilmente cerveza. Debían estar sucediendo cosas afuera, ya que entraban y salían mensajeros. Alguien le contó que Ludendorff había tomado la decisión de liberar a von Kahr y los otros dirigentes bávaros, y que eso había sido un grave error.

Cuando llegó la madrugada se supo que Röhm había conseguido tomar el ministerio del interior bávaro. Cerca de las ocho Ludendorff debió convencer a Hitler para dirigirse al centro de Múnich. Aquel militar estaba convencido de que las tropas que se les interpusieran en el camino no se atreverían a disparar contra él. Finalmente abandonaron la cervecería y se dirigieron hacia el ayuntamiento, en la Marienplatz, con el general al frente, acompañado de Hitler, Goering, Hess y todos los mandos, seguidos de más de dos mil hombres.

Stefan no se consideraba cobarde, pero en aquellos momentos no las tenía todas consigo, con la certeza de que en cualquier momento aparecería el ejército y tendrían que disolverse y probablemente echar a correr. Tenía la desagradable sensación de que el asunto no estaba maduro, de que Hitler y los suyos habían intentado tomar un peligroso atajo para hacerse con el poder. La idea era llegar a unirse con Röhm y evitar que la policía y el ejército pudieran desalojarlos. Algo

más tarde Stefan comenzaba a creer que los nacionalistas iban a salirse con la suya, ya que mucha gente se unía espontáneamente a ellos.

Estaban entrando a la Odeonplatz, frente al monumento a los generales alemanes, el Feldherrnhalle, cuando se encontraron frente a frente con un batallón de la policía que había tomado posiciones para cortarles el paso. Stefan se hallaba en el lateral de la segunda fila, y desde allí podía divisar con claridad lo que estaba sucediendo. Ludendorff y Hitler se detuvieron, así como todos los que los seguían. Una enorme tensión flotaba en la plaza que se había sumido en absoluto silencio. De pronto se escuchó una detonación, como si se hubiera roto una compuerta, y el caos lo invadió todo, de un lado y otro se escuchaban disparos, hasta que se transformó en un tiroteo continuo. Levantó la vista y vio a Goering desplomarse, un segundo más tarde tuvo la impresión de que alcanzaban a Hitler. Dos SA cayeron junto a su lado y él también podría morir si no escapaba de aquella ratonera cuanto antes. Corrió con los demás hacia atrás y se refugió en un portal. Subió por la escalera detrás de dos hombres que ascendían un piso por delante de él. Uno de ellos al menos iba herido ya que iba dejando un rastro de gotas de sangre. Debieron entrar en alguno de los pisos pues los perdió de vista. Volvió a bajar la escalera, salió a la calle, muy cerca de donde se hallaba la policía corría detrás de algunos SA. No se atrevió a salir y se ocultó en la parte de atrás, donde la escalera descendía al sótano. Escuchó como algunos policías entraban y subían hacia las plantas superiores buscando fugitivos. Durante un rato pensó que lo atraparían sin remedio, pero pasó cerca de una hora y las cosas se fueron calmando.

Se abrió una puerta frente a él, una mujer salió de un piso en el semisótano y lo vio, debió comprender que se trataba de alguien huyendo y se llevó el dedo índice a los labios, al tiempo que le hacía un gesto para que pasara, inmediatamente volvió a cerrar la puerta. Debía tener treinta y tantos, y sin hablar le ofreció un vaso de agua. Se escuchó el timbre de la puerta, y ella le señaló que se dirigiera hacia el pasillo que conducía al interior del piso. Caminó de puntillas y se metió en un dormitorio. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar allí a Herman Goering tumbado en la cama. Un hombre le estaba haciendo un vendaje en la parte superior del muslo. Goering estaba muy pálido, aunque con el suficiente estado de ánimo para indicar silencio. Se acercó a los pies de la cama y alzó el brazo derecho. Goering le lanzó una profunda mirada

reconociéndolo, y asintió mientras preguntaba con un hilo de voz.

—¡Me alegro de verlo! ¿Está usted herido, Gessner?

—¡No, herr Goering! ¡Aquí me tiene a sus órdenes para lo que disponga!

—¡No olvidaremos quién ha estado con nosotros en estos difíciles momentos!

En aquel momento pudo escuchar como la mujer abría la puerta de la calle y a la policía preguntando. Unos minutos después se marcharon. Media hora más tarde un vehículo accedió por la entrada de carruajes, llamaron al piso y entre todos ayudaron a meter al herido en el automóvil.

Stefan permaneció hasta primera hora de la tarde allí. La mujer, que se presentó como Erika Müller, sólo le dijo que simpatizaba con los nacionalistas, sin darle ninguna explicación acerca de cómo había llegado Goering hasta allí. Más tarde ella lo acompañó cogida del brazo hasta salir del barrio, como si se tratara de una pareja de vecinos. Dos manzanas más adelante ella se despidió deseándole suerte.

Pudo enterarse de lo sucedido en una taberna cercana. Alguien contó que Hitler había podido huir, también Goering, a pesar de que se comentaba que había resultado herido. No hizo ningún comentario y siguió bebiendo su cerveza. El hombre siguió contando que al menos había muerto una docena de manifestantes y que no habría menos de un centenar largo de heridos de bala, además de varios policías muertos y docenas heridos.

—¡Una verdadera batalla campal! —comentó otro hombre delgado que estaba junto a él— ¡Ese Hitler los tiene bien puestos!

Alguien en voz alta al otro lado de la barra replicó con cierta sorna.

—¿Desde cuándo los que llevan a los suyos a una encerrona fatal salen corriendo? ¡Ese Hitler es como todos los demás! ¡Que sepan que el «Völkischer Beobachter» ya ha sido prohibido, y la central del NSDAP clausurada! ¡Esos nacionalistas ya no tienen nada que hacer!

Pudo salir de Múnich aquella misma noche. Un policía de paisano le pidió la documentación en la estación. Las circunstancias le ayudaron, ya que al comprobar que se trataba de un antiguo oficial de la marina, el hombre se la devolvió sin hacer comentario y le dejó pasar a la zona de andenes. Después en el tren volvieron a pedírsela, aunque de nuevo le devolvieron la documentación sin más. Ser un oficial de la armada en excedencia, veterano de la Gran Guerra,

tenía sus ventajas.

Mientras el tren nocturno se dirigía a Berlín, con su monótono traqueteo, meditó que, a pesar de todo, el movimiento nacionalista tenía muchos más simpatizantes de los que hubiera creído. Agotado, notó que se le cerraban los ojos.

# 19. ADIÓS A UNA ÉPOCA (BERLÍN, NOVIEMBRE DE 1923)

Matthias Lamberg pensaba que aquel frío y gris día de noviembre había sido muy duro para un ferroviario jubilado. Desde primera hora de la mañana, cuando decidió acercarse al ayuntamiento para solicitar un certificado de empadronamiento y poder trasladar su pensión a Berlín, todo se había complicado. Tras una larga espera salió de allí enfadado, sin haber conseguido arreglar nada, pensando que cada vez había más burocracia y menos eficiencia en aquel país. Más tarde a mediodía, en la taberna en la que solía comer desde que su esposa había fallecido meses atrás, tuvo una fuerte discusión con el amigo con el que solía compartir aquel rato, cuando tuvo que escuchar que aquellos nacionalistas no arreglarían nada, sino que muy al contrario terminarían por llevar al país a un profundo hoyo. Eso fue demasiado para él, tanto que todo comenzó a darle vueltas y muy ofendido, cogió su plato y sus cubiertos y se fue a acabar de comer en otra mesa.

Por la tarde, tras sentarse en un banco en un parque para hacer tiempo, y releer las páginas del «Berliner Tageblatt», asistió a la conferencia que tantos días llevaba aguardando. Aquel fue el único rato que se sintió bien, escuchando a un intelectual que parecía saber lo que decía. El título de la conferencia era explícito: «Nacionalismo». El conferenciante era un tal Joseph Goebbels, desconocido para los asistentes, un hombre bajo, tal vez demasiado joven, que cojeaba levemente. Lamberg pudo darse cuenta de que el conferenciante calzaba un zapato ortopédico en su pie derecho compensando la diferencia de longitud entre sus piernas. Un hombre muy delgado y pálido, de aspecto casi enfermizo, apasionado en su exposición, que abogó durante las dos horas que duró su conferencia por un estado nacional fuerte que suprimiese la lucha de clases mediante un socialismo nacional y anticapitalista. Habló de un líder carismático. Un tal Gregor Strasser. El hombre empleaba una ardorosa retórica que redundaba sus palabras. Su idea era la preservación de la pureza racial, sin andarse por las

ramas. Habló con claridad de la eliminación de los enemigos de Alemania: los socialistas, demócratas, bolcheviques y judíos. Cuando alguien levantó la mano para intentar aclarar lo que quería decir con aquello de eliminar, el joven conferenciante con aplomo aseguró que eliminar y liquidar eran sinónimos.

—¿Quiere decir liquidar físicamente? ¿Acabar con ellos? —insistió agresivamente el que había levantado la mano mientras se escuchaban murmullos de desaprobación en la sala por aquella interrupción.

—¡Naturalmente que quiero decir eso! ¿Es que no lo he dejado suficientemente claro? ¿O qué cree usted que habría que hacer con los enemigos de Alemania? ¡Se lo expresaré en sentido contrario! ¿Qué cree usted que harían con nosotros los comunistas si consiguieran llegar al poder aquí en Alemania?

—¿Y los judíos? —insistió el que interpelaba—. ¿Qué habría que hacer con los judíos según usted? ¿También habría que liquidarlos?

El hombre no se conformaba con la respuesta. Lamberg pensó que debería ser un periodista ya que portaba un bloc de notas en la mano y un lápiz.

—¡Ya me ha escuchado! ¡He dicho lo que creo que habría que hacer con los enemigos de Alemania! ¡Eliminarlos de la vida de este país!

El que preguntaba se incorporó gesticulando. Tenía el rostro congestionado.

—¡Pertenezco a la Agencia Telegráfica Judía aquí en Berlín y quiero que sepa que estoy en total desacuerdo con sus palabras! ¡Es usted un miserable!

Sin más caminó hacia la salida. Se volvió un par de veces como si fuera a decir algo más pero desistió y abandonó la sala. El conferenciante se encogió de hombros. Debía estar acostumbrado a aquel tipo de interrupciones.

—¡Otro judío más! ¿Se dan cuenta de lo que quería exponerles? ¡Lo que les he dicho! ¡Lo mejor que podemos hacer es aniquilarlos! ¿Qué es eso de la Agencia Telegráfica Judía? ¡Bah! ¡No merece la pena seguir con el tema!

Prosiguió sin inmutarse, rechazando de plano el tratado de Versalles, exigiendo la unión de todos los alemanes en una gran Alemania. También mencionó a Herder, asegurando que su movimiento «Tormenta e impulso», basado en la obra de Klinger, era el modelo a seguir. La fuente de inspiración debería ser el sentimiento en vez de la razón. ¿No había utilizado Shakespeare los temas nacionales? Del mismo modo los alemanes habían de recordar su propia historia.

Cuando terminó su vibrante exposición, Matthias Lamberg, entusiasmado

por la claridad de la exposición y la pasión que el hombre había puesto en ella, se acercó a saludarlo. Se presentó diciendo que pertenecía al cuerpo de ferroviarios de Prusia, y que estaba muy de acuerdo con lo que había dicho. Le preguntó a Goebbels si había leído los «Discursos a la nación alemana» de Fichte. Añadió que tenía esperanza en las generaciones futuras que habrían de llevar a Alemania a altas cotas en el mundo. El conferenciante levantó los ojos hacia él y lo miró con cierta sorpresa al tiempo que le preguntaba su nombre.

—Matthias Lamberg, para servirle, sargento retirado del cuerpo ferroviario. Yo ya soy viejo, pero tengo la convicción de que ustedes llevarán a Alemania al lugar que se merece. ¡Por encima de todos, sobre todo el mundo!

Al contestar intentó entonar la música del himno, mientras le estrechaba con fuerza la mano. En aquel mismo momento Matthias notó un extraño y sordo dolor en el pecho, mientras pensaba que las piernas le pesaban más de lo habitual y que no se sentía bien del todo. Se apartó de allí confuso, y ya en la calle decidió tomar el tranvía 19 hacia Alexander Platz, en lugar de volver caminando como solía hacer.

Fue lo último que Matthias Lamberg hizo en su vida. Sentado en el tranvía que recorría la Unter den Linden hacia el este, se dirigía a su casa después de aquella apasionada conferencia del enviado del NSDAP, dándole vueltas a todo lo que había oído, enfadado con un mundo tan apático, en el que apenas dos docenas de personas habían asistido a la que consideraba una magnífica disertación sobre algo tan esencial para el futuro de la nación, cuando sintió un agudo dolor en el pecho. Intentó incorporarse buscando inútilmente aire. Un instante después cayó fulminado en el asiento de madera con los ojos muy abiertos. Había muerto apretando entre sus dedos rígidos la hoja que anunciaba la conferencia.

El revisor encontró en su cartera un carnet que lo identificaba. Lo llevaron en un coche al dispensario más próximo donde sólo pudieron certificar su muerte. Cuarenta minutos más tarde una ambulancia condujo el cuerpo al instituto forense. A pesar de los muchos problemas, en Berlín las instituciones funcionaban eficientemente. Al menos de ello, Matthias Lamberg se hubiera sentido satisfecho.

Charlotte Wilhelm se enteró de lo sucedido dos horas más tarde por una llamada telefónica. Avisó a su hija y ambas sumidas en la aflicción y sin

terminar de creérselo se dirigieron al Instituto Forense para saber qué había ocurrido, pensando en todo lo que tendrían que hacer. Para cuando llegaron ya habían comenzado la autopsia. Un funcionario les explicó que cuando la terminaran podrían disponer del cuerpo. Podrían llevárselo al día siguiente a la iglesia y desde allí al cementerio. Luego tendrían que llevar a cabo los trámites con el certificado. Nada de particular. Les recordó que tal vez deberían encargar una esquela aquella misma tarde, para que sus amigos y conocidos pudieran asistir a la ceremonia religiosa y al entierro.

Apesadumbradas, Charlotte e Ilse se dirigieron a la redacción del “Berliner Tageblatt”, ya que sabían que era el diario que leían los amigos de Matthias para encargar la esquela.

Mientras, Joseph Goebbels, ajeno a todo ello, había salido de la sala tras la conferencia, meditando que intentar convencer a todos los alemanes, o al menos a un número suficiente para hacerse con el poder, era una tarea prácticamente imposible. En cuanto a aquellos desgraciados judíos ya les llegaría su hora, por el momento tenía cosas más importantes en que pensar. Estaba informado de que Adolf Hitler, Ludendorff y su grupo más cercano pensaban intentar un golpe de estado en cualquier momento. Él había advertido a Gregor Strasser que aquello sería un grave error, aunque era muy consciente de que aún no tenía ningún peso específico en el partido, y menos en el grupo de Baviera. Strasser le había invitado a desplazarse a Múnich, pero declinó la oferta, no por temor, sino intentando ser pragmático. Mientras cenaba solo en un restaurante barato cercano a la pensión en la que residía, tenía una sensación morbosa, sabiendo que era de los pocos que sabían en Berlín lo que iba a suceder.

Luego recordó aquel jubilado que se había acercado al terminar su exposición. Goebbels presumía de una excelente memoria. ¿Matthias Lamberg? Era curioso que un viejo ferroviario jubilado leyera a Fichte. Él también lo había leído y releído en Heidelberg, cuando preparó su tesis. Pero aquello demostraba que las nuevas ideas estaban calando incluso entre las viejas generaciones, que por muchos motivos deberían ser más conservadoras. ¿Qué le había dicho el viejo antes de apartarse de repente? «¡Ustedes llevarán a Alemania al lugar que se merece! ¡Por encima de todos, por sobre todo el mundo!». Asintió. Era exactamente lo que intentaba transmitir, y aquello demostraba que lo estaba consiguiendo.

La mañana siguiente Joseph Goebbels desayunó un mal café y un croissant en una cafetería junto a su pensión. Le pidió el periódico al camarero. Le trajo el «Berliner Tageblatt» arrugado por el uso y mal doblado. El diario traía en portada la noticia del putsch de los nacionalistas en Múnich. Lo leyó ávidamente. Según el periódico, el intento de golpe de los nacionalistas encabezados por Ludendorff y Adolf Hitler había fracasado. Aquello era de esperar. Él sólo confiaba en Gregor Strasser al que le debía todo. Buscando más información en una de las páginas encontró una pequeña reseña de su conferencia. Alguien había tomado notas, pero por lo que decía, evidentemente, no había entendido nada. No era más que un descarado ataque a los nacionalistas, ya que hablaba de la absurda retórica de los enviados desde Múnich para intentar convencer a los berlineses. Tenía interés en saber lo que habría dicho el periodista judío de la Agencia Telegráfica Judía. Iba a cerrar el diario cuando le pareció leer de pasada un nombre que le resultó conocido. Traía una pequeña fotografía del hombre que se había acercado a hablar con él al terminar la conferencia, con el nombre debajo. ¡Matthias Lamberg! ¡Sí, era él! ¡Vaya por Dios! No podía creer lo que estaba leyendo. Aquel hombre desconocido y tan amable con él, había muerto unos minutos más tarde en el tranvía al volver a su casa. Al lado estaba la esquela en la que se mencionaba a su querida hijastra, Charlotte Wilhelm, a su nieta, Ilse Edelberg y esposo, Karl Edelberg. ¡Qué trágica casualidad! La esquela mencionaba que se celebraría un funeral en la iglesia evangélica Friedrichstand a las diez de la mañana, previo a su entierro en el cementerio Friedhöfe am Halleschen Tor.

Eran apenas las nueve treinta y decidió ir. Sólo por respeto al que había pronunciado aquellas palabras: «¡Ustedes llevarán a Alemania al lugar que se merece! ¡Por encima de todos, por sobre todo el mundo!». ¡Pues claro que la llevarían! ¡A pesar del fracaso del golpe en Múnich! Algo que por otra parte era de esperar. ¿Pero quién habría tenido aquella brillante idea? A pesar de que no comulgaba con él creía que no podía haber sido Adolf Hitler. Eso habría sido cosa de Ludendorff y de los militares que le acompañaban. No creía que ni Hermann Goering, ni Alfred Rosenberg, ni mucho menos Rudolf Hess, tuvieran nada que ver en ello. Lo raro era que Gregor Strasser no les hubiera dicho que aquello terminaría mal. En todo caso solo eran meros comparsas.

En un taxi se dirigió a la iglesia que figuraba en la esquela. Desde fuera

comprobó que allí se estaba celebrando un funeral. Entró en la iglesia y se colocó unas filas atrás observando. Al acabar la ceremonia se acercó a saludar a la que debía ser la hijastra de aquel Lamberg. Se presentó y le estrechó la mano al tiempo que murmuraba su pésame. Después hizo lo mismo con la joven Ilse Edelberg. Entonces asoció el nombre. ¿No le había hablado alguien del partido de un tal Karl Edelberg de Berlín? Tuvo una intuición y quiso aclararlo.

—Siento lo de su padrastro. La verdad es que sólo tuve la oportunidad de intercambiar unas palabras ayer por la tarde con él, pero me impresionó lo que me dijo. Perdone. ¿Es usted la esposa de Karl Edelberg? ¿Por casualidad su esposo forma parte del NSDAP? Le explico, yo también pertenezco al partido. Mi nombre es Joseph Goebbels, y estoy dando una serie de conferencias aquí en Berlín.

—Sí. Muy agradecida por su asistencia. Encantada de conocerle. Ahí lo tiene, ese de ahí es mi marido, Karl Edelberg, hablando con aquel hombre. Precisamente acababa de volver de Múnich. Él no pudo quedarse… pero que se lo cuente el mismo. Ahí viene.

Ilse le presentó a su marido, que aseguró que por supuesto había oído hablar de él en el partido. Goebbels tomó la decisión de acompañarlos al cercano cementerio, mientras Karl le contaba la reunión en la cervecería, acompañado de Stefan Gessner, en la que les habían presentado a los miembros del comité ejecutivo, incluyendo a Hitler. No sabía nada más. Le explicó que tuvo que volver por una reunión en la empresa, pero después de enterarse de lo que había sucedido, meditó que tal vez debería haberse quedado. Le confesó que sentía remordimientos. No deseaba que en el partido pensaran de él que era la clase de persona que se escondía. Añadió que allí, entre las lápidas y los cipreses, la vida se veía más relativa.

—¡No se preocupe! ¡Sé muy bien de lo que me está hablando! —Goebbels le quitó importancia a su preocupación—. ¡Yo también podría haber estado allí! Pero mire, si ahora nos metieran a todos en la cárcel. ¿Entonces quien quedaría para seguir adelante? Bueno, Edelberg, me quedo con su dirección y ya tendrá noticias mías. Vamos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos en los próximos días. Pero no se preocupe, que saldremos de esta. Mire, el camino hacia el éxito suele ser amargo y duro. Nuestra arma secreta es Gregor Strasser que nos conducirá al triunfo. Me alegro de haberle conocido. Nos veremos.

Karl observó cómo Joseph Goebbels se alejaba caminando lentamente entre las tumbas y mausoleos. Una figura patética con aquella gabardina gris que le venía grande y la leve cojera que el hombre se afanaba en disimular. Sin poder evitarlo notó un fuerte escalofrío, era como si ya hubiera vivido aquella escena.

# 20. EVA GESSNER
# (VIENA, NAVIDAD, 1923)

Eva Gessner acababa de regresar a Viena desde Zúrich, donde había permanecido dos semanas, visitando la nueva exposición de la más importante galería de arte de Suiza. Estaba entrando en la casa de Grinzing cuando sonó el teléfono. Era su hermana María, lo que la intrigó ya que en los últimos tiempos apenas si hablaban. Las circunstancias las habían ido separando y alguna vez que se habían visto la situación fue tirante entre ambas. Tantos años juntas, una educación muy similar, y sin embargo ya pensaba en María como en una extraña. Y más desde que estaba viviendo con aquel impresor al que probablemente lo único que le interesaba era el dinero de la familia. Aunque si estaba con ella sería también comunista.

A pesar de todo quedó en que iría a verla aquella misma tarde. Intuyó que María necesitaba ayuda, y después de todo eran hermanas. Además aquellas fechas de Navidad la hacían ver las cosas de otra manera. Era consciente de que a Paul, no le caía muy bien. Su marido mantenía sus propias tesis sobre las personas que empleaban la cultura como un medio para marcar las distancias. María era sin duda alguna una mujer culta, pero muchos amigos creían que su simpatía por los bolcheviques demostraba su radicalismo y su subjetividad al analizar el mundo que la rodeaba. Paul estaba entre ellos. Habían discutido alguna vez, a pesar de que María y Markus eran los únicos que habían aceptado su relación con Eva. Tal vez por ello. Paul era un discutidor nato, alguien que siempre quería llevar la razón, que no aceptaba fácilmente que no se sometieran a sus tesis. Mientras llevaba la voz cantante podía ser encantador, pero si se le contradecía entonces aparecía una personalidad dura y compleja. María lo había comprendido desde el primer día y desde entonces se creó una clara hostilidad entre ellos.

Eva decidió no decirle a su marido que su hermana María había llamado. Simplemente cogió el coche y se dirigió a su antiguo piso en el Ring, donde

había quedado con ella. Mientras María llegaba aprovechó para recoger algunas cosas. Una caja de libros, objetos personales, algo de ropa. Se encontraba enfrascada en ello cuando sonó el timbre. Abrió la puerta y vio a María con aspecto serio.

—¡María! ¡Pasa, pasa! ¡Qué alegría que hayas venido! La verdad, te noto fatigada. ¿Todo va bien? Acabo de volver de Zúrich, y me puedes creer si te digo que pensé en ti, ya que allí he visto una exposición de esos rusos que se definen ellos mismos como «la vanguardia». La verdad, iba con cierta prevención, pero me han gustado. He comprado varias láminas y un cuadrito.

María conocía demasiado bien a su hermana. Entró en silencio y se quitó el sombrero y el abrigo. Luego se dirigió a la cocina a preparar un té, mientras Eva seguía hablando de lo que había visto. Después se dirigió al salón y sirvió dos tazas de té. Frente a ella, su hermana Eva la miraba expectante.

—Te preguntarás para qué te he llamado. Hace años que no hablamos más que de nimiedades y cosas sin importancia. Bueno, seguimos siendo hermanas, y a alguien tenía que contárselo. Quería que lo supieses. Mi compañero y yo nos vamos a Alemania… ¡aguarda un momento! Tengo que explicártelo. ¡He tomado la decisión de abandonar el marxismo! ¡No pongas esa cara de sorpresa! La verdad que llevo tiempo pensándolo. Estoy desencantada. No es lo que pensaba. Una cosa es la teoría, Hegel, Engels, Marx… y otra muy diferente la realidad. No me gusta nada lo que está pasando en Rusia, desde hace tiempo crítico a los dirigentes bolcheviques, las cosas podrían haberse hecho de otra manera, y creo que el camino está en un socialismo diferente. Lo voy a dejar. Sinceramente estoy harta de luchar por algo que no tiene nada que ver con lo que creí en su día. Por eso nos vamos de Viena, aquí los que se decían nuestros camaradas no nos comprenderían. Tú sabes que para algunas cosas esta ciudad es muy provinciana. Así que quiero comenzar de nuevo, intentar otra vía. A principios de este año próximo me marcharé de Viena y quería que fueses la primera en saberlo.

Eva Gessner no podía creer lo que estaba escuchando. ¡María abandonaba el marxismo! Bebió un largo sorbo de té que ya se había quedado frío. Al menos alguien de la familia parecía entrar en razón, aunque le hubiera gustado más si la idea fuese abandonar también a aquel Kurt Eckart. ¡La vida era una caja de sorpresas! Se sentía satisfecha por aquella decisión y por el hecho de que se

fuesen de Viena. María volvía a Alemania, donde ya estaban Joachim y Stefan. Ellos también estarían contentos de ver volver al redil a aquella oveja descarriada, la más pequeña, y también la más tozuda desde que estudió la carrera. Su padre se quitaría un peso de encima. Bueno, al menos era un primer paso. Confiaba en que cualquier día la llamase para decirle que también había dejado al tal Kurt.

Se abrazaron al despedirse. Cuando le preguntó que cuándo volverían a verse, María se encogió de hombros. No podía decírselo, pero le prometió que le escribiría, que la mantendría al corriente. Ambas eran conscientes de que no eran más que palabras. María se volvió exclamando «¡Feliz 1924!». Cuando cerró la puerta, Eva sollozó sin poder contenerse. Siempre había tenido una debilidad por María, tan frágil, tan sensible. La vida era más dura de lo que había pensado. Hasta hacía poco había creído que su posición social, su estatus económico, su privilegiada educación mantendrían a los hermanos Gessner a salvo de las inclemencias de la vida. Ella misma llevaba apenas unos meses casada con Paul Dukas y algo comenzaba a fallar en su matrimonio. Descubría que para aquel hombre la única persona del mundo por la que sentía interés era por él mismo. Un carácter dominante, egocéntrico y difícil. Su familia le reprochó que se casara con un judío, pero eso nada tenía que ver con lo que estaba encontrando.

Volvió a Grinzing tarde. Paul siguiendo su costumbre estaba leyendo en la biblioteca, con la chimenea encendida, aunque había instalado un moderno sistema de calefacción central. Estuvo muy cariñoso con ella y le preguntó por su viaje a Zúrich. Ella le habló de sus adquisiciones, incluso las desembaló para que las viera y él se mostró sorprendido al verlas y cordial. Le dijo que como psiquiatra, en aquellas obras percibía un drama humano, un cambio de época, algo transcendente. Eva asintió, mientras pensaba que tal vez estaba siendo demasiado quisquillosa con él, y que a fin de cuentas el matrimonio también significaba aceptación y concesión, que no siempre se podía ganar. No le dijo nada de lo de María. Prefería aguardar un poco, y ver lo que ocurría.

Por la mañana pensó en llamar a su amigo Andreas Neuer para quedar con él y comer por el centro, pero decidió decírselo personalmente. Andreas era además su abogado y su confidente, alguien al que conocía desde hacía años, en el que podía confiar. Paul se había ido muy temprano al hospital mental, como casi todos los días, excepto los viernes. Desayunó en el comedor que daba a la

cocina y desde donde se veían los viñedos bajando hacia el valle. Aquel lugar le gustaba cada día más, y le hubiera encantado que las cosas fuesen de otra manera, poder invitar a sus hermanos a una cena, incluso a su excéntrico padre. Pero sabía que nunca podría hacerlo, ya que, salvo Markus y María, ninguno aceptaba que se hubiera casado con un judío, y eso no iba a arreglarlo el tiempo. Pensaba que si tuviera hijos también los rechazarían por llevar aquella sangre. No podía comprenderlos. Sobre todo a Joachim y a Stefan, dos personas anacrónicas, que parecían seguir viviendo en la época del imperio, incapaces de entender aquel nuevo mundo.

Su automóvil que llevaba una semana parado se negó a arrancar y Helmut, el mayordomo, jardinero, chófer eventual, y hombre para todo, tuvo que bajarla a Viena en el coche antiguo de Paul, que se había quedado para servicio de la casa. Cuando se detuvo, Helmut descendió para abrirle la puerta frente al portal del despacho de Andreas, en el Schubert Ring. Andreas se había asociado a una prestigiosa firma de abogados que trabajaban en temas complejos. Subió en al ascensor hasta la tercera planta, y un pasante le abrió la puerta y la condujo hasta el despacho privado de Andreas, que se levantó sorprendido para saludarla.

—¡Eva! ¡Qué gran alegría verte! ¿Qué tal por Zúrich? A mí los suizos me aburren, aunque es cierto que ellos dicen de nosotros que somos unos burgueses insufribles, pero te confesaré que si algún día me retiro lo haré allí. ¿Qué quieres de este humilde abogado? ¿Necesitas algo?

Ella sonrió.

—¡Andreas! ¡Tú de humilde no tienes nada! —se rio abiertamente—. No he venido a verte por nada especial. Sólo para que me invites a comer más tarde. Si te parece quedamos en el Bristol, que tiene un nuevo cocinero. ¿Está bien a la una? Tenía que venir al centro y he pensado en convencerte directamente. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! ¡Pero pienso que tu marido va a terminar por ponerse celoso, y que eres una provocadora a la que le encanta proporcionar comidilla a los buenos burgueses de Viena!

Andreas Neuer era un pragmático. Les decía a todos sus amigos que sólo creía en el dinero y que lo demás casi todo era accesorio. Durante la comida en el Bristol comentaron el último artículo del diario de Viena acerca del imparable avance de los abogados judíos en Austria y en Alemania. Andreas le dijo que en

el propio consejo del bufete se hablaba con preocupación acerca de cómo se iban haciendo con los mejores clientes.

—Fíjate que hace pocos años teníamos como clientes a los principales negocios de Viena, por cierto también muchos de ellos judíos. Ahora por supuesto prefieren a los de su raza para que les lleven los asuntos. Algo parecido está pasando en el colegio de abogados, en el de médicos, en cualquier orden de la vida, y eso va a traer problemas… y si no, al tiempo. Pero en fin, no te lo voy a contar a ti. Paul es judío, ciertamente un judío muy especial, algo parecido a lo de Freud. Por cierto, ¿no habrás venido por algún problema?

—¡No! ¡En absoluto! Todos los matrimonios tienen sus más y sus menos… ¡Qué va! Paul es casi perfecto. No se inmiscuye en mi vida, tiene una mente abierta, una mentalidad moderna. Digamos que si tiene un problema es su gran ego, pero eso se le puede perdonar. ¡No! ¡No he venido a verte para preparar el divorcio! Solamente quería hablar un rato contigo. Nada más. La novedad es que mi hermana María me ha dicho que abandona el marxismo. ¡Ha sido una sorpresa! Ya sabes que está viviendo con un tal Kurt Eckart. María me ha confesado que están desencantados, y que se van a vivir a Alemania, yo creo que para no tener problemas con sus compañeros de partido.

—Puede ser —Andreas se mostraba algo escéptico—. Aunque sabes muy bien es difícil salir de ahí, salvando las diferencias, con los comunistas ocurre como con los jesuitas. No conozco a María tanto como a ti, pero me parece una extraña decisión. ¡Pero en fin! Tu hermana, por nacimiento, educación, y posición no estaba en una situación coherente, en cuanto a ese tal Kurt Eckart, recuerdas que te conté que tu padre me pidió que hiciésemos un informe, que yo encargué a un amigo en la policía. Es un don nadie, o sea que si se van a Alemania mejor para todos. Ellos podrán iniciar una nueva vida, y tú, la familia, os quedáis más tranquilos. En cuanto a ti, ya sabes dónde me tienes y si algún día te divorcias, me caso contigo. ¿De acuerdo?

Andreas Neuer quedó con ella para más tarde. Eva estuvo haciendo unas compras por el centro. Después la acompañó a Grinzing en su coche. Encontraron a Paul que acababa de llegar y que parecía de buen humor. Andreas no tuvo otra opción que aceptar quedarse a cenar.

Paul Dukas se sentía orgulloso de su casa. Había invertido en ella gran parte de sus ahorros más una importante hipoteca, pero pensaba que el resultado

merecía la pena. Andreas paseó con ellos por la preciosa finca de cerca de veinte hectáreas.

Al acabar la cena, Paul, que había bebido más de la cuenta, comenzó a meterse con Andreas. Eva tuvo la impresión de que había algo más. Una mezcla de pequeños celos y el interés de aclarar algunas cosas.

—Bueno, mi querido Andreas. Seguro que habrás leído el artículo acerca de los abogados judíos de Viena y la situación de tirantez con el resto de compañeros de profesión. Hasta hace muy poco yo creía que los médicos no teníamos ese problema, pero resulta que sí, que los médicos judíos también parecemos ser una importante competencia para los otros. La verdad me he llevado una decepción, creía que estábamos en un país avanzado, y resulta que no. ¡Después de todo, qué es eso de los abogados y los médicos judíos! ¡Imagino que también los sastres, los profesores, los músicos, los científicos! ¿No pone en mi pasaporte que soy austríaco? ¿No soy cristiano? ¡Entonces dónde está la diferencia!

Andreas se sentía violento. Miró a Eva, pensando que precisamente habían estado hablando a mediodía de aquel artículo. Sabía que para muchos era algo que debía ponerse sobre la mesa, no ocultarse. Intentó calmar a Paul.

—Bueno. Digamos que el problema existe, sería absurdo negarlo. Hay una fuerte competencia entre unos y otros…

—¿Qué otros? ¿Los que no llevamos sangre austríaca? ¿Quieres decir los judíos? ¿Por qué no los griegos, los armenios, los eslavos? ¿A quién te refieres? ¿A Freud? ¿Adler? ¿Zweig? ¿A mí? ¿De quién estamos hablando? ¡No! ¡Cuando dices los otros te refieres a los judíos! ¡La verdad que empiezo a estar harto de este asunto!

—¡Tranquilízate, Paul! ¡Yo estoy al margen! ¡No comparto ninguna de esas tesis, y tú lo sabes! —Andreas también estaba comenzando a alterarse.

—¡Lo único que sé es que en Austria, por no decir en Alemania, parecemos gente de segunda clase!

—¡Bueno Paul! ¡Precisamente tú no puedes quejarte! —Eva intervino intentando quitar hierro al asunto—. ¡Eres alguien muy considerado! ¡Un privilegiado!

Paul miró a su esposa con amargura mientras parecía hacer un esfuerzo por controlarse.

—Eva, querida, creo que en esto no tienes razón. Es cierto que me gano bien la vida, pero soy consciente de cómo la gente mantiene las distancias. Os diré algo. Percibo una mezcla de envidia y curiosidad. Me veo observado desde fuera, como deben sentirse las fieras del zoo. Lo he intentado, pero no podría decir que me considero un austríaco más. Mi padre intentó evitarlo y por ello optó por convertirse al cristianismo, pero eso no significó que a partir de ese momento las cosas cambiasen, por mucho que nosotros intentásemos disimular. Para nuestros parientes y amigos judíos creyentes la conversión solo fue un grave error, mientras que los cristianos vieron en ello el intento de unos judíos de pasar desapercibidos. ¡Aunque viviésemos aquí mil años seguiríamos siendo gente diferente! ¡No es nada nuevo, eso ya nos pasó en España, en Sefarad! Llevábamos allí muchos siglos asentados cuando fueron llegando los godos y los visigodos, los bárbaros, luego los árabes, hasta que al final los cristianos nos expulsaron. ¡No querían un país con religiones que les hiciesen competencia! Me encanta Austria, amo este país, ahora es mi patria de adopción… pero con todo esto tendré que preguntarme. ¿Hasta cuándo?

# 21. UNA LECCIÓN DE HISTORIA EN UNA VIEJA NUEVA TIERRA (PALESTINA, ENERO DE 1924)

El 1 de enero de 1924, Selma Goldman se despidió de su nuevo amigo Nahum Goldman, ya que él quería quedarse unos días en Haifa. Quedaron en mantenerse en contacto. Nahum le aseguró que la vería en Tesalónica o en Viena, ya que en ambas ciudades tenía cosas que hacer, y que confiaba en que a partir de entonces coincidirían más de una vez.

Selma se dirigió al sur, a Jaffa, en el tren de la costa, ya que había quedado allí con Ben-Gurión, el secretario general del Histadrut, la confederación sindical de trabajadores hebreos de Israel. Le habían hablado de aquel hombre como de un líder nato, alguien con una increíble voluntad. Se había puesto en contacto con él por carta desde Tesalónica, y dos meses después recibió la contestación de Ben-Gurión, diciéndole que sería muy bien recibida. Durante el trayecto iba pensando en lo difícil que podría llegar a ser transformar aquel lugar en un país para los judíos, tal y como Theodor Herzl había soñado. Selma no se arredraba nunca ante las dificultades, pero empezaba a comprender que aquello sería una labor de titanes.

Cuando el tren llegó a Jaffa, caminó desde la estación, un pequeño edificio junto al que terminaba la vía, hasta el antiguo barrio de Ajamí, donde había quedado con Ben-Gurión. Llegó a la dirección, un antiguo edificio, preguntó por él y le dijeron dónde estaba. Lo encontró en el interior de un viejo almacén manejando con soltura una linotipia, con las manos y los antebrazos manchados de tinta. Era un hombre joven de rostro inteligente, fuerte, con el cabello encrespado. La saludó con un gesto con la mano disculpándose por no poder detener el proceso.

—¡Aquí me tienes, imprimiendo unos carteles del sindicato! A los ingleses no les hace mucha gracia, y tenemos que imprimirlos en cualquier parte. ¡La

Histadrut es el primer eslabón de la cadena! Siéntate unos minutos y ahora hablamos.

Después la llevó con él y le pidió que le ayudara a pegar los carteles por las paredes con una lata de engrudo y una brocha. Al terminar con el último la invitó a almorzar con algunos de sus colaboradores en una pequeña fonda cercana, poco más que un patio encalado con una esbelta palmera en un lateral y una gran mesa bajo una parra. Hablaron de lo que estaba sucediendo en Palestina y de su absoluta fe en la creación del estado judío. En aquel momento se dio cuenta de la clase de persona que era Ben-Gurión y de que nadie podría cambiarlo.

—¡Los inescrutables caminos de la providencia! ¡Gracias a Jaim Weizmann, y su genial descubrimiento de esa bacteria «Clostridium acetobutylicum», el gobierno británico y en su nombre, lord Balfour realizó la declaración que nos abrió la puerta! ¡Nadie podrá echarnos ya de nuestra tierra! ¿Sabes cómo sucedió? Te lo contaré, Weizmann sonríe cuando lo escucha. Verás. Tras obtener la nacionalidad británica y dada su formación científica, en 1916 lo designaron para dirigir los laboratorios de la marina real. A través de la fermentación de esa bacteria, logró obtener acetona, necesaria para la producción de cordita, imprescindible para fabricar el explosivo para la artillería, que escaseaba en aquellos momentos. Eso hizo que el gobierno británico se sintiera en deuda con él, y de hecho el Almirantazgo había ofrecido un premio a quien descubriera el proceso. Weizmann comprendió que si los británicos ganaban la guerra, entre otras cosas lograrían Palestina, así que fue a ver al lord del Almirantazgo y le pidió como premio que Palestina fuese el hogar nacional judío. Al menos eso es lo que se cuenta. El lord se quedó muy sorprendido, pero le prometió llevarlo al gobierno y, te lo creas o no, de aquello surgió la Declaración Balfour.

—¡No puede ser! —exclamó Selma con una mirada de incredulidad.

—Al poco tiempo cuando los británicos lograron vencer a los turcos y entrar en Jerusalén —continuó Ben-Gurión— Weizmann viajó hasta aquí y se entrevistó con el príncipe Faysal, el heredero de Hussein ibn Alí, el jerife de la Meca y jefe de la dinastía hachemita. Faysal sólo tenía una obsesión: Conseguir un gran estado árabe unificado que incluyera Siria, Arabia e Iraq, proponiendo la capital en Damasco. En aquel momento Palestina era algo marginal en sus ambiciosos planes, y más teniendo en cuenta que el interés de muchos países era internacionalizar la región debido a la enorme influencia extranjera, con una

gran población cristiana dispersa, monasterios, ermitas, iglesias y otros lugares santos, incluyendo lo que significaba para los cristianos Jerusalén, y más después de haberla recuperado de los turcos, en la especial cruzada del general Allenby. Por supuesto también existían muchos asentamientos «yishuv», los judíos que la habitaban ancestralmente, además de turcos, griegos ortodoxos, armenios, beduinos nómadas, y la población árabe residente. Para Faysal aquella región no era fundamental en sus planes, que se basaban en la llamada «Correspondencia Hussein-Mac Mahon». Si conseguía establecer un acuerdo con el pragmático Weizmann, pensaba que lo ayudaría a convencer a los británicos, pues aunque sabía que los franceses se opondrían, confiaba más en los primeros. Así fue. Cuando Weizmann le pidió que no se opusiera a la inmigración de judíos, Faysal le replicó que él no tenía nada contra los judíos, ya que a fin de cuentas eran semitas como los árabes. Los consideraba parientes desheredados por la historia. Así que Weizmann logró firmar un acuerdo con Faysal, lo que irritó tremendamente a los árabes palestinos, que recordaban los acuerdos Sykes-Picot como una traición a sus esperanzas, y la declaración Balfour como una infamia. Para Weizmann la situación tampoco era fácil. Recordarás que la Organización Sionista Mundial tenía su sede en Berlín, y que muchos sionistas de Europa del Este creían que si Alemania ganaba la guerra necesitarían de su apoyo para conseguir Palestina. Ahora tenemos la certeza de que Gran Bretaña está arrepentida de su decisión al comprobar la reacción árabe, y no nos lo va a poner fácil.

»Por ese motivo es importante que los judíos tengan muy claro lo que pretendemos y cuál es el camino que estimamos correcto. Necesitamos a personas como tú, que colaboren desde Viena, Berlín, París o Londres. Esta es la tierra de Israel «Eretz Israel», y queremos transformarla en nuestra patria, el estado judío, el lugar donde los judíos finalmente serán libres, sin necesidad de depender de terceros. Pinsker lo vio claro cuando escribió «Autoemancipación» y más tarde Herzl lo plasmó en su tesis «El Estado Judío». No somos tan ingenuos como para pensar que va a ser un camino de rosas. Sabemos que va a resultar muy complicado, pero no por ello vamos a parar hasta que lo consigamos. Como sabes bien, muchos de los nuestros están convencidos de que antes que judíos son austríacos, alemanes, rusos, o de donde sean, y que por tanto el sionismo les perjudica, es como si les pusiera en evidencia en sus

comunidades, como si les preguntasen: ¿Vosotros que sois al fin? ¿Rusos o judíos? ¿Alemanes o judíos?, y por tanto no quieren saber nada. Otros en cambio han comprendido que la única salida es la que nosotros proponemos y quieren colaborar, como es tu caso. Pues bien Selma, eres bienvenida. El movimiento te necesita, pero antes si te parece deberías visitar un kibutz, por ejemplo el de Degania, y allí empaparte durante un par de meses de lo que esa decisión significa. Si después sigues pensando lo mismo, te asignaremos a la delegación de Viena. ¿De acuerdo?

Naturalmente que estaba de acuerdo. Aquella noche la pasó en la casa de una amiga de Ben-Gurión junto a la playa de la nueva Tel Aviv. La mujer la acogió como a alguien de su familia diciéndole que se quedara allí el tiempo que quisiera. Con tantas emociones Selma era incapaz de conciliar el sueño. Sólo le daba vueltas y más vueltas a la cabeza. Ben-Gurión la había impresionado con su arrolladora personalidad, su conocimiento de la historia, su visión de futuro y todo lo que le había contado sobre la situación, como pensaba que sucederían las cosas. Le había asegurado que no existía nada imposible y que todo era cuestión de seguir siempre adelante, por muy difícil que parecieran las cosas. No rendirse jamás.

Por otra parte tenía dos hijos aún demasiado pequeños. Tendría que ser menos idealista y mucho más pragmática, aunque la tranquilizaba pensar que entre su abuela Esther y la chica que la ayudaba, Jacques y Esther estarían bien cuidados, y podría permanecer un tiempo en Palestina. No porque tuviera la menor duda, sino porque deseaba conocer en profundidad lo que significaba ser sionista. Estaba decidida a conocer el kibutz de Degania.

Mientras veía subir la luna creciente en aquel oscuro y transparente cielo cuajado de estrellas, a través de la ventana abierta de par en par, escuchando el sonido de las olas que rompían en la cercana playa, pensaba que nunca antes en toda su vida había intentado nada tan ilusionante. Recordaba las últimas palabras de su abuela al despedirse de ella en la puerta de la casa en Tesalónica: «Selma, haz siempre lo que creas que debes hacer».

# 22. LA HERENCIA HORVATH (VIENA, JUNIO-JULIO DE 1924)

Friedrich Gessner, patriarca de la familia Gessner, no sabía cómo contarles a sus hijos la delicada situación económica en que se encontraban. Le habían citado en el banco para comunicarle sin más que pensaban subastar las enormes propiedades que la familia poseía en Hungría, y que eso ya no tenía vuelta atrás. Llevaba tiempo aguardando aquella infausta noticia, aunque no podía entender como aquella fortuna se había podido volatilizar en apenas los diez años que llevaba al frente de su administración. Un consorcio de bancos encabezados por el Wiener Bankverein y el Union Bank querían recuperar las hipotecas que pesaban sobre las grandes fincas húngaras. Al aceptar la herencia también habían aceptado las cargas, sólo que entonces no quiso pensar en ello. Luego la hiperinflación de los últimos años había hecho lo demás, ya que los créditos estaban referenciados a otras monedas fuertes como el franco. Cuando el consejero del consorcio financiero le explicó la situación, Gessner se lo quedó mirando fríamente al tiempo que le preguntaba.

—¿Entonces quiere decir que estamos arruinados?

El consejero Schmidt, un hombre que media la vida en activos y pasivos, miró al techo entornando los ojos. Estaba acostumbrado a aquellos tragos en los últimos tiempos, ya que era el encargado de liquidar los créditos del consorcio, y parte de sus obligaciones era dar las malas noticias a los acreedores.

—Bueno, querido amigo. Todo es relativo en la vida. Según nuestra información, a pesar de ello aún les quedarán otros importantes bienes que no estaban sujetos a cargas hipotecarias, además de los jugosos bienes de la herencia de su esposa, la «Herencia Horvath», que asimismo pertenece a sus hijos. Sólo la venta de este edificio les proporcionaría una jugosa suma, mucho más de lo que una persona normal consideraría una fortuna. Las otras propiedades de la herencia serán subastadas. Pero no se preocupe, usted, como administrador no tendrá responsabilidad penal. El consorcio ha entendido la

situación al tratarse de una herencia.

Pero Friedrich sí se preocupaba. No pensaba decirle a aquel tipo que el palacete ya no les pertenecía, y que gracias al dinero obtenido de su hipoteca habían podido vivir durante los tres últimos años. Los otros bienes apenas si tenían valor, o al menos él no los conocía, y luego estaban los que su mujer se había reservado como privativos. Esos irían directamente a sus hijos, aunque no antes de que él falleciera, palpable demostración de la poca confianza que su difunta esposa, que se había separado unos meses antes de morir, tenía en él. No pensaba dar ninguna explicación a sus hijos, pero temía que ellos se la pidieran, ya que supuestamente se trataba del administrador único hasta su fallecimiento. ¿Cómo podría explicarles que ya no quedaba apenas nada de la en apariencia inmensa fortuna? Aquello desencadenaría de inmediato la ejecución de la hipoteca sobre el palacete.

Gessner creía en el antiguo dicho: «A grandes males grandes remedios». Eso de alguna manera lo tranquilizaba, ya que tenía muy claro lo que tendría que hacer para evitar enfrentarse con todos ellos. En cuanto al desgraciado «secreto de familia», estaba convencido de que se lo llevaría con él. Era lo mejor que podría hacer por sus desagradecidos hijos, por muy malas que hubieran sido las relaciones en los últimos años.

La mañana del quince de junio de 1924, su asistente personal, Julius Frank, un hombre metódico y silencioso, que llevaba con él toda la vida, tras llamar a la puerta del dormitorio insistentemente hasta cerca de mediodía, al final tomó la decisión de forzarla, encontrando el cuerpo yerto de Friedrich Gessner sobre la cama. La policía judicial dictaminó que la causa de muerte había sido el suicidio por ingestión de cianuro, cuyos restos se encontraron en un vaso en la mesita de noche. Una carta firmada en el escritorio del despacho explicaba los motivos y rogaba que no se buscaran otras responsabilidades. Para algunos aquel final no significó ninguna sorpresa.

Al improvisado entierro sólo asistieron Eva y Markus. Había resultado imposible dar con el paradero de María, aunque suponían que estaba en Múnich. En cuanto a Joachim y Stefan a los que se avisó por telegrama ni siquiera contestaron. El juez cerró el caso unos días más tarde. Otro más de la infinidad de suicidios que se sucedían en Viena. En la ciudad no se habló de otra cosa durante aquellos días. El Banco de Viena, que poseía la hipoteca sobre las

propiedades, había designado a tres conocidos personajes de la ciudad como albaceas sobre sus intereses en la herencia. Uno de ellos era David Goldman.

Un mes más tarde los hermanos Gessner se reunieron por última vez en el palacete. Para entonces ya eran conscientes de la penosa situación financiera en que los había dejado su padre y solo confiaban en la herencia de su madre. Joachim Gessner como hermano mayor era el designado, y aunque sus relaciones con el resto de la familia eran bastante precarias, tomó la decisión de explicarles personalmente lo ocurrido. En el salón se encontraban Stefan, Markus, Eva, y María, todos con cara de circunstancias. Se había acordado que ni los cónyuges ni amigos íntimos estuvieran presentes. Era un asunto que concernía exclusivamente a los hermanos Gessner.

—No os voy a explicar la clase de persona que era nuestro padre. Lo conocíais muy bien y sobran las palabras. Todos somos conscientes de lo ocurrido, aunque ninguno pudiéramos imaginar lo que iba a hacer con nuestro patrimonio. Supuestamente sólo era usufructuario. Ahora nos queda una miseria comparado con lo que antes poseíamos. Es cierto que la hiperinflación multiplicó exponencialmente las deudas y no nos proporcionó ninguna renta. No hay más explicaciones. Como sabéis el banco ha designado a tres albaceas, uno de ellos ese David Goldman, con el que existe una lejana relación indirecta, ya que su hija estuvo casada con el actual marido de Eva. ¿No es así, querida hermana? Debido a ello podríamos impugnar la herencia, pero hace unos días el administrador judicial me entregó esta lista de bienes libres procedentes de la herencia de nuestra madre, que se hallaban en régimen de administración fiduciaria hasta el fallecimiento de nuestro padre, y el reparto de los mismos que se le encargó al bufete de abogados. Creo que no merece la pena impugnarla, sólo conseguiríamos más gastos y retrasarlo todo. Pero estáis en vuestro derecho de hacerlo en caso de disconformidad, aunque os advierto de antemano que no será tarea fácil, por lo que lo más pragmático sería aceptarla. Si estáis de acuerdo proseguimos con la lectura de la herencia. ¿De acuerdo? Bien. Si es así comenzaré por María. Para ti será un edificio en la avenida Unter den Linden en Berlín, donde se encuentra el piso que había sido de nuestra abuela materna. Además unos antiguos almacenes sin inquilinos situados en las afueras de Berlín. He sabido que te vas a vivir a Alemania, así que ahí tienes para comenzar una nueva vida. En cuanto a Eva le corresponderá el edificio donde tiene el piso

que ya utiliza desde hace años, además del local donde tiene la galería de arte y una finca en las afueras, hacia el norte, todo ello aquí en Viena. Otra cosa hubiera sido absurda. A Markus se le adjudica la finca en Linz de veinte hectáreas, y por coherencia el palacete en el centro de Linz. ¿No decías que siempre te había gustado? Ahí lo tienes hermano, que te aproveche. En cuanto a Stefan, el edificio donde vivimos nuestra infancia en Kiel, frente al puerto con cuatro plantas y los bajos, en total veinticuatro viviendas, y unos terrenos cercanos a la ciudad. Tú eres marino y siempre has dicho que esa ciudad era tu verdadero hogar. En cuanto a mí, me quedo con la finca en Berchtesgaden y las acciones de la mina de sal que hay en ella, además de la casa en Wannsee, en Berlín. No es lo que yo hubiera elegido, pero es lo que hay. La distribución es justa, no la he hecho yo, aunque no negaré que he colaborado con el bufete en buscar la mejor solución. Lo que se ha perdido equivalía a más de treinta veces lo que ha quedado, y eso porque, gracias al cielo, nuestro padre no tenía capacidad para manipular estos bienes, ya que en otro caso los habría dilapidado. La información confidencial que me ha proporcionado la agencia de investigación contratada es que el hombre tuvo cuatro amantes en los cuatro últimos años. Cada una de ellas se ha llevado lo mismo que todos nosotros en conjunto, y lo peor es que, según los abogados, eso es imposible de revertir. David Goldman pretendía que se compensara al banco con parte de estos bienes, lo que hubiera sido catastrófico. No lo ha conseguido.

En cuanto a nuestro padre, la verdad que el hombre no lo podía haber hecho peor. Que en paz descanse. Alemania y Austria tienen una inmensa deuda con los vencedores, según Versalles, existe una enorme especulación monetaria, una importante carencia de productos básicos y un gran desequilibrio en la balanza de pagos. Austria se encuentra en una pésima situación económica, en Alemania la situación social es aún peor que aquí. El desempleo, la excesiva población extranjera, sobre todo judíos y eslavos, son sin duda una rémora para Alemania. Así que no os hagáis ilusiones sobre el futuro. ¡Ah! ¡Algo importante! Como habéis comprobado al entrar, casi todos los muebles, cuadros y objetos de valor tienen etiquetas. Eso significa que están embargados, y que los administradores judiciales tienen una lista. No podemos llevarnos más que los objetos personales o las pocas cosas que no están etiquetadas. Por deferencia nos han permitido reunirnos aquí, en un alarde de confianza, y sólo para que podamos recoger

algún objeto personal. Ningún cuadro, ni obra de arte, que como habéis podido comprobar están numeradas. Os advierto que no volveremos a entrar en este lugar, así que si queréis llevaros lo poco que pertenezca a cada uno es vuestra última oportunidad.

Ninguno de los presentes protestó por lo que se le había adjudicado. Después de todo aún podían rescatar un aceptable patrimonio y la distribución parecía justa. Firmaron apresuradamente un acuerdo privado, y de inmediato Joachim y Stefan lo llevaron a la notaria para poder firmar la escritura pública de adjudicación de la herencia, alegando que tenían prisa por volver a Alemania. Markus quería llevarse algunos de los libros y objetos personales que no figuraban entre los embargados, mientras María subió a las que habían sido sus habitaciones hasta hacía poco tiempo. No quería olvidar allí ninguna carta, ni nada que la relacionara con el partido comunista. Se lo había advertido Kurt y creía que tenía razón. Iban a comenzar una nueva vida.

Eva también quería buscar algunas cosas. No eran objetos personales, sino algo bien diferente. A los pocos días de la muerte de su padre había recibido del notario de la familia un sobre sellado que contenía una carta lacrada de su madre. Al abrirla tuvo la sorpresa de encontrar una carta explicándole donde se encontraban escondidas algunas de las joyas que habían pertenecido a su abuela materna. Eran joyas valiosas y el motivo de esconderlas había sido evitar que cayeran en manos de su marido, Friedrich Gessner, ya que en tal caso estaba convencida de que las habría entregado como obsequios a sus sucesivas amantes. Eva recordó que su madre había fallecido de un colapso cardíaco apenas dos meses después de separarse de su marido, y no tuvo tiempo ni oportunidad para volver allí y recuperarlas, aunque sí de entregar al notario una carta manuscrita lacrada, conteniendo las instrucciones precisas para que sólo fuera enviada a su hija Eva Gessner, una vez que Friedrich Gessner hubiera fallecido. Tan poco confiaba en aquel hombre. En ella le pedía que, de lo que encontrara, entregara la mitad a su hermana, y le hacía la extraña advertencia de que no se sorprendiera cuando fuese partícipe del secreto de familia. Pensó que al final iba a saber de qué se trataba tras tantos años de elucubraciones.

Eva se sintió enormemente intrigada por el contenido de aquella misiva que su madre le hacía llegar cinco años después. Desde que llegó a sus manos unos días antes no había tenido oportunidad de entrar en el palacete, ya que había sido

embargado por el consorcio financiero el día anterior al suicidio de su padre. Ella sabía muy bien que aquello fue el detonante que desencadenó la tragedia. También que sólo dispondría de escasos momentos para intentar recuperar las joyas, ya que después no tendrían acceso al interior hasta que el edificio «con todo su contenido inventariado», como expresaba la sentencia judicial, se sellara para su posterior subasta. Se dirigió a la biblioteca que tan bien conocía. Entró en la penumbra, los cortinajes sólo permitían entrar algo de luz. Era una preciosa estancia decorada en estilo barroco, con una galería perimetral en doble altura conteniendo una gran cantidad de libros valiosos. Los huecos en las estanterías mostraban donde se habían extraído los ejemplares de mayor valor. Pero ella sabía dónde tenía que buscar. Encontró la caja de cuero repujado conteniendo el ejemplar de «Viaje a Italia» de Goethe donde debía estar según la carta. Lo abrió levantando su tapa posterior y encontró la pequeña llave en un hueco entre las páginas. Luego subió por la escalera de caracol a la galería superior y la recorrió hasta el final. Allí se encontraban los libros en rústica, sin más valor que su contenido científico o literario. En aquel momento vio entrar en la estancia a su hermano Markus que no se percató de su presencia. Permaneció inmóvil esperando que no la viera. Unos segundos después Markus salió de la biblioteca. Eva extrajo los cuatro últimos libros, levantó el fondo, introdujo la llave y la hizo girar tres vueltas, tiró hacia ella y se abrió una puertecilla de acero. Dentro se hallaba un estuche con unas letras extrañas grabadas en su tapa. Lo introdujo en el gran bolso que en previsión de ello había llevado y volvió a cerrar y colocar los libros. Descendió a la planta inferior y se dirigió al gran vestíbulo donde tropezó con María.

—¿Pero Eva, dónde te habías metido? Tenemos que marcharnos ya. Nos permitían estar hasta las seis y son menos cinco.

María volvía a ser la de siempre. Siempre pendiente de todo. Eva sonrió.

—Verás. He dado una vuelta ya que es la última vez que entramos en esta casa. He querido visitar la biblioteca, pero no he encontrado el libro que buscaba. Aquella edición de «El joven Werther», ¿te acuerdas? La que tenía las láminas dibujadas a mano, coloreadas. Alguien se me adelantó. Bueno, no me importa.

Se despidieron en la calle con un abrazo. Eva caminó por el Ring hasta que encontró un taxi. Le dio la dirección de Grinzing. En aquellos momentos no

tenía ganas de ir a la notaría, y decidió que lo dejaría para el día siguiente. Iba pensando en lo relativo que era todo en la vida, y en que su padre temió enfrentarse a la dura realidad que se le echaba encima, prefiriendo la huida. El taxi subió por la cuidada ladera tapizada de viñedos y se detuvo en el interior de la propiedad frente a la casa. La doncella le comentó que el doctor había llamado para decir que no llegaría hasta tarde. Pensó que era mejor así, ya que quería comprobar tranquilamente lo que contenía la caja. Se dirigió al dormitorio y cerró por dentro. Aquello era un secreto que su madre fallecida hacía cinco años compartía con ella. Sintió un escalofrío al colocar la caja sobre la cama: un estuche de seguridad con cuatro combinaciones. En la carta recibida le indicaba como abrirla. Hizo girar las ruedecillas dentadas. Uno-cero-cero-uno. Pulsó el cierre y se abrió con un leve chasquido. Estaba repleta de joyas, anillos, colgantes, broches, collares, una bolsita de seda conteniendo un centenar de brillantes que destellaron sobre la colcha. Tenía que llamar inmediatamente a María para distribuirlas equitativamente entre las dos.

En el fondo de la caja encontró un pequeño estuche cerrado con unas letras que le resultaban extrañamente familiares, pero que no era capaz de leer. Lo abrió y se quedó sorprendida mirando la Estrella de David en platino, enmarcando un óvalo rodeado de pequeños brillantes conteniendo una preciosa miniatura de una desconocida y hermosa joven de apenas veinte años pintada a mano. Una mujer bellísima de cabello oscuro y ojos negros. Con una lupa pudo leer la inscripción grabada en oro bajo el óvalo. «Ada Rothman-1.860».

En aquel momento comprendió lo que su madre había querido decir cuando hablaba de una «gran sorpresa», y sin poderlo evitar se dejó caer hacia atrás en el lecho y comenzó a reír a carcajadas, compulsivamente, hasta que se le saltaron las lágrimas.

# 23. UNA NUEVA VIDA (BERLÍN, OTOÑO 1924-MÚNICH, FEBRERO DE 1925)

El otoño de 1924 se presentó frío y desapacible en Berlín donde finalmente se habían trasladado por lo de la herencia. Fuertes ráfagas de viento arrastraban las hojas por las calles y no cesaba de llover. María Gessner prefería el clima más suave de Viena, aunque no echaba de menos aquella ciudad. Cogía cada mañana el tranvía que la llevaba desde su casa en la Unter den Linden hasta la universidad. Pensaba que aquel piso en el edificio que le habían adjudicado era demasiado grande y ostentoso para su forma de ser y para compartirlo sólo dos personas, una vivienda cargada de anacrónicos muebles que representaban una forma de vida que despreciaba. Pensaba vender el edificio, y entonces se cambiarían a un barrio más discreto. A pesar de haber pertenecido a su abuela materna y contener muchos recuerdos, sabía que Kurt se encontraba incómodo en él, mascullando continuamente que se trataba de un piso, un edificio y un barrio de burgueses.

A los pocos meses decidieron mudarse a un apartamento mucho más discreto y recién construido con gran satisfacción de Kurt. En cuanto al resto de pisos estaban alquilados con baja renta desde hacía muchos años, con lo que apenas dejaban para poder pagar los impuestos y mantenerlos. Por ello no resultaba fácil vender el edificio. De aquella situación Joachim no había comentado nada.

Tanto Kurt como ella tenían que hacer un enorme esfuerzo de concentración para habituarse a sus nuevas personalidades, ni concentrándose en el fondo de la cuestión les resultaba fácil pasar de ser marxistas practicantes a pretender ser personas convencidas de aquel nacionalismo socialista, basado en absurdas ideas excluyentes y racistas. Notaba que Kurt era otro, no sólo porque se lo pidiera el nuevo rol, sino por las circunstancias. Una nueva vida en la que no podría existir la espontaneidad ni la confianza. Al menos ella había podido encontrar una plaza

como profesora ayudante de filosofía, aunque eso la obligaba a preparar las clases reflexionando mucho lo que tendría que decir, y sin perder la concentración un sólo instante ante todos aquellos muchachos que asistían a su clase de historia, más por la novedad de que el profesor fuera una mujer que por otra cosa. Tenía que hacer un enorme esfuerzo para olvidar a Hegel y a Marx.

Iván, el enviado secreto desde el Kremlin, se ponía en contacto con ellos esporádicamente, de tarde en tarde, en cualquier lugar, sin avisar. Cuando ella le contó las dificultades de su nueva existencia, por primera vez el hombre se mostró comprensivo. Le replicó que no era una labor de un día, sino de muchos años, tal vez de toda la vida. Eso la había desanimado. ¡Toda la vida! No sería capaz de resistirlo.

Una noche, desvelada y llena de malos augurios, le propuso a Kurt sollozando que se fueran a intentar una verdadera nueva vida en Sudamérica para olvidar todo aquello, comenzar de nuevo, y siendo ellos mismos. A fin de cuentas en aquel continente había una enorme labor por hacer. Le confesó que aquel oscuro asunto de simular un cambio de partido no terminaba de convencerla. Pero Kurt se negó a escucharla. Sólo le contestó que se habían comprometido con la revolución y ya nunca podrían abandonar.

—Cuando te conocí me dijiste que te hubiese gustado poder participar de aquellas jornadas de la revolución de octubre con Lenin y los demás. Que creías que aquello cambiaría el mundo. Bien. Ahora tenemos nuestra oportunidad y la vamos a aprovechar, aunque tengamos que recorrer un duro camino. Nadie nos ha garantizado que la vida sea un sendero de rosas. El mundo no se cambia en unos días, y la revolución es un acto permanente. Yo voy a seguir hasta el final, mientras tenga fuerzas. Haré lo que tenga que hacer para ello. ¿Estás dispuesta a ello? Escucha María, necesito saberlo ahora. Sabes lo importante que eres para mí, pues bien, dejaré las cosas claras antes de que sea más tarde. Para mí, la revolución es más importante que tú.

Desde aquel momento ya no volvieron a hablar de ello, aunque ella notó que algo cambiaba en su interior. Kurt había conseguido afiliarse al NSDAP sin problemas. Él mismo se sorprendió de lo fácil que le había resultado, y de que incluso le ofrecieran el trabajo que mejor sabía hacer. Cuando le preguntaron que por qué había tomado la decisión de incorporarse, contestó sin pestañear que no podía soportar que hubieran encarcelado a los únicos hombres honrados de

Alemania. De inmediato le extendieron su carnet de afiliado al partido. Desde mediados de junio diseñaba e imprimía los carteles en Berlín. Pronto destacó en su labor y en ocasiones se los encargaban para otros lugares de Alemania. Un trabajador infatigable, que dominaba el tema, y sabía lo que llevaba entre manos.

Una mañana recibió en el taller de imprenta del partido, un almacén del extrarradio de Berlín, la visita de Joseph Goebbels, el hombre del que parecían partir las iniciativas, al menos en el norte de Alemania. Goebbels le felicitó por su trabajo, asegurándole entusiasmado que desde que se encargaba él se notaba en todo. Añadió que los carteles eran visualmente más efectivos, no había fallos e incluso había mejorado la distribución.

Kurt iba mal de tiempo para su entrega y no paró las máquinas mientras Goebbels le hablaba. Lo que a otro hubiera parecido una incorrección a aquel hombre le hizo el efecto contrario, y tuvo la impresión de que aquello mejoraba su imagen en la organización.

Mientras, Adolf Hitler y varios miembros de la ejecutiva del partido, juzgados y condenados por el intento de golpe, seguían encerrados en la fortaleza de Landsberg. Aunque según se murmuraba la prisión se había transformado en su cuartel general, con absoluta avenencia de sus guardianes. Allí Hitler recibía a sus visitas sin cortapisas y se decía que estaba dictando un libro biográfico. Nadie se atrevía a profetizar lo que sucedería, aunque el comentario generalizado era que en cualquier caso saldría muy pronto de allí. Hasta en los periódicos, que no mostraban simpatía por los nacionalistas, se podían leer artículos que hacían referencia al tema. Existía unanimidad política y ciudadana en que lo mejor sería liberarlo cuanto antes. Con mantenerlo prisionero sólo estaban creando la imagen de un hombre que no se dejaba achantar por el sistema, y se realzaba su imagen de luchador. Nadie quería hacer de él un mártir, en las penosas circunstancias que se estaban viviendo en un país tan mal gobernado.

En una revista satírica apareció la esquela de Adolf Hitler fallecido por la causa nacionalista, que según el redactor también había muerto con él. Se refería el periodista al descenso de las expectativas del partido nacionalsocialista con respecto a la situación anterior. Para el gobierno de la República de Weimar, donde se firmó la nueva constitución, aquello era un asunto a olvidar, algo sin la más mínima importancia política.

Sin embargo, Iván les advirtió que la situación no variaba un ápice lo que se esperaba de ellos. Muy al contrario, aseguró, eso les proporcionaba una mejor oportunidad para integrarse en su nuevo rol, ya que durante los últimos meses muchos habían abandonado o desertado, al comprobar que no era lo que pensaban, convencidos de que aquello solo era ya historia. También influía que el país estuviera incrementando la oferta de trabajo y mejorando las condiciones de vida, ya que a pesar de todo Alemania estaba volviendo poco a poco a la normalidad, y en ella, aparentemente, los aventureros políticos como Adolf Hitler y su corte de los milagros, Streicher, Hess, Rosenberg, Amann, Röhm, Goering, que por cierto había logrado huir de Alemania y se encontraba en Suecia, ya no tendrían ninguna posibilidad. En cuanto a Strasser y los demás, parecían olvidados.

Por el contrario estaban apareciendo una multitud de pequeños partidos que difuminaban las ideas radicales de los nacionalistas. No se podía garantizar nada, ya que era cierto que de cuatrocientos setenta y dos escaños, los del NSDAP sólo habían conseguido treinta y dos en las elecciones parlamentarias de mayo. Sin embargo, según su experiencia las cosas podrían cambiar radicalmente de un día para otro.

Poco a poco María y Kurt se habituaron a aquella vida, aunque en su interior vivían otra muy diferente. Ambos habían dejado en Viena, en un almacén guardamuebles, las cajas conteniendo sus libros, correspondencia y documentos. Todo figuraba a nombre de K.E. y un código numérico. Nada de lo que en aquellos momentos tenían en su piso de Berlín les comprometía. Era como si no tuviesen pasado, y María comprendió que necesitaban uno acorde con su nueva vida. Fue adquiriendo en librerías de viejo algunos libros, entre ellos las obras del Conde de Gobineau, y su «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas», también las doctrinas de Houston Stewart Chamberlain, y algunas otras de todos aquellos «schrechkliche simplifikateure», los horribles simplificadores de la cultura de los que había advertido Jacobo Burckhardt, y que ella como profesora aborrecía, pero que en aquellos momentos podrían serles útiles para demostrar su fe en el nuevo pensamiento si fuera preciso.

Pero María Gessner era ante todo una profesora, por lo que la tarde en que por casualidad se encontró en medio de dos manifestaciones opuestas en la Friedrichstrasse, tomó la decisión de escribir una tesis sobre ello. Por un lado

llegaban los del partido comunista alemán. Del otro los del NSDAP. Pudo escapar ilesa de milagro, pero mientras corría entre aquellas banderas y símbolos enfrentados tan violentamente tomó la decisión. No se lo comentó a Kurt, ni mucho menos a su contacto. Aquel, pensó, sería su secreto. Lo escribiría en griego ya que si alguien encontraba el manuscrito probablemente no sería capaz de leerlo y ella tendría tiempo para reaccionar. Además creía que el griego era muy adecuado para una tesis sobre la ética del pensamiento, ya que pretendía comparar dos ideologías tan antitéticas y radicalmente opuestas en su praxis. Comprobar lo que tenían semejante, donde establecían paralelismos, y cuál era el fundamento ético de cada una.

Correría un gran riesgo, pero era investigadora antes que ninguna otra cosa, por lo que le preocupaba pensar que no podría ser objetiva. Para ella el nacionalsocialismo era puro ruido, superficial, sin principios ni base científica y claramente sin sentido moral. No en balde algunos pensadores lo llamaban despreciativamente la «revolución del nihilismo». María creía en los sólidos razonamientos de Marx, Hegel y Engels, a los que había estudiado en profundidad y por los que se decantó siendo muy joven. Pero también sentía una enorme curiosidad por intentar comprender que atraía a tanta gente hacia aquel nacionalsocialismo, como las moscas a la miel, sugestionados por los vacuos discursos de aquel hombre extravagante con su tupé y su ridículo bigotito, hablando siempre de la supremacía de la raza aria, de la pureza de sangre, y de los perversos y degenerados judíos a los que achacaba todos los males de la humanidad y muy especialmente los de Alemania.

Dos semanas antes de Navidad, la prensa trajo en segunda página la liberación de Adolf Hitler y de su fiel colaborador Kriebel, de la fortaleza de Landsberg. Los otros presos deberían aguardar mejor ocasión. Según el artículo apenas unos amigos cercanos los aguardaron fuera y se trasladaron en coche con ellos a Múnich. La impresión general era que el asunto de los radicales nacionalsocialistas estaba acabado. Por otra parte era evidente que el anunciado Plan Dawes sería la solución al desastre de Versalles. Se hablaba de que pronto llegarían los préstamos norteamericanos, de solucionar el problema del Ruhr, incluso de la posibilidad de que el país volviera a incorporarse a la Sociedad de las Naciones. El esperanzador ambiente se apreciaba en las calles. El número de parados descendía a ojos vistas, la gente salía a beber cerveza y a bailar

despreocupadamente los domingos por la tarde.

María estaba convencida de que de seguir así las cosas pronto les permitirían volver a su vida normal. Cuando Iván les llamó para concertar una cita creía que iba a decirles que todo había terminado. Se encontraron el siguiente domingo en un hotel de Potsdam. El hombre parecía un viajante de comercio de aspecto pequeño burgués al que conocieran por casualidad. Mientras tomaban una cerveza les dijo que todo seguía igual, aunque debía advertirles de que Kurt iba a ser llamado muy pronto para formar parte de la nueva redacción del «Völkischer Beobachter», y que lógicamente debía aceptar dicho cargo.

—¡Camarada! ¡Ese puesto será como si estuvieras en el mismo ojo del huracán!

Terminó asegurándoles que todo estaba transcurriendo como habían previsto, que no debían albergar la más mínima duda, y que su labor era muy importante para la revolución proletaria internacional.

De vuelta en Berlín, María le confesó a Kurt que no creía tener fuerzas para continuar mucho tiempo más. Él la animó a no desfallecer, y añadió que creía que sin ella tampoco podría proseguir.

Tal y como su contacto les había vaticinado, a principios de febrero de 1925 llamaron a Kurt para una entrevista personal en la sede del NSDAP. Le dijeron que debería desplazarse durante un tiempo a Múnich para colaborar en el nuevo diseño del periódico. Aceptó a sabiendas de que no podía hacer otra cosa. De vuelta a su casa le dijo a María que de momento ella permaneciese en Berlín, ya que tampoco sabía cuánto tiempo duraría aquella situación.

María no puso ningún reparo. Se encontraba muy agobiada por lo que les estaba sucediendo y pensó que al menos así podría relajarse un poco. Por otra parte aquello le daría la oportunidad de comenzar su tesis sin tener que dar muchas explicaciones. Al día siguiente Kurt cogió el primer tren de la mañana con destino a Múnich. Obedecer órdenes sin ponerlas en cuestión no era nada nuevo para él, aunque no dejaba de asombrarle la excelente información que su contacto bolchevique tenía de las circunstancias. Por otra parte pensaba que no le vendría mal separarse una temporada de María. Era evidente para ambos que sus relaciones estaban comenzando a fisurarse. Anímicamente María se venía abajo enseguida, y eso le preocupaba.

Cuando Kurt llegó a la redacción del «Völkischer» en Múnich, le estaba

aguardando uno de los redactores al que habían asignado para acompañarlo. Un joven de menos de treinta años, alto con el cabello oscuro y ojos muy negros.

—¡Así que tú eres Kurt Eckart! Yo soy Julian Kosche, redactor. ¡Tenemos que ir a la Bürgerbräukeller ahora mismo! ¡Adolf Hitler debe estar a punto de llegar para dar un mitin sobre sus pautas y estrategia! ¡Tengo mi moto abajo! ¡Deja ahí tu maleta, que luego volveremos! ¡Bienvenido al purgatorio!

Kurt se subió al sidecar y Kosche arrancó para dirigirse a toda velocidad a la reunión. Unos minutos más tarde entraron en la cervecería repleta de gente y se dirigieron a una larga mesa. Kosche le presentó a varios miembros del periódico. Kurt les estrechó la mano y tomó asiento junto a su compañero, en el mismo momento que sonaron unos silbatos anunciando a Adolf Hitler, que penetró en el local mientras los presentes se ponían en pie y comenzaban a cantar el himno del partido.

El líder pasó tan cerca de él que pudo ver su rostro apenas a unos centímetros. Aquel hombre parecía agotado, pálido, con profundas ojeras, sin embargo pudo notar que sus ojos azules brillaban. Se dirigió directamente al fondo, donde habían improvisado un pequeño estrado a modo de escenario. Subió de un salto y todos los presentes le ovacionaron. Hitler se despojó de su abrigo de cuero. Iba trajeado al modo tradicional bávaro, con pantalones cortos de cuero y calcetines largos hasta la rodilla. Se quedó allí en pie mientras en la gran sala se hacía un profundo silencio.

—¡Ya me tenéis aquí! ¿Lo habíais dudado? ¡Ahora es cuando comienza todo!

Una nueva ovación resonó haciendo vibrar los cristales emplomados que decoraban las ventanas. Hitler hizo un gesto con las manos para que se tranquilizaran.

—¿Creíais que ibais a libraros de mí? ¡Os lo repetiré! ¡Hoy comenzamos de nuevo! ¡A partir de ahora vamos a hacer política! ¡Verdadera política! ¡No esa absurda porquería a la que algunos judeo-bolcheviques llaman democracia!

Hitler comenzó un largo discurso sin interrupciones que duró más de dos horas. Kurt estaba asombrado de la demagógica construcción verbal y de la falta de consistencia de los argumentos, en los que el orador saltaba de unos a otros enlazándolos sin pausa. A pesar de ello los presentes parecían absortos, bebiendo literalmente sus palabras. Controlaba su voz a la perfección, utilizaba en cada

momento la palabra adecuada, y acompañaba su discurso gesticulando para enfatizar sus frases. Kurt había escuchado a Lenin, también a Trotsky y podía establecer comparaciones. Cuando Hitler mencionó que el marxismo podía ser derrotado por una doctrina más veraz, pero al tiempo más brutal, todos aplaudieron a rabiar y él los imitó, mientras él pensaba que probablemente ninguno de los que aplaudían habría leído a Marx en toda su vida. Cuando volvieron a ovacionar a Hitler, él lo hizo con fuerza mientras sonreía. Era cierto lo que opinaba Iván. Se encontraba en el mismo ojo del huracán.

# 24. EL FASCIO
# (BOLONIA-LINZ, PRIMAVERA Y VERANO, 1925)

Oficialmente el profesor Carlo Mattei presentó su excedencia como catedrático de arte en el rectorado de la universidad de Bolonia el primero de mayo de 1925. El motivo alegado eran problemas crónicos de salud. La realidad, las amenazas de muerte recibidas unos días antes, ya que todo el mundo sabía que el profesor Mattei era un marxista convencido. En su última conferencia en el aula magna insistió en su tesis de que el arte como expresión se hacía transmisor de los anhelos y frustraciones de las distintas clases sociales. Desde la primera fila le interrumpieron para preguntarle si aquello era doctrina marxista y tuvo que aceptarlo. Allí acabó la conferencia entre abucheos, pataleos e insultos acerca de su condición.

Hasta aquel día nunca le habían llamado maricón en público y aquello le pareció una afrenta insoportable. Era un homosexual reconocido, que llevaba con mucha dignidad su condición en un ambiente cargado de hipocresía y homofobia, pero pensaba que emplear aquellos insultos sólo para humillarlo ante sus compañeros y alumnos de la universidad era algo terriblemente repugnante.

Carlo conocía su debilidad. Era demasiado sensible como para permanecer impávido ante lo que aquello significaba. Los ataques permanentes a los que eran considerados fuera del nuevo régimen de Italia. Según el nuevo dictador, Benito Mussolini, el pueblo era el estado y el estado era el pueblo. Personas como él estaban sobrando allí. Intuía que si permanecía en Bolonia, tarde o temprano tendría serios problemas, y aunque no se consideraba un cobarde, tampoco pretendía convertirse en un mártir. Había podido comprobar de lo que eran capaces los fascistas, y desde el asesinato de Matteotti no las tenía todas consigo. Unos profesores le propusieron incorporarse a un grupo de resistencia antifascista universitario, pero se dio cuenta de que no podría resistir la presión. Ese era el verdadero motivo de su dimisión.

La misma tarde cogió el tren hacia Austria. Si permanecía en Bolonia, tarde

o temprano su cuerpo aparecería en el «Canale delle Moline». Hasta que no cruzó la frontera no pudo relajarse, era tal su estado de tensión anímica que sólo cuando se vio a salvo sollozó aliviado. Más tarde cambió de tren para llegar a Linz donde le aguardaba Markus Gessner, quien llevaba un tiempo viviendo en aquella hermosa ciudad. Por lo que le había contado en una preciosa casa heredada de su madre. Cogió un taxi desde la estación pero el taxista le explicó que no le merecía la pena, que aquella dirección se encontraba a dos pasos. Volvió a descender del vehículo y caminó hasta allí. Un bello edificio clásico de dos plantas, un palacete barroco rematado con unos elaborados tejados de pizarra. Tras él asomaban las copas de los grandes árboles del jardín posterior cerrado por altos muros de piedra. Tocó la campana y unos instantes más tarde un mayordomo abrió la puerta. Cuando entró vio a Markus que descendía la escalinata sonriendo con los brazos extendidos. Ambos se fundieron en un sentido abrazo.

—¡Carlo! ¡Carlo! ¡Qué enorme alegría que hayas venido por fin!

—¡Yo también me alegro de estar aquí! ¡No las tenía todas conmigo! ¡Pero ya estoy contigo, me siento a salvo!… ya sabes cómo están las cosas en Italia, y naturalmente Bolonia no se libra del fascismo. ¡Muchos intelectuales están aceptándolo como si fuese la salvación de país! Yo me adherí al «Manifiesto de los intelectuales antifascistas» de Benedetto Croce, aunque tengo mis dudas de hasta qué punto está dispuesto a luchar de verdad contra el régimen. Allí ahora la palabra de moda es «total» «totalitarismo», un estado totalitario en el que todos los individuos servirán a una nación unida y sin clases. Ya conoces el lema. «Todo para el estado, nada fuera del estado, nadie contra el estado». El ambiente se me estaba haciendo tan opresivo, tan irrespirable, que me he exiliado por propia voluntad. No sé cuándo volveré, ni si podré hacerlo algún día.

—¡Bueno, querido Carlo, tranquilízate, aquí eres muy bienvenido! ¡Pero acompáñame, voy a enseñarte tus habitaciones! ¡Aquí en Austria estarás seguro! ¡Qué gran alegría que estés aquí conmigo!

Solo cuando estuvieron dentro de la habitación se fundieron en un estrecho abrazo al tiempo que se besaban apasionadamente. Markus creía estar profundamente enamorado de aquel hombre. Más tarde salieron a cenar a un restaurante del centro. El ambiente en la ciudad era tranquilo y vieron como la gente paseaba por la Hauptplatz hasta muy tarde. Carlo le confesó que sentía allí

una sensación de paz y seguridad como no había tenido hacía tiempo.

—Verás Markus. No es fácil de explicar lo que se siente cuando el fascismo te rodea por todas partes. ¡Es asfixiante! Para ellos la democracia desaparecerá por sus propias contradicciones y el individuo debe someterse al ideario del partido. La razón a la voluntad, el pueblo al estado y el estado al pueblo. Entonces las ideas propias no tienen sentido, el arte debe colaborar con el partido, por supuesto sin salirse de su ideología, y su estética, para conseguir una «sociedad perfecta», a costa de lo que sea. No existen las libertades y mostrar tu propia opinión te conduce al enfrentamiento. ¡Es una ideología de sumisos, de cobardes y de los que no tienen nada que aportar a nivel personal! ¡Ese Mussolini nos llevará a la ruina! ¡Es un iluminado que cree haber sido enviado por la providencia! ¡No puedo entender como el pueblo italiano se deja engañar vilmente, cuando le habla de volver a la grandeza del imperio romano!

Markus comprendía a su amigo. En Alemania también se hablaba de aquel austríaco que había salido de la nada, Adolf Hitler, que pretendía algo semejante. De hecho había podido leer alguna entrevista en la que el tal Hitler hablaba con admiración del fascismo y de Mussolini. Bueno. Al menos por lo que se decía en Austria, daba la impresión de que aquello había fracasado. Tanto Austria como Alemania eran países avanzados, en los que a pesar de las circunstancias la gente no hipotecaría su libertad, como estaba sucediendo en Italia.

A la mañana siguiente tras desayunar con Markus en la preciosa loggia sobre el jardín, y mientras Markus iba a ver a sus abogados para intentar poner en orden la situación de su herencia en Linz, y de aquellos terrenos tan valiosos situados junto a la ciudad que se encontraban en una complicada situación legal, él aprovecharía para continuar su trabajo como si siguiera en Bolonia.

Se instaló con toda confianza en casa de Markus. Sentía una gran atracción por aquel atractivo hombre, joven aún, que además coincidía con él en tantas cosas. Aquel enorme caserón era el lugar perfecto para refugiarse mientras la gran tormenta descargaba sobre Italia. Markus le sugirió que se instalara en la biblioteca, lo que aceptó con gran placer. Había estudiado parte de su carrera en Berlín, dominaba el alemán y podría disfrutar de la magnífica colección de libros que allí se guardaban. Desde el primer día se encerraba allí por las mañanas para seguir trabajando en su tesis sobre la vanguardia rusa y la revolución. Le apasionaba intentar comprender y explicar lo que estaba sucediendo en Rusia, y

cómo la revolución proletaria había modificado el sentido estético. Para él era como si hubieran descubierto los caminos que conducían al futuro. Marinetti también lo había intentado en Italia, pero a otra escala. Para Carlo, su acercamiento al fascismo había sido como una especie de traición a sus principios. En cuanto a Mussolini no iba a poder con él. Esperaba que los hados escucharan sus plegarias, mientras cruzaba los dedos para que muy pronto ocurriera algo que derrumbara como un castillo de naipes aquel ostentoso edificio fascista, que pretendía durar un milenio y que había obnubilado hasta la propia iglesia católica, a pesar de que el dictador se declaraba anticlerical.

Empezó a darse cuenta de que no era capaz de concentrarse como antes. El mundo estaba cambiando velozmente y la paz, tanto general como individual, era algo difícil de encontrar. A pesar de ello se sentía muy bien cerca de Markus. Salían a estirar las piernas al atardecer y en ocasiones buscaban lugares románticos para cenar o tomar una copa de vino. Él prefería el vino italiano, aunque tenía que admitir que el Riesling no estaba mal. A la vuelta podían mostrarse apasionados y desinhibidos, ya que desde que él residía allí, Markus prefería que la servidumbre, dos criadas serbias, el cocinero suizo y el asistente personal, un austríaco de Leonding, que hacía al tiempo de chófer, no pasaran la noche en el palacete.

El precioso verano de Linz pasó con rapidez. Cada día estaba más convencido de la suerte que había tenido al encontrar a alguien como Markus. Un hombre encantador, culto, simpático y generoso, que le confesó que se sentía muy feliz a su lado y le dijo convencido que no deberían separarse nunca. En Linz pasarían desapercibidos. Era una ciudad bastante más pequeña que Viena, pero allí la gente no se metía tanto en la vida de los demás. Se parecía algo a Bolonia, en su tranquilidad y el ambiente culto y refinado que parecía lo más importante para sus ciudadanos. Una hermosa ciudad histórica, en un país tranquilo que había abandonado sus ambiciones imperialistas, y por tanto alejado de problemas territoriales como los que tenía Alemania o incluso Italia, con aquella última extravagante aventura de D’Annunzio en Fiume, el primer Duce, una anacrónica mezcla de locura y patriotismo decadente que había inspirado a Mussolini el fascismo y sus camisas negras. Eso, le aseguró Markus con gran convicción mientras levantaba una copa de vino, mientras ambos permanecían tendidos desnudos en el lecho del enorme dormitorio, no podría suceder jamás

en la burguesa y conservadora Austria. Allí, con toda certeza, vivirían seguros y felices.

# 25. HANNAH RICHTER (BERLÍN, MAYO DE 1925)

La profesora Hannah Richter, convencida de que su mala conciencia se había transformado en una enfermedad, al punto que todo había cambiado para ella, estaba totalmente obsesionada con Nietzsche. Incluida su relación con Joachim Gessner, con el que llevaba casi cinco años conviviendo. También sus más íntimos sentimientos y su criterio sobre la época que le había tocado vivir. Ya nada era igual que anteriormente y sabía que nunca volvería a serlo. Aquello la había ido apartando poco a poco del hombre al que hasta entonces creía amar. Por otra parte el nuevo destino de Joachim en la embajada de Alemania en Varsovia los había separado aún más. Ella se negó a acompañarlo, y él no pareció molesto por su decisión.

Todo había comenzado cuando conoció a Werner Scharf en la Biblioteca Estatal Prusiana, en Unter den Linden, donde ella estudiaba algunas tardes. Le encantaba el ambiente silencioso y exquisito que allí la rodeaba, y al menos era una excusa para salir por las tardes de casa mientras Joachim seguía de canciller en Varsovia.

Una tarde, mientras estaba trabajando, sentada en la gran sala prácticamente vacía, aquel hombre al que conocía de verlo por allí, se acercó hasta colocarse apenas a tres metros. Al principio le resultó algo incómodo, pero el hombre no la molestó, ni tan siquiera la miró. Los días sucesivos lo vio entrar y leer algunos libros. Se cruzaron dos veces en el gran vestíbulo y él la saludó con una inclinación de cabeza. Una tarde coincidieron en el vestíbulo y salieron a la vez. Estaba diluviando y vio que él no tenía paraguas. Casi sin pretenderlo le hizo un gesto para que se refugiara junto a ella, mientras caminaban con rapidez hacia la parada del tranvía que solía coger.

Resultó que él tenía un coche aparcado junto a la parada, la invitó a subir. Tal vez en otro momento ni se le habría pasado por la cabeza, pero estaba oscureciendo con rapidez, hacía frío y diluviaba. Casi sin saber cómo había

sucedido se encontró sentada junto a él. Antes de arrancar él se presentó. Profesor Werner Scharf. Ella inclinó levemente la cabeza y anunció que era Hannah Richter, profesora. Ambos rieron. Él arrancó el coche y le preguntó que a dónde la llevaba. Le dio la dirección, y él se incorporó al tráfico con la facilidad de un chófer profesional. Para entonces la lluvia era ya torrencial y resultaba difícil ver apenas a unos metros. Vio cómo se apartaba de la calzada principal hacia un edificio cercano y se introducía en el pasaje de entrada para vehículos en la Potsdamer Platz. Allí al menos estaban a cubierto. Se trataba de un conocido hotel y él la invitó a tomar un té mientras escampaba la tormenta. Se sentía atraída por aquel hombre y aceptó. Entraron y se dirigieron en silencio a la cafetería donde tomaron asiento. Pensó que en aquel ambiente acogedor con un gran fuego en la chimenea se estaba bien. Al principio se hallaba algo nerviosa, hablaron de la biblioteca y de sus aficiones intelectuales. Coincidieron en muchas cosas, incluido el inevitable Nietzsche, ya que él había nacido en Turingia, donde consideraban al filósofo como a uno más. Hannah tenía la sensación de que conocía a aquel hombre de toda la vida.

Fuera seguía lloviendo con fuerza, algunos relámpagos iluminaban la calle y la luz blanca instantánea penetraba por todas partes. Allí dentro se sentía segura. En lo único que parecían disentir era en la política, ya que a Werner parecía extrañarle que ella tuviera su propia opinión política. Le dijo que no era corriente que una mujer expresara sus ideas con tanta sinceridad. Él le aseguró que estaba interesado en el nacionalsocialismo de Adolf Hitler, y que algo habría que hacer para cambiar la situación del país. Ella quiso estar a su altura, ser tan sincera como él, y le replicó que no estaba demasiado convencida. Él sonrió con aire de superioridad y eso la irritó. Replicó diciéndole que había asistido a varias de las conferencias que Adolf Hitler había dado no sólo en Berlín, también en otros lugares de Prusia. Desde ese instante Werner comenzó a observarla de otra manera.

—¿Y qué es lo que no termina de convencerla? Hannah, me gustaría conocer su opinión, la verdad.

Había tenido una discusión similar con su novio, Joachim Gessner, hacía pocas semanas. No necesitaba realizar un gran esfuerzo para recordar sus argumentos. Por otra parte no deseaba intimidar ni molestar a su nuevo amigo. Sabía que los hombres rehuían a las mujeres que hacían ostentación de su

capacidad intelectual. Pero la irritaba aquella suficiencia.

—Pues verá, es sólo mi opinión y por supuesto no pretendo tener razón en todo. Le seré sincera. En primer lugar tengo la impresión de que ese hombre tiene una serie de lugares comunes a los que recurre permanentemente. Eso se le nota más cuando se le ha escuchado en varias ocasiones como es mi caso. Le encanta hablar de las razas, de los arios como los humanos más elevados, de depurar la raza germana, según él la fundamental para conseguir el superhombre, mientras que para él los judíos y los eslavos representan los más bajos escalones en la especie humana. Habla mucho de paz, pero siempre menciona la guerra. Nunca menciona la palabra libertad, parece odiar la democracia y sí estimar la fuerza, el poder, y la autoridad. Me recuerda a ese Mussolini, ese dictador de opereta al que le gusta disfrazarse. ¡Ah, sí! ¡El espacio vital! Según él, Alemania necesitará más espacio para poder sobrevivir y estará en su derecho ante la historia si lo toma por la fuerza. Por otra parte parece obsesionado por los mitos. Los griegos clásicos, los romanos, los bosques de los antiguos germanos, los nibelungos y las valkirias. Sinceramente creo que utiliza todo ello como lugares comunes. Le escuché algo que me impresionó. ¡Vencer o morir! Verá. Tal vez esté siendo demasiado sincera pero no estoy segura de que sea el hombre que convenga a Alemania. ¡Aunque sería muy difícil que con esa filosofía llegara a ser un candidato elegible! Tengo a nuestro pueblo por muy maduro para dejarse engañar por alguien así, aunque en ocasiones no sé qué pensar.

Werner parecía admirado de cómo Hannah había sido capaz de sintetizar el pensamiento del hombre del que tanto se hablaba en Alemania aquellos días.

—¡La verdad Hannah, me ha dejado usted pensativo! ¡Estoy hablando con una politóloga! ¡En serio! ¡No esperaba ese elaborado discurso! Puede que tenga usted razón en lo general. Pero sinceramente creo que está fuera de contexto. Todos los grandes hombres han tenido su peculiar forma de entender la vida. Le recuerdo la obra maestra de César «La guerra de las Galias». Lo que hoy pensamos es que se trataba de conquistar o ser conquistado. Mire, querida amiga, el mundo en el que vivimos es muy hostil. «*Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*». Veo que lo conoce. Lo dijo Plauto en «Asinaria» y como sabe bien, quiere decir que lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro. Le ruego excuse el latinajo. Puede que en un futuro, dentro de cien años, las cosas se vean de otra manera.

Ahora lo que tenemos es un país gigantesco como Rusia, transformado en un vivero infinito de la revolución proletaria, lo que indudablemente significa una seria amenaza para la estabilidad del sistema mundial. También Francia, a la que siempre se le llena la boca hablando de «liberté, égalité, fraternité», y de «grandeur», pero que en Versalles demostró ser muy egoísta con los vencidos, Alemania y Austria. Y por supuesto una Gran Bretaña que como siempre lo quiere todo para ella, el comercio mundial, las colonias, es decir las materias primas que extrae de países sometidos como la India. ¡Ah! Y unos Estados Unidos que prefieren hablar que repartir trigo. Mire querida Hannah, yo tampoco estoy demasiado convencido de que Hitler sea la mejor opción en el futuro, pero lo que sí es cierto es que cuando lo escucho, y también lo he oído en varias ocasiones, es el que más me convence, aunque le reconoceré que tengo grandes dudas. Aun así, comparados con él, los políticos de Weimar parecen una pandilla de inútiles. Lo cierto es que hay que hacer algo para cambiar este país, y pronto. La historia no aguarda a los rezagados… y ahora, si me lo permite, la voy a llevar a su casa. La tormenta ha cesado y aunque estoy encantado, no quiero que se harte de mí el primer día.

De camino a su casa Werner le confesó que le había impresionado mucho que una mujer tuviera los conceptos políticos tan claros. Le contó que él era veterano y antiguo piloto de la Gran Guerra, y que había volado en la misma escuadrilla que el «Barón Rojo», Manfred von Richthofen. Le explicó que su antigua relación con uno de los hombres influyentes en el nacionalsocialismo, Hermann Goering era lo que le había dado la oportunidad de conocer mejor aquellas ideas.

Luego cuando se detuvo frente a su casa, ella le dio tímidamente la mano y él se la estrechó con fuerza mientras quedaban en verse otro día en la biblioteca. Hannah caminó hasta el portal y en un momento dado se volvió para agitar la mano despidiéndose. Él la imitó y sonrió. Luego el automóvil se dirigió calle abajo, mientras ella pensaba que nunca había conocido a nadie tan atractivo como Werner Scharf.

# 26. EL PRÉSTAMO (BERLÍN, JULIO DE 1925)

El inesperado fallecimiento de Matthias Lamberg había privado a Charlotte Wilhelm de su apoyo económico. A pesar de sus malos comienzos, durante los últimos años la ayudaba en lo que podía, y le proporcionaba dinero cuando ella se lo pedía, cada vez más frecuentemente. Toda aquella pesadilla de la hiperinflación en la que resultaba imposible adquirir nada, cuando para comprar una barra de pan literalmente había que llevar los billetes en una carretilla. Esa época la había arruinado definitivamente. En aquellos momentos tenía un montón de facturas por pagar, y era consciente de que no podría aguantar mucho más. Nadie le había respondido positivamente, ni parientes lejanos, ni amigos. Todos le cerraron las puertas, algunos sin querer escucharla, y detestaba tener que pedírselo a su hija, ya que desde que se había casado con Karl Edelberg no se llevaban muy bien. Aún recordaba la última vez que se vieron, cuando Ilse le dijo que sintiéndolo mucho no iba a poder prestarle más dinero. Era cierto que por entonces llevaba varios meses pidiéndole importantes cantidades. Tuvieron una violenta escena y ambas se habían separado agraviadas. Le resultaba imposible volver a humillarse y pensó que antes prefería morirse de hambre.

Fue entonces cuando volvió a pensar en escribir a David Goldman. Recordaba que aquel hombre la había ayudado cuando se lo pidió para sacar adelante a Ilse, aunque de eso hacía muchos años. Estuvo dudando varios días hasta que finalmente se decidió a hacerlo, no perdía nada.

Cuando introdujo la carta en el buzón meditó que tendría que tragarse su dignidad. Le había pedido veinticinco mil nuevos marcos, lo que era una sustanciosa cantidad de dinero que le permitiría salir adelante un par de años. Le había prometido devolvérselos en cuanto pudiera, y pensaba hacerlo cuando se aclarara lo de la herencia de Matthias Lamberg, si no salía algún pariente con más derechos. En cuanto a Goldman ya no había ninguna excusa para acudir a él. Lo que ocurrió entre ambos era algo muy lejano, y ella ya no era aquella

jovencita inocente que cayó en sus brazos sin saber lo que era la vida, sino una mujer madura en serios apuros económicos. Goldman representaba todo lo que ella odiaba. Un judío adinerado que la dejó embarazada mediante mentiras, y la humillaba tener que pedirle ayuda a aquellas alturas de la vida, pero había momentos en que era preciso hacer de tripas corazón para intentar sobrevivir, y al menos no tendría que verlo.

Cuando unas semanas más tarde recibió una carta del banco, creyó que se trataba de otra amenaza de embargo sin más. Su sorpresa fue al abrir la carta y encontrar que le comunicaban una transferencia a su cuenta por importe de cincuenta mil marcos, realizada desde Viena por David Goldman. Tuvo que sentarse sollozando aliviada al comprender que de momento sus problemas habían acabado. Goldman le había enviado el doble de lo que ella le había pedido, con la certeza entonces de que no se molestaría en contestarla. Con aquella cantidad no solo podía ponerse al día. Podría vivir a otro nivel bastante tiempo. Era como si la vida le hubiera dado una segunda oportunidad. Cuando entró en el banco el director salió al patio de operaciones a saludarla, la hizo pasar a su despacho y por primera vez en mucho tiempo el sudoroso hombre sonreía a todo lo que ella decía. Era evidente que las cosas habían cambiado.

Charlotte Wilhelm estuvo dudando de cuál debería ser su respuesta. Finalmente tomó la decisión de escribirle una nota agradeciéndole a David Goldman lo que había hecho, y volviendo a prometerle que se lo devolvería cuanto antes, ya que lo consideraba un préstamo. Cuando ya la había introducido en un sobre cambió de opinión y rompió la carta. Lo mejor sería no contestar. En cualquier caso estaba claro que aquel hombre seguía teniendo mala conciencia, y le sobraría el dinero. Aquella importante cantidad no significaría nada para él. Sólo un lujo más que podía permitirse, y por qué no pensarlo, la manera de obtener la satisfacción de saber que podía humillarla sutilmente. Seguramente no habría olvidado que ella lo había insultado una vez, que después le prohibió acercarse y que ni siquiera le dio la oportunidad de conocer a su propia hija. La venganza era un plato que se comía frío, y probablemente aquella «generosidad» le habría colmado de satisfacción.

Charlotte Wilhelm intentó proseguir su vida con normalidad. Lo primero que hizo fue llevarle a su hija todo el dinero que le había prestado en los últimos tiempos. Lo tenía anotado en un papel. Seis mil cuatrocientos marcos que le

llevó en efectivo en un sobre a su casa. Se mantuvo todo lo fría y digna que pudo mientras ambas intentaban no recordar su último encuentro. Cuando Ilse le preguntó que de dónde había sacado todo aquel dinero, ella no se dio por aludida. Hasta que finalmente se lo contó. Le había pedido un préstamo a David Goldman.

Ilse se le quedó mirando con incredulidad. Parecía muy enfadada. ¿Le estaba contando que había pedido un préstamo a aquel judío? ¿Y cómo pensaba pagárselo? Su hija parecía histérica.

—Bueno —replicó titubeante—, no se trata de un préstamo en el sentido literal de la palabra. Esto es algo diferente.

Le explicó que ella sólo le había pedido que le enviara algo de dinero, y había recibido cincuenta mil marcos en su cuenta sin más. No había firmado ningún documento, creía que no tenía ninguna obligación de devolverlo.

Pero Ilse no pareció estar nada conforme con aquella explicación. Aquella suma, le remarcó con acritud, era una importante cantidad de dinero. Nadie hacia un regalo así por nada, y mucho menos, mientras se quedaba mirándola fijamente, un financiero judío. Podría comprometerla, ¡de hecho ya lo estaba! ¡Una transferencia bancaria demostraría siempre que él le había prestado el dinero, y que por tanto tendría derecho a reclamárselo! ¿De dónde pensaba sacar ella aquella importantísima cantidad en el futuro si tal cosa sucedía como era de esperar? Simplemente era algo sin sentido; aquello debía aclararse cuanto antes y que mientras procurara no hacer uso del dinero. Añadió muy nerviosa que se llevara el dinero que había traído, que ella podía esperar el tiempo que hiciera falta a que su madre se rehiciera económicamente, y que, en cualquier caso, cuando se lo dio no pensaba reclamárselo.

Charlotte Wilhelm abandonó la casa de su hija desmoronada anímicamente, pensando en qué pretendería aquel David Goldman de ella. Caminó obsesionada hacia la parada del tranvía dándole vueltas a lo que Ilse le había dicho. ¿Pero cómo iba a devolverle el dinero a aquel judío? De entrada el banco ya había restado una importante suma en concepto de amortización de su deuda. Por otra parte ella estaba pagando los atrasos en muchos sitios. Ya no podría devolver la transferencia de todo el importe. No sabía qué hacer.

Estaba llegando a su casa cuando vio a Hans, el cartero de toda la vida saliendo del portal. El hombre se dirigió a ella sonriendo con alivio.

—¡Señora Wilhelm! ¿Pero dónde se ha metido? ¡Me alegro de verla, llevo varios días intentando entregarle esta carta certificada! ¡Firme aquí, por favor! ¡Me tenía preocupado!

Se quedó parada frente al portal con la carta en la mano. Allí lo tenía. El remite lo dejaba claro: «David Goldman-Opernring 71, 3.º - Viena-Austria».

Debía enfrentarse a la realidad, pero no podía evitar que le temblara la mano. Entró en su piso con el rostro demudado, con el alma en vilo, pensando que, como siempre temió, había terminado por caer en las redes del destino. Tuvo que beber un sorbo de agua pues notaba la boca seca. Luego se sentó junto a la ventana, suspiró y con la tijera de la costura abrió el sobre. Se puso los anteojos y leyó:

*Sra. Charlotte Wilhelm*

*Breiter Strasser 25-2.º D-Berlín*

*Viena 15 de julio de 1925*

*Querida Charlotte. Permíteme que a pesar del tiempo que ha transcurrido te siga tuteando. Efectivamente han pasado muchos años, pero aún no me lo he perdonado. Siento lo que ocurrió, pero no me arrepiento de haber sentido por ti mi primer amor. Te confesaré que sigo sintiendo nostalgia.*

*Sé que tienes una hermosa hija. No sé si ya se habrá casado. ¡Qué rápido transcurre el tiempo! Habría querido que las cosas hubieran sido de otra manera. No pudo ser.*

*También me hubiera gustado tener la oportunidad de conocerte mejor. El destino es impredecible y las cosas casi nunca resultan como deseamos. Pero si deseo que sepas que mis sentimientos entonces fueron sinceros.*

*Me alegro de poder echarte una mano en estos difíciles momentos. En ocasiones la vida es demasiado dura. No dudes en acudir a mí si necesitas algo más. Lo haré con sumo gusto. Por supuesto considéralo como la ínfima parte de la impagable deuda que mantengo contigo. Por supuesto sólo es un obsequio sincero y desinteresado de alguien que en su día no supo afrontar la realidad.*

*Un amistoso y respetuoso saludo. Tuyo.*

*David Goldman*

# 27. PRUSIANOS Y BÁVAROS (BERLÍN Y HANNOVER, SEPTIEMBRE-NOVIEMBRE DE 1925)

A finales de verano de 1925, Karl Edelberg recibió una llamada del hombre al que había conocido en el funeral de Matthias Lamberg, Joseph Goebbels. Se reunieron en una cafetería del centro y a través de la cristalera que daba a la avenida lo vio llegar muy pálido, demacrado, cojeando levemente, con un rictus de decisión. Hizo una mueca intentando una sonrisa y le estrechó la mano. Pidió un té y se sentó frente a él. Tras un intercambio amistoso, le explicó sin más que las cosas iban a cambiar pronto. Que había llegado a un acuerdo con Strasser para hacer las cosas de otra manera y le propuso colaborar con él.

Karl le explicó que seguía trabajando, más que por dinero, porque le gustaba lo que hacía, ya que gracias a la herencia de su padre no le hacía falta para vivir. Sin embargo reconoció que también se sentía muy atraído por la política, y le dijo a Goebbels que tenía la certeza de que el partido nacionalsocialista sería un partido a tener en cuenta en el futuro.

Goebbels le explicó que Adolf Hitler aún no estaba autorizado a hablar en público, ya que la libertad condicional le prohibía hacerlo por el momento, lo que después de todo no era malo para el partido. En aquellos momentos el que llevaba la voz cantante era Gregor Strasser, al que consideraba su mentor. Goebbels se sinceró con él. Ni los hermanos Strasser, ni otros importantes miembros del partido en el norte de Alemania, ni tampoco él mismo, estaban de acuerdo con la manera que tenían en Múnich de hacer las cosas. «Bávaros contra prusianos», comentó irónicamente. Sin embargo Karl se dio cuenta de que dejaba aparte a Hitler, como si estuviese convencido de que al final necesitarían a aquel hombre.

—Realmente Adolf Hitler posee un gran carisma, además de ser un gran orador. Es cierto que en ocasiones se repite y se va por las nubes, pero eso se

puede corregir, pero se trata de alguien muy especial. Si se dejara pulir, podríamos hacer de él alguien diferente a todos esos politicuchos de mala muerte que tienen ahogado al país. Intentaremos rescatarlo de ese ambiente rudo y vulgar de Múnich. De las nefastas influencias de Esser. En otro caso, siento decirlo, deberemos prescindir de él. Pero ahora tenemos la obligación moral de mirar hacia delante. ¡Nada de nostalgias románticas! No podemos confiar en ningún veterano militar que crea que deba salvar a la patria. Por otra parte este sistema capitalista no nos conducirá a ninguna parte. Existe otra manera muy diferente de hacer las cosas, y por lo tanto tenemos la obligación de cambiarlo. ¡Si tuviéramos un periódico importante que nos apoyara iríamos mucho más deprisa! ¡Ese «Völkischer Beobachter» no es más que un lastimoso panfleto! ¡Necesitamos algo más convincente si pretendemos llegar a alguna parte!

Goebbels daba la impresión tener mucha confianza en él, y le habló de la necesidad de convencer a las masas empleando cualquier medio.

—Mire Karl. La verdad es incómoda en la mayoría de las ocasiones, tengo muy claro que si fuésemos con la verdad por delante no podríamos coexistir, pero en política es funesta. Lo pragmático es repetir lo que uno pretende tantas veces como sean necesarias para que la gente termine por creerlo. Ahora debemos luchar por aniquilar el sistema de gobierno de nuestra patria, y para ello somos nosotros los que tenemos que hacer algo. No se trata tanto de que se dedique completamente al partido, como que tengamos la certeza de que podremos contar con usted cuando sea preciso. Cuando le necesitemos le llamaremos, piense que como usted tenemos a miles de personas comprometidas en una causa justa para Alemania. ¿De acuerdo entonces? Bien, pues así quedamos. Tendrá noticias nuestras y, naturalmente, no tendré que aclararle que lo que lo haga por la causa le será recompensado, ¡aunque sé que actúa de una manera altruista y generosa! Verá, dentro de un mes tenemos una reunión en Hannover. Me gustaría que pudiera asistir y presentarle a algunas personas interesantes para que vaya entrando en materia.

Karl aceptó la oferta, no sólo porque se sentía muy cerca de aquellas ideas, a pesar de que en Múnich no se sintió identificado. Él era de otra manera, por su forma de ser prefería la reflexión, el análisis y el trabajo intelectual que las manifestaciones y las luchas callejeras. Goebbels parecía tener las ideas muy claras. Se despidieron haciendo votos de amistad.

Karl siguió centrado en su trabajo. En la empresa le habían dado carta blanca para investigar en nuevos sistemas ópticos, y eso le satisfacía. Cuando necesitaba algún nuevo aparato para el laboratorio lo adquirían sin rechistar. Tiempo después le propusieron entrar en la sociedad y como disponía de cierto capital por su herencia, aceptó. Ya no era un simple empleado, sino que se sentaba en el consejo de administración y participaba en la toma de decisiones. A finales de 1925 las cosas habían cambiado muy positivamente, Alemania tenía un futuro por delante.

El veinte de noviembre, dos días antes de la reunión de Hannover, tuvo una llamada de Goebbels recordándole la cita. Quedó con él en que se encontrarían en el «Hotel Central» de aquella ciudad la tarde en que se celebraría la reunión. El día señalado cogió el tren hasta Hannover, una vez allí se dirigió en un taxi al hotel y aguardó en el vestíbulo. Vio llegar a Goebbels acompañado de otros. Cuando le vio se dirigió muy efusivamente hacia él y le presentó a sus compañeros. Se dio cuenta de que eran hombres jóvenes o de mediana edad, muy parecidos a él, y que aquel hombre estaba montando una organización de futuro. Luego se dirigieron a la reunión en el sótano de otro hotel cercano. Un gran salón con columnas lleno de gente impaciente que aguardaba el comienzo. Hizo un cálculo aproximado y contó cerca de trescientos asistentes. Ni una sola mujer entre ellos. Unos minutos más tarde entraron los hermanos Strasser y otros que no conocía.

El que llevaba la voz cantante era Gregor Strasser. Su hermano Otto sólo asentía a lo que se decía. Para su sorpresa, Gregor Strasser realizó un ataque frontal al grupo de Múnich. Habló del «pequeño burgués con ínfulas revolucionarias» refiriéndose a Adolf Hitler. Karl estaba de acuerdo en principio con lo que allí se estaba hablando. Él había podido observar directamente el cargado ambiente en la Bürgerbräukeller, y aquel día pensó incluso en abandonar el partido. Pero lo que estaba escuchando a Strasser y lo que proponía Goebbels era otra cosa mucho más sensata. Se decidió crear un nuevo periódico que se titularía «Der Nationale Sozialist», en paralelo a Múnich. Pensó que aquello, sin duda, habría sido una iniciativa de su nuevo amigo Goebbels. El ambiente se fue caldeando cuando el orador volvió a expresar sus dudas de que el camino marcado por el grupo de Múnich fuese el más adecuado. Dijo que desde allí se esparcía por toda Alemania un tufillo pequeño burgués y unas ideas confusas, y

que eso había que arreglarlo cuanto antes.

En un momento dado Karl temió encontrarse en otra encerrona como en Múnich. Él sólo estaba interesado en ayudar a salir a Alemania de la situación. Incluso llegó a dudar de si debía marcharse por las buenas. Hacer como que iba a los servicios y buscar otras opciones. Sin embargo lo retuvo el hecho de que en aquellos momentos su nuevo amigo Joseph Goebbels subió al estrado. Una patética figura que cojeaba, con un traje excesivamente holgado, que acentuaba su delgadez, el rostro muy pálido, casi de convaleciente.

Cuando comenzó a hablar, Goebbels se transfiguró. Su voz no se correspondía con su imagen. Hablaba con energía, con facilidad, empleando las expresiones adecuadas. Pronto todos los presentes se encontraban en absoluto silencio, escuchando a aquel hombre que les hablaba como si lo estuviese haciendo con cada uno de ellos particularmente.

Aquel día Karl comprendió que si quería hacer algo por Alemania tendría que seguir a Goebbels. Cuando acabó el acto fue a saludarlo para decirle que contara con él si lo necesitaba. Luego le dijeron que fuera a tomar algo con ellos. Pudo hablar con Gregor Strasser, quien le comentó que ya había oído hablar de él a Goebbels.

—Mire, querido amigo. En Alemania van a pasar muchas cosas, pero para llevarlas a cabo necesitaremos a personas como usted. Siga con su vida y en su momento le llamaremos. Mejor dicho, Alemania le llamará. ¿Quién sería capaz de no atenderla?

Karl volvió a Berlín con la certeza de que aquella gente antes o después lo cambiaría todo, y que entonces él estaría allí para colaborar con ellos.

# 28. LA PIEDRA
# (VIENA Y VARSOVIA-OCTUBRE, 1925)

El teléfono sonó insistentemente en el dormitorio de Paul Dukas a las dos de la madrugada. Se hallaba en su casa de Grinzing y era fin de semana. Levanto el auricular con preocupación. Era su madre que con voz entrecortada le decía que su padre acababa de fallecer, y que una ambulancia había llevado el cuerpo al hospital central. Paul encendió la luz y se levantó de la cama. Eva le preguntó que quién había llamado y él le contó lo sucedido. Le pidió que se quedara allí hasta que él hubiera visto a su madre. Que la llamaría para ver lo que hacían. Luego se afeitó y se vistió sin apresurarse, sabiendo que ya nada se podía hacer. A fin de cuentas era médico y sabía desde hacía tiempo que su padre sufría una severa dolencia cardíaca que no tenía solución, que en cualquier momento el corazón simplemente dejaría de latir. Mientras descendía en su automóvil hacia el centro de Viena recordaba algunos momentos, cuando su padre había hecho todo lo que pudo para que él tuviera una vida mejor que la suya.

Su padre le había entregado una carta apenas dos semanas antes, a finales de septiembre. En ella le pedía que lo enterrasen en el cementerio judío de Varsovia, ya que era allí donde se encontraban las tumbas de sus dos hermanos mayores, que habían emigrado años antes a Varsovia desde Dubossati. Aquel deseo significaba una gran complicación, ya que tendría que obtener una serie de permisos y papeleo. Odiaba la burocracia, pero no tendría más remedio que cumplir aquella petición. El viejo Salomón jamás le había pedido nada, muy al contrario, siempre fue tremendamente generoso con él.

Cuando llegó a la morgue del hospital central encontró a su madre sentada en la sala de visitas. La abrazó y se sentó junto a ella. La notó tranquila, incluso le sonrió cuando le cogió la mano.

—¿Fue rápido, madre? ¿Sufrió papá?

—Gracias a Dios creo que ni se enteró. Cuando le sobrevino el ataque estaba durmiendo profundamente. Para mí que aún sigue en su sueño. Ya sabes, los que

mueren soñando permanecen en su sueño. Tu padre sabía hacía tiempo que se estaba acabando. Para mí quisiera esa muerte.

—Madre —Paul siempre la llamaba así— ¿Tú sabías que papá quería ser enterrado en el cementerio judío de Varsovia? ¡No tiene ningún sentido después de haberse convertido en católico! Aunque tú y yo sabemos que fue a hablar hace unos meses con el rabino para ver cómo podía volver a la ley. Bueno, si quería ser enterrado como judío, por mí está bien. Con respecto a lo de Varsovia, él me contó que el cementerio judío está cerca del cementerio de Powazki, en una calle llamada Okopowa. Ahora tengo que pensar cómo lo podemos llevar hasta allí.

—Sí Paul, ya sabes cómo era. Efectivamente volvimos los dos a la religión de nuestros padres. No nos sentíamos cómodos en una iglesia. Entonces él lo hizo por ti, pero se arrepintió el mismo día. No te lo dijimos pues lo quería mantener en secreto. Pensaba que podría perjudicarte si se supiera. ¡Pero Viena no es Dubossati! ¡Aquí la gente va a lo suyo, y además a él nadie lo conocía! En cuanto a lo de Varsovia yo también lo he estado pensando. Una gran complicación, ¡pero si ese era su deseo! Por cierto, ¿recuerdas lo de la piedra de Dubossati? Tendremos que depositarla sobre su tumba.

—La verdad, madre, ¡si lo llego a pensar lo hubiera invitado a vivir sus últimos meses allí!

—¡No digas eso, Paul! ¡Era tu padre! ¡Y un buen hombre! Mira haremos una cosa, hablaremos con el rabino Herzog. Él sabrá que hacer. Ese hombre siempre tiene salida para todo.

Como era la costumbre el funeral se celebró el mismo día. De los miembros de la comunidad judía vienesa sólo asistieron David Goldman y su mujer, Rachel. Ambos le expresaron sus condolencias y le dijeron que Selma no se encontraba en Viena, pero que sin duda habría asistido. Después hablaron con el rabino, quien tras escucharlos detenidamente les dijo que lo enterrasen en el cementerio judío de Viena. Que no era preciso que lo llevaran a Varsovia, pero que en compensación su hijo —Paul comprendió que se refería a él— hiciera un viaje a Varsovia cuanto antes. Una vez allí debería ir al cementerio Powazki, buscar la tumba de sus tíos, y llevar la piedra con la que Salomón quería que lo enterrasen, para depositarla sobre la tumba de su hermano mayor. Con ello a juicio del rabino, sería como si lo hubiesen enterrado allí.

Cuando llegaron al cementerio judío situado dentro del gran cementerio Zentralfriedhof, David Goldman como judío practicante se puso los tajrijim, y el rabino le puso al cuerpo de Salomón su talit. Salomón Dukas había vuelto a su fe.

A Paul Dukas le asombró ver llegar en aquel momento a Sigmund Freud, quien le dijo que había visto la esquela en la prensa y quería rendir sus respetos a aquel compañero de profesión, y padre de un colega. Paul se lo agradeció. Freud volvió a estrecharle la mano y cuando la ceremonia terminó se despidió de su madre y de él, y se alejó caminando bajo una fina lluvia entre las tumbas. Paul pensó que había sido todo un detalle por su parte ir hasta allí.

Tres semanas más tarde Paul viajó a Varsovia por Berlín, donde quería adquirir unos libros. En su maleta, dentro de una caja, llevaba la piedra blanca de su padre. Era un largo viaje para cumplir el último deseo de Salomón Dukas. En Berlín solo permaneció un día. Aquella ciudad no le atraía lo más mínimo. Al día siguiente prosiguió su viaje. Cuando finalmente el tren se detuvo en la estación central de Varsovia, cogió un taxi que lo llevó al Hotel Bristol. Al ver aquella ciudad tras contemplar las avenidas de Berlín, sintió como si el tiempo se hubiese detenido, era como si él siguiera teniendo diez años, cuando había estado unos días allí para visitar a sus tíos, aún se veían muchas calesas tiradas por caballos arriba y abajo. Le asombró la cantidad de judíos que la habitaban. Muchos llevaban sus ropajes oscuros, la mayoría se distinguía de los polacos a simple vista. A diferencia de su padre, él no sentía la llamada de la sangre, muy al contrario, le incomodaba el hecho de que alguien pudiera confundirlo.

Al menos en aquella ciudad nadie lo conocía. Por otra parte su rostro, sus gafas doradas, la cuidada barba y los cabellos claros, vistiendo un elegante terno, la camisa cortada a mano, calzando unos caros botines, la maleta de marca, eran los de un austríaco o un alemán de clase alta.

No tuvo ningún problema, en recepción tenían su reserva que había hecho telegráficamente desde Viena, aquel era el mejor hotel de Varsovia. Le dieron la suite en la cuarta planta ya que desde allí no se escuchaba el tráfico, los chirridos de los tranvías, ni el griterío de los vendedores ambulantes. Volvió a pensar que aquella ciudad no tenía nada que ver con Viena. Era mucho más primitiva, también más humana, parodiando a Nietzsche, incluso demasiado humana, aunque no podía negar que poseía un encanto especial, con aquella sensación de

haber retrocedido en el tiempo, le recordaba su niñez y parte de su juventud. De alguna manera, Varsovia olía a Asia.

Paul Dukas se sabía un reputado psiquiatra, alguien muy respetable que sólo tenía una pequeña debilidad que mantenía discretamente: el sexo. Tras entregarle cincuenta zlotys al jefe de recepción, le preguntó en voz baja cual era la casa de citas más acreditada de Varsovia. La generosa suma hizo que el hombre saliera con él a la calle y señalara un edificio situado también en la plaza.

—¡Ahí mismo, sólo tiene que cruzar la avenida! Allí, en la tercera planta, justo en la esquina, encontrará sin duda lo que está buscando, ya que se trata sin duda alguna del mejor burdel de la ciudad, y por tanto de Polonia. ¡Le diré que es demasiado caro para los polacos, que nos tenemos que conformar con montar en segunda clase!

El hombre le guiñó un ojo en señal de complicidad, añadiendo en voz baja que la iglesia católica había querido cerrarlo en varias ocasiones, pero sin conseguirlo. Eso en Polonia era algo muy extraño, lo que indicaba que el lugar tenía importantes protectores.

Paul no solía acudir a los prostíbulos. No le hacía falta. Conocía a muchas mujeres que no tenían ningún reparo en acostarse con él, o con otros como él. De hecho a Eva Gessner la había seducido en su consulta. ¿O había sido al revés?

Aguardó a que anocheciera para ir hasta allí. Sentía un cierto pudor de que alguien pudiera reconocerle, por otra parte casi imposible. Subió en el ascensor a la tercera planta. Ni tan siquiera tuvo que tocar el timbre, ya que alguien invisible aguardaba a los escasos clientes, caballeros acomodados que podrían permitirse aquel lujo, y la puerta del piso se abrió como por arte de magia. Paul penetró en el amplio vestíbulo y vio a la madame acercándose a él, sonriendo artificialmente, invitándole a sentarse en un apartado. Ella le comentó que para hombres como él tenían un servicio especial. Eran quinientos zlotys. Mucho dinero. Pero eso era lo que él buscaba. Pagó el servicio por adelantado como era costumbre, y luego ella lo llevó delante de un gran espejo mientras exclamaba en voz baja.

—¡La cámara de las huríes! ¡Es como el paraíso, sólo que aquí en la tierra!

En el amplio salón pudo contemplar toda clase de chicas en distintas posturas, como si estuvieran en un verdadero harén, en su propia intimidad. Sólo pudo murmurar que era cierto, es como uno imaginaba el paraíso. Señaló a una

hermosa joven de cabello negro y ojos profundos. Enseguida la madame lo condujo a una lujosa, aunque excesivamente recargada estancia, en penumbra. Le explicó cómo podía subir o bajar a su gusto las lámparas de gas, y él volvió a pensar que aquello era otro mundo, muy distinto y lejano a Viena.

Se desvistió lentamente reflexionando que no tendría que estar allí, y pensando en la piedra de un hombre que se había llamado Salomón Dukas y que se encontraba en su maleta en la habitación del hotel. Unos minutos más tarde entró la joven elegida. Le pareció aún más bella que cuando la había visto a través del espejo. Por algún motivo pensó que en Viena sólo había un lugar de confianza, donde había ido alguna vez mientras estaba casado con Selma Goldman, ya que aquellas escapadas solía reservarlas para los viajes. Observó como la muchacha se quitaba la bata de seda y en ropa interior se dirigía despacio hacia la cama, intentando seducirle con gestos algo forzados, como si le hubieran explicado lo que tenía que hacer en su oficio. De improviso la muchacha tropezó con la alfombra y cayó golpeándose ligeramente en un costado contra los pies de la cama metálica. Se incorporó para atenderla, mientras ella pronunciaba algo que él entendió perfectamente. Se trataba de un insulto yiddish, que había escuchado muchas veces cuando era un niño. Asombrado, le preguntó si era judía, ella dudó un instante y afirmó con la cabeza. Se señaló a sí misma y pronunció su nombre.

—Sarah Lowestein, aunque todo el mundo me llama Lowe.

Paul pensó que no debería estar allí. Se sintió violento, pensando que se había equivocado. Estuvieron un largo rato desnudos observándose a través del gran espejo situado sobre la cama, bajo el baldaquín. Ella le observaba dándose cuenta de que algo no iba como debiera. Paul había cubierto su excitado sexo con la colcha mientras sentía una extraña vergüenza, intentando justificarse, dándole vueltas a la cabeza, pensando que, después de todo, también los psiquiatras tenían derecho a tener sus fantasías eróticas. La muchacha era verdaderamente hermosa, aunque se le notaba su torpeza, su inexperiencia en el arte de amar. No creyó que tuviera ni tan siquiera dieciocho años, con aquellos pequeños y enhiestos pechos de virgen impúber que intentaba cubrirse con los brazos. Cuando le preguntó que cuantos años tenía, ella se puso seria.

—¡Dieciocho! ¡Claro que los tengo! ¡Ya no soy una niña!

Supo que ella mentía, y que esa contestación terminaba por inhibirle

definitivamente, a pesar de que la joven hacía esfuerzos por intentar seducirle, con sus ojos negros y el largo cabello que cubría parte de su hermoso cuerpo desnudo. Sentía una extraña mezcla de culpabilidad y al tiempo de ser muy afortunado.

Fue incapaz de continuar, de hacer el amor con ella, mientras Lowe lo observaba sin saber bien a qué atenerse. Estuvieron más tiempo del acordado. La madame le había advertido que si eso sucedía tendría que pagar otra cantidad igual. Se encogió de hombros. La muchacha se había cubierto con la colcha y le preguntó casi sollozando si era que le desagradaba por algún motivo. Sólo pudo negar con la cabeza. Más tarde encendió un cigarrillo, y la muchacha comprendió que aunque no hubiera sucedido nada él daba la sesión por terminada. Se deslizó de la cama, se acercó al sillón, recogió su batín y su ropa interior y se dirigió en silencio hacia una puerta falsa escondida tras un espejo en la pared. La abrió y allí, desnuda, enmarcada por la puerta se volvió como si no supiera lo que debía hacer. Él pensó que era sin duda una hermosa imagen. Entonces impulsivamente, sin saber por qué, le hizo una pregunta.

—Sarah o Lowe, como prefieras. ¿De dónde eres?

Ella intentó sonreír.

—Llámeme Lowe. ¡Muy lejos de aquí, en la Besarabia, un pueblo muy pequeño, apenas una aldea! ¡No lo conocerá usted! Se llama Dubossati, junto al Vístula.

Paul no se asombró al escuchar la respuesta. Era como si todo hubiera estado planeado desde el mismo principio. Sólo se dejó caer hacia atrás en la cama sin poder evitar que una lágrima corriera por su mejilla.

Al día siguiente hacía mucho frío, lloviznaba a ratos, y tuvo que pedir un paraguas en recepción. Había cometido el error de olvidar el suyo en un bar de la estación de Berlín. Salió a buscar al rabino Efraím Krasniewski, para el que llevaba una carta del rabino Herzog de Viena, que le había atendido en la ceremonia fúnebre de su padre. También llevaba la piedra en una cajita, envuelta como un pesado presente. Se sentía algo ridículo, ya que siempre había jurado que no quería saber nada de todas aquellas costumbres judías en las que no creía. Y sin embargo allí estaba, en aquel viaje, buscando a un rabino en la decadente y atrasada Varsovia. Mientras caminaba no podía dejar de pensar en Lowe, la bella muchacha de Dubossati. ¡Qué increíble casualidad! Aquello le había impedido

dormir.

En la sinagoga de la calle Okopowa, cercana al cementerio judío de Powazki, tuvo que aguardar un largo rato al rabino. Haciendo tiempo se asomó a la reja que separaba el cementerio de la calle. Era un hermoso y tétrico lugar, y más en aquel día lluvioso que hacía que las piedras brillaran. Unos cuervos graznaban sobre un árbol cercano. Se fijó que el lugar no estaba muy bien conservado y que muchas lápidas se inclinaban con el paso de los siglos, mientras las malas hierbas crecían por todas partes. Allí acababan todas las ilusiones. Como toda Varsovia, necesitaba una mano de pintura. No por ello era menos bella, aunque le provocaba una sensación de nostalgia. Pensó que buscar las tumbas de sus tíos en aquel laberinto sería como buscar una aguja en un pajar. Un hombre cruzó la calle hacia donde él estaba. Se presentó. Era el rabino Krasniewski que le estrechó la mano mientras murmuraba que le habían advertido de que alguien le aguardaba.

Paul le explicó la historia intentando no alargarse. La muerte de su padre. Su deseo de ser enterrado en aquel cementerio de Varsovia. Le entregó la carta del rabino de Viena. Añadió que sólo quería depositar la piedra en la tumba del hermano mayor de su padre, Schmuel Dukas, conforme los deseos de su padre, ya que resultaba materialmente imposible traer su cuerpo hasta allí. El rabino asintió. Comentó que aquella parecía una buena solución. En la piedra estaba la eternidad. El alma de Salomón Dukas estaba también en aquella piedra que él cogió un día hacía mucho tiempo, y cumplir su deseo de estar de alguna manera en aquel cementerio junto a sus hermanos era algo muy importante. Luego lo acompañó recorriendo el cementerio. El rabino parecía saber dónde estaban enterrados todos y cada uno de los que allí reposaban. Llegaron a un sepulcro, en la lápida se podía leer «Schmuel Dukas», escrito en letras hebreas. En la lápida contigua leyó «Abraham Dukas». El rabino aguardó a que él depositara la piedra, y a Paul le pareció que el hombre murmuraba una breve oración en hebreo. El rabino se tomaba muy en serio todo aquello. En cualquier caso era lo menos que podía hacer por su padre. Después ambos caminaron de vuelta hacia la oxidada cancela que daba a la calle Okopowa.

Le pareció reconocer a lo lejos a la joven del burdel de pie junto a una tumba. No daba crédito a sus ojos. ¿Otra vez el azar? Se despidió del rabino apresuradamente, explicándole que conocía a aquella joven. Caminó hacia ella,

una delgada y patética figura en aquel lugar. Era ella. Lowe se volvió hacia él y lo reconoció sorprendida.

—¿Pero qué hace usted en este cementerio?

Paul sonrió. Aún no podía creerlo. La joven lo observaba con sus grandes ojos.

—¡Qué gran casualidad! Sólo he venido a visitar la tumba de mis tíos Schmuel y Abraham Dukas, aprovechando que estoy en Varsovia. ¿Y usted Lowe? ¿Qué hace usted aquí? ¡Esto es una asombrosa coincidencia!

—Verá. Aquí está enterrada mi madre. Murió unos meses después de que llegáramos a Varsovia desde Dubossati. Vengo todos los viernes a visitarla, pues estoy segura de que ella quiere saber de mí. ¡Por cierto! Usted no me dijo de donde era.

Paul asintió con la cabeza y sin darse cuenta comenzó a tutearla.

—Tienes razón. Vivo en Viena. He venido para cumplir con la voluntad de mi padre que falleció hace poco.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento! ¡Es terrible cuando se van y nos dejan solos! Oiga, ¿me invita a un café con pastas? De pronto he notado que tengo hambre.

—¡Claro que sí! ¿Dónde podemos tomar algo por aquí cerca?

—Yo le diré. Observe como el rabino nos está vigilando. Debe estar imaginando cosas, aunque él no sabe en lo que trabajo. ¡Pobre hombre! Parece buena persona. Mire, por ahí, dos calles más abajo conozco un pequeño café. Este barrio es como un pequeño pueblo. Ahí estaremos bien.

Unos minutos más tarde entraron en el café que ella decía. Un lugar cálido, con las vigas de madera. Era cierta la apreciación de Lowe, creaba la sensación de que hubieran salido de la ciudad y que se encontraran en pleno campo, con la chimenea encendida y el aroma a pan recién hecho. Incluso unas ocas graznaban en el patio trasero.

—¡Perfecto! ¿No te parece que se está mucho mejor aquí que mojándonos en el cementerio? Lowe, ¿qué quieres tomar? ¿Te apetece un café con leche y unas tostadas de esas?

Ella asintió. En aquel momento se dio cuenta de que la joven podría ser su hija y sintió una cierta vergüenza al recordar lo ocurrido la tarde anterior. Había decidido volver aquella tarde otra vez, ya que partiría en el expreso nocturno hacia Berlín, aunque solo quería verla de nuevo antes de irse. Ella le había

impresionado y quería saber algo más. La casualidad los había hecho encontrarse.

Desayunaron con apetito en silencio. Ella observaba en silencio a las ocas persiguiéndose por el amplio patio posterior que se dominaba desde la ventana.

—¡Como en mi pueblo! —exclamó sin poder contenerse.

Aquella expresión tan ingenua de la joven le pareció la oportunidad para preguntarle.

—Lowe. Me dijiste que eras de Dubossati. Te voy a contar algo que ayer no tuve ocasión ni me parecía el lugar adecuado, pensaba ir a verte esta tarde para hablar contigo, y tendrás que creerme aunque lo que escuches te parezca imposible. Verás, yo también soy de Dubossati, igual que tú. Me llamo Paul Dukas y viví allí en esa aldea perdida de la Besarabia hasta que tuve quince años. Naturalmente tú no habías nacido. Después mi familia emigró a Austria.

Sarah lo miraba con los ojos muy abiertos, con absoluta incredulidad mientras él hablaba. Vio que tenía las mejillas arreboladas. Tal vez por el cálido ambiente, tal vez porque en aquel instante hubiera sentido una cierta vergüenza.

—Mi padre era el médico del pueblo, pero como allí en Dubossati no era capaz de sacar a la familia adelante, y además siempre estaba presente la amenaza de los pogromos, nos fuimos a un pueblo austríaco llamado Leonding, justo al lado de una importante ciudad llamada Linz, allí ejerció hasta que decidió que era mejor para la familia ir a vivir a Viena. Como él soy médico, en mi caso neurólogo, o si prefieres, psiquiatra, y te cuento todo esto porque me ha impresionado la casualidad. Yo también me siento violento al contarte esto. Pero te prometo que no es más que la verdad. Tendré que confesarte que ayer, cuando llegué al hotel me sentía muy sólo, y en recepción me dijeron que justo a unos pasos se encontraba la mejor casa de citas de Varsovia. Fui más por curiosidad morbosa que por otra cosa.

Lowe lo observaba como si no estuviera creyendo lo que le contaba.

—¿Me está diciendo la verdad, o sólo se está riendo de mí? ¡Perdone, pero no puedo creerle!

—Bueno. Estás en tu derecho de pensar lo que quieras. Mi padre se llamaba Salomón Dukas, y mi madre, como tú, Sarah, de soltera Sarah Rosenthal. Allí alguien los recordará. Tal vez el «shadchan» que arregló la boda entre mis padres y se llamaba Jacob Steinlowski. No hace tanto tiempo todavía. ¡Claro que es una

increíble casualidad! Mira, no voy a disculparme, pero quisiera que olvidaras lo que pasó ayer. Me siento avergonzado. Eres demasiado joven para estar trabajando en un burdel. Iba a decir y demasiado hermosa. Nosotros vivíamos cerca del río, donde había un amarradero. ¿Puedo hacerte una pregunta? Dime la verdad. ¿Cuánto tiempo llevas allí?

Notó que Lowe se había puesto muy seria, casi a punto de que se le saltaran las lágrimas. No se atrevía a mirarle a los ojos. Probablemente al saber que era médico sentía un cierto respeto.

—¡Entonces es cierto! ¡A ese Jacob Steinlowski lo conocí yo! Yo también le confesaré que ayer comencé en este asunto. ¡Usted iba a ser el primero! —la muchacha ocultó su rostro con las manos—. No me quedaba dinero para seguir pagando el alquiler. ¿Qué podía hacer? Mi padre murió hace dos años, y mi madre apenas duró unos meses cuando vinimos a Varsovia. En el hospital municipal me dijeron que se la había llevado el cáncer. ¡Últimamente tosía mucho! Luego los gastos del entierro me dejaron apenas sin un zloty. Ella me enseñó de pequeña a tocar el piano y creía que no lo hacía mal ¡Pero aquí en Varsovia eso lo sabe hacer todo el mundo! ¡He estado tocando unas semanas en el salón que hay bajo el burdel como sustituta de la pianista! Allí me conoció la madame. Me dijo que no podría ganarme la vida sólo con eso, pero que ella me ofrecía ganar mucho más dinero. Por otro lado tampoco quería volver al pueblo. ¡Allí no podría sobrevivir! ¡Ahora ya lo sabe! ¡Por favor, no me mire así, me da vergüenza!

Para entonces la joven sollozaba mientras volvía a cubrirse el rostro con las manos. Paul pensaba que nunca le había sucedido algo así. ¡Una doble jugada del azar! ¡Volverla a encontrar aquella mañana! Él también se notaba los ojos húmedos, a pesar de que estaba acostumbrado a escuchar historias muy duras. La diferencia con aquella estribaba en que en la mayoría de los casos las que le contaban en su consulta sólo eran fantasías de mujeres insatisfechas sexualmente, o manías compulsivas de hombres que poco a poco iban separándose de la realidad. Gente acomodada y extraña que se sentía mejor si alguien las escuchaba. Pero lo que Sarah le estaba contando era la vida misma. Una vida terrible y difícil. Aquella muchacha era demasiado joven, y la casualidad de que hubiera nacido en Dubossati hacía que se sintiera culpable. ¡Qué estupidez! ¡No había cometido ningún delito! Su madre le recriminaba

desde que era muy joven que siempre permaneciera tan frío, tan distante, como si las cosas no le afectaran. No podía actuar de otra manera durante aquellas interminables mañanas en el hospital, rodeado de enfermos mentales sin esperanza, los locos de verdad, a los que no hacía falta escuchar para comprender que aquella gente sufría un verdadero infierno en vida.

Lo que le contaba Lowe era algo muy distinto que le había golpeado sin saber muy bien por qué. ¡Touché! ¿Sólo por qué la había elegido para acostarse con ella?

Entonces, sin pensar en las consecuencias ni las responsabilidades, le hizo una proposición.

—Mira Lowe, no nos conocemos. Tú sólo has entrevisto lo peor de mí. Un hombre maduro que visita los prostíbulos buscando muchachas jóvenes. Yo tenía lo que tú necesitabas, dinero, y tú, juventud y belleza. Me resultaría difícil poder convencerte de que yo no soy así. He venido a Varsovia para cumplir un último deseo de mi padre, ya que él quería ser enterrado aquí, en este viejo cementerio donde están enterrados sus hermanos, pero como eso resultó imposible, traje una piedra que él había cogido el día más importante de su vida, cuando se enamoró de mi madre. El rabino de Viena me explicó que traerla y depositarla en el sepulcro de sus hermanos sería como cumplir su voluntad. Después sucedió algo increíble cuando tú entraste en escena, como si el destino hubiera intervenido. Quiero que sepas quién soy en realidad. Ya te he contado que soy médico, psiquiatra, alguien que se dedica a intentar curar las enfermedades de la mente. Estoy casado, bueno, me divorcié hace tres años y volví a casarme. Tengo dos hijos de mi primera esposa. Ahora creo que soy feliz en mi nuevo matrimonio. No sé por qué te cuento todo esto, tal vez porque tú has sido sincera conmigo. Ahora que sé que eres de Dubossati ya no eres alguien ajeno a mí. Te voy a hacer una propuesta, y te ruego que la entiendas en el buen sentido. Ven conmigo a Viena. Allí podré buscarte un trabajo digno. ¡No quiero que creas que pretendo convertirte en mi amante! Después de lo sucedido siento una terrible deuda contigo. ¡No sería capaz de dejarte aquí en esta situación!

Paul notaba que ella lo observaba fijamente, como si no creyera que aquello estuviera sucediendo. Continuó con la esperanza de que ella le creyese.

—Mira Lowe, tenía pensado irme esta noche a Berlín en el expreso, pero verás, quiero decirte algo, te ofrezco que vengas a Viena una temporada, y luego

podrás buscar lo que te convenga. No tendrás que preocuparte por el dinero. Te daré lo que necesites… sin esperar ninguna compensación. No debes seguir aquí, en una vida que no es la que mereces, ni la que quieres llevar. Intentaré resolver el tema de tu pasaporte. Para empezar iremos a un notario y ambos haremos una declaración jurada de que eres sobrina mía. ¿A fin de cuentas, no somos los dos de Dubossati? Con ese documento iremos a la embajada de Alemania, donde ocupa el puesto de canciller un hermano de mi mujer. No sé si será una buena idea ya que no lo conozco personalmente, nunca lo he visto, y creo que no le caigo demasiado bien, aun así le pediremos un visado para que puedas entrar en Alemania. Una vez en Berlín ya nos las apañaremos para que pases a Austria. Tampoco puedo asegurarte que eso funcione, pero al menos lo intentaremos. ¿Qué te parece?

Lowe estaba perpleja. No sabía qué pensar de aquel hombre. A pesar de no conocerlo, el hecho de que fuese de Dubossati lo convertía en alguien cercano. Por otra parte no creía que le estuviese mintiendo. No tenía por qué hacerlo. No sabía apenas nada acerca de los hombres y veía natural que quisieran acostarse con muchachas jóvenes. Pensaba que tan culpable era él como ella que después de todo iba a hacerlo por dinero. Sin embargo aquella situación le resultaba paradójica. Era bien cierto que si estaba dispuesta a permanecer en el burdel sólo lo haría para poder sobrevivir, y alguien que parecía sincero quería ayudarla a escapar de allí. Sabía cuáles eran los clientes, mientras tocaba el piano en el salón de abajo los había visto aguardando, hombres silenciosos que iban a lo que iban sin más, y no podía olvidar que una de sus nuevas compañeras le confesó que tener que aguantar sus exigencias le provocaba nauseas. Le había contado que llegó a pensar en huir.

El hombre que tenía delante daba la impresión de ser muy diferente. La avergonzaba que fuese alguien de su pueblo, pero él tenía razón en lo fundamental, ella no quería seguir allí, y en aquel momento vio la oportunidad que le había proporcionado el azar.

Lowe asintió sollozando mientras se cubría el rostro con las manos. Él retiró la mirada mientras aparentaba observar con gran interés a través de los cristales las ruidosas ocas que corrían en el patio.

—¿Llevas tu documentación encima? Si no, vamos a buscarla.

Ella asintió al tiempo que con un hilo de voz lo confirmaba.

—Sí. Siempre la llevo conmigo. Me da miedo que me la roben en la habitación donde paro. Allí no tengo confianza con nadie.

Lowe extrajo de su bolso unos papeles, su pasaporte, y se los mostró. Sin más palabras salieron del bar y caminaron hacia el centro. Preguntó a alguien por una notaría, y el hombre les indicó que allí mismo, justo a unos pasos, se encontraba la notaría de Karl Wasilewski. Subieron en el ascensor y Paul notó que Lowe estaba intimidada. Todo estaba sucediendo a una velocidad de vértigo. No quería detenerse a reflexionar. Era algo que le estaba surgiendo de dentro, como si le redimiera de tanto egoísmo. El notario les atendió al cabo de unos minutos. Paul se presentó y le explicó lo que pretendía. El notario asentía imperturbable tras sus anteojos dorados con cristales que destellaban cuando movía la cabeza. A fin de cuentas una declaración jurada no le comprometía en lo más mínimo. Sólo rubricaría lo que aquellos judíos expresaban delante de él. Si era o no cierto lo que le exponían no le afectaba en lo más mínimo. Le cobraría quinientos zlotys por una mera firma. Asintió satisfecho.

—En definitiva usted, doctor Paul Dukas, con pasaporte austríaco, y según me indica natural de Dubossati en la región de Besarabia, manifiesta que la señorita Sarah Lowestein aquí presente, natural de la misma aldea, según compruebo en su documentación, es sobrina segunda suya. ¿Usted, señorita Lowestein, lo confirma? Bien, pues procedamos a la declaración jurada.

Un cuarto de hora más tarde ambos abandonaron la notaría portando dos copias rubricadas y selladas, en un ampuloso papel oficial, del documento que recogía lo manifestado. Paul se sentía satisfecho aunque algo nervioso, había establecido una vinculación definitiva entre ambos. No recordaba que nunca en su vida hubiera actuado siguiendo un impulso altruista.

Paul levantó el brazo, detuvo un taxi para que los llevase a la embajada de Alemania que se encontraba casi a las afueras. Se trataba de una lujosa residencia rodeada de cuidados jardines protegidos por una alta verja. Para que les permitieran acceder tuvo que dar el nombre del canciller al conserje, ya que ninguno de los dos poseía la nacionalidad alemana. En otro caso hubiesen tenido que justificar por escrito los motivos en una ventanilla de una garita que daba directamente a la calle, donde se había formado una cola y aguardar la contestación. Pensó que en la embajada de Alemania en Viena no existía aquel estricto protocolo. En alguna ocasión él había acompañado allí a Eva que seguía

manteniendo su nacionalidad alemana, y entonces las cosas le parecieron muy diferentes.

Tuvieron que aguardar unos minutos. Después les permitieron entrar acompañados de un funcionario que los condujo a una salita de espera en el vestíbulo. Unos momentos después entró un hombre alto y fornido. Aunque no se parecía en nada a su hermana reconoció los rasgos de familia de Joachim Gessner que lo observó enarcando una ceja.

—Buenos días. ¿El doctor Paul Dukas de Viena? Soy el canciller de esta embajada, Joachim Gessner.

Le estrechó la mano fríamente, sin hacer el más mínimo comentario acerca de su relación familiar, como si se tratase de alguien ajeno. Paul no aguardaba una calurosa bienvenida, pero se sintió profundamente humillado. Aquel estúpido y estirado funcionario era el hermano de su mujer aunque nunca hubieran mantenido relación familiar.

—¿Señorita Lowestein? —Gessner saludó a Lowe con una leve inclinación de cabeza—. Bien, usted dirá doctor Dukas. ¿En qué puedo ayudarles?

—Sí, gracias por su tiempo canciller Gessner —por supuesto él tampoco iba a hacer la más mínima mención de su relación familiar—. Verá la señorita Sarah Lowestein es sobrina política mía. Aquí le aporto una declaración notarial sobre ello. Quisiera preguntarle si podría usted proporcionarnos un visado de tránsito para poder viajar a Alemania. Quiero que Sarah me acompañe a Viena, donde resido.

El canciller Gessner se colocó los anteojos con una mueca de cansancio. Para él era obvio que todo aquello no era más que una mera excusa, para que aquel judío pudiera llevar a su pequeña putita judía a Viena. La imbécil de su hermana Eva jamás había querido escucharle. Pues bien, allí estaba la prueba. De todas maneras aquella era su gran oportunidad para marcar las distancias.

—Sí, doctor Dukas, lo comprendo. Pero verá, la declaración jurada no es suficiente a efectos de esta embajada para establecer un vínculo familiar, cosa que por otra parte a nosotros no nos concierne en absoluto al ser ajenos al asunto, ya que usted es súbdito austríaco y su sobrina según aprecio es ciudadana rumana. Por tanto, ahí ni entramos ni salimos. Si ella quiere entrar en Alemania, deberá solicitar previamente un visado a su embajada aquí en Varsovia, y con él hacer la petición oficial en esta embajada para ese visado que usted me indica.

Le puedo asegurar que al tratarse de un visado de tránsito, es decir que sólo la faculte para cruzar el país, una vez lo solicite, se le concederá. Ahora bien, para ello deberá aportar en su pasaporte el visado de entrada en Austria, a fin de garantizar que no será rechazada en la frontera entre Alemania y Austria. Siento no poder darle otra respuesta, pero esto es lo que hay, otra cosa no puedo decirle.

Mientras escuchaba al probo funcionario Paul Dukas sentía dentro de él como le hervía la sangre. Todo lo que estaba oyendo lo conocía muy bien. Pero en modo alguno había ido hasta allí para que su «cuñado» le tratase de aquella humillante manera. Sabía que no se hallaba en condiciones de discutir con él. No tendría otra posibilidad que buscar una salida diferente. La culpa era sólo suya por ir a buscar ayuda al lugar equivocado. Se despidió del canciller fríamente y ambos abandonaron el edificio en silencio.

A pesar del jarro de agua fría quedó con Lowe en que debería tener paciencia. Volvió a replantearse el trayecto hasta Austria. No era preciso entrar en Alemania, ya que cruzando Checoslovaquia sería más directo y fácil. El hecho de tener un billete para Berlín era lo que lo había llevado a aquella idea. Quedaron en que cuando él volviera a Viena solicitaría un visado a nombre de ella, como agrupación familiar, para que pudiera entrar en Austria. Que cuando se lo concedieran la telegrafiaría para que ella lo recogiera en la embajada de Austria en Varsovia. Después cuando ella se dispusiera a viajar le pondría igualmente un telegrama avisándole. Entonces él iría a buscarla cruzando Checoslovaquia en tren para hacer coincidir sus llegadas en Katowice, en la frontera, para que ella no tuviera que aguardarle.

Le explicó que en Viena las cosas eran muy diferentes, que allí creía tener una cierta influencia, y se encargaría de obtener un visado a su nombre que la permitiría entrar en Austria. No en vano la esposa del ministro del interior era paciente suya desde hacía unos meses. Por otra parte era sabido que los checoslovacos no ponían tantas trabas en su frontera con Polonia, y muchos ciudadanos cruzaban de un país a otro sin problemas. Se daba cuenta de que intentarlo a través de la rigidez de los funcionarios alemanes había sido un craso error por su parte.

Antes de despedirse de ella le buscó un hotel respetable apartado del centro y le dijo que en modo alguno volviera a ponerse en contacto con la madame. Le dejó su tarjeta donde figuraba el teléfono de su casa y su consulta, y por último a

pesar de sus protestas la proveyó de dinero suficiente. Después la abrazó y se despidió de ella emocionado, con el mismo sentimiento que aquel que abandona a un familiar.

Mientras volvía a Viena Paul se sentía eufórico por el hecho de ser capaz de estar llevando a cabo aquella especie de catarsis personal. Se tenía por alguien capaz de averiguar los entresijos del alma humana. Hasta aquel momento nunca hubiera creído que la generosidad y el altruismo pudieran producir tanto bienestar interior.

La misma noche que volvió a Grinzing se lo confesó a Eva sin omitir nada. No deseaba comenzar aquella situación en falso. Mientras le contaba lo ocurrido no podía dejar de pensar en su colega el doctor Freud, ya que aquella experiencia que él estaba viviendo personalmente era a fin de cuentas lo que Freud había bautizado como psicoanálisis, y en aquellos momentos descubrió que era muy cierto que reconocer el fondo del trauma y aceptarlo era liberador, al menos para él.

Eva le escuchó en silencio, asombrada, pues no reconocía en aquel hombre a su marido. Meditaba que algo muy fuerte tenía que haberle sucedido en Varsovia para provocar en él un cambio de tal magnitud. A pesar de todo se mantuvo serena, sin interrumpirle y sin montarle ninguna escena. Era cierto que ella estaba teniendo desde hacía unas semanas un romance con Andreas Neuer, su abogado y confidente, y no se sentía con fuerza moral para recriminar el comportamiento sexual o ético de su marido en aquellos momentos. Pero él le aseguró emocionado que no estaba haciendo todo aquello para convertir a Sarah Lowestein en su amante, sino porque había comprendido que tras aquella jugada del azar no podía abandonar a la joven a su suerte. Era poco más que una muchacha desafortunada que el destino había conducido hasta él.

A pesar de la influencia, el visado de Lowe se demoró cerca de un mes. La declaración jurada del doctor austríaco en la que expresaba que ella era pariente suyo y la reclamaba también le sirvió de mucho. El funcionario austríaco que extendió en Varsovia el visado de Sarah Lowestein para Austria, pensó que era algo natural y no puso objeción. Lowe recibió una carta para pasar a recogerlo y cuando lo tuvo entre las manos se le saltaron las lágrimas. Aquella misma tarde puso un telegrama a Paul, avisándole de que el domingo siguiente llegaría a Katowice por la noche. Dos días más tarde viajó en tren hasta allí y se alojó en el

hotel donde había quedado con Paul Dukas. Cuando la avisaron de que el doctor Dukas la aguardaba en recepción, Lowe comprendió que aquello no era ningún sueño, y que podría volver a ser y comportarse como una joven normal.

Durante el largo trayecto en el tren desde Katowice a Viena, Paul le explicó a Lowe que a partir de aquel momento deberían mantener el secreto acerca de cómo se habían conocido. A ninguno de los dos le interesaba difundirlo. Lowe asintió, era lo más prudente. Aquella noche se apearon en la estación de Viena. Paul la llevó a casa de su madre, mientras Lowe se dejaba conducir como si no pudiera oponerse al destino. Se la presentó como a alguien que había conocido casualmente en Varsovia, y que al enterarse que era de Dubossati y saber que tenía serios problemas económicos había decidido ayudarla. Sarah Dukas la observaba sin saber muy bien a qué atenerse. Era en verdad una preciosa muchacha, casi una niña, demasiado joven para luchar sola por la vida. Sarah conocía muy bien a su hijo, sus debilidades y temía que volviese a las andadas. Aunque la explicación que él le dio le pareció sincera, lo que terminó de convencerla fue comprobar que efectivamente aquella muchacha era del mismo pueblo que ella. Naturalmente le hizo una serie de preguntas sobre unos y otros, y la joven los conocía bien. De los que le preguntaba, por supuesto todos ellos de la comunidad judía, unos habían emigrado, otros habían fallecido, pero algunos seguían allí, como el «shadchan», cuyo nombre aseguró no recordar, mientras se quedaba mirando a los cándidos ojos de Sarah Lowestein que casi la interrumpió.

—¿Se refiere usted a Jacob Steinlowski? ¡Ya es muy, muy viejo, aunque pretende seguir haciendo de casamentero! ¡Ese hombre es incorregible!

Lowe le contó, sonriendo por primera vez, que ella misma había sufrido la experiencia, lo que emocionó a Sarah Dukas, que recordaba bien cuando ella era aún la joven Sarah Rosenthal. Aquello disipó de una vez todas sus dudas y desde aquel mismo instante adoptó a la «sobrina Lowe» como una más de la familia.

Mientras Paul Dukas se dirigía a Grinzing en su automóvil iba reflexionando sobre la piedra blanca. Desde que era pequeño la había visto encima de la mesa del despacho de su padre. En aquellos momentos se hallaba sobre la tumba de su tío en el cementerio judío de la calle Okopowa de Varsovia. Había llevado una piedra guardada por amor y volvía con alguien que el destino había señalado para aquella jugada del azar. Como decía siempre el viejo Salomón Dukas, era

cierto que la vida daba muchas vueltas.

# 29. ¡UN PUEBLO, UN REICH, UN FÜHRER! (VARSOVIA Y BERLÍN, DICIEMBRE DE 1925)

Con el único de la familia que Joachim Gessner se llevaba bien era con su hermano Stefan. Sentía una cierta admiración por aquel intrépido oficial de submarinos, que había ascendido tras terminar el conflicto, al entender el ministro de defensa que concurrían en él especiales circunstancias. Para Joachim, que sufría de claustrofobia, el solo hecho de pensar en introducirse en un U-Boot y descender a las profundidades del mar era algo que le proporcionaba escalofríos. Si además existía el riesgo de que pudieran hundirte sin poder escapar de una caja de acero, eso le oprimía el corazón de tan sólo imaginarlo. Por eso cuando su hermano le puso un telegrama para decirle que quería hablar con él, pues no se habían visto desde el día del reparto de la herencia, invitó a Stefan a visitarlo en Varsovia. Los demás miembros de la familia le daban lo mismo. Ni siquiera María, tan mimada por todos cuando era la más pequeña de los hermanos. Era apenas una adolescente cuando comenzó la revolución en Rusia pero mostró su entusiasmo por los comunistas desde el primer día. Hubo un tiempo en que la dieron por perdida con aquellos coqueteos con los bolcheviques. Pero el tiempo de las bromas había quedado atrás, y aunque para disgusto de todos seguía con aquel tipejo medio ruso, parecía que finalmente estaba entrando en razón. Stefan se lo escribió, explicándole que una noche los vio a ambos en un mitin de los nacionalsocialistas. Ellos no lo vieron a él mientras los observaba, pero observó cómo aplaudían y brindaban con cerveza por el nuevo líder, Adolf Hitler. Algo los habría hecho razonar, pero sin duda eso estaba mucho, mucho mejor.

En cuanto a Eva, se ponía enfermo sólo de pensar en ella. Siempre había sido una mujer caprichosa, que en todas partes quería hacerse notar, ser diferente, pasar por la moderna de la familia, convertirse en la mujer más avanzada y atrevida de Viena. Esa particular forma de ser les había ocasionado muchos problemas. Al final su enlace con aquel judío divorciado había sido un oprobio

para todos. Prefería no pensar en ella, olvidarla definitivamente, al menos mientras siguiera con aquel individuo que había tenido la desvergüenza de ir a verle para solicitar un visado para su nueva amante. Algunos de sus conocidos opinaban que vivir con una mujer judía era como si te contaminaran para siempre.

Por aquel motivo había estado tan frío con el tal Paul Dukas en la embajada. ¡Qué atrevimiento el ir hasta allí! No deseaba otorgarle la más mínima confianza. Que comprendiera que no era bienvenido a la familia. En cualquier evento social en Viena se podía encontrar una verdadera batahola de rusos, serbios, griegos, checos, y sobre todo judíos. Eso sí, estos siempre presumiendo de sus títulos académicos o de sus méritos artísticos. Se presentaban como médicos, abogados, artistas, filósofos, periodistas, lo que fuera. Siempre intentando ir por delante de la moda, las tendencias artísticas, los criterios morales o intelectuales. Los tipos adinerados que habían podido estudiar, como Freud o Dukas, se atrevían a dictaminar «excatedra» acerca de los vicios y manías de los demás. Luego estaban los otros judíos, la enorme mayoría, una masa informe que llegaba sin parar de lugares ignotos, de las estepas infinitas, donde parecían reproducirse como las ratas. De Ucrania, Bielorrusia, el este de Polonia, Moldavia, el desconocido y enorme interior de Rusia, gentes ignorantes, con sus vestimentas tradicionales hechas jirones, sucias, con largas barbas y cabellos revueltos, tocados con aquellos extraños sombreros, los shtreimel, con sus rudas manos, sin hablar más que algo de ruso y eso sí, una extraña jerigonza ininteligible y exótica, el yiddish. ¡Pero qué se habían creído! A fin de cuentas todos ellos inmigrantes cuyas familias habían llegado a Alemania o a Austria, casi siempre ilegalmente, como él lo había podido ver en primera persona, con una mano delante y otra detrás para hacerse ricos en cuatro días empleando sus astutas artimañas judías.

A última hora fue a buscar a Stefan a la estación. Cuando lo vio bajar del expreso de Berlín corrió hacia él para abrazarlo. Después lo llevó al hotel Bristol, considerado el mejor de Varsovia, una ciudad para él estancada en el siglo pasado, incapaz de progresar, y por supuesto repleta de judíos, todos ellos tejiendo incansablemente sus pequeños y grandes negocios, siempre caminando de aquella particular manera, andando como si fueran corriendo, lo mismo para especular con sus mercancías, que para ir a rezar a la sinagoga o a preparar el

Sabbat. Le mostró a Stefan como los judíos habían acaparado las calles principales con sus comercios, sus bufetes y sus consultas. De seguir así se apoderarían de aquel país y después de Alemania. Ese pensamiento le ponía nervioso, pensar que la hermosa y ordenada Alemania pudiera caer en poder de aquella gentuza.

Stefan le contó que estaba satisfecho de cómo iban las cosas en Alemania. La crisis económica parecía haber quedado atrás y la inflación estaba controlada. En cuanto al partido nacionalsocialista en el que Stefan militaba, le explicó que por fin se estaba reconociendo la autoridad del «Führer», como todos llamaban ya a Adolf Hitler, que sería sin duda el vencedor final en las apuestas de quién se hacía con el poder en el país. Stefan le explicó que tenía la certeza de haber acertado. Unos meses atrás estuvo a punto de apostar por los hermanos Strasser, pero al final se decantó por Hitler y aquello le había metido entre los hombres de confianza. Stefan le explicó que los nacionalsocialistas estaban buscando gente de nivel y de confianza, y que él había dado su nombre. Iban a tener una reunión en Múnich en mayo y le gustaría que le acompañara.

—Mira Joachim. Tú eres un hombre con la cabeza bien puesta. Y las ideas claras. Ahora ocupas un cargo diplomático importante, pero cuando cambien las cosas la manera de progresar será estando en el bando adecuado. Estos lo son, o mejor dicho lo serán pronto. Eso te lo puedo garantizar.

Stefan estuvo hablando a su hermano de todo lo que estaba ocurriendo, y de cómo se habían acabado definitivamente las disputas partidistas.

—A partir de ahora sólo habrá un Führer. El hombre que nos conducirá al éxito se llama Adolf Hitler. Strasser no daba la talla, y ya está fuera de juego. Así que no lo dudes y súbete al carro cuanto antes. ¡Nos convendrá a los dos!

Joachim reflexionó que era aquello lo que estaba buscando desde hacía mucho tiempo. Allí en Varsovia había podido ser testigo de lo que significaban los judíos para un país. La mayoría de las tiendas, almacenes, pequeños comercios, casas de banca, eran propiedad de los judíos. También los teatros, espectáculos, compañías, artistas. Tanto así que muchos de los teatros solo daban obras en yiddish, como si quisieran demostrar que era su ciudad y que los polacos no contaban. Pero no era eso únicamente. Se los veía por toda la ciudad, muchos con sus luengas barbas, sus sombreros de un corte diferente, haciendo lo que para él eran sus oscuros negocios, algunos huidos de la revolución

bolchevique que según todo el mundo sabía ellos mismos habían creado. Lo comentó con su hermano que coincidía con él.

—¡Esto es lo que terminará por pasar en Alemania si no le ponemos coto! ¿Recuerdas el albacea testamentario del Banco de Viena, aquel tal Goldman? Nuestra hermana Eva me llamó hace tiempo por teléfono. Ella conoce bien el asunto ya que está casada con Paul Dukas, el psiquiatra judío que casualmente estuvo casado anteriormente con la hija de ese Goldman. Como sabes, Eva estuvo a punto de perder su magnífica galería en Viena por culpa de la intervención de Goldman. Naturalmente David Goldman es judío, y consejero de ese banco. ¡El perfecto hipócrita! ¡Eva me contó que ese hombre tiene una hija fuera del matrimonio, fruto de sus aventuras en Berlín con una tal Charlotte Wilhelm! ¡Es cierto Stefan, me dijo incluso su nombre! ¡Me acuerdo porque se llama igual que la profesora de piano que nos puso mamá cuando éramos pequeños! Anna Wilhelm. ¿Recuerdas? ¡Pobre Anna! ¡Lo que tú la hacías rabiar! ¡Y un tipo así quería fastidiarnos la herencia! ¡A saber cuántos hijos tendrá dispersos por toda Austria y Alemania! ¡El tipo va dejando su semilla por ahí como otros tantos judíos con nuestras mujeres!

Stefan interrumpió a su hermano.

—¡Tienes toda la razón, Joachim! ¡Así nos va! ¡Te aseguro que estoy harto! ¡Hay demasiados judíos codiciosos mangoneando nuestras finanzas y nuestra vida en Alemania y en Austria! ¡Me gustaría que pudieras escuchar a Hitler cuando habla sobre este asunto! ¡No he conocido a nadie que tenga tan claras las soluciones a este grave problema! Y te diré algo querido hermano, alguien como tú no debe quedar al margen de lo que está llegando. ¡Sería imperdonable!

Después Stefan insistió en las grandes ventajas de afiliarse al NSDAP y Joachim estuvo de acuerdo. Quedaron en que cuando viajara a Berlín lo acompañaría a la sede del partido.

Stefan volvió a Berlín al día siguiente por la mañana, muy satisfecho de la decisión de su hermano Joachim. Estaba cumpliendo la misión que le habían encomendado. Convencer a personas con título universitario, militares, altos funcionarios, y también gente adinerada de que se afiliaran al partido. Otros como él estaban llevando al NSDAP por toda Alemania, para intentar conseguir duplicar el número de afiliados antes de que acabase 1925.

En el último mitin al que asistió, recordaba que Hitler comentó de buen

humor que acababan de comprar unos archivadores para la sede central del partido, y que los quería ver llenos de fichas con los nuevos afiliados antes del siguiente mitin. Añadió que tendría muy presentes a los que fueran capaces de afiliar al menos a dos docenas. Les mostró los nuevos carteles que se difundirían por todas las ciudades y pueblos de Alemania, diciéndoles que formaban parte del cambio total del partido. Se veía una foto dramatizada de Adolf Hitler saludando con el brazo en alto, tras él, el contorno de Alemania y debajo un mensaje: «*¡Un pueblo, un Reich, un Führer*!». La idea había sido del nuevo director de propaganda que había fichado Joseph Goebbels, y a Hitler le había encantado aquella frase tan directa y clara de lo que él pensaba.

Quince días más tarde Joachim tuvo que viajar a Berlín por asuntos oficiales del servicio diplomático. Stefan aprovechó para comer con él y llevarlo al partido. Joachim se afilió entusiasmado. Luego le presentó al nuevo responsable de Berlín, Joseph Goebbels, que se mostró muy satisfecho al saber que se trataba de su hermano y que pertenecía al cuerpo diplomático.

—¡Esta es la clase de personas que necesitamos para construir un partido fuerte! ¡Muy bien Gessner! ¡Mis felicitaciones a usted, querido amigo y camarada, por su ingreso en este partido! Tenemos mucho que hacer en el futuro y contamos con personas especiales como ustedes dos. ¡No saben lo satisfecho que estará Adolf Hitler cuando se lo cuente! ¡Stefan lo está haciendo muy bien! ¡Gracias a personas entregadas a la causa como usted todo va mejor para nosotros! ¡No lo olvidaremos! Miren, precisamente ese que entra en este momento es nuestro genio del diseño de los nuevos carteles y folletos del partido, el nuevo subdirector ejecutivo de propaganda, señor Eckart. ¡La verdad es que ese hombre sabe lo que lleva entre manos! ¡Qué importante es la propaganda! ¡Creo que al final entre unos y otros, con nuestro Führer lograremos hacernos con el poder y cambiar a Alemania! ¡Esos tipejos que se llaman políticos, me refiero al gobierno y sus acólitos hay que echarlos a la calle… o mejor colgarlos, y con ellos a todos esos influyentes judíos que tienen a Alemania acogotada! ¡A este país hay que darle la vuelta como si fuera un calcetín!

Cuando más tarde ambos salieron a la calle Stefan sonrió a su hermano.

—¡Las cosas de la vida! ¿Sabes quién es ese tal Eckart del que ha hablado Goebbels? ¡No te lo vas a creer! ¡El pretendido novio de nuestra querida

hermana María!

Joachim se detuvo. Oír mencionar a María le ponía nervioso.

—¿Ese es Kurt Eckart? ¡Un don nadie hasta ayer por la mañana! ¡Y ahí lo tienes, diseñando los carteles y colaborando con Goebbels en la propaganda del NSDAP!

—Sí, mi querido hermano. Ya te escribí que los vi hace un par de meses en un mitin. Parece ser que María ha recapacitado y ha olvidado a los bolcheviques. ¡No es tonta y ha comprendido hacia donde sopla el viento! ¡Mucho mejor para ella! Sin embargo he preferido que Goebbels no nos lo presentara. Será un magnifico diseñador y todo lo que quieras, pero no pertenece a nuestra clase, y a pesar de su éxito en el partido, preferiría que María lo dejase, aunque ya sabes lo cabezota que puede llegar a ser nuestra hermana.

—¡Bah! ¡No te preocupes demasiado! ¡El tiempo lo arregla todo! ¡Ella misma terminará por darse cuenta! Pero al menos, que haya optado por abandonar el bolchevismo me ha quitado un gran peso de encima. Podría haberse convertido en una amenaza para nosotros. Por cierto, ese Goebbels si que sabe lo que lleva en las manos. Me ha convencido.

—¡Y tú a él! ¡Están encantados de que gente de tu categoría se incorpore al partido! La verdad, estaban muy preocupados de que sólo esa chusma de las SA los representase. Ahora empieza a ser otra cosa. Gente normal, universitarios, hombres de negocios. ¡Y lo que es mejor, ningún judío! ¡Ni uno solo! ¡Ahora es cuando empiezo a reconocer a mi Alemania!

# 30. UN HOMBRE INDISPENSABLE (MÚNICH, FINALES DE 1926-ENERO DE 1927)

Kurt Eckart era un hombre hecho a sí mismo. Alguien que encontraba soluciones sin aguardar a ver lo que hacían los demás, ya que tampoco esperaba nada de ellos. No podía olvidar su difícil infancia y juventud, cuando con apenas siete años su padre abandonó el hogar. Más tarde la trágica e inesperada pérdida de su madre a los catorce años lo había marcado, haciendo de él alguien que sólo creía en sus propias fuerzas. Cuando comenzó a madurar, puso todas sus esperanzas en la revolución bolchevique. Había conocido a Trotsky, aunque fuese sólo una relación de pasada durante unas semanas cuando colaboró en el diario «Pravda». Durante aquellos años las intensas lecturas de Marx, Engels, Hegel, Lenin, entre otros, lo habían formado como un hombre que obedecía sin discutir las órdenes del comité del partido bolchevique. Más tarde había sido elegido por Félix Djerzinsky para formar parte de los servicios de inteligencia, y enviado por él a Austria para impulsar el partido comunista en aquel país desde la sombra.

Su designación junto a María para la compleja misión de introducirse en el NSDAP y elaborar los informes que se le solicitaran a través de «Iván», su contacto, le demostraban el grado de confianza que sus superiores en Moscú habían depositado en él.

En aquellos días de finales de 1926, su verdadero problema era María. Ella se encontraba en una situación anímica muy difícil, no estaba preparada para asumir lo que las circunstancias imponían. María había soñado con otra cosa muy diferente, era en todo caso una teórica del marxismo, preparada para trabajar en el estudio histórico de la revolución, escribir artículos sobre la praxis marxista, analizar lo que estaba ocurriendo en Europa, que por cierto no era lo que ella había esperado, o incluso vivir la revolución en un papel secundario, como espectadora de primera línea en Moscú o en Leningrado.

Pero lo que la realidad le estaba ofreciendo nada tenía que ver son sus deseos. A María le resultaba insoportable tener que asumir el rol de una ferviente

nacionalsocialista. Sentía nauseas al introducirse en aquel ambiente tan repugnante para ella, relacionarse con aquellos incultos burócratas que creían ciegamente en un personaje como Adolf Hitler, surgido, no se sabía muy bien cómo, de las cenizas de la última gran tormenta que había asolado Europa, alguien cuyo único credo era el nacionalismo germano llevado a las últimas consecuencias. La antítesis del marxismo internacionalista de los bolcheviques. De hecho estaba asistiendo casi en primera fila al comienzo de un drama en la que ellos también eran protagonistas.

Mientras él, su compañero y amante, estaba escalando con gran rapidez en el partido, subiendo igual que la espuma de la cerveza bávara que corría generosamente todas las noches en los locales donde se celebraban los mítines «nazis», como la gente los conocía, a los que obligatoriamente debían asistir, era él quien realizaba los diseños previos para los carteles que luego atraían a tantos alemanes a las filas nacionalistas. Estaba tan imbuido en su papel que incluso se lo había recriminado, pero él replicó que era ella la que no entendía el fondo de la cuestión.

Por el contrario Iván, al que veían de tarde en tarde y siempre de una manera inesperada y en lugares tan sorprendentes como la última vez, cuando casi se dieron de bruces con él en la «Bürgerbräukeller», daba la impresión de estar muy satisfecho de cómo estaban transcurriendo las cosas, aunque allí hizo como que no los conocía, sólo pasó junto a ellos disfrazado de sonriente y bonachón bávaro, ridículo en un hombre de su edad con aquel pantalón corto y los tirantes que acentuaban su abultado estómago.

Unos días más tarde volvieron a encontrarse con él en un hotel típico de las montañas. Ellos salieron a caminar aprovechando el buen tiempo y él se reunió con ellos simulando un encuentro casual, caminando junto a Kurt durante un rato. Les dijo que todo debía seguir igual, y les felicitó en nombre del comité. Mirando a María añadió que no desesperaran en aquella larga carrera de resistencia. María quería explicarle que no podía aguantar más tiempo aquella situación, pero Iván le quitó importancia asegurándole que pronto se le pasaría aquella desazón.

El hombre que estaba detrás del fulgurante ascenso de Kurt Eckart era Goebbels. Tras abandonar a los hermanos Strasser y llegar a un acuerdo con Hitler, era quien coordinaba toda la propaganda del partido. Su idea obsesiva era

doblar el número de afiliados en un año para llegar a los doscientos mil. Le comentó a Kurt que según palabras del propio Führer, era su deseo «crear un estado dentro de un estado», o como él lo definía de una manera más directa «un estado en la sombra», con la cruz gamada como símbolo de Alemania, y un Führer que ejerciera todos los poderes, y que según Goebbels no podría ser otro que Adolf Hitler, que la llevaría adonde se merecía. Para ello, sin duda alguna, era necesario potenciar los instrumentos de propaganda, y hombres como Kurt, capaces de expresar la voluntad y la fuerza del NSDAP, eran lo que necesitaba el partido para lograr sus objetivos.

A partir de enero de 1927, Kurt comenzó a participar en el Comité Ejecutivo de Propaganda, formado por una docena de personas. Aquel era el lugar donde se fijaban las estrategias, e incluso de tanto en tanto solía asistir Hitler. El Führer parecía incansable, ya que en ocasiones llegaba a dar tres o cuatro mítines en un sólo día. Kurt escuchaba lo que se hablaba y tomaba notas. Allí pudo oír a Goebbels insistiendo en que al pueblo no se le debía decir la verdad, si no lo que interesase al partido en cada momento. Aunque era cierto que cada vez asistía más y más gente a los mítines, cuando se redactaban las notas de prensa, la estrategia era triplicar el número real de asistentes. Si habían asistido cinco mil, en las notas a entregar a la prensa se hablaba de quince mil.

—¡Si quieren que vengan ellos a contarlos uno a uno! —Goebbels se refería a los ministros del gobierno, a los representantes del «Anti estado de Weimar», como lo denominaba despreciativamente.

En toda aquella compleja estrategia Kurt Eckart se fue convirtiendo con rapidez en un hombre indispensable. Nadie podría pensar imaginar que tras aquel trabajador infatigable para la causa nacionalsocialista se escondía un ferviente marxista cuya labor era informar al Kremlin de lo que estaba ocurriendo. En cuanto a María, que de nuevo se había trasladado a Múnich para estar junto a Kurt, por el momento no tenía otra obligación que aguantar la presión.

En marzo, María le dijo a Kurt que creía estar embarazada. Pero no se sentía muy feliz, como hubiera sido lo normal. Le confesó que le daba miedo traer un hijo al mundo en aquellos momentos, cuando no podían ser ellos mismos ni saber cuándo volverían a serlo. Aun así Kurt le dijo que aquella noticia era lo mejor que les podía suceder.

# 31. LA GUARIDA DEL LOBO (BERCHTESGADEN, MAYO DE 1927)

Un día de mayo de 1927, Joseph Goebbels telefoneó a Kurt, para decirle que él y su novia, estaban invitados a una excursión «muy especial». Añadió que era un gran honor participar en ella, ya que sólo asistirían un selecto grupo de personas muy vinculadas a Adolf Hitler. Se trataba de ir al sur, a un lugar llamado Berchtesgaden cercano a la frontera con Austria. Confidencialmente le comentó que el Führer acababa de adquirir la «Casa Wachenfeld», que tenía alquilada durante los últimos años y en la que descansaba cuando podía, y deseaba hacer en ella algunos arreglos. Hitler no estaba buscando un arquitecto, aseguró, esa función la tenía asumida personalmente, al menos por el momento, pero sí alguien que le ayudara a darle un nuevo ambiente a la casa. Goebbels añadió que había depositado una gran fe en su nuevo subdirector de propaganda y deseaba llevarlo allí.

—¡Kurt, es usted ya alguien indispensable para el partido! —Kurt se dio cuenta de que no lo decía bromeando. Aquel hombre no sabía lo que era bromear—. ¡La excursión será mañana sábado, y volveremos por la noche, lo más tarde el domingo por la tarde! ¡Yo les recogeré en mi automóvil a las siete! ¡Estén preparados! ¡Es usted un hombre afortunado!

Convencer a María para que le acompañara le costó bastante. Tal vez fuera el embarazo lo que hiciera que en principio ella se negara a ir. Él insistió, y ella se encerró en el dormitorio sollozando. Cuando Kurt había perdido la esperanza de convencerla, María salió de la estancia diciendo que le acompañaría.

Como estaba previsto Goebbels llegó a la hora en punto. Le acompañaba Hannah Stein, la joven con la que estaba saliendo. Con él iban Hans Frank, uno de los secretarios de confianza de Hitler, que se había transformado en los últimos meses en su mano derecha, y también hacía de conductor, además del fotógrafo Heinrich Hoffmann. María los conocía de verlos en los mítines. Goebbels descendió para saludarlos, diciendo que no había tiempo que perder.

Subieron al Mercedes y se dirigieron al sureste. El vehículo iba sin la capota y resultaba difícil hablar y hacerse entender, por lo que nadie intentó entablar una conversación. Más adelante tuvieron que parar unos minutos para cerrarla ya que comenzó a lloviznar cuando ascendían las montañas. Tres horas más tarde, a las diez, llegaban a Berchtesgaden. Llovía y hacía bastante frío. Allí vieron tres automóviles aparcados en la plaza frente al hotel. En la puerta había varios hombres de las SA controlando quién entraba y salía. Un grupo de personas se agolpaba bajo los paraguas en los laterales de la plaza aguardando la posibilidad de ver al líder nacionalsocialista.

Entraron a uno de los salones precedidos por Goebbels y encontraron a Hitler hablando relajadamente con otros dos hombres vestidos al uso del país. Se levantó y saludó a los recién llegados. Hitler parecía de muy buen humor, hizo un comentario acerca de que si las damas estarían fatigadas y dado el mal tiempo que hacía, podrían aguardarles junto a la chimenea, ya que volverían a comer pues habían reservado un comedor privado. Aunque Hannah Stein dijo que no estaba cansada y que iría con ellos, Goebbels le hizo un comentario en voz baja y ella asintió. Se quedaba. María miró a Kurt como preguntándole si la había hecho ir hasta allí para aquello.

Unos minutos más tarde salieron a la plaza. Irían en el automóvil de Hitler, un Mercedes de seis plazas. El conductor, Hitler a su lado, Goebbels, Hans Frank, Hoffmann y Kurt Eckart. El Führer comentó que se sentía relajado por primera vez en mucho tiempo. La casa Wachenfeld ya era suya. Goebbels le felicitó por su adquisición mientras el vehículo subía hacia el Obersalzberg, las montañas cercanas. Finalmente llegaron a la base de la empinada ladera. Allí arriba se divisaba una casa de madera de estilo alpino. Kurt pensó que el lugar era impresionante pero que la casita pasaba desapercibida.

—Esa es la casa. A partir de ahora se llamara el Berghof. ¡Este será mi refugio! ¡Puedo asegurarles que sólo en este lugar vuelvo a encontrarme! ¿Qué les parece?

Subieron caminando por un resbaladizo sendero. Cuando llegaron arriba Goebbels y Frank respiraban fatigosamente. Aunque la casa de cerca era bastante vulgar, la vista dominaba las cercanas montañas con sus cimas cubiertas de nieve.

—¡Bueno! ¡Como ven aquí hay mucho que hacer! Ahora lo que necesito es

ver por dónde se puede abrir un camino de acceso para los coches. En cuanto a la casa, me gusta como es y de momento sólo voy a hacer una pequeña ampliación y una terraza delantera —Hitler se dirigió a Kurt—. Me han dicho que es usted alguien muy especial, con buenas ideas. Me gustaría conocer su opinión.

—Gracias, mi Führer. Como le habrán informado no soy arquitecto, ni ingeniero. Sólo colaboro en el diseño de los carteles y de la revista del partido…

—¡Todo eso lo sé! —Hitler se mostró impaciente—. ¿Pero podría decirme ahora lo que haría con esta casa si fuera suya?

—Naturalmente, mi Führer —Kurt se había dado cuenta de que era mejor ir directamente al asunto, y además Goebbels le había comentado que Hitler era un experto en arquitectura, pero que aún así, por algún motivo, quería conocer su opinión—. Creo que lo mejor de todo son las impresionantes vistas que desde aquí se disfrutan, y la terraza delantera es una buena idea. Debajo para soportarla podría haber un garaje para varios coches, que quedaría oculto tras un muro de piedra vista, y probablemente construiría una terraza lateral a media altura, ahí. También va a necesitar alguna habitación para invitados, y ampliar algunos espacios. ¿Le parece que demos un vistazo a su interior?

Entraron en la casa. Se percibía un ambiente vulgar, como otra más de las muchas casas alpinas de la región, con muebles baratos y un tanto descuidados. Dentro se hallaba una mujer de cierta edad a la que Hitler besó en ambas mejillas. La presentó a sus acompañantes como su hermana, la señora Ángela Raubal.

—Ella será la persona que vivirá aquí. ¡En realidad la casa es un regalo para ella! ¿No es cierto, Ángela?

Hitler bromeaba visiblemente satisfecho. Kurt se dio cuenta de lo fácilmente que aquel hombre pasaba de un estado anímico a otro.

—¿Qué les parece? Lo cierto es que no me gustaría que perdiese el carácter de una casa típica de las montañas. ¡Esta será la guarida del lobo! —Volvió a dirigirse a él—. Y ahora deme sin más su opinión.

—Por lo pronto habría que arreglar a fondo el tejado. Aquí en esta esquina hay una gotera y ahí otra —Kurt ya no se andaba con tanto protocolo—. La terraza sobre la ladera tendría que tener al menos cinco o seis metros de anchura, ya que debería caber un garaje bajo ella y además así sería más aprovechable. Y

luego mi Führer hay algo a tener en cuenta: la seguridad. Usted tiene amigos y enemigos. Aunque este sea un lugar de difícil acceso, o tal vez por eso, habrá que prever control de accesos, un vallado perimetral de la finca, una emisora de radio, un botiquín, y otra serie de detalles a tener en cuenta. Probablemente una cocina más amplia y estudiada. Usted mi Führer necesitará dar de comer a algunos invitados de tanto en tanto. Habrá que pensar en un sistema de calefacción central. Creo que lo primero sería levantar un plano topográfico y otro de la casa actual, comprobar la servidumbre mínima que necesitará, son muchas cosas…

Hitler lo interrumpió bruscamente asintiendo.

—¡Estoy de acuerdo con usted, señor Eckart! ¡Muy bien Goebbels! ¡Que se redacte un memorándum y yo lo supervisaré personalmente! Encargue también esos planos y lo que haga falta. Yo daré el visto bueno a todo ello y después cuando se vaya a realizar la reforma, usted vendrá aquí de vez en cuando y supervisará lo que se haga. Y ahora debemos volver a Berchtesgaden, para comer en el hotel, se está cerrando la niebla y no puedo quedarme aquí atrapado. Adiós, Ángela. ¡Te quedas de dueña y señora! ¡Vámonos!

Después comieron juntos en el comedor del hotel que habían reservado para el partido. Eran en total cerca de treinta personas, y aunque Kurt no tuvo oportunidad de volver a hablar con él supo que aquel día había dado un paso trascendental en su relación con Hitler, que se hallaba en la cabecera de la larga mesa al otro lado del comedor departiendo sobre todo con Goebbels. Notó que de tanto en tanto lo observaba, y que de ello se había apercibido su secretario Frank, que asimismo lo miraba pensando que de dónde habría salido aquel nuevo «favorito».

A las cuatro en punto Hitler se despidió apresuradamente, y él y su séquito abandonaron el comedor. Un rato después ellos volvieron a Múnich donde llegaron ya de noche. Goebbels parecía muy satisfecho de cómo había ido todo y le estrechó la mano con fuerza cuando los dejó de nuevo frente a su casa. María permaneció en silencio. Cuando subían en el ascensor Kurt le preguntó que cómo se sentía, y ella le contestó que nunca había pasado un día tan difícil.

—Sé muy bien cuál es nuestra misión, pero no puedo engañarte. Sinceramente no me veo capaz de afrontarla. Hoy he estado a punto de echarlo todo a perder, siento dentro de mí un rechazo superior a mis fuerzas. ¡No soporto

a esa gente! ¡Representan todo lo opuesto a lo que nosotros pretendemos! ¡Están vacíos! ¡Su política es totalmente confusa y no tiene fundamento filosófico, ni científico, ni moral! ¡Son gente vulgar y amoral que no puede aportar nada positivo! Y hay algo más, algo que me desconcierta y que nunca antes había sentido. ¡Ese hombre, Adolf Hitler, me provoca una sensación insoportable! ¡Algo que jamás me había sucedido, tendrás que creerme si te aseguro que cuando se me acercó sentí escalofríos! La verdad, pensaba decírtelo mañana. No aguanto más, seguir en esta extraña situación es superior a mis fuerzas, así que sintiéndolo mucho me vuelvo a Viena. Pero no te preocupes. Te aguardaré allí. Tengo la certeza de que si sigo aquí podría llegar a perjudicar la misión, y eso no me lo perdonaría.

Kurt no quería discutir, ni mucho menos que aquello significara una ruptura con María. Asintió intentando mostrar comprensión.

—De acuerdo María, vuelve a Viena. Cuando vea a Iván le explicaré que estás embarazada y que lo primero es tu salud. No te preocupes por mí, sé cuidarme sólo. Iré a verte cuando pueda, pero ahora lo importante es seguir adelante. Esta es una carrera de fondo y, cueste lo que cueste, tendré que llegar a la meta.

# 32. LA VOCACIÓN DE SELMA (TEL AVIV Y TESALÓNICA, ABRIL DE 1927)

A principios de abril de 1927, Selma volvió a Tel Aviv tras permanecer tres intensos meses en el kibutz de Degania. Había sido para ella una aventura vital que cambió muchos de sus conceptos, entre otros comprobar que aquel país, aparentemente desértico, en primavera se transformaba en una «tierra de leche y miel». Recordaba lo que decía el Tanaj: «*Dios dice, haré algo maravilloso. Crearé una tierra que aunque el clima no le favorece, será una tierra llena de dátiles y miel y también de leche, para que sepas que nada aparece acá, nada en esta tierra viene acá si no es por mí*». Allí había conocido bien a los kibutzniks y su escasa libertad individual, gentes que debían someter cualquier asunto a la asamblea, pensaban que todo terminaría teniendo consecuencias sobre los demás. Casi todos socialistas radicales, paradójicamente al tiempo eran idealistas. La cultura del kibutz le pareció una especie de totalitarismo democrático. Todo era decidido por todos, nadie decidía casi nada por uno mismo. En el fondo de su alma se resistía a aquella cultura ya que por encima de cualquier cosa lo que más apreciaba era su libertad.

Selma Goldman se había encontrado con Chaim Weizmann en Tel Aviv a través de Ben-Gurión. Se dio cuenta de que aquellos hombres tenían importantes diferencias, pero se respetaban mutuamente. Weizmann le dio sus bendiciones a la idea de montar una oficina de emigración a Palestina en Viena, para ayudar a resolver los problemas que surgían a los emigrantes, a pesar de que consideraba a Ben-Gurión y los suyos socialistas radicales.

—Señora Goldman, me ha convencido. Viena es un lugar prioritario para nosotros, allí vivió Herzl y allí se publicó «El estado judío», allí ha tenido lugar el último congreso, y también el próximo mes tendrá lugar el Congreso Sionista, que ya está en marcha. Pero además de congresos internacionales y de oficinas de representación institucional, necesitamos a alguien que se encargue de los pequeños problemas cotidianos de los emigrantes y de ayudar al movimiento

desde la base. Usted sin duda es la persona indicada y confiamos en su labor. Alguien que sepa de lo que está hablando y guíe a los que quieren venir aquí para facilitarles las cosas.

No hubo mucho más. Weizmann tenía muchas cosas que hacer antes de volver a Inglaterra, y Ben-Gurión, que estaba sobrecargado de trabajo, se despidió de ella deseándole suerte, diciéndole que le mantuviera al corriente de todo. Ella también deseaba ver a sus hijos, y cuatro días más tarde embarcó en un pequeño motovelero con un flete de naranjas, que casualmente se dirigía a Tesalónica. Tuvo que pagar el resto del dinero que le quedaba por el diminuto camarote del patrón.

El patrón no parecía muy dispuesto a dejarla embarcar, pero las circunstancias hicieron que cambiara de opinión apenas unas horas más tarde. Poco antes de partir el cocinero de a bordo tuvo un accidente, y se cortó dos dedos con un cabo de alambre suelto. Ella que seguía allí discutiendo con el hombre, no sólo lo curó y le cosió la herida, sino que se ofreció a preparar la comida para la docena de hombres durante la singladura. Siete días más tarde cuando atracaron en el puerto de Tesalónica, el patrón le ofreció seriamente el puesto, asegurándole que nunca había estado la tripulación más satisfecha, y que si alguna vez necesitaba de él que lo buscara. Selma se despidió de él con un abrazo respondiéndole que tendría en cuenta el ofrecimiento.

Cuando llegó a la casa se llevó una gran sorpresa al encontrar a su madre con los niños. La abuela Esther había muerto de repente un par de semanas antes, y Rachel Goldman, que recibió un telegrama en Viena, había ido allí para despedirla y para cuidar de los pequeños mientras ella volvía.

Al escuchar la noticia Selma lloró desconsoladamente. Se culpaba por haber permanecido más tiempo del previsto en Palestina, lo que la había impedido volver para ver a su abuela Esther por última vez. Su madre le explicó que había sido algo inesperado, y que al menos se había ido al otro mundo sin enterarse. Luego le contó que una gran multitud de judíos y gentiles habían acompañado a la abuela Esther a su última morada. Todo el mundo quería a aquella mujer por su generosidad y su forma de ser tan abierta y cordial.

El rabino le había contado que dos días antes Esther había ido a verle a la sinagoga diciéndole que iba para despedirse, le aseguró que aquella noche se le había aparecido su marido Efraím Safartí para decirle que muy pronto volverían

a estar juntos para siempre. El rabino contó que Esther estaba muy serena y sonriente mientras le decía que, después de todo, la vida no se había portado muy mal con ella, y que no tenía ningún miedo a la muerte. Lo único que le preocupaba era el cascarrabias de Safartí. «¡Ya no sé qué decirle! ¡Ya es tiempo de volver con él, ese hombre nunca ha sabido apañarse sólo!», le había dicho al rabino.

Su madre la acompañó al cementerio judío, y Selma, abrumada por la emoción, depositó sobre la lápida la piedra redonda y blanca, cogida en un paseo con Ben-Gurión en la playa de Tel Aviv, y que había traído de recuerdo a la abuela Esther desde la tierra prometida.

Tres días más tarde cerraron la casa, encargaron a la muchacha turca que había cuidado de los niños que pasara a regar el jardín y a dar una vuelta de vez en cuando, y volvieron todos a Viena con el ánimo decaído al saber que no volverían a escuchar la sabiduría de aquella mujer única.

Selma tenía ahora la misión de montar una oficina para gestionar la emigración a Eretz Israel, que algún día volvería a ser la patria de los judíos. Ella tendría que ayudar en lo que fuera para conseguir llevar a cabo el sueño de Theodor Herzl, y convertir en realidad lo que habían repetido con fe a través de los siglos. «¡El año que viene en Jerusalén!». Después de tantos siglos, los años que venían parecían ser los definitivos.

# 33. LA MALDICIÓN DEL RABINO (DUBOSSATI, BESARABIA, 1893-VIENA, 1927)

Sarah Dukas acogió a Sarah Lowestein, su nueva «sobrina», como si realmente se tratase de alguien muy cercano. Haber nacido ambas en Dubossati ayudó en ello. Incluso resultó que un tal Baruch Kaplan, también vecino de la aldea, era pariente de ambas, por lo que desde ese mismo instante se consideraron parientes a todos los efectos. Lo primero que hizo Sarah fue acompañarla para comprarle ropa y todo lo que necesitase. Para ella era algo natural, y aunque Lowe intentó protestar no consiguió nada. Fueron a los grandes almacenes «Goldman & Goldman», además de a varias tiendas para equiparla. Después le preparó la habitación que había sido de Paul, adaptándola a lo que una muchacha de su edad necesitaría. Lowe se dejó hacer al comprender que no conseguiría nada.

Por otra parte Lowe era una muchacha dulce y hermosa que se hacía querer. La manera en que Paul Dukas la había conocido era un secreto que debía quedar entre ambos, y Paul le pidió a su esposa que mantuviera la discreción más absoluta sobre ello. Eva le aseguró que no se lo contaría a nadie. Se sentía asombrada. Algo había hecho que Paul hubiera cambiado, al menos en aquello. Aquel hombre sólo había pensado en sí mismo desde que tenía uso de razón. Sarah o Lowe le había hecho cambiar por primera vez en toda su vida. De ello también se apercibió su madre, que no podía dar crédito a lo que estaba presenciando. El comportamiento de Paul Dukas era distinto incluso cuando veía a sus dos hijos, Jacques, un niño inquieto, y la pequeña Esther, que acababa de cumplir ocho años, exactamente el mismo tiempo que el Tratado de Versalles. Ambos descubrieron un padre diferente que quería estar más tiempo con ellos.

Sin embargo, paradójicamente, fue Selma Goldman la que estableció un vínculo más fuerte con Lowe. Uno de aquellos días fue a buscar a sus hijos a casa de la abuela paterna, y Sarah Dukas le presentó a Lowe. Inmediatamente congeniaron. Selma tenía ya treinta y dos años y Lowe, que terminó por

reconocer que había nacido en 1909, tan sólo dieciocho, pero entre ambas se estableció una conexión. Cuando Lowe le contó que ella también era de la Besarabia, del mismo pueblo que su madre, Selma pensó que parte de la sangre de Jacques y Esther sería la misma que la que portaba Lowe, y la vio como a una hermana menor.

En aquellos momentos la muchacha intentaba encontrar un trabajo para ganarse la vida. Al saber que Lowe hablaba yiddish, moldavo, rumano, polaco, ruso, chapurreaba el turco, y entendía muy bien el alemán, pensó que sería la persona ideal para atender a los que llegaran, y Selma le ofreció colaborar en la agencia sionista. Cuando le explicó lo que esperaba de ella, Lowe se entusiasmó al momento. Le confesó a Selma que ella también había soñado con ir algún día a la tierra prometida, pero que el solo hecho de poder ayudar a llegar hasta allí a mucha gente la emocionaba, como si estuviera haciendo algo fundamental para su pueblo. Unos días después Selma la llevó a la casa de su madre. Lowe se quedó observando a Rachel Goldman y quedó muda de la emoción, podía haber sido su madre.

Sin embargo Paul Dukas se mantenía alejado. Como si una vez la hubiera rescatado de aquel burdel no quisiera tener demasiada relación con Lowe. No quería aceptar que se sentía atraído por aquella muchacha con la que una noche pudo hacer el amor y sin embargo prefirió abstenerse. Paul le daba muchas vueltas a las cosas. No en vano era psiquiatra. Necesitaba llegar al fondo de la cuestión, averiguar por qué le estaba sucediendo aquello. Era incapaz de comprenderlo, hasta que una noche soñó con lo que le había ocurrido treinta y cuatro años antes, siendo un niño.

Una calurosa mañana del verano de 1893 en Dubossati fue con un amigo al bosque y se asomaron a un ribazo. Desde allí vieron a unas muchachas de la aldea que se bañaban en el arroyo que iba a parar al Dniéster. Las jóvenes estaban desnudas. Reían disfrutando de aquella mañana en la que el mundo parecía estar hecho sólo para ellas, chapoteaban felices en el riachuelo, en aquel apartado y silencioso lugar roto únicamente por el canto de los pájaros. Fue entonces cuando Paul se dio cuenta de que no eran sólo ellos los que observaban a las muchachas. Unos hombres agazapados tras unos arbustos no perdían ojo a las jóvenes, apenas a un tiro de piedra de donde se encontraban. También se dio cuenta de que a ellos dos no los habían visto.

Paul tenía entonces trece años y la curiosidad natural de un niño al descubrir el sexo. Los hombres que espiaban la inocencia de las jóvenes eran para él viejos. Tendrían más de cuarenta años. Después vio como los cuatro hombres caminaron a hurtadillas entre los juncos, aparecieron de repente junto a las tres niñas, que enmudecieron aterrorizadas intentando mantener sus cuerpos bajo el agua para ocultar su desnudez. Paul presenció por primera vez en su vida una violación. Sin pronunciar una palabra los cuatro hombres las acorralaron. Las jóvenes parecían incapaces de huir o de gritar, sólo comenzaron a sollozar al comprender lo que les aguardaba. El amigo de Paul se ocultó tras el ribazo, cubriéndose el rostro con los brazos sin querer ver lo que estaba sucediendo, pero Paul siguió observando incapaz de moverse ni de apartar la mirada. Los cuatro hombres forzaron una tras otra a las muchachas sin miramientos. Después tuvieron la sangre fría de atarlas para evitar que corrieran hacia la cercana aldea. Volvieron a donde habían dejado sus caballos y desaparecieron a galope tendido que resonó en el claro del bosque. Paul corrió adonde ellas se encontraban. Temblaban de frío y de terror, con los ojos desorbitados por el pánico. Mientras intentaba desanudar las cuerdas pudo ver un hilillo de sangre que se deslizaba por los muslos de dos de las jóvenes. No podía evitar rozar sus senos para liberarlas y fue entonces cuando sin ser consciente de lo que le ocurría, Paul sufrió la primera erección de su vida.

Había estado traumatizado por aquello durante años. Recordaba cuando aquella misma noche tuvo que testificar delante del rabino, en presencia de los hombres de la aldea, mientras las mujeres gemían y sollozaban como si participaran en un duelo. Uno de los hombres dijo que todo aquello formaba parte de un proceso inacabable, en el que propietarios de la región pretendían aterrorizarlos hasta conseguir expulsar a los judíos de la región. Como el rabino de la aldea, que no se anduvo por las ramas cuando maldijo a los causantes. Después de tantos años Paul aún era capaz de recordar hasta la última palabra, que seguían grabadas al fuego en su memoria.

—¡Amigos míos, hermanos, la terrible desgracia que hoy nos afecta no es más que otra forma de pogromo! ¡En ocasiones los malvados han llegado aquí con sus caballos, saltando las vallas, prendiendo fuego a nuestras casas, hiriendo o incluso matando a algunos de los nuestros! ¡Pero lo que nos ha sucedido ahora es peor que la muerte! ¡Esos demonios se han llevado la inocencia de nuestras

hijas, las han ultrajado, queriendo con ellos quitarnos la dignidad! ¡Que Dios los maldiga, a ellos y a sus descendientes! ¡Y no tengáis duda de ello! ¡Yo aquí apelo a Dios para que esta maldición se cumpla! ¡Haced correr la voz de que sean quienes sean, los ángeles de la destrucción los alcanzaran, y a partir de ahora los malditos no encontrarán jamás descanso ni lugar donde esconderse! ¡El látigo de fuego los golpeará terriblemente! ¡Nadie puede librarse de la «pulsa denura»! ¡Para que sientan lo que es el dolor, lo padecerán, para que sufran lo que es la humillación, la conocerán, para que teman lo que sin remedio les acaecerá, lo sabrán pronto! ¡A partir de este instante nada ni nadie podrán librarles! Difundidlo por todas las aldeas, por la región, por todo el país. ¡Que sepan los malvados que sus almas no tendrán salvación ni alcanzarán la paz!

Paul recordaba que aquel terrible suceso hizo que las tres familias afectadas emigraran a Polonia, no sólo ante el temor de que algo así pudiera repetirse, sino por la vergüenza que les suponía. Todo aquello lo marcó de tal manera que durante muchos años no fue capaz de mantener una relación normal con una mujer, hasta que conoció a Selma. Hasta entonces sólo podía tener sexo con prostitutas que aceptaban sus condiciones, y que lo golpeaban como parte del placer que intentaba sentir. Cuando escuchó a Lowe maldecir en yiddish en el burdel de Varsovia algo cambió en él y volvió a ser por un instante el niño agazapado entre los juncos espiando la inocencia de unas jóvenes.

Cuando iba a casa de su madre y se encontraba con Lowe procuraba mantener la máxima normalidad. No quería pensar en lo que pudo suceder entonces, solo mantener las distancias, pues había soñado que ella era una de las tres muchachas del río y que él era uno de los hombres que la violaban. Durante toda su juventud la maldición del rabino lo había marcado. Estaba seguro de que aquella era una nueva oportunidad que le había dado el destino.

# 34. LA HERENCIA SEFARDÍ (TESALÓNICA, JULIO Y AGOSTO DE 1927)

A mediados de julio, aprovechando que debía viajar a Tesalónica para resolver la herencia de su abuela Esther, que la había nombrado heredera universal de sus bienes y de los de su marido Efraím Safartí que había tenido en usufructo, Selma tomó la decisión de que sus hijos la acompañaran durante las semanas que tendría que pasar allí. Jacques había cumplido once años, Esther nueve, y ambos le habían pedido que los llevara con ella, ya que habían disfrutado mucho de su primera estancia allí. Su hijo Jacques era muy parecido a su padre, Paul Dukas. Obstinado, perfeccionista, frío, ambicioso a pesar de su corta edad. Esther era muy diferente y se parecía mucho a ella. Era sensible, intuitiva, apasionada y generosa.

Durante los meses que permanecieron en Tesalónica ambos habían aprendido algo de turco de la muchacha que los cuidaba, y también de sefardí de la abuela Esther, a la que seguían echando de menos. Selma quería que fueran con ella, ya que aquel lugar había sido el más importante de su vida, y deseaba que ellos también pudieran disfrutarlo.

Cuando llegaron a Tesalónica encontraron la amplia casa vacía. Desde que entró pudo percibir la fuerte presencia del espíritu benigno de su abuela en todas las habitaciones, en los viejos muebles, en el jardín. Al atardecer fueron a visitarla al cementerio y los niños depositaron guijarros de la playa sobre su tumba. En aquel inmenso lugar, cargado de historia, yacían generaciones de judíos sefardíes que en algún momento también habrían sentido la nostalgia de Sefarad y deseado conocer la tierra prometida. A través de la azarosa historia de su familia, sabía bien que la vida de cada uno de los que allí descansaban no habría sido muy diferente. Luego caminaron de vuelta hacia su casa mientras la tarde caía. En la cercana playa Esther correteaba persiguiendo a Jacques que la hacía rabiar a pesar de las advertencias de su madre. Era como volver a repetir lo que ella había vivido un cuarto de siglo antes, y en aquel momento sintió como

el tiempo transcurría inexorablemente.

Por la noche mientras los pequeños dormían, ella rebuscaba los amarillentos periódicos antiguos, alguno en francés como «Le Progrés», y «El mensajero» en lengua sefardí, con las noticias de entonces que ya se habían transformado en historia. También encontró viejas cartas, antiguos documentos de aquellas familias a las que pertenecía: los Safartí, Toledano, Modiano, Benaroya, Molho, Allentini, Benveniste, Abravanel, muchos otros, todos ellos emparentados por múltiples enlaces a lo largo de los siglos. Vidas cargadas de misterio y aventuras, de unos hombres y mujeres orgullosos de ser lo que eran, que se resistían a ser los perdedores de la historia. También los exóticos vestidos de un siglo antes, los trajes que su abuela guardaba en grandes baúles, oliendo a naftalina. Una noche no se resistió a ponerse uno, con su corpiño forrado de monedas de plata, una falda blanca hasta los tobillos, y un colorido pañuelo cubriéndole el cabello. A la temblorosa luz del quinqué se observó en el espejo y sonrió. Era una más de aquellas mujeres sefardíes que seguían recordando a sus antepasados, expulsados de Sefarad por la intolerancia y la codicia, y que tras su romántico aspecto escondían su convicción de educar a sus hijos en la fe de sus padres.

Recordaba que Ben-Gurión le había contado que visitó Tesalónica años atrás, al ser la única ciudad europea en la que la mayoría de sus habitantes eran judíos, la Jerusalén de los Balcanes, pensando que podría observar en ella el modelo para las futuras ciudades de Israel. Allí pudo leer el diario «Sionista», y su director, Leví Sciuto, le dio su versión del sionismo, ya que para él, la tierra prometida seguía siendo Sefarad. Le aseguró que una vez vueltos a España, y solo entonces, sería el momento de decidir si desde allí partían para Palestina. Pero lo primero, le dijo con dignidad y orgullo, era recuperar lo que la injusticia de unos ambiciosos reyes les habían quitado.

Unos días más tarde tuvo que visitar al notario Dimitrios Papadopoulos, un griego estricto y estirado que la observaba con superioridad, desde el otro lado de la imponente mesa de patas talladas con esfinges que le separaba del resto de los mortales, para escuchar la monótona lectura del testamento. Era hacer oficial lo que ella ya había heredado. La casa Safartí con todo su contenido y los viñedos cercanos, además de la finca. El notario le dijo que ante todo debía liquidar los impuestos. Unos días más tarde lo dejó todo resuelto en la administración de una ciudad que a lo largo de la historia había sido griega,

luego otomana y de nuevo griega, aunque todos sabían que a pesar de la gran emigración de los últimos años, su corazón seguía siendo judío, aun cuando se marchara de allí el último judío de aquella antigua Salónica otomana.

Por el momento Selma no deseaba desprenderse de aquella vieja y hermosa casa, cargada de recuerdos, nostalgia e historia, que tan milagrosamente había resistido al gran incendio, aunque en su interior sabía que no dispondría de mucho tiempo para disfrutarla. Por las noches, mientras los niños caían derrotados en sus camas, ella salía a la terraza y observaba el brillante firmamento de Tesalónica mientras fumaba un cigarrillo de la compañía tabacalera de la ciudad. Fumaba un par de ellos cada noche, en el silencio roto por los lejanos ladridos de los perros, lejos del ajetreo de la Viena cosmopolita. Se había acostumbrado a ello en Degania, donde la transparencia del cielo era muchos mayor si cabía, y sólo estirando el brazo parecía que podría tocar las estrellas.

Pensaba entonces que tal vez algún día podría volver a Palestina con sus dos hijos y enseñarles que aquel sería alguna vez el hogar de todos los judíos. No podía evitar recordar a Nahum Goldman mientras pensaba que necesitaba un hombre en su vida. Nahum no era tal vez lo que ella pretendía, pero recordaba su fuerte personalidad, su inteligencia, alguien que quería dejar su impronta en la construcción de un país que tendría como nombre Israel. Luego los días de aquel cálido agosto fueron pasando con rapidez, mientras Esther y Jacques adquirían un tono bronceado jugando y nadando en la playa frente a la casa. Ella se asomaba de tanto en tanto para echar un vistazo. Era como volver a su propia infancia, y no podía dejar de suspirar al verlos disfrutando de la vida, sin las preocupaciones que a ella la embargaban.

Al principio de septiembre terminó sus gestiones y, a pesar de las protestas de sus hijos, volvieron a Viena un día gris, ventoso y fresco. Esther con su inocencia infantil le preguntó enfadada que por qué habían vuelto, mientras le confesaba enjugándose una lágrima que le gustaba mucho más el sol y el mar de Tesalónica. Selma no se atrevió a decirle que tenía razón, y como si su hija pudiera entender sus sentimientos, le contó el compromiso de abrir una agencia sionista en Viena que había adquirido con Weizmann y Ben-Gurión. Añadió que quizás podría hacerlo más adelante desde Tesalónica, y finalmente desde algún lugar de Palestina. Ella, le dijo convencida, también prefería el brillante sol y la

hermosa luz del mediodía.

# 35. EL DÍA DEL PARTIDO (NÚREMBERG, AGOSTO DE 1927)

Stefan Gessner y Karl Edelberg volvieron a encontrarse el 14 de agosto de 1927 en Núremberg. Stefan había sido enviado allí unos días antes por Herman Goering, que cada vez intervenía más en la organización del NSDAP, para controlar la seguridad durante el «primer día del Partido» Iba a celebrarse en aquella ciudad por sugerencia de Joseph Goebbels, quien había invitado personalmente a Karl Edelberg, lo mismo que a otros centenares de afiliados a los que tenía apuntados en la libreta de hule negra que llevaba siempre encima. En la lista figuraban las personas que le habían causado una impresión especial, y Karl Edelberg era uno de ellos.

Para la mayoría del partido, la idea de elegir Núremberg para celebrar algo tan simbólico había sido del propio Adolf Hitler. La sugerencia fue de Joseph Goebbels, quien se reunía frecuentemente con Julius Streicher, el gauleiter nacionalsocialista de Franconia. Goebbels presentó a Streicher a Kurt Eckart, para que colaborara en el diseño de su periódico «Der Stürmer». Streicher pronto quedó impresionado de la capacidad e inteligencia de aquel hombre. Fue en una cervecería de Múnich, hablando entre ellos, discutiendo acerca de cuál sería el lugar más adecuado, si Múnich o Berlín, cuando Kurt respondió mientras seguía masticando una salchicha.

—Núremberg. Sin duda ese sería el marco adecuado que necesita Hitler.

Streicher se lo quedó mirando fijamente y le preguntó que cuáles eran las razones para dicha elección. Kurt respondió sin darle importancia.

—La historia no necesita razones. Toda la historia de Alemania ha pasado por allí. No haríamos nada nuevo. Por otra parte, un líder necesita un marco que lo ponga en valor. ¿Dónde podrían encontrar uno mejor que aquel?

Allí mismo se decidió comentar la idea con el Führer aquella misma noche. Al escuchar la propuesta Hitler se entusiasmó. Naturalmente Goebbels no mencionó a Kurt Eckart, a fin de cuentas era alguien que formaba parte de su

equipo.

Había que organizar muchas cosas. Iba a ser como la puesta de largo del partido. Una nueva imagen de futuro, fortaleza, eficacia, orden y unidad. Se le encargó a Streicher la coordinación. Hitler confiaba ciegamente en aquel antiguo compañero de armas, que al igual que él había obtenido la Cruz de Hierro de primera Clase.

Stefan Gessner encontró a su amigo Karl Edelberg poco antes del desfile. Se sentó junto a él, satisfecho al comprobar que las dudas que había mostrado tiempo atrás se hubieran disipado. Karl no iba a explicarle que se había visto forzado a asistir, y que sus dudas no solo no se habían disipado, si no que habían aumentado. Después cuando comenzó el desfile, Stefan le comentó que lo que comenzaba a gestarse era imparable, de todas partes de Alemania habían acudido numerosos grupos de participantes. También muchos escuadrones de las SA, animados por músicos, sobre todo tambores y trompetas.

En la Luitpoldheim, Hitler permaneció en pie en el interior de su «Mercedes» con el brazo derecho estirado, saludando a los que desfilaban frente a él. Todo salió como se esperaba. Sin fallos aparentes, fue luego recogido por la prensa afín como «un desfile impecable», con cerca de veinte mil participantes, durante el que se consagraron los nuevos estandartes. Hacía siglos que en la vieja ciudad no resonaban los tambores de aquella manera, y al caer la tarde los SA encendieron las antorchas. Fue como volver atrás en el tiempo al escuchar el retumbar de miles de tambores golpeando al unísono, mientras las antorchas agigantaban las sombras de los que desfilaban en los antiguos muros de piedra. Goebbels daba saltitos de excitación mientras observaba al líder, incansable sin bajar un sólo instante el brazo. No tenía la menor duda de que aquel tipo callado, Eckart, era un genio.

# 36. LA CARTA DE ADA ROTHMAN (VIENA, ENERO DE 1928)

Fue finalmente una fría tarde de enero, apenas comenzado 1928, cuando Eva Gessner pudo descubrir a través de su amante, Andreas Neuer, quién había sido Ada Rothman. Mientras saboreaban una tarta Sacher en el Café Demel, donde se veían frecuentemente, ya que el lugar se encontraba muy cerca del bufete de abogados, hablando de todo, ella le contó el descubrimiento que había hecho acerca de que una de sus bisabuelas, Ada Rothman, era judía. Andreas Neuer sonrió al confesarle que por su parte él sabía que su abuela Hannah Stein, también lo era, aunque siempre lo mantuvo en secreto. Le explicó que cuando falleció, se descubrió en la notaria que Hannah Stein era en realidad Hannah Steinmann, aunque la familia Neuer decidió seguir manteniendo la sabia discreción de aquella mujer y nadie hizo el menor comentario.

Andreas apuntó en su agenda los datos de la bisabuela. Aquel nombre le sonaba, tenía que comprobar unos documentos.

Eva y Andreas estaban viviendo en aquellos meses un apasionado romance. Andreas también estaba casado aunque sin hijos, y se quejaba de haber elegido una mujer aburrida y frígida que no lo comprendía. En cuanto a Eva, estaba harta de esperar siempre a su ocupado marido que volvía a casa muy tarde sin darle muchas explicaciones, y que se levantaba muy temprano para ir a su trabajo en el psiquiátrico del Hospital General. Por el contrario Andreas era un hombre atractivo y extrovertido que siempre parecía estar dispuesto a todo.

Cerca del bufete «Lahm & Stein», donde Andreas participaba ya como socio director, existía un selecto hotel de citas frecuentado por la clase más acomodada de Viena dado sus desorbitados precios. El edificio tenía dos entradas y se hallaba discretamente emplazado cerca del centro, detrás de la catedral. La primera vez ambos entraron algo cohibidos. Pronto comprendieron que aquel lugar era muy frecuentado, y que lo suyo no era nada original en aquella ciudad. Se reunían una vez a la semana en un lujoso apartamento de la tercera planta que

no carecía de ninguna comodidad. Un silencioso mayordomo traía lo que se demandaba por el teléfono interior y lo depositaba en el vestíbulo sin hacerse notar. Para Eva ir allí pronto se transformó en una rutina, a pesar de que Andreas era un buen amante que intentaba satisfacerla. No sentía ningún remordimiento, ya que aunque no tenía constancia, creía que Paul la engañaba con otra mujer.

Cuando Paul apareció de su vuelta a Varsovia acompañado de Lowe y su extraña historia, ella intuyó como la habría conocido antes de que él se lo contara. Por otra parte también estaba segura de que no era con Lowe con la que Paul tenía un lío, sino probablemente con alguna de sus ricas y exquisitas pacientes aquejadas del mal que había asolado a la humanidad desde el principio de los tiempos. La melancolía, la depresión, la histeria femenina provocada por la falta de realización. Ella también hojeaba las revistas y los libros que Paul leía en la biblioteca. Cuando él no estaba, ella aprovechaba para saber lo que aquel hombre pensaba, y cada día se daba más cuenta de que casarse había sido un error. Paul era excesivamente protagonista, con un ego dominante que la impedía acercarse a él aunque durmieran en el mismo lecho. Sin embargo él parecía sentir algo diferente por Lowe, como si no quisiera mancillar la confianza que existía con aquella joven que vivía con Sarah Dukas.

Andreas la llamó aquella misma noche a Grinzing antes de que llegara Paul. Parecía entusiasmado y le preguntó si le venía bien quedar lo antes posible. Tenía noticias de Ada Rothman. Eva sintió una gran curiosidad y aceptó de inmediato.

Al día siguiente se encontraron directamente en el apartamento. Andreas llegó unos minutos después llevando una cartera. De ella extrajo una carta.

—¡Estaba seguro de haber leído el nombre en alguna parte! Y es que por esas casualidades, el bufete estuvo encargado de la administración fiduciaria procedente de la herencia Rothman. Esta carta se entregó a tu madre después de la muerte de tu abuelo, el conde Janos Horvath, en el momento en que se realizó la administración fiduciaria que ha llevado nuestro bufete a lo largo de las últimas décadas. La encontré entre los documentos y me pareció que debías conocerla. Te la dejo en depósito, pero que quede claro que yo no sé nada de este asunto.

Eva estaba algo nerviosa con aquel asunto. Desde que sabía que Ada Rothman era su abuela materna sentía una enorme curiosidad. No la había

conocido, apenas alguna vez, de pasada, oyó a su madre hablar de ella. Era un misterio familiar al que se había querido echar tierra encima. La verdadera historia era que su padre, Friedrich Gessner, un ciudadano alemán de Kiel, de una antigua y honorable familia prusiana, venida a menos y con serios problemas económicos, contrajo matrimonio en Budapest con Hilda Horvath, hija única y heredera universal del conde Janos Horvath.

Cuando Hilda contrajo matrimonio apenas mencionó a su madre, y Friedrich Gessner creyó entonces que se trataría de un asunto de clase, que el padre de Hilda, el conde Horvath, se habría casado con una desconocida plebeya y que intentaban ocultarlo. La realidad demostró que la verdadera propietaria de las enormes fincas, del palacete en Viena, y del resto de la herencia que a pesar de la nefasta administración de Friedrich se había podido salvar, era la desconocida madre de Hilda, que ahora resultaba ser Ada Rothman, hija de Emil Rothman, uno de los financieros más acaudalados de Hungría de mediados del XIX.

Eva cogió la carta que comenzaba a amarillear y tomó asiento bajo la lámpara. Nadie en su familia había leído aquella carta, estaba violando un secreto de familia, que su abuela Ada Rothman había querido ocultar por algún motivo. Se encogió de hombros, a fin de cuentas se trataba de su abuela y quería saber más acerca de ella. Aunque se tratase de un secreto, estaba convencida de que a Ada no le hubiera importado que su nieta entrara en su intimidad. Abrió el sobre, desdobló la carta y leyó:

*Budapest 25 de marzo de 1862*

*Mañana contraeré matrimonio con el conde Janos Horvath, y desde mañana mi nombre será Ada Horvath. Quiero dejar constancia de que no es el hombre al que quiero y que ese matrimonio me ha sido impuesto por mis padres. Dentro de mí late ya una nueva vida, y mi esposo debería haber sido el hombre que la ha engendrado y al que amo, Jacob Mendel. Mis padres me han impuesto esta boda de conveniencia y me han obligado a mantener en silencio mi estado. Oficialmente, cuando nazca dentro de siete meses, será a todos los efectos el heredero o la heredera del conde Horvath.*

*Cuando supe que mis padres se habían convertido a la iglesia evangélica luterana, hace veinticinco años, y que lo hicieron entonces*

*convencidos de que sería la mejor opción para el futuro de la familia, tenían ya la ambición de entroncar con la nobleza húngara y olvidar sus orígenes judíos. Yo no pienso lo mismo. Fue hace dos años en mi búsqueda de la fe perdida cuando conocí a Jacob Mendel. Él me confesó su amor y yo le correspondí. Cuando hace dos meses me entregué a él y, al volver a casa, le dije a mis padres que había encontrado al hombre de mi vida, y que deseaba volver a la religión para poder casarme son él, se negaron a escucharme. Según palabras textuales de mi padre, no deseaban que su única hija «volviera atrás». Unos días más tarde me dijeron que habían concertado mi boda con el conde Janos Horvath. Mi padre, prefería verme muerta que casada con Jacob Mendel. Cuando Jacob lo supo, sin advertirme, tomó la fatal decisión de suicidarse. No sé aún como he podido soportarlo.*

*Pues bien, si esa es su decisión, yo también he tomado la mía. Cuando nazca nuestro hijo, yo habré cumplido mi misión y entonces me iré para siempre con mi verdadero amor. No quiero vivir toda mi vida con alguien al que no amo.*

*Escribo esta carta para que quede constancia de todo ello y de que la joya con mi retrato que él me regaló, como muestra de su amor y de mi voluntad de regresar a la fe de mis ancestros, deberá ser entregada en su día a la mayor de mis nietas o en su caso de mis descendientes. Encontrará sus raíces en el lugar donde acaban las discusiones.*

*Ada Rothman*

Eva levantó la vista y se quedó mirando a Andreas mientras asentía.

—¡Así que mi madre, de nacimiento Hilda Horvath, por casamiento Hilda Gessner, era totalmente de sangre judía, aunque jamás lo comentó! ¡Hija de Jacob Mendel y no del conde Janos Horvath! ¡Tal vez ella no supo que era judía hasta que se le entregaron los documentos mucho tiempo después, ya que tanto su padre como su madre lo eran, pero no intervinieron en su educación por las circunstancias! ¡Yo desconocía que mi abuela Ada tomó la trágica decisión de suicidarse! ¡Y nuestro padre presumiendo toda la vida de la sangre germana y prusiana! ¡Él tuvo que saberlo, y ahora empiezo a pensar que esa fue la causa de la separación de mi madre! ¡Y mis hermanos, sobre todo Joachim y Stefan con

su estúpido orgullo prusiano y sus pensamientos antisemitas, siempre renegando de la sangre judía que según ellos contamina Alemania! ¡No sabes lo que tuve que aguantar de mis propios hermanos cuando tomé la decisión de casarme con Paul Dukas! ¿Qué querrá decir con eso de que encontrará sus raíces donde acaban las discusiones? ¡No le encuentro sentido alguno! ¡Me deja intrigada!

—¡Sí! ¡Así es! ¡Por eso te he traído la carta! En mi caso sólo tengo la cuarta parte de sangre judía por mi abuela materna, pero te confesaré una cosa. Cuando me admitieron en el bufete, el presidente del consejo de administración me preguntó si yo sabía quiénes eran mis cuatro abuelos. Entonces no se lo dije, pero un día desayunando a solas con él se lo confesé. Ocurrió algo que no esperaba. El hombre sonrió, me abrazó sin hacer ningún comentario. ¡Y aún sigo ahí! De todas maneras esto debes mantenerlo como tu abuela quería. Es un secreto que deberás administrar y confiarlo sólo cuando quieras hacerlo. Yo de ti mantendría la discreción, ya que difundir algo así no te ayudaría en nada, sabes muy bien como es la gente aquí. Y ahora debo volver al bufete, pues tenemos consejo y no puedo faltar.

# 37. WERNER SCHARF (BERLÍN Y SASSNITZ, COSTA DEL BÁLTICO, MARZO DE 1928)

Werner Scharf siguió frecuentando la biblioteca, aunque su verdadero interés ya no eran los libros, si no Hannah Richter. Intentaba coincidir con ella sin que se sintiera acosada, en ocasiones sólo la saludaba desde lejos con una leve inclinación de cabeza, sin más. El profesor Scharf, capitán piloto retirado del Reichswehr, era un hombre culto que siendo muy joven había leído «El diario de un seductor» de Sorën Kierkegaard. Cuando conoció a Hannah tuvo la certeza de haber encontrado a su Cordelia. Pensó que la principal diferencia era que Hannah parecía tener un gran corazón.

Tras la tarde de la tormenta en la que por primera vez hablaron largo y tendido, las cosas habían cambiado. Notaba en ella una mirada de simpatía que anteriormente no percibía, ella ya no era indiferente a su presencia. Comenzaron a sentarse más cerca en la gran sala de la biblioteca, hasta que al cabo de unas semanas encontraron un lugar adecuado en una esquina bajo la ventana, en una pequeña mesa reservada para que los investigadores pudieran tener varios libros abiertos al tiempo, incluso para que dos lectores pudieran compartirla. Naturalmente la pasión podía más que la prudencia, por lo que decidieron ir al piso de Werner junto a Alexander Platz. Desde el primer día ella perdía su natural timidez al entrar allí y él se transformaba en un amante insaciable. Las primeras veces no hablaron, sólo hicieron el amor, o mejor expresado, él la enseñó a amar como tiempo atrás había aprendido a hacerlo en Bélgica, Holanda y Francia, durante los años de la Gran Guerra, cuando muchas jóvenes mujeres parecían volverse locas por los pilotos de aquel en apariencia invencible ejército alemán. Recordaba aquellos días como los mejores de su vida, pues fue entonces cuando aprendió a hacer el amor como las mujeres deseaban.

Hannah percibió un nuevo universo. A ella nadie le había mostrado lo mucho

que el sexo podía hacer por el amor. Él le explicó que nada en el comportamiento amoroso entre dos amantes era vergonzoso ni reprobable, ya que era precisamente el amor el que sublimaba todo lo que tocaba. Si Werner tenía a Kierkegaard como maestro, ella encontró en la biblioteca a Ovidio con «El arte de amar» y en él leyó, parpadeando asombrada, los sabios «Consejos para que las mujeres puedan seducir a un varón». Perdió la inhibición que siempre había mantenido en sus relaciones con Joachim, y al hacerlo comprendió lo que se estaba perdiendo. Aquello la transformó en otra mujer, en la mujer que dentro de ella aguardaba su oportunidad. Hasta entonces creía que el mundo sólo podía ser de una manera, tal y como se lo habían enseñado desde niña, pero cuando descubrió el que Werner le mostraba se entusiasmó.

Desde la primera tarde Hannah comprendió que hasta entonces no había estado enamorada, y que lo que creía sentir por Joachim Gessner era algo muy diferente, tal vez una mezcla de sentimientos entre los que se habían mezclado la rutina y el desamor de los últimos tiempos, pero sobre todo una absoluta falta de pasión. Encontrar a alguien tan brillante y vitalista como Werner Scharf había vuelto a despertar en ella algo muy profundo que creía haber perdido para siempre. Alguien que no sólo era culto y sensible, si no que era considerado por mucha gente un héroe de la Gran Guerra, al haber pertenecido a la inmortal escuadrilla del «Barón Rojo», Manfred von Richthofen, al igual que aquel político nazi, Hermann Goering, con el que Werner no parecía llevarse demasiado bien.

A partir de aquel día Hannah comenzó a transformarse, al igual que las crisálidas, parecía querer volver a recuperar el tiempo en el que había permanecido aletargada. Su cutis grisáceo y mate comenzó a brillar con unos tonos dorados que sólo proporciona ese elixir al que llaman felicidad. Compró vestidos nuevos según la última moda de París. Los que hasta entonces llevaba, incluso los mejores que tenía en el ropero, de pronto le parecieron anticuados, que no la favorecían, y se deshizo de ellos. Comenzó a ir con frecuencia a un prestigioso salón de belleza, y le pidió a Hans Meyer, su peluquero de toda la vida, que la peinara con un aspecto más juvenil y que la maquillara cuidadosamente. Hannah no creía que el amor fuera ciego, muy al contrario, estaba convencida de que el amor era exigente y complejo, y ella quería mostrarse más joven, dispuesta y bella ante Werner.

Por su parte Werner Scharf, que había cumplido ya los cuarenta años, alguien con muchas amantes en su larga existencia, comprendió de inmediato que Hannah Richter era la mujer de su vida, a la que durante tantos años había estado aguardando, y se desvivía por ella. Una mañana la llevó a Tempelhof, ya que entre otros cargos era asesor de Lufthansa, para que volara con él en uno de los pocos biplanos que seguían en activo en Alemania, y que, desarmados, habían quedado como reliquias de antes de la guerra. Ella, rendida y emocionada, disfrutó del vuelo sobre Berlín y sus alrededores, y allí volando entre las nubes pensó que debería hablar cuanto antes con Joachim para decirle que lo suyo había acabado para siempre. Cuando se lo explicó a Werner, este la abrazó y la besó apasionadamente, aunque le contestó con cierta malicia que por el momento debería dejar las cosas como estaban, asegurándole que él no era un hombre celoso y que ella debería estar totalmente segura antes de dar aquel salto definitivo. Ella volvió a abrazarle y le dijo que si de algo había estado segura en su vida era de aquel paso.

Una fría tarde de febrero de 1928, Joachim Gessner descendió del expreso que lo traía de Varsovia. Volvía a Berlín por unos días, al haber sido designado por el ministerio como primer secretario de la embajada de Alemania en Viena, cargo por el que había estado luchando denodadamente con aquellos funcionarios del viejo régimen, con los que no creía compartir nada y por los que sentía un gran desprecio. Él conocía muy bien aquella ciudad, en la que había vivido unos años y en su universidad se había licenciado «cum laude» en Derecho Internacional. Estaba convencido de que se hallaba en el camino correcto para llegar a ser nombrado embajador en dos o tres años, y después no se ponía límites.

Cuando entró en su piso de Berlín encontró la carta de Hannah sobre el buró del dormitorio. Antes de abrirla tuvo la intuición de que ella quería dejarlo. La tuvo que leer varias veces pues no era capaz de encontrarle sentido a aquella decisión, pero cuando comprendió que Hannah lo había abandonado por otro hombre, dentro de él sintió una extraña sensación que nunca hasta entonces había sentido. Era algo inesperado y doloroso para él. Acababa de adquirir una alianza de compromiso con un costoso brillante en el que se suponía el mejor taller de corte de diamantes de toda Varsovia, cómo no, propiedad de un joyero judío. Se sentía ridículo al recordar que quería aprovechar el viaje para pedirle

que se casaran, aunque era cierto que llevaban unos meses en que las cartas eran cada vez más escuetas y más frías, hasta que hacía unas semanas Hannah había interrumpido la correspondencia. Él lo achacó a un enfado pasajero y, con la certeza de que la petición de matrimonio lo arreglaría todo, tomó la decisión de pedirle que se casara con él, y como contestación se encontraba con aquella carta de ruptura definitiva. Ella le acusaba, entre otras muchas cosas, de ser un hombre frío y egoísta, lo que Joachim no podía comprender. Terminaba diciéndole que había encontrado al hombre que la hacía dichosa, y que no deseaba volver a verlo. Cuando miró en los armarios y en los cajones vio que Hannah se había llevado toda su ropa, sus objetos personales, sus libros. Lo único que quedaba en el piso era una sensación omnipresente de vacío. Intentó ponerse en contacto con ella sin conseguirlo.

Joachim Gessner era demasiado orgulloso para aceptar que una mujer lo dejara de aquella manera. Sin una explicación personal, cara a cara, como si él no significara nada, y que de todo aquel tiempo que habían convivido sólo quedaran cenizas. Desde que tenía uso de razón se consideraba alguien especial, superior a la gente que le rodeaba, y le resultaba incomprensible que aquello pudiera estar ocurriéndole, justo en el momento en que iba a ofrecerle compartir su vida.

Joachim se sintió tan humillado que pisoteó con furia el estuche que contenía el anillo. Eso le costó tener que buscar el brillante hasta que finalmente lo encontró bajo el sofá. No eran frecuentes aquellos ataques de rabia en él, y aunque recordaba haberlos sufrido siendo muy joven creía haber aprendido a contenerse. No podía soportar el tropel de sentimientos negativos que le invadía. Estaba convencido de que Hannah le pertenecía en cuerpo y alma, cuando alguien desconocido irrumpía en su ordenada vida y la destrozaba. No había sido consciente de como la necesitaba. Era cierto que no se habían casado y que por tanto no podría alegar el derecho que le correspondía, pero para él era como si lo estuvieran. Simplemente no podía aceptar aquella decisión. Decidió vengarse para reparar antes o después lo que entendía su honor perdido.

No podía saber que en aquellos mismos momentos Hannah se encontraba en Sassnitz, en la costa del Báltico, donde Werner la había llevado en la avioneta biplano hasta un pequeño aeródromo de tierra. Muy cerca, en un altozano de hierba sobre la hermosa y solitaria playa, Alice Krook, la hermana de Werner,

viuda de guerra con tres hijos, poseía un antiguo caserón de piedra y los prados hasta el bosque, cerca de diez hectáreas. Alice solo lo utilizaba un par de meses en verano, y el resto del año se lo prestaba cuando él quería aislarse. Sólo tenía que coger la llave escondida bajo la jardinera y tomar posesión, que era lo que había hecho cruzando la puerta llevando a Hannah en brazos, en un romántico rapto para hacer el amor con ella hasta que ambos se durmieron agotados.

# 38. LOS MALOS ESPÍRITUS (VIENA, MAYO DE 1928)

En mayo de 1928, Paul Dukas y Eva Gessner, de mutuo acuerdo, tomaron la decisión de divorciarse, conscientes de que su matrimonio no resistiría un sólo día más. Para entonces Eva había terminado la aventura con su último amante, Andreas Neuer. Sólo deseaba volver cuanto antes a la libertad, y darse tiempo para reflexionar sobre lo que deseaba para su futuro. No se sentía defraudada por Paul, creía conocer bien las virtudes y defectos de aquel hombre. Sólo se trataba de una absoluta sensación de incomprensión, como si se hubiesen destruido todos los puentes entre ellos, sin ninguna posibilidad de volver a la situación anterior, aquella irresistible atracción mutua que existía cuando se conocieron.

Paul tampoco tenía nada que reprochar a Eva. Cuando lo analizaba, se daba cuenta de que simplemente no había funcionado como ambos pensaban. Él seguiría en Grinzing y ella volvería a su antiguo piso en el Ring. Ninguno de los dos deseaba crear un conflicto, sólo poder seguir saludándose cuando se encontraran. Por supuesto en ello nada había tenido que ver Lowe, al menos en apariencia. Por entonces la joven estaba saliendo con un tal Daniel Rumkowsky, cirujano del Hospital General de Viena, y Paul comprendió que era preferible una retirada a tiempo. Se sentía orgulloso de haberla rescatado de un destino que no se merecía, y aunque no podía evitar soñar en ocasiones con ella, no quería equivocarse. Por otra parte no tenía ninguna dificultad para relacionarse con algunas de las mujeres atractivas y dispuestas a todo que abundaban en Viena.

Por el momento no necesitaba más. Seguía con su activa vida profesional, por las mañanas se entregaba en cuerpo y alma a los enfermos mentales del hospital psiquiátrico de Steinhof. Soportaba aquello para estudiar la enfermedad mental, aunque no compartía el sistema ni la cruel manera de tratar a los enfermos, los locos. Al terminar a las doce, como había hecho desde el primer día en que entró en el manicomio, se duchaba y se frotaba las manos hasta hacer enrojecer la piel, se limpiaba las uñas minuciosamente, se cambiaba la ropa

interior y la camisa. No soportaba pensar que podría estar contaminado por alguna bacteria cogida en el hospital.

Entonces cambiaba radicalmente de escenario. Se acercaba a alguno de los mejores restaurantes del centro, lo que le estaba haciendo perder su juvenil línea, un tributo que pagaba con gusto debido a su afición por la buena vida. Allí compartía el almuerzo con algún invitado, en ocasiones Loos, Schönberg, el mismo Freud, con el que se llevaba mucho mejor, algún otro médico, o incluso alguna de sus adineradas pacientes. Al terminar la sobremesa, caminaba dando un largo paseo hasta su despacho, y a las cuatro en punto abría su elegante y selecta consulta privada, donde Alice Haussman, su enfermera desde que comenzó, le aguardaba uniformada, siempre impecable, antes de entregarle la lista de pacientes. Nunca más de tres pacientes por tarde, ya que les dedicaba como mínimo una hora.

A finales de junio se reunió en el restaurante del Hotel Bristol con Freud, ya que en el último simposio en el que coincidieron habían quedado para comer juntos. Todo lo que Freud hacía, escribía o explicaba en sus conferencias y libros era diferente. Siempre había sentido envidia de él, pero cuando lo conoció más a fondo se dio cuenta de que era un adelantado, alguien que quedaría para siempre por sus atrevidas teorías. En el fondo se parecían en muchas cosas. La principal era que ambos eran judíos, y aunque ninguno de los dos creía en la fe de sus mayores, ni asistía a la sinagoga, ni celebraba el Sabbat, para los austríacos seguían siendo judíos. Por algún motivo cada día se hablaba más de las grandes diferencias entre las razas, y sobre todo de las que existían entre los judíos y los demás. De ello hablaron largo y tendido, ya que Freud era un buen conversador, extraordinariamente culto, por supuesto un profundo conocedor del alma humana. Le comentó que estaba escribiendo un ensayo: «El malestar en la cultura». Por supuesto hablaron de psiquiatría y de psicología, de Hitschmann, de Kaplan, de Meijer. Coincidieron en su diagnóstico de que el mal se había apoderado de gran parte de la sociedad. Era evidente la hostilidad y el odio hacia los extranjeros, incluyéndolos a ellos por el sólo hecho de ser judíos. Freud mencionó «los malos espíritus» de aquella sociedad hipócrita que la estaba devorando desde su interior. Cuando Paul le pidió que le aclarase lo que para él significaban los malos espíritus, Freud le habló de los mismos pecados de los que ya hablaba el Talmud. Los pecados del hombre desde el inicio de los

tiempos, y de entre ellos los cuatro que asolarían al mundo: la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira. Aseguró que los demonios andaban sueltos, Lucifer, Mammón, Leviatán, Amón, y que ya sería imposible volver a introducirlos en la redoma. Freud le aseguró que el enviado del averno tenía un nombre: Adolf Hitler. Al menos a él, no le cabía duda de que aquel hombre cumpliría sus terribles amenazas.

—¿Ha leído alguno de sus artículos en el «Völkischer Beobachter»? ¿Ha leído ese espantoso libro «Mi lucha»? ¡Ese hombre no amenaza en balde! ¡Está sembrando su odio en un campo abonado, y Alemania es hoy en día el lugar ideal para ello! Nietzsche lo dejó muy claro. Para él somos los judíos los que hemos realizado la transvaloración de los valores, en la que los pobres, los enfermos, los deformes, los miserables, son los elegidos por Dios, mientras que los nobles, los señores, los guerreros, los poderosos serán los malditos y los condenados. Él mantiene la tesis de que es nuestra venganza por odio. El odio judío. Una venganza lenta, ancestral, calculada, subterránea, a la que llama «La rebelión de los esclavos». ¿Sabe de lo que hablo? Ese Hitler cree haber iniciado la cruzada definitiva contra el capitalismo internacional que inevitablemente tiene detrás al lobby judío, y al tiempo contra el marxismo y la revolución roja, creados por supuesto por los judíos. ¡Y luego nos llama infrahombres! ¡En alguna parte hay una contradicción! Hitler se está convirtiendo para muchos alemanes en el nuevo mesías, el profeta de una nueva religión, que, primero en Alemania y a continuación en Austria, pretende sustituir la cruz por la esvástica, para hacer renacer la raza de los arios, la raza de los conquistadores y los señores, según Nietzsche. Intuyo que algo terrible va a suceder en Europa. Me dirá usted que los nacionalsocialistas han quedado muy lejos del poder en las últimas elecciones del mes pasado. Como mencionó Goebbels en un artículo reciente, no han sido elegidos por el Reichstag, sino contra el Reichstag. Él dijo claramente hace unos días: «¡Esperad a que comience la función!», ahí tiene a los actores del futuro drama. Mussolini, Hitler y Stalin, ya dueño y señor de la Unión Soviética. ¡No le quepa duda de que habrá función!

Aunque respetaba su inteligencia, Paul no estaba en absoluto de acuerdo con aquella pesimista visión de Freud.

—¡Doctor Freud, lo veo francamente pesimista! ¿Y entonces qué? ¿Cree usted que esa gente podrá llevar a efecto sus amenazas contra nosotros? ¿Qué

podrían hacer? ¿Expulsarnos de Alemania y de Austria como hicieron los Reyes Católicos con los judíos de España? ¡El mundo ha cambiado mucho desde entonces! ¡Los alemanes y los austríacos son gente con sentido común! ¡Algo así jamás podría suceder aquí! Todo lo más sería que pusieran trabas a la inmigración de judíos, pero otra cosa, la verdad, no lo creo.

Freud se le quedó mirando fijamente mientras movía la cabeza negando.

—Doctor Dukas, creo que usted minusvalora lo que se está gestando bajo nuestros mismos pies. Los judíos, y ahí estamos metidos todos los que ellos consideran judíos, con independencia de cuál sea nuestra posición social, económica, académica, incluso de creencias, sufriremos las consecuencias de lo que esos nazis están llevando a cabo. Le hablaré de algo obvio. Se trata del «völkisch», ese populismo conservador basado en la tribu, en la raza. ¿Recuerda el Thule-Gesellschaft, que fundó Rudolf von Sebottendorff en 1918, inspirado en un nacionalismo romántico y populista? No le quepa duda de que los alemanes y los austríacos de sangre germana nos odian, nos envidian y nos temen. En el orden que usted quiera. No aceptan que destaquemos en nuestras profesiones, como médicos, abogados, profesores o artistas. Le diré algo que tal vez le sorprenda. Si pudieran a los judíos nos impedirían trabajar, nos expulsarían de los colegios profesionales, de la administración, incluso de nuestras casas, ya que para ellos sólo somos unos invasores de tercera clase sin derechos, que han llegado para arrebatarles sus puestos de trabajo y sus prebendas. No aceptan que podamos ser mejores que ellos en algo. ¡Nuestra inteligencia, nuestros méritos, nuestra capacidad, para ellos sólo es astucia hebrea! Mire Paul. Usted está convencido de ser un ciudadano austríaco más, ¡perdón!, un ciudadano de clase alta, alguien que gana mucho dinero con su consulta, que vive en una gran mansión en Grinzing, va en su Mercedes, y es un doctor de renombre. Al menos eso es como usted se ve a sí mismo. ¿Me equivoco?

Freud permaneció en silencio unos instantes, como si estuviera recordando.

—¿Sabe? Yo tenía el mismo criterio de mi posición en esta sociedad hasta hace muy poco. He asistido a alguna de las conferencias que esos «sabios» del NSDAP dan de vez en cuando. ¡Lo que allí se escucha no tiene nada que ver con la ciencia ni con la verdad! ¡Una sarta de incoherencias, generalidades, falsedades y estupideces, pero le sorprendería ver cómo la gente aplaude a rabiar! ¡Cuando mencionan a los judíos es siempre para denigrarnos, insultarnos, amenazarnos,

culparnos de todos los males! ¡Ninguno se levanta para hablar de los muchos sabios, investigadores, escritores y compositores judíos! ¡De lo que ha hecho ese pueblo por el avance de la humanidad! Sus biblias son «Los protocolos de los sabios de Sión», «El judío internacional» y ahora «Mi lucha». ¿Le suena este párrafo? «*Las ideas básicas del movimiento nacionalsocialista son völkisch y los ideales völkisch son los ideales del nacionalsocialismo*». En efecto soy mucho más pesimista que usted, y lo que presiento es que se acerca una inevitable catástrofe. ¿Y sabe usted quienes serán las principales víctimas? ¡Los judíos!… incluyendo, mi querido amigo, a los que hemos pretendido ser otra cosa.

Paul Dukas se despidió de Freud pensativo. Dentro de él estaba creciendo la idea de que aquello no era algo banal que pasaría sin dejar rastro. Había pretendido olvidarse de sus raíces, dejar de ser «un judío», para convertirse en un ciudadano sin calificativos raciales, pero comenzaba a darse cuenta de que las cosas no eran como él creía. Hasta aquel momento no había querido aceptar que Freud tenía razón, pero sus argumentos lo habían desarmado. Su madre también se mostraba muy pesimista, al igual que muchos de los judíos que habían emigrado a causa de los pogromos o del rechazo, buscando la Europa más civilizada y culta, cuando aparecía aquel amenazador NSDAP en Alemania, algo que por imitación ya se estaba contagiando a Austria.

Volviendo hacia su consulta se cruzó, lo que no era nada inusual en Viena, con un numeroso grupo de judíos hablando yiddish entre ellos en voz alta, ya que pudo percibir alguna frase. Se había levantado un fuerte viento que hacía la tarde desapacible, y al volver el rostro vio que como era costumbre entre ellos caminaban siempre como si llegaran tarde a alguna cita. Todos ellos vestían caftanes o largas levitas, iban cubiertos con sombreros de ala ancha que dejaban asomar los tirabuzones, los «peot» o los «shtreimel» de los ortodoxos, en señal de obediencia y dedicación a Dios, en obediencia al libro del Levítico. Mientras los veía alejarse por la amplia acera del Ring pensó que no existían tantas diferencias. Pensara lo que pensase, según la «halajá» también él era judío, nacido de madre judía, lo que por cierto su madre se encargaba continuamente de recordarle. «¡Crees que por disfrazarte como un “junker” austríaco ya lo eres»! ¡Te recuerdo que sólo eres el hijo de Sarah Rosenthal! ¡No lo olvides nunca!», le había dicho constantemente. Él odiaba aquella manía de su madre, mucho más acendrada desde que había muerto Salomón Dukas, el hombre que

quiso cambiar la historia de su familia renunciando a su identidad, y que tal vez si no fuera por su decisión, él podría ser uno más de aquellos judíos, vistiendo una larga levita o un caftán. Sintió un escalofrío.

# 39. UNA SIMPLE COINCIDENCIA (BERLÍN, FEBRERO-MARZO DE 1929)

A pesar de sus brillantes comienzos, Karl Edelberg no había querido implicarse demasiado en el NSDAP. Recordaba el desfile el día del partido en Núremberg, un año y medio antes, y aquello le había hecho pensar, lo que estaba presenciando era algo que podría cambiar a Alemania y a Europa, aunque de lo que no estaba tan seguro era de si aquel cambio era el que pretendían los alemanes. La visión de los disciplinados miembros de los SA desfilando con antorchas le abrumó, y más al darse cuenta de que todo aquello se estaba gestando contando con gente como él.

Desde entonces no había vuelto a participar, aunque le llamaron en varias ocasiones para que asistiera a conferencias, actos y algún desfile, se había resistido. Después de todo nadie iba a contar a los presentes ni a los ausentes. Goebbels tampoco había vuelto a llamarlo personalmente, tendría muchas responsabilidades, y estaría delegando en otros para las labores de captación que durante un tiempo había estado realizando. Por el momento prefería mantenerse al margen. Por lo que estaba leyendo en la prensa, Hitler seguía avanzando, y ya era el líder indiscutible de los nacionalsocialistas.

En febrero de 1929, Ilse estaba de nuevo embarazada. Desde que lo supo, Karl tomó la decisión de dedicarse a su familia y a la empresa, en la que ya era vicepresidente al haber adquirido otro paquete de acciones. La investigación en óptica le apasionaba y estaba avanzando en sistemas catadióptricos y en periscopios. Tenía en su despacho el periscopio del último U-Boot que había sido desguazado en Kiel, todo un detalle de Stefan Gessner al que no había visto durante el último año. Había mejorado aquel instrumento haciéndolo más eficiente para la visión nocturna. Algunos funcionarios del ministerio de industria se mostraron muy interesados por los avances que estaba realizando.

Su relación con el ingeniero Jacob Meyer había mejorado, aquel hombre era imprescindible para la empresa. Alguien que trabajaba siempre poniendo toda su

voluntad en ello y al que se le ocurrían buenas ideas. El trato cotidiano con Meyer le había hecho modificar su criterio sobre los judíos. Incluso llegó a ir a cenar una noche a su casa, aunque tuvo que excusar a Ilse que se negó a acompañarle. Él le dijo que el odio a los judíos no eran más que prejuicios y ella, muy sorprendida, le replicó que temía que hubiera caído en sus redes. Conoció a Judith, la mujer de Jacob, que le sorprendió por su personalidad y lo bien informada que parecía estar en muchos temas. La comparó en su mente con Ilse, con preocupaciones mucho más banales y cotidianas. Judith participó con mucha naturalidad en la conversación y le habló de personas como Paul Ehrlich, Sigmund Freud, Albert Einstein, Fritz Haber, y otros prominentes científicos alemanes o austríacos, todos ellos de origen judío. Se sentía muy orgullosa de todos ellos, incluyendo a su marido al que trataba con gran respeto. Hasta entonces Karl no había visitado nunca un hogar judío pero desde aquella noche su opinión cambió radicalmente.

Cuando más tarde meditó sobre el origen de sus prejuicios, comprendió que provenían sobre todo de la influencia de su padre que se los había inculcado desde que él era un niño, lo que por otra parte resultaba muy frecuente en Prusia y en general en toda Alemania.

Karl era ajeno al secreto de familia, bien guardado por Charlotte Wilhelm, su suegra, y por supuesto por Ilse. Nada sabía acerca de David Goldman.

Unos días más tarde Karl Edelberg se encontró con Stefan Gessner en el centro de Berlín, en la calle. Karl había ido al centro a adquirir una nueva cámara de fotos para su trabajo, y llevaba el paquete al coche cuando Stefan lo vio desde lejos y le llamó. Luego tomaron una cerveza en un bar recién abierto cerca de la Puerta de Brandeburgo, y hablaron de lo bien que parecía ir la economía a pesar del nefasto gobierno de Weimar. Karl quiso que lo acompañara a la fábrica para mostrarle sus nuevos avances en los periscopios.

—¡El que me enviaste de Kiel me ha servido de mucho! ¡Pero si vieras la definición y la luminosidad del que estoy proyectando! ¡Si quieres vamos un momento y te lo enseño!

Stefan aceptó. Tampoco tenía nada mejor que hacer y fueron hasta allí en el automóvil de Karl. En el laboratorio de la fábrica, Stefan empezó a darse cuenta de que su amigo era un importante investigador. Cuando le enseñó el nuevo modelo de periscopio y pudo mirar a través de él, se admiró del avance en

relación con el que él había utilizado durante la guerra. Comprendió la importancia que podría significar en un futuro, y en su interior disculpó a Karl por no asistir a más reuniones del partido.

Al salir, mientras lo llevaba de vuelta al centro, Karl se empeñó en que le acompañara a su casa. No era costumbre ir a una casa sin avisar, pero entusiasmado por lo que había visto y ante la insistencia de Karl, aceptó. Subiría sólo un momento para conocer a su familia, y que luego lo llevaría al centro de Berlín. Karl le explicó que acababan de adquirir un piso en un edificio de reciente construcción diseñado por Walter Gropius, en el que la gran novedad era que poseía garaje en el sótano al que se accedía directamente desde el ascensor.

Stefan sabía que su amigo procedía de buena familia, un hombre con gusto, reconocía su exquisita educación. Coincidían en muchas cosas, y pensó que podría encauzar su amistad con él. Tal vez había tenido un concepto equivocado en relación con aquel hombre. Subieron en un ascensor que olía a nuevo. Karl no cesaba de explicarle todos los detalles del edificio. Una doncella uniformada les abrió la puerta. La esposa de Karl, una bella y elegante mujer, más joven de lo que había pensado, a la que se le notaba el embarazo, le dio la mano mientras le sonreía.

—¿Qué tal está usted, señor Gessner? Soy Ilse Edelberg, de soltera Ilse Wilhelm.

La mujer seguía la tradicional costumbre de algunas regiones de Alemania de dar a conocer cuál era su familia de origen. Stefan parpadeó al escuchar el nombre, no podría tratarse de la mujer de la que le había hablado Joachim unos días antes, y sólo se trataría de una simple coincidencia.

# 40. UNA CUESTIÓN DE TIEMPO (VIENA, OCTUBRE DE 1929)

Fue a principios de octubre de 1929 cuando David Goldman, como consejero de un banco, recibió la convocatoria para asistir a una reunión urgente en la central en Viena. Aunque aquello no le interesaba demasiado, había heredado de su padre y de su tío Jacob Goldman unos paquetes de acciones que le obligaban a prestar a atención a los asuntos económicos. El hecho de pertenecer a varios consejos de administración era para él una carga y estaba decidido a presentar la dimisión lo antes posible. Lo único que le interesaba era la historia, y sobre todo la de los sefardíes, a los que pertenecía su esposa Rachel, y por tanto su hija y sus nietos.

Cuando ardió Tesalónica y con ella parte del barrio judío sintió un enorme dolor dentro de él, ya que el incendio convirtió en pavesas gran parte de los archivos y documentos sobre los que estaba trabajando. Su disgusto fue tal que años después aún no se había recuperado. Era como si el destino le hubiera jugado una mala pasada personal para impedirle continuar su labor.

La reunión se había convocado para el domingo, lo que indicaba su urgencia, aunque habló por teléfono con Hans Harnack, también consejero, que le quitó importancia. Según él se trataba de no interrumpir la tarea semanal, nada más.

Aquel domingo llovía torrencialmente en Viena. David había ido caminando protegido con una gabardina y un paraguas, pero aun así se sentía incómodo con los zapatos empapados. A las diez en punto comenzó el consejo en la sala de reuniones en la sede central. El director general se mostraba muy serio al insistir en que naturalmente todos conocían la absoluta discreción de lo que allí se hablara. Comentó un informe sobre la situación económica en los Estados Unidos, donde habían llevado a cabo determinadas inversiones, precisamente para evitar la concentración de riesgos. El informe indicaba que la coyuntura era la peor desde la terminación de la Gran Guerra. Venía a decir que el principal problema era que la economía americana tenía los pies de barro. En los últimos

meses se especulaba a crédito, ya que para no perder una operación, los intermediarios aceptaban que sus clientes invirtiesen sólo entregando la tercera parte del valor nominal. Después descontaban los vales de préstamo en los bancos que aceptaban entrar en el juego. Eso significaba que las empresas estaban en su mayoría sobrevaloradas, lo que había llevado a una sobreproducción y a una situación de inflación por la excesiva oferta. Existían enormes stocks sin compradores potenciales, sin embargo los valores de la bolsa nunca habían estado más altos.

Harnack, que estaba sentado junto a David Goldman levantó la mano y fue directamente al grano. Todos observaban con expectación.

—¿Está usted insinuando que nuestras inversiones en América están en riesgo, y que bajo ese valor no hay más que vacío?

Todos sabían que el «Creditanstalt», a fin de cuentas el mayor banco de Austria, había invertido en la bolsa de Nueva York gran parte de sus recursos al no confiar en las bolsas europeas.

El director general carraspeó rompiendo el silencio.

—Les ruego que no me mal interpreten, pero creo que nuestra posición allí no es demasiado firme. Mi consejo es que deberíamos intentar retirarnos con sigilo, poco a poco. No resultará fácil. Esta información ya la conocen en París, en Londres, en Berlín y obviamente en Nueva York. Creo que vamos a ir a remolque de las circunstancias, salvo que decidamos vender lo antes posible a la baja arriesgándonos a perder una gran cantidad de dinero. Por otra parte sabemos que los principales bancos de los Estados Unidos se van a emplear a fondo si el caso lo requiere, lo que ha hecho pensar a esta directiva que sería preferible aguantar y ver lo que ocurre. ¡Como ustedes comprenderán y a pesar de lo que han oído, no se va a acabar el mundo!

David Goldman levantó la mano pidiendo la palabra. Era la primera vez en los años que llevaba como consejero que lo hacía.

—Tal vez yo no sea el más indicado para hablar, pero mi abuelo materno, Schmuel Cohen, siendo yo un muchacho, me explicó que era preferible salvar algo que perderlo todo. Claro que él se refería a cuando tuvo que huir de Ucrania y refugiarse en Alemania, y la alternativa en aquellos momentos era llevar en la mula víveres para salvar a la familia del hambre o mercancías para vender. En una ocasión me dijo que lo poco que quedaba tras una catástrofe podía

considerarse beneficio puro. Según esa filosofía, creo que deberíamos dar órdenes de venta cuanto antes, comenzando por los paquetes de mayor riesgo.

La tesis de David se sometió a debate, pero la moción no prosperó, aunque la apoyaron los consejeros que como David eran judíos. Nadie se atrevió a tomar la decisión de arriesgarse a perder no menos del quince o el veinte por ciento del valor del banco.

Más tarde Harnack lo invitó a comer en uno de los mejores restaurantes del centro. No le importó, ya que Rachel seguía en Tesalónica con Selma, resolviendo la interminable y compleja herencia Safartí. Conocía a Harnack desde hacía muchos años y le parecía alguien con sentido común. No parecía importarle si él era judío o dejaba de serlo.

—Bueno Hans. Tú sabes más que yo de este asunto. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Esa amenaza es tan seria como ha querido dejar a entrever el director general? ¿O ha sido sólo para prevenir al consejo que si ocurre algo no será culpa de la dirección?

Tenía a Hans por un luterano convencido, alguien que actuaba siempre siguiendo su conciencia, al que no le gustaba hablar por hablar.

—Pues mira, David, no estoy seguro, pero tengo hace tiempo la intuición de que va a pasar algo malo. ¡Y no sólo en la economía! Me refiero a esos tipos del NSDAP por los que personalmente siento una gran repugnancia. ¡Esa es exactamente la palabra! Los nazis están creciendo proporcionalmente al número de parados en Alemania. Creo que ya están cercanos a los cuatro millones, y ellos se están aprovechando de la situación. Como sabes mi mujer es alemana, precisamente de Múnich. Ella me los definió el otro día. Dijo que era como si hubieran reunido lo peor de cada casa. Y que si Alemania y Austria pudieran librarse de todos ellos las cosas irían mejor. ¡Me preocupa más lo que puedan traer esos nazis que perder mi paquete de acciones! Pero volviendo a la economía, lo que a mí me parece es que demasiada gente ha querido hacerse rica en dos días especulando con las acciones. Todos esos brókers, y por supuesto los bancos. ¿O es que crees que el «Creditanstalt» no es tan cómplice como los de Nueva York? ¡Todos han hecho la vista gorda, y me temo que ya sea demasiado tarde para rectificar! ¡En América todo el mundo quiere comprar un coche y una casa a plazos! ¡Lo que hay es una especie de globo de Montgolfier hinchado como nunca que es posible que nos estalle en las manos! Pero tanto tú como yo,

como todos los que pertenecemos al consejo estamos cogidos. ¡En su día compramos deuda a largo plazo, y el Armagedón financiero está ahí, a la vuelta de la esquina! ¡Y ahora brindemos por esos magníficos años veinte que están quedando atrás!

David tenía otras preocupaciones. Según le explicaba Selma en un telegrama, continuaban en Tesalónica no ya por la herencia, si no por causa de la postura de las autoridades inglesas en Palestina, ya que estaban restringiendo la inmigración desde la Agencia en Berlín. Los británicos querían desagraviar a los árabes tras la Declaración Balfour. Tesalónica se había convertido en un punto de encuentro desde donde emigraban muchos judíos a Palestina, que estaban comprobando como sus ilusiones eran destruidas.

Pocos días más tarde, el veinticinco de octubre a primera hora de la mañana, tuvo una llamada de Hans Harnack. La línea no se escuchaba bien y quedaron en verse en Demel para tomar un café. Hans llegó despeinado, con la corbata mal colocada. Parecía desquiciado.

—¡Me ha llamado el director! ¡Recibió un cable de Nueva York! ¡Al cierre de ayer iban perdiendo más del veinte por ciento! ¡Esto no ha hecho más que empezar!

David asintió a las palabras de su amigo. No le cogía de nuevas, él hacía tiempo que intuía aquello.

El miércoles 30 de octubre, el mundo había cambiado definitivamente. Harnack estaba muy nervioso cuando volvió a llamarle.

—¡David! ¡Creo que estoy arruinado! ¡A pesar de todo nunca pensé que esto llegaría a suceder!

No pudo evitar pensar que él también habría perdido mucho dinero, pero no creía que aquello pudiera arruinarle. Más le preocupaba el ascenso del partido nazi, que había hecho de los judíos la cabeza de turco de Alemania. En Austria aún no tenían la misma fuerza, pero después del «crack», David estaba seguro de que sólo era cuestión de tiempo.

# 41. LIBRE DE SOSPECHA (MÚNICH Y BERLÍN, DICIEMBRE DE 1929)

Para finales de 1929, Stefan Gessner se había ganado la confianza de los líderes del NSDAP. Formaba parte de los servicios de seguridad interiores del partido. Su misión fundamental era garantizar que se habían supervisado minuciosamente los lugares en los que Adolf Hitler iba a participar, asegurarse de que todo estaba en orden. Incluso cuando el Führer se hallaba en su piso de la Prinzregentenstrasse, en Múnich, o pasaba un fin de semana en su casa de Obersalzberg, él debía asegurarse de que no habría ningún problema de seguridad. Les habían advertido desde el propio ministerio del interior que existían complots para asesinar al líder del NSDAP. A Hitler le inspiraba confianza que algunos antiguos camaradas de armas, que al igual que él habían luchado en primera línea, se encargasen de su seguridad personal. En el caso de Stefan Gessner, alguien que también había vivido en Viena parte de su vida, aunque de una conocida familia prusiana, oficial de la marina condecorado con la Cruz de Hierro de Segunda Clase, que por propia iniciativa se había afiliado en los primeros momentos al partido, y lo que era importante, sin necesidades económicas ya que poseía un cierto patrimonio. Alguien incorruptible y libre de sospecha.

Stefan tenía su despacho en el edificio sin pretensiones en la Schkellingstrasse en el que se hallaba la central del partido, en donde también lo tenía el Führer. El cargo le obligaba a viajar casi siempre un par de días antes que la comitiva, y eso era lo único que se le hacía cuesta arriba. Él era de los primeros en enterarse del itinerario y en cualquier momento debía estar listo para marchar sin más. El organizador de todo era Joseph Goebbels. Hitler jamás se quejaba de tener que viajar, ni con el tiempo en pésimas condiciones. Aquellos dos hombres parecían incansables, y en ocasiones Stefan tenía que modificar sus planes y marchar de improviso a otra ciudad por los medios de que dispusiera, lo que no le resultaba fácil ya que Hitler siempre que podía viajaba en su avión

personal.

Sin embargo aquel duro trabajo tenía su premio. Cada vez con más frecuencia lo llamaban para que compartiera la mesa con ellos después de los actos. Allí podía convivir con los altos personajes y contemplarlos con sus debilidades humanas. Stefan había tenido una exquisita educación, sobre todo por parte de su madre. Eso le hacía comprender que Adolf Hitler, Herman Goering y Gregor Strasser eran personas con carencias educativas importantes. Incluso el que se las daba de culto, Joseph Goebbels, parecía tener más cultura que educación. No le dio más importancia, ya que para él significaba una revolución en la que todo iba a cambiar, aunque le preocupaba ver cuáles eran los pensamientos más íntimos de muchos de ellos.

A pesar de todo, para Stefan era un motivo de orgullo el tener acceso a la cúpula del partido. Lo comentaba sobre todo con su hermano Joachim por teléfono y con Karl Edelberg, con el que mantenía una buena relación, aunque se veían de tarde en tarde. Cuando Goebbels le preguntó un día por él, le dijo que Karl Edelberg estaba llevando adelante una investigación que podría ser importante en el futuro, no había motivo de sospecha, era un hombre entregado a su trabajo.

La realidad era bien distinta. Karl no deseaba romper con el partido, pero en su interior se había desilusionado por completo. Pensaba que el gobierno de la República de Weimar no tenía futuro. Volvía una situación complicada para Alemania, con una tasa de desempleados que ponía en peligro la estabilidad del país, y una serie alarmante de quiebras empresariales que mostraban algo muy diferente. El «crack» de la bolsa de Nueva York había terminado con los préstamos americanos, el crédito barato y las posibilidades de crecimiento. Los nazis tenían el terreno abonado, sería poco inteligente romper con ellos en aquellos momentos.

Su opinión acerca de los judíos era muy diferente a la que tenía un par de años atrás, y no podía dejar de sentir cierta vergüenza cuando recordaba su afiliación al NSDAP, por el que en aquellos momentos sentía un profundo desprecio.

De tarde en tarde, cuando se hallaba en Berlín, Stefan lo llamaba y se veían un rato, entonces Stefan le contaba sus aventuras acompañando a los jerarcas nazis, y Karl intentaba no defraudarlo. Para Stefan, Karl Edelberg sólo seguía

siendo un hombre leal, tal vez algo frío, pero con el que se podría contar en el futuro, y así lo indicó en el informe que obligatoriamente tenía que hacer cuando se lo pedían.

Para Karl, Stefan Gessner era un hombre ambicioso, que había encontrado en el partido el sustituto del hogar que nunca había tenido.

Tras el último encuentro cuando escuchó de Ilse Edelberg que su apellido de soltera era Wilhelm, Stefan se quedó pensativo. Llegó a hablar con su hermana Eva en un viaje que ella realizó a Múnich. Aunque con ciertas reticencias, le confirmó que cuando estaba casada con Paul Dukas, él le contó lo que sabía acerca de la relación que David Goldman había tenido en su época de estudiante en la universidad de Berlín, con una joven llamada Charlotte Wilhelm, fruto de la cual nació Ilse Wilhelm, que por edad y circunstancias no podía ser otra que la esposa de su amigo Karl Edelberg.

Todo coincidía, y pensó que probablemente Karl desconocía todo aquello. Pensó en decírselo personalmente en su próxima visita, ya que creía que debía estar informado. En otro caso no le cabía duda de que antes o después tendría problemas. La vinculación familiar con judíos era algo inaceptable en el partido, y temió que antes o después Goebbels pudiera enterarse, ya que se hacían continuas indagaciones, exigiendo una declaración jurada sobre las tres últimas generaciones, para comprobar precisamente que no existiera contaminación en la pureza de sangre alemana.

En diciembre de 1929, con el país asolado por la nueva crisis que estaba llevando a la desesperación a mucha gente, a toda una generación que se creía maldita tras la Gran Guerra que se había llevado a tantos jóvenes, y de la que increíblemente Alemania había salido derrotada, además de sufrir la terrible inflación posterior, para cuando parecía que ya estaban saliendo del pozo, de nuevo caían en una profunda depresión, con su secuela de tragedias, miseria, hambre y desgracias. Sin embargo él había podido ver como los líderes del NSDAP se frotaban las manos, era el perfecto caldo de cultivo para llevar adelante su estrategia de apoderarse del poder, e imponer su modelo de sociedad.

En Berlín la gente tenía que realizar interminables colas para poder adquirir una simple barra de pan. Los víveres escaseaban, y la gente estaba desesperada para poder llevar algo de comida a sus casas. Los periódicos traían las esquelas de los que no habían sido capaces de soportarlo y habían optado por el suicidio.

Goebbels decía a quien quisiera escucharle, que allí estaban ellos para enderezar el timón de la nave. Cuando oía a Hitler, Stefan era consciente de que aquel hombre estaba convencido de que era un enviado de la providencia, aunque llegó un momento en que podía anticiparse al discurso, ya que el Führer empleaba una y otra las mismas expresiones. El capitalismo, el marxismo, y de ahí extraía la conclusión: los verdaderos culpables de todo eran los judíos. Y no era que lo dijera sólo él. Ahí estaban «El judío internacional» de Henry Ford, «Los protocolos de los sabios de Sión» y tantos otros libros y estudios, que demostraban que se trataba de una conspiración de los judíos contra las buenas gentes alemanas.

Por todos aquellos motivos Stefan quería aclarar la situación con Karl cuanto antes. Estaba seguro de que le agradecería la información. Él iba de buena fe. No sacaba nada con aquello, pero Karl no había sido suficientemente informado. Recordaba alguna conversación dos años atrás cuando se dio cuenta de los naturales sentimientos de rechazo que Karl albergaba en relación con los judíos.

Stefan viajaba con frecuencia a Berlín, ya que el Führer visitaba la ciudad asiduamente, precisamente al día siguiente estaría allí para dar una conferencia a los empresarios y banqueros. Llamó por larga distancia a Karl, a Berlín, para advertirle, y aunque Karl le invitó a ir a cenar a su casa, se excusó y quedaron en verse a última hora de la tarde en la cafetería del hotel donde él se hospedaba.

Cuando se encontraron, Stefan estaba dándole vueltas a la cabeza pensando en cómo se lo diría. Ilse y Karl tenían dos hijos y ella estaba a punto de dar a luz al tercero. Con parte de su sangre judía o no, eran sus hijos, y no sabía cuál sería su reacción. A pesar de que creía estar haciendo lo correcto, comenzaba a tener dudas. Fuera en la calle un numeroso grupo de hombres de paisano desfilaban por la calzada interrumpiendo el tráfico entonando el himno de moda entre los nazis, el «Horst Wessel Lied».

—¿Cómo llevas la crisis, Karl? ¡Nadie esperaba esta agobiante situación!

—Lo que creo es que en el partido tienen que estar encantados —Karl no se anduvo por las ramas—, a fin de cuentas, para ellos es el mejor escenario posible.

—Sí. Es una lástima, pero tienes razón. Mucha gente que, en otro momento no nos habría mirado a la cara, comienzan a pensar seriamente en las propuestas que el Führer les hace.

—Es cierto. ¡Ese hombre abarca todo el espectro! Es anticapitalista, pero también es antiproletario. Es antidemócrata y antimarxista. Quiere expulsar de Alemania a los judíos, los gitanos, los comunistas, los eslavos, los curas, los delincuentes habituales, los presos, los enfermos mentales, al gobierno de Weimar… habría que preguntarle. ¿Con quién quiere quedarse? ¿Sólo los que piensan como él? ¡Después de todo aún no ha ganado ningunas elecciones!

—¡Karl! —Stefan no podía creer lo que estaba oyendo—. ¡No estás hablando en serio! ¡Hoy te encuentro algo cínico! ¡El Führer sabe muy bien lo que necesita Alemania!

—Stefan, ¿somos amigos, no? ¿Pero es que no te das cuenta de la realidad? ¡Estoy hablando absolutamente en serio! Quiero decirte algo, pero te pido discreción. No estoy de acuerdo con lo que el partido NSDAP propone. Voy a darme de baja.

Stefan no era capaz de reaccionar ante lo que estaba oyendo.

—¡Pero Karl! ¿Es que te has vuelto loco? ¡Bah, no puedo tomar en serio tus palabras!

Pensó que Karl debía saber lo de Ilse y había tomado partido por su familia. No podía ser otra cosa, ya que nadie en su sano juicio cometería el error de jugarse el futuro de aquella estúpida manera. Le pasó por la mente como un fogonazo la vez anterior, cuando no quiso quedarse al «putsch» de Múnich. Entonces no se lo tomó en cuenta, después se había ido alejando del partido, aunque él había querido quitarle importancia. Ahora de nuevo salía con aquello. Para Stefan todo su concepto con respecto a Karl Edelberg cambió en aquel mismo instante. Aquello tenía un nombre. Traición. Stefan se levantó con el rostro demudado. Le temblaban los labios y las manos.

—¡Ya no te aguanto una más! ¡Los que actúan como tú tienen un nombre! ¡Considera que nuestra amistad ha terminado, y te ruego que no acudas a mí para nada! ¡Has traicionado al partido! ¡Tú relación familiar con judíos te ha corrompido!

Stefan salió de la cafetería sin volverse. Dentro de él notaba como le subía la indignación. ¡Pero cómo no se había dado cuenta antes! Le repugnaba la gente que actuaba de aquella manera. Él era un militar y sabía en cada momento cuál era su deber.

En aquel instante notó que Karl estaba a su lado y que le asía por el brazo.

Los ojos de Karl no eran nada amistosos mientras le hablaba.

—¡Stefan, no te vayas! ¡Te ruego que aclares que has querido decir con lo de mi relación familiar con los judíos! ¿A qué te refieres?

Stefan se detuvo. No quería armar un escándalo en plena avenida. Él también estaba indignado por el comportamiento del que había creído su amigo.

—¡No te hagas de nuevas! ¡Tu mujer, Ilse Wilhelm, es hija natural de un judío de Viena llamado David Goldman! ¿O es que me vas a hacer creer que no lo sabes? ¡No soy tan estúpido!

Karl era algo más alto que Stefan y también tenía unos años menos. Era un hombre de constitución fuerte, que nunca en toda su vida había empleado la violencia para resolver sus problemas. Sin embargo en aquel momento, algo dentro de él despertó y sin poder contenerse dio una sonora bofetada a Stefan, que aún asombrado, replicó de inmediato con un fuerte puñetazo. Un segundo más tarde se habían enzarzado y la gente que circulaba se arremolinaba alrededor de los dos hombres. Las circunstancias de fuerte tensión social y económica que vivía el país hacían que aquello fuera algo frecuente. Pocos minutos después un policía uniformado los separó a la fuerza, y tuvieron que acompañarlo a la comisaria. El inspector notó que ambos hombres se miraban en silencio con odio cerval, algo impensable entre dos hombres educados y bien trajeados, de evidente clase alta que no pertenecían al proletariado que solía terminar allí.

Un rato después Karl Edelberg abandonó el primero la comisaría. Ninguno de los dos había mencionado el motivo por el que habían peleado en plena calle, y ocasionado un altercado de orden público en pleno centro de Berlín. El inspector que levantó el atestado pensó que sin duda alguna habría una mujer por medio. «Cherchez la femme». Algo tan violento en plena calle no podía ser por otra causa.

En aquellos momentos Karl no pensaba en Stefan Gessner, ni en las consecuencias de lo que le había dicho, ni mucho menos en el partido de los nazis. Sólo podía pensar en por qué Ilse no había confiado en él. Ella y su suegra, Charlotte Wilhelm, habían sido incapaces de decirle la verdad desde el principio. No podía entender aquella falta de confianza.

Karl caminaba a grandes pasos bajo el chaparrón, obnubilado, totalmente alterado, sin ver a los que se cruzaban con él. A pesar de las gotas de lluvia que

le mojaban el rostro, por primera vez en muchos años unas lágrimas se deslizaban irreprimibles por sus mejillas.

# 42. LA LLAMADA DE LA SANGRE (VIENA, DICIEMBRE DE 1929)

Desde que sabía que al menos la mitad de su sangre era judía, Eva se observaba en el espejo buscando alguna señal que le pudiera dar alguna explicación. Recordaba a su madre como una mujer bella y elegante, eso sí, con una inteligencia privilegiada, que cuando hablaba ponía los puntos sobre las íes. Ahora se daba cuenta de que su padre siempre lo había sabido, y eso explicaba algunos de los comportamientos que aquel hombre tuvo con su mujer. ¡Aquel y no otro era el célebre secreto de familia! ¡Ella y sus hermanos siempre habían pensado que se trataba de otra cosa! Su padre mantuvo relaciones extra maritales con muchas mujeres, hasta que su madre se hartó y pidió la separación. Después a los pocos meses le sobrevino la muerte por un problema cardíaco, aunque algunos amigos y parientes lo achacaron a una posible depresión. Pero ella y sobre todo María, mantuvieron durante aquel tiempo una relación muy cercana con su madre, y sabían que la separación había sido como una liberación para ella, incapaz de soportar a un hombre que fue cayendo en un proceso de degeneración personal, dejando atrás su dignidad y el respeto por sí mismo que antes había mostrado. Los últimos meses de su padre, en los que prácticamente sólo se hablaba con María, y siempre discutiendo, fueron un verdadero infierno para todos.

Sin embargo la revelación del secreto también explicaba muchas cosas. Aquella misteriosa Ada Rothman había dejado tras ella una importante fortuna y la fama de haber sido alguien muy especial. Su hija única, Hilda Horvath, terminó por casarse con Friedrich Gessner, un apuesto joven, heredero de una familia de la nobleza prusiana, que poco tiempo más tarde se demostró que estaba totalmente arruinada. Aquel matrimonio había engendrado a Joachim, Stefan, Markus, Eva y María. Todos ellos, al menos los varones, convencidos de pertenecer a la más rancia estirpe prusiana. Ella recordaba a Joachim y a Stefan presumir de ser arios de pura cepa. ¡Quería estar delante de ellos cuando se

enteraran! Y por el momento, salvo su amigo íntimo y amante, Andreas Neuer, aquello seguía siendo un secreto que ella iba a encargarse de administrar.

A partir de aquel momento cuando caminaba por Viena no podía dejar de observar a los judíos con los que se cruzaba. Ella había tenido ocasión de convivir con uno durante tres años, y lo cierto era que no había notado más diferencias que la agilidad mental de su exmarido, su amor por los libros, su afición a la lectura, su vasta cultura. Por lo demás un hombre como los demás. El hecho de que fuera judío no había influido en su decisión de casarse ni de separarse de él, consciente de la parte de culpa que ella había tenido.

En ciertos momentos, mientras asimilaba su nueva situación, más que otra cosa sentía una cierta superioridad recordando una discusión que tuvo con María. Su hermana mencionaba a Karl Marx, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Friedrich Engels, Karl Kautsky, como las personas que habían intentado cambiar el mundo a través de la revolución. Todos ellos judíos. Allí en Viena, que ella pudiera recordar en aquel momento estaban, Sigmund Freud, Paul Ehrlich, Arnold Schönberg, Gustav Meynrik, Stefan Zweig, Hermann Broch, Berta Pappenheim, Martin Buber, Theodor Herzl, Alfred Adler, y muchos otros más como el doctor Moritz Benedikt, tal vez el primer estudioso de la psiquiatría que mencionó la vida interior, del que recordaba que Paul le había hablado con veneración. Gente con la mente abierta a pesar de lo que había escrito con un cierto cinismo Hermann Bahr: «El vienés es un hombre que detesta y desprecia a los otros vieneses, pero no puede vivir fuera de Viena».

A pesar de su educación prusiana, estaba muy influida por su madre, la que más entre sus hermanos, por la que seguía manteniendo una gran admiración. Todo cambiaba al descubrir que Hilda Horvath era judía no solo por parte de madre, sino también de padre, heredera de la fortuna de Ada Rothman. Sentía una lejana y ancestral llamada interior.

Al descubrir la verdad, tras la sorpresa había sentido una sensación de alivio. Era como si algunas cosas sucedidas en su niñez, a lo largo de su vida, comenzaran a tener sentido. Meditó incluso si aquello habría tenido algo que ver en la pasión que llegó a sentir por Paul cuando lo conoció. Era evidente que no. Ella sólo vio en él a un hombre que la deslumbró y del que se enamoró, como podía haber sucedido con otro muy distinto.

Desde que tenía uso de razón mantenía amistad con Rebeca Bloch-Bauer.

Ambas habían estudiado en el mismo colegio y se conocían de toda la vida.

Rebeca se había separado hacía pocos meses de Salomón Bloch-Bauer, un prestigioso abogado especialista en casos complejos de herencias. La separación fue motivada porque él estaba absorbido por su gran facilidad para ganar grandes cantidades de dinero con su trabajo. En Viena se comentaba que a él le gustaban demasiado las mujeres, y que alguna de sus amantes, despechada, había sido la causante de la separación. También los cuadros, ya que prácticamente todo lo que ganaba, que era mucho, lo invertía en arte. Alfred Kubin, Oskar Kokoschka, Egon Schiele, Arnold Schönberg. En eso pretendía emular a sus primos, los Bloch-Bauer, que atesoraban una extraordinaria colección que incluía lo mejor de Klimt. Durante un tiempo Eva y Rebeca habían permanecido alejadas, pero había llegado el momento de volver a verla y confiarle su secreto. Nadie podría entenderlo como Rebeca.

A primeros de año la llamó por teléfono y quedaron en verse aquella misma tarde en la nueva cafetería del Hotel Imperial. Cuando llegó allí vio que habían colocado en la fachada una luminaria mostrando el año nuevo con enormes números: «1930». Eva pensó un instante que era imposible que el tiempo discurriera con aquella celeridad, se estaba haciendo vieja sin sentirlo.

Rebeca la aguardaba saboreando un té de Ceylán y se levantó sonriendo al verla acercarse. Seguía siendo la misma elegante mujer de siempre. Se saludaron con afecto, ya que sólo eran las circunstancias las que se habían interpuesto entre ambas. Sus vidas eran paralelas y Eva pensó que a partir de aquel momento lo serían mucho más.

Mientras le contaba la historia de cómo se había enterado de sus orígenes, Rebeca la miraba con los ojos muy abiertos. Su amiga tenía los ojos húmedos y al terminar ambas se abrazaron. Eva sentía una gran emoción. Rebeca suspiró mirándola a los ojos.

—Eva, siempre lo había intuido. Pero recuerdo a tu padre, aquel prusiano tan estirado que al tiempo parecía tomarse la vida a broma, cuando alardeaba de su sangre. ¡Tu madre era muy distinta! Una elegante aristócrata húngara con sangre alemana. ¡Cómo iba a pensarlo! Sin embargo yo entré en vuestra casa por tu madre, ya que a tu padre no le hacía ninguna gracia que la mejor amiga de su hija mayor fuese judía. ¡El señor Gessner tenía la sensación de que podría contaminarte con mis exóticas costumbres, mi religión y mi familia hebrea! No

sé si sabes que Stefan quiso aprovecharse de mí una tarde mientras tú volvías de clase de piano. Recuerdo que entonces llegó Joachim y le dijo que me dejara tranquila. Aquello hubiera estado muy bien si no fuera porque de inmediato añadió bajando la voz: «¡Pero idiota, es que no sabes que Rebeca es judía! ¡No te conviene!». Recuerdo que al escucharle salí corriendo humillada, y que tardé meses en volver a entrar en tu casa, cuando los dos ya estaban estudiando en Alemania. Desde entonces eras casi siempre tú la que venías a mi casa. Recuerdo que me contaste que tu padre no quería que siguiéramos viéndonos, y que eso a ti lo único que conseguía era enfurecerte con él, mientras me decías que lo único que te importaba era que yo quisiera seguir siendo tu mejor amiga.

Eva notó que una lágrima corría por la mejilla de Rebeca y en aquel momento sintió una fuerte emoción dentro de ella, al darse cuenta de que, a pesar de todo, hasta aquel momento no había sido capaz de comprenderla. Abrió el bolso y extrajo el estuche de cuero labrado.

—¿Quieres conocer a mi abuela?

Se lo entregó a Rebeca que lo abrió muy despacio. El broche enmarcando la delicada miniatura brilló bajo la lámpara. Tal y como podía leer en la elegante letra cursiva aquella mujer era Ada Rothman, con sus negros ojos que parecían mirar a los suyos y labrada en el platino, rodeando el óvalo, la estrella de David.

# 43. LA PURA VERDAD (BERLÍN Y CUXHAVEN-MARZO A AGOSTO DE 1930)

Ilse Edelberg estaba totalmente desconcertada, su marido había abandonado el hogar conyugal sin dar ninguna explicación. Llegó a pensar que tendría que haber otra mujer en el asunto. No podía ser otra cosa, aunque conociendo a aquel hombre le resultaba difícil pensarlo. Ella estaba a punto de dar a luz y no creía haber dado motivo alguno a Karl para dejarla. Estaban los niños, Klaus y Elisa, mellizos por los que su padre sentía pasión, además del que estaba por venir muy pronto. Su madre, Charlotte, quiso animarla y le dijo que no se preocupara, que a los hombres les sucedían cosas así y que era peor forzar las cosas. Sólo tenía que aguardar a que volviera, y cuando lo hiciera mantener la calma, hacer como si no hubiera pasado nada.

Con el paso de los días, Ilse reflexionó que no podía tratarse de ninguna otra mujer. Tal vez la política, las circunstancias, cosas que ella desconociera acerca de su marido. Le preocupaba ver que a su alrededor todo iba a peor rápidamente. Cada día el país parecía estar más tenso y el futuro tampoco se veía nada claro. El partido por el que Karl había sentido mayor atracción al principio era el nacionalsocialista, los nazis. Sin embargo con el paso de los meses su ardor inicial parecía haberse trocado en rechazo. Ella no entendía de política, pero coincidía en algunas cosas importantes. Como por ejemplo intentar mantener a raya a los judíos, que en los últimos años parecían dominar las finanzas, el comercio, las profesiones liberales, la medicina, los teatros y el cine, incluso la prensa. Ilse se había educado en el recelo hacia los judíos. Su madre había sufrido una mala experiencia y aunque le aseguró que era hija de un prusiano, ella no las tenía todas consigo. Recordaba cuando aquella joven austríaca la invitó a tomar un refresco, y luego salió con que era su hermanastra, la hija de un judío de Viena, un tal Goldman. Ella no la creyó, y la cortó de inmediato pues no

quería saber nada de aquel asunto. Después cuando le dijo a su madre que quería saber la verdad por dura que fuera, ella le contestó que no tenía nada que ver con aquel hombre, que se olvidara del asunto. No pudo sacarle más a pesar de su insistencia.

Pasaron unas cuantas semanas, llegó el primero de abril y Karl seguía sin aparecer. Cuando los niños preguntaban por su padre, ella les decía que estaba de viaje de negocios y que aún tardaría en volver.

Mientras, el país tenía un nuevo canciller, Heinrich Brüning. Parecía que podría sacar la economía adelante, con aquella apariencia de profesor de economía, y su aspecto seco y distante que le impedía simpatizar con la gente. Pero las circunstancias económicas iban hundiendo día a día a las empresas, a los obreros, y a los funcionarios. La impresión general era que Alemania estaba al borde del abismo.

El 12 de marzo nació el niño. Por petición expresa de Charlotte, pues fue como una especie de regalo que Ilse le hizo, al concederle que eligiera el nombre de su nuevo nieto, lo bautizaron con el nombre de David, poco corriente en Alemania, aunque muy sonoro. Su madre le dijo que una vez había visto el David de Miguel Ángel en un viaje a Florencia, y que había pensado que era un hermoso nombre para un varón. Cuando ella le insistió que por qué había elegido aquel nombre, su madre le aseguró que no fuera mal pensada, que nada tenía que ver con David Goldman, y aunque en cualquier caso le extrañó mucho la elección no quiso tener un nuevo enfrentamiento con ella. Un mes más tarde lo bautizaron en la iglesia como David Edelberg. Ella sollozó al pensar que el padre de la criatura hubiera tenido que estar allí.

A principios de julio, se fueron de vacaciones a Cuxhaven, en el estuario del Elba, donde habían heredado la vieja casita de madera del «abuelo» Lamberg, para llevar a los niños a la playa. La casita era muy pequeña y sencilla, aunque con su chimenea de piedra, y su cálida cocina, lo impresionante era la belleza natural casi salvaje del lugar. Le pidió a su madre que la acompañara para ayudarla, ya que ella tendría que centrarse en el recién nacido. Una excusa para intentar estar cerca de ella. Cada año tenían que repintar la casa y debían llevar allí las cosas necesarias para pasar unas semanas. Una vida dura ya que no tenían ninguna comodidad, ni siquiera agua corriente, pero poder disfrutar de aquel sitio tan natural y hermoso era ya tradición en sus vidas. Delante tenía un

pequeño jardín invadido por las flores veraniegas, y frente a ellos una extensa y solitaria playa. Apenas a dos kilómetros hacia el sur se hallaba Cuxhaven, y todas las tardes veían pasar por el luminoso horizonte los pesqueros de vuelta hacia el puerto. Ella llevaba yendo allí desde que era una niña, al menos un mes cada verano y recordaba los días de su niñez y adolescencia en aquel remoto y solitario lugar como los más hermosos de su vida.

Un domingo a la salida de la iglesia luterana del pueblo, donde se encontraban con los vecinos, se enteraron de la disolución del parlamento, tendría que haber nuevas elecciones. Los vecinos comentaban que nadie podría hacer nada por Alemania, sólo los propios alemanes. Y era cierto, la gente luchaba con uñas y dientes por salir adelante, pero la crisis era tan fuerte que parecía imposible. Gracias a que Karl le había dejado una saneada cuenta corriente no tenía serios problemas por el momento, y sabía que su situación era mucho mejor que la media. Por otra parte su madre, que por cierto no había vuelto a mencionar lo del préstamo de aquel Goldman, tampoco parecía tener problemas económicos. Prefirió no preguntarle de donde salía aquel dinero.

Volvieron a Berlín a mediados de agosto. Klaus y Elisa no parecían muy satisfechos con la vuelta, pero el tiempo ya comenzaba a cambiar y el viento a soplar fuerte. El pequeño David era muy inquieto, no cesaba de llorar y quería que lo viese el médico que atendía a la familia.

Una tarde a primeros de septiembre llamaron al timbre. Los niños estaban paseando con su abuela por el parque cercano. Al abrir se encontró de frente con Karl que la observaba muy serio. No supo reaccionar, solo se sentó en el salón y se cubrió el rostro con las manos sollozando. Había pensado en mostrarse fría y distante, pero no fue capaz de controlar sus emociones. Karl no pareció conmoverse. Entró y se sentó frente a ella en silencio, aguardando a que se serenara. Después de pronto le hizo la pregunta.

—¿Por qué no me dijiste nunca que eras hija de un judío llamado David Goldman?

Ilse no supo que contestar. Las lágrimas le corrían a raudales por el rostro. Se sentía muy mal, y se había dado cuenta de que Karl ni siquiera había mirado a su nuevo hijo que se encontraba en la cuna junto a ella. Entonces algo cambió dentro de ella. Se levantó airada, secándose el llanto con la manga de la blusa.

—¡No sabes lo que dices! ¡Yo no soy hija de Goldman! ¡Mi padre fue un

estudiante prusiano que se enamoró de mi madre! ¡Quién te ha contado esa burda mentira para humillarme te ha engañado!

En aquel momento escucharon la llave girando en la cerradura. Era Charlotte que volvía sola. Había podido escuchar las últimas palabra, tomó asiento frente a ambos en una silla y se quedó mirándolos. Los tres permanecieron un instante en silencio hasta que Charlotte lo rompió tras un suspiro.

—Creo que tengo algo que decir en este asunto. Lo natural sería que ahora saliera por la puerta y me fuera a mi casa sin más. Soy la madre y la suegra. Nada tengo que ver en los problemas de vuestro matrimonio. Pero creo que en este caso puedo aclarar algo. Y sin duda, este es el momento de hacerlo.

Ilse asintió en silencio. Habían tenido que llegar hasta aquella situación para conseguir saber la verdad. Su madre se había tenido que ver forzada por los acontecimientos para hablar finalmente. Karl permanecía en silencio, con el ceño fruncido, pero cuando estaba allí era porque también quería escucharla.

—Lo que vais a escuchar es la verdad. Ya no hay razón para más subterfugios ni piadosas mentiras. A finales del siglo pasado las cosas eran muy diferentes. En 1899 yo no era más que una joven alocada que no conocía lo que era la vida. Me crie sin padre y mi madre tuvo que sacarme adelante sola, hasta que apareció el bueno de Matthias, que se convirtió en mi padre adoptivo. Era un hombre de ideas anticuadas y sencillas, un ferroviario prusiano, con una educación muy primaria, alguien muy apegado a un mundo que estaba desapareciendo con rapidez. Tenía las mismas ideas preconcebidas de una gran parte de la población de este país.

Entonces conocí casualmente a un estudiante llamado David Goldman y me enamoré de él. Era un joven apuesto, inteligente y simpático. Yo no sabía nada de los judíos en aquel tiempo, ni él tampoco me dijo que lo fuera. Simplemente nos enamoramos y sucedió lo que tenía que suceder. Me quedé embarazada. Él terminó la carrera y se fue a su casa en Viena, tras prometerme que volvería a buscarme para casarse conmigo. Cuando lo conté en casa, mi madre y Matthias armaron un escándalo. ¡Para ellos era lo peor que podía haberme sucedido! Mi padrastro fuera de sí, aseguró que hubiera preferido que le dijeran que había muerto atropellada. Lo ocurrido era algo muy serio entonces, ya que, por encima de cualquier otra cosa, el embarazo fuera del matrimonio significaba la pérdida del honor de la muchacha. Si como era el caso se trataba de un judío, se

transformaba en un verdadero desastre familiar. Tuve que irme de mi casa. Sólo pude volver cuando tú ya habías nacido, y ellos comprendieron que no tenían otra solución que aceptar la realidad. Recibí una carta de David Goldman diciéndome que quería casarse conmigo.

En aquel momento me sentía tan mal, tan engañada y con mi vida deshecha por su culpa, que le contesté con una carta durísima, en la que le decía que no quería saber nada más de él ni de ningún otro judío. Él insistió con otras cartas, pero las rompí todas sin leerlas. Cuando quiso volver le cerré la puerta y le impedí verte. Ahora sé que solo lo hice porque era judío. Así era como ellos me habían educado.

Con el tiempo las cosas se arreglaron entre Matthias y yo. Mi madre y Matthias me ayudaron a sacarte adelante, y aprendí a apreciarle. Era un pobre hombre que solo podía ver el mundo de una manera: tal y como le habían enseñado desde que era un niño. Jamás podría salir de ahí. Para él los judíos eran los enemigos ancestrales.

No quiero morirme sin ver la otra cara de la luna. Te diré algo hija mía, y esta es la pura verdad. Tienes que perdonar mis engaños, pero siempre lo hice convencida de que era lo mejor para ti. Tu padre es David Goldman y ahora es cuando me siento orgullosa de que él lo sea. Desde hace tiempo me está ayudando sin pedirme nada. Aquí está la carta que recibí aquel día en que te mostraste tan enfadada porque él me había enviado una importante suma —Charlotte extrajo un sobre doblado de su bolso—. Esta es la verdad de la vida. Os ruego que la leáis. Fue una lección moral que recibí siendo ya mayor, cuando ya crees que nada puede cambiar en tu existencia, sólo morir un día. Hasta entonces toda la vida había vivido engañada, convencida de que nuestros verdaderos enemigos eran los judíos, gentes aborrecibles, las sanguijuelas del pueblo alemán. Eso era lo que en mi casa me enseñaron y lo que siempre creí a pies juntillas. ¡Ahora sé que es una gran mentira! ¡Al leer esta carta me di cuenta de que las cosas no eran como me las habían contado! ¡Alguien tenía un especial interés en señalar a los judíos como nuestros mortales enemigos! ¿Por qué? En estos tiempos, los nazis —Charlotte lanzó una larga mirada a Karl— insisten en la misma historia. Yo no soy política, lo único que sé es que las cosas no van como debieran ir, pero echarles la culpa a los judíos de todos los problemas de Alemania no me parece que vaya a arreglar nada.

Mientras escuchaba aquellas palabras, Ilse la observaba incrédula. Jamás hubiera creído que su madre pudiera defender a los judíos. Nerviosa, cogió la carta que Charlotte seguía manteniendo entre los dedos y la leyó de un tirón. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido, y tuvo que sentarse, confusa. Karl alargó la mano y también la leyó en silencio.

Charlotte aguardó unos instantes a que ambos leyeran la carta para proseguir. Parecía decidida a aclarar la situación de una vez por todas. A terminar con aquello.

—Sí. He recapacitado en estos últimos meses. Estaba equivocada, y aquí y ahora os lo digo a los dos para que lo sepáis de una vez por todas. Es cierto, tuve una hija con un judío, pero lo más curioso es que ahora me siento orgullosa de ello. Ilse, perdóname, sé que esto te afecta mucho, pero tendrás que asumirlo. Y tú, Karl, si el hecho de saberlo, porque no me cabe la menor duda de que lo sabes, te hizo replantearlo todo y esa fue la causa de que abandonaras a Ilse, lo siento por ti y por ella, pero esta es la verdad.

En aquel momento Karl se puso en pie. Ilse pensó que se marchaba tras escuchar la postura de su madre, pero él se dirigió a la ventana y de espaldas, como si no quisiera que le vieran el rostro, comenzó a hablar.

—¡Qué increíble casualidad! Charlotte, creo que usted ha llegado en el momento oportuno. Aquí lo que hay es una confusión sobre lo que cada uno pensamos. Me explicaré. Hace pocos meses me encontré con el que consideraba hasta entonces un amigo. Stefan Gessner. Él creía que yo seguía siendo el mismo de hace unos años. Cuando le dije que los del NSDAP me habían defraudado, que ya no deseaba seguir perteneciendo al partido y que me daba de baja, eso le llevó a amenazarme y a insultarme. Entonces replicó, sin duda intentando ofenderme, que el padre de Ilse era un judío austríaco. Un hombre llamado David Goldman. ¡No tengo ni idea de donde había sacado esa información! Aunque es cierto que Stefan vivió muchos años en Viena y, por lo que sé, allí hablar de unos y otros es un deporte nacional. Sucedió lo impensable, mantuvimos una pelea a puñetazos en plena calle. Los dos terminamos en la comisaría y nos levantaron un atestado por desorden público. Desde aquel momento Stefan se ha transformado en mi enemigo mortal. No sé cómo terminará todo esto.

Karl hizo una pausa. Charlotte se dio cuenta de que estaba muy emocionado.

—El motivo de mi enfado fue pensar que ambas os habíais puesto de

acuerdo para mantenerme engañado. Ahora me he dado cuenta de que eso no era cierto. Y es que yo también he cambiado. Me explicaré. Yo era de los que creían, y sigo creyendo, que este país tiene que cambiar. Nunca había simpatizado con los judíos, era la forma de pensar de mi familia, sobre todo de mi padre, y nunca analicé de donde procedía aquel odio. A lo largo de estos últimos años he mantenido una intensa relación de trabajo con uno de mis colaboradores más cercanos, Jacob Meyer, un investigador judío. No os negaré que al principio lo observaba con recelo. Con el paso del tiempo tuve que rendirme a la evidencia. Lo cierto es que no he conocido en toda mi vida a nadie con su inteligencia, voluntad de trabajo y sobre todo su sencillez. Eso me hizo recapacitar sobre cuál era el motivo por el que yo debiera odiar a los judíos y no encontré ninguno. Sólo la influencia de mi educación, sobre todo por mi padre, que a su vez había heredado ese odio del suyo. Luego hubo otros factores, estuve en un mitin de Hitler en Múnich, la víspera del putsch, y cuando asistí al desfile en Núremberg del «Día del partido», entonces me di cuenta de que aquello era una mezcla de nacionalismo radical, mística de la raza, el ario como superhombre… algo oscuro y ancestral que algunos llevan dentro y que aflora cuando se necesitan víctimas propiciatorias que justifiquen determinadas conductas. El extranjero, el eslavo, el judío, el gitano, esos son los señalados por el odio, y por tanto los culpables de todos los males. ¡Y no es cierto! ¡Cuando vi desfilar a aquella gente con las antorchas iluminando los muros, las SA, el brazo armado del partido al que equivocadamente me había afiliado años antes, comprendí el craso error que estaba cometiendo! ¡Yo no tenía nada que ver con gente como ellos! ¡Lo mejor que podría hacer sería abandonarlo cuanto antes! Por eso, Charlotte, usted ha llegado al mismo razonamiento que yo por otras causas, que al final nos han hecho entender que estábamos engañados. Los judíos no son ni peores ni mejores. Son gente como nosotros, con sus defectos y sus virtudes. Los nazis quieren hacer de ellos una cabeza de turco. Con respecto a mí han conseguido lo contrario. Me han abierto los ojos.

Como verás Ilse, ahora todo depende de ti. Sé cuál es tu pensamiento con respecto al tema. Pero ahora sabes quién eres, y lo quieras o no, la mitad de tu sangre es judía. Quiero que sepas que eso para mí no tiene la menor importancia, simplemente es un hecho. Por primera vez en tu vida estás escuchando a dos personas que no tienen ningún motivo para engañarte. Ya sabes cómo pienso, por

lo que te ruego que perdones mi actitud. No soportaba pensar que me estuvieras engañando conscientemente.

Ilse se levantó y caminó hacia la parte opuesta del comedor. Parecía indecisa y se la veía nerviosa y muy alterada.

—¡No sé qué queréis que os diga! ¡Soy yo la que se siente engañada! ¡Tú, madre, ahora después de treinta años me sales con esas! ¡Toda la vida me has estado mintiendo! Siempre diciéndome, ¡tu padre es un oficial prusiano, no ese judío Goldman! ¿Ahora afirmas lo contrario? ¿Qué ha sucedido para ello? ¡Bah! ¡Para mí es tarde! ¡Me educasteis en el desprecio y el odio a los judíos! ¿Ahora de pronto todo ha cambiado? ¿Por qué? ¿Tal vez porque ese Goldman te mantiene?

En aquel momento Charlotte comenzó a sollozar mientras se cubría el rostro con las manos, como si no esperase aquella respuesta de su hija que prosiguió dirigiéndose a su marido.

—¡Y tú, Karl! ¡Desapareces de mi vida de repente porque te sientes agraviado, insultado por ese Stefan Gessner! ¡Soy yo la que se siente insultada! ¡Yo no puedo cambiar porque vosotros lo hayáis hecho! ¡No soy nazi, pero tal vez esté más cerca de ellos que de estos gobernantes ridículos de la corte de Weimar! ¡Lo que yo sé es que los judíos no son alemanes aunque vivan aquí, y la verdad es que parecen los amos de este país! ¡No entiendo nada! ¡Dejadme sola! ¡Debo reflexionar…! —Ilse salió de la estancia sollozando—. ¡Os lo ruego! ¡Dejadme sola!

Karl abandonó el piso confuso y preocupado. No era aquella la reacción que esperaba. Creía saber cuál era el pensamiento de Ilse, pero tuvo la sensación de que estaba pagando su malestar con Charlotte. Se encogió de hombros, pensando que ya se le pasaría. Por su parte tenía la certeza de haber actuado correctamente. Ya en la calle vio pasar un par de camiones cargados de SA con sus uniformes pardos. Iban cantando a voz en grito el «Horst Wessel Lied». Movió la cabeza con desagrado.

# 44. UNA REUNIÓN FAMILIAR (VIENA, SEPTIEMBRE DE 1930)

A primeros de septiembre Joachim Gessner tomó posesión de su cargo como canciller de la embajada de Alemania en Viena. Mantenía con total discreción su afiliación al NSDAP, era hombre prudente y aún no sabía lo que podría llegar a suceder en tiempos tan revueltos. Por otra parte, en el selecto y restringido cuerpo diplomático de la república de Weimar, su decisión de vincularse a los nazis no se habría entendido.

La campaña que el partido nacionalsocialista llevaba en marcha durante todo el verano era realmente asombrosa, con centenares, tal vez miles de actos públicos, y un Führer incansable, capaz de llenar cualquier recinto. El leitmotiv de la campaña era radical. Un parlamento democrático no podría arreglar nada, y ellos eran los únicos que representaban a toda la nación alemana. Lo cierto era que habían conseguido agitar la vida pública, incluyendo una importante dosis de violencia en las calles.

En Viena, sabiendo además que lo que sucediera en Alemania influiría en Austria de inmediato, se seguían con especial atención las increíbles aventuras de Adolf Hitler. A fin de cuentas austríaco y vienés de adopción, había vivido en aquella ciudad gran parte de su juventud con una mano delante y otra detrás, pero después de todo se estaba haciendo el amo del partido nacionalsocialista. El mayor misterio era averiguar de dónde habría salido aquel hombre que daba la impresión de ser alguien indispensable, el oráculo que cambiaría el mundo.

Desde que Joachim Gessner se había afiliado al NSDAP seguía con sumo interés lo que estaba sucediendo. Por otra parte en Viena donde había pasado parte de su juventud conocía a mucha gente. Algunos de sus amigos coincidían con él en que si alguien podría arreglar la situación, ese sería Adolf Hitler.

Uno de sus amigos de juventud más cercanos, Matthias Klein, un conocido arquitecto, le comentó que había tenido cierta relación con él cuando intentaba entrar en la escuela de arquitectura. Le contó que entonces lo tenían por un

bohemio extravagante, al que solo parecían interesarle las ciencias ocultas, que vivía de vender sus relamidos dibujos por los cafés. Pero sin preparación alguna en matemáticas ni física, le resultó imposible ingresar en la escuela.

Klein no sentía ninguna simpatía por los nazis, por lo que Joachim Gessner se libró de decirle que pertenecía al partido.

—¡Ahí lo tienes! ¡Ese Hitler que aquí no era más que un muerto de hambre, pontificando en Alemania! ¡En Viena no era más que un charlatán de café al que la gente rehuía por no aguantarlo, vistiendo aquella ropa arrugada oliendo a miseria! ¿Un muerto de hambre sin ninguna esperanza, que de la noche a la mañana se transforma en el profeta del superhombre de Nietzsche? ¡Bah! ¡Yo no me lo creo! ¡No lo puedo entender! ¡Ahí hay gato encerrado! ¿Cómo es posible ese cambio? ¿Cómo un tipejo que se arrastraba por los cafés para ver si alguien le pagaba uno por caridad es ahora el Führer del Reich? ¡Me tendrás que reconocer que resulta difícil creerlo!

Joachim no deseaba seguir escuchando aquellas ofensas al Führer de aquel antiguo amigo por el que no sentía la menor simpatía. Ya no tenían nada en común y no quería que lo pudieran relacionar con él. Mucho menos cuando despotricaba de alguien con la fuerza política que Hitler había adquirido. A él no le importaba quién había sido antes. Lo único cierto era que Adolf Hitler se había convertido en el Führer de un partido que podría aspirar al poder. En cuanto a lo que estaba escuchado, Hitler había ganado la Cruz de Hierro de primera clase por méritos de guerra. Reflexionó que Klein, como tantos intelectuales de Viena, sería comunista, gentes envidiosas, marxistas radicales que en el fondo odiaban a los alemanes.

El 14 de septiembre las cosas cambiaron en Alemania. Nadie esperaba que el NSDAP se convirtiera de la noche al día en el segundo partido del Reichstag, con ciento siete escaños. En la embajada en Viena, dónde desde el embajador hasta el último funcionario, exceptuándolo a él, eran simpatizantes del gobierno, se palpaba la preocupación. Todos sabían que a partir de aquel día sería preciso contar con Hitler para conseguir un gobierno estable. Joachim pensó que Klein debería andarse con cuidado y no ir contando viejos chismes sobre el Führer ya que podría costarle un serio disgusto. El Frankfurter Zeitung que pudo leer al día siguiente decía en su editorial que los electores habían querido poner al sistema patas arriba. Otro artículo comentaba que había llegado el día de la revancha, y

que la violencia que crecía en las calles no había hecho más que empezar.

Aquel día su hermana Eva le había invitado a comer. Cuando lo llamó para quedar con él le advirtió que también estaría María, que había vuelto sola a Viena, lo que en principio era una buena noticia, y también asistiría Markus, que la había llamado para saludarla y le dijo que fuera a comer con ellos.

La comida se celebraría en el piso de Eva en el Ring. Joachim pensó que no les comentaría nada acerca de la rotura de su compromiso con Hannah Richter. Era algo que llevaba dentro de él, ya que pensaba que los demás siempre se alegraban de las desgracias ajenas. Por otra parte últimamente estaba saliendo con Constanze von Sperling, una aristócrata de Hannover a la que conocía desde hacía años, lo que probablemente habría llegado a los oídos de Eva, que siempre estaba al día de todos los cotilleos sociales en Viena. Se había encontrado con Constanze en la calle casualmente, y se mostró encantada al saber que estaba destinado en Viena. Después habían comenzado a salir, y estaba pensando en proponerle ir a pasar unos días con él en Linz. Antes tendría que hablar de ello con Markus.

Klein le había contado que alguien hablaba de la nueva relación que Markus mantenía con un profesor italiano de la misma cuerda. Aquello le humillaba, ya que no dejaba de ser su hermano. Por otra parte Markus y él no se llevaban bien, lo que no era nada nuevo. No soportaba a los homosexuales, era algo superior a sus fuerzas, y eso les había hecho enfrentarse con frecuencia. Tampoco fue casualidad que en la herencia se le asignara a Markus la casa y la finca de Linz. La idea, de acuerdo con Stefan, fue alejarlo de Viena, donde sus andanzas eran frecuente motivo de escándalo.

Media hora antes de la cita se dirigió andando a casa de Eva. Pasó por Demel donde adquirió una caja de bombones y luego caminó por el Ring hacía el este. Se cruzó con un grupo de judíos a los que había visto anteriormente allí. Aquel lugar era como un punto de reunión para sus negocios y los vio gesticulando, con sus vestimentas del siglo pasado, todos ellos con sombreros negros de ala ancha. Imaginó que estarían haciendo sus negocios. Tenía la certeza de que aquella gente prescindía del lugar donde estaban. Sólo iban a los suyo. Sentía una profunda repulsión hacia ellos y se separó lo más posible para no rozarse con ninguno.

Recordó la última reunión a la que le había invitado el propio Joseph

Goebbels en la sede del partido en Berlín, a la que había asistido acompañado de Stefan. Se trataba de una reunión muy privada en la que se expusieron algunos asuntos confidenciales, reservados solo para la élite del partido. Allí contó unas cien personas, los que supuestamente ocuparían importantes cargos en la estructura del gobierno cuando se llegara al poder. Recordó las palabras de Goebbels, un hombre con los pies en el suelo, un verdadero político, alguien que no elucubraba sin más, y que tenía como misión ir montando la estructura del partido para gobernar en su día. «¡Ese día no está tan lejos!», había comenzado por decirles. «¡La próximas elecciones inclinarán la balanza y nos acercarán al poder!», aclamaba, y lo cierto era que Goebbels no se había equivocado mucho. En la reunión, a la que asistieron Goering y otros altos cargos, se les impartieron criterios generales de la filosofía del partido para establecer una línea de coherencia. Lo importante era acceder al poder cuanto antes. En la reunión les hablaron de la exigencia de Alemania de recuperar los territorios perdidos en Versalles, como la máxima prioridad del país. También del espacio vital, el concepto del «Lebensraum», además de la importancia de la raza y las políticas en contra de los judíos. Joachim caminaba reflexionando que aquello era una prioridad, y no sólo para Alemania. Austria tendría que seguir los pasos.

Eva lo recibió con una sonrisa forzada. No se llevaban bien pero seguían siendo hermanos. Sabía que a ella le habían molestado sus comentarios cuando se casó con Paul Dukas y notó que aún no le había perdonado. Aquello fue como un reto para el resto de la familia, pero al menos la incómoda y forzada situación había terminado. María llegó enseguida y lo saludó con frialdad. No tenía ni idea de que estaba embarazada. Aquello, al menos para él, no era una buena noticia, a pesar de que su pareja, Kurt Eckart, estaba progresando en el partido, sobre todo gracias a Goebbels, que lo había apadrinado. De cualquier manera, para él con cargo o sin él, aquel hombre seguía perteneciendo a otra clase con la que no deseaba mezclarse. Finalmente llegó Markus, elegantemente trajeado, que le dio la mano sonriente, como si le diera lo mismo lo que su hermano mayor pudiera pensar de él.

Eva quiso derivar la conversación a las últimas tendencias artísticas y Markus asintió entusiasmado mientras bebía el Riesling frío. María permanecía callada escuchando, normal en ella. Joachim era consciente de que tenía que controlarse, no hablar de nada inconveniente que pudiera molestar a sus

hermanos. Nada de política, ni recriminar a Markus, ni comentar el embarazo de María y lo que él pensaba sobre ello. Y mucho menos incomodar a Eva preguntándole como le había ido en su matrimonio con aquel psiquiatra judío, del que él ya le había dicho lo que pensaba.

Cuando Eva le preguntó por Hannah Richter, él contestó quitándole importancia que se habían dado un periodo para reflexionar, una elegante manera de decir que ya no se veían, sin explicar la situación. Salió del paso preguntando a Markus si tendría inconveniente en que pudiera ir un fin de semana a Linz. Markus respondió que en absoluto, pero que le advirtiera con unos días. Eva hizo entonces un comentario de pasada acerca de Constanze von Sperling. En Viena era imposible mantener un secreto.

Fue más tarde, durante el café, tal vez habían bebido de más, cuando Markus hizo una serie de comentarios despectivos sobre las elecciones y el ascenso de los nazis, cuando no fue capaz de reprimirse, a pesar de que los diplomáticos debían estar preparados para permanecer impávidos en cualquier circunstancia. Replicó con desprecio, haciéndole ver que alguien como él no estaba calificado para criticar a Hitler y su partido. Increíblemente María se puso del lado de Markus, mientras Eva intentaba cambiar de conversación, que fue subiendo de tono, hasta que unos minutos más tarde no tuvo otra opción que levantarse y separarse de la mesa.

—¡No esperaba menos de vosotros! ¡Tú, Markus, no eres más que un degenerado! ¡Sé muy bien por qué te preocupan los nacionalsocialistas! ¡Iré a Linz, pero nunca a tu casa! ¿Qué escondes allí? ¿Tal vez a un marica italiano? ¡En cuanto a ti, María, creía que por fin habías cogido el camino correcto! ¡Ahora comprendo por qué estás aquí sola en Viena! ¡Eva, tú también me has vuelto a defraudar! ¡Tú también eres responsable por traer a estos desgraciados a tú casa! ¡Me voy! ¡Cuando me quieras invitar otra vez dime antes quien va a venir! ¡Adiós!

Fue entonces cuando Markus se levantó de un salto y se colocó entre la puerta y él. Markus era un hombre fuerte y en plenitud de facultades, ya que una de sus manías era hacer gimnasia sueca todas las mañanas.

—¡Aguarda un momento, querido hermano! ¡No tan deprisa! ¿Quién te crees que eres para venir aquí a insultarnos y marcharte de rositas? ¡Al menos discúlpate con María! ¡En cuanto a mis comentarios sobre ese partido te los

resumiré antes de que salgas por esa puerta! ¡Aguarda! ¡Aguarda un momento! ¡Mira! ¡Los nazis traerán la ruina a Alemania y a Europa! ¡Son un desecho intelectual, gente que no ha querido aprender nada! ¡Que no ha entendido nada acerca del mundo en el que viven! ¡Vuelve a esos grotescos mítines en los que se fomentan la más bajas pasiones de la gente! ¡Son la hez del país, están engañando a todo el mundo, recurren a las emociones más toscas y primitivas para conseguir sus fines! ¡Esta compleja Europa con sus valores humanísticos, sus ideales, sus avances sociales, será destruida por esos hunos salvajes encabezados por ese desgraciado! ¡Pregunta aquí en Viena, pero en los bajos fondos, quien era Adolf Hitler! ¡Verás lo que te contestan! ¡Y ahora puedes irte con tus ideas preconcebidas y estúpidas, propias de alguien que presume de «civilizado», que sin embargo tampoco ha entendido nada!

Cuando bajó la escalera, Joachim comenzó a notar que le dolía el pecho, últimamente le sucedía cuando se alteraba mucho. No le dio mayor importancia y salió a la calle tan enfadado, tan profundamente indignado con Markus, que notó que le temblaban las manos. En aquel momento tenía la convicción de que si hubiera llevado encima su arma reglamentaria, la Luger oficial de la embajada, tal vez la hubiera empuñado, y que lo mejor que podría hacer sería olvidarse de Eva y de María. En cuanto a Markus, era tal el odio que sentía en aquellos momentos, que pensó en hablar con Sigmund Hohmann, el hombre de las SS en Viena, para explicarle lo que Markus Gessner pensaba sobre Hitler y el partido, y lo que llevaba a cabo en su casa de Linz. Tuvo que entrar en una cafetería y sentarse en una mesa para poder controlarse. Después de lo ocurrido, aquel ya no era su hermano, si no alguien al que consideraba un mortal enemigo, no sólo personal, lo que era peor, también del partido.

# 45. UN SECRETO DESVELADO (VIENA, NOVIEMBRE DE 1930)

María Gessner estaba muy preocupada con la situación, no podía dejar de pensar que Kurt corría un gran riesgo. Los nazis no eran tan estúpidos como para no investigar a fondo a la gente que trabajaba para ellos. Kurt pertenecía al partido comunista ruso, incluso había colaborado con Trotsky en el periódico «Pravda». Aunque por el momento daba la impresión de que todo estaba saliendo tal y como había planeado Iván con Kurt, era algo que podría desmoronarse en cualquier momento. A medida que los nazis fuesen obteniendo poder, vigilarían más a fondo a sus colaboradores. La labor de Kurt no era algo eventual que fuese a terminar en cualquier momento, por el contrario significaba años de constante tensión, estar pendiente de los más mínimos detalles, evitar que algo de su personalidad se le escapara en un momento dado.

La última vez que hablaron con Iván, el hombre reconoció que todo estaba saliendo a pedir de boca. Aseguró que nunca hubiera podido creer que el azar los favoreciera de aquella manera. María no podía dejar de pensar en quien habría organizado todo aquello, para controlar desde el inicio a un pequeño partido por el que nadie con sentido común hubiera apostado. Cuando le preguntó a Iván, este le contestó que el Komintern había decidido apostar a todos los números, y que de igual manera se intentaba controlar a todos los partidos. A fin de cuentas alguno tendría que llegar al poder, aunque les confesó que él siempre había apostado por los del NSDAP.

—Los alemanes parecen hechos a medida para ese partido, con un líder autoritario que asegura que quiere limpiar el país de judíos, gitanos y eslavos, y comunistas. ¡Ya saben a lo que me refiero! ¡Conceptos como orden, raza, limpieza, Führer, nación, instintos primarios, romanticismo trasnochado, propaganda «lebensraum», autoridad, disciplina! La verdad es que desde el principio alguien cercano al Kremlin se dio cuenta de que el NSDAP tenía todos los números para terminar liderando Alemania, y hoy ya puedo vaticinarles que

eso lo veremos muy pronto.

María había leído aquellos días el «Discurso alemán» de Thomas Mann, en el que el famoso escritor y pensador analizaba con amargura lo que iba a suceder cuando los nazis tomaran el poder, lo que preveía ya inevitable. Ella coincidía en todo con Mann. Era consciente de lo que podría suceder a los judíos y a todos los ciudadanos que no pensaran exactamente como Hitler pretendía.

Acababa de recibir una llamada de Eva, según su hermana para hablar de un tema muy importante para la familia. Imaginaba que iba a contarle algo sobre Markus y su último amante, lo que por otra parte estaba en boca de todos, pues Linz era tan bella y culta como provinciana y chismosa, o sobre las andanzas de Stefan con los nazis, y no le dio más importancia.

Aquella misma tarde se acercó al piso de Eva, aunque siempre había disentido con ella, de toda la familia era con la que mejor se llevaba. Al principio comentaron el deplorable comportamiento de Joachim en la última comida familiar y la valiente postura de Markus, que por primera vez, al menos delante de ellas, se enfrentó a su hermano mayor sin ambages.

Eva dijo que quería enseñarle algo. Extrajo de un cajón un estuche y un sobre amarillento. Cuando vio el estuche le resultó familiar, tal vez lo había visto alguna vez cuando era una niña. Eva sonreía enigmáticamente cuando se lo entregó, y ella lo abrió sin saber de qué se trataba. Cuando vio el broche con el nombre y la estrella de David, entendió lo que Eva quería decirle.

—¡Pero esto es sorprendente, Eva! ¿Quiere decir que nuestra abuela materna era judía? ¡Me parece increíble!

Eva seguía sonriendo cuando le entregó la vieja carta de Ada Rothman, un mensaje que después de tantos años llegaba por fin a su destino.

—Es mucho más que eso María. Según esta carta, nuestro abuelo materno también lo era. La abuela Ada tuvo un romance con un judío llamado Jacob Mendel, con ese nombre no creo que quepa ninguna duda de que era judío, y como consecuencia de dicha relación nació nuestra madre. ¡Eso significa que al menos el cincuenta por ciento de nuestra sangre es judía! Por lo que sé, para esos nazis y su estúpida forma de decidir quién lo es y quien no, nosotras, todos los hermanos Gessner, lo somos completamente. ¡Por Dios santo! ¡Te lo imaginas! ¡Joachim y Stefan se van a llevar la sorpresa de su vida! ¡Y me voy a encargar de que lo sepan muy pronto a ver si descienden alguna vez a la realidad! Por lo que

sé, Stefan va a venir a Viena dentro de unos días, y probablemente se verá con Joachim. Ya sabes que trabaja para el partido nazi, y que por lo visto está muy considerado. Después de lo que presenciamos aquí el otro día, la verdad, no me fio de ninguno de los dos, ambos son demasiado ambiciosos. Aunque también me preocupa mucho su reacción cuando lo sepan.

Eva se levantó y se dirigió a uno de los muchos cuadros en la pared. El cuadro ocultaba una pequeña caja fuerte, introdujo la combinación y la abrió, extrayendo unos documentos.

—Fui el otro día al notario acompañada de mi amigo Andreas Neuer, que sirvió de testigo, para hacer una manifestación en la que declaraba ser cierto que, según los antecedentes, esta carta es un documento original de nuestra abuela Ada Rothman y que por lo que yo conozco de la historia familiar, lo que en ella se menciona es cierto en su totalidad. Aquí te entrego una copia notarial para que la guardes por si acaso, ya que nunca se sabe lo que puede llegar a suceder. En cuanto a este original, te propongo que me acompañes al banco para dejarlo en la caja fuerte a mi nombre, y que voy a compartir contigo. Después de todo yo no tengo hijos por el momento, y si me ocurriese algo, tú podrías acceder.

María la interrumpió sobresaltada. No esperaba aquello de su hermana a la que siempre había tenido por alguien superficial.

—¡No digas esas cosas! ¡Me asustas, Eva! ¿Qué va a pasar? ¡Tendrán que aceptarlo! ¡No les cabe otra!

—¡No lo creas! —Eva negó con la cabeza—. ¡Sabes muy bien cómo son los dos! ¡Siempre han creído estar en posesión de la verdad! ¡Para ellos sería algo peor que la muerte! ¡Los creo capaces de cualquier cosa, y más en estos momentos en que ambos aspiran a convertirse en personajes importantes en ese partido nazi, que tan poco aprecia a los judíos!

María no tuvo más remedio que asentir. Aquello no era nada nuevo, ya que Joachim y Stefan siempre habían sido los favoritos de su padre. Por otra parte eran bastante mayores que ellas, y a causa de las circunstancias familiares nunca habían tenido confianza con ellos. Sabía muy bien como ambos pensaban, su enorme ambición, y era evidente que aquello podría destruirles, por lo que no lo permitirían sin más. La edad los había endurecido y nada ni nadie podría interponerse entre ellos y su futuro. Eva había actuado con mucha cordura ya que si la carta caía en sus manos la destruirían de inmediato. En cuanto a

Markus, para ellos era como si no existiera. Eran dignos herederos de su padre, un hombre que trataba siempre a las mujeres con un rancio y condescendiente paternalismo, como si por el solo hecho de pertenecer al sexo femenino necesitaran en todo momento estar bajo la vigilante tutela de los varones.

María quiso dejar clara su postura:

—Verás Eva, a mí no me importa tener sangre judía, en todo caso pertenecemos a una gente que ha hecho mucho por la humanidad. Por lo que veo a ti tampoco te ha afectado, ya que no estarías haciendo así las cosas. En otro caso probablemente habrías quemado la carta en la chimenea y destruido el broche. Fin del drama. Pero no, estás actuando de una manera bien distinta de lo que me congratulo. Tal vez el tiempo que estuviste casada con Paul te hizo reflexionar. Creo que a nosotras eso no nos va a cambiar la vida, tal vez nuestra forma de entender el mundo. Esos judíos que me he cruzado hace un rato ya no serán para mí tan exóticos y lejanos. Después de todo ahora sé que compartimos con ellos la misma sangre, al menos en parte. ¿Pero tú? Quiero pedirte disculpas, reconozco que estaba equivocada con respecto a ti. Sinceramente te creía mucho más superficial, como si lo que te importara fuesen otros valores más banales. Me equivoqué y me alegro —María se acercó a su hermana y la besó en la mejilla—. Eva. Has hecho lo que tenías que hacer. Gracias.

Volvió a sentarse delante de su hermana. Estaba comenzando a preocuparse por la reacción de Joachim y Stefan.

—¿Y ahora qué? Creo que tienes razón y que se lo van a tomar fatal. ¿Cómo se lo vas a decir? ¡No deberías enfrentarte a solas con ellos!

Eva hizo un esfuerzo por sonreír. Tragó saliva. Creía saber lo que estaba haciendo.

—¡No es preciso que se lo diga yo! ¡El notario se lo ha enviado con acuse de recibo, a través de notarios alemanes para que no puedan decir que no lo conocen! ¡Lo único que siento es perderme sus rostros cuando lean el contenido de la carta! ¡Oh, daría cualquier cosa por poder presenciarlo! Pero estarás conmigo en que era la única manera de hacérselo saber sin correr riesgos. Si lo hubiera dicho en su presencia, no sé lo que habría podido suceder. Sólo piensa en lo que se están jugando, en el mismo momento en que los nazis se enteraran de todo esto su porvenir en el partido habría acabado, ya que por lo que me han contado desconfían de todos los judíos. ¡Aunque hayan sido educados como

perfectos prusianos! ¡Ellos mismos! ¡Qué pensarán al mirarse al espejo! No creas que me he vuelto loca, pero te ruego que pienses en lo que te voy a decir unos instantes. ¿Por qué te crees que ninguno de ellos, ni siquiera Markus, a fin de cuentas mellizo de Joachim, se parecía a nuestro padre, el eximio prusiano Friedrich Gessner?

María la interrumpió sin atreverse a pensar lo que su hermana estaba sugiriendo.

—¿No estarás insinuándome que Joachim, Stefan y Markus pudieran ser hijos de otro hombre?

—¡No lo estoy insinuando María, lo estoy afirmando! Nuestra madre nunca amó al viejo Friedrich. Sabes bien que ella tuvo relaciones fuera del matrimonio, y lo que es más, sabía muy bien lo que estaba haciendo, y aunque por el momento no tengo ninguna prueba tan concreta como la carta de Ada seguiré investigando sobre ese asunto. Pienso que tal vez podría encontrar algo en la biblioteca de nuestra antigua casa, que sigue cerrada pendiente de subasta. Intentaré conseguir que me permitan acceder. Ahí tienes una foto de nuestro padre, Friedrich Gessner.

Eva señaló a la pared. En la instantánea el viejo Gessner aproximadamente tendría la edad actual de Joachim.

—¿Tú les encuentras algún parecido? Yo no, y eso me lleva a imaginar lo que pudo suceder. Ten en cuenta que nuestra madre estaba muy influenciada por el suicidio de la suya, la abuela Ada, a la que si bien no llegó a conocer, pudo hacerlo indirectamente. Fueron vidas paralelas, y por el mismo motivo ambas ocultaron su sangre, evitaron que se supiera que eran judías, ya que en aquellos tiempos tener esa herencia era casi siempre un estigma social.

—Bueno. Creo que no es ninguna elucubración. Podría ser. Pero ahora lo que debe preocuparnos es la reacción de Joachim y de Stefan. Creo que no lo aceptarán, simplemente se volverán locos de furia, creerán que alguien les está gastando una broma de mal gusto, y que tú pretendes hundir sus vidas.

—¡Sí! ¡En efecto, todo antes que aceptar que pudieran ser considerados judíos por sus nuevos amigos! ¡No saben historia! ¡Ni esos ignorantes nazis tampoco! ¿Tú sabes lo que le escribió el sultán otomano al rey Fernando el Católico de España cuando supo que había expulsado a los judíos y que algunos se refugiaron en sus dominios? ¡Que si le quedaban más de aquellos buenos

súbditos que se los enviase a él! ¡Que serían muy bien venidos en el Imperio Turco! ¡Claro! ¡España perdió sus mejores médicos, científicos, y los hombres que dominaban las finanzas, y desde entonces comenzó su decadencia como país! ¡Nuestros hermanitos pretendían llegar muy lejos en ese nuevo régimen! ¡Y ahora la vieja Ada se estará riendo de ellos! ¡Ah! ¡Qué venganza más sutil!

María asintió. De pronto Eva notó a su hermana muy tensa.

—Eva. Tengo que confiar en ti, como tú lo has hecho conmigo. Tú has sido franca y sincera conmigo, y yo quiero serlo contigo. Voy a contarte algo, pero no debes hablar de ello con nadie. ¿De acuerdo? ¡Puede irme la vida en ello, y la de mi compañero, el padre de esta criatura!

María se señaló el vientre. Durante un largo rato estuvo explicándole la situación a su hermana. Sabía que con ello corría un cierto riesgo, pero necesitaba desahogarse. Le explicó que ella seguía considerándose marxista leninista, aunque de cara a la gente debía aparentar una gran afinidad hacia los nazis, al igual que su compañero, Kurt Eckart, que ya estaba ocupando una posición importante dentro del esquema del NSDAP «colaborando» con Goebbels en la eficaz propaganda que estaban llevando a cabo.

Eva la observaba con los ojos abiertos, sin ser capaz de asimilar que su hermanita, la discreta y callada María, era una espía al servicio de Moscú, al igual que Kurt Eckart. Simplemente le resultaba muy difícil creerlo. María le advirtió de nuevo que aquello sólo era una demostración de confianza fraternal.

Ambas se abrazaron en señal de acuerdo y quedaron en que mantendrían entre ellas una absoluta confianza a partir de aquel momento. Tal y como Eva había planeado, se dirigieron al banco para depositar la carta y el broche de Ada en una caja fuerte alquilada por Eva, a la que autorizó acceder a María. No creía que le fuese a ocurrir nada, pero quería tener la seguridad de que, en tal caso, aquella información no se perdería.

Dos días más tarde, cuando Eva volvía de hacer unas compras encontró a Stefan aguardándola en el portal. Se dio cuenta de que su hermano estaba haciendo un esfuerzo por contenerse y se dirigió a él con naturalidad.

—¡Stefan! ¿Cuándo has llegado? ¿Me aguardabas?

Stefan asintió sin decir una palabra. Lo notó pálido y tenso, lo que le demostraba que había recibido la información. Subieron en el ascensor en absoluto silencio y entraron en el piso. En aquel momento la cocinera estaba de

compras en la calle con la doncella. Stefan no quiso sentarse. Ella sí lo hizo, aguardando a ver por dónde iba a salir su hermano.

—Eva —notó que su hermano hablaba intentando controlarse—, he recibido la carta y la fotografía con el broche que nos has hecho llegar a Joachim y a mí. Sinceramente no entendemos lo que pretendéis. Es vuestro problema, ya que nosotros no nos damos por aludidos. ¿Qué queréis obtener con ello? ¡No tenemos nada que ver con una carta presuntamente falsa o falsificada si lo prefieres, y un maldito broche adquirido en un anticuario judío! Ahora bien, quiero hacerte una advertencia, e incluyo lo que Joachim me ha encargado te transmita de su parte. Si esa documentación se hace pública tendrás un serio problema. Tú, María y Markus, porque no nos cabe la menor duda de que detrás de este asunto estáis los tres. ¡Y cuando digo un serio problema… puedes creerme! Mira te propongo que me entregues esa carta, el original que tú tengas y el broche, y que te olvides del asunto. ¡No sabemos lo que pretendéis, pero no vais a conseguir nada! Ahora bien, naturalmente Joachim y yo estaríamos dispuestos a compensaros. Sabemos que tenéis un problema de liquidez, es verdad que esta crisis nos está pasando factura a todos, y que ahora hay un patrimonio que sostener y pocos ingresos. Bueno, pon el precio. Sabremos ser generosos. ¡Pero no os equivoquéis! ¡Este desgraciado asunto debe permanecer olvidado! ¿De acuerdo? ¡Olvidado!

Stefan casi chillaba al decir sus últimas palabras. Eva permaneció unos instantes en silencio como si estuviera reflexionando. Después negó con la cabeza.

—Stefan. No sé si te he entendido bien. ¿Has venido a mi casa para amenazarme? ¿Crees que puedes amedrentarme? ¿Crees que esto no es más que una conspiración familiar para chantajearos? ¿Estás hablando de dinero? ¡Siento decirte que no has entendido nada! ¡Mira, de momento no vamos a hacer público este asunto! Estoy de acuerdo contigo que ahora no nos beneficia a ninguno. ¡Sólo queríamos que supieseis la verdad, ya que negarla es de necios! ¡Que no pudieseis negarla! ¡Esa es la verdad, y tú lo sabes! ¡Nuestra madre era de sangre judía, lo que quiere decir que para la consideración nazi todos nosotros lo somos! ¡No os servirán de nada vuestras amenazas! Te diré más. Imagínate que nos ocurriera algo. ¡Inmediatamente se haría público este asunto y tendríais que soportar las consecuencias! ¡Siempre he sabido la clase de personas que sois tú y

Joachim, pero esto me lo ha confirmado! ¡Vete Stefan, pues nada tienes que ver conmigo y prefiero que lo sepas! ¡Y ahora sal de mi casa!

Stefan apretó las mandíbulas. Pensó que sería mejor mantener la boca cerrada y no excitar más a su hermana. Cerró la puerta dando un tremendo portazo, queriendo mostrarle su disgusto, mientras pensaba que nadie se interpondría en su camino. Eva respiró aliviada. Había temido aquel momento. Pero ahora ambos sabían la verdad, una verdad que sería como una espada de Damocles sobre sus cabezas.

Unos días después, mientras desayunaba, Eva leyó en la prensa de Viena que uno de los jerarcas nazis, Joseph Goebbels, había irrumpido en una sala de cine del centro de Berlín, durante el estreno de la película «Sin novedad en el frente», basada en la novela de Erich Maria Remarque. Los manifestantes nazis arrojaron bombas de humo y polvo que hicieron estornudar a los espectadores con la finalidad de interrumpir la película. Los que protestaron fueron golpeados. El libro de Remarque había sido rechazado por los nazis, que alegaban que su descripción de la crueldad y el absurdo de la guerra no representaban el espíritu alemán, no era más que una filosofía de cobardes.

Una noche de finales de noviembre, Eva tuvo una llamada del hospital general de Viena. Una voz desconocida preguntó si tenía relación con María Gessner. La voz le explicó que María Gessner había sido trasladada allí después de abortar espontáneamente a causa de una caída al bajar del tranvía en marcha, y que había perdido al niño. Su teléfono figuraba en una agenda en el bolso de la señora Gessner. La voz añadió que tal vez sería prudente acercarse.

—Ya sabe usted lo que son estas cosas. La señora Gessner ha perdido mucha sangre aunque creemos que su vida no corre peligro.

Eva se dirigió al hospital. Le explicaron que su hermana estaba siendo intervenida, ya que había sufrido una hemorragia interna al caer desde la plataforma a la calle con el tranvía en marcha. Aquella información la alarmó. Conocía lo suficientemente bien a María para saber que ni tenía motivos para cometer suicidio, ni era esa clase de persona. No quería pensar en que aquello fuese una demostración de hasta dónde estaban dispuestos a llegar. No podía creerlo.

# 46. TRES HOMBRES DISCRETOS (BERLÍN-VIENA, PRIMAVERA DE 1931)

Todos los que conocían a Kurt Eckart lo tenían por un hombre discreto y callado. No resultaba fácil establecer una conversación con él, siempre parecía estar pensando en sus cosas, como si lo que ocurriera a su alrededor no tuviese importancia para él. Eso lo sabían bien en la Oficina de Propaganda del NSDAP en Berlín, donde lo habían vuelto a trasladar desde su destino en Múnich a petición de Joseph Goebbels que quería tenerlo cerca. Kurt hablaba poco, pero cuando lo hacía merecía la pena escucharlo, y gran parte de la nueva campaña nacionalsocialista se fundamentaba en sus «slogans», que sintetizaban como nadie podía hacerlo los intereses de futuro del partido.

El propio Hitler conocía la capacidad de Kurt Eckart, que por esa causa había colaborado no sólo en el montaje de algunos actos oficiales, también en el diseño de la propia vivienda del Führer en Berchtesgaden, o su nuevo piso en Múnich. Se había colocado en una posición privilegiada en el partido, y su imparable ascenso era algo que hacía que sus nuevos camaradas le felicitasen y le diesen palmaditas en la espalda cuando se cruzaban con él. Goebbels estaba encantado con su hallazgo, ya que aquel hombre le estaba sacando las castañas del fuego en las últimas ocasiones.

Naturalmente se había indagado minuciosamente en su pasado. Se había averiguado que procedía de San Petersburgo. Que era hijo de una mujer polaca y un linotipista alemán llamado Franz Eckart, natural de Hamburgo, que aunque no había contraído matrimonio, lo había reconocido como hijo suyo. Kurt Eckart mantenía que tras la revolución había huido de los comunistas en cuanto tuvo ocasión y que se asentó un tiempo en Viena como impresor. Todo ello se contrastó debidamente. El informe mencionaba que en la actualidad era pareja estable de una profesora de historia austríaca llamada María Gessner, que había flirteado con los marxistas cuando era estudiante en la universidad y a la que durante un tiempo se consideró simpatizante del Partido Comunista Austríaco,

algo que parecía haber dejado atrás ya que en los últimos dos años ambos se habían afiliado al NSDAP en Múnich. También se sabía que era hermana de dos importantes hombres del partido.

Por otra parte aquel perfil no era nada nuevo, ya que se repetía a lo largo y ancho de todo el país. Muchos habían abandonado a los comunistas, totalmente desencantados por lo que estaba sucediendo en Rusia, y habían abrazado la alternativa de un partido como el Nacionalsocialista, que les ofrecía unas posibilidades con las que se sentían mucho más cercanos.

Por otra parte Eckart estaba entregado en su trabajo, sus comentarios públicos y privados estaban en coherencia con su comportamiento. Los especialistas no habían encontrado nada sospechoso en su domicilio, ni por lo que se sabía se reunía con enemigos del partido. Eso era lo que se esperaba, aunque ninguno de los hombres de confianza se libraba de ser investigado en profundidad.

Kurt Eckart, en su cargo de subdirector ejecutivo de propaganda, era uno de los doce elegidos que se sentaba en la mesa redonda de Goebbels cada lunes a las nueve de la mañana para organizar la semana en la Oficina de Propaganda. Goebbels era un hombre sumamente metódico, que tomaba nota de todo, mientras un secretario tras él copiaba mediante taquigrafía todo lo que se decía o sugería, estaba empeñado en llevar aquella oficina como una empresa. De todo lo hablado se levantaba acta que se archivaba cuidadosamente. Cuando se trataba de asuntos confidenciales sólo asistían los señalados y Eckart lo era cada vez más.

Aquella situación había dificultado en gran manera los contactos entre Iván y Kurt, que tenían que emplear métodos cada vez más imaginativos para poder cambiar impresiones. Iván se había afiliado al partido tiempo atrás bajo el nombre de Frederick Bauer, un alemán de Könisberg que se había instalado en Berlín, asiduo de las cervecerías donde se celebraban los mítines del NSDAP, alguien que se había señalado por vestir casi siempre los trajes típicos prusianos, gritar consignas y cantar con voz de barítono los himnos alemanes. Sólo un patriota más que apoyaba a Hitler. La investigación sobre él no aportó nada sospechoso, otro buen alemán que huía de los bolcheviques en una región fronteriza.

El partido se estaba nutriendo de gentes procedentes de todas partes de

Alemania, muchos de ellos con oscuros pasados, gente que deseaba olvidar su historia y tener una oportunidad en la vida. Eso no era nada nuevo, y Hitler, que sabía lo que era aquello por experiencia propia, instaba a los suyos a dar la bienvenida a los que llegaban para algo tan ilusionante como cambiar el país. A fin de cuentas ni el propio Hitler deseaba mirar atrás, a sus años de miseria y continuos problemas en Viena. Ese era el motivo por el que Goebbels tenía a varios de los suyos borrando a cualquier precio las pistas dejadas por el Führer en sus comienzos. Había que crear una figura sin mácula, alguien enviado por la providencia para salvar a Alemania y transformarla en la primera nación de la tierra.

Kurt Eckart no sólo era discreto, sobre todo era un hombre paciente. Alguien que pensaba en hacer su trabajo por encima de las circunstancias y del azar. Le gustaba tenerlo todo previsto, no descuidar el más mínimo detalle, ir tejiendo su red sin dar ninguna opción al enemigo. Para él aquello más que un encargo era un reto. Conocía bien las dificultades de lo que estaba haciendo, pero confiaba en sí mismo y en el apoyo que le proporcionarían desde Moscú. Sin embargo algo dentro de él estaba comenzando a cambiar. Al poder comparar a unos con otros, de pronto entrevió un camino en el centro. Al principio solo fue una idea, con el paso del tiempo meditó que las cosas podrían ser de otra manera. No le había gustado la forma en que Stalin se había deshecho de Trotsky, ni sus métodos dictatoriales, como aquel politburó que no era capaz de llevarle la contraria en nada, sometido a la voluntad y capricho de Stalin, el nuevo «zar rojo» de Rusia. Aquellas dudas las mantenía en lo más recóndito de su corazón. Eran solo eso. Dudas.

Para no poner en riesgo la misión había decidido que María Gessner volviera a Viena, y que tuviera allí a su hijo. Él amaba a aquella mujer, pero creía que, si las circunstancias le hubiesen obligado, habría sido capaz de acabar con ella sin ningún remordimiento. En los últimos meses todo era distinto. Que ella volviera a su piso en Viena era la mejor solución por el momento. No había sido adiestrada por la GPU.

Mientras, él hacía lo que tenía que hacer, un paso tras otro, tal y como le habían enseñado. Su ventaja era que no hacía aquello por ideología, tampoco por criterio personal. Se limitaba a obedecer órdenes, y creía que seguiría haciéndolo hasta el final. No mostraba la menor satisfacción por haber acertado. Otros

estarían haciendo la misma tarea en otros partidos políticos que no llegarían a ninguna parte. Pensaba en los salmones que había visto nadar río arriba en Rusia, luchando desesperadamente contra la corriente, los saltos de agua, los lugares donde apenas había un hilillo de agua entre las piedras, que les lastimaban las escamas al golpearse con ellas. Lo único importante para aquellos peces era llegar al lugar donde habían nacido. Lo demás no importaba. Él haría lo mismo y no abandonaría hasta haber conseguido lo que se esperaba de él. Al menos mientras la duda no creciera.

En la Oficina de Propaganda se tomaban las cosas muy en serio. Goebbels les animaba continuamente para que diesen de si todo lo que tuvieran dentro. En ocasiones había pensado que si pudiera borrar su sectarismo aquel hombre hubiera podido llegar a ser un buen comunista. Era sobre todo alguien eficaz que procuraba dejar las cosas bien atadas para un solo fin: conseguir el poder lo antes posible para el partido, el NSDAP. Lo esencial en aquella etapa, lo más importante, era crear al líder. Aunque fuera transformando a alguien sin pasado, un austríaco bohemio, un charlatán de taberna, un cabo retirado, un don nadie, en aquella Alemania repleta de nombres de alcurnia, con héroes de guerra, como el mismo Goering, un hombre refinado, un piloto que había compartido escuadrilla con el Barón Rojo, Von Richthofen, que tendría otras opciones. La diferencia más evidente para él: Goering era un diletante. Creía poseer la capacidad crítica en temas artísticos, pero de vez en cuando quedaba a la vista que solo poseía un conocimiento superficial. Así en muchas cosas. Para Kurt era un reto colaborar en modelar la imagen pública del Führer Adolf Hitler, mediante la propaganda, transformándolo en una figura indispensable, el hombre enviado por la providencia, para salvar Alemania. Iván le animó a ello. Lo importante era penetrar hasta el corazón del partido.

En las reuniones a las que había sido invitado, en las que estuvo presente Hitler, se dio cuenta de que aquel hombre poseía más memoria que inteligencia, alguien que utilizaba trucos de trilero para desarmar al contrario, que miraba a un lado y a otro sin cesar, como queriendo prever lo que iba a suceder al instante siguiente. Comprendió que en el fondo se trataba de un hombre inseguro, incluso asustado de hasta donde las circunstancias lo habían arrastrado, con una personalidad compleja, que no admitiría jamás la más mínima broma sobre él, alguien obstinado, compulsivo, histérico, que sin embargo mostraba un fuerte

carisma que subyugaba a los presentes, que daba la impresión de que en el mismo momento en que comenzaba a hablar otra personalidad oculta se apoderase de la suya, una personalidad avasalladora, negativa, fría, calculadora y maligna, que invadía todo el espacio en el que se hallaba, lo mismo la pequeña sala de la Oficina de Propaganda del NSDAP, que un inmenso recinto en el que pronunciaba un mitin para decenas de miles de asistentes.

Kurt notaba como, en aquellas reuniones, Goebbels de vez en cuando adelantaba el cuerpo para comprobar si estaba tomando notas como les había ordenado a sus colaboradores. Goebbels quería controlarlo todo, más de una vez le pidió de improviso la libreta de notas. En aquello, al menos, no se diferenciaba mucho de su tocayo, Joseph Stalin.

La última vez que se había encontrado con Iván fue precisamente en un mitin de Goebbels en el «Sportpalast» en Berlín. Habían sincronizado el encuentro al minuto. En pleno mitin miró el reloj y cuando la aguja marcaba la media exactamente se levantó de su asiento, descendió a los aseos, se introdujo en el último cubículo del fondo y se sentó en el w.c. Desde el cubículo contiguo alguien corrió por el suelo un papel doblado hacia él. Lo desdobló, lo leyó, memorizándolo y después lo rompió en mil pedazos que tiró por la cisterna e hizo correr el agua para que los arrastrase. Escuchó salir al hombre que le había pasado el papel, que no podía ser otro que Iván. Aguardó unos instantes para darle tiempo a que se alejase, salió y se lavó las manos junto a otros hombres que hablaban en voz alta. Volvió a subir al mitin. Era difícil que pudieran verse con la tranquilidad del principio. Las cosas se estaban complicando y no podían arriesgarse a tener el más mínimo tropiezo.

Anatoli Sajarov, alias «Iván», bajo el nombre alemán de Frederick Bauer, en realidad un ruso de Könisberg de madre alemana, nacido en 1885, acababa de cumplir cuarenta y seis años en aquel marzo de 1931. Un hombre robusto, y muy fuerte, tal vez con algunos kilos de más por culpa de la sabrosa cerveza alemana que se veía obligado a beber con frecuencia. Cerveza y schnapps, hasta que el cuerpo aguantara, y él sabía bien hasta donde podía llegar en plenitud de facultades en aquellos interminables mítines en los que se hablaba de la necesidad de cambiar Alemania, de cómo expulsar a los judíos de sus «madrigueras», de la humillación de Versalles que indudablemente tendría su venganza, del odio a los comunistas, del Führer enviado para arreglar el mundo,

y donde inevitablemente se terminaba cantando la «Canción de Horst Wessel» o cualquier otra del repertorio nazi.

Sajarov era un marxista convencido, alguien que en su día apostó por Lenin para llevar adelante la revolución bolchevique, y que en 1923 se decantó, justo a tiempo, por Stalin. Su misión, lo que el partido le había encomendado, era saber que pensaban llevar a cabo los nazis una vez que alcanzaran el poder, lo que según preveía ya no era algo muy lejano y mucho menos imposible. Desde 1920 pertenecía al «Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie», es decir al Directorio Político Unificado del Estado, conocido como GPU[3]. Lo habían destinado al primer alto directorio, especializado en operaciones en el extranjero, donde había ascendido hasta el puesto de coronel.

Cuando le encargaron montar en Alemania las células de largo recorrido, para averiguar lo que iba a suceder en el enigma que se planteaba sobre el futuro político de aquel país, su jefe le comentó que, para Rusia, Alemania era una prioridad, y dentro de ella varios de los movimientos que comenzaban. El «putsch» de Múnich les abrió los ojos al comprender que aquella gente del NSDAP podría llegar al poder aunque fuese a trompicones, o incluso asesinando a los dirigentes democráticos. Años después se sentía satisfecho, no solo por el hecho de haber acertado, sino sobre todo por la elección del hombre adecuado, Kurt Eckart, alguien que parecía hecho a medida para aquel complejo y arriesgado trabajo.

A Kurt le habían hecho una serie de pruebas en Leningrado, y más tarde en Moscú. Sus antecedentes, capacidad, inteligencia, frialdad y preparación adecuada para ello, les hicieron enviarlo a Viena para crearle un «status» con el que tendría que convencer a todo el mundo, para posteriormente pasar a Alemania y naturalmente, cuando llegara la hora, intentar acercarse a la dirección del NSDAP ya que se dedicaría en cuerpo y alma a ese partido.

Su relación con María Gessner también había sido algo preparado. A través del abogado Andreas Neuer, a quien se le pidió consejo sobre ello, e informó que aquella era la mujer ideal para lo que se requería. Todo ello formaba parte de la necesidad de crear un personaje creíble. Al final todo encajó como habían esperado.

Luego Kurt, en el primer rasgo de humanidad que le había visto, le comentó que no le disgustaba aquella pareja, que además era una intelectual marxista

desde hacía años. Intentaron que siguieran juntos el encargo, pero María Gessner no soportaba la tensión y volvió a Viena. A pesar de ello decidieron que era el momento adecuado, y Kurt, que ya había pasado todos los filtros posibles, se había convertido en alguien de absoluta confianza de Goebbels, el hombre que marcaba los criterios de propaganda del partido NSDAP, alguien indispensable para el partido. Sin embargo dentro de él comenzaba a crecer una extraña sensación de rebeldía. Hasta entonces jamás había discutido una orden. Pero lo que estaba viendo a su alrededor, el absoluto desprecio por la vida y la condición humana le estaba haciendo modificar su punto de vista.

Nadie hubiera podido sospechar de Andreas Neuer. Un elegante abogado que ganaba una importante cantidad de dinero, un dandi que podía pasarse media hora para elegir sus corbatas en «Goldman & Goldman», y que escogía en la carta de vinos del restaurante como un experto, era en realidad un ferviente bolchevique. Neuer había estudiado derecho en Zúrich, donde además de mantener varias aventuras amorosas se hizo marxista. Sin embargo no llegó a afiliarse oficialmente al Partido Comunista, ya que cuando finalmente tomó la decisión y firmó su ingreso, dos días después, conoció a alguien que le invitó a un café en el bar de la universidad. Allí, con gran sorpresa de Andreas, el hombre sacó de la cartera la ficha que él había firmado y se la mostró. Le preguntó si estaba conforme con su nueva afiliación a la Internacional Comunista, y le pidió que le explicara sus motivos. Andreas, que no tenía la menor duda acerca de su elección habló un largo rato, hasta que en un momento dado el extraño asintió y sin más, delante de, él rompió la ficha en pedazos. Andreas no entendía lo que estaba pasando hasta que su interlocutor le dijo que querían que trabajara para el Komintern. Le mostró otra ficha de la GPU, y le dijo que a partir de aquel momento trabajaría para ellos como agente liberado. Le dijo que antes debería ir a Leningrado con él, donde lo adiestrarían en una serie de capacidades que le facilitarían las cosas, y donde se le darían instrucciones concretas de cómo actuar.

En el año 1925, Andreas, que por entonces acababa de cumplir treinta años, volvió a Viena tras pasar tres largos años de adoctrinamiento e instrucción en Rusia. Para entonces era otro hombre. Nada tenía que ver su imagen y su pensamiento con la imagen burguesa que exteriorizaba. Pudo acceder a un importante bufete de abogados en Viena, y comenzó a trabajar como un

ambicioso profesional especialista en derecho civil, un hombre joven al que le gustaban las mujeres y los automóviles. Aquel era su papel público. Su verdadero trabajo era informar sobre personas concretas de la sociedad de Viena, hasta que la GPU le encargara algo concreto. Le habían asignado a una célula durmiente.

Su relación de amistad con Eva Gessner había comenzado muchos años atrás, en su primera juventud, cuando ambos estudiaban en dos colegios cercanos. Entonces eran apenas adolescentes y coquetearon durante una larga temporada. Luego, mientras se encontraba en la universidad de Zúrich, dejó de verla algunos años. Cuando ella fue una mañana al bufete y le contó que quería replantearse su matrimonio con Paul Dukas, prosiguieron con naturalidad su amistad. Acabaron manteniendo una relación sentimental que aún perduraba, con la ventaja de que ambos se habían dado total libertad.

Él había indicado que la mujer que estaban buscando para un determinado papel no era otra que la hermana de Eva Gessner, con la que mantenía una relación de confianza desde hacía años. María Gessner era discreta, inteligente, culta, además de una intelectual marxista profundamente comprometida. Su único punto flaco era que necesitaba un hombre, y Kurt, que sabía muy bien lo que se esperaba de él, hizo a la perfección su trabajo.

# 47. DOS MUJERES
# (VIENA Y TESALÓNICA, VERANO DE 1931)

Con el paso del tiempo Selma Goldman tomó la decisión de hablar con Ben-Gurión para abrir una delegación de la Agencia Judía en Tesalónica. La que había abierto en Viena funcionaba muy bien, no solo por la cantidad de judíos que allí vivían, o por los que terminaban pasando por aquella ciudad. Entonces comprendió que disponer de una agencia en Tesalónica era importante, ya que en aquel puerto embarcaban muchos de los judíos que pretendían llegar a Palestina. En junio de 1931 alquiló un local en el mismo puerto, y montó una oficina al frente de la cual puso a Lowe Lowestein.

Se había dado cuenta de la inteligencia natural de aquella joven, cuyo mayor problema era precisamente la juventud. Era sin duda la persona de confianza que necesitaba para aquel puesto y Lowe aceptó de buen grado ir a vivir a Tesalónica, en contra del criterio del doctor Daniel Rumkowsky, a quien no sentó nada bien aquella inesperada decisión de la mujer a la que ya consideraba prácticamente su prometida, y con la que esperaba casarse en cuanto sus padres pudieran entrar en Austria desde Lublin, en Polonia, donde residían.

Aunque el doctor Rumkowsky tenía solo treinta y seis años, a pesar de su juventud era un hombre chapado a la antigua. Se había declarado a Lowe un par de meses antes, y ella no le había dicho que no, lo que entendió como una aceptación. Después cuando Selma le sugirió que la ayudara a poner en marcha la agencia de Tesalónica, y Lowe decidió que aquello era lo primero para ella, Rumkowsky no podía entender la situación. Lowe se había ido a Tesalónica casi sin despedirse, dejándole solo una carta en la que le pedía que la perdonase, pero que aquello era lo que había querido hacer desde que tenía uso de razón.

Así fue como Selma consiguió que la agencia de Viena no se dedicara tan solo a dar consejos y a procurarles los papeles a unos pocos, sino a hacer cierta la viejísima consigna «Ayudaos, que Dios os ayudará». En Viena se valoraban las posibilidades de las personas para que hicieran su «aliyá» con ciertas

garantías. La pragmática filosofía de Selma coincidía con la de Menachem Ussishkin, que proponía el establecimiento de nuevos asentamientos agrícolas en Palestina. Ussishkin mantenía que para la creación de un estado judío previamente deberían existir las bases concretas, tanto demográficas como materiales en la tierra donde se crearía.

Y eso era lo que, Selma en Viena y Lowe en Tesalónica, estaban consiguiendo. Su misión era guiar a aquella gente hasta su destino, a pesar de que los británicos habían puesto un cupo de entrada a los judíos muy reducido por año, que seguía siendo demasiado para los árabes. El Alto Comisionado, Arthur Grenfell Wauchope, un británico terco, un funcionario de la vieja guardia victoriana, obstaculizaba la inmigración de judíos al Mandato Británico de Palestina por cualquier vía, administrativa o coactiva. Por ese motivo a muchos de ellos, que estaban advertidos y dispuestos a todo, tenían que llevarlos hasta allí sin papeles intentando burlar los controles, por otra parte exiguos y poco eficientes, que los ingleses mantenían en las fronteras, y sobre todo en las playas y puertos de Palestina.

Fue entonces cuando aguardó a que volviera el velero que traía naranjas de Palestina, en el que tiempo atrás ella había cocinado para la tripulación. El hombre la abrazó contento de volver a verla. Selma le propuso al patrón que colaborara con ella, ya que aquel hombre conocía la costa desde Gaza hasta Beirut como la palma de su mano, pues llevaba toda la vida fondeando en ella, aprovechando los vientos, esquivando las tormentas y a los ingleses, que consideraban aquellos desvencijados veleros poco más que barcos corsarios, con tripulaciones que pretendían contrabandear y saltarse las estrictas reglas de cabotaje que les imponían.

Era el medio perfecto para llevar desde Tesalónica a quince o veinte personas, tres o cuatro familias por viaje, hasta los lugares adecuados donde los aguardaban los guías que los ocultarían. Sin embargo no resultó fácil. El patrón le aseguraba que los ingleses deberían tener espías en la costa de Tesalónica, ya que en ocasiones parecía que estuvieran aguardándoles. Al llegar debían hacer señales con faroles desde el barco y aguardar a ser contestados. Cuando tenían dudas izaban las velas y volvían a alta mar solo para probar horas más tarde en otro lugar. Los ingleses estaban jugando con ellos al gato y al ratón. No podían arriesgarse y que se les ahogara alguno de los inmigrantes, ni que fueran

aprisionados tan solo bajar a tierra como en alguna ocasión había sucedido.

La misión de la agencia era conducir con seguridad a gentes que querían llegar a la tierra prometida como el mayor deseo de sus vidas. Tenían que advertirles del riesgo que corrían, ya que los británicos se habían tomado muy a pecho su misión de guardianes de Palestina, y no tenían ningún reparo en disparar a los que pretendían entrar sin ser invitados, como aquellos judíos de Moldavia, Ucrania, Polonia, de remotas aldeas de Rusia, de lugares sin nombre de Mesopotamia o de Bagdad, que llegaban tras meses o incluso años de aventuras y desventuras a Europa central. Una vez allí, en Polonia, Hungría, o incluso la adelantada Austria, tras un interminable y agotador viaje, se daban cuenta de que no eran bienvenidos, o que aquello no era lo que esperaban, y entonces alguien les hablaba de la posibilidad de proseguir su viaje hasta la tierra prometida, hasta la mismísima Colina de Sión. Muchos de ellos creían que aquel lugar era solo un mito inalcanzable, y cuando Selma los convencía de que podrían llegar a pisarla irrumpían en llanto y se miraban los unos a los otros, asombrados de que aquel momento hubiera llegado finalmente.

Selma era consciente de que había agentes británicos en Viena e imaginaba que probablemente también los habría en Tesalónica, con la misión de estar informados de lo que ocurría, de vigilar cuántos judíos pretendían entrar sin los documentos necesarios. Al final resultaba una misión imposible. Era una lucha sin tregua entre dos de los grupos humanos más tozudos de la tierra: judíos contra británicos. Y luego estaban los árabes, que denunciaban a los que llegaban, intentando hacerles la vida imposible.

Ella había estado en el kibutz de Degania, en Tel Aviv, en Jerusalén, en San Juan de Acre, y había podido palpar el ambiente, conocer lo que les aguardaba, aunque sabía que no había estado allí el tiempo que ella hubiera deseado. Ella misma soñaba con marchar allí en el futuro, y había decidido que cuando sus hijos crecieran y ya no dependieran de sus cuidados entonces se iría. Tal vez buscaría a Nahum Goldman y le diría:

—¡Goldman! ¡Lo prometido es deuda! ¡Aquí me tienes dispuesta para ver qué podemos hacer para intentar transformar esto en ese «Estado Judío» del que hablaba el viejo Herzl!

Lowe Lowestein, con veintiún años recién cumplidos, apenas una mujer, estaba tan concienciada en aquella misión que lo había dejado todo, incluso a su

reciente prometido, por seguir su sueño. Pensaba que si realmente él la quería tanto como decía iría hasta Tesalónica, donde hacían falta médicos, y la buscaría. Lowe era muy joven, pero la vida la había endurecido, había visto la realidad y no creía en las palabras por dulces que fueran, si no en los hechos.

Se maquillaba para parecer mayor, se vestía con colores serios, y, a pesar de ello, en ocasiones los que llegaban le preguntaban por su madre y ella no tenía más remedio que reírse de sí misma. Había vivido el duro ambiente de Varsovia, después durante casi un año la refinada y cosmopolita atmosfera de Viena, y antes había experimentado el difícil arte de sobrevivir en su aldea. Tres lugares muy distintos, aunque ninguno de los tres la había convencido. En Dubossati, en Besarabia, había vivido los pogromos, más tarde en Polonia pudo ver como los polacos no apreciaban a los judíos, a los que consideraban intrusos, y percibir aquel antisemitismo insuflado desde la rancia iglesia católica polaca. En cuanto a los austríacos, y sobre todo los vieneses, pensaba que la mayoría eran unos pequeños burgueses que observaban con recelo y aires de manifiesta superioridad a los judíos.

Ella pensaba que al final, cuando llegase el momento, se iría con Selma, tal vez con la pequeña Esther, a aquel lugar del que tanto le había hablado el kibutz de Degania, a la orilla del mar de Galilea, fundado cuando aquel lugar era una aldea perdida en el vilayato de la Siria otomana, que demostraba que, a pesar de todo, los judíos serían capaces de volver con éxito a su lugar de origen.

Por otra parte Selma la había advertido de lo que estaba sucediendo en Alemania, diciéndole que no se llevara a engaño, que aquello sólo era la preparación para expulsarlos de Europa, antes o después, y que tendrían que estar preparadas para ello. Era evidente que ni los alemanes, ni los polacos, ni los austríacos los querían allí. Probablemente tampoco los húngaros, que bastante despotricaban de los gitanos roma, ni por supuesto los checos, los rumanos, o los serbios.

En cuanto a la postura de las iglesias, la luterana parecía cortada a la medida de los alemanes del norte, de los suizos, de unas gentes que amaban el orden y el concierto sobre todas las cosas, y que por tanto les disgustaban aquellos judíos sin papeles, con sus exóticas vestimentas y aquel extraño e ininteligible yiddish, la jerga que sólo entendían ellos. Le habían hablado de que en muchos pueblos y pequeñas ciudades de Prusia, las SS asistían al culto en perfecta formación cada

domingo. En cuanto a la iglesia católica romana, a pesar de sus palabras, nunca había aceptado a los judíos. Paul Dukas le había hablado de aquellos curas fanáticos que golpeaban el suelo de las iglesias el Domingo de Ramos, asegurando a los asistentes que cada golpe era como matar un judío, mientras la iglesia resonaba como un gigantesco tambor.

Selma leyó en la prensa vienesa que el número de miembros de las SA y de las SS había crecido mucho en Alemania. Ambas organizaciones pertenecían al NSDAP y eran radicales antisemitas, lo que estaba complicando mucho las cosas a los judíos alemanes. También en Austria, y particularmente en Viena, ocurrían agresiones esporádicas a las que nadie prestaba atención. Después de todo era algo que siempre había sucedido. Lo que a Selma le resultaba chocante era que a pesar del triunfo de la revolución roja siguieran llegando judíos rusos en avalanchas. ¿No se insistía en que los bolcheviques eran judíos? ¿No había sido financiada, orquestada y realizada por judíos? ¿Por qué seguían huyendo de Rusia?

Algo no cuadraba en el asunto, y ella alentaba a los que querían llegar a Palestina a toda costa. Estaba naciendo en su interior la extraña y desagradable sensación, una intuición apenas perceptible de que no deberían perder tiempo, solo coger lo indispensable y marcharse lo más lejos posible. Su padre la había advertido de que ya nadie podría detener a los nazis en su ascenso al poder en Alemania, y que cuando eso ocurriera ya sería tarde.

El 20 de septiembre los periódicos de Viena trajeron en primera plana la extraña muerte de la sobrina del líder nazi, Adolf Hitler, una muchacha de veintitrés años llamada Geli Raubal. Geli dependía de su tío, ya que este era su tutor y según se rumoreaba en la calle, su amante. Un artículo insinuaba que podría tratarse de un asesinato pasional, otro que ella se había suicidado. El portavoz del partido aseguró que la muchacha estaba jugando con la pistola de su tío cuando se le disparó accidentalmente. A pesar de que aquella versión no era muy creíble, por una serie de circunstancias, pocos días más tarde el partido de Hitler aumentó sus votos en Múnich colocándose muy cerca del SPD. Para los periódicos conservadores era la situación de malestar social y de miseria en muchos lugares de Alemania, lo que estaba provocando la espectacular subida de los nazis y no sus méritos propios. La cuestión era que de una forma u otra habría que contar con ellos.

Sin embargo a Selma le pareció sorprendente que la propia sociedad echase tierra sobre el asunto. Aquello la hizo pensar. Nadie sabía lo que había sucedido, y lo que era peor, a nadie parecía importarle. Dos días más tarde, cuando Hitler regresó a sus mítines, Selma se dio cuenta de que en aquellos tiempos tan revueltos y oscuros para Alemania y Austria, cada uno iba a lo suyo. Mal augurio.

# 48. LA CONFERENCIA DE DUSSELDORF (DUSSELDORF, ENERO DE 1932)

Hans Harnack, amigo de toda la vida de los Goldman, tal vez el hombre más cercano a él de todos sus conocidos y, al igual que David, directivo de la Cámara de Comercio de Viena, fue invitado a asistir a una conferencia de Adolf Hitler en el Club de la Industria de Dusseldorf. Al principio se negó a ir, alegando que aquel individuo no tenía ni idea de lo que era la industria ni el comercio. ¿Qué podría decirles? Solo hablaría de sus ideas políticas y otras tonterías.

Tuvo que ser David Goldman quien insistiera. Aunque él no estaba invitado, con toda seguridad por ser judío, insistió en que deberían ir. Cuando Harnack le preguntó por aquel interés, David replicó que para tener alguna ventaja sobre el enemigo era preciso conocerlo.

—¡Pero si ese hombre no es nuestro enemigo! ¡En todo caso lo será vuestro!

Hans Harnack intentaba bromear, haciendo alusión a la ascendencia judía de David. Pero David permaneció muy serio, y negó con la cabeza, insistiendo:

—¡No te equivoques, Hans! Voy a atreverme a hacer de agorero. Si esa gentuza llega algún día al poder, los primeros llamados a capítulo seremos los judíos y los comunistas. Eso no te lo discuto, es «vox populi» y él mismo se empeña en afirmarlo en todos sus discursos. Enseguida irá a por los gitanos, los zíngaros, los trashumantes, los vagabundos. Poco después les tocará a los eslavos, los africanos, los asiáticos. Naturalmente a por los demócratas y los de otros partidos de la oposición, más tarde a los homosexuales y las prostitutas, y los que disientan en lo más mínimo con ellos, como los curas católicos o protestantes que no entren en su juego, luego los de piel oscura, los locos, los subnormales, los enfermos crónicos, los paralíticos, los alcohólicos. ¿Y por qué no? También los feos y los pobres. En cuanto a los que estéis convencidos de que no os tocará, os llevaréis la sorpresa de vuestra vida. ¿Tú madre no era una dama italiana del sur? ¡Tú saliste con el cabello oscuro y no se puede decir que seas muy agraciado! ¡Así que puedes dar por seguro que te llegará! En una

jerarquía racial encabezada por los que creen ser los «Herrenvolk», la raza de los señores germanos de piel blanca lechosa, ojos azules y cabello rubio, que creen que su destino es dominar el mundo, todos los demás sobramos, salvo en todo caso para ser sus esclavos. Ellos pretenden crear un particular paraíso para unos pocos, eso sí, soportado por un espantoso infierno para el resto de la población. Un paraíso disciplinado, ordenado, meticuloso, pero también lleno de demonios aullantes y de asesinos, todos con la insignia del partido. ¿Se podrá llamar a ese lugar paraíso? Por eso tienes que ir a Dusseldorf y enterarte bien de lo que allí se hable. ¡De viva voz de ese Hitler! ¡Por cierto, lo que son las cosas! Hace poco alguien me contó que lo conoció hace muchos años cuando deambulaba por los alrededores de San Stefan aquí en Viena. Entonces por lo visto solo era un don nadie que vendía postales coloreadas a los turistas. ¡Ahí lo tienes ahora! ¡Ese tipo ha hecho un pacto con el diablo! ¡Y ya sabes, el que pacta con Satanás termina ardiendo en los infiernos!

—David, ¿no te parece que estás exagerando? ¡Que yo sepa Hitler no se come a los niños crudos! ¡En cuanto a los comentarios despectivos sobre los judíos, sabes mejor que nadie que aquí en Viena eso es el pan nuestro de cada día! ¡Aunque es bien cierto que todo el mundo habla y habla, luego, a la hora de la verdad, va a sus abogados judíos, se viste en «Goldman & Goldman», si enferma es atendido por médicos judíos, y cuando ya desesperado no aguanta más va a visitar a su psiquiatra judío! ¡Igual que Hitler! ¡A ese tipo se le va la fuerza por la boca! ¿O no?

Finalmente Hans Harnack hizo caso de las recomendaciones de David Goldman por el que decía sentir mucho respeto. El veintiséis de enero viajó en tren a Dusseldorf acompañado de dos directivos de la Cámara. Hans era un vienés discreto y ecléctico, que se tenía por alguien que observaba el mundo con frialdad. Mientras veía pasar el paisaje recordaba lo que David le había dicho con una sonrisa. Conocía muy bien a David, que siempre se reía de sí mismo y del mundo, con sus continuos chistes sobre los judíos. Bueno, pues él iría hasta Dusseldorf a conocer al ogro para poder decirle bromeando cuando volviera: «¡No toques mi mano! ¡Hitler me la estrechó hace unas horas!».

Al día siguiente se dirigieron al Hotel Park, en su gran salón de baile se celebraría la conferencia que daría comienzo a las diez. Allí encontró a Stefan Gessner, al que conocía de Viena. Stefan colaboraba con el NSDAP y, aunque no

se lo dijo, Harnack sabía que se encargaba de la seguridad personal del líder. En Viena todo el mundo conocía a todo el mundo. Aquello no lo haría por dinero, ya que los Gessner, a pesar de lo sucedido con su padre, habían quedado en una excelente posición económica gracias a la herencia de su madre, la herencia Horvath. Si Stefan estaba allí sería por su propia voluntad, a fin de cuentas la mayoría de los empresarios que entraban charlando, también lo hacían por muchos motivos. Sobre todo por la curiosidad de conocer al hombre del que se hablaba tanto últimamente, ya que por el momento, Hitler no había logrado conquistarlos. Ellos no estaban por elucubraciones mentales, lo que querían oír era como aquel hombre que pretendía convertirse en canciller del Reich iba a conseguir terminar con la pobreza, el paro, la recesión y todos los males, que entre los de Weimar y la gran depresión habían vuelto a sumir a gran parte de los alemanes en la miseria.

Pronto el salón se llenó hasta los topes, al menos setecientas personas dispuestas a escucharlo, y a las diez en punto Adolf Hitler y su séquito entraron en el salón. Hitler saludó con una leve inclinación de cabeza y comenzó hablando en un tono tan bajo que algunos le chistaron para que subiera la voz. No habían puesto altavoces al tratarse de un salón, y salvo algún leve carraspeo se podía cortar el silencio. Después fue levantando el tono de voz. Era indudable que el hombre se defendía hablando, pero Hans se dio cuenta enseguida que abusaba de la retórica, incluso en algún momento se contradijo. El orador quería quedar bien ante aquel selecto público al que tanto necesitaba.

Al cabo de un rato el secretario de la cámara de Viena, que estaba junto a él, le murmuró que no podía comprender por qué la gente se volvía loca en sus mítines, y añadió en un tono casi inaudible:

—Yo por el momento, si tuviera que elegir, me quedo con Von Papen.

Hans pensaba lo mismo y asintió sonriendo. No estaban para aventuras, ni en Alemania ni en Austria. En todo caso Hans tomó nota de que Hitler no mencionó a los judíos en ningún momento.

Al acabar dos horas después, tuvo ocasión de acercarse a saludarlo. Hitler estaba informado de que había una representación austríaca y quiso cambiar impresiones con ellos. Los saludó sonriendo, y ellos lo felicitaron por su discurso. En aquel momento se acercó Goering, al que Hitler presentó como su mano derecha. Hans notó que aquellos dos hombres se admiraban mutuamente.

Goering les preguntó por sus empresas y negocios con mucho interés. Hans pensó que todo era pura política. Hitler decía a alguien que, aunque había vivido años en Viena, su ciudad preferida era Linz. Luego divagó unos minutos sobre la importancia de que Alemania recuperara el lugar que le correspondía, y que, cuando eso ocurriera, Austria también se vería arrastrada. En aquel momento llegaron otros empresarios y ellos se retiraron discretamente.

Tendría que decirle a David Goldman que Hitler no era un malvado dragón que escupía fuego por la boca, sino un político ambicioso y mediocre que jamás llegaría a ser canciller de Alemania. Tal vez aquel Goering lo consiguiera si se lo propusiera, al menos tenía más presencia.

Volvió a Viena pensando que aquel viaje había sido una absoluta pérdida de tiempo. Al día siguiente comió en el Bristol con David. Él llevaba un guante de piel protegiendo su mano cuando se saludaron. Le explicó riendo que no quería contaminarlo. David no se tomaba a broma aquel asunto, pero le preguntó muchas cosas sobre Hitler. Parecía vivamente interesado por aquel hombre, y Hans tuvo que reprenderlo.

—¡Por Dios santo, David! ¡Estas obsesionado! ¡Ese pobre tipo es otro más en la interminable lista de gobernantes antisemitas! ¿Te la recuerdo? Vamos a ver: Nabucodonosor, Ciro el Grande, con ellos comenzó la diáspora, después los romanos, creo recordar que más tarde Felipe Augusto os expulsó de Francia en el siglo doce, Eduardo primero de Inglaterra en el siglo trece, de nuevo os expulsaron de Francia en el catorce, de aquí, de Austria, de España y de Portugal en el quince, después de Túnez, de Génova, de Baviera, de los Estados Pontificios. ¡Naturalmente ese Hitler también pretende su lugar en la historia! Ahora va por ahí asegurando que os quiere expulsar de Alemania y de Austria, ya que por lo visto, como nació aquí, cree que este país le pertenece. ¡Tranquilízate! ¡Ese Hitler no llegará a ninguna parte! Pero si por un milagro divino llegase a gobernar, los alemanes y los austríacos nunca le permitirían llevar sus planes a cabo. ¡Por ética y por sentido común! Después de todo, ¿qué haríamos sin vosotros los judíos en este aburrido país? ¡Nos proporcionáis continuos motivos para meternos con alguien, sois la base de nuestros chistes cotidianos, la comidilla popular, también nuestros actores, músicos, desde los famosos directores de orquesta a los callejeros, como esos violinistas que tocan maravillosamente por una moneda! ¡Bah, no te preocupes! ¡Ese tipo no me ha

impresionado en absoluto!

David Goldman no coincidía con su amigo. Estaba convencido de que Hans Harnack sabía mucho de economía y muy poco de ambición humana. No había podido comprender lo que se ocultaba tras aquel oscuro «charlatán bohemio», como lo llamaban las columnas satíricas de la prensa vienesa.

Una semana más tarde la secretaria de Hans entró para decirle que dos caballeros alemanes querían verle y le pasó una tarjeta. Era de Hermann Goering. Escuetamente decía:

> *Apreciado Señor Harnack.*
>
> *Le agradecería dedicase unos minutos a los portadores de la presente, buenos amigos y camaradas del* NSDAP. *Agradecido.*
>
> *H. Goering.*

Asintió y su secretaria los hizo pasar. Los saludó con un apretón de manos y les invitó a sentarse en la mesa de juntas. El que llevaba la voz cantante fue directo al asunto.

—Herr Harnack. Como ha comprobado nos envía Hermann Goering. Él está encargado de la organización del partido y sus finanzas. No nos estamos limitando a Alemania. Se tomó la decisión de solicitar ayuda también a los empresarios austríacos, ya que se les considera… digamos germanos. Quisiéramos que transmitiera a sus compañeros de la cámara de comercio la posibilidad de realizar una aportación al partido NSDAP. Por supuesto lo tendremos en gran consideración. Y ahora no le molestamos más. Este es el número de cuenta en el Deutsche Bank. Herr Goering nos encargó que le agradeciésemos su asistencia el otro día a la conferencia del Führer en Dusseldorf. Muy buenos días.

Tal y como llegaron se marcharon. Hans Harnack se quedó dándole vueltas a la elegante tarjeta de Goering, impresa en letra gótica alemana con una estilizada águila estampada en oro en una esquina. Goering era un hombre muy ambicioso.

Una semana más tarde la Cámara de Comercio e Industria de Austria realizaba un importante ingreso en la cuenta del NSDAP alemán, con la encendida oposición de David Goldman y otros empresarios judíos.

David fue a ver a Hans Harnack a su despacho.

—¿No me decías que no te había impresionado Hitler? ¿Sabes qué pienso? Que los tiranos crecen muchas veces por la cobardía de sus súbditos. En cuanto a mi podéis darme de baja en la Cámara. Aquí indudablemente estoy sobrando.

Cuando se dirigía caminando hacia su casa, David se detuvo un instante delante de un violinista callejero que tenía delante la gorra vuelta en la acera para que la gente depositase su óbolo. Un hombre joven y agraciado, de cabello oscuro, largo y descuidado, como su barba, evidentemente judío. Su ropa, aunque gastada y brillante por el uso, estaba limpia y planchada. El violín era un viejo instrumento del que extraía una antigua y conocida melodía de la que no recordaba el nombre. David extrajo su cartera y sacó un billete de cincuenta chelines que depositó en la funda del violín en el suelo. Con aquella cantidad el hombre podría comer un mes. Luego siguió caminando por el Ring mientras tras él escuchaba el violín interpretando el vibrante «Aleluya» de Haendel.

# 49. EL CRIMEN
# (LINZ-AGOSTO Y SEPTIEMBRE, 1932)

Markus Gessner estaba viviendo la que consideraba la mejor época de su vida. Carlo se había revelado como el perfecto amante. Aquel hermoso y suave verano de Linz invitaba a la vida y al amor. Ninguno de los dos quería detenerse a pensar en el futuro, conscientes de que sería difícil mejorar aquel presente. Como decía Carlo: «un presente de los dioses». Ambos habían tomado la decisión de intentar en aquellos revueltos y difíciles días que al menos el otro fuese feliz.

Sin embargo Markus se daba perfecta cuenta de que Carlo seguía sintiendo dentro de él un gran temor. En ocasiones le despertaban las incoherentes palabras que prorrumpía su compañero mientras sufría alguna pesadilla. Carlo caía con frecuencia en un profundo sueño durante el cual era sin duda asaltado por ominosas premoniciones. Se agitaba en el lecho como si estuviera sufriendo espantosas visiones, gesticulaba y daba la impresión de que podría llegar a caer al suelo. En ocasiones él intentaba despertarlo, al menos interrumpir sus pesadillas, pero pronto se dio cuenta de que el remedio era aún peor, ya que luego le resultaba imposible volver a conciliarlo.

Sin embargo, al despertarse, Carlo le aseguraba que era feliz, que no se preocupase por él, que lo amaba más que a nada en el mundo. Aquellos eran para los dos los mejores momentos, cuando tras hacer el amor se juraban fidelidad eterna. Entonces Markus no se hubiera cambiado por nadie.

De vez en cuando le venían a la mente las duras palabras que había mantenido con Joachim en el piso de Eva. Sentía algunos remordimientos al pensar que tal vez se había pasado con él. Al final habría sido más inteligente no hacer ningún comentario. Eva y María le habían escrito, cada una por su lado, sendas cartas agradeciendo la que denominaban «una valiente y decidida postura». Para ellas no había duda alguna; Joachim era el culpable de aquel altercado entre hermanos, a causa de su carácter egoísta y su ambición

desmesurada. Eva mencionaba que seguía confiando en que Joachim la llamara para decirle que se había equivocado y para pedirle excusas, en cuyo caso, y a pesar de todo, aseguraba que estaría dispuesta a perdonarlo.

En cuanto a la discreta y callada María, daba la impresión de haber cambiado mucho. Estaba seguro de que en lo más profundo de su ser, María seguía siendo la misma marxista de años atrás. No terminaba de entender la extraña relación de la pareja, ella en Viena, mientras él seguía en Berlín colaborando estrechamente con Goebbels. Tal vez habían preferido separarse para que María pudiera tener algo de tranquilidad apartada del frenético ritmo que el partido imponía a los suyos.

Linz era una ciudad hermosa repleta de cultura. El único problema aquel verano de 1931 eran unas cuantas bandas simpatizantes de los nazis, tipos marginales, rudos y violentos, muchos de ellos alcohólicos, que campaban por sus respetos, gentes que no tenían nada que perder, confiados en que antes o después Hitler se haría con el poder en Alemania, y entonces ellos se harían los amos en Austria. Aquella gente se mofaba de la policía y los poderes públicos. La situación tenía preocupadas a las autoridades de la ciudad, que se veían impotentes para controlarlos. Una situación que mostraba la debilidad de las instituciones del país desde el Tratado de Versalles y la desaparición del imperio austrohúngaro.

Markus Gessner y Carlo Mattei no pensaban en aquella gente. Ellos solo frecuentaban los sitios más elegantes, hacían algunas compras por el centro y a última hora de la tarde, cuando eran las ocho, buscaban un lugar para cenar en alguno de los mejores restaurantes. Después solían volver caminando por los malecones junto al Danubio, en un largo y agradable paseo nocturno hasta su casa, pensando en hacer el amor en otra larga noche de pasión. Nunca hablaban de política, ni del fascismo en Italia, ni del nazismo de Alemania. Austria era para ellos un remanso de paz, y su único lema era «Carpe diem». Aprovecharían hasta el último momento mientras durase. Estaban planeando marcharse a los Estados Unidos, a California, un lugar maravilloso, remoto y cálido que parecía aguardarles. Markus iba a poner la casa y la finca cercana en venta con gran dolor de su corazón. Pero necesitaba aquel dinero para comenzar de nuevo. Carlo haría lo que él dijera. Había pensado en valorarla en trescientos mil marcos. Una enorme cantidad de dinero.

Una calurosa noche de mitad de agosto mientras paseaban junto al Danubio, sin apercibirse de la situación, de improviso se vieron rodeados por varios individuos que aparecieron de la oscuridad. Todos ellos vestían un remedo del uniforme de las SA alemanas, agresivos, les amenazaron con largas porras mientras los insultaban. Por un instante pensó que solo pretendían asustarlos. Intentaron escapar corriendo pero no lo consiguieron. Los golpes les llovían por todas partes. Carlo no soportó la tensión y se cubrió el rostro con ambas manos mientras se agachaba, arrinconado contra el murete de protección del Danubio. Markus intentó ayudarle pero le resultó imposible, dos hombres se lo impidieron golpeándole en la cara con gran saña, y pudo notar el sabor de la sangre en su boca. Solo podía pensar que Carlo estaría aterrorizado al comprobar que sus peores pesadillas se hacían realidad. Intentó llegar hasta su amigo, pero le golpearon violentamente con las largas porras. Ya caído en el pavimento pudo ver como seguían golpeando, pisoteando sin compasión a Carlo, que se encontraba tendido boca abajo, inmóvil. Unos instantes después vio como entre varios lo levantaban, y entre risotadas e insultos lanzaban el cuerpo a las oscuras aguas del Danubio. Pudo escuchar el chapoteo. Sufrió un escalofrío. Después, sin poder creer que aquello en realidad le estuviera sucediendo, notó como a él también lo levantaban y como su cuerpo pasaba a gran velocidad sobre el pretil de piedra. Cayó contra el agua y se hundió violentamente en el río. Por unos instantes creyó ahogarse, aunque en el último momento pudo volver a la superficie y tomar aire, cuando ya creía que los pulmones iban a estallarle. En aquel momento pensó que Carlo se habría ahogado y que todo había acabado. Braceó hacia la escalinata de piedra y pudo aferrarse a una argolla de hierro. Respiraba con dificultad, el corazón le latía con tanta fuerza que el pecho le dolía. Miró hacia arriba pero no vio a nadie, los agresores debían haber huido. Intentó salir del agua sin conseguirlo ya que debía tener un brazo roto. La corriente era mucho más fuerte de lo que nunca hubiera creído y el agua se le antojó muy fría, casi helada. Aguardó unos instantes intentando coger fuerzas antes de volver a intentarlo. Aquella vez lo consiguió y trepó a la losa de piedra que conformaba la base de la escalera. Miró hacia la oscuridad del río. Los remolinos que brillaban reflejando la luna indicaban la fuerza de la corriente. Impotente, al no poder hacer nada por Carlo, sollozó angustiado. Después subió la escalera atemorizado, pensando que podrían estar arriba aguardándole. No

quería morir y menos de aquella horrible manera. Finalmente se atrevió a asomar la cabeza pero no vio a nadie. Entonces se dio cuenta de que el brazo le colgaba y que la sangre chorreaba por su mano. Caminó hacia la cercana avenida intentando pedir socorro, y allí se derrumbó sin sentido.

Cuando volvió en si se encontraba en un lugar desconocido, tendido en una cama. Percibió que alguien lo observaba atentamente. Debía ser un enfermero que le explicó que se encontraba en el hospital municipal, y que debía haberse roto el brazo al caer al río. Él le preguntó por Carlo. Carlo Mattei. El hombre le dijo que no habían encontrado a nadie más. ¿Quién era aquel Mattei? Markus le explicó lo sucedido con voz entrecortada. Unos desalmados vistiendo uniformes nazis los habían agredido salvajemente y a su amigo lo habían tirado al río. Podría estar vivo, tal vez la corriente lo habría arrastrado aguas abajo. Era importante que lo buscaran cuanto antes.

Markus creía que Carlo estaba muerto, aunque no quería aceptarlo. Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. El enfermero intentó consolarle diciéndole que lo del brazo era algo sin importancia y que se repondría pronto. En cuanto a lo del ojo, mientras conservara la vista del otro podría superarlo. Markus se tocó el rostro y notó un vendaje en su cabeza que le cubría parcialmente el rostro.

En aquel momento llegó el médico de guardia. Le preguntó su nombre y su dirección. Markus contestó y replicó si sabían algo del otro hombre que lo acompañaba, un italiano llamado Carlo Mattei, algo mayor que él, como de unos cuarenta años. El médico negó con la cabeza. No sabían nada de la otra persona. Tomó el nombre y comentó que lo denunciaría a la policía. Añadió que habían sido víctimas de un grupo de individuos que imitaban a los de las SA alemanas. Unos borrachos degenerados, conocidos pendencieros que robaban y atacaban a los paseantes con la excusa de la política. Pero aquella vez habían ido demasiado lejos, y más si como estaba diciendo podría haber una víctima, tal vez mortal. Era extraño que la prensa local no hablara de nada de ello. Solo un periódico mencionaba que un turista italiano parecía haber desaparecido la noche anterior al tirarse al Danubio por causas aún no aclaradas. Markus notó como la indignación subía desde su pecho. Iría a ver al director del diario en cuanto saliera de allí.

Abandonó el hospital ocho días más tarde. El médico le comunicó que había

perdido el ojo derecho a causa de un trauma. Le habían reventado el globo ocular, aunque milagrosamente no parecían existir complicaciones. Se había quedado tuerto. En cuanto al brazo debería llevar la escayola tres semanas más y luego pasar por revisión. Le dijo que la policía estaba buscando a los culpables y que ya lo llamarían. No se había encontrado ningún cadáver.

Al recibir la noticia, Markus ni siquiera pensaba en la pérdida de su ojo. No podía entender como la policía no había ido a tomarle declaración al hospital. Al principio creyó que tal vez no querrían molestarle, pero unos días más tarde comenzó a pensar que no parecían mostrar demasiado interés. Entonces comprendió que los tipos aquellos debían tener simpatizantes dentro de la policía. Se sentía absolutamente abatido, aunque en aquellos momentos lo que menos le preocupaba era haberse quedado tuerto. Podría defenderse con el otro. Pero lo de Carlo se le hacía insoportable, le resultaría imposible de superar. Justo cuando acababan de decidir emigrar a California, donde alguien les había contado que allí las parejas de homosexuales podían vivir su vida con dignidad. Notó como le corrían las lágrimas por el lado derecho del rostro.

A medida que iban pasando los días se sentía peor anímicamente. Cuando volvió al hospital para que le quitaran el vendaje de la cabeza y se miró en el espejo de la consulta se aterró. Aquel era otro hombre. El ojo vacío le deformaba el rostro y le descolgaba la mejilla. No pudo contenerse y sollozó desesperado, mientras una enfermera intentaba consolarle, diciéndole que aquello era algo que estaba muy bien resuelto con un ojo de cristal. Le aseguró compasiva que nadie lo notaría.

Casi un mes después del ataque encontraron un cuerpo en descomposición muy cerca de Enns, entre los juncos, en un lugar donde el río hacía un remanso. Allí el río Enns se unía al Danubio, a unos veinticinco kilómetros al este de Linz. La policía pasó a buscarlo en un automóvil oficial para que les ayudara a identificarlo. Notó como los policías lo observaban. Alguien les habría dicho que era homosexual. Notó las medias sonrisas, las miradas entre ellos. Llegaron al lugar, habían llevado el cadáver a una caseta del río. Cuando abrieron la puerta y se asomó tuvo que taparse los ojos. Estaba comenzando septiembre y las insistentes moscas se agolpaban zumbando sobre el cuerpo totalmente desnudo, hinchado, mordisqueado por los peces y las alimañas. Pero aun medio descompuesto era sin duda alguna el cuerpo de Carlo Mattei. Salió de allí con

terribles náuseas y vomitó sobre la hierba.

A partir de entonces comenzó a sufrir pesadillas. Era incapaz de dormir solo en el caserón. Sufría espantosas visiones y le pidió a Hans, el mayordomo, que se quedara en la casa por las noches. Ya no tenía sentido permanecer solo. Un oftalmólogo de Linz le pidió una prótesis, un ojo de cristal del mismo tono castaño del otro. Cuando le enseño a colocárselo y a quitárselo notó como el aspecto de su rostro mejoraba mucho. Decidió ponérselo, pero llevando encima un parche de piel forrada de terciopelo.

Fue entonces cuando recibió la carta de Stefan, que por lo visto no sabía nada de aquel asunto. Solo le preguntaba si estaría dispuesto a vender el palacete. Le explicaba que sería para un comprador privado, y que estaba dispuesto a pagar su precio.

Le apenaba desprenderse de aquella preciosa casa, pero al tiempo pensaba que ya no quería seguir viviendo en Linz. Tampoco pensaba irse a los Estados Unidos por el momento. Tendría que reflexionar acerca de su futuro, mientras no podía dejar de darle vueltas a la cabeza, aquellos nazis desgraciados le habían destrozado la vida. Contestó a Stefan, a una dirección de Múnich, que estaría dispuesto a escuchar su oferta.

Viajó a Viena pensando en permanecer allí un par de días. Casualmente se encontró con Eva, de todos sus hermanos con la que mejor se llevaba y la invitó a comer. Ella no hizo ningún comentario al ver su rostro, aunque él notó el gesto de asombro y pena. Más tarde, mientras almorzaban en el restaurante del Hotel Bristol le explicó lo ocurrido y lo mal que lo estaba pasando. Le habló de su intención de poner en venta el palacete de Linz y marcharse para siempre de allí. Le contó la oferta de Stefan y le mostró la carta. Ella se lo quedó mirando fijamente mientras decía.

—¿A quién? ¿A un jerarca del partido nazi? ¿Has llegado a pensar si la muerte de tu amigo Carlo pudiera tener algo que ver con esa oferta? ¡Esta dirección del remite es la de la embajada de Alemania!

El cielo se le cayó encima, mientras pensaba que era un ingenuo. Lo que Eva insinuaba era algo tan terrible que se le antojaba imposible. Tuvo que beber un sorbo de agua, notaba como le subía la sangre a la cabeza. Él no iba a ceder como ellos creían.

Una semana después Stefan se presentó de improviso en Linz. Markus lo

saludó fríamente, con un enorme esfuerzo por aparentar normalidad. Al ver el parche que le cubría el ojo izquierdo, Stefan se interesó vivamente por lo sucedido. Intentando mantener la frialdad, Markus se lo explicó. Stefan sacó una pequeña libreta de notas y apuntó algo. Luego le dijo que, como debía saber, él trabajaba en la seguridad personal del Führer, y que lo que le estaba comentando era algo que debía reflexionar antes de decirlo, ya que, según la versión que estaba escuchando, los responsables del asesinato de su amigo eran simpatizantes del partido nacionalsocialista al que él también pertenecía. Añadió que fuera prudente antes de acusar a nadie, que aquello iba a aclararlo él personalmente y que ya le daría una explicación.

Después Stefan insistió en seguir hablando del palacete, insinuó que alguien muy importante en el partido estaba interesado en adquirirlo. Markus le contestó que de momento no deseaba venderlo. Aunque quería olvidar lo sucedido y siendo consciente de que mientras viviera allí le resultaría imposible, prefería esperar antes de tomar aquella decisión. Le confesó que quería irse unos años a París, pero que luego volvería allí, a la que consideraba su casa.

Al escuchar aquella negativa de algo que daba prácticamente por hecho, Stefan cambió de tono, insistiendo más duramente que debería venderlo, y que su oferta era en firme. Cuando comprobó que no aceptaba su propuesta, se puso muy tenso y murmuró que tal vez se arrepentiría de aquella decisión.

Luego, Stefan le preguntó con nerviosismo si sabía algo del asunto de Ada Rothman. Markus le replicó que no sabía de qué estaba hablando.

—¿Qué tiene que ver nuestra abuela desaparecida hace tantos años en ese asunto del que me hablas?

Al escuchar su respuesta Stefan pareció tranquilizarse y le dijo que lo olvidara. No tenía importancia. Sin embargo se despidió enfadado, sin darle siquiera la mano. Markus pensaba que nada tenía que compartir con su hermano, ambos habían cogido caminos muy diferentes en la vida.

Cuando Stefan se marchó, se quedó pensativo. Había algo extraño en todo aquello. Lo distrajo pensar en la abuela Ada. ¿De qué estaría hablando Stefan al referirse a alguien que no habían conocido? Siguiendo un impulso se dirigió a la biblioteca, encendió la gran lámpara central de cristal de Murano. Aquella estancia no era tan impresionante como la que habían tenido en la casa de Viena, pero aun así contenía una preciosa biblioteca con cerca de cinco mil volúmenes.

Allí habría muchos libros que habrían pertenecido a la familia de su madre durante generaciones. No había tenido tiempo ni ganas de rebuscar en ella. Algún día lo haría, nunca se sabía lo que podría llegar a suceder en el futuro. Tal vez se hallara allí la solución del enigma. ¿Quién habría sido aquella mujer? Volvió a apagar la luz. Se sentía demasiado agotado como para empezar a buscar una aguja en un pajar.

# 50. EL PERFECTO ESCENARIO (NÚREMBERG, PRINCIPIOS DE 1933)

Kurt Eckart había colaborado con Goebbels en la concentración de la Juventud del Reich, celebrada en Potsdam a principios de octubre, donde se habían reunido y desfilado las Juventudes de Hitler. Había sido el único éxito de masas de los últimos tiempos, ya que el partido parecía haber alcanzado su techo electoral, y aquello hizo que el prestigio de Kurt Eckart dentro del partido se consolidase.

Cada vez era más difícil atraer a la gente a las urnas o a los mítines. La deplorable situación económica del país, los más de seis millones de parados, la falta de futuro, y la pérdida total de confianza en los políticos, habían acabado por tocar también al NSDAP. Era preciso dar una nueva imagen, crear confianza, para conseguir llegar al poder, y aguardar a que Hitler fuese denominado canciller del Reich, aun teniendo que convencer al remiso Hindenburg.

A través de Rudolf Hess, el secretario personal del Führer, con el que se llevaba muy bien, coincidían ambos en ser hombres discretos y callados, Kurt Eckart conoció a Leni Riefenstahl a principios de 1933, cuando aún era reciente el triunfo de la joven directora en el Festival de Venecia por su película «La luz azul». Aquel éxito había conseguido que Hitler la quisiera conocer. Goebbels invitó a cenar además a la estrella ascendente en el partido, Albert Speer, el arquitecto que iba a diseñar los nuevos edificios del partido. Habían estado visitando el Campo Zeppelín aquella mañana acompañando a Adolf Hitler y a Goebbels. Hitler comentó que creía que aquel era el lugar perfecto para realizar los congresos del partido en el futuro próximo, cuando se hubiesen hecho con el poder. Ambos estaban eufóricos.

Kurt estaba hablando con Riefenstahl y Speer, cuando Goebbels se acercó a ellos con una agilidad que desmentía su cojera habitual, y comentó sonriendo:

—¡Ya casi estamos tocando el poder! ¡Así que vayan pensando lo que podríamos hacer con este Campo Zeppelín, además de servir de aeródromo de

dirigibles!

Aquella noche durante la cena en Núremberg, a la que asistieron además otros dirigentes del partido, Leni Riefenstahl sostuvo que a fin de cuentas lo que estaban necesitando era sobre todo la puesta en escena. Crear «un lugar sobrecogedor», según sus propias palabras, para escenificar el significado de lo que pretendían. En aquel momento Speer sacó su estilográfica Parker y, sin decir una palabra, dibujó sobre la servilleta un trazo curvo soportado por unas esquemáticas líneas verticales. Al ver el boceto, Kurt asintió al tiempo que exclamaba «¡Pérgamo! ¡Eso es Pérgamo!», había visitado recientemente el nuevo museo de Berlín y había salido impresionado. Leni asintió:

—¡Totalmente de acuerdo! ¡Exactamente! ¡Pérgamo! ¡Una enorme columnata, con grandes escalinatas que conformen un graderío gigantesco!

Speer seguía dibujando con trazos firmes sobre la servilleta mientras añadía:

—¡Eso es! ¡Nosotros también tendremos nuestra propia guerra de Troya, y necesitaremos los escenarios! ¡Así! ¡El altar de Zeus multiplicado por diez! ¡Un escenario fantástico! ¡Y dentro quinientas mil personas en formación! ¡Eso es lo que se construirá!

Kurt se había quedado pensativo. Señaló la servilleta en la que Speer había dibujado.

—Aún podría ser mejor. Una vez en San Petersburgo, en 1917, durante la revolución, vi unos reflectores iluminando el cielo. Temían un bombardeo de los alemanes. No era aún de noche, pero unos negros nubarrones oscurecieron el cielo. ¡Los chorros de luz me parecieron columnas gigantescas! ¿Os imagináis colocar centenares de reflectores en línea dirigidos al cielo?

Leni aplaudió irreprimiblemente, entusiasmada por lo que estaba imaginando.

—¡Eso es! ¡Extraordinario! ¡Muy bien Kurt! ¡Eso es lo más cinematográfico que he escuchado nunca! ¡Es como la escalinata de «El acorazado Potemkin», de Eisenstein! ¡Todo debe ser utilizado como propaganda, y esa idea de las columnas de luz es genial!

Goebbels les estaba escuchando. Se había puesto muy serio.

—Speer, deme esa servilleta por favor. Quiero enseñársela al Führer. ¡Columnas de luz! Kurt. Hágame mañana por la mañana un memorándum de lo que están hablando. ¡De todo!

Goebbels y su séquito abandonaron el restaurante a las diez. Speer se disculpó a pesar de la insistencia de Leni Riefenstahl, que no parecía querer irse a dormir. Ella y Kurt se sentaron en el bar del hotel que permanecía abierto hasta muy tarde. Leni no estaba acostumbrada a la disciplina y a los horarios fijos.

—Estos tipos se acuestan con las gallinas —comentó displicente. ¡Pero si apenas está comenzado la noche!

—¡Tú eres una artista, y no puedes comprenderlos! —Kurt quería saber cómo pensaba aquella mujer—, si te digo la verdad, a mí también me ha costado llegar a entenderlos. Ahora parece que ha llegado su momento. Al Führer están a punto de nombrarlo canciller, y después ya veremos lo que ocurrirá.

—Sí. Yo he llegado hasta aquí por un amigo mío que conoce a Rudolf Hess. Él me presentó al Führer. Bueno, digamos que me siento satisfecha. Me dijo el otro día que quiere que haga una película sobre él. Le propuse un título. «El triunfo de la voluntad». ¿Qué te parece?

—Sí. Me gusta. Es impactante. Aunque la voluntad es una cosa y las circunstancias otra. A ese hombre todo le sale bien. Él lo dice en ocasiones. Es como si la providencia lo estuviera guiando.

—Yo no creo en la providencia. Prefiero eso de «ayúdate y te ayudarán». El Führer es afortunado porque se ha arriesgado. Eso es voluntad y esfuerzo. Creo que los nazis llegarán al poder muy pronto, y que luego ya no lo soltarán.

—¡Leni, veo que te mantienes muy al margen! ¿Siempre eres así?

—Yo solo observo, luego filmo. No me involucro, no subjetivizo. Eso lo tienen que hacer los actores del drama. ¿Comprendes? A mí me parece que esta gente puede llevar a Alemania muy arriba. ¿No lo crees?

—¡Claro que lo creo! ¡Por eso estoy aquí! ¡Lo vivo cada día personalmente!

Kurt intentaba establecer una cercanía con Leni Riefenstahl, lo que no resultaba fácil.

—Lo que ocurre es que a mí me pagan por lo que hago, y entonces me pasa como a ti. Intento analizarlo desde afuera. Yo doy ideas e intento plasmarlas. Parece que les gusta lo que hago. Creo que si estuviera dentro, entonces no podría ver las cosas con perspectiva.

—Te entiendo, porque a mí me ocurre lo mismo —Leni asintió—. Yo estoy a este lado de la cámara, y así puedo contar las historias, nunca me veo en el otro lado. Te confesaré que no soy nada política. No me interesa más que el resultado.

Lo que ocurra es su problema. Bueno —Leni se desperezó—, ahora sí ha llegado el momento de irse a dormir.

Aquella noche Kurt redactó un extenso informe sobre Leni Riefenstahl y otro sobre Albert Speer. En Moscú querían conocer cómo iba avanzando el proceso del partido nazi para hacerse con el poder. Después al acostarse no era capaz de conciliar el sueño. Algo le hacía pensar en qué estaba haciendo allí. De estar con alguien, tendría que haber sido con Trotsky del que Stalin era enemigo mortal. En cuanto a los nazis, sentía un profundo desprecio por ellos y su sistema. Simplemente las circunstancias lo habían llevado hasta aquella situación en la que nunca debería haber estado, y lo que era peor, no le veía salida. Le daba vueltas a la cabeza pensando si ya toda su vida no sería más que un puro fingimiento, en la que nada sería lo que parecía, y si alguna vez podría volver a ser el que no había sido nunca. Israel Zhitlovsky.

# 51. ADOLF HITLER, CANCILLER DEL REICH (BERLÍN, FINAL DE ENERO DE 1933)

Stefan Gessner notaba la gran tensión que le rodeaba, mientras todos en la cúpula del partido daban por hecho que había llegado el momento de la verdad. Era «ahora o nunca». Habían llegado hasta allí aprovechando la poderosa ola de descontento, ya que la situación en Alemania era insoportable. No solo era mérito del «hombre providencial». La depresión económica, el paro, la violencia política, la radicalización, el miedo al futuro, todo aquello había conducido a una parte sustancial del país hacia el nacionalsocialismo. Hitler prometía trabajo, orden y futuro. A la gente no parecía importarle que los SA fuesen los causantes de gran parte de los altercados durante los últimos meses, ya que las víctimas solían ser judíos. Gran parte de los alemanes coincidía en que ellos eran los causantes de todo. Para la izquierda representaban el gran capital, para la derecha eran los impulsores de la revolución bolchevique. Eso sí, las encuestas realizadas por el NSDAP demostraban que la gran mayoría estaba de acuerdo en que los judíos no eran verdaderos alemanes, y que alguien tendría que arreglar la situación. El único hombre que daba la impresión de poder hacerlo era Adolf Hitler.

Stefan sabía muy bien cuáles eran los dos grandes enemigos que podrían impedirlo. Los comunistas y la iglesia católica. Para los primeros Hitler era el enemigo a batir, ya que representaba al capital bajo la coartada del nacionalsocialismo. Para los católicos Hitler era un ateo enfrentado directamente al cristianismo.

Aquellos últimos días de 1932 habían sido tensos y difíciles. A principio de 1933 las cosas eran diferentes. Ahora estaba claro que von Schleicher era un canciller sin carisma ni fuerza política. Goebbels había hablado con Hitler para decirle que la llave del poder pasaba por atraer a von Papen. En ello estaban.

Ese era el motivo por el que Stefan se hallaba en Colonia el 3 de enero, visitando la casa del financiero Kurt von Schröder, ya que al día siguiente tendría

lugar una importante reunión en aquel lugar entre von Papen y el Führer. Había colocado agentes de seguridad en la calle y en los accesos al barrio, y comprobado quienes eran los vecinos de von Schröder. Todo era normal. Impresionantes villas entre grandes y cuidados jardines. Stefan sabía bien cómo pensaba aquella gente, recordaba a su padre. Eran desconfiados, egoístas, temerosos de los cambios, y convencidos de ser buenos creyentes. ¿No les había colocado el buen Dios en la posición adecuada? Por algo habría sido. Luteranos o católicos, la única diferencia la marcaba el dinero.

Por supuesto casi todos ellos profundamente antisemitas, aunque no lo demostraran en sus relaciones con los banqueros y financieros judíos. Después de todo, en Colonia, en Essen, en Dusseldorf, en Bonn, en toda la cuenca del Ruhr, no vivían demasiados judíos. En el fondo, para todos ellos, Hitler no era más que un demagogo, un tipo vulgar, un radical, pero también alguien al que podrían manipular de acuerdo con políticos como von Papen y militares como aquel Blomberg. Habían pinchado los teléfonos de los grandes capitanes de empresa de la región y sabían lo que hablaban entre ellos en la intimidad, a pesar de que después, por pura conveniencia, mostraban públicamente grandes simpatías por el NSDAP. Sus ventajas eran el antimarxismo, en lo que todos coincidían, su acendrado nacionalismo, su sentido del orgullo nacional, y algo en lo que todos ellos estaban de acuerdo: Alemania no deseaba seguir con aquella débil democracia de Weimar, falta de fuerza, de ideas y de verdaderos líderes. Quizás, después de todo, Hitler pudiera ser la clase de hombre que necesitaban para garantizar un clima político estable sobre el que poder crecer. Naturalmente, convencidos de un futuro gobierno en el que von Papen fuese canciller y Hitler lo apoyara.

Aquel informe confidencial lo tenía ya en su poder Joseph Goebbels, y todos aguardaban la reunión del Führer con von Schröder. Acompañarían a Hitler, Himmler y Keppler. A la hora señalada, el coche del Führer se detuvo a la puerta de la mansión de von Schröder.

Aquella misma noche, aunque en un segundo plano como jefe de la seguridad personal, Stefan estaba presente cuando Goebbels redactó el resumen de la reunión. Les explicó que von Papen quería para sí el cargo de canciller, pero estaba dispuesto a ceder al NSDAP los ministerios del interior y defensa. Era un gran avance, impensable hacía pocas fechas. Goebbels comentó eufórico:

—¡Amigos míos! ¡Ha llegado el momento de la verdad! ¡Estamos a punto de conseguirlo! ¡La fruta está madurando con rapidez!

Dos días más tarde, ya de vuelta en Múnich, era evidente que el canciller Schleicher no contaba con los suficientes apoyos. Todo le salía al revés, era como si estuviese gafado. Hitler comentó a su gente que era evidente que la providencia le apoyaba, con aquel canciller incompetente que cada día demostraba la importancia de sustituirlo cuanto antes. Durante los siguientes días mantuvieron reuniones con von Papen, que se mostraba más y más receptivo, aunque Hindenburg se negaba a contemplar la posibilidad de que Hitler pudiera ser el nuevo canciller.

Durante aquellas jornadas la actividad de Stefan Gessner era imparable. En ocasiones al abrir los ojos por las mañanas tenía que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba. Se sentía agobiado, pero no quería demostrar que los rápidos acontecimientos lo sobrepasaban. Se estaba dando cuenta de que Goebbels tenía razón y que aquella vez era la buena, era cuestión de semanas que Hitler fuese nombrado canciller. Hindenburg, viejo y enfermo, no podría aguantar aquella presión y terminaría cediendo. En cuanto a von Papen, era testigo de cómo Hitler lo estaba corrompiendo. Aquel hombre era muy bueno en tales artes, buscando la manera de envolverlo en sus redes, con la estrategia de la araña. Lo había forzado, violentado, coaccionado, y al final comprado. Von Papen tendría su cartera ministerial con él, y sería su segundo de a bordo. Por su parte von Papen creía que Hitler duraría poco, y que él lo sustituiría, mientras, por su parte, Hitler pensaba que cuando fuera canciller haría lo que le viniese en gana. Stefan lo estaba percibiendo como si pudiera leer sus mentes.

Después de todo, para él aquello era una lección de alta política: Hipocresía, astucia, mentira, manipulación, ambición, lucha descarada por el poder. Todos ellos intentando ser más astutos que sus oponentes. Hitler, von Papen, Hugenberg, el propio Hindenburg, von Blomberg en representación del ejército, y sus cohortes respectivas. En cuanto al canciller von Schleicher, los árboles no le dejaban ver el bosque, permanecía al margen de la conspiración por derribarlo, sin darse cuenta de nada, intentando gobernar sin conseguirlo.

Stefan Gessner no tenía un gran sentido de la ética, pero no pudo evitar pensar que si aquellos políticos representaban al pueblo alemán, cualquier cosa podría llegar a suceder. Él colocaba sus espías en los lugares adecuados.

Himmler y Goering le exigían un informe diario a última hora de la noche. Von Papen era tan iluso que creía estar engañando a Hitler. Para él, la idea era que «habían contratado al Führer del NSDAP».

El lunes 30 de enero, a las once de la mañana, en la cancillería del Reich aún estaban regateando. La alta política estaba llena de bajezas humanas. Hitler vestía un frac algo estrecho, y sudaba copiosamente con la calefacción a tope que Hindenburg exigía. Se había engominado el pelo y recortado el bigotito. La antesala al despacho del presidente era todavía un mercado persa de reparto de apoyos, votos, cargos y prebendas, aunque nadie sabía lo que podría suceder.

A mediodía, cerrados verbalmente los últimos acuerdos, entraron finalmente en el despacho del presidente. Hindenburg, enfermo y confuso, estaba irritado por la espera. Von Papen hizo de chambelán y tardó unos minutos en presentar a Adolf Hitler como el líder propuesto para el cargo de canciller. Hindenburg asintió y Hitler juró cumplir con sus obligaciones como canciller. Luego dio un breve discurso. Sería el canciller de todos los alemanes, sin distinción. Hindenburg estaba agotado y solo pudo murmurar: «Con la ayuda de Dios».

Por fin tras tantos años luchando denodadamente para conseguir aquel cargo, Adolf Hitler, era el Führer de Alemania.

# SEGUNDA PARTE

# EL ALMA DEL DIABLO

## Desde la constitución del Tercer Reich hasta los decretos de exclusión (1933-1939)

# 52. EL TERCER REICH
# (VIENA Y LINZ, FEBRERO DE 1933)

La noticia del nombramiento de Adolf Hitler como canciller del Reich llegó a Viena apenas unos minutos más tarde de haberse producido. Joachim Gessner estaba terminando de almorzar en el comedor privado de la embajada cuando su secretario se lo confirmó. Sin poder reprimirse hizo un gesto de triunfo levantando los puños por encima de la cabeza, ya que aquella era sin duda la mejor noticia para él y para todos los que deseaban un cambio en la política exterior. Invitó a su secretario a una copa de champagne y ambos brindaron por el Führer.

Aquellos días Joachim Gessner estaba haciendo las veces de embajador ya que el titular había sido llamado a Berlín un par de días antes. Pensó que tal vez ya no volvería, y que muy pronto le confirmarían a él como nuevo embajador del Reich en Viena. El Führer había prometido en varias ocasiones que en cuanto tuviese el poder, Austria, su país de origen, sería incorporada al Reich, y querría tener gente de confianza en los lugares estratégicos.

Por otra parte, desde que Stefan le había llamado para decirle que el asunto de Linz estaba resuelto, se sentía más tranquilo. Se refería a aquella oprobiosa situación, con Markus dando un pésimo ejemplo continuo en una ciudad pequeña, donde todo el mundo sabía quién eran los Gessner, algo que podría haberlos perjudicado gravemente dentro del partido tanto a Stefan como a él. No hubiera soportado que lo relacionaran con un escándalo homosexual, y menos en aquellos momentos cuando su relación con Constanze von Sperling se consolidaba.

Tenía que reconocer que Stefan había manejado bien el tema, aunque aún no había conseguido que Markus accediera a vender la casa. Él se la había prometido a Goering, quien aseguraba hablar en nombre del Führer, cuando le comentó que sabía que era propiedad de alguien de su familia, y que el Führer estaba encaprichado con aquel palacete de Linz desde hacía muchos años,

cuando aún era un joven desconocido y buscaba bellos edificios para dibujarlos.

Con aquella jugada habían intentado liquidar dos pájaros de un tiro. Stefan le había asegurado que la decisión de vender era solo cuestión de días. A ver si Markus se daba cuenta de una vez por todas de que no podía seguir comportándose de aquella estúpida forma. Cuando Stefan le comentó que Markus quería marcharse unos años a París, él le replicó que sería lo mejor que podría hacer. Quitarse de en medio una larga temporada, o mejor aún para siempre. Tendría que agradecer de alguna manera al director de la policía de Linz su comportamiento, ya que había conseguido que todo transcurriera lo más discretamente posible, además de buscar a los tipos adecuados para un trabajo tan delicado. Le enviaría un obsequio, tal vez uno de aquellos nuevos relojes de pulsera que estaban de última moda. En cuanto al embajador de Italia, se le entregó un informe confidencial sobre el fallecido profesor Mattei. La autopsia oficial había determinado «muerte por ahogamiento». El informe adjunto de la policía venía a decir que Mattei habría caído al río huyendo de un grupo de borrachos que le amedrentaron sin ninguna otra intención. El documento venía a decir que se trataba de un comunista recalcitrante, antifascista, soltero y homosexual. El embajador de Mussolini se encogió de hombros. Murmuró que nadie lo iba a echar de menos.

Él por su parte, no pensaba acercarse a Linz hasta que Markus hubiera firmado el contrato de venta en firme. No tenía ningunas ganas de volver a verlo tras lo sucedido en casa de Eva. Lo mejor sería que Stefan, que después de todo siempre se había llevado bien con Markus y lo comprendía desde que eran niños, se encargara de todo.

Joachim estaba eufórico por el nombramiento de Hitler. Se consideraba un buen patriota, consciente de que Alemania no podía seguir en aquella situación de ambigüedad política. Era preciso que asumiera el poder un líder fuerte y decidido que llamara las cosas por su nombre y que diera soluciones. La providencia había intervenido. Aquella tarde tenía una reunión con personas influyentes en un céntrico salón, que ya estarían informadas, pero que querían verlo y celebrarlo.

Al terminar de comer se dirigió a su cita en el automóvil oficial de la embajada, nevaba con fuerza y las temperaturas estaban en negativo en Viena. Era una tarde gris con las calles prácticamente vacías. Cuando llegó, todos lo

felicitaron efusivamente, como si se tratara de un éxito personal. Después brindaron en varias ocasiones por el canciller Adolf Hitler y por Alemania. La opinión era unánime, con aquel hombre al frente del país todo cambiaría.

En Viena tenían los mismos problemas que en Alemania, demasiados judíos, un número importante de parados, una fuerte depresión económica, y sobre todo ello la sensación general de que aquel país había pasado de ser la cabeza de un gran imperio a convertirse en un país ninguneado por las grandes potencias. Todos los presentes estaban a favor de que Austria se incorporase al Reich cuanto antes, a partir de aquel glorioso día: el Tercer Reich.

# 53. UNA NUEVA ÉPOCA (BERLÍN-FEBRERO DE 1933)

Una fría tarde a finales de enero, Karl Edelberg volvió a su casa cuando Ilse no estaba. En la calle estaba nevando copiosamente y él había meditado la vuelta desde principios de año. Al verlo entrar los niños prorrumpieron en gritos de júbilo. Le contaron entre risas que aquella mañana el maestro les había medido el tamaño de la cabeza, el largo de la nariz, comprobado el color del cabello y la forma de los ojos para determinar si pertenecían a la «raza aria». Aseguraron muy orgullosos que ambos habían pasado la prueba con éxito, no como unos compañeros judíos que no cumplían con las exigencias y de los que se habían reído. Karl asintió. No estaba de acuerdo con aquellas prácticas, pero no hizo comentarios. No era el momento.

Karl estaba siguiendo el consejo de su suegra. Actuó con normalidad, como si nada hubiese sucedido. Al cabo de un rato llegó Ilse, y aunque no le dirigió la palabra tampoco le dijo que se marchase. Luego él leyó la prensa en su sillón de siempre, como otro día más. Aunque notaba a su mujer tensa, conteniéndose. Luego ella puso la mesa y colocó su plato como siempre, luego bendijo la mesa y cenaron en silencio, hasta que él comentó el frío que estaba haciendo, y Klaus le explicó que los iban a llevar a esquiar a las montañas de Baviera. A la hora de acostarse, Ilse murmuró de pasada que sería mejor que durmiera en el dormitorio.

Karl Edelberg había vuelto a casa y prefería olvidar lo sucedido. También su afiliación al partido nazi. No quería saber nada más de política. No le gustaba lo que estaba sucediendo en el país, con los tipos de las SA cada vez más atrevidos, campando por sus respetos. En aquellos momentos no podía entender cómo podía haber sido capaz de afiliarse. Tampoco le gustaba que Hitler se hubiera convertido en el canciller de Alemania aquella mañana. La radio no hacía más que hablar de Hitler y su programa de gobierno. ¿Tan mal estaba el Reich de buenos políticos? O tal vez la política que se estaba haciendo en aquellos

tiempos era algo mucho más rastrero. Él había podido ver la situación desde dentro y se sintió defraudado. Debería salir a la calle y advertir a la gente de buena voluntad. Tendría que hacerles razonar, decirles algo así como: «¡Amigos! ¿Sabéis lo que está llegando? ¿Sois conscientes de quien es Hitler? ¿Quiénes son en realidad esos nazis? ¿Qué va a ocurrir con Alemania?» Gentes como su examigo Stefan Gessner, como Joseph Goebbels, como Hermann Goering, y por supuesto como Adolf Hitler, el nuevo Führer del Reich. Después de haber podido presenciar cómo eran, lo que pretendían, temía que ya fuese tarde. Había meditado mucho durante los últimos meses. Creyó que Hindenburg nunca permitiría que Adolf Hitler se convirtiera en el canciller de Alemania, pero aquel anciano ya no debía tener fuerzas para nada, y habrían pasado por encima de él. En cuanto a Papen, Hugenberg y los demás, ambiciosos y mezquinos, creía que además estaban equivocados, convencidos de que podrían manipular a Hitler y seguir en el poder. Para cuando se dieran cuenta de su error ya sería demasiado tarde.

Escuchó acercándose tambores y trompetas y se asomó a la ventana. A pesar de la fría noche pudo ver un interminable desfile por la avenida frente al edificio. Aquello le recordó el que había presenciado en Núremberg, pero como a otra escala mucho mayor, gentes de las SA y las SS portando antorchas se dirigían hacia el centro de Berlín. Esa demostración de fuerza sería cosa de Goebbels, y tal vez alguna de aquellas oscuras sombras que se agigantaban en las fachadas sería la de Stefan Gessner. Karl era consciente de que se había creado un mal enemigo, en un mal momento. Eso le había hecho pensar.

Se dio cuenta de que Ilse se encontraba junto a él. Observaba fijamente, como hipnotizada, el desfile. Sabía que ella simpatizaba con el movimiento nazi, pero en aquel momento la notó preocupada. Ya no estaban discutiendo sobre si Hitler llegaría al poder o no, o si en tal caso sucedería una cosa o la otra. Hitler era ya el nuevo canciller de Alemania y aquellos eran sus poderes. Ilse se acercó a él y murmuró sollozando: «Me alegro de que estés aquí». La abrazó.

Al día siguiente cuando se dirigió al trabajo en su coche vio muchos camiones circulando, repletos de SA uniformados. La prensa anunciaba en primera plana que la República de Weimar había muerto, y que había nacido el Tercer Reich. En los periódicos afines a los nazis aparecía una foto a toda plana de Adolf Hitler, uniformado con el cinturón y las botas, haciendo el saludo con

el brazo extendido. Algunos cantaban el «Horst Wessel Lied», que prácticamente se había convertido en el himno nazi, otros corrían por las calles en grupos, eufóricos, sin una dirección fija, chillando consignas nazis.

Al volver una calle vio un local ardiendo en una esquina. Aquella era una conocida carnicería judía, en la que vendían carne «kosher». No era un accidente. Varios miembros uniformados de las SA en pie delante de la tienda observaban impávidos cómo ardía. Muchos curiosos se arremolinaban, pero nadie hacía nada por ayudar a extinguir el fuego. En aquel momento llegaban los bomberos para evitar que el fuego se propagara. No detuvo el coche ya que no podía hacer nada.

Cuando entró en su despacho vio a través de los cristales a Jacob Meyer. El hombre introducía libros y objetos en una caja. Salió para hablar con él.

—¿Qué ocurre, Jacob? ¿Qué estás haciendo? ¿Es que vas a algún sitio?

Jacob se quedó mirándolo un instante con una forzada sonrisa amarga.

—Nada Karl. Solo que me voy. Nos vamos de Alemania toda la familia Meyer, mis hermanos, también mis padres. Iremos a Francia, a ver si en París pudiéramos obtener el visado para los Estados Unidos. Me han dicho que con mi currículo probablemente podría encontrar trabajo en América. Mi hermano Salomón es cirujano, especialista en corazón, y mi hermano Yossib es un buen abogado. En cuanto a mi hermana Esther es actriz, tal vez hayas oído su nombre. Esther Meyer. Es una chica estupenda y divertida que interpreta en yiddish, y los que van a verla se parten de risa. Alguien le dijo que en Nueva York la contratarían con los ojos cerrados. En cuanto a David, el más pequeño, es un gran pianista. Mira, mis abuelos salieron huyendo de Rusia. Mis padres llegaron hasta aquí desde Polonia. Todos hablamos bien el ruso, el polaco, el yiddish, bastante bien el inglés por deseo de mi padre, y naturalmente el alemán. ¡Nos defenderemos! ¡No pensamos quedarnos aquí con los brazos cruzados asistiendo a otra expulsión de los judíos! ¡Con Sefarad ya hubo suficiente! ¡Queremos vivir para siempre en una verdadera democracia! Ese Hitler nos ha amenazado con todas las penas del infierno, y aunque muchos no se toman en serio esas amenazas, mi padre, que es un hombre sabio, ha decidido que lo más prudente es marcharnos, ahora que aún podemos hacerlo.

Karl se sentía cohibido, no sabía qué decirle, en su mente volvía a ver la carnicería kosher ardiendo. No podía convencer a su amigo de lo contrario. No

podía decirle que también él, que era alemán de pura cepa, estaba pensando en marcharse. Cuando había escuchado aquellas estrofas que, para su vergüenza, él también había cantado alguna vez: «*Por última vez se lanza la llamada para la lucha. Todos estamos listos. Pronto las banderas de Hitler ondearán en cada calle. La esclavitud durará sólo un poco más*». En Alemania acababa de comenzar una nueva época. El Reich de los malvados, los desaprensivos, los cobardes.

Estuvo presente mientras Jacob Meyer se despedía del director. Dijo que lo sentía mucho, que le gustaba lo que hacía y que había dejado todos los papeles de su investigación ordenados para que su ayudante no tuviera problemas, pero que si se encontraban con alguna duda que le escribieran. Él iría enviando su nueva dirección postal cada vez que se cambiara de casa.

Cuando Karl lo vio abandonar el laboratorio y lo acompañó en silencio hasta la calle, sintió un nudo en la garganta. Sabía que no sería fácil sustituir a aquel hombre discreto, callado, un ingeniero tan experto. Tampoco a sus hermanos en Alemania. Comenzaba el desmantelamiento del país, y otros muchos estarían haciendo las maletas para irse. Como bien había dicho Jacob «mientras aún pudieran hacerlo».

# 54. LA INTUICIÓN DE RACHEL (VIENA, FEBRERO DE 1933)

La familia Goldman y todos lo que la conocían sabían que Rachel Goldman poseía una gran intuición. Ella no se consideraba una adivina, pero era cierto que cuando algo comenzaba a darle vueltas y vueltas en la mente, aquello tendría muchas probabilidades de llegar a suceder. A pesar de ello nadie iba a verla para preguntarle por su futuro. Eso era algo que irremediablemente sucedería, y en el fondo todos temían que ella se lo pudiera adelantar.

Por otra parte Rachel no era una persona que estuviera muy pendiente de la política. Así que cuando una noche se incorporó en la cama, emitiendo un agudo grito de angustia, respirando entrecortadamente, y gesticulando con los brazos, David que dormía a su lado se despertó sobresaltado, preguntándole asustado qué le ocurría. Ella se cubrió el rostro con las manos, pero no quiso decírselo:

—Mañana te lo comentaré David, ahora no es el momento. Intentemos dormir.

Por la mañana, un día frío y soleado, el nombramiento de Adolf Hitler como canciller del Reich, era sin duda la gran noticia del día en Viena, aunque no fuera algo que afectara directamente a los austríacos. Sin embargo, mientras desayunaban juntos, como casi siempre, Rachel le dijo que aquel austríaco que había llegado a dirigir Alemania no iba a olvidarse de su país natal. En algún artículo había podido leer que el Führer nazi pretendía incorporar Austria al Reich.

—Rachel, querida. ¿Era eso lo que te preocupaba anoche? ¡Qué tontería! ¡Olvídate de esa historia! ¡A nosotros ni nos va ni nos viene todo ese asunto!

David insistió en que no se preocupase. Le aseguró que los propios alemanes echarían muy pronto a patadas al «cabo bohemio», así lo había llamado el propio Hindenburg hacía pocos meses, y así lo llamaban los periódicos no afines al movimiento nazi.

Para él, y David remarcó que sabía muy bien lo que estaba diciendo, el

nuevo canciller alemán no significaba una amenaza. Solo era un tipo con labia, alguien que engañaba a los demás como los charlatanes de feria. Le dijo que si se molestaba en leer alguno de sus discursos comprendería que estaban vacíos de contenido, que no provenían de una mente cultivada, si no de alguien que tomaba conceptos de aquí y de allá, sin fundamento alguno. La única base de la ideología de Hitler era el odio. Un odio profundo a los judíos, a los marxistas, a los socialdemócratas, a todos los que creían en un sistema parlamentario. Sus únicas propuestas, su lenguaje por el momento eran palabras como aniquilación, exterminio, aplastamiento, conquista, espacio vital, raza, y su éxito popular se debía exclusivamente a la enorme cantidad de personas defraudadas, sin trabajo, sin presente ni futuro que también compartían aquellos sentimientos radicales.

Rachel no estaba convencida. Respetaba mucho a su marido, pero en aquel momento, por primera vez en su vida, replicó que no estaba de acuerdo con él.

—¡David, no seas ingenuo, ese hombre quiere aniquilarnos! ¡Cuando me he despertado angustiada me encontraba entre nuestra gente, en un lugar horrible, una especie de infierno en donde sucedían cosas espantosas!

David se levantó y la abrazó. Sentía una gran ternura por aquella sefardí que compartía toda su existencia.

—Querida. ¡No permitas que las pesadillas alteren tu vida! ¡Ese hombre no es nadie! Si está teniendo éxito se debe únicamente a la pésima situación de Alemania. Allí, tras el fracaso de Weimar, quieren probar algo diferente. ¡Los militares y los conservadores pretenden acabar con el parlamentarismo, pero no te preocupes más de la cuenta! ¡Nunca llegará hasta aquí! ¡Ni Francia, ni Gran Bretaña lo permitirían!

—Mira David, querido, creo que estás equivocado, o que no quieres ver la realidad. Esta vez es muy diferente. ¡Pronto te darás cuenta!

Rachel miró a los ojos a su marido, lo que le hacía estar pendiente de sus palabras.

—He soñado con este tema en varias ocasiones. Podrás decirme que estoy obsesionada con el asunto y quizás tendrás razón. Lo estoy. Pero nunca antes he tenido tanta certeza sobre lo que va a suceder. Te adelanto que ese hombre maldito traerá la ruina y la desgracia, y no solo a Alemania. Antes o después nos afectará a todos. ¡Lo que va a suceder será una terrible catástrofe que traerá muerte y destrucción! ¡No habrá lugar donde esconderse!

David no contestó. Prefería no seguir hablando del tema. Para él era algo coyuntural. En los últimos tiempos Alemania sufría una grave inestabilidad política. Unas elecciones tras otras, de las que nunca se sacaba nada en claro. Ni siquiera gente tan preparada como von Papen, o el mismo canciller saliente, von Schleicher, habían podido solventar la situación. Lo único que le preocupaba era la fijación de Rachel con aquel hombre. Una obsesión sin mayor sentido.

Los días y las semanas fueron transcurriendo con rapidez. La prensa alemana daba la impresión de haberse tranquilizado. Hitler comenzaba a gobernar apoyándose en personas como Hjalmar Schacht, un acreditado economista. Sin embargo su teoría seguía siendo el rearme del ejército a pesar de las cláusulas de Versalles. Una política que debería haberse realizado discretamente se había convertido en la comidilla de toda Europa. Hitler estaba pidiendo ayuda financiera al empresariado alemán. En la prensa dijo que todo el mundo tendría que colaborar.

La cámara de comercio de Viena decidió adelantarse a los acontecimientos. Alguien vinculado al partido nacionalsocialista austríaco había insinuado que los empresarios de Viena tendrían que colaborar con el partido nazi de Austria. Hans Harnack quedó con David y con otros miembros de la cámara para cambiar impresiones. No podían permitir que la realidad se les echara encima.

La reunión se celebró el 26 de marzo. David puso a su disposición el comedor privado en la planta superior de «Goldman & Goldman». Aquel era un lugar discreto para hablar de lo que estaba sucediendo en Alemania y de cómo podría afectar a Austria. Asistieron un centenar de empresarios y, para la absoluta sorpresa de David, la mayoría parecía estar de acuerdo con la actuación de Hitler. Cuando intentó exponer su punto de vista, el que hasta aquel momento consideraba su mejor amigo, Hans Harnack, levantó el brazo pidiendo la palabra. Lo notó extraño, lejano. Intuyó que algo estaba ocurriendo.

—Mira, David Goldman —se dio cuenta de que Harnack remarcaba su apellido—, hemos estado hablando acerca de la situación. Las cosas han cambiado y más que van a cambiar, así que iré directamente al grano. No te lo tomes a mal, pero quisiéramos pedirte que dimitas de tu puesto en la directiva… y también que os dierais de baja de la cámara. Tú y los otros empresarios judíos. ¡No porque a nosotros nos preocupe! ¡Es por el bien de todos! ¡Incluyéndoos a vosotros! Como comprenderás nosotros no tenemos nada contra los empresarios

de origen hebreo, siempre nos hemos llevado bien y queremos seguir en esa línea. Pero ahora vienen nuevos tiempos. Es mejor para todos, así que te ruego que no me malinterpretes.

En aquel momento levantó el brazo Klaus Schmidt, del «Bankverein Wiener». Todo el mundo en las finanzas de Viena lo conocía como «el consejero Schmidt». Un hombre astuto y retorcido, que sabía darle vueltas a las cosas hasta llevarlas a su terreno.

—Ha hablado usted muy acertadamente, señor Harnack. Nadie pretende perjudicar a los miembros que no son propiamente austríacos, como los señores Goldman, Hammerstein, Salomón, y todos los demás. ¡Que quede bien claro! Lo único que se les pide es que dimitan, con ello no van a sufrir el más mínimo quebranto económico. Además esto es algo normal. Sustituir a algunos directivos por otros, y en este caso se les pide la dimisión… también como miembros de la cámara. ¡Tienen que entenderlo!

David Goldman se había puesto muy pálido. Se levantó y señaló a Harnack con el índice.

—¡Tú, Hans Harnack! ¡Nunca hubiera creído que fueras capaz de algo así! ¡Reconozco que he estado equivocado toda mi vida! ¡Te conozco desde que íbamos al colegio! ¡Mejor dicho, creía conocerte! ¿Ahora me sales con esas? ¡Y usted Schmidt! ¿De qué están hablando? ¿Cuál es la causa? ¿Tal vez se debe a qué ese Hitler es el nuevo canciller de Alemania? ¿Qué sus acólitos en Austria han pensado en hacerle un presente? ¡Siento vergüenza ajena! ¡Claro que me voy! ¡Que nos vamos! ¡No podría seguir sentado aquí con gente así! ¿Quién os ha llamado para este sucio trabajo? ¿La guardia de la patria?[4] ¿Todos pertenecéis al Frente patriótico? ¿Entonces para vosotros, los judíos no somos austríacos? ¡No habéis entendido nada! ¡Sois vosotros los que no sois austríacos! ¡Quedaos con vuestros amigos nazis, ellos os llevarán a todos a la ruina!

David Goldman abandonó en silencio el comedor, seguido por Moses Goldman, y los otros empresarios judíos, que no terminaban de creerse lo que estaban viviendo. Sin embargo, algunos que a pesar de serlo no se consideraban incluidos permanecieron sentados. David los miró con reprobación al pasar, como queriendo expresarles que antes o después ellos también tendrían que seguir el mismo camino.

Cuando volvió a su casa Rachel se quedó mirándolo fijamente. David solo

pudo decirle:

—¡Tenías mucha razón, mujer! ¡Ese Hitler traerá con él la ruina! ¡Acabo de comprender lo que espera a este país!

Al día siguiente la radio dio la increíble noticia. El Reichstag había ardido completamente. Las autoridades alemanas culpaban a los comunistas, ya que aseguraban haber detenido al causante material, un comunista holandés al servicio del Komintern. Las pruebas encontradas unos días antes en las oficinas centrales del KPD no dejaban lugar a dudas. Hitler lo dejó bien claro en un discurso radiado. Con su voz inconfundible y un tono que mostraba su indignación y resolución, el Führer alemán dijo que todos los comunistas alemanes serían ilegalizados, para lo que se promulgaría de inmediato un decreto en el que se tomarían medidas adicionales, como suspender el ejercicio del derecho a la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad individual de las personas, la libertad de asociación, la libertad de reunión, así como el secreto de las comunicaciones. Añadió que se permitiría a las autoridades practicar registros de los domicilios o de las oficinas, además de confiscar los bienes privados y ejecutar las necesarias restricciones a la propiedad.

David Goldman levantó la vista del aparato de radio y observó con respeto a su esposa.

—Rachel, querida, ayer me dijeron en una importante reunión que aunque llevemos aquí toda la vida, incluso aunque hayamos nacido aquí, los judíos no somos verdaderos austríacos. Tal vez un día de estos, sin demorarlo mucho, deberíamos acercarnos a la agencia de viajes. Creo que tienes toda la razón, y que este asunto, antes o después, nos afectará a todos.

# 55. UN REICH, UN FÜHRER (BERLÍN, FINALES DE MAYO DE 1933)

El 30 de mayo, cuatro meses después de la designación de Adolf Hitler como canciller, Karl Edelberg salía del portal de su casa, a primera hora, para dirigirse a la empresa, cuando fue detenido. Todo sucedió con tanta rapidez que Ilse, que estaba observando por la cristalera del balcón el tiempo que amanecía en aquella lluviosa mañana en Berlín, solo pudo ver como cuatro hombres de paisano se abalanzaban sobre su marido y lo arrastraban hacia un coche en marcha. Ilse no podía creer lo que estaba viendo y para cuando pudo abrir el balcón ya era tarde. Solo algunos viandantes habían contemplado la detención, pero prudentemente siguieron caminando sin detenerse más que un instante. Ilse no sabía quiénes se habían llevado a Karl, ni por qué, ni dónde, por lo que decidió ir a la comisaría más cercana.

Tuvo que aguardar cerca de media hora para poder hablar con el inspector de guardia. Estaba pensando que no le había dado tiempo a arreglarse ni a pintarse los ojos y que tendría un aspecto deplorable, cuando un hombre grueso y vulgar de unos cuarenta años se acercó hasta ella.

—¿La señora Edelberg? Soy el inspector Jürgen Kruger. Me han comunicado que quiere usted hablar conmigo. Acompáñeme por favor. Venga por aquí.

El inspector caminó delante de ella por un pasillo mal iluminado, hasta un pequeño despacho descuidado y de aspecto lóbrego. Allí el hombre tomó asiento y señaló la silla.

—¿Qué le trae por aquí, señora Edelberg? Verá esta mañana no puedo dedicarle mucho tiempo, así que le ruego que concrete —el hombre no apartaba los ojos de sus pechos.

Ilse Edelberg sintió subir la indignación a su cabeza.

—¿Aún no me ha escuchado y ya quiere echarme? ¡Por Dios santo! ¡Acaban de secuestrar a mi esposo en la misma puerta de la casa! ¡Lo he podido ver desde la ventana! ¡Eran cuatro hombres y otro dentro de un coche negro! ¡Lo han

introducido en el coche y han desaparecido en un instante!

Mientras ella hablaba el inspector jugaba nerviosamente con un lápiz sobre la mesa. La miró a los ojos.

—¡Uhmm! Señora Edelberg, ¿ha pensado que tal vez pudiera tratarse de una detención de la policía secreta del Estado? ¿Ha oído hablar de la Gestapo? ¿No? Bien, solo lleva unas semanas funcionando… y la verdad es que no paran. Por lo que me comenta han tenido que ser ellos. ¿Dice que se trataba de cinco hombres de paisano en un coche negro? ¡Sin duda alguna! ¡Están trabajando por el centro de Berlín en estos días! Nosotros no podemos interferir en sus investigaciones. Si han detenido a su esposo, por algo será, no van por ahí deteniendo a gente porque sí. De todas maneras, para su información el cuartel general de la Gestapo se encuentra en Prinz-Albrecht-Strasse, en el número ocho, no tiene pérdida. Ahora bien, mire, aunque usted no habría venido hasta aquí si sospechara algo de su marido, le aconsejo que no vaya hasta allí. No va a conseguir nada. Si el señor Edelberg es inocente o se trata de una confusión, entonces no se preocupe, dentro de un rato lo soltarán. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Son ustedes afectos al partido Nacionalsocialista? No tiene por qué contestarme. ¡Pero no vaya! No arreglará nada. Hágame caso. Mire. Si alguna vez tiene un problema yo podría echarle una mano —el hombre la miraba de una manera extraña—. Y ahora adiós y suerte.

Ilse salió del despacho irritada y confusa. Una lágrima descendía por su mejilla sin empolvar. En la puerta de la comisaría se puso un pañuelo en la cabeza y corrió bajo la lluvia hacia su casa. Cuando llegó los niños estaban desayunando y ella intentó disimular su estado de ánimo. Luego ambos cogieron sus botas de agua y sus paraguas. Iban solos todos los días al colegio caminando diez minutos.

Se observó en el espejo del tocador. Pensó que estaba hecha un verdadero desastre. Luego se maquilló cuidadosamente, se vistió con un traje gris de calle, se puso la gabardina y cogió su paraguas. A pesar de todo quería dar buena impresión. Pensaba en cómo había cambiado Karl de postura política, de pro-nazi a ir en contra de todo lo que hacían, en lo que le había contado de su pelea con aquel Stefan Gessner. Sin embargo ella seguía creyendo que aquel cambio sería bueno para el país. Las pocas discusiones que mantenían eran precisamente por dicha causa. Ilse tenía la convicción de que aquello sería un

asunto sin mayor importancia. Cada persona era libre de pensar y votar como le viniera en gana. Ella se acercaría al cuartel general de la Gestapo e intentaría ver qué había sucedido.

Cogió un taxi en la parada cercana. A pesar de que estaba lloviendo la gente no los cogía más frecuentemente por el precio. La situación económica era cada día más difícil y para la gente normal un marco era un marco. El taxi tardó diez minutos en llegar. Llovía intensamente cuando se bajó. Corrió hacia la puerta principal del enorme edificio de piedra, subió la escalinata y un guardia de uniforme le preguntó a lo que iba. Replicó que quería ver al oficial de guardia. El hombre pareció dudar un instante, la observó de arriba abajo y le abrió la puerta cristalera. Ilse entró en un amplio vestíbulo. Un oficial se dirigió a ella, preguntándole qué deseaba.

—Oficial, mi nombre es Ilse Edelberg. Esta mañana, hace como una hora, tal vez hora y media, unos hombres de paisano se han llevado detenido a mi marido, Karl Edelberg, al salir de casa. Lo han introducido en un coche negro y se han marchado con él. Lo he presenciado desde el balcón. Luego he ido a la comisaría. Allí me han dicho que probablemente habrían sido ustedes.

El oficial la observaba con total frialdad, mientras Ilse comenzaba a darse cuenta de su error.

—He venido a informarme… ¡tiene que tratarse de una confusión! ¡Karl es un ciudadano honorable! ¡Un investigador importante!

—Señora Edelberg. ¿Quiere acompañarme? Sígame, se lo ruego. Por aquí.

El oficial caminó delante de ella hacia el lateral. Penetró en un amplio pasillo. Todo el edificio daba la impresión de haber sido renovado. Olía a pintura nueva. Siguió al oficial, uniformado de negro impecable. Recordaba haber leído en alguna parte que el diseño del uniforme de la Gestapo era de un famoso modista y diseñador. Un tal Hugo Boss. Entonces aquello le hizo gracia.

El oficial le ordenó que aguardara un instante y se introdujo en un despacho sin llamar. Un cuarto de hora más tarde salió y le señaló la puerta.

—Pase. Ahora la recibirá el inspector Brunner.

Ilse entró en el despacho. Una gran esvástica presidia la estancia. Todo era nuevo, incluyendo los uniformes cortados a medida. El inspector Brunner, un hombre delgado de piel pálida y cabello rubio, señaló la silla que había delante de la amplia mesa de despacho. Sobre la mesa una foto enmarcada en plata lo

mostraba dándole la mano al Führer. Podría ser Núremberg. En otra se le veía con el birrete de licenciado en derecho.

—Me informan de que por lo visto su marido ha sido detenido esta mañana, y que usted cree que tal vez hayan sido unos inspectores de la Gestapo. ¿Karl Edelberg?

Ilse afirmó con la cabeza mientras no podía dejar de observar las cuidadas manos del inspector de largos dedos y uñas recortadas con mimo, mientras consultaba una carpeta.

—Pues sí. En efecto, no anda usted desorientada. Aquí veo que se ha abierto un procedimiento de investigación a un tal Karl Edelberg, por actividades en contra de la nación. ¿Qué puede decirme?

—¡Eso es imposible! —En aquel momento Ilse sintió una gran indignación —. ¡Mi marido es un patriota! Bueno, no pertenece al partido porque no es un hombre político, es un investigador. Pero él no ha hecho nada malo. ¿Me entiende?

El inspector Brunner entrecerró los ojos mientras una mueca de desprecio modificaba sus rasgos un instante. Ella pudo percibirlo y se alarmó. Bajo la educada personalidad de aquel hombre existía otra que ella solo había podido intuir.

—¡Claro que la entiendo, señora Edelberg! ¡Aquí tengo los antecedentes, su marido perteneció al partido! Incluso estuvo en Núremberg. Después realizó comentarios despectivos contra el partido y contra el Führer, de lo cual hay testimonios concretos. Posteriormente escribió a algunas personas recomendándoles que no se afiliaran. Sabemos incluso que ha mantenido relación de amistad con judíos que han intentado huir de Alemania para evitar sus responsabilidades. Actualmente estaba en conversaciones con miembros del PKD. ¿Sabía usted algo? ¿Ve como la entiendo? Mire, señora Edelberg. Tenga cuidado con sus manifestaciones. ¡No pretenda menospreciarnos!

Ilse respiraba con dificultades. Se dio cuenta de que estaba muy asustada.

—Inspector Brunner. No sé de lo que me está hablando. Yo soy simpatizante del partido Nacionalsocialista. ¡Puedo demostrarlo! ¿Entonces?

El inspector Brunner estaba leyendo la ficha de cartulina por la parte posterior.

—Insisto, señora Edelberg. ¡No nos menosprecie! ¡Sabemos que su marido

estuvo viviendo algunos meses fuera del domicilio conyugal! ¿Tal vez la causa fue debida a que usted le dijo que no compartía su punto de vista? Mire. De momento no hay nada contra usted. Vuelva a su casa con sus hijos. Permítanos llevar a cabo nuestro trabajo. Ya le comunicaremos en que acaba todo este asunto. Por cierto, le aconsejo que no haga comentarios sobre esta entrevista. Es por su bien. ¿Me comprende?

Ilse asintió mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. Se sentía muy cansada. Aquella gente estaba bien informada. Pensaba en las veces que le había dicho a Karl que fuera más prudente. En lo que él le había contado de la pelea que mantuvo con el que hasta entonces consideraba su amigo, Stefan Gessner, un alto funcionario del partido. Sintió un escalofrío y nauseas. Se puso en pie asintiendo. El inspector Brunner permaneció sentado. Ella se dirigió a la puerta algo mareada, caminó por el iluminado pasillo. Cruzó el vestíbulo. Por todas partes colgaban esvásticas. Temía que no la dejaran salir de allí, pero el guardia uniformado le abrió la puerta cristalera. Descendió los escalones y caminó con rapidez por la Prinz-Albrecht-Strasse mientras un intenso temor a algo desconocido la invadía. Algo más allá, en unos jardincillos, vomitó. Tuvo que sentarse en el bordillo intentando que se le pasasen las náuseas. En aquel momento pasó por delante de ella un vehículo negro, idéntico al que había visto aquella mañana frente a su casa llevándose a Karl. Aquello era el Tercer Reich.

# 56. LA HOGUERA DE OPERNPLATZ (BERLÍN, 9 Y 10 DE MAYO DE 1933)

El doctor Paul Dukas reflexionaba que no tendría que haber estado allí, en Berlín, la noche del nueve al diez de mayo. Mientras descendía del tren en la Estación Central de Berlín, el doctor Dukas pensaba que aquello era como ir a meterse, no en la cueva, si no en las mismas fauces del lobo. El motivo del viaje se debía a que el Colegio de médicos de Viena, para decir la verdad, con la oposición por parte de algunos miembros de la directiva, les había enviado a él y otro colega vienés, el doctor Stefan Rechberg, bastante mayor que él, a cambiar impresiones con la junta directiva del Colegio de médicos de Berlín, para poder comprobar qué medidas se estaban tomando, a nivel colegial, sobre la aplicación de las leyes recientemente aprobadas por el Reichstag alemán, concretamente la «Ley para la restauración del servicio civil profesional» que excluía a los judíos del servicio gubernamental, y la «Ley sobre la admisión a la profesión legal» que prohibía la admisión de judíos en la profesión de la abogacía, ambas aprobadas el pasado 7 de abril. Unos días más tarde, el 25 de abril, se había aprobado la «Ley contra el congestionamiento en las escuelas y las universidades», que limitaba la cantidad de estudiantes judíos en las escuelas públicas alemanas.

Era esta última ley la que había colmado el vaso de la paciencia de los miembros judíos del Colegio de médicos de Viena, que representaban cerca del treinta por ciento del colegio, y que veían cómo se estrechaba el cerco de la intolerancia y el racismo sobre sus colegas de profesión judíos en Alemania, lo que significaba no solo un agravio para la comunidad judía, si no la amenaza de que en un futuro pudiera llegar a repercutir en Austria todo aquello.

Paul Dukas se encontraba allí a pesar de la oposición frontal de algunos miembros de la directiva colegial, que habían intentado impedir aquel viaje por todos los medios. Finalmente la junta de gobierno, para evitar una seria escisión entre sus colegiados, decidió que fuesen dos miembros, uno judío y otro no judío, para evitar falsas interpretaciones y subjetividades. No se trataba de una

delegación oficial, ya que la junta de gobierno no había querido otorgarles aquel rango, sino únicamente una misión de información.

Había mantenido una tensa reunión con algunos de los más prestigiosos médicos de Viena, también judíos, sobre la oportunidad de aquel viaje. Tampoco allí encontró unanimidad. Algunos, como el doctor Freud, creían que sería una misión inútil, por otra parte no exenta de riesgos personales. De hecho algunos contaron sus últimas experiencias personales en Alemania, y era más que evidente que la situación de los derechos de los ciudadanos judíos en aquel país se había deteriorado con gran rapidez. Finalmente el doctor Stefan Rechberg se prestó a acompañarlo, aunque manifestando igualmente que lo hacía por su sentido ético, no creía que aquella misión fuese a servir de algo.

El doctor Rechberg era un hombre callado y discreto, pero que defendía sus principios con uñas y dientes. Para aquel hombre, el que un médico o cualquier otra persona, fuese o no judío, no significaba nada. Solo quería saber si era un buen médico o no. Su relación con el doctor Dukas venía de su cargo como internista del hospital psiquiátrico Steinhof, por lo que prácticamente todos los días se veían para discutir los tratamientos y la situación de los pacientes.

Lo que verdaderamente le preocupaba en aquellos momentos era lo que se estaba publicando en los periódicos de Viena acerca de una próxima ley que estaba estudiando el Reichstag alemán, cuyo título previo era «Ley para la prevención del surgimiento de enfermedades hereditarias», de la que se comentaba que obligaría a la esterilización forzosa de aquellos individuos física o mentalmente impedidos. Según un antiguo colega de Berlín, con el que se carteaba, la ley en estudio pretendía institucionalizar el concepto eugenésico de «vida que no merece la vida» y proporcionar las bases para la esterilización involuntaria de los disminuidos y los enfermos mentales.

Por aquel motivo se encontraba allí, dispuesto a ir a hablar con su antiguo amigo, el doctor Hans Müllenheim, para que le aclarara lo que pretendían con aquella legislación a la que él se oponía en conciencia por muchos motivos. De paso tenía sumo interés en saber cuál era la opinión de los responsables del Colegio de médicos de Berlín, sobre todo lo que estaba pasando en relación con el asunto. Se dirigieron directamente a la sede del colegio oficial de médicos. El secretario, un hombre corpulento y algo amanerado, les comentó que sintiéndolo mucho la junta de gobierno no podría recibirlos, ya que en aquellos días todos

ellos se encontraban de viaje por diferentes motivos. Sin embargo habían designado a dos miembros de número del colegio para que se reunieran con ellos. El secretario les invitó a esperarles en la sala de juntas. Añadió que solo tardarían unos minutos.

El doctor Gerhard Wagner entró en la sala media hora más tarde. Se justificó diciendo que Berlín era una ciudad complicada de recorrer. Explicó que deberían aguardar al doctor Karl Brandt que estaba a punto de llegar. Mientras hablaron del tiempo. El doctor Wagner aseguró que la preciosa primavera de aquel año le tenía impresionado.

Diez minutos más tarde apareció el doctor Brandt. Era un individuo rubio, de cabello ralo y piel muy blanca. Los observó entrecerrando los ojos, con aire frío y lejano, como si tuviera que soportar a aquellos austríacos que estaban ocupando parte de su escaso y valioso tiempo.

Fue el doctor Wagner quien les invitó a exponer sus comentarios. El doctor Rechberg realizó una breve exposición de la preocupación generada en Austria por la aprobación de aquella serie de leyes, ya que en el futuro podrían verse afectados muchos profesionales judíos, sobre todo médicos. A continuación hizo un largo comentario sobre la ley que estaba en estudio por el Reichstag.

En aquel momento el doctor Wagner lo interrumpió. Se le notaba tenso y molesto con aquella interpretación.

—¡Doctor Rechberg! ¡Alemania es un estado soberano que tiene derecho a otorgarse la legislación que le parezca! ¡No entiendo cómo se atreven a venir aquí y ponerla en cuestión! ¡A pesar de ello y dada su condición de colegas les daré nuestro punto de vista! Miren. Si me hablan de esta nueva ley en estudio, les rogaría que pensaran en la última guerra. Aquellos campos de batalla en los que miles de jóvenes soldados alemanes quedaron tendidos víctimas de la guerra por falta de armas o municiones, en definitiva por falta de recursos. ¿Cómo podríamos comparar esas preciosas vidas con las que existen en los centros para deficientes mentales? Conocen muy bien la cantidad de cuidados que requieren y el enorme costo que significan para el Estado. ¿Cómo se pueden dilapidar esos preciados recursos para destinarlos a seres inútiles? ¡Ustedes son médicos! ¡Saben que hay vidas en las que ya no merece la pena gastar un tiempo y unos recursos que podrían salvar otras! ¡Vidas indignas de vivir!

Dukas y Rechberg permanecían tensos y callados a la espera de poder

replicar.

—Ahora bien —prosiguió Wagner que parecía indignado—, si hablamos de la ley para la restauración del servicio civil profesional que excluye a los judíos del servicio gubernamental, y de la ley sobre la admisión a la profesión legal, que prohíbe la admisión de judíos en la profesión de la abogacía, tendré que decirle que esas leyes pretenden garantizar la igualdad de oportunidades para los alemanes. ¡No puede ser que una minoría de menos del uno por ciento de la población, es decir los judíos, se apodere del veinte o del treinta por ciento de los cargos médicos o de los abogados! ¡No me vengan con eso de que son más inteligentes, más estudiosos, o más trabajadores! ¡No es cierto! ¡En todo caso son más astutos! ¡En cuanto a la ley que limita la cantidad de estudiantes judíos en las escuelas públicas alemanas, es una ley lógica! ¡Los judíos tienen el doble de hijos que los alemanes! ¡No pueden pretender que sus hijos copen las escuelas! ¡En todo caso tendrían que ir en el mismo porcentaje!

En aquel momento entró otro miembro del colegio en la sala. Se lo presentó el doctor Wagner. Se trataba del doctor Wolfram Sievers, y tomó asiento frente a ambos, esbozando una sonrisa de superioridad.

Paul Dukas se sentía indignado. Durante los últimos meses había entendido que él podía considerarse lo que fuera, pero que para los austríacos y aún más para los alemanes era otro judío. Nada importaba que viviera en una mansión o que impartiera conferencias, o que asistiera gratuitamente a los enfermos mentales del psiquiátrico de Steinhof. Nada de eso significaba nada, y estaba dándose cuenta de que, si finalmente los alemanes consiguieran ampliar su influencia en Austria, él y otros como él, por ejemplo el famoso doctor Freud, no serían más que judíos luchando por lo que era suyo. Paul no pensaba en los posibles riesgos al hablar de aquella manera entre colegas alemanes, en Berlín.

—Doctor Wagner. No puedo estar más en desacuerdo con usted. ¡Perdone doctor, pero ahora estoy hablando yo! Verá usted. El problema es que ustedes hablan de alemanes y de judíos. Eso no son categorías comparables. Todos ellos en principio son alemanes.

El doctor Wagner negaba con la cabeza e intentó interrumpirlo mientras gesticulaba.

—¡Insisto, permítame exponer mis argumentos! Ahora bien, si un médico francés, o austríaco incluso, quisiera llegar a Alemania para ejercer, estaríamos

hablando de otra cosa, aunque para mi criterio la única categoría se divide en todo caso entre los mejores y los peores. La perversión del lenguaje es comparar lo que no es comparable, y si unos médicos tienen más éxito profesional, en principio, será porque se lo merecen. En cuanto a los cupos para las escuelas y universidades de los niños y jóvenes ciudadanos alemanes de origen judío… ¡es otra manipulación de la realidad! ¡De hecho solo se pretende discriminarlos a ellos! ¡Este ilustre colegio de médicos debería mostrar su disconformidad! ¡Nos debemos al juramento de Hipócrates que por cierto mantenía una filosofía bien distinta!

Mientras Paul Dukas hablaba, Rechberg asentía, pensando que aquel no era el hombre que le habían contado, alguien ensoberbecido que no quería saber nada de su misma gente. Rechberg era un hombre justo. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas, ni en Alemania ni en Austria, donde apreciaba el efecto contagio en aquella historia nacionalsocialista que personalmente encontraba falsa y ridícula.

Sin embargo estaba comprobando con amargura que mucha gente, incluso la mayoría, parecía determinada a seguir a los nazis, unos por acabar con el sentimiento de inferioridad tras la derrota y Versalles, otros por puro despecho, como si quisieran hacer beber el mismo cáliz de amargura a los que seguían considerando sus enemigos, algunos por la sugestión de aquellas paradas, en los que hombres uniformados desfilaban al son de tambores y trompetas, en ocasiones al oscurecer portando antorchas. Tendría que existir una ancestral atracción, algo atávico, incontrolable, que hacía que la gente siguiera al flautista de aquel nuevo reino de Hamelín que Adolf Hitler y sus secuaces estaban creando en Alemania, por el que todas las ratas siguieran al flautista de flequillo rebelde y ridículo bigotito. ¿Dónde habían quedado Kant, Goethe, Humboldt, Beethoven y los demás? No podía entender lo que estaba sucediendo.

En aquel momento el doctor Wolfram Sievers se puso en pie y caminó hacia la chimenea situada al fondo de la sala con las manos en la espalda, reflexionando. Cuando se volvió, Rechberg se dio cuenta de que sus ojos relampagueaban. Aquel hombre estaba alterado, como si le disgustara lo que allí se estaba hablando. Señaló con el dedo índice hacia Paul Dukas.

—¡Voy a hacerle una sola pregunta doctor Dukas! ¡Puede contestarla o no, ya que esto no es un juicio de faltas! ¡Una pregunta que al menos a mí me lo

aclararía todo! Doctor Dukas, ¿es usted judío?

En aquel momento se hizo un absoluto silencio. Se podía escuchar el tic-tac del reloj situado sobre la chimenea de la sala de reuniones.

Paul Dukas tragó saliva mientras recordaba a los judíos de Besarabia, a los judíos vieneses que se cruzaba casi cada día por el centro de Viena, a su padre, el médico de pueblo al que le daba apuro cobrar a la gente pobre sus consultas. También al prestigioso doctor Freud que se encontraba en la élite mundial de la psiquiatría. En aquel momento pensó que había llegado la hora de la verdad. Tenía que elegir entre un camino u otro, aunque era consciente de lo que se estaba jugando. Miró a su compañero de viaje. El doctor Rechberg lo observaba y pensó que no podría defraudarlo.

—Sí, en efecto, señor Sievers, ha acertado usted. Soy judío. Judío de los pies a la cabeza —le negó expresamente a aquel prepotente individuo el honorable título de doctor en medicina. Era evidente que no se lo merecía, y que el mismo Hipócrates lo habría expulsado de aquel ilustre colegio de médicos—. Pero le diré algo. No me va a ofender con sus alusiones. Soy judío por parte de padre y de madre. Judío por centenares y centenares de generaciones. Y ahora, aquí, en respuesta a su malévola y estúpida pregunta, le diré que por primera vez en mi vida me siento orgulloso de serlo. Añadiré una cosa. En mi pasaporte pone «ciudadano austríaco». Eso es lo que soy a efectos administrativos y legales. Por cierto, también soy doctor en medicina y psiquiatría. El número uno de mi promoción. Eso me lo reconoció la prestigiosa facultad de Viena. ¿Le ha quedado claro?

Para el doctor Wolfram Sievers todo estaba ya claro. Otro astuto y malévolo judío con sus demagógicas artimañas.

—¡Por mi parte ya he escuchado bastante! ¡Mi paciencia se ha agotado!

Se dirigió a sus colegas alemanes gesticulando, queriendo mostrarles su profundo malestar por la situación.

—¡Me marcho! ¡No necesito oír ni una palabra más! ¿Qué estamos haciendo aquí escuchando a estos judíos? ¡Adiós!

En aquel momento el doctor Rechberg se levantó y corrió hacia la puerta para evitar que aquel hombre se marchara.

—¡Un momento, Sievers! ¡No tan deprisa que no hemos terminado!

El doctor Rechberg ya le había despojado de cualquier título, incluido el de

señor.

—¡Ahora va a escucharme a mí, igual que yo he tenido la consideración de escucharle a usted!

Paul observaba la escena y veía como el rostro de Sievers enrojecía por instantes:

—Verá, Sievers. Resulta que yo no soy judío, aunque la verdad no me importaría serlo. Mi sangre es cien por cien germana, como les gusta recalcar a ustedes, desciendo de familias bávaras aposentadas ancestralmente en Viena. ¿A mí no me negará el saludo, verdad? Hemos venido hasta aquí, en la preocupación por lo que está sucediendo. No me negará que algo está sucediendo. ¿Verdad? Es obvio que desde que Hitler tomó el poder, en Alemania se está legislando «contra» los judíos. Como si se estuviera buscando un chivo expiatorio, los culpables de la situación económica, social, política. Ellos son para los nacionalsocialistas los agentes causantes de la revolución marxista, y al tiempo lo opuesto, los opresores de las clases obreras por el capital. ¡Una verdadera paradoja! ¿Suena extraño, no? Por supuesto también son los culpables de la degeneración de la raza. ¿A qué degeneración se refieren? ¿A que menos del uno por ciento de la población se convierta en un veinte o un treinta por ciento de los doctores, expertos en leyes, investigadores, artistas y escritores de este culto país? ¿A qué estamos llamando degeneración? ¿A que a algunos profesionales les preocupe que existan tantos individuos capaces de aprobar difíciles exámenes y ocupar plazas reservadas según ustedes solo para los buenos alemanes? Mire usted, señor Sievers. A mí me queda muy claro que eso no es objetividad intelectual. No le negaré que yo también he tenido mis reservas acerca de los judíos, pero ahora, aquí, gracias a gente como usted y sus amigos, acabo de darme cuenta de quién posee la razón en este asunto. Digamos que me han abierto los ojos. Así que agradeciéndoles la aclaración nos despedimos de ustedes. ¿Vamos, doctor Dukas? Estos señores tendrán mucho de qué hablar. Buenos días.

Paul Dukas salió tras el doctor Stefan Rechberg. Mientras descendía por la escalinata del Colegio de médicos tras él, pensó que aquel buen hombre rebosaba dignidad.

Paul Dukas y el doctor Stefan Rechberg tenían los billetes de vuelta para el expreso Berlín-Viena del día siguiente por la noche. Aún les quedaba más de un

día completo en Berlín. Rechberg comentó que deseaba ir a ver a su amigo el doctor Hans Müllenheim, y Paul quería olvidar aquel desagradable incidente, dar una vuelta por el centro, entre otras cosas visitar el nuevo Museo de Pérgamo del que tanto había oído hablar. Se separaron quedando en verse a las ocho en el vestíbulo del hotel para ir a cenar a un restaurante cercano.

Paul se dirigió caminando a la cercana Unter den Linden. Había estudiado la especialidad en psiquiatría en Berlín y conocía bien la ciudad. Recordaba sus aventuras juveniles, cuando las cosas parecían muy diferentes. La realidad se había echado encima con una situación tan negativa y un futuro tan incierto. ¿De dónde habrían salido aquellos nazis?

En general pertenecían a un tipo de personas de baja formación, en situaciones económicas y sociales complejas, que se dejaban influenciar por discursos populistas en los que se buscaban soluciones simplistas y demagógicas a la situación. Para él la violencia formaba parte de la incapacidad intelectiva. No podía existir ningún tipo de razonamiento objetivo cuando la base de partida era pura retórica sin base ni fundamento, como los discursos y mítines de Hitler y sus secuaces. En cuanto a la posición de la sociedad, paradójicamente los alemanes se encontraban cómodos con aquel enfoque, hartos de una democracia débil que no había sido capaz de encontrar respuestas a la situación creada por la derrota, ni por la gran depresión. El autoritarismo del Führer era lo que pretendían como alternativa, y con aquel régimen en el que se quitaban de en medio los problemas. Los socialdemócratas, los marxistas, la oposición, y por supuesto la justificación racial, la raza germana como dueña y señora de Alemania, mientras que los judíos, los gitanos, los eslavos, solo eran invitados que abusaban de sus anfitriones. Para los nazis había llegado el momento de arreglar las cosas, de expulsar a los que estorbaban.

Berlín estaba comenzando a florecer. Aquella gran ciudad que pretendía ser la urbe intelectual y social del norte de Europa. El centro de la nueva cultura que los nazis querían divulgar entre el pueblo. Llegó hasta la plaza de la Opera. En una calle lateral encontró un restaurante y se sentó en la terraza cerrada por cristales. Desde aquel lugar divisaba parte de la plaza. Estaba terminando de comer cuando observó con extrañeza como un grupo de SA comenzaba a apilar libros en el pavimento frente a la opera. No entendía lo que estaban haciendo y lo comentó con el camarero, que se encogió de hombros. Un hombre algo mayor

que él, sentado en una mesa cercana, comentó en voz alta que se trataba de los nazis. Paul sintió una gran curiosidad y le preguntó acerca de aquello. El hombre que también había acabado de comer, se acercó a su mesa sin más y le pidió permiso para sentarse. Paul algo desconcertado asintió y el desconocido se presentó como Albert Johl, ingeniero jubilado. Paul hizo lo mismo, aclarando que residía en Viena y que le había extrañado lo que estaba viendo. Johl aguardó a que el camarero trajera los cafés.

—Intuyo que usted no simpatiza con los nazis. ¿Es así? En tal caso seré sincero con usted. ¡Yo tampoco! Verá —el hombre bajó la voz—, mi esposa es judía. ¿Me comprende?

Paul asintió sorprendido de la confianza que había inspirado en aquel desconocido.

—Se lo explicaré. Está noche van a quemar algunos libros de aquellos autores que según ellos representan lo opuesto a su partido. Se trata de una idea de Goebbels y de Rosenberg. Han convocado a los estudiantes de organizaciones afines, como la llamada liga de los estudiantes nazis, en una campaña cuyo slogan es muy claro: «Reaccionar contra la desvergonzada propaganda de la judeidad mundial contra Alemania». Han conminado a los estudiantes a limpiar sus librerías de los que denominan «libros contagiados por la bacteria del espíritu judío». ¡No se puede imaginar lo importante que es para ellos! ¡Llevan semanas con este asunto, con altavoces por las calles a fin de que la población se deshaga de aquellos libros «contaminados»! Si hubiera leído el «Völkischer Beobachter» de hoy se hubiera enterado de por qué están ahí, apilando libros. Le propongo una cosa. Si vuelve esta noche nos podemos encontrar aquí mismo. ¿Le parece bien a las nueve?

Paul asintió de nuevo. Sentía una gran curiosidad por lo que iba a suceder. Creía conocer Berlín, y le costaba trabajo creer que sus ciudadanos aceptaran algo así. Pensó que aquello iba contra el verdadero espíritu alemán. Se despidió de su nuevo amigo hasta más tarde y se dirigió pensativo hacia su hotel. Cuando llegó Rechberg, le explicó a este los preparativos que había presenciado además de la conversación que había mantenido con Johl, y de mutuo acuerdo tomaron la decisión de acercarse a la Plaza de la Opera a la hora prevista. No les importaba correr riesgos. Ya habían olvidado ir a un buen restaurante. Comieron un plato sencillo a base de salchichas en la cafetería del hotel y a las nueve

caminaron hacia allí. Rechberg le comentó que él no podía creer lo que le estaba contando hasta que lo viera con sus propios ojos.

Tal y como había quedado Paul Dukas encontraron a Albert Johl aguardándole junto al restaurante del mediodía. Le presentó a Rechberg y los tres se dirigieron a la plaza contigua. Allí vieron varios camiones cargados de libros aparcados en una esquina. Desde allí una fila de jóvenes llevaba los libros hacia una gran pila que se estaba formando. En aquel punto alguien los impregnaba con nafta, para que ardieran con facilidad. A las diez apareció un destacamento de SS, y tras ellos otros estudiantes uniformados portando antorchas en sus manos, seguidos por una gran cantidad de personas que manifestaban su entusiasmo chillando consignas. No era algo espontáneo, incluso vieron a una patrulla de bomberos. Después un hombre se acercó al enorme montón de libros y sin más le prendió fuego. Aquello logró que la gente prorrumpiese en gritos y chillidos de entusiasmo, mientras la enorme pira ardiente iluminaba la gran plaza. Unos hombres provistos de altavoces anunciaban quiénes eran los autores de los libros, y los motivos por los que se les había condenado a desaparecer consumidos por las llamas de aquel particular auto de fe. Los primeros en ser quemados fueron los libros de Karl Marx, mientras los jóvenes rugían sus consignas.

—¡Estamos en contra del marxismo y de la lucha de clases! ¡Mueran los escritores y los intelectuales marxistas!

Vieron como un hombre pequeño y delgado subía cojeando a una especie de estrado en el que había un micrófono. Johl les susurró que se trataba de Joseph Goebbels, uno de los cerebros que habían creado aquella quema de libros.

—¡Camaradas! —la meliflua voz del jerarca nazi resonó ampliada por los altavoces dispuestos alrededor de la plaza—, ¡Thomas Mann, Heinrich Mann, Erich Maria Remarque, Bertolt Brecht, Heinrich Heine, Albert Einstein, Sigmund Freud, Jack London, Ernest Hemingway, Sinclair Lewis, muchos otros, merecen que sus obras sean quemadas en esta hoguera que va a purificar a nuestra patria! ¡Por supuesto también estamos tirando al fuego los escritos de Marx, Kautsky y Rosa Luxemburgo! ¡Vamos a depurar el espíritu del pueblo de todos los elementos que se consideran contradictorios con el verdadero espíritu germano! ¡Limpiaremos de los museos las obras de arte judeo-decadente! ¡Jóvenes alemanes! ¡La liga de lucha contra el espíritu no-germano os aguarda!

¡Rechazad los valores marxistas!

Prosiguió condenando apasionadamente las obras de los judíos, pacifistas, extranjeros, liberales, izquierdistas, marxistas, y demócratas, además de todas aquellas que el régimen consideraba como no alemanas y por tanto dañinas para la adecuada educación de las nuevas generaciones germanas. Mientras la atmósfera de la plaza iba subiendo de tono. La multitud cantaba, lanzaba chillidos de apoyo, o mostrando su odio para recalcar las palabras de Goebbels, que terminó su proclama insistiendo en la «limpieza del espíritu alemán», mientras un desfile interminable de jóvenes nazis portando antorchas iba arrojando un libro tras otro a las llamas.

Rechberg y Dukas observaban la dramática escena, absolutamente sobrecogidos. Eran conscientes de que el alma alemana que habían conocido en otra época de su vida había desaparecido. Paul se dio cuenta de que Albert Johl sollozaba de indignación apretando los puños.

Permanecieron en la plaza mientras las llamas consumían los miles de ejemplares, y contemplaron como los bomberos de Berlín apagaban finalmente los rescoldos con sus mangueras y limpiaban la plaza. Johl comentó que otro tanto había sucedido aquella noche en todas las ciudades de Alemania.

# 57. DACHAU
# (CAMPO DE PRISIONEROS DE DACHAU, JUNIO DE 1933)

El 15 de junio de 1933, Markus Gessner fue detenido en Viena. Acababa de volver de París, donde había alquilado un apartamento en la Avenida de la Bourdonnaise, muy cerca del Campo de Marte. Quería enviar allí sus objetos personales, algunos libros y cuadros y su ropa. Por el momento había renunciado a la venta de la casa de Linz y volvió a Viena, donde aquellos días permanecía en el piso de Eva mientras terminaba de hacer una serie de gestiones para poder instalarse definitivamente en París. La mañana del 15 de junio la aprovechó para recoger el visado en la embajada de Francia, que le permitiría residir en aquel país por un plazo indeterminado.

Fue al salir de la embajada cuando lo detuvo la policía. Sin darle ninguna explicación, sin permitirle ponerse en contacto con su hermana, aquella misma noche fue entregado a la Gestapo en la frontera alemana. Markus seguía teniendo pasaporte alemán y por un reciente acuerdo entre los ministerios del interior de ambos países, a petición de cualquiera de ellos, los ciudadanos podían ser deportados por una simple orden judicial.

La Gestapo tampoco le dio ninguna explicación. Cuando la policía del interior austríaca lo entregó, dos agentes uniformados lo introdujeron en un automóvil. Tardaron cerca de siete horas en llegar a un lugar desconocido. Durante el largo trayecto no le dirigieron la palabra. Una vez llegaron a su destino lo obligaron a descender del coche y sin miramientos fue conducido hasta una celda de hormigón situada en un barracón. Le quitaron la corbata, el cinturón y los cordones de los zapatos antes de empujarlo al interior. Markus aún no había salido del tremendo shock que toda aquella situación le estaba produciendo. Había pasado de ser un hombre libre con la ilusión de comenzar una nueva vida a encontrarse en una celda helada y oscura, sin conocer los

motivos que le habían conducido hasta allí.

Un rato más tarde escuchó un extraño sonido, era como si arañaran en la pared. Comprendió que alguien en la celda contigua lo había oído llegar. De improviso a través del conducto de aire le llegó una voz deformada, como de ultratumba.

—Bienvenido a Dachau. ¿Quién eres?

Markus Gessner se sentía totalmente confuso. No podía asimilar lo que le estaba sucediendo. Su detención en plena calle. Conducido de inmediato sin ninguna explicación a la frontera alemana. Entregado sin más a la Gestapo. Trasladado a un lugar llamado Dachau. Hasta aquel momento nadie lo había acusado de nada. No sabía por qué lo habían llevado hasta allí, ni siquiera había oído hablar hasta entonces de Dachau. Sentía nauseas, tenía la boca seca, un fuerte dolor de cabeza, un hombro algo dislocado por la brutal detención cuando intentó resistirse. No había ingerido nada desde por la mañana, ni un mero sorbo de agua, solo un café antes de entrar en la embajada de Francia. La policía austríaca le requisó toda la documentación, su pasaporte con el visado, las llaves del coche, las del piso de Eva que llevaba encima en aquel momento, el dinero en efectivo, un talonario de cheques, el reloj de pulsera, un anillo de oro con un brillante. Le habían cacheado sin miramientos, sin dirigirle la palabra. Intentó resistirse pero le golpearon en la cabeza con una porra de goma. No había perdido el conocimiento pero se sintió mareado. Aún le dolía.

—Soy Markus Gessner. ¿Quién es usted? ¿Qué es Dachau? ¿Dónde estamos?

La voz tardó un rato en contestar, casi inaudible.

—Mi nombre no importa. Llámeme X. Dachau es un campo de prisioneros políticos. También hay algunos judíos… ¿usted es judío? ¿Es político?

—No. Soy alemán, residente en Austria, no tengo nada que ver con la política. Tampoco soy judío —en aquel preciso momento pensó en lo que Eva le había contado sobre Ada Rothman. Pero no podía tratarse de aquello, era un secreto de familia que apenas acababan de averiguar—. No sé por qué estoy aquí. Creo que se trata de una confusión. Pero aún no me han permitido hablar, tampoco me han acusado formalmente de nada.

—¿Formalmente? —el desconocido parecía asombrado de su ingenuidad—. Aquí esa palabra no significa nada. Ni tampoco conceptos como derecho, ley,

culpable o inocente… la única verdad es que lo han traído aquí. Eso es lo que importa. Es como la vida. Uno está vivo, hasta que un día se muere, y deja de ser. Aquí usted ha dejado de ser. ¿Me comprende?

Markus no comprendía nada. Le dolía mucho la garganta. Notaba que necesitaba beber cuanto antes. Pensaba que no sería capaz de aguantar hasta el día siguiente. Intentó orinar. En la oscura penumbra donde empezaba a distinguir algo, encontró una bacina tirada en una esquina. Sin darse cuenta se orinó sobre los pantalones y aquello lo desesperó.

Hubiera golpeado la puerta pero sabía que sería inútil. Hacia unos meses, Carlo le había regalado «El proceso» de Franz Kafka. En la obra, el protagonista, Josef K. era arrestado una mañana por una razón desconocida. Desde aquel instante se adentraba en una larguísima pesadilla para defenderse de algo que desconocía. A él le ocurría lo mismo: alguien tendría que haberlo calumniado, por ese motivo lo habían detenido y se encontraba allí sin ser capaz de entender que estaba sucediendo.

Se sentía agotado. Intentó dormir sin conseguirlo. Un rato más tarde, no sabía si era de día o de noche, la puerta metálica se abrió de repente. Alguien le ordenaba que saliera. Desorientado y confuso, se cubrió el rostro con las dos manos. Entonces recibió un fuerte golpe en el lugar dolorido. Sintió un dolor fortísimo, creyó que iba a desmayarse, y a continuación recibió otra serie de golpes en las piernas. Su agresor le insultaba sin cesar, llamándole lo que le venía en gana: «¡Cerdo comunista! ¡Maricón! ¡Hijo de puta!», mientras seguía golpeándolo con saña. Intentó ponerse en pie hasta que al final, entre una lluvia de golpes, lo consiguió. Le dolía todo el cuerpo. El hombre lo empujó con la porra a lo largo del pasillo. Para entonces Markus estaba totalmente aterrado. Trastabilló y recibió un fuerte golpe en la espalda de su verdugo, que lo condujo hasta una habitación en la que solo había una silla, y le ordenó entre insultos que se quitara toda la ropa y se sentara en ella. Hizo lo que le ordenaba, pero cuando un botón de la camisa se le resistió un instante volvió a golpearle. Cuando estuvo completamente desnudo, el guardián salió y lo dejó solo, sangrando por una brecha en la cabeza y por un corte en la barbilla al golpearse en la celda. Markus no pudo reprimir un sollozo de puro pánico, mientras pensaba que aquello tendría que ser el infierno.

Un rato más tarde entraron dos hombres uniformados. Supo que eran de la

Gestapo. Sin decir una palabra, casi sin mirarlo, uno de ellos le cogió una muñeca y le ató un cable a ella con un fuerte nudo. Después repitió lo mismo con la otra, mientras el segundo hombre observaba. Aterrorizado, al comprender que era inútil apelar a sus sentimientos, permaneció en silencio. Uno de ellos se volvió un instante con el cable en las manos. Sintió una descarga eléctrica, una terrible sensación que lo hizo caer al suelo. Aquello se repitió de nuevo otra vez y otra. Markus babeaba y volvió a orinarse encima. Notaba como el corazón quería salirse de su pecho.

—¡Déjalo ya! ¡Este ya está a punto! ¡Ayúdame a sentarlo! ¡A ver si te lo cargas como al de ayer!

Lo levantaron y aquella vez lo ataron con unas correas de cuero a la silla que estaba clavada al suelo. Uno de ellos se colocó en pie delante de él y aguardó un instante a que reaccionara.

—Markus Gessner, como ciudadano del Reich alemán te encuentras en Dachau por actividades comprobadas en contra del estado. ¿Sabes de lo que te estoy hablando? ¿Estás dispuesto a cooperar o quieres otra sesión? ¿Has hecho comentarios denigrantes en contra del Führer o has conspirado contra él, o contra el Reich? ¡No intentes mentirme hijo de puta! ¡Eres homosexual! ¿Verdad? ¡Creías ser el más listo, pues bien, hasta aquí has llegado!

Markus pensaba que no sería capaz de aguantar un solo golpe más. Asintió. Solo deseaba que se fuesen cuanto antes. Entonces creyó ver a Carlo que se acercaba a él, pero solo fue un instante antes de desmayarse.

# 58. UNA REUNIÓN CON GOERING (BERLÍN, 14 DE JULIO DE 1933)

Stefan Gessner fue llamado a Berlín a principios de julio. El propio Goering lo recibió personalmente para decirle que querían que se incorporase a otras tareas dentro del gobierno y concretamente como uno de sus hombres de confianza. Goering le recordó cómo se habían conocido la noche del putsch, cuando él había resultado herido de gravedad, y la necesidad que tenía de tener cerca a alguien como él, del que se había informado acerca de sus labores en seguridad en el partido. Le explicó que a partir de entonces la seguridad personal del Führer sería responsabilidad de un cuerpo especial de las SS, y que deseaba que se incorporase a la suya, dentro del sistema de inteligencia, como alguien que solo tendría que darle explicaciones directamente a él.

Stefan le agradeció aquella gran muestra de confianza y contestó que estaba a sus órdenes. Goering añadió que miembros de las SS iban a instruirlo en determinados aspectos, y que se le proporcionarían poderes para actuar con gran libertad. Su misión fundamental sería informarle de cualquier circunstancia que pudiera suponer una amenaza potencial para él. Le explicó que en un par de semanas se iba a aprobar un conjunto de legislación de suma importancia para el futuro del Reich. La de mayor importancia sería la ley que proscribiría los partidos políticos en Alemania, con lo que el NSDAP pasaría a ser el único partido legal en el Reich. Goering le dijo que probablemente aquello supondría algún problema de seguridad de los dirigentes. Después le habló de una ley para privar a los extranjeros, a los judíos sin nacionalidad y a los gitanos roma, de la nacionalidad alemana.

—¡A partir de ahora Alemania será para los verdaderos alemanes! ¡Que no le quepa duda de que más adelante se completará esta ley expulsando primero de la vida civil y económica a los judíos del Reich, y luego de Alemania! ¡No los queremos como ciudadanos del Reich! —Goering estaba excitado con la idea—.

¡Pero no nos vamos a quedar aquí! ¡Creemos firmemente en la eugenesia nacionalsocialista, la ciencia cuyo objetivo será el predominio de la raza germana, para crear la raza aria pura! ¡Estamos preparando la ley para la prevención del surgimiento de enfermedades hereditarias! Ello facilitará la esterilización forzosa de determinados individuos física o mentalmente impedidos, e institucionalizará el concepto eugenésico de la «vida que no merece la vida», y nos proporcionará las bases para la esterilización de los disminuidos, los gitanos roma y los «inadaptados sociales» del Reich. ¡La «Ley para la prevención de progenie con enfermedades hereditarias» legalizará la esterilización forzosa de las personas biológicamente inferiores! ¡Solo así podremos garantizar que Alemania estará libre de sangre impura en pocas generaciones!

A pesar de que el segundo hombre del Reich estaba demostrando una gran confianza en él, Stefan sintió un leve escalofrío mientras asentía intentando forzar una sonrisa. Desde que sabía lo de la abuela Ada conciliaba el sueño con dificultades. En aquel momento tomó la decisión de eliminar cualquier rastro de todo ello a cualquier precio.

Cuando salió de la reunión pensó si Goering sospecharía algo o si tendría alguna información que él no supiera. Tal vez hubiera sido una advertencia. Goering era un hombre muy astuto, que en ocasiones decía las cosas a medias. Decidió ir a Viena y terminar de una vez con todo aquello.

# 59. TESTIGOS DE CARGO (TESALÓNICA, AGOSTO DE 1933)

Volver cada verano de vacaciones a Tesalónica se había convertido en una tradición para Jacques y Esther Dukas. A principios de agosto Selma les permitió viajar allí acompañando a los abuelos. Para Rachel era como volver a su casa y para David Goldman, que había vivido allí algunos años, también era una forma de salir de la rutina. Tesalónica no tenía nada que ver con la civilizada y culta Viena, con aquel exótico bazar, sus intrincadas callejuelas, los mulos y los asnos llevando agua, leña, o mercancías por el centro de la ciudad, a pesar de que ya comenzaban a verse algunas camionetas y automóviles. Pero lo que las hacía más diferentes era el mar azul, el ambiente del puerto, las playas. Tesalónica era la puerta de oriente, una ciudad que a pesar del gran incendio seguía viva, y por encima de todo, la única ciudad europea de mayoría judía. Aun con la nueva administración griega, el ambiente de toda la región seguía siendo otomano. Tesalónica proporcionaba a los visitantes una gastronomía muy atractiva y diferente, con su particular mezcla de sabores turcos, hebreos y griegos, y sobre todo la sensación para el que llegaba de viajar en el tiempo, ya que caminar por sus calles era como volver atrás por arte de magia y situarse de nuevo en el siglo XIX.

A pesar de la gran emigración sufrida tras el incendio, en Tesalónica seguían teniendo los Goldman algunos parientes por la familia Safartí y la familia Toledano, además de muchos amigos que esperaban que fueran a visitarlos, en ocasiones acompañados de los nietos.

Naturalmente para ir a casa de los amigos o los parientes, por muy cercanos que fueran, había que anunciarles la visita con antelación. A nadie con sentido común se le hubiese ocurrido presentarse sin avisar con tiempo suficiente, ya se tratase de turcos, griegos, o judíos, con costumbres muy diferentes, pero todos ellos educados en unas rígidas normas sociales aunque apenas quedaban unos centenares de turcos, ya que la mayoría habían decidido marcharse cuando

aquella ciudad se adjudicó inesperadamente a Grecia. De ello se seguían quejando los judíos, que desde siempre se habían llevado bien con la administración otomana, por lo que el tema mantenía fuertes tensiones entre el gobierno de Estambul y el de Atenas.

El único que se atrevía a trasgredir aquel rígido esquema era Stanley. Podía presentarse en el momento más inoportuno, la hora de la siesta en casa de un sefardí o al atardecer en la mansión de un turco. Nadie se lo tomaba muy en serio. Había cumplido ya sesenta y cuatro años, aunque aún seguía moviéndose con cierta agilidad y se mantenía en buena forma, con su apariencia juvenil, la delgada figura y una tez curtida por el sol. A pesar de llevar toda la vida allí, sus ojos azules seguían lagrimeando con la fuerte luz del levante. Formaba ya parte de la historia de aquel lugar.

Sin embargo el SIS aún seguía contando con él, lo que debía ser el secreto mejor guardado de una ciudad en la que sus habitantes creían que no podían existir los secretos. Para todos los habitantes de Tesalónica, el señor Stanley era sólo un profesor inglés algo chiflado que seguía cogiendo pájaros con sus redes, pesándolos, midiéndolos, anillándolos, apuntando todo en una libretita de hule negro, para soltarlos de inmediato. Con aquella afición como coartada recorría la costa y las montañas colindantes con sus prismáticos colgados al cuello, sin más explicaciones, y solo muy de tarde en tarde se reunía con un agente del SIS para entregarle sus informes. Todos los días observaba el mar y bajaba al puerto para tomar nota de los barcos que atracaban y enterarse de los que fondeaban. Su misión era estar al tanto de las novedades e informar a Londres.

Con el tiempo había hecho una buena amistad con los hijos de Selma, que gracias en parte a él hablaban ya un más que aceptable inglés. Jacques acababa de cumplir dieciséis años y Esther catorce, y dada la confianza y amistad que la familia mantenía desde hacía años con el profesor, les permitían acompañarlo en ocasiones a tender las redes y ayudarle en sus investigaciones sobre las aves. La única condición era hablar exclusivamente en inglés. El alemán, el turco, incluso el sefardí que hablaban jugando con su abuela Rachel, estaban prohibidos durante aquellas excursiones. Era algo que les encantaba a los dos, ya que les permitía observar de cerca, incluso tocar a las esquivas aves, que de otra manera sólo podrían ver de lejos y en raras ocasiones, ya que el profesor era un experto ornitólogo.

Aquel fue el motivo por el que cuando, aquel caluroso y seco día de agosto, vieron casualmente al profesor, a lo lejos, dirigirse con su mochila hacia las colinas se les ocurrió ir con él. Le gritaron a su abuela que se iban con el señor Stanley, ella se encogió de hombros mientras metía algo en el horno. Fueron tras él, pero el hombre caminaba con rapidez y les llevaba bastante delantera. Entonces Jacques decidió que le seguirían aunque manteniendo las distancias, intentando que el profesor no les viera. Caminaron un largo rato bajo el sol subiendo la ladera. Hacía mucho calor y Esther se quejó de sed. Cuando cruzaron un transparente arroyo ambos bebieron hasta saciarse.

Un largo rato más tarde el profesor se detuvo en un cruce de caminos. Para ellos todo aquello resultaba muy emocionante y más el hecho de intentar mantenerse ocultos. El profesor se sentó a la sombra de unas cañas junto a una acequia por la que corría agua. Las avispas zumbaban a su alrededor, y una libélula azul los sobrevoló en varias ocasiones, como si quisiera delatarlos. Ambos contenían la respiración intentando no dejarse ver. Se encontraban a treinta o cuarenta metros tendidos en el suelo, jugando al ancestral juego de ver sin ser descubiertos.

Vieron llegar a un hombre en una motocicleta y como el señor Stanley se levantaba. De improviso el recién llegado extrajo algo de una de las carteras de cuero que llevaba en la motocicleta, se volvió y sin más disparó tres veces hacia el señor Stanley que se desplomó como un saco. No podían creer lo que estaban contemplando. Esther reprimió a duras penas un chillido. El hombre intuyó algo, porque miró hacia donde se encontraban, pero no debió ver nada sospechoso. Se agachó y cogió la mochila del profesor. Volvió a subir a la motocicleta, aceleró y desapareció entre una nube de polvo por donde había venido.

Anonadados por lo que acababan de presenciar, Jacques y Esther aguardaron unos instantes. El muchacho susurró a su hermana que no se moviera y se acercó corriendo hacia el cuerpo tendido en el polvo del camino. Los inmóviles ojos abiertos del señor Stanley parecían mirar el cielo azul, mientras un hilillo de sangre salía de su boca. Aquel hombre estaba muerto. Jacques, muy asustado, no sabía qué hacer. No quería dejar el cuerpo en medio del camino, así que tomó la decisión de arrastrarlo hacia las cañas. Llamó a Esther para que lo ayudara y ella, aterrorizada, hizo lo que le ordenó. Entre los dos consiguieron dejarlo a un lado del camino protegido por el cañaveral, cubrieron su rostro con un pañuelo de

Esther y luego corrieron hacia Tesalónica.

Cuando llegaron se encontraron en la puerta con su abuelo. Intentaron explicarle lo sucedido sin conseguir que les entendiera, hasta que salió Rachel alarmada y le pidió a su nieto que hablase despacio.

—¡Nos estáis diciendo que han asesinado al señor Stanley! ¿Quién querría matar a ese buen hombre? ¡Tendremos que avisar a la policía! ¿Estáis seguros de que estaba muerto?

Volvieron al lugar del crimen acompañados de varios vecinos, además de un municipal griego que parecía dudar de la historia. Pero allí estaba el cadáver del señor Stanley tal y como Jacques y Esther habían contado. Era algo inexplicable. Nadie podía entender quién habría querido asesinar de aquella manera al profesor.

Tres días más tarde, un campesino llamado Angelos Karagounis fue a la policía y dijo que había encontrado la motocicleta entre las cañas unos kilómetros hacia el este, cerca de la costa. También la mochila del profesor Stanley tirada muy cerca de allí. La habían abierto y prácticamente estaba destrozada, sin embargo, en un doble fondo, bien oculto, encontraron un carnet que el asesino había pasado por alto, y que demostraba la pertenencia al SIS de Stanley. Al registrar el domicilio hallaron una emisora de onda corta escondida en un falso muro, además de un revólver, documentación incriminatoria y varias pruebas. Una gran sorpresa para todos que el pacífico profesor John Stanley fuese en realidad un espía británico. Para entonces la investigación había adelantado y la policía griega creía que el responsable del crimen era un ciudadano alemán de nombre Karl Gottfried, que había llegado a Tesalónica procedente de Turquía tres días antes. Lo que la policía se reservó fue que Gottfried pertenecía a las Schutzstaffel, conocidas como SS, concretamente al cuerpo de inteligencia y seguridad, SD o Sicherheitsdienst, dirigido por Heinrich Himmler. Ante la evidencia, el ministerio del interior griego presentó una discreta nota de protesta ante la embajada de Alemania en Atenas. Ambas partes decidieron que, al no ser Stanley ciudadano griego, no era preciso proseguir con el caso, por lo que se procedió al archivo de la investigación.

La familia Goldman y sus nietos volvieron a Viena una semana más tarde. Jacques Dukas no dejaba de darle vueltas a la cabeza a lo que había presenciado, y Esther tuvo insomnio durante varios meses. Una dura experiencia personal

para ambos. David Goldman estaba siguiendo muy de cerca los acontecimientos en Alemania, se sentía indignado por la actuación de los nazis, y en prevención de lo que intuía se mantenía en contacto con sus primos Goldman de Nueva York por carta. En la última que acababa de recibir le explicaban que el Congreso Judío Americano había proclamado el boicot total a la Alemania nazi por sus continuos ataques en contra de los judíos alemanes, pero añadían que los americanos no estaban por la labor de implicarse en nada más. Ni siquiera habían suavizado la emigración a los judíos desde Alemania.

Esther Dukas era una preciosa y curiosa joven con catorce años recién cumplidos, que acababa de pasar de la niñez a la adolescencia. No podía entender por qué habrían asesinado de una manera tan cruel a un hombre tan pacífico y bondadoso. Le preguntó un día a su abuelo sobre lo sucedido. David, que había hablado con un amigo suyo del ministerio del interior austríaco sobre lo sucedido, le explicó a su nieta que en muchas ocasiones las cosas no eran lo que parecían ser, y que el profesor no era tal, sino alguien que arriesgó su vida por las ideas en las que creía, y que al final había muerto por ellas.

—¡Pero que te quede muy clara una cosa! ¡El señor Stanley estaba en el lado del bien, mientras sus asesinos representan al mal! ¡No te quepa la menor duda de que antes o después recibirán su castigo!

# 60. EL ACUERDO
# (LINZ, DACHAU Y VIENA, SEPTIEMBRE DE 1933)

Clara Bloch-Bauer, prima hermana de Rebeca Bloch-Bauer, amiga de Eva Gessner, desde el colegio, vivía en el piso principal de un lujoso edificio neoclásico haciendo esquina, en el Ring, exactamente junto a la embajada de Francia. Su hermano Jacques, soltero como ella, le contó un día que había podido ver como unos hombres detenían a un caballero que acababa de abandonar la embajada y que le resultó conocido. Pudo observar cómo, con cierta violencia, lo introducían en un coche con matrícula alemana, que pudo leer sin problemas y de la que tomó nota. Tiempo después, por algún motivo, pensó que aquel hombre le recordaba a Markus Gessner, al que conocía de alguna fiesta. Fue entonces cuando se lo contó a su hermana Clara, quien de inmediato llamó a Rebeca, ya que sabía la relación que unía a su prima con Eva Gessner.

No era el primer caso en Viena. Varios empresarios, políticos, residentes extranjeros, incluso algún periodista que se mostraba agresivo con el nuevo gobierno del Reich alemán, habían sufrido la misma suerte. La policía austríaca se encogía de hombros, como si tuvieran algún extraño pacto con los secuestradores, que no eran otros que las SS alemanas, actuando con total impunidad en todo el país, utilizando la embajada del Reich en Viena como cuartel general para sus correrías.

Todo ello era «vox populi» en la ciudad, aunque a nadie se le ocurriese mencionarlo, y mucho menos denunciarlo, por temor a las represalias. Algunos policías que protestaron ante sus jefes fueron inmediatamente trasladados o amenazados.

Cuando Rebeca Bloch-Bauer se lo contó a Eva Gessner, esta supo que sus intuiciones eran ciertas, y que, a pesar de que le costara creerlo, tenía que deducir que, de alguna manera, Stefan y Joachim podrían encontrarse tras el

secuestro y la desaparición de su hermano. Unos días antes Markus le había explicado que Stefan había ido a verle a Linz para hacerle una oferta por el palacete. Entonces le aseguró que al final tendría que aceptarla, pues tras lo sucedido a Carlo deseaba marcharse de allí cuanto antes. Le había confesado que le había cogido miedo a aquella ciudad.

Eva intentó ponerse en contacto con ambos en varias ocasiones sin conseguirlo. A pesar de su cargo en la embajada, Joachim se pasaba más tiempo en Berlín que en Viena. En cuanto a Stefan, su propia actividad en seguridad impedía ponerse en contacto con él.

Unos días después Stefan la llamó por teléfono. Le dijo que quería hablar con ella acerca de los documentos de Ada Rothman. Eva aceptó sin mencionar la información sobre el secuestro de Markus. No quería que Stefan sospechara nada hasta que lo tuviera enfrente, y quedaron para verse en su piso tres días más tarde.

Eva ya no tenía la menor duda de que sus hermanos podrían estar implicados en el secuestro de Markus, pero no podría comprender aquella absoluta perversión. Una mezcla de fanatismo político, ambición por progresar en el partido nazi, codicia y maldad. Todo aquello la hizo pensar que tal vez ella tampoco estuviese segura, después de haberles amenazado con divulgar el secreto de familia. Para ambos podría significar una verdadera catástrofe, ya que si aquella información llegara a conocimiento del partido sus respectivas carreras políticas peligrarían.

Decidió que ante una situación tan compleja necesitaba consejo, y habló de todo ello con Andreas Neuer, al que tenía por alguien de su confianza. Su amigo la escuchó con atención, mientras ella hacía un resumen de todo lo sucedido. Andreas estaba informado de la desaparición de Markus, y tenía la convicción de que detrás se encontraban los nazis, con la complicidad de altos cargos pro-nazis de la policía austríaca.

—Eva. Después de lo que me has contado, es más que evidente que el asesinato del compañero de Markus en Linz no fue un incidente entre borrachos. La desaparición de tu hermano lo confirma, aunque tengo la intuición de que tiene que haber algo más. Por ejemplo lo de la oferta de compra del palacete de su propiedad en esa ciudad. Debes saber que Adolf Hitler vivió en Leonding, junto a Linz, durante su niñez y parte de su juventud, y según se dice tiene una

especie de fijación por esa ciudad, por lo que el interesado en adquirir uno de los palacetes más representativos de la ciudad podría ser él. Me dices que tu hermano Stefan pertenece al partido nazi y que le hizo llegar a Markus una oferta por esa propiedad. También que hablaste con Stefan y con Joachim acerca de lo que me contaste de vuestra herencia judía. Eso no es baladí. Creo que te has puesto en riesgo, ya que para ambos significa una gran amenaza, y más si, como me estas contando, tienes las pruebas documentales a buen recaudo en una caja fuerte en el banco.

Andreas era un hombre pragmático y resolutivo, acostumbrado a resolver asuntos complejos, bien según la ley o por cualquier otro medio.

—Mira Eva, lo importante ahora es saber si ellos están implicados en la detención y desaparición de Markus. Como tú, estoy convencido de que sigue con vida. No creo que lo hayan asesinado, al menos mientras no haya firmado las escrituras de venta de la propiedad en Linz. Esta puede ser una demostración de hasta dónde están dispuestos a llegar. Quieren demostrar que dentro o fuera del Reich nadie puede interponerse en sus fines. Ahora bien, si estamos acertados nos estamos jugando la vida de Markus. En tu poder tienes dos bazas muy importantes, pues bien, yo negociaría su libertad con ellas. Nada vale lo que la vida de un ser querido. Diles que cuando Markus se encuentre a salvo aquí en Viena les entregarás los documentos que demuestran su herencia judía, y firmarás un documento irrevocable como apoderada de tu hermano Markus para la venta del palacete.

Eva aceptó el consejo de Andreas Neuer. Para ella lo importante era conseguir que Markus apareciera sano y salvo. El precio era lo de menos.

Stefan había llegado a Viena en el expreso de Berlín y se presentó en el piso de Eva, que lo recibió fríamente sin apenas mirarlo a la cara. Para ella, ni Stefan ni Joachim tenían ya la consideración de hermanos. Stefan comenzó dando un rodeo y tuvo que ser ella la que centrara la cuestión, intentando controlar su indignación y su desprecio.

—¡Stefan, puedo asegurarte que si le ocurre algo a Markus os arrepentiréis! ¡Cuando él esté aquí, conmigo, os entregaré los documentos originales de la abuela, y también se firmará el contrato de venta de la casa de Linz! ¡Pero después de eso, olvidadme para siempre! ¡Siento verdadera repugnancia de teneros como hermanos! ¡No! ¡No digas nada! ¡Solo asegúrate de que Markus

esté aquí cuanto antes, si no deseáis que se sepa lo de Ada Rothman! ¡Ah! ¡Como os creo capaces de cualquier cosa, no creáis que si me ocurre algo este asunto habrá terminado! ¡Alguien de mi confianza se encargará de ponerlo en primera plana! ¿Entendido? ¡No hace falta que digas nada más! ¡Ya puedes irte por dónde has venido!

Al comprobar el terrible enfado de su hermana Eva, Stefan comprendió que era mejor marcharse. Después de todo con aquel forzado acuerdo iban a conseguir lo que pretendían. Los documentos y la venta del palacete. Era más que suficiente. Negó con la cabeza y salió del piso sin decir una sola palabra.

Tuvo que hablar con Goering para conseguir un documento que le permitiese acceder al campo de Dachau y liberar a Markus. Goering conocía el interés del Führer por el palacete de Linz, y no solo le firmó el documento, si no que puso un telegrama cifrado al director del campo para asegurarse de que no le ocurriera nada al prisionero Markus Gessner. Al día siguiente ya oscurecido, Stefan llegó a Dachau. Lo recibió en la misma puerta el director del campo, Theodor Eicke, que lo acompañó a su despacho. Stefan lo notó preocupado, sudoroso y tartamudeando. Intuyó que ocurría algo, pero pensó que si él estuviese en su puesto no le gustaría que uno de los prisioneros pudiera salir de allí y contar lo que había vivido en aquel lugar.

El director Eicke, resopló antes de hablar. Parecía verdaderamente desconsolado.

—Mire, herr Gessner. Sé quién es usted y sus encomiables servicios al partido. También que goza usted de la confianza del presidente del Reichstag. En estos momentos están preparando al prisionero para que pueda llevárselo. Verá. Hemos tenido un pequeño problema. Cuando el prisionero llegó a Dachau solo tenía un ojo. No sé cómo habrá podido suceder, pero creemos que también ha perdido el otro. ¡Un lastimoso accidente durante un interrogatorio! ¡Nadie nos advirtió de que se trataba de su hermano!

A pesar de que en aquel momento sintió algo dentro de él, un recuerdo lejano de cuando aún eran una familia, Stefan negó con la cabeza. Lo único que quería era poder devolvérselo a Eva y terminar con el asunto. Sabía por experiencia que su hermana no hablaba en vano y no deseaba tener problemas. Si aquello salía a la luz se estaría jugando la carrera, un escándalo que podría acabar con algo más que su expulsión del partido. Todo el mundo pensaría que lo habrían ocultado.

—Lo comprendo, director Eicke. ¡No se preocupe! ¡Un accidente fortuito! ¡Sí, es cierto, se trata de mi hermano, pero él se lo ha buscado!

Media hora más tarde Markus entró en la sala donde le aguardaba Stefan. Llevaba los ojos vendados y le acompañaba uno de los guardianes. Habían tenido que coserle el traje, ya que al entrar en el campo se lo habían destrozado para quitárselo, en un intento más por humillar a los presos que llegaban. Tenía varios golpes en el rostro, la nariz rota, llevaba un brazo en cabestrillo y arrastraba una pierna. Estaba mucho más delgado que la última vez que lo había visto. Markus no dijo ni una palabra, entonces él se acercó, y en silencio lo cogió del brazo y se dirigió a la puerta. Markus se detuvo un momento antes de hablar.

—Stefan. ¿Ahora vienes a sacarme de aquí? ¿No sientes vergüenza?

Stefan no contestó. Cogiéndolo del brazo lo llevó hasta el coche que aguardaba en la puerta principal. Lo ayudó a subir y se dirigió al conductor.

—Llévenos a la frontera austríaca. Nos dirigimos a Viena. Ya le indicaré adónde.

Tres horas y media más tarde, sin haber abierto la boca, cruzaban la frontera con Austria por Salzburgo. Desde allí, por Linz, se dirigirían a Viena. Solo se detuvieron en una gasolinera. Markus no había vuelto a dirigirle la palabra, y él tampoco tenía nada que decirle. Podía intuir lo que estaría pasando por la cabeza de su hermano mellizo. Markus nunca le perdonaría aquello, ni mucho menos la muerte de Carlo. Se encogió de hombros. Ahora Eva tendría que cumplir con su parte del pacto. En cuanto a lo del ojo de Markus, como muy bien había dicho el director Eicke, solo había sido un accidente. Meditó que tal vez fuese mejor así. No habría soportado la mirada acusatoria de su hermano.

Unos días más tarde Eva hizo llegar a la embajada del Reich en Viena un sobre sellado a nombre de Joachim Gessner conteniendo los documentos originales de la herencia Rothman así como las copias notariales que ella había guardado. Al día siguiente, 30 de septiembre, el propio Markus firmó ante notario la venta del palacete en Linz a favor de una sociedad alemana, representada por el secretario de la embajada que mostró sus poderes al notario, quien sabía de qué iba el asunto y lo único que deseaba era terminar cuanto antes. Se trataba de una sociedad cuyo capital era cien por cien del NSDAP. El primero de octubre, Markus llegó acompañado de su hermana Eva hasta el tren, subió a su departamento en el expreso con destino Zúrich. Markus Gessner había

decidido marcharse de Austria para no volver jamás.

# 61. UNA REUNIÓN ACLARATORIA (VIENA, ENERO DE 1934)

A primeros de 1934, David Goldman estaba profundamente preocupado, sabiendo que, como tantas otras veces, su esposa Rachel tenía razón en sus pronósticos. La situación a lo largo del año anterior en Alemania, en relación con los judíos, le había convencido de que lo mejor sería estar prevenido. Hitler no ocultaba su ambición de incorporar Austria al Reich en cuanto la situación internacional se lo permitiera, y todos sabían que algo así sería catastrófico para los judíos austríacos. Tras muchas dudas y negativas por parte de unos y otros, varios de los más importantes empresarios y profesionales judíos de Viena habían aceptado reunirse en su casa para cambiar impresiones sobre todo ello. Incluso el doctor Freud, que aceptó a última hora, ya que se mostraba remiso, como si tuviese la convicción de que ni a él ni a su familia los nazis se atreverían a tocarlos.

El 15 de enero, a las cuatro de la tarde, comenzaron a llegar los invitados a la reunión. El propio David se encargó de recibirlos y de hacerlos pasar a la biblioteca. Los primeros que llegaron, aunque por separado, pues todos sabían que no se hablaban, fueron el doctor Sigmund Freud y un minuto después el doctor Alfred Adler, acompañado del joven doctor Víctor Frankl. También Paul Dukas, a fin de cuenta el padre de sus nietos, con el que seguía manteniendo una cordial relación. Después fueron llegando el músico Arnold Schönberg, el escritor Stefan Zweig, Karl Kraus, Elías Canetti, Joseph Roth, y Hermann Broch. A continuación un grupo de empresarios propietarios de grandes almacenes, entre ellos los hermanos Salomón y Moses Goldman. Finalmente los filósofos Martín Buber, Karl Popper y Hans Eisler, que llegaron juntos discutiendo de algo. Se trataba de un grupo heterogéneo de personas con diferentes intereses y circunstancias. La única relación era que todos pertenecían, quisieran o no, a la comunidad judía de Viena.

El profesor David Goldman era un hombre conocido y respetado en los

ambientes culturales de la ciudad. Él siempre decía que no creía tener enemigos. No le gustaba ser el protagonista de nada, pero la situación le había obligado a ser él quien reuniera a los más importantes pensadores, médicos y hombres de la empresa y la cultura.

Tras servir el café, todos permanecieron silenciosos y expectantes cuando se puso en pie. El sol poniente entraba a raudales por los dos balcones al oeste en una extraña tarde de enero en Viena. David comenzó su exposición:

—Queridos amigos. Nos hemos citado esta tarde para cambiar impresiones. Saben lo que nos une. Todos somos judíos, y eso se está convirtiendo en una marca que nos señala frente a los demás. Expondré mi criterio para que cada uno aporte después lo que crea conveniente. Naturalmente algunos disentirán de él. Verán. Los nazis antes o después llegaran aquí. Mi opinión es que no van a tardar mucho, y que para entonces ya será tarde. Como sabemos bien su Führer es austríaco y tiene querencia por esta tierra. Lo ha dicho ya en su libro «Mi lucha». Austria deberá formar parte indisoluble del Reich alemán. Eso significa que las leyes que están aprobando ahora en Alemania terminaran por llegar aquí. No tengo la menor duda de que eso sucederá. De hecho ustedes saben cómo yo que muchos políticos austríacos, funcionarios, incluyendo policía, jueces, profesionales de todas las ramas están tomando posiciones. Muchos ya no se cortan cuando aseveran en público que sería lo mejor que le podría pasar a Austria. A fin de cuentas el imperio austrohúngaro pasó a mejor vida. Checoslovaquia, Hungría, Serbia, Croacia, Montenegro, todos los Balcanes, parte de Polonia, tienen hoy día vida propia. Les diré que durante estos años llegué a pensar que era lo mejor que nos podría haber sucedido. Aquel puzzle era ingobernable y no proporcionaba más que quebraderos de cabeza. Ahora el imprevisible destino ha colocado a ese Adolf Hitler como canciller de Alemania.

»En esta reunión posiblemente tenemos con nosotros algunos de los mejores psiquiatras europeos. Ellos nos darán su opinión acerca de la estabilidad mental de ese individuo, que ya ha señalado a los judíos alemanes como cabezas de turco culpables de todos los males de Alemania. En un año ha boicoteado los almacenes y tiendas judías, y ha proclamado la ascendencia aria como indispensable para pertenecer a su organización. Eso quiere decir que excluye a los demás. Ni siquiera los ajedrecistas judíos pueden participar en los torneos. ¡Es evidente que no desean que les ganen! Está creando un sistema en el que la

eugenesia, como él la entiende en su concepto racista fanático, nos colocará en una situación límite. Ya sabéis que los artistas judíos han sido excluidos de los museos, de las exposiciones, incluso de las galerías, y que ningún marchante alemán se atreve a exponer sus obras. Los judíos del Reich no pueden poseer tierras, no pueden ni siquiera montar a caballo, no pueden editar periódicos ni libros para la venta. Y eso va a seguir, no se va a quedar aquí. Les impedirán trabajar, los expulsarán de todos los colegios profesionales. De eso el doctor Dukas podrá hablarles, por su experiencia personal hace poco en Berlín. Los privarán de los seguros de vida y de salud. Las propiedades judías serán expropiadas, embargadas y subastadas a bajo precio. No podrán acceder a los restaurantes, ni a las piscinas públicas, ni a los cines, a ningún acto público. Por supuesto se acabaran los teatros judíos. Se prescribirá el yiddish. No tengo la menor duda de que más adelante demolerán las sinagogas, y quemarán los libros sagrados. Los jóvenes judíos no podrán acceder al servicio militar. No podrán casarse con alemanas, y si lo están deberán separarse de inmediato. Por cierto, me consta que más de un rabino ortodoxo se ha alegrado de ello. No podrán mantener relaciones sexuales con mujeres que no sean judías. Tendré que personalizar. Nos impedirán la entrada en algunas ciudades. Luego nos conducirán a guetos. Algunas de esas cosas ya han ocurrido antes en la historia, no nos coge de nuevas. Después nos deportarán. ¿Adónde? Alguien ha hablado de Madagascar, otros de Siberia, otros de Uganda. Lo cierto es que puestos a elegir, muchos si pudieran, se irían a Nueva York o a Florida. Algunos a Palestina. Mi hija Selma, sionista convencida, intenta que nos vayamos allí.

»Os confesaré que he tenido pesadillas en las que esos nazis nos perseguían para liquidarnos físicamente. Sabéis que me dedico a la investigación. En España ya nos ocurrió algo semejante en 1391, un terrible pogromo de judíos, un siglo antes de que Fernando, el rey católico, y doña Isabel nos expulsaran definitivamente. No creáis que en Austria podemos estar tranquilos, porque cualquier día, en un año, tal vez dos o tres, los tendremos aquí. Y entonces, ese día, será tarde.

Arnold Schönberg levantó la mano. Un intelectual sensible y curioso, que nunca estaba conforme con la mediocridad.

—Mi querido David. No solo estoy de acuerdo, si no que me voy a ir en cuanto pueda a los Estados Unidos. Estoy liquidando mis asuntos aquí. Me gusta

Viena, pero esta Viena, no la que nos impondrán los nazis. También estoy de acuerdo en que ya hay muchos simpatizantes nazis en Austria. Creo que te quedas corto. Los nazis intentarán acabar con nosotros, con todos los judíos que queden dentro del Reich… y lo que me abruma es que nadie hará nada hasta que sea demasiado tarde.

Karl Popper interrumpió a Schönberg al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Querido Arnold! ¡David Goldman y usted son demasiado pesimistas! ¡Europa no permitirá que suceda lo que están diciendo! ¡Jamás! ¡Ya no estamos en la Edad Media! ¡Me recuerdan a mi amigo Ludwig Wittgenstein! ¡Ustedes están escribiendo una historia que aún no ha sucedido! Él siempre me decía: «Mi obra se compone de dos partes, la que aquí aparece, y todo aquello que no he escrito». ¡Todo eso no sucederá! ¡Los alemanes no lo permitirían jamás! ¡Son un pueblo culto con sentido ético! ¿Pero es que no se dan cuenta de que estamos en pleno siglo veinte? ¿Y Kant? ¿Y Goethe? ¿Y todos lo demás? ¿Es que habrán pasado en balde? ¡No! ¡No me convencen sus pesimistas argumentos!

Paul Dukas se puso en pie. Se le veía tenso y nervioso. Señaló a Popper con el índice.

—¡Perdone Karl, pero creo que está usted equivocado! Estuve hace poco en Berlín. Al igual que Popper creía en el sentido ético del pueblo alemán. Fuimos hasta allí para ver que pensaban en el Colegio de médicos sobre la legislación que están aprobando los nazis. Creía en el sentido deontológico de nuestros colegas alemanes. ¿Iban a aceptar lo que estaba sucediendo sin la menor protesta, y que las cosas sucedieran a golpe de decreto? ¡Pues sí! ¡Los profesionales alemanes en su mayoría, salvo honrosas excepciones, no solo están de acuerdo con la tesis de Hitler, sino que las aplauden! ¡Me resultó increíble comprobarlo! ¡No podía creerlo! Miren. Intentaré explicarlo con una analogía médica. El nacionalismo racista y excluyente de los nazis es como un peligroso bacilo que causa una infección en un organismo sano… ¡sano hasta cierto punto! ¡Alemania está enferma desde que el militarismo, el relativismo económico, las tesis del Conde de Gobineau, con su racismo biológico en el que considera a la raza aria como superior, se impusieron! ¿Han tenido ocasión de leer su «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas» en donde afirma que la raza de los germanos es la única raza pura que procede de la raza superior de los arios? ¡Sobre estos conceptos «científicos» se apoya el nazismo para construir los

alineamientos jurídicos de su política racial! Allí la eugenesia se está convirtiendo en política de estado. Cuando hace un año Hitler llegó al gobierno con su doctrina racista y antisemita, lo logró con el apoyo de las masas. ¡Pero no se engañen! ¡No se trata de la locura de un individuo, sino del despertar de los sentimientos más primarios! ¡Hitler está consiguiendo hacer resurgir lo primitivo, lo elemental, que sigue ahí debajo, hibernando, oculto tras la apariencia de cultura y civilización! ¡Lo que David Goldman ha expuesto sucederá! ¡Peor aún! ¡Nadie puede saber hasta dónde llegará esa gente! ¡Para ellos, los judíos somos los principales causantes de todos los males! ¿Se han parado a pensar en la compleja personalidad de quien se encuentra al frente de esa política?

—¡Yo sí lo he hecho! —El doctor Freud replicó a la pregunta retórica de Paul Dukas. Freud permanecía sentado pero deseaba exponer su opinión—. Verán. Me gustaría analizar las cosas desde el punto de vista científico. Les confesaré que desde que comenzó este asunto de los nazis, me sentí profundamente intrigado por la personalidad de su líder. En los últimos años he indagado en Linz, en Leonding, incluso aquí en Viena. Allí conozco gente, y he podido averiguar algunas cosas interesantes sobre ese Adolf Hitler. Permítanme que les dé algunos detalles. Sé que nació en Braunau en 1889, hijo de un gris funcionario de aduanas que por algún extraño motivo cambió su apellido Schicklgruber por el de Hitler, y que tras otros dos enlaces, contrajo matrimonio con una tal Klara Pölzl, de la que era primo segundo. De este matrimonio nacieron varios hijos, uno de ellos Adolf. A través de alguien que se puso en contacto conmigo, muy cercano a esa familia, pude saber que su padre tenía un carácter dominante y violento, en cuanto a su madre, estaba sometida a la tiranía de su marido. Aun ahora, con su madre fallecida hace años, para mi es evidente que lo sigue dominando el complejo de Edipo. Mi criterio como psiquiatra es que se trata de un paranoico. Su personalidad se fundamenta en su creencia de que ha sido designado por la providencia para redimir a Alemania. Se considera a sí mismo el mesías alemán, portador de los ideales y esperanzas del pueblo alemán, lo que para él implica un carácter sagrado a su misión. Eso significa que no necesita escuchar a nadie, por lo que gobierna sin sus ministros, ya que, como es natural, a un enviado de la providencia nadie puede corregirlo. Si hablamos de su ética, creo que ese individuo no tiene sentido moral, es egoísta,

probablemente tiene perversiones sexuales, y como está demostrando es sumamente cruel, capaz de matar por sus ideas y por el poder. No es un hombre culto con sentido de la historia, solo ha cogido algo de aquí y de allá, por lo que no posee referencias sólidas, ni tampoco las necesita. Es vulgar aunque cree ser educado, es tímido y se refugia tras su tupé y su bigote. Su yo es débil, exhibe una seguridad que no posee en realidad, que lo lleva constantemente a la necesidad de autoafirmación y superioridad. Necesita ser el centro de todo y gozar de prestigio. Sus vecinos recuerdan que fue incapaz de ingresar en la carrera de arquitectura, lo que le provocó un fuerte resentimiento, un profundo afán de vengarse de los demás. Ya saben. ¡Me las pagarán! Su antisemitismo debe provenir de una serie de experiencias juveniles en las que creyó encontrar al enemigo de Alemania. Entre otros debió leer a Henry Ford, y su libro «El judío internacional» le entusiasmaría. Existe algo personal en todo este asunto. Tuvo que tener relación con algún judío, es posible que crea tener algún judío entre sus ancestros. Todo el asunto es demasiado visceral como para que se trate de algo reflexivo. He leído con suma atención su libro «Mi Lucha», una obra autobiográfica impregnada de antisemitismo, en la que trata de las ideas y tesis del pangermanismo y de la selección racial. Asegura que la solución es el extermino de las razas que considera inferiores o infrahumanas. Por cierto, se comprueba en esa obra su bajo nivel intelectual, que no estudió lo que sus profesores le enseñaron. La pregunta es: ¿Cómo alguien con ese perfil ha conseguido llegar a ser el hombre más poderoso de Alemania? ¿Cómo puede engañar a tanta gente durante tanto tiempo? ¿Hasta cuándo podrá mantener esa farsa en la que ha aniquilado a la oposición? Alguien que no acepta que nadie le critique, que no sabe lo que es la democracia, o mejor dicho, que no quiere que nadie pueda examinarlo o preguntarle nada, ya que su mayor temor es que alguien pueda plantearle algo y ponerlo en un brete. ¡Nadie podrá examinarlo nunca más! Bien, les haré mi resumen: Se trata de una personalidad psicótica. Hay indicios de trauma psíquico. Hitler ha hallado en el militarismo, el nacionalismo y en el criterio de que la raza germana es la raza elegida, su verdadero rol. He podido ver algunos documentales en los cines, y he estudiado su forma de mirar, lo que llaman su «mirada de águila», también he analizado su discurso. La conclusión clínica es que Hitler es claramente un psicópata con tendencias obsesivas, histriónicas, narcisistas y paranoides, aunque

perfectamente consciente de sus actos, que probablemente sumirá a Europa en el caos. Esta es mi opinión clínica al día de hoy.

Los presentes permanecieron en silencio unos instantes. Freud había realizado un magistral dictamen. Paul Dukas asentía con la cabeza. La conclusión era demoledora.

David Goldman tomó la palabra de nuevo.

—Bueno, quiero agradecer al doctor Freud su brillante análisis médico. Eso solo refrenda lo que todos pensábamos. Estamos a merced de una personalidad perversa que tiene a Alemania a su merced, y que por tanto terminará por afectarnos a todos.

El joven doctor Víctor Frankl carraspeó. Estaba sentado junto a Alfred Adler, del que se consideraba su discípulo. A pesar de su juventud también deseaba dar su opinión. David hizo un gesto con la mano otorgándole la palabra.

—Gracias por invitarme, señor Goldman. Ahora empiezo a comprender algunas cosas. Gracias doctor Freud por su brillante análisis. Si me lo permiten les daré mi punto de vista. Adolf Hitler no es un enfermo mental, solo un ser egocéntrico, egoísta, manipulador, perverso, vulgar, inculto y violento, y por supuesto muy consciente del mal que provoca. Es ambicioso, pretende ocupar un lugar en la historia. Las circunstancias le han abierto el camino en un medio de cultivo propicio. Alemania ya no es la tierra de Goethe, ni de Beethoven, ni la de Kant. Es una nación influenciada por el militarismo agresivo del último káiser y sus generales, por la inesperada derrota en la Gran Guerra. Hoy en día los alemanes que son testigos de la maldad ajena se encogen de hombros y fingen que no lo ven. Las masas alemanas están subordinadas al estado, al partido, se encuentran identificadas con el autoritarismo, y no quieren democracia, creen que esa forma de gobernar es solo un estorbo, prefieren la obediencia ciega al jefe, al Führer. Todo ello coincide con su estricto sentido del orden, la autoridad y la disciplina, creen que la desigualdad es innata a la naturaleza humana. Los nazis son irracionales, irreflexivos, fanáticos, y el nacionalsocialismo alemán es una reacción ante la derrota en la Gran Guerra, que expresa la desorientación de los excombatientes que se sienten extraños en su propio país, en Alemania. Ese nacionalismo ha surgido de la miseria y de la crisis de estos años, del paro y del hambre. Creen que habrá que recuperar la pureza primigenia germánica, ya que según ellos la mezcla de razas ha generado la decadencia en la que vive el país.

En su discurso «el espacio vital» es algo necesario, inevitable, ya que para el nazismo el pueblo alemán es el pueblo elegido, y tiene derecho a todo, mientras que el judío es el principal culpable de la decadencia alemana, el causante de la derrota, el acaparador de la economía, y el instigador del marxismo. En cuanto a los eslavos, los consideran claramente inferiores a los germanos. Los alemanes siempre se han considerado superiores, los «Herrenvolk». Hitler solo está evidenciando los pensamientos de muchos alemanes. Verán. Lo que está viniendo cambiará muchas cosas, pero nadie hará nada por lo judíos. Nada.

Fue entonces cuando Elías Canetti se puso en pie. Estaba rojo, intentando controlar su indignación.

—¿Saben cuál es el problema? Nosotros, los privilegiados, nos hemos reunido aquí para ver qué camino tomamos. Empleamos un lenguaje culto, sofisticado. Nos da miedo el futuro. Solo queremos seguir siendo lo que somos, burgueses acomodados. ¿Pero y toda esa gente que no tiene nada, que no están informados, que apenas acaban de escapar de los pogromos y se encuentran con esto? ¿Qué va a ser de ellos? ¿Quién les va a ayudar? ¿A dónde irán? Me temo que a ninguna parte. Llegan de ver quebradas sus esperanzas en Rusia, la antisemita Ucrania, de Polonia, de lugares remotos de Asia central, solo con lo puesto. Ustedes saben cómo yo que ni Francia, ni Bélgica, ni Inglaterra, tampoco los Estados Unidos, los querrán acoger. ¿Para que los necesitan? ¡No tienen nada! ¡Solo son gente desorientada, paupérrima, que no conoce más que las enseñanzas del Talmud, algo incomprensible para los gentiles! ¿Qué va a ser de todos ellos? ¡Hay millones de judíos así! ¡En Varsovia viven cerca de un millón de judíos así! ¡En el resto de Polonia otros dos millones al menos! ¡No somos mejores que ellos! ¡Solo hemos tenido más suerte en la vida! ¡Ellos pagarán por los demás!

David lo interrumpió mientras asentía.

—¡Tiene usted razón, Canetti! ¡Por eso es tan importante lo que están intentando los sionistas! ¡El camino de la libertad es el de la tierra prometida! ¡De eso tal vez quisiera añadir algo nuestro amigo Martin Buber!

Buber negó con la cabeza. Era un hombre delgado y luenga barba de profundos ojos, de cincuenta y cinco años. Todos conocían su sionismo y su pesimismo. Solo murmuró:

—¿Qué más tendremos que demostrar?

# 62. EL PROGRAMA SECRETO (DACHAU-BERLÍN, ABRIL Y MAYO DE 1934)

Karl Edelberg no podía entender cuál era la causa por la que se encontraba en Dachau, aunque sospechaba que Stefan Gessner estaba tras ello. Incluso dio su nombre cuando le preguntaron si podría conseguir que alguien conocido lo avalara. La fuerte disputa que habían mantenido no tenía importancia comparado con aquel infierno. Estaba dispuesto a retractarse de todo, a pedirle disculpas, a hacer lo que le pidiera, pero quería salir de allí cuanto antes. El director del campo lo había hecho llamar a su despacho. Le preguntó si había realizado comentarios en contra del partido nacionalsocialista. Tuvo que admitir que la acusación era cierta, y añadió que se había equivocado. Eicke le preguntó si era judío. Negó con la cabeza. Insistió en que podría demostrarlo.

Llevaba allí desde mayo y no creía que pudiera soportar mucho tiempo más. Había perdido cerca de veinte kilos, de ser un hombre robusto a ser un escuchimizado, también tenía marcas de quemaduras, golpes, correazos y magulladuras por todo el cuerpo. En Dachau el maltrato y la tortura eran cotidianos. Nunca sabía por dónde le iban a venir los golpes, y cuando se le acercaban los guardias de las SS hacía un gesto reflejo para cubrirse la cabeza. A pesar de ello quería mantener la convicción de que terminarían por soltarlo.

De Stefan Gessner no supo nada más. Nadie querría verse relacionado con un enemigo del Reich, como le gritaban en las sesiones de interrogatorio a los que seguían sometiéndolo. Querían que confesara quienes eran sus cómplices.

Un día la brutalidad fue tal que perdió el conocimiento. Cuando lo recobró se encontraba tendido en un catre, en una sala de aspecto hospitalario. Había otras once camas pero estaba solo en la estancia. Un enfermero se acercó a él. Se inclinó para observarlo de cerca.

—¿Ya has vuelto a la vida? ¡Eres un tipo duro! ¡Qué suerte has tenido! Espera, tengo que avisar, ahora vuelvo.

Al cabo de un largo rato entraron en la sala dos hombres de paisano. Se

colocaron a los pies del catre y lo observaron fijamente. Uno de ellos habló:

—Karl Edelberg. Va a ser liberado. Alguien muy importante se ha interesado por usted. Cuando pueda levantarse, se viste y lo acompañaremos a Berlín. ¿De acuerdo?

Aunque lo intentó en varias ocasiones, no lo consiguió hasta el día siguiente. Al final el enfermero le inyectó algo y se sintió mejor. Encontró sus ropas en una caja junto al catre. Se vistió sintiendo náuseas, por lo que tuvo que sentarse en dos ocasiones. Después aguardó vestido a que volviera el enfermero. No le habían devuelto el cinturón y tuvo que traerle un trozo de cuerda para sujetarse el pantalón. Pudo observarse en un pequeño espejo. Se quedó sorprendido. No era capaz de reconocer al hombre macilento con profundas ojeras, al que le faltaban algunos dientes, con el pelo mal cortado al rape y sumamente delgado que le observaba fijamente.

Los dos hombres lo acompañaron primero en un automóvil que los condujo hasta un apeadero del ferrocarril. Allí tuvieron que aguardar cerca de tres horas a que pasara un tren con destino a Berlín. Sus guardianes no le dirigieron la palabra. Le dejaron beber en un grifo del andén cuando ya no podía más.

Tardaron doce horas en llegar a su destino. Otros dos hombres le aguardaban en el mismo andén. Luego comprendió que uno de ellos era médico. Lo llevaron a una clínica. Allí le permitieron ducharse, el médico lo auscultó, le cosió una herida abierta en la pierna, luego le proporcionaron ropa interior, una camisa, una corbata, un cinturón, un sombrero. Le dieron algo de comer y un par de cafés para entonarlo. Después un asistente lo afeitó, también repasó la cabeza para igualar el cabello al uno, lo maquilló para que se le notaran menos los golpes en el rostro. Murmuró que tendría que ir al dentista. Se dejó hacer. No tenía ni idea de adonde lo llevaban ni lo que pretendían de él. Al terminar lo supervisó el médico, preocupado por su aspecto. Lo introdujeron en un coche. Lo llevaron a un edificio en el centro de Berlín. Volvía a sentirse algo mareado, con ganas de vomitar lo que había ingerido, pero logró contenerse.

Descendieron del automóvil. Solo le acompañaba el hombre que no le había dirigido la palabra. Caminaron por largos pasillos. Vio mucha gente entrando y saliendo de estancias. El hombre le dijo que iba a recibirlo el ministro de propaganda del Reich. Entonces recordó que lo conocía, pero en aquellos momentos le resultaba indiferente. Entraron en un amplio despacho.

Un hombre pálido se acercó cojeando, se dio cuenta de que cuando lo tenía delante dudaba de si aquel sería el Karl Edelberg que conocía. A Karl el rostro le resultaba familiar. Era Joseph Goebbels. Había hablado varias veces con él. La primera vez en el entierro de Matthias Lamberg.

—¡Pero qué le ha pasado! ¡Por Dios santo! ¡No le reconocía! ¿Cómo se encuentra usted, señor Edelberg?

No contestó. Se encontraba fatal, aún seguía algo mareado. Pensó que aquel tipo era un cínico.

—¡Siéntese aquí! ¡Aquí! ¡Yo me sentaré aquí, a su lado! Bueno. Creo que se recuperará pronto. Ya nadie lo va a molestar. A partir de ahora va a trabajar para mí, en un departamento de investigación. Va a volver a la óptica, que es lo que le gusta. ¿De acuerdo? ¡No se preocupe! Si está de acuerdo asienta con la cabeza. Bien. Pues entonces no hay más que hablar. Verá, le he hecho venir precisamente para que no tuviera la menor duda. ¿Me comprende? ¡Le garantizo que nadie va a tocarle un pelo! ¡Queremos su colaboración! ¿No estaba usted trabajando en un sistema catadióptrico? ¡Pues en eso va a seguir! ¡Ahora a recuperarse! ¡En pocos días estará usted como nuevo, y si tiene alguna queja me la hace saber! ¡Le daré mi número personal! ¡El Reich necesita gente como usted! Y ahora váyase a descansar. ¡Y que le quede claro! ¡Es usted un hombre libre!

Goebbels abandonó el despacho. Acompañado del mismo hombre volvió a recorrer los pasillos. Entró en el coche. Recorrieron Berlín en dirección opuesta. Podía ver mucha gente por las calles, portaban banderas con la esvástica. Llegaron a un edificio en las afueras. Se sintió muy cansado y tuvieron que ayudarlo a descender del coche.

Permaneció en el sanatorio dos semanas. Le inyectaban tres veces al día. Intentó resistirse pero no consiguió nada. Le proporcionaban una alimentación que se iba incrementando con el paso de los días. Al cabo de una semana notó que se estaba recuperando. Iba cogiendo peso y las náuseas le habían abandonado. El hombre hablaba con él todos los días. Le explicó que el Reich iba a comenzar un programa secreto de armamento. También de estudios para construir una nueva serie muy evolucionada de submarinos. Él iba a encargarse del sistema de periscopios junto a otros investigadores y unos oficiales de la marina. Cuando le preguntó si podría volver a vivir con su familia, el hombre lo miró sorprendido.

—¡Imposible por el momento! ¡Mire, Edelberg! ¡Se trata de un programa secreto! ¡Sin embargo su mujer y sus hijos podrán ir a verlo de vez en cuando! Será lo mejor y más seguro para todos. ¿De acuerdo?

No podía estar más en desacuerdo. No tenía ningún interés en trabajar para los nazis. Solo quería volver a su casa cuanto antes. El hombre pareció adivinar su pensamiento.

—Edelberg. No sé si ha entendido el asunto. Alguien como usted no puede estar pudriéndose en Dachau. ¡No queremos que vuelva allí! ¡Lo necesitamos! ¡El Reich, Alemania, lo necesitan! ¡Solo tiene que seguir con sus investigaciones! ¡Todo irá bien! Más adelante será el momento de volver a su casa, con los suyos. ¡También será mejor para ellos! Pero ahora no queremos que le suceda nada. ¿Lo entiende? ¡Usted es un hombre inteligente! ¡Por lo que me han dicho el primero de la clase!

Karl lo entendía perfectamente. Sabía que no tenía opción. No estaba ya en Dachau, pero tampoco en libertad. No tendría otra opción que trabajar para los nazis si no deseaba arriesgarse a volver al infierno. Asintió enérgicamente. Quería dejarle muy claro a su guardián que lo había entendido.

# 63. EL LIBELO
# (BERLÍN, JULIO DE 1934)

Julian Kosche había ascendido a redactor jefe del «Völkischer Beobachter». Pocos meses después Joseph Goebbels se lo llevó a Berlín para su nuevo periódico «Der Angriff»[5]. Allí se encontró de nuevo con Kurt Eckart, al que había conocido años antes en Múnich.

—¡Viejo amigo! ¿Qué tal te va Kurt? ¡Me han dicho que eres el que da todas las ideas, y que Goebbels está encantado contigo! ¡Te has hecho muy popular entre los nuestros! Ahora tenemos que ir a ver al director. Por lo visto tienen un problema aquí en Berlín y quieren que les echemos una mano.

Kurt sabía quién era el ambicioso Kosche. Tenía que tener cuidado con él. Un tipo capaz de cualquier cosa por ascender. Goebbels le había encargado colaborar en el periódico y aportar ideas, aunque no le había advertido que tendría que hacerlo con alguien como Kosche. Por otra parte Iván le había dado el visto bueno de Moscú para aquel asunto.

—Mira, Kurt. Si en este trabajo te tienes que meter con los judíos, por nosotros está bien. Será como pasar una ordalía. Así que vas a ser el antisemita más duro de la historia del periodismo. La verdad a nosotros nos da lo mismo. Lo importante es que tú sigas siendo imprescindible. Por cierto, te diré algo que he podido averiguar. ¡Te sorprenderá! ¿Sabías que tu madre no era rusa, sino polaca y judía? ¡Lo averiguó hace poco el NKVD! ¡Su verdadero nombre no era Anna Salhiskaya, sino Sarah Zhitlovsky! ¿Qué te parece?

Iván se reía a carcajadas mientras afirmaba que el destino era un bromista empedernido. A Kurt no le sorprendió aquello, a pesar de los esfuerzos de su madre por ocultarlo, y por aparentar ser cristiana ortodoxa en la vecindad, al final el asunto se había sabido.

Fueron juntos a ver al director Julius Lippert. Un hombre amargado que se daba cuenta de que el ministro de propaganda quería prescindir de él.

—¡Necesitamos centrarnos en los judíos! ¡El «Völkischer» nos lleva la

delantera y eso no puede ser! El ministro Goebbels me ha dado un ultimátum y los necesito a los dos. ¡Me da lo mismo lo que inventen, al final los lectores se lo creen todo! ¡Vamos a comenzar con un libelo! ¿Qué les parece un libelo de sangre? ¡Parece mentira que hace cuatrocientos años, en la inculta España, supieran más de propaganda antisemita que nosotros! ¡He estado leyendo algo de historia! ¡Aquella gente sabía lo que se hacía! ¡Al final lograron expulsar a todos los judíos de España! ¡Y se quedaron con todos sus bienes! ¡Y aquí, con tanta gente inteligente dándole vueltas a la cabeza no hacemos nada bien! ¡Mañana quiero un artículo creíble! ¡Eckart, usted ponga las ideas y que Kosche se las escriba! ¿De acuerdo?

Kurt no sentía ninguna animadversión hacia los judíos, pero tenía una labor que hacer. Se encogió de hombros. En Moscú estaban de acuerdo con la estrategia.

Fue a la biblioteca central de Berlín y buscó en la historia medieval, al final encontró un caso que podría repetirse. En Wuerzburg, en el año 1147, un niño cristiano supuestamente crucificado por judíos. Siguió indagando hasta que dio con otro más en Tyrnau. Nadie iba a saber si el nuevo libelo era falso o cierto. Buscó algunas de las últimas detenciones en grupo de judíos. Encontró la que necesitaba una semana antes, en Oranienburg, al norte de Berlín. Aquel sería el libelo que Goebbels buscaba.

Después Julian Kosche hizo un trabajo excelente. Habló con la Gestapo. Mencionaba a los detenidos con nombres y apellidos. Describía el niño encontrado crucificado por la policía. Se basaba en lo que Kurt le había proporcionado. Tenía la historia hecha. Él solo tendría que retocarla. Los ciudadanos de Tyrnau contaban con pelos y señales lo sucedido en 1494:

> *«Los judíos necesitan sangre porque creen que la sangre del cristiano es un remedio adecuado para curar la herida de la circuncisión, y las mujeres sufren de la menstruación… Además tienen un precepto antiguo y secreto, por el que están obligados a derramar sangre cristiana en honor de Dios, en sacrificios diarios, en algún lugar».*

Kurt Eckart se encogió de hombros. El ministro Goebbels era sin duda un

gran mentiroso, tal vez el mayor embustero del Reich. Los berlineses, que se reían de su sombra, incluyendo a los nazis, que no lo podían ver por su aspecto no ario y su cojera, le aplicaban el antiguo refrán «la mentira tiene las patas cortas», ya que el ministro había sufrido una osteomielitis que le había provocado aquella cojera. Sin embargo lo sorprendente era que al final creían lo que les contaba. Goebbels le había enseñado el discurso que estaba preparando para el próximo Congreso de Núremberg para ver si le daba alguna idea. En él había podido leer:

> *«La buena propaganda no necesita mentir, en realidad no puede mentir. No tiene razón para temer a la verdad. Es un error creer que la gente no puede aceptar la verdad. Sí puede. Sólo se trata de presentarle la verdad de una forma en que pueda entenderla. Una propaganda que miente prueba que su causa es mala y a largo plazo no puede triunfar».*

Kurt pensó que nadie hablaba de los secretos de los dirigentes del Reich, mientras que él tomaba nota de todo. A fin de cuentas era su trabajo.

Sin embargo después del esfuerzo en el último momento, y ya con las rotativas en marcha, Goebbels decidió no publicar aquella noticia sobre el libelo. Le llamó por teléfono para decirle que era una idea demasiado buena como para desperdiciarla sin motivo suficiente. Se disculpó diciéndole que el Führer no quería distraer a la gente en aquellos días, ya que se estaba aproximando algo trascendental para el Reich, y que ya le informaría en su momento. Mientras el director Lippert, al comprobar como el propio ministro ordenaba detener las máquinas, comprendió que su suerte estaba echada.

# 64. «LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS» (BAD WIESSEE, MÚNICH, 30 DE JUNIO DE 1934)

Stefan Gessner sabía lo que iba a ocurrir. Según la información que les había llegado de los servicios de inteligencia de la Reichswehr, el golpe de estado de Röhm era inminente. Aquel hombre había hablado con Schleicher y Strasser, enemigos jurados de Hitler, y estaba armando hasta los dientes a varios escuadrones de las SA.

Stefan había estado presente en la tensa reunión entre el ministro de la guerra, Blomberg, acompañado de Reichenau y otros altos mandos militares, y la cúpula del partido presidida por el propio Führer. En ella se tomó la decisión de aguardar el momento adecuado y no hacer ningún movimiento que pudiera alarmar a los dirigentes de las SA.

Estaba allí, formando parte del séquito de Hitler, por deseo personal de Goering, que quería tener información directa de cómo se fueran a ir desarrollando los acontecimientos. Ni siquiera el propio presidente del Reichstag que había vuelto a Berlín se hallaba tranquilo. Aunque no existían dudas de la lealtad de los jefes de las SS, podría suceder cualquier cosa. Como había dicho Goering, una gigantesca partida de ajedrez en la que todos se vigilaban mutuamente.

Como si nada sucediera, Hitler se dirigió a Essen para asistir al enlace nupcial de su gauleiter. En la mirada perdida del Führer pudo comprobar la enorme tensión que se estaba viviendo. De allí salieron antes de hora hacia Bad Wiessee donde pasaron la noche. El propio Führer estaba inquieto, y se encerró con Goebbels en sus aposentos para llamar por teléfono a unos y otros. Él también habló personalmente con Goering hasta tres veces. Goering chillaba a través del auricular, gritándole que lo mantuviese informado.

De nuevo tuvieron que salir en plena noche hacia el aeropuerto. Volaron entre densas nubes con destino a Múnich donde llegaron al amanecer después de dos maniobras de aproximación fallidas. Finalmente el piloto consiguió aterrizar.

Goebbels no se separaba de Hitler ni un instante. El gauleiter de Múnich les informó en plena pista de los desórdenes provocados por las SA en la región. Hitler gritó que Röhm era un traidor. Ya no había necesidad de seguir ocultando la situación. En dos coches se dirigieron al ministerio del interior bávaro donde había citado a los jefes locales de las SA, Schneidhuber y Schmid, que llegaron casi al mismo tiempo. Hitler se acercó a ellos y comenzó a gritarles histéricamente.

—¡Están detenidos! ¡Van a ser fusilados! ¡De inmediato! ¡Traidores!

Nunca había presenciado un acceso de ira semejante por parte del Führer, que no se sentía a salvo allí, por lo que decidió seguir viaje a Bad Wiessee, donde supuestamente se hallaba Röhm en el hotel Hanselbauer. Una vez allí, el Führer pretendía entrar solo a la suite de Röhm, aunque por razones de seguridad le acompañaron todos. Hitler empuñaba una pistola Walther y parecía decidido a cualquier cosa. Cuando entraron en la habitación de Röhm, un joven delgado y rubio se hallaba en la cama junto a él. Ambos estaban desnudos. Röhm no terminaba de creerse que el Führer estuviese allí y se frotaba los ojos. Hitler con una mueca de asco permitió que el joven saliera corriendo de la habitación y se encaró con Röhm, al que acusó de traidor al tiempo que repetía insistentemente que estaba detenido. Röhm comenzó a vestirse mientras mascullaba que él no era ningún traidor.

Hitler no quería seguir allí. Murmuró que sentía asco por lo que estaba presenciando. Por el pasillo vieron salir de las habitaciones colindantes a varios de los miembros del estado mayor de las SA. Algunos, al igual que Röhm, estaban acompañados por jóvenes de las SA. A todos se les encerró en el sótano.

Volvieron de inmediato a Múnich. Hitler parecía más relajado cuando descendieron del coche y entraron en la Casa Parda, en la Brienner Strasser, en el mismo centro de la ciudad, donde se encontraba el cuartel general del NSDAP. El cubil del lobo, como el propio Hitler lo llamaba. Allí se sentía seguro. Después fueron llegando dirigentes de las SA, de las SS, del partido. Se reunieron en el gran salón. Hitler entró y les gritó escupiendo saliva que no se había conocido en la historia otra traición como aquella, y que los responsables lo pagarían con su vida. Reinaba una atmósfera de histeria y terror entre los presentes. Stefan veía el miedo reflejado en muchas de las miradas que se cruzaban con la suya.

Media hora después partió el mensajero llevando a la prisión de Stadelheim

la sentencia de muerte para seis de los líderes de las SA. Sin embargo el nombre de Röhm no figuraba en ella. Goebbels estaba muy ocupado coordinando la acción en el resto del país. Se había convertido en el gran juez. Él comentaba con el Führer los nombres y ponía una cruz en la lista. Había llegado el momento de la gran limpieza. Klausener, Otto Strasser, von Kahr, el general Strasser, el doctor Schmitt, el antiguo canciller Schleicher, Stempfle, antiguo amigo personal de Hitler. Muchos otros. Algunos sin saber de qué se les acusaba. Solo por envidias, antiguas rencillas familiares, desavenencias por herencias, celos profesionales, política. Era el momento adecuado para ajustar cuentas. Después volaron a Berlín en el avión personal del Führer. Parecía que todo había acabado, pero faltaba Röhm. Goering habló con Hitler intentando que firmara la sentencia de muerte. Finalmente Hitler cedió y Röhm fue ejecutado en su celda por las SS.

Los siguientes días los periódicos y la radio ensalzaron al Führer como el salvador de la patria. Blomberg afirmó que a partir de aquel momento el ejército tenía un verdadero jefe. Frick, el ministro de justicia, que aseguró que el gobierno había actuado dentro de la más absoluta legalidad. Stefan Gessner se sentía satisfecho. Él había comenzado en las SA, y mantenido buena relación con algunos de sus líderes, incluyendo a Röhm. Pero era mejor así.

# 65. LA CRISIS AUSTRÍACA (VIENA-FINALES DE JULIO DE 1934)

Stefan Gessner había sido felicitado por el propio Führer por su actuación. También Goering le dijo en su despacho que no olvidaría aquella entrega. El 20 de julio volvieron a llamarlo para enviarlo a Viena, pues conocía bien el terreno. Viajó con pasaporte diplomático, ya que Goering no deseaba que surgiera un problema inesperado, y uno de sus encargos era entrevistarse con los rebeldes. Una confusa misión. En Austria estaban prohibidos los partidos políticos, lo que afectaba también a los seguidores del NSDAP. Los nazis austríacos que pretendían dar un golpe de estado, en lo que Berlín no estaba de acuerdo, ni por la inoportunidad del momento, ni por la manifiesta indisciplina de sus seguidores en Austria.

Stefan habló con Theo Habicht, máximo dirigente del partido nazi austríaco, quien le aseguró que el ejército los apoyaba, lo que Stefan sabía que no era cierto. La idea que tenían era secuestrar al presidente Miklas, al canciller Dollfuss y a todo su gabinete, para hacerse con el poder. Cuando más tarde se lo explicó a Goering por teléfono desde la embajada, este le replicó muy nervioso que le transmitiera a Habicht que no contaban con el visto bueno del Führer para llevar a cabo algo semejante, y que si lo intentaban sería por su cuenta y riesgo.

No consiguió convencer al líder nazi austríaco, que estaba decidido a no perder más tiempo. Al día siguiente, 25 de julio, miembros de las SS austríacas, disfrazados de policías y militares, tomaron la cancillería, al tiempo que algunos correligionarios ocupaban la emisora estatal anunciando la creación del nuevo gobierno, pero el gobierno austríaco, informado del golpe por los servicios de inteligencia italianos, logró escapar, y sólo lograron apresar al canciller y al vicecanciller.

Mientras, Kurt Schuschnigg, con el apoyo del presidente de la República, se hacía con el control del país y se preparaba para sofocar el golpe. Stefan volvió a hablar con Habicht para mostrarle su malestar. Poco más tarde encontró a su

hermano Joachim, que acababa de llegar de Berlín para mantener una reunión con Schuschnigg. Joachim le dijo que iba a proponer al nuevo canciller un acercamiento a Alemania, así como la colaboración en la disolución de todas las formaciones paramilitares, incluyendo la Heimwehr.

A pesar de lo expresado a Habicht, el Führer tenía su idea sobre el asunto. En ningún caso Dollfuss debería salir vivo. Cuando supo que lo habían apresado, ordenó a Habicht que hicieran como que lo dejaban escapar para entonces disparar sobre él. Así se hizo y el canciller cayó mortalmente herido falleciendo horas más tarde. Estaban informados de que Mussolini había ordenado la movilización de cuatro divisiones para que se dirigieran a la frontera austríaca. Joachim Gessner se dirigió a la embajada de Italia para garantizar al embajador que Hitler no estaba detrás del golpe, que por otra parte no iba a prosperar ya que no se les había proporcionado ninguna ayuda.

Los nazis austríacos fallaron en su propósito de desestabilizar al Gobierno, y en las siguientes horas fueron rodeados y capturados. El Führer miró para otro lado. Tenía su propia estrategia para Austria y no le convenían unos aliados indisciplinados. No hubo piedad, y la mayoría fueron ejecutados. Aquel mismo día Schuschnigg asumió el cargo de canciller.

Stefan no intentó hablar con Eva ni con María. Tras lo sucedido sería difícil, por no decir imposible, una reconciliación. Dada la situación, tanto él como Joachim decidieron dormir en la embajada del Reich. Las cosas estaban sucediendo como habían previsto, se despejaba el horizonte.

Cenaron en la embajada acompañados de von Papen, a quien se le había ordenado que se desplazase a Viena tras la «noche de los cuchillos largos», pues el vicecanciller del Reich iba a ser propuesto como nuevo embajador en Viena, lo que era muy satisfactorio para Joachim. Von Papen aún tenía el miedo en el cuerpo, sabiendo que se había librado de milagro. Durante aquellos tensos días había sido detenido por las SS y puesto bajo arresto domiciliario. Von Papen prefería no hurgar en lo sucedido, a pesar de que su secretario particular, Herbert von Bose, y Edgar Julius Jung, el hombre que le escribía sus discursos, fueron asesinados. Se sentía muy satisfecho con haber salvado la vida. Además conocía la posición de ambos hermanos Gessner dentro del partido, y quería demostrar su fidelidad al Führer. Franz von Papen alzó su copa.

—Bien, ya no tenemos nazis en Austria, supuestamente nuestros aliados

naturales, y sin embargo aquí estamos brindando con champagne por su fracaso. ¡Qué extraños caminos los de la política! ¡Pobre Dollfuss! ¡Me encontré con él en varias ocasiones! ¡Era un tipo curioso, siento que haya acabado así!

Joachim movió la cabeza negando.

—¡Hablemos con realismo! ¡Dollfuss está mejor muerto! No nos convenía un fascista aliado de Mussolini en Viena. Nosotros pretendemos otra cosa, y usted von Papen, querido amigo, lo sabe bien. ¡El anschluss! ¡La unión total! ¡Schuschnigg nos servirá mejor para ese asunto! ¡Los que se llamaban nazis austríacos eran estúpidos, desorganizados e indisciplinados que solo nos hubieran complicado las cosas! ¡Así pues, brindemos por su desaparición! ¡Pronto traeremos aquí nazis de verdad!

En aquel momento un secretario entró en el comedor y se dirigió a Joachim mientras descolgaba el teléfono y se lo pasaba.

—Primer secretario, tiene una llamada de Berlín, de la cancillería. Creo que es el canciller.

Joachim Gessner se puso en pie. La característica voz del Führer se escuchaba perfectamente. Joachim asintió en varias ocasiones. Luego se despidió. Mientras colgaba sonrió a von Papen.

—¡Ahora tenemos que brindar por usted, querido Franz! ¡Embajador del Reich en Austria! ¡Mi más cordial enhorabuena! ¡Este es el primer paso! ¡Por nuestro Führer, el hombre que conducirá el Reich a la gloria!

# 66. EL MÉDICO JUDÍO (SASSNITZ Y BERLÍN, AGOSTO DE 1934)

Hannah Richter prácticamente había olvidado a su antiguo novio, Joachim Gessner. Solo de tanto en tanto lo recordaba en sueños, casi siempre pesadillas en las que Joachim intentaba destruir su amor por Werner Scharf. No tenía ningún recuerdo vibrante y positivo de aquella época. Joachim se limitaba a mantener una relación fría, interrumpida con una sesión semanal de sexo sin amor ni pasión alguna. Hannah daba por terminado aquel periodo de su vida que calificaba como oscuro.

En los últimos años se había acostumbrado a otra manera de amar y de disfrutar de la vida, y no podía comprender como alguna vez había creído querer a aquel hombre. Por ese motivo cuando conoció a su nuevo amor se dio cuenta de que el mundo no era lo que siempre había creído. Existía otro que ella comenzaba a conocer de la mano de Werner.

Solían ir a Sassnitz cuando podían. Seguían haciendo escapadas a aquel precioso y solitario lugar, en donde más que una pareja de adultos sensatos se transformaban en amantes desinhibidos, y entonces todo era posible. Solían dar largos paseos por la interminable playa. Alguna vez ella se quedó sola mientras él volvía a Berlín en la avioneta para llevar a cabo alguna gestión, y regresaba aterrizando en la playa la misma tarde, casi anocheciendo.

Un día cualquiera en Berlín, él le dijo que lo acompañara al notario. Allí le presentó a su hermana, Alice Krook. Hannah no entendía que estaba sucediendo hasta que el notario leyó la escritura, la hermana de Werner le cedía la propiedad de Sassnitz a ella. Werner se la había cambiado por un piso en Berlín que no utilizaba. Al salir le dijo que quería que ella fuese la propietaria de aquel lugar en el que había pasado los más felices momentos de su vida.

—No sé lo que ocurrirá en un futuro, pero deseo que pase lo que pase, esa casa sea para ti.

Volvieron a Sassnitz unos días después. Ella creía estar viviendo un sueño.

Una tarde Werner le confesó que le habían detectado una grave dolencia cardíaca, y el diagnóstico aseguraba que no le quedaba mucho tiempo. Todo lo más unos meses. Ella se resistió a aceptar aquello. Era imposible que un hombre tan fuerte, de apariencia saludable, pudiera estar a las puertas de la muerte. Lloraron juntos y decidieron afrontar juntos lo que tuviera que llegar.

En los últimos años Werner había ido cambiando paulatinamente. Desde que Hitler se había convertido en canciller de Alemania dejó de creer en él. Le confesó que estaba muy defraudado con los nacionalsocialistas. El Führer era un hombre ambicioso de poder y gloria a cualquier precio, con profundos deseos de venganza hacia Francia, que sentía un odio visceral por los judíos, un fuerte desprecio hacia los eslavos, y que actuaba compulsivamente en política. No creía que fuese el hombre que Alemania necesitaba en momentos tan críticos.

Al día siguiente, al atardecer del 2 de agosto, habían ido de compras a Sassnitz en bicicleta y se enteraron de la muerte del presidente del Reich, Hindenburg, que había fallecido en su finca de Neuseck. Werner comentó aquella noticia con gran amargura.

—Ahora Hitler se hará con el poder que le faltaba y Alemania tendrá su infierno. Siento no estar aquí entonces para luchar contra él. Ese hombre no representa los valores de Alemania. Nuestro pueblo es romántico, ilustrado, ético, el verdadero Volksgeist es positivo y con sentido común. Los alemanes somos un pueblo ordenado y pragmático, pero también generoso. Ese hombre es amoral, anárquico, negativo, sádico, vulgar, y está destruyendo el espíritu de este gran país. Eso lo pagaremos todos antes o después, los alemanes y los demás. ¡Ah, Alemania, Alemania! ¡Qué has hecho para merecer esto!

Cuando volvieron a la casa el horizonte amenazaba tormenta. Se refugiaron en la sala de estar y encendieron la chimenea. Afuera los relámpagos iluminaban el cielo y el mar se veía acerado, con grandes olas que barrían la playa. Hannah se sentía desolada, notó que unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Pensaba en lo injusta que era la vida. Cuando parecía haber encontrado la felicidad, todo se desvanecía. No era ya capaz de imaginar su existencia sin la fuerte presencia de Werner junto a ella. En aquel momento comprendió que no debían rendirse. Mientras había vida, había esperanza. Cogió la mano de Werner y le dijo lo que estaba pensando. Werner asintió. Él estaba pensando lo mismo.

Volvieron a Berlín a finales de agosto. Hannah conocía un especialista en

enfermedades cardíacas, el doctor Jacob Mussman, que había sido el médico de cabecera de su padre durante sus últimos años, un hombre sabio que no había dejado de estudiar durante toda su vida. El hombre tendría ya unos setenta años pero seguía teniendo la consulta abierta. El doctor Mussman había llegado a Alemania treinta y cinco años antes, procedente de Ucrania. Un año más tarde se casó con una enfermera alemana. Su hija Sarah acababa de terminar la carrera de medicina y le servía de ayudante en la consulta. El doctor Mussman realizó un chequeo completo a Werner. Durante dos días lo estuvo sometiendo a distintas pruebas. Al final emitió su diagnóstico.

—Señor Scharf. Tiene usted una seria infección en la válvula aórtica que le produce una regurgitación valvular aórtica, también se denomina «insuficiencia valvular aórtica» y produce un reflujo de sangre por la válvula aórtica dilatada hacia el ventrículo izquierdo, es decir la cavidad inferior izquierda del corazón. La válvula aórtica regula el flujo de sangre de la cavidad inferior izquierda del corazón a la aorta, el principal vaso sanguíneo que suministra sangre al resto del organismo. Evidentemente si no curamos la infección, su vida corre serio peligro. No va a resultar fácil. Ahora bien, vamos a intentarlo con un nuevo fármaco. La sulfanilamida. Es algo muy nuevo, que se está comenzando a comercializar bajo el nombre de «Prontosil». No le prometo nada, ya que aunque sabemos que ha ayudado a salvar vidas, no conocemos aún ni sus efectos secundarios ni su capacidad para reducir las infecciones. ¿De acuerdo?

Werner Scharf estaba totalmente de acuerdo. ¿Cómo no iba a estarlo? Aquel doctor de mirada bondadosa había realizado un diagnóstico mucho más preciso de su problema, y al menos le proporcionaba una esperanza. Hannah reía nerviosa. El doctor Jacob Mussman tenía fama de llegar hasta el final, de no abandonar nunca, «el médico de los imposibles» como le llamaban sus pacientes. Tras salir de la consulta Werner estuvo dándole vueltas a la cabeza. La dura y tozuda realidad acababa de demostrarle que los judíos no eran los «untermensch» que preconizaba el gobierno nazi. Ni seres infrahumanos, ni tampoco superhombres. Solo seres humanos, con sus defectos y virtudes, aunque no le cabía duda de que al menos en lo que a él le afectaba, la medicina, eran profesionales de primer orden.

El tratamiento no pudo comenzar hasta dos semanas más tarde, cuando finalmente el doctor Mussman consiguió las ampollas de «Prontosil». Unas

semanas más tarde se encontraba mucho mejor. Caminaba sin agotarse, respiraba mejor. Volvieron a la consulta. De nuevo le auscultó, le tomó la tensión, la presión sanguínea, le miró los ojos, le hizo varias placas de rayos X. Luego se sentó delante de él y sonrió.

—Señor Scharf. Ha mejorado usted mucho. Si me pregunta cómo lo hemos conseguido, le diré que más por la fe que usted está poniendo que por el «Prontosil». La infección parece haber remitido, parece milagroso. Ahora bien, la válvula sigue dañada, eso hoy en día es inoperable y le seguirá dando problemas. A pesar de ello, de momento, su vida no corre peligro. Cuídese, consuma pocas grasas, poco azúcar, pocos licores, algo de ejercicio sin fatigarse en exceso. Sobre todo no se altere con la política, y le auguro que con algo de suerte vivirá bastante más que yo.

Al salir vieron que unos desconocidos habían colocado una pegatina sobre la placa de metal del doctor Mussman, intentando taparla.

«¡ATENCIÓN! ¡JUDÍO! ¡PROHIBIDAS LAS VISITAS!»

El viscoso engrudo aún chorreaba por la puerta. Werner quiso despegarla con los dedos. Pudo romper una parte pero no le resultó fácil. Estaba indignado.

—¡Analfabetos! ¡Desgraciados! ¡Cómo pude estar tan ciego como para no darme cuenta de lo que venía! ¡Este país se dirige derecho a la catástrofe!

# 67. EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD (NÚREMBERG Y BERLÍN, SEPTIEMBRE DE 1934)

Kurt Eckart no podía dejar de pensar que entre unos y otros estaban engendrando un monstruo, un Golem maligno de nombre Adolf Hitler. Conocía la antigua leyenda judía. El Golem debería estar modelado de la arcilla cogida de la orilla del río Moldava en Praga. El rabino Loew modeló el Golem y le insufló vida mediante los apropiados conjuros en hebreo. Luego escribió en su frente la palabra hebrea «Emeth», es decir, «verdad», la palabra clave que devolvía al Golem a la vida. Pero cuando el Golem creció se transformó en un ser violento que comenzó a matar a personas sin que nadie pudiera detenerlo. Entonces alguien le dijo al rabino que debía destruirlo. El rabino estuvo de acuerdo, y para acabar con él eliminó la primera letra de la palabra «emet» de la frente del golem, quedando la palabra hebrea «met» que significaba muerte. Así fue destruida la amenaza.

A aquel nuevo Golem maligno, al que llamaban Führer, también habría que eliminarlo antes o después. Mientras, era una amenaza creciente que cada día actuaba con mayor impunidad. En la tortuosa estrategia que le había encomendado el NKVD, él estaba colaborando en que el Führer ascendiera con rapidez. Cuando comentó sus dudas con Iván, el hombre replicó que llegaría el día que Hitler caería, y que cuando eso ocurriera, ni él, ni el tercer Reich, tendrían salvación.

Estaba dando los últimos retoques a la concentración de Núremberg. De acuerdo con Goebbels, se trataba de deificar al Führer. Auparlo a una posición de dominio absoluto del Reich, un nuevo Júpiter. Naturalmente todo aquello se grabaría por la nueva favorita, la genial Leni Riefenstahl, que debía glorificarlo.

Mantuvieron una serie de reuniones para terminar de perfilar la orquestación. Speer había llevado a la práctica la idea de los reflectores formando una

gigantesca columnata lumínica. Las pruebas nocturnas impresionaron. Finalmente llegó el día. Desfilaron más de cincuenta mil jóvenes en perfecta formación, tras ellos otros tantos SA, entre tambores y trompetas. Un acto grandioso, apabullante, que debía demostrar a los que mandaban en el partido, a los militares presentes, a las personalidades traídas de toda Alemania, que allí solo existía un único líder: Adolf Hitler.

Hitler comentó que el resultado superaba todas sus expectativas y Goebbels no cabía en sí. Era un nuevo logro del equipo de propaganda, al servicio de la causa.

A la vuelta, ya en Berlín, le invitaron al pase privado de la película dirigida por Riefenstahl en la cancillería. Se visionaría en una sala anexa al despacho privado del canciller. Allí se encontraban los jerarcas del partido, que fueron saludando a la directora. También apareció Joachim Gessner, una estrella ascendente, que lo saludó estrechándole la mano con fuerza. El último en entrar fue el propio Führer, que recibió las felicitaciones y parabienes de todos.

Kurt meditaba si aquel hombre no se daría cuenta de la rastrera adulación y la increíble hipocresía que le rodeaba, a través de una imagen pública orquestada desde el ministerio de propaganda.

Se habían colocado sillas para los presentes, cada una con su etiqueta personal. Se corrieron las cortinas entre la expectación de los presentes. La película titulada por Riefenstahl «El triunfo de la voluntad» los dejó sin habla. La sutil utilización de las cámaras, los juegos de luces y sombras, la forma en que había sabido filmarla, con fuertes imágenes, hicieron que al terminar todos volvieran a felicitarla efusivamente.

Después Hitler dirigió unas palabras. Kurt comprendió que allí se estaba gestando algo que trascendía todo lo que él había imaginado.

—Apreciados camaradas. Frau Riefenstahl, mi más cordial enhorabuena. Ha logrado usted sintetizar la filosofía de este partido al que pertenecemos. Si queremos conseguir cambiar Alemania, construir un Reich que dure siglos, todos debemos trabajar en el mismo sentido. Tenemos tres caminos paralelos: Una exigencia racial, una exigencia territorial, una exigencia ideológica. Me explicaré. Nuestra política pretende cambiar algunos conceptos para evitar volver a caer en los errores del pasado. Hemos tardado en comprender que las características, comportamientos, actitudes, habilidades de los seres humanos

están determinados por su constitución racial. La raza proporciona las características heredadas, no solo la apariencia externa y la estructura física. Sobre todo la conducta, la forma de pensar, las habilidades, la inteligencia, la cultura, la destreza, todas las características que nos hacen parecidos o por el contrario, diferentes. Es evidente por tanto que existen razas superiores y razas inferiores. En la cúspide se encuentra sin duda el hombre ario, el pueblo germano, en lo más bajo, al punto que podemos asegurar que no llegan a tener la categoría de humanos, los judíos. ¡Qué nadie se engañe! ¡Nos encontramos en una cruzada para salvar la civilización occidental de los eslavos, los asiáticos, y los judíos! ¡La mezcla de razas llevaría a la degeneración y la capacidad de defendernos y quedaríamos condenados a la extinción! ¡La raza aria alemana ha sido debilitada durante la república de Weimar, al permitir la procreación entre personas genéticamente degeneradas o con discapacidades físicas, mentales, homosexuales, delincuentes, vagabundos, alcohólicos, prostitutas, morfinómanos! ¡La conquista de los territorios del Este le proporcionaría a Alemania el espacio necesario para expandir su población, los recursos para alimentar a dicha población, y los medios para concretar el destino biológico de la raza superior! ¡El triunfo de la voluntad, que Frau Riefenstahl brillantemente nos ha mostrado en este trabajo, debe ayudarnos a entender que solo nosotros, los miembros del NSDAP podemos salvar a Alemania y al mundo del caos!

El Führer prosiguió su discurso durante más de una hora. Aseguró que el deber ineludible del partido era eliminar a los enemigos del Reich. Los judíos utilizaban astutas estrategias, que dominaban o manipulaban a su interés, como los medios de comunicación, la democracia parlamentaria y las organizaciones internacionales que ellos preconizaban.

—¡Es sencillo de comprender! ¡Si el Reich no actúa, las hordas infrahumanas de eslavos y asiáticos incivilizados, controlados por los judíos, tarde o temprano eliminarán a los alemanes! ¡Por tanto tendremos que eliminar las amenazas, sobre todo la judía, o de lo contrario nos amenazará la extinción!

En cuanto Hitler acabó su discurso, los camareros entraron en la sala con copas de champán y canapés. El Führer se apartó hacia unos de los ventanales hablando con Leni Riefenstahl y con Goebbels. Después este buscó a Kurt con la mirada y le hizo un amistoso gesto para que se acercase. Todo aquello no pasaba desapercibido para el centenar largo de personajes nazis que allí se encontraban.

Alguien comentó que las nuevas batallas se ganarían con propaganda, y que los cañones y los tanques eran cosa del pasado. A su alrededor algunos brindaron por la privilegiada inteligencia del Führer.

Kurt se acercó hasta ellos. Hitler se adelantó un paso mientras alargaba su mano.

—Está haciendo un buen trabajo, señor Eckart. También debo agradecerle su ayuda para sacar partido de mi refugio en Obersalzberg. Me acaba de explicar nuestra directora que la idea de los proyectores formando una columnata de luz fue suya. ¡Una magnífica idea! —Hitler lanzó una mirada penetrante a su ministro de propaganda, como si quisiera reprocharle el que siempre quisiera quedarse con todo el mérito—. Vamos a necesitarle a usted muy pronto. Siga teniendo ideas —Hitler volvió a mirar a Goebbels—. Que se le recompense como a los otros. Y ahora siga en lo suyo. Gracias por su absoluta entrega al partido.

Días más tarde, el NSDAP le ofreció un lujoso piso en la Wilhelmstrasse con el alquiler pagado, que él rechazó alegando que ya tenía un piso más que suficiente. Le llamaron desde la «Daimler» para ofrecerle un automóvil «Mercedes» de cinco plazas, sin cargo para él, que podría utilizar a su conveniencia y que igualmente rechazó. Dos días después le ingresaron en su cuenta treinta mil marcos que no pudo rechazar. Era la forma en que el partido cuidaba a los suyos. Kurt sabía que existían muchos otros alicientes para los adeptos al partido que llevaban a cabo tareas especiales, y que no se habían atrevido a sugerirle.

Un mes más tarde, a finales de noviembre, Kurt Eckart entregó a Iván un detallado informe sobre el gabinete ministerial de Adolf Hitler. En él se analizaba a cada uno de los ministros. Konstantin von Neurath de Asuntos Exteriores, Lutz Graf Wilhelm Frick de Interior, Schwerin von Krosigk de Finanzas, Franz Gürtner de Justicia, Werner von Blomberg de Guerra, Hjalmar Schacht de Economía, Franz Seldte de Trabajo, Paul Freiherr von Elt Rübenach de Asuntos Postales y Transportes, Joseph Goebbels de Ilustración pública y Propaganda, Hermann Goering de Aviación, Bernhard Rust de Ciencia y Educación, Hans Kerrl de Asuntos Eclesiásticos, Rudolf Hess, ministro sin cartera. El informe incluía la dirección de cada ministerio, el domicilio particular de cada ministro, su situación, estado, relación personal con el Führer, y otros

datos.

Tras el éxito de Núremberg, la popularidad del Führer se encontraba en la cúspide. El informe añadía que los ministros no formaban consejos, sino que debían consultar directamente con Hitler todas las decisiones de importancia, y que no existía apenas relación entre ellos, precisamente a causa de la personalidad obsesiva de Hitler que no podía soportar la menor interferencia en su ámbito de poder. También mencionaba a Himmler, recién ascendido a inspector general de la Gestapo, y a su lugarteniente Reinhard Heydrich, jefe de la policía del Estado Prusiano. Lo que estaba ocurriendo en el Reich significaba un control absoluto de todos los estamentos del estado por medio de la Gestapo. Ni los ministros se libraban de su vigilancia. Estaban siguiendo el ejemplo del NKVD.

A finales de noviembre Kurt aprovechó unos días de vacaciones para visitar a María en Viena. Los acontecimientos la habían superado. La situación psicológica de María rechazaba la posibilidad de volver con él. Era como si ella le culpase por tener que aceptar aquella vida de riesgo continuo. Ella necesitaba seguridad y con él no la encontraba. Le dijo que no deseaba volver a Alemania por el momento.

María insistió en que dejara aquel asunto, y que ambos se fueran a algún lugar de América. Lo único importante para ella era terminar con la tensión constante que suponía estar viviendo con un espía. Le aseguró que aquella situación acabaría mal y que no era capaz de resistirlo por más tiempo, prefería separarse. No podía estar viviendo siempre con el alma en vilo, pensando que la siguiente llamada sería de una voz anónima diciéndole que él había muerto o desaparecido.

Kurt le contestó que ella ya sabía cuáles eran las circunstancias, y que lo estaba colocando en una diatriba. A pesar de que su decisión le causaba un dolor enorme, él no iba a dejarlo. Nunca había dejado nada a medias.

Aquella decisión sacó de sus casillas a María. Se enfadó con él. Nunca antes la había visto tan enfadada. Le acusó de egoísta, le dijo que se sentía engañada. María lloró como no lo había hecho desde la muerte de su madre. A pesar de su frialdad, Kurt salió del piso sintiéndose mal. Nunca había sentido tanto tener que cumplir con lo que creía su deber.

Kurt volvió a Berlín aquella misma noche en el expreso nocturno. Tendido

en su compartimento meditó que después de todo aquello no era tan malo. Por su carácter débil, María estaría mejor alejada del tema. Cuando terminara con el asunto volvería a buscarla. La conocía muy bien. Ella no buscaría a ningún otro.

María se sentía incomprendida y lastimada. Para entonces tendrían que ser los felices padres de un niño, y en cambio en aquellos momentos todo se había venido abajo como un castillo de naipes. Había creído que él cedería, que aceptaría dejar aquella absurda situación, y que ambos reiniciarían su vida en cualquier lugar de América.

Llamó a Eva para desahogarse. Cuando Eva le dijo que quería verla cuanto antes fue a visitarla. Mientras hablaban comprendieron que ambas habían fracasado con dos hombres muy diferentes. Eva le propuso que se quedara allí con ella, en aquel amplio piso. Le dijo que no tenía sentido que vivieran cada una en un lugar distinto, en una situación como aquella. María al principio le dijo que no. Pero cuando volvió a su casa lo pensó mejor. Hizo las maletas y aquella misma tarde a última hora se presentó de nuevo en el piso de Eva. Cuando vio a su hermana la abrazó.

—Eva. Acepto tu oferta, me vengo a vivir contigo. El mundo se está volviendo loco, y creo que de momento estaremos mejor juntas, al menos mientras pasa la tormenta.

Eva asintió.

—¡Cuánto me alegro de tu decisión, María! ¡Querrás decir hasta que ese Hitler desaparezca para siempre! ¡Él es el responsable de la situación en Alemania!

## 68. LA VISITA DE ILSE (PEENEMÜNDE, ENERO DE 1935)

El quince de enero de 1935, Ilse Edelberg recibió una citación personal de la Comisaría Central de la Gestapo. Un anodino funcionario de paisano se la entregó en mano y tuvo que firmar que la había recibido. El escrito decía que debía presentarse tres días más tarde para realizar una entrevista personal, a la que debía acudir sola. En un principio temió por la vida de Karl, pero luego pensó que debía tratarse de otra cosa. Si le hubiera sucedido algo, las cosas hubieran sido de otra manera.

A finales de mayo había recibido una carta de puño y letra de su marido, en la que le contaba que estaba trabajando en un proyecto que le obligaba a residir en el mismo centro de investigación. Una carta sin matasellos, en la que Karl le explicaba que no podía decirle donde estaba, pero que se encontraba bien y que en cuanto pudiera volvería con ella y con los niños. Le pedía que tuviera paciencia y que mantuviese la discreción.

Después fue recibiendo una carta mensual. Todas sin matasellos. Todas escritas con la inconfundible caligrafía de su marido. Alguien que no era el cartero las dejaba en su buzón. En todas ellas Karl intentaba animarla, asegurándole que estaba trabajando en algo muy importante, aunque no pudiera explicárselo. En una de ellas, incluyó una foto algo desenfocada en la que se le veía en el exterior de un edificio, con un abrigo gris y un sombrero. Con una lupa comprobó que era él, pues a simple vista no era capaz de reconocerlo, aunque su aspecto era el de un hombre diez años mayor. En la foto Karl había escrito la fecha y firmado debajo «20 de diciembre 1934, Karl Edelberg». Aunque se quedó muy preocupada, al menos aquello garantizaba que seguía vivo.

El día de la cita se acercó con tiempo al cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse. En Berlín comenzaban a llamar al edificio «La casa de los horrores». En el mostrador del vestíbulo general dio el número de expediente

que figuraba en la carta. El funcionario la miró por encima de sus anteojos y le dijo que pasara a la sala de espera, que aguardara a que la llamaran.

Apenas diez minutos más tarde, exactamente a la hora en que la habían citado, el hombre se acercó a ella. Ya no parecía tan adusto.

—Señora Edelberg. La recibirá el inspector Brunner. Acompáñeme por favor.

Fue tras él por el largo pasillo que ya conocía de la otra vez. Se sentía extrañamente tranquila, como si todo aquello no fuera con ella. Entraron en el despacho sin llamar. El inspector Brunner se levantó y le sonrió. Ilse no esperaba aquel recibimiento. El hombre la invitó a sentarse.

—Señora Edelberg. Lo primero que tengo que decirle es que su marido, el señor Karl Edelberg se encuentra bien. Para su tranquilidad, le diré que no hay ningún cargo contra él. De hecho sabemos que está trabajando por su propia voluntad para el gobierno. ¡El señor Gessner tiene importantes contactos! Ahora las cosas no son como hace unos meses. ¿Me comprende? Bien. Se la ha citado para explicarle que dentro de unos días se le va a permitir visitarlo. Sintiéndolo mucho, sus hijos no van a poder acompañarla. Naturalmente usted no podrá contar nada de lo que hable con su marido, ni decir donde se encuentra. Todo será absolutamente confidencial. ¿Comprende? Su esposo es un importante científico, que está trabajando en un proyecto secreto de interés para el gobierno. Si le permitimos ir a verle es para que compruebe que él se encuentra bien, que ambos entiendan que esta situación es temporal y lo mejor para ambos, y por supuesto para Alemania. Si está de acuerdo, el próximo lunes alguien pasará por usted y la acompañará hasta donde se encuentra su marido. Tendrá que aceptar sus instrucciones y hacer las cosas conforme se le indiquen. Solo así se le permitirá volver de vez en cuando. Es por su propia seguridad y la de su esposo. ¿De acuerdo?

Murmuró un «sí» casi inaudible. No podía hacer otra cosa. Sabía cómo funcionaba aquella gente y no quería poner en riesgo la posibilidad de ir a verlo, ni de que ella tuviera un problema. Aquel inspector sabría algo que ella desconocía, ya que la trataba con excesivos miramientos. Alguien le habría advertido de que no la asustara, que fingiera una amabilidad y una situación que no tenía nada que ver con la realidad. Ella sabía por experiencia que aquella situación podría cambiar en apenas un abrir y cerrar de ojos.

El inspector Brunner la acompañó hasta la puerta principal. Le dijo adiós desde la escalinata. Ella caminó algo aturdida bajo la ligera lluvia hacia la parada del tranvía. No podía comprender lo que estaba sucediendo.

El fin de semana intentó hacer su vida normal: El tiempo mejoró el domingo y le permitió visitar el zoológico con los dos niños mayores. Charlotte se quedó toda la mañana con el pequeño David. El niño era hiperactivo, no paraba en todo el día. El médico le había dicho que no podría llevar una vida normal, tampoco asistir al colegio. Un gran problema.

Su madre no deseaba discutir con ella. De vez en cuando se daba cuenta de que la observaba fijamente, como si la culpara porque Karl hubiera desaparecido de nuevo. Cuando supieron que vivía pero que estaba retenido en algún lugar, Charlotte que había vivido sola toda su vida y no deseaba que a ella le ocurriera lo mismo, lloró de alivio por ella.

En el zoológico los niños disfrutaron con los animales. A David tenían que llevarlo atado al cochecito, si se sentía libre comenzaba a correr sin mirar por donde iba. Se dio cuenta de que se veían algunos reclutas paseando, muchachos muy jóvenes que se habían alistado en el ejército. No sabía que Alemania pudiera volver a tener un ejército. Relacionó aquello con la investigación secreta en la que estaba trabajando Karl. No por su gusto, ya que lo habían secuestrado y extorsionado con violencia para que hiciera lo que ellos querían. Entonces cayó en la cuenta de que acababan de votar en un plebiscito para la reincorporación del territorio del Sarre al Reich. Aquel asunto venía dando vueltas desde el Tratado de Versalles. El día del plebiscito les dijeron a través de la radio y los periódicos que los franceses iban a invadir el Sarre. El Führer había dicho por radio que con aquella anexión terminaban las demandas territoriales de Alemania. Que el Reich alemán solo aspiraba a la paz. Pero aquellos reclutas eran algo más. Ilse estaba comenzando a comprender que el Tercer Reich no era lo que ella había creído. Tampoco lo que muchos alemanes esperaban.

Sin embargo, aunque se aferraba a la idea de que las cosas estaban cambiando para un futuro mejor, y que durante un tiempo serían precisos duros sacrificios, algo dentro de ella se estaba rebelando. Contra la Gestapo, las SS, la violencia utilizada por el NSDAP para conseguir lo que en cada momento pretendía, los numerosos campos de trabajo, en realidad durísimas prisiones que estaban apareciendo en toda la geografía de Alemania, lugares temidos de los

que se contaban muchas cosas, también los asesinatos políticos, los secuestros que llevaba a cabo la Gestapo o las SS, como el de Karl, que la afectaba a ella directamente, que habían ocasionado miles y miles de desapariciones, la forma en que Hitler se había deshecho de la oposición, los violentos métodos contra los judíos. También el peligroso ambiente de las calles, en donde los matones nazis campaban por sus respetos, sin que la misma policía se atreviese a llamarles la atención.

Se estaba dando cuenta de que aquella situación podría terminar por afectarla a ella misma. Quisiera escucharla o no, su propia madre le había recordado que era hija de un judío. De acuerdo con los criterios nazis, ella y sus hijos estaban contaminados racialmente. Eran demasiadas cosas como para mirar hacia otro lado. Comenzaba a darse cuenta de que Karl tenía razón cuando rechazaba aquel régimen de terror. Extrajo la arrugada carta que él le había enviado y la releyó despacio. En aquel preciso momento comprendió que si Karl no le había podido decir donde estaba trabajando, no se debía solo a que lo hubieran censurado. ¡Ni él mismo debía saber dónde estaba! Necesitaba saber cómo se encontraba. La fotografía mostraba un hombre que no se parecía físicamente a su marido. Era él, sin duda, pero al tiempo otro hombre diferente.

Se preparó concienzudamente para la visita. Había ido a su peluquero el domingo por la tarde, cuando volvieron del zoo. Hans la atendió en su casa sin preguntarle nada. Comprendía las circunstancias, estaba informado de que su marido no estaba con ella. Le tiñó las canas que comenzaban a aparecerle y luego la peinó cuidadosamente. No quiso cobrarle. Le dio la mano deseándola suerte. Agradecida, le besó en la mejilla.

El lunes a las siete de la mañana recibió la llamada telefónica, como había quedado con el inspector Brunner. La voz la advirtió que a las ocho en punto la aguardaría un coche en la puerta. Debía estar lista para el viaje y llevar ropa suficiente para veinticuatro horas. Después colgaron.

Una hora más tarde, tras despedirse de su madre y besar a los niños, aún dormidos, bajó al portal. Lloviznaba. Un instante después un vehículo negro se detuvo frente al edificio. Ella corrió hacia él con su pequeña maleta, intentando que la lluvia no le mojara el cabello. Un hombre descendió y le abrió la puerta trasera. Ilse era consciente de que su madre estaría inquieta, observando por la ventana. Se iba a quedar con los niños hasta que ella volviera. El hombre no le

dirigió la palabra y ella sin dudar entró en el coche. Cuando se cerró la puerta se dio cuenta de que las ventanillas traseras estaban cubiertas con un hule que le impedía ver el exterior. Tampoco podía ver a los dos hombres que iban en el asiento delantero. Estaba resignada a aceptar lo que la impusieran, pero acababa de convencerse de que aquella no era la Alemania que ella deseaba para sus hijos.

Viajaron durante tres horas. Al principio estaban circulando por una carretera bien asfaltada, al menos durante una hora y media. Debía estar lloviendo bastante ya que resonaba con fuerza en el techo, y la penumbra en el interior del vehículo se acentuó. Después el coche comenzó a traquetear, de lo que dedujo que se encontraban en una carretera de segundo orden, probablemente sin asfaltar. No tenía ni idea de hacia dónde se estaban dirigiendo. Aquella gente no quería que ella supiera donde estaba su marido. Tendría que tratarse de algo muy secreto. Tal vez armamento, prohibido por el Tratado de Versalles. Karl era especialista en óptica. Sabía que estaba trabajando en su empresa en sistemas catadióptricos, aunque ella no sabía bien de qué se trataba. Karl le había hablado de un investigador que colaboraba con él. Un tal Bernard Schmidt. Decidió llamarle cuando volviera a Berlín. Karl le diría donde localizarlo.

De pronto el automóvil se detuvo y el motor se paró. Ilse pensó que habrían llegado a su destino. La puerta se abrió y el mismo individuo le dijo que habían llegado y que descendiera del coche. Cogió su bolso y salió. El hombre le entregó su pequeña maleta. Se encontraban en un gran patio interior. El aspecto de las edificaciones era como si formaran parte de un complejo industrial. Las vías del tren se introducían hasta allí. Miró hacia arriba pero solo pudo ver un cielo plomizo. El hombre le dijo que lo siguiera. Caminaron hacia unas escaleras metálicas descubiertas que ascendían hasta la primera planta. Sus pasos resonaron en el gran patio abierto. Parecía conocer donde se hallaba, ya que subió con rapidez y tiró de la puerta abriéndola hacia afuera. La dejó pasar y él la siguió. Cruzaron una nave desierta hasta otra puerta situada al fondo. Un hombre de paisano abrió otra puerta. Entraron en un largo pasillo con puertas a ambos lados. Su guía la invitó a entrar en la primera. Le dijo que aguardara allí y él salió. Era una habitación destartalada, con un catre, dos sillas y un lavabo. La ventana tenía los cristales traslúcidos, lo que impedía observar el exterior. Tuvo la impresión de que se trataba de una celda. Se sentó en una de las sillas y

aguardó resignada, sabiendo que se encontraba en sus manos y que no podría hacer otra cosa.

Unos minutos más tarde Karl entró en silencio. Se quedó mirándola. Ella recordaba su expresión vital, su vigor, sus movimientos resueltos. Todo aquello había desaparecido. Karl era otra persona, unos ojos acuosos tras las lentes, el cabello canoso, al menos le faltaban dos dientes. Su ropa demostraba que había perdido mucho peso. Ilse se llevó la mano a la boca, sorprendida, sin saber qué decir. Él intentó esbozar una sonrisa y caminó hacia ella. Ilse no fue capaz de incorporarse. Él intentó abrazarla. Su ropa gastada olía a sudor y a suciedad.

—Querida. Como puedes comprobar ahora estoy mucho mejor —Karl intentaba tranquilizarla—. Lo pasé mal en aquel campo de trabajo, pero eso ya se acabó. ¡Me alegro tanto de que hayas podido venir! Os echo de menos a ti y a los niños. Ahora estoy empezando a trabajar en un nuevo proyecto, no puedo explicarte nada. Solo sé que me pagarán un sueldo… he pedido que te lo hagan llegar. No te preocupes por esta ropa. Un sastre me ha tomado medidas y me está haciendo un traje, unas camisas, tengo una bata para el laboratorio —bajó la voz—. Hay varios científicos judíos. Jacob Meyer al final no pudo marcharse, y también lo trajeron aquí. Todo va a mejorar, y me han prometido que después me enviarán a casa. La verdad, tengo ganas de ver a los niños.

La miró fijamente. Ilse sabía que no le estaba diciendo todo lo que sabía. Para no comprometerla.

—El problema es que no sé dónde estamos. Nadie me ha dicho dónde está este lugar, pero creo que debe encontrarse muy al norte, cerca del mar, ya que en ocasiones escucho las olas por la noche y puedo olerlo —Karl bajó la voz hasta convertirla en un susurro e Ilse tuvo que acercarse a él para escucharlo—. Creo que debemos estar cerca del Báltico, aunque no estoy seguro.

De pronto Karl se derrumbó mientras se cubría los ojos con las manos.

—¡En realidad ya no estoy seguro de nada!

Ilse tuvo que reprimir un sollozo. A ella le ocurría lo mismo. Durante aquellos años había estado convencida de que Alemania recuperaba la dignidad, la fuerza, y el prestigio internacional gracias al Führer. Había tenido que suceder aquello para que pudiera comprender lo equivocada que estaba.

Mientras la abrazaba, notó como Karl le pasaba un pequeño papel doblado mientras susurraba con voz casi inaudible que lo leyera cuando estuviese fuera y

lo destruyera.

Ilse se lo metió en un bolsillo de la falda con un gesto como si buscara el pañuelo. Levantó los ojos y pudo ver como la mirada de él se había endurecido. Pensó en que tal vez habría alguien escuchándoles, vigilando. Se dio cuenta del espejo. Había oído hablar a alguien acerca de los espejos que servían como ventanas desde el otro lado. Se sentía asustada.

Karl prosiguió hablando con normalidad, aunque ella percibió que lo hacía con un tono cansino, sin ilusión. Como si no estuviera hablando para ella.

—Ilse. No tengo más remedio que cumplir con mi deber como alemán. Si el Reich me necesita, haré lo que tenga que hacer. Estaba equivocado. Creí que podía olvidarme de Alemania, vivir mi vida. He comprendido que todos los que podemos aportar algo debemos hacerlo. No te preocupes por mí, estoy bien, y cuando termine mi trabajo volveré a casa.

Karl se había tendido en el catre, como si deseara que ella se tendiera junto a él. Ilse lo intentó pero se incorporó un instante después. No podía, aquel no era el Karl que ella amaba. El fuerte olor la repelía y además se sentía vigilada.

—Sí, Karl. Quédate tranquilo, los niños y yo estamos bien. David es un poco inquieto, pero estoy segura de que mejorará. Mi madre me echa una mano y de momento no nos falta nada. Haz lo que tengas que hacer. Me siento orgullosa de ti, querido. Me ha aliviado verte. Por un tiempo creí que te había ocurrido algo malo.

Ambos permanecieron un largo rato en silencio. Ilse se dio cuenta de que no tenía nada más que decirle. Karl parecía aliviado de que ella lo hubiera rechazado. Después entró alguien. Se dirigió directamente a ella.

—La entrevista ha terminado. Ahora debe acompañarme. El señor Edelberg debe ir a descansar.

Ilse asintió. Lo único que deseaba era volver a Berlín. Besó a Karl en la mejilla, mientras él la miraba con tristeza. Tuvo la impresión de que él quería decirle algo más pero no volvió a hablar. Ella salió tras el guardián, que la condujo a una habitación muy similar, un lugar impersonal, con un aseo en un cuartito anexo y un lavabo en la misma estancia.

—Mañana por la mañana a las seis en punto saldremos para Berlín.

Era como si aquel hombre hubiera leído su mente. Pensó qué clase de personas serían los que estaban haciendo el trabajo sucio de los nazis.

Asintió. No quería tener otra entrevista con su marido en aquellas condiciones. No había podido ducharse ni cambiarse después del viaje, y se sentía sucia y cansada. El hombre cerró por fuera con llave. Ilse se tendió sobre el camastro y comenzó a llorar. Cuando se calmó, entró al aseo y extrajo el papel doblado. Estaba escrito en un trozo de hoja cuadriculada y perforada de bloc, con lápiz. Eran la letra y la firma de Karl.

*Querida Ilse: Este lugar se encuentra cerca de un pueblo del Báltico llamado Peenemünde. El gobierno está construyendo el prototipo de un nuevo submarino en un proyecto ultra secreto de la Germaniawerft, una sociedad participada por el Reichswehr denominado MVBIIB. Yo tengo la responsabilidad de diseñar toda la óptica, el periscopio y otras piezas importantes. Creo que a los que trabajamos aquí, prácticamente todos de manera forzada, no nos permitirán volver al exterior en mucho tiempo, lo más probable es que nunca. Hace poco uno de los científicos, un ingeniero judío casi logró escapar, pero lo mataron a tiros en la alambrada exterior. Eso nos demostró que nos mienten y reafirmó mi voluntad de terminar con esta situación. En cualquier caso ya no soy el que fui. Ellos quebrantaron mi cuerpo y mi alma. Prefiero mil veces la muerte y he tomado la decisión de suicidarme. Tal vez soy un cobarde, pero no soporto permanecer aquí por más tiempo, y temo que si dejo de colaborar me llevarían al campo de prisioneros en el que permanecí antes. El verdadero culpable de esta situación es Stefan Gessner. Él me denunció, y él hizo que me arrestaran. Es un hombre malvado y peligroso.*

*Quiero que sepas que te he querido mucho. Siento que esto termine así, pero ya no soy capaz de resistir un solo día más. Ellos desconfían de mí, y si te han hecho venir ha sido solo un último intento para convencerme de que es mejor que colabore, ya que en caso contrario mi familia podría tener serios problemas. No quería que te dijeran que había sido un accidente. Debes saber que esta gente, los nazis, son capaces de todo. Tengo la certeza de que cuando yo haya desaparecido te dejarán tranquila, ya no les servirás para nada. Eso me reconforta. Cuida de los niños y perdóname, te lo ruego. Hasta siempre.*

*Karl*

*P.D. Te ruego encarecidamente que destruyas esta carta de inmediato. Rómpela en pedacitos y tírala por la cisterna del WC. No permitirán que nada de esto se sepa, es posible que te registren antes de permitirte salir de aquí. Si te la cogieran encima te asesinarían. Ya ha ocurrido antes.*

Ilse no fue capaz de llorar al terminar la carta. Era como si lo supiera desde que había visto a Karl. Dentro de ella sentía crecer un nuevo sentimiento por el Tercer Reich. Una mezcla de odio y desprecio como nunca hubiera creído poder llegar a sentir por nada.

Sabía que no podía hacer nada para cambiar las cosas. Si les mostraba la carta, o simplemente les explicaba que Karl quería suicidarse, los asesinarían a los dos. Karl no deseaba seguir viviendo en aquellas condiciones. Por encima de cualquier otra circunstancia ella debía cuidar de sus hijos. Lloró de nuevo amargamente hasta que debió quedarse dormida.

Se despertó sobresaltada en el momento en que alguien golpeó en la puerta para que se levantara. Diez minutos más tarde escuchó la cerradura y la puerta se abrió. Ella estaba preparada. Una funcionaria de aspecto serio la cacheó a fondo. Después abrió su bolso de viaje y lo vació sobre el catre. Comprobó todo minuciosamente. El hombre que la había acompañado observaba desde la puerta. La mujer no encontró nada y asintió. Caminó tras él, volvieron a hacer el mismo recorrido en sentido inverso. Entró en el automóvil que aguardaba en el patio y que arrancó un instante después.

Durante el viaje no podía dejar de pensar en el rostro de Karl. Sabía que no volvería a verlo nunca más, y le apenaba recordarlo así. Quería pensar en el que había sido antes.

Unas horas después llegaron a Berlín. Volvieron a dejarla frente a su casa. Descendió del coche que arrancó de inmediato. Miró hacia arriba y vio tras los cristales del balcón el rostro de su madre, aguardándola.

Más tarde cuando su madre ya se había marchado, se quitó el zapato. Bajo la plantilla de piel, doblada para ajustarla, se hallaba la carta. Se había roto por algún doblez. Volvió a leerla y de nuevo lloró sin consuelo, sabiendo que para entonces Karl se habría quitado la vida. Luego la escondió en un doble fondo del

buró, donde también guardaba el dinero en efectivo.

Una época muy importante de su vida había acabado. Sentía una profunda tristeza y, al tiempo, la determinación de luchar por cambiar aquella situación.

Dos días más tarde recibió una citación urgente de la Gestapo para que acudiera de inmediato. Se arregló y se dirigió allí en el tranvía. En cuanto llegó el policía de guardia la acompañó al despacho del inspector Brunner que la estaba esperando. Volvía a ser el funcionario duro y desagradable del primer encuentro.

—Señora Edelberg. Siento tener que comunicarle que su marido falleció antes de ayer por la noche. Cayó por una escalera metálica y se desnucó. Debió ser una muerte instantánea. Quiero hacerle unas preguntas. ¿Le dijo a usted algo que pueda aclararnos ese penoso incidente? ¿Le dio alguna información sobre lo que estaba haciendo? ¿Pensó usted que podría intentar suicidarse? Mire, señora Edelberg, solo quiero que sea sincera. Es por su bien. ¿Comprende?

Ilse lo miró a los ojos. Había intuido que le podría preguntar algo semejante. No pudo evitar que unas lágrimas se deslizaran por sus mejillas, pero intentó mantener la calma.

—Inspector Brunner. Ya le expliqué la primera vez que nos vimos que mi esposo y yo pensábamos de manera muy diferente. Yo le eché en cara entonces que se hubiera distanciado del partido, pero él tenía sus propias ideas, y tal vez estaba siendo influenciado por alguien cercano. Después se fue transformando en alguien depresivo y temeroso. Fue por entonces cuando desapareció. Cuando lo vi apenas durante treinta minutos el otro día, ambos nos dimos cuenta de que nuestra relación había acabado definitivamente, a pesar de ser el padre de mis hijos. Me dijo que había comprendido que debía cumplir con su deber, no que pensara quitarse la vida. Añadió que no podía decirme lo que estaba haciendo. Nada más, acepto que tal vez mi postura le incitara a ello, siento mucho que haya tomado esa fatal determinación, sobre todo por nuestros hijos.

Ilse se quedó mirando al inspector Brunner, con ojos llorosos, intentando no mostrarse desafiante.

—Bien. Usted sabrá. Le puedo asegurar que aquí termina por saberse todo. No tengo más que preguntarle. Pero le haré una advertencia, señora Edelberg: No intente pasarse de lista, o la próxima vez no seré yo quien hable con usted. ¿Me comprende? Aquí tiene el certificado de defunción para poder tramitar los

papeles de viudedad. Por cierto, al haber sucedido de esta manera, no tiene usted derecho a pensión alguna. Son las normas. Todos los bienes de Karl Edelberg serán embargados por el estado. Y váyase, ahora vuelva a su casa con sus hijos y prosiga su vida. Preferiría no tener que volver a verla nunca más. Se lo digo por su bien.

Ilse salió de allí sabiendo que cada día que pasara sin tener noticias de la Gestapo sería una victoria personal. No sentía temor por ella, sino por sus hijos. Los nazis eran capaces de cualquier cosa.

## 69. «DER STÜRMER» (BERLÍN-MARZO Y ABRIL DE 1935)

Joachim Gessner estaba ascendiendo en el partido con enorme rapidez, ya era uno de los hombres de confianza de Goebbels. Ambos tenían mucho en común. Entre otras cosas, un acendrado odio racial hacia los judíos. Aquel era el motivo por el que Goebbels le había invitado a asistir a la reunión en Berlín para coordinar las actuaciones antisemitas en todo el Reich. También asistirían Julius Streicher, gauleiter de Franconia y editor del diario «Der Stürmer», Wilhelm Kube, gauleiter de Brandeburgo, un fervoroso cristiano que era aún más fervoroso antijudío, Josef Grohé, gauleiter de Krummacher, y Jacob Sprenger, gauleiter de Hesse. Cada uno de ellos iría acompañado de alguno de sus hombres de confianza, que posteriormente tendrían que ejecutar lo que allí se decidiera.

Goebbels hacía de anfitrión. Su responsabilidad en aquel encuentro era reavivar la actividad contra los judíos y sentar las bases de la política interior en el Reich.

—Queridos camaradas. Así como nuestra política exterior de los últimos años nos ha situado de nuevo en el escenario internacional, en una posición inmejorable, gracias a la clarividencia del Führer, sin embargo hemos podido detectar como los judíos siguen entre nosotros, interfiriendo. El Führer me ha encomendado que llevemos a cabo una serie de acciones para terminar de una vez por todas con esta situación. Para ello les he citado aquí. Debemos aportar ideas prácticas con este fin.

Streicher levantó la mano.

—Si me permite, camarada. Yo estoy llevando una doble presión. La administrativa y la difusión, a través de «Der Stürmer». En cuanto a la primera, echamos de menos una legislación más clara y directa. En cuanto a la segunda, estamos superando los cuatrocientos mil ejemplares. ¡A la gente le gusta lo que decimos! ¡Saben que no nos callamos! ¡Y aún tenemos muchas cosas que decir sobre esa plaga!

—Sí, querido camarada Streicher. Conocemos la importancia de su periódico. ¡Debe seguir machacando! —Goebbels dio un puñetazo en la mesa—. Pero ahora necesitamos concretar una política que nos permita cambiar las cosas para siempre. ¡Deben quedar fuera de la ley y el estado dentro en cualquier caso! Apreciados camaradas. No debemos olvidar que el año que viene se celebrarán aquí las olimpiadas de verano. Durante esos días tendremos que aparentar otra cosa. No debemos dar lugar a que los Estados Unidos o Gran Bretaña no participaran. No sería bueno para nosotros. Pero mientras debemos preparar y aprobar una legislación muy clara que vaya restando grados de libertad a los judíos. Yo les propondría unas leyes raciales que los acorralaran. Como por ejemplo: ¿Quién es judío? ¿Quién actúa como tal y debe considerarse judío? ¿Qué relaciones están permitidas entre los judíos y los que no lo son? ¿Qué trabajo pueden o no llevar a cabo los judíos dentro del Reich? ¿Cuáles son las relaciones laborales de los judíos en Alemania? ¡Muchos puntos que aclarar como verán!

—¡Querrá usted decir, señor Goebbels, mientras haya judíos en el Reich! —Streicher no quería dejar pasar la vez—. ¡Yo lo que propondría sería eliminarlos a todos! ¿Qué se hace con una plaga? Tengo un plan. ¡Lo comenté con el Führer y coincidimos en todo! ¡Ahí se acabarían las preocupaciones! Cuando preguntaran ¿quién es judío en el Reich? Tendrían que contestar: ¡Nadie es judío! ¡Ya no quedan judíos!

En aquel momento Joachim Gessner levantó la mano. Goebbels le había animado a participar antes de la reunión.

—Gracias ministro, apreciados camaradas. Con su permiso me permitiré acudir a Maquiavelo. Creo que debemos ser más sutiles que ellos. Los judíos acuden a sus contactos en todo el mundo. Aquí, dentro del Reich, aún mantienen un gran soporte. La gente tiene ahora una preocupación fundamental: la economía. El boicoteo a los comercios y almacenes judíos se puede volver contra nosotros. Si llevamos a cabo exhibiciones de violencia antijudía mucha gente no entenderá que estamos luchando por su futuro. Creo sinceramente que lo que tengamos que hacer para librarnos de ellos deberá ampararse en la discreción. Si la gente ve como se saquean las propiedades judías, temerán que en el futuro se actúe lo mismo en contra de las suyas. Si se quema una sinagoga, los curas creerán que luego se quemarán sus iglesias. En nuestro país la gente

prefiere el orden al desorden, el silencio al griterío, la paz a la violencia. ¡Pues bien hagámoslo como le gusta a la mayoría! Actuemos en los despachos, legislemos adecuadamente, ya que en caso contrario no obtendremos los resultados que pretendemos.

Goebbels estaba bastante de acuerdo con él.

—¡Muy acertado su criterio, Gessner! En este asunto coincide usted con el ministro del interior, Frick y también Schacht. Mire, haremos una cosa. Usted será mi hombre en este asunto. ¡Confío plenamente en usted! Frick desea legislar en este tema, y Schacht, que en el fondo es un conservador, quiere hacerlo tal y como usted ha dicho. ¡Qué gran coincidencia! ¡Usted será mi delegado en la comisión que se va a crear para la nueva legislación racial! ¡Se trasladará usted a Núremberg, ya que allí será donde se preparará esta legislación fundamental para el Tercer Reich! ¡Esté usted tranquilo, Streicher! ¡Le puedo asegurar que de una vez por todas nos libraremos de esa plaga!

# 70. ADA AMIAD Y ARIEL NAHMIAS (TESALÓNICA, VERANO DE 1935)

Jacques Dukas cumplió dieciocho años en julio de 1935. El mismo día en que él y su hermana Esther partían para Tesalónica. Un largo viaje que llevaban haciendo desde que eran niños, pero que seguía ilusionándolos.

Jacques, un muchacho apuesto y educado, tenía además otro interés. Cerca de la casa de la abuela en Tesalónica vivía Ada Amiad, una hermosa joven de la que se había enamorado perdidamente, y que con quince años ya era su novia. No hubo necesidad de acudir a la casamentera. No hizo falta la shadjnte que emparejara a Ada con nadie. Ella simplemente señaló a Jacques como el hombre al que quería. En Tesalónica todos lo llamaban Jacob, recordando tal vez a aquel tatarabuelo que aseguraba seguir poseyendo su casa en la mítica Toledo, cerca de la sinagoga de Samuel Ha-Leví. Jacques o Jacob Dukas le prometió que algún día la llevaría allí a buscar la casa de Sefarad, ya que aquella vieja llave de hierro llevaba siglos colgada de un clavo en la pared, aguardando a que alguien la llevara de regreso a su hogar.

También Esther Dukas había encontrado a su verdadero amor en Tesalónica. Después de tantos veranos pasados en la solitaria playa frente a su casa, acompañados de sus amigos, hasta que apenas con trece años, mientras se estaba transformando por días en una hermosa joven, conoció a Ariel Nahmias, dos años mayor que ella. Fue un amor a primera vista, y Esther sintió que cuando llegara su tiempo, aquel muchacho sería el padre de sus hijos.

Rachel y David Goldman también habían vuelto a Tesalónica, para refugiarse allí, en tierra amiga, de la gran tormenta que se avecinaba. David había podido comprobar con amargura y una cierta sorpresa que en Viena no lo consideraban un vienés más.

Rachel y David sabían lo que estaba sucediendo en Alemania, parientes, amigos o conocidos que también huían, perdiendo en muchos casos gran parte de su patrimonio, o que intentaban capear lo que creían una simple tormenta que

terminaría por pasar. Pero Rachel sabía que aquello iba a durar mucho más de lo que la gente imaginaba, y David se había convencido de que los nazis iban a llegar hasta el final en su voluntad de expulsar a todos los judíos del Reich.

Como David conocía la intuición de su mujer, decidieron cerrar el piso de Viena y marchar a Tesalónica. Habían tomado la determinación de quedarse allí para siempre. David podría proseguir sus investigaciones sobre la herencia sefardí, y Rachel volver a vivir los años de su feliz infancia y juventud. En aquel caserón se sentía de vuelta a su hogar, y se sentía acompañada por los espíritus benéficos de los suyos. Percibía que Esther Safartí seguía estando allí. Una extraña sensación que notaba en cuanto entraba en la casa.

Mientras, en Viena, Selma Goldman comprendía la decisión de sus padres. Compartía su criterio de abandonar Austria. Ella también se hubiera ido a Tesalónica con sus hijos, aunque solo como una etapa en su voluntad de marchar a Palestina, pero no podía abandonar su trabajo en la agencia, ni tampoco Jacques y Esther abandonar sus estudios. Trabajar en la agencia sionista le permitía entender en profundidad el mundo en el que vivía. Cada día llegaban judíos de lugares remotos, cada uno de ellos con su historia y sus problemas, aunque todos decididos a emigrar. Algunos escuchaban sus razonamientos y cambiaban su destino a otros países europeos, los Estados Unidos, o Sudamérica, por Palestina. La tierra prometida los necesitaba, si quería llegar a ser alguna vez lo que todos ellos anhelaban, y deberían hacer la aliyá si querían conseguir algún día el Estado de Israel, el hogar del pueblo judío.

Ella se mantenía en contacto con David Ben-Gurión, que le escribía explicándole sus ideas y animándola a trabajar intensamente por la causa sionista. Según él, Viena era un lugar estratégico y la agencia en la que ella trabajaba fundamental para guiar hasta la tierra prometida a mucha gente que no sabía bien adónde ir, ni cuál era su verdadero destino. Selma respetaba y admiraba a aquel hombre que tenía una convicción en la vida: Conseguir una patria para todos los judíos. Ben-Gurión acababa de ser elegido presidente del ejecutivo de la agencia Sojnut, un verdadero estado paralelo al mandato británico.

Por otra parte Lowe Lowestein era la encargada de la agencia en Tesalónica y Selma viajaba allí al menos un par de veces al año. Además de su interés sionista sentía un gran cariño por Lowe que se había sincerado con ella. Lowe la

consideraba su hermana mayor y decidió que no podía tener secretos con Selma. Le contó la manera en que había conocido a Paul Dukas, y le dijo que aquel hombre había demostrado una enorme grandeza de espíritu, justo cuando más enfangado estaba en lo material. Había sabido comprender lo que debía hacer, mientras ambos se hallaban desnudos en el lecho. Pocos hombres habrían sabido elegir, Paul lo hizo sin esperar nada a cambio. Gracias a él, ella se encontraba en aquellos momentos allí. La alternativa habría sido su degradación como mujer en aquel prostíbulo de Varsovia.

Lowe iba casi todos los días a casa de David y Rachel. Se había hecho muy amiga de la joven Esther, y ambas hablaban de muchas cosas.

Ada Amiad era la única hija de Salomón y Sarah Amiad. No pertenecían a la comunidad sefardí de Tesalónica, habían llegado de Estambul casi veinte años antes, y la gente los conocía como «los turcos». Nadie sabía la causa de haber abandonado aquella gran ciudad, hasta que Ada se lo contó a Jacques, ya su prometido. Salomón Amiad, como médico había ayudado a muchos armenios durante las matanzas de 1915 y 1916. Eso le había señalado y al final no tuvo otra alternativa que marcharse de Estambul, al perder la clientela y estar fichado por la policía. Él mantenía que solo había hecho lo que tenía que hacer, y que si volviera a repetirse la historia haría lo mismo. ¿Cómo iba a permitir que asesinasen a la gente solo por ser cristianos? Eso los judíos podían comprenderlo mejor que nadie. No era cuestión mirar hacia otro lado mientras los turcos perseguían a los armenios por las calles para acabar con ellos.

En cuanto a Ariel Nahmias, su historia era bien diferente. Descendía por parte de madre de una familia dönme, el último grupo de conversos que surgió en el imperio Otomano a finales del siglo XVII, seguidores del hereje Sabbatai Zeví, un judío que se proclamó a sí mismo mesías y pidió la abolición de las leyes y costumbres judías. A pesar de lo que significaban sus propuestas, Zeví atrajo a seguidores en el mundo judío. En 1666, los otomanos lo arrestaron y le dieron a escoger entre convertirse al Islam o la muerte. A pesar de ello, un grupo de sefardíes, unos cientos de familias judías, siguieron a Zeví, y para evitar represalias se convirtieron públicamente al Islam. Fueron llamados «dönme», es decir, conversos en turco, aunque se hacían llamar a sí mismos «ma’aaminim», es decir creyentes en hebreo. A finales del siglo XVII, prácticamente todos ellos residían en el lugar que se había convertido en su refugio: Tesalónica. Durante

los siguientes siglos llevaron una doble vida: hacían negocio entre ellos, oraban y practicaban en secreto sus propias tradiciones. No eran ni judíos ni musulmanes sino seguidores de Zeví y los judíos intentaban no mezclarse con ellos.

Muchos dönme simpatizaban con el programa de los Jóvenes Turcos, e incluso algunos de ellos se convirtieron en líderes del Comité para la Unión y el Progreso, que en 1908 forzó al sultán Abdul Hamid a establecer una constitución. En 1912 la ciudad fue conquistada por Grecia, que helenizó el nombre de Salónica a Tesalónica, expulsando a la población musulmana, aun cuando para la comunidad sefardí siguiera siendo Salónica.

Los dönme se vieron forzados a abandonar sus mezquitas y sus casas, y muchos se establecieron en Estambul. El padre de Ariel, Jacob Nahmias, contrajo matrimonio con una dönme huérfana de padre a pesar de la oposición frontal de su familia. La muchacha se convirtió al judaísmo y tuvo dos hijos con él, hasta que alguien la asesinó una noche. No se sabía si la había matado un judío, un musulmán o un dönme. Jacob Nahmias tuvo que volver a casarse para sacar sus hijos adelante.

Ni David Goldman ni Rachel hicieron comentario ni en un caso ni en otro. Si su nieta había elegido aquel muchacho, por otra parte educado en la religión, ellos no iban a oponerse. Esther Dukas era una joven dulce y hermosa aunque con las ideas muy claras, que no quería saber nada de que su madre eligiera a un joven para ella. La tradición de la casamentera estaba muy bien para los judíos ortodoxos, o para los que seguían las tradiciones más ancestrales, los que llegaban de Besarabia, de lugares remotos de Ucrania, de aldeas perdidas de Polonia. Tampoco Selma tenía nada que objetar. Ella mejor que nadie podía entender que el amor era una imparable fuerza de la naturaleza, y que por tanto era prudente no interponerse.

Tanto Ada Amiad, como Ariel Nahmias, procedían de familias con dramáticas historias. Los Amiad, amenazados de muerte, habían sido desterrados de Estambul como amigos de los armenios. Los Nahmias, al menos por parte de madre, como dönme, estaban vinculados a la causa de los Jóvenes Turcos, que con sus políticas provocaron el genocidio armenio. Ni Ada ni Ariel tenían nada que ver con aquellas historias, aunque como decía Lowe, la vida daba muchas vueltas.

# 71. EL CAMPO ZEPPELÍN (NÚREMBERG, SEPTIEMBRE DE 1935)

Paul Dukas había decidido no aceptar lo que viniera sin más. Quería estar informado de lo que estaba sucediendo en Alemania. Pensaba que habría mucha exageración en la prensa, casi toda ella afín al NSDAP alemán. Tras la visita a Berlín comprendió que los nazis no iban a conformarse con expulsar a los judíos del Reich. Las amenazadoras palabras del doctor Gerhard Wagner y del doctor Wolfram Sievers le habían hecho reflexionar sobre qué pretendían en realidad los nazis, hasta dónde llegarían una vez que tuvieran todo el poder. La quema de libros le demostró que ese momento ya había llegado.

Las noticias llegaban a Viena muy deprisa y la voluntad del Führer del Reich de legislar sobre la cuestión judía significaba una amenaza demasiado obvia como para mirar hacia otro lado. Paul Dukas tomó la arriesgada decisión de viajar a Núremberg y comprobar «in situ» hasta donde llegaba el dogmatismo del régimen y la sumisión de las masas. Una idea absurda y casi suicida para cualquiera. Dukas tenía otros defectos pero no era ningún cobarde.

Tenía la ventaja de que era rubio, de piel clara y ojos grises. Podía pasar por un austríaco, tal y como por otra parte demostraba el pasaporte falso que había adquirido a uno de sus pacientes del hospital, un croata con trastornos de conducta, capaz de falsificar cualquier documento. En el documento figuraba como un austríaco de nombre Paul Heiden, natural de Viena. Había tenido un paciente con ese apellido, aproximadamente de su edad. Estudió a fondo la historia familiar de aquel hombre en la ficha que le hizo. Tiempo después el hombre se marchó a vivir a los Estados Unidos, de donde era su esposa.

Recordaba cuando siendo joven estudiaba en Berlín y sus compañeros no creían que fuera judío. Desde que se convenció que los nazis se apoderarían antes o después de Austria, quería tener un pasaporte que le permitiera escapar en un momento dado. Incluso fue a hablar con Selma para ofrecerle adquirir uno para ella y sus hijos. Pero Selma no quiso ni escucharle. Quiso convencerla de lo

que había visto en Alemania y la amenaza que todo aquello significaba. Ella le dijo que estaba segura de que lo que le estaba contando era cierto, pero que de momento no quería saber nada de aquel asunto. Le replicó que le parecía mucho más peligroso ir por ahí con un pasaporte falsificado que ser judía.

No le dijo a nadie que iba Núremberg. Ni siquiera a su madre que seguía comprendiéndole mejor que nadie. Solo compró un billete de ida y vuelta en tren hasta allí, y en una agencia de viajes reservó una habitación en un pequeño hotel de Fischbach, una población situada apenas a diez kilómetros, para el 15 y 16 de septiembre. No le resultó fácil dada la importante concentración que iba a tener lugar en Núremberg, tuvo que pagar el doble de lo que costaba su precio normal. Quería ir y ver lo que estaba sucediendo con aquel «virus nazi» que había infectado a gran parte de la población alemana y que comenzaba a extenderse por Austria.

En Viena todo el mundo hablaba de Hitler, un austríaco que se había convertido en el Führer del Reich alemán. ¿Qué pretendía aquel hombre que creía ser el nuevo mesías del pueblo germano? ¿Cumpliría con sus amenazas? Muchos comentaban de él que no era más que apariencia, y que bajo la piel de Hitler no había nada, que aquel hombre no tenía alma. ¿De dónde había salido? ¿Dónde se había formado? ¿Quiénes habían sido sus maestros? De todo lo que exponía en sus discursos, ¿qué tenía sentido? Un cóctel de amenazas, lugares comunes, falsas referencias, envuelto todo ello en retórica barata, utilizando un lenguaje pobre. Aquel hombre no poseía la suficiente cultura para ser un teórico. Para él, como psiquiatra, era evidente que aquel hombre sufría de paranoia. ¿Cómo era posible que un pueblo tan prudente y lógico como el alemán hubiera optado por un líder como él?

Él iba a ir a estudiar al lobo en su guarida. Por otra parte no creía correr un gran riesgo. Allí habría demasiada gente como para que pudieran controlarlos a todos. Sería prudente.

Adquirió en un puesto callejero una pequeña esvástica y una insignia nazi. Después fue a un barbero al que no entraba nunca. Le pidió que le cortara el pelo al estilo alemán, con las patillas y los laterales de la cabeza al cero, también le dijo que le afeitara la barba. Cuando se observó en el espejo pensó que no podría atender a sus pacientes privados hasta que volviera a crecerle algo la barba, o creerían que él también estaba comenzando a tener problemas.

Aquella misma noche subió al expreso que lo llevaría hasta Núremberg. En la frontera mostró el pasaporte como Paul Heiden. No tuvo ningún problema. El funcionario observó la insignia nazi y asintió sin hacer ningún comentario mientras sellaba el pasaporte. Paul volvió a su departamento y volvió a dormirse.

Al amanecer el tren entró en la estación de Núremberg. Había mucha gente entrando y saliendo. Las esvásticas decoraban la estación y la ciudad hasta el agobio. Caminó hasta una parada de taxis entre la gente, muchos de ellos jóvenes vistiendo el uniforme de las Juventudes Hitlerianas y SS cargados con grandes mochilas, todos con grandes sonrisas. También vio militares, oficiales de la Reichswehr que habrían sido invitados, gente de paisano con la esvástica cosida en la manga de la chaqueta. Mucha policía de uniforme, e imaginó que al menos otra tanta de paisano. Núremberg estaba invadida por un tropel inmenso de personas, llegadas de cualquier parte de Alemania. Todo el mundo intentaba llegar a su lugar de cita.

Tuvo que aguardar un buen rato en la parada para poder coger un taxi que le llevará a Fischbach. Antes de descender concertó un precio con el taxista para garantizar que podría disponer de él. Lo cerró en sesenta marcos, lo que equivalía a pagar el triple de lo que habría facturado en un día bueno. Entró en el hotel, el recepcionista asintió al escuchar su nombre. Efectivamente tenían una habitación reservada a nombre de Paul Heiden. Era más una pequeña pensión que un hotel de pueblo, pero estaba muy limpio y la habitación daba a la plaza. En Fischbach también había mucha gente que estaba preparándose para asistir a la concentración. En la fachada del ayuntamiento situado frente al hotel ondeaban dos grandes banderas con las omnipresentes esvásticas.

Desayunó en el pequeño comedor del hotel. Un huésped se sentó frente a él y observó su insignia. Le sonrió mientras extendía la mano:

—Walther Schmidt, de Frankfurt —él le devolvió el saludo y la sonrisa—. Paul Heiden, de Viena.

Schmidt le explicó que era periodista del «Frankfurter Zeitung», y que también iba a la concentración ya que tenía que realizar un reportaje. Paul se presentó como un hombre de negocios austríaco, que simpatizaba con el partido de Adolf Hitler y que había venido a Núremberg para ver aquella manifestación.

—¡Es grandioso lo que está pasando en Alemania! ¡Grandioso!

Schmidt parecía un ferviente nazi entusiasmado por las circunstancias. Paul

pensó que por ese motivo lo habrían enviado allí. Después se despidieron. Schmidt tenía que hacer varias entrevistas a personajes del partido por la mañana.

Paul salió a buscar al taxista. Cuando subió al coche vio a su nuevo amigo aguardando en la parada. Comenzaba a llover, y le dijo al taxista que se detuviera.

—¿Quiere usted que le lleve a Núremberg? Hoy no va ser fácil encontrar un taxi libre.

Schmidt subió al coche con un gesto de alivio.

—¡Es usted providencial! ¡Tengo que entrevistar a Wilhelm Frick, el ministro del interior dentro de media hora! ¡Me ha salvado usted de un verdadero desastre! ¡Ese hombre apenas concede entrevistas! ¡El problema es que dentro de una hora y media tengo que estar al otro lado de la ciudad!

El taxi los llevó hasta el centro de Núremberg. Paul le dijo al taxista que aguardara lo más cerca posible y ambos entraron en el vestíbulo. Le había dicho a Schmidt que igualmente lo acercaría el mismo taxista. Aguardaría allí a que terminase la entrevista con el ministro. El periodista era un hombre extrovertido. Tal vez le contaría algo de la entrevista.

Schmidt volvió al bar del vestíbulo apenas unos minutos más tarde. Le dijo que el ministro estaba hablando por teléfono, y que le avisarían cuando terminase. Tomaron un café en la misma barra, Schmidt dijo que iba un momento a los servicios. En aquel momento llegó alguien con un brazalete con la esvástica preguntando en voz alta por Walther Schmidt. Levantó el brazo. El hombre se le acercó sorteando a la gente.

—Soy uno de los secretarios. El ministro del interior, el señor Frick, le aguarda. Si me acompaña lo conduciré a la suite.

Schmidt volvía del servicio en aquel momento. Se dio cuenta del error del secretario, de la situación, y se encogió de hombros. No había tiempo de dar explicaciones. Siguieron al funcionario que los condujo a la suite en la planta primera. Casi sin darse cuenta estaba dando la mano al ministro del interior, uno de los líderes del partido nazi, y por lo que sabía uno de los mayores enemigos de los judíos alemanes. Para el ministro ambos eran enviados del «Frankfurter Zeitung». Tomaron asiento en un tresillo de la lujosa suite. Schmidt sacó su cuaderno, su estilográfica. Sabía que no había que desaprovechar ni un segundo.

—Ministro: ¿Qué ocurre con «la cuestión judía»?

Frick entrecerró los ojos. Era una pregunta directa. La estaba esperando y ni podía, ni quería evadirla.

—Bien. La ventaja de este gobierno del Führer es que por primera vez en muchos años podemos hablar claro. Se lo diré sin subterfugios, para que me entienda todo el mundo. Los alemanes están hartos de los abusos de los judíos. Ha llegado el momento de aclarar las cosas. Los judíos tendrán que devolver todo lo que han atesorado con argucias y malas artes. Además los alemanes no necesitan a los judíos. ¿Para qué podrían necesitarlos? Son otra gente que se ha infiltrado entre la raza germana, y desean que se vayan por donde han venido. Todos sabemos que ellos son los verdaderos culpables de la situación. No queremos agitadores bolcheviques en Alemania, tampoco acaparadores, mucho menos una raza que contamine a la nuestra. ¡Tendremos que separarlos de los buenos alemanes, intentar que no tengan relaciones con inexpertas muchachas alemanas! ¡Eso ha ocurrido en el pasado y sigue sucediendo, pero estará usted conmigo en que no puede volver a suceder! ¿Me comprende? Ahora ha llegado el momento de legislar para hacer las cosas en derecho, por lo que el gobierno va a proponer tres leyes. La ley de la Bandera, la ley de la Ciudadanía, y la ley de la Sangre, y lo va a hacer aquí y ahora, en Núremberg. ¡Voy a darle el título para su artículo! ¡Las leyes de Núremberg! ¿Qué le parece?

—¡Gracias ministro! —Schmidt asintió—. ¡Una magnífica sugerencia que el «Frankfurter Zeitung» y yo mismo le agradecemos! Quiero que me aclare algo. En la calle se comenta que el gobierno debería enviar a todos los judíos a Madagascar. ¿Qué hay de cierto en ello?

—Sí, es cierto, bueno, algo habrá que hacer y pronto, no sé si a Madagascar, a Siberia o a América del Sur. ¡Lo que si se es que aquí están sobrando! El criterio de este gobierno es que Alemania debe ser para los alemanes. ¡Hay muchos otros que tampoco tendrían por qué estar aquí! ¡Los gitanos, roma o sinti, por ponerle un ejemplo! ¿Usted cree que son humanos? A mí no me lo parecen. Por otra parte esa idea de Madagascar no es nuestra, sino de un inglés, Henry Hamilton Beamish. También la propusieron unos holandeses, Arnold Spencer Zeese y Egon van Winghene. Pero sobre todo el propio sionista Theodor Herzl lo escribió en su libro «Altneuland». Pero si quiere comprobar hoy en día cuál es el pensamiento acerca de los judíos, pregunte en Varsovia a las

autoridades que adónde enviarían a sus judíos. Para mí, Madagascar está demasiado cerca. Mire, en Polonia hay tres millones de judíos, aquí en Alemania, quinientos mil, en Austria doscientos mil, ¿y en Hungría, en Rumanía, en Bulgaria? ¡En Rusia ni se sabe! ¡Están en todas partes! Alguien tendrá que poner orden, ¿no le parece?

Paul Dukas, en su papel de Paul Heiden miraba al techo. Aquel nazi, Frick, era un personaje de cuidado. Le hubiera replicado, pero sabía que en tal caso hubiera sido lo último que habría hecho en su vida. Estaba memorizando sus palabras. Llegaría el día de pedirles cuentas.

Vio como Schmidt intentaba no dejarse ni una coma, asintiendo a todo lo que el ministro decía. Aquella era la manera en que se estaba creando una determinada forma de pensar en todo el Reich.

—Sí, mire, juristas de la talla de Bernhard Lösener y Franz Albrecht Medicus están trabajando en ello, también el prestigioso doctor Gerhard Wagner, que representa a los médicos del Reich que pretenden evitar la bastardización de la población alemana. Todos ellos trabajan para este ministerio de la mano del secretario de estado, Wilhelm Stuckart. ¡Ha llegado la hora de poner los puntos sobre las íes!

La entrevista la interrumpió una llamada telefónica del Führer. Los secretarios del ministro los invitaron a abandonar la suite. En el pasillo Schmidt parecía satisfecho.

—¡Bueno! ¡Nos han interrumpido en lo mejor, pero no me quejo! ¡Con este material puedo escribir un buen reportaje! ¿Qué tal le va como mi ayudante? ¿Le gusta el periodismo? ¡Ja, ja, ja! ¡La verdad, lo que es la vida! Bueno si me lleva de nuevo en su taxi se lo agradeceré. ¡Pero a esta no le van a dejar entrar! ¡El Führer cuida mucho quién entra y quién sale! De todas maneras si quiere luego quedamos a comer en esa cervecería donde me han dicho que se comen las mejores salchichas de Alemania, y se lo cuento. Después por la noche se viene conmigo y vemos la parada y el desfile. ¡Va a ser impresionante! ¿De acuerdo?

Paul estaba de acuerdo. Era lo mejor que le podía haber pasado, como acompañante del reportero de un prestigioso diario como el «Frankfurter Zeitung» lo tendría más fácil y se sentía más seguro.

Vio acercarse dos rostros que le resultaron conocidos, eran el doctor Gerhard Wagner y el doctor Karl Brandt. Ambos iban enfrascados en su conversación y

al cruzarse no repararon en él. Respiró hondo. Probablemente estaban citados con el ministro Frick. Tal vez incluso habrían entrado en la suite mientras ellos seguían allí. Se había librado por los pelos de encontrarse en una situación extremadamente comprometida. Hubiera resultado muy difícil explicar su estancia en Núremberg. Notó como se le erizaban los pelos de la nuca, ya que había reconocido delante de los dos que era judío y que se sentía judío.

Dejó a Schmidt en un edificio en las afueras. Numerosas esvásticas colgaban de los balcones. No pudieron acercarse ya que estaba literalmente tomado por las SS. Mientras se alejaba en el taxi lo vio discutiendo con uno de ellos. Volvió al centro. Iba dándole vueltas a la cabeza sobre las cosas del azar. Si no hubiese sido por la llamada en aquel momento lo estarían interrogando los de las SS. De pronto fue consciente de que se la estaba jugando. Se encogió de hombros. La experiencia merecía la pena. Solo por presenciar el ambiente festivo de la ciudad, como si se estuviera celebrando una feria. Tampoco quería perderse la gran parada que anunciaban los altavoces por todo Núremberg.

En aquel momento Schmidt entró en la cervecería y lo buscó con la mirada. Lo notó molesto. Al final no había podido entrevistar al Führer; solo a uno de sus hombres, un tal doctor Karl Brandt, un gerifalte del partido y médico de Berlín. Se lo había enviado el ministro Frick.

—¡Un tipo insoportable! ¡Verdaderamente insoportable! ¡No le habría gustado escucharle! ¡Esperaba ver al mismísimo Führer y en su lugar me envían a un gusano!

Paul asintió mientras sentía un escalofrío. Pensó que, al menos en aquella apreciación, Schmidt tenía toda la razón, y que acababa de librarse por los pelos.

Por la tarde a primera hora fueron en el taxi al Campo Zeppelín. Miles de personas se dirigían hacia allí andando, y muchos cantaban entusiasmados. Schmidt fue a una de las taquillas reservadas para la prensa y volvió con dos pases. Le explicó que había una enorme tribuna para periodistas en un sitio estratégico.

—¡Aquí tiene! ¡No me han puesto ninguna pega! ¡Es usted oficialmente mi ayudante! ¡Ahora trabaja en el «Frankfurter Zeitung»! ¡Es usted un tipo afortunado! ¡Y yo por encontrar a alguien tan amable!

Paul estaba asombrado de lo que veía. Comenzaban a entrar las distintas escuadras en el enorme espacio del Campo Zeppelín. SA, SS, Juventudes

Hitlerianas, en formaciones de diez en fondo por centenares, tal vez miles de filas, con precisión milimétrica. El resultado era un impresionante, y al tiempo, inquietante escenario. Tres gigantescos estandartes con la esvástica colgaban al fondo. No tendrían menos de treinta metros de altura, pero las dimensiones del campo los empequeñecían.

Hitler comenzó a hablar y centenares de altavoces ampliaron su inconfundible voz, reverberando, formando ecos que en algún momento duplicaban sus palabras. El Führer gritó sus consignas cerca de una hora. Desde su posición tenía que volverse ligeramente para observarlo. Aquel hombre gesticulaba mucho, como si quisiera redundar cada una de sus palabras. Una ligera brisa se llevaba alguna en ocasiones. Era como si lo hubiera oído anteriormente. Un lenguaje cortante, en el que verbos como aniquilar, destruir, conquistar, expulsar, se repetían una y otra vez, un nuevo vocabulario que se repetía en todo el Reich, sustituyendo al existente, en los discursos, los periódicos, los noticiarios, las aulas, las conferencias, los colegios profesionales, las universidades. Alguien junto a él le prestó unos prismáticos, enfocó y pudo distinguir el rostro de Hitler como si lo tuviera al lado. Al seguir observando la tribuna encontró el perfil de Karl Brandt. Era él sin duda alguna. Le vio volver el rostro como si intuyera que lo estaban observando. Pensó con alivio que se encontraba demasiado lejos para que lo distinguiera a simple vista, y menos con la tarde cayendo.

Cuando oscureció a eso de las ocho, en un teatral gesto, todos los formados encendieron cada uno de ellos su antorcha al unísono. Tuvo que tragar saliva. Miles y miles de jóvenes dispuestos a todo por su Führer y por su Reich. A matar o morir si fuera preciso. Unos potentísimos reflectores creaban la ilusión de gigantescas columnas que se perdían entre las nubes bajas. No era capaz de asimilar el dramático efecto que estaba presenciando y se sintió ligeramente mareado.

Al acabar el acto, las formaciones abandonaron el campo portando sus antorchas, entre el estruendoso y rítmico sonido de miles de tambores y trompetas. Recorrerían la distancia hasta el centro de Núremberg. Alguien había ordenado que se fueran apagando las farolas y los escaparates a medida que llegaban. Un efecto visual y escénico abrumador que estaba consiguiendo que la gente creyera que había llegado el Reich de los mil años, guiado por el nuevo

mesías de Alemania, el Führer Adolf Hitler. Schmidt también estaba cansado y decidieron dar la jornada por terminada, volvieron en el taxi al hotelito en Fischbach. Se despidieron como amigos.

Pensó que nada tenía contra aquel reportero. Mientras intentaba conciliar el sueño tras un día cargado de emociones, no podía dejar de pensar en la cara de Schmidt si hubiera sabido con quien había pasado aquella intensa jornada, presentándole al ministro que iba a firmar las leyes raciales que Hitler había anunciado en su discurso. A pesar de todo tuvo que sonreír.

El mismo taxista lo recogió a las seis de la mañana. La ciudad seguía llena de gente, muchos habrían bebido de más, algunos aún tenían ánimos para seguir cantando. Una legión de barrenderos intentaba volver a dejarla como antes. En la estación de Núremberg no cabía un alma. Repleta de jerarcas del partido, desde los gauleiter de las distintas provincias, la aristocracia nazi, rodeados de serviles ayudantes, a tipos malcarados y agotados con arrugados uniformes de color marrón que no habrían dormido. A las siete de la mañana subió al expreso con destino a Viena que procedía de Berlín.

Se introdujo en su departamento. Corrió el cerrojo, abrió la cama y se tendió vestido como estaba. No deseaba correr más riesgos, sabiendo que había agotado su cupo de buena suerte. El tren se puso en marcha. Se sentía cansado y debió dormirse. Le despertó el chirrido de los frenos, y los golpes de los topes con los vagones golpeando unos contra otros, algunos pitidos lejanos, estaban cruzando la frontera con Austria. Tampoco aquella vez tuvo ningún problema. Llamaron a la puerta, y abrió intentando mantener la calma. El emblema con la esvástica en la solapa volvió a librarle de preguntas embarazosas. Al cabo de un largo rato el tren volvió a ponerse en marcha. El monótono sonido de las ruedas le hizo volver a adormilarse. Cuando despertó, al levantar la cortinilla, vio que el expreso entraba en la estación de Viena. Eran las ocho en punto de la tarde.

Al descender del vagón respiró con alivio. Para entonces se había quitado el emblema nazi de la solapa. Lo observó con cierta repugnancia y por un momento dudó en si tirarlo por la alcantarilla. Al final lo metió en el bolsillo de la chaqueta, y caminó hacia la parada de taxis. Mientras recorría el tranquilo y vacío Ring, por contraste con las aglomeraciones de Núremberg, imaginaba la cara que pondría su amigo Freud cuando le contara sus aventuras.

# 72. DÍAS CONTADOS (TESALÓNICA, MARZO DE 1936)

Cuando David Goldman paseaba por Tesalónica volvía a recordar los días posteriores al gran incendio de 1917 del que había sido testigo presencial. Aquel pavoroso fuego que asoló la ciudad en apenas unas horas y transformó gran parte del barrio judío en pavesas grises que ascendían girando con la brisa, como si aquella ceniza que hasta aquel día había sido materia, vigas, forjados, puertas, muebles, libros, cortinas y ornamentos, todo lo que formaba las casas, sinagogas, comercios, las calles, el barrio, y la ciudad, danzara al sentirse al fin libre. Aquello le había hecho pensar que, al morir, el alma también se sentiría libre de las miserias humanas, las preocupaciones, los agobios de la existencia, y se elevaría sintiendo que había roto definitivamente las cadenas de lo material.

En aquellos días de finales de invierno de 1936, él también se sentía liberado de responsabilidades y ambiciones. La cobarde actuación de Hans Harnack y los que lo rodeaban le había hecho ver la luz y tomar la decisión de abandonar Viena definitivamente. Aquellos a los que durante tantos años había considerado sus amigos no solo actuaban de aquella miserable manera por temor a los nazis. En tal caso los hubiera disculpado en parte. Estaba convencido de que en el fondo les impulsaba la codicia, la ambición, lo que aquel tremendo río revuelto que iba a arrasarlo todo podría llegar a dejarles. Incluso en el fondo preferirían librarse de los judíos y de toda la gente que no era como ellos. Fue una amarga experiencia, tal vez la más dura y difícil de su vida, tanto que durante un tiempo pensó que ya no volvería a ser el de antes.

Rachel le había ayudado a superar lo que para él había sido un tremendo desengaño. Su corazón se había endurecido, hasta que ella le demostró la verdad de aquel antiquísimo refrán sefardí: «Boca dulce avre puerta de fierro». Entonces entendió que en realidad era una lección más que le daba la vida. Desde que ambos de mutuo acuerdo tomaron la determinación de marcharse de Viena y de Austria, se sentía otro hombre, rejuvenecido a pesar de sus setenta años recién

cumplidos. Pero algo dentro de él le hacía entender que cada día era un día contado, que no tenía ni un instante que perder. Aquella sensación le hacía levantarse en la oscuridad cuando apenas escuchaba cantar el primer gallo y se dirigía al ventanal que daba al este, sobre el mar, aguardando anhelante el portentoso amanecer de Tesalónica. Luego al atardecer volvía a contemplar la hermosa y nostálgica puesta de sol, mientras no podía dejar de pensar que aquella era la verdadera riqueza, y que solo los sabios podrían alcanzarla. Días contados.

Él no se consideraba en posesión de la sabiduría, aunque aceptaba que después de una vida tan larga algo habría aprendido, a pesar de aquellos años malgastados en reuniones protocolarias con gente que nada le aportaba, en interminables consejos de administración, siempre intentando amasar, siempre adelante y atrás para conseguir más. ¡Qué increíble manera de perder el tiempo! ¡Ah, si pudiera recuperarlo! Le asombraba pensar los años que tenía. No podía ser que los hubiera vivido todos ellos. Era más bien como si el mismo viento de levante que soplaba en Tesalónica frecuentemente se los hubiera llevado sin sentirlo. Solo cuando se miraba las sobresalientes venas azules, la curtida piel manchada por el tiempo, o se asomaba un instante a las inclemencias del alma, volvía a la realidad. Sabía que ya eran días contados, así que los gastaría como quisiera, sin atender a convencionalismos ni a criterios sociales.

Ensimismado en aquellos pensamientos solía pasear por el puerto, contemplando los motoveleros cargados de naranjas, de sal, de cajones llenos de serrín que cubría los huevos adquiridos en Egipto con destino a Austria o Alemania. Aquel profundo olor, el perfume del Mediterráneo, una mezcla de brea, mar, pescado seco y viento le encantaba. Le recordaba los años que había vivido allí con Rachel, cuando ambos eran mucho más jóvenes, y Selma apenas una adolescente. Entonces veían las cosas de otra manera.

Rachel lo observaba preocupada, intuyendo lo que debía pasar por la mente de su marido, aunque sabían que habían acertado con el trascendental paso que habían tomado. Mientras, ella ocupaba su tiempo traduciendo al alemán los preciosos poemas de Nathan Rosenthal, que creía no debían perderse, aquellas canciones y poemas escritos por un judío que se preciaba de serlo, unos textos cargados de ironía y doble sentido, tolerantes, amables, y al tiempo «chuzpah», atrevidos, osados, desvergonzados incluso, escritos para hacer disfrutar al lector,

y más aún si este era también judío. Cuando un día David le preguntó que por qué los traducía del ladino al alemán, diciéndole si no sería mejor hacerlo al yiddish, ella reflexionó un instante y asintió al comprender que su marido tenía razón, pues había pensado que al traducirlos al alemán perdían parte del alma. Rachel rompió sin pena las cuartillas y comenzó de nuevo, comprobando que, en efecto, en yiddish volvían a recuperar su sentido poético. Nathan había recopilado entre los suyos uno clásico, anotando que era para cuando vinieran épocas duras y difíciles como aquella que estaba comenzando.

*«Nunca mis hermanos se sintió todo esto,*
*que tantas degracias ariban tan presto.*
*Esta del pedrisco no estaba atento*
*roguemos al Dio no mande más esto».*

Rachel pensaba que los judíos no solo deberían superar la prueba, sino ayudar a los suyos a superarla por dura y difícil que fuera, con aquel pedrisco en forma de repugnantes leyes nazis que asolaban Alemania, y que antes o después terminarían por llegar a Austria.

Fue por aquellos días cuando en los cafés del puerto de Tesalónica se comentó con preocupación la reocupación militar alemana de Renania, que los periódicos traían en primera plana. Ante el hecho consumado que pisoteaba Versalles y Locarno, Francia no había dicho ni esta boca es mía e Inglaterra permanecía impávida, mientras el Führer alemán se pavoneaba de su éxito en aquel Reichstag de vasallos aduladores y sumisos que había creado a su imagen y semejanza, en cuanto a la prensa alemana hablaba de euforia y de rehabilitación de la dignidad nacional. El ejército del Reich había atravesado el puente Hohenzollern de Colonia sin encontrar la más mínima oposición. Toda Europa acababa de comprobar que Adolf Hitler no tenía miedo a nada, que una vez tras otra hacía lo que se le antojaba, y que las potencias occidentales no parecían más que tigres de papel.

David pudo constatar que para los numerosos judíos de Tesalónica aquel enemigo de su raza se hallaba muy lejos. Creían que nunca podría llegar hasta allí y, además, ¿qué podría buscar en una ciudad como aquella, todos eran conscientes de que los días de esplendor ya habían pasado y no volverían jamás?

Eso lo sabían por experiencia propia los que aquellos mismos días cerraban sus casas con lágrimas en los ojos para emigrar a América. A cualquier lugar desde Argentina hasta Canadá, lo importante era tener el charco por medio, eso les proporcionaba seguridad. Muy pocos intentaban llegar a Palestina, ya que los ingleses no les ponían nada fácil entrar en el Mandato Británico, al menos legalmente, y tampoco estaban convencidos de que allí, en aquel duro clima, con los vecinos árabes tan irritados fueran a mejorar en nada.

Lowe Lowestein iba casi todos los días a ver a los Goldman. La agencia estaba apenas a veinte minutos, en el puerto. Cuando por algún motivo ella no podía ir, Rachel le decía a David que se acercara. Selma había influido tanto en aquella muchacha amable, que en ocasiones creía estar hablando con otra hija menor que las circunstancias le habían traído. Lowe era askenazi por cultura y nacimiento, pero era sin duda la askenazi más sefardí que Rachel había conocido nunca. Cuando Rachel tenía una duda sobre un término yiddish en la traducción de los poemas le preguntaba a Lowe. El yiddish era un idioma irónico, cáustico en ocasiones, mordaz siempre, y Lowe la hacía reír con sus ocurrencias. Rachel la contemplaba desde su universo sefardí, tan diferente en todo, desde el mismo concepto de la existencia que era algo bien distinto para unos y otros. Para los sefardíes era la nostalgia, el recuerdo de tiempos pasados, la religión, mientras que para los askenazis lo importante parecía la búsqueda de nuevas metas cada día.

Como decía Selma, intentando bromear, Lowe se estaba transformando en una contrabandista de personas. A través de uno de ellos, Vasanias Carolos, el patrón antiguo amigo de Selma, se había puesto de acuerdo con algunos patronos de motoveleros, que de esa manera ganaban más que con su comercio tradicional, para llevar judíos a Palestina. Eso sí, les advertía previamente del riesgo que corrían, ya que los británicos eran terriblemente estrictos, y la inmigración hacia la tierra prometida se había restringido mucho. Pero los que deseaban llegar aceptaban los riesgos, las incomodidades, el costo, lo que fuera para conseguirlo. Lowe los conocía bien, era una de ellos y sabía cómo pensaban. Resultaba difícil detener a aquellas personas una vez que habían tomado la determinación.

Un judío recién llegado de Bagdad, con una numerosa familia tras de él, y que quería hacer la aliyá, se le comentó convencido:

—Mire, señorita Lowestein. Para mí hay dos clases de judíos, y no estoy hablando de sefarditas y askenazis, ni de ortodoxos o ateos, ni de tradicionales o modernos, todo eso no tiene nada que ver en esto. Me refiero a que los judíos que quieren una vida para sí mismos y sus familias se van a Nueva York, mientras que los judíos que quieren una vida para todos los judíos se van a Palestina. ¿Me comprende?

## 73. UNA REUNIÓN PREPARATORIA (BERCHTESGADEN-ABRIL DE 1936)

Joachim Gessner fue invitado a una reunión preparatoria a la celebración de los Juegos Olímpicos de verano que se celebraría en el Berghof, en Berchtesgaden. Gessner era uno de los coordinadores designado por el ministro de Asuntos Exteriores von Neurath. También asistiría su hermano Stefan, uno de los especialistas en seguridad del régimen, enviado por Goering. El propio Führer iba a explicarles lo que pretendía para que las cosas salieran como él deseaba.

Era una reunión de alto nivel, con Goebbels como coordinador general, Himmler, del que se decía iba a ser designado jefe de las fuerzas policiales del Reich, Reinhard Heydrich, el nuevo jefe del SD, el Servicio de Seguridad de la policía del Reich, Robert Ley, jefe de organización del partido, Julius Schaub, que llevaba el control de documentos confidenciales, Wilhelm Brückner, el ayudante jefe, Albert Bormann, y otra serie de jerarcas nazis entre los que destacaba Sepp Dietrich, jefe del SS-Leibstandarte «Adolf Hitler» y su hombre de confianza.

El motivo era la postura del presidente del Comité Olímpico Internacional, Baillet-Latour, que en la última visita de inspección de los juegos había amenazado con suspenderlos si proseguía la persecución y discriminación a los judíos en Alemania. Hitler había comprendido que aquel hombre hablaba en serio, y que una suspensión de los juegos significaría un duro golpe a la credibilidad internacional del régimen nazi.

A última hora cambió el lugar de convocatoria y la reunión se celebró en un hotel de montaña cercano al Berghof. Hitler no había querido meter en su casa a una gente con la que solo mantenía relación como líder del partido. Mientras aguardaban la llegada del Führer, Joachim y Stefan hablaban entre sí, exultantes. Ambos, por distintos caminos se habían abierto paso hasta la cumbre. Todos los presentes intercambiaban saludos. En el caso de Himmler, le daban los parabienes por su importante cargo. En un momento dado, Himmler se apartó a

un lado cogiendo del brazo a Joachim Gessner.

—Estimado Gessner. Quiero que sepa que cuento con usted. Vamos a necesitar a alguien preparado para determinadas misiones, digamos «especiales», a las que no se puede enviar a un embajador, ni a un político relevante, pero a las que debe asistir un enviado de toda confianza. Pronto tendrá usted noticias mías. ¿De acuerdo? Mire, ¡ya está aquí el Führer! ¡Seguiremos hablando!

Adolf Hitler había mirado el reloj más de una vez, se le veía impaciente, como si apenas llegado ya tuviera que marcharse a otro lugar. Cuando comenzó a hablar fue directo al grano. No se entretuvo en prolegómenos.

—Les he citado para un asunto delicado y urgente. Quería ser yo el que lo expusiera para evitar falsas interpretaciones. Les ruego atención. Verán, los juegos olímpicos se celebrarán dentro de tres meses. Alemania los ha preparado durante los últimos años, y son muy importantes para la visión que el mundo tenga de nosotros. En los últimos meses, desde que se celebraron los de invierno en Garmisch-Parterkirchen, los judíos se han movido con su propaganda de mentiras y exageraciones, y tenemos que evitar que se salgan con la suya. El lobby judío americano pretende que los juegos de Berlín se suspendan. ¡Menos mal que el presidente del comité americano, ese Brundage, es un tipo decente! Para ellos significaría una importante victoria política si consiguieran que el comité los suspendiera. Muy bien. ¡Seremos más astutos que ellos! Vamos a cambiar de estrategia y no tendré que aclararles mi pensamiento. Lo encontrarán en «Mi lucha». Desde mañana los rótulos a la entrada de los pueblos y ciudades con comentarios en contra de los judíos deberán ser retirados. Los comercios judíos no serán molestados hasta nueva orden. Los ataques a las sinagogas deberán cesar —Hitler lanzó una larga mirada a Goebbels—. La prensa moderará sus artículos sobre el tema. ¡Olvídense un tiempo de los judíos! Si unos judíos quieren entrar a comer en un restaurante no deben ser molestados. ¡No quiero problemas callejeros que ellos puedan magnificar! ¡Sí, sé que va a ser duro! ¡Pero no será por mucho tiempo! Durante el tiempo que falta hasta el comienzo de los juegos, hasta unos meses después de terminados los dejaremos tranquilos… en apariencia. ¿Han entendido?

Reinhard Heydrich levantó la mano al tiempo que se ponía en pie. Todos lo miraron expectantes, a fin de cuentas era uno de los hombres importantes allí. Hitler hizo un gesto impaciente concediéndole la palabra.

—Sí, mi Führer. Entiendo que todo ello será solo en apariencia, pero que en realidad proseguiremos con la limpieza racial sin detenernos…

—¡Naturalmente, señor jefe de la policía de seguridad! ¡Ustedes a lo suyo! ¡Sigan con su labor de vigilancia y control, de clasificarlos, de saber lo que hacen y donde están, lo que tienen y lo que esconden, adónde quieren ir y cuando! ¡Una cosa nada tiene que ver con la otra! ¡He dicho retirar los carteles, no destruirlos, que los comercios judíos no serán molestados… hasta nueva orden! ¡Claro que proseguiremos la limpieza… pero ahora el Reich quiere celebrar los juegos sin que la estrategia de los judíos nos provoque un serio problema internacional! ¡Después ya les arreglaremos las cuentas a esos bastardos! ¡Para eso les estamos preparando Sachsenhausen! ¡Pero ahora no quiero problemas! ¡No quiero manifestaciones contra los judíos! ¡No quiero que se quemen más sinagogas! ¡No quiero ataques individualizados contra ellos! ¡Déjenlos confiarse, creer que todo ha cambiado! ¡Solo yo podré cambiar ese criterio dependiendo de la clase de público que tenga delante! ¡Les prometo que después actuaremos sin piedad, hasta que no quede ni una sola de esas sabandijas en el Reich! ¡Ustedes son las fuerzas vivas en materia de orden público! ¡Confío en su sentido común! ¡Muchas gracias por su presencia! Y ahora sigan trabajando como lo están haciendo. ¡El Reich y su Führer los necesitan!

El Führer volvió al Berghof, donde alguien importante debía estar aguardándole. Himmler invitó a los presentes a un almuerzo en el comedor del hotel para celebrar su inminente nombramiento como jefe de la policía del Reich. Joachim se sentó a su derecha, y junto a él Heydrich. Eran apenas dos docenas de personas que representaban el verdadero poder oscuro del Reich.

Himmler habló en voz baja, como si no quisiera que otros comensales pudieran escuchar sus palabras, salvo Heydrich que asentía moviendo la cabeza.

—Gessner. Antes de las palabras del Führer le estaba diciendo que vamos a contar con usted. Me han enviado su currículo y lo he leído detenidamente. Si alguien tiene que elegir entre su hermano y el partido, y elige al partido… ¡entonces yo quiero a ese hombre conmigo!

# 74. LIBERTAD DE ELEGIR (BERLÍN, DEL 1 AL 16 DE AGOSTO DE 1936)

A causa de su palmarés deportivo, Jacques Dukas había sido seleccionado por la federación de atletismo austríaca para formar parte del equipo de fútbol olímpico que debería representar a Austria. Jacques, acababa de cumplir diecinueve años y era un extraordinario portero, con todas las cualidades que se le podrían exigir a un jugador de élite. Hasta la fecha nadie le había preguntado acerca de su raza. Se consideraba austríaco a secas, sin más. El seleccionador había insistido que necesitaba a aquel muchacho como portero suplente y lo incorporó a su lista.

Unos días más tarde llamaron a Jacques a la federación. Era lo normal. Tenían que hacerle una serie de pruebas médicas, un seguro, un carnet especial, prepararle el pasaporte y los billetes, toda la burocracia previa. Había ido al fotógrafo para hacerse unas fotos de carnet acompañado de su amigo Karl Stadler, que también había sido convocado como jugador suplente.

Karl estaba exultante. Aquello era lo que él siempre había deseado. Austria haría un magnífico papel en los juegos y después él ficharía por un equipo de primera división. No le gustaba estudiar, prefería los entrenamientos y el ambiente que rodeaba al futbol. En la federación les hicieron esperar un poco, luego los llamaron de uno en uno al despacho del secretario. Karl tardó un largo rato en salir. Dijo compungido que finalmente no lo habían seleccionado, por culpa de sus pésimas notas. Le darían una nueva oportunidad cuando salieran las calificaciones de los exámenes. Jacques no tenía ese problema ya que era de los primeros de la clase. Entró confiado y el secretario le dijo que tomara asiento. El seleccionador asintió junto a él.

—Vamos a ver, Jacques Dukas. Tenemos algo importante que aclarar. ¿Es usted judío?

Jacques se quedó desconcertado. No aguardaba aquella pregunta. Estaba convencido de que lo seleccionarían por su capacidad deportiva que nadie ponía en duda. Sus notas eran muy buenas. ¿A qué venía aquello?

—No sé qué significa ser judío. Mi pasaporte dice que soy austríaco. Mi padre es cristiano evangélico. Mi madre es agnóstica y nos ha educado en libertad. Se puede decir que nunca he ido formalmente a una sinagoga. Pero creo que para mucha gente debo ser judío, ya que mis abuelos lo son.

El secretario lo observaba detenidamente. Miro varias veces la ficha.

—Bueno, esa contestación me tranquiliza. La verdad, usted no parece judío. Digamos que no tiene los rasgos que los definen. Verá, se lo tengo que preguntar ya que vamos a competir en Alemania. Y allí sí importa. En realidad nos han aconsejado que no incorporemos a judíos entre los seleccionados. La federación es la que manda, y ellos tienen su forma de pensar. El seleccionador, aquí presente, me insiste en que lo incorporemos. Así que en la casilla donde pone «raza» yo pongo «ario», y usted desde ahora mismo mantiene que es austríaco. Ni se le ocurra hacer el menor comentario sobre esto en Alemania. ¿De acuerdo?

En el fondo Jacques no estaba demasiado de acuerdo, pero deseaba ir a los juegos y tener la oportunidad de jugar. Asintió.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Cómo pueden obviar que una parte importante de la población austríaca es judía?

—Mire muchacho, a mí no me venga con esas, no estamos aquí para hacer política. Yo solo le estoy haciendo un favor a usted y a mi amigo el seleccionador que es un cabezota. Y se lo diré más claro. Si por mí fuera estaría de acuerdo con la política de la federación que no quiere problemas con los organizadores. Somos sus invitados. Pero en fin, usted no se ha confesado judío creyente, ni tiene aspecto de tal y sobre todo es un buen jugador. Así que por mí vale. Si está de acuerdo, firme aquí en la ficha y aquí en este papel, y si no lo está, váyase. Hay muchos chicos austríacos que darían cualquier cosa por ocupar su puesto. ¿De acuerdo?

Jacques cogió la pluma que le ofrecía y firmó. Él tampoco iba a meterse en historias. Solo tenía una oportunidad para participar en unos juegos olímpicos y no iba a desperdiciarla por un exceso de orgullo. A fin de cuentas nadie se lo iba a agradecer.

Cuando iba a salir dudó un instante. No perdía nada con intentarlo.

—Oiga. ¿Puedo decir algo? Verá. Ese muchacho que ha entrado antes que yo, Karl Stadler. Es uno de los mejores defensas que he conocido en toda mi vida. Me da confianza tenerlo en el equipo. Adiós.

Volvió al centro caminando con Karl Stadler, que le aguardaba afuera. Karl estaba muy desanimado, ya que en su barrio todos estaban seguros de que jugaría y aquello le haría perder popularidad. Miraba a Jacques con un cierto resentimiento. No le hizo ningún comentario, y se despidieron sin más.

Aquella noche mientras cenaban comentó lo sucedido. No dijo nada sobre la contestación que había dado de su postura con el judaísmo. Selma se lo quedó mirando. Esther estaba expectante.

—¡Así que estos tipos de la federación son antisemitas! ¡Mira por donde! ¡Nunca lo hubiera creído! ¡Unos buenos austríacos que no pueden ver a los judíos! ¡Pues te diré algo, hijo mío, yo me habría levantado dejándolos allí con sus elucubraciones! —Selma estaba verdaderamente indignada—. ¡No se lo escribas a tu abuelo, le darías un disgusto!

Pero Esther no estaba de acuerdo con ninguno de los dos.

—¡Si fuera yo, jugaría los partidos, y en el último me quitaría la camiseta y debajo llevaría otra con la estrella de David!

Jacques no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Todo el mundo decía que Esther se parecía a su madre, mientras que él era frío y calculador como su padre.

Decidió ir a verlo una tarde, cuando sabía que estaba a punto de terminar la consulta. El portero lo conocía y le dejó entrar, subió corriendo por las escaleras. En aquel preciso momento Paul Dukas estaba cerrando la consulta con llave. Al verlo subir volvió a abrir. Ambos mantenían una relación un tanto lejana, y no era capaz de dejar brotar sus sentimientos. Tal vez por ello tenía fama de frío y distante.

—¡Qué te trae por aquí! ¡Siento una gran satisfacción ya que me han dicho que has sido seleccionado para defender los colores de Austria! ¡Ah! ¡Si el bueno de tu abuelo Salomón te hubiera visto! ¡Estarás contento!

Jacques miró a su padre. No sabía cómo empezar, ya que conocía su orgullo.

—Si papá. ¡Claro que estoy contento! ¡Ahora todos quieren ser mis amigos, y las chicas me persiguen! Pero hay algo que quiero que sepas.

Mientras su padre escuchaba sin interrumpirlo, le contó la tensa reunión en la federación, sin ocultarle nada.

Paul Dukas estaba de vuelta. Escuchó el relato que su hijo le hizo, recordando que cuando era joven creía ser un austríaco más. Aquello se había

ido disolviendo como un azucarillo en café caliente.

—Mira, Jacques. Hay que darle a las cosas su verdadero valor. El tipo que te dijo eso no es un antisemita. Si lo fuera, no solo no habrías sido seleccionado, si no que te habrían expulsado por cualquier motivo. Olvídate. Lo que ocurre es que aquí en Austria hay gente que es más nazi que el propio Hitler, y en la federación, como en todas partes, hay personas que están haciendo méritos por si resulta que al final llegan aquí a Viena. Así que ve a Berlín, juega y procura ganar. Después si algún periodista te pregunta, le dices con la cabeza bien alta que efectivamente eres judío. Eso hará más por la causa que si abandonas ahora. Te confesaré algo, durante mucho tiempo creí que a mí no me tocaría el antisemitismo, que sería solo a esos pobres que llegaban de no se sabe dónde con una mano delante y otra atrás, con los tirabuzones a los lados de la cara, sus sombreros de ala ancha, y esos trajes negros estrechos y brillantes por el uso. ¡Yo no podía ser uno de ellos! ¡Me consideraba cien por cien austríaco! Hasta que me di cuenta de que, para los austríacos, los vieneses tan burgueses y tan conservadores, mis conocidos, mis clientes incluso, yo solo era otro judío más, disfrazado de uno de ellos. Mira hijo, he tardado en darme cuenta, en cambio tu madre lo comprendió siendo muy joven y se hizo sionista. Lo que ocurre es que siendo judía y sionista, ella sobre todo cree en la libertad. No quería ser una de esas madres judías que están siempre controlando. Tú y tu hermana habéis crecido en libertad. Si ahora elegís ser judíos, dependerá de vosotros mismos. ¡Libertad de elegir! Algo que vale más que la vida misma.

Jacques recordaba aquellas palabras de su padre mientras viajaba a Berlín con la selección austríaca. Las banderas con la esvástica se veían por todas partes. A pesar de lo que le habían contado no era capaz de entender qué pretendían aquellos nazis. Todo el mundo parecía de buen humor, y en el hotel donde se alojó la selección los empleados alemanes sonreían. Pudo pasear por Berlín y no vio nada alarmante como le había explicado su padre.

El 1 de agosto participó en la ceremonia de inauguración de los juegos. La dimensión del estadio lo sobrecogió y la organización era perfecta. El dirigible Hindenburg flotaba en el aire mostrando la avanzada tecnología alemana al mundo. Al menos ciento veinte mil personas abarrotaban el estadio. Afuera se hablaba de más de un millón de personas aguardando la llegada del Führer y sus invitados. La fanfarria de trompetas avisó de que estaba entrando y el estadio

resonó con la ovación. Un coro entonó el «Deutschland über alles» y el himno del partido nazi. El famoso Richard Strauss dirigía la orquesta y el coro. Todo era grandioso, espectacular y Jacques se alegró de poder estar allí participando de aquella fiesta.

Después comenzaron las eliminatorias de futbol. Él no jugó inicialmente. En la eliminatoria de cuartos de final su equipo jugó con Perú, pero se vieron desbordados y perdieron por 4-2. Era algo impensable, él solo era suplente pero igualmente estaba desolado. Con aquel marcador Austria estaba eliminada de los juegos.

Sin embargo unas horas más tarde recibieron la noticia. El partido había sido anulado por el Comité Olímpico a causa de la alegación realizada por Austria, ya que algunos espectadores peruanos invadieron el campo por la alegría del triunfo antes de que el árbitro pitara el final del partido. El nuevo partido debía jugarse de nuevo a puerta cerrada, y el seleccionador lo eligió como segundo portero. A pesar de que se comentaba que aquello lo había ordenado el Führer, que no dejaba de ser austríaco, Jacques se sentía eufórico, sabiendo que en aquella segunda oportunidad no iban a fallar. Estaban ya a punto de salir al campo cuando la delegación peruana decidió abandonar los juegos. Unos minutos más tarde declararon vencedora a Austria. Todos bebieron cerveza exultantes. Radio Berlín hablaba de merecido triunfo. ¿Dónde estaba el Perú? ¡Cómo iba a compararse con Austria!

El 11 de agosto jugaron con Polonia. No tenían otra alternativa que ganar. Alemania había sido eliminada por Noruega y el honor del Führer estaba en juego. Su país natal tenía que ganar a los polacos. Ganaron 3-1 y los espectadores alemanes los ovacionaron como si hubiera sido Alemania. La policía detuvo a varios polacos que protestaban las decisiones del árbitro.

Jacques se sentía eufórico a pesar de no haber jugado. Eran un equipo y él estaba allí. ¡Tenían que enfrentarse a Italia por la medalla de oro el 15 de agosto en el estadio olímpico de Berlín! El partido comenzó a las cuatro de la tarde, dirigido por un árbitro alemán, Beuwens. El estadio estaba casi lleno, y los espectadores desde el principio no ocultaron sus simpatías por Austria. Gritaban que era «La pequeña Alemania». En la tribuna se hallaba el Führer y toda la cúpula nazi. También los máximos líderes fascistas italianos, que deberían estar pasando un mal rato.

Fue un partido igualado. En el minuto setenta el delantero italiano Frossi consiguió el primer gol. Sin embargo nueve minutos más tarde, Kainberger, el delantero austríaco, replicó con un magnífico gol. En aquel preciso momento el portero de su selección chocó contra uno de los postes y se lesionó. El seleccionador llamó con urgencia a Jacques. No tuvo tiempo de calentar. Se notaba frío. Los italianos parecieron darse cuenta y comenzaron a asediar su portería.

Se hallaban ya en el minuto noventa y dos. Todo indicaba que irían a la prórroga, donde podría suceder cualquier cosa. El árbitro estaba a punto de pitar el final cuando de nuevo Frossi se quedó solo delante de la portería. Antes de disparar parecía saber que era gol. Jacques pensó que aquello lo había soñado antes. La pelota entró por el centro de la portería mientras él se lanzaba hacia el palo izquierdo. Un lamento colectivo se alzó en el estadio: Italia acababa de ganar la medalla de oro y Austria debía contentarse con la plata. Jacques se quedó mirando la pelota en el fondo de la portería. No podía comprender como aquel balón había entrado.

A pesar de la medalla de plata, la prensa y la radio alemanas hablaron de una oportunidad histórica perdida por un jugador inexperto. Era como si hubiera perdido Alemania, ya que el Führer era austríaco. Uno de los periodistas quiso hablar con él pero Jacques no deseaba hablar con nadie. Estaba desolado y deprimido. Solo pensaba en lo que sería su vuelta a Viena. Finalmente el seleccionador le ordenó que atendiera al periodista del «Berliner Tageblatt».

Alfred Wallenberg era el responsable de la sección deportiva del diario. Había presenciado aquel partido al igual que otros miles de partidos a lo largo de su dilatada vida como reportero especializado. Estaba convencido de que aquel gol lo hubiera parado hasta él mismo. Era algo incomprensible que un jugador seleccionado hubiera cometido aquella pifia. Quería saber qué había pasado por la mente de aquel jugador para tirarse a uno de los lados, cuando el balón entró mansamente por el centro de la portería. Si aquella jugada hubiera correspondido a un partido clásico de la liga alemana, todos hubieran hablado de partido amañado. ¿Tendría sangre italiana aquel muchacho? Todo podía pasar.

Cuando vio entrar en la sala de prensa a Jacques Dukas pensó que no podía ser. Estaba haciendo elucubraciones mentales. Solo habría sido uno de los muchos fallos del futbol.

Aquel jugador de Austria medía un palmo más que él, que no se consideraba bajo, era rubio con los ojos grises azulados. El chico se notaba desolado. Los ojos húmedos mostraban su pesar y también su rabia. Lo dejó estar. El muchacho no estaba para hablar mucho y casi tuvo que consolarlo.

Al llegar al periódico escribió el artículo. Cualquiera podía tener un fallo, después de todo Austria se había llevado la medalla de plata. Los italianos siempre habían sido muy buenos en el futbol, y Jacques Dukas había tenido un fallo. Eso era humano y le podía pasar a cualquiera. Se quedó satisfecho. No tenía por qué hacer sangre de un pobre chico inexperto y suplente, que solo defendía a Austria. Claro que hubiera sido mejor la medalla de oro, sobre todo por el fútbol, y más estando presente el mismísimo Führer. Cuando entregó la de plata a Austria se le veía irritado mientras murmuraba con voz inaudible que no se podía ganar siempre. Algunos pudieron notar la rabia sorda de aquel Führer que no creía sus propias palabras. Había que ganar siempre. Después Wallenberg se fue a dormir, después de todo, aquellos días habían sido muy duros.

La tarde siguiente el «Berliner Tageblatt» se distribuyó en toda Prusia. Wallenberg estaba muy satisfecho de que su artículo estuviese en portada. Se veía el rostro del portero en primer plano y la pelota entrando tras él.

A mediodía tuvo una llamada telefónica. Era alguien que no conocía, pero lo llamaba mucha gente para felicitarlo por sus artículos. Se consideraba el oráculo de la liga de fútbol alemana, y su lema era «Alemania por encima de todos». El tipo que lo llamó se identificó como Adolf Eichmann perteneciente a la Sección de Judíos del Servicio de Seguridad.

—Oiga. ¿Es usted el periodista Wallenberg? ¿Usted ha escrito el artículo sobre el partido de la final entre Austria e Italia, verdad? Bueno, pues quiero comentarle algo importante. Estamos pensando que tal vez lo que ocurrió en el último momento no se trató de un simple fallo, de un lance del juego sin más. ¿Me oye? Verá, ese Jacques Dukas no es austríaco. ¡Digo que no es austríaco! ¡Es judío! Lo hemos comprobado. Jacques es el equivalente a Jacob y Dukas es un apellido judío, o sea que su verdadero nombre es Jacob Dukas. ¡Ningún alemán ni ningún austríaco se llama Dukas! He creído que debería saberlo, ya que esa información puede cambiar lo que usted ha expuesto en su artículo. ¡Le diré que el Führer está muy molesto con la situación creada! ¡Es como si los judíos hubieran venido aquí para insultarnos en nuestra propia casa! ¡No

comente esto hasta que yo le dé instrucciones! ¿Me comprende? Bueno, adiós Wallenberg, ya hablaremos más despacio. ¡Pero esto habrá que aclararlo a fondo! ¡Heil Hitler!

# 75. SACHSENHAUSEN (ORANIENBURG-DICIEMBRE, 1936)

La Gestapo detuvo al comandante Werner Scharf dos semanas antes de navidad. Salía de la consulta del doctor Jacob Mussman cuando dos individuos en la calle se identificaron como pertenecientes a la policía del estado, y le dijeron que debía acompañarlos, que era mejor que no se resistiera. Werner no era un hombre miedoso aunque sabía bien adonde lo llevaban. Les replicó diciéndoles que era amigo personal de Hermann Goering y que sería mejor que lo dejaran tranquilo. No era cierto pero no se le ocurrió otra cosa. Él y Goering habían sido compañeros de escuadrilla pero nunca se habían llevado bien. Uno de ellos se metió la mano en el bolsillo y le mostró la orden de detención contra él. Luego lo obligaron a subirse a un coche que se acercó hasta donde se hallaban.

Werner estaba convencido de que iban a matarlo y sentía no haber podido despedirse de Hannah. Ella lo era todo para él en los últimos años. Hannah le había hecho comprender que el universo nazi era un lugar oscuro y siniestro. Había estado equivocado y ella fue la que le salvó. El arresto no le había cogido de improviso, estaba yendo en contra del régimen desde hacía meses. Sabía a lo que se arriesgaba, ella también era consciente. Alemania se estaba transformando en un infierno para todos los que no aceptaban sumisamente el sistema nazi. El individuo no era nada, el estado lo era todo. El verdadero riesgo había comenzado cuando tomaron la decisión de enfrentarse a él, de ayudar a los que como ellos no podían aceptar aquello.

Lo que Werner temía era que hubiesen detenido a Hannah. Solo de pensarlo sentía pánico. Intentó hablar pero uno de ellos le exigió silencio y le amenazó si decía una palabra más. Unos minutos más tarde llegaron al cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse. El coche descendió por una rampa, se detuvo y le ordenaron que bajara. Otros dos policías se pusieron junto a él. Lo condujeron a una sala sin ventanas en el mismo sótano. Una gran habitación con una mesa, tres sillas y un gran espejo en la pared. Uno de los policías señaló la

silla. Tomó asiento. No se sentía nervioso, aunque sí inquieto, preocupado, sabiendo lo que podría suceder. No quería pensar en Hannah.

Unos minutos más tarde entró un hombre de paisano que no se identificó. No llevaba ninguna insignia. Sus ojos azules mostraban una absoluta frialdad. Notó que le observaba con una mueca de desprecio.

—Scharf. Usted sabe muy bien por lo que está aquí. Actividades en contra del Reich. Eso tiene un nombre. Traición. No vamos a discutir si es cierto o no. Nosotros sabemos que es cierto, tenemos pruebas. Así que tiene dos opciones. O nos dice quiénes son sus cómplices o se lo preguntamos a su amiga. ¡Tranquilo! ¡Si se mueve de esa silla se arrepentirá! Scharf, ella no aguantaría tanto como usted. Así que de usted depende. Y que conste que si no somos más directos se debe a su pasado. ¿Cuándo decidió usted traicionar al Führer?

Werner comprendió que no tenía salida. Él podría soportar el dolor, pero se le hacía insoportable que pudieran tocar un cabello a Hannah.

—No tengo cómplices y ella no sabe nada. Cree que solo estoy un poco loco. Me dice que estoy equivocado, que debo volver al redil. ¡No sabe una palabra! Creo que por este camino Alemania no va a ninguna parte…

—¡Cállese! ¡No está aquí para hacer política! ¡Esto no es una cervecería! ¡Conteste solo a lo que se le pregunte, nada más! ¡Se lo repetiré! ¿Quiénes son sus cómplices?

—¡No tengo cómplices! ¡Ella no sabe nada!

En aquel momento entraron dos hombres de paisano. Lo cogieron cada uno de un brazo y aunque intentó resistirse no pudo evitar que lo llevaran hasta la pared. Lo ataron a unas argollas metálicas con unas esposas. Al menor tirón le cortaban la piel. Vio como traían un carro con unos cables. Se los conectaron a las muñecas como si estuvieran haciendo un trabajo cualquiera. Después abandonaron la sala sin decir una palabra.

—Bueno. Verá como ahora se le va a soltar la lengua. Esto es infalible. Se lo volveré a preguntar. ¿Quiénes son sus cómplices?

Werner había estado hablando con otras personas que pensaban como él. Ex militares que no aceptaban lo que estaba sucediendo, profesores universitarios, alguno de ellos judío. No habían llegado a nada concreto, solo estaban acercando posiciones. No los conocía a todos ellos. En aquel momento comprendió que había cometido un grave error al llevar a Hannah a alguna de aquellas reuniones.

Se daba cuenta de que estaban siendo vigilados. Nunca sospechó. No había contado con la Gestapo. Cualquiera de ellos podría ser un infiltrado.

—¡No tengo cómplices! —En aquel mismo momento sintió una fuerte descarga eléctrica que le hizo retorcerse de dolor. Notó un pinchazo en el pecho. No sería capaz de soportar la tortura.

—¡Scharf! ¡Está usted acabando con mi paciencia! ¡No me saque de mis casillas! ¿Quiénes son sus cómplices?

Permaneció en silencio. No podría soportar otra descarga. De nuevo se retorció de dolor. Había sido mucho peor que la primera. El pecho le dolía mucho, jadeó intentando coger aire. A la siguiente descarga perdió el conocimiento.

Cuando volvió en si se encontraba en un camastro. Pensó que debía tratarse de un hospital. Un hombre con bata blanca se acercó a él.

—¿Puede verme? ¿Me escucha? —Werner asintió. El hombre se acercó mucho a él como si estuviera tomándole el pulso. Habló en un susurro—. Se encuentra usted en la enfermería del campo de Sachsenhausen, en Oranienburg, muy cerca de Berlín. Es usted un prisionero, y por lo que pone en esta ficha su nombre es Werner Scharf. Yo también soy prisionero, mi nombre es Emile Herzog y soy médico. Mi cargo aquí es atender a los prisioneros que necesitan ayuda médica. Le diré que eso es solo en ocasiones muy concretas. Es usted el segundo prisionero que entra en la enfermería. Es extraño que lo trajeran aquí. Alguien debe estar interesado en mantenerlo con vida. Este campo apenas lleva un mes y medio abierto. Como verá todo está recién pintado, pero eso son solo apariencias. Los SS controlan el campo y no se andan con chiquitas. Ya he visto morir a varios prisioneros solo por no obedecer una orden de inmediato o cosas así. ¡Tenga mucho cuidado! ¡En este lugar ocurren cosas terribles! ¡Sobre todo no hable si no le preguntan directamente! Por cierto, le he hecho unas pruebas médicas. ¿Sabe usted que padece del corazón?

—Sí —Werner asintió—, soy consciente de ello. Me estaba viendo el doctor Jacob Mussman, un cardiólogo de Berlín.

—¿El doctor Mussman? ¡Fui su discípulo! ¡Qué gran pérdida!

—¿Pérdida? ¿Es que el doctor ha muerto? ¿Qué le ha ocurrido?

Herzog miró a un lado y a otro. De nuevo bajó la voz.

—El doctor Mussman y su esposa fueron detenidos la semana pasada. A él lo

trajeron aquí. Le dieron una paliza y no pudo superarlo. Murió de un fallo múltiple. ¡Pobre hombre! Quemaron sus restos ayer en el crematorio. Él lo ha estrenado. Lo terminaron anteayer.

Werner se cubrió el rostro con las manos. Aquello superaba sus peores presagios. Alemania estaba gobernada por una banda de asesinos sin escrúpulos.

En aquel momento entró en la enfermería un hombre de paisano. Se dirigió directamente hacia él mientras Herzog se retiraba, llevando el estetoscopio en la mano, como si le hubiera estado observando.

—Bien Scharf. Soy el subdirector del campo de trabajo. Mi nombre es Frankl. Alguien ha intercedido por usted y lo trajeron a la enfermería cuando entró en Sachsenhausen. Se lo diré claro. Alguien quiere que usted siga vivo, pero eso no significa que tenga ningún privilegio. ¡Es usted un prisionero acusado de actividades en contra del Reich! ¡Un delito que se paga con la pena capital! Pero de momento lo quieren vivo. ¿Quién es usted, Scharf? Dentro de un rato vendrá el doctor Ziegler para comprobar si usted debe pasar a la celda. Le adelanto que es un prisionero más. ¡No se haga ilusiones!

Una hora más tarde llegó el doctor Ziegler. Un hombre alto, de cabello oscuro, rasgos afilados y labios finos. Sus ojos eran grises muy claros y su mirada fría. Sobre la bata llevaba el emblema de las SS, algo irónico en alguien que debía estar allí para salvar vidas. Un águila sobre una calavera y la esvástica. Sin una palabra de saludo cogió la ficha situada a los pies del camastro y la leyó unos instantes.

—¡Según veo está usted en condiciones de hacer vida normal! ¡Así que levántese y vístase! ¡Ya! ¡Ahora mismo!

Werner tardó un instante en reaccionar. Aquel hombre no estaba bromeando. Se incorporó y se puso en pie. Llevaba una especie de camisola larga atada a la espalda. Se la quitó como pudo y se puso un pantalón y una chaqueta de color gris con rayas más oscuras que estaban en la silla junto a la cama. El uniforme de preso del Reich. Ziegler salió de la estancia, y un instante después entraron dos guardianes. Iban armados de largas porras. No se resistió.

Lo condujeron a empellones con las porras a lo largo de un pasillo inacabable con puertas pintadas de gris oscuro a ambos lados. Hacía mucho frío. Caminaba descalzo, con las botas reglamentarias en la mano, no le habían dejado tiempo para ponérselas. Llegaron a una celda abierta. Le empujaron dentro. El

cerrojo de puerta metálica chirrió al correrlo. En el momento en que vio cerrarse la puerta tuvo la sensación de que aquello ya lo había vivido antes.

El subdirector Frankl entró en su celda un par de horas más tarde.

—Según indica su informe es usted oficial del ejército del aire en excedencia. Debe saber que eso a nosotros no nos dice nada. Usted está aquí por actividades en contra del Reich. Eso es lo único que nos importa, por lo tanto será usted tratado como cualquier otro preso político. Aquí tenemos tres clases de prisioneros. Los políticos, los comunes y los judíos que pretenden ser alemanes. ¿Entendido? No hay más. Los judíos no cuentan. Solo son parásitos bastardos. Los comunes son sabandijas a las que hay que tener encerradas para evitar sus fechorías. A los políticos los consideramos enemigos del Reich, de Alemania. Para mí son los peores. Traidores que deberían ser fusilados. Solo la misericordia del Führer les mantiene vivos, o la información que terminan proporcionando. Mire, Scharf. Todos los hombres tienen un aguante. Se le advirtió que si usted no colabora, su compañera lo hará por usted. Lo que usted prefiera. ¿Tiene usted algo que decir?

Se sentía agotado. Solo pensar que Hannah pudiera estar prisionera le torturaba más que ninguna otra cosa. Decidió jugársela a una carta arriesgada.

—¡Claro que tengo algo importante que decir! Mi antiguo camarada de escuadrilla y amigo personal, Hermann Goering, debería estar informado de que estoy aquí. No me considero un traidor. Si me ocurre algo él podrá pedirles responsabilidades. Ustedes sabrán. En cuanto a la profesora Hannah Richter, ella no sabe nada, pero le diré que tampoco me importa lo que pueda pasarle. Esa mujer solo mantuvo una relación conmigo, y eso ya terminó. No le podrán sacar nada, porque nada sabe. Hagan con ella lo que quieran. Es su problema.

Notó como el subdirector Frankl dudaba un instante. Fue solo un leve gesto mezcla de contrariedad y sorpresa. Aquel hombre nunca hubiera esperado una respuesta así de un prisionero que acababa de ingresar en las condiciones físicas lamentables en que él se encontraba. En cuanto a Hannah Richter, creían tener un sólido argumento para convencerlo y él les estaba diciendo que le daba lo mismo lo que pudiera ocurrirle. Frankl cambió levemente el tono. La mención al todopoderoso Goering lo había impresionado aunque no quisiera demostrarlo.

—Scharf, usted sabrá lo que hace. No vamos a molestar al señor Goering por usted.

El hombre abandonó la celda sin añadir nada más. Conocía la forma de pensar en el ejército, y aquella contestación no era la de un prisionero acorralado por las circunstancias.

# 76. EUGENESIA
# (VIENA, ABRIL DE 1937)

Paul Dukas había llegado a la convicción de que si los nazis llegaban a dominar Austria algún día, ocurriría lo mismo que en Alemania. No se hacía ilusiones con respecto a su futuro, y discretamente estaba intentando conseguir un visado de salida para los Estados Unidos. No tenía la menor duda de que le concederían el visado por su currículo y su posición. Había puesto a la venta la mansión de Grinzing, pero no eran los momentos mejores para encontrar compradores para una casa tan costosa. Le preocupaba no poder venderla, ya que pensaba que con ese dinero podría conseguir iniciar una nueva vida en América. Mientras, intentaba proseguir una vida lo más normal posible. Habló con Selma para intentar reconciliarse, pero ella lo rechazó. Le dijo que tenían conceptos demasiado diferentes en sus vidas, pero le aseguró que no le guardaba rencor. Seguían manteniendo una relación frecuente aunque indirecta a través de Jacques y de Esther, que se sentían mucho más cercanos a su madre.

Jacques estaba pasando un mal momento psicológico desde lo sucedido en las olimpiadas. En cuanto a Esther estaba viviendo con sus abuelos en Tesalónica y había intimado con Lowe, a la que admiraba por la simpatía con la que se metía a todo el mundo en el bolsillo, y la manera en que estaba siendo capaz de llevar adelante la sucursal de la agencia. Selma y Lowe se llevaban muy bien desde el primer día, y Esther estaba sirviendo de enlace continuo entre ambas.

Por entonces el doctor Stefan Rechberg mantenía una relación de amistad cercana con Paul Dukas. Seguían viéndose todas las mañanas en el Hospital de Viena, y muchos días cambiaban impresiones o tomaban un café. Desde el viaje que habían hecho juntos a Berlín se respetaban mutuamente. El doctor Rechberg defendía en el Colegio de médicos a sus compañeros judíos frente a los ataques cada vez más insistentes de algunos médicos cercanos a las teorías nazis. Algunos tenían la certeza de que no faltaba mucho tiempo para que Austria se convirtiera en parte del Reich alemán, y mantenían la idea de que había que

impedir que los médicos judíos pudieran seguir trabajando en las instituciones públicas.

El doctor Rechberg le comentó una mañana que iba a viajar de nuevo a Berlín. Se había inscrito en una delegación del Colegio de médicos para visitar varios centros médicos experimentales del Reich. Paul se alarmó al escucharlo. Alemania era un país hostil para los que no pensaban como ellos.

—Doctor Rechberg. ¿No tendrá problemas allí? Ya sabe usted lo que algunos colegiados piensan de su forma de pensar. Le llaman «amigo de los judíos». ¿Qué pensarán si le ven todas las mañanas desayunando conmigo?

—¡Que piensen lo que quieran! ¡A mucha honra! Doctor Dukas, no siento el más mínimo temor a pesar de que todos los que van en la expedición están muy cercanos a las ideas nazis. Usted sabe que soy alemán, sigo teniendo el pasaporte, pero antes que alemán soy médico, y estoy interesado en saber que está pasando en el Instituto de Biología Genética y de Higiene Racial, y también en el Instituto Kaiser Wilhelm de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia. Sé muy bien que Fischer ha estado siempre influenciado por los representantes de los movimientos eugenistas. Permítame que los repasemos. Todo empezó con el profesor de anatomía sueco Anders Retzius y su índice cefálico, con el que clasificó a los seres humanos en tres categorías principales: dolicocéfalos, braquicéfalos y mesocéfalos. Después llegó Darwin y su lucha por la existencia. Su primo Francis Galton, y la superioridad de la raza blanca. Por supuesto el Conde de Gobineau y su «Desigualdad de las razas humanas». Georges Vacher de Lapouge, que clasificó a la humanidad en razas diferentes y jerarquizadas. Alfred Binet y su test de inteligencia con el que buscaba evitar la reproducción de determinados grupos étnicos. Henry Herbert Goddard, que pretendió medir el desarrollo intelectual mediante test y demostrar científicamente la superioridad de la raza blanca. Alfred Ploetz, conocido por acuñar el término higiene racial y promovió este concepto en Alemania. Ernst Haeckel, que propugnaba que las razas «primitivas» estaban en su infancia y precisaban la supervisión y protección de sociedades más maduras. ¡Hay muchos más! ¡Ahí tiene a Boulainvilliers, a Broca, a Huxley! ¡Hombres que pretenden clasificar a otros hombres! ¿A dónde vamos a ir a parar? ¡Pero es que no comprenden que al final estamos todos en el mismo barco!

»Le contaré algo curioso que me ha hecho pensar estos últimos meses. Usted

desconoce que estuve en Namibia hace muchos años, apenas había terminado la carrera. Le recordaré que Alemania se había anexionado Namibia, Camerún, Togo y Tanganika. Alrededor de 1908, cuando acababa de cumplir veintiséis y con la carrera recién terminada, coincidí en Namibia con Eugen Fischer, el actual director de ese instituto. En aquel país se vivió una espeluznante historia, y si me permite se la resumiré por su relación con lo que estamos viviendo.

»Las más importantes tribus locales, los Nama y los Herero se habían levantado contra la brutal ocupación que les imponíamos los alemanes. El gobernador nombrado en Namibia era entonces Heinrich Goering, el padre de Hermann Goering. De tal palo, tal astilla. El robo de tierras, su expulsión o deportación al desierto, los trabajos forzados, los tributos que los expoliaban, hicieron que las tribus decidiesen rebelarse. El gobernador Goering pidió refuerzos a la metrópoli, y en octubre de 1904 llegaron diecisiete mil soldados, a cargo del general von Trotha, con la orden de exterminar a los sublevados: de ochenta mil hereros sobrevivieron menos de la tercera parte, de los que una parte fueron desplazados al desierto de Omaheke, en donde la mayoría murió de sed o de hambre. En cuanto a los Namas, apenas sobrevivieron la mitad. Sus tierras fueron entregadas a los colonos alemanes, al igual que su ganado. Fue una represión brutal, con la intención de exterminarlos. Le recordaré que en Namibia se crearon los primeros campos de trabajo y se inició la investigación científica con los indígenas. ¡Un verdadero crimen!

»No hace mucho Fischer me escribió que había investigado a los que se conocían como los «bastardos de Rehoboth», es decir los descendientes de alemanes o bóers y mujeres africanas del África Oriental Alemana. También estudió a los indígenas de Papúa Nueva Guinea, entonces la colonia Kaiser Wilhelmsland alemana, en base a las investigaciones de Christian Fetzer. Fischer sugirió en sus «Estudios bastardos» que no se debería permitir la reproducción de los mestizos de padre alemán y madre africana. A partir de esas tesis se prohibió el matrimonio interracial y se esterilizó a muchos mestizos. Como sabe algunas mujeres alemanas tuvieron hijos con soldados negros o norteafricanos de las fuerzas de ocupación francesas, aunque algunos proceden de las colonias alemanas de África. Los nazis, y le diré con vergüenza que muchos alemanes corrientes consideran que la cultura negra es inferior, llaman al jazz «música de negros». ¡Qué estupidez y qué falta de sensibilidad! En estos últimos años un

grupo médico, denominado «Komission Nr. 3», ha llevado a cabo esterilizaciones forzadas de gitanos romaníes, a los que desprecian porque no los pueden entender. Ya sabe usted lo que los alemanes amamos el orden, la limpieza y el control, y algunos creen que los gitanos significan lo opuesto. ¡No son capaces de entender los valores de diversidad que aportan, ni el derecho a la vida que tenemos todos! Los gitanos están siendo seleccionados para la esterilización por la inyección o la castración, y enviado a campos de trabajo, las leyes les prohíben el matrimonio con personas fuera de su etnia. Por supuesto según ellos también deben ser esterilizadas las personas discapacitadas y los que padecen problemas mentales.

»Como usted recuerda, desde años antes de llegar a ser canciller, Hitler ya difundía su creencia en la superioridad de la raza germana, lo que llama la raza aria superior. Todo eso está recogido en «Mi lucha», ese panfleto barato, radical e incendiario. Ahora, tras las leyes de Núremberg, ha decretado que el ideal «ario» debe ser rubio, de ojos azules, alto, el arquetipo de la raza germana nórdica por supuesto sin mezcla de otras sangres. Eugen Fischer y Otmar Freiherr von Verschuer, a su vez director del Departamento de la Genética Humana, son los hombres que están sugiriendo la política racial al partido. Ellos han mantenido largas conversaciones con Hitler, y ambos están en contacto con Charles Davenport, el presidente de la Federación Internacional de Eugenesia. Por todo ello, comprenderá querido amigo que tengo que ir allí para poder ver con mis propios ojos lo que está pasando.

# 77. ARTE DEGENERADO (MÚNICH, JULIO DE 1937)

Eva Gessner recibió una invitación de la embajada del Reich en Viena para asistir a la exposición denominada «Arte Degenerado» que iba a celebrarse en Múnich en julio. Según la prensa así era como los nazis llamaban al arte de vanguardia. Mucho de él producido por artistas judíos, comunistas o que simplemente no pertenecían al partido. Obras de autores como Franz Marc, Kandinsky, Munch, Chagall, Max Ernst, Paul Klee, Ernst Barlach, Emil Nolde, Otto Dix, Eric Heckel, Ernst Ludwig Kirchner, y otros muchos, expresionistas alemanes y afiliados con el movimiento «Die Brucke», también los representantes del impresionismo, el dadaísmo, el arte abstracto, los cubistas, y casi todo el arte moderno. Por otro lado las obras influenciadas por su naturaleza racial, o de cualquier rastro de arte judío, gitano o africano. Incluso de la escuela Bauhaus. No faltaban obras de Picasso, Matisse, Van Gogh y Chagall. Para los nazis todas ellas ejemplos palpables del arte decadente o degenerado «Entartete Kunst».

Eva tenía información a través de galeristas alemanes con los que mantenía relación, ya que desde 1933 los nazis intentaban librar de todas la expresiones artísticas aquellos elementos foráneos que entendían perjudiciales para el pueblo alemán. Miles de pinturas, esculturas, ilustraciones, libros, instrumentos musicales africanos, estaban siendo recogidos de todos los museos; incluso de colecciones privadas por un grupo de «expertos» que estaban visitando todos los museos de Alemania con el fin de «purgarlos» de cualquiera de las influencias ya mencionadas, confiscando gran cantidad de obras de arte bajo instrucciones directas de Josef Goebbels.

Habló con María sobre ello, y le propuso ir a ver la exposición, ya que sentía una gran curiosidad por saber que entendían los nazis como arte degenerado. María no tenía inconveniente en acompañarla.

El 15 de julio fueron en tren a Múnich. Aquellos magníficos días de pleno

verano la ciudad se veía hermosa y cosmopolita. Aprovecharon para pasear y hacer unas pequeñas compras. Ambas estaban informadas de la situación de los judíos en el Reich, pero lo cierto era que las apariencias eran de paz y tranquilidad. La gente paseaba por los parques y las avenidas, y nada hacía pensar que muchos ciudadanos eran maltratados o encarcelados por la política racial.

El día de la inauguración se acercaron hasta allí paseando, ya que el hotel no se hallaba demasiado lejos. El edificio donde iba a tener lugar la exhibición era un antiguo instituto arqueológico. Había sido elegido por el propio Goebbels y se decía que había comentado: «No es necesario un edificio más grande, ni más importante, a fin de cuentas todas estas piezas deberían estar en la basura». Una parte se desarrollaba en las arcadas exteriores que daban a los jardines. En el multitudinario acto de inauguración se hallaban varios importantes políticos bávaros rodeando al ministro de Propaganda. Era evidente que los nazis daban una gran importancia a la exposición, un auténtico acontecimiento social y artístico en Múnich, que siempre pretendía competir culturalmente con Berlín.

Cuando Eva y María llegaron a la puerta, un funcionario les informó de que paralelamente se inauguraba por el Führer una exposición patrocinada por la Cámara de la Cultura de Múnich, denominada «Gran Exposición de Arte Alemán», para mostrarle al pueblo alemán lo que constituía el verdadero arte. Les explicó con una sonrisa de suficiencia que así el público tendría la oportunidad de comparar entre un tipo de arte y otro, y poder elegir. El asesor que obligatoriamente acompañaba a los grupos de visitantes para aleccionarlos, condenaba sin rubor el arte moderno como parte de una conspiración sionista y comunista para atacar al pueblo alemán, y afirmaba que las tendencias modernas no eran más que aberraciones y muestras de decadencia. Eva estuvo a punto de replicarle en varias ocasiones aunque María consiguió que permaneciera callada. Le señaló con las cejas varios individuos de paisano, probablemente agentes de la Gestapo, que controlaban la exposición y los comentarios de los visitantes.

Sin embargo se dieron cuenta de que a muchos de los presentes la exposición sobre el «arte degenerado» les interesaba realmente aunque no pudiesen demostrarlo. Algunos parecían fascinados. No habían podido ver aquel tipo de arte durante los últimos tiempos, ya que no solo estaba prohibido, si no que era rechazado por la cultura oficial. Allí estaban representados el dadaísmo, el

expresionismo, el impresionismo, el fauvismo, el surrealismo, el cubismo.

Después visitaron por curiosidad la exposición oficial del régimen. La «Gran Exhibición de Arte Alemán». En aquel momento el Führer abandonaba la exposición tras inaugurarla y visitarla. Alguien comentó que había hablado del papel corruptor de los judíos en el arte en general. Eva recorrió atónita las salas. Murmuró a María sin poder contenerse que aquello no era arte ni nada que se le pareciese. Obras con el estereotipo del arte oficial. Rígidas, sin alma, cuadriculadas, académicas y de baja o ninguna calidad. «¡No adquiriría ninguna!», había comentado.

Decidieron ir a tomar un té al salir para sentarse y descansar un poco. Era una tranquila y bella tarde de verano en el centro de Múnich. De pronto Eva vio como María corría hacia la calle. Volvió unos minutos más tarde acompañada de Kurt Eckart. Se lo presentó y Kurt se sentó con ellas. Llevaba un escudo con la esvástica en la solapa. No había nadie más en aquella terraza acristalada.

Eva notó que María se había puesto muy nerviosa. Les dijo que estaba cansada y que se iba a ir un rato al hotel, pero María insistió en que se quedara. Cuando le explicaron que habían visto la exposición, Kurt asintió. Él también acababa de ir. Había muchas más personas intentando entrar en la de Arte Degenerado que en la de arte oficial. Había escuchado a alguien que parecía entender mientras hacia un comentario al salir de la exposición oficial. El hombre aseguró que no se llevaría nada de aquella exposición, pero si cualquier cuadro u objeto de la de arte degenerado. Lo mismo que Eva acababa de comentar. Kurt sonrió. Añadió en voz baja que él pertenecía al partido, pero que tenía muy claro lo que le gustaba y lo que no.

Eva se despidió y se dirigió al hotel caminando. María le dijo que se verían más tarde, y se quedó con Kurt. Eva sabía lo sucedido entre ellos, pero no tenía nada de particular que quisieran hablar. María le había confesado que echaba de menos a aquel hombre, pero que no soportaba la tensión de tener que vivir con él en Alemania. En los últimos años Kurt Eckart había escalado en el organigrama del partido nazi. Debía haber resultado muy duro para María tener que convivir con los compañeros, camaradas nazis, y altos funcionarios de un partido que representaba una forma de entender la vida que despreciaba. La exposición del arte alemán lo decía todo. Un arte vulgar, que intentaba ser grandioso, propagandístico, fascista. Lo explicaba el folleto que habían cogido en la

exposición: «La naturaleza judía del arte degenerado, un arte distorsionado y corrupto, un síntoma de la presencia de una raza inferior».

Adolf Hitler dejaba muy claro el concepto nazi del arte y su particular sentido artístico en la cubierta del folleto:

> *«Este tipo humano que ha aparecido ante el mundo entero por primera vez el pasado año, durante los Juegos Olímpicos, en su espléndida, orgullosa fuerza y salud, este tipo humano, queridos balbuceadores prehistóricos del arte, representa el tipo de la nueva época. Y vosotros ¿qué producís? ¡Lisiados deformes e idiotas, mujeres que suscitan únicamente horror, hombres más semejantes a las bestias que a los hombres, niños que, si viviesen en el modo en el que han sido figurados, se creerían simplemente una maldición de Dios! Y estos espantosos diletantes tienen la osadía de mostrar todo esto al mundo contemporáneo como arte de nuestra época, más bien como manifestaciones de aquello que forma la época actual y a ella impone el propio sello».*

María volvió de madrugada al hotel. Eva notó que su hermana tenía los ojos húmedos. El amor y la pasión ya eran suficientemente complicados en situaciones normales. Sabía que María lo estaba pasando mal por culpa de aquel hombre. Eva prefería mantener un prudente silencio hasta que su hermana le contara lo que estaba sucediendo en realidad.

## 78. LA CONFERENCIA SECRETA (BERLÍN, 5 DE NOVIEMBRE DE 1937)

El 5 de noviembre, Adolf Hitler citó en la cancillería al mariscal de campo von Blomberg, ministro de la guerra, al coronel general von Fritsch, comandante en jefe del ejército, al almirante H.C. Raeder, comandante en jefe de la Marina, al general Goering, comandante de Luftwaffe, al barón von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, al coronel Hossbach, y a Joachim Gessner, en aquel momento ocupando el discreto cargo de subsecretario de relaciones exteriores del partido, supeditado a Heinrich Himmler. Ninguno de ellos sabía cuál era el motivo de la citación, ni que hacían allí Hossbach y Gessner, que no formaban parte del gobierno ni de la cúpula del ejército.

Hitler entró en la sala, saludó en silencio con la mano levantada y se dirigió al estrado. Sin más preámbulos fue directo al fondo de la cuestión.

—Oficiales jefes, camaradas: Deseo exponerles las ideas básicas para el desarrollo de la posición alemana en el campo de los asuntos internacionales. Pero antes quiero hacerles una advertencia. Deben saber que este es también mi testamento político y mi última voluntad como Führer para proteger los intereses a largo plazo de la política alemana. Permítanme que les explique de donde provienen estas ideas. Cuando hace muchos años leí «El mundo como voluntad y representación», de Schopenhauer, lo que más me inspiró fue la frase «*la verdadera esencia del hombre se encuentra en la práctica de la voluntad a la que considera el verdadero motor del hombre*». Luego Nietzsche llevó esas ideas a su cénit. Pues bien, ahora yo las quiero llevar a la práctica, tal y como están expuestas en «Mi lucha», el libro en el que expongo mi doctrina nacionalsocialista que surge de la síntesis de estos elementos, y que constituye más que una ideología. En realidad es una verdadera religión secular en la que me propongo crear un nuevo hombre alemán. ¡No les quepa duda de que la raza es el fundamento de la historia del mundo, de la organización de los estados y de las grandes civilizaciones que surgirán impulsadas por la raza superior, la raza

aria germana, que creará la nueva civilización a costa de las razas inferiores!

»El principal objetivo de nuestra política no es otro que asegurar y preservar la comunidad racial, para aumentar la población del Reich y poder competir en condiciones de igualdad con las grandes potencias. El problema es por tanto el espacio. La comunidad alemana está constituida actualmente por más de ochenta y cinco millones de personas. Constituye un núcleo racial contenido en los estrechos límites del país y del espacio habitable disponible en Europa. La densidad de Alemania es muy superior a la media, por lo cual tiene derecho a un mayor espacio vital, que hasta ahora la historia no nos ha concedido. Estas condiciones políticas constituyen un gravísimo peligro para la preservación de la raza alemana. El «lebensraum» será el objetivo central de nuestra futura política. ¡Pero un espacio vital para una determinada comunidad racial! Permítanme que se lo aclare.

»Si nos referimos a materias primas, somos autárquicos parcialmente. En cuanto a carbón lo somos. En hierro también. Pero no en minerales esenciales, como el cobre, el cromo, el zinc y algunos otros. Ahora bien, en cuanto a las necesidades de alimentación, Alemania no será capaz de alimentar a un número tan grande de personas, y por tanto ello nos impediría crecer en un futuro a corto plazo. Como es natural, si utilizamos nuestras reservas de divisas en alimentos, no podremos desarrollar una verdadera industria, incluyendo por supuesto la bélica. Eso quiere decir que la única solución será la adquisición de nuevo espacio habitable. Ese «espacio vital» del que hablábamos. Ahora bien, debemos ser conscientes de que no nos resultará fácil. Alemania deberá vigilar a nuestros mayores enemigos, dos grandes potencias antagonistas, Gran Bretaña y Francia, inspiradas por el odio, para quienes en estos últimos años nos hemos convertido en una incómoda piedra en sus zapatos. Si suponemos que asegurar la situación alimentaria de Alemania es la principal preocupación, el espacio necesario para lograr dicha meta solo puede ser encontrado en Europa, y no en la explotación de colonias. No pretendemos adquirir población, sino ganar espacio agrícola. Áreas productoras de materias primas en la inmediata proximidad al Reich podrían ser adquiridas, mejor que aquellas ubicadas en lugares lejanos.

»Se preguntarán: ¿Entonces cuándo podría ser el momento adecuado para llevar a cabo esa expansión? He reflexionado que las mejores fechas serían entre 1943-1945. Después probablemente todo cambiaría a peor para nosotros. He

calculado que para entonces el equipamiento del ejército, de la marina, y de la Luftwaffe, como también la formación del cuerpo de oficiales, habrá sido prácticamente completada. El equipamiento y el armamento serán modernos, pero, de esperarse más, se correría el riesgo de que se volvieran obsoletos. En cuanto al secreto de las armas especiales, que no voy a pormenorizar ahora, pero que todos ustedes conocen, no podrá ser mantenido para siempre. En cualquier caso y siempre ¡Alemania estará por encima de todos!

Al escuchar la alusión al «Deutsche über alles», los presentes aplaudieron al Führer, que alzó los brazos pidiendo calma.

—¡Gracias, camaradas! Quiero aprovechar el momento para aclarar algo que sé que les preocupa. El Reichsführer, camarada Hermann Goering, se lo va a exponer. Le cedo la palabra.

—¡Gracias, mi Führer! ¡Es solo un instante, camaradas! Queremos que sepan que Alemania no va a mantener sus tropas indefinidamente en España. Desde nuestro punto de vista la victoria de Franco no es deseable, por el contrario estamos muy interesados en la continuación de la guerra y así mantener la tensión en el Mediterráneo. ¡Tenemos que tener muy claro que Franco podrá ser nuestro aliado ideológico, pero entre nosotros es alguien intratable con el que jamás podremos llegar a ninguna parte! ¡Hemos hecho lo que teníamos que hacer y ahora nuestros hombres deberán volver a casa! Por el momento absténganse de hacer comentarios sobre lo aquí expuesto.

Tras abandonar la reunión el coronel Hossbach caminó por el pasillo siguiendo a Joachim Gessner. Ambos se conocían de referencias pero no habían hablado nunca directamente.

—Me alegro de haber coincidido con usted, Gessner, en una conferencia tan esencial para nuestro futuro. ¡El Führer tiene las ideas muy claras! ¿Le parece si tomamos un café?

—¡Encantado, coronel Hossbach! Es muy cierta su apreciación. Estaba pensando lo mismo. Si le parece podemos ir a esa cafetería nueva de aquí cerca.

Caminaron departiendo como si no hubieran estado escuchando al canciller hablar de invadir el Este.

—La verdad, se habla mucho de lo mal que está Alemania económicamente. Sin embargo aquí tiene usted la realidad. Esta magnífica avenida repleta de gente con ganas de comprar y divertirse. El país recobrando la dignidad. ¡Por cierto, se

ven menos judíos por la calle! ¡El Führer los ha atemorizado! ¡Ja, ja, ja! ¡Y menos comunistas! ¡Siempre van asociados! Bueno, Gessner, dígame lo que le ha parecido la conferencia.

Joachim pertenecía al cuerpo diplomático, y tampoco quería tener problemas.

—Coronel Hossbach. ¡La providencia nos ha bendecido con el Führer que necesitaba Alemania! ¡El espacio vital! ¡Iremos a por él a cualquier precio, y entonces tendremos un Reich por mil años!

Hossbach sacó del bolsillo una libreta de apuntes y se la mostró.

—¡Aquí está la conferencia! ¡No se alarme! El Führer me pidió que la tomara, ya que él quería una copia exacta de lo que ha dicho, pero no deseaba taquígrafos ni secretarios dando vueltas por allí. Tampoco deseaba interpretaciones de sus palabras. Lo que sí puedo asegurarle es que el hecho de que estuviera usted allí significa mucho para su futuro. Y en este caso tengo muy claro lo que le estoy diciendo. Le felicito por ello. Bueno, pues ya está usted metido hasta el cuello. ¡Lo único que puedo decirle es que a partir de ahora vienen momentos apasionantes! ¡Amigo mío, vamos a hacer historia, se lo garantizo!

# 79. MOSHE ZEEV (TESALÓNICA-FEBRERO DE 1938)

David Goldman paseaba todas las mañanas por el mercado de Tesalónica. Hacía la compra cuando veía algo que le apetecía. El pescado prefería comprarlo directamente en la lonja cuando llegaban los pesqueros por la tarde. Mientras caminaba y saludaba a unos y a otros, iba dándole vueltas a la cabeza sobre su historia de los sefardíes. Era una manera de pensar en otras cosas, de intentar olvidar por un rato lo que estaba sucediendo en Alemania, no obsesionarse con aquellos tipejos incultos e infames que se habían hecho con el poder utilizando la democracia, y que en cuanto lo tuvieron en la mano se habían transformado en tiranos. Recordaba bien que eso ya lo había escrito Platón. Según él filósofo, se pasaría de la timocracia a la oligarquía, de esta a la democracia, y al final esta engendraría la tiranía. Es decir, la lógica de los sistemas de gobierno los conduciría a un aumento gradual de la degradación y la corrupción. Un inevitable proceso hacia lo peor. Hacía muchos años que había leído «La República». Los seres humanos seguían siendo iguales dos mil quinientos años después.

> *«Al principio, sonríe y saluda a todo el que encuentra a su paso, niega ser tirano, promete muchas cosas en público y en privado, libra de deudas y reparte tierras al pueblo y a los que le rodean y se finge benévolo y manso para con todos… y así el tirano, si es que ha de gobernar, tiene que quitar de en medio a todos estos hasta que no deje persona alguna de provecho ni entre los amigos ni entre los enemigos».*

Una soleada mañana de finales de febrero se le acercó un campesino en la calle de atrás del mercado. Un hombre bajo pero fuerte, que tiraba calle arriba del ronzal de un burro cargado de hortalizas. El hombre se detuvo frente a él.

—Buenos días, señor, soy Angelos Karagounis —David sonrió diciéndole

que no quería comprar nada. El hombre negó con un gesto. No se trataba de eso. Le habló en el marcado dialecto griego de la región—. Perdone que le interrumpa, ¿pero no es usted el señor Goldman? ¿Su mujer no es la hija de Efraím Safartí, que en paz descanse? ¿No tiene usted unos nietos que vienen en verano?

David asintió. Estaba intrigado. No entendía lo que aquel hombre pretendía.

—Verá usted. Permítame que le explique. Cuando el inglés, Stanley, fue asesinado hace más de tres años, sus nietos estaban allí, fueron testigos del asesinato y yo también. Lo vi todo escondido entre los cañaverales. Un hombre llegó en una motocicleta y sin más le pegó dos tiros a Stanley que parecía aguardar a alguien. El tipo aquel salió como alma que lleva el diablo, pero yo encontré luego la moto, y sé quién es ese hombre. Creo que él también sabe que los muchachos estaban allí. He dado muchas vueltas a la cabeza pero al final he decidido contárselo a usted. Verá usted, mi yerno trabaja en la policía y las cosas se hablan. ¿Comprende? La policía cree que el culpable fue el alemán aquel, un tal Gottfried. Pero no es cierto. Yo lo vi todo pero preferí permanecer al margen, ni siquiera lo he comentado con mi yerno. Ahora he pensado que sería mejor que usted lo supiera. Según me explicó mi yerno, el tal Gottfried era un alemán del partido de Hitler. Él también puede estar interesado en saber si los muchachos vieron o no al que lo asesinó. Le diré algo —Karagounis se acercó a él—, fue un judío de Efkarpia. Un hombre llamado Moshe Zeev. Vive hace años allí solo, la gente dice que es un hombre extraño. Él mató al inglés. He pensado que usted debería saberlo, pero no le diga nada a la policía. No sería bueno para sus nietos. Solo quería que lo supiera. Y ahora quede usted con Dios.

Karagounis arreó al burro y caminó calle abajo hacia la playa. David se quedó un instante parado. De pronto corrió hacia él.

—Karagounis. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo para decírmelo? ¿Por qué ahora?

El hombre esbozó una sonrisa en su atezado rostro. Se le marcaban las arrugas. Volvió a hablar en griego casi en un susurro.

—Pues verá usted. Es que hace un par de días vi en el mercado al alemán. Parecía otro, pero era él. Se había rapado la cabeza, llevaba gafas y vestía como los griegos. Pero era Gottfried. No sé por qué ha vuelto, pero ya conoce usted a los alemanes. Nunca dan puntada sin hilo. Ese hombre ha venido para algo. Se lo

conté a mi mujer y ella me dijo que debía advertirle a usted, por los muchachos. Por eso se lo he dicho.

El hombre volvió a arrear a su burro y desapareció calle abajo. David se quedó pensativo pensando en sus nietos. Jacques estaba en Viena con su madre. Pero Esther estaba allí con ellos. No quería vivir en Viena ya que su prometido también vivía en Tesalónica. Asintió.

Lo comentó con Rachel, y ella se quedó preocupada. Entonces David decidió ir a Efkarpia, a intentar dar con aquel Moshe Zeev que según Karagounis había asesinado a Stanley. Él había hablado de aquel asunto con responsables de la policía que creían que se trataba de un crimen político entre los servicios secretos británicos y alemanes en una zona estratégica del Mediterráneo.

David tenía ya setenta y un años aunque se encontraba bien físicamente. Por la mañana le dijo a su esposa que no volvería para comer, que había quedado con el nuevo rabino que llevaba la recuperación de los archivos. Pensaba que si le dijera hacia dónde iba ella se opondría. Prefería no tener que dar explicaciones hasta que volviera. Luego caminó hasta la plaza de donde salían los autobuses de línea y subió al que pasaba cerca de Efkarpia.

David no tenía miedo, nunca lo había sentido por nada, solo necesitaba aclarar la situación. Le resultaba insoportable pensar que pudiera sucederles algo a sus nietos. Jamás se lo hubiera perdonado. El autobús era un destartalado vehículo. En él llegaban los campesinos al mercado y la gente de los pueblos que tenía que hacer compras en Tesalónica o acudir al centro. A aquella hora iba una docena de personas que le gritaban al conductor donde querían bajarse. Él descendió en el cruce, apenas a un kilómetro de Efkarpia, apenas a media hora del centro de Tesalónica. Preguntó a una campesina si sabía dónde podría encontrar a Moshe Zeev. La mujer se encogió de hombros. Tuvo que caminar hacia el centro y allí volvió a preguntar. El hombre señaló una casa que se veía en la colina.

—¡Allí! Pero casi nunca está. Siempre está fuera, comprando vino en todas las bodegas de la región.

Ya que había llegado hasta allí decidió intentarlo. Subió ladera arriba por un camino polvoriento. Tuvo que detenerse un par de veces. Llegó hasta la casa. Todo estaba en silencio. No se veía a nadie. De pronto pensó que lo mejor que podía hacer sería volverse. Se sentía cansado. Todo el asunto era muy extraño, y

no sabía que estaba haciendo allí buscando a alguien que supuestamente había matado a Stanley. Tampoco iba a reconocérselo. Se sentó un rato a descansar y luego bajó la cuesta hacia Efkarpia. De pronto vio una motocicleta que subía entre una nube de polvo. Se quedó parado a un lado del camino. El motorista se detuvo frente a él.

—¿Usted me está buscando? Soy Moshe Zeev. ¿Qué quiere de mí?

El hombre lo observaba con el ceño fruncido. No parecía nada satisfecho de encontrar a alguien cerca de su casa.

—Mi nombre es David Goldman. Conocía a Stanley.

Notó como Zeev se ponía tenso.

—¿Sí? ¿Ese no era el profesor loco por los pájaros que murió asesinado? ¿Y qué tengo que ver en ese asunto? ¿Qué quiere de mí?

—En realidad nada. Verá. He venido como en un impulso. Mis nietos fueron testigos del crimen, aunque ellos no vieron al asesino. Estaban escondidos a una cierta distancia. Solo vieron llegar a un hombre en moto, una «Royal Enfield» negra… como esa. Ellos no saben nada, puede creerme. Pero alguien que estaba cerca sí. Yo estuve indagando sobre el asunto precisamente al estar mis nietos en medio. Un hombre me dijo que fue usted quien lo mató.

—¡Eso es una solemne tontería! ¡En ese momento yo estaba aquí, en mi casa! ¡Tengo dos testigos que podrán confirmarlo! ¡No tengo más que decirle!

El hombre arrancó la moto. Cuando se disponía a seguir, David hizo un gesto para que se detuviera.

—Mire, Moshe Zeev. Yo no quiero nada de usted. Sé bien quien era Stanley, y a lo que se dedicaba. Era un espía británico que controlaba esta parte de Grecia. No sé quién lo mató, pero no quiero vivir con el temor de que les pase algo a mis nietos, ni a mi familia.

Zeev recapacitó, descendió de la motocicleta y la llevó bajo un árbol. Luego se volvió y le hizo una señal de que le siguiera. Caminaron hacia la casa. Zeev abrió la puerta con una llave antigua que cogió de debajo de una maceta y le invitó a entrar. Permaneció unos instantes en silencio, como si no terminara de decidirse. Finalmente lo miró a los ojos y comenzó a hablar.

—Goldman. Sé quién es usted, el profesor de Viena que se casó con una sefardí de aquí. He oído hablar de usted y creo que podrá entenderme. Ambos somos judíos y nos unen muchas cosas. Soy sionista. Tuve que terminar con

Stanley porque él trabajaba para los británicos e impedía que nuestra gente llegara a Palestina desde estas costas. No tenía nada contra él, pero informaba de nuestros movimientos. Una vida vale menos que cien, y nuestra causa es justa. Los británicos ahora están en contra de la emigración judía a Israel y apoyan las demandas árabes. Sé también quién es su hija Selma. Comprendo su preocupación, pero no debe preocuparse por sus nietos. Ellos no pudieron verme, ya que yo llevaba unas gafas de motorista y un gorro de piel. Jamás me reconocerían. Esté tranquilo, no tengo nada contra ellos, como no tengo nada contra usted, que ahora sabe más que ellos.

David asintió. No esperaba aquella sinceridad. Tal vez él había hablado tan claro que Zeev se había quedado desarmado. Quiso ser completamente sincero con aquel hombre.

—Bien. Le agradezco su franqueza. Tal vez pueda ayudarle. Verá. El campesino me contó que hay un individuo investigando sobre el asunto. No sé qué tiene que ver en todo ello. Se trata de un tal Gottfried. Un alemán. Parece interesado en saber lo que pasó. Es extraño.

Moshe Zeev asintió sonriendo.

—Sí. Es cierto. Pero eso ya está arreglado. Gottfried ya no molestará más. Ese tipo pertenecía al SD, el servicio de Seguridad del Reich dependiente de las SS. Ellos estaban en pugna con los británicos para controlar a los judíos de Tesalónica. Mire, los alemanes quieren saber muchas cosas sobre los judíos de Grecia, de Turquía, de Hungría, de todas partes. Cuántos hay, dónde viven, todo, y no se lo vamos a poner fácil.

David notó que Zeev le hablaba en pasado con respecto a Gottfried.

—Ese hombre quería recuperar los archivos de Stanley, pero no sabía quién los tenía. Yo no podía permitir que cayeran en sus manos —señaló unas cajas de madera. Escrito con grandes letras negras se leía «Vino de Naousa»—, ahí están las fichas de todos los judíos que viven en la región, sus propiedades, sus circunstancias. Todo eso lo recopiló Stanley a lo largo de muchos años para el servicio secreto británico. Stanley dudó hasta el último momento si entregarla o no. En eso tengo que reconocer que se portó bien. No lo hizo. Los británicos siguen buscando esta información, y el SD nazi también la quería, pero no la tendrán. Por eso enviaron a Gottfried. Él entró en contacto con Stanley haciéndose pasar por un ornitólogo alemán. El SD había interceptado la

radiofrecuencia de Stanley y le vigilaban. Pero también significaba una amenaza para nosotros. Ahora eso se ha terminado.

—¿Y los británicos? Esa gente nunca ceja. Querrán saber quién acabó con su hombre.

—Están convencidos de que fueron los alemanes. ¿Quién si no? Para ellos el responsable era Gottfried, o alguno de sus hombres. Ahora ya no podrán saberlo nunca. Los servicios secretos británicos y alemanes mantienen una pugna inacabable. Como ha podido comprobar he confiado en usted. Sé que es un hombre decente, y el padre de Selma Goldman. Ahora le ruego que vuelva a su casa y olvide todo lo que le he contado. Yo también me voy y me llevo esas cajas. Mi labor aquí ha terminado. He tardado casi cinco años en solventar este asunto. En cuanto al testigo que dice que me reconoció, ese hombre no hablará, ni nadie le haría caso. Ese Karagounis colaboró toda su vida con los turcos y no tiene credibilidad. Pero si me lo permite, Goldman, le daré un consejo. Saque a toda su familia de Viena y váyanse de Europa. Aquí nadie va a estar seguro. Ni siquiera en Tesalónica.

—¿Ir a dónde? ¿A América? ¿A Palestina?

—Sí. Le puedo decir que ahí estarían bastante más seguros que en Austria o incluso que aquí en Grecia. Si nos asomamos al porche y contemplamos la hermosa vista con el Mediterráneo al fondo, podríamos creer que esto es parte de la tierra prometida, y que nunca podría ocurrir nada malo. Pero no es cierto. Los alemanes querrán apoderarse de este país. Uno de los problemas que tenemos los judíos es que somos demasiado confiados, y es imposible convencer a los nuestros de que abandonen todo y se marchen lo antes posible. Es una difícil decisión, ¡esta también ha sido su tierra por siglos!, pero cuando llegue el momento, ese día ya será tarde. Y ahora váyase, y olvide todo esto. Vuelva a sus libros y a sus investigaciones Goldman. Es usted un hombre valiente.

David Goldman volvió en el autobús a Tesalónica. Tuvo que aguardar casi una hora en el cruce hasta que pasó de vuelta. Meditó que no podría contarle todo aquello ni siquiera a Rachel, con la que jamás había tenido secretos. Era mejor olvidarlo. Ahora tenía la certeza de que ni Esther ni Jacques corrían riesgo alguno por haber sido testigos de lo sucedido.

# 80. EL «ANSCHLUSS» (VIENA, MARZO DE 1938)

El jueves 10 de marzo, Selma Goldman estaba preparando la maleta para ir a pasar unos días a Tesalónica. Jacques se quedaría en Viena ya que tenía que preparar unos exámenes. Estaba preocupada por lo que decían los periódicos. Los alemanes estaban concentrando gran cantidad de tropas al otro lado de la frontera. Aquel Führer era impredecible, pero no lo creía capaz de invadir un país soberano como era Austria. Estaría amagando, intentando forzar algún acuerdo, ya que esa era su forma de entender la política y la diplomacia.

No podía entender como una gente en general tan preparada y culta como los alemanes soportaban a aquel individuo. Tenía la esperanza de que sucediera algo que lo hiciera caer del pedestal. Pero ni siquiera el sonoro escándalo de la muerte de su sobrina, con la que mantenía relaciones, parecía haber afectado lo más mínimo su popularidad.

Sin embargo en Viena tenían lugar aquellos días frecuentes desórdenes públicos fomentados por los nazis austríacos. Individuos sin nada que perder que corrían por las calles del centro, apedreando los escaparates de comercios judíos, incluso incendiado algunos locales públicos. En general los ciudadanos de Viena sentían un profundo desprecio por aquella gentuza. Algunos artículos de prensa criticaban a la policía y a los políticos por permitir aquellas algaradas y violencias en el mismo centro de la ciudad. Selma pensaba que no eran más que provocaciones para pulsar hasta donde podían llegar, aunque la evidente inhibición de las fuerzas públicas le preocupaba.

Sin embargo Emil Kayfman, su mano derecha en la agencia, la llamó muy temprano aquella mañana para decirle que había oído por la radio que en toda Austria estaban teniendo lugar disturbios generalizados causados por nazis. En Linz, Graz, Innsbruck, y por supuesto en Viena, a pesar de que tropas austríacas leales al gobierno intentaban mantener el orden. Fue al dormitorio de Jacques para decirle que la acompañara a Tesalónica, y se encontró que ya se había

marchado. Tenía que haberse ido muy temprano, ya que no lo había escuchado irse. Llamó por teléfono a la casa de su amigo Karl Fischer, con él que mantenía una larga amistad desde que ambos eran muy pequeños. Habría ido a estudiar allí. Karl le comentó que no estaba en su casa. Ella insistió expresándole su preocupación pero el muchacho no sabía dónde podría estar.

Selma le dejó una nota sobre la mesa del comedor diciéndole que no saliera de casa, ni se le ocurriera hacer frente a aquellos nazis. Conocía a Jacques, y sabía que no les temía. Ella sí. Pero se le estaba haciendo tarde, no tenía más remedio que irse o perdería el tren. Cogió su maleta y bajó a la calle para buscar un taxi. Por el camino vio a grupos con banderas con la esvástica. El taxista murmuró que aquella gente iba a traer la ruina a Austria. En la estación la policía controlaba a los que entraban y a los que llegaban. Le hicieron mostrar el pasaporte. El policía dudo un instante pero se lo devolvió y la dejó pasar. Finalmente pudo subir y el tren salió, inusualmente con cinco minutos de retraso. Algo estaba ocurriendo en el país.

Jacques Dukas no estaba estudiando para presentarse a los exámenes. Acababa de enamorarse de una joven francesa que se hallaba de paso en Viena a la que había conocido casualmente en la calle: Louise Delacourt, una estudiante de música que había llegado para perfeccionar piano. Había sido un amor a primera vista por ambas partes. Jacques también tocaba algo de piano, pero informalmente, por su buen oído y su sentido musical. Louise estaba viviendo en una pequeña pensión en el centro, el dueño prefería mirar para otro lado. Era un hombre prudente y en ocasiones recordaba que alguna vez él también había sido joven.

Para Jacques, Louise fue como una revelación. Una muchacha desinhibida y libre para la que hacer el amor era algo natural. Llevaban varios días saliendo de la habitación apenas para ir a comer algo. Jacques iba a su casa de tanto en tanto, solo para dejarse ver, llevando varios libros en la mano, pálido, ojeroso, con la mirada ida, pensando solo en volver al regazo de Louise, olvidándose de Ada Amiad, su antigua novia de Tesalónica, a la que quería, pero de otra manera. Descubrir el amor como Louise lo entendía, significó un descubrimiento mágico para él. Con Ada se besaba, caminaban cogidos de la mano, como mucho ella permitía que la abrazara. Con Louise, era ella la que llevaba la iniciativa, y eso no le había ocurrido nunca. En aquella pequeña habitación de la buhardilla, en la

antigua pensión de estudiantes del barrio antiguo, con una escalera empinada que le permitía acceder sin tener que pasar por la entrada principal, desnudos en la antigua cama de metal cuyo mayor defecto era que tintineaba como los coches de caballos que circulaban por el Ring, allí estaba aprendiendo las sabias maneras que los franceses empleaban cuando hacían el amor.

Naturalmente ni Louise, que solo era una muchacha joven y extranjera, ni Jacques, entregado con toda su alma a la pasión amorosa, sabían apenas nada de lo que estaba sucediendo en las calles, en la frontera, ni como los esbirros de Hitler estaban comenzando a actuar para traer el nazismo a Austria.

Mientras el viernes a primera hora, Selma llegaba a Tesalónica, preocupada, aunque contenta de volver a encontrarse en la vieja casa de los Toledano, en Viena las cosas estaban yendo a mayores, y grupos de exaltados partidarios de los nazis a los que alguien había procurado armas, y que seguían ya unas claras instrucciones para derribar al gobierno, estaban tomando los edificios más representativos de la ciudad, y entrando sin más en los almacenes propiedad de judíos, para comenzar a cambiar las cosas según el credo nazi, asesorados por agentes de la Gestapo que ya no se ocultaban, infiltrados entre la policía austríaca donde gozaban de muchas simpatías. Tampoco podía saber que el presidente Miklas había recibido un ultimátum del propio Hitler, exigiéndole que dejara sin efecto el referéndum ordenado por el canciller Schuschnigg, a lo que Miklas se había negado.

A primera hora de la mañana del viernes, Jacques le dijo a Louise que iba a acercarse a su casa, apenas a unos minutos andando para dejar una nota, coger el dinero que tenía ahorrado y el pasaporte, y marcharse a París con ella. En aquel momento no quería separarse de Louise ni unos centímetros. Ella tenía billete para el expreso que salía vía Zúrich a las dos de la tarde, y Jacques quería creer que su madre entendería las circunstancias. En cuanto a su padre, prefería no tener que contárselo. Sabía que se encontraba en su casa de Grinzing, convaleciente de una gripe, pero no tenía tiempo para subir hasta allí, ni iba a explicarle todo por teléfono.

Al salir a la calle casi se dio de bruces con un grupo que corría hacia el centro. Llevaban largas porras y una esvástica que ondeaban. Tuvo que refugiarse en un portal para evitar que lo arrollasen. Luego caminó con más precaución. Todo aquello le estaba cogiendo por sorpresa ya que durante los

últimos días solo había pensado en Louise. Llegó al portal y el portero le observó con sorpresa.

—¡Por Dios santo, señor Jacques! ¡Pero es que no se ha dado cuenta de lo que está pasando! ¡Los alemanes están a punto de entrar en Austria! ¡No debería salir a la calle… ustedes pueden tener problemas!

—¿Nosotros? ¿A qué problemas se refiere Matthias? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, señor Jacques. Perdone que me inmiscuya, pero ustedes son judíos. Parece que está habiendo agresiones indiscriminadas contra los judíos por toda Viena. Me lo han dicho ya varias personas. Han apaleado a un grupo de judíos en el Ring. A otros los han insultado y despojado de todo lo que llevaban. En el Prater han perseguido a unas muchachas judías y se las han llevado a no se sabe dónde… en fin.

—Gracias por la información, Matthias. Le prometo que tendré cuidado. Por cierto, ¿ha visto usted a mi madre?

—Sí. Precisamente salió ayer de viaje. Iba a ver a sus padres ¿a Tesalónica?

—Sí. Mejor. Mi hermana también está allí. Bueno, no se preocupe por mí. Estoy aquí cerca en casa de un amigo preparando los exámenes. Voy a subir un momento a casa y me voy. ¿De verdad le parezco uno de esos judíos típicos, Matthias?

Matthias Müller negó con la cabeza mientras se encogía de hombros. Conocía a aquel muchacho de toda la vida. Nada tenía contra la familia Goldman, ni contra los Dukas, aunque en general los judíos no le caían bien, algunos vivían con un tren de vida que para sí hubieran querido muchos austríacos. Él mismo creía merecer algo mejor, pero la vida se le estaba pasando en la portería de aquel lujoso y exclusivo edificio en el Parkring. De las ocho familias que lo habitaban tres eran judías. Tenía que reconocer que Selma Goldman siempre era amable con él. El doctor Abraham Appelbaum, que siempre pasaba junto a él pensando en sus cosas, y los Hirsch, peleteros, que se habían marchado hacía unos meses sin decir dónde, y no sabía si volverían o no. Para él había demasiados judíos en Viena y estaba comenzando a hartarse. En cuanto a Jacques Dukas, se decía de aquel muchacho que había dejado que el balón entrase en la portería para que ganara Italia. ¡Bah! No podía creerlo.

Jacques tardó apenas diez minutos. Tenía ahorrados unos tres mil chelines. Metió su dinero en un cinturón con cremallera, como le había enseñado su

abuelo. Con aquello podría adquirir el billete a París y vivir una temporada. Hizo una pequeña maleta, cogió el pasaporte que tenía desde los juegos olímpicos de Berlín, el carnet de la federación de fútbol, aunque pensaba que, con aquel antecedente que había salido en todos los periódicos, podía dar por acabada su carrera deportiva. Bajó de tres en tres las escaleras y volvió a salir a la calle. Pensaba que si tenía que salir corriendo no les resultaría fácil atraparle. Solo quería volver con Louise, estar junto a ella, acostados desnudos en aquella estrecha cama, tocarla, besarla, comenzar de nuevo el juego hasta el clímax. Y así otra vez. Todo lo que estaba pasando en Viena, en Austria, en Europa y en el mundo carecía de importancia en aquellos momentos. Se iría con ella a París, y vivirían juntos. A su lado, Ada Amiad era una ingenua chica de provincias que no sabía nada de la vida.

Caminó con rapidez por Liebenbergg, la pensión estaba muy cerca, en Fleischmarkt. Prefería ir por aquel vericueto de calles que ir por el Ring, donde habría grupos incontrolados. Entró en el pasaje que comunicaba Wollzeile con Backer, cuando de pronto vio que le salían al paso un grupo de individuos malcarados, llevando en las chaquetas unas esvásticas cosidas. Intentó volver atrás pero otros habían cerrado la calle. Era el lugar perfecto para una emboscada y aquellos tipos lo sabían. En aquel momento alguien salió del portal junto a él. De un salto se metió en su interior y corrió escaleras arriba. Llegó a la salida a los tejados que por suerte estaba abierta. Alguien estaría reparando una chimenea. Entró y corrió saltando entre los tejados a distinta altura. Era consciente de que si lo atrapaban le quitarían el dinero y le darían una paliza. Miró hacia atrás y vio a uno que corría tras él. Llegó a una cubierta antigua situada a tres metros, tomó impulso y saltó hacia ella. Cayó rodando sobre sí mismo y la maleta resbaló por los tejas. La recogió, vio una puerta abierta delante de él y corrió hacia ella. Entró en una amplia caja de escaleras. Bajó de cuatro en cuatro, saltando, y se cruzó con dos hombres mayores que lo observaron sorprendidos. Un bedel intentó detenerle, pero él lo esquivó y salió por la puerta cristalera a la calle. Se volvió un instante. Era una impresionante fachada neoclásica. Sobre la gran puerta un rótulo decía: «Academia de las Ciencias».

Corrió con todas sus ganas hacia la pensión sin disimulo. No había demasiada gente por la calle y le pareció curioso que algunos también corrieran.

Pensó que en Viena la gente se había vuelto loca. Llegó a la «Pensión de San Esteban» y volvió a entrar por la puerta de servicio por la que había salido. Subió y golpeó en la puerta con los nudillos rítmicamente, en una clave convenida. Louise le abrió envuelta en la colcha y le sonrió. Él la abrazó con fuerza. Jacques comprendió que en aquellos críticos momentos, aquella cálida habitación de la buhardilla era su único hogar.

Le dijo a Louise que debía vestirse, y le contó la revuelta situación en que se hallaba Viena. No podía explicarle exactamente qué sucedía, pero, por lo que le había contado Matthias, los alemanes pretendían invadir Austria en cualquier momento. Le explicó que tal vez sería complicado salir de la ciudad, pero que no tenían más remedio que intentarlo. A fin de cuentas, sus abuelos, su madre y su hermana se hallaban a salvo en Tesalónica. En cuanto a su padre confiaba en su capacidad para salir adelante. Se había dado cuenta de que se trataba de algo más que unos disturbios callejeros. Los nazis estaban llamando a la puerta. Su abuelo le había dicho más de una vez, que el día que aquello ocurriera lo mejor sería huir lo antes posible.

Bajaron a la calle llevando cada uno su maleta. Caminaron con rapidez aunque sin correr. Unos individuos se cruzaron con ellos pero los dejaron tranquilos. Louise era rubia al igual que él. Pensaba que nadie lo tomaría por judío. Vieron mucha gente en el Ring, algunos cantaban y otros bebían cerveza sin parar, mostrando su satisfacción por lo que estaba sucediendo. Con el corazón en vilo pudieron llegar a la estación. En la puerta un policía les preguntó que donde iban. Louise mostró su pasaporte y sonriendo contestó con marcado acento francés que volvían a casa. El policía les hizo un gesto para que pasaran. Él ni siquiera tuvo que mostrarlo. En la taquilla pudo comprar uno de los últimos billetes. Louise tenía reserva para un compartimento de coche cama. Él quedó que cuando hubiera pasado el revisor iría con ella.

Aunque ni Jacques ni Louise lo supieran, el expreso con destino Zúrich fue el último tren que salió de la estación central de Viena antes de que la Gestapo se hiciera con el control. A partir de ese momento, salvo contadas excepciones, los judíos no podían abandonar la capital, al menos en tren.

Prácticamente a la misma hora, Hitler enviaba un ultimátum al presidente Miklas, exigiendo que destituyera a Schuschnigg como canciller y nombrara en su lugar a Seyss-Inquart, el líder de los nazis austríacos. Schuschnigg presentó su

dimisión al comprobar que los alemanes estaban a punto de invadir Austria.

Mientras los edificios oficiales del centro de Viena eran tomados por la fuerza y engalanados con esvásticas, el expreso de Zúrich se detenía en Linz. Para entonces Jacques se hallaba en el compartimento de Louise, con la esperanza de poder llegar a la frontera suiza.

Fue en la misma frontera, en el momento en que Jacques salió un momento al pasillo cuando lo detuvo un individuo de paisano que acompañaba a un policía austríaco. Murmuró que pertenecía a la Gestapo. Estaban informados de que muchos judíos intentaban escapar aquella noche. En realidad no tenían jurisdicción allí, pero daban por hecho que la anexión se estaba llevando a cabo en toda la frontera alemana desde Suiza hasta Checoslovaquia. No le permitieron hablar. En el listado de apellidos judíos figuraba «Dukas». Louise fue obligada a volver a subir al tren, y él tuvo que aguardar junto a un numeroso grupo de judíos en un almacén de la estación, sin saber qué iba a ser de él.

Unas horas más tarde entraron dos jóvenes nazis austríacos para trasladarlos a otro lugar. El que se detuvo frente a él era Karl Stadler.

—¡Jacques! ¡Pero qué estás haciendo aquí!

Tuvo que explicarle que viajaba en el expreso a Zúrich y que lo habían detenido. Karl fue a hablar con alguien afuera. Volvió un cuarto de hora más tarde.

—Acompáñame. Los alemanes están entrando en Austria en estos momentos, pero aún no se ha declarado oficialmente la anexión. Le he dicho que eres amigo mío, y que aunque te llamas Dukas tu madre no es judía sino austríaca. Me ha dicho que haga lo que me parezca, pero que él no quiere saber nada. Te voy a acompañar a la frontera suiza.

Caminaron junto a la vía por un sendero. Apenas se veía lo suficiente para no tropezar.

—Karl, ¿por qué te estás arriesgando por mí?

—¿Recuerdas cuando estuve a punto de quedarme fuera del equipo? Tú sacaste entonces la cara por mí. Me lo contó luego el seleccionador. Aunque finalmente no jugué, al menos formé parte del equipo. Eso fue muy importante para mí. Quiero que sepas que cuando te metieron el gol, yo estaba detrás de la portería con los que no íbamos a jugar. Pude ver la jugada en primera línea, y cuando entró el balón pensé que aquel sería el peor momento de tu vida. Tú no

tuviste la culpa. Y ahora tampoco. Dentro de un rato sería tarde, y no quiero cargar toda mi vida con ello. Adiós y buena suerte.

Unos minutos más tarde el funcionario suizo se quedó sorprendido al verlo llegar andando. Le explicó que viajaba en el expreso a Zúrich y que había habido una confusión en la frontera, que había perdido el tren. El hombre lo observó sin pestañear y tras un instante de duda selló el pasaporte.

El Führer cruzó la frontera austríaca el sábado a primera hora de la tarde, dirigiéndose a Braunau am Inn, su localidad natal. Aquella noche dormiría en Linz. La anexión de Austria se completó aquella misma noche. Arthur Seyss-Inquart era el nuevo canciller, y las tropas de la Wehrmacht entraban al país. Al día siguiente, las fuerzas alemanas ocupaban sin resistencia toda Austria. El entusiasmo de la población austríaca ante la llegada de las tropas alemanas sorprendió a Goering cuando llegó a Viena para coordinar con Seyss-Inquart los detalles de la toma del poder. La culminación fue la apoteósica llegada de Hitler a Viena el martes, declarando desde el balcón en la Heldenplatz la anexión de Austria a Alemania ante centenares de miles de simpatizantes.

# 81. LA CONFERENCIA DE EVIAN (EVIAN, SUIZA-JULIO DE 1938)

La conferencia internacional convocada por el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt en Evian, Suiza, cogió desprevenido al gobierno alemán. Al principio se negó a asistir, y muchos países que iban a enviar delegados se negaron a hacerlo si en la mesa se sentaban representantes nazis. La Conferencia de Evian contaría con la presencia de delegados de 32 países, entre ellos, Estados Unidos, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Brasil, Argentina, México, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Chile, Países Bajos, República Dominicana, Canadá y Australia, además de representantes de la Agencia Judía, el Congreso Mundial Judío, y la Organización Sionista Revisionista. También organizaciones de ayuda a refugiados y representantes de la Sociedad de Naciones. Sin embargo los organizadores conocían la importancia de que asistieran representantes nazis para comprobar el malestar que sus políticas estaban causando en el mundo. Finalmente, tras muchas dudas y recelos, se decidió que asistieran tres enviados del Reich. Uno de ellos sería el diplomático Joachim Gessner. No se sentarían en la mesa de deliberaciones, asistirían en una mesa aparte asistidos por sus propios traductores y secretarios. Por parte de las organizaciones judías estarían Chaim Weizmann, como presidente de la Organización Sionista Mundial, y Golda Meier, esta última como «observadora judía de Palestina». Selma Goldman, como representante sionista, fue invitada a participar por Ben-Gurión, lo que fue aceptado por Weizmann. Una de las pocas cosas en que se mostraron de acuerdo.

Selma compartía habitación con Golda Meier en un pequeño establecimiento cercano al Hotel Royal, donde se mantendrían las reuniones de trabajo. No existían suficientes habitaciones y a ninguna de las dos mujeres les importó. Eran casi de la misma edad, y ambas fervientes sionistas. Ben-Gurión le había hablado de Selma y simpatizaron desde el primer momento.

Roosevelt prefirió no enviar al secretario de estado, como estaba inicialmente previsto, a Evian; fue Myron C. Taylor, amigo cercano de

Roosevelt, quien representó a los Estados Unidos en la conferencia. Fue él quien inauguró las sesiones ante la expectación de la prensa y los asistentes. Los representantes alemanes se mantenían impertérritos, sin manifestar ninguna emoción.

—Damas y caballeros. Bienvenidos a la Conferencia de Evian. Como saben el Reich alemán pretende declararse «judenfrei», esto es, libre de judíos. No haré mención de la prolija jurisprudencia internacional sobre un acto de tal calibre moral. No expresaré la vergüenza que sentimos ante ello. No haré comentarios que pudieran poner en peligro el fin que perseguimos en esta conferencia. Lo cierto es que centenares de miles de vidas de judíos alemanes y desde hace poco también austríacos se hallan en peligro. Es preciso por tanto, mientras se adoptan otras medidas, proteger la existencia de estas personas.

Taylor prosiguió su discurso. Weizmann tomaba notas sin parar al igual que Meier. Durante la reunión de nueve días, los delegados mostraron su compasión por los refugiados, pero lo cierto era que la mayoría de los países, incluyendo Estados Unidos y Gran Bretaña, no querían abrir sus puertas a los judíos. Todos, de una manera u otra, ofrecieron excusas por no admitir más refugiados, eso sí, mostrando signos de simpatía y compasión a los refugiados judíos de Alemania y Austria, expresando sus deseos de que la situación se solucionase cuanto antes.

Selma era consciente de la profunda indignación de las organizaciones judías. Las notas que se pasaban Weizmann y Meier al comprobar que se escuchaban muy buenas palabras por parte de los delegados, pero que al final no permitían a los judíos refugiarse en sus países, solo ofrecían excusas retóricas sin permitirles la entrada.

Cuando llegó el turno de que el gobierno alemán respondiera, Joachim Gessner se dirigió al estrado. Se acercó al micrófono y expresó su opinión.

—Señoras y señores representantes. Nos resulta asombroso el hecho de que los países extranjeros critiquen a Alemania por su trato a los judíos, y que al mismo tiempo ninguno de ellos quiera abrirles las puertas cuando se les ofrece la oportunidad. Sin ánimo de ofender a ninguno, ese doble lenguaje se llama hipocresía. Alemania ha expresado claramente y sin ambigüedad que prefiere que los judíos se vayan. Lo decimos sin tapujos. Ellos ya no están cómodos allí, y los alemanes prefieren vivir si judíos. La diferencia fundamental es que nosotros somos claros. Ustedes no. La demostración es palpable. Tan solo la

República Dominicana se ofrece a acoger a cien mil judíos… a cambio de un millón de dólares de la «American Jewish Joint Distribution Comittee». No tenemos nada que decir. Pero que no nos venga el señor Trujillo con que lo hace por amor a los judíos. Miren ustedes. Alemania ha mantenido durante siglos a centenares de miles de judíos. Ya es hora de que los mantengan en otros lugares. No podrán decir a partir de ahora que los alemanes somos antisemitas. ¡Todos ustedes lo son! Y si no, ¡abran sus puertas a los judíos que quieren salir de Alemania! ¡A partir de ahora no tendrán ustedes capacidad moral de echar la culpa a Alemania de lo que pueda ocurrir con los judíos alemanes y austríacos!

Aquella era la estrategia que Gessner había consensuado con Goebbels y con Goering. La conferencia se había convertido en la perfecta coartada.

Aquella noche mientras Selma cenaba con Weizmann y Golda Meier notó su enfado y su indignación. Golda no se mordía la lengua.

—¡Siento vergüenza ajena de lo que he presenciado hoy en la conferencia! ¡Ese nazi dando clases de ética a unas naciones que solo hablan pero no son capaces de actuar! ¡Necesitamos urgentemente el Estado Judío de Herzl! ¡Mientras, siempre estaremos supeditados al egoísmo de los demás!

Weizmann asintió mientras murmuraba entristecido.

—El mundo parece estar dividido en dos partes: Una donde los judíos no pueden vivir y la otra donde no pueden entrar. Es desesperante.

Pero Selma tenía su propia opinión. A fin de cuentas gran parte de su sangre era sefardí.

—Ya han visto lo ocurrido en Austria. Eso va a seguir. Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Grecia, Rusia. No tengo la menor duda de que Alemania no se va a detener ahora. ¿Han oído ustedes hablar del «espacio vital»? Esa es la teoría de Hitler. Le falta espacio y le sobran los judíos. ¿Ustedes conocen lo que sucedió con los armenios en Turquía hace apenas un cuarto de siglo? ¿Saben ustedes que el entonces embajador de Alemania ante la Sublime Puerta, von Wagenheim, dijo que no iba a hacer nada por los cristianos armenios que estaban siendo masacrados por los turcos? Fue entonces cuando por primera vez los alemanes comenzaron a hablar del «espacio vital». Ahora se va a repetir la historia, aunque en lugar de armenios deberíamos poner judíos.

Weizmann asintió.

—Así es. Aunque no creo que ahora vayan a hacer algo parecido. No se

atreverían.

—¡Sí que se atreverán! —Golda no era capaz de contener su indignación—. ¡Es como un pulso entre ellos y el resto del mundo! ¡Están comprobando hasta donde llega la cobardía de las otras naciones! ¡Estoy de acuerdo con Selma! ¡Ahora ya saben que nadie nos quiere acoger, y ellos van a seguir adelante con su política! ¡Mientras el mundo mira para otra parte los nazis intentarán aniquilar a los judíos!

El día 15 de julio se clausuró la conferencia sin ningún resultado positivo. Golda Meier acompañada de Selma cogió el tren nocturno, volverían a Tesalónica y desde allí Golda se dirigiría a Tel Aviv. Debido a la conferencia ambas tenían un visado especial del Reich. Weizmann volvía a Londres. Todos eran conscientes de que las cosas iban a empeorar para los judíos.

En cuanto a Joachim Gessner volvió a Berlín donde se entrevistó con Goebbels y Himmler. Cuando le preguntaron qué consecuencia se podía sacar, contestó:

—¡A partir de ahora tenemos las manos libres! ¡Se han lavado las manos como Poncio Pilatos! ¡Después de lo que hemos visto en Evian, usted, mi Reichsführer podrá hacer con ellos lo que se le antoje!

Aquella frase fue casi profética. El 1 de octubre la Wehrmacht invadió Checoslovaquia con el visto bueno de Gran Bretaña y Francia. El Führer había prometido a Neville Chamberlain, reunido con Hitler en Berchtesgaden dos semanas antes, que con aquella anexión se terminaban las apetencias territoriales de Alemania. Aseguró que tan solo deseaba la anexión de los Sudetes, donde un millón de alemanes residían desde hacía siglos. Los Acuerdos de Múnich firmados el día anterior por Hitler con la complicidad de Mussolini, Chamberlain y Daladier, sorprendieron a Checoslovaquia, sin darle tiempo a reaccionar.

Kurt Eckart había informado a través de Iván de lo que iba a suceder. El Kremlin estaba advertido, y para su sorpresa no hizo nada por evitarlo. El líder nacionalista Konrad Henlein entró con las tropas alemanas y unos días más tarde fusionó el Partido Alemán de los Sudetes con el NSDAP.

## 82. UN NEGOCIO REDONDO (VIENA Y BERLÍN-NOVIEMBRE DE 1938)

Joachim Gessner siempre había vivido confortablemente, rodeado de lujos sin que hubiera nada que no pudiera permitirse. Sin embargo, dentro de él existía la imperiosa necesidad de tener más, de amasar dinero y bienes. El decreto de Hermann Goering, «Exclusión de los judíos de la vida económica alemana», le había hecho comprender el enorme negocio que podría existir cuando comenzase el proceso de «arianización», es decir cuando se expropiasen, prácticamente a costo cero, los negocios, comercios, almacenes y edificios en general. Los bienes de los judíos alemanes y austríacos que debían pasar a manos de nuevos propietarios arios, y al tiempo aboliendo sus derechos legales, políticos y civiles, lo que ya había empezado con la «Ley de la Restauración de la Administración Pública» promulgada el 7 de abril de 1933, mediante la cual los funcionarios y empleados judíos serían excluidos de la administración pública. Al mismo tiempo se había promulgado una ley para limitar el número de estudiantes judíos en las escuelas y universidades alemanas.

Durante aquellos últimos años parecía que se había calmado algo el antisemitismo, pero en agosto el gobierno decretó que desde el primero de enero de 1939 todos los hombres y mujeres judías cuyos nombres fueran de origen no judío debían agregarles, respectivamente, «Israel» o «Sara». Todos los judíos estaban obligados a portar tarjetas de identidad que indicaran su ascendencia judía, y los pasaportes de judíos debían ser sellados con una gran letra «J» en rojo para identificarlos. Un mes más tarde los médicos judíos ya no podían tratar a pacientes «arios», ni los abogados judíos pisar los juzgados ni atender demandas.

El consejero de asuntos económicos Hjalmar Schacht, que seguía al frente del Reichsbank, convocó a una reunión a los principales financieros y empresarios judíos a la que se invitó a asistir a Joachim Gessner, como representante del ministerio del interior, y hombre de confianza de Himmler, que

no quería perderse aquel suculento negocio.

En noviembre, David Goldman tuvo una llamada de sus antiguos socios de Viena, que confiaban en su demostrada capacidad para negociar. A pesar de la oposición de su esposa, que de ninguna manera deseaba que su marido volviera allí, quedó con ellos en Viena para preparar la estrategia, antes de viajar a Berlín para entrevistarse con Schacht.

El largo periodo de reflexión en Tesalónica había hecho comprender muchas cosas a David. De considerarse un ciudadano austríaco más, liberal y pragmático, las circunstancias lo habían transformado en un sionista convencido. Se daba cuenta de que su hija Selma siempre había tenido razón, no existía un futuro para la comunidad judía en Europa, donde siempre serían considerados unos extraños. Si actuaban como el resto de los empresarios austríacos, a ellos los señalaban como unos parásitos que pretendían ganar dinero.

David Goldman ya no confiaba en nadie fuera de la comunidad judía. Hasta el que había sido su íntimo amigo desde la infancia, Hans Harnack, le había fallado cuando más lo necesitaba. Reconocía que aquella amarga experiencia le había permitido ver la realidad, y tomar la decisión de abandonar Austria. A pesar de ello viajó a Viena gracias al certificado de residencia en Grecia, y se reunió con sus parientes y socios en casa de uno de ellos, Gerard Haussman, un antiguo corredor de comercio que había tenido una época de esplendor. Allí encontró a los Altmann, los Bloch-Bauer, los Salomón, y por supuesto el clan casi completo de los Goldman, además de algunos otros a los que conocía de vista y con los que apenas había tenido más contacto que verlos en la sinagoga de tanto en tanto.

Escuchó lo que unos y otros expusieron. Lo que apreciaba sobre todo era un gran temor por lo que pudiera llegar. Proponían planteamientos diferentes, daban la impresión de ser incapaces de ponerse de acuerdo. Era cierto que cada uno vivía el problema desde su particular punto de vista, que la situación se les estaba echando encima por días y que estaban desorientados. Cuando terminaron todos se le quedaron mirando. Tenía fama de ser un hábil negociador, alguien con iniciativa, pero en aquel momento David era consciente de que él no tenía ninguna solución más que intentar plantar cara cada día.

—Queridos amigos. Hace un tiempo mi mujer y yo nos fuimos a vivir a Tesalónica, y si ahora estoy aquí es porque quiero ayudar en lo que pueda. Ese

Schacht quiere que nos reunamos con él en Berlín, junto a los representantes de las finanzas y empresas alemanas de capital predominantemente judío. Ya podéis imaginar lo que pretende. Que le entreguemos lo que poseemos al Reich a cambio de que nos proporcionen un salvoconducto. Nos permitirán llevarnos lo mínimo. La alternativa, si no aceptamos, es que nos quitarán todo y después nos meterán en un campo de trabajo. Hay miles de personas como nosotros expoliados, encerrados y sin esperanza. Me preguntareis que donde están nuestros derechos legales. Os lo diré claro, sin ambigüedades: ¡En ninguna parte! ¡Ya no tenemos derechos! ¡Nos los han quitado violentando las leyes! ¡Ellos las imponen ahora! Ya visteis lo que sucedió aquella trágica noche. Ahora bien, si nos quedamos sin hacer nada igualmente vendrán a por nosotros. El consejero Schacht ha dado su palabra de honor de que los que vayan a Berlín podrán volver sin problemas. ¡Hasta ahí hemos llegado! Ya ni siquiera podemos viajar libremente. Debemos prepararnos para marcharnos con lo puesto y sin mirar atrás. Todas estas residencias, los recuerdos de toda la vida, los cuadros, los muebles, los negocios, los grandes almacenes, las empresas, serán como un pesado lastre que nos atará a un destino que prefiero no imaginar. No pensemos ahora en lo que tenemos y podemos perder, que nos va la vida en ello. Vamos a Berlín a hablar con el cajero del Reich, que nos querrá chupar la sangre con la excusa de dejarnos vivir. Algunos lo conocemos de su etapa en el Dresdner Bank AG, donde ya era un tipo discreto y aplicado. Desde que lo fichó Hitler para llevar las finanzas de los nazis y vendió su alma al diablo, ya valora a tantos marcos el kilo de carne humana. Y la carne que pesa es la nuestra, la de los quinientos mil judíos alemanes y los doscientos mil austríacos. Ese es el enorme negocio que están preparando para pagar sus facturas.

»Algún día no muy lejano todo esto será ya historia, y el mundo sabrá entonces lo que hicieron estos buenos y honrados alemanes, que por cierto ya colaboraron con los Jóvenes Turcos en liquidar a dos millones de armenios no hace tanto, y también aniquilaron a las tribus de hereros y namas en las posesiones alemanas en África. Cuando venga lo que tenga que venir y pase lo que tenga que pasar, después todos estos que aclaman, impulsan, colaboran y son cómplices de estos criminales, dirán que ellos no supieron nada, que no tenían información de lo que sucedía, que les engañaron, y que fueron otros y no ellos. Y nosotros que ahora estamos aquí, viendo como golpean, asaltan, violentan,

roban y asesinan a nuestros hermanos, y pensando que también nos llegará la misma maldad, sabemos que todo esto no podría ser, ni sería, si no fuese por esas avenidas y plazas repletas de alemanes y austríacos que aclaman a su líder, ese tipo vulgar y malvado que nos llevará a todos a la ruina y a este pueblo alemán a la ignominia.

David Goldman acompañó a sus amigos austríacos a Berlín. Pudieron entrar en Alemania gracias a un visado especial firmado por Hermann Goering al que Schacht había convencido. Allí les aguardaban los delegados de los empresarios judíos para preparar la reunión. Los empresarios judíos alemanes estaban tan desanimados, que de entrada les dijeron que estaban pensando en no asistir, ya que tenían la convicción de que no iban a sacar nada en claro. Aun así David los convenció de que siempre era preferible conocer la estrategia del enemigo. Fueron a la reunión a la hora convenida. Allí se encontraban el consejero Schacht, un representante de Goebbels y otro de Himmler, que no era otro que Joachim Gessner, además de varios altos funcionarios del ministerio de economía, y un coronel de las SS que no mencionó su nombre. Todos miraron por encima del hombro a los que llegaban. Eran estirados funcionarios de un régimen triunfante frente a los perdedores de la historia.

La reunión se celebró en uno de las salas de juntas de la oficina de Schacht. Tomaron asiento alrededor de una gran mesa ovalada de caoba. En un lado los alemanes, enfrente los seis representantes judíos. El consejero actuaba como si todo aquello fuera lo más normal del mundo. Incluso les ofreció una taza de té, que desdeñaron. Era un hombre de rasgos nórdicos con gafas metálicas doradas y una leve sonrisa de suficiencia.

—Bien. Les agradezco que hayan venido. Pasaremos al tema sin más preámbulos. Verán, no creo que sea necesario explicar la situación… ¿no les parece? Bien, mejor así. Iré pues al grano. Muchos de ustedes, quiero decir judíos, preferirían abandonar Alemania o Austria. Por nosotros no hay problema, ¡ejem! Si digamos abonan las correspondientes tasas de los visados de salida. ¡Entonces podrán irse a donde quieran! ¡Claro, donde los acepten, que esa es otra! Pero por nuestra parte, una vez liquidada la tasa, no tenemos inconveniente alguno en que encuentren un lugar mejor para ustedes que Alemania. ¡No voy a entrar en la menor disquisición sobre lo justo o injusto de todo ello! ¡Aquí llevo yo la voz cantante! —Schacht había cortado a David Goldman que iba a decir

algo, y de inmediato se dirigió también a los funcionarios del gobierno que estaban susurrando entre ellos—. ¡Y a ustedes tampoco les voy a permitir hacer la más mínima observación que pueda poner en peligro un acuerdo! Ahora doy la palabra al representante del ministerio del interior, señor Joachim Gessner.

—Gracias, señor consejero de finanzas. Como muy bien decía usted al comenzar, debemos centrarnos en el fondo de la cuestión, así que intentaré ser claro. Los judíos sobran en el futuro del Reich: no habrá lugar para ellos. El consejo es que se vayan a donde los quieran acoger, aunque naturalmente deberán pagar lo estipulado según los baremos que se les han entregado. En otro caso deberán atenerse a las consecuencias.

Himmler le había prometido que él también participaría en el negocio, y que no se preocupase, que habría suficiente para hacerse multimillonarios. Su papel era asustarles. Que supieran lo que les aguardaba.

David era el portavoz. Levantó la mano y Schacht se la concedió según lo pactado, máximo diez minutos. Hacerlo bajo la amenaza de algunos de los presentes no era tarea fácil.

—Consejero Schacht, al menos claro, el señor Gessner ha sido claro. Ustedes no quieren judíos en el Reich. Le contaré algo: Usted es un hombre culto y me entenderá. Cuando los reyes católicos expulsaron a los judíos de España, el sultán otomano que los había acogido les envió una carta diciéndoles que si tenían más de aquellos que se los enviaran, que los acogerían con gran interés. Con ellos habían llegado magníficos médicos, intelectuales, músicos, literatos, artistas, administradores y financieros, entre otros. Después, con el paso de los siglos, España fue pasando a segundo plano en muchos temas. No pretendo ofender a nadie, pero creo que todo esto es un error. Hasta ahora hemos sido primero alemanes o austríacos, como es mi caso, y después judíos. Ahora ustedes nos hacen ser primero judíos, y nos niegan la condición de alemanes o austríacos. Tengo la certeza de que algún día se arrepentirán de esta decisión. Además no habría hecho falta esta reunión. Todo está hablado y escrito. ¿Para qué hemos venido? ¿A negociar qué? ¡Pero si no nos han permitido modificar ni una coma! Aprovecharé para decirle que no estamos de acuerdo con lo que se está haciendo a la comunidad judía. ¿Cómo podríamos estarlo?

En aquel momento Joachim Gessner se puso en pie con el rostro enrojecido por la indignación.

—¡No le permito ni una palabra más Goldman! ¡No abusen de nuestra palabra de que podrían volver indemnes!

El acuerdo se firmó un cuarto de hora más tarde. David Goldman comprendió que a pesar de las promesas y las cínicas palabras del consejero no les permitirían salir de allí sin haber firmado lo que les pusieron delante, y así se lo hizo ver a los demás. El gobierno del Reich recibiría una determinada compensación por cada visado de salida. Se crearían impuestos especiales a las propiedades judías, así como a las transacciones de capital. La arianización se culminaría cuando ya todas las empresas y negocios judíos dejaran de serlo. Pero no existía alternativa. El borrador del «Decreto para la exclusión de judíos de la vida económica alemana», que les habían mostrado para convencerles, dejaba muy claro que se cerraría cualquier empresa cuyo dueño fuera judío.

Al salir, Jacob Solomon los llevó a su despacho para coordinar las actuaciones. El hombre estaba tan desesperado como el resto de los empresarios judíos berlineses.

—¡A pesar de todo qué suerte tienen ustedes de vivir en Viena! ¡Aquí en Berlín sentimos el hálito del poder nazi en el cogote! ¡Mis empresas que se las lleve el diablo, que ahora mi única preocupación es mi familia! ¡Porque esto no se acaba aquí! ¡Si solo fuese una cuestión de dinero, unas veces se gana y otras se pierde, pero aquí nos estamos jugando la existencia de la comunidad! ¡Ah, qué terrible situación!

Estuvieron allí hasta que llegó la hora de ir a la estación para coger el tren de vuelta a Viena. Todo estaba lleno de policía, SS y Gestapo. Les pidieron la documentación tres veces. Cuando el tren salió de la estación respiraron con alivio. Gerard Haussman se dirigió a él con un rictus de enfado.

—Goldman: la verdad que no sé para qué hemos venido. Si nos descuidamos estaríamos ahora en las oficinas de las SS. ¡Usted nos dijo que no corríamos riesgos, pero a mí ya no me llegaba la camisa al cuerpo! ¡Total para firmar lo que nos han puesto delante!

David negó con la cabeza.

—Haussman, se equivoca usted de medio a medio. Es verdad que desde Viena se ven las cosas con cierta perspectiva, a pesar de que allí también está la Gestapo. ¡En Tesalónica, donde yo resido ahora, aún más! ¡Aquello me parece ahora el mismísimo paraíso! Para mí ha sido la visita más útil, ya que hemos

podido ver con quién estamos tratando. Ha sido como tener la oportunidad de contemplar el alma del diablo.

# 83. LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS (BERLÍN, 9-10 DE NOVIEMBRE DE 1938)

Nadie había oído hablar de aquel muchacho, Herschel Grynszpan. Hijo de una familia de judíos polacos que habían sido expulsados de Alemania cuando a final de agosto los alemanes anunciaron que los permisos de residencia para los extranjeros habían caducado, y que tendrían que ser renovados. Cerca de diecisiete mil personas de origen polaco fueron expulsadas de Alemania y deportadas sin más. Las autoridades polacas se negaron a aceptarlos. Se encontraron en tierra de nadie de la noche a la mañana, sin cobijo, sin comida, sin medicamentos. Cuando el siete de noviembre Herschel Grynszpan recibió en París, donde residía con su tío, la angustiada postal de su madre pidiendo ayuda urgente, y supo las infames condiciones en que sus padres se encontraban, no se lo pensó dos veces. Fue a una armería, compró un revolver y una caja de balas, y se dirigió a la embajada alemana solicitando hablar con uno de los secretarios. Le pasaron a un despacho en el que se encontraba el funcionario alemán Ernst vom Rath y sin más disparó a bocajarro, hiriéndole mortalmente. La policía francesa lo detuvo y lo llevó a la comisaría central para interrogarlo. Hasta ahí, podría tratarse de la obra de un perturbado, de alguien que quería vengarse, o de un asesinato más, como cualquier otro.

Pero cuando la noticia llegó a Berlín, el ministro de Propaganda habló con Goering. Aquello podría ser la espoleta que estaban aguardando. Decidieron una estrategia. Lo que había hablado con Goering era que no debería demorarse la respuesta, que debería ser global en toda Alemania e intimidatoria. Goebbels y Goering sentían un odio visceral por los judíos. Al día siguiente, 8 de noviembre, se anunciaron las primeras medidas. Se prohibieron los periódicos y revistas judíos. El gobierno decretó que los niños judíos ya no podrían asistir a las escuelas públicas. Cualquier actividad cultural de los judíos también fue suspendida. Sus derechos como ciudadanos habían sido eliminados.

Goebbels se encontraba en la redacción de «Der Angriff» meditando cual

sería la estrategia más impactante cuando llegó Stefan Gessner. Le ordenó que convocara una reunión inmediata en la que deberían estar presentes Himmler y Heydrich, que llegaron una hora más tarde. Entre los convocados también se hallaba Kurt Eckart, al igual que Stefan Gessner y otros, con voz pero sin voto. La reunión la dirigía Goebbels.

—Camaradas. Repetiré por enésima vez que los judíos estorban al futuro de Alemania. En estos momentos, tras el terrible asesinato de nuestro camarada Vom Rath a manos de uno de ellos, los tenemos cogidos por el cuello. Debemos expulsarlos de la sociedad, de la cultura, y por supuesto de la economía. ¡Este es el momento! Heydrich ha escrito el borrador de una orden. Procederemos a leerla y completarla si fuera preciso, aunque me parece que es lo que pretendemos. Debería enviarse por telegrama a los gauleiter dentro de un rato. ¡Esta noche deberíamos darles el escarmiento de su vida! Lo he hablado por teléfono con el Führer y me ha dicho que adelante. Tenemos que atemorizarlos de una vez por todas. Ellos creen que no vamos a ser capaces de destruir sus sinagogas. ¡Bien, pues esta noche van a ver de lo que somos capaces! ¡Vernichtung! ¡La aniquilación! Pero el camarada Heydrich, jefe de la policía de seguridad del Reich, va a intervenir. ¿Quiere explicar los puntos que me ha comentado anteriormente?

—Gracias, señor ministro. De acuerdo con las instrucciones del Reichsführer Himmler, hemos procedido a establecer una serie de medidas que impidan que los subhumanos judíos puedan seguir conviviendo con la población alemana, o al menos se les dificulte en gran manera. Procederé a listárselas. Naturalmente estas ideas deberán ser reglamentadas y difundidas con la máxima celeridad. La primera de ellas será la discriminación. Deberemos aislar a los judíos del resto de la población mediante señales muy visibles en sus vestimentas y por supuesto en sus madrigueras… quiero decir donde se refugian. En sus viviendas, sus negocios, sus centros de reunión, sus escuelas. En cuanto a sus sinagogas, después les daré el punto de vista que hemos concertado con el Reichsführer. Por supuesto es esencial que los judíos sean marginados definitivamente. ¡No podemos permitir que anden por ahí usurpando los puestos de trabajo de los verdaderos alemanes y austríacos! Se les deberá prohibir ejercer determinadas profesiones. Sobre todo el derecho, la medicina, o ingresar en el ejército. Por supuesto cualquier puesto en la administración del Estado. Es importante que se

sientan coaccionados, que sepan que no podrán convivir tranquilamente, haciéndose pasar por ciudadanos con todos los derechos. ¡Debemos actuar de manera inmediata destruyendo su «modus vivendi»! ¡Sus locales, empresas, despachos profesionales, consultas, almacenes, deben ser destruidos al punto de que no puedan seguir utilizándolos con normalidad! El señor presidente del Reichstag nos ha dado una brillante sugerencia. ¡Poner una multa colectiva a los judíos tras esa actuación! ¿No son ellos al final los culpables? ¡Pues que paguen por ello! ¿Qué les parece mil millones de marcos? Bien. Prosigo. Los subhumanos deben saber que en ninguna parte dentro del Reich ellos estarán seguros. Por tanto se debe realizar un castigo ejemplar que les sirva de lección. La agresión partirá de los SA, pero deberán realizarse acciones aisladas por parte de SA y SS de paisano que induzcan a la población a no permanecer pasiva. Los subhumanos deberán ser agredidos, violentados, apaleados, humillados y escarmentados. Ellos y ellas. De momento a los mayores de doce años. ¡No queremos que la prensa extranjera pueda exagerar! Naturalmente algunos sufrirán heridas graves, fallecerán. Formará parte del escarmiento. No se detendrá, ni se ejercerá acción ninguna por parte de la policía contra los que en el ejercicio de sus derechos como ciudadanos del Reich agredan, hieran, incluso den muerte a cualquier subhumano. Ahora vuelvo a las sinagogas. Esos edificios representan su religión y su cultura. Son símbolos de su dominio en nuestra patria. ¡Deben ser destruidos! ¡Quemados! ¡Hasta sus cimientos! ¡Para ellos son la base de su sistema, en ellos se preparan las estrategias de dominación judía del mundo!

»En cuanto a los objetos de culto, sagrados para ellos en sus supersticiones, como los candelabros, el armario o arca sagrada, y sobre todo los rollos de su ley, que llaman la Torá, deben ser profanados. ¡Que todos ellos sepan lo que pensamos acerca de su religión! Debemos intentar que la mayoría de las sinagogas queden inutilizables para el culto. ¡Son los rabinos los que propagan las consignas en contra de Alemania! ¡Les pagaremos con su misma moneda!

»Naturalmente deberemos detener a un número considerable de subhumanos. El Reichsführer ha calculado que aproximadamente treinta mil. Intentaremos que en ellos se encuentren gran parte de los intelectuales, maestros, profesores, médicos, abogados, y comerciantes, de mayor relieve. ¡Debemos destruir la intelectualidad bolchevique-judía por el bien de Alemania! Se conducirán a los

nuevos campos que estamos construyendo en todo el Reich. Les adelantaré con satisfacción que cerca de Sachsenhausen vamos a construir un importante complejo de campos de trabajo, en Neungamme. Allí los prisioneros fabricarán a bajo costo muchas cosas útiles para el resto de los ciudadanos.

»Es sumamente importante la propaganda que se realice de todo lo anterior. Los subhumanos deben apreciar el intenso odio de la población. Deben comprobar el desprecio que el pueblo alemán les profesa. Pero sobre todo, lo sucedido en París debe servir para demostrar a los judíos que a partir de ahora ya no hay lugar para ellos en el Reich. Ahora bien. Estas instrucciones son de orden interno. Las que se publicarán serán las que se les han pasado por escrito en borrador. Cara a los gobiernos extranjeros, deberá ser una genuina respuesta del pueblo. Si tienen alguna sugerencia les agradecería la incorporaran para que podamos terminar la orden. Muchas gracias por su atención. ¡No, por favor, no me aplaudan a mí! ¡El mérito de esta filosofía pertenece al Führer, y al Reichsführer aquí presente! ¡Yo solo soy un eslabón más en la cadena! Por cierto, el Führer ha decidido que el partido no organizará ni preparará ninguna demostración, pero que mientras estas surjan espontáneamente no deben ser detenidas.

Una hora más tarde un secretario pasó el borrador a limpio. Todos asintieron. Kurt, que no tenía voto, levantó la mano.

—Ministro. Creo que debería añadirse que los judíos arrestados por la policía, siguiendo estas directrices, no deberían ser maltratados. En otro caso podrían echarnos encima la propaganda internacional. No debemos proporcionarles armas.

—¡Muy astuto, Eckart! ¡De acuerdo! ¡Añádanlo y que se telegrafíe de inmediato! Esta noche deben arder la mayoría de las sinagogas. ¡No solo eso! ¡Como muy bien decía el Gruppenfuhrer, sus objetos religiosos deben ser profanados! ¡Esto debe ser para ellos como si hubiera llegado el Apocalipsis!

*Orden emitida el 8 de Noviembre de 1938.*

*¡URGENTE! A todos los Cuarteles Generales y Comisarías de la Policía Estatal, todos los Distritos y Subdistritos de la SD. ¡Para la atención inmediata del director o su adjunto! Asunto: Medidas contra los*

*judíos esta noche. Después de atentar contra la vida del Secretario de la Embajada en París, von Rath, se esperan protestas contra los judíos esta noche, 9-10 de Noviembre de 1938, en todas las localidades del Reich. Las instrucciones que se detallan a continuación deben aplicarse para controlar la situación:*

1. *Tras la recepción de este telegrama, los mandos de la Policía Estatal o sus adjuntos deben contactar inmediatamente por teléfono con los dirigentes políticos de sus zonas respectivas que tengan jurisdicción en sus distritos, y organizar una reunión conjunta con el inspector o comandante de la policía para debatir las disposiciones para las manifestaciones. Los dirigentes políticos serán informados en estas reuniones de que la Policía alemana ha recibido instrucciones, detalladas a continuación, del Reichsführer de la SS y del Jefe de la Policía alemana con quien los dirigentes políticos deben coordinar sus propias medidas.*
    A. *Sólo deben tomarse aquellas medidas que no pongan en peligro vidas o propiedades alemanas (por ejemplo, las sinagogas sólo deben quemarse si el incendio no amenaza los edificios adyacentes).*
    B. *Los negocios y viviendas de los judíos pueden ser destruidos pero no saqueados. La policía estatal ha recibido instrucciones para hacer valer esta orden y arrestar a los saqueadores.*
    C. *En las calles comerciales, hay que adoptar especiales precauciones para que no se dañen los negocios de los no judíos.*
    D. *Los ciudadanos extranjeros, incluso si son judíos, no deben ser molestados.*
2. *Asumiendo que se dará cumplimiento a las directrices detalladas en el apartado 1, la Policía no debe impedir las manifestaciones, sólo debe supervisar que se sigan estas directrices.*
3. *A la recepción de este telegrama, la Policía requisará todos los archivos de todas las sinagogas y oficinas de las comunidades judías para evitar su destrucción durante las manifestaciones. Esto*

*es aplicable sólo al material histórico, no a los registros impositivos contemporáneos, etc. Los archivos deben ser entregados a los oficiales locales de la SD.*

4. *El control de las medidas de la Policía de Seguridad, en relación a las manifestaciones contra los judíos, estará cubierto por la autoridad de la Policía Estatal, a menos que los inspectores de la Policía de Seguridad hayan dado sus propias instrucciones. Puede utilizarse a los oficiales de la Policía Criminal, miembros de la SD, de las reservas y de la SS para aplicar las medidas tomadas por la Policía de Seguridad.*
5. *Tan pronto como los sucesos de la noche permitan la liberación de los efectivos necesarios, debe arrestarse al mayor número posible de judíos (especialmente los ricos) en todos los distritos mientras se les pueda alojar en las prisiones existentes. De momento, sólo debe arrestarse a los judíos varones saludables, que no sean demasiado mayores. Una vez efectuadas las detenciones, debe contactarse inmediatamente con los correspondientes campos de concentración para el rápido alojamiento de los judíos en dichos campos. Debe tenerse especial cuidado en que los judíos arrestados, siguiendo estas directrices, no sean maltratados. Firmado: R. Heydrich SS Gruppenfuhrer.*

Inmediatamente se les entregaron unas octavillas que debían distribuirse entre las SA y la policía. También entre las Juventudes Hitlerianas. Eran instrucciones concretas, aunque Heydrich comentó sonriendo que no iban a meter a nadie en la cárcel si no las cumplía.

—Ahora bien —prosiguió Goebbels—, no llamen la atención a ningún alemán porque se pase. A esos bastardos les vamos a dar el escarmiento que se merecen.

Al acabar la reunión Kurt Eckart se dirigió a su piso. Cogió el tranvía y se apeó frente al edificio en el que vivía. Parte de su papel era vivir discretamente. Procuraba no aparentar, ni tan siquiera disponía de automóvil del partido como otros a su nivel, no asistía a fiestas ni tenía vicios ocultos. Muchos de los que estaban por debajo de él en el organigrama del NSDAP visitaban los prostíbulos y

cabarets de lujo a costa del partido. Él se centraba en su único objetivo. Informar al Kremlin a través de Frederick Bauer, alias «Iván», de lo que consideraba importante, como la reunión a la que acababa de asistir, aunque a Iván le era cada vez más difícil verlo por razones de seguridad. Todos los altos cargos, las personas que como él se codeaban con los líderes eran estrechamente vigiladas por la SD, cuyo jefe, Reinhard Heydrich, como acababa de comprobar, era un tipo de cuidado.

Según Iván, el subdirector del NKVD, Nikolay Ivánovich Yezhov, encargado personalmente por Stalin del dossier nazi, había recibido el dossier que demostraba la vinculación familiar de Heydrich con judíos. Unos meses atrás, Iván le había proporcionado información sobre la supuesta ascendencia judía de Heydrich. Una de sus abuelas, Ernestine Wilhelmine Lindner, se había casado en segundas nupcias con un tal Gustav Robert Süss, judío, aunque según el informe no era por ahí por donde le venía la ascendencia, sino por una tatarabuela judía, Johanna Birnhaum, casada en 1810 con el posadero Johann Gottfried Heydrich.

Le había insistido que aquella información era sumamente importante. En un momento dado podrían coaccionar a Heydrich con difundirla, y debía ser consciente de que ello podría acabar con su fulgurante carrera.

A Kurt le asombraba que aquellos informes no se utilizaran para modificar los acontecimientos. ¿Por qué el NKVD que tenía capacidad para intervenir, por ejemplo acabando con la vida de personajes como Heydrich o Himmler, no lo hacía? Por su posición y circunstancias, él mismo podría actuar en algún momento, incluso atentar contra el propio Führer. Si Iván le diera orden de acabar con alguien como Goebbels, podría hacerlo de inmediato, naturalmente asumiendo el enorme riesgo que ello supondría. Tendría que suicidarse de inmediato. Sabía que no era el único infiltrado del NKVD en las filas del partido nazi, aunque desconocía quiénes eran sus compañeros de partida, ni lo que pretendían. Imaginaba que en aquel juego de espías, el contraespionaje alemán, la Abwehr, se encontraría en una situación parecida en Rusia, incluso dentro del mismo Kremlin.

En el piso no tenía ningún informe escondido. No podía arriesgarse. Cuando tenía que enviar algo, confeccionaba el informe el mismo día en que quedaba con Iván. El riesgo estaba en el lapso de tiempo hasta que se lo entregaba. Aquella tarde redactó un informe acerca de la reunión, describiéndola

minuciosamente. Dejó muy claro lo que iba a suceder, probablemente aquella misma noche. Después salió a la calle. Se encontró con Iván en los urinarios públicos cerca del Museo de Pérgamo. Ni siquiera hablaron, ni se miraron, fue solo un instante cuando le pasó el informe. Iván se lo entregaría a un tercero, quien trasmitiría el informe un rato más tarde, alguien en el Kremlin lo leería antes de una hora.

Se detuvo a cenar algo en una cervecería cercana. Eran más de las nueve cuando vio llegar los primeros camiones con SA y muchos hombres de paisano armados con garrotes de madera. Todos cortados a la misma medida. Alguien se los había proporcionado. No cantaban himnos como otras veces mientras se dispersaban con rapidez por la avenida Unter den Linden.

Se mantuvo cerca aguardando a ver como comenzaría aquello. Pudo ver como uno de los grupos se dirigía a una tienda judía de moda para señoras, «Keacher-Moda para Damas», y sin más rompieron los escaparates con los garrotes. Un grupo de viandantes se detuvo asombrado. Los SA penetraron en la tienda por los escaparates destrozándolo todo a su paso. Algo más allá otro grupo entró en otra tienda cercana y repitió la escena. Unos muchachos que paseaban por allí fueron invitados por los SA a llevarse lo que quisieran. El propietario de una tienda de pieles intentó interponerse, pero lo apalearon sin piedad frente a su tienda. Una empleada, tal vez alguien de su familia, también judía, intentó defender al hombre caído. Uno de los SA la abofeteó violentamente. La mujer cayó al suelo, mientras el SA la arrastraba hacia los cristales rotos que se le clavaron en las nalgas y en los muslos. La mujer chillaba de dolor, aterrorizada, sangrando profusamente. Algunos salían llevándose valiosos abrigos de pieles o lo que hubieran cogido.

Kurt observaba todo aquello. No podía ni debía intervenir. Su misión no era defender a los judíos. Un rato más tarde caminó hacia la Puerta de Brandeburgo, vio que en una de las avenidas laterales ardía un gran edificio. Se trataba de la Nueva Sinagoga de Oranienburger Strasser, la mayor sinagoga de Alemania, un impresionante edificio rematado con una magnífica cúpula de estilo islámico que no dejaba indiferentes a los que pasaban cerca.

Pensaba que Alemania había entrado en una situación sin vuelta atrás. Vio como la gente corría de un lugar a otro. Muchos se llevaban ropas, trajes, pieles, objetos, cajas llenas de mercancías. Se estaba expoliando a los judíos, los SA solo

habían tenido que abrir las puertas a machetazos o rompiendo los escaparates con sus porras. Algunos intentaban defender sus comercios. Era inútil. No vio a ningún alemán que saliera a defender a los judíos, probablemente por miedo a ser represaliados como amigos de los judíos. La mayoría actuaba como si se la tuviera guardada, mientras los SA destrozaban lo que encontraba, la muchedumbre era cómplice alborozada de lo que estaba ocurriendo.

En la Nueva Sinagoga, algunos estaban amontonando los objetos de culto en la acera y prendiéndoles fuego. El rollo de la Torá rodaba por la acera a puntapiés hacia la hoguera, el Bereshit, el Shemot, el Vayikrá, el Bemidbar, el Devarim, los cinco libros del patriarca Moisés. Recordaba los nombres por haberlos escuchado de labios de su madre. Otros empujándolos a puntapiés, entre carcajadas, arrastraban por la acera los volúmenes del Talmud, también la valiosísima Torá que algún escribano escogido habría copiado con esmero a lo largo de años de trabajo, ya que si hubiera cometido un solo error habría tenido que enterrarla en la sinagoga. Los rostros de los presentes se deformaban por la luz de las llamas en aquel aquelarre de odio. Entonces vio llegar corriendo a unos judíos que intentaban rescatar aquellos volúmenes sagrados. Los SA los golpearon sin conmiseración con las porras. Uno de ellos cayó sobre las llamas ya que lo hicieron tropezar. La gente los acosaba y los abucheaba: «¡Malditos judíos, iros todos a Palestina! ¡Marcharos de Alemania, que aquí no os queremos!». Kurt notaba un odio cerval, una violencia extrema, desatada. Nadie mostraba la más mínima empatía hacia los judíos. Ninguno de los alemanes presentes movió un solo dedo. Pensó que debía ser una mezcla de cobardía, odio, ignorancia y prejuicios. Eran ya cerca de las doce. La avenida parecía una verdadera fiesta en vez de un sangriento pogromo. Muchos jóvenes, probablemente pertenecientes a las Juventudes Hitlerianas, corrían por la avenida persiguiendo a unos judíos. Vio como la gente los acorralaba y se lanzaba sobre ellos como una jauría de lobos. Resultaba difícil creer que aquello fuera el centro de Berlín, la ciudad cosmopolita y culta de Alemania. Todo el mundo creía que se trataba de uno de los países más adelantados y cultos de la tierra. La multitud parecía disfrutar al participar en aquel aquelarre. Pudo ver como los golpeaban con saña, incluso a una joven que llegó corriendo intentando defender al que sería su hermano. Apenas tendría quince o dieciséis años. Unos SA la patearon en el suelo. Nadie se interpuso. La dejaron inanimada, sangrando,

semidesnuda, con la ropa rota y la cara destrozada. Unas horas antes aquellos judíos eran otros berlineses más a pesar de las Leyes de Núremberg. O al menos estaban convencidos de ello. En sus comercios, en sus trabajos, sin intuir lo que el Führer y sus secuaces les estaban preparando. Aquí y allá ardían las sinagogas en la gran fiesta del Führer, preparada por sus acólitos.

Pasó por delante de almacenes con nombres judíos: «Salomón Herzog-Sastrería», «Appelbaum-Radios y Cámaras», «Moses Stein-Sombreros», que estaban siendo saqueados. Vidas destrozadas en minutos.

A la mañana siguiente Goebbels le dijo que fuera a su despacho. Salió a abrirle la puerta, ya que normalmente la tenía cerrada por dentro, supuestamente para que nadie le molestase. Kurt sabía que leía revistas pornográficas. Cojeó hacia su mesa y lo observó sonriente.

—¡Siete mil comercios judíos destruidos! ¡Más de doscientas sinagogas quemadas! ¡Incluso la Nueva Sinagoga que era su orgullo! ¡Uno de los nuestros se interpuso, ya que en otro caso hubiera resultado totalmente destruida! ¡Menudo imbécil! ¡Muchos de sus cementerios arrasados! ¡Judíos apaleados en todas partes! Creo que han muerto un centenar, y la verdad, pocos… ¡También hemos llenado varios campos de trabajo! ¡Treinta mil bastardos! ¡Entre ellos comerciantes, profesores, médicos, científicos y un montón de abogados! ¡Ahora les vamos a hacer pasar un mal rato, y después los que quieran abandonar el Reich que paguen su visado con oro! Me ha dicho el jefe de policía de Berlín que algunos se suicidaron. ¡Cobardes! Y ahora viene lo mejor. ¡Les vamos a exigir mil millones de marcos de multa por desórdenes públicos, y los seguros por los daños los cobrará el estado! ¡Una jugada maestra!

Kurt volvió a su despacho pensativo. La caja de Pandora se había abierto definitivamente en el Reich. Ya no habría vuelta atrás.

# TERCERA PARTE

# ARMAGEDÓN

## Desde el apogeo nazi hasta la caída de Berlín (1939-1945)

# 84. REGRESO A LINZ
# (VIENA, LINZ Y PRAGA-FEBRERO, 1939)

Markus Gessner había decidido no volver a pisar Austria, y mucho menos Alemania. Mucho menos cuando había leído en la prensa que Hitler había prometido aniquilar a todos los judíos de Europa. Seguía traumatizado por el asesinato de Carlo Mattei y en ocasiones se despertaba bañado en sudor, aterrorizado en mitad de la noche, con la imagen del cuerpo descompuesto, aquel rostro ceniciento con las cuencas de los ojos vacías, devorados por los peces del Danubio. Sin embargo estaba comenzando a superar su ceguera. Quería seguir viviendo, no tener que recluirse y permanecer sentado en la habitación de un hotel o del piso que había alquilado en París.

Por otra parte su relación con Louis Lemaître le mantenía vivo. Louis era un reputado oftalmólogo, y había ido a su consulta con una cierta esperanza, ya que comenzaba a vislumbrar leves sombras en su único ojo, como una penumbra que al menos le permitía caminar con más seguridad. Resultó que había sufrido un fuerte trauma que evolucionaba favorablemente, aunque le advirtió que nunca recuperaría del todo la visión. Louis también era homosexual, un hombre sensible y amable de su edad, sin problemas económicos, que ejercía por su vocación más que para ganarse la vida. Se sintieron mutuamente atraídos, comenzaron a verse con frecuencia hasta que se convirtieron en amantes y Louis en su lazarillo. Cuando le propuso que le acompañase a Austria, Louis aceptó.

Tenía forzosamente que regresar a Linz para recoger las escrituras de propiedad de los solares en la periferia, y algunos otros documentos que se encontraban en una caja numerada dentro de la caja fuerte del Deutsche Bank de aquella ciudad. Cuando se marchó precipitadamente, pensó que allí estarían más seguros que si los llevara encima, y mucho más en su situación. En París el banco le exigía una declaración de patrimonio que pudieran constatar, para poder obtener un crédito hipotecario en francos que le permitiera seguir viviendo holgadamente. Aunque el Crédit Lyonnais había tenido relaciones comerciales

con su familia, las circunstancias exigían la actualización. Markus se había llevado con él una importante cantidad de dinero en efectivo, pero había dejado el resto recibido por la venta, que estaba en forma de obligaciones de deuda del Reich, depositadas en la caja fuerte del banco. El tren de vida que llevaba en París estaba agotando sus recursos. En un principio pensó en escribir a Eva para que fuese ella la que buscase los documentos. Pero dadas las circunstancias resultaba demasiado complicado, tendría que hacerle unos poderes notariales y una serie de trámites que le llevarían tiempo. Al final tomó la decisión de hacerlo personalmente, a pesar de cómo estaban las cosas y de su promesa de no volver jamás. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad ya que debía sobreponerse al temor que seguía sintiendo hacia los nazis.

Había ido a la embajada de Francia acompañado de Louis, antes de partir, para garantizar que no tendría problemas al regresar, y a la embajada del Reich en París que se encargaba de los visados de entrada y salida de Austria. Allí pudo hablar con uno de los secretarios y cuando comentó que era hermano de un alto funcionario de exteriores del Reich, y dio su nombre, no tuvo problema para obtenerlo. Louis estaba al tanto de quien era, aunque desconocía la relación de sus hermanos con el partido nazi. Al salir de allí tuvo la gentileza de no preguntarle. Él le explicó entonces su situación familiar y Louis asintió comprensivo. La demostración de quien era Joachim Gessner la tuvo al día siguiente cuando le llamaron de la embajada. Una gestión en la que se empleaba no menos de una semana se la resolvieron en menos de un día. Pensó que había sido mejor no tener que contactar con Joachim, ya que ni a él ni a Stefan había vuelto a hablarles desde lo sucedido.

Dos días más tarde cogieron el expreso a Viena. Desde allí irían a Linz, en lugar de tener que hacer un trasbordo. Además aquel trayecto les permitiría realizar el viaje en su propio departamento, mientras que en otro caso, desde el punto de trasbordo hasta Linz, lo hubieran tenido que hacer en un vagón normal sabiendo que estaban siendo observados.

Lo primero que hizo al llegar a Viena fue llamar a Eva. Quería estar con ella y con María. Las echaba de menos. Temía por ellas, pensando lo que podría estar sucediendo en Austria en aquellos momentos tras la anexión por el Reich. Eva le dijo que lo aguardaban para cenar. Louis le dijo que le esperaría en el hotel, pero que él fuera a ver a sus hermanas. Era una muestra más de su sensibilidad.

Cogieron un taxi en la estación, Louis se bajó en el hotel, y él se dirigió a casa de su hermana. Había aprendido a valerse por sí mismo, aunque le estaba ayudando la positiva evolución de su único ojo.

Cuando pulsó el timbre del piso el corazón le latía con fuerza. Besó y abrazó a sus hermanas como si llevara siglos sin verlas. Ellas actuaron con naturalidad, aunque él notó que la situación era algo forzada. Les habló de Louis, su oftalmólogo y nuevo amigo que se había quedado en el hotel, diciéndoles que se lo presentaría al día siguiente. De su esperanza de recuperar algo de vista por mínima que fuera. Luego cenaron y hablaron recordando los viejos tiempos, cuando las cosas eran muy diferentes. Se dio cuenta de que ellas tampoco mencionaban a Stefan ni a Joachim en ningún momento. Era como si no existieran.

Más tarde les explicó el motivo del viaje, la necesidad de recoger los documentos que debían hallarse en la caja fuerte del banco en Linz, algo que debía hacer personalmente. Eva le contó los comentarios sobre el destino de la mansión en Linz. Se decía que aquel precioso edificio sería la residencia del Führer cuando en un futuro se retirara, pero que hasta entonces se utilizaría por el partido, como un lugar de reuniones exclusivas para los altos cargos.

Markus respondió que le daba pena que un lugar tan hermoso se utilizase para tal fin. Les confesó que sentía verdadero odio por los nazis, a los que culpaba de la muerte de Carlo Mattei, de su ceguera y de la terrible debacle que asolaba Alemania y Austria. Intentó convencerlas de que deberían marcharse de Viena cuanto antes. La Gestapo estaba llevando a cabo minuciosas investigaciones acerca de los orígenes familiares de las personas. Era posible que antes o después terminasen por encontrar su relación con Ada Rothman, incluso con aquel misterioso Jacob Mendel, que por lo que estaban deduciendo posiblemente se trataba de su abuelo, lo que significaba que su madre era cien por cien judía.

Eva les contó que aquella noche tenía algo importante que hacer. Todo había surgido cuando María leyó la carta de Ada Rothman. Aquella noche María fue a su dormitorio, abrió la puerta sin llamar y encendió la luz. Ella se sobresaltó y le preguntó qué quería para despertarla a aquellas horas intempestivas. María se acercó y se sentó en el borde de la cama mientras decía:

—¡Acabo de caer en la cuenta! ¡Mientras dormía me ha venido a la cabeza!

¿Recuerdas que cuando éramos niños y algo estaba en discusión, el que quería defender su tesis iba a la biblioteca y buscaba lo que fuera en la Enciclopedia Británica? Lo que allí se decía terminaba con la discusión. Nuestra madre nos contó que era algo que ya se hacía en su casa cuando era pequeña. ¡Es que no te das cuenta! ¡Allí, en la Enciclopedia Británica, debe estar escondido algún documento que aclare nuestro árbol genealógico! ¿Es que no lo entiendes?

Le explicó a Markus que se incorporó sorprendida de que a ella no se le hubiese ocurrido. Después de todo, Ada no había querido destruir su historia y la había ocultado «en el lugar donde acababan las discusiones», como familiarmente conocían la enciclopedia.

Desde aquel mismo instante estuvo dándole vueltas a la cabeza para ver cómo podría volver a entrar en su antigua casa. Necesitaba hacerlo para salir de dudas definitivamente. Les contó que a través de su viejo amigo Andreas Neuer había conseguido las llaves del palacete. El bufete de abogados en el que Neuer participaba seguían siendo los administradores designados por el juzgado. Ella sabía que Andreas haría cualquier cosa por ella, y le había convencido al explicarle que necesitaba buscar algún documento más de la abuela Ada Rothman o de su madre.

El día anterior él le trajo las llaves, advirtiéndole que se estaba jugando el tipo por ella. Era la segunda vez que se arriesgaba y le aseguró muy serio que no volvería a hacerlo más. Ella comentó que no haría falta, ya que estaban tomando la decisión de marcharse definitivamente a los Estados Unidos. Le dijo a Markus que él también debería pensarlo, ya que sería como comenzar de nuevo. Una oportunidad que les daba la vida.

Luego Eva les explicó cómo pensaba hacerlo. Entraría sola aquella misma noche, confiando en que nadie se daría cuenta, ya que debía devolver las llaves a Andreas por la mañana, y creía tener tiempo suficiente. María le dijo que se trataba de una iniciativa arriesgada, ya que la Gestapo realizaba continuas rondas nocturnas por aquella parte de Viena, donde se encontraban las embajadas, y si la descubrían podrían creer que se trataba de algún sabotaje, como tantos que se estaban produciendo desde la anexión.

Eva le quitó importancia al asunto. Si la encontraban allí siempre podría alegar que a fin de cuentas aquel palacete había sido su casa hasta hacía unos años, y que se trataba de encontrar algunos objetos familiares que habían dejado

y que no se encontraban en la lista de bienes embargados. No mencionó que creía tener una cierta inmunidad dada la posición que sus hermanos ocupaban en el partido nazi.

Markus le dijo que tuviera mucho cuidado, aunque conocía a su hermana y sabía que una vez que algo se le metía en la cabeza sería imposible convencerla de lo contrario. Luego se despidió de ellas. Al día siguiente, a primera hora, partiría con Louis Lemaître hacia Linz, y desde allí volvería directamente a París, donde aguardaría su llegada de paso para los Estados Unidos. Bajaron con él para acompañarlo hasta la parada de taxis. Markus insistió en que aceleraran su marcha cuanto antes, intuía que las cosas se iban a poner muy feas en todos los sentidos. Luego el taxi lo llevó al Bristol. Cuando llegó Louis estaba preocupado ya que se había demorado más de la cuenta. Le contó que él también se había dado una vuelta por los alrededores del hotel, y que la policía le había pedido la documentación con malos modos, por lo que optó por cenar algo en el restaurante del hotel y aguardar a que regresara. A Louis le admiraba que su compañero fuera capaz de intentar seguir haciendo su vida a pesar de la ceguera.

A primera hora se dirigieron a la estación para tomar el tren que se detenía en Linz. La Gestapo volvió a pedirles la documentación. Una al entrar en la estación y otra cuando el tren llevaba media hora de viaje. Era una situación incómoda y desagradable, que demostraba lo difícil que resultaba llevar una vida normal en aquellas condiciones. Para los judíos resultaba prácticamente imposible moverse, ya que tenían prohibido viajar salvo situaciones excepcionales, y limitados muchos de sus derechos.

Markus le dijo a Louis que al hablar con sus hermanas había sentido un gran temor de que llegaran a descubrir que ellos tenían parte de sangre judía, y que en cuanto recogiera sus documentos se marcharían en el primer tren con destino a Suiza. Se le hacía imposible aguantar aquella tensión. No podía comprender a Eva, que parecía dispuesta a asumir grandes riesgos en unas circunstancias como aquellas.

Ya en Linz fueron directamente de la estación al «Deutsche Bank». No tuvo el más mínimo problema para acceder a las cajas de seguridad, extrajo la documentación que allí había y la guardó en el maletín vacío que llevaba. Después fueron al restaurante donde solía ir con Carlo, ya que decidieron no ir a ningún hotel. A las siete de la tarde salía un tren con destino Zúrich, vía

Salzburgo, y aunque el billete que tenían reservado era para el día siguiente había comprendido que no podría aguantar ni un día más allí. Notaba una insoportable sensación en su interior que le impulsaba a salir de aquel lugar cuanto antes. Louis le explicó que se trataba de un ataque de ansiedad y que podía entender su reacción, ya que ni siquiera pudo tragar un bocado. Aguardaron en la estación tres interminables horas a que llegara el tren. Solo cuando el tren se puso en marcha comenzó a sentirse mejor.

Dos días más tarde se hallaban de nuevo en París. Allí veía las cosas de otra manera, se le antojó una niñería lo sucedido y le pidió excusas a Louis. Ya nunca sería capaz de volver a Austria. Luego se encerró en el dormitorio y lloró.

# 85. EL LUGAR DONDE ACABAN LAS DISCUSIONES (VIENA-FEBRERO DE 1939)

Eva Gessner no deseaba que su hermana María corriese el menor riesgo. A pesar de su insistencia se negó a que la acompañara, y la convenció para que fuese a dormir aquella noche a casa de su amiga Rebeca Bloch-Bauer, que por otra parte también era muy amiga de su hermana. Pensaba que si algo salía mal y la policía iba a su casa, era preferible que María no se encontrase allí. María poseía una gran capacidad intelectual, pero era débil físicamente, mientras que ella podría correr o trepar a un muro si fuera preciso. Se enorgullecía de sus facultades físicas.

Aguardó a que oscureciera, alrededor de las seis. Cogió una linterna y se vistió con unos pantalones de esquiar y un jersey de color negro. Cuando salió a la calle estaba lloviznando y hacía mucho frío. Caminó hacia su antigua casa, podría recorrerla con los ojos cerrados. Entró por la cancela posterior que daba a un callejón de servicio. La llave se atascó por causa del óxido aunque finalmente pudo abrirla con un chirrido. El lugar llevaba años abandonado, ya que existía un pleito por la posesión entre los dos grandes bancos, sin que ninguno diese su brazo a torcer. Caminó hacia la biblioteca guiándose por la linterna. Todo estaba igual que el último día que habían entrado en ella. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo, el suelo, los cortinajes, los muebles, las lámparas, creando un ambiente tenebroso. Recordaba aquel amplio vestíbulo que había tenido tanta vida. Era oprimente contemplarla en aquellas condiciones. Llegó a la biblioteca. Se dio cuenta de faltaban muchos libros, aunque aún quedaban la mayoría. Subió por la escalera de caracol al altillo y caminó por la galería superior, un octógono que circundaba la biblioteca, sobre ella la claraboya resonaba levemente con el sonido de la lluvia al golpear los cristales.

Llegó hasta el final al mismo punto donde aquel lejano día había encontrado

la carta de la abuela Ada. Buscó la «Enciclopedia Británica» que efectivamente tantas veces había sido punto y final de las discusiones familiares. Con el corazón en vilo recorrió los tomos hasta el último y lo extrajo de la polvorienta librería. Allí estaba. Entre la última página y la tapa posterior encontró unos viejos papeles amarillentos por el tiempo, escritos a mano con la inconfundible escritura grande y picuda de Ada Rothman. Suspiró con fuerza al comprender que María había acertado. Aquellas páginas eran sin duda lo que estaba buscando. No podía entretenerse en leerlas, ya que tenía que salir de allí cuanto antes. No debía arriesgarse, alguien podría haberla visto entrar y avisar a la policía.

Volvió a descender y entonces fue consciente de que había ido dejando huellas muy claras. Se encogió de hombros. Nadie iba a ir por allí y probablemente en unas semanas quedarían ocultas por una nueva capa de polvo. Volvió a salir por la misma puerta. La cerró con llave tal y como la había encontrado. Después caminó con rapidez, cuando veía algún automóvil por el Ring se ocultaba en el quicio de los portales hasta que pasaban. Era consciente de que los documentos que llevaba eran comprometedores. Probablemente se referían a la familia de Jacob Mendel, que por lo que estaba averiguando se trataba de su abuelo materno, el hombre que había engendrado a su madre, judío como Ada Rothman, lo que en aquellos momentos, en aplicación de las leyes raciales, les convertía en judíos a ella y a sus hermanos.

Cuando volvió a su piso encontró allí a María, que le dijo que en modo alguno iba a marcharse y dejarla sola, por el temor de que pudieran detenerla y declararla cómplice de allanamiento de morada y robo. Llena de júbilo, por haberlo conseguido, Eva le mostró los documentos extrayéndolos del bolsillo interior donde los había guardado. Se dirigieron al salón para leerlos.

Aquellos viejos papeles eran parte del árbol genealógico de Jacob Mendel, el amante de la abuela Ada. Según lo que pudieron leer en ellos, Jacob era sobrino carnal de Menajem Mendel Schneerson, conocido como el «Tzemaj Tzedek», el tercer Rebe o rabino de la dinastía Jabad, descendiente a su vez del rabino Schneur Zalman de Liadi, conocido como el «Alter Rebe», todos ellos originarios de Lubavitch en Rusia, y que, por tanto, supuestamente ellas también eran descendientes de aquellos personajes históricos del jasidismo. María, que hablaba y leía bien el ruso, le explicó que el significado de Lyubavichi en

bielorruso era «Ciudad del amor». En un sobre cerrado que abrieron con vapor encontraron la prueba definitiva. Una declaración jurada firmada conjuntamente por Ada Rothman y Jacob Mendel en la que manifestaban que el niño o niña que Ada daría a luz era fruto de su relación. Era una previsión lógica pensando que ambos habían tomado la decisión irrevocable de suicidarse. Al leer aquello ambas se observaron en silencio. Ya no cabía la menor duda, al menos para Eva.

Eva tuvo que tragar saliva.

—Como verás nuestra sangre judía no es cualquier cosa. Aunque, por lo que cuenta aquí, el tal Jacob Mendel habría tenido que marcharse de su hogar al no aceptar seguir con la tradición jasídica. Tal vez incluso fue expulsado, o prefirió alejarse por propia voluntad. La cuestión fue que viajó a Varsovia para intentar ganarse la vida como profesor de piano, y de allí a Budapest, donde en 1862 mantuvo una relación amorosa con la abuela Ada Rothman, de la que nació nuestra madre Hilda Horvath, para todos hija y heredera del conde Janos Horvath. ¡Lo que es la vida! ¡Ahí tienes, a nuestros hermanos Joachim y Stefan, dos nazis confesos y radicales más prusianos que Bismarck, y no quieren reconocer que al menos la mitad de su sangre es semita! ¡Lo único cierto de todo es que al menos por esa parte somos frutos de un verdadero amor! ¡Alguien que llega de Lyubavichi, la ciudad del amor y, se enamora perdidamente de Ada, que le corresponde entregándole su vida! ¡Pero si parece sacado del argumento de una novela gótica!

María, después de esto, creo que deberíamos empezar a preparar nuestra marcha. Hasta ahora todo esto podría haber sido un secreto de familia, pero tal y como se está poniendo la cosa, con la Gestapo, las SS, la SD, las nuevas leyes raciales, los nazis en la puerta de casa, y los delatores y simpatizantes de ese Hitler, creo que deja de ser una anécdota para transformarse en una situación de riesgo. Tengo la certeza de que antes o después terminarán por enterarse, y si en ese momento seguimos aquí nos miraran de otra manera. Como escuché una vez a David Goldman, para entonces será tarde, así que te propongo que, mientras sigamos siendo ciudadanas alemanas, intentemos vender lo que tenemos al precio que nos den y salgamos de Austria. Tal vez a Suiza, o a París con Markus. Piensa que es posible que cuando seamos judías no nos aceptarán tan fácilmente. Por cierto, no sé si te diste cuenta de que Markus estaba haciendo un enorme esfuerzo por aparentar serenidad. Nuestro hermano debió pasar una experiencia

terrorífica que no ha logrado superar.

Al día siguiente Eva fue al bufete de Andreas Neuer para devolverle las llaves. Le contó lo que había encontrado exactamente en el lugar donde María había intuido. Los documentos demostraban sin ninguna duda que Hilda Horvath era de sangre judía. Según las leyes raciales nazis, los hermanos Gessner también lo eran a todos los efectos. Le explicó su temor a que los nazis pudieran enterarse, ya que estaban investigando con gran interés los antecedentes familiares de los ciudadanos. Si aquello llegaba a saberse, ella y su hermana correrían peligro.

Andreas Neuer asintió, añadiendo que él se encontraba en una situación similar. Les aconsejó que no se precipitaran, que meditasen bien lo que iban a hacer. En aquellos días el valor de los bienes inmuebles se había depreciado, ya que muchos judíos decididos a huir como fuera estaban intentando convertirlos en dinero, sobre todo en divisas o diamantes, para poder llevarse algo con lo que rehacer sus vidas.

—Eva. Creo que debéis marcharos de Austria aunque sin precipitaros. Ahora mismo no sois sospechosas de ser judías ni de nada, y si habéis decidido intentarlo tenéis que hacerlo lo mejor posible. En el bufete tenemos clientes que podrían estar interesados en adquirir algunas de las propiedades. Ya sabes que acaba de publicarse el decreto por el que todos los judíos deben entregar sus joyas de oro y plata, y muchos están intentando venderlas entre sus conocidos, en el mercado negro, o a comerciantes sin escrúpulos que están haciendo un monumental negocio. En fin, hablaré con Karl Wagner que lleva el departamento de inmuebles a ver qué me dice. Pero piensa que ahora los nazis tienen demasiado trabajo con los doscientos mil judíos declarados que hay en este país como para ponerse a buscar entre los demás. Lo que si os recomiendo es que no lo comentéis con nadie más, y mucho menos con Stefan y Joachim. ¿De acuerdo?

Eva volvió a su casa dándole vueltas a la cabeza. Después de haber confirmado su origen no era tan optimista como Andreas. Desde que los nazis habían invadido Austria los judíos se encontraban en una terrible situación. Cada día se enteraba de personas que habían emigrado o simplemente desaparecido, otros estaban siendo encarcelados, interrogados, coaccionados. Era como si de pronto toda aquella gente estuviera apestada, o fuese portadora de un virus

mortal. Apenas si se veían judíos en las calles, como unos meses atrás. Los nazis querían resolver cuanto antes la «cuestión judía», y desde que había encontrado el documento, era consciente de que ellas formaban parte de la cuestión.

# 86. LA «OFICINA DE EMIGRACIÓN» (PRAGA-JULIO DE 1939)

Como tantos otros judíos austríacos que comprendieron tarde la situación, o que se habían confiado creyendo que a ellos no les ocurriría, Selma Goldman había tenido que huir precipitadamente de Viena el mismo día del «anschluss». En el último momento consiguió escapar a Tesalónica, y desde allí intentaba proseguir con su tarea, aunque las cosas se habían complicado. Eran tiempos revueltos y había tomado la decisión de no esconderse a aguardar a que pasara la tormenta, y seguir intentando ayudar a los que querían huir hacia Palestina. Su mayor interés era colaborar en la construcción del futuro estado para los judíos, Eretz Israel, como había decidido en sus conversaciones con David Ben-Gurión, con Nahum Goldman, y sobre todo con Golda Meier durante su estancia en Evian. No se le ocultaba el gran riesgo que estaba corriendo, pero eso no la arredraba. No venía una época fácil.

La anexión de Austria le había demostrado que Hitler era un hombre extremadamente ambicioso, que no iba a conformarse con aquello. Por otra parte sus amenazas se estaban cumpliendo. Los judíos las estaban sufriendo directamente y ella se había comprometido a hacer todo lo que pudiera por ayudarlos a llegar a un lugar seguro. En aquellos momentos todo lo demás era secundario.

Al igual que estaba ocurriendo en Alemania, la mayoría de los doscientos mil judíos austríacos pretendían escapar de los nazis al precio que fuera, pero tras la invasión de Checoslovaquia en marzo, y la constitución del «Protectorado de Bohemia y Moravia», el Reich se había encontrado allí con otros doscientos mil judíos, de los que solo una pequeña parte había conseguido huir antes de la invasión. El resto era para los nazis un problema añadido con una difícil solución, ya que no tenían muy claro como quitarse de encima a un número tan importante de judíos. Por entonces soluciones radicales como llevarlos a Madagascar o a cualquier otro lejano país se habían desechado como inviables.

Aunque muchos estaban siendo enviados a los campos de trabajo eran conscientes de que tendrían que buscar otras soluciones. Londres había roto con su política anterior basada en la Declaración Balfour. Se prohibió a los judíos comprar tierra en Palestina. En junio Inglaterra había cerrado toda emigración judía a Palestina. La agencia sionista estaba negociando con los nazis la salida de diez mil judíos alemanes desde el puerto de Hamburgo.

Como si hubiera intuido que deseaba ponerse en contacto con ella, recibió una carta de Golda Meier con la que se carteaba desde Evian. Meier le proponía que colaborase con ellos en una difícil y arriesgada misión.

Unos días más tarde recibió una llamada en Tesalónica. Se trataba de Salomón Cohen, un enviado del comité sionista que quería entrevistarse con ella. Se encontraron aquella misma tarde y Cohen le entregó una carta que iba acompañada de un pasaporte. En el informe se hablaba de la recién creada «Oficina de Emigración» en Praga, cuyo director era un anodino funcionario del partido nacionalsocialista, un tal Adolf Eichmann. Aquel nombre era un eufemismo ya que debería haberse llamado «Oficina de deportación». El currículo de Eichmann en relación con el judaísmo se basaba en un conocimiento muy básico del hebreo, haber realizado un viaje a Palestina dos años antes, en el que entró en contacto con algunos sionistas, y haberse entrevistado en febrero de 1937 con Feivel Polkes un agente de la Haganah. Por todo ello, Eichmann estaba considerado el especialista en sionismo del SD, bajo las órdenes del barón Leopold von Mildenstein, jefe de la Oficina de Asuntos Judíos de las SS, que asimismo había viajado a Palestina.

Al revisar el pasaporte comprobó que había pertenecido a una mujer soltera, Angela Jäger, aproximadamente de su edad, y con un asombroso parecido. Jäger había sido reportera, nacida en Graz, Austria, en 1893, y fallecida en Jerusalén unos meses antes a causa de un accidente en la carretera que se dirigía al Mar Muerto que no se había comunicado al consulado que al cabo de unos meses la dio por desaparecida. En el informe añadían que Jäger era hija única, y sus padres habían fallecido. Nadie cercano aguardaba su regreso.

El pasaporte incorporaba un visado para poder viajar desde Palestina al Reich. Su misión, le explicó Cohen sin pestañear, era conectar con Adolf Eichmann, y entrevistarlo con la excusa de su mutua relación con los líderes sionistas. Debía comprobar si en realidad los nazis estaban pensando en permitir

la emigración de judíos del Reich a Palestina, y en tal caso cuales serían las condiciones.

La mañana de la partida se maquilló delante de la foto del pasaporte utilizando una lupa, intentando parecerse lo más posible. Se peinó con el cabello estirado hacia atrás y un moño alto, luego se vistió de tonos grises y oscuros, con botines. Cuando se miró en el espejo de la entrada asintió satisfecha del resultado.

Supuestamente, Angela Jäger, que acababa de incorporarse al NSDAP, viajaba desde Jerusalén a Praga donde residía su novio, Eduard Glücks, un alemán de los Sudetes con el que llevaba un tiempo de relaciones, y de paso mantener una entrevista con Eichmann. El verdadero nombre de Glücks era Eduard Hirsch, un intelectual judío que realmente llevaba años haciéndose pasar por Glücks, y que en aquellos momentos formaba parte de la resistencia a los alemanes, aparentando colaborar con ellos. Llevaba con ella una carta auténtica escrita a mano por Glücks, y una pequeña foto en la que se les veía juntos en Viena. Un buen montaje.

Según explicaba el informe, Eichmann era un hombre muy joven, aunque ya un burócrata profundamente antisemita, amante de las estadísticas, las fichas y la exactitud. Había viajado a Palestina dos años antes, y pudo entrar ilegalmente a pesar de que los británicos le impidieron desembarcar para comprobar lo que allí estaba sucediendo. El informe confidencial afirmaba que Eichmann estaba estudiando una posible colaboración con las agencias de Aliá Bet, como había sido la suya en Viena, y apoyar la emigración judía ilegal a Eretz Israel por dos motivos fundamentales: librar al Reich de algunos judíos y comprobar que era viable su emigración casi voluntaria. Así los alemanes podían quedarse con sus bienes y cobrarles una importante tasa por el visado de salida. Además iban en contra de la política de los ingleses en Palestina y Oriente Próximo, ya que los árabes habían mostrado su absoluto rechazo a la creación de un estado judío. El «Libro Blanco» del gobierno británico no había conseguido calmar a los árabes, y en el caso del gran muftí de Jerusalén, al-Husseini, desde su exilio en Berlín, lanzaba violentas amenazas contra los británicos y los sionistas por la emigración judía.

El verdadero problema era la cantidad de controles que los alemanes habían impuesto. Para coger el tren hacia Praga tendría que mostrar una gran sangre fría

y contar con la suerte. En la calle, en la estación, en el tren, en la frontera, y sobre todo en Praga, donde la Gestapo mantenía un control exhaustivo.

Al entrar en la estación de Viena la Gestapo estaba buscando a alguien. Sonaban los silbatos y vio correr a algunos hombres con inconfundible aspecto de policías. No se entretuvieron con ella, le sellaron el billete y pudo subir al tren. Cuando un rato después sintió como los vagones comenzaban a moverse, pensó que su suerte estaba echada. Al llegar a la frontera del Protectorado de Bohemia y Moravia, el eufemismo con el que el Reich denominaba a la hasta ayer Checoslovaquia, la Gestapo revisó minuciosamente los pasaportes y documentos de todos los que viajaban. Selma, en su papel de Angela Jäger, mantuvo el tipo. El policía la miró a los ojos buscando una señal de duda o nerviosismo. Ella le dio su versión. Iba a ver a su novio. Buscando los papeles en el bolso la foto cayó al suelo. El policía se agachó para cogerla. La observó con detenimiento. Selma asintió murmurando que aquel era su novio, Eduard Glücks. El policía volvió a mirarla, leyó la dedicatoria por detrás y al final se la devolvió.

Selma sabía que no iba a resultarle nada fácil. Respiró hondo y se relajó. Después el expreso cruzó la frontera. Tres horas más tarde entraba en la estación de Praga. Tardó cerca de una hora en que la interminable fila la pusiera frente al funcionario. Ella lo miró a los ojos. No tenía nada que ocultar. El hombre selló el pasaporte y pudo entrar en la estación y salir a la calle. Vio a muchos soldados alemanes por todas partes. También tipos que no podían ser más que de la Gestapo. Estaba lloviznando. Una pequeña tormenta de verano.

Cogió un taxi. Según lo planeado, Eduard Glücks la esperaría en su piso en el centro. El taxi la dejó una calle más allá. Caminó cruzando un pasaje y se introdujo en el portal del edificio. Subió en el ascensor. Aquella no era la vida que ella había pensado unos años atrás cuando aún estaba casada con Paul Dukas y creía que formarían una feliz pareja burguesa en un mundo más tranquilo. Alguien había despertado a los demonios.

Tocó el timbre. Un hombre abrió la puerta esbozando una sonrisa. Habló muy bajo, casi susurrando.

—Así que tú eres Angela Jäger. Eduard Glücks. Pasa por favor —cerró la puerta manteniendo la voz casi inaudible—. Aquí en Praga las paredes oyen. Si tienes que explicarme algo te ruego que me imites.

Eduard era un hombre apuesto, alto y fuerte, de unos cuarenta años, que la observaba desenfadadamente.

—Así que somos novios. Por mi está bien. ¿Tú qué piensas?

—Por mí también —Selma sonrió—. ¡Ojalá viviéramos en ese mundo más feliz! El problema es la realidad que nos ha tocado. ¿Sabes quién es Adolf Eichmann? Iré a verle. Él está esperando a que alguien lo contacte. No confiamos en él a pesar de que estuvo en Palestina y conoció a algunos líderes sionistas. La idea es sacar de aquí a todos los judíos que podamos y enviarlos a Palestina. Aquí les espera un infierno, allí tendrían una enorme esperanza.

—No estoy demasiado seguro. Tal vez la diferencia entre tu pensamiento y el mío es que yo no soy sionista. Creo que los judíos deberían quedarse donde quisieran. Vosotros queréis enviarlos a Eretz Israel para crear ese estado judío con el que soñaba Herzl. ¿Realmente crees que lo conseguiréis?

—Querrás decir que lo conseguiremos. Estamos juntos en este asunto. Mira, estoy algo cansada, y no he venido a Praga para hacer proselitismo del sionismo practicante. Para mí está más que demostrado que no hay posible asimilación. En Austria lo sabemos desde hace bastante tiempo. Allí es como si hubiera llegado el día del juicio final. Aquí está comenzando. La idea nazi es librarse de los judíos a cualquier precio. Antepondrán todo para ese fin. Mira, Eduard, ahora están encerrando a muchos en prisiones y campos de trabajo, limitando cualquier derecho de los judíos a una vida normal. ¿Dónde está la integración? Para ellos lo mismo les da que esas personas lleven generaciones viviendo como alemanes, austríacos o checos. Son judíos, y según la biblia del nazismo, ese «Mein Kampf», deben ser desarraigados, despojados de todos sus bienes, separados de los suyos, los padres de los hijos, los maridos de sus esposas, tratados peor que a criminales, golpeados, torturados, asesinados en muchos casos. Nosotros les ofrecemos una esperanza. ¿Dónde pueden ir los judíos? ¿A los Estados Unidos? ¿A Inglaterra? Sabes tan bien como yo que ahí solo podrán ir unos cuantos miles, los privilegiados, los afortunados… ¿Y los demás? Nosotros intentaremos llevar a Eretz Israel a todos los que podamos, pero lo terrible será los que se quedarán en el camino.

—¡Así que no has venido a Praga a hacer proselitismo! ¡Menos mal! Bien. Descansa lo que puedas, que mañana nos espera un día muy largo. La reunión con Eichmann ya está programada. Nos recibirá a las diez en esa Oficina de

«Emigración» que se han inventado y que forma parte de la nueva estructura de la Gestapo, la Sección IVB4, que tiene como fin la deportación de todas aquellas personas consideradas enemigas de la Alemania nazi, principalmente los judíos. Y te diré que tienes razón en no fiarte. Eichmann es un cínico, un individuo sin moral, sin el menor sentido ético, que no cree más que en el nacionalsocialismo de Hitler, y que llegará hasta el final para conseguir su fin. También un hombre terriblemente ambicioso, que quiere llegar arriba a costa de lo que sea. Con él encontraremos a Alois Brunner, su asistente y hombre de confianza. Otro criminal como ya se ha demostrado. Probablemente también a Rolf Günther, otro de su calaña. Todos esos tipos están demostrando que no solo les impulsa el credo nazi. Sobre todo su ambición personal, son funcionarios de un régimen que pretende cambiar el mundo liquidando a los que sean precisos para conseguir su fin. Para ellos, nosotros los judíos, solo somos estadísticas. Tienen orden de borrarnos del mapa. ¡Y te diré que ya no se trata de apartarnos, sino de liquidarnos! Aquí en Praga han desaparecido muchos judíos. Simplemente los llevan a un lugar apartado y les pegan dos tiros. Ese es el personaje con el que nos vamos a encontrar mañana. Para él tú no serás más que un medio de cumplir sus objetivos. Y ahora descansa. No creo que la Gestapo llame a la puerta esta noche.

De tanto en tanto se escuchaban lejanas detonaciones. Sabía que eran operaciones de limpieza de la resistencia.

—Ese tipo te necesita, y tal vez por eso crees que has tenido la suerte de llegar sana y salva. En el mundo nazi nada es lo que parece.

Selma no fue capaz de dormir aquella noche. Nunca hubiera podido creer lo que estaba sucediendo. Era como una terrible pesadilla en la que todos los judíos centro europeos hubieran caído al mismo tiempo.

Por la mañana, antes de salir para le reunión, Eduard le explicó la política de Eichmann y su posible interés en colaborar con los sionistas.

—Probablemente ya estarás advertida, pero te diré lo que yo sé. Ese tipo lo que pretende es conseguir que los judíos comprendan que es mejor estar en Palestina que en Alemania. Muchos creerán que lo hace como algo positivo, intentando ayudarles, cuando es exactamente lo contrario. Uno de sus hombres trabaja para nosotros. Los nazis pretenden que aquellos judíos que vayan a Palestina, después de pagarles sustanciosas tasas, terminen antes o después de

vuelta a Auschwitz. Hitler pretende apoderarse no solo de Egipto, sino llegar a Palestina por el estrecho y por el norte a través de Siria, una vez que consolide allí el gobierno de Vichy, por medio de los Afrika Korps.[6] Podrás imaginarte lo que sucedería en tal escenario. Los árabes de al-Husseini han jurado liberar a Palestina de judíos, colaborarían con los nazis en capturar hasta el último judío, y los embarcarían de vuelta a lugares como Auschwitz. Eichmann es un hombre sin sentido moral, un esbirro de las políticas de Hitler. Pero al menos sabemos lo que pretende, aunque él cree que puede engañar a todo el mundo. Ese es el acuerdo al que ha llegado con al-Husseini para que los árabes no les pongan obstáculos en su campaña para apoderarse del norte de África y de Oriente Próximo, según el cual al-Husseini será el dictador del mundo árabe, tras haber limpiado Palestina de judíos. Como sabes mejor que yo, hay centenares de comunidades judías desde Marruecos a Abisinia y desde Palestina a Irán. Millones de judíos que deberán seguir la suerte de los judíos alemanes, austríacos y polacos. Vamos a decirlo claro. La aniquilación. Ese es el pensamiento que Eichmann comparte con Heydrich y Himmler. Le han prometido a Hitler no descansar hasta conseguirlo. Ese es el repugnante personaje al que vamos a ir a ver.

Eduard la acompañó a la Oficina de Emigración. Cruzaron a pie el Vitava, luego tuvieron que correr para subir a un tranvía que pasaba. No se veía apenas gente por las calles. Viajaban casi solos.

—La gente de aquí odia ancestralmente a los alemanes —comentó Eduard—. Los germanos siempre han despreciado la cultura eslava, y los eslavos han sentido un fuerte odio hacia los alemanes. Pero ahora se encuentran en estado de shock. Aún no han sido capaces de asimilar lo sucedido.

Descendieron frente al edificio que albergaba la oficina. Caminaron con naturalidad hacia la entrada. Un hombre de paisano se acercó a ellos dándoles el alto. La Gestapo no se fiaba de los partisanos checos. Eduard dio sus nombres explicándoles que el director Eichmann les aguardaba. El hombre replicó que iba a comprobarlo mientras dos policías de uniforme se acercaban. Tardó cinco minutos en regresar. Asintió con otro talante diciendo que lo acompañaran.

Entraron en el edificio. En el vestíbulo tuvieron que volver a mostrar la documentación. Les entregaron una etiqueta con una pinza para colgársela. Siguieron a un estirado secretario por las escaleras. En la primera planta un

hombre se acercó. Se presentó como Hermann Alois Krumey, miembro de las SD. Caminaron tras él. Otro secretario abrió la puerta, y entraron en un amplio despacho. Era evidente que los muebles clásicos habían sido traídos desde otro lugar. Un hombre joven con uniforme de las SD, amplias entradas y nariz afilada los observó a través de sus gafas de concha. Era Adolf Eichmann. Se levantó y extendió su mano.

—¿Qué tal, Glücks?

La observó fijamente, escrutándola.

—Usted debe ser la periodista Angela Jäger, que viene aquí después de haber hablado con la agencia sionista. ¿Cómo está usted? ¿Ha tenido buen viaje? ¿Qué tal por Palestina? ¿Llegan allí muchos judíos? Pero tomen asiento por favor. Bien. Señora Jäger, no le haré perder su valioso tiempo, iré directo a lo que quiere saber. Sé que existe un gran interés en conocer si esta oficina va a colaborar en que los judíos del Reich vayan a Palestina. Se lo diré claro, sin ambigüedades. Depende. Nuestro interés prioritario es librarnos de ellos. Adonde vayan es su problema. Ahora bien, bajo determinadas condiciones aceptaríamos que se instalaran en Palestina. ¿Por qué no? Para ello deben previamente exponer su petición, ceder sus bienes al Reich, que lógicamente les permitiría llevarse una determinada cantidad de dinero. Por supuesto abonar las tasas de sus visados de salida, y algunos otros requisitos. De todas maneras el principal escollo es que los ingleses no están por la labor. Digamos que eso tampoco sería un inconveniente. A fin de cuentas nosotros solo los dejaríamos marcharse. Como les he comentado, a donde vayan no es nuestra responsabilidad. No nos parece mal que los judíos vuelvan a donde pertenecen. Eso lo pude ver cuando visité Palestina. Filistiya, la tierra de los filisteos. Aquí hay demasiados judíos y no debería haber ninguno. Y no solamente es el problema de ese Libro Blanco. En Estados Unidos, que tanto hablan y hablan de lo que aquí está ocurriendo, y tanto nos critican, los quieren con cuentagotas. Contados. En realidad no quisieran ninguno. Miren lo que dicen algunos allí: los judíos son los responsables de su situación. ¡Siempre ha sido así! Igual que en todos los países. Los judíos creen que serían bienvenidos en cualquier lugar, pero no es así. Hemos ofrecido a algunos países, en los que viven comunidades judías, como Francia o Inglaterra que acojan a los que viven aquí. Se han negado. Todo lo más un número muy inferior al preciso. Y verán, si no se van

por las buenas, los enviaremos a lugares concretos de concentración. No vamos a permitir que sigan viviendo entre los ciudadanos del Reich, aprovechándose de todas sus ventajas. ¡No son ciudadanos del Reich, y me temo que de ninguna parte! Así que sí se fueran a Palestina nos parecería muy bien. Pero naturalmente tendrán que pedirlo, ponerse al corriente con todas sus obligaciones, y sobre todo conseguir entrar. Sinceramente lo dudamos. ¿Han leído lo del barco «St. Louis»? Ni en Cuba, ni en los Estados Unidos los querían. Al final los han aceptado a la fuerza entre Francia, Inglaterra, Holanda, y Bélgica. ¡Nos han advertido que no les enviemos más! ¡Como si nosotros hubiéramos sido los responsables! ¡Fueron ellos ingenuamente los que creyeron que Cuba les permitiría desembarcar y que luego lo tendrían más fácil para entrar en los Estados Unidos! Señora Jäger, dígales a esos sionistas que la responsabilidad de lo que pudiera suceder no será de Alemania, ni de las leyes del Reich, sino solamente suya. Pero verán. Permítanme que hablemos con perspectiva. Los judíos se han aprovechado de la buena fe de los alemanes. Durante los últimos decenios han llegado a decenas de miles. ¡Familias que se llamaban los unos a los otros, aldeas enteras de Polonia, Ucrania, Besarabia, de lugares remotísimos, se han instalado, legal o ilegalmente, en Alemania y en Austria, también aquí en Bohemia! ¡Más de medio millón de judíos solo en Alemania! ¡Y lo más importante! ¡Algunos están convencidos de que Alemania o Austria son sus países! ¡Pero no lo son, ni lo serán nunca! ¡Y no me hablen de que muchos llevan siglos viviendo aquí! ¡No son alemanes! ¡No voy a entrar en calificaciones morales ni filosóficas! En definitiva, estamos intentando analizar cómo podemos establecer un acuerdo para que se instalen en Palestina. Sería bueno para ambas partes. Conseguiríamos nuestra meta, librarnos de ellos, y ellos de nosotros. En otro caso las cosas podrían ser muy difíciles… ¿Comprenden lo que quiero decirles? Miren, la Organización Sionista Alemana, la ZVfD, lo entendió perfectamente. El acuerdo Haavara ha facilitado la emigración de muchos judíos alemanes a Palestina. ¡Cerca de sesenta mil judíos se han beneficiado de él! ¡Qué mecanismo financiero más claro y sencillo! Ellos dejaban la mayor parte de sus bienes en Alemania, ¡pero no los perdían! Los recuperaban al transferirlos a Palestina como exportaciones alemanas. ¡Aquello funcionó bien!

Eichmann entornó los ojos como si estuviera imaginando todo aquello. Selma lo observaba pensando en qué clase de personalidad psicótica subyacía

bajo aquel eficiente alto funcionario nazi. Todo aquello no era para él más que una especie de industria en la que lo importante eran otros factores. No hablaba de la brutalidad de las SS, ni de la coacción a los judíos a los que se forzaba a marcharse de la noche a la mañana, ni de los daños psicológicos, ni de los que se quedaban en el camino, y mucho menos mencionaba a la mayoría, que se veía forzada a romper bruscamente con su vida, a abandonar sus casas y sus comercios, a perder el noventa por ciento de lo que poseían como mal menor, si no todo, a las detenciones sin aviso, a los campos de concentración donde iban los que no aceptaban los hechos consumados. No hablaba de los miles de asesinados, desaparecidos, secuestrados. No mencionaba su deformada y parcial visión del sionismo. Solo le importaban los resultados, cumplir los objetivos marcados y las estadísticas.

—Director Eichmann —Selma lo interrumpió, ya que deseaba centrar el tema—. ¿Me permite que le hable con sinceridad? La visión que usted me está dando no tiene mucho que ver con el verdadero sionismo. Yo acabo de llegar de Palestina, y perdóneme, señor director, pero el sionismo es otra cosa bien distinta.

—¡Señora Jäger! ¡Perdóneme, pero no dispongo de tiempo para hablar de filosofía! ¡Además las circunstancias están cambiando con rapidez, y les adelanto que muy, muy pronto van a cambiar mucho más! Esta oficina de emigración solo pretende facilitar las cosas a los judíos que quieran emigrar… ¡y que estén en disposición de hacerlo! Aquí en Praga, por ejemplo, hay muchos judíos indocumentados, ilegales, apátridas, con demandas pendientes, algunos ni siquiera saben de dónde han venido ni cuando… ¡es ridículo! Naturalmente toda esa gente no podrá emigrar, al menos por el momento. Esos van a ir a parar a centros de internamiento, a campos de trabajo, o se encontraran en una situación de libertad vigilada hasta que sepamos qué vamos a hacer con ellos. Luego están los muchos que desobedecen las normas, los que tienen algo que ocultar y quieren huir a Ucrania, a Polonia, a Hungría. Y por último los que pretenden impedir que desarrollemos nuestras labores aquí, en el protectorado. ¡Esos tendrán que enfrentarse a juicios sumarísimos! ¡No tendremos piedad con los saboteadores, los traidores, los que pretendan hacer frente al Reich!

El eficiente y probo funcionario se había transformado en alguien muy diferente. Un antisemita declarado que odiaba a los judíos, que los consideraba

seres inferiores a los que se podía manipular, extorsionar, y si era conveniente para el Reich incluso asesinar.

Eichmann se levantó. La entrevista había terminado. El hombre volvía a mirarla por encima de los cristales de sus gafas de miope. Sonreía. Sobre su mesa tenía abiertos varios informes, un gran cuadro lleno de números. Se dio cuenta de que ella lo estaba mirando.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Qué cantidad de aldeas, pueblos, barrios, comunidades! ¿Verdad? ¡Me estoy volviendo loco intentando cuadrar todo esto! ¡No he conocido gente más anárquica y desorganizada que estos judíos de Bohemia y Moravia! ¡Tal vez los gitanos roma o los sinti! Y ahora debo proseguir con mi tarea, voy muy retrasado. Encantado de haberla conocido, señora Jäger. ¡Haga un buen reportaje! Mire, en este sobre van unas fotos mías recientes, elija la que quiera. ¡Lo dejo en sus manos! Adiós y buena suerte.

# 87. EL PACTO SECRETO (MOSCÚ, 26 DE AGOSTO DE 1939)

Joachim Gessner estaba bien informado. Conocía los detalles de todo el asunto de la «Operación Caso Blanco», la programada invasión de Polonia, considerada alto secreto, aunque en el entorno de la cancillería todo el mundo hablaba del tema. Por supuesto también él. Goering, con el que cada día tenía más confianza, le habló de lo que se estaba preparando un mes antes, a finales de julio. Después se dio una fecha para explicar la situación a los generales de la Wehrmacht, la inevitabilidad de una guerra con Polonia. Lo único que faltaba era firmar un acuerdo con la Unión Soviética. Ese era el quid de la cuestión.

Finalmente lo habían incluido en el séquito de von Ribbentrop a Moscú por varios motivos: desde hacía años mantenía una relación de amistad con el embajador alemán en el Kremlin, hablaba muy bien el ruso y era uno de los hombres de confianza de Goering, que quería estar informado. Cuando el día 21 de agosto Stalin dio luz verde para la reunión definitiva, los designados se desplazaron a Berlín ya que volarían desde Tempelhof en dos aviones Condor. Allí encontró a Kurt Eckart. Le estrechó la mano y no volvió a hablar con él. Estaba informado de que su hermana María ya no estaba viviendo con aquel hombre, lo que le tranquilizaba, a pesar de que no sentía ningún cariño por ella. No sabía muy bien quién lo habría incluido. Probablemente Goebbels, ya que también estaba en su equipo de confianza. Iba sentado junto a Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, alguien muy cercano al Führer, que mantenía su optimismo, a pesar de que en el bamboleante aparato se notaba una tensa preocupación por el resultado, sobre todo por el impredecible carácter de Stalin. ¿Qué pretendería sacar él?

Del aeropuerto de Moscú se dirigieron directamente al Kremlin en varios vehículos. Vio como unos cuantos automóviles, entre los que se hallaba Eckart, se desviaban hacia el centro. Probablemente al hotel Metropol, donde pasarían la noche o permanecerían hasta que se firmase el acuerdo, ya que no podrían volver

a Berlín con las manos vacías.

Cuando llegaron al Kremlin diluviaba. Unos soldados de la guardia los ampararon con grandes paraguas y los llevaron hasta el vestíbulo del edificio principal. Allí les aguardaba el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Viacheslav Mólotov, que se dirigió directamente a von Ribbentrop para estrecharle la mano aunque con un gesto serio. Después fue saludando al resto de la comitiva. Joachim Gessner lo saludó en correcto ruso y Mólotov asintió satisfecho.

Mólotov los guio en silencio hasta la sala de reuniones, adjunta al despacho de Stalin, donde tendría lugar la reunión. Una atmósfera recargada, con pesados cortinajes y un mobiliario anacrónico, pasado de época, fuera de lugar, como si el zar siguiera al frente del imperio ruso. Fuera el día no acompañaba y era preciso mantener las lámparas encendidas. Pudo notar que von Ribbentrop estaba muy nervioso, al borde de un ataque de ansiedad. Luego ambos pasaron a una salita adjunta para deliberar. Aguardaron cerca de una hora hasta que entró Stalin, que mantenía un leve rictus, una sonrisa pegada a su rostro casi inmóvil como una máscara. Solo sus ojos escrutaban sin cesar. Saludó a toda la comitiva.

El asunto se enquistó con la adjudicación de los puertos de Letonia. Stalin murmuró algo casi inaudible a Mólotov. Von Ribbentrop reunió a varios de los suyos, incluyéndole a él en el otro lado de la sala. Era preciso llamar al Führer para recabar su opinión. Un momento muy tenso, ya que todo se podía quedar allí. Acompañó a von Ribbentrop a la salita colindante. Se mantenía una línea abierta directa con el Berghof, en Obersalzberg, donde se hallaba Hitler. En pocos minutos lo tuvo al otro lado de la línea. No hubo problema. Hitler comprendió la situación al instante.

—¡Los puertos para ellos! ¡De acuerdo! ¡Termine de una vez y firme!

Volvieron a la reunión. Ribbentrop se acercó a Stalin que conservaba con Mólotov. Asintió. Los puertos letones se cederían a los rusos. Joachim Gessner era un hombre bregado, muy experimentado en diplomacia, aunque naturalmente no de primer nivel. Sin embargo todo era igual. Un regateo en el que el más astuto se llevaba el premio. Observó a Stalin. Aquel georgiano parecía controlarlo todo. Pudo ver como entrecerraba sus ojillos y supo que todo iba a salir bien. Apenas una hora más tarde los dos ministros firmaban por duplicado, en ruso y en alemán:

*El Gobierno del Reich Alemán*

*El Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.*

*Deseosos de fortalecer la causa de la paz entre Alemania y la URSS, y procediendo con las previsiones fundamentales del Acuerdo de Neutralidad firmado en Abril de 1926 entre Alemania y la URSS, han llegado al siguiente acuerdo.*

*Artículo I. Ambas Altas Partes Contratantes se obligan a desistir de cualquier acto de violencia, cualquier acción agresiva, y cualquier ataque a la otra parte, ya sea individual o en conjunto con otras potencias.*

*Artículo II. Si cualquiera de las partes fuera objeto de una acción beligerante por una tercera potencia, la otra Alta Parte Contratante de ninguna manera deberá dar apoyo a esa tercera potencia.*

*Artículo III. Los Gobiernos de las dos Altas Partes Contratantes deberán mantener en el futuro contacto continuo, con el propósito de intercambiar información sobre problemas que afecten a los intereses comunes a ambas partes.*

*Artículo IV. Ninguna de las dos Altas Partes contratantes deberá participar en agrupaciones de potencias, que de alguna forma estén dirigidas directa o indirectamente contra la otra parte.*

*Artículo V. En caso de surgir algún conflicto entre las Altas Partes Contratantes sobre problemas de cualquier tipo, ambas partes deberán resolver las disputas o conflictos exclusivamente a través de intercambios amistosos de opinión o, si fuera necesario, por medio del establecimiento de comisiones de arbitraje.*

*Artículo VI. El presente tratado concluirá en un período de diez años, con la previsión que en cuanto alguna de las Altas Partes Contratantes no lo denuncie un año antes a la expiración de ese período la validez del tratado será extendido por otros cinco años.*

*Artículo VII. El presente tratado deberá ser ratificado dentro del más corto tiempo posible. Las ratificaciones serán intercambiadas en Berlín. El acuerdo entrará en vigor tan pronto como sea firmado.*

*Moscú, 23 de Agosto de 1939.*

*Por el Gobierno del Reich Alemán: V. Ribbentrop*
*Plenipotenciario del Gobierno de la URSS: V. Mólotov*

*Protocolo Secreto Adicional*

*1. En el caso de un reacondicionamiento territorial y político en las áreas pertenecientes a los Estados Bálticos (Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania), la frontera norte de Lituania representará los límites de la esfera de influencia de Alemania y de la URSS. En relación con esto, el interés de Lituania en el área del Vilna es reconocida por cada parte.*

*2. En el caso de un reacondicionamiento territorial y político en las áreas pertenecientes al Estado Polaco, las esferas de influencia de Alemania y la URSS serán limitadas por la línea de los ríos Narew, Vístula y San. La cuestión de que si ambas partes ven como conveniente el mantenimiento de un Estado polaco y cómo ese Estado deberá limitar de alguna forma, esa limitación puede solamente ser determinada en el curso de los próximos desenvolvimientos políticos. En cualquier caso, ambos Gobiernos resolverán esa cuestión por medio de un acuerdo amistoso.*

*3. En relación con el Sureste Europeo, la parte Soviética llama la atención sobre su interés en Besarabia. La parte alemana declara su completo desinterés político en esas áreas.*

*4. Este protocolo deberá ser tratado por ambas partes en estricto secreto.*

*Moscú, 23 de Agosto de 1939.*

*Por el Gobierno del Reich Alemán V. Ribbentrop*
*Plenipotenciario del Gobierno de la U.R.S.S.V. Mólotov*

Von Ribbentrop estaba exultante. Volvió a llamar al Berghof.

—¡Mi Führer, ya se ha firmado! ¡Sí, mi Führer, como hablamos! ¡Le felicito! ¡Heil! ¡Heil Hitler!

Un secretario tocó un timbre y dos minutos más tarde entraron seis

camareros impecablemente uniformados llevando copas de champán. Todos brindaron por un tratado imposible, en el que nadie había creído. Joachim debía reconocer que tampoco. Solo el Führer, que de nuevo manifestaba su enorme intuición y sabiduría política. Una hora después se despidieron de Stalin. Cuando le estrechó la mano, le oyó murmurar a Mólotov que estaba junto a él. «Niet judá bies dabrá», algo así como «No hay mal que por bien no venga». Stalin era un viejo zorro georgiano que estaba de vuelta de muchas cosas. Lo observó un instante con sus ojillos entrecerrados.

Se dirigieron al Metropol. Realmente estaba tan cerca que dudaron si dar un paseo. Al final por razones de seguridad, Joachim Gessner fue en el automóvil junto a von Ribbentrop, eufórico, convencido de que él había conseguido lo imposible. Había sido un momento histórico.

Kurt Eckart había estado aguardando en el hotel junto al comandante de las SS de paisano que en aquellos momentos debía estar revisando las habitaciones. Todo aquel asunto del pacto entre el Reich y la URSS le estaba demostrando que por ambas partes se temían y que intentaban lograr un aplazamiento a lo que tendría que venir. Había escuchado a Goebbels hablando con Goering sobre el tema, y sabía lo que la cúpula nazi pensaba. Nadie le había preguntado lo que pensaba él. Se desperezó. En Moscú hacía más calor que en Berlín. Estaba allí solo porque Goebbels quería ser el segundo en ser informado tras el Führer. Debía hablar con el embajador von der Schulenburg y con el diplomático Joachim Gessner para que le dieran sus opiniones. Luego enviaría la entrevista, leyéndola por teléfono, al redactor jefe de «Der Angriff».

Pero además de aquello tenía otras cosas que hacer. Permaneció en su habitación hasta que faltaban cinco minutos para la media. Entonces salió al pasillo, se dirigió a la escalera de servicio, bajó dos pisos, la puerta era solo de salida salvo para el personal del hotel que tuviera llave de acceso. Al entrar había estado fumando y observando. Vio como salían y entraban camareros, cocineros y otro personal. Empujó la puerta y salió al exterior, caminó sin apresurarse por la estrecha calle paralela a la muralla de tonos rojizos de la ciudadela del Kremlin. Miró un momento hacia atrás antes de introducirse en uno de los portales. Subió una escalera mal iluminada y estrecha, hasta la primera planta, luego caminó por un largo pasillo. Llamó a una de las puertas con los nudillos repiqueteando con un cierto ritmo. Eran las cinco en punto. La

puerta se abrió e Iván lo observó con una media sonrisa. Parecía otro hombre. Llevaba bigote y una peluca muy bien adaptada. Vestía un anticuado traje evidentemente cortado en Moscú, en Alemania la moda era diferente. Entró en el anodino vestíbulo de una oficina cerrada, con las ventanas cubiertas por espesos visillos. Iván lo condujo a uno de los despachos que daba a la muralla. Apenas a diez metros.

—Ya se ha firmado. ¡Otro paso más! ¡Pobres polacos, no pueden imaginar la que se les viene encima! Con estos dos repartiéndose el país. La mitad para mí, la otra mitad para ti. Mi abuela materna era polaca de Cracovia, siempre rezando y rezando a ese Dios sordo, ciego y mudo de los cristianos, ¡total para esto! En un par de minutos estará aquí Sergei Sokolovski, el nuevo director de servicios exteriores. Creo que te van a dar otro encargo. ¡Eso te pasa por hacerlo tan bien!

En aquel mismo instante alguien repiqueteó en la puerta. Iván abrió. Era el director Sokolovski. Un hombre gris, alguien que podría pasar inadvertido en cualquier lugar. Les estrechó la mano. Luego sin más preámbulos se dirigió a él, mientras le entregaba un sobre doblado.

—Ahí tiene el tratado conteniendo la cláusula secreta.

Se encogió de hombros, consciente de que ninguna de las dos partes pensaba cumplirlo. En el fondo a él le daba lo mismo. Sokolovski no tenía tiempo que perder.

—Camarada Eckart, en unos días comenzará una guerra en la que Hitler va a apostar a todo o nada. El zorro contra el oso. Vamos a intentar que sea el oso el que gane la partida, y usted será un hombre crucial. Deberá informar de los más mínimos detalles antes de que las cosas sucedan. Intente convertirse en el hombre de confianza de Goebbels. ¡Más aún! Ese hombre es la mano derecha de Hitler. Queremos anticiparnos a sus movimientos, y para ello confiamos en usted. Seguiremos la misma táctica. Iván seguirá siendo el intermediario. Él se está aproximando a Goering. Veremos a donde nos lleva todo esto. Goza usted de la confianza de la dirección y del propio Stalin. Mientras se firmaba, él estaba informado de que un miembro de nuestra inteligencia se hallaba en la expedición. Hemos querido demostrarle que el directorio Principal de Seguridad del Estado funciona como un reloj. Sepa usted que él lee personalmente todos los informes. Esta apuesta se hizo hace unos años, y el NKVD acertó en sus pronósticos. Ahora vienen tiempos complicados, y deberá usted estar muy

pendiente, ya que la «Abwehr» de Canaris no nos permite incorporar gente nueva, y sabemos que están convencidos de que tenemos a alguien infiltrado muy arriba. ¡No tienen ni idea! Usted comenzó en su momento y está libre de toda sospecha, al igual que Iván, que ha seducido a Goering mostrándole una personalidad similar, una vanidad que sobrepasa cualquier medida, un afán increíble de popularidad, una absoluta falsedad y un total egoísmo.

Señaló a Iván con una cínica sonrisa.

—Camarada. Estamos seguros de que su apariencia es solo un rol, ¡pero es demasiado perfecto! —Iván asintió sin sonreír—. Bien, apréndase esto y quémelo de inmediato. Buena suerte.

Sokolovski se volvió un instante.

—No tendría que decírselo, pero no hable de este asunto con María Gessner. Esa mujer posee una personalidad ciclotímica y no es fiable para el servicio. Adiós.

Cerró la puerta tras él. Apenas había estado allí cinco minutos. Kurt se dirigió a Iván.

—Dame tu gorra rusa. Me he dejado el sombrero en el hotel, no voy a tener tiempo de adquirir una, y siempre he deseado tenerla.

Iván sonrió condescendiente.

—Toma, quédatela. La verdad que a mí me está algo pequeña. Tal vez sea la peluca, además tengo otro sombrero. ¡Estupendo, a ti te queda como un guante!

Kurt se dirigió al hotel caminando con naturalidad, sin prisa, llevando la gorra en la mano. Aguardó unos minutos junto a la puerta de servicio mientras encendía un cigarrillo, hasta que salieron dos camareros. Entró antes de que terminara de cerrarse y subió por la escalera de emergencia. Al salir al pasillo en su planta, se cruzó con un camarero y le mostró la llave de la habitación como si se hubiera equivocado de escalera. Miró el reloj. Había estado fuera veinte minutos exactamente. Se quitó la chaqueta y los pantalones. Leyó el tratado, era más que suficiente para memorizarlo. Volvió a meterlo en el sobre. Unos minutos más tarde llamaron a su puerta. Preguntó quién era. La voz se identificó como el comandante Weber, aquel tipo pertenecía a la Abwehr y había viajado junto a él durante el vuelo. Abrió y le invitó a entrar mientras terminaba de cambiarse.

—Bueno, Eckart. Por fin se ha firmado. Esta noche tenemos una cena aquí

en el hotel. Iremos todos los integrantes de la expedición. Vendrá el embajador. Usted será recibido dentro de un cuarto de hora en uno de los salones de la entreplanta por el embajador von der Schulenburg en presencia de Joachim Gessner. Después dispondrá de una hora para la entrevista y redactar la nota de prensa y a las seis y cuarto podrá transmitirla a Berlín. A las ocho abajo en el comedor. Ahora le dejo. Voy a hablar con los demás. Recuerde, mañana diana a las cinco. A las seis y media despegaremos para Berlín, y no puede haber fallo, ya que el ministro deberá coger otro avión que le estará aguardando en Tempelhof para llevarle al Obersalzberg.

Bajó la voz como si fuera a decir algo trascendental.

—Almorzará con el Führer.

Kurt aguardó a que llegaran el embajador y Joachim Gessner. No soportaba al hermano mayor de María. Un tipo estirado y creído, que siempre andaba tramando para su provecho. Se consideraba superior a todos los que le rodeaban, y hablaba de una manera engolada y distante, como si quisiera marcar las distancias. Kurt estaba convencido de que el hecho de que él y María hubieran terminado habría sido un motivo de gran satisfacción para Gessner. A la hora programada entraron los dos juntos. Los saludó con una inclinación de cabeza.

—Señores embajadores. El ministro de propaganda me ha encargado que les haga una pequeña entrevista para Der Angriff. Comenzaré por lo más obvio. Embajador Von der Schulenburg. ¿Qué significado tiene el pacto de no agresión entre la Unión Soviética y el Reich?

El embajador entrecerró los ojos, meditando antes de darle su opinión.

—Si le dijera que ha sido una nueva demostración de la genialidad de nuestro Führer no estaría exagerando. Los alemanes somos vecinos de los rusos. Lo seremos siempre, por los siglos de los siglos. Era absurdo mantener una situación artificial de conflicto. Rusia debe ser nuestro mejor cliente, y nosotros el mejor mercado para ellos. Queremos adquirir su trigo, su petróleo, sus materias primas. Ellos quieren nuestros productos manufacturados. Somos complementarios. ¿Por qué entonces no demostrar que somos dos pueblos amigos que pueden coexistir pacíficamente?

Kurt comprendió que el embajador no saldría de sus lugares comunes y de una continua alabanza al Führer. Se dirigió a Gessner, que también estaba autorizado a hacer declaraciones.

—Embajador Gessner. ¿Tiene usted algo que añadir a lo dicho por el embajador?

—Si me lo permite le diré que tenemos enemigos comunes. ¡Ahora se lo pensarán dos veces antes de hablar! ¡El Reich se fortalece con este pacto al igual que nuestros amigos rusos! ¡Nadie tendrá nada que temer de este acuerdo que debería haberse firmado hace mucho tiempo! Recuerde que hace unos meses Italia y el Reich firmaron el «Pacto de Acero», según el cual se comprometían a ayudarse mutuamente en el terreno militar, en caso de que uno de los dos países se viese envuelto en un conflicto armado. Creo que a partir de hoy Alemania ha recuperado su posición internacional. ¡Eso, sin duda, se lo debemos al Führer! Ahora, señor Eckart, y esto no lo escriba, le diré oficialmente algo que ya se comentaba entre los más cercanos. Nos vamos a quedar con Polonia y a convertir a los polacos en siervos de los alemanes, no se merecen otra cosa. Y los muchos judíos que allí habitan los enviaremos muy lejos. ¿Me comprende? ¡Muy, pero que muy lejos! ¡Sobran todos!

Gessner sonrió malévolamente al decirlo. Ambos diplomáticos siguieron hablando de generalidades. Kurt sabía lo que iban a decir antes de escucharlos. Al acabar fue a dictarlo por teléfono a través de una de las tres líneas abiertas permanentemente con la cancillería en Berlín, donde aguardaban Goebbels y su redactor de confianza de Der Angriff. Al acabar subió a su habitación, mientras la mayoría aprovechaba aquel tiempo para relajarse en sus habitaciones. Se quitó la chaqueta y los zapatos y se tendió en la cama.

Fue en aquel momento, sin saber por qué, tal vez a causa de las despectivas palabras de Gessner, de sus implícitas amenazas, cuando se acordó de su madre, aquella judía polaca llamada Sarah Zhitlovsky, que se había hecho pasar por rusa y cristiana solo para defenderlo y sacarlo adelante. El tratado firmado aquella mañana abría la puerta para un ataque inmediato a Polonia. Sabía que se trataba de la destrucción total. Sabía que en Varsovia vivía parte de su familia judía a la que no conocía. Mientras observaba su rostro en el espejo por primera vez pensó en los motivos por los que estaba allí, haciendo aquello, cuando el mismo Stalin acababa de firmar un pacto con Hitler. Tal vez porque era lo que le habían enseñado desde que era un muchacho.

Mientras se afeitaba haciendo tiempo, pensó que tanto Stalin como Hitler eran muy parecidos. Era tan obvio que nunca lo había pensado. Unos tipos sin

escrúpulos que iban derechos a sus ambiciones personales, y todo lo demás no les importaba lo más mínimo, rodeados de personas como Joachim Gessner, que tan poco se parecía a su hermana María. Sin darse cuenta se dio un pequeño corte en la mejilla por el que comenzó a sangrar. Se miró a los ojos, notó que le temblaban las manos. Exactamente iguales. Dos dictadores a los que lo que menos les importaba era lo que le sucediera a los demás. No comprendía por qué motivo estaba tomándose aquello así. Tuvo que sentarse en la cama. Siempre se había tenido por alguien frío y cerebral. Imaginó el rostro de Sarah Zhitlovsky, parecía estar allí frente a él, preguntándole qué estaba haciendo con su vida. Tuvo que ponerse un trozo de esparadrapo en la mejilla.

En aquel momento algo cambió dentro de él, como si aquello fuese la gota que hubiera colmado un vaso que llevara llenándose durante toda su vida desde que tenía uso de razón. Fue en aquel instante cuando decidió no seguir siendo un peón más. Había tomado una decisión irrevocable. Él también tenía poder para intervenir. Abrió el sobre y en el reverso de la copia del tratado escribió con el lápiz del buró de la habitación.

> *«Embajador de Gran Bretaña en Moscú: Esta es copia del documento que se ha firmado hace unas horas entre el Reich y la URSS. Más adelante proporcionaré información de importancia. Contacto los viernes, 17 h. en sala de lectura de la Biblioteca, Universidad Humboldt. Berlín. Hombre llevando corbata de lazo negro. Su agente preguntará por Israel, y la contestación deberá ser Israel Zhitlovsky».*

No dudó un instante en usar aquel nombre con el que su madre lo llamaba cuando se enfadaba con él. Le salió de dentro. Desde que trabajaba en el NKVD con Iván, sabía que el espionaje era algo más vulgar y sencillo de lo que la gente creía. Se utilizaban los métodos y los instrumentos que se tenían a mano, improvisando sobre la marcha. Metió la copia en un sobre con membrete del hotel. Dio una ojeada al reloj de pulsera «B-Uhr» de Lange, una de las firmas alemanas que manufacturaban los relojes de observador de los pilotos de la Luftwaffe, un exclusivo regalo de Goebbels en agradecimiento por sus servicios. Faltaba casi una hora para la cena, disponía de tiempo más que de sobra. Se puso la chaqueta, cogió la gorra, cerró la puerta y salió al pasillo. De nuevo se dirigió

directamente a la escalera de servicio. Se había dado cuenta de que apenas estaba vigilada. Nadie se atrevería a entrar en el hotel por allí y resultaba casi imposible entrar desde la calle sin la llave. Bueno, solo era cuestión de algo de suerte y de paciencia. Bajó a la calle y caminó con naturalidad hasta la cercana parada de taxis llevando la gorra de Iván en la mano. Daba la impresión de que se hallaba a punto de subir al primero de la fila, pero en el último momento siguió caminando, giró la esquina del hotel, y cruzó la gran avenida en dirección al Teatro Bolshoi. Doscientos metros más adelante encontró otra parada de taxis. El taxista aguardó a que le diera la dirección.

—Smolenskaya Naberezhnaya, yo le indicaré. Allí me aguardará unos minutos.

Empleó el típico acento de Moscú. Era capaz de pasar por un moscovita más, aunque tenía que concentrarse para lograrlo.

Sabía que la embajada del Reino Unido se encontraba en el número diez, pero no quería que el taxi se detuviera delante. No estaba lejos, apenas unos minutos en coche. Iba observando cómo la gente paseaba aprovechando el buen tiempo, las frescas noches del corto y cálido verano de Moscú. Él tendría que haber sido uno más entre aquellos, solo un hombre como otro cualquiera, paseando con su mujer y sus hijos por los bulevares a la espera de tomar algo en una terraza, sin otros problemas en la vida que seguir subsistiendo.

Diez minutos después el taxista se detuvo. Estaba abstraído con todos aquellos pensamientos absurdos. Notó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta. Por un instante se preguntó qué estaba haciendo. Aquello le podría costar la vida. ¿Por qué los ingleses? Serían los únicos que podrían plantar cara a lo que viniera. Le dijo al taxista que siguiera unos metros adelante y que se introdujera en una calle lateral. Le dio un billete de diez rublos y le pidió que aguardara unos minutos. Se caló la gorra y caminó por la amplia acera hacia el edificio del número diez. La embajada del Reino Unido. En la puerta dos soldados británicos de guardia inmóviles, en posición de descanso. No pestañearon cuando entró por el abierto portón. Caminó por el sendero de gravilla hasta la escalinata. Allí un sargento le dio el alto mientras lo observaba interrogante.

Ya no había vuelta atrás. Estiró el brazo con el sobre cerrado.

—Entréguele esto al embajador. Es muy importante.

El sargento tomó el sobre sin remite. El hombre parecía dudar.

—¿De parte de quién? ¿Quién le digo que me lo ha dado? Esto es muy irregular. Aguarde aquí un momento. Voy a buscar al oficial de guardia.

—Dígale que se lo ha entregado Israel Zhitlovsky. Está escrito en el interior. El embajador lo comprenderá.

El sargento subió la escalinata con el sobre en la mano y se introdujo en el edificio para ir a buscar al oficial. Mientras se dio la vuelta y caminó con rapidez hacia el portón, volvió a pasar entre los soldados de guardia que seguían inmóviles como si se tratase de meras estatuas decorativas. Se alejó unos pasos intentando mantener la calma, luego caminó con rapidez, al final casi corriendo calle abajo, giró la esquina intentando caminar con normalidad y subió al taxi que aguardaba con el motor en marcha.

—No hace falta que dé marcha atrás. Siga hacia delante y gire la primera a la derecha hacia el Moscova. Vuelva en dirección a la Plaza Roja. Ya le indicaré donde me quedo.

El conductor asintió comentando el buen tiempo que hacía. Permaneció en silencio. Confiaba en haber cogido por sorpresa a los del NKVD que vigilaban todas las embajadas extranjeras. Al menos no le habían detenido. Se quitó la gorra antes de descender del taxi. Se apeó en la puerta del museo histórico de la ciudad, junto a la puerta de la Plaza Roja. Caminó hacia el hotel como si estuviera paseando llevando la gorra en la mano. La depositó en un buzón de correos y se cercioró de que entraba hasta el fondo. Unos minutos más tarde se hallaba junto a la escalera de servicio que increíblemente seguía sin vigilancia. Solo dos cocineros parecían descansar un rato, fumando sentados en el umbral con la puerta entreabierta. Les mostró la llave con el llavero del hotel y sonrió señalando hacia arriba. Ellos le devolvieron la sonrisa y le invitaron a entrar sin más explicaciones. No se cruzó con nadie en la escalera ni en el pasillo. Cuando cerró la puerta de su habitación por dentro, se sintió liberado.

# 88. LA ÉTICA DE LA GUERRA (GOBIERNO GENERAL, POLONIA-SEPTIEMBRE DE 1939)

Desde el 1 de junio Stefan Gessner, teniente coronel de las SS, formaba parte del OKW, el Alto Mando de la Wehrmacht. El mismo Himmler lo había convencido para formar parte de los mandos de las SS como jefe de la logística de comunicaciones entre la primera línea y el cuartel general, donde el Führer coordinaba con sus generales la ofensiva. Un cargo con mucha responsabilidad no exento de riesgo. La planificación de la operación «Fall Weiss» se llevó a cabo minuciosamente. La Luftwaffe se encargaría de la primera oleada, los panzers entrarían en oleadas y la artillería de campaña arrasaría los núcleos urbanos, todo orquestado desde el cuartel general, dando como resultado la Blitzkrieg o guerra relámpago que Hitler pretendía. Había asistido a una charla que el propio Führer había impartido unos días antes a los jefes y oficiales del Estado Mayor y de las SS, en la que les había insistido que olvidaran la compasión y la misericordia. Según él los polacos no la merecían, y mucho menos los judíos que encontrarían durante la invasión. La orden era liquidar sin más a los oficiales, intelectuales, profesores, y a todos los judíos mayores de quince años que encontraran. Del resto se ocuparían más tarde.

A pesar del recelo de los jefes de la Wehrmacht, él estaba de acuerdo con aquella teoría. No en vano había participado en la Gran Guerra, y sabía que para llevar a cabo una campaña victoriosa era preciso no tener sentimientos. Ni él ni Joachim sentían el menor aprecio por los polacos, los eslavos en general, y mucho menos por los judíos. No quería pensar en toda aquella truculenta historia que sus hermanas se habían inventado acerca de la herencia judía. ¡Imposible! ¡Una patraña montada para extorsionarles a Joachim y a él! Eva siempre había sido una muchacha excéntrica capaz de cualquier cosa por llamar la atención. Nadie iba a hacerle el menor caso, y mucho menos cuando Joachim estaba muy

cerca de la cúpula, y él tenía muy buenos padrinos.

Como había predicho el Führer, la Blitzkrieg fue un éxito. La política de tierra quemada, arrollando lo que se pusiera delante con bombardeos brutales e indiscriminados, consiguió sus fines. Una semana más tarde habían entrado en Varsovia. Él entró inmediatamente detrás de las tropas, en la interminable fila de automóviles que llevaban al Estado Mayor. Para entonces Francia y el Reino Unido habían declarado la guerra al Reich, pero lo cierto era que aún no se habían movido. En los momentos de descanso, durante la cena, los oficiales no dejaban de hablar de la visión de aquel Führer designado por la Providencia para convertir a Alemania en lo que todos soñaban.

Stefan era consciente de la oportunidad que le había otorgado el destino al colocarlo en primera fila de aquel gigantesco drama. Sabía que aquello no se podría conseguir sin sangre, sudor y lágrimas. Las aldeas y pueblos virtualmente arrasados, los polacos huyendo despavoridos a lo largo de las carreteras, atemorizados, atenazados por las terroríficas sirenas «in crescente» de los Stukas al entrar en picado, otra genial idea de Hitler, ametrallados en las cunetas, en su huida a ninguna parte. Se daba cuenta de que él era como un notario de la historia, dando fe de cómo se expulsaba a una raza inferior, y por supuesto a los judíos. Todos estaban asombrados de la ingente cantidad de judíos que salían de todas partes. Constantemente escuchaba expresiones como «¡Son como ratas! ¡Una verdadera plaga que tiene invadida Polonia! ¡Tendrían que exterminarlos!». Los Einsatzkommandos se encargaban de la tarea más dura. Entraban inmediatamente detrás, cuando las tropas habían conseguido cerrar la trampa, llevando a cabo centenares de ejecuciones en masa. Incluso algunos jefes y oficiales manifestaron su disconformidad acerca de cómo se estaba desarrollando aquella campaña. Él no lo veía así. Su experiencia en la Gran Guerra le hacía ver que solo podían considerar que un territorio estaba conquistado cuando se había expulsado a la población. Y por supuesto aniquilada la cabeza, los profesores y maestros, curas, médicos, alcaldes y autoridades. Era solo un instante. Agruparlos, colocarlos en fila contra un muro y disparar. Allí acababa el problema y se dirigían hacia el siguiente lugar. El Führer les había explicado que sentir compasión solo llevaría a una guerra más larga, cuando la mayor garantía de éxito para Alemania sería acortar los plazos. Ciertamente no era plato de gusto tener que asistir a aquella limpieza. Ver caer a

la gente desplomada, al oficial de turno dando el tiro de gracia. Pero era sin duda lo que Alemania necesitaba.

Apenas unos días más tarde Himmler se presentó con un gran séquito en el mismo frente y señaló a unos cuantos altos oficiales, entre ellos a él. Sintió un gran orgullo cuando se vio entre los elegidos. Luego el Reichsführer se reunió con ellos en uno de los pocos edificios que habían quedado en pie y les explicó lo que pretendía. Algo muy delicado, para lo que no deberían contar con la Wehrmacht, que por principio se oponía a los fusilamientos de civiles y de prisioneros sin más, lo que dificultaba la ya compleja y esforzada labor de limpieza. Eso solo conseguiría demorar las cosas. Himmler tenía muy claro el fondo de la cuestión.

—No comprenden que los judíos y los gitanos no son seres humanos. Se ha demostrado científicamente que son infrahumanos, y por tanto no merecen ninguna compasión. Tenemos que tratarlos como alimañas y librarnos de ellos. En cuanto a los polacos son nuestros enemigos ancestrales. Siempre nos han odiado, si actuáramos de otra manera solo tendríamos una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Así que ustedes a lo suyo.

El ayudante de Himmler volvió a pasar lista. Escuchó su nombre: Stefan Gessner. Designado como uno de los responsables de la «Operación Tannenberg», bautizada así por Himmler. Necesario para conseguir el objetivo final. Hacerse con el espacio vital que el reich precisaba: el lebensraum. Les explicó que para llevarla a cabo discretamente habían localizado el lugar adecuado en polaco, Dolina Śmierci, o Valle de la Muerte. Con su bastón señaló fríamente un punto del mapa de Polonia. Los Einsatzkommandos estaban reuniendo en aquel lugar a los que deberían ser eliminados sin contemplaciones. Advirtió que por el momento todo el asunto debería mantenerse en el más estricto secreto.

Por ese motivo, ni él ni los otros oficiales de las SS comentaban aquello con los oficiales de la Wehrmacht. A pesar de la discreción, un comandante al que conocía de tiempo atrás, le replicó que una cosa era la guerra y otra una carnicería. Lo observó con desprecio. Al menos ellos asumían lo que estaban haciendo. El ejército estaba avanzando sin contemplaciones, bombardeando indiscriminadamente las poblaciones, ametrallando a los paisanos en las carreteras, haciendo muy pocos prisioneros, y aquel tipejo se atrevía a darle

clases de ética. Para él, ética era cumplir con los valores morales que precisaba su patria para existir. ¡Primero era la existencia y luego la filosofía!

Quiso replicarle.

—¿Pero es que tú no sabes que ética proviene del griego êthos, que precisamente significa el lugar donde se habita?

El oficial lo observó como si le hablara en chino.

—¿Es que no te das cuenta de que ética y «lebensraum» son palabras que están mucho más próximas de lo que crees? ¡Nosotros estamos procurando un lugar para que las próximas generaciones de alemanes habiten en paz y prosperidad! ¡Esa es nuestra ética! ¡Entonces todo lo demás será historia!

Como se había acordado en Moscú, el 17 de septiembre la Unión Soviética invadió el este de Polonia. La población pensó en un principio que los soviéticos llegaban para defenderlos de los alemanes, pero muy pronto fueron conscientes de su error. Tras la rendición de las fuerzas polacas, Alemania y la URSS se dividirían Polonia de acuerdo con el protocolo secreto del pacto de no agresión. Por indicación de Himmler, él acompañó al grupo de Estado Mayor. Cerca de Brest Litovsk se encontraron con un grupo de oficiales rusos. El general soviético Krivoshein había hecho caso omiso y penetrado en la ciudad, aunque ya había sido tomada con anterioridad por las fuerzas acorazadas alemanas. Guderian había instalado su cuartel general en el centro de la ciudad, y decidió pasar por alto lo sucedido. Aquella misma tarde, un batallón de tanques soviéticos desfiló seguido de una compañía de Panzer alemanes, ante los generales Guderian y Krivoshein. Dos marchas militares, la rusa y la alemana acompañaron aquel momento. Lo pactado en las cláusulas secretas del Tratado de no agresión se había consumado y para todos los presentes Polonia, la vieja y sufrida Polonia, había dejado de existir.

# 89. EL HOMBRE DEL SIS (BERLÍN, FINAL DE SEPTIEMBRE DE 1939)

Aquel viernes, a finales de septiembre, un mes más tarde de la firma del pacto en Moscú, Kurt comentó a su ayudante que iría un rato a la Universidad Humboldt. Era preferible advertir donde iba a estar, ya que Goebbels siempre quería tenerlo localizado. Además evitaba suspicacias. A las cuatro salió de la oficina y se dirigió a la Universidad en tranvía. Llevaba la corbata de lazo que usaba últimamente. Algo anacrónico, le había comentado su secretaria.

Era una bella tarde en la que comenzaba el otoño. Los tilos de la avenida comenzaban a amarillear y pronto perderían las hojas. Sin embargo en Varsovia ya había llegado el invierno, en forma de una tormenta de proyectiles y muerte. Por primera vez en su vida hacía algo importante por su propia voluntad, sin aguardar nada a cambio. Había corrido un gran riesgo al ir personalmente a la embajada para dejar el sobre, pero cualquier otra opción hubiera sido mucho más complicada e igual de peligrosa. El haber actuado con aquella decisión en apenas dos minutos no les había dado tiempo a reaccionar. Después habrían estado vigilando la embajada durante todos los días para comprobar si volvía. Pero había abandonado Moscú la madrugada siguiente. Por el momento no había tenido ninguna señal de que sospecharan de él, aunque no lo consideraba como definitivo. Se encogió de hombros. Muchos hombres estaban muriendo en el frente, en las ciudades polacas arrasadas, en los campos de concentración, por todas partes la gente asumía riesgos mortales sin otra recompensa que una bala perdida. Por otra parte aun en el caso de que NKVD lo hubiera reconocido, probablemente seguiría todo igual, estarían aguardando a que cayera en alguna trampa. Pero creía que en aquel momento los había cogido desprevenidos.

Se bajó en la parada frente a la universidad, los porteros ya lo reconocían, iba regularmente al acabar la semana desde que residía en Berlín. Se acercaba hasta allí para comprobar algo, buscar ideas, o tomar notas, también para apartarse un rato de todo lo demás. Cuando vivía en San Petersburgo también visitaba

regularmente la biblioteca, y entonces aquella afición le había servido de mucho. Disponía del carnet de investigador especial del Reich, con el que podía entrar libremente en cualquier organismo público. La biblioteca Humboldt era un lugar asombroso, no solo por la cantidad y calidad de sus libros, también por la serenidad y belleza de su sala de lecturas.

Intuía que tarde o temprano iban a contactar con él según la nota que había entregado en la embajada de Gran Bretaña en Moscú. Había tomado un gran riesgo, pero después de todo eran gajes del oficio. Cogió un libro de la estantería más cercana al azar, se dirigió directamente al fondo de la biblioteca y tomó asiento. La sala estaba prácticamente vacía. Solo dos hombres de edad leían junto a la entrada. No se escuchaba el menor ruido. Lo mejor de los viernes por la tarde era que los estudiantes y profesores habían dado su jornada por terminada.

Había elegido «La Roma legendaria» de Tito Livio. Lo abrió al azar y leyó: «muy pocos de los senadores atienden a los intereses de la república, y la mayoría apoyan al uno o al otro, según el partido que habían tomado por razones personales o de influencia». El mundo seguía siendo el mismo lugar lleno de ambiciones y pasiones humanas. El texto le absorbió. Cuando levantó la cabeza vio a un hombre de mediana edad, barba recortada, corbata de pajarita, traje gris, que caminaba hacia donde él se encontraba. Adivinó que aquel hombre era el agente británico del SIS antes de que llegara junto a él.

—¿Israel?

El hombre pronunció el nombre mientras le miraba a los ojos.

—Israel Zhitlovsky —contestó asintiendo.

El hombre de la pajarita pareció aliviado mientras se presentaba.

—Hugo Gottfried, encantado. ¿Le molesta si me siento con usted? Gracias. ¿Tito Livio? Winckelmann decía de él que era el clásico por excelencia. ¡Ah! «La Roma legendaria», un libro sereno, maduro, culto y excelente. Le felicito por su elección. ¿Qué hay de nuevo señor Zhitlovsky?

Kurt corrió el libro hacia el hombre, asomaba una esquina del sobre que acababa de introducir conteniendo su informe. No esperaba ninguna recompensa, no podría tener ningún reconocimiento. Solo la satisfacción de saber que estaba haciendo lo que quería hacer y de apoyar a los que creía que debía. Nada más. Era suficiente.

El hombre que se hacía llamar Hugo Gottfried movió la cabeza asintiendo. Se metió el sobre cerrado en el bolsillo interior de la chaqueta. Sonrió.

—Señor Zhitlovsky. Me encantaría verle por aquí de vez en cuando. Creo, como Tito Livio, que nadie luchará por unos tiranos soberbios. Hasta otro día.

El hombre se levantó haciendo una leve inclinación de cabeza. Caminó unos pasos por el pasillo. De pronto se volvió.

—Le mandan recuerdos de la isla. Agradecen mucho el detalle. Solo quería que lo supiera. Adiós.

Se quedó un rato más leyendo a Livio. Se levantó, salió de la sala y retiró el libro en el mostrador de préstamos. Quería leerlo despacio.

# 90. LA HUIDA
# (VIENA-FELDKIRCH, MARZO DE 1940)

El día que Paul Dukas cumplió sesenta años comprendió que su vida había cambiado dramáticamente. Dos meses después de la anexión de Austria, los alemanes ocuparon sin más su mansión de Grinzing para convertirla en la residencia del jefe nazi en Viena. No había tenido oportunidad de llevarse nada, ni un solo libro, ni sus efectos personales, trajes, ni siquiera coger un pijama y su ropa interior. Nada. Ni el «Mercedes», ya que cuando ocuparon su casa el coche se encontraba averiado en el garaje. Todo se había quedado allí, sus recuerdos de toda la vida, su valiosa colección de relojes de pulsera de la que se sentía orgulloso, y una importante cantidad de dinero en efectivo, en la caja fuerte. Su mayor problema era el pasaporte, también dentro de la caja, escondida tras un falso tabique en el sótano. Confiaba en que no dieran con ella y que en algún momento aquella pesadilla terminara. No podía hacer nada, ya que en el mismo momento en que se presentara allí para reclamar lo que era suyo le pegarían un tiro. Era lo que estaba sucediendo con los judíos que les hacían frente, para terminar con los problemas.

Todo estaba yendo a peor, y no solo para él. Era como si la sociedad se hubiera dislocado. Los valores ya no tenían sentido. Su título de doctor en medicina, especialidad en neurología y psiquiatría, ya no valía nada. No le permitían pasar consulta en el hospital, ni atender a pacientes que no fueran judíos en su consulta privada. No podía dejar de meditar en como las cosas se le habían puesto en contra, justo en los momentos en que creía haber alcanzado la estabilidad financiera y social, que le permitía codearse de tú a tú con la clase alta. No solo era él. El mismísimo doctor Freud había tenido que huir a Gran Bretaña, escapando de los nazis en el último instante, gracias a su prestigio internacional y a sus buenas relaciones con personajes muy importantes. No era su caso. Estaba comprendiendo que tendría que luchar si quería sobrevivir. De momento su exmujer, Eva Gessner le había dicho que podía utilizar el piso de su

hermana María por un tiempo, ya que María estaba viviendo con ella. Al menos allí estaba a cubierto, aunque sabía que debía ir con cuidado, ya que muchos vieneses estaban presentando denuncias para librarse de sus vecinos judíos, y conseguir que sus parientes o amigos se hicieran con buenas casas en el centro sin costo alguno, o solo por puro egoísmo, o para mostrar su sumisión al nuevo régimen. Solo era preciso mostrar el carnet de afiliado al NSDAP para conseguirlas.

Como psiquiatra siempre había tenido la intuición de que el amor y el odio se engendraban en el mismo lugar del cerebro. En aquellos extraños días el odio y la violencia prevalecían sobre la razón, como si el tiempo se hubiese invertido y fuese en sentido contrario, de vuelta a otras épocas. Sin embargo, en su gran mayoría, sus antiguos compañeros de profesión se mostraban satisfechos por el cambio, ya que todos los profesionales que no fueran austríacos o alemanes, germanos de sangre según las leyes raciales, habían sido expulsados sin más de sus consultas, bufetes, cátedras y estudios.

Recordaba su vida anterior como un sueño inalcanzable que no podría recuperar al menos en Viena. La realidad se le había echado encima, justo cuando ya tenía hasta la reserva hecha para emigrar a los Estados Unidos. La casa de Grinzing estaba apalabrada a un conocido, pero se había echado a atrás alegando que mientras no la desocuparan los alemanes no cerraría el trato. Bien era cierto que la venta era por un precio que no llegaba a la tercera parte de lo que le había costado cuando la construyó, pero en aquellos momentos esa cantidad para él era mucho dinero, y habría podido comenzar de nuevo. A pesar de sus sesenta años no le preocupaba la edad, ya que los psiquiatras solían ejercer su profesión durante toda la vida. Solo sentía una profunda desazón al pensar en su situación cuando en aquellos momentos podría estar en Nueva York, abriendo su consulta. Allí hubiera sido alguien acreditado; nada menos que doctor en psiquiatría por Viena. Mientras que en Viena se había trasformado en una mezcla entre fugitivo y vagabundo, sin otra cosa que hacer más que evitar caer en las redadas que los nazis llevaban a cabo permanentemente en la ciudad.

No existía diferencia alguna entre él y aquellos otros que cínicamente siempre había llamado «los parientes». Aquellos hombrecillos con sombreros judíos, que hablaban en yiddish. Descubrió con enorme amargura que ya no valían de nada sus títulos, su educación, su refinado acento, su elegante modo de

vida, no haber pisado una sinagoga desde que era niño. Para los nazis solo era otro judío. Uno más entre los que consideraban poco más que alimañas que debían exterminar siguiendo su particular biblia, «Mein Kampf». Ya no había duda alguna, al menos para él, de hasta donde pretendían llegar en su campaña contra los judíos. Hitler lo había dejado muy claro. Aniquilación total. Y era evidente que todos sus cómplices y secuaces estaban por la labor. Salvo excepciones, la mayoría de los austríacos y alemanes parecían estar muy de acuerdo en que los judíos sobraban. No parecía importarles lo que pudiera ocurrirles, ni a donde los llevaran, ni lo que algunos murmuraban, con el temor de que la Gestapo pudiera escucharles, sabiendo que los estaban asesinando. Su barbero de toda la vida se consideraba el hombre mejor informado de Viena, y fue el primero que le advirtió que no se trataba de una expulsión, ni una deportación. A los judíos que cayeran en manos de los nazis solo les aguardaba la muerte.

Ese era el motivo por el que quería escapar lo antes posible. Al menos sus hijos lo habían conseguido, por lo que sabía su hija se hallaba en Tesalónica, fuera del alcance de los nazis, y su hijo en Suiza o en Francia. Al menos eso era lo que Selma le había explicado, según la carta que Jacques había dejado el mismo día de la ocupación de Austria por los alemanes. Él en cambio, el número uno de su promoción, el hombre que lo sabía todo, que tenía respuesta para todo, que investigaba el alma humana, se había quedado allí, convencido de su absoluta inmunidad, sin comprender que se le había hecho tarde a pesar de haber visto personalmente lo que estaba sucediendo en Alemania.

Estaba en contacto con un pequeño grupo de personas con los mismos problemas que él. Todos en la misma situación, asombrados, sin poder dar crédito a aquella oscura realidad. Gentes como los Bloch-Bauer, los Salomon, los Salatsch, los Bernstein, tantos otros, muchos apellidos ilustres de la ciencia, la medicina, las artes, la música. Todos ellos queriendo huir a toda costa. A él, los Bloch-Bauer le habían prestado cincuenta mil marcos, una verdadera fortuna. Una parte en brillantes de primera calidad, tallados en Amberes. Algo de gran valor fácil de esconder, que cualquier experto podría valorar. Los llevaba en el tacón de su bota, que siempre llevaba, sabiendo que en cualquier momento podrían detenerle y enviarle a cualquier campo de concentración. No se hacía ilusiones. En algún momento tendría que devolver aquel dinero, que en un

momento de su anterior vida no significaba mucho para él, pero que en aquellos momentos podría salvarle. Ahora comprendía que los cuadros de firmas adquiridos a lo largo de los años, los muebles exquisitos, las mansiones, los automóviles de lujo, todo aquello no era más que una pesada carga. Él, que se tenía por perspicaz, por un hombre informado, no había sabido comprender lo que venía. Ahora iba a pagar duramente por ello.

Se reunían en la casa de Jacob Appelbaum, el mejor lugar para ello, en una casa elegante aunque sin pretensiones, situada exactamente en el límite del barrio residencial con un gran parque público, con calles poco iluminadas cuando oscurecía, y una entrada posterior que daba al mismo parque. Appelbaum seguía viviendo allí ya que en realidad la casa figuraba a nombre de su exmujer, una alemana de la que oficialmente se había tenido que divorciar para cumplir el trámite legal y no perderlo todo, aunque seguían viviendo juntos, lo que era sumamente arriesgado. Habían planeado salir en grupo cruzando los Alpes hacia Suiza. Pensaban que en aquel país, enseñando el dinero, les dejarían entrar. Para conseguirlo debían encontrarse en una aceptable forma física, y él, aun con su edad, se veía capaz de lograrlo. Lo que no podía aceptar era permanecer en Viena, pues eso hubiera significado rendirse.

Ni siquiera avisó a Eva de que dejaba el piso y que se iba. Simplemente depositó las llaves dentro de un sobre en el buzón. Habían pactado no decírselo a nadie, ni siquiera a los más cercanos. Eran ocho, todos hombres muy conocidos en Viena. Irían escondidos en un camión de mudanzas hasta Feldkirch. Desde allí, cruzando las montañas a pie, llegarían a Suiza algo antes de cruzar la frontera. Algo quizás excesivamente arriesgado pero al menos una esperanza. El camión llevaba un doble fondo con treinta y ocho centímetros de hueco, en el que podrían viajar tendidos sobre unas colchonetas finas, lo suficiente para atenuar la trepidación, encima en la plataforma irían pesadas cajas conteniendo libros y viejos muebles. La carga llevaría su guía de traslado. El conductor, Simón Steinmann, también judío, había trabajado como hombre de confianza para Jacob Appelbaum durante muchos años. Lo habían elegido ya que no aparentaba ser judío con su cabello rubio y sus ojos azules, herencia de un ancestral pasado familiar en el norte de Rusia, además de por su sangre fría y habilidades. Llevaba documentación falsa para el viaje que lo acreditaba como chófer de una empresa de mudanzas suiza. Todos eran conscientes de los riesgos,

pero estaban dispuestos a asumirlos, convencidos de que la alternativa era aún peor.

Salieron de Viena el 15 de marzo a las siete de la mañana. Tuvieron el ánimo de gastarse bromas mientras intentaban colocarse con dificultades. Luego cuando el camión arrancó, casi de inmediato, a la insoportable sensación de claustrofobia que le impedía respirar se sumó la impotencia y el mareo. Olía terriblemente a gasóleo a pesar de la rejilla de ventilación delantera que podía cerrarse desde dentro. Todo ello le abrumó. Notaba a los otros junto a él, escuchó sus quejas y suspiros, pensó que alguno iría peor que él. Jamás en su vida había pasado por un trance como aquel. Uno de ellos vomitó y un insoportable olor acre invadió el cajón en el que iban. No quería pensar en lo que faltaba de viaje porque habría desistido. Llevaban una larga cuerda que comunicaba con la cabina para una emergencia. En varias ocasiones estuvo a punto de tirar de ella. El vehículo se detuvo. Escucharon como alguien hablaba con el conductor, le preguntaba que adónde se dirigía, qué carga llevaba. Notó cómo se abría la puerta posterior y alguien subía al interior. No le cabía la menor duda de que si daban con ellos los matarían. Aquello sucedió en cuatro ocasiones, y en todas ellas pensó que su final había llegado. Sin embargo un rato después el camión proseguía su interminable viaje. El traqueteo aumentó hasta que en un momento dado el camión se detuvo y el motor se paró. Solo se escuchaba el silencio cuando el conductor abrió el hueco. Se hallaban en mitad de un espeso bosque. Bajaron a orinar y a estirarse. Se observaron de reojo los unos a los otros, como si les diera apuro reconocer quienes eran. De pronto notaron que faltaba uno, el que iba al fondo, Abraham Rosenblum. No respondió a sus llamadas, creyeron que estaría desmayado. Steinmann se introdujo para tirar de él. Lo sacó inerte, yerto, con el rostro grisáceo, manchado de grasa y sucio por el polvo. Estaba muerto.

No habían contado con aquello. Uno de los hombres se vino abajo y comenzó a sollozar. El conductor les dijo que debían dejar el cadáver escondido entre la maleza. No tenían tiempo de enterrarlo. Lo arrastraron desde la pista de tierra hasta unos arbustos y lo dejaron detrás. Cuando regresaban el conductor volvió sobre sus pasos y se agachó sobre el cuerpo. Trajo el pasaporte, una bolsita que guardaba unos cuantos diamantes, un fajo de billetes suizos doblados, el reloj y el anillo. Se los entregó a él. Acordaron distribuirlos entre

todos más tarde. Limpiaron con unos trapos los vómitos y volvieron a introducirse. De nuevo en marcha sintiendo el traqueteo terrible de la pista, hasta que volvieron a coger una carretera asfaltada.

Intentaba pensar en lo que había sido su vida hasta hacía muy poco tiempo. La veía como una película entrecortada, su infancia, su paso por la facultad, los años con Selma, la dulce Eva. En aquellos momentos podía comprender su soberbia. Notó como le corrían las lágrimas por el rostro. Nunca había creído que los enfermos mentales sufrieran tanto como le explicaban. Creía que exageraban sus males. En el oscuro y trepidante cajón podía comprenderlos. Era preciso descender a los infiernos para entender lo que ello significaba. Agotado, logró dormir un rato. Repitieron la operación de parar dos veces más. Se había orinado encima, y notaba la incómoda humedad, pero no importaba.

Volvieron a ponerse en marcha. Le dolía todo el cuerpo como si les estuvieran martirizando. No podía más, sin embargo el cansancio volvió a vencerle. Se despertó al detenerse el vehículo. Volvieron a escuchar voces fuera. Otra vez el chasquido al abrirse la puerta posterior. Debía tratarse de un control de carretera. Simón Steinmann explicaba que llevaba una mudanza a Feldkirch. Decía que era para alguien del partido, un tal Hans Webber. Al cabo de un rato el camión arrancó. Sintió un enorme alivio. De nuevo habían conseguido librarse. La suerte podría acabárseles en cualquier momento. Era noche cerrada cuando llegaron a las afueras de Feldkirch. Allí les aguardaba Chaim Oldman, pariente de Abraham Rosenblum.

Le explicaron lo sucedido: el hombre se cubrió el rostro con las manos. Le entregó sus objetos, el pasaporte, el dinero, los diamantes. Oldman dijo que se los daría a los hijos de Abraham. Los condujo a una casita de fin de semana. Aunque se trataba de un lugar aislado, como a dos kilómetros del pueblo, encendieron solo un quinqué, manteniendo los postigos cerrados.

Se asearon como pudieron, uno tras otro, mostrando estoicismo y solidaridad. Incluso pudieron ducharse con agua caliente. Cogió ropa limpia de la bolsa que cada uno llevaba. Oldman les había preparado una sopa caliente, pan, algo de carne. Aseguró que todo era «kosher». A él le daba lo mismo, y comió con apetito. Incluso uno tuvo el humor de contar un chiste de judíos miedosos que creían haber llegado al paraíso. Pensó que todo iba a salir bien. Cuando se acostó nunca hubiera pensado que una cama pudiera ser tan cómoda.

Permanecerían allí hasta la madrugada. Entonces comenzaría la larga caminata ascendiendo y descendiendo las montañas. Eran solo veintitantos kilómetros, pero muy duros para todos ellos, ya no eran jóvenes. Calcularon que tardarían todo el día, y que tendrían que detenerse en varias ocasiones.

Se levantó dolorido a causa del viaje. En aquel momento no se veía capaz de conseguirlo pero tampoco podía rendirse. Salieron tras Chaim Oldman, quien debía guiarlos hasta el otro lado de la frontera suiza. Les advirtió que por aquella parte no solía existir una vigilancia especial por parte de los nazis, pero que tendrían que ser muy prudentes. Deberían caminar en absoluto silencio, y atender sus órdenes. Después se pusieron en marcha. Todos llevaban botas especiales para la nieve, menos él que dijo que con aquel calzado sería suficiente, también una pequeña mochila cada uno. El único que iba armado con un revolver era Oldman, probablemente el único que sabía dispararlo.

Tuvieron que detenerse cada hora para coger resuello. Era una continua ascensión sin pausa, que les obligaba a un esfuerzo continuo. No quería pensar en lo que le faltaba, ni siquiera si sería capaz de conseguirlo. Lo único que importaba era conseguir dar el siguiente paso. El día trascurrió muy lentamente. A mediodía ya no podían más. Estaban totalmente agotados. Oldman les permitió una hora de descanso. Les dijo que lo más duro ya había quedado atrás, que iban a conseguirlo. En aquel momento Jacob Salatsch anunció que no se veía capaz de dar un solo paso más. Pidió que lo dejaran allí. Dijo que se sentía avergonzado por interrumpirlos. Simón Steinmann comprendió que el hombre hablaba en serio y dijo que descendería para traer una especie de trineo, que conseguiría bajarlo de nuevo a la casa, luego ya estudiarían como salir por otro medio. Llevaba unos esquís cortos y lo vieron descender con rapidez. Llevaban una tienda de campaña y Oldman la armó hasta que Steinmann volviera. No podían dejar a Salatsch solo y a la intemperie.

Tres horas más tarde Steinmann se hallaba de vuelta. Para entonces, Salatsch tenía fiebre y era incapaz de dar dos pasos. Lo colocaron en el trineo y lo cubrieron con mantas. Oldman le dijo a Steinmann que avisara al médico judío que conocía en el pueblo. Se despidieron de ellos. Ya solo iban seis más Oldman. Comenzaba a darse cuenta de que habían medido mal sus fuerzas. No tenía la certeza de si lo lograrían, pues cada hora que pasaba hacía más frío, y ya estaban verdaderamente agotados. Aquella larga caminata hubiera resultado difícil hasta

para personas en plenitud de facultades.

Sin embargo lograron llegar a un punto en el que ya se divisaba Suiza. El camino que les quedaba ya era cuesta abajo, aquello les animó y tras media hora de descanso descendieron con mayor ritmo. Todos iban en silencio, respirando profundamente mientras comenzaba a oscurecer. Apenas quedaban dos kilómetros para la línea fronteriza. Oldman parecía conocer muy bien la zona y caminaba animándoles. Llegaron a la línea que separaba Austria de Suiza cuando ya había oscurecido. Oldman sonrió por primera vez. Lo habían conseguido.

De pronto alguien les dio el alto. Se trataba de una patrulla fronteriza suiza. Dos guardias se acercaron a ellos esquiando con gran rapidez. Los iluminaron con linternas y les preguntaron si eran austríacos o suizos. Oldman les explicó que eran refugiados políticos, pero que tenían pasaporte austríaco y solvencia económica. Que no pretendían quedarse en Suiza, si no cruzarla para llegar a Francia. Los guardias dudaron.

En aquel momento ocurrió algo inesperado. Apareció otra patrulla desde el lado austríaco, como si estuvieran siguiéndoles el rastro. Se trataba de seis guardias de frontera, pero no eran austríacos sino alemanes. El teniente que iba al frente comunicó a los suizos que ellos se harían cargo, que se trataba de judíos que intentaban escapar del Reich para no ser juzgados por delitos económicos. Añadió que ya habían capturado a otros dos unas horas antes. Los suizos replicaron que aquella zona pertenecía a su país, y que por tanto su deber era conducirlos al puesto fronterizo. Los alemanes se negaron a aceptarlo. El teniente contestó que exactamente en el lugar donde se encontraban era aún Austria, el Reich, según mostraba el plano doblado que sacó del bolsillo de su parca. Era imposible comprobarlo a aquella escala.

Mientras él y los demás se habían dejado caer, anonadados, Oldman intentó protestar. Se dirigió al sargento suizo y le dijo que él conocía muy bien aquella región. Que la frontera se hallaba a más de doscientos cincuenta metros atrás, y señaló la lejana hilera de árboles que quedaba hacia el este. En aquel momento el teniente alemán sacó su pistola y le amenazó con pegarle un tiro si seguía hablando. Los suizos deliberaron unos minutos entre sí, como si dudaran ante la evidencia que les estaban mostrando los alemanes y decidieron ceder. A fin de cuentas ellos eran solo dos, y los alemanes seis y mejor armados. En un

enfrentamiento por la fuerza no tendrían nada que hacer. Se encogieron de hombros y sin más se dirigieron esquiando hacia el oeste.

Paul no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Estaba convencido de que los dos últimos días no eran más que una pesadilla muy real. Tampoco sabía lo que iban a hacer con ellos. Prefería que le mataran allí mismo antes de dar un solo paso más.

No fue preciso. Un camión oruga pintado de blanco apareció de improviso, dejando tras él profundas huellas en la nieve. Los alemanes les obligaron a subir a empellones y gritos. Sus esperanzas habían terminado.

# 91. UNA MUJER CON CARÁCTER (LÜBECK-VERANO DE 1940)

La guerra con Francia y el Reino Unido no había cambiado el programa de verano de Constanze von Sperling, que como cada año en aquella época había ido a su propiedad «Elmen» al este de Travemünde, junto a Elmenhorst. Tal y como Joachim le había vaticinado, la campaña de Francia apenas duró unas semanas. Había comenzado el 10 de mayo y terminado con la capitulación del gobierno francés el 25 de junio, tras una triunfal Blitzkrieg, poco más que un paseo militar, con la ocupación de Holanda, Bélgica y Francia. Incluso el Führer había tenido el humor de visitar París como un turista más. Aquel hombre daba la impresión de estar tocado por la diosa Fortuna. Alemania había vuelto a convertirse en la gran potencia europea, y el porvenir para los verdaderos alemanes se adivinaba extraordinario.

Porque esa era la otra parte de la historia que estaba escribiendo Hitler. Liberar al Reich no solo de sus enemigos exteriores, sino sobre todo de los interiores, como tantos alemanes demandaban. Librarse de aquella plaga de judíos y bolcheviques, casi todos eslavos, además de los gitanos, y gente extraña que pretendían hacerse pasar por alemanes.

Constanze había nacido en Lübeck, de una antigua familia de raíces prusianas, con título nobiliario, su padre conde y su madre baronesa, educada en su juventud en un colegio luterano para señoritas de clase alta. Nacida el 2 de enero de 1900, a sus cuarenta años, iba con el siglo, sin querer quedarse atrás, y creía saber lo que pretendía sacarle a la vida. No perder el tiempo en asuntos que no incumbían a Alemania.

En ello disentía de sus hermanos. Aunque le preocupaban las raíces de aquel hombre que de la noche a la mañana se había convertido en el amo de Alemania. Adolf Hitler, el Führer, un austríaco de clase baja, católico, sin estudios y sin pasado. Eso era lo que más le inquietaba. Que no se conocieran sus raíces. Por otra parte, era cierto que ni el propio Bismarck hubiera podido hacerlo mejor,

pero no lo era menos que existía algo muy extraño en todo aquello.

El compromiso que mantenía con Joachim Gessner no era exactamente el que hubiera pretendido, ni consideraba a su prometido un príncipe azul. Conocía sus grandes defectos y sus escasas virtudes, pero era lo que había. Se habían prometido hacía tres años, y se daba perfecta cuenta de que con su edad ya se le habían pasado todos los plazos. Al final aceptó que sería muy difícil que se casaran, y se consoló pensando que al menos tendría un hombre que aseguraba quererla, y que en cuanto disponía de un momento libre iba a su casa de Wannsee para estar con ella. Ya no se hacía otras ilusiones, sabiendo que Joachim estaba pasando una etapa de su vida en la que no disponía apenas de tiempo para él mismo. La vertiginosa situación política interior y exterior del Reich le exigía estar siempre de viaje, casi siempre muy cerca de Himmler, que viajaba constantemente por todo el país, aunque no tanto como el propio Führer.

Constanze era una mujer pragmática que no creía en la propaganda sino en las realidades. Para ella, aquellos ministros de Hitler eran poco más que charlatanes de pueblo. Había escuchado a Goebbels una vez en un mitin en Lübeck y salió defraudada. Ella entendía el mundo de otra manera, y la verdad era que no podía comprender la admiración que Joachim sentía por alguien como Himmler. En cualquier caso se sentía satisfecha del camino emprendido. Alemania volvería a ser la nación que dirigiría los destinos de Europa, y en ella solo cabrían los mejores.

Sus dos hermanos, Hermann y Otto, gemelos y siete años menores que ella eran ya oficiales de la Wehrmacht. Hermann capitán de artillería, formaba parte del Estado mayor, de lo que se sentía muy orgulloso. Otto pertenecía a caballería y dirigía una compañía de tanques. Decía sentir una profunda admiración por su comandante, un tal von Stauffenberg, con el que había tomado parte en la ocupación de los Sudetes, en la campaña de Polonia y en la de Francia, de donde acababa de regresar de permiso y se le había presentado en Elmen. Para sus hermanos los ejércitos alemanes eran invencibles. No solo por su tamaño, sobre todo por su disciplina, preparación y estrategia. Estaban convencidos de que ninguna nación europea podría plantarles cara.

Ella lo escuchaba con arrobo, mientras Otto le hablaba de lo que ocurriría a continuación, como si pudiera leer el futuro en una bola de cristal.

—Los ingleses creen que porque se encuentran protegidos por el mar, en ese

peñasco que consideran inaccesible, no seremos capaces de vencerles. Muy pronto comenzará la batalla de Inglaterra. ¡Se van a llevar la sorpresa de su vida! ¡La estrategia que estamos preparando destruirá sus defensas, y para cuando quieran reaccionar ya estaremos tomando el té en Trafalgar Square!

Otto siempre había sido su preferido desde que era pequeño. Hermann tenía un carácter más frío y distante, parecido al de Joachim.

Otto von Sperling pensaba que tras haber vencido a los franceses nadie podría detenerles. En cuanto a sus camaradas del Eje, los italianos de Mussolini, lo cierto era que no tenían nada que ver con aquellos míticos romanos de la antigüedad. Los soldados alemanes sabían que tendrían que contar con sus propias fuerzas. Todos sus aliados: los húngaros, rumanos, y demás, no eran más que meras comparsas. Se hablaba incluso de una división que se formaría con voluntarios españoles, gente brava aunque desorganizada e indisciplinada. Sería la Wehrmacht la que tendría que conseguir la victoria, de lo que ya nadie dudaba. Constanze le había contado que su novio había estado con el Führer en París. ¡Y luego exigió la rendición en Compiegne, en el mismo vagón en el que se había firmado la de Alemania en la Gran Guerra! ¡Qué venganza más dulce! Habían brindado con el champán de unas cajas que Otto había traído de Francia. Botín de guerra.

Otto tuvo que explicarle a su hermana que no debía hacer comentarios despectivos acerca del Führer. La Gestapo y las SS lo escuchaban todo y no admitían lo más mínimo. Le confesó sin embargo que entre los oficiales de carrera algunos parodiaban la figura de Hitler, el cabo bohemio como el gran soldado que pretendía dejar pequeño a Bismarck. Sobre todo entre los oficiales de academia, de clase alta y de origen prusiano. Las necesidades de crear rápidamente un importante ejército habían transformado en oficiales a muchos suboficiales sin formación, a muchachos procedentes de la universidad que no tenían ninguna estirpe militar. ¡Sin embargo esos eran los más radicales! Luego había otra clase de individuos, gente que provenía de las clases medias, de la universidad, muchos licenciados en derecho, que se alistaban en las Waffen- SS tras pasar unas pruebas. Había hablado con algunos de ellos y era sorprendente el lavado de cerebro que se les imprimía, sobre todo una inquebrantable fidelidad al Führer, una obediencia ciega a sus jefes y a Himmler, y llevar a cabo tareas como él había podido presenciar, el asesinato a sangre fría de un grupo de

partisanos y de civiles en una población belga.

Otto von Sperling había tenido que pasar con sus tanques por encima de algunos pueblos belgas. Aquello no le había parecido la manera adecuada de conquistar un territorio, pero en el estado mayor parecían interesados en demostrar que aquella guerra iba en serio. Las órdenes habían sido tajantes. Dar un escarmiento.

Tuvo que reconocer a Constanze que aquello le había hecho dudar. En otro momento se lo habría reservado, pero en aquel ambiente de confianza y con la segunda botella de champagne se le soltaba la lengua. Recordaba que al comenzar la campaña de Polonia los muchachos de la tropa, entusiasmados, iban al frente cantando todo lo que se les ocurría. Después cuando encontraban una compañía de las SS se hacía el silencio. Aquellos tipos siniestros de la calavera en la gorra no exultaban alegría. Algunos jefes les habían aleccionado diciéndoles que no debían sentir la menor piedad por el enemigo, como el enemigo no la sentiría por ellos. Lo mejor sería ganar la guerra cuanto antes, ya que así los sufrimientos de unos y otros pasarían pronto. En ello estaba, dedicado a controlar el inmenso territorio que acababan de conquistar.

Allí en «Elmen», la gran propiedad rural de los von Sperling, situada frente a una extensa playa solitaria, cuyo único defecto era el viento casi constante, que en verano se transformaba en brisa que les permitía navegar con el balandro, era el lugar donde se juntaba lo que quedaba de la familia tras el fallecimiento de sus padres.

Los numerosos primos y parientes llegaban con la confianza de los que se saben bien recibidos, y celebraban allí las bodas y bautismos, en la antigua capilla rural, apenas a quinientos metros del caserón, un edificio construido a lo largo de siglos por una estirpe que se remontaba a épocas anteriores al mismo Lutero, cuya doctrina habían abrazado sus antepasados convencidos de que la pureza del alma era lo único importante. Para Otto y para Hermann, si como mantenía Lutero, Dios no justificaba a los hombres por sus buenas obras, entonces tampoco les tendría en consideración los errores, sino tan solo su fe. Aquello justificaba los actos de guerra, la brutal violencia, los bombardeos de iglesias y catedrales, de aldeas y pueblos. Lo único importante era la fe, y ellos la tenían.

Otto solo pudo estar tres días en «Elmen». Luego tuvo que volver al frente,

donde se encontraba su compañía. Le había hablado en confianza de los nuevos tanques que se estaban proyectando, de que él podría probar uno muy pronto, en secreto, con la ilusión de un niño pequeño. Aquella arma y otras que se estaban construyendo los convertiría en ejércitos invencibles, como nunca antes habían existido.

Para Constanze el viejo caserón era un lugar querido donde jamás se sentía sola. Recordaba otros momentos más felices, con su padre, aquel imponente «junker» que dominaba la región con su personalidad, su madre, una mujer con raíces que se remontaban a siglos atrás y que era consciente de su aristocrática herencia. Aquellos dulces tiempos en los que sus hermanos correteaban arriba y abajo, y ella tenía que vigilar sus andanzas y sus travesuras. Amaba profundamente aquel lugar, la desierta playa en la que solo se escuchaba el sonido de las olas y el agudo graznido de las gaviotas. Como todos los veranos, permanecería allí cerca de tres meses hasta que los fríos vientos del norte la obligaran a volver a Berlín. En la finca residía permanentemente la familia Stadler, que generación tras generación les servía desde tiempo inmemorial.

Joachim le escribió una larga y apasionada carta. Le extrañó, ya que era hombre comedido. Decía que a principios de agosto pasaría allí una semana junto a ella. Añadía que quería resolver la situación y que si le parecía bien se casarían en la capilla de la propiedad ante un pequeño grupo de amigos. Le proponía el 4 de agosto. Ella debía avisar a sus amigos y parientes más queridos, él invitaría a su hermano Stefan y a unos invitados sorpresa. Después irían una semana a Venecia en viaje de luna de miel.

Constanze le contestó a vuelta de correo. Aunque ya no tenía edad para entusiasmarse, ni siquiera ante la proposición de boda que después de tanto tiempo le hacía Joachim, estaba satisfecha de acabar con aquel «impasse». No quería aceptar que sentía una duda dentro de ella. No estaba segura de que Joachim Gessner fuese el hombre adecuado. Lo cierto era que el tiempo pasaba raudo y no deseaba quedarse para vestir santos. Dentro de ella se sentía cómoda, ya no tenía edad de tener hijos, ni deseaba tenerlos. Solo pensaba en ir pasando el tiempo sin agobios, confortablemente, y por supuesto no tenía la menor intención de modificar sus hábitos de vida. En ello no habría problema. Joachim era muy diferente, tal vez por eso se amaban a su manera. Un hombre ambicioso sin límites, muy politizado, tal vez demasiado servil a sus superiores, y muy

radical en sus ideas contra los judíos y los eslavos, convencido de las teorías raciales, de que los arios germanos eran superiores a todos los demás seres humanos.

De cualquier modo si había aceptado tendría que preparar el evento. En la enorme casa disponían de doce amplios dormitorios con sus correspondientes baños completos, hechos construir por su madre pocos años antes, empeñada en renovar y modernizar la antigua casa familiar. Cerca, a unos seis kilómetros, su prima Angélica von Schönhausen, emparentada con los Bismarck, podría ofrecerle unos cuantos dormitorios más para otros tantos invitados. Comenzó a prepararlo todo, a encargar las flores para la pequeña capilla de la finca. Eso sí, brindarían con el champán francés que había traído Otto tan oportunamente. La boda consistiría en una ceremonia oficiada por el pastor luterano de Travemünde, y después un banquete sencillo, casi rústico, sin exageraciones. A los von Sperling no les hacía falta demostrar nada más. Todo estaba demostrado.

Faltaban aún casi dos meses pero no tenía tiempo que perder. Sabía que a Joachim le molestaban las improvisaciones. Fue a hablar con el pastor luterano, que se mostró encantado, encargó a Stadler que buscara una cuadrilla para reparar y pintar la capilla, y a unas mujeres del pueblo para limpiar todo a fondo. También a Hans Schmitt que llevaba el jardín, que se esmerara y que encargara las flores para ese día. En cuanto al vestido de boda, lo cierto era que llevaba tres años en una gran caja, aguardando la decisión de Joachim. Solo tendría que colgarlo en su cuarto un par de días antes para ventilarlo, como tocado María Stadler le haría uno de flores naturales. Eligió una serie de menús, hasta que encontró el que le parecía más adecuado. Contrataría a un cocinero de Travemünde y los camareros. La familia Stadler echaría una mano, pero necesitaría alguien más profesional para que no hubiera fallos. No eran muchos, y con dos cocineros, dos pinches y media docena de camareros sería más que suficiente.

Fueron pasando los días. Descubrió en su interior que estaba más preocupada que ilusionada. Le daba una cierta pereza cambiar de vida, tener que acompañar a Joachim a los actos oficiales, viajar por motivos políticos. Le diría que él siguiese su vida, que ella lo aguardaría allí, en la paz y tranquilidad del campo. Ni siquiera le apetecía volver a la casa también heredada de Wannsee, en el tranquilo y opulento barrio residencial de Berlín. En aquellos tiempos se sentía

plena, viviendo en una Alemania triunfante, liberada de Versalles, volviendo a los gloriosos días de Bismarck, en un ambiente más cercano al que describía Tolstoi en «Guerra y Paz» que a la modernidad en la que se vivía en los nuevos barrios de Berlín, llevando el tipo de vida para el que había sido educada, siempre con continuos compromisos, cenas o visitando galerías de arte. Cuando se hartara de Travemünde volvería a Berlín. Dándole vueltas a la cabeza, una noche estuvo a punto de escribir una carta a Joachim diciéndole que prefería seguir en aquel confortable «status quo». Cuando estaba a punto de echarla al buzón se arrepintió y la rompió. Horas más tarde pensó que no debería haberla roto, y que tal vez en aquellos pedazos que había quemado en la chimenea se había ido con el humo su destino.

A mediados de julio fue a Travemünde de compras. No era el lugar más adecuado, y le faltarían algunas cosas que adquiriría en Lübeck. Ella disponía de su pequeño coche descapotable y los campesinos la observaban con recelo, ya que pensaban que sus mujeres e hijas querrían imitarla. Tal vez la única mujer que conducía en la región. La gente la saludaba cuando la veía pasar.

Se hallaba en la pastelería encargando la tarta nupcial, que recogería Stadler la misma mañana para llevarla a la casa, cuando escuchó gritos en la calle. Aquello en Travemünde no era normal. Salió a la puerta de la tienda. La policía estaba sacando de sus casas a unas familias en una calle cercana. El pastelero alarmado salió junto a ella.

—No se preocupe, señora von Sperling. Solo son judíos, será solo un momento. No pasa nada. Se los van a llevar en camiones. Será solo un momento.

En efecto, Josef Erhard, el pastelero, tenía razón, la Gestapo estaba llevando a cabo una redada para librar a Travemünde de la pequeña aunque activa comunidad judía. El peletero, un tal Blumenfeld, con una tienda en la calle principal, Adam Hirsch, el conocido joyero, varios comerciantes, dos famosos abogados, asociados en el bufete «Zükermann & Roth» y algunos otros sin profesión especial. Pasaban por delante de ella, pálidos, sin terminar de comprender lo que les estaba sucediendo, casi todos ellos acompañados de sus familias, personas mayores, algunos de edad, unas ancianas con bastón. Reconoció entre ellos a Chaim Cohen, el médico. Recordó que una vez había atendido a la hija de Stadler, que se había hecho un gran corte en la pierna con la guadaña. Le hicieron ir hasta «Elmen» y después de todo no quiso cobrar nada.

El hombre también la reconoció. Intentó salir del grupo y dirigirse a ella. Sin más advertencia, un hombre de paisano que caminaba junto al grupo, le golpeó con una porra de cuero en el rostro. Cohen comenzó a sangrar abundantemente. Mantenía una mirada de sorpresa mientras seguía mirándola. Las mujeres judías sollozaban, los niños que llevaban con ellos parecían muy asustados.

Constanze von Sperling no sentía simpatía alguna por los judíos, pero aquello sobrepasaba cualquier prejuicio. Salió de la tienda y se dirigió al que parecía el jefe, un tipo malcarado, de paisano, con un largo abrigo oscuro, un sombrero usado, portando una larga porra en la mano

—¿Podría explicarme que está ocurriendo? ¿Por qué les tratan así? ¿Dónde se llevan a esas personas detenidas? ¿Y los niños, los ancianos, las mujeres, qué pasa con ellos?

El hombre la observó de arriba abajo. Llevaba un palillo entre los dientes. Debió pensar que ella era una persona de calidad. Miró el broche de oro, las pieles, observó el automóvil «Mercedes» aparcado frente a la pastelería. No quería líos, solo estaba cumpliendo con su obligación, llevaba semanas con lo mismo en todos los pueblos de la comarca. Estaba harto de problemas y de judíos histéricos. Le contestó con un fuerte acento de Baviera.

—Mire, señora, perdone, pero esto no es de su incumbencia. Estos judíos deben ser enviados fuera de aquí. No es un trabajo agradable, pero alguien tiene que hacerlo y luego la gente lo agradece. La población se queda libre de ellos. Nos los llevamos, y como puede ver se resisten.

—¿Por qué le han pegado a ese hombre? Solo quería hablar conmigo. ¡Es un conocido médico!

—Señora, le insisto que no se meta en este tema. Yo no sé si es médico o deja de serlo. Para mí ese tipo es solo un maldito judío. A mí me da lo mismo, no me concierne ¿Me comprende? Sólo cumplo órdenes.

—¿Y a donde los llevan? Eso sí podrá decírmelo.

—Bueno. No es de su incumbencia, pero que yo sepa tampoco es ningún secreto, así que se lo diré. Van a un nuevo campo de trabajo que se llama Auschwitz. ¿Ha oído hablar de él? Allí es donde los están agrupando para deportarlos. No queremos judíos en Alemania y, claro, se resisten a irse. Y ahora tengo que marcharme. Buenos días, señora. No se preocupe por ellos. Tampoco se lo van a agradecer.

Se quedó allí en pie viendo alejarse al grupo. El hombre corrió para alcanzarlos. Aquello no le parecía normal. Entre los que deportaban iban muchos niños, muchachas de apenas quince años, mujeres y ancianos, unas docenas de hombres, en total cerca de un centenar largo de personas. Le resultaba difícil creer lo que estaba viendo. ¿Era así como se estaban librando de los judíos? Ella creía que los invitaban a marcharse a otros lugares. Que los trataban de otra manera. No que los apalearan sin más, que a los niños y a las mujeres los arrearan como si en lugar de seres humanos fueran solo ganado. Aquello no podía suceder en un país como Alemania. Pensó en llamar a Joachim, pero no sabía dónde se encontraría en aquellos momentos. De pronto se sintió indignada y profundamente decepcionada. Regresó a «Elmen» dándole vueltas a la cabeza. Luego siguió con sus preparativos. El tiempo se le estaba echando encima. A pesar de ello los siguientes días no podía quitarse aquellas imágenes de su cabeza. Luego, tal y como había prometido, llegó Joachim. Ella quiso hablarle de lo que había presenciado. Él cambió de conversación. Se resistía a hablar del tema.

Joachim Gessner llevaba allí tres días y desde que había llegado daba la impresión de ser un hombre feliz. Le había dicho a Constanze que la amaba, y que serían felices. Le aseguró que la guerra acabaría muy pronto, y a él lo nombrarían gauleiter en el norte de Prusia. Había solicitado Lübeck, así que podrían residir muy cerca de «Elmen» donde irían a pasar los fines de semana, ya que a él también le encantaba la tranquilidad del campo. Le prometió que ella seguiría gozando de la misma libertad. Todo iría sobre ruedas. Solo cuando ella consiguió contarle lo que había presenciado en Travemünde se puso tenso. De nuevo se negó a contestar y cambió de conversación. Ella desistió decepcionada.

El día anterior a la boda llegaron algunos invitados. Una pequeña revolución teniendo que atender a todo el mundo. El fontanero del pueblo arreglando unos aseos que llevaban tiempo sin utilizarse. El jardinero trayendo flores a última hora.

Para entonces Joachim Gessner apenas recordaba a Hannah Richter. En aquellos momentos pensaba que no habría podido ser feliz con una mujer como aquella. Una sabelotodo insoportable comparada con Constanze von Sperling, una mujer muy diferente, una aristócrata de la cabeza a los pies, elegante, discreta y comprensiva, a pesar de que la encontraba nerviosa probablemente por

la boda. Después de todo, había salido ganando. En cuanto a la fortuna de los Sperling no le importaba, él tenía su propio patrimonio y lo que vendría. Junto a un grupo de gente importante, entre los que por supuesto se hallaban Himmler, Heydrich, Amann, Goering, y una docena de personalidades, también su hermano Stefan, estaban adquiriendo a precio de saldo importantes industrias y propiedades que habían sido requisadas a judíos, a nombre de compañías interpuestas, ya que sus abogados les habían advertido que sería mejor si luego alguien quería demandarles en el extranjero. Por supuesto todo era legal. Los empresarios y propietarios judíos firmaban las escrituras de venta ante notario, y se les compensaba tal y como marcaba la ley. Podría ser que no fuese el precio que valían, pero, al fin y al cabo, por bajo que fuera, era un precio justo. Después de todo a ellos no iban a servirles de nada. Estaban siendo expulsados de sus madrigueras y llevados a donde tendrían que haber estado siempre, a los guetos y campos de trabajo, incluso algunos conseguían marcharse al extranjero para no volver. En cuanto a la mayoría, en eso él también intervendría. Por otra parte los judíos deberían compensar a Alemania todo aquello que durante tantos años habían esquilmado, abusando de los ingenuos y pacientes alemanes. Lo natural y lógico era que las empresas e industrias siguieran produciendo, aunque eso sí, controladas por buenos patriotas. Que los almacenes, casas, pisos, terrenos, volvieran a ser alemanas. A manos de personas con cabeza que supieran gestionarlas. Como él, cada día más cerca de la cúpula.

El propio Himmler, que iba a asistir a la boda, y con el que cada día estaba más de acuerdo, había tenido una larga conversación con él unos días antes. Le hizo llamar a su despacho y le dijo que había leído su currículo y que algo en él le había llamado la atención. Se trataba de algo muy delicado, y quería encargar el trabajo a personas muy cercanas que trataran el asunto como expertos y siempre con absoluta discreción. ¿Le interesaría colaborar en el tema del programa de investigación y desarrollo de los gases venenosos? Solo querían que realizara un estudio y una recopilación de su utilización, sus posibilidades, antecedentes históricos, utilización en la Gran Guerra, todo lo que hubiera en relación a ellos. Estaban pensando en llevar a cabo una definitiva «limpieza de alimañas». ¿Lo entendía? Le hizo un guiño de complicidad. Añadió que tendría que colaborar con un experto, un tal Christian Wirth, uno de los especialistas de la Gestapo. Claro que lo entendía, y asintió complacido de la confianza que el

Reichsführer mostraba. Himmler le dijo que contaba con él, y que ya ampliaría aquella iniciativa, mientras le sonreía. Aquello le había demostrado que ya no tenían secretos para él. Terminó asegurándole que su esposa Margarete y él asistirían a su boda en Elmenhorst con mucho gusto, mientras le daba unas palmaditas en el hombro.

Él no contraía matrimonio por interés. Solo deseaba casarse con aquella hermosa mujer, que se convertiría en su fiel compañera durante el resto de su vida, alguien de la que sentirse orgulloso en las recepciones, las fiestas, las invitaciones durante los fines de semana, una auténtica prusiana, como ellos los Gessner. Pensaba en todo lo bueno que iba a ofrecerles el Tercer Reich a partir de entonces. Aunque si algo tenía claro era que con una mujer no se podía hablar de política.

El día siguiente llegaron los invitados sorpresa. Por supuesto su hermano preferido, Stefan, y algo más tarde nada menos que el mismísimo Joseph Goebbels y su esposa Magda. Después Heinrich Himmler y Margarete, y algo más tarde Hermann Goering y su mujer, Emmy. Con ellos llegó incluso un fotógrafo enviado por Hoffmann. Los tres matrimonios dormirían en «Elmen» aquella noche, y al día siguiente tras desayunar volverían a Berlín. Joachim estaba algo tenso por la responsabilidad de que todo saliera bien, aunque era un gran honor y un prestigio para ellos que hubieran aceptado ir hasta allí. Habían volado en sendos aviones desde Tempelhof hasta el aeródromo de Travemünde, donde los habían recogido sus coches oficiales. Para Constanze fue una inesperada sorpresa, y tras saludarlos se encerró un rato en su dormitorio. Se sentía muy molesta con Joachim. No esperaba aquello. Cuando le había dicho que debía reservar tres dormitorios creyó que vendrían los tres hermanos de Joachim con los que hacía tiempo que no se hablaba. ¡Pero los máximos líderes del partido nacionalsocialista tras el Führer! ¡No le hacía ninguna gracia cruzarse con ellos por el pasillo! Le había pedido a Joachim una ceremonia íntima y una pequeña celebración, y no aquello. No estaba preparada para una boda que irremediablemente aparecería en los periódicos, ya que con Goering apareció uno de los fotógrafos de Hoffmann. Podía entender la ambición de Joachim, pero aquella situación la desbordaba y había roto el encanto bucólico y familiar que ella había pretendido.

Sin embargo cuando se fue calmando, comprendió que no podía hacer otra

cosa que aceptar la situación y sonreír. Se vistió ayudada por Marie, la hija mayor de Stadler, con la que tenía la confianza de haberla conocido desde pequeña. También había ido un peluquero que estaría allí todo el día, a disposición de las señoras, ya que todo el mundo conocía el viento del lugar, aunque el día se había levantado sereno y soleado. Después, se reunieron en el vestíbulo para hacerse unas primeras fotos, y luego fueron caminando hasta la capilla, como si estuvieran dando un largo paseo. El lugar era realmente precioso. El cura luterano los aguardaba en la puerta, los saludó uno a uno, y entraron todos, ya que no llegaban en total a cincuenta personas. Algo más de lo que ella había planeado. Allí, en primera fila, estaban Goebbels, Himmler y Goering, acompañados de sus esposas. Los tres vestían de uniforme del partido luciendo sus insignias y medallas, ellas lucían traje largo. Detrás el resto de invitados, algo cohibidos por los personajes del régimen. El único que no llevaba pareja era Stefan, que iba de uniforme. Había ascendido a general de brigada y únicamente llevaba colgada la Cruz de Hierro de primera clase, conseguida en la Gran Guerra. El sol penetraba por las ventanas alargadas y creaba en el interior una placida atmósfera. Al acabar la ceremonia, ya como marido y mujer, se besaron, y los invitados aplaudieron sonrientes y felices.

Volvieron a «Elmen» paseando. Magda Goebbels le dijo entusiasmada que aquella ceremonia le había parecido encantadora. Todos parecían contentos y felices. Las mesas colocadas en el amplio salón delantero con vista al mar habían sido puestas exquisitamente, con la vajilla de gala con el escudo dorado de la casa von Sperling, y la antigua cubertería de plata, con la que más de una vez había almorzado Bismarck, cuya foto acompañado del barón von Sperling se hallaba en un marco de plata en el vestíbulo.

Constanze quería olvidar su enfado, ser feliz aquel día, que nada empañara el recuerdo del que tendría que haber sido el día más importante de su vida. Poseía una gran sensibilidad, una enorme intuición, un espíritu libre. Todo fue bien hasta que en la larga sobremesa alguien mencionó de pasada lo sucedido a los judíos de la región. Fue como si una nube negra hubiese cubierto el sol en un instante. Precisamente fue Angélica von Schönhausen, que al igual que ella, había presenciado como los trataban, la que manifestaba su total desacuerdo con su vecino de mesa. Joachim intentó vanamente cambiar de conversación. Aquel era un tema incómodo y más en aquel momento en que debía hablarse de

fruslerías y chismorreos, bromear con unos y otros sin profundizar en nada, bebiendo el magnífico champán de la victoria sobre el enemigo ancestral. Tan solo eso. Pero Angélica, tal vez a causa de su proverbial ingenuidad, insistió en el tema. Dijo que le parecía una barbaridad tratar de aquella manera a seres humanos, sin distinción ninguna. Ya fuesen alemanes o judíos. Así lo remarcó.

Goebbels levantó la mirada de su plato parpadeando. Desde hacía un rato parecía absorto estudiando el recargado escudo de la familia von Sperling de su plato. Constanze se dio cuenta de su mirada glacial y su gesto rígido. El hombre de confianza de Hitler, ministro de propaganda y cabeza pensante del régimen, no podía dar aquella afirmación por buena.

—Querida señora von Schönhausen. Perdone mi atrevimiento al corregirla. Está usted muy equivocada en el fondo de la cuestión. Se lo voy a aclarar si me lo permite. No se trata de seres humanos. Solo son judíos «untermensch», infrahumanos. Incluso los definiría mejor: seres que parecen humanos. ¡Pero no se deje engañar! Igual ocurre con los gitanos y otros como ellos. ¡No se sabe de dónde han venido, ni lo que están haciendo aquí! ¡Esos judíos son los responsables de gran parte de los problemas de nuestro país! Permítame que le diga que estamos actuando para evitar que contaminen a los verdaderos alemanes, y le aseguro que el Reich tiene todo el derecho del mundo a tratarlos como lo que son, alimañas.

—¡Pero, señor Goebbels! ¡Eso no es exactamente así! ¡Todos somos hijos de Dios, y ante todo son personas! ¡No puedo creer que hable usted en serio! Mire. Vi como trataban a los niños y a sus madres. Una verdadera crueldad. ¿Qué tiene que ver que sean judíos? ¿Explíqueme cómo pueden ser infrahumanos los médicos, los profesores de filosofía, los escritores, los comerciantes que estaban siendo deportados? ¡Eso no tiene ningún sentido! ¡Si quiere que le diga la verdad, lo que el otro día pude presenciar en Travemünde es repugnante y cobarde! ¡Tuve la sensación de que se trataba de una pesadilla! ¡Eso es lo que están ustedes consiguiendo! ¡Que lo ciudadanos normales crean estar viviendo una verdadera pesadilla!

Constanze observaba erguida en su silla junto a Joachim. Ella estaba totalmente de acuerdo con su amiga. Admiraba su valor al decir las cosas como las sentía, y más a quien se las estaba diciendo. Nada menos que a gran parte de la cúpula nazi, a la cara. Ella había pensado lo mismo en Travemünde pero no

había sido capaz de expresarlo con tanta claridad.

En aquel momento notó como la frente de Joachim enrojecía, temió que pudiera contestar con alguna barbaridad, hasta que de pronto estalló:

—¡Por Dios santo, Angélica, un poco de respeto! ¡Esos repugnantes judíos no van a amargar nuestra boda! ¡Olvídalos por favor! ¡De todas maneras ya nos estamos librando de ellos! ¡Solo la gente sin dos dedos de frente los defiende! ¿Es que no puedes entender que le estamos haciendo un gran favor a los alemanes del día de mañana? ¡Qué te pueden importar unos judíos! ¡Eso solo demuestra, y perdona, un gran infantilismo por tu parte!

Angélica von Schönhausen no se tragó el sapo. No estaba dispuesta a escuchar como la ofendían. Se levantó muy digna mientras se dirigía a ella.

—Lo siento, querida, pero debo marcharme. No puedo permanecer aquí escuchando sandeces. Va contra mis principios y ofende mi inteligencia.

Himmler estaba incómodo. Se dirigió a ella sin levantarse, aunque habló fríamente, sin levantar la voz:

—Debería ser usted más prudente, señora Schönhausen. La que está ofendiendo los principios del nacionalsocialismo es usted, con esas manifestaciones fuera de tono, y le advertiré que eso hoy en día puede resultar peligroso. No se lo vamos a tener en cuenta por deferencia a nuestros anfitriones, al día que estamos celebrando, y porque es usted una mujer alemana, pero le ruego que no vuelva a insistir sobre el tema. Le aconsejaría que leyera «Mi lucha», tal vez aprenda algo acerca de nuestros valores y principios. ¡Ahí podrá encontrar el verdadero pensamiento alemán! ¿Me ha comprendido?

Los von Schönhausen no se dejaban intimidar fácilmente. Angélica descendía de una estirpe de prusianos acostumbrados a salirse con la suya, y a que nadie les llamara la atención en público. Al igual que Constanze, no sentía la menor simpatía por judíos y gitanos, pero menos aún comulgaba con ruedas de molino, y mucho menos aceptaba que la amenazasen.

—¡Señor! ¡Es usted un insolente! ¿Pero con quién se cree usted que está hablando? ¡Claro que soy una verdadera alemana! ¡Además soy doctora en historia y filosofía por Heidelberg, así que no va usted a convencerme con patrañas! ¡Lo que yo pude ver con mis propios ojos fue un verdadero oprobio para los que nos consideramos alemanes, y no conseguirá usted convencerme de lo contrario! ¡Tratar así a mujeres y niños! ¡A hombres indefensos! ¡Un escarnio

y una vergüenza!

Angélica von Schönhausen estaba fuera de sí, lo que no le sucedía con frecuencia. Caminó muy digna hacia la puerta del salón. Constanze intentó levantarse para ir tras ella, pero Joachim se lo impidió.

—¡Siéntate, Constanze, te lo ordeno! ¡Esa mujer es una estúpida!

Sus palabras resonaron como un latigazo en el gran comedor, en el que se respiraba una enorme tensión. Goering miraba al techo sin querer entrar en el asunto. Goebbels parecía muy molesto, aunque contenido, mientras que el Reichsführer Himmler hacía un esfuerzo por beber su copa de champán.

El encanto se había roto definitivamente, y se había entrado en una difícil situación. Las sonrisas eran forzadas, mientras las esposas de los líderes nacionalsocialistas intentaban contemporizar. Constanze se sentía enfadada y humillada, notaba que estaba a punto de que se le escaparan las lágrimas. La reacción autoritaria y fuera de tono de su esposo la había defraudado. Se había dado cuenta de que por encima de cualquier otra cosa, aquel hombre estaba sometido al poder representado por aquellos tres jerarcas del partido que jamás tendrían que haber estado allí, y que no movería un dedo para no comprometer su situación.

De pronto fue plenamente consciente de su terrible error. ¡Tendría que haberse dado cuenta antes de aceptarlo como esposo! ¡Qué imprudente y tonta había sido! Murmuró que iba a empolvarse la nariz y se levantó. Caminó hacia la puerta casi corriendo. Los invitados la observaron inquietos. También Joachim, que no deseaba un espectáculo el mismo día de su boda. Alguna vez habían discutido, como todas las parejas de novios, ¡pero justo en aquel momento! Era consciente de que aquello podría cambiar muchas cosas.

—¡Ah! ¡Las mujeres! ¡Son demasiado sensibles! ¡No entienden la necesidad de algunas cosas! —intentó sonreír para quitarle hierro al asunto—. Sigan ustedes por favor, voy a recuperar a la novia. Será solo un momento. Ahora bajamos. Ya saben, los nervios y todo eso.

La encontró en el dormitorio. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no golpearla. Constanze lo miró fríamente.

—¡No vuelvas a prohibirme nada delante de nadie! ¡No permito que me trates con ese tono!

Joachim se acercó intentando controlarse. Estaba a punto de golpearla.

—Constanze. ¡No puedes montar este espectáculo justo hoy! ¿Pero qué te pasa con los judíos? ¡Que más te dan! ¡Siempre me habías dicho que había demasiados y que no te caían simpáticos! ¡Es una labor dura e ingrata, pero absolutamente necesaria! ¡No te dejes engañar por una situación concreta! ¡Es Alemania la que está en juego!

—Joachim. ¡No me vengas con monsergas políticas! Por otro lado tendré que agradecer al repugnante tipo de la porra del otro día que me abriera los ojos. ¡Nunca hubiera pensado que las cosas fueran así! ¡Qué vergüenza! ¡Pero es que habéis perdido el juicio!

—¡Bien, lo que quieras! ¡Ahora no vamos a discutir sobre ese asunto! ¡Haz el favor de bajar conmigo y sonreír! ¿Pero es que no te das cuenta de lo que nos estamos jugando? ¡Tenemos como invitados nada menos que a los que mandan en este país, y a ti no se te ocurre otra cosa que ofenderlos en tu propia casa!

Constanze negó con la cabeza. Se sentía verdaderamente cansada y defraudada.

—No, Joachim. Lo siento, pero no pienso volver a bajar. Acabo de darme cuenta que este país está equivocado. Baja tú si quieres y dales la excusa que se te antoje, diles que tengo una enorme jaqueca. ¡No tengo nada que ver con esa gente! Reconozco que estaba equivocada.

Joachim Gessner intentó persuadirla, pero no pudo convencer a su esposa de que bajara. Aquello podría perjudicar gravemente su carrera. Lo intentó por todos los medios, amenazó con divorciarse, incluso le suplicó. Pero Constanze permaneció impasible.

Al final sabiendo que pasaba el plazo prudencial para volver con sus invitados, Joachim bajó al comedor con cara de circunstancias, anunciando que Constanze se encontraba indispuesta. Magda Goebbels miró sin disimulo a Margarete Himmler y a Emmy Goering. Murmuró algo a su marido en una aparte. Un rato más tarde Goebbels le dijo que había surgido algo inesperado en Berlín, y que sintiéndolo mucho no podían quedarse hasta el día siguiente como estaba planeado. Debían marcharse de inmediato. El resto de invitados era de confianza y estaba al corriente de lo que sucedía, se miraban los unos a los otros en silencio. Era una situación tan inesperada y violenta que todos miraban al techo, y como si el cielo se hubiera confabulado comenzó a llover intensamente. Goebbels, Himmler y Goering subieron a sus coches respectivos acompañados

de sus esposas y sin apenas murmurar un despido se marcharon con dirección al aeródromo, mientras sus doncellas recogían sus efectos personales en la planta superior.

Joachim estaba pasando el peor momento de su vida. La fiesta había acabado. El resto de los invitados se disculparon y se fueron marchando discretamente, solo Stefan acompañaba a su hermano como una sombra. Era como si la boda se hubiera transformado en un duelo.

A las siete de la tarde Stefan y Joachim Gessner se marcharon en el automóvil del primero con dirección a Berlín. Ambos serios y concentrados, metieron sus maletas en el coche en silencio. Los pocos invitados que quedaban desaparecieron. A las nueve volvió Angélica von Schönhausen. Alguien la habría llamado informándola de lo sucedido, y venía para hablar con su amiga Constanze, quería pedirle excusas ya que se consideraba en parte responsable de lo ocurrido.

Encontró a Constanze bajando las escaleras. El gran salón estaba silencioso, el comedor seguía con la mesa tal y como la habían abandonado los invitados. Fuera la tormenta arreciaba y había oscurecido. Los relámpagos iluminaban un instante con su luz espectral. Un extraño tiempo para agosto. Angélica preocupada abrazó a su amiga.

—Querida. Me siento avergonzada. Sé lo que ha ocurrido, y cómo saliste en mi defensa. Lo siento mucho, fui imprudente. Perdóname.

Constanze negó con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya, Angélica. Simplemente las cosas no eran lo que yo creía. Estaba ciega, totalmente equivocada. Joachim me ha defraudado, y prefiero que haya sido hoy mejor que mañana —intentó bromear—. Gracias a Dios no ha ocurrido nada irreparable —sonrió—. Esos tres nazis no tendrían por qué haber estado aquí, pero Joachim antepuso su ambición a mis deseos. Ahora tanto tú como yo hemos podido ver la realidad que nos están ocultando. Esa gente no está actuando como los políticos que necesita nuestro país, sino de una manera sectaria y atroz. Yo también pude ver como deportaban a los judíos de Travemünde y sentí vergüenza de ser alemana. ¡Imagínate lo que estará pasando en el resto de Alemania! Si los tratan de esa brutal manera en plena ciudad, a la luz del día, ¡qué estarán haciendo con ellos en esos campos de concentración!

—Yo pienso lo mismo. Por ese motivo no permanecí callada. Aun así lo

siento. He estropeado el día de tu boda, y eso no me lo perdonaré nunca.

—No querida. Muy al contrario. Nunca debí aceptar casarme con alguien como Joachim. Debes saber que he tomado la decisión de pedir la nulidad. El pastor lo ha presenciado todo y podrá testificar si fuera preciso. Es una decisión irrevocable. No deseo vivir con él. ¡He cometido un grave error! Es como si de pronto se hubiera corrido un velo y me hubiera permitido ver la realidad. Así que no te preocupes, en el fondo me has hecho un gran favor.

Cuando Angélica se marchó, Constanze comenzó a recoger la casa junto a Stadler y su familia. Quería hacer desaparecer las huellas de la fiesta de bodas cuanto antes. Aquel festejo se había transformado en una pesadilla que le había abierto los ojos a la realidad de lo que estaba sucediendo en su país. No le importaban las consecuencias personales. En aquel momento era lo que menos le preocupaba. De pronto se daba cuenta de que había estado a punto de cometer un irreparable error. De hecho estaba casada con alguien por el que de pronto no sentía otra cosa que desprecio. Ella también era responsable, como tantos alemanes que por muchos motivos permanecían callados. El exceso de prudencia, el conformismo, la duda, la falta de información, los prejuicios de tantos años de hipocresía y mentiras, y sobre todo el miedo a las consecuencias, estaban consiguiendo que Alemania permaneciese inmóvil.

Mientras iba colocando las cosas en su sitio, volviendo a recuperar el ambiente natural de la casa, tomó la decisión de aprender más sobre aquellos judíos. ¿No estarían siendo manipulados por los nazis para desviar la atención de otros problemas? ¿No serían las cabezas de turco de la situación? Volvió a ver la imagen del sicario golpeando brutalmente al médico aquel que solo pretendía acercarse a ella, los niños llorando asustados, desconcertados, sin entender lo que estaba sucediendo. ¿Dónde los habrían llevado? Pensó que no se quedaría tranquila mientras no supiera qué había sido de ellos.

Sus anteriores prejuicios acerca de los judíos estaban siendo sustituidos por otros sentimientos. Ella siempre había creído que las cosas eran como se las habían contado. Nunca las había puesto en duda. Pensó que ya era tiempo de comenzar a comprender la verdad. También sobre aquel extraño régimen político que tenía subyugados y alienados a los alemanes, bajo la bota de un individuo sin categoría humana como Hitler, alguien que había caído sobre el panorama político sin que nadie supiera de donde procedía, ni cuál era su formación,

impartiendo radicales teorías que estaban transformando el país en un lugar bien distinto. Había creído que sus compatriotas, los verdaderos alemanes, eran y pensaban de otra manera, aunque en los últimos tiempos, la delación, la ambición de muchos, los falsos mitos, estaban consiguiendo cambiar a la gente, sacando lo peor de cada uno, destruyendo la realidad y sustituyéndola por algo diferente y terrible. Ella no iba a permanecer impávida, aguardando a que un grupo de advenedizos destruyera los principios morales y la verdadera historia de su país.

# 92. BOTÍN DE GUERRA (VARSOVIA, OCTUBRE DE 1940)

El gobernador general de Polonia, Hans Frank y hombre de confianza del Führer, estaba más que harto de las artimañas del Judenrat o Consejo Judío y de su líder, Adam Czerniaków. A principios de agosto recibió una orden de Reinhard Heydrich, que de acuerdo con Himmler tomó la decisión de cercar con alambre de espino el gueto en el que pensaba encerrar a todos los judíos de Varsovia de una vez por todas. Entre los designados para redactar el informe que Himmler había pedido sobre el gueto se encontraba Stefan Gessner, uno de los hombres de confianza del mariscal Goering. En cuanto al enojoso asunto de la boda de su hermano Joachim, parecía olvidado, o al menos Himmler no volvió a mencionarlo.

Stefan llegó a Varsovia el 10 de septiembre. No había estado allí desde que Joachim lo invitó cuando era canciller de la embajada. Encontró una ciudad bombardeada, con muchos edificios demolidos por las bombas, otros incendiados. Nada tenía que ver con la vitalista Varsovia que conoció entonces. Un cabo de las SS uniformado lo recogió en la estación y lo trasladó al gobierno general donde lo aguardaba Hans Frank, al que conocía desde hacía años.

Frank, licenciado en derecho, era un hombre astuto y previsor, convencido de la maldad humana y sobre todo de la de los astutos y taimados judíos. Conocía la estrecha relación de los hermanos Gessner con Himmler y Goebbels, y quiso agasajarlo además de hacerle partícipe de sus inquietudes.

—Mire, general de brigada Gessner. Estos polacos no colaboran en nada. Solo me proporcionan un problema tras otro. ¡Y en cuanto a los judíos ni le cuento! Ese tal Czerniaków, el líder del Judenrat, es un bribón redomado que pretende tomarnos el pelo continuamente. ¡Pero ya se han acabado las tonterías! Ahora se está procediendo a cercar con alambre de espino el límite del gueto, y enseguida se levantará un muro de ladrillo de tres metros. ¡Van a saber quién es Hans Frank! Por otra parte tenemos más de cien mil judíos actualmente

mezclados con los polacos, que deberán ser trasladados al interior del gueto en cuando esté acabado de vallar. En total calculamos que cerca de cuatrocientos mil deberán ir a parar ahí dentro. ¡Van a estar ahí como sardinas en lata, pero es lo que merecen! Todo ello figura en el memorándum que le entregaré para el Reichsführer. En él se analiza la administración del gueto, hasta lo más mínimo, incluso las calorías que se les van a proporcionar por persona y día. ¡Está todo bien estudiado! Con esa dieta, pensamos que los más débiles no aguantarán, siguiendo el detallado plan que me entregó Heydrich. ¡No queremos gente inútil! ¡Los niños, los enfermos, los ancianos no nos son de utilidad! Naturalmente la imagen que pretendemos dar es muy diferente. Por indicación del propio Reichsführer vamos a permitir que el Comité Conjunto Judío-Estadounidense de Distribución realice una distribución de alimentos, aunque de una manera muy controlada, y sin poder salir de la zona de acceso al gueto. Desde allí se llevarán los carritos con sopa al interior. Hemos calculado que eso nos ahorrará una parte importante de alimentos. ¡En cualquier caso lo que les proporcionen ellos se lo restaremos nosotros! Y al tiempo servirá como contra propaganda en Estados Unidos, donde resulta que según un estudio que hemos realizado discretamente tenemos muchos seguidores. Todo el informe se le ha preparado para que no tenga que molestarse, y si necesita algún dato más me lo pide a mí, que se lo proporcionaré de inmediato.

Stefan Gessner sonrió satisfecho.

—Muchas gracias gobernador Frank. Mejor así. Conociendo al Reichsführer, no dudo que el informe se ajustará a la realidad.

—¡Por supuesto, general Gessner! ¡No se preocupe por eso! Bien. Le he reservado la suite del Hotel Bristol. ¡Sigue en pie afortunadamente! Ahí no va a faltarle nada. Lo que necesite. Me he permitido invitarle a cenar esta noche. Tengo una pequeña sorpresa para usted. Ya sabe. ¡El reposo del guerrero! A las seis y media lo recogerá un coche para llevarlo a mi residencia. Vaya al hotel y descanse. Varsovia es ahora una ciudad caótica. Es más seguro no pasear por ella. ¡Esos malditos judíos están locos y se puede esperar cualquier cosa! ¡Hasta luego, Gessner! Es un placer volver a verle.

Stefan Gessner se dirigió al hotel en uno de los vehículos oficiales. Durante el trayecto pudo ver la situación de la ciudad. Mucha gente deambulaba como si no supiera donde ir. Había grupos negociando en el mercado negro a pesar de la

prohibición. Una gran cantidad de soldados alemanes vigilaban las calles. Los bombardeos habían destruido una gran parte de la ciudad que intentaba seguir adelante. Pasó por donde se estaba cercando el gueto y el chófer se lo hizo notar. Grupos de niños se hacinaban al otro lado de la alambrada.

—Están buscando comida. Algunos soldados les tiran pan para divertirse viendo como pelean por él, aunque el gobernador lo ha prohibido.

El chófer lo comentó con un tono natural. El automóvil se detuvo frente al Hotel Bristol y un mozo se acercó para coger su maleta. Entró en el vestíbulo. Allí el ambiente era el de cualquier hotel de Alemania. El recepcionista tenía su reserva hecha, aunque en el interior del hotel prácticamente todos los clientes pertenecían a la Wehrmacht, salvo algún paisano, por supuesto alemán.

Un mozo lo acompañó a una de las suites de la tercera planta. Se asomó a la ventana. Todo parecía normal, salvo por los soldados en las esquinas tras las barricadas de sacos terreros, y algunos de los edificios en ruinas. Sin embargo la habitación estaba impecable, incluso con rosas frescas en un jarrón. Se duchó con agua caliente mientras imaginaba lo que habría querido decir Frank con lo del reposo del guerrero. Se cambió de uniforme pensando en la cena con el gobernador Hans Frank. No era alguien con clase, solo un tipo untuoso y servil por otra parte, que acababa de ser ascendido a SS-Obergruppenführer. Esperaba que pronto se reconociesen sus propios méritos.

A la hora prevista le recogió un coche para conducirlo a la residencia del gobernador. Un edificio protegido por una sección de las SS y con acceso restringido por las calles que llevaban a él. Frank lo aguardaba también de uniforme. Era la norma en aquellos días. El interior mostraba una atmosfera recargada, atiborrada de muebles, cuadros y objetos artísticos. La calefacción central mantenía una agradable temperatura. Frank señaló algunos de los cuadros y le dijo que si le gustaba alguno o cualquier detalle se lo regalaba.

—Todo esto se hallaba en las lujosas residencias de esos judíos ricos. Algunos de estos cuadros valen mucho dinero, pero hay tantos que ya no sé qué hacer con ellos, y muchos pertenecen al llamado arte degenerado. ¿Qué opina usted? En París los aprecian más que aquí. Ahora vamos a cenar tranquilamente y después le he preparado una pequeña fiesta privada si le apetece. Creo que el cocinero se ha pasado, ¡no deseo engordar más! Pero en fin… ¿Un poco de caviar? Le sorprendería de dónde me llega ahora que somos socios de los

soviéticos. Yo les proporciono otras cosas. Así es la vida. Este es magnífico, le enviaré unas latas al hotel. También tenemos buen champán francés, pero eso ya no es ninguna novedad. ¡Este año todo el mundo en Alemania está bebiendo champán francés, menos los franceses!

Frank intentaba ser un anfitrión encantador. Hablaron un poco de todo. Se comentaba que Italia iba a invadir Grecia para impedir que cayera en manos británicas. Frank le aseguró que todo iba viento en popa para el Reich. Le contó que su familia seguía en Alemania y que no se reunirían con él hasta más adelante. Conocía la estrecha relación de Gessner y de su hermano con la cúpula, y no quería dejar nada al azar. Estaban acabando de cenar. Entrecerró los ojos sonriendo beatíficamente para referirse a la sorpresa.

—Y ahora, amigo mío, permítame una pequeña sorpresa. Le permito escoger. ¿Qué prefiere, una muchacha de trece, quince o dieciocho? ¿O tal vez dos? Son judías, así que les hacemos un favor. ¡Después de todo son vidas que no valen nada! ¡Puede hacer con ellas lo que quiera! ¡De todas maneras de aquí las deportamos a Auschwitz y asunto concluido! ¡Como esas tenemos para dar y tomar! Al terminar pueden llevarse algo de comida. ¡Ah, Varsovia! ¡Después de todo este lugar tiene algunas ventajas!

Stefan asintió. No tenía nada que objetar. En Berlín las cosas no eran muy diferentes, sabía muy bien lo que estaba sucediendo con muchachas y muchachos judíos apenas adolescentes, que eran entregados a muchos jefes del partido como esclavos sexuales, aunque nadie se atreviera a hablar de ello. Él no iba a cambiar el mundo. Se decidió por dos de quince años y Frank palmoteó entusiasmado por la elección. Luego lo invitó a pasar a un amplio dormitorio de estilo rococó, con cortinajes de damasco, muy recargado, como el resto de la mansión. Una enorme cama con baldaquín y grandes espejos que devolvían las imágenes. Aquel lugar no parecía la residencia de un gobernador, sino un enorme almacén de objetos robados. Era un ambiente opresivo. Se encogió de hombros. En una mesa auxiliar disponía de un amplio surtido de bebidas. Se sirvió un brandy, se quitó los zapatos, la chaqueta, la camisa y el pantalón para acostarse en la cama. Apagó algunas lámparas. Tenía que reconocer que Hans Frank sabía lo que estaba haciendo al convertir a sus invitados en cómplices de sus andanzas.

Unos minutos más tarde entraron dos muchachas con aspecto de colegialas,

no tendrían aún quince años y parecían no saber lo que esperaba de ellas. Se mantuvieron unos minutos junto a la puerta, sin apercibirse al principio de su presencia a causa de la penumbra. Pensó que mujeres y niñas siempre habían sido botín de guerra. Ahí estaban Briseida y Criseida, esclavas de Agamenón, tal y como Frank se había referido al reposo del guerrero. Sonrió, aquel tipo tal vez tendría un sentido siniestro del humor, pero humor después de todo.

# 93. EL GUETO JUDÍO (VARSOVIA, OCTUBRE DE 1940)

Esther Dukas era mayor de edad desde el 28 de junio, cuando había cumplido veintiún años. Desde aquel mismo día advirtió a su madre que ella no iba a permanecer con los brazos cruzados, deseaba poder demostrar de lo que era capaz. Selma asintió, podía comprenderla perfectamente, ella había sido muy parecida a su edad. El fotógrafo de Tesalónica le hizo unas fotos de carnet y al día siguiente su abuelo David la acompañó a Atenas, a la embajada de los Estados Unidos en Grecia, donde solicitó el pasaporte americano. Al principio, cuando presentó los documentos firmados por el presidente Woodrow Wilson, los funcionarios tuvieron algunas dudas, pero con los certificados originales sellados y rubricados expedidos por la embajada norteamericana en París, declarándola ciudadana de los Estados Unidos de América, las cosas se aclararon, y el propio embajador la invitó a pasar a su despacho para conocerla. Le prometió que unos días más tarde recibiría el pasaporte en su casa de Tesalónica. Por supuesto le aseguró que no tendría el menor problema si deseaba viajar y residir en América. Era su derecho.

Esther Dukas le explicó en excelente inglés que deseaba cambiar su nombre y apellido a Esther Duke, ya que pensaba irse a vivir a los Estados Unidos muy pronto, y para que figurara así en su pasaporte. El embajador le aseguró que no habría problema y que solo debía firmar unos formularios para ello. Mucha gente lo hacía así para integrarse mejor en la cultura anglófona. Después le dijo que quería ingresar como voluntaria en CENTOS, la organización financiada por el Comité Conjunto Judío-Estadounidense de Distribución, que estaba ayudando a los judíos del gueto de Varsovia. El embajador la miró extrañado, y le dijo que lo haría, pero que debía ser muy prudente. Aunque los Estados Unidos no estaban en guerra con Alemania, las relaciones eran muy complicadas y tensas entre los dos países.

Lo que Esther no le contó al embajador era que desde que tenía dieciocho

años pertenecía al «Irgun Zevai Leumi», la Organización militar Nacional en la Tierra de Israel, comandada en aquellos momentos por David Raziel, ni que tuviera una misión que cumplir una vez que obtuviera el pasaporte. Ella no había hecho caso de los consejos, advertencias y amenazas de su madre en relación a todo ello. Cuando con quince años viajó a Palestina para pasar unos meses en un kibutz, con su pasaporte austríaco, todo cambió para ella. Fue entonces cuando se inscribió en las juventudes del Irgun. Después volvió en varias ocasiones, la última entrando en el protectorado británico ilegalmente. El camino elegido por el Irgun no coincidía con los criterios políticos sionistas, incluso iba en contra de ellos en algunos puntos. Pero Selma tenía cuarenta y cinco años mientras que Esther acababa de cumplir veintiuno. Por mucho que ambas mantuvieran una ejemplar relación materno-filial, sus coincidencias en muchos puntos eran mínimas.

Ocho días más tarde llegó a su casa en Tesalónica un aviso de carta certificada para Esther Dukas, tal y como había dejado escrito en su dirección. Tuvo que acercarse a la oficina postal a recogerla. Cuando abrió el sobre marrón con el remite de la embajada, encontró un flamante pasaporte de los Estados Unidos a nombre de Esther Duke, con su fotografía y un documento oficial sellado, acordando el cambio de nombre para evitar problemas. La acompañaba una carta del embajador explicándole que si deseaba viajar a los Estados Unidos y dada la situación en Europa la embajada le proporcionaría la ayuda precisa. Se lo mostró a sus abuelos y más tarde se dirigió a la agencia donde encontró a su madre y a Lowe. Selma recordó con cierta nostalgia cuando Woodrow Wilson había concedido la nacionalidad a su hija, mientras pensaba que el tiempo pasaba demasiado deprisa.

—¡Recuerda que también eres francesa! ¡Así que si en un momento dado lo necesitaras, en los documentos de tu carpeta en casa está escrito muy claro!

Esther pensó que por el momento era suficiente con su nuevo pasaporte. Debido a la situación ya no podía considerarse una ciudadana austríaca, sino en todo caso, cara a las autoridades del Reich, una judía austríaca. A ella no le darían el pasaporte si volvía a entrar en Austria, y en todo caso se lo marcarían con una J mayúscula de gran tamaño impresa en rojo, y no le permitirían volver a salir del país. Por tanto era mejor que no lo intentara, al menos como Esther Dukas. La estadounidense Esther Duke tenía otras posibilidades.

Selma ya no podía prohibir nada a su hija; que hiciera lo que creía que tenía que hacer en la vida. Era su responsabilidad. Pero le aconsejó, le explicó cómo estaban actuando los alemanes en relación con los judíos. Esther Duke era por encima de cualquier otra cosa ciudadana norteamericana, pero le advirtió de que los nazis en muchas ocasiones se saltaban los acuerdos internacionales. Tendría que actuar con suma prudencia. Selma era muy consciente del enorme riesgo que Esther iba a asumir, pero no quería interponerse, quejarse, separarse enfadada con su hija. Era su decisión y tenía que respetarla, aun sabiendo que podría llegar a perderla. Le dijo que saludara de su parte al doctor Janusz Korczak, a quien había conocido en Palestina.

El 13 de octubre Esther Duke tomó el tren nocturno para Viena, decidida a llegar hasta Varsovia. Nadie podía prever que pocas horas más tarde comenzaría la invasión italiana de Grecia, ya que a pesar de que era un secreto a voces nadie lo creía. Al despedirla en la estación de Tesalónica su abuelo David Goldman no pudo dejar de emocionarse. Su abuela Rachel la abrazó orgullosa. Selma hizo lo mismo aunque en un aparte suspiró al verla subir al vagón. Lowe que también hubiera querido acompañarla le dio los últimos consejos acerca de los polacos. Además del pasaporte americano llevaba la documentación que la acreditaba como miembro del «American Jewish Joint Distribution Comittee», y un visado expedido por el gobierno del Reich en Viena para poder viajar a Varsovia, que no había resultado fácil de obtener a pesar de que los nazis querían demostrar que facilitaban la ayuda a los refugiados, incluso a los judíos. Esther iba muy digna en su papel, orgullosa de ser hija de su madre, de haber tomado aquella decisión, de pensar que estaba cumpliendo con su deber, no solo intentando ayudar a los judíos de Varsovia, sino al futuro «Eretz Israel».

Dos días más tarde llegó a Varsovia, tras tener que pasar varios controles y permanecer casi ocho horas en la estación de Berlín, ya que la situación lo había complicado todo. Los trenes militares y de avituallamiento con destino o llegada desde Polonia tenían preferencia, y muchos funcionarios del partido estaban yendo y viniendo en aquellos días. Prefirió permanecer en la estación ya que pensó que le resultaría muy difícil salir y que tendría que dar muchas explicaciones para volver a entrar. Ni siquiera su pasaporte la libraba de continuas preguntas inquisitoriales. Sin embargo no se sentía asustada, sentada allí en la cafetería de la estación, viendo las interminables compañías de

soldados subir a los trenes, tantos policías de paisano y de uniforme, reflexionaba que todo aquello que estaban llevando a cabo los alemanes, como la anexión de Austria al Reich, la invasión de Checoslovaquia, la cruel guerra contra Polonia con la destrucción de tantos pueblos y ciudades, y la muerte de muchas personas, la campaña contra Bélgica, Holanda y Francia, la guerra contra Gran Bretaña, eran demasiadas ofensas a la inteligencia y al sentido común como para que aquello terminara bien, y le parecía increíble que los alemanes no lo hubieran comprendido. A pesar de su corta experiencia tenía la certeza de que aquello era la demostración de cómo unos pocos insensatos y malvados se habían apoderado del alma de todo un pueblo. Desde que los nazis se habían hecho con el poder, en Alemania y después en Austria, ya no valían las palabras si no la fuerza. Unos y otros, todos chillaban órdenes perentorias. De vez en cuando alguien se le acercaba y le pedía la documentación. Ella le mostraba el pasaporte americano y el visado grapado al mismo. Lo estudiaban despacio y al final se lo devolvían sin más comentarios. El embajador americano en Atenas le había proporcionado una carta sellada con el membrete de la embajada americana en Atenas, válida para cualquier otra autoridad diplomática si fuera necesaria, además de un listado de los embajadores y consulados de los Estados Unidos en Europa, con las direcciones y teléfonos directos.

Por fin pudo partir para Varsovia. Las únicas mujeres que viajaban eran un grupo de enfermeras alemanas del ejército, en el mismo vagón. La observaban sin disimulo, preguntándose quién sería aquella misteriosa joven que viajaba sola a Varsovia y qué iría a hacer allí. No estaba Polonia como para hacer turismo.

Finalmente llegó a la estación de Varsovia. Repleta de tropas en desplazamiento. Allí la aguardaba Andrew Carpenter, un diplomático norteamericano encargado de los intereses americanos en Polonia. La condujo a la embajada, advirtiéndole que debía ser discreta, prudente y paciente. Los nazis no respetaban a nadie y la situación de los judíos de Varsovia era terrible. Unos cuantos habían obtenido el visado para viajar a los Estados Unidos, pero les ponían toda clase de trabas burocráticas para evitar que pudieran escapar. Andrew le dio algunos consejos mientras se dirigían a la embajada.

—Tu pasaporte es muy importante. ¡No lo pierdas y que no te lo roben! En estos tiempos Varsovia y toda Polonia son un caos. Llévalo en un bolsillo

interior de difícil acceso. De todas maneras te voy a hacer otro carnet que demuestra que eres norteamericana en misión de ayuda humanitaria, además del que te entregarán aquí. No los lleves todos juntos. Si tuvieras un problema o te detuvieran no hables en alemán ni en polaco. Solo en inglés. No te metas en el interior del gueto que está cerrado con alambradas, verás que están comenzando a construir un muro de ladrillo. Solo podrá llegar hasta la compuerta neutral donde se distribuye la ayuda. Vienes para colaborar en el Comité Judío Americano, pero si te preguntan nunca digas que eres judía. Por cierto, ¿eres judía? Me lo imaginaba. Deberás tener especial cuidado, ya que para ellos, con pasaporte o sin él, no somos humanos. Te haré una advertencia; verás muchos niños judíos que te pedirán ayuda desesperadamente desde el otro lado de la alambrada. No te impliques. Sé que es terriblemente duro lo que te estoy diciendo, pero si lo haces y te ven no conseguirás nada por ellos y te expulsarían del país.

Si quieres hacer algo por los niños del gueto hay alguien que debes conocer. El doctor Janusz Korczak, y su compañera Stefania Wilczynska. Ellos son los más apropiados para canalizar la ayuda. Solo podrás encontrarte con ellos en la exclusa neutral de la entrada principal del gueto. Tienen permiso del Judenrat para salir hasta allí, ya que los alemanes no permiten a los judíos abandonar el gueto, solo a los trabajadores que deben volver al terminar la jornada y que son contados uno a uno. Permíteme que insista. No seas imprudente. Si quieres ser útil sigue las normas. Si no lo haces y se dan cuenta te pondrán en la frontera o te asesinaran y dirán que ha sido un judío loco. ¿De acuerdo?

Esther asintió. Entre Lowe y su madre le habían endilgado el día anterior a su partida un responso muy parecido. En la embajada le presentaron a su coordinador, Lewis Auster, un judío americano, un hombre delgado y alto, que se presentó como profesor de la Universidad de Columbia, de unos cuarenta años, que se encargaba de la logística del Comité para hacer llegar los víveres hasta el gueto. Él sería el encargado de acompañarla durante los primeros días.

Por la mañana, a las seis y media, Auster compartió café y tostadas con ella. La miró gravemente antes de darle la noticia.

—No sé si sabes que Italia declaró ayer la guerra a Grecia y que la ha invadido por el suroeste. Nadie sabe lo que ocurrirá, pero como puedes comprender es una terrible noticia. Esther tragó saliva. Podría afectar a su

familia. Asintió sin saber qué responder.

Luego, desde el edificio cercano a la embajada donde tenía su sede el Comité, se dirigieron en un autobús que llevaba la bandera americana pintada a cada lado, seguido de varios camiones cargados con alimentos hasta el gueto.

—Parece que llevamos algo importante en esos camiones, pero debes saber que dentro del gueto están hacinados cerca de trescientos mil judíos. En estos días están llevando a cabo redadas por toda la ciudad y trasladándolos al gueto. Se calcula que al menos otros ciento cincuenta mil. ¡Es una verdadera barbaridad! ¡No hay sitio material para uno más! Hay muchos ancianos, enfermos, niños, y no podemos atender ni al uno por ciento. Es más para que se den cuenta de que no los hemos abandonado que por otra cosa. No nos permiten llevarles verduras, ni pescado o carne fresca, y muy pocas medicinas. Los alemanes son gente inhumana. No hemos podido convencerles de hacer más. Para ellos ese lugar es una especie de cementerio viviente, y el resultado está siendo terrorífico. Los más débiles ya están cayendo y con ayuda o sin ella, me temo que morirán. Te diré que siento una profunda vergüenza de ser americano. ¡Tendríamos que estar haciendo mucho más, y abrirles las puertas de nuestro país de par en par! ¡Esta gente enriquecería nuestro país! ¡Pero allí hay mucho antisemitismo y mucha hipocresía! El presidente habla mucho de libertad y democracia, pero no se decide a hacer algo de verdad por los judíos, y los grupos antisemitas están ganando la partida. Tal vez cuando pretendan hacer algo será ya tarde.

»Observa a tu alrededor, podrás comprobar cómo actúan estos civilizados y cultos alemanes. ¡Han destruido el setenta por ciento de la ciudad con bombardeos indiscriminados, han asesinado fríamente a decenas de miles de intelectuales, profesores, maestros y militares polacos! ¡Una destrucción calculada y programada de un país! En cuanto a los judíos polacos, tengo la absoluta certeza de que pretenden aniquilarlos, igual que a todos los judíos que caigan en sus manos.

Cuando llegaron a la puerta del gueto los alemanes les hicieron descender del autobús y comprobaron su documentación minuciosamente. El teniente alemán se dirigió a ella para decirle que debía inscribirse en el listado de los que podían llegar hasta allí. Auster la acompañó y le hicieron una ficha. Esther nunca había tenido miedo, pero aquella situación imponía. Pudo presenciar el trato que los

alemanes daban a unos judíos que traían al gueto. Golpes, gritos, incluso una paliza con porras a una pareja que se retrasó unos segundos. Auster tuvo que contenerla para evitar problemas.

En voz baja le explicó que no podían hacer nada por aquella gente.

—¡No intervengas! ¡Si lo haces te expulsarán de Polonia de inmediato! Ya te acostumbrarás, la guerra es algo atroz en todos los sentidos, y los que más sufren son los que menos culpa tienen.

Luego resultó que los apaleados eran sordomudos. Los alemanes no se inmutaron y siguieron gritándoles.

—Son unos miserables y unos cobardes desgraciados —Esther apretaba el brazo de Auster mientras le susurraba lo que pensaba.

Poco después pudieron comenzar la distribución. Allí conoció a Emanuel Ringelblum que llevaba la «Zydowska Samopomoc Spoleczna», la Ayuda Social Judía en el interior del gueto. Un hombre de unos cuarenta años. El Judenrat le había dado un permiso para llegar hasta allí y hacerse cargo de parte de la ayuda para luego distribuirla. El hombre estaba agobiado, ya que cada día llegaban miles de judíos al gueto, trasladados allí por la fuerza, ya no había sitio material para uno más. Tal y como Auster le había contado un rato antes, lo que llevaban era apenas lo necesario para alimentar un día a tres o cuatro mil personas. ¿Y el resto? La pregunta hizo que Ringelblum la mirase con los ojos húmedos. Era un milagro que el resto pudiera seguir un día más. Comenzaba a haber graves problemas de abastecimiento y los más débiles estaban sufriendo los efectos.

A pesar de que Esther creía estar preparada para ello, no podía aceptar aquella realidad. Se estaba dando cuenta de que las cosas eran mucho peor de lo que ella había imaginado. Auster se lo comentó más tarde, cuando volvieron al edificio del Comité. Allí se reunían los voluntarios y comían juntos. Aquel día no pudo probar bocado, sentía nauseas. Auster la observaba comprensivo. A él le había ocurrido lo mismo.

Después comenzó una rutina. Todos los días tenía que hacer lo mismo. Veía a grupos de niños y muchachos al otro lado de la alambrada. Columnas de judíos con sus típicos ropajes negros conducidos hacía el gueto como ovejas al matadero. Un día y otro más, y otro. Vio como construían un muro de ladrillos traídos de los edificios bombardeados de tres metros de altura, rematado con trozos de vidrios rotos. Auster le contó un día que la tarde anterior un niño había

encontrado un hueco en la alambrada y escapado. Los guardias de las SS lo habían golpeado hasta matarlo allí mismo.

Lloró de rabia y de impotencia. También le preocupaban las noticias que llegaban de Grecia. La guerra iniciada por los italianos, que eran los aliados de los alemanes en el llamado «Eje». Si Grecia llegaba a caer en manos de los alemanes era evidente que los judíos griegos peligrarían. No podía soportar pensar que a sus abuelos, a su madre, a Lowe, pudiera sucederles algo parecido a lo que estaban sufriendo los judíos polacos, y esos pensamientos le impedían dormir.

Ella había vivido toda su vida entre austríacos y tenía muchos amigos alemanes. No podía comprender aquella mutación. Como unas gentes cultas y reflexivas se habían transformado en tan poco tiempo en aquellos feroces guerreros sin aparentes sentimientos, sin compasión ni misericordia hacia otros seres humanos del Tercer Reich, utilizando un lenguaje que ella no había oído hasta entonces, en el que las amenazas, los insultos, la crueldad manifiesta, eran la forma de dirigirse a los judíos. Llegó a dudar de si aquellos alemanes tendrían alma.

Hablaba mucho de todo ello con Lewis Auster que se había convertido en su amigo y mentor. Lewis era profesor de filosofía en Columbia. Se había presentado voluntario al Comité por un impulso interior. A fin de cuentas era soltero y pensaba que no tenía nada que perder.

—Comprendí que no podía seguir dando clases de ética y mirando para otro lado. Que sería una terrible experiencia pero que no podía ni debía evitarla. Ahora sé que el hombre es algo mucho peor que lo que nos explicaba Plauto, en Asinaria: «*Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*». Hitler inició un cambio del que está surgiendo lo peor de cada uno. El hombre siempre se encuentra en el filo de la navaja entre el bien y el mal. Ese malvado individuo ha sacado lo peor de los alemanes. Luego, cuando esto haya pasado, y a mí no me cabe la menor duda de que terminará al precio de una catástrofe para el mundo entero, los que ves ahí patrullando las calles, los que apalean a los judíos sordomudos porque han tardado un instante más en atender a sus órdenes, los que el otro día asesinaron al niño judío en la alambrada, los que han planeado encerrar a cientos de miles en un infierno, los que han ejecutado fríamente a los intelectuales polacos, los que instigaron las leyes de Núremberg, los que planean

acabar con los judíos europeos siguiendo las enseñanzas del Führer en «Mi lucha», asegurarán que ellos no sabían nada, que participaron sin ser conscientes de lo que hacían, que solo obedecieron ciegamente las órdenes para no perecer ellos también. ¡Y no será cierto! Todos ellos pueden elegir en cada instante. La cobardía, la sumisión al tirano, la crueldad instigada por otros, deben ser siempre colocadas en la balanza que llamamos alma o espíritu. Lo que ocurre es que pretenden transformar sus ambiciones a costa de su ética. No les preocupa lo que pueda sucederles a los judíos, ni a los polacos y eslavos en general, ni a los gitanos, ni a nadie que se interponga en su camino. Pero fracasarán. Esto es una atroz pesadilla que se llevará a millones de seres humanos por delante. En algún momento terminará y el mundo seguirá adelante. ¿Y todo el mal que se está haciendo? ¿Solo será historia? ¿Será gratuito todo esto? No. Creo que tanto el bien como el mal seguirán ahí mientras dure la humanidad.

Esther comprendía a Lewis Auster, alguien que estaba allí porque su conciencia se lo dictaba, intentando ayudar aunque supiera que solo era un grano de arena en un mar de maldad y cobardía. Una mañana Ringelblum llegó a la puerta desde el interior acompañado por otro hombre. Mientras se hacía la entrega de la sopa, lo único que los alemanes permitían, le pasó unos papeles y le dijo que los escondiera para que los alemanes no los vieran. Estaban escritos en yiddish. Al volver al Comité se lo comentó a Lewis. Era un documento del grupo «Oyneg Shabbos» en el que se les pedían determinados medicamentos y herramientas. Debían introducirlos en recipientes herméticos en el interior de los tanques donde llevaban la sopa.

Era un enorme riesgo pero decidieron asumirlo. Ella se encargó de reunir los medicamentos, y Lewis las herramientas. Encontraron unas cajas de hojalata y las llenaron con todo aquello. Luego las sellaron como pudieron, confiando en que aguantarían. Por la mañana iban tensos y nerviosos, pero todo salió bien.

Volvieron a repetirlo en varias ocasiones, jugándose la vida. Los alemanes no pasaban ni una, controlaban todo estrictamente, y amenazaban con fuertes represalias. Esther había sido testigo de cómo actuaban cuando las cosas no se hacían como ellos deseaban. Todos los días salían varios camiones cargados de cadáveres que iban a fosas comunes. Muchos morían de inanición, otros de enfermedad al no poder tratarlos, y algunos por represalias, por haber intentado escapar, o por una simple desobediencia.

Adam Czerniaków, el presidente del Consejo Judío del gueto, consiguió de los alemanes poder mantener una reunión con miembros del Comité. Los alemanes cedieron sabiendo que la disciplina del gueto solo podría mantenerse si el Judenrat colaboraba, y accedieron con estrictas condiciones. La reunión se mantendría en el edificio del Consejo Judío en el gueto. Lewis Auster y Esther Duke se hallaban entre los seis miembros que podrían entrar. No se explicaban como el director de las SS había permitido aquella reunión, pero les advirtieron que una docena de guardias de las SS, y otros tantos Judendienstordnung o policía judía controlarían la reunión. Los integrantes de la policía judía entendían el yiddish y el hebreo básico, por lo que por tanto no se podría hablar más que de las peticiones que el Judenrat quería hacerles, que además deberían ser aprobadas por los alemanes.

La reunión se programó para el 15 de diciembre a la tres de la tarde. Una ola de frío siberiano había traído la nieve a Varsovia, y las calles sucias y renegridas por los incendios ocasionados por los bombardeos aparecieron blancas, como si el cielo quisiera cubrir todas aquellas miserias humanas con un manto inmaculado. Fueron hasta el gueto en el autobús, en absoluto silencio ya que cuatro SS subieron con ellos. Esther pensaba si aquellos individuos no tendrían corazón, ni alma. Uno de ellos la miraba fijamente, como si quisiera provocarla.

Llegaron a la puerta principal, a la especie de plazoleta o esclusa donde cada mañana se hacía la entrega de la sopa. Allí se les unieron otros dos SS y media docena de miembros de la policía judía. Caminaron en silencio hacia el interior del gueto, atravesaron un callejón que unía el gueto norte con el gueto sur. Mientras podía notar como mil ojos los observaban desde todas partes. Aunque debido al frío apenas si se veía gente por la calle, el gueto era como un hormiguero gigante en el que unos y otros iban y venían, intentando sobrevivir. Había bastante policía judía vigilando el trayecto, ya que era inusual que miembros de las SS entraran allí. Y menos aún miembros del Comité Americano. Sabían que se jugaban la vida. Esther estaba comprendiendo la diferencia esencial de poseer el pasaporte de los Estados Unidos. En otro caso hubiera sido otra más de aquellas mujeres y niñas judías que no poseían ningún derecho.

Estaba tomando nota de todo lo que veía para poder contárselo a su madre. Ella le había dicho que cuando volviera pensaba escribir sobre todo aquello al presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, en nombre de la antigua amistad

que el fallecido presidente Wilson le había otorgado. Mientras caminaba por el interior del gueto intentó mantener la serenidad, ser fuerte sin conseguirlo. De pronto comenzó a sollozar. Era algo superior a sus fuerzas. Lewis, que podía entender lo que estaba pasando por su interior, la tomó de la mano hasta que llegaron al edificio donde se hallaba el Consejo Judío. Esther tuvo la impresión de una oficina gris, con un mobiliario recogido de aquí y de allá, un ambiente opresivo y oscuro.

Los recibió Adam Czerniaków, un hombre de profundos ojos y mirada triste, de unos sesenta años, que les presentó a algunos de sus colaboradores. Los SS que los acompañaban saludaron con un leve movimiento de la cabeza. Se sentaron alrededor de una mesa, y se disculparon por no poder ofrecerles nada. Czerniaków tomó la palabra.

—Poco hay que explicar. Soy Adam Czerniaków, fui designado presidente del Judenrat por los alemanes, no por mi voluntad. No me dieron opción, y alguien tiene que hacerlo. Se nos ha encerrado en este gueto de apenas diez kilómetros cuadrados en el que ya hay cerca de cuatrocientas mil personas. La densidad de población es más de veinte veces superior a la del resto de la ciudad. No se nos están procurando los alimentos necesarios. De hecho apenas llevamos dos meses y ya ha comenzado a morir gente de hambre. No se nos proporcionan medicinas, ni ropas de abrigo suficientes. Cada día llegan miles de personas al gueto, y las condiciones higiénicas son deplorables. No tenemos modo de calentar los edificios, y con estas temperaturas los más ancianos y los niños morirán de frío. Solo hay trabajo para unos pocos, apenas para el uno por ciento de la población, que al menos recibe una comida al día a cambio de ese trabajo. El resto no tiene modo de ganarse la vida, lo que quiere decir que estamos condenados a morir lentamente. Dependemos por tanto de las cantinas de comida, como la del Comité.

En aquel momento el comandante de las SS lo interrumpió con malos modos.

—¡Czerniaków! ¡Está usted acabando con mi paciencia! ¡Es usted tan mentiroso como los demás judíos! Sabe muy bien que todos ustedes están aquí provisionalmente, eso se lo garantizo. Estamos en guerra, y por tanto las condiciones de distribución de alimentos son deficientes por culpa de los polacos y de ustedes mismos. Se les ha permitido organizarse dentro del gueto y esa es su responsabilidad. No se les han puesto trabas para que organicen actividades

culturales, teatro, música, conferencias. ¿No es suficiente? Reconozca de una vez que el problema son ustedes mismos, ahora no tienen posibilidad de engañar con sus trucos, ni de practicar la usura ni otras malas artes a los polacos y las emplean con los residentes del gueto. Ahora se puede ver como son ustedes en realidad: sucios, ignorantes y desorganizados. Así que déjese de historias, y limítese a explicar sus necesidades básicas para ver si podemos llegar a un acuerdo. Eso mejorará si se nos permite organizarlo, en lugar de poner trabas constantes y quejas sin fundamentos. El Comité está aquí por benevolencia del gobernador y como demostración de que no tenemos nada que ocultar. Prosiga.

Czerniaków era sin duda un hombre paciente, acostumbrado a escuchar insultos y a seguir intentándolo. No se inmutó al escuchar al SS. Esther estuvo a punto de explotar y Lewis tuvo que apretarle la mano por debajo de la mesa.

—Como usted diga, señor comandante. La cuestión es que sería importante que llegara más alimento. ¡Es absolutamente insuficiente! En cuanto a las medicinas básicas podrían intentar que el gobierno alemán las permitiera. También que se nos proporcionase carbón, serrín, para poder calentar al menos el hospital que estamos organizando y los orfanatos como el del doctor Janusz Korczak, al que no se ha permitido asistir a esta reunión.

En aquel momento el comandante SS se puso en pie. No parecía dispuesto a seguir escuchando tonterías.

—Bien. Se levanta la sesión. Ya están informados los miembros del Comité directamente tal y como quedamos. Se estudiarán las peticiones. ¡Y no se queje tanto Czerniaków! ¡Siguen vivos! ¡Los alemanes somos compasivos y civilizados! ¿O tiene algo en contra que desee que se lo transmita al señor gobernador? Nos vamos. No hay más preguntas.

Lewis Auster intentó hablar, pero el SS que se hallaba junto a él le empujó hacia la puerta. El comandante se quedó mirándolo.

—No abusen de nuestra paciencia por el hecho de poseer pasaportes americanos. Para nosotros solo son judíos afortunados, pero siguen siendo judíos.

Volvieron a salir. Caminaban en silencio. De improviso una mujer salió corriendo de uno de los edificios y se dirigió hacia ellos. Llevaba algo envuelto en un chal. Se plantó delante de Auster y abrió el chal. Era el cuerpo sin vida de un niño de pocos meses. El SS le dio un violento empujón y el cuerpecillo cayó

al suelo. La madre se agachó para cogerlo al tiempo que el SS volvía a empujarla y la mujer rodó por el pavimento helado. Esther observaba con los ojos abiertos de par en par. No fue capaz de permanecer en silencio.

—¡Déjenla tranquila! ¡Pero es que no tienen ustedes alma!

Lewis le puso la mano en la boca. No quería que se comprometiera. Esther sollozaba. La mujer se incorporó, cogió el cuerpecillo y salió corriendo hacia el portal del que había salido. Aquella escena apenas había durado un minuto. Siguieron caminando hasta que salieron del gueto. Al llegar al autobús del Comité, el comandante SS se colocó delante de la puerta en el momento en que iba a subir Esther.

—Señorita como se llame. ¡Tiene usted suerte de que los alemanes sí tengamos alma! ¡Son los judíos los que carecen de ella como la historia ha demostrado! ¡Ahora váyanse antes de que se me agote la paciencia!

Volvieron al Comité en absoluto silencio. Lewis podía comprenderla pero no quería reconvenirla. Esther observaba en silencio las calles de Varsovia mientras las lágrimas corrían sin parar por sus mejillas.

## 94. OPERACIÓN «MARITA» (TESALÓNICA, ABRIL DE 1941)

Por algún motivo Moshe Zeev se mantuvo en contacto con David Goldman. Tiempo después volvieron a encontrarse, Zeev le dijo que necesitaba que colaborara en algunos temas y que se olvidara de la edad que tenía. Aseguró que lo que importaba era la cabeza. David aceptó sin tener que meditarlo. Tenía información de lo que estaba sucediendo en Viena, donde miles de judíos estaban siendo deportados a Polonia. Se hablaba de un campo de trabajo en Lublin, pero algunos judíos pensaban que de allí ya no saldrían jamás. David sabía que si permanecía sin hacer nada, su familia podría encontrarse en una situación parecida en algún momento. Estaba convencido de que al menos allí, a Tesalónica, los alemanes no llegarían por el momento.

Tiempo después Zeev le confesó que confiaban en él no solo porque conocían su pasado, sobre todo por la estrecha vinculación de su hija Selma con los líderes sionistas. Sabía incluso que su nieta Esther Dukas formaba parte de las juventudes sionistas y que durante dos años permaneció en un kibutz. Zeev se reservó la información de que la muchacha se había afiliado al Irgun y que tenía información de lo que estaba haciendo en Varsovia.

Cuando a final de febrero de 1941 Zeev le informó que acababa de regresar de Rumanía donde había podido comprobar que los alemanes estaban preparando varias divisiones de la Wehrmacht para invadir Grecia de inmediato, a David Goldman le costó creerlo. ¿Cómo habían podido los alemanes mantener secreto un enorme movimiento de tropas y equipos? Zeev le mostró algunas fotos tomadas por algunos agentes que colaboraban con él. No tenían demasiada calidad pero se podían distinguir aviones con las esvásticas, artillería, tanques, en otras aparecían numerosas tropas acampadas. David se quedó perplejo y preocupado al comprender que la amenaza era inminente. Zeev le comentó que la información sobre la «Operación Marita», el nombre de la invasión alemana de Grecia, ya la tenían los ingleses. A pesar de todo, los sionistas mantenían una

relación de colaboración con los servicios de inteligencia británicos. Los británicos serían unos imperialistas y mucho más, pero existía una clara diferencia en el sentido ético comparados con los alemanes. Eran los buenos contra los malos. Los nazis eran el enemigo común. En la región donde todo aquello estaba ocurriendo, los servicios especiales alemanes habían tomado la precaución de eliminar a sus habitantes. Salvo algunos pastores que habían permanecido prudentemente escondidos en lo más profundo de los bosques y cuevas aisladas, los posibles testigos habían sido aniquilados. En cualquier caso era algo inminente, lo más unas semanas, ya que los alemanes sabían que no podían despreciar el factor sorpresa.

David comentó aquella información con Rachel que se quedó muy preocupada, no solo por Selma y Lowe, a la que consideraba su hija adoptiva, sino sobre todo por la importante población judía de Tesalónica que, aún disminuida por la gran emigración de los últimos años, sobrepasaba las sesenta mil personas. La posible llegada de los nazis hacía peligrar a la comunidad y David fue a hablar con el gran rabino de Tesalónica, Zvi Koretz, que le replicó que no creía que tal cosa fuera a suceder. David intentó huir a Francia con su familia, pero las circunstancias se le habían echado encima.

El rabino estaba totalmente equivocado, ya que el 6 de abril los alemanes invadieron la región de Tesalónica. Apenas hubo resistencia, salvo algunos guerrilleros de la ELAS. Los paracaidistas alemanes caían sobre los pueblos y llevaban a cabo redadas en las que fusilaban sumariamente a los sospechosos de oposición. El día 9 entraban en Tesalónica y ocupaban el puerto y los lugares estratégicos. Una prima de Rachel llegó a su casa asegurando que había llegado del día el guéoulah, el fin del mundo sefardí. Selma y Lowe habían podido escapar a Palestina. Selma les dejó una nota explicándoles que ellos —se refería a Rachel y a él— no podían acompañarla ya que era muy arriesgado, pero que se mantendría en contacto y buscaría la manera de sacarlos de allí. Rachel rezaba dando gracias a Dios porque sus nietos estuvieran a salvo. Jacques en Francia, ya había dado señales de vida, y Esther en el Comité Americano en Varsovia, amparada por su pasaporte. Parecía que la realidad le estaba dando la razón. Se escuchaban continuas detonaciones, en todas partes detenían a los judíos y a los griegos sospechosos de no colaborar. A algunos los fusilaban sobre la marcha, sin más, como si quisieran demostrar que nada los detendría y que era preferible

no oponerse.

Apenas al día siguiente, el doctor Max Merten, un alto oficial alemán de las SS se constituyó como gobernador provisional. De inmediato citó a las autoridades de la ciudad y de la comunidad judía, comenzando por el gran rabino Zvi Koretz, a quien exigió redactar una lista de los hombres más influyentes de Tesalónica. Entre ellos figuraba David Goldman. Los integrantes de la lista fueron citados al día siguiente: no asistir significaba la pena máxima. El doctor Merten los reunió en el salón del ayuntamiento. Les explicó que toda Grecia se hallaba dividida por los tres ocupantes: los búlgaros, aliados del Reich, los italianos que formaban parte del Eje, y las tropas alemanas, que se encontraban fundamentalmente en la región de Tesalónica. Les aseguró que por el momento las leyes de Núremberg no serían de aplicación en Grecia, y que pretendía mantener un «statu quo» positivo. Eso sí, exigió un listado de todas las familias judías, con sus profesiones miembros, y dirección. Allí mismo anunció que quedaban prohibidos los diarios «L'Indépendant», «Le Progrés» y «El mensajero», este en judeoespañol y el más leído por la comunidad sefardita. Añadió que todos los judíos deberían utilizar la Estrella de David para poder distinguirlos de la población griega, pero insistió en que era por su bien.

—Si ustedes no me dan problemas, yo no se los daré a ustedes.

David salió de allí pensando que aquel nazi era un cínico, que les estaba haciendo falsas promesas para evitar problemas.

Durante las siguientes semanas todos los edificios públicos y muchos privados fueron requisados, incluso el hospital. A finales del mes un edicto prohibió a los judíos la entrada en los cafés y restaurantes. A mediados de mayo el gran rabino fue arrestado por la Gestapo. Nadie sabía lo que los alemanes habían hecho con él y se corrió la voz de que lo habían asesinado. Luego se supo que se encontraba en una prisión austríaca.

A principios de junio, David Goldman, dada su condición de especialista en el tema recibió una citación del gobernador para que colaborara con el Estado Mayor Especial, que acababa de llegar a Tesalónica por orden de Rosenberg, nuevo ministro de los «Territorios Ocupados del Este». El Einsatzstab quería requisar los archivos de la comunidad judía con destino al Instituto de Investigaciones Judías, de Frankfurt. David estaba enterado de las manías racistas de Rosenberg, quien mantenía que la influencia de la cultura judía en la

alemana era nefasta, tal y como había manifestado en su libro sobre las teorías raciales, un panfleto racista titulado «El mito del siglo XX». Como investigador, David ya había sufrido la pérdida de los principales archivos durante el gran incendio, y sabía que para la cultura judeoespañola perder los restantes significaría un verdadero desastre. Sin embargo Rosenberg era un hombre influyente, en aquel momento líder del partido solo por debajo del propio Führer, por lo que sus deseos eran órdenes. No pudo evitar que entraran en las sinagogas y en los domicilios de aquellos rabinos y profesores que los custodiaban. Se tiraba de los pelos, pensando que tendrían que haberlos escondido en una especie de genizah para evitar aquel expolio. Gran parte de la cultura sefardí se perdería definitivamente.

Las promesas de Merten se demostraron falsas desde el primer momento. La comunidad judía era maltratada de palabra y obra, los alemanes entraban en los domicilios y se llevaban los objetos de valor. Muchos judíos eran enviados a prisión, se confeccionaban listados de familias por el menor incidente. David sabía lo que aquello significaba. Tenía noticias de lo ocurrido en Bucarest donde los Legionarios de la Guardia de Hierro habían destrozado el barrio judío de aquella ciudad, quemado las sinagogas y asesinados cruelmente centenares de judíos. Algunos fueron degollados, colgados de ganchos de carnicero y expuestos en las calles con rótulos de «Carne kosher», en un brutal escarnio a la cultura y a las creencias judías.

Las cosas no iban a mejorar. Aquella situación se repetía en todos los lugares ocupados por los alemanes. Se enteró a través de amigos de que en la misma Francia los judíos de la zona ocupada no estaban en mejores condiciones que los de Tesalónica. El «Commissariat General aux Questions Juives» demostraba que los nazis pretendían deportar a todos los judíos europeos. Moshe Zeev estaba convencido de ello, e intentaba sacar a los que pudiera de Tesalónica, que se había transformado en una trampa mortal. David le preguntó si él y Rachel podrían huir a Turquía, y de allí intentar pasar a Palestina, pero Zeev le contestó que cada día los alemanes cerraban más el cerco y que tendrían muy pocas posibilidades, ya que estaba resultando muy difícil incluso para gente más joven y en buena forma física. Incomprensiblemente los británicos tampoco estaban favoreciendo la entrada al Mandato, a pesar de conocer la situación cuando los sionistas colaboraban con ellos, como era el caso de Moshe Zeev. Solo dijo que

no era propio de ellos.

Entonces llegó la mala noticia. A finales de abril, miles de judíos habían sido arrestados en París tras una denuncia del movimiento ultraderechista «Action Française». El listado con los nombres de todos ellos llegó a Tel Aviv unos días más tarde. Fue Golda Meier quien se lo comunicó a Selma Goldman que se hallaba allí. Entre ellos figuraba un tal Jacques Dukas, y su destino era el campo de trabajo de Mauthausen, cerca de Linz.

# 95. OPERACIÓN «BARBARROJA» (BERLÍN Y UCRANIA, DE JUNIO 1941)

El sargento primero Klaus Edelberg había sido movilizado a finales de abril, tras un corto periodo de aprendizaje en el nuevo Panzer IV. Un carro de combate como no existía otro, de lo que podía dar fe después de haberlo puesto a prueba en condiciones que ningún otro carro hubiera podido superar. Los ingenieros de Krupp habían hecho un excelente trabajo, y cuando los miembros de las tripulaciones se reunieron para expresar sus opiniones sobre aquel nuevo tanque, la admiración fue unánime. Era extraordinariamente rápido, ágil de maniobra, no se le resistía ningún terreno, era capaz de vadear ríos, superar los terrenos más escarpados, y su artillería podía perforar los tanques enemigos a una increíble distancia. Una garantía para lo que se avecinaba.

Aunque todo el mundo murmuraba acerca de la inminente guerra contra la Unión Soviética, nadie podría asegurar lo que finalmente ocurriría. Era un secreto de estado aunque todo el mundo lo conocía. Los únicos que parecían no terminar de creerlo eran los rusos, a pesar de la enorme concentración de tropas alemanas en la misma frontera con la URSS. Dentro de la propia Wehrmacht se seguía dudando, pensando que tal vez no sería más que otra de las geniales jugadas de la crucial partida que el Führer tenía entre manos, y que al final con aquella prueba de fuerza lograría sacarle a Stalin lo que realmente necesitaba el Reich: petróleo barato, trigo abundante y que le cediera el resto de Polonia. El «lebensraum» que Alemania pretendía para poder convertirse definitivamente en una gran potencia mundial. A fin de cuentas los rusos tenían espacio más que de sobra, y no iban a pelear por un pequeño trozo, aunque para conseguirlo fuera preciso enseñarles los dientes.

Klaus había estado un mes de permiso en su casa en Berlín. Su abuela Charlotte le había tejido un jersey de lana muy tupido, y cuando él se rio diciéndole que, en el hipotético caso de que hubiera guerra, duraría apenas los tres meses de verano, ella replicó que en Rusia al final no mandaban los hombres

sino «el general invierno», que cuando lo necesitara lo tendría, y entonces se acordaría de ella.

Ilse, su madre, se encontraba en tratamiento médico por una larga y profunda depresión que arrastraba desde la muerte de su marido, ocurrida en un accidente en enero 1935, en oscuras condiciones mientras se encontraba retenido en Peenemünde, en el Báltico. Aquello la había dejado marcada y desde entonces no se había recuperado. De vez en cuando daba la impresión de que ya estaba repuesta pero siempre volvía a recaer. Desde entonces la abuela Charlotte se había ido a vivir con ellos, además de ser ella la que aportaba el dinero para el sustento familiar que, según ella, provenía de una antigua pensión de su padrastro, ya que por algún motivo Ilse no tenía reconocida la pensión de viudedad. Después él ingreso en las Juventudes Hitlerianas, y de allí pasó a la academia de suboficiales de la Wehrmacht. En cuanto a Elisa, su hermana melliza, era enfermera de la Cruz Roja alemana, al igual que él había sido movilizada.

Klaus acababa de cumplir los veinte años y estaba totalmente de acuerdo con las políticas que se estaban llevando a cabo. El Führer era un hombre superior enviado por la providencia. Eso no se podía discutir.

Aquello había afectado a su madre que según el psicólogo necesitaba tranquilidad y seguridad, algo imposible tal y como estaban las cosas. Menos mal que la abuela Charlotte era una mujer fuerte y decidida. Para Klaus el mayor problema con la abuela era que no estaba de acuerdo con la política racial hacia los judíos. No se podía hablar de ese tema con ella. Les explicó un día que hasta unos años antes creía que los judíos eran los responsables de muchos de los problemas de Alemania, pero que determinadas circunstancias le habían hecho comprender que estaba equivocada. En cuanto a su madre se negaba a escucharla y no quería hablar de ello. Tanto Elisa como él pensaban que había algo que les ocultaban en todo aquel asunto. De la muerte de su padre solo sabían lo poco que les habían contado. Para Klaus era evidente que aquel hombre no había sabido comprender que el mundo había cambiado. Prefería olvidarlo.

El 8 de mayo reunieron a todos los suboficiales de la VII División Panzers para informarles de que la operación Barbarroja comenzaría una semana más tarde: Exactamente a las cuatro treinta de la mañana del 15 de mayo. Era importante aprovechar el corto verano ruso, y todo debía funcionar como un

reloj. Después las circunstancias obligaron a posponerlo algo más de un mes. Todos estaban sobre ascuas, y Klaus se impacientaba con los sucesivos retrasos. Tuvo tres días libres y aunque era poco tiempo para ir y volver a Berlín se arriesgó. Solo dispondría de un día completo, pero pensó que tal vez fuera la última vez.

Cuando llegó a Berlín se enteró de que a la abuela Charlotte la habían llevado de urgencia al hospital. Su madre le explicó que de pronto comenzó a sentirse mal y que al final el médico aconsejó hacerle unas pruebas. Resultó que debían operarla a vida o muerte. Su hermana Elisa estaba movilizada y no podían contactar con ella. Fue con su madre al hospital con la preocupación de saber que, en cualquier caso, por la mañana debería volver al campamento.

Ilse se quedó fuera esperando al médico para que le explicara la verdadera situación. Él entró en la habitación en penumbra. Charlotte parecía dormida pero cuando se acercó ella abrió los ojos y lo miró fijamente, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Así que has venido. Me alegro de poder despedirme de ti, me hubiera gustado que Elisa también hubiera podido venir. Siéntate a mi lado. Sé que me estoy muriendo, algo me dice que no saldré de esta. Escúchame con atención, quiero que sepas algo importante.

Durante media hora Klaus escuchó el relato de su abuela. No podía creer que aquello fuera cierto. Se veía que la mujer estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por contarle aquella historia. Varias veces intentó interrumpirla, diciéndole que no se preocupara, que se lo contaría en otro momento cuando se encontrase mejor. Ella negó con la cabeza. No habría otro momento. Terminó diciéndole que en una caja en el armario de su habitación estaban los papeles.

Klaus no podía aceptar aquella confesión. Se sentía profundamente humillado. Según la historia que estaba oyendo, su madre, una mujer perfecta para él, era hija de un judío llamado David Goldman. Según la abuela Charlotte, su abuelo. Si no hubiera sido por las circunstancias se hubiera levantado dejando a su abuela con la palabra en la boca. Pero ella, que no tenía duda alguna de que se moría, en aquello parecía muy lúcida. Lo cierto era que todo encajaba. También le explicó que la generosa pensión que recibía, puntualmente, se la enviaba aquel hombre al que, después de terminar su relación, solo había visto una vez para decirle que no quería saber nada de él.

Para Klaus Edelberg, educado en los valores nacionalsocialistas, con cuatro años de formación en las Juventudes Hitlerianas, y por último en la academia de suboficiales de la Wehrmacht, aquello era más de lo que podía soportar. Pero Klaus quería a su abuela Charlotte, alguien que siempre se había portado muy bien con su madre y con ellos, que había hecho por él y por Elisa todo lo que había podido, a pesar de no estar de acuerdo con el fondo de la cuestión. Había sido su madre la que le prohibió contarles la verdad. Desde hacía años su relación no había sido fácil. En el último momento, antes de morir, él se daba cuenta del peso que aquella revelación iba a tener en sus vidas. Sin embargo la generosidad de la abuela Charlotte les había permitido salir adelante, mientras Ilse Edelberg se sumía en la depresión que la incapacitaba para llevar una vida normal.

Unos minutos más tarde, tras un largo silencio y unos débiles estertores, Charlotte Wilhelm expiraba. Era como si le hubiera estado aguardando. En aquel momento entró su madre que al darse cuenta de lo sucedido comenzó a llorar desconsoladamente.

Klaus sabía que debía marcharse al frente en el peor momento posible. Dejaba a su madre sola a cargo de dar sepultura a la abuela, pero no podía hacer nada para impedirlo. Debía presentarse en el campamento base al día siguiente antes de las cinco de la tarde, si no quería ser declarado desertor en tiempo de guerra. Ni siquiera pensaba en todo lo que le había contado su abuela moribunda.

Después tuvieron que llevar a cabo los trámites. El médico de guardia firmó el acta de defunción, y se llevaron el cuerpo para prepararlo. Su madre insistió en que fuera a su casa a asearse, comer algo y descansar hasta las tres de la mañana, mientras ella se quedaría allí velando a la abuela. Al principio no quiso hacerle caso, pero comprendió que sería lo mejor. Luego volvería, dejaría las cosas preparadas para el sepelio, y desde el hospital iría a la estación para retornar al frente.

Mientras volvía en el último tranvía nocturno a su casa, no podía dejar de pensar en aquella mujer. Había mantenido el secreto con ellos para no interferir en su educación, incluso era posible que Ilse, como llamaban también ellos a su madre, le hubiera prohibido hacerles aquella revelación. Antes de morir había querido que supieran la verdad, convencida de que Ilse no se lo hubiera dicho

nunca. En aquel momento él también pensaba que probablemente hubiera sido mejor no saberlo.

Tal y como le había dicho su abuela encontró la caja con los papeles al fondo del armario. Pudo leer la carta de David Goldman, ver las transferencias en la cartilla a nombre de Charlotte. También encontró un documento bancario y otro notarial que permitiría a Ilse acceder a aquel dinero. En la cuenta quedaban ochenta y dos mil marcos, una importante cantidad. También el testamento a nombre de Ilse, que tenía acceso a la cuenta de su madre. Comprobó que efectivamente habían estado llegando transferencias hasta junio de 1938, desde un banco de Viena a través de la cuenta de David Goldman. Aquello no era una invención de su abuela, sino la realidad. Pensó que probablemente el anschluss habría tenido que ver con ello, y con el hecho de que David Goldman fuera judío. Para entonces y dadas las circunstancias, aquel hombre podría haber fallecido.

Parecía algo irreal, pero era cierto, y allí estaba la demostración, con transferencias mensuales de mil marcos desde agosto de 1925. ¡Trece años de continua generosidad! Lo cierto era que no cuadraba en el concepto que él tenía de los judíos, algo en su interior lo rechazaba. Volvió a dejarlo todo como estaba, sabiendo que Ilse lo encontraría cuando ordenara el armario. Algo le hizo tomar la precaución de volver a abrir la caja para anotar los datos. David Goldman-Opernring 71, 3.º Viena-Austria. También anotó Banco de Viena, Schubertring 12, Viena. También se quedó con la carta. La dobló y la metió en uno de los bolsillos de su mochila.

Se duchó y se cambió de ropa. Comió algo. Su madre estaba informada de que él iba a ir antes de partir para el frente y le había preparado varios de los platos que más le gustaban. Probó alguno pero no tenía apetito. Después se echó un rato sin ser capaz de dormir. No hacía más que darle vueltas a la cabeza, pensando en aquel hombre, David Goldman. Volvió al cuarto de su abuela, abrió el armario, sacó de nuevo la caja, buscaba algo más, pero no había ninguna foto. Solo viejas cartas, la cartilla de ahorros, la declaración notarial, el testamento. Estaba convencido de que su madre sabía mucho sobre todo aquello. Era cierto que Ilse no hablaba nunca en contra de los judíos, un tema que prefería no tocar. Comenzó a atar cabos. Ella sabía de quién era hija y lo que estaba ocurriendo, aunque nunca lo había aceptado. Creía que Elisa pensaría de la misma manera.

En cuanto a él, si uno de sus abuelos era judío, le parecía una verdadera desgracia, pero había sido solo por un azar del destino. Él no iba a cambiar su opinión.

Cuando volvió al hospital con la mochila diluviaba, algo extraño en aquella época; corrió desde el tranvía a la entrada pensando en la bondadosa abuela Charlotte. En su amor y generosidad. En aquel momento lo demás no importaba. Probablemente cuando se enamoró de aquel hombre lo hizo sin saber que era judío, sin esperar nada de él.

Encontró a su madre mucho más entera de lo que creía. Luego estuvieron sentados en silencio junto al cuerpo. No era momento de sacar aquella conversación. A las seis de la mañana se despidió de ella, Ilse lloró de nuevo temiendo por él. Todo el mundo en Berlín sabía que la guerra contra Rusia era algo inminente, y que a pesar de todo muchos soldados alemanes jamás regresarían a casa.

El larguísimo tren militar con destino al este salió exactamente en hora. Nada iba a hacer cambiar los buenos hábitos alemanes. Tras un largo viaje en el que los soldados cantaban para aliviar su tensión llegó a su cuartel unos minutos antes de la hora límite. Suspiró aliviado.

Aquella noche en su litera imaginó que aquello no había sucedido. No podía aceptar una realidad que lo quisiera o no cambiaba su existencia. Hasta que su abuela le contó aquella historia estaba convencido de que por sus venas corría pura sangre germana. Era como una pesadilla. Durante las siguientes semanas intentó olvidarlo, seguir con la dura instrucción, prepararse lo mejor posible. Una semana más tarde llegaron varios de los nuevos tanques. Los probaron con la convicción de que nada ni nadie podría detenerlos.

El 21 de junio todas las unidades estaban listas y pertrechadas. La invasión se llevaría a cabo durante la siguiente madrugada. La información confidencial hablaba de tres mil seiscientos tanques, siete mil cañones, más de dos mil aviones de todo tipo. Tres millones de aguerridos soldados como él, que iban a luchar contra el comunismo, acabar con los bolcheviques, y sobre todo conquistar las tierras fértiles que Alemania necesitaba. El enemigo era inferior. Tal vez tendría más hombres, pero su organización, sus máquinas de guerra, su estrategia, no podría compararse a la de la Wehrmacht, la Luftwaffe, y la Kriegsmarine. La OKW, el alto mando de la Wehrmacht lo había planeado todo

hasta el último detalle. Los hombres estaban pletóricos y preparados para todas las eventualidades.

Las primeras horas mientras penetraban en el territorio de la antigua Polonia que en aquellos momentos estaba ocupada por los rusos parecía tierra vacía. No había nadie. Ni rusos ni polacos. Solo alondras que se levantaban volando en el último segundo para no ser aplastadas. Iba en la torreta, con la compuerta exterior abierta. La línea de panzers se extendía a un lado y otro entre suaves colinas. Tras ellos avanzaba la artillería motorizada, y algo más atrás la caballería y la infantería. Un ejército invencible. Encontraron un pueblo y siguieron las órdenes. Destruir todo lo que encontraran. Ordenó al artillero disparar su cañón de 75 mm. Con los prismáticos comprobó cómo los proyectiles destruían las casas, unos instantes más tarde todo ardía. Cuando estuvieron más cerca vieron correr a unas personas. Los motoristas llegaron antes que ellos. Dispararon sus ametralladoras. Todos los paisanos cayeron. Al cruzar las ruinas vio los animales despanzurrados, las vacas muertas, dos caballos de tiro corriendo alocadamente. El fuego crepitaba y la humareda cambiaba de dirección con la brisa cegándolo.

Luego siguieron cruzando unas lomas suaves. El intenso ruido y las vibraciones de los tanques ya no se escuchaban. Solo veía los espacios inmensos y vacíos que estaban conquistando. Así había sido siempre en la historia de la humanidad, no estaban haciendo nada que no se hubiera hecho antes mil veces. Los fuertes ganaban, los débiles eran aniquilados. Polvo de historia. De vez en cuando se veían hombres y mujeres que salían de los lugares más insospechados y echaban a correr en todas direcciones, aterrorizados, sin lugar alguno donde esconderse. Los motoristas los aniquilaban de inmediato. Era lo que les habían explicado en las conferencias previas cuando les hablaban de lo que iba a suceder. Tierra quemada. Les habían repetido que cualquier otra estrategia solo hubiera favorecido los intereses del enemigo. A lo largo del día aquello se repitió en varias ocasiones. Solo cuando cruzaran la frontera de Ucrania cambiarían de estrategia. Entonces tendrían que ir con más cuidado, acabar solo con los comisarios políticos bolcheviques y con los judíos. Los ucranianos eran posibles aliados, ya que para ellos los alemanes les traerían la liberación del tirano Stalin.

Así fue. La madrugada que penetraron en Ucrania fueron recibidos por un grupo de hombres y mujeres enarbolando la bandera blanca. Eran patriotas

ucranianos que querían demostrarles que eran bienvenidos. Las mujeres les ofrecieron flores y los hombres pan y sal. Iban vestidos de fiesta, con las blusas blancas, y ellas iban acicaladas con florecillas en sus largas trenzas enlazadas con el cabello. Demostración de su voluntad de amistad. El coronel del regimiento se mostró satisfecho mientras les decía que estaba sucediendo exactamente lo que el Führer había previsto. ¡Aquel portentoso hombre siempre veía más allá!

Los del estado mayor dialogaron con la avanzadilla ucraniana. El pueblo de Ucrania no tenía nada que temer de la Wehrmacht. Solo los comisarios bolcheviques, los espías, los integrantes de la quinta columna y los judíos, obtendrían su merecido. Sobre todo los judíos, los culpables de todo. El que parecía el jefe de los ucranianos asentía a lo que le decía el intérprete. Replicó que ellos tampoco querían a los judíos y que colaborarían en que fueran deportados.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. El sargento Klaus Edelberg solo deseaba que su tanque no se averiase. El infernal polvo se introducía por cualquier resquicio. Eran vehículos muy duros, que aún se hallaban en pruebas. Tenían que cambiarles el filtro de aire del motor cada doscientas horas y consumían mucho aceite lubricante. Algunos se habían quedado atrás, pero los batallones mecánicos los repararían de inmediato.

Dos semanas más tarde se les comunicó que la aviación rusa había sido aniquilada en un ochenta por ciento. Muchos de los aviones en sus aeródromos, sin haberles dado tiempo a despegar. Habían capturado centenares de miles de prisioneros, soldados que se rendían sin haber podido disparar. ¡Carecían de munición! ¡Muchos no llevaban las botas reglamentarias! ¡Vaya ejército de pacotilla el de Stalin!

El mariscal von Runstedt cenó con ellos una noche cerca de Zitomir. Hacía un tiempo espléndido y el ambiente de camaradería no podía ser más optimista. Aquella campaña iba a durar menos de lo que creían y todos volverían pronto a casa. Les aseguró que las bajas eran irrisorias por parte alemana. Era un vivac inmenso y las hogueras de los fuegos de campamento se perdían en el horizonte. Klaus se sentía orgulloso de estar participando en un momento histórico que cambiaría el futuro de Alemania. Las voces de los soldados formaban eco por la distancia y la brisa arrastraba las vibrantes notas del «*Deutschland, Deutschland*

*über alles, über alles in der Welt*». Klaus pensaba que el que había compuesto aquel himno había tenido una premonición, ya que muy pronto Alemania estaría por encima de todos los demás.

El 1 de julio se hallaba en Lvov. Hasta aquel día podía decir que apenas habían sido poco más que unas maniobras con fuego real. Su batallón llegó a un lugar cercano a la población, donde había miles de prisioneros vigilados por los Einsatzgruppen. Se hablaba de ellos en voz baja, ya que las SS parecían saberlo todo y era mejor no arriesgarse. Aquellos estaban asignados a los Ejércitos del Sur, y el Comandante del Sonderkommando 4.ª era un tipo llamado Paul Blobel, cuya graduación era Standartenführer SS. Aquellos tipos no le caían bien. Los verdaderos soldados sabían que se trataba de meros asesinos a sueldo, dependientes de la Oficina de Seguridad del Reich, controlada por las SS y la Gestapo, y cuya principal labor era aniquilar a los comisarios políticos bolcheviques, los gitanos y vagabundos y sobre todo a los judíos.

A Klaus le preocupaba la forma en que se estaba llevando la campaña militar. Su propio coronel no tenía ningún reparo en aniquilar los pueblos que estaban conquistando. Al principio entendió que no había otra manera de llevar a cabo una guerra contra un país tan enorme. Luego comenzó a pensar que todos aquellos civiles no podían tener la culpa de los crímenes bolcheviques. Lo había comentado con su amigo Franz Müller, otro sargento del mismo batallón, pero no quiso ni escucharle. Le replicó que las órdenes no se discutían.

Aquella tarde, ya anocheciendo, pudieron escuchar los gritos, las órdenes conminatorias, los insultos. Llevaban a aquellos judíos hacia un cercano bosque. Un grupo de soldados voluntarios colaboraba en controlarlos para que ninguno lograra huir. No se le ocurrió pensar en lo que iba a suceder. Se trataba de miles y miles de personas, de familias enteras. Le habían hablado de siete mil personas. Hombres, mujeres y niños. Desde ancianos hasta apenas bebés. Llevaban sus maletas, sus hatillos, algunas carretillas de mano. Se les veía cansados, agotados, hambrientos, sedientos, algunos enfermos tras permanecer al raso los últimos días. Un tipo de la Gestapo cerraba la larga fila. Cuando se acercó nadie le dijo que se fuera de allí. Otros compañeros iban detrás con la curiosidad morbosa de ver donde iban a llevarlos. Pensó que probablemente habría una estación en aquella dirección. No tenía nada mejor que hacer, ya que hasta dos días más tarde el batallón permanecería en Lvov aguardando órdenes,

repostando y reparando. Algunos soldados llevaban sus cámaras fotográficas AGFA, se había puesto de moda para enviar recuerdos a las familias en Alemania. Algunas esposas no terminarían de creer lo que estaban viendo.

Para algún espectador desde las lejanas colinas aquello le hubiera parecido una romería. Sin embargo nadie cantaba. Un absoluto silencio. Solo se escuchaba los cercanos trinos de un pájaro. El sargento que iba caminando junto a él, un tipo con gafas doradas que le daban un aspecto de profesor murmuró:

—Luscinia-Luscinia.

Karl se quedó mirándolo.

—¿Qué has dicho? No te he entendido.

—No te preocupes. Es que soy ornitólogo, y el pájaro que canta así es el ruiseñor ruso. «Luscinia-Luscinia» es su nombre científico. ¿Escuchas que precioso canto tiene? Por cierto soy Werner von Runstedt. No preguntes. Sobrino del mariscal.

Klaus lo observó con cierto respeto. Sonrió. Luego siguieron tras la nube de polvo que levantaban los prisioneros, que ya se estaban adentrando en el bosque.

Vieron como el tipo de la Gestapo se detenía hasta que lo alcanzaron.

—Ustedes no tendrían que estar aquí. Vuelvan al campamento. Esto no es cosa suya.

Klaus negó con la cabeza.

—Mire, amigo. Este sargento es ornitólogo, los que estudian las aves, y por cierto sobrino del mariscal von Runstedt. Solo vamos detrás del ruiseñor ruso. ¿Escucha como canta? Donde lleven a esos judíos no nos importa. Solo nos quedaremos cerca de los primeros árboles a ver si damos con él. ¿De acuerdo?

El hombre de la Gestapo los observó con prevención y se encogió de hombros.

—Hagan lo que quieran. Solo quería advertirles que lo que va a ocurrir no es plato de gusto. Por mi parte no hay inconveniente.

Cuando se alejó, Werner von Runstedt le dijo que no tenía que haberle dicho quién era, aunque no se enfadó con él. De pronto las enigmáticas palabras del tipo de la Gestapo les habían despertado la curiosidad. ¿Qué iba a ocurrirle a toda aquella gente?

Dieron un ligero rodeo. Desde la parte superior de la colina se divisaba un enorme claro entre la arboleda. Werner llevaba colgando unos gemelos. Dio un

vistazo y se los pasó. Pudo ver a la gente agrupada, algunos sentados en el suelo, unos niños corriendo. ¿Para qué los habían llevado hasta aquel lugar? Una excavadora del ejército abría un gran hoyo en el suelo en una esquina. No podía aceptar lo que estaba intuyendo. Los Einsatzgruppen empujaban un grupo hacia aquella esquina. Movió los prismáticos hacia abajo. Vio tres ametralladoras. Las manos le sudaban. Werner le pidió los prismáticos y los dirigió hacia arriba. Estaba buscando algún pájaro.

Comenzó a escucharse el tableteo de las ametralladoras. Le quitó bruscamente los prismáticos a su compañero y volvió a enfocarlos hacia abajo. Vio a los del primer grupo cayendo unos sobre otros. No había distinciones. Unos instantes después todos estaban caídos en el polvo, inmóviles, mientras los guardias empujaban a culatazos a un segundo grupo. En aquel momento centenares de personas comenzaron a correr intentando escapar. Vio como todos los de uniforme disparaban con lo que tenían. Aquello era una matanza en masa, indiscriminada. Tuvo que dejar de mirar. Sentía náuseas y vomitó. Werner lo observaba extrañado por su reacción.

Las ametralladoras volvieron a disparar. Ya no había orden ninguno. La gente caía de bruces, unos sobre otros, algunos guardias remataban a los caídos con sus pistolas. Un cuarto de hora más tarde todo había terminado.

Volvieron al campamento. Werner seguía en lo suyo, como si no hubiera presenciado nada, o no fuera con él. Se volvió hacia él.

—Estaba equivocado. Lo siento.

Lo miró sin entender lo que quería decir aquel extraño sargento amante de los pájaros.

—¿Sabes? No era el ruiseñor ruso. Se trataba del ruiseñor común. El «Luscinia megarhynchos». No puedo entender cómo los he confundido.

Klaus asintió. Un fallo podía tenerlo cualquiera. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Se sentía aturdido, mientras pensaba en su abuela Charlotte, y en su desconocido abuelo, el judío David Goldman y en el espantoso crimen que acababa de presenciar.

# 96. BABI YAR
# (KIEV, UCRANIA, 29 Y 30 DE SEPTIEMBRE DE 1941)

Kurt Eckart pensaba que la revolución trotskista estaba muy lejos de lo que Stalin propugnaba. No se consideraba un traidor, ni un espía. Traidor era el que traicionaba sus ideales. Todos aquellos que estaban haciendo el juego a Stalin por un lado, como el tal Mólotov o Kaganovich, o tantos otros que temían por sus vidas si se desviaban un milímetro de las ideas estalinistas en aquellos días. Él seguía respetando a Trotsky y coincidiendo con él en su idea de la revolución, aunque no en cómo llevarla a cabo y por ello, mientras tuviera fuerzas, haría lo imposible por colaborar en destruir el poder nazi, en eso no había cambiado de opinión, y a partir del pacto en luchar contra Stalin. Sin embargo reflexionó que debería seguir en su puesto, un lugar verdaderamente privilegiado que le permitiría estar perfectamente informado sobre lo que los nazis pensaban llevar a cabo. Naturalmente su relación con Iván seguiría siendo la misma, solo que intentaría compartirla con los únicos que consideraba capaces de hacerle frente tanto a Hitler como después a Stalin: los británicos.

Correría grandes riesgos, pero eso no le asustaba. A fin de cuentas siempre los había asumido, y si en algún momento se estaba jugando el destino del mundo era en aquel preciso momento.

Siguió colaborando en el ministerio de Propaganda. Su puesto era asesor del ministro, al que había pedido que no le diera ningún cargo oficial. Goebbels lo entendió, ya que consideraba a Kurt Eckart como un artista, alguien que de pronto tenía una idea genial, capaz de plasmarla gráficamente o de expresarla sin más, como en muchas ocasiones había ocurrido. Esa libertad de acción, el no figurar a efectos protocolarios, el entrar y salir a su albedrío eran muy importantes para él. A pesar de ello, de vez en cuando no tenía otro remedio que acompañar al ministro o de ir en su nombre a algún lugar, o simplemente

contarle lo que había sucedido, como cuando von Ribbentrop firmó el tratado en el Kremlin. Sabía que Goebbels consideraba al ministro de asuntos exteriores un advenedizo, en lo que Kurt coincidía plenamente.

En una reunión, celebrada a mediados de septiembre en el ministerio, Goebbels le encargó viajar a Kiev. El Führer tenía interés en un informe sobre Ucrania, y se lo encargó a Goebbels quien decidió que el hombre adecuado para hacerlo sería Kurt que hablaba ruso y era de su total confianza. En el fondo no se fiaba ni de Himmler ni de Heydrich, quería saber de primera mano que política se estaba siguiendo con los ucranianos, y si en un futuro, aquellos que hubieran demostrado fidelidad al Reich, podrían ser incorporados como súbditos. También si se estaban siguiendo las directrices en relación con los judíos.

Kurt viajó a Kiev en el Junker del ministro junto a otros funcionarios. Llegó allí el 28, cuando apenas acababa de ocuparse. A pesar del grave atentado del día anterior en el Hotel Continental, en el que habían muerto varios altos oficiales alemanes, los de la OKW les explicaron que Ucrania no iba a presentar las dificultades de la campaña de Polonia, y que todo sería más fácil. Era evidente que aquel atentado había sido cosa de los judíos, que lo pagarían muy caro. Tras los atentados hubo varias reuniones entre el gobernador militar de Kiev, Friederich-Georg Eberhard, y el comandante del 29.º Cuerpo, Hans Obstfelder, además del comandante del 6.º Ejército Walter Reichenau. Se trataba de hacer una demostración de fuerza y al tiempo una represalia. La Wehrmacht parecía haber comprendido la realidad de la cuestión. Los Einsatzgruppen estaban limpiando a fondo el país desde que el general Keitel había redactado la orden al ejército de ser implacables en el tema judío. Las relaciones entre las SS y los oficiales del ejército resultarían más fluidas. Se había designado como responsable de la operación al Standartenführer de las SS, y jefe de los grupos especiales a Paul Blobel, un hombre acostumbrado a cumplir a rajatabla, y al que no asustaban las responsabilidades.

El comandante Julius Freisler, designado como contacto, le mostró el pasquín que se había pegado por toda la ciudad. Estaba redactado en alemán, ucraniano, ruso y yiddish.

*«Todos los judíos que viven en la ciudad de Kiev y en su vecindad deberán presentarse a las 8 de la mañana del día 29 de septiembre de*

*1941 en la esquina de las calles Melnikovsky y Dokhturov. Deben llevar con ellos sus documentos, dinero, objetos de valor, así como ropas, ropa interior, etc. Cualquier judío que no acate esta instrucción será ejecutado».*

Por la mañana desayunó igual que lo hubiera hecho en cualquier otro hotel de Berlín. Los funcionarios y altos cargos nazis que viajaban a las ciudades conquistadas se hospedaban en hoteles donde no faltaba nada. De puertas para adentro en el hotel nadie diría lo que estaba sucediendo en el exterior, con una ciudad semidestruida y la enorme tragedia humana que se estaba viviendo.

Volvió a su habitación y cogió su pequeña cámara fotográfica «Minox». Un prototipo hecho en Riga. La llamaban la cámara espía por su diminuto tamaño. Le habían enviado unas cuantas a Goebbels que le había entregado una para que la probara.

El comandante Freisler lo recogió en el hall de hotel y le preguntó cómo había dormido con gran deferencia. Alguien le habría aleccionado. Fueron caminando hasta el lugar de concentración de los judíos. El comandante le aseguró que al menos cuatro o cinco mil personas se presentarían. Sin embargo la realidad desbordó todas las previsiones. Dos horas más tarde más de treinta mil judíos aguardaban donde se les había ordenado. Todas las calles adyacentes se encontraban repletas de gente esperando su suerte. Casi todos llevaban maletas y bultos con la certeza de que iban a deportarlos. Los hombres parecían expectantes, ancianos, mujeres, y muchos niños, extrañamente silenciosos, con rostros de preocupación. Los Einsatzgruppen rodeaban el lugar, pero se había formado tal aglomeración que Freisler tomó la decisión de que se uniera un batallón de las Waffen-SS, además de la policía ucraniana.

Kurt le preguntó a Freisler que dónde iban a llevarlos. El comandante le contestó que estaba aguardando órdenes del Standartenführer de las SS, para ver que se hacía con ellos. Conocía los métodos de Paul Blobel. Algunos lo llamaban «el carnicero». Comentó con otros oficiales que no tenían preparada ninguna logística para dar de comer y beber a aquella gente. Media hora más tarde llegó un automóvil que traía al jefe de los grupos especiales, Paul Blobel.

Freisler y su ayudante fueron a recibirlo, mientras Kurt asomado en el balcón del edificio veía como seguían llegando familias judías, como si se hubiera

corrido la voz y todos estuvieran decididos a salir de Kiev lo antes posible. Preferían la deportación que el riesgo de permanecer en un lugar más hostil a cada minuto que pasaba. Media hora más tarde regresó Freisler diciendo que el asunto estaba solucionado. Kurt esperó a que le explicara el tema pero Freisler le dijo que no se preocupara, que aguardara en el hotel y que más tarde le informaría. Tuvo que encararse con él.

—¡Comandante Freisler! ¡He venido a Kiev como enviado personal del ministro de Propaganda para redactar un informe sobre lo que está ocurriendo precisamente con los judíos! ¡Quiero que me explique ahora dónde piensan enviar a toda esta gente! ¡Muchos son válidos para trabajos!

Freisler asintió.

—Usted mismo. Pero verá, aquí el que manda es el Standartenführer. Yo solo obedezco órdenes. Lo más que puedo hacer por usted es que venga en mi coche. Vamos a ir a un lugar en las afueras, apenas a unos kilómetros. No se preocupe por mí, no pretendo ocultarle nada.

Se introdujeron en el coche de Freisler, enseguida adelantaron la larguísima fila de cuatro en fondo, pasaron rozando a los prisioneros. Algunos, empujados por los guardias, tomaban la decisión de abandonar sus bultos más pesados, las carretillas donde transportaban cajas, colchones, ropa y objetos. Muchas madres llevaban a sus pequeños en brazos. Kurt intuía lo que iba a suceder. Todos los días llegaban informes de la campaña en Rusia, con aniquilación de centenares y centenares de judíos, aunque no creía que aquello pudiera hacerse con tal sangre fría. Ninguno de los generales de la Wehrmacht que habían llegado a Kiev para mantener una reunión de coordinación se había opuesto a lo que estaba sucediendo. Ni el general Eberhardt, el gobernador militar de la ciudad, ni el SS-Obergruppenführer Friedrich Jeckeln, ni el Dr. Otto Rash, jefe de los Einsatzgruppen C, habían tomado cartas en el asunto. Era Paul Blobel el que manejaba la situación. Tendría órdenes de Heydrich, o de Himmler.

No hacía frío, era un día soleado. Llegaron a una zona de barrancos, como si se hubiera extraído la arcilla de una cantera, tenían agua en el fondo. El comandante le dijo que aquello era conocido como Babi Yar. Tuvieron que aguardar dos horas a que comenzaran a llegar los primeros prisioneros a las inmediaciones. Desde allí no se veían los barrancos. Los guardianes permitieron a los judíos que descansaran. La gente se tendía en la hierba o se sentaba en el

suelo. No sabían bien lo que se pretendía de ellos. Tal vez llegarían camiones hasta allí para trasladarlos al tren. Primero los contarían, los clasificarían. Lo que más temían casi todos era que probablemente los separarían. Las mujeres estaban muy nerviosas. Algunas tenían que hacer sus necesidades y otras formaban un corrillo para protegerlas. Los hombres no tenían tantos miramientos, orinaban en cualquier parte. Muchos niños lloraban, agotados, mientras los guardias bromeaban entre ellos fumando. Algunos hombres intentaban cambiar sus relojes, sus alianzas, alguna joya, el dinero que llevaban para que los dejaran marcharse. Los guardias cogían lo que les ofrecían y se lo guardaban en los bolsillos sin más. La situación se tensaba por momentos. De improviso en una esquina unos Waffen SS dispararon contra dos hombres que salieron corriendo. Ambos cayeron desplomados mientras unas mujeres pretendían acercarse a ellos sin conseguirlo. Nadie intentó imitarlos, pero el murmullo de las conversaciones se transformó en absoluto silencio.

Media hora más tarde llegó el automóvil descubierto del comandante Blobel. En cuanto descendió comenzó a gritar desaforadamente, dando órdenes a los oficiales de los Einsatzgruppen y a los Sonderkommando, como si no fueran capaces de entender las cosas de otra manera.

Kurt observaba, iba a presenciar algo terrible, aunque no podía intervenir ya que nada hubiera conseguido.

Los guardias separaron a los hombres de las mujeres y los niños. Los que intentaban resistirse eran golpeados brutalmente. A algunos tuvieron que dispararles y a partir de ese momento tuvo la impresión de que se sometían a su suerte. Cuando lograron separarlos llevaron a los hombres en fila hacia el gran barranco. Entonces les obligaron a desnudarse completamente. Le asombró que ninguno se resistió. Los guardianes obligaban a los hombres a apilar sus pertenencias. Una bandada de gorriones se posó piando en el charco del fondo del barranco. Después volaron como si algo los hubiera asustado. Los guardias condujeron a un primer grupo de hombres desnudos, con la piel muy blanca, casi lechosa, hasta el borde del barranco y allí los hicieron arrodillarse. Pudo ver como algunos movían los labios rezando. Kurt pensó que él se hubiera rebelado, que habría intentado huir, que no hubiera rezado a un dios que los abandonaba de aquella manera. ¿O no? ¿Qué pensamientos cruzarían por las mentes de aquella gente en los últimos momentos, al enfrentarse al fin a la estremecedora

incógnita? Los oficiales junto a él permanecían en silencio. Ninguno expresaba su desazón, su malestar por aquello. Él tampoco.

¿Qué sucedería con las mujeres y los niños? No quería pensarlo. Se escuchaban solo las órdenes guturales y violentas, que intentaban justificarse, demostrar que solo estaban cumpliendo con su deber. No era cierto. Los Einsatzgruppen habían sido elegidos como los más adecuados para llevar a cabo aquella tarea, escogidos por su frialdad, su odio racial, sobre todo a los judíos, también a los «untermensch», los eslavos, los gitanos, todos los que no eran arios, germanos, alemanes.

El comandante dio la orden: «¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!». Los guardias se habían colocado detrás de la larga fila. Los cuerpos de los hombres arrodillados cayeron desmadejados por la ladera del barranco. No pudo evitar estremecerse. Era solo un instante que lo transformaba todo. Los pensamientos, los anhelos, las esperanzas, se desmoronaban. Los cuerpos caían lentamente hasta el fondo, arrastrando la tierra, manchándola de sangre. Un par de prisioneros permanecían de rodillas. No les habían acertado. Algunos guardias se acercaron y les dispararon a quemarropa. Los prisioneros que aguardaban, rodeados de varios servidores de ametralladoras debían ser conscientes de que nada tenían que hacer. Permanecían desnudos, inmóviles, indefensos, algunos observaban detenidamente el cielo, aguardando tal vez un milagro o encomendando sus almas.

Luego la matanza continuó sin tregua. Kurt sacó su Minox y comenzó a hacer fotos. Nadie le interrumpió. Otros soldados hacían las suyas, incluso un sargento estaba filmando la operación. Mientras, los oficiales fumaban hablando de sus cosas. Todo funcionaba metódicamente al estilo germano. Los Sonderkommando descendieron al fondo del barranco siguiendo instrucciones y comenzaron a ordenar los cuerpos en filas, que se iban cubriendo ordenadamente con los que caían en la siguiente tanda. Un oficial pasaba junto a ellos y disparaba a la cabeza a los que aún se movían.

Kurt caminó hasta encontrarse fuera de la zona del barranco y se dirigió al grupo de las mujeres y los niños. Muchas sollozaban, alguna se había desmayado, la mayoría permanecía impasible. Los niños más pequeños jugaban con la tierra. Intentaba buscar una salida. Volvió caminando hacia donde se hallaba el grupo de oficiales. Se dirigió al Standartenführer Blobel que lo

observó fríamente. Estaba informado de que era el enviado de Goebbels.

—¿Qué piensa hacer con las mujeres y los niños? Le diré que no creo que el ministro apruebe una acción de esta importancia. Tal vez le pidan explicaciones. Creo que debería esperar a que aprueben esta operación —Kurt sabía que sus palabras no iban a influir en nada.

Pero no podía permanecer en silencio.

—Mire, señor Eckart —Blobel lo miró de arriba a abajo— sé quién es usted y que lo ha enviado el ministro Goebbels, por ello no entiendo lo que me está contando. El ministro está perfectamente informado. He hablado telefónicamente esta misma mañana con el Reichsminister Himmler sobre esta operación, y me ha echado en cara que vamos demasiado lentos. Precisamente lo que quieren en Berlín es que no nos demoremos en esta «acción especial» —subrayó esas palabras—. Así que con el debido respeto le aconsejo que se informe bien antes de dar opiniones gratuitas. Y ahora si no tiene más preguntas, permítanos seguir con nuestra tarea.

Kurt se apartó del grupo sin hacer más comentarios. Se colocó en el altozano posterior. Comprobó la Minox. Solo le quedaban cinco fotos. Vio llegar a las primeras mujeres, desnudas, muchas con sus hijos en brazos. Tenía náuseas. De pronto se volvió y vomitó. Notó que la cabeza le ardía. No podía dejar de pensar en su madre, en aquella Anna Salhiskaya que dentro de ella escondía una mujer judía cuyo verdadero nombre era Sarah Zhitlovsky. Ella lo había protegido intentando evitarle sufrimientos. Los Einsatzgruppen disparaban sin cesar. La fila interminable seguía entrando. De improviso una muchacha de unos veinte años salió de la fila corriendo. Uno de los oficiales del grupo sacó su pistola, apuntó siguiendo la alocada carrera y disparó desde unos treinta metros. Le acertó en el pecho y la chica cayó desmadejada como un saco. Él también había hecho la foto. Los otros oficiales asintieron mostrando su admiración al que había disparado por su excelente puntería. A los niños no era posible controlarlos, que se pusieran de rodillas, que se estuvieran quietos para poder pegarles un tiro. Algunos les golpeaban la cabeza con las culatas de las escopetas. A los jóvenes había que dispararles de cualquier manera. Pudo acabar el carrete. Aquella parte se transformó en una cacería. Un Sonderkommando resultó alcanzado por un disparo. Murió en el acto. Freisler chillaba intentando mantener el orden. El único que se mostraba impertérrito era Blobel que fumaba

un cigarrillo tras otro, como si todo aquello no fuera con él.

Tardaron siete horas en acabar con todos los prisioneros. No los había podido contar pero alguien si lo había hecho. Treinta y tres mil setecientos judíos. Algunos seguían moviéndose mientras la excavadora los cubría de tierra. Todo había comenzado muy ordenadamente, pero al final se les había ido de madre. La gente estaba agotada, harta, deseando volver a Kiev. Allí al menos podrían beber algo de vodka y olvidar el asunto.

Kurt subió al coche de Freisler. Nadie dijo una sola palabra hasta que el vehículo se detuvo frente al hotel. Descendió en silencio sin despedirse. Nada tenía sentido, se sentía algo mareado. Fue a su habitación. No había agua corriente, salió al pasillo y un mozo le dijo que no se preocupara, que le subirían agua caliente. Se quitó la ropa a tirones. Tenía la impresión de que olía a muerto.

Dos mozos trajeron dos grandes tinajas de zinc con agua muy caliente. Se metió en la bañera y se las echaron por encima lentamente. A pesar de todo, tal vez porque aún no sabían lo que acababa de suceder en Babi Yar, ambos sonreían.

# 97. NOCHE Y NIEBLA
# (TEL AVIV-7 DE DICIEMBRE DE 1941)

Selma Goldman, bajo la identidad de Angela Jäger, había podido volver a Tel Aviv. Con ella se encontraba Eduard Glücks. Aquella ya lejana tarde en Praga, ambos pensaron que nunca era tarde y tomaron la decisión de permanecer juntos. Sorteando grandes dificultades, consiguieron que él pudiera salir del mandato nazi de Bohemia y llegaron al puerto de Varna, en Rumanía. La casualidad hizo que Selma encontrase a su viejo amigo, el patrón Stefanos Papadoulos, que los admitió a bordo del velero sin hacer preguntas. Tres semanas más tarde desembarcaban en San Juan de Acre.

A los cuarenta y cinco años, Selma comprendió que había encontrado al hombre de su vida. En cuanto a Eduard, Hirsch o Glücks, que era el nombre que seguía empleando, tenía que reconocer que no había conocido a otra mujer como aquella. Una persona altruista, sensible, culta, inteligente y valiente. Ambos estaban solos en la vida, se necesitaban, y no solo para hacer el amor.

En Tel Aviv, ayudada por Lowe, Selma colaboraba en organizar la entrada de los judíos que llegaban de cualquier lugar arriesgándolo todo. En cuanto a Eduard, paradójicamente colaboraba con los servicios de inteligencia británicos. Tal vez por ello más de una vez no las detuvieron. Aquello era lo mismo que ya había estado haciendo en Praga, de donde tuvo que salir, ya que se estaba quemando. Él no quería hablar de aquello, prefería mantenerla al margen. El espionaje era un peligroso oficio y más en aquellos días, con el Afrika Korps de Rommel acercándose peligrosamente hacia el este, amenazando la importante colonia judía que habitaba Palestina. Los alemanes luchaban contando con el aplauso y la complicidad de los árabes. Sin embargo ninguno de los líderes sionistas aceptaba la idea de que los alemanes pudieran llegar algún día a Tel Aviv, y mucho menos a Jerusalén.

Fue en abril cuando Selma supo a través de los servicios de inteligencia sionistas, que en aquellos momentos colaboraban con los británicos, unos

enemigos diferentes, que su hijo Jacques se encontraba en Mauthausen. No podía hacer nada por él, y aunque no quería perder la esperanza tenía la convicción de que lo habrían asesinado. Eduard estuvo indagando a través de los agentes infiltrados en Austria, insistiendo hasta que pudo constatar que Jacques Dukas seguía vivo, trabajando en la fábrica de aviones que Messerschmitt había abierto junto al campo. Aquello tenía cierta lógica, ya que los prisioneros más jóvenes y fuertes eran empleados como esclavos. Al menos seguía con vida.

Lo que Eduard no consiguió averiguar fue que el doctor Paul Dukas también se encontraba allí, en el campo de Gusen I, adjunto a Mauthausen. En la enfermería de Gusen trabajaba el prisionero Dukas, con el número 873428 tatuado en su antebrazo. El motivo por el que seguía con vida Dukas fue que el doctor nazi Gerhard Wagner se encontraba haciendo una visita de inspección cuando el doctor Paul Dukas ingresó en el campo. Lo reconoció al verlo. Recordaba muy bien la discusión que habían mantenido en el Colegio de médicos de Berlín y decidió que lo quería vivo. Liquidarlo inmediatamente no hubiera tenido sentido para alguien con la forma de ser del doctor Wagner. Le dijo al director del campo que aquel prisionero no debía morir por el momento. Ahora iba a saber aquel maldito judío quién tenía razón.

Ni el doctor Dukas, ni su hijo Jacques podían imaginar que se hallaban tan cerca. Paul Dukas se había hecho a la idea de que no lograría salir vivo de aquel infierno, mientras que Jacques intentaba sobrevivir cada día. Era hábil, fuerte y pretendía seguir viviendo. Le habían asignado un turno de doce horas en el taller de soldadura, algo agotador, donde cometer un solo error se pagaba con la ejecución inmediata en el patio trasero. Los más débiles caían a su lado y eran eliminados de inmediato. Los supervisores no se molestaban en advertir de un fallo, simplemente señalaban al responsable. Eso lo sabían todos los que se encontraban allí, que procuraban llevar a cabo su trabajo mecánicamente, con la esperanza de poder seguir vivos otras veinticuatro horas, hacerse indispensables por la calidad de su trabajo. Resistir.

# 98. LA GUERRA MUNDIAL (BERLÍN-7 DE DICIEMBRE DE 1941)

Uno de las primeras personas en Viena que supo que Japón había bombardeado una base de los Estados Unidos en el Pacífico fue María Gessner. El mismo 7 de diciembre, unas horas después del ataque, recibió una llamada urgente desde Berlín. Era Kurt Eckart que se lo dijo sin hacer más comentario. Quería que lo supiera. Cuando se lo contó a Eva, vio que su hermana se mostraba muy satisfecha. Aquello iba a poner en su lugar a los nazis, a mucha gente, entre otros a Stefan y Joachim, que durante los últimos años se creían los amos del mundo. Tanto Eva como María estaban convencidas de que Markus se hallaría en Londres desde mucho antes de la toma de París, y que se sentiría muy satisfecho con aquellas noticias.

Ese mismo día las hermanas Gessner supieron que los Hirsch, los importantes peleteros vecinos de Selma Goldman, habían perecido ahogados en el hundimiento del mercante «Struma», junto a centenares de judíos que huían de Europa intentando llegar a Palestina. Se hablaba de una única superviviente. Una tal Lowe Lowestein, que bajo otro nombre era la que colaboraba en la expedición desde el movimiento sionista. El destino y el azar jugaban una partida sin final. Más tarde, Eva relacionó a aquella joven con los Goldman. Se trataba de la muchacha judía que su exmarido había rescatado de Varsovia. Era una increíble casualidad.

Al día siguiente bajaron temprano a comprar la prensa. En casi todos los periódicos venía en primera plana, a pesar de que los alemanes querían restarle importancia. Sabía que no solo significaba la guerra de los Estados Unidos contra el Japón. Casi inmediatamente, a causa de su vinculación con el Eje, el Reich se hallaría en guerra contra la primera potencia mundial. No se equivocaban. Tres días más tarde, el 11 de diciembre, el Reich no tenía otra salida que declararle la guerra a los Estados Unidos, que unas horas más tarde entraba en la guerra. La invasión de Polonia que el Führer había pretendido que

fuese algo tan discreto como la invasión de Checoslovaquia, en la que las potencias europeas habían agachado la cabeza, acababa de transformarse en la guerra total. Alguien junto a ellas comentó en el quiosco de prensa que aquella iba a ser la segunda guerra mundial.

Aquel día los judíos de Viena, y con seguridad todos los judíos europeos, celebraron la noticia. También los muchos agraviados por los nazis, los que se sentían frustrados, los que no estaban de acuerdo con la situación, los comunistas, los británicos, los franceses, y sobre todo los rusos.

Kurt Eckart vivió muy de cerca lo que realmente significó en la cancillería la entrada en la guerra de los Estados Unidos. Participó en la reunión que convocó el Führer para que la opinión del pueblo alemán no se viese alterada. Cuando les dijo que Estados Unidos se encontraba muy lejos de Alemania, pero que, por el contrario, Alemania estaba muy cerca de los Estados Unidos, el Führer se estaba refiriendo a los U-Boots que patrullaban la costa este, desde Canadá hasta Florida. Aseguró que tenían a su merced a la flota mercante norteamericana, y que también la Kriegsmarine se consideraba capacitada para llevar a cabo su propio «Pearl Harbor» en las bases de Virginia, y asestar un duro golpe directamente en el corazón de la marina de guerra americana. Pudo comprobar como todos ellos seguían convencidos de que, con Adolf Hitler, Alemania no podría perder jamás una guerra. Fue en aquella reunión cuando le escuchó mencionar por primera vez la «guerra total». La situación de ambigüedad con América había acabado. El Führer mencionó que el lobby judío americano había conseguido lo que andaba buscando, y añadió que él les daría una buena ración de su propia medicina.

Unos días más tarde Goebbels le mencionó en confianza que el Führer sufría de insomnio y dolores de estómago, a pesar de los tratamientos de su «infalible» doctor Morell, al que por cierto el ministro de propaganda no podía ni ver. El Führer le había confesado que aquello se refería a la entrada en la guerra de los americanos, le iba a complicar las cosas al Reich. Kurt comprendió que había perdido la confianza que mantenía en la victoria final.

Iván se dejaba ver de vez en cuando y le pedía informes personales sobre determinados personajes del Reich. Frecuentemente se quedaban algunos de los hombres de confianza hasta que hiciera falta, en ocasiones durante toda la noche si era preciso. Una tarde a última hora, aprovechando que Goebbels se

encontraba en Múnich, en su despacho fotografió los ficheros con los personajes de relevancia del Tercer Reich, sus aliados, y con los que mantenía cualquier tipo de relación. Los ficheros se los iba pidiendo a la secretaria particular del ministro, que se los iba dejando sobre su mesa sin más. La «Minox» hizo un gran papel para fotografiar algunas de las fichas. Era una operación pesada, ya que tenía que dar con los nombres que estaba buscando. Bajo el flexo disponía de la luz adecuada para la película ultra rápida de 4 grados DIN. Aquella sensibilidad posibilitaba la ampliación de planos, y de los documentos. Uno de los secretarios llamó a la puerta cuando estaba fotografiando para decirle que se iba. Salió a la puerta y asintió, diciéndole que él se quedaría un rato más, ya que el ministro necesitaba un informe que debía encontrar sobre su mesa por la mañana. Aquello era cierto, ya que Goebbels le había llamado para que se lo preparara. No podía exponerse a que el secretario le dijera al ministro algo, como dejándolo caer. Cerró la puerta y siguió hasta que terminó, consciente de que, a pesar de la confianza con que actuaba, estaba jugando con fuego. Entregó a Gretel el informe que había preparado aquella misma tarde. En él se resumía que en el mes de septiembre habían comenzado los tratamientos experimentales en la cámara de gas de Auschwitz. Centenares de prisioneros de guerra rusos, incluyendo a otros centenares enfermos, habían servido como conejillos de indias para experimentar las cámaras de gas, para analizar la capacidad de exterminio del gas Zyklon B, fabricado por la empresa Degesch, del grupo I.G. Farben, en la que Goebbels, Himmler y el propio Gessner tenían participación. I.G. Farben fabricaba entre muchos productos: gasolina y caucho sintéticos. Entre los que firmaban el expediente del gas figuraba Joachim Gessner. Había sacado una copia más, también fotografiada con la «Minox».

Gretel Riegner era como el ama de llaves del ministro, una berlinesa más nazi que el Führer, que flirteaba descaradamente con Goebbels, con el que a menudo se encerraba en el despacho, olvidando a su marido que se encontraba luchando contra los bolcheviques en el helado frente ruso, convencido de que aquel era el Reich de los mil años que su Führer les había prometido.

# 99. WANNSEE
# (WANNSEE, BERLÍN-20 DE ENERO DE 1942)

La casa de Constanze von Sperling se hallaba junto al Gross Wannsee, el gran lago de Wannsee en el distrito de Zehlendorf, una exclusiva zona residencial a las afueras de Berlín, entre bosques, arroyos y lagos, apenas a media hora del mismo centro de Berlín. Una privilegiada zona con playas de arena, y amarraderos privados con yates. Una lujosa mansión heredada de sus padres.

Junto a la Casa von Sperling se encontraba la Villa Marlier, construida por un amigo de su padre, Ernst Marlier, que la vendió a los pocos años, a un tal Minoux. Sabía que acababa de adquirirla una fundación del NSDAP, lo que había preocupado a los residentes, ya que tener como vecinos a los nazis, aunque bajo el nombre de «Fundación Nordhav», no les hacía ninguna gracia. De hecho sabían que habían transformado la villa en una especie de hotel para los huéspedes del partido en Berlín. Todos los días llegaban y salían automóviles de las SS o de la cancillería, trayendo y llevando a los visitantes, a los que resultaba casi imposible ver, salvo desde una de las habitaciones de la planta alta de la Casa von Sperling, prácticamente cerrada todo el año. Aquella situación le había molestado, no le gustaba nada tener como vecinos a los nazis, le había hecho ir lo menos posible. Prefería su otra vida en Elmen, allí podía llevar una vida tranquila y relajada, visitar un par de veces por semana Travemünde, pasear sin rumbo por la finca, ayudar a María en la cocina a preparar algún suculento plato cuando Angélica o algunos amigos venían a comer. «Il dolce far niente» que el Führer se había encargado de destruir en Alemania, con tanta ambición y tanta conquista. También con lo que estaba sucediendo en todo el país. Entre la Gestapo y las SS se encargaban de que nadie durmiera tranquilo. Detenciones arbitrarias, desapariciones, deportaciones a los campos de concentración. Tanta gente sufriendo como la comunidad judía. Era curioso. A ella nunca le habían resultado simpáticos los judíos, sin embargo desde lo que presenció en Travemünde se sentía solidaria con ellos. Angélica había mostrado una valentía

y un carácter que nunca hubiera imaginado cuando se enfrentó a la misma cúpula para decirles en su cara lo que pensaba de todo ello. Eso las había acercado aún más si cabía.

A principios de enero se encontraba en Berlín terminando los trámites del divorcio con Joachim. A través de sus abogados respectivos, Constanze von Sperling y Joachim Gessner llegaron a un acuerdo para separarse. Alegaron diferencias irreconciliables y que el matrimonio no se había llegado a consumar. Fue un alivio para ambos. Para Constanze porque no soportaba aquella situación, y como le dijo su amiga Angélica: «era mejor estar sola que mal acompañada».

En cuanto a Joachim, el divorcio fue como la reparación que le debía al partido después del mal trago que había hecho pasar a los hombres más importantes del Reich tras el Führer. Cuando se lo comunicó a Himmler, el Reichsführer le felicitó, comentándole que ya que se había divorciado, podía decirle lo que pensaba. Aquella no era la mujer que un hombre como él se merecía.

La mañana de aquel 20 de enero en Wannsee amaneció fría y neblinosa. A Constanze le molestaba la garganta y decidió quedarse en casa con María Stadler, que la había acompañado desde Elmen, y con el matrimonio Wagner, encargados permanentes de la casa y el jardín. María le comentó que había un gran movimiento de personas en la Villa Marlier, como si estuvieran preparando algún acontecimiento. Había podido ver una furgoneta trayendo a unos cocineros y camareros. También habían colocado guardias en la puerta principal. Poco después llegó alguien. María le dijo que aquel hombre se llamaba Reinhard Heydrich, y que ella lo había visto en fotos en la prensa.

María Stadler, una solterona que simpatizaba con los nacionalsocialistas, al igual que sus padres, era además una mujer curiosa. Aquel día no tenía otra cosa que hacer que atender a su ama que había vuelto a acostarse con algo de fiebre. Estuvo pendiente de quien entraba y salía en la casa de al lado, ya que le parecía muy extraño todo aquel ajetreo y quizás irían personajes importantes.

En su interior no podía comprender lo sucedido entre su señora y el señor Gessner. Un partido excelente, un personaje situado en la cúspide del partido, un hombre atractivo, un aristócrata de sangre prusiana que lo tenía todo, y al que veía como un ser inalcanzable, una especie de príncipe azul por el que ella habría dado la vida. Lo sucedido el día de la boda en Elmen había avergonzado a

su familia, e incluso les había hecho pensar si no deberían abandonar el servicio de la baronesa von Sperling a pesar de los años que llevaban en aquella casa. Lo cierto es que su padre lo estaba pensando todavía. Aquello había sido una desgracia. ¡Insultar de aquella manera a los hombres más importantes del país! Después del terrible escándalo, cuando llegaba a Elmen Angélica von Schönhausen, los Stadler hacían lo imposible por quitarse de en medio y no tener que sufrir su presencia, eso sí, sin que se notara la situación. En Elmen había un par de doncellas más, y ellas eran las encargadas de servir el té, o la mesa, mientras ellos intentaban no aparecer.

María Stadler no tenía ningún deseo de marcharse, tal y como su padre estaba pensando. Servir en la casa de alguien como la baronesa von Sperling tenía grandes ventajas, además de ser un trabajo seguro y relajado que le gustaba, en el que llevaba toda la vida. Casi todos los que llegaban como invitados eran gentes de calidad, muchos salían en la prensa, las revistas o en los noticiarios que se proyectaban en todos los cines de Alemania antes de las películas, y a los que en Elmen o en Wannsee podía ver de cerca. Lo que más le preocupaba era que si se marchaban a Hamburgo, como su padre había comentado, ella tendría que abandonar a Renate, su compañera en Travemünde, aunque eso era algo que llevaba con la mayor discreción, ya que el gobierno nazi no entendía algunas cosas.

A media mañana, sin avisar, se presentó Joachim Gessner, comentando que formaba parte de los que iban a reunirse aquella tarde en la Villa Marlier, y que ya que estaba allí había traído una maleta con ropa y objetos personales de Constanze que había encontrado en su casa. También le devolvía un reloj de pulsera, cartas, fotografías, y varios recuerdos. Lo recibió María Stadler en el mismo vestíbulo, ya que Constanze se negó a bajar a hablar con él.

Cuando María subió la maleta y la caja con las otras cosas, le dijo que el señor Gessner insistía en verla, a lo que ella volvió a negarse, aunque aprovechando que Joachim estaba allí, y que deseaba terminar de una vez por todas el asunto, le indicó a María que le entregara la maleta que ella también había preparado, conteniendo todo lo que Joachim le había ido regalando a lo largo de los últimos años, incluyendo el anillo de compromiso. Quería demostrarle a su vez que aquella relación había muerto definitivamente.

Cuando Joachim vio a María bajar la escalera llevando la pesada maleta

pensó que, definitivamente, tendría que buscarse una mujer afecta al régimen, alguien que se mantuviera en su lugar, tal y como el padrino de boda, Himmler, había sugerido.

Joachim Gessner era el encargado de coordinar y recibir a los que iban a asistir a la reunión. Repasó la lista que le había proporcionado el propio Himmler. Aunque no iba a participar como ponente, Joachim estaba advertido de lo que iba a tratar la conferencia. Himmler le había dicho que debería levantar acta y al acabar debería informarle directamente. Los participantes habían sido designados por el propio Führer, con el asesoramiento de Himmler, Goebbels y Goering. Según el Führer era allí donde el Reich se jugaba su destino, más que en los propios campos de batalla.

A última hora de la mañana comenzaron a llegar. El primero en hacerlo fue Reinhard Heydrich, jefe de la Gestapo y responsable de la conferencia. Inmediatamente llegaron los restantes, uno tras otro, como si llegaran de una reunión previa. Heinrich Müller, general de división de las SS, Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS, y jefe de Oficina de Reasentamiento judío, Wilhelm Stuckart del Ministerio del Interior, Erich Neumann, de la Oficina de Planificación, Roland Freisler, ministro de Justicia, Josef Bühler, representante del gobierno, Martin Luther, de Relaciones exteriores, Gerhard Klopfer de la cancillería, Friedrich Kritzinger, secretario de estado de la cancillería, Otto Hofmann, de la Oficina Principal de Raza y Colonización, Rudolf Lange, comandante de las SD, Karl E. Schongarth, comandante de las SD. Los últimos en entrar fueron Alfred Meyer y Georg Leibbrandt, delegados de los Territorios Ocupados del Este.

Heydrich los iba recibiendo en el vestíbulo haciendo de anfitrión. Unos ayudantes de las SS les conducían a la sala y les mostraban el lugar donde deberían colocarse. Joachim Gessner y dos secretarios taquígrafos ocuparían una mesa contigua. Habría una pausa para descansar en la que se servirían canapés, bocadillos y bebidas. Al final se distribuirían los resúmenes tomados taquigráficamente.

Heydrich fue el primero en hablar para presentar el tema.

—Estimados camaradas. Esta reunión que tendría que haber tenido lugar a mediados de diciembre pasado no debe demorarse más. Procederé a realizar una síntesis, aunque cada uno de ustedes recibió un memorándum con acuse de

recibo para centrar el asunto. Les haré una advertencia. Todo lo que aquí se hable será considerado alto secreto. El director Gessner será el encargado de levantar acta. Los taquígrafos pertenecen al SD. Nada de lo que se hable, ninguno de los resúmenes, incluido el memorándum final deberá mencionarse, copiarse o mostrarse a nadie ajeno a los aquí presentes. Aclarado lo anterior paso directamente a la situación, pero antes deseo agradecer la entrega y voluntad del teniente coronel Eichmann, jefe de la oficina de Asuntos Judíos y Evacuación, que ha realizado una extraordinaria y minuciosa labor preparatoria.

»Y ahora escúchenme con atención. Es voluntad del Führer que se proceda a la aniquilación total a nivel mundial de la raza judía. Me dirán ustedes que qué ocurrirá entonces con los judíos de América del Sur, y sobre todo con la importante e influyente comunidad judía de los Estados Unidos. Tiempo al tiempo. No todos los americanos desean convivir con los judíos. Los americanos aún no saben lo que les aguarda. No detallaré los progresos que estamos haciendo en armas de destrucción masiva. Sería motivo de otra conferencia. Hemos sido autorizados a planificar la llamada «Solución final», según el documento en el que el Mariscal del Reich, expresando la voluntad del Führer, nos ordena llevarla a cabo sin más dilaciones.

»Intentaré centrar el problema y darles la solución que hemos previsto. En esta primera etapa todos los judíos de Europa, incluyendo los de los países como España, Inglaterra, Portugal, y otros, aún no dominados por el Reich, deben ser localizados y fichados, con su profesión, sexo, edad, capacidades, situación económica, y otros. Todos y cada uno de ellos. Les avanzaré que en Europa calculamos alrededor de once millones de judíos. Si observan en el cuadro se harán una clara percepción. De hecho ya se está llevando a cabo el censo integral de judíos europeos. La consideración de judíos la tienen de acuerdo a las leyes del Reich. De momento ese es el marco en el que nos moveremos. Distinto será lo que luego se decida. En un principio debemos terminar de eliminar a los judíos, en adelante «untermensch», infrahumanos, de la vida del Reich. De todas las vidas del Reich. Social, profesional o laboral, económica, cultural. Simplemente no hay ni habrá sitio para ellos en el futuro Reich, ni en ningún país de Europa. Es solo cuestión de tiempo que toda Europa y Rusia estén en nuestras manos. Así lo ha expresado el Führer, y así será.

»La idea es actuar por etapas. La primera será la deportación de los judíos de

Alemania, Austria, Bohemia, Holanda, Bélgica, Francia, e Italia, al este. Se deberá planificar y sistematizar las operaciones e infraestructuras necesarias para su eliminación y procesamiento integral. Evaluar los costes y, por qué no decirlo, los beneficios. En principio cualquier bien perteneciente a cualquier judío pertenece por principio al Reich, que lo enajenará, incorporará, o utilizará en beneficio de los ciudadanos del Reich. Con esos fondos se costearán las infraestructuras que ya se están utilizando o levantando en los lugares elegidos. Les agradecería que vieran en la pantalla donde existen campos como Auschwitz, Birkenau, Theresienstadt, otros… y los nuevos emplazamientos. Todo ello deberá tener lugar antes de 1950. Les tranquilizaré si les adelanto que la idea, pactada con nuestro colaborador al-Husseini, de que se formará la pinza entre los Afrika Korps y los ejércitos que deberán atravesar Turquía y Siria, donde se encontraran con nuestros aliados de la Francia de Vichy, para limpiar Palestina. En esa etapa todos los infrahumanos de Oriente Próximo serán deportados al Este. Sin dejar uno solo. Nos lo han puesto más fácil, no será preciso agruparlos, lo han hecho ellos solos. Las comunidades judías del norte de África, incluyendo la importante comunidad de Abisinia, y otras aisladas, tendrán el mismo destino. Asimismo las comunidades judías de Bielorrusia, Ucrania, Rusia, Irak, Persia, etc., donde quieran que se encuentren, por escondidos y remotos lugares donde haya un solo judío, serán buscados y aniquilados. Añadiré que toda la vida cultural de los judíos desaparecerá con esta solución. Se demolerán todas las sinagogas, se quemarán todos sus libros, se destruirán sus objetos de culto, incluidos los artísticos, todos los cuadros pintados por judíos deberán ser destruidos. No deberá quedar memoria de ellos. Será lo mejor para el Reich y para el mundo.

»Tras esta necesaria aclaración, prosigamos. Debemos centrarnos por tanto en la «Solución final». Les adelanto que la logística de una operación de esta envergadura no tiene precedentes. Aunque aliados como Franco o Mussolini puedan mostrarse en principio reticentes, nos consta que al final no podrán oponerse. Sabemos que alguno de ustedes se muestra inquieto por llevarla a cabo lo antes posible. Como nuestro querido amigo aquí presente, el doctor Josef Bühler, secretario de estado del Gobierno General, es decir la Polonia ocupada, que desea acabar cuanto antes. Mi apreciado Bühler, un poco de paciencia, estamos en ello, pero sin método y sin orden no se consigue nada en la vida.

»Ahora pasaré a explicar la sistemática del procesamiento. La verdad, no resultará fácil. El gas Zyklon B, patentado por I.G. Farben, es decir ácido cianhídrico, también conocido como prúsico, ha sido experimentado en Auschwitz-Birkenau, Majdanek y Mauthausen. Hace casi dos años lo utilizamos en procesar gitanos en Buchenwald, con gran éxito. Posteriormente lo hemos experimentado en Auschwitz I, en infrahumanos y comisarios bolcheviques. Creemos que dará un gran rendimiento, aunque es cierto que el rendimiento real lo dará la sincronización de llegadas en los trenes hasta el momento del procesamiento final. Se deberá realizar un ajuste de los horarios y las cargas en los lugares de origen. En otro caso, no habremos conseguido nada. Bien, si observan la pantalla podrán comprobar en el cuadro como apenas en dos o tres minutos se podría exterminar a entre doscientos y trescientos subhumanos. La operación total, en el supuesto de que entren en las cámaras preparados, es decir desnudos, hasta el total procesamiento e incineración en los hornos, tarda tres horas y veinticinco minutos por remesa; podrán ver los detalles de todo ello en el documento C. Ajustaremos a cuatro horas. Suponiendo cuatro cámaras a pleno rendimiento, tendríamos una media de mil sujetos cada cuatro horas. Seis mil diarios. ¡Eso en un solo campo! Comprenderán que las ventajas son enormes comparadas con tener que exterminarlos por fusilamiento. ¡Lo de Babi Yar es algo que no debe repetirse! Traumatiza a los ejecutores y no es algo fácil de organizar. En cualquier caso estaremos atentos a los avances de la ciencia, para optimizar rendimientos. Podrán ver el cuadro D. Las posibilidades de aprovechamiento económico de sustancias como el cabello, huesos, grasas, etc. No les agobiaré con cifras, pero merecería la pena que las estudiaran. Resumiendo, estamos en el camino adecuado, pero debemos mejorar la organización y el rendimiento.

»Ahora haremos una pausa de treinta minutos. Se servirán unos excelentes bocadillos y canapés, también hay un magnifico servicio de cocina para los que quieran algo más formal. Les agradeceríamos que no ingieran bebidas alcohólicas, eso lo haremos al final cuando brindemos por el éxito de la operación. De momento hay té, café, infusiones, limonada. Gracias por su comprensión y hasta dentro de unos minutos.

Joachim Gessner se quedó unos minutos más ultimando sus notas. Quería ser exhaustivo y objetivo. La reunión estaba trascurriendo como se había

programado. Decidió salir al jardín a comprobar que todo estaba controlado y a tomar el aire. No tenía ganas de comer ningún bocadillo. Era bastante selecto para lo que comía. Lo que le molestaba era que no hubiesen contado con él. Creía tener mucho que aportar. Tendría que haber sido nombrado como mínimo gauleiter, tal y como le había contado a Constanze. Estaba preparando una sutil y dura venganza. La amiga de Constanze, Angélica von Schönhausen, era la culpable de todo lo sucedido. Aquella mujer había insultado al Führer, a Goering, a Goebbels, a Himmler, y por tanto al Reich. Debía pagar por ello. Pero no quería que fuese algo sin más, una detención, un proceso, una condena. Difícilmente la habrían condenado a una pena muy dura. No solo era una mujer, sino una aristócrata de estirpe prusiana, emparentada con militares de rango y con historia. No. Debería ser algo diferente. Y él sabía cuál sería la mejor venganza, para que alcanzara de lleno a Constanze von Sperling. Mientras observaba la mansión de los von Sperling no pudo evitar escupir en el césped.

Volvieron a entrar. Tomaron la palabra sucesivamente Eichmann, Stuckart, Neumann, Freisler, Bühler. Todos querían participar, hacerse ver. Él allí no tenía ni voz ni voto, y eso le dolía. Había entregado su vida al partido, y veía como muchos inferiores a él progresaban y le adelantaban. Llegó a pensar si sabrían algo de aquella enrevesada historia de la abuela judía. Sintió un escalofrío. No era el mejor momento para recordarla.

Al acabar se impusieron las tesis de Heydrich y de Eichmann. Había que aniquilar a toda la judeidad sin perder un minuto. Comenzar a moverse en España y Portugal. Contar a los judíos de Gran Bretaña por medio de simpatizantes nacionalsocialistas británicos, como Mosley y Spencer-Leese, y luego aguardar a que cayera la fruta madura. Preparar las infraestructuras necesarias incluyendo la creación de tres nuevos campos dotados con cámaras de gas: Treblinka, Belzec y Sobibor. Tal y como había observado con agudeza Eichmann, sería importante no dejar ningún rastro, «convertirlos en humo», hacerlos desaparecer de una vez por todas. Después de todo, no era más que seguir el mandato del Führer en «Mein Kampf».

# 100. UNA TERRIBLE VENGANZA (TIMMENDORFER STRAND Y SOBIBOR-ABRIL DE 1942)

Para Joachim Gessner las cosas debían hacerse siempre siguiendo un plan. Organizarlas hasta el último detalle. Llamó a su hermano Stefan, que se hallaba en Berlín, y quedaron. Le habló de lo que había pensado, cómo aquella mujer, Angélica von Schönhausen, debía expiar su pecado. Le contó que cuando se lo comentó a Himmler le dijo que estaba de acuerdo, aunque le advirtió que no se lo contara a Goering. Comentó con un cierto tono de menosprecio que en el fondo el mariscal era un snob, al que le privaría ser considerado perteneciente a la nobleza. Algunos se referían a él como Hermann von Goering. No, aquel hombre no estaría de acuerdo.

Joachim le explicó que la trama de la venganza la había urdido el propio Himmler. ¿No habló aquella mujer en Elmen de que todo le parecía una verdadera pesadilla? Pues había llegado el momento de prepararle una a su medida. La idea era enviar a «Timmendorfer Strand» a los individuos adecuados, especialistas de las SS que no deberían dejarse ver ni reconocer. Vestirían de negro, llevarían máscaras y no dirían una sola palabra durante toda la operación. En cuanto a los caseros, se habría preparado una artimaña para que esa noche no estuvieran allí. Se presentarían de noche en la casa rural de los Von Schönhausen. Le harían saber a la mujer como eran tratados los enemigos del Reich, por muy nobles que se creyeran. Por supuesto todo aquello sería filmado, la drogarían, la disfrazarían como a una judía, le tintarían la piel y el cabello con un tinte que se pudiera eliminar con jabón, y le dibujarían un número en el antebrazo simulando un tatuaje, también con una tinta que se pudiera borrar, y la conducirían al nuevo campo de Sobibor, en Polonia, donde ya habían comenzado la aniquilación de miles de judíos cada día. Supuestamente dejaría una carta explicativa de que se trataba de un viaje personal, en la que mencionaría que

volvería en unos días. En Sobibor todo estaría preparado y hablado con el director, quien habría recibido el visto bueno del propio Reichsführer para llevarlo a cabo, para seguir la representación hasta el límite. Cuando llegara el momento culminante, en el último instante, cuando parecía que iban a aniquilarla, la sacarían de allí y la devolverían a su casa. Por supuesto todo sería filmado sin que se diera cuenta la interfecta. Volverían a drogarla y la bañarían mientras estuviera dormida, la acostarían en su cama y se marcharían. Por supuesto se llevarían todas las ropas del disfraz, intentando no dejar ni el más mínimo rastro. En cuanto a Constanze von Sperling, los mismos individuos la secuestrarían durante unas horas mientras iba de su casa a Travemünde, la drogarían obligarían a ver lo que hubieran filmado. Al terminar la devolverían al lugar donde se encontrase su coche, allí la soltarían, y que luego ambas contasen lo que quisieran.

Stefan lo observaba con los ojos muy abiertos. Le costaba reconocer a su propio hermano. Todo aquello era de una crueldad inimaginable. Si se tratara de su problema, él lo habría resuelto de otra manera. Les habría pegado dos tiros a ambas damas cuando iban de un lado a otro en su coche y asunto terminado. Aquellas aristócratas se habían pasado con su penosa actuación y se merecían un terrible escarmiento.

—¡Te imaginas, Stefan! ¡Ya nunca podrá separar la realidad de la pesadilla! ¿Qué pasará por su mente? Naturalmente nadie la creerá, ni creo que ella se atreva a contárselo a nadie. Llevará siempre la pesadilla de la que hablaba consigo. En cuanto a Constanze, cómplice de lo que sucedió en Elmen, aquel infausto día, sabrá que ha sido cierto pero jamás podrá demostrarlo. ¡Ese Himmler es un genio! ¡Nunca se me hubiera ocurrido nada tan sofisticado, pero creo que no se merecen menos!

Stefan le replicó que todo aquello parecía salido de una mente enferma. Sería más fácil provocar un accidente de carretera en la que ambas murieran y asunto terminado, no tenían por qué complicarse la vida. Pero Joachim estaba entusiasmado. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Desde que sintió aquella terrible humillación no paraba de darle vueltas a la cabeza, y que deseaba hacer algo para vengarse de una vez por todas.

La «Operación Ángel» se llevó a cabo a mediados de abril. Un equipo de tres agentes especiales de las SS la ejecutó como estaba planeada. Las órdenes eran

que no quedaran huellas. Los caseros de Angélica von Schönhausen tuvieron que ir al médico en Travemünde aquella tarde aquejados de fuertes dolores de vientre. Los tuvo que llevar el chófer y mayordomo personal superando los mismos síntomas. Era como si se hubieran envenenado con algún alimento en mal estado y fueron hospitalizados. No había teléfono en «Timmendorfer Strand» y no pudieron avisar de lo que ocurría.

Sin embargo, ella no se vio afectada y se quedó en la casa. Pensó que se debía a la carne que les habían regalado unos cazadores. Ella era vegetariana, pero el servicio había comido en la cena anterior. Aquella noche en vista de que no volvían, cenó temprano y se acostó. A las nueve oyó un ruido en la planta baja y se alarmó. Luego pensó que habría sido el viento que estaba arreciando. Para cuando quiso darse cuenta le habían aplicado un paño con cloroformo en el rostro.

Recobró la conciencia en un lugar desconocido y oscuro. Un olor acre, fuerte, repugnante, que lo impregnaba todo. Pensó que olía a muerte. Estaba tan aterrorizada que no se atrevió a gritar. Era una extraña sensación tan real que no parecía una pesadilla, en la penumbra vio que se hallaba tendida junto a otra mujer en una litera de madera mal cortada. Tenía mucho frío. Vio que la mujer junto a ella la observaba en la semioscuridad. Sus ojos se estaban acostumbrando con rapidez y podía vislumbrar una hilera de literas igual a la que ella se encontraba. Una débil bombilla cada diez metros arrojaba una exigua luz. Preguntó que dónde estaba y su compañera de litera murmuró extrañada que aquel lugar era el campo de concentración de Sobibor.

Angélica von Schönhausen era una mujer exquisita, que se sabía privilegiada por la vida. Educada en los mejores colegios, nunca en toda su vida había tenido un problema. Su nivel económico le permitía todos los lujos que deseara. Cuando recobró el conocimiento no podía comprender lo que estaba sucediendo. Por ello, dolorida y helada, preguntó:

—¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué me han traído a este lugar?

Su compañera de litera que ya no se asombraba de nada, una judía de Hamburgo, murmuró convencida.

—Porque somos judíos. Por eso nos traen aquí, para matarnos.

—¡Pero yo no soy judía! —protestó—. ¡Soy Angélica von Schönhausen! ¡Yo no tendría por qué estar aquí!

—Yo tampoco —replicó su compañera—, mi nombre es Rebeca Altmann, pariente cercana de los Bloch-Bauer de Viena. Soy profesora titulada de filosofía por Heidelberg. Yo tampoco tendría que estar aquí, pero ambas somos judías y eso para ellos es suficiente.

—¡Perdone, pero le insisto! ¡Yo no soy judía! ¡No tengo nada que ver con los judíos!

—Mire, amiga mía, a los judíos cuando ingresamos aquí nos traen a este pabellón. Los gitanos ocupan otros al final del campo, a los comunistas y los enemigos del Reich, como ellos los llaman, los agrupan en otros algo mejor que estos. Además dígame como una mujer no judía lleva ese número en el antebrazo. A pesar de la escasa luz hasta yo puedo verlo.

Angélica miró su antebrazo. Tatuado en la blanca piel resaltaba el número «48864». Lo observó extrañada, como si aquel brazo no fuera el suyo. Se sintió confusa, extrañada. ¿Qué estaba pasando?

—Te daré un consejo —la mujer la tuteó ya que no deseaba verse metida en problemas—, mientras te aclaras sobre lo que eres, te aconsejo que no intentes discutir con ellos. Te matarían en el acto. Tú solamente haz lo mismo que los demás. Te han traído esta noche. Venías como muchas, desmayada. Te han dejado aquí, ya que mi compañera de litera la gasearon ayer por la noche. Estábamos aquí y vinieron a por un grupo. Se llevaron a cerca de trescientas mujeres, eligieron a las enfermas, las más mayores y las niñas. Eso que hueles es lo que sale de los hornos crematorios donde las han convertido en humo. Mañana puede que nos toque a nosotras. Tal vez no. Sería mejor cuanto antes. De aquí no se sale, al menos con vida.

—¡Pero es imposible! ¡Tiene que creerme si le digo que hace un rato estaba durmiendo en mi cama en mi casa de Travemünde! ¡Por favor, créame! ¡Tiene que creerme!

—¡Claro que te creo! Mira, yo estaba en mi casa, con mis hijos y mi marido cuando vinieron a buscarnos. Estábamos sentados a la mesa, comenzando a cenar cuando escuchamos ruidos en la escalera. No nos dio tiempo a reaccionar. Tiraron la puerta abajo, a mi marido lo mataron delante nuestro al intentar defendernos. Le dispararon a la cabeza. No nos permitieron coger nada, ni siquiera ropa de abrigo. La sopa se quedó puesta en los platos. ¿Por qué no voy a creerte? Nos condujeron a la estación y allí me separaron de mis hijos. A ellos

los trajeron en otro vagón y ya no he vuelto a verlos. Así que puedo entender muy bien lo que sientes. Cuando llevas aquí unos días empiezas a comprender la realidad. En eso Hitler no mentía. Quieren matar a todos los judíos. ¡Dios nos ha abandonado!

En aquel momento se encendieron unos focos y el pabellón se iluminó. Todas las mujeres se levantaron de un salto. Angélica las observó tendida sin moverse.

—¡Levántate! ¡Levántate inmediatamente o te matarán! —la mujer parecía seriamente alarmada—. ¡Hazme caso!

Angélica se incorporó como dudando y se colocó en la fila que se había formado delante de su litera. Se sentía aturdida, confusa, sin saber qué estaba haciendo ella en aquel lugar. Vio llegar a dos SS uniformados, llevando sendas fustas de cuero. Una muchacha de unos quince años estaba en cuclillas como si estuviera sufriendo retortijones. El SS de su lado la golpeó violentamente en la espalda con la fusta. La muchacha se desplomó de bruces. El hombre la pateó con saña, con odio. Le dio varios puntapiés en el costado. Ninguna de las mujeres se movió, salvo otra muchacha cercana que intentó interponerse. El SS sacó su pistola y le disparó a la cabeza. La joven se desplomó sangrando sobre la primera muchacha. Angélica se desplomó perdiendo el conocimiento.

Cuando volvió en sí notó un fuerte dolor en el costado. Se encontraba sola, tendida en la litera del barracón, de nuevo con las luces apagadas, en penumbra. No vio a nadie, todo estaba en silencio en el interior, aunque se escuchaban algunos gritos lejanos, reconoció disparos. Intentó levantarse pero se notaba mareada. Comenzó a sollozar de impotencia. Entonces vio a una joven que se acercaba a donde estaba. Llevaba la ropa destrozada y tenía golpes en la cara, los ojos morados, el labio roto. La muchacha no tendría veinte años. Se acercó junto a ella y se dejó caer en la litera de tablas. Angélica no podía aceptar que aquello estuviera sucediendo. Tenía la esperanza de que en cualquier momento terminaría la espantosa pesadilla, tan real que tenía que pellizcarse. Ni siquiera pensar que se trataba de un espantoso sueño la tranquilizaba. Tocó el brazo de la muchacha. Entonces se dio cuenta de que la joven tenía el brazo derecho roto, la mano le colgaba sin vida. Observó su rostro. No lloraba, solo parecía mirar hacia arriba con los ojos enrojecidos observando un punto fijo. La falda de la muchacha estaba hecha jirones. Vio que su muslo estaba impregnado de sangre.

Tuvo que morderse los dedos para no gritar. Aquella muchacha acababa de ser violada tras ser brutalmente golpeada. Pensó que se encontraba en el mismo infierno y comenzó a llorar cubriéndose el rostro con las manos.

La pesadilla duró tres días. No fue capaz de probar un bocado de la repugnante bazofia que les traían. Al segundo día la obligaron a salir al exterior. Vio cómo se comportaban los guardianes y los SS. No podía dar crédito a sus ojos, era demasiado brutal para ser cierto. En un momento dado un SS la obligó a seguirle. Intentó resistirse y el hombre la golpeó con la fusta en la espalda. Al final la llevó con él a un barracón vacío. Allí le arrancó la ropa y la violó a pesar de que intentó resistirse. En un momento dado creyó que alguien los estaba observando. Volvió a desmayarse. Cuando volvió en sí se encontraba en un grupo al aire libre aguardando algo. Unos SS les gritaban insultándolas, mientras los guardianes intentaban formar una fila de uno para conducirlas a un barracón al final del campamento. Las mujeres lloraban, algunas musitaban oraciones. Entonces se dio cuenta de que las conducían a la muerte. Aquel era el barracón del que no se salía con vida. Una de las mujeres corrió despavorida. Un SS apuntó tranquilamente y la abatió de un tiro en la espalda. La mujer cayó hacia delante como empujada por una mano invisible. El hombre rio su acierto estrepitosamente.

Angélica comprendió que iba a morir en unos instantes, que nada podía salvarla, que no se trataba de ninguna pesadilla. No era capaz de separar la realidad de aquel espantoso e interminable sueño, solo era una mujer judía que había soñado que tenía otra vida de ilusión, y que a escasos metros le aguardaba el fin. La fila iba avanzando hacia el pabellón de la muerte. Les habían dicho por los altavoces que debían desnudarse completamente y depositar sus ropas en el montón situado antes de la puerta, asegurando que se trataba de una operación de fumigación para acabar con las pulgas y chinches y que al acabar se les proporcionarían ropas desinfectadas y limpias, amenazándolas para que mantuvieran el orden.

La mayoría estaban convencidas de que iban a morir. Cuando le tocó despojarse de todas sus ropas pensó que ya no había vuelta atrás. Era el final, entró en el pabellón recordando el largo y vívido sueño en el que era Angélica von Schönhausen. En aquel momento sintió un pinchazo en la espalda, intentó volverse pero se desmoronó sin sentido.

Volvió en sí en su cama de «Timmendorfer Strand». Encendió la luz y comenzó a llorar sin consuelo, preferiría morir allí mismo antes que volver a caer en la gris y espantosa pesadilla de la que acababa de salir.

Constanze von Sperling estaba muy preocupada por la desaparición de su amiga Angélica. A pesar de la nota que había dejado en su dormitorio, intuía que algo iba mal. Se dirigía a Travemünde para poner una denuncia en la policía cuando en una de las cerradas curvas tuvo que frenar en seco al encontrar un coche cruzado en la carretera. Un hombre de aspecto vulgar se dirigió hasta ella caminando lentamente. Cuando se encontraba junto al coche le dijo que bajara el cristal, entonces sin más sacó un trapo del bolsillo y con un rápido gesto se abalanzó sobre ella. Constanze intentó resistirse, pero unos segundos después perdía el conocimiento.

Volvió en sí en un lugar desconocido, un gran almacén en penumbra. Se encontraba atada y sentada, sin comprender, ni por qué habían colocado una especie de pantalla delante de ella. En aquel momento la pantalla se iluminó. No daba crédito a sus ojos. En la imagen reconoció un rostro familiar, aunque algo no cuadraba. ¡Angélica von Schönhausen! ¡Era ella sin duda! Aunque el cabello oscuro, la piel cetrina, la transformaban casi completamente. Vestía un uniforme a rayas de prisionera. El corazón comenzó a palpitarle con fuerza. No podía comprender lo que pretendían al mostrarle aquellas imágenes. El ambiente parecía el de un campo de prisioneros. La película comenzaba a mostrar escenas brutales. Comenzó a sollozar al ver como un guardián violaba a su amiga. Se le hizo una luz en la mente. ¡Joachim Gessner! ¡Les estaba demostrando cuál era su poder! ¡No podía creer que fuera capaz de tanta vileza! Pudo ver cómo asesinaban a dos jóvenes con absoluta frialdad, como golpeaban y trataban a aquellas mujeres, probablemente judías, en uno cualquiera de los campos de concentración. Intentó mantener los ojos cerrados, pero era tal su estado de tensión que era incapaz de conseguirlo, mientras abundantes lágrimas discurrían por sus mejillas. La película mostraba un infierno. Vio como conducían a Angélica en una larga fila hacia un barracón. Tuvo la certeza de que iban a asesinarla. Su corazón ya no resistía y comenzó a gritar totalmente desesperada.

La dejaron tirada aquella misma noche cerca del lugar en la carretera donde se encontraba su coche. El descapotable comenzó a arder. Mientras respiraba con dificultad, no quería recordar las imágenes que acababa de ver. Un rato más

tarde un automóvil se detuvo con un frenazo, y alguien se acercó corriendo a ella. Un hombre le preguntaba insistentemente si había sufrido un accidente. Ella negó con la cabeza, consciente de que no serviría de nada contarle la espantosa realidad que acababa de vivir. Solo le pidió que la llevara a «Elmen». El desconocido asintió, era un comerciante de lanas de Travemünde, y sabía dónde estaba aquella casa. Ella permaneció en silencio hasta que llegaron. María Stadler salió al gran patio al escuchar el coche. Cuando Constanze descendió María comprendió que le había sucedido algo muy grave. El hombre le contó que la había encontrado tirada en la carretera, que el coche había ardido completamente, se despidió y se marchó tras dejar anotado su nombre.

En Elmen el teléfono recién instalado funcionaba mal. Aquella noche no había posibilidad de conectar con la casa de Angélica, y la camioneta estaba averiada. Comenzó a llover intensamente. Constanze sentía fuertes náuseas y tuvo que acostarse, convencida de que su amiga había sido asesinada.

Por la mañana, como a las siete, mientras amanecía, vieron llegar el coche de Angélica. Lo traía el chofer que traía el recado de que su ama deseaba que fuera a verla lo antes posible. Con el corazón en vilo, casi sin atreverse, Constanze le preguntó si la señora von Schönhausen se encontraba bien. El chófer movió la cabeza, como si dudara de lo que debiera contestar. Finalmente replicó que sería mejor que fuera ella a comprobarlo. Constanze tampoco se sentía bien, tenía fiebre y seguía con fuertes náuseas, pero a pesar de ello se puso un abrigo, cogió un sombrero y subió al coche para ir a «Timmendorfer Strand», a media hora de distancia. Sentía un gran alivio al saber que Angélica seguía con vida, y al tiempo una sensación de horror por lo que sabía había pasado. Necesitaba verla, saber que estaba bien a pesar de todo.

Cuando descendió del coche, vio a Angélica mirándola fijamente con el rostro demudado. Tenía el cabello de su color rubio pajizo, despeinado, aunque le habían aparecido muchas canas, la piel tan blanca como siempre. No podía comprenderlo. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza sollozando. Peter, el chófer, las observaba sabiendo que algo muy grave tenía que haber ocurrido durante los casi cuatro días que su ama había faltado de allí.

# 101. MAUTHAUSEN (MAUTHAUSEN, LINZ-MAYO DE 1942)

El campo de concentración de Mauthausen-Gusen se encontraba muy cerca de Linz, apenas a veinte kilómetros. Cuando Selma tuvo la certeza de que su hijo Jacques se hallaba prisionero en aquel campo se obsesionó pensando cómo podría liberarlo. En aquel momento, todo lo demás, su vida, el sionismo, incluso su amor por Eduard Hirsch había pasado a un segundo plano. Incluso la estrategia que los sionistas estaban preparando en la eventualidad de que los alemanes del Afrika Korps pudieran llegar a El Cairo, lo que hubiera significado amenazar directamente Palestina. Lo único importante era sacar de allí a su hijo, en aquel lugar su vida pendía de un hilo, y que en cualquier momento, con cualquier excusa, por un motivo fútil, podrían cortarlo.

Se arriesgó a ir a Viena. Quería hablar con Eva Gessner ya que estaba informada de que sus hermanos, Stefan y Joachim, se habían convertido en cargos del partido nazi. Ellos podrían conseguir sacarlo de allí. No sabía cómo iba a responder aquella mujer que tiempo atrás consiguió separarla de Paul. Después también Eva se había divorciado de Paul, pero al menos aquel matrimonio demostraba que no era alguien con prejuicios en contra de los judíos. En cuanto a Paul, acababa de enterarse de que los nazis lo habían detenido en la frontera con Suiza cuando intentaba huir, con suerte se encontraría prisionero. Alguien había avisado de que varios conocidos hombres judíos habían intentado huir con la mala fortuna de ser apresados en la misma frontera. Lo sentía mucho por él, pero el que realmente le importaba era Jacques, paradójicamente tan parecido a su padre en muchas cosas. Ambicioso, creído de su inteligencia y de su físico, sabiéndose privilegiado, exquisitamente educado. Selma sabía que Jacques seguía con vida por el momento, y que cumplía los requisitos para que los nazis lo siguieran considerando útil. Fuerte, joven, dispuesto a todo. De momento preferían eliminar a lo que llamaban «bocas inútiles», a los viejos, a los enfermos, a los niños. ¡Qué terrible maldad! En

ocasiones cuando reflexionaba sobre lo que estaba ocurriendo, viéndose ella como una más entre aquellas gentes educadas, refinadas incluso, sensibles al bienestar de los animales, los perros y los caballos sobre todo, amantes de la música y el orden, cultos… no entendía cómo gran parte de la población de Alemania y de Austria a la que siempre había creído conocer se habían transformado, al menos muchos de ellos, en seres crueles, impávidos ante la maldad en contra de hombres, mujeres y niños que hasta ayer mismo habían sido compatriotas y vecinos. Cómo los porteros de las fincas, los compañeros de profesión, en universidades y colegios, incluso gentes cercanas con las que habían compartido muchas cosas, habían podido transformarse de aquella manera en delatores, acusadores, instigadores y, lo que era increíble, incluso en perpetradores. Ya nadie se fiaba de nadie, nadie vivía tranquilo, nadie se sentía feliz aunque fuera un instante, como si una especie de plaga, salida de lo más profundo de los infiernos, se hubiera extendido por aquellos hermosos países, contaminándolos con miasmas de maldad y perversión. Era cierto que los judíos estaban siendo aniquilados en los campos de concentración. Ella lo sabía a través de los informes que habían llegado hasta la Agencia Sionista, hasta Tel Aviv, de algunos que habían conseguido escapar y cuyos relatos hacían dudar a los que los escuchaban, ya que no eran creíbles. Resultaba imposible que los ciudadanos alemanes estuvieran siendo cómplices de la situación. ¡Un pueblo como aquel! ¡Modélico en tantas cosas! Siempre había estado convencida de que Alemania sería el país que guiaría al mundo hacia la cultura y los avances sociales. ¡Qué terrible fracaso, qué desilusión, qué frustración! Ella misma había creído ser una más, hasta que al leer a Pinsker y a Herzl comprendió que estaba totalmente equivocada.

Pero todo aquello ya no le cogía por sorpresa. Ahora se trataba de sobrevivir, de intentar ayudar, de hacer lo que ella sabía y quería hacer, lo mismo que sus padres, que en la Tesalónica ocupada hacían lo que podían por los demás miembros de la comunidad judía, lo mismo que su hija Esther, metiéndose en la misma boca del lobo, en el gueto de Varsovia para intentar ayudar como pudiera, justo cuando acababa de llegarle información de miles de judíos asesinados a palos y a tiros en el gueto por los nazis, tirando incluso los cadáveres por las ventanas a las calles, algunos de ellos aún vivos.

Jacques era diferente y sin embargo ahora todos sus esfuerzos deberían

centrarse en conseguir su libertad, sabiendo que mientras tanto no podría volver a ser ella. Ahora su corazón, su alma, estaba en algún pabellón de Mauthausen-Gusen, y todo lo demás era accesorio.

Ya en Viena, donde llegó con el pasaporte como Ángela Jäger, no tuvo ningún problema para localizar a Eva Gessner. Cuando la llamó por teléfono, Eva solo dijo que fuera a su casa de inmediato, que no se arriesgara por la calle. Cuando llamó al timbre temía encontrarse con la mujer superficial que le habían descrito cuando flirteaba con Paul. Se llevó una gran sorpresa. Eva la recibió cariñosamente como una antigua compañera de fatigas, admirada de que hubiera sido capaz de volver a aquella Viena nazi en la que afloraban los peores y los mejores sentimientos. De un lado gente malvada, egoísta y ruin, de otra hombres y mujeres que ayudaban a los demás sin esperar nada a cambio, aun a riesgo de sus vidas. Al abrazarla comprendió que las rencillas habían quedado atrás y que estaban juntas en lo que importaba. Luego abrazó a María.

Eva le preguntó por su familia. Selma era una mujer fuerte pero no pudo evitar que brotaran sus lágrimas. No tenía por qué ocultarles nada y les explicó el motivo de encontrarse allí. Su hijo Jacques se hallaba prisionero en Mauthausen-Gusen. Era también hijo de Paul Dukas, y eso implicó más a Eva. Podría haber sido también su hijo si hubiera seguido unida con aquel hombre. Cuando Selma les pidió que intercedieran ante sus hermanos, ambas se miraron unos instantes antes de que Eva le contara la situación.

Cuando Eva iba explicando que ellas también podían considerarse judías y lo que había sucedido con Joachim y Stefan, Selma se sintió aún más cerca de ellas, pero se dio cuenta de que probablemente ninguno de los dos movería un dedo ni por sus hermanas ni mucho menos por su hijo. El odio racial había conseguido borrar cualquier otro sentimiento, antiguas amistades, simpatías, relaciones de parentesco, transformándose en una barrera imposible de salvar. Sin embargo Eva le dijo que lo intentaría con todas sus fuerzas, que iría a la embajada para que le dijeran donde podría encontrarse Joachim, con la excusa de motivos familiares. Le aseguró que haría todo lo que tuviera que hacer para conseguir que Jacques fuera liberado cuanto antes.

Ni la propia Eva creía lo que estaba diciendo. Conocía muy bien a sus hermanos, su enorme ambición, su temor a que ellas los terminaran denunciando.

Ni Eva, ni María, ni Selma, podían saber que Jacques había conseguido escapar de su prisión. Un grupo de cuatro prisioneros elegidos por su fortaleza fueron asignados a realizar la mudanza del nuevo comandante del campo. Debían ser conducidos a Linz bajo vigilancia de dos SS, descargar los muebles y ser traídos de nuevo al campo unas horas más tarde. Llovía intensamente, la carretera estaba encharcada y la furgoneta que los conducía se salió de la carretera apenas a tres kilómetros de Linz, chocando contra un árbol e incendiándose. El conductor y el guardia que iba junto a él resultaron muertos. Los cuatro prisioneros pudieron escapar al deformarse la puerta trasera con el golpe y abrirse espontáneamente. Cada uno cogió su camino, pensando que resultaría más fácil que si seguían juntos. Seguía lloviendo y la visibilidad era escasa. Jacques se dirigió hacia Linz, lo contrario de lo que nadie hubiera pensado, mientras sus compañeros intentaban huir hacia las montañas. Llegó a una casa aislada situada a las afueras y se agazapó en el cobertizo intentando que pasara la tormenta. Una mujer salió de la casa para ir a coger leña en el cobertizo donde él se había refugiado de la lluvia. No había lugar donde esconderse y ella casi se dio de bruces con él. Se llevó la mano a la boca atemorizada. Jacques no se había dado cuenta de que tenía una herida en la cabeza y que un lado de su rostro estaba cubierto de sangre. Intentó tranquilizarla, le dijo que había huido de Mauthausen y que no iba a hacerle daño. Ella asintió. Le dijo que su hermano se hallaba allí prisionero por motivos políticos.

La mujer tendría treinta y tantos, hizo un gesto para que la acompañara. Él la siguió al interior de la casa. Le permitió lavarse en la cocina y le curó la herida superficial. Luego le dio de comer y le proporcionó un traje que dijo era de su hermano, mientras le decía que no podía refugiarlo allí ya que si lo encontraban los matarían a ambos.

Antes de salir le dio algo de dinero y una bolsa con pan y algunos víveres. Jacques pensaba que había gente muy mala, pero también gente muy buena. Ella le recomendó que se escondiera cerca de la estación por la que pasaban los trenes de mercancías, y que intentara subirse a alguno y alejarse. Cuando él le preguntó por qué hacía aquello por él, la mujer dijo que apenas un mes antes los nazis habían asesinado a su marido sin motivo, y que nunca los perdonaría. Al despedirse Jacques le besó la mano y ella le besó en ambas mejillas deseándole suerte mientras esbozaba una amarga sonrisa.

Mientras corría entre los árboles en la dirección que la mujer le había indicado, Jacques no podía dejar de pensar en lo arriesgado que era vivir en aquellos tiempos. La suerte le acompañaba, como ella le había sugerido pudo subir a un vagón de mercancías. Allí se encontró con uno de los prisioneros que le acompañaban. Otra vez el azar.

Mientras Selma se hallaba en Viena, intentando buscar el medio para liberarlo. Eva le dijo que permaneciera con ellas, que en modo alguno se le ocurriera volver a su antiguo piso. Le contó que existían muchas denuncias por parte de los porteros, que eran coaccionados por la Gestapo, y también espontáneas de los vecinos. Selma le dijo que debía ir forzosamente a su casa ya que quería recoger unos documentos, dinero y joyas de la caja fuerte. María se ofreció a ir en su lugar. Conocía aquel edificio ya que había mantenido amistad con unos antiguos vecinos, por lo que el portero se acordaría de ella. Solo tenía que darle la llave y la combinación de la caja y ella lo traería todo. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Selma aceptó. No terminaba de fiarse del portero. Le entregó las llaves a María y le dio la combinación de la caja fuerte situada tras un espejo en su dormitorio. Desde antes del anschluss el piso figuraba a nombre de Ángela Jäger, clasificada como aria, y por lo tanto confiaba en que no hubiera sido ocupado por los nazis.

María se dirigió al piso. No iba preocupada, para los ciudadanos considerados arios la situación se consideraba como incómoda, pero los nazis procuraban no meterse con ellos. Cuando llegó al piso el portero no estaba, abrió el portal con el llavín y subió en el ascensor, abrió con un leve chirrido y se dirigió al dormitorio principal. Olía a cerrado, encontró la caja de inmediato, giró la combinación y la abrió sin dificultades. Extrajo todo lo que había y lo introdujo en su bolso. Aquello estaba resultando más sencillo de lo que había pensado.

En aquel momento escuchó un ruido. Dos desconocidos entraron en el dormitorio pistola en mano. María tenía aún la mano dentro del bolso y al ir a sacarla uno de ellos disparó. María sintió un fuerte dolor en el pecho. Solo fue un instante, antes de desplomarse sobre la cama había muerto.

Los hombres de la Gestapo se encogieron de hombros. Aquello ocurría todos los días. En aquel momento entró el portero, que era quien los había avisado al

decirle uno de los vecinos que Selma Goldman estaba en su piso. La estaban aguardando desde hacía tiempo, con la información de que se trataba de una agente sionista que estaba ayudando a escapar a muchos judíos. El portero se acercó en el momento en que el que había disparado daba la vuelta al cuerpo sobre la cama. Cuando vio el rostro de María Gessner con los ojos abiertos inmóviles, se dio cuenta de que algo había ido mal.

—Esta mujer no es Selma Goldman, su nombre es María Gessner, y creo que vamos a tener problemas.

La Gestapo se dirigió de inmediato al piso de María Gessner con la convicción de que probablemente Selma Goldman podría estar oculta en él. El portero les explicó que aquel piso llevaba varios meses vacío, aunque la propietaria pasaba por el de tanto en tanto, lo que podría indicar que se encontraba viviendo en Viena. El director de la Gestapo de Viena ya estaba informado de lo sucedido, y que la mujer muerta era hermana de dos altos cargos del partido. Se había tratado de un terrible error, aun sabiendo que María Gessner se hallaba en el piso de una judía buscada por su relación con el sionismo, y que en el bolso de la fallecida se encontraron documentos comprometedores, dinero y joyas de gran valor.

Cuando el director habló con Joachim Gessner temía la reacción de aquel hombre, al que tenía que explicarle que la policía a sus órdenes había matado a su hermana María por error. Se sorprendió al escuchar la reacción de Gessner que le decía serenamente que comprendía la situación, y que no se podía culpar a nadie por cometer un error en aquellos días de tanta tensión. No podía saber el director de la Gestapo en Viena que acababa de quitarle un peso de encima a Gessner, que de acuerdo con su hermano Stefan, habían resuelto terminar con la amenaza que suponían sus dos hermanas en aquella ciudad, por los medios que fueran precisos. Aquella noticia facilitaba las cosas. Para Joachim, su hermana María era un caso perdido, contaminada por las lecturas bolcheviques y las malas compañías políticas, haciéndose pasar falsamente por simpatizante nazi, lo que la había llevado a ser abandonada por Kurt Eckart, que probablemente no soportaba las tendencias políticas de su amante. Joachim estuvo a punto de decirle que no estaría mal que la Gestapo se encargara también de su otra hermana, Eva Gessner, aunque al final se contuvo, más que nada por lo que pudiera contarles. Uno de los vecinos de Selma se encontró casualmente con Eva

a la que conocía de toda la vida, cuando alarmada por la tardanza, intuyendo que algo malo podría haber sucedido, intentaba entrar en el edificio donde estaba el piso de Selma.

El hombre le contó que habían escuchado unos disparos, y que media hora más tarde sacaron en camilla el cuerpo sin vida de una mujer desconocida. Eva supo en aquel momento que su hermana María había muerto. Simplemente no lo aceptaba. ¿Quién había disparado y por qué motivo? Estaba tan conmocionada que decidió ir a la central de la Gestapo. Al llegar vio a Ernst Kaltenbrunner, al que conocía desde hacía años, a punto de introducirse en un automóvil. No soportaba a aquel hombre al que tenía por alguien fatuo y malvado, que había ascendido en el partido nazi austríaco. Había trabajado para su padre como abogado en unos asuntos de los terrenos de la familia en Linz, y la conocía desde hacía años. También su esposa Elisabeth. Intentó volverse cuando él la vio. Kaltenbrunner descendió del coche y se acercó a ella entre los hombres de la Gestapo que lo rodeaban.

Kaltenbrunner desconocía la mala relación entre Eva Gessner y sus hermanos. Para él solo era alguien emparentada con personas situadas en la cúpula del partido. Precisamente aquel día en el que había sido llamado a Berlín y sabía que le iban a dar un importante cargo. Le preguntó qué podía hacer por ella. Eva estaba tan afectada que solo pudo contestarle desabridamente que las SS bajo su mando acababan de asesinar a su hermana María. El rostro del jefe de la Gestapo se descompuso. Conocía bien a Joachim Gessner y a Stefan. Aquello era un terrible contratiempo. Tendría que hablar con los responsables. Eva le dijo que quería que le entregaran el cuerpo de su hermana. Kaltenbrunner habló con alguno de sus ayudantes. Diez minutos más tarde le explicó que se encontraba en el instituto forense donde le estaban practicando la autopsia. Eva tuvo que sentarse en el coche casi desmayada. Se ofrecieron a llevarla a su domicilio. Ella no quería pero no se encontraba en condiciones de volver andando. Finalmente la llevó el propio jefe de la Gestapo.

Selma estaba volviendo al piso de Eva. Desde la esquina observó pasar dos coches de la Gestapo y se introdujo en un portal. Vio descender a Eva Gessner y reconoció a Kaltenbrunner. Aquello la dejó tan sorprendida que volvió sobre sus pasos. No podía creer que Eva y María la hubieran delatado, pero lo que acababa de ver no le dejaba opción a dudarlo. Había dejado una pequeña maleta con sus

cosas en casa de las Gessner, aunque el pasaporte y los documentos a nombre de Angela Jäger seguían en su poder. No recordaba haberles dicho nada acerca de aquella identidad. Las normas de la agencia sionista eran mantener absoluta discreción aún con las personas más cercanas.

Decidió salir de Viena cuanto antes. Era muy arriesgado seguir allí con la Gestapo siguiéndole los pasos. Sin embargo necesitaba saber por qué habían actuado de aquella manera. Entró en una cabina de teléfonos y marcó el número del piso de Eva. El teléfono sonó tres veces. Reconoció la voz de Eva.

—¿Quién es? ¿Dígame?

—¿Eva? He visto que bajabas del coche de Kaltenbrunner. ¿Podrías explicármelo?

Cuando Eva le contó sollozando lo que había ocurrido, Selma comprendió la situación. Le dijo que no podría volver allí, y que lo sentía mucho. La intención de ayudarla había ocasionado la muerte de María. Probablemente la habrían confundido con ella. Murmuró que ya se pondría en contacto más adelante y colgó.

Al menos sabía que Eva no la había delatado. Se sintió culpable por haber dudado de ellas. El asesinato de María Gessner demostraba lo que iba a ocurrirle si la capturaban. Tomó la decisión de llamar a Alice Haussman, antigua ayudante de Paul Dukas en su consulta. Una mujer inteligente a la que conocía bien. Llamó desde la misma cabina. Alice le replicó diciéndole que fuera a su casa de inmediato, intentaría ayudarla.

Alice Haussman no era judía, creía que no existían diferencias entre alemanes y judíos, y sus largos años con el doctor Paul Dukas le habían demostrado que los hombres judíos eran muy parecidos a los hombres austríacos. Conocía las flaquezas humanas de Paul Dukas y también su gran inteligencia. La historia de Lowe Lowestein, que había llegado a sus oídos, le había demostrado que aquel hombre racional y frío escondía un corazón muy humano. Cuando Selma Goldman la llamó, no dudó un instante.

Cuando escuchó el timbre de la puerta y abrió la puerta encontró el rostro de aquella mujer por la que siempre había sentido admiración. Selma le explicó que había llegado a Viena para intentar que Eva Gessner la ayudara. Lo que acababa de ocurrir con la trágica muerte de María demostraba que la Gestapo estaba informada. Necesitaba que Alice la ocultara un par de días hasta que viera de

qué manera podía huir de Viena. Alice asintió.

Alice le preguntó si sabía que el doctor Paul Dukas se encontraba prisionero de Mauthausen. Le contó lo que ella sabía a través de Simón Steinmann, que había ido a Viena para explicar lo sucedido a la familia de Appelbaum, con la que ella mantenía buena relación.

Al enterarse Selma de la situación de su exmarido, le afectó mucho. Sabía que Paul no resistiría el ambiente de un campo de concentración donde el valor de la vida era muy relativo. Paul siempre se había hecho el fuerte, el hombre impávido ante los acontecimientos, intentando demostrar un carácter que escondía en realidad un alma atormentada y sensible. Simplemente ver lo que sucedía en aquel campo lo mataría.

Alice preparó la habitación que había sido de su madre, fallecida meses atrás. Le dijo que no se preocupara, allí estaría segura, y cuando el asunto se enfriara un poco podría intentar huir escondida en la parte de atrás de su coche, regalo de Paul Dukas cuando le dijo que tenía que prescindir de sus servicios por causa de las leyes raciales, al ser él judío y ella aria.

Eva, aún conmocionada por la muerte de su hermana, encontró la solución al descender del coche de la Gestapo. Conteniendo sus sentimientos le dijo a Kaltenbrunner que si quería compensarla por la injusta muerte de María, por la que ya no se podía hacer nada, que liberara al hombre que había sido su marido, el doctor Paul Dukas y también a su hijo, Jacques Dukas, de Mauthausen, ya que se había corrido la voz en Viena de que ambos se encontraban presos en aquel campo. Alguno de los guardias era de Linz y había hablado más de la cuenta. A él no le costaría nada conseguirlo. Al escuchar la petición, Kaltenbrunner frunció el ceño. No le hacía ninguna gracia nada dejar libres a dos judíos, pero necesitaba compensar a aquella mujer de alguna manera. Dos vidas judías por una vida aria. No tardó ni dos minutos en resolverlo. De acuerdo, él los liberaría pero ellos deberían intentar ocultarse por sus medios. Si los encontraban después no se hacía responsable.

Eva dijo que se comprometiera a soltarlos y darles al menos veinticuatro horas. No se trataba de que los soltaran y les dispararan por la espalda desde las torres de Mauthausen. Un trato era un trato, y Kaltenbrunner lo aceptó. Desde aquel momento, aseguró, se comprometía a dejarlos en libertad, y darles no veinticuatro, sino cuarenta y ocho horas sin dar orden de busca y captura. Luego

le estrechó la mano y ella salió del coche. Fue en aquel preciso momento cuando Selma Goldman observó que se despedía de Kaltenbrunner, un hombre profundamente odiado por toda la comunidad judía de Viena.

En Mauthausen la orden de liberar a los Dukas, padre e hijo, llegó al comandante de campo en el momento en que estaba dando órdenes para que capturaran vivos o muertos a los fugados. En cuanto a Paul Dukas, lo llamaron a la dirección del campo cuando se encontraba de guardia en la enfermería. Cuando le comunicaron que iba a ser puesto en libertad al principio no lo creyó. De Mauthausen solo se salía con los pies por delante, pero cuando en presencia del director le entregaron un traje, un cinturón, una camisa, calcetines, incluso una corbata, todo ello usado y arrugado, además de treinta marcos y el pasaporte que le habían requisado cuando lo capturaron, incluyendo un documento de expulsión del Reich dirigido a la Gestapo, comprendió que era cierto. El director no se dignó a darle ninguna explicación. Solo le advirtió que si contaba algo de lo que allí había visto, los presos que habían llegado con él pagarían con su vida la indiscreción. Paul sabía que aquel hombre no hablaba por hablar.

Pero cuando le dijo que su hijo Jacques también iba a ser liberado, el corazón comenzó a latirle con fuerza. Paul se sorprendió ya que desconocía que se encontrara allí prisionero. Alguien muy importante tendría que haber influido. No pensó en Eva, ya que no sabía nada de lo sucedido aquel mismo día en Viena. Cuando dos agentes de la Gestapo iban a conducirlo a la estación, preguntó por Jacques. No le contestaron, y aquel silencio le preocupó. Tuvo que aguardar que pasara el primer tren con destino a Suiza. Sus guardianes mostrando el mismo desprecio y brusquedad que en el campo, lo entregaron a la Gestapo que iba en el tren, con el documento de expulsión del Reich, que era finalmente como se iba a zanjar el asunto, ya que el propio Kaltenbrunner no quería más problemas.

Tras ocho horas de viaje llegaron a la frontera suiza. Cuando Paul Dukas ya se creía libre, caminando en tierra de nadie, un disparo realizado por un tirador de la Gestapo le alcanzó en la cabeza. El director de Mauthausen se había jugado el puesto con aquella acción, pero en modo alguno podía permitir que un médico judío que había visto tantas cosas en el campo pudiera revelarlas. Aquel sería un incidente fronterizo y el tirador de élite negaría haber disparado. Un guardia de fronteras suizo lo presenció todo. Al final fueron ellos los que tuvieron que ir a

recoger el cuerpo ya que se hallaba apenas a unos metros de su frontera.

Jacques y su compañero de fuga sabían que sus oportunidades eran mínimas. Fueron detenidos en la siguiente estación. Alguien les había visto subir y los denunció. Jacques, convencido de que lo iban a matar, permaneció inmóvil aunque para su sorpresa ni siquiera lo golpearon. El otro preso aterrorizado intentó huir y fue acribillado en las mismas vías. Lo condujeron a Mauthausen, y una vez allí lo llevaron a la dirección. Iba consciente de que estaba condenado. Sin embargo para su total sorpresa el director le comunicó que iban a dejarlo en libertad sin más explicaciones. Jacques no podía comprender lo que estaba sucediendo. Un rato más tarde le proporcionaron una camisa, un traje muy arrugado, zapatos, todo usado y sin lavar, también le entregaron el pasaporte que le habían requisado en la redada, se encontró de pronto en la frontera del Reich con Suiza. Fue en aquel preciso momento cuando llegó la llamada de Kaltenbrunner suspendiendo la operación de puesta en libertad. Una escueta orden que provenía de arriba. Debían retornar a Mauthausen con el preso. Los de la Gestapo se encogieron de hombros, apenas unos minutos más y lo habrían soltado.

Dos horas después Kaltenbrunner llamó al piso de Eva Gessner para decirle que no solo había liberado a ambos, sino que los habían conducido a la frontera suiza. Añadió que era más de lo que había acordado. Eva le dio las gracias y colgó. A pesar de ello sentía un profundo desprecio por aquel nazi que estaba deportando a los judíos de Viena a Polonia, y al que seguía considerando el autor de la muerte de María. Podía imaginar lo que estaba sucediendo en campos como Auschwitz, Sobibor y otros.

Cuando Eva colgó a Kaltenbrunner supo que había llegado la hora de marcharse de Viena y del Reich antes de que fuera demasiado tarde. Ella y María habían tenido la precaución de obtener el visado de salida del Reich un mes antes, además del visado de entrada en Suiza, para lo que Andreas Neuer había utilizado sus buenas relaciones con el primer secretario de la embajada suiza en Viena, en funciones de consulado desde el Anschluss. Un rato más tarde se hallaba en la estación dispuesta a embarcar en el tren para dirigirse a Suiza. Pasó los controles de acceso y subió al tren. Cuando veinte minutos más tarde el vagón comenzó a moverse, sintió un gran alivio.

Kurt Eckart tuvo información del asesinato de María Gessner al cabo de unas

horas. Seguía queriendo a María y le afectó más de lo que hubiera pensado. Las cosas tendrían que haber transcurrido de otra manera. Recordó las oscuras circunstancias en las que ella había perdido al hijo de ambos poco antes de nacer. Tras aquel incidente se encontraban los hermanos Gessner, y ello no solo redundó en su cambio de posición, también decidió vengarse de ambos. Fue al despacho del secretario de estado del ministerio de Propaganda, para decirle que su antigua compañera sentimental había muerto en Viena, y que pensaba asistir al entierro.

El funcionario tardó unos minutos en comentar el asunto con Goebbels, que le respondió que acababa de ser informado. Al tratarse de la muerte de un familiar directo de dos altos cargos del partido, uno de ellos con responsabilidades en el ministerio de Asuntos Exteriores, se había iniciado una investigación interna en la misma Gestapo. Conocía algunos detalles y le replicó que habría que comprobar lo sucedido minuciosamente. ¿Qué hacía aquella mujer, María Gessner, en el piso de Selma Goldman, una judía buscada por su relación con el sionismo? Existía una orden de busca y captura específica contra Goldman realizada por el propio Adolf Eichmann, después de que sus servicios de información detectaran que se había hecho pasar por una ciudadana austríaca desaparecida tiempo atrás en Palestina, de nombre Ángela Jäger, que había tenido la increíble audacia de entrevistarse con el propio Eichmann en Praga. Todo aquello justificaba la intervención policial y hasta cierto punto lo sucedido. Goebbels comentó que se trataba de un asunto incómodo y delicado, precisamente por la vinculación con Joachim y Stefan Gessner, a los que también había citado.

Goebbels estaba preocupado por la situación, pero sobre todo por el hecho de que Kurt Eckart, uno de sus hombres de confianza en el ministerio, hubiera tenido una relación sentimental con María Gessner, cuando aparecía una extraña relación, desconocida hasta aquel momento con el caso de Selma Goldman. Y mucho más cuando alguien como el propio Kaltenbrunner había intentado poner en libertad al exmarido y al hijo de aquella mujer, ambos judíos. Cierto que no había tenido inconveniente en cambiar de criterio y acabar con ellos en la misma frontera. Había hablado telefónicamente con él, recién llegado a Berlín desde Viena, y lo había citado en la cancillería. Era un asunto absurdo y al tiempo tan delicado que merecía una investigación en profundidad.

Se tomó la decisión de vigilar los movimientos de Kurt Eckart. Por el momento no sería considerado sospechoso, pero era preciso tener más información sobre las relaciones entre unos y otros. Una brigada de asuntos internos de la Gestapo vigilaría a Eckart. Goebbels tenía la esperanza de que su protegido saliera limpio.

# 102. LA REVELACIÓN DEL HOLOCAUSTO (LONDRES, SEPTIEMBRE DE 1942)

A través del barón de Rothschild, con el que se entrevistó en Londres, Markus Gessner conoció a Jan Karski, un polaco que acababa de llegar de Varsovia asegurando traer noticias sobre el gueto de aquella ciudad y sobre el campo de concentración. Karski no era judío, pero aseguraba haber sido testigo de lo que ocurría con ellos, había pedido ayuda al barón para conseguir una entrevista con el primer ministro británico, Winston Churchill. Cuando Markus le contó su experiencia, Karski le pidió que le acompañara para demostrar sus aseveraciones. No les resultó fácil conseguir la reunión, existía una gran reticencia a hablar del tema. Finalmente, a mediados de septiembre, el gobierno británico convocó una reunión en el número diez de Downing Street, con la presencia del primer ministro Winston Churchill y el secretario británico de Exteriores, Anthony Eden, a la que asistieron el general Wladyslaw Sikorski, primer ministro del gobierno polaco en el exilio, el ministro polaco de Asuntos Exteriores, Edward Raczynski, el embajador de Estados Unidos en Londres, John G. Winant, algunos miembros del partido Mapai de Ben-Gurión acompañados por el barón de Rothschild, además de Jan Karski y Markus Gessner, como testigos independientes y objetivos.

Fue Churchill el que tomó la palabra e hizo las presentaciones. El primer ministro no parecía estar de muy buen humor, como si tuviera otras preocupaciones mayores, y considerara aquella reunión poco más que una pérdida de tiempo. Aquel sentimiento era compartido por el primer ministro polaco, que aseveró que, en la guerra que el mundo estaba padeciendo, los sufrimientos se repartían entre todos, como queriendo decir que los judíos no podían quejarse por muy mal que les fuera. No había más que ver como se encontraba Londres, Inglaterra, por no hablar de Polonia, destrozada entre alemanes y rusos. Sin embargo el delegado del Mapai tenía un concepto muy diferente y aseguró que a Ben-Gurión le hubiera gustado estar presente, algo que

en aquellos momentos resultaba imposible. Añadió que lo que le estaba sucediendo a los judíos no era más que un primer paso en la política de conquista a cualquier precio de los alemanes, y que tras ellos irían muchos otros países.

El moderador otorgó la palabra a Jan Karski, que traía unos apuntes a los que ni siquiera dio un vistazo.

—Les agradezco que nos hayan recibido. Tengo la convicción personal de que no poseen la información suficiente, lo que por otra parte me sorprende. Haré una pequeña introducción. No crean ustedes que los nazis se van a quedar aquí. Aunque parezca una locura digna de un detallado estudio psiquiátrico, la intención de Adolf Hitler y su camarilla es destruir el orden existente, y transformar el mundo en un orden nuevo, en el que los germanos, según ellos descendientes arios de la raza originaria de Thule, se conviertan en los amos del mundo. Para ellos los alemanes son los que representan los valores esenciales y los demás deberán servirles. Todo eso que no parece más que una elucubración esotérica, es el verdadero motor del nazismo y su régimen. De ahí han derivado las actitudes criminales de someter, esclavizar y en su caso eliminar a las razas que ellos consideran inferiores, o a aquellos que consideran un peligro para conseguir sus fines.

»Les diré que en los numerosos campos de trabajo o de concentración que existen en el Reich y en los territorios conquistados, como Bergen Belsen, Belzec, Auschwitz, Sobibor, Treblinka, Lublin-Majdanek, Chelmno, Buchenwald, y otros centenares de campos distribuidos por toda la geografía nazi, se está procediendo a aniquilar a miles de judíos, además de gitanos, opositores políticos, y a todos aquellos a los que los nazis consideran seres indignos de vivir. Pero las víctimas son mayoritariamente judías. Se les deporta violentamente desde sus lugares en toda Alemania, Austria, Holanda, Bélgica, en el caso de Francia el responsable es el régimen de Vichy. Se les conduce en trenes especiales que llegan directamente a los campos. Precisaré que no son alimentados, ni siquiera se les proporciona agua durante el trayecto. Los vagones se cierran en circunstancias terribles, ya que en ocasiones solo pueden permanecer en pie hasta que llegan a su destino, dos o tres días después. Podrán imaginar en qué condiciones. No tienen ni siquiera un recipiente donde puedan orinar o defecar. Todo ello forma parte de un proceso de humillación. Muchos no

resisten y fallecen en el camino. Los cuerpos permanecen dentro del vagón. Al principio la gente no da crédito a que aquello les esté sucediendo, les resulta imposible aceptar esa realidad. Personas que una horas antes se encontraban en sus domicilios, intentando sobrevivir. Cuando llegan a sus lugares de destino son amedrentados con gritos y amenazas, los ladridos de los perros, en un escenario espantoso. Allí son seleccionados, brutalmente separados hombres de mujeres, madres de hijos, hermanos de hermanos, y en su caso conducidos directamente a las cámaras donde serán gaseados. No les da tiempo a reaccionar, ya que las víctimas son coaccionadas, golpeadas, humilladas y engañadas. Se les hace creer que van a ser fumigadas para evitar enfermedades, que solo se trata de un paso más en su llegada al campo. Muchos saben lo que va a suceder pero no pueden hacer nada para evitarlo. La forma en que fueron capturados, el stress del viaje, el terrible cansancio, los guardias y su violencia física y verbal, los perros ladrándoles, la noche, la confusión, el miedo a lo desconocido. Tendrán que creerme si les digo que cada día son asesinadas miles de personas, hombres, mujeres y niños, en tres cámaras en las que se gasea a las víctimas utilizando monóxido de carbono. El campo no posee hornos crematorios, y los cadáveres tienen que enterrarse en fosas. Eso no me lo ha contado nadie, lo he presenciado yo personalmente y tengo pruebas de lo que estoy diciendo. Para ello tuve que disfrazarme de guardia ucraniano en una ocasión en el campo de Belzec y en otra me introdujeron en el gueto de Varsovia los dirigentes del gueto. Aquí traigo una serie de fotografías y microfilms, en los que se aprecia el nuevo edificio equipado con seis cámaras de gas, con una capacidad de matar hasta dos mil personas simultáneamente.

El embajador Winant levantó la mano.

—Eso que está usted afirmando son acusaciones muy graves. Personalmente no me gustan los nazis, pero tengo un gran respeto por el pueblo alemán. Excúseme, pero no puedo creerle. ¡Me resulta imposible que un pueblo culto y sensible como el alemán acepte sin rechistar lo que según usted está ocurriendo! ¿O es que no saben nada? ¿Quiere convencernos de que hay centenares de campos de concentración distribuidos por toda Europa y que en ellos se llevan a cabo miles de asesinatos cada día?

Karski permaneció unos instantes en silencio. En aquella pregunta se encontraba el destino de los judíos. Era precisamente por ello por lo que se había

convocado aquella reunión. El sol de final de verano entraba por el ventanal y todos los presentes le observaban expectantes.

—Embajador Winant. Yo no soy judío, soy polaco, y hasta hace poco no sentía empatía por los judíos. Los polacos y los judíos son como el agua y el aceite. Pero verá, antes que polaco me considero un ser humano. Soy consciente de que es algo muy difícil de creer, resulta imposible aceptarlo, incluso para mí que lo he presenciado. Gracias a algunos de los líderes sionistas, como Menahem Kirschenbaum y León Feiner, pude entrar en el gueto de Varsovia para creerlo e incluso cuando estaba allí tenía que frotarme los ojos. ¿Cómo se puede entender que muchos alemanes no solo estén informados de ello y no reaccionen, si no que sean cómplices de lo que está ocurriendo? Adolf Hitler ha creado un régimen de terror basándose en el odio a los que no son nazis. ¿Cómo pueden estar lanzando miles de bombas sobre ciudades como Londres, Coventry, Plymouth, matando a miles de personas indefensas? Me dirán ustedes que la guerra es la guerra. En el caso de los judíos, lo cierto es que no se trata de simples amenazas. Tampoco en el caso de los gitanos o los comisarios bolcheviques. Ahora si me lo permiten les mostraré unas fotos. Agradeceré a los servicios de inteligencia británicos este nuevo sistema para mostrar las fotos en una pantalla. ¿Podrían correr las cortinas? Gracias.

En la pantalla apareció la puerta de un campo. Se trataba de una película de baja calidad, aparecían rasguños y defectos de la película, pero permitía ver lo suficiente.

—Este es el campo de concentración de Belzec. Su comandante se llama Christian Wirth. Es el que aparece el segundo por la derecha en la foto. El que está junto a él a su derecha es su adjunto, Josef Oberhauser. Como ellos hay miles de nazis que trabajan en la eliminación de los judíos. Lo que llaman la «solución final». Necesitan miles de ellos para capturar a los judíos, clasificarlos, transportarlos en trenes, controlarlos. Pueden observar la llegada de los prisioneros judíos. Aquí los ven en el momento en que son obligados a desnudarse, mientras los altavoces repiten que serán despiojados y que luego se les dará de comer. No es cierto. Ahora pueden ver los barracones. Esta foto muestra el interior de uno de ellos. Otra vista. Otra más. Esta nos muestra los motores que producen el monóxido de carbono. Es una muerte cruel ya que no es inmediata, como un disparo, si no que tarda unos minutos en producirse. Si

algún prisionero desobedece las órdenes lo matan sin más disparándole. Este es el lugar donde se entierra a los asesinados, como observarán para mayor rapidez colocan los cadáveres por capas. Previamente algunos de los guardias judíos son obligados a extraer los dientes y los puentes de oro, a comprobar si los asesinados habían escondido diamantes o gemas en sus orificios. Esta foto ligeramente movida permite observar una hilera de cuerpos. En esta siguiente una excavadora cubre con tierra la fosa. Aquí vemos como el terreno en esta parte se está hinchando debido a los gases de putrefacción. Les daré una cifra. León Feiner me aseguró que desde marzo hasta el momento en que yo estuve allí, a mediados de agosto, se habían gaseado ciento veintidós mil personas, de la cuales, la mayoría eran judíos. En este microfilm hay más información. Tengo un listado de algunos de los judíos que han sido asesinados allí. Según el lenguaje nazi «procesados». Esta otra serie son fotografías tomadas en el gueto de Varsovia. Iré pasándolas sin hacer comentarios. Ustedes mismos podrán calificarlas.

El silencio en la sala era absoluto. En la penumbra ninguno de los presentes era capaz de apartar los ojos de la pantalla. Las fotografías iban pasando sin ser comentadas. Algunas eran brutales. SS disparando a gente, incluso a niños. Cadáveres tirados. Un SS arrojando a una mujer judía por una ventana a la calle diez metros más abajo. En la siguiente vista se veía el cuerpo de la mujer en un charco de sangre.

Jan Karski terminó el pase. Pidió que se descorrieran las cortinas. El sol volvió a entrar en la sala, pero algo había cambiado en los presentes.

—Esto que acaban de ver es un día cualquiera en el gueto de Varsovia. Eso es lo que está ocurriendo en el Reich y los países ocupados. Se está cometiendo un espantoso crimen contra la humanidad. Si no me creen a mí, crean a sus conciencias.

»Con nosotros se encuentra el señor Markus Gessner. Quisiera que le prestaran atención, ya que su testimonio es importante. Conocí al señor Gessner hace diez días aquí en Londres, no había tenido ninguna relación con él anteriormente. Cuando me contó su experiencia entendí que se trataba de un valioso testigo de cargo, un hombre sincero y objetivo. Alguien que ha tenido la oportunidad de haber sido encerrado en un campo y seguir vivo. Será mejor que se lo cuente el mismo. Cuando usted quiera señor Gessner.

Markus Gessner había estado aguardando aquella oportunidad durante mucho tiempo. Había soñado con ello. Frente al primer ministro Winston Churchill, al primer ministro polaco, al embajador americano, se sentía algo nervioso. Comenzó su exposición explicando quién era. Habló de su familia, de sus propios hermanos. De cómo habían llegado a conocer que tenían ascendencia judía por parte de su madre, aunque no lo habían sabido hasta hacía muy poco. Mencionó nombres, datos y fechas. Intentó mantenerse tranquilo aunque en algún momento le sobrepasó la emoción. Contó que había recuperado parte de la vista en su único ojo, al menos para poder valerse. Habló de su detención y su prisión en Dachau. De la atroz experiencia que había vivido. En un momento dado llegó a prescindir que se encontraba con aquellos líderes. Comprendió que se estaba liberando de los espíritus que le impedían conciliar el sueño, y que aquel testimonio podría ser muy importante para poder cambiar la opinión de los que tenían que conducir la guerra.

—En Dachau todos los días llegan vagones repletos de judíos. Son atemorizados y coaccionados desde el mismo momento en que son hechos prisioneros. Lo que llaman sopa está hecha de agua sucia y remolachas, para la cena no llegan a doscientos gramos de pan duro. Se hacen experimentos médicos que la mayoría de las veces terminan con la muerte de los prisioneros, utilizándolos como cobayas forzosos. Los crematorios intentan transformar en humo los cadáveres de los gaseados. Cerca existe un paredón de fusilamiento. Los Sonderkommandos son unidades de trabajo compuestas por judíos, encargados de colaborar con sus propios verdugos a cambio de algunos meses más de vida. Las cámaras carecen de ventanas, solo un ventilador en el techo. Las ejecuciones se llevan a cabo de una manera industrial. Los condenados son conducidos en fila, y antes de acceder deben desnudarse. Allí no existe la intimidad. Los guardias recogen las joyas, los relojes. Los prisioneros desnudos y ateridos reciben una toalla y una pastilla de jabón y son obligados a introducirse en la cámara. Entonces se cierran las puertas y en vez de agua el gas sale por las aberturas del ventilador. La escena es dantesca, todos empiezan a gritar de desesperación, a intentar subirse sobre los caídos ya que arriba el gas tarda más en llegar. Pero todo es inútil, veinte minutos más tarde nadie se mueve. Las puertas se abren, se deja ventilar unos minutos y de inmediato los Sonderkommando judíos retiran los cadáveres y baldean el suelo. Después todo

vuelve a comenzar. Luego los cadáveres son llevados a los hornos crematorios. El humo se extiende por la zona exhalando un olor acre y repugnante. Miles de personas desaparecen cada día de los centenares de campos de todo el Reich.

Tardó media hora en realizar su exposición. Al acabar se hizo un largo silencio. Fue Winston Churchill el que lo rompió. Su gesto anterior de escepticismo había cambiado. El tema parecía haberle interesado profundamente.

—Señor Gessner, señor Karski, agradecemos su detallada exposición. Al menos a mí me han convencido. Hasta ahora había oído rumores, comentarios, leído algún artículo sobre la situación. Les prometo que a partir de ahora estaré más atento. Creía saber quién era Adolf Hitler. Por si les sirve, ustedes me han ayudado a entender mejor lo que está sucediendo bajo el Reich. Dentro de poco me entrevistaré con el presidente Roosevelt, y le contaré lo que aquí he podido oír. Señor Karski, es usted un hombre valiente con sentido ético. Señor Gessner, gracias por su sincero testimonio. No duden ustedes de que nos servirá de mucho para actuar en consecuencia. Gracias a los presentes.

Al abandonar la reunión, Markus Gessner se dirigió en un taxi al apartamento que compartía con Louis Lemaître, que no había querido separarse de él. Poco a poco iba recuperando la visión de su ojo, y aunque lo veía todo envuelto en una especie de bruma se sentía satisfecho. Durante varios meses creyó que iba a quedarse ciego de por vida. Al conocer a Jan Karski comprendió que algunos hombres eran verdaderos héroes anónimos.

Su intervención en la reunión le abrió muchas puertas en Londres. El mismo consejero de Churchill, el comandante Thompson «Tommy», como lo llamaba el primer ministro, mantuvo una serie de amistosas entrevistas con él, muy interesado en saber qué estaba pasando en el Reich. Markus le aclaró que él no era judío, que tenía el punto de vista de un alemán, ya que había nacido en Prusia, y que al principio nadie creyó que los nacionalsocialistas iban a tomar un derrotero tan radical. Hitler seguía hablando de un pacto con Gran Bretaña, un acuerdo para repartirse el mundo. Era como si no hubiera comprendido que el mundo había cambiado mucho desde que él era el cabo encargado del correo entre las trincheras de la Gran Guerra.

Cuando, el 17 de diciembre de 1942, los aliados declararon que los cómplices de las matanzas de judíos no escaparían a la acción de la justicia,

Markus Gessner se sintió orgulloso al saber que había colaborado en que tomaran aquella determinación.

# 103. LA GUERRA DE LAS RATAS (STALINGRADO, FEBRERO DE 1943)

El sargento Klaus Edelberg fue trasladado a Stalingrado en octubre de 1942. Klaus estaba convencido de que se trataba de un castigo por haber criticado entre sus camaradas de armas la matanza de judíos que había presenciado. La Abwehr estaba en todas partes y las SS lo interrogaron sobre sus declaraciones. Cuando unos días más tarde fue enviado al frente de Stalingrado, a la 24.º División Panzer, supo que era una condena a muerte. Sus camaradas la llamaban a aquella batalla «Rattenkrieg», la guerra de las ratas. Los oficiales alemanes comentaban entre sí que no resultaría fácil torcer el brazo a los soviéticos. Al llegar al interior de la ciudad la batalla urbana resultaba ser una trampa para los alemanes. Los rusos conocían todas las alcantarillas, las fábricas, los pasadizos. Además los francotiradores estaban causando innumerables víctimas a los atacantes.

A principios de noviembre el grupo de panzers de Klaus Edelberg se encontró rodeado. Apenas les quedaba combustible y allí iba a resultar imposible que se lo suministraran. Siete tanques cayeron en una encerrona cuando pretendían llegar hasta los muelles. A medida que las tripulaciones salían al exterior eran aniquiladas por los francotiradores apostados entre las ruinas que los rodeaban. Klaus resultó herido levemente en un brazo pero pudo correr hacia uno de los edificios seguido por Franz Müller, su conductor. Habían pasado de la relativa seguridad del interior del tanque a encontrarse asediados por los soviéticos en una zona hostil. Acostumbrado al interior del tanque, allí afuera notó un frío terrible, ya que no había podido coger su abrigo. Encontraron los cadáveres de varios soldados rusos y aunque estaban rígidos pudieron quitarles sus abrigos.

Por algún motivo no siguieron disparándoles. Escuchaban las detonaciones cada vez más lejanas. Se aferraron a la esperanza de poder escapar y volver a sus líneas. Al caer la noche, ayudados por la luna llena y por la brújula, salieron de su escondite sabiendo que sus probabilidades eran mínimas. Cuando habían

llegado hasta el límite de la ciudad, y creían haberlo logrado, un disparo alcanzó a Müller matándole en el acto. Klaus corrió hacia sus líneas gritando que era uno de ellos y a pesar del fuego cruzado milagrosamente pudo llegar.

El propio mariscal von Paulus se interesó por él. Había perdido su tanque, pero conseguido volver, lo que ya era una hazaña. La herida era superficial y le vendaron el brazo sin darle de baja. Mientras lo asignaron a una compañía de infantería motorizada para cubrir bajas. Unas horas más tarde estaba de nuevo combatiendo en primera línea. Desde su posición veía aparecer soldados rusos que eran lanzados contra ellos, que los abatían, hasta que se formó una especie de barricada de cuerpos por la que tenían que trepar los nuevos que seguían apareciendo, la muerte de todos aquellos soldados no parecía significar nada para los ejércitos soviéticos.

Comenzaron a avanzar seguidos de un cuerpo de la Feldgendarmerie, la policía militar, y algo más atrás los Einsatzgruppen SS. Se preguntó cómo era posible que en aquella situación en la que se estaban jugando la victoria o la derrota, los del alto mando siguieran obsesionados con la captura de judíos. No tuvo que esperar mucho para contestar la pregunta. La compañía a la que pertenecía llegó a un grupo de edificios semiderruidos desde donde les estaban disparando. Un comando penetró en él. Unos minutos más tarde obligaron a salir a un grupo de gente escondida en el sótano, casi todos eran mujeres y niños, algunos de corta edad. Entonces llegaron los Einsatzgruppen SS. Hubo una pequeña discusión entre el comandante de la compañía que hablaba de llevárselos y el de las SS que quería liquidarlos sin más, manteniendo que las mujeres rusas estaban sirviendo como tiradoras y que los niños eran empleados para colocar minas en lugares inaccesibles para los adultos. Al final se impuso el SS, alinearon a las mujeres y a los niños judíos junto a un muro, y varios soldados SS comenzaron a ametrallarlos sin más dilación. Unos instantes después todos habían muerto. Nadie hizo el menor comentario. En aquel momento una niña de unos catorce años corrió entre los escombros. Un SS disparó varias veces antes de conseguir darle. La muchacha cayó como si la hubiera alcanzado un rayo. Un teniente se acercó y fríamente dio el tiro de gracia a dos niños.

Sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar. Algunos de sus nuevos camaradas permanecían impávidos, como si no hubiera sucedido nada. Otros parecían visiblemente afectados sin atreverse a expresar sus sentimientos. El

Tercer Reich era algo muy distinto a lo que le habían enseñado. No podía compartir aquellos asesinatos bajo ningún punto de vista. Su abuela Charlotte además de revelarle que parte de su sangre era judía, le había hecho comprender muchas cosas. No quería pensar en ello, pero la realidad le hacía ver que las tesis de los asesinos se imponían a cualquier código militar, a los sentimientos de humanidad, queriendo demostrar que la vida de los judíos no tenía valor alguno. ¿Qué ocurriría si terminaban por ganar la guerra? ¿Y si la perdían? El mundo se les echaría encima. El Führer había prometido la aniquilación total de los judíos de Europa, y en ese caso ni él, ni su hermana y su madre estarían a salvo. Cualquier denuncia, una investigación más a fondo, la larga relación de transferencias bancarias desde la cuenta de aquel Goldman, un judío de Viena, en realidad su abuelo.

Durante los siguientes días los aviones alemanes bombardearon la ciudad y los muelles sin pausa. Llegaban desde el oeste en grandes oleadas y dejaban caer su mortífera carga. Era imposible que nadie sobreviviera a un bombardeo de tal envergadura, ni siquiera los rusos que parecían esconderse bajo la tierra, para volver a aparecer de nuevo. La esperanza renació entre ellos. Aún no estaba perdida la batalla.

A fines de noviembre el tiempo empeoró y los bombardeos cesaron. Klaus estaba informado de que los rusos estaban formando una pinza para aislarles. Lo sabían todos. Sería casi imposible poder escapar, y sabían que si los rusos los cogían prisioneros los matarían. Ellos habían arrasado Rusia con la política de tierra quemada y ahora iban a recoger la cosecha sangrienta.

Un día supieron que el cerco se había cerrado. A pesar de ello el Estado mayor intentó que salieran pero llegó una orden expresa del Führer prohibiendo la retirada del sexto ejército. A principios de diciembre ya no quedaban suministros. Estaban pasando literalmente hambre a pesar de que habían sacrificado casi todos los caballos. Doscientos cincuenta mil soldados necesitaban muchas provisiones y los aviones de Goering no llegaban por varios motivos. Stalingrado apestaba con un olor pútrido de los miles de cadáveres que se descomponían bajo los escombros. Todos los días enterraban centenares de cuerpos de soldados que morían de disentería, infecciones, heridas, a causa de los obuses que cada vez acertaban más, de los francotiradores rusos que causaban muchas bajas. No podían lavarse, tenían que calentar la nieve para

poder beber, carecían de medicamentos, de vendas, de material quirúrgico. Klaus sabía que la rendición era cuestión de semanas. Se hablaba de Manstein que llegaba con el Grupo de ejércitos del Don. A mediados de diciembre intentaron una ofensiva con centenares de panzers de la Sexta División Blindada. Cuando creían que iban a conseguir romper el cerco aparecieron de la nada los ejércitos rusos para hacerlos retroceder. La operación de rescate había fracasado.

A primeros de enero la situación se transformó en intentar sobrevivir. Un teniente de las SS fue asesinado al querer imponer la disciplina. Por primera vez en la Wehrmacht nadie prestó atención. El Sexto Ejército no era ya más que un patético fantasma, nada tenía que ver con aquellas brillantes y disciplinadas tropas que meses atrás iban a comerse el mundo.

Después de todo, desde el día en que consiguió volver desde las líneas enemigas, el ya teniente Klaus se había convertido en uno de los oficiales cercanos al mariscal Paulus. Cierto que se trataba de un mariscal en sus peores momentos, responsable de un ejército sin esperanzas que se estaba deshaciendo por días. Curiosamente la mayoría de los SS habían conseguido escapar del cerco. Tal vez porque sabían mejor que nadie que no les convenía quedarse allí. Algunos murmuraron que los SS solo eran muy valientes con los judíos indefensos. Klaus pensaba lo mismo.

A finales de enero los que pudieron, incluyendo el estado mayor y el mariscal, se refugiaron en lo que parecía ser el lugar más seguro: el amplio sótano de los almacenes Univermag, donde trasladaron a los miles de heridos y enfermos. Pronto un olor terrible se apoderó del lugar. A los más graves no se les atendía con el fin de que murieran cuanto antes, lo más que se hacía por ellos era proporcionarles opio o láudano y sacarlos al exterior para que el frío acabara con ellos en minutos.

El penúltimo día de enero un demacrado y enfermo mariscal Paulus se reunió con su estado mayor y con sus oficiales de confianza. No había más salida que la rendición incondicional pero advirtió que no pensaba suicidarse, ni ninguno de sus altos oficiales debería coger aquel fácil camino. Todos ellos deberían dar la cara y seguir el destino de sus hombres. Un grupo de oficiales de enlace, entre los que estaba Klaus Edelberg, habían llevado la tarde anterior la carta sellada de Paulus, dirigida al general en jefe Gueorgui Konstantínovich Zhúkov. El treinta y uno, desarmados, salieron al exterior tras enarbolar bandera blanca. Los rusos

estaban apercibidos de lo que iba a ocurrir, y no hubo ningún disparo. Aquel frío día de invierno, caminaron lentamente entre la nieve, y Paulus se rindió formalmente ante el general Vasili Chuikov y su estado mayor.

Fue en aquel momento, en la formación que entregaba su destino a los soviéticos, cuando Klaus Edelberg adivinó el verdadero final que aguardaba al Reich de los mil años. Nunca conseguirían vencer a un enemigo que se extendía desde Polonia hasta Vladivostok, y desde el círculo polar ártico hasta el Mar Negro, en el que la muerte de un millón de soldados y civiles, como estaba sucediendo en Stalingrado, no representaba prácticamente nada. Otro millón aguardaba para sustituirlos de inmediato. El Führer había medido mal sus fuerzas, y se había equivocado en algo trascendental que cambiaría el destino de Alemania.

# 104. EL EXTERMINIO (TESALÓNICA Y AUSCHWITZ-FEBRERO DE 1943)

David Goldman junto con otros judíos influyentes había estado reunido con el gran rabino Tvi Korentz para saber lo que aquel hombre pensaba acerca de las inminentes deportaciones de judíos de Tesalónica, de las que tanto se hablaba en las últimas semanas. Lo encontraron superado por los acontecimientos, les explicó que unas semanas antes habían llegado a Tesalónica dos de los más cercanos colaboradores de Adolf Eichmann, Alois Brunner y Dieter Wisliceny, para preparar las deportaciones. Desde su llegada se había endurecido sensiblemente la situación de la comunidad judía en la región. Advertido de lo que los alemanes pensaban llevar a cabo, el arzobispo ortodoxo de Atenas, Papandreou Damaskinos, había mostrado su indignación y protestado ante las autoridades griegas colaboracionistas sin conseguir nada.

Cuando al volver a casa le contó aquello a Rachel, David no pudo evitar sollozar, al comprender que sus opciones se estaban acabando. Hasta aquel día pensaba que la situación podría cambiar y finalmente se había dejado encerrar. No lo sentía por él, ya que sabía que cualquier día podría ser el último, no soportaba que pudiera sucederle nada a Rachel. Por un momento pensaron incluso en suicidarse, pero no fueron capaces. Querían ver una vez más a su familia, creer en una mínima oportunidad por difícil que fuera.

A pesar de ello, la redada del barrio costero de Tesalónica cogió a los Goldman por sorpresa. Lo cierto fue que lejanos gritos comenzaron a escucharse a las seis de la mañana. David, en su sordera, siguió en la entrevela que le impedía conciliar un sueño profundo, pero Rachel se alarmó. Hacía tiempo que intuía lo que iba a pasar y aquellos gritos de pánico y de angustia la hacían comprender que había llegado el día fatídico con el que soñaba en sus pesadillas. Mientras los gritos se acercaban y se escuchaban los altavoces gritando órdenes

en alemán, se vistieron apresuradamente. Desde hacía unos días, David no se encontraba bien, y ella sabía que aquello podría acabar con él. Con setenta y siete años, David había perdido facultades. A pesar de ello le contó que había llevado el Talmud de Viena a un sacerdote ortodoxo con el que tenían amistad de siempre para que lo guardara a buen recaudo. No quería que los nazis lo destruyeran. Ella asintió mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

Los Einsatzgruppen SS actuaban sin compasión. Habían formado una interminable fila en la que apenas concedieron minutos para sacar a las gentes de sus casas. Ellos habían preparado dos pequeñas maletas, cogido unos abrigos. Se sentían atemorizados, humillados, frustrados. David creía que el gran rabino podría haber hecho algo más. Estaba confuso, muy preocupado. ¿Así iba a terminar su vida? Un tal Vital Hasson, judío, colaboraba con los nazis rebuscando en las casas. Un vecino que le echó en cara lo que estaba haciendo recibió una brutal paliza de los guardias que lo acompañaban.

A la mayoría los conducían a los tres guetos creados en la ciudad, Kalamaria, Singrou y Vardar, en Agia Paraskevi, pero a ellos los condujeron al gueto situado en el barrio del barón Hirsch. Allí encontraron a unos centenares de familias conocidas, y comprendieron que estaban clasificando a la gente por su situación económica. No era nada tranquilizador el hecho de que aquel gueto estuviera junto a la estación de ferrocarril ya que era a través de aquel medio como estaban deportando a los judíos hacia los campos del este. Los alemanes hablaban de reasentamientos, pero ya muy pocos se llevaban a engaño. De allí no se volvía.

Pronto se dio cuenta David de que su influencia había terminado. Intentó hablar con Vital Hasson pero no consiguió que entrara en el gueto. Estaba dedicado a comprobar quienes se habían escondido y donde estaban para denunciarlos a los alemanes. Pensaba que al menos Selma había conseguido escapar. Él la hacía en Palestina con Lowe. En cuanto a su nieta Esther, su pasaporte norteamericano la defendía. De Jacques quería pensar que habría conseguido huir.

Sin embargo aquello no lo consolaba. No podía soportar que Rachel estuviera allí. Era superior a sus fuerzas.

Tres días más tarde David Goldman se sintió mal. Poco después perdía el conocimiento. Uno de los que compartían el gueto con ellos, el doctor Samuel

Toledano, pariente lejano de su mujer lo atendió como pudo, ya que le habían requisado su maletín de médico. A pesar de ello lo auscultó y le dijo a Rachel que se trataba de un infarto. Si no era atendido probablemente moriría.

Intentaron conseguir que lo evacuaran. El comentario despectivo del comandante de las SS al cargo de la vigilancia del gueto fue: «¡no merece la pena!». Aquella misma tarde David Goldman falleció sin recuperar el conocimiento. Un rabino que se encontraba en el gueto inició las oraciones, pero los Sonderkommando se llevaron el cuerpo aún caliente por la fuerza, amenazando con sus armas y golpeando sin piedad a los que pretendían evitarlo. Fue un acto terrible y despreciable, pero las protestas de los que compartían el gueto no consiguieron nada. Rachel Goldman se encaró con el jefe y cuando la amenazó con matarla en el acto, ella lo maldijo. El individuo no replicó y salieron del gueto llevándose el cadáver. Rachel tuvo que sentarse. Nunca en toda su existencia se había sentido tan sola y tan triste. Sin embargo se mantuvo impávida, reflexionando que no quería darles aquella satisfacción a los nazis. Con la muerte de David se había ido su alegría y sus ganas de seguir viviendo. Solo rezaba para que Selma, sus nietos, Lowe, consiguieran salvarse.

El primer convoy con destino Auschwitz desde Tesalónica partió el 15 de marzo transportando cerca de tres mil personas de los tres guetos. Ya en la estación los nazis asesinaron a dos miembros de una familia que se negaron a subir al tren, resistiéndose de todas las formas posibles. Solo era el avance de lo que iba a ocurrir. Rachel Goldman tenía setenta y cuatro años. Era una mujer inteligente, sensible y humana. A pesar de su edad intentó ayudar y consolar en la medida que pudo en aquel tren de la muerte que tardó tres días y en el que sus verdugos no les proporcionaron ni una gota de agua para calmar la intensa sed de los que eran transportados peor que si fueran animales, hacinados, sin un lugar donde hacer sus necesidades, humillando y violando cualquier derecho humano. Cerca de la cuarta parte murieron o se dejaron morir, sin ánimo de aguardar a lo que venía, en aquel ambiente irrespirable, entre los lamentos de los vivos y los estertores de los moribundos.

El tren llegó de noche hasta el andén del campo de trabajo de Auschwitz. Fueron desembarcados entre gritos de amenazas y los ladridos de los perros adiestrados para atacar. Sin más se les condujo en fila hacia un edificio situado al fondo. Antes de entrar se les obligó a desnudarse completamente a pesar del

intensísimo frío. Todos los prisioneros eran conscientes de lo que iba a ocurrir, aunque los altavoces aseguraban que se trataba de una desinfección previa a su ingreso en el campo.

Los últimos pensamientos de Rachel fueron el recuerdo de aquella hermosísima poesía: «*La yave, mi alma, mi alma, la yave ke no se piedra. Muestra kaza en Toledo mos esta asperando. Vamos a tornar*». Mientras exhalaba su último suspiro veía delante de ella la puerta de su casa en Sefarad.

## 105. ¡STOP HITLER NOW!
## (NUEVA YORK, EEUU-MARZO DE 1943)

A finales de enero Esther Dukas había sido obligada a abandonar Varsovia y expulsada del Reich a través de Suiza. Los motivos fueron sintetizados en la orden de expulsión inmediata como «*comportamiento de colaboración con los judíos, en contra de los intereses del Reich*». No tuvo tiempo ni de despedirse de Lewis Auster, con el que acababa de prometerse. Lewis fue informado por el director en Varsovia de CENTOS, la organización de ayuda humanitaria al gueto, que le tranquilizó asegurándole que al tratarse de una ciudadana de los Estados Unidos no se atreverían a tocarle un pelo. Lewis intentó seguirla, pero para ello debía tramitar previamente una serie de documentos ante el Gobierno General nazi. Sabía que le pondrían obstáculos, ya que él también figuraba en la lista negra y probablemente sería expulsado en cualquier momento.

Esther llegó a Londres procedente de Zúrich el 7 de febrero. Tres días más tarde embarcaba en Plymouth, en un mercante que se incorporaba al gran convoy que se estaba formando para protegerse de los ataques de los U-Boots al cruzar el Atlántico Norte, con destino Nueva York. Dieciséis días después desembarcaba sana y salva en los muelles del Hudson. Su sorpresa fue mayúscula al ser recibida por los padres de Lewis, que había conseguido enviar una carta urgente que había llegado a su destino antes que ella, desde Varsovia. Arnold y Lena Auster vivían en el centro de Manhattan y antes de que ella pensara otra cosa le pidieron que ocupara el cuarto de Lewis. Esther aceptó de buen grado, la habían aceptado como una más de la familia. Arnold Auster era miembro del Congreso Judeoamericano y formaba parte del comité organizador de la manifestación «Stop Hitler Now», que iba a celebrarse en el «Madison Square Garden» el día 1 de marzo. Naturalmente la invitó a asistir y Esther le agradeció la invitación.

El día 28 de febrero Esther recibió un telegrama de su madre en la casa de los Auster. No era capaz de entender cómo su madre había conseguido

localizarla. El telegrama decía escuetamente que sus abuelos, David y Rachel Goldman, habían muerto asesinados por los nazis. Otro telegrama recibido dos horas después ampliaba la información con detalles de cómo habían sucedido los acontecimientos. Selma quería que supiera lo que había ocurrido.

Desde la oficina de la Agencia Judía en Suiza, donde Selma había conseguido llegar después de mil peripecias, con la ayuda de Eduard Hirsch y a través de los contactos de ambos, con grandes dificultades Selma consiguió hablar con un responsable de la organización CENTOS en la embajada de los Estados Unidos en Ginebra. Allí le comunicaron que tenían información de que la miembro de la organización, Esther Duke, había sido expulsada del Reich por los alemanes. Selma insistió en que quería hablar con alguien de allí, ya que se trataba de algo muy grave y urgente. Le proporcionaron el teléfono del consulado de los Estados Unidos en Varsovia, y tras varios intentos fallidos consiguió hablar con ellos. Cuando explicó al cónsul el motivo de su llamada, le dijo que avisaría a algún responsable de CENTOS en Varsovia, con los que mantenía una relación casi cotidiana. Tres horas más tarde devolvieron la llamada desde el consulado.

El hombre que se puso al teléfono se presentó como un amigo de Esther de nombre Lewis Auster. Selma le dijo que necesitaba localizar urgentemente a su hija. Fue entonces cuando Auster le explicó por qué los nazis habían expulsado a Esther. Añadió que la idea de ella era dirigirse lo antes posible a Nueva York para conectar con el Congreso Judeoamericano, y explicarles de primera mano lo que en realidad estaba sucediendo con la comunidad judía en el Reich. Añadió que si Esther hubiera conseguido llegar a Nueva York era probable que sus padres supieran donde encontrarla, ya que él les había escrito un telegrama explicándoles la situación, y advirtiéndoles de la posible llegada. Le explicó que su padre, Arnold Auster, era alguien dentro del Congreso Judío y que si Esther desembarcaba en Nueva York sin duda él la localizaría. Le pidió que copiara la dirección y Selma la apuntó en su agenda. El número cuarenta de Broome Street, en el Lower East Side, Manhattan, NY, USA. Insistió que no perdería nada si le enviara un telegrama a través de Londres donde lo reenviarían. Antes de colgar, Lewis le dijo que Esther y él estaban prometidos.

Fue entonces cuando a pesar del intenso ruido de fondo y los continuos cortes de línea, Selma consiguió explicarle que acababa de saber que su padre,

David Goldman, había muerto de un infarto al no ser atendido en el gueto de Tesalónica, y que pocos días más tarde su madre había sido conducida a Auschwitz. La información que a través de sus agentes en Varsovia había llegado a la Agencia Judía de Zúrich era que los judíos deportados desde Grecia, en el primer tren de Tesalónica a Auschwitz, habían sido asesinados al llegar. Al contarle aquello Selma no pudo evitar sollozar a pesar de su intento de mantenerse fuerte. Al otro lado de la línea Lewis se mostró muy afectado al escucharla, aunque por experiencia propia sabía bien que de los alemanes no podía esperarse ninguna compasión.

Esther se encerró en su habitación y lloró amargamente. Era un golpe muy duro. Quería mucho a sus abuelos, y perderlos de aquella manera era algo terrible. Al cabo de una hora bajó a explicarle a los Auster lo sucedido, pero no derramó ni una lágrima. Sus ojos hinchados y enrojecidos delataban suficientemente sus sentimientos. Arnold Auster se mostró indignado. Lena sollozó al enterarse. Murmuró que si aquella muchacha iba a ser su nuera, su familia era ya parte de la suya. Después celebraron una pequeña ceremonia familiar en recuerdo de David y de Rachel. Arnold murmuró que harían una ceremonia de kadish mientras le decía a Esther:

—«Jazak v’amatz». Que sean fuertes y valientes. Tal como Moisés le había dicho a Josué.

El día siguiente amaneció gris y brumoso. Los Auster la llevaron al «Madison Square Garden». Sobre el inmenso escenario se podían leer con grandes letras de diez pies de altura «Boycott Nazi Germany». Las enormes banderas de los Estados Unidos colgaban en el techo. Allí iba a celebrarse el mitin en contra de Hitler «¡Detened a Hitler!», organizado por el Congreso Judeoamericano, la federación Americana del Trabajo, el Congreso de Organizaciones Industriales, el Comité para un Ejército Judío, y muchas más. Arnold se fue a trabajar en los detalles y Esther se quedó en la tercera fila con Lena Auster. No quería pensar en la muerte de sus abuelos, aunque le consolaba pensar que al otro lado del mundo mucha gente comenzaba a reaccionar contra el régimen nazi. Poco a poco fue llenándose el inmenso edificio. Arnold vino para comentarles que estaba siendo un éxito. Cerca de setenta y cinco mil personas. Cuando a las siete comenzó el acto no cabía ni un alfiler.

El presentador del acto fue el rabino Stephen Wise. Por primera vez Esther

oyó la palabra «Holocausto» referida a lo que estaba sucediendo con los judíos bajo el nazismo. Luego hubo varios oradores que dieron su versión. La gente aplaudía o permanecía en un absoluto silencio, mientras les contaban lo que los nazis estaban haciendo con los judíos.

Como le había explicado Arnold, se trataba de un acto muy importante para intentar conseguir convencer al presidente Roosevelt de que actuara directamente para salvar a los judíos antes de que Hitler hubiera acabado con todos. Se mencionaron las escalofriantes cifras aportadas por varios organismos. Incluyendo CENTOS y otros del Consejo Mundial Judío. Esther era consciente de que desde Nueva York, y aún más desde los estados del medio oeste y del oeste todo aquello se veía como algo que sucedía muy lejos. Las encuestas demostraban que los americanos estaban mucho más preocupados por los japoneses que por los alemanes. Por otra parte había hojeado algunos periódicos, en los que los comentaristas de prensa hablaban de exageraciones de los judíos. Salvo los judíos que tenían familiares en Europa, aquello no terminaba de calar en la gente.

El acto fue avanzando a lo largo de la tarde. Terminaría en media hora y las expectativas parecían cumplidas. Sin embargo Esther pensaba que se podrían haber dicho muchas más cosas, que aquel acto tenía casi un carácter político y poco realista. Fue entonces cuando Arnold Auster mencionó por el micrófono que le gustaría que una persona subiera a explicar su experiencia. Esther tardó unos segundos en reaccionar. Lena que estaba a su lado se puso en pie y aplaudió señalándola. Todos los que la rodeaban hicieron lo mismo. De pronto los presentes en el anfiteatro la miraban queriendo saber quién era aquella persona. Esther se levantó murmurando excusas para salir al pasillo. La gente aplaudía sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo. Alguien descendió del escenario y la acompañó escaleras arriba. Arnold le sonrió entre los flashes.

Un hombre desconocido, sudoroso, se acercó al micrófono pidiendo silencio con los brazos.

—¡Señoras y señores! ¡La señorita Esther Duke, recién llegada del gueto nazi de Varsovia!

El Madison enmudeció. Era un silencio asombroso en una multitud tan enorme. Se hubiera escuchado el vuelo de una mosca. Esther se sentía algo aturdida. Aún no se había recuperado de la terrible noticia. Pensó que era algo

que les debía a sus abuelos.

—Mi nombre es Esther Dukas. La mía es una historia muy larga de contar, pero les diré que fue el presidente Woodrow Wilson quien me otorgó la ciudadanía estadounidense. Desembarqué ayer procedente de Londres y Zúrich, donde fui deportada por los nazis, expulsada del gueto judío y de Varsovia. Si no se atrevieron a asesinarme fue gracias a mi pasaporte norteamericano. Mi padre es el doctor Paul Dukas, ahora huido de Viena y creo que sigue vivo. Mi madre es Selma Goldman, que trabaja para la Agencia Judía, ayudando a que la gente pueda escapar de la Europa ocupada, ahora se encuentra refugiada en Suiza tras huir de la Gestapo. Mi hermano Jacques está huido. Mi abuelo David Goldman murió hace dos semanas en el gueto de Tesalónica, en Grecia, de un infarto al negarse los nazis a que recibiera atención médica. Mi abuela, su esposa, nacida en esa ciudad como Rachel Safartí, fue deportada hace diez días desde Tesalónica al campo de concentración de Auschwitz, en Polonia, donde junto a otros miles de judíos fue asesinada en una cámara de gas apenas una hora después de su llegada. Cada día los nazis asesinan a miles de judíos en los centenares de campos de concentración distribuidos por todo el Reich y sus conquistas. Mi abuelo David investigaba el legado cultural sefardí, y mi abuela traducía antiguos poemas al yiddish. Aún me resisto a aceptar la triste noticia. No tenían enemigos, o al menos eso ellos era lo que creían. Como a ellos, los nazis están aniquilando a los judíos en todo el Reich y los países sojuzgados por ellos. Su intención es conquistar el mundo y aniquilar no solo a los judíos, también a los que no se sometan al nazismo. Lo que he podido comprobar en el gueto es el más vil, malvado y terrible comportamiento de los nazis alemanes con los judíos, a los que odian y desprecian. Tengo la certeza de que también les temen. Han jurado que no se detendrán hasta que desaparezca de la faz de la tierra el último judío. Según los datos del CENTOS, puedo asegurarles que los nazis han asesinado ya a cerca de tres millones de judíos. Si esta noche nos encontramos aquí setenta y cinco mil personas, los alemanes han asesinado a cuarenta judíos por cada uno de los presentes. ¡Mi opinión es que a pesar de todo, el mundo sigue mirando para otro lado!

No había acabado sus palabras cuando una gran ovación impidió escuchar el final. Esther Dukas acababa de convertirse en la heroína de la noche. Varios corresponsales de los periódicos neoyorkinos quisieron entrevistarla, los

organizadores la felicitaron por su valentía y le dieron el pésame por la muerte de sus abuelos. Los Auster se sentían felices de la clase de mujer que su hijo Lewis había elegido para compartir su vida. Esther sin embargo se sentía triste mientras recordaba a sus abuelos y su vida en Tesalónica. Ya no volvería a verlos, pero debía ser fuerte y seguir adelante como si pudieran estar viéndola. Lucharía contra los nazis mientras tuviera fuerzas para ello.

# 106. LA REBELIÓN DEL GUETO (VARSOVIA-ABRIL Y MAYO DE 1943)

La mañana en que la Gestapo fue a detener a Lewis Auster a la sede de la organización CENTOS, en Varsovia, nadie supo responderles acerca de su paradero. El inspector Werner Schönerer no estaba para bromas, Lewis Auster era ciudadano americano, aunque para él no era más que otro maldito judío, aprovechándose de su pasaporte para llevar a cabo actividades en contra del Reich. Traía una orden oficial de deportarlo a Suiza. Las órdenes verbales secretas eran liquidarlo y después mantener que había intentado atacar a un policía. Sería una provocación más contra los Estados Unidos, lo que después de todo no tenía ya ninguna importancia con la guerra en su apogeo. Lewis había recibido una advertencia de lo que podría ocurrirle. Alguien había llamado a la oficina de la organización para decirle que su vida corría serio peligro.

Aquella llamada le había salvado la vida por el momento. Se había disfrazado de judío de gueto, y conseguido entrar a través de un edificio que conectaba secretamente con el interior del gueto, una de las pocas conexiones que aún permanecían sin que las SS hubieran sido capaces de dar con ella, aunque recelaban de la existencia de accesos ocultos. La mayoría de las veces habían sido denunciadas por la propia policía judía del gueto, haciendo méritos para mantenerse a salvo, ellos y sus familias. Uno de los líderes del gueto, Mordecai Anielewicz, que dirigía el ZOB, Zydowska Organizacja Bojowa, la «Organización Judía de Lucha», había advertido a Marek Lichtenbaum, el presidente del Judenrat en el gueto, que no se informara a los policías judíos de ninguna actividad, ya que temía que informaran a los nazis de inmediato. Lewis conservaba su pasaporte y poco más.

Todo sucedió el día que decidió que ya no resistía más. Los motivos habían sido seguir el ejemplo de Esther Dukas, intentando hacer más por los que estaban encerrados en el gueto, ayudarles, proporcionarles medicinas, más alimentos, sacar algunos niños del gueto. La policía judía había delatado

aquellas actividades a la Gestapo.

Inmediatamente se incorporó al ZOB, consciente de que si lograban capturarlo dentro del gueto acabarían con él. Lo único que le preocupaba era no ver más a Esther, todo lo demás no le importaba. Le resultaba insoportable pasar un día más viendo como los alemanes trataban a los judíos. Parecían disfrutar siendo lo más crueles posibles. Estaba claro que los dirigentes nazis eran los principales responsables y los instigadores de todo ello, comenzando por Hitler, Goering, Goebbels, Himmler, Heydrich, y allí en el Gobierno General, parte de la antigua Polonia, el sádico del gobernador, Hans Frank, un individuo repulsivo y vicioso. Luego los mandos de las SS, de los Einsatzgruppen SS y los Sonderkommando, que asesinaban a centenares y miles de judíos cómo si aquello no tuviera la menor importancia, la enorme maquinaria nazi de funcionarios de todo rango, desde legisladores a burócratas, seguidos de los esbirros, los verdugos, los funcionarios que actuaban malignamente, y por supuesto una gran mayoría de los soldados de la Wehrmacht. Sin todos ellos Hitler no hubiera podido llevar a cabo sus designios. Funcionarios que no movían un dedo por ayudarlos, criminales que actuaban con total impunidad cuando las víctimas eran judías, jueces nazis que solo entendían de justicia nazi y que se regodeaban cometiendo asesinatos «legales». En cuanto a los ciudadanos alemanes, habían votado al Führer por abrumadora mayoría, conociendo bien sus promesas de liberar Alemania de judíos, de aniquilarlos. Era evidente que la mayoría de los alemanes no simpatizaban con los judíos, lo que se demostraba en las delaciones, los actos de crueldad gratuita que estaban a la orden del día, vecinos que delataban a otros vecinos judíos escondidos sabiendo que con ello los estaban condenando irremisiblemente a muerte, profesores que habían humillado a niños judíos, doctores que no atendían a judíos, una infinidad de actos malvados cometidos en toda Alemania por aquellos que pocos años antes aparentaban ser ciudadanos modelo, gentes amantes de la música y de los animales, sobre todo de los perros y los caballos, del orden y la limpieza, y que vistos desde fuera parecían personas normales, pero que escondían un odio mortal hacia los judíos, y un enorme desprecio hacia los que no consideraban de raza germana. Un conocido médico alemán que servía en las SS, sin saber que él también era judío, le había dicho que Hitler era el hombre que iba a crear la nación perfecta: «Mire usted, a los alemanes lo que nos importa y por lo que luchamos es por ese día en el que

tendremos una Alemania limpia de judíos y sin sinagogas, tal vez una sola como recuerdo de lo que pudo llegar a convertirse este país. Los subnormales, los locos, los homosexuales, los enemigos del Reich, todos los que contaminan nuestra raza también deben desaparecer. Le garantizo que ese día llegará, y les guste o no a los alemanes de ese futuro se habrá conseguido gracias a Hitler».

Lewis había visto muchas cosas terribles en el año y medio que llevaba en Varsovia. Sabía lo que estaba sucediendo en los guetos. Pensaba que todo aquello terminaría por tener su justo castigo, de Dios en el que no confiaba demasiado después de su experiencia, o de los hombres, que tarde o temprano tendrían que juzgar aquellos espantosos crímenes. El último, el asesinato de un judío llamado Michael Kleppfisch, luchando contra las tropas del general Jürgen Stroop durante el levantamiento del gueto que acababa de comenzar. Una gran pérdida ya que Kleppfisch era un experto en fabricar armas prácticamente de la nada.

El general Stroop había relevado al general SS von Sammern Frankenegg por sugerencia del gobernador Hans Frank. Von Sammern no había conseguido destruir a los miembros del ZOB. Se necesitaba alguien más tenaz, que no cejara en su empeño hasta aniquilar al último rebelde. Por esa razón había llegado a Varsovia, Stroop. Tal vez por eso Lewis Auster tomó la decisión de luchar en el gueto, de pasar de estar seguro, de comer caliente todos los días, de sentirse amparado por su situación a transformarse en un judío desaliñado y hambriento, vestido con un abrigo mugriento, corriendo por las alcantarillas, intentando atrapar una rata para comer, perseguido por los SS y los Sonderkommando. Era una experiencia nueva para él, un profesor de Manhattan, al que le encantaba tocar el piano y estudiar a los clásicos, convertirse sin más en un «untermensch» para aquellas tropas invasoras que llevaban su cruzada en contra de los judíos, los gitanos y los eslavos, a sangre y fuego. Durante el año anterior los nazis habían deportado a trescientos mil judíos del gueto, enviándolos a las cámaras de gas de Treblinka. Estaba constatado. Los judíos sabían que una vez que los metían en los vagones de ganado su esperanza había terminado. Esos eran los motivos por los que Mordecai Anielewicz había decidido que era preferible morir luchando y muchos judíos del gueto lo habían seguido, también Lewis, que se sentía en deuda moral, y quería seguir el ejemplo de Esther Dukas. Deseaba volver a verla, pero si no hubiera hecho aquello se hubiera sentido

miserable.

Mordecai se reunía con ellos en las alcantarillas. Les explicaba que los nazis se habían quitado la última máscara. Su único interés parecía ser aniquilar a todos los judíos del mundo, a todos, hombres, mujeres y niños. Un mandato de su Führer, que les había encomendado aniquilar a todos los judíos, y todos ellos, al menos la gran mayoría, lo seguían con entusiasmo. Daba la impresión de que todos aquellos nazis permanecían ciegos, sordos, mudos, asesinando por el Reich, cometiendo las mayores tropelías y crueldades por el Reich, robando por el Reich, violando a las niñas judías por el Reich, persiguiendo a los niños judíos por las alcantarillas o haciendo atroces experimentos médicos por el Reich. El Führer no podía quejarse del comportamiento de aquel pueblo tan sumiso y ordenado, que llevaba la contabilidad de la muerte en impecables fichas, en enormes ficheros, en una burocracia exhaustiva de la que nadie podía librarse.

A lo largo del inclemente abril mantuvieron muchas escaramuzas con los Sonderkommandos, los SS, la Gestapo, la Wehrmacht. Eran ratas de alcantarilla contra un enorme tigre sediento de sangre. La diferencia estaba en que las ratas no tenían nada que perder, mientras que aquel tigre temía a la muerte y al dolor. Los nazis aparecían con sus uniformes impecables, en ocasiones acompañados de guardias ucranianos enrolados en las SS, tan crueles o más que los alemanes. Llegaban en sus automóviles, en motocicletas, en camiones trayendo sus ametralladoras, rifles, pistolas, gases asfixiantes, bombas de mano, incluso llegaron a meter en el gueto tanques y artillería pesada, lo que hiciera falta del impresionante arsenal de muerte del que disponían. Mientras los judíos de Mordecai Anielewicz, de Gutman, de Kleppfisch, atacaban con lo que podían o inventaban, pistolas robadas, explosivos caseros, rifles introducidos de contrabando, incluso tirachinas con bolas de hierro, cuchillos de cocina, trampas de alambre. Los nazis lo sabían y temían arriesgar sus valiosas existencias por un puñado de ratas que se defendían con uñas y dientes. Sesenta mil hombres y mujeres desesperados, sin esperanza, sabiendo que si cedían serían enviados a Treblinka, a Sobibor, a Auschwitz, a cualquiera de los campos de la muerte para ser gaseados y transformados en jabón y humo. Lewis pensaba que Heinrich Himmler, el funcionario de la muerte, quería acabar con el gueto, liquidar hasta el último de sus habitantes, para luego seguir con otro y otro más, cumplir con lo pactado en Wannsee y ganar otra condecoración, tal vez conseguir la Gran Cruz

de la Orden del Águila Alemana de oro. Eso le daría derecho, cuando el orden nacionalsocialista se hubiera impuesto tras el conflicto, a convertirse en el heredero del Führer, en conseguir enormes propiedades, en convertirse en un virrey servido por esclavos eslavos. Entonces nadie se acordaría de cómo habría conseguido escalar tan alto.

Lewis Auster vio caer a Michael Kleppfisch, a muchos otros que combatían junto a él. Para entonces su universo había cambiado, sus sentimientos, pasiones, intereses, creencias, todo el sistema que le había hecho ser como era se estaba transformando por días. Aquel brillante intelectual, que lo analizaba todo buscando el sentido lógico de las cosas y de los acontecimientos, era ya una fiera herida, de hecho le habían alcanzado en el hombro izquierdo, que no había podido lavarse desde hacía semanas, mal alimentado, bebiendo agua de los charcos, empuñando una vieja pistola que se encasquillaba cuando quería, pero convencido de que estaba haciendo lo que su conciencia le dictaba. Se daba cuenta de que no habría podido volver a sus clases en la Universidad de Nueva York, dejando que los demás creyeran que su actuación en Varsovia le había hecho digno del reconocimiento. No deseaba aquello. Solo pensaba fijamente en poder volver a casa, al regazo de Esther Dukas de la que estaba perdidamente enamorado, pero eso sí, cuando hubiera hecho lo que tenía que hacer.

El general Stroop y sus hombres comprendieron pronto que aquello no era un levantamiento más, si no una batalla a vida o muerte en la que los judíos podrían volver a ser los héroes de Massada, dar ejemplo con su sacrificio de que ni un solo judío más debería aceptar las órdenes sumisamente, entrar en el matadero sin rechistar. Lo primero que hicieron fue destruir los lugares donde se ocultaban los guerrilleros del ZOB, el búnker de la calle Milá. El 8 de mayo, Anielewicz, acompañado de su prometida Mira Fuchrer y otros líderes del ZOB, rodeados sin salida, antes de que los cogieran vivos tomaron la decisión de suicidarse. Una semana más tarde Stroop declaró que el gueto ya no existía, mientras los SD terminaban de capturar e interrogar a los supervivientes.

Lewis huyó del gueto el mismo día junto a otros miembros del ZOB a través de la salida secreta por la que había entrado. Mientras intentaba escapar de Varsovia, logró llegar a una de las direcciones en la zona en la que los del ZOB mantenían un piso franco, en un edificio abandonado. Allí pudo asearse, cambiarse de ropa, afeitarse. Los del ZOB lo pusieron en contacto con el servicio

de inteligencia polaco. Diez días más tarde huía de Polonia hacia Dinamarca, que si bien estaba ocupada, era un lugar más seguro. A mediados de junio se encontraba en Londres, en el Hotel Brown's, en Mayfair, una zona arruinada por los bombardeos alemanes. Desde la oficina postal más cercana y tras una larga espera, consiguió poner un cable a sus padres en Nueva York. Le pareció asombroso el espíritu de supervivencia de los británicos. En aquella ciudad casi arrasada los servicios seguían funcionando.

Mientras se afeitaba, observando su rostro entre el vaho del espejo del baño, comprobó como aquella experiencia le había afectado. Los parpados hinchados, unas profundas ojeras, la piel pálida y apagada, los ojos ligeramente vidriosos y enrojecidos. El mal era como un microbio que se contagiaba y que devoraba el espíritu de las personas afectadas. El muchacho excelente con el que sus amigos lo habían despedido cantando dos años antes en el puerto de Nueva York cuando embarcó para Europa, había desaparecido para siempre. El espejo le devolvía la mirada de un hombre que había matado a otros hombres por venganza, y que seguiría haciéndolo si fuera preciso.

Al día siguiente caminó hasta la oficina postal. El supervisor le dijo que no se había recibido contestación. Cuando caminaba de vuelta el hombre le alcanzó corriendo. ¿Lewis Auster? Acababa de llegar un cable para él. Lo abrió en la misma calle mientras comenzaba a llover. Esther le decía que estaba en Manhattan con sus padres, aguardando ansiosamente su llegada.

# 107. DE NUEVO EL AZAR (STALINGRADO Y SICILIA-MAYO DE 1943)

Que el azar juega con las vidas de los hombres lo había aprendido por experiencia propia Klaus Edelberg, pero nunca hubiera creído hasta qué punto. Cuando el mariscal de campo von Paulus se dirigió andando hacia los rusos del general Vassili Chuikov en Stalingrado para rendirse, además de los mandos de estado mayor y los altos oficiales, uno de los que lo acompañaba era el teniente Klaus Edelberg, como ayudante personal, encargado de custodiar la maleta conteniendo los libros de órdenes del sexto ejército para entregarlos oficialmente a los vencedores.

Mientras el resto del ejército se rendía a lo largo del frente, algunos siguieron ofreciendo resistencia al no llegarles las órdenes, otros porque prefirieron morir antes que afrontar lo que les esperaba, algunos, como los oficiales SS y los Einsatzgruppen SS, llegaron a optar por suicidarse, con la convicción de que los bolcheviques iban a darles el mismo tratamiento que ellos habían dado a los comisarios políticos soviéticos. Un tiro en la nuca.

Sin embargo el estado mayor y los ayudantes fueron enviados a uno de los sótanos, donde aún se encontraban los heridos. Entre ellos el teniente Edelberg como ayudante personal de von Paulus. Todos ellos iban a ser interrogados por el NKVD y los servicios de inteligencia del ejército soviético para contrastar informaciones. Para sorpresa de muchos oficiales, los rusos enviaron enfermeras y médicos para atender a los heridos, y valorar sus posibilidades de supervivencia real. Mientras, el grueso del ejército, cerca de cuatrocientos mil hombres, alemanes, rumanos, italianos, comenzaba su calvario caminando sobre la nieve hacia el noroeste, en terribles condiciones, ya que escaseaban las provisiones de boca, y las mantas. Por supuesto sería imposible encontrar refugio a cubierto en las gélidas noches del invierno ruso. Para hombres mal alimentados, mal abrigados, obligados a realizar un esfuerzo sobrehumano, sobrevivir a temperaturas de veinte y treinta grados bajo cero resultaba muy

difícil. Cerca de treinta mil de los que se encontraban en mejores condiciones físicas fueron obligados a permanecer en Stalingrado para colaborar en el desescombro y reconstrucción de la ciudad.

Cuando los oficiales de inteligencia soviéticos interrogaron a Klaus Edelberg, le hicieron una serie de preguntas acerca de sus antecedentes, de su relación con von Paulus, de datos del ejército. Cuando comprobaron que era un oficial de Panzers, que hablaba fluidamente inglés y francés, y que se encontraba en buenas condiciones físicas, lo apartaron junto a otros oficiales. Fue entonces cuando llegó el inglés, Thomas Hobson, que volvió a entrevistarse con los seleccionados. Eligió a seis de los hombres que le parecieron más adecuados y entre los que se encontraba Klaus Edelberg. Aquella misma tarde volaban con destino a Ankara. Klaus comprendió que con un poco de suerte podría librarse de morir en Siberia.

Los británicos habían llegado a un acuerdo con los rusos, en aquellos momentos camaradas de armas. Necesitaban unos cuantos alemanes que reunieran determinadas características, entre otras hablar inglés, saber conducir tanques de los modelos utilizados por los alemanes, y no odiar a los aliados o ser fervientes seguidores del Führer. La primera selección la habían realizado los agentes del NKVD. Klaus Edelberg reunía las condiciones y desde el primer momento notó una cierta sintonía con Hobson. Ya en Ankara, tuvo que volver a contarle lo que pensaba y los motivos por los que aceptaría colaborar con los aliados. Desde su experiencia en la que había visto asesinar a miles de civiles inocentes no se consideraba un traidor. También le contó lo que había conocido a través de su abuela Charlotte. Él siempre había creído que era un alemán más, hasta que su abuela le explicó que parte de su sangre era judía. Su abuelo materno era un tal David Goldman de Viena. Podía demostrarlo y le mostró la carta que había cogido de entre los documentos de su abuela y un extracto bancario de la cuenta.

Hobson consideró que lo que le estaba contando aquel joven tenía todos los visos de ser cierto, y tras hablar con él toda una mañana lo seleccionó definitivamente junto a otro alemán de Berlín, Heinrich Weizsäcker, cuya historia era parecida, pero que había estado ocultándola desde que tenía uso de razón por temor a ser liquidado por la Gestapo. Pero lo que hizo que Hobson lo aceptara fue cuando le preguntó sobre las características del Tiger I, Klaus

contestó sin vacilar.

—Señor Hobson, el cañón KwK 36 L/56 de ochenta y ocho milímetros es excepcional, ya que permite una trayectoria plana del proyectil, y una gran precisión en los disparos, con una cadencia superior a cualquier otro tanque actual. Ello se debe también a la calidad y el diseño de los visores Zeiss TZF 9b, que son muy precisos. Pero el blindaje del Tiger posee un punto débil. Los radiadores son vulnerables a los disparos de bazzokas anticarro si se realizan desde el lateral y la parte trasera.

Hobson lo sabía por un informe secreto de los servicios de inteligencia soviéticos. Pero la manera en que aquel joven alemán se lo dijo terminó de convencerlo. Dos días más tarde ambos fueron enviados a Túnez en un largo vuelo a través de El Cairo. Desde el aeródromo los condujeron al cuartel general de los aliados, donde los generales Montgomery y Patton estaban planificando la campaña de Italia.

Klaus se daba cuenta de que su abuela le había abierto los ojos antes de morir, como si hubiera tenido una premonición, ya que en otro caso, en aquellos momentos, probablemente él también estaría muerto. La matanza de los judíos en Ucrania le había marcado a sangre y fuego. No deseaba pertenecer a un ejército que permitía tales crímenes.

Allí fueron sometidos a un nuevo test por separado ¿Estaban dispuestos a colaborar con los aliados? Ambos asintieron. A partir de aquel momento se les instruyó. Deberían formar parte de un comando británico en la inminente «Operación Husky», la invasión aliada de Sicilia.

El 8 de julio el comando en el que ambos participaban fue lanzado sobre el sureste de la isla, en la provincia de Siracusa. Tenían como misión penetrar tras las líneas alemanas y sabotear el almacén de piezas de repuesto de los panzers del general Kesselring.

La misión resultó un éxito. Pudieron llegar hasta los almacenes. Una serie de hileras situadas en el interior de un recinto vallado con alambradas de seguridad. Los británicos mataron a los guardianes con arma blanca. Después ambos, acompañados de un teniente, buscaron el almacén donde suponían se hallaban las piezas que debían sabotear. Increíblemente la numeración de los almacenes era la misma que en Stalingrado y que en el campo de entrenamiento. En su interior encontraron los filtros de aire y las cajas de pernos de enganche de las

cadenas. Tardaron cerca de una hora en destruir gran parte de las cajas. Luego huyeron en silencio, sorprendiéndose de la facilidad con la que habían conseguido su misión.

El 10 de julio llegó la gran invasión aliada. Muchos de los tanques de la División «Hermann Goering» no pudieron ser reparados y tuvieron que ser abandonados sobre el terreno. La lucha por la cabeza de puente de Gela, en la que los alemanes intentaron reiteradamente reconquistar la carretera de Piano Lupo, ya en poder de los estadounidenses. Divididos en dos secciones, tuvieron que iniciar la retirada hacia el estrecho de Messina.

La primera sección «Conrath» huyó a lo largo de la carretera Gela-Adrano. A la segunda «Schmalz» se le ordenó seguir la línea Ranzazzo-Taormina-Messina, para cruzar al continente. Los aliados habían conseguido conquistar la isla en un plazo muy breve. La intervención de los dos oficiales que se habían pasado a sus filas resultó decisiva.

La noche siguiente a la conquista de Sicilia, el teniente Klaus Edelberg pensó que para él los traidores eran los que habían llevado a Alemania hasta aquella situación, que solo terminaría con la destrucción total del país y la muerte de millones de personas.

## 108. EN BUSCA Y CAPTURA (BERLÍN, VIENA Y ZÚRICH-AGOSTO DE 1943)

El asesinato de María Gessner desencadenó una larga serie de acontecimientos inesperados. Cuando Kurt Eckart viajó desde Berlín a Viena para asistir al funeral dos miembros del Abwehr vigilaban todos sus movimientos. Había pasado de ser uno de los hombres de confianza de Goebbels a convertirse en un sospechoso. Mientras, la Gestapo indagó sobre algunos cabos sueltos, y el informe que veinticuatro horas más tarde pusieron sobre la mesa de Goebbels, señalaba a Eckart como un hombre sin pasado conocido, llegado de Leningrado, que había sabido ascender en el partido mediante su inteligencia natural, pero al tiempo comprometido en una extraña situación. De María Gessner, hermana de los Gessner, se conocía su antigua filiación al partido comunista austríaco, su antiguo expediente en la policía de Viena, sus detenciones por participar en el partido comunista. De ahí se deducía que la relación entre Kurt Eckart y María Gessner era algo más que un romance entre estudiantes.

El hecho de encontrarla en el antiguo domicilio de Selma Goldman, fichada como dirigente sionista y con orden de detención, donde resultó muerta por error, creaba la gran sospecha de que existiese una complicidad entre ellas. Más aún cuando la Gestapo llegó al piso de su hermana, donde la fallecida vivía últimamente, y se encontró con que Eva Gessner también acababa de huir. Eso ya no era un indicio sino una certeza. Por otra parte Eva Gessner había estado casada con un judío de nombre Paul Dukas con el que había convivido durante tres años, hasta su divorcio.

Sin embargo lo más extraño de todo, había sido la liberación de Paul Dukas y de su hijo Jacques y su traslado a Suiza, un asunto aclarado más tarde por el propio Kaltenbrunner, quien alegó que había ordenado su liberación para intentar compensar a Eva de la muerte de su hermana. Aseguró que en aquel momento no existía la menor sospecha, aunque reconoció que tal vez se habría extralimitado.

Que todo aquel embrollo se tratase de una serie de casualidades parecía imposible. Que Kurt Eckart, del que la Gestapo estaba conociendo más al investigarlo en profundidad, fuese el que decía ser ya comenzaba a dudarse. El propio Goebbels estaba muy disgustado con todo el asunto, ya que la bola de la sospecha estaba creciendo por días. ¿Y los dos hermanos Gessner? Un notario de Viena había declarado ante la Gestapo acerca de unos documentos protocolizados por la propia Eva Gessner sobre su posible herencia judía por parte de madre. Si ello resultaba ser cierto, resultaría que Stefan Gessner y Joachim Gessner, dos altos funcionarios del partido, hombres sin tacha, también compartirían dicha sangre judía. Era cierto que se había dudado de otros importantes líderes, incluso del malhadado Reinhard Heydrich, del que se había sospechado durante largo tiempo su parentesco con judíos.

Pero si definitivamente resultaba ser cierto habría que tomar medidas. Por el momento ya se había sembrado la duda y el propio Führer estaba informado. Un lío en el que de una manera u otra todos los implicados casualmente eran judíos, o al menos se sospechaba que lo eran.

Kurt Eckart llegó a Viena sabiendo que se la estaba jugando. Era cierto que la muerte de María le había afectado y que se sentía asqueado de lo que estaba haciendo. Algo dentro de él había cambiado desde Babi Yar. Fue en aquel terrible momento, sin desearlo, cuando apareció dentro de él aquel Israel Zhitlovsky, al que creía muerto y enterrado entre ideologías y lavados de cerebro en el NKVD. Mientras veía como asesinaban a miles de judíos, tomó la decisión de hacer lo que tuviera que hacer por colaborar en socavar el régimen nazi.

Fue en realidad un viaje inútil ya que tras la autopsia en el Instituto Forense de Viena, por algún motivo desconocido el cuerpo de María Gessner desapareció. Al menos nadie le daba razón de donde se hallaba. Tras identificarse con su carnet especial del partido uno de los funcionarios del instituto le explicó que lo habían enviado al Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial de Frankfurt, ante la duda de si el cuerpo de la fallecida podría pertenecer a la raza judía.

Fue en aquel momento cuando Kurt se dio cuenta de que no debería haber ido a Viena. María le había confesado que según la carta y otros documentos de su madre y de su abuela, ella y sus hermanos podrían considerarse judíos según el criterio nazi, a pesar de no haberlo sabido hasta entonces. Los nazis

investigaban todo lo referente a la raza hasta el final, ya que para ellos era el factor más importante a la hora de valorar a una persona. María había sido asesinada al confundirla con Selma Goldman, buscada por ser una judía huida, que además llevaba a cabo labores de apoyo a otros judíos para lograr que huyeran del Reich. En la investigación que ya había comenzado, tarde o temprano, él también saldría a relucir, ya que no en vano había estado relacionado con aquella mujer durante años.

Decidió que había llegado la hora de abandonar el escenario sin aguardar a que lo interrogasen. Sabía por experiencia como funcionaba la Gestapo, y era probable que ya hubieran iniciado un procedimiento secreto contra él.

No tenía otra solución que adoptar el plan B. Un protocolo para huir apoyándose en la red que la propia NKVD había diseñado para ayudar a escapar a sus agentes principales. Según el mismo protocolo el agente podría llegar a suicidarse. Pero su fervor intelectual por el marxismo stalinista se había evaporado hacía tiempo. En aquel momento comprendió que la Gestapo, o la Abwehr habrían enviado tras él al menos a un par de agentes para que vigilaran todos sus movimientos. No tenía tiempo que perder.

No le resultó fácil librarse de los posibles agentes que lo estarían vigilando. Tuvo que coger un tranvía y dos taxis hasta que tuvo la certeza de que había conseguido despistarlos. Una hora más tarde se encontraba en un piso franco en las afueras de Viena, donde tuvo que dar dos contraseñas y algunas explicaciones, luego entre dos especialistas lo transformaron en otro hombre. Eran verdaderos expertos en llevarlo a cabo con pocos medios. Solo una prótesis en el interior de la boca, otro corte de pelo, encanecido, un bigote al estilo prusiano antiguo, unas gafas gruesas de concha, trajes más tradicionales, corbata de lazo, espaldas cargadas. Cuando tres horas más tarde salió de allí era otra persona. Su aspecto era el de un hombre diez años mayor, ligeramente encorvado, trajeado como alguien anodino, un hombre maduro cualquiera. Le habían entregado un pasaporte usado y una documentación completa a nombre de Franz Schmitt, miembro de base del partido en Baviera. También lucía una pequeña y gastada insignia nazi en la solapa. Le ordenaron que saliera de Austria con destino a Suiza, y que una vez allí se pusiera en contacto con el agente del NKVD en Zúrich.

El verdadero Franz Schmitt había muerto tres años antes. Un hombre soltero,

oscuro, que trabajó para los servicios de inteligencia bolchevique y al que hubo que eliminar discretamente. Sin embargo siguió existiendo, como si se hubiera mudado de domicilio y de ciudad. Ahora volvía a revivir en Viena, al menos durante el plazo necesario para conseguir la huida de Kurt Eckart.

Para cuando saltaron las alarmas en la Gestapo de Viena y se declaró a Kurt Eckart en busca y captura, el jubilado Schmitt viajaba en un autobús de línea con destino a Linz, sabiendo que mientras no consiguiera cruzar la frontera suiza no podría cantar victoria, aunque en aquellos momentos comprendía que después de morir María, ocurriera lo que ocurriera, ya no podría cantarla nunca.

Kurt entró en Suiza el 30 de agosto. Su capacidad de concentración, su sangre fría y su conocimiento de cómo había que actuar con aquellos nazis le ayudaron en ello. Desde la frontera se dirigió en taxi directamente a Zúrich. Una vez allí le dijo al taxista que se dirigiera a algún gran almacén donde pudiera comprar ropa. Adquirió varias camisas, dos corbatas, dos trajes, zapatos, cuatro mudas, dos chalecos y un abrigo de verano. También una maleta nueva. Desde la puerta del gran almacén cogió otro taxi al Hotel Opera, donde se registró con su verdadero pasaporte del Reich como Kurt Eckart. Subió a su habitación. Se introdujo en el cuarto de baño. Se quitó las gafas, se desnudó, se duchó y se lavó la cabeza. Luego se afeitó, se peinó, se vistió con la camisa, la corbata y el traje que acababa de comprar hacía unas horas y entró en la habitación. Se observó detenidamente en el espejo de la pared. Tenía delante a un hombre muy distinto al que había llegado un rato antes, aparentaba como mínimo diez años menos.

Bajó a recepción, con el pasaporte en el bolsillo. El recepcionista lo observó como si dudara de su memoria, pero no hizo ningún comentario. Desde la cabina telefónica llamó al consulado de Gran Bretaña en Zúrich. Se presentó al cónsul, diciéndole que comunicara a su embajador en Berna que Israel Zhitlovsky quería hablar con alguien del MI-6. Repitió el nombre. Le dijo que estaría aguardando la respuesta en el Hotel Opera.

El cónsul dudó unos minutos pero terminó llamando a su embajada. Cuando el cónsul comunicó a su embajada el recado de Zhitlovsky, a los pocos minutos el embajador le devolvió la llamada, diciéndole que no perdiera de vista a aquel hombre hasta que él llegara. Había hablado con la central del Servicio de inteligencia en Londres, donde le dijeron que aquello tenía absoluta prioridad, y que un agente del Mi-6 en Suiza lo acompañaría a Zúrich para estar presente en

el encuentro.

Una hora más tarde, un nervioso y sudoroso cónsul se presentó en el hotel. Lo llamaron a la habitación y Kurt bajó al vestíbulo. Allí el cónsul británico, un hombre grueso y calvo, le comunicó que el propio embajador estaba viajando hacia Zúrich para encontrarse con él, y le rogó que no se moviera de allí.

El embajador y el agente especial del MI-6, que formaba parte del personal de la embajada, llegaron al hotel Opera a las diez de la noche tras un viaje desde Berna bajo la intensa lluvia. El restaurante del hotel estaba a punto de cerrar, pero el cónsul, ejerciendo su influencia, consiguió que mantuvieran abierto el comedor y que dieran de cenar al embajador, su acompañante y aquel misterioso Israel Zhitlovsky. Luego, tras ponerse a las órdenes del embajador, volvió aliviado al consulado.

Kurt tuvo que hacerles un extenso resumen de su situación en el ministerio de Propaganda del Reich, y terminó contándoles exactamente lo ocurrido. No quería que sospecharan otra cosa, y la única salida era decir la verdad. Añadió que desde hacía más de tres años mantenía una relación fluida con los servicios de inteligencia británicos, desde que se puso en contacto con ellos por primera vez en Moscú.

Se reservó su situación como agente de la KGB. Esa era una baraja que de momento se guardaba en la manga. Tal vez en aquel momento alguien hubiera podido confundir sus intenciones, y tomarlo por un agente doble que pretendía infiltrarse en los servicios de inteligencia de los aliados.

Les explicó que aunque no podría volver al Reich, y mucho menos a Berlín, al menos con su verdadera personalidad, creía tener una importante cantidad de información que resultaría de interés para los servicios de inteligencia británicos. Él aguardaría a que llegaran para mantener una entrevista o a que le dieran instrucciones. Pero les advirtió que de momento prefería no moverse de Suiza. Cuando ambos hombres se miraron como si dudaran de su palabra, añadió que estaba allí por su propia voluntad, sin que nadie le hubiera coaccionado, y que deseaba colaborar con los aliados.

El embajador lo observaba con una mezcla de respeto y asombro, sin terminar de comprender muy bien lo que estaría pasando por la mente de aquel hombre. Le rogó que se mantuviera en contacto con ellos, y que no se moviera de Zúrich hasta que llegaran. En la conversación que había mantenido con la

central del MI-6, le habían advertido que aquel hombre estaba considerado como alguien prioritario para los intereses de Gran Bretaña en aquel conflicto.

## 109. UNA CUESTIÓN DE ORDEN (BERLÍN-OCTUBRE DE 1943)

Fue Himmler el encargado de entrevistarse con Joachim Gessner. En realidad no había ningún cargo contra él. Solo la sospecha fundada de sus antecedentes judíos por vía materna, lo que en aquellos días se estaba verificando en Budapest y en Viena. La información de que Himmler disponía, como la declaración notarial efectuada por Eva Gessner, venía a ratificar las sospechas, pero por otra parte tanto Joachim Gessner, como su hermano Stefan, eran personajes situados en la cúpula del partido, por lo que era preciso hacer las cosas con tiento.

Lo citó en su despacho en la cancillería. No era cuestión de enviar a un alto jefe de las SS a buscarle como le había sugerido Goering. Joachim se presentó recelando de lo que ocurría. Sin embargo aún nadie le había acusado de nada, ni existían cargos contra él. Quería mantener su serenidad habitual delante de Himmler esperando ver cómo salía de aquella situación.

Un secretario le hizo entrar en el despacho del reichsführer. Himmler se levantó para saludarle, y luego ambos tomaron asiento en unos sillones junto a la ventana. Los adjuntos de Himmler habían bautizado aquel lugar como «el confesionario». Himmler aguardó en silencio a que Gessner dijera algo. Era su forma de actuar.

—Mi reichsführer, creo que me han citado en relación con la desgraciada muerte de mi hermana María Gessner.

Himmler asintió.

—Sí. En efecto esa es la causa inicial. Siento lo ocurrido. La verdad, creo que alguien se extralimitó en sus funciones. Se está investigando —le observó fijamente—. Todo se está investigando. ¿Hay algo que deba decirme?

Joachim negó con la cabeza.

—No mi reichsführer. Mi hermana María no se llevaba muy bien con el resto de la familia. Junto a mi otra hermana elucubraban absurdas teorías. Nada de importancia.

Himmler se levantó haciendo un gesto con la mano para que permaneciera sentado.

—Sí, comprendo… esas rencillas familiares en ocasiones son terribles. ¿Y de que se trataba? ¿Algún problema de herencia quizás?

—No en realidad, mi reichsführer. Algo muy absurdo y enconado. Ellas mantenían que en nuestra familia podría existir algún antecedente judío. ¡Una tontería sin pies ni cabeza en realidad!

—Sí, la verdad, ¡qué mala intención! ¡Judíos! ¿Y cuál era el fundamento para ello? ¿Por qué esa absurda sospecha?

—Bueno, mi reichsführer. Cosas de familia. Antiguos rencores, habladurías, celos, nada que no se pueda explicar.

—¡Ah, mi querido Gessner! ¡Tengo tiempo! ¿Le importaría explicarme la situación?

Joachim Gessner se había dado cuenta de lo que Himmler buscaba. Prefirió no dar más vueltas. Comenzaba a ponerse nervioso.

—Según mis hermanas, una de nuestras abuelas, Ada Rothman, era judía. Nos informaron de ello hace tiempo. Estamos convencidos de que no era cierto, una mera suposición sin fundamento, simplemente no le dimos más importancia.

—Gessner, su hermana María murió al ser confundida con una tal Selma Goldman. Esa mujer sí es judía y sionista. ¿Qué podría estar haciendo su hermana en el antiguo domicilio de Goldman?

—No lo sé, mi reichsführer. Yo también lo he pensado. Ni Stefan ni yo manteníamos relaciones desde hacía tiempo con nuestras hermanas. ¡Somos alemanes leales al Reich y al Führer!

—Sí, Gessner. Le ruego que no se excite. Sabemos cómo han servido al Reich en los últimos años. Pero verá. Usted conoce muy bien las leyes raciales. Desgraciadamente la mera sospecha mancha. Siento tener que apartarle del servicio hasta que el asunto quede aclarado. También a su hermano. Les ruego que no salgan de Berlín. Es solo una cuestión de orden, ya que creemos que pronto todo volverá a su lugar. ¡Me molesta el desorden! ¡Cada cosa tiene que estar en su sitio! ¿Lo comprende, verdad? Y ahora váyase tranquilo, no tenemos nada contra ustedes.

Joachim salió de allí muy preocupado, también muy enfadado. Sabía muy bien lo que significaba ser apartado del servicio. Solo era el primer paso para la

catástrofe. Tendrían que haber hecho lo que pensaron, y de esa manera no hubiera sucedido aquello. Stefan no se atrevió. ¡Estúpido! Ahora se encontraban en un verdadero problema. Con la Gestapo, las SD, y todos los demás investigando los antecedentes familiares. En el fondo temía que fuera verdad, lo habían hablado él y Stefan al ver los documentos. Probablemente habrían ido al notario de Viena donde Eva había realizado la manifestación notarial. ¡Qué desastre! Resultaría muy difícil quedar limpio de algo así. ¡Cada vez que se hablara de judíos delante de ellos todos observarían su reacción!

Cuando llegó a su piso llamó a Stefan. Resultó que también estaba informado a través del mismísimo Goering, con el que siempre se había llevado muy bien. Desde el putsch de Múnich cuando se conocieron. ¡Y ahora aquello! Pensó que si tuviera delante a Eva la mataría, pero había desaparecido el mismo día de la muerte de María. Nadie sabía nada acerca de ella, había sido lo suficientemente astuta para desaparecer antes de que llegara la Gestapo.

Se dirigió al piso de Stefan. Miró hacia atrás en varias ocasiones, con la certeza de que lo estarían vigilando. Entró en el portal con recelo, alguien estaría vigilando a su hermano.

Stefan le abrió la puerta pálido y con los ojos hinchados. Se dio cuenta de que no había sido capaz de soportar la tensión nerviosa. Stefan lo miró a los ojos.

—¿Y ahora que vamos a hacer? ¡Sabía que esto terminaría por ocurrir! ¡Malditas sean! ¡Esta asquerosa mentira ha acabado con nuestra carrera! ¡Tendría que haberte hecho caso!

Joachim se mantenía más frío.

—Mira, Stefan. El daño ya está hecho, pero no soy tan pesimista como tú. A Reinhard Heydrich lo asesinaron los partisanos checos, no la maledicencia. Debemos aguantar y seguir como si nada. Aunque nos hayan retirado la confianza. Te aseguro que no prescindirán de nosotros. Sabemos demasiadas cosas.

Stefan le devolvió la mirada.

—¡Joachim! ¿Es que no te das cuenta? ¡Ese es el problema! Si solo fueran a dejarnos de lado lo comprendería. ¡Pero no se quedarán ahí! ¡Ellos creen que les hemos estado engañando todos estos años! ¡Que conocíamos la situación! ¡No quieren correr riesgos! ¿Es que no lo comprendes?

Joachim se había puesto tan pálido como su hermano.

—¿Quieres decir que nos eliminarán? ¿Qué nos asesinarán? ¡No lo creo!

Stefan asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de ello. Una vez que ya no les somos útiles, que ya hayan perdido la confianza en nosotros, no querrán correr el riesgo de que desaparezcamos con toda la información que poseemos. ¡Maldita sea, Joachim! Estamos en grave peligro, y si no te das cuenta es que después de tanto tiempo aún no los conoces. Yo tengo muy claro lo que voy a hacer, pero quería que supieras lo que pienso. Y ahora vete. He comprobado que hay dos de las SD vigilando el edificio desde un coche aparcado ahí enfrente. Simplemente no hay salida, hemos llegado hasta aquí. Quiero que sepas que siento haberte metido en esto.

Joachim estrechó la mano que le ofrecía su hermano. Siempre habían sido una familia de gente reservada y fría. Lo cierto era que no sentía ningún cariño por él. Solo habían sido socios durante una época. Descendió en el ascensor encendiendo un cigarrillo para calmar los nervios. Stefan no le había dicho lo que pensaba hacer aunque lo imaginaba. Él tenía muy claro que intentaría salir del Reich cuanto antes. Correría el riesgo, ya que acababa de darse cuenta de que era la única salida. Miró de pasada el coche negro situado en la acera de enfrente. Sin ninguna duda eran de la Gestapo. No tenía tiempo que perder.

El cuerpo sin vida de Stefan Gessner fue encontrado la mañana siguiente cuando un cerrajero de las SS tuvo que forzar la puerta del piso. Lo encontraron en la cama, como si siguiera durmiendo. Solo el rictus del rostro delataba lo ocurrido. Una ampolla vacía, un vaso derramado. El agente especial comentó con desgana.

—Cianuro. Un efecto instantáneo. Este tipo ya no nos contará nada más. Ahora tendremos que comprobar todo el piso hasta el último rincón. Después iremos a su despacho en el ministerio. Quieren un informe completo.

Joachim Gessner se había dirigido a su casa como si no ocurriera nada. A las once de la noche los agentes que vigilaban el edificio, vieron cómo se apagaban las luces del piso, no notaron nada. Nadie salió ni entró hasta cerca de las siete de la mañana, cuando otro coche se colocó paralelo al suyo y les dijeron que debían subir a detenerlo. Su hermano se había suicidado. Si Joachim Gessner seguía con vida debía ser trasladado al cuartel general de la Gestapo. En el caso

de que hubiera tomado la misma determinación que su hermano, deberían avisar a los servicios especiales.

Cuando los agentes llamaron al timbre no les respondió nadie. Pensaron que podría haberse quitado la vida y avisaron al portero. Finalmente forzaron la puerta, Joachim Gessner había huido. Se dio la alarma en la estación y a todas las sedes de la Gestapo. Era como si se hubiera evaporado.

Joachim Gessner tomo la decisión de huir por Travemünde, una región que conocía muy bien, y en la que mantenía contactos. No fue algo improvisado. Pudo llegar en el automóvil de uno de sus hombres de confianza que aún no estaba informado del asunto. Solo cuando llegaron a Travemünde se lo contó. Le dijo antes de bajar del coche que sabía a lo que se arriesgaba si decía algo. Una vez allí fue a ver a alguien que le debía favores políticos, quien le presentó al patrón de un pesquero para que lo llevara a Suecia. Gessner sabía ser un hombre generoso cuando era su propia vida la que estaba en juego.

Tres días más tarde se encontraba a salvo en la neutral Suecia, en Stenkyrka, al norte de Goteborg. Veinte días después estaba en Londres. Solo entonces se pudo relajar. El plan de fuga le había salido como pensaba. Lo cierto era que lo había preparado mucho tiempo atrás, cuando sus hermanas le amenazaron con desvelar el secreto de familia, consciente de que tendría que utilizarlo en cualquier momento. Ni siquiera lo había comentado con Stefan. Hubiera sido un grave error.

# 110. EL CASO DE DAVID EDELBERG (BERLÍN Y AUSCHWITZ, NOVIEMBRE DE 1943)

Las causas por las que David Edelberg fue trasladado al Hospital psiquiátrico de Berlín a principios de octubre no se debieron tanto a su situación mental como a que el director no soportaba el desorden y el ruido. De hecho ya lo había amonestado en varias ocasiones por correr por los pasillos, por gritar en el patio de juego. En el recreo podían correr, pero debían evitar gritar extemporáneamente. Eran las normas que él había impuesto. Los niños debían aprender lo que era la disciplina, la jerarquía, la pulcritud y el orden. Sobre todo el orden.

Ilse había tenido ya algún sobresalto a causa del carácter de David. Impredecible de pronto podía salir corriendo, o perseguir a otros niños gritando sin parar. Era difícil ir con él por la calle, y el único sitio donde se tranquilizaba era cuando visitaban el zoo. La visión de los animales causaba en el niño un efecto de relajación.

Ilse Edelberg sabía bien que su hijo David era hiperactivo, que había tenido que cambiarlo de colegio por no ser capaz de adaptarse. Acababa de cumplir trece años cuando un día unos enfermeros se lo llevaron al hospital ya que el profesor se negó a seguir dando clase si aquel muchacho seguía allí. No contó que le había dado varios palmetazos en la mano abierta por no estarse quieto en su banca. El director había llamado al servicio de urgencias, y solo después llamó a su madre. Cuando Ilse le recriminó que no la hubiera llamado antes a ella, el director colgó.

Ilse se dirigió entonces al psiquiátrico, pero no consiguió ver a su hijo. Uno de los doctores le dijo que le habían puesto una inyección relajante y que se encontraba en un estado de sedación. Ella insistió que quería llevárselo a casa, que no era ningún peligro para nadie, sin conseguir nada.

Volvió a su casa llorando. Ni siquiera se dio cuenta de que llovía con fuerza y no abrió el paraguas. Se sentía desolada y enormemente triste. A su marido lo

había perdido hacia años, y hasta mucho tiempo después no comprendió que era ella la que estaba equivocada. Klaus había desaparecido en Stalingrado, probablemente habría muerto en la batalla, como otros cientos de miles de muchachos alemanes, o estaría prisionero, caminando bajo la nieve con destino a una muerte lenta y terrible. De Elisa tampoco sabía nada, solo que estaba destinada en Rusia con la Cruz Roja alemana. Y ahora aquella tragedia. David era hiperactivo, pero era lo único que le quedaba, y nadie sabía la ternura que aquel niño podía darle, ya que tenía una gran dependencia de ella. En aquellos momentos no sabía que debía hacer. Echaba mucho de menos a su madre. Con ella discutía con frecuencia, pero al final se necesitaban mutuamente y siempre la ayudaba económicamente, con los niños, con cualquier problema.

Se le ocurrió que podría ir a hablar con el doctor Müllenheim. El psiquiatra de cabecera que siempre había atendido a David. Era ya algo tarde pero tomó la decisión de ir a su domicilio. A fin de cuentas ella lo había llevado alguna vez a la consulta privada cuando las cosas se ponían mal. Llegó a su casa a las seis de la tarde. Estaba oscureciendo, e intuía que no sería bien recibida, pero no podía dejar de pensar en David solo en aquel manicomio, que no era otra cosa que un hospital psiquiátrico.

El doctor Müllenheim le abrió la puerta. Se sorprendió al notar que aquel hombre estaba algo bebido. Sin embargo la dejó entrar. Ella se disculpó sollozando y el hombre le escanció un vaso de un licor insistiéndole en que aquello le vendría bien, que se lo bebiera de un trago. Se negó pero tomó asiento en la sala de recibir. Él hombre parecía escucharla con interés, pero ella vio cómo se servía otro vaso de licor. Comprendió que había llegado en mal momento, y que sería imposible que aquel doctor pudiera ayudarla. Le hablaba con la voz pastosa, diciéndole que no debía preocuparse.

—Señora Edelberg. No se preocupe. El psiquiátrico de Berlín es uno de los mejores del Reich, por no decir el mejor. A David no le pasará nada, además tal vez le sirva de escarmiento, así tal vez se tranquilice, que sea hiperactivo no quiere decir que sea tonto, y que no se dé cuenta de las cosas. ¡Hágame caso! ¡Verá como mañana estará suave como un guante! Mire, en ocasiones es mejor un pequeño susto. Pero ya que me pregunta le diré algo francamente. Mire, señora Edelberg. En Alemania estamos saturados de problemas mentales, entre esquizofrénicos, oligofrénicos, retrasados, paranoicos y demás, hay cerca de

medio millón de personas, por llamarles algo. ¿Me comprende? Menos mal que el Führer emprendió una cruzada para aliviar a esos pobres desgraciados. ¡Pero no se vaya señora Edelberg, quédese un rato más, de verdad no me molesta!

Al escucharlo Ilse se levantó indignada y se dirigió a la puerta, mientras Müllenheim seguía con su perorata. Salió dejando la puerta abierta sin querer escuchar ni una palabra más. Muchos médicos se habían hecho adeptos al nazismo. Unos por sus propios intereses profesionales, ya que al expulsar del colegio de médicos a los judíos se habían quitado la principal competencia, otros influenciados por las políticas de un partido que tomaba medidas radicales con las que muchos coincidían. Caminó fuera de sí hacia su casa pensando que tendría que haberlo abofeteado. Había entrevisto una personalidad que le repelía.

Aquella noche no fue capaz de pegar un ojo. A primera hora cogió un taxi hacia el hospital psiquiátrico. Tuvo que esperar un largo rato hasta que uno de los doctores la atendió. Le explicó lo sucedido, ella conocía mejor que nadie a aquel niño, no podía negar que era algo hiperactivo, que en ocasiones se ponía pesado, que había que estar encima de él, pero era bueno. Nunca había hecho nada malo contra nadie. Amaba los animales, le explicó que tenía una ratita blanca en una jaula y que cuando se quedaba mirándola se tranquilizaba. Terminó diciéndole que lo llevaría a casa, que era donde mejor estaba, y que iría al médico de cabecera para que le recetara algún tranquilizante. Añadió que era culpa de ella, ya que se los había ido retirando poco a poco.

El médico se la quedó observando. Como si dudara tras aquellas palabras.

—Mire, señora Edelberg. El niño no puede salir de aquí por el momento. El propio director del colegio escribió una nota de su puño y letra afirmando que ayer, en el colegio, tenía un comportamiento excitado, incluso algo agresivo con los compañeros de clase. Tenemos que controlarlo, estudiar al paciente, después tomaremos una decisión. Ahora es mejor que no le vea, ni usted a él. Está medicado, relajado, y no sería bueno que se excite. ¿Lo comprende, verdad?

Ilse insistió, incluso se enfadó con el médico, que la miraba sin replicar, acostumbrado a pasar malos ratos. De repente se levantó argumentando que tenía muchas cosas que hacer, y la dejó con la palabra en la boca. Una enfermera atendió el timbre en la pared y la acompañó hasta el vestíbulo principal. Al salir se volvió un instante y vio como la enfermera la estaba señalando mientras hablaba con el vigilante de la puerta.

Volvió a su casa desesperada. No sabía qué hacer. Buscó en la guía de teléfonos y marcó el número del primer psiquiatra que encontró. La mujer que atendía el teléfono le dio cita para aquella misma tarde cuando ella le explicó que se trataba de una urgencia. Le advirtió que la consulta privada eran treinta marcos en efectivo, pago por adelantado. Se justificó diciendo que llegaban muchos locos y se iban sin pagar. Ilse le dio su conformidad. No era un problema de dinero.

Por la tarde se presentó un cuarto de hora antes en la consulta. Abonó la consulta y la enfermera le dijo que aguardase unos minutos. A la hora en punto la pasó al despacho del médico. Tenía un gramófono con música en su despacho, muy baja y tranquila. Un hombre alto y rubio se le acercó y la observó detenidamente. Se presentó con una leve inclinación de cabeza. Doctor Jäger. Le dijo que tomara asiento. Ilse se sentó mientras el hombre la seguía observando minuciosamente a través de unas gafas de montura dorada que dejaban ver unas pupilas azules escrutadoras.

—Yo no soy la paciente doctor.

El doctor Jäger hizo un leve gesto de sorpresa. Le preguntó qué deseaba entonces. Ilse le explicó el caso, intentando no perder la calma, le describió a su hijo David, le habló de lo bondadoso y sensible que era. Solo un poco inquieto, excitable, un niño a fin de cuentas. El psiquiatra jugueteaba con una estilográfica de oro y de tanto en tanto le lanzaba miradas enarcando las cejas. La dejó hablar. De pronto ella no pudo aguantar la tensión y comenzó a sollozar. Le pidió que la ayudara, mencionó que tenía dinero para responder, que le pagaría sus honorarios.

El doctor Jäger se levantó, rodeó la mesa y le puso la mano en el hombro apretándoselo ligeramente en una señal de compresión. Dijo que la ayudaría. Que después de escucharla iría al día siguiente, bueno al otro, sin falta, ya que al mirar la agenda comprobó que la tenía cubierta. Que hablaría con el director del psiquiátrico. Aseguró que lo conocía, tampoco se podía decir que eran amigos. Sonrió al comentar que era imposible ser amigo del director de un manicomio. Era una buena broma y volvió a reírse.

La acompañó hasta el mostrador donde se hallaba la enfermera. Le comentó algo al oído y se despidió muy afable. La enfermera le dijo que aquella gestión le costaría doscientos cincuenta marcos. Ilse asintió. No era un problema de dinero.

Lo único que quería era que su hijo volviera a casa cuanto antes. La enfermera era una mujer acostumbrada a las tragedias humanas. Asintió comprensiva. Le dio una tarjeta en la que figuraba la cuenta bancaria de la consulta donde tenía que hacer la transferencia. Lo apuntó para que no se olvidara. Doscientos cincuenta marcos.

Ilse fue a su banco directamente y transfirió la cantidad. Se quedó más tranquila después de hacerlo. Volvió a su casa en el tranvía pensando que si no se arreglaba pronto la situación, la que iba a necesitar un psiquiatra sería ella.

Dos días más tarde tuvo una llamada del doctor Jäger. Quería que fuera a verlo. Fue corriendo sin hacerse ilusiones, intuía que algo no iba bien. El doctor la recibió de inmediato. El hombre parecía afectado. Ella le preguntó si había podido hablar con el director. Asintió. Parecía dudar.

—Señora Edelberg. Todos los enfermos del hospital han sido trasferidos a algún lugar por orden superior. No han querido decirme adónde. Allí ya no queda nadie. Le haré una pregunta. ¿Usted es judía? ¿No? Es extraño. Aparte de su hijo creo que todos los demás eran judíos. Se ve que estaban concentrando a los locos judíos en ese hospital.

Ilse lo miraba incrédula. ¿Aquel hombre le estaba diciendo que habían trasladado a David a algún lugar desconocido? No podía creer lo que estaba oyendo. Le contestó con acritud.

—¿Pero qué me está diciendo? ¿Dónde está David? ¡Por Dios!

No fue capaz de proseguir. No entendía lo que estaba pasando. Su hijo tendría que estar con ella.

—Señora Edelberg. ¡Yo no tengo la culpa! Solo he intentado saber dónde está. Mire si alguien le puede decir algo es en la Asociación de médicos Nacionalsocialistas. Allí tienen que saberlo, ya que son ellos los que están a cargo del programa. Esta es mi tarjeta. Usted pregunte por el doctor Heyde. Él la atenderá.

Ilse no tenía otra opción si quería intentar rescatar a su hijo. Se dirigió a la Asociación de médicos, a pesar de que empezaba a comprender que no iba a servir de nada. En el tranvía la gente la miraba. Se dio cuenta de que iba llorando. Intentó enjugarse los ojos pero solo consiguió correrse el rímel. En la asociación la recibió un doctor que silbaba «La Traviata». Le dijo que llevaba los archivos. Cuando ella le contó el caso, el hombre se dirigió a unos archivadores

metálicos y buscó por orden alfabético.

—¡Aquí lo tenemos! —El hombre parecía feliz de haber dado con él—. ¿David Edelberg? Sí. En efecto. ¿Es que usted es judía? No, claro… no estaría usted aquí. Entonces será un error, ¿tal vez el padre? ¿Tampoco? ¡Imposible!

El hombre le mostró la ficha de cartulina.

*Paciente: David Edelberg. (Berlín, 1930) (Abuelos maternos judíos)*

*Hiperactividad vinculada a un principio de esquizofrenia. (Incurable)*

*(Ingresado en el Hospital Psiquiátrico) (Aplicar tratamiento final)*

Ilse la leyó asombrada. No entendía nada. Se sentía cada vez más confusa.

—¿Qué quiere decir «incurable»? ¡Solo es un niño inquieto! ¿Por qué pone que sus abuelos maternos son judíos? ¡Yo soy su madre y no tengo nada de judía! ¿Qué significa tratamiento final? ¿Adónde lo han llevado?

El médico la miró por encima de sus gafas. Su mirada había cambiado.

—¡Incurable quiere decir exactamente que no tiene posible curación! ¡Desconozco a qué clase de tratamiento se refiere! ¡Yo no escribí la ficha! ¡Usted me dice que no es judía y yo tengo que creérmelo! ¡Hoy en día nadie es judío! ¡Mire, no tengo por qué darle explicaciones! ¡Y ahora váyase! ¡Creo que usted es judía, y si no se va ahora mismo voy a avisar a las SS!

Ilse ya no podía más. Aquella era la gota que colmaba el vaso de su paciencia.

—¡Es usted un miserable! ¡Puede llamar a quien le parezca! ¡Yo también sé amenazar, imbécil!

Salió de allí dando un portazo. Mientras volvía a su casa recordó al inspector Kruger. No tenía nada que perder, y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de recobrar a David. Descendió del tranvía cerca de la comisaría. El que estaba de guardia le preguntó que deseaba. Le contestó que quería ver al inspector Kruger. El hombre asintió y la dejó pasar.

Kruger la recordó nada más verla. Ella le contaba la historia mientras Kruger parecía seguir teniendo fijación por su pecho. A ella no le importaba si mientras le estaba haciendo caso.

Cuando terminó el inspector Kruger le dijo que investigaría personalmente el

caso. De pronto le preguntó si la permitía invitarla a una copa. Ella asintió y él la acompañó a un bar cercano donde todo el mundo lo conocía. Era un hombre popular en aquel barrio. En una mesa apartada de la barra volvió a contarle todo desde tiempo atrás. Le replicó diciéndole que se acordaba muy bien de ella. Después la acompañó a su casa llevándola del brazo. Subió con ella en el ascensor y antes de que se detuviera la había besado. Para Ilse era una experiencia nueva, nunca le había ocurrido algo así, era como si estuviera soñando. Ya nada la importaba. Luego hicieron el amor. Kruger era un experto. Mientras seguían desnudos en la cama ella le dijo que quería saber dónde estaba su hijo. Él asintió. Un rato más tarde mientras se vestía, le prometió que en cuanto supiera algo la llamaría. Se marchó.

Al día siguiente Kruger la llamó, le dijo que quería decirle algo. Ella intentó que le adelantara lo que fuera. Él le dijo que iba para allí y colgó. Veinte minutos más tarde tocaba al timbre. En la misma puerta le preguntó si tenía algo de beber. Ella sacó unos vasos y sirvió un poco de aguardiente. Kruger le dijo que se lo bebiera y sirvió un poco más. Era evidente que el hombre estaba algo nervioso.

—Ilse, ya he averiguado lo que ha pasado. Son malas noticias —ella comenzó a sollozar—. Todos los enfermos mentales de ese hospital, cerca de mil pacientes, fueron llevados hace tres días a Auschwitz en un tren especial. Allí fueron eliminados inmediatamente. Todos. Esa información es confidencial, si alguien sabe que yo te lo he contado, me matarán. Lo siento.

Ilse se había tapado la cara con las manos. Le costaba respirar, lanzó un alarido como si la hubieran herido con una lanza en el costado. Ella había soñado dos noches antes que David la llamaba sin que ella pudiera oírlo. Se despertó angustiada. Kruger le estaba confirmando que su intuición era cierta. Él la consoló, la abrazó, le dijo que lo sentía mucho, que aquello era un enorme crimen. Otro más de los muchos que se estaban cometiendo. Así estaban las cosas.

Luego le dio unas pastillas que llevaba en un frasquito en el bolsillo. Le explicó que eran relajantes, que le permitirían dormir. Ilse se sentía exhausta, totalmente agotada, y aceptó tomarlas, le daba lo mismo no volver a despertar. La ayudó a acostarse, mientras comenzaba a adormecerse solo podía recordar la sonrisa de David.

# 111. EL AGENTE DOBLE (LONDRES Y MOSCÚ, DICIEMBRE DE 1943-ENERO DE 1944)

Los del MI-6 llegaron dos días más tarde. No le dijeron cómo habían conseguido llegar hasta allí, aunque Kurt imaginó que era posible que se hubieran dejado caer en paracaídas, ya que parecían tener mucha prisa en entrevistarlo. Tuvo que hacerles un largo resumen desde cuando había comenzado. Ambos tomaban notas, luego le hacían preguntas para comprobar si se contradecía. Kurt tenía una memoria fotográfica y ellos parecieron darse cuenta de que les estaba diciendo la verdad.

Cuando les dijo que pertenecía al KGB lo miraron con sorpresa. ¿Alguien que había alcanzado aquel nivel dentro del Tercer Reich era al tiempo un agente de Moscú? Uno de ellos comentó que el asunto se ponía interesante.

Él insistió en que nunca había sido nazi, que le repugnaba su filosofía y la manera en que actuaban, y que, por el otro lado, Stalin le había defraudado, él se consideraba trotskista. Terminó diciendo que solo deseaba ayudar a los aliados. Les explicó los motivos por los que había tomado la decisión de informar a Gran Bretaña durante el pacto secreto entre el Reich y Rusia. Lo que presenció más tarde en Babi Yar le había demostrado que no estaba equivocado. Les entregó un maletín repleto de documentos, incluyendo lo que había averiguado acerca de las llamadas «armas secretas».

Tras dos días completos los agentes terminaron su informe de evaluación previo. Le dijeron que les mantuviera informados para poder localizarlo. Kurt les explicó que debía volver a Moscú, y que para ello debía apoyarse en la red de los servicios de inteligencia soviéticos en Suiza. Sabía que en Moscú tendría que explicarlo todo minuciosamente en la Dirección General de Contrainteligencia «SMERSH».

Kurt se sentía harto. Sin embargo no se arrepentía de haber entregado la

información a los ingleses. Por el momento eran los únicos que podrían poner a Hitler en su lugar.

Casi un mes más tarde se encontró con Iván en Moscú. Le confesó que no le había resultado fácil llegar hasta allí a pesar de la ayuda del KGB. Le explicó lo que había sucedido, no podría volver a su anterior situación. Iván estaba informado. Le confesó que en cualquier caso los del Abwehr llevaban unos meses tras su pista, y si no se lo habían advertido era porque querían estrujar el limón al máximo. Comentó que en el mundo del espionaje un día cualquiera se terminaba. Le advirtió que tendría que pasar por el servicio de contraespionaje, para que evaluaran lo sucedido y Kurt le contestó que estaba preparado para ello.

La Dirección General de Contrainteligencia, el SMERSH, le hizo un profundo examen. Era como si no se conformaran con lo que recordaba. Lo sometieron a una máquina de la verdad. Salió airoso. El coronel que le dijo que había pasado la prueba, reconoció que era de los muy pocos que la superaba. Los demás eran fusilados por orden de Stalin. De momento no se le asignaría ninguna misión, pero debía permanecer en Moscú, dispuesto y listo para lo que fuese necesario, y escribir un informe lo más completo posible sobre la personalidad de Goebbels, ya que se suponía que podría dar una imagen de lo que pensaba aquel hombre, y de los más cercanos a él en el ministerio de Propaganda nazi.

Iván, que se había alejado de Berlín por lo mismo, iba a visitarlo con frecuencia. A pesar de su amistosa relación, Kurt sabía que no debía confiar en aquel hombre. Como le había advertido su madre antes de morir, no debía confiar en nadie. Volvía a estar solo. Si alguien en Moscú sospechaba de sus simpatías por Trotsky era hombre muerto.

Fue el propio Viktor Semiónovich Abakúmov, el jefe del Smersh, quien lo mandó llamar un mes más tarde a mediados de enero. Tuvo que volver al edificio en el Kremlin donde estaban los servicios de contraespionaje. El termómetro de la plaza marcaba quince grados bajo cero.

Abakúmov le dijo que había leído su informe acerca de Goebbels y que le había parecido brillante. Le confesó que se había librado por pocos días de ser detenido, le había salvado la decisión de marcharse a Viena. En otro caso probablemente no habría tenido otra oportunidad. Ni el propio Goebbels estaba informado de ello.

Le informó de la gigantesca contraofensiva que los ejércitos soviéticos

estaban comenzando contra los alemanes para liberar Leningrado y también en Ucrania.

—¡No saben la que les aguarda! ¡Esta vez los que los cogeremos por sorpresa seremos nosotros! ¡Luego iremos a por Sebastopol! ¡Y los que caigan prisioneros morirán en Siberia, como ellos han hecho con nuestros hombres!

Salió de Abakúmov el enviarlo a Londres. Lo comentó como con desgana.

—Allí llevará a cabo otro tipo de trabajo. Queremos estar informados de lo que pretenden lo británicos y sus amigos americanos. Iván le explicará detenidamente. Él me sugirió que era una lástima desaprovechar a alguien como usted paseando por Moscú. Saldrá dentro de unas semanas. Mientras vivirá con una mujer inglesa, mejore su inglés lo que pueda. Ahora se la presentará mi secretaria. Tenga más suerte esta vez, aunque no nos quejamos de lo que ha hecho estos años. Adiós.

La secretaria lo acompañó hasta una salita contigua. Allí le presentó a Ethel Scott. Una mujer de alrededor de treinta años, de mirada penetrante. No se podía decir que fuera bella, con aquel rostro singular, una boca demasiado grande y la tez pecosa. Salieron juntos en silencio al intenso frío de la mañana. Fue ella la que rompió el hielo hablando en inglés con un leve acento desconocido para él.

—Vamos a mi apartamento. Está muy cerca, al menos ahí no pasaremos frío.

Kurt asintió en silencio. El termómetro de la Plaza Roja no se había movido un solo grado.

# 112. EL BATALLÓN JUDÍO (PALESTINA Y HUNGRÍA, FEBRERO Y MARZO DE 1944)

El recién formado batallón paracaidista que se estaba preparando en el desierto del Neguev disponía de un instructor y dos expertos paracaidistas británicos. El brigadier Thomas, el sargento Sloane, y el cabo primera Smith. Entre los voluntarios judíos se encontraba Eduard Hirsch. Le había reconocido a Selma que tal vez fuera algo mayor para aquellos trotes, pero por otra parte había sido nombrado capitán y alguien tendría que poner orden entre aquellos jóvenes y entusiastas judíos de la nueva Brigada Judía de la Haganah.

El azar había llevado hasta ella a Lewis Auster, un profesor neoyorquino de aspecto tímido que no salía de una para meterse en otra. Recién casado con Esther Dukas, se sentía preocupado con la sensación de que la había abandonado en el mismo momento en que comenzaban una nueva vida, aunque lo cierto era que a ella también le hubiera gustado estar allí, durante los entrenamientos, lanzándose desde la inestable torre de madera de veinticinco metros, y dándose costalazos contra la caliente arena. Solo disponían de tiempo y presupuesto suficiente para lanzarse media docena de veces desde un avión de la RAF antes de partir para su primera misión. Aún no sabían dónde, pero todo lo que fuera luchar contra los alemanes les parecía suficiente.

Eduard pensaba que al menos los nazis habían sido vencidos en el norte de África, también en Sicilia, en Stalingrado, y las últimas noticias eran acerca de la gran paliza que los rusos les estaban propinando en todo el frente abierto desde Leningrado hasta el Mar Negro. Al menos ya se veía un poco de luz al fondo del largo túnel. Nadie dudaba de que los nazis terminarían por ser eliminados a costa de sangre, sudor y lágrimas. Las relaciones entre ingleses y judíos oscilaban entre el amor y el odio. En aquellos días ambas partes acudieron al pragmatismo, y cada una puso lo que podía. Lo único importante era acabar con los nazis,

destruir el Tercer Reich.

Sin embargo las noticias que Selma Goldman recibía en la Agencia Judía planteaban un escenario trágico y difícil. El ejército alemán estaba invadiendo Hungría. En aquel país vivían casi tres cuartos de millón de judíos, y en la Agencia temían una terrible venganza, que la pagarían los más débiles.

Eichmann y otros como él estaban empeñados en eliminar al mayor número de judíos sabiendo que tenían la guerra perdida. A través de los servicios de inteligencia judíos que ya comenzaban a operar con cierta eficacia, los informes decían que las prodigiosas armas secretas de Hitler no llegarían a tiempo. Los aviones a reacción, los cohetes con sistemas electrónicos de guiado, las bombas de increíble potencia, los torpedos volantes y los proyectiles cohetes, también las baterías múltiples de gran radio a punto de ser instaladas contra el sur de Inglaterra, o los astilleros alemanes que estaban terminando el prototipo de una nueva flota de U-Boots de inmersión continua. Los informes que llegaban a la Agencia aseguraban que con el ritmo de avance aliado y soviético, los nazis no dispondrían de tiempo para llevar al combate aquellas armas.

Pero eso no significaba que aun viendo cómo se acercaba el inexorable final del Tercer Reich, los nazis no fuesen capaces de seguir con sus metódicos trenes de la muerte, su cuidadoso y burocrático sistema de asesinatos, rellenando minuciosamente fichas y archivadores, estadísticas, memorandos, llevando un control exhaustivo de las poblaciones judías. Ya no era el momento de engañar a nadie. Los judíos capturados debían morir en el plazo estipulado en los protocolos de la Solución Final. La Agencia intentaba salvar a todos los que pudieran, pero en Hungría los nazis mantenían todo su poder y su fuerza. Era increíble que estuvieran distrayendo numerosas tropas, trenes, logística, solo para llevar a cabo el asesinato de judíos, a costa de perder otros frentes. Era algo tan monstruoso que no tenía sentido.

Cuando el avión despegó de algún lugar el este de Italia, veinticuatro paracaidistas de la Legión Judía sabían que les había llegado el día de la verdad. El capitán Hirsch y el cabo Auster, los que les acompañaban dispuestos a todo, sabían que se estaban jugando la vida. Eso no tenía importancia. Miles de judíos eran asesinados cada día y alguien tendría que hacer algo. Volaron en silencio, no tenían nada más que decir. Solo recordar a los suyos, esperando poder volver a verlos. Fue apenas unos minutos antes de que comenzara el lanzamiento

cuando las baterías antiaéreas del 88 comenzaron a disparar. Uno de los proyectiles acertó en el timón de cola y el avión cayó girando sobre sí mismo. En aquel remolino de humo y fuego, en el último instante, Hirsch solo pudo pensar que al menos lo habían intentado.

# 113. OPERACIÓN OVERLORD (NORMANDÍA, FRANCIA-5 Y 6 DE JUNIO DE 1944)

Desde Sicilia el teniente Klaus Edelberg, bajo el nuevo nombre de John Muller, se había ganado el cargo entre los aliados. Lo habían entrevistado en varias ocasiones y comprobado que, a pesar de ser alemán y amar a su patria, no sentía la menor afinidad hacia los nazis. Aquellos sentimientos eran sinceros.

A finales de la primavera formaba parte de la avanzadilla en la Operación Overlord, en la 82.º estadounidense. El día 5 a las tres de la madrugada fue lanzado en paracaídas sobre Vierville-sur-Mer antes de amanecer en una compañía bajo el mando del capitán Jacobson. Hacía muy mal tiempo, sin embargo los hombres lograron llegar a tierra, sanos y salvos, refugiándose en una antigua granja abandonada. Su misión era poner en marcha medidas de confusión y distracción entre los alemanes, ya que supuestamente unas horas más tarde comenzaría la operación. Luego el tiempo empeoró notablemente y la operación de invasión aliada tuvo que ser abortada por el momento.

Pronto comprendieron que habían sido detectados. Comenzaron a disparar contra ellos desde todas partes y tuvieron que repeler el ataque como pudieron, ya que solo llevaban armas ligeras. Eran veinticuatro hombres más el capitán y una hora más tarde solo permanecían con vida seis, entre ellos Klaus Edelberg, que tuvo que tomar el mando. Un rato más tarde eran apresados.

Cuando lo instruyeron los americanos, le dijeron que se mantuviera firme. Era descendiente de alemanes americanos. Vivía en Columbus, Ohio. Le crearon una familia ficticia, una vida, dónde había estudiado. Al menos hablaba el inglés con soltura.

Klaus conocía los métodos de la gente del Abwehr. Sus compañeros eran americanos de distintos estados, y ninguno de ellos conocía su verdadera identidad lo cual le daba ciertas garantías. Fueron conducidos a una de las torres

de vigilancia donde se encontraba parte del estado mayor alemán. Era evidente que el lanzamiento de paracaidistas aliados había puesto a los alemanes en alerta.

Fueron interrogados individualmente. Mantuvo su papel aceptando de entrada que hablaba el alemán, intentando, eso sí, darle un ligero giro a su lenguaje, tal y como lo había practicado con expertos. Fue conducido ante un comandante de las SS que le interrogó acerca de cómo se estaba preparando la invasión. Las órdenes que tenían en caso de ser apresados eran mantener que existía un segundo ejército preparado para desembarcar por Calais, y que sería por allí por donde se realizaría el grueso de la invasión prevista.

Más tarde los condujeron a una celda e incluso les dieron algo de comer y de beber. Por el momento para los alemanes lo importante era controlar que no hubiera más paracaidistas tras sus líneas, estudiar las órdenes entre los aliados que se podían captar y mantenerse alertas. Todos estaban preocupados y nerviosos, y tampoco iban a descubrir nada que no supieran con aquellos soldados aliados.

Sin embargo aquella mañana un comandante de las SS quiso averiguar algo más. Entró en la celda para interrogarlos. Quería saber por qué les habían enviado a ellos primero. Comenzó desde el principio y solicitó permiso para conducirlos al lugar donde los habían capturado. Para ello señaló un grupo de sus hombres. Entre ellos se hallaba el capitán Werner von Runstedt, sobrino del mariscal Gerd von Runstedt al mando de las tropas en aquel frente. Cuando vio a Klaus Edelberg lo reconoció al instante, aunque dudó ya que resultaba casi imposible que fuera él. Klaus intentó explicarle que tenía un primo en Alemania, el hijo de un hermano de su padre, pero resultó inútil. Von Runstedt no tenía la menor duda de quién era aquel hombre y de inmediato los SS se hicieron cargo de él. Aquella situación cambiaba muchas cosas.

Klaus no perdió la calma sabiendo que necesitaba ganar tiempo. Aquella situación también había sido prevista por los americanos. Cambio de táctica y aceptó que era alemán, manteniendo que pertenecía a los servicios de contraespionaje de la Abwehr. Dio un nombre en clave que pertenecía a uno de los verdaderos agentes capturados recientemente en Inglaterra. Aquello volvió a cambiar las cosas. Le interrogaron sobre quiénes eran sus contactos y se negó a hablar. Mantuvo que sus órdenes eran secretas y que solo hablaría ante los

mandos que le habían encargado la misión de infiltración entre los aliados, pero mencionó que pertenecía a la Abwehr III bajo las órdenes del coronel Egbert Bentivegn. Aquel dato era secreto y por tanto nadie que no perteneciera al servicio podría conocerlo. Parecieron dudar, y tomaron la decisión de conectar con la central de contraespionaje.

Aquello le proporcionó a Klaus un respiro. Había anochecido y la preocupación no era un posible espía que en todo caso se encontraba a buen recaudo. Los mensajes cifrados hablaban de la inminente invasión aliada y los preparativos necesitaban a todos los hombres útiles.

Durante la madrugada comenzaron a escucharse aviones sobrevolando la costa. La invasión acababa de comenzar. Se trataba de aviones arrastrando planeadores cargados con tropas especiales para llevar a cabo la preparación del terreno. Una hora más tarde comenzó la artillería de la armada aliada. Un machaqueo constante, brutal de las defensas costeras, como la torre de vigilancia en la que él se encontraba, un enorme edificio construido con hormigón reforzado con muros de dos metros de grosor, aparentemente inexpugnable, pero que no evitaba que cada vez que era alcanzado por un proyectil del calibre de 406 mm. Temblaban hasta los cimientos, produciendo enormes explosiones. También los alemanes respondían con artillería de costa. El fragor de la batalla resultaba en el interior aterrador.

La torre pareció estallar por los aires. A pesar de su experiencia como suboficial de panzers, en los que el sonido llegaba a aturdir los sentidos, Klaus pensó que ahí acababa todo. Después los cañones aliados debieron elegir otros objetivos y el fragor descendió de nivel.

Fue entonces cuando escuchó abrirse la puerta de hierro. Reconoció a Werner von Runstedt, seguido de dos suboficiales. Solo dijo que les siguiera. No tenía otra opción y salió tras ellos. Uno de los suboficiales le pasó una MP40, el subfusil de asalto con el que había realizado su instrucción militar. Estaban intentando huir de la torre. Werner murmuró que todos los demás defensores habían muerto con la explosión de la santabárbara. Añadió que confiaba en que hubiera dicho la verdad pero que lo estarían vigilando.

Mientras corrían hacia el interior por las sendas entre grandes setos que los ocultaban, viendo como innumerables aviones pasaban por encima y como a lo lejos ardían los pueblos, advirtió que Werner llevaba una mochila de las que

utilizaban los mensajeros entre los puestos militares. No pensaba hacer nada por el momento, solo intentaría huir cuando las circunstancias fuesen muy favorables. Al escuchar los cañonazos contra la gigantesca torre de hormigón había creído escuchar los aldabonazos de los que creían en la libertad al entrar en los dominios de la opresión. No quería morir, había hecho todo lo que tenía que hacer. Ya estaba bien por su parte.

Tres horas más tarde fueron rodeados por un grupo de paracaidistas británicos. Se identificó gritando su número clave y su graduación, al tiempo que Werner y los dos suboficiales le entregaban las armas. A fin de cuentas Werner le había ayudado a escapar de la celda y le debía una. Los británicos comprobaron su identidad por radio, luego se llevaron a los otros prisioneros junto a una fila de hombres que habían capturado. No dijo que Werner era sobrino del mariscal alemán al mando, pero al requisar la mochila encontraron documentación de gran valor estratégico. Aseguró que ni él mismo sabía lo que llevaba, solo que uno de los mandos le había dicho que sacara aquello de allí.

Klaus fue propuesto para una medalla al valor. Tres prisioneros en combate además de la captura de material estratégico. El coronel le dijo bromeando que con la medalla no tendría problemas para obtener la nacionalidad americana. Aquella noche pensó que si sobrevivía a la guerra le gustaría vivir en los Estados Unidos.

## 114. LOS FUGITIVOS (ELMEN Y TIMMENDORFER STRAND, AGOSTO DE 1944)

Tras su terrible experiencia, Angélica von Schönhausen sufría alucinaciones y ataques de ansiedad. Constanze le pidió que le contase lo que le sucedía. Angélica le dijo que intentaría superarlo, ya que si huía arrastrando sus propios fantasmas nunca conseguiría librarse de ellos. A pesar de ello Constanze le dijo que sería ella la que iría allí, como tantas otras veces en tiempos pasados, ya que la servidumbre se había marchado dejándola sola. Constanze sugirió que sería mejor que estuvieran juntas. Desde la desaparición de Joachim Gessner, del que no se había vuelto a saber nada, ella tampoco las tenía todas consigo. No tenía la menor duda de que quisiera vengarse, al igual que había hecho con Angélica.

Cuando llegó el verano y el tiempo se hizo caluroso, aprovechaban para bañarse en la playa a los pies de la casa de Angélica que quería aparentar normalidad, pero le resultaba imposible. Ni siquiera un largo día de playa, sabiéndose privilegiadas, con la terrible situación en que se encontraba el país. De noche cuando en ocasiones escuchaban pasar los aviones en formación por encima de Timmendorfer Strand, eran conscientes de que una hora más tarde estarían descargando sus mortíferas bombas sobre Berlín u otras ciudades de Alemania. Pasaban a centenares y Angélica se ponía muy nerviosa. Al rato, todo comenzaba de nuevo al regresar a sus bases en Inglaterra. Una vez pudieron ver como uno de ellos caía en el mar envuelto en llamas, y Angélica quiso salir en la lancha de paseo para intentar ayudar a los supervivientes. Tuvo que razonarle que después de aquella caída en picado y de la explosión en el mar era del todo imposible que se hubiera salvado ninguno.

Decidieron pasar unos días en Elmen. Constanze seguía teniendo allí a Maria Stadler. El resto de la familia se había marchado. Quería supervisar como estaba todo y al tiempo sacar a Angélica de su casa. Se resistía a volver a dejarla sola.

Al principio Angélica no quiso ni oír hablar de salir de allí, pero al final al ver que su amiga se marchaba aceptó acompañarla.

Al llegar a Elmen, María Stadler le dijo que ya que estaba allí ella quería aprovechar para ir el fin de semana a Lübeck, donde estaba su hermano. Constanze aceptó y le prestó incluso el coche viejo, sabiendo que así se vería obligada a no demorarse como ya había ocurrido anteriormente.

Fue aquella noche cuando Angélica se despertó de madrugada diciéndole que había escuchado un ruido afuera. Ella le dijo que no se preocupara, sin embargo terminaron bajando con una linterna. No vieron nada extraño y volvieron a acostarse. A la mañana siguiente al ir a coger su coche para acercarse a Travemünde, un hombre mal vestido, casi harapiento, terriblemente delgado salió del granero. Cuando se acercó comprobó que se trataba de Chaim Cohen, el médico de Travemünde. En aquel momento el hombre se echó a llorar y cayó al suelo de rodillas. Corrieron hacia él intentando ayudarlo.

—¡Pero por Dios, doctor Cohen! ¿Qué hace usted aquí?

Cohen explicó que el campo de concentración de Neuengamme, donde se encontraban, había sufrido un bombardeo, y que tuvieron la oportunidad de escapar. Además de su hija Rebeca, la única superviviente de la familia, le habían seguido algunos que confiaban en él. Habían pasado muchas penalidades y los que llegaron estaban agotados y desfallecidos.

Constanze le preguntó que cuántos eran. El doctor Cohen caminó hacia el granero y señaló hacía el interior.

—Siete mujeres y yo, señora von Sperling. Durante el trayecto falleció una, fue un milagro que llegáramos hasta aquí. Una de las que han llegado había sido propietaria de una importante empresa de mudanzas en el extrarradio de Hamburgo. Ella fue hasta allí y consiguió que un camión de la empresa donde seguía trabajando su hermano nos trajera hasta un lugar cercano. No sabemos si a estas horas nos seguirán buscando o creerán que desaparecimos pulverizados entre las ruinas del barracón.

El doctor Cohen les presentó a su hija Rebeca y a las demás. Una de ellas tenía una herida de metralla en un hombro. Angélica tuvo el impulso de abrazarlas a todas y Constanze la imitó. Le proporcionaron vendas, alcohol y lo que encontró en el botiquín para que el doctor Cohen le hiciese una cura. Mientras Cohen contaba todo aquello, Angélica iba preparando café. Después les

dieron galletas y pan con mantequilla aunque el doctor insistió en que era mejor que comieran solo un poco cada vez.

Le contó que cuando los conducían hacia la estación a través de las calles de Travemünde, él pudo ver su expresión y como discutía con uno de los guardianes. Durante el cautiverio recordó aquello con la esperanza de que algunos alemanes no odiaran a los judíos. Aquel había sido el motivo de esconderse allí. Cuando llegaron creyeron que en la casa no estaba nada más que ella ya que vieron el coche en el patio.

Angélica sugirió que estarían mejor en su casa en Timmendorfer Strand. Se encontraba mucho más aislada, y existía una antigua granja abandonada separada de la casa principal por un bosque. Aquel lugar sería el lugar perfecto para que pudieran refugiarse durante un tiempo. En el coche de Constanze solo cabían dos personas, pero en la vieja camioneta que se usaba para la recogida y llevar los productos al mercado cabrían todas. Quedaron que aquella misma tarde, cuando ya hubiera oscurecido, los conduciría allí. Mientras, dijo que era recomendable que se escondieran cuanto antes en un lugar cercano para evitar problemas.

Fue como si Angélica hubiera tenido una intuición. Apenas Constanze acababa de volver después de ocultarlos cuando vieron llegar un coche negro. Constanze le dijo a Angélica que subiera y se acostase. En su estado anímico podía delatarse. Unos minutos más tarde entraba en el patio un coche con cuatro hombres con gabardinas y sombreros. La Gestapo. Respiró profundamente y salió afuera.

El que parecía ser el jefe se dirigió a ella sin más, identificándose como el inspector jefe Matthias Prater, preguntándole que si habían visto algo extraño y que si estaba sola. Constanze intentó controlarse y negó con la cabeza.

—Arriba se encuentra mi amiga, la señora von Schönhausen. No se encuentra muy bien y está acostada. ¿Les apetece un café caliente y unas galletas?

No hicieron ni intento de entrar en la casa, pero le aceptaron el café de pie ya que dijeron que tenían prisa. Sacó al patio una bandeja con cuatro tazas y un azucarero. Se lo bebieron de un tirón, subieron al coche y se marcharon. En la mesa de la cocina estaban aún sin retirar las tazas y los platos de Cohen y los suyos. Se había librado por los pelos.

Por la tarde, cuando oscureció, fue a buscarlos en la camioneta mientras Angélica conducía su coche sin encender los faros. Los llevaron a la granja abandonada y les dejaron algunas provisiones, suficientes para varios días. Les advirtió que no debían encender la chimenea ni hacer fuego.

Volvieron a Elmen cada una conduciendo un vehículo confiando en que nadie se diera cuenta, la propiedad de Timmendorfer era bastante extensa y la mayoría de los campesinos vivían lejos. Nadie tendría por qué llegar hasta allí.

Al día siguiente se acercaron al mercado semanal en Pansdof. Andaban escasas de víveres y necesitaban comprar algunas provisiones, aunque cada día resultaba más difícil encontrarlas. Seguía habiendo un mercado en el que los campesinos intercambiaban sus productos. Querían comprar harina, café, legumbres, latas de arenques y sardinas, para poder llevar lo imprescindible al doctor Cohen y a las mujeres. Leche, huevos y aves tenían tanto en Elmen como en Timmendorfer. Los precios se habían disparado, ya que la gente prefería cambiar productos que pagarlos. El queso, la manteca, la carne de vacuno o de cerdo costaban ya diez veces más que al comenzar la guerra, y solo se encontraban con suerte en el mercado negro.

Constanze y Angélica se consideraban privilegiadas, ya que a pesar de todo por el momento no tenían problemas económicos. Como la mayoría de la gente en aquellos días, pensaban en el futuro como algo muy relativo, lo importante era el cada día. El mañana estaba muy lejos, si es que existía, y era mejor no pensar demasiado en él.

Mientras recorrían el mercado en aquella soleada mañana en aquella encantadora aldea, Angélica murmuró que a la guerra no podía quedarle mucho tiempo. Los alemanes estaban hartos de guerra y de penurias. Le comentó que Hitler era un maníaco que había llevado a la ruina al país, y tendría que haber muerto en el atentado. Angélica era pariente lejana de Claus von Stauffenberg y se encontraba muy afectada por lo sucedido.

El cartero rural fue el que les contó en voz baja que París había sido reconquistado por los aliados. Aquel hombre, ferviente antinazi, sabía bien a quien le podía contar aquella noticia y a quién no. Otra señal inequívoca de que la guerra no se ganaría. Añadió que se estaban cerrando muchos campos de concentración por la región y destruyéndolos hasta los cimientos, como si los nazis quisieran borrar cualquier huella de lo que en ellos había sucedido, negar

su existencia. Sin embargo cuando cerraban un campo conducían a los prisioneros hasta otros.

—¡Criminales! ¡Y además estúpidos! ¿Pero es que no se dan cuenta de que muy pronto tendrán que rendir cuentas de todo esto?

Se dirigieron directamente a la granja. Angélica se encontraba mucho mejor desde que estaban ayudando a los fugitivos. Constanze sabía lo que estaba pasando en aquellos momentos por la mente de su amiga. Ella también había podido ver la película, aunque no se lo había contado a nadie. Sería algo que permanecería dentro de ella.

Llegaron cerca de la granja. Una suave colina que les permitía ver si alguien las seguía. Luego descendieron hasta allí. Nadie salió a su encuentro. Constanze intuyó que algo no iba bien y le pidió a Angélica que permaneciera en el coche. Entró en la casa. Los cuerpos de las mujeres se encontraban tirados en el suelo. Todo estaba lleno de sangre. Tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse. Volvió a salir y rodeó la casa. Encontró el cadáver de Cohen. Lo habían ahorcado de una viga.

No podía permitir que Angélica contemplara aquello. Volvió al coche conteniéndose.

—No hay nadie. Vamos a comprobar si han ido a tu casa. Tal vez vieran algo sospechoso.

Arrancó sin decir nada más. Notó que Angélica permanecía en silencio. De alguna manera intuía lo ocurrido. Volvieron a Elmen. No podían haber sido otros que los cuatro tipos de la Gestapo. Era su forma de actuar. Le dijo que permaneciera allí, que ella tenía que salir pero que no tardaría. Fue hasta Travemünde y se dirigió a la comisaría de la Gestapo para denunciar el hecho. En aquel momento llegaba el coche del que descendieron los cuatro hombres. Estaba segura de que habían sido ellos. El que iba al mando sonrió cínicamente colocándose a su lado mientras ella ponía la denuncia.

—¿Dice que ha encontrado varias mujeres asesinadas y un hombre ahorcado en una granja abandonada? ¿Podría usted decirnos si eran judíos? ¿Qué hacía usted allí?

Contestó intentando no contradecirse. No sabía si eran o no judíos. Habían ido buscando un potrillo de su amiga la señora von Schönhausen, propietaria de las tierras, que la acompañaba aunque no se bajó del coche y por tanto no había

visto nada.

El inspector Prater de la Gestapo se la quedó mirando, en sus ojos veía que no creía nada de lo que les estaba contando.

—Mire, señora von Sperling. Ya sabe usted lo que les pasa a los que ayudan a los judíos. Lo mismo que a los judíos que intentan escapar de los campos. Le daré un consejo, y trasmítaselo también a su amiga. No jueguen con fuego, ni menosprecien a la Gestapo. No crean que por muy aristócratas prusianas que sean ustedes eso les proporcione patente de corso. Y ahora váyase. No quiero verla por aquí más. Por cierto, su café es excelente.

Constanze volvió a Elmen pensando en que aquellos nazis eran unos criminales que creían que nunca tendrían que dar cuenta de sus actos, y que hicieran lo que hicieran saldrían impunes. Angélica no quiso hablar de ello, estaba muy afectada. De pronto comenzó a hablar.

—Sé lo que viste dentro de la casa. He vuelto allí mientras tú ibas a Travemünde. Tenía que hacerlo, algo me impelía a ir. Encontré a Rebeca escondida cerca de la casa. Había salido a orinar cuando llegaron los de la Gestapo. Cuatro hombres con gabardinas. Los que me dijiste. Rebeca está arriba durmiendo, le he dado un tranquilizante. Sé que lo hiciste por mí, pero mira Constanze, al contrario de lo que piensas estoy vacunada contra el horror, la verdad es muy diferente de lo que cuentan. Los que no son seres humanos son ellos. Cuando esto acabe denunciaré a todos estos nazis. Pagarán por lo que han hecho.

Constanze se quedó perpleja. La abrazó diciéndole que se sentía orgullosa de ella, y que por supuesto, cuando llegara aquel día, sin duda alguna ella la acompañaría a presentar la denuncia.

# 115. EL COLABORACIONISTA (VIENA, TEL AVIV-NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1944)

Lo que los informadores de la Agencia Judía habían averiguado acerca del doctor Daniel Rumkowsky era que estaba colaborando con los nazis en Viena. Resultó una verdadera sorpresa. Nadie lo hubiera dicho y menos de un médico judío en aquellos tiempos de terrible prueba para el pueblo de Israel. Probablemente era un problema de supervivencia, o incluso de codicia, pero la cuestión era que no solo comprobaba el estado físico de algunos de los deportados en la oficina de la RSHA «Emigración y Evacuación» que Eichmann había montado en Viena. Se creía de él que había llevado a cabo denuncias de otros judíos, utilizando su profesión. De entrada lo que le había hecho objeto de sospecha era que seguía en Viena, sin ocultarse ni aparente temor a ser detenido. Al igual que estaba ocurriendo con miles de judíos convertidos en Sonderkommandos, en guardias de los campos, o en meros delatores, para los verdaderos judíos aquello no estaba nada bien. Eran conscientes que dentro de sus filas también existían traidores y tipos sin ningún sentido ético, o simplemente personas que valoraban su vida por encima de la de los demás, dispuestos a sobrevivir a cualquier coste. Tras una investigación al doctor Rumkowsky quedó probada su relación con los nazis. No se trataba de liquidarlo, tendría que ser llevado a Palestina para poder juzgarlo, evitando que siguiera colaborando con los nazis, y al tiempo que los judíos supieran que no se iban a aceptar conductas como aquella.

Se encargó a Selma Goldman que viera cual era la manera de traerlo, y mejor aún si lo hacía por su propia voluntad. Sacarlo del Reich por la fuerza resultaría casi imposible, y en todo caso muy arriesgado para los que lo intentaran. Intentar atraerlo tampoco será fácil. Rumkowsky era un hombre inteligente y se daría cuenta de lo que se pretendía.

Selma habló directamente con Lowe. Le explicó el caso. Lowe se mostró avergonzada de haber mantenido relaciones con aquel hombre. Le explicó que cuando él la pretendió, ella tendría que haber cortado sin darle esperanzas, pero que era un hombre muy creído de sí mismo. Sus magníficas notas en la facultad, su puesto en el hospital antes de que los nazis llegaran a Austria, su capacidad económica, procedente de una familia acomodada, con un físico de ojos azules y cabello rubio de apariencia germana, que le hacía considerarse superior a los demás miembros de la comunidad.

Cuando terminaron su relación, él se despidió diciéndole que ya sabía dónde estaba, como si se resistiera a aceptar una negativa. Luego las circunstancias se complicaron con el anschluss y la persecución a los judíos. Daniel Rumkowsky seguía en Viena y ella llevaba casi dos años en Palestina. No había vuelto a saber de él hasta aquel momento.

Selma le pidió que les ayudara. Querían evitar que siguiera colaborando con los nazis. Lowe aceptó el encargo, queriendo demostrar que no había nada por encima de sus sentimientos judíos. Escribió a Rumkowsky diciéndole que hiciera lo posible por ir a Palestina, que lo aguardaba allí, a ella le estaba yendo bien y podrían permanecer un tiempo. Más adelante, cuando tuvieran ocasión, podrían emigrar a los Estados Unidos. A pesar de todo Lowe no tenía ninguna confianza en que él aceptara su propuesta.

Sorprendentemente Rumkowsky aceptó. Le hizo llegar una carta, lo que ponía de manifiesto que su relación con los nazis era cierta, ya que en otro caso resultaría impensable que un judío pudiera comunicarse con nadie fuera del Reich, y menos por correo postal. Por otra parte aquel hombre se habría dado cuenta de que su relación con los nazis no podría ser eterna, y que cuando llegara el día en que aquellos creyeran que ya no les resultaba útil lo deportarían a un campo de concentración sin más explicaciones.

Un mes más tarde Rumkowsky llegó a Haifa. Desde allí puso un telegrama a Lowe Lowestein. Traía un pasaporte con visado de salida, lo que demostraba que no le había hecho falta salir como los demás, jugándose la vida, ocultándose. Era posible incluso que dada su relación con Eichmann, este le hubiera encargado un informe sobre la Agencia Judía. Eichmann debía ser consciente de que la guerra no iba a terminar con la victoria del Tercer Reich, y estaría buscando contactos. Tener a alguien como Rumkowsky que pudiera testificar en favor suya siempre

podría ser interesante.

Lowe viajó en el automóvil de Selma para encontrarse con él en Haifa. Rumkowsky daba por hecho que ella lo introduciría en la Agencia Judía, pero se extrañó al no notarla tan efusiva como había creído. Volvieron a Tel Aviv aquella misma tarde. Lowe iba silenciosa, concentrada en la estrecha carretera, esquivando los animales, los camiones, la gente. Él le explicaba que ya no podía aguantar más en Viena, y que estaba de acuerdo en intentar emigrar a América. Allí podrían ganar mucho dinero.

Lowe entró en Tel Aviv y se dirigió directamente a un local de la Agencia Judía. Allí aguardaba Selma Goldman, que iba a ser la encargada de hacerle ver que sabían lo que estaba haciendo. Lowe entró seguida de Rumkowsky, ajeno a lo que le aguardaba. Solo cuando dos hombres se colocaron junto a él comenzó a comprender. Selma estaba sentada tras una mesa en la que solo había una menorah.

—Daniel Rumkowsky. Has venido a Palestina por tu propia voluntad. Aquí no eres bienvenido, pero debes saber de qué se te acusa.

El hombre comenzó a sudar copiosamente. Se había dado cuenta de que no podía marcharse. Lowe permanecía en silencio apartada a un lado con gesto muy serio.

—Se te acusa de haber colaborado con los nazis en contra de nuestro pueblo. Tenemos constancia documental de tu relación con ellos. Con Adolf Eichmann, con la oficina nazi de deportación. Conocemos los casos, los tenemos aquí por si quieres saber quién te acusa. Por ello el pueblo judío te prohíbe seguir manteniendo esa relación que perjudica sus intereses. Solo cuando caiga el movimiento nazi serás libre de ir donde quieras, mientras permanecerás en un kibutz del desierto donde ejercerás como médico.

Rumkowsky interrumpió a Selma Goldman.

—No sé en nombre de quién pretendes castigarme. No reconozco este tribunal ni esta justicia. Huí de Viena y de los nazis buscando la libertad y me encuentro con esta farsa. No tenéis autoridad para juzgarme. Deseo marcharme ahora.

Selma negó con la cabeza.

—Puedes decir lo que quieras, nosotros haremos lo que creemos justo y necesario. Podríamos haber enfocado este asunto de otra manera, tal y como tus

amigos nazis arreglan las cosas, pero entonces nos habríamos puesto a su altura. Aunque creemos que no te la mereces te ofrecemos una oportunidad. Siento vergüenza de tu comportamiento. No tengo nada más que decirte.

Rumkowsky intentó forcejear, pero desistió. Nada podía hacer contra dos jóvenes curtidos y fuertes del kibutz. Ellos lo acompañaron a una camioneta cubierta con una lona. Antes de salir se volvió para lanzar una furibunda mirada a Lowe, pero finalmente no se atrevió a decir nada y salió del local intentando mantener la dignidad.

Lowe habló con Selma aquella noche. Deseaba olvidar todo aquello, pero le resultaba imposible.

—¿Por qué no le hemos pagado con su propia medicina? Para mí es un traidor a nuestra causa. Creo que debería morir, no entiendo por qué esta clemencia. No tengo por él ningún sentimiento de empatía. Solo es alguien tremendamente codicioso.

—Mira, Selma. Sabemos que Rumkowsky ha colaborado con los nazis, que se ha entrevistado con Eichmann y otros líderes nazis, pero no tenemos ninguna prueba fehaciente de que haya delatado a algún judío. Solo lo sospechamos. Por ese motivo no podemos actuar como ellos. A pesar de las sospechas le daremos una oportunidad, veremos cuál es su comportamiento en el kibutz. Construiremos este país intentando olvidar la ley del talión. No queremos venganza sino justicia. No lo olvides nunca.

# 116. YALTA
# (LONDRES Y YALTA, RUSIA-FEBRERO DE 1945)

Markus Gessner había sido escogido por el comandante Thompson, secretario, consejero y amigo de Winston Churchill, para asesorarlo en relación a los asuntos internos del Reich. Lo había elegido por ser un alemán que merecía su confianza después de la reunión que mantuvieron en el ministerio meses atrás. Desde entonces le habían solicitado varios informes confidenciales en algunos temas que concernían a Alemania: la falta de alimentos en Alemania, la sensación de pérdida de poder del partido nazi, quiénes y por qué se afiliaban a las SS. En aquel momento, acerca de cómo estaban viendo los alemanes el avance de los aliados. Le enviaban una copia de los periódicos nazis, casi siempre con una semana de retraso, y él daba su opinión sobre los distintos temas. También acerca de la realidad de lo que estaba ocurriendo en los campos de concentración. Resultaba algo tan increíble que Thompson le comentaba que no era fácil que los políticos creyeran que ni siquiera los nazis hubieran caído tan bajo.

—Usted convenció al primer ministro. Pero hay mucha gente a la que le cuesta trabajo aceptarlo. Usted nos va a acompañar a una conferencia, vendrá como asesor del grupo británico. ¡Eso es un gran honor! Ahora no estoy autorizado a decirle adónde. Así que dispóngase a viajar dentro de un par de días. Creo que después volveremos a Londres pero al primer ministro siempre se le ocurren ideas.

Dos días más tarde, el primero de febrero voló con Thompson y un grupo de asesores y militares a La Valeta. Allí pasaron parte de la noche y le sorprendió la cálida temperatura comparada con Londres. De madrugada subieron a un avión de transporte. El aeródromo estaba lleno de aviones ya que mucha gente acompañaba a los políticos, Thompson le aseguró que cerca de setecientas personas entre americanos y británicos. Ya le habían informado de que la conferencia sería en Yalta, en Crimea, entre Roosevelt, Stalin y Churchill,

aunque tomarían tierra en Saki y desde allí los llevarían hasta Yalta en autobuses.

Todos los que acompañaban al primer ministro estaban convencidos de que la guerra acabaría en pocos meses. Los informes decían que Alemania no sería capaz de seguir por falta de materias primas, por agotamiento militar, por falta de liderazgo político. Se sabía que en Alemania la gente quería que acabara la guerra cuanto antes.

Desde el aeródromo viajaron en un autobús con miembros del ministerio de asuntos exteriores. En la carretera cubierta de nieve hasta Yalta cada cincuenta metros un soldado vigilaba. Llegaron al anochecer y los hospedaron en un viejo palacete en la costa del Mar Negro. Se asomó a un balcón en ruinas observando cómo ascendía la luna desde el oscuro horizonte que hacía bueno el nombre. Se sentía cansado de la guerra, harto de todo aquello, deprimido por una situación que le había cambiado la vida como a centenares de millones de personas en todo el mundo. Todo había comenzado en una cervecería en Múnich, con unos cuantos individuos sin preparación intelectual, elucubrando sobre razas superiores e inferiores, el superhombre ario, los espacios vitales, las conquistas, el reich de los mil años, transformando la política en una mezcla de esoterismo, ocultismo, y maldad, aderezado todo con música de Wagner, un excelente músico que sin embargo una vez había escrito: «*Reflexionar que existe un solo medio de conjurar la maldición que pesa sobre nosotros, la aniquilación*». El Tercer Reich era como el buque fantasma de la ópera de Wagner, un enorme navío sin tripulación destinado a estrellarse contra los acantilados y hundirse en las profundidades. Sintió un profundo escalofrío y se introdujo en la habitación que tendría que compartir con dos funcionarios británicos.

Al día siguiente los llevaron en el mismo autobús al lugar donde se celebraría la conferencia. El palacio Yusúpov. Allí iba a discutirse el destino del mundo por las potencias vencedoras. El comandante Thompson lo invitó a pasear por los jardines.

—Le seré sincero. Mañana comienza la conferencia y el primer tema sobre la mesa es qué va a pasar con Alemania. Usted es alemán. El primer ministro me ha encargado un sondeo de opiniones. La suya le interesa muy especialmente. Le ruego que me diga lo que piensa.

Markus no se sorprendió. Comenzaba a entender a los ingleses y su pragmatismo. Les gustaba estar bien informados, aunque luego hicieran lo que

les convenía.

—Verá, comandante. Anoche me costaba dormir y pensé en cómo todo había comenzado. Recordé a Wagner. Creo que los nazis se apropiaron de la parte que les convenía en cada caso. Los alemanes de a pie no fueron conscientes de dónde estaban cayendo hasta que ya era tarde. Muchos alemanes eran antisemitas antes de los nazis, pero nunca pensaron en aniquilar a los judíos, han sido los nazis los que han pervertido a todo un país. Por otra parte los alemanes no resistieron la apología de la violencia y el autoritarismo en unos tiempos de inacción política en los que Alemania se sentía profundamente humillada tras Versalles. Quiero decirle que más que complicidad ha sido ignorancia, permitiendo que los peores marcaran el camino. El temor a las represalias de la mayoría, la codicia de algunos, la estupidez de otros, la falsa propaganda, la mitificación del líder supremo, el Führer. Si me pregunta si será posible que los alemanes olviden el nazismo cuando el Tercer Reich caiga definitivamente, le diré que nada que se mantiene por la fuerza, la coacción y la mentira puede permanecer en el tiempo. Ustedes han sabido mantener la democracia, la libertad, la justicia. Ellos también querrán incorporarse a ese mundo. Si se actuara con prudencia castigando públicamente a los culpables, haciendo ver a la gente que se imparte justicia, ese sería el mejor camino para retornar a Alemania a Europa.

Thompson asintió.

—Señor Gessner, su opinión me ha interesado mucho. Así se lo haré saber al primer ministro. Tendrá usted un pase acreditándolo como miembro especial de nuestra delegación para que pueda asistir a la conferencia. Gracias.

Markus almorzó con varios diplomáticos americanos y británicos. También con un alto oficial francés que no terminaba de asimilar que su país no hubiera sido invitado a la conferencia. Terry Morton, un alto funcionario inglés escéptico con el futuro de Alemania, comenzó la conversación:

—Habrá que desmilitarizar definitivamente a Alemania. No podemos permitirles otra nueva aventura a esos bastardos. Les adelanto que vamos a dividir su país en cuatro zonas de ocupación: británica, francesa, rusa y americana. Por supuesto deberán abonar importantísimas reparaciones de guerra. ¡Pueden imaginar el costo de reconstruir solo lo que han destruido en Londres, en Coventry, en toda Gran Bretaña! Y por supuesto a esos capitostes nazis habrá que juzgarlos, condenarlos y colgarlos. ¿Y usted, coronel Laffite? ¿Qué opinión

tiene?

—¡No sé por qué me pregunta! ¡Aquí los franceses no tenemos ni voz ni voto! ¡Creo que no estamos comenzando bien las cosas! ¿Por qué no se ha invitado a Francia a esta conferencia? En fin. Aquí tendría que estar el general De Gaulle. Luego nos llamaran cuando ya todo esté pactado. ¡Claro que habrá que desarmar a Alemania! ¡Claro que habrá que juzgar a los nazis! ¡Aunque a veces pienso que esos tipos no merecen ni un juicio justo! ¡Ellos no han dado esa oportunidad a nadie! Ahora bien, si me pregunta si imaginamos una Europa sin Alemania. Le contestaré con la cabeza olvidando mi corazón. No, no es posible. ¡A ver cómo lo hacemos!

En la mesa cada uno tenía su opinión. Unos más apasionados que otros. Markus permanecía en silencio.

—¿Y usted, señor… Gessner? ¿Qué opina de todo esto?

—Verán… yo soy alemán, nacido en Prusia, aunque los últimos tiempos me siento apátrida. Markus Gessner, doctor en arte por la universidad de Viena. Tuve que huir porque los nazis querían llevarme otra vez a un campo de concentración, y con una vez tuve bastante. Ellos me hicieron perder un ojo y la vista parcial del otro. Ahora tras mucho tiempo puedo distinguir los contornos y poco más. Pero al menos no me considero ciego, puedo valerme. Es cierto que eso me ha enseñado a mirar al interior, a intentar ver el fondo y no la forma.

»Contestando a su pregunta, si me lo permiten les diré que las potencias que van a ganar la guerra deberán ponerse de acuerdo… y eso, les aseguro, que no resultará fácil. Por otra parte como decía el coronel Laffite, aquí faltan al menos Francia y China. Lo principal será construir mecanismos de diálogo permanente entre las potencias. Evitar que algo así pueda volver a suceder. En cuanto a los nazis deben ser castigados, pero cuando pienso en ellos creo que no puedo ser objetivo, no va a ser fácil comprender lo ocurrido. También habrá que juzgar a los fascistas, a los militaristas japoneses. Pero más importante que el castigo será erradicar el nazismo, el fascismo y el militarismo para siempre. En cuanto a cómo, creo que debería ser un tribunal internacional, para juzgarlos en Múnich, o en alguna de las ciudades de Alemania que ellos corrompieron. Después será preciso reeducar a todo un pueblo, propulsar nuevos valores, erradicar viejos mitos, impulsar la democracia en el mundo, y como les he dicho no confundir justicia con venganza. Eso es lo que creo.

Terry Morton lo observó con cierto respeto.

—¡Vaya! ¡Tendré que hablar con el primer ministro para ver qué hacemos con usted! ¡A fin de cuentas alguien tendrá que hacerse cargo de Alemania!

Al día siguiente comenzó la conferencia en el palacio de Livadia. En total, diez soviéticos, diez estadounidenses y ocho británicos se sentaron a la mesa de conferencias. Entre los presentes destacaban Stalin, Mólotov, Stettinius, Churchill, Eden, Brooke, Roosevelt, y el general Marshall. Pudo entrar en la sala de sesiones. Los tres líderes y sus principales ministros estaban sentados alrededor de una mesa circular que Stalin presidía como anfitrión. Detrás de cada uno sus asesores personales con las carpetas de documentos. Los invitados que podrían ser señalados como asesores o consejeros puntualmente se hallaban en la prolongación del salón.

Markus Gessner reflexionó que probablemente algunos de los presentes serían judíos, pero que tal vez el único que había estado preso en un campo nazi sería él. No pensaba en su madre, por lo que ahora sabía, judía bajo el concepto racial de los nazis y de las leyes de Núremberg. Por tanto él también lo era, se considerara o no judío, aunque no hubiera sido educado en su ley talmúdica, ni entrado más que por curiosidad cuando era estudiante en una sinagoga.

Comprobó que los tres grandes países tenían puntos de vista muy diferentes. El debate fundamental fue qué se iba a hacer con Alemania. Cada uno de los líderes tenía su particular punto de vista, la sombra de Versalles aleteaba sobre el salón. Cuatro horas más tarde se levantaron sin haberse podido poner de acuerdo en ningún punto. Terry Morton se acercó a él.

—Ellos van a brindar por la paz y la reconciliación, son políticos, y saben que todo lo que dicen entre ellos son solo entelequias, pero verá, alguien tiene que hablar de la realidad. ¿No le parece? ¿Le parece bien cenar con unos cuantos muchachos muy interesantes? Nos gustaría saber cómo se ven las cosas desde el otro lado.

# 117. EL DÍA DEL JUICIO (BERLÍN-30 DE ABRIL, VIENA-1 DE MAYO DE 1945)

Tras el asesinato de su hijo David, Ilse Edelberg no había conseguido recuperarse. El inspector Jürgen Kruger iba a dormir allí cuando no estaba de guardia, aunque daba la impresión de sentir por ella una mezcla de sentimientos contradictorios. Le dijo que su mujer había muerto en un bombardeo y que él necesitaba otra mujer. Hacían el amor con urgencia pero sin pasión alguna, luego ella hacía como que dormía mientras él bebía aguardiente barato destilado en Berlín. Jürgen siempre intentaba llevar algo que comer, también algún obsequio, como unas medias, o algo de tabaco cuando encontraba, ya que el café era un lujo impensable. Ella se lo agradecía cocinando algo con carbón comprado en el mercado negro, unas patatas blandas y oscuras, unos nabos, lo que hubiera, en ocasiones añadiendo un pedazo de tocino rancio, aunque era preciso subir el agua a cubos desde el sótano, el único lugar donde llegaba el agua corriente en el barrio. Luego comían sin hablar, escuchando Radio Berlín que cada vez ponía más música, como si lo que hubiera que contar fuera preferible silenciarlo.

Ya no había ninguna duda de que aquel era el verdadero Tercer Reich, y soportar aquello por mil años se les hacía insoportable. A Ilse la consolaba que al menos su madre hubiera muerto a tiempo y se hubiera librado de aquellas privaciones, de ver cómo todo se desmoronaba. Ilse recordaba su vida anterior allí como si fuera una película en la que ella solo hubiera sido espectadora. De vez en cuando pensaba en sus hijos. De Elisa seguía sin tener noticias, probablemente también habría muerto. En cuanto a Klaus prefería no pensar en él, y aunque no deseaba seguir viviendo, había soñado con que su hijo un día volvería a casa. Del edificio solo quedaba en pie la fachada y algo más de la mitad del interior, el resto se había desplomado en un bombardeo nocturno. Pronto se habituaron a subir la crujiente escalera sin mirar hacia el vacío. Era

mejor lo que quedaba de aquel edificio en ruinas que nada, había tantos berlineses que merodeaban entrando en las ruinas para ver lo que encontraban o dónde podían guarecerse.

El 1 de mayo la noticia de la muerte de Hitler corrió como la pólvora por aquel Berlín destruido y polvoriento. Parecía imposible, absurdo. Cuando el vecino de arriba, un exfuncionario nazi bajó cariacontecido para decírselo, le costó creerlo. Le explicó que al comprobar que los rusos se hallaban en la periferia de Berlín, y que ya no tenía escapatoria, el Führer había tomado la decisión de suicidarse al igual que su amante, Eva Braun. ¿Sería cierto aquello? ¿Es que el diablo podía morir? Ilse se sirvió una copa de aguardiente y brindó por el fin de una época. Aquel hombre había matado a su marido, a dos de sus hijos que supiera, tal vez a los tres, a millones de alemanes, millones de judíos, polacos, rusos, franceses. Destruyendo el mundo, y a ella la vida. Que se fuera al infierno.

Más tarde llegó Jürgen trayendo la misma noticia. Le dijo que muchos dudaban de si sería cierto, algunos aseguraban que el muerto sería uno de los dobles preparados por las SS para que el Führer pudiera huir. En cualquier caso, le aseguró, él ya no pensaba volver a la comisaría. Aquella mañana el comisario había muerto en la puerta de su casa durante un bombardeo. Los rusos estaban cerrando la trampa y era mejor intentar escapar, ya que aquella gente querría vengarse. Mientras iba metiendo cosas en una maleta, le dijo que se preparara, que él sabía por dónde huir. Ilse se negó a abandonar su piso. Replicó que si Elisa o Klaus volvían, ella estaría allí aguardándoles. Jürgen la miró como si se hubiera vuelto loca mientras murmuraba que eso era una tontería y que se iban. Fuera de sí, Ilse le gritó que no se movería de allí. Él se encogió de hombros y cerró la maleta, le lanzó una última mirada y le oyó bajar la escalera corriendo.

Jürgen murió de un disparo un minuto después de salir a la calle. Los que corrían despavoridos intentando escapar no le dedicaron ni una mirada. El cuerpo se quedó allí tirado hasta que ella, que acababa de presenciar lo ocurrido desde la ventana, bajó y arrastrándolo entre el polvo y los cascotes lo introdujo en el sótano donde lo depositó en el suelo, intentando evitar un charco y las goteras. Solo entonces comprendió que estaba muerto y se puso a llorar mirando el rostro de aquel hombre al que no había amado. Se sentía vacía, agotada, rota, con la certeza de que ya no había esperanza para ella.

Los cañonazos sonaban cada vez más cerca, señal de que los rusos estaban allí mismo. Una vecina bajó corriendo a la calle con sus dos hijas de catorce y doce años. Pero ya era tarde, un tanque ruso avanzaba por entre los escombros seguidos de la infantería.

Luego unos comisarios políticos soviéticos rebuscaron por todo el edificio. El nazi jubilado se disparó un tiro en la escalera. A ella la encontraron junto al cadáver, la única que quedaba con vida. Pensaron que aquella mujer estaba mal de la cabeza y se marcharon. Allí no había nada ni nadie que mereciera la pena y tenían que peinar todo el barrio, asegurándose de que no quedaban francotiradores ni enemigos.

Durante varios días se escucharon obuses estallando, detonaciones, incendios en los pocos edificios que permanecían en pie. Ilse dejó el cuerpo de Jürgen en sótano y salió a la calle, un paisaje de montañas de escombros entre ruinas fantasmales de fachadas y chimeneas que amenazaban con desplomarse en cualquier momento. Otros como ella rebuscaban intentando encontrar algo que comer, poco más allá una mujer con una herida en la cabeza orinaba de pie. Vio unos niños famélicos sentados en el suelo, aguardando. Ella también llevaba tres días sin probar bocado, pero no sentía hambre, solo una intensa sed a causa de la humareda, el polvo acre que se pegaba a la garganta.

De pronto se sintió mareada y volvió a su piso casi arrastrándose. Encontró a una familia que se había refugiado en él. No les dijo nada, le daba lo mismo. Se metió en el dormitorio intentando descansar pero le resultaba imposible. Luego le pareció ver entrar a Charlotte y a Matthias Lamberg. Pensó si se estaría muriendo, entrar en el otro mundo e ir encontrando a los que ya habían muerto.

Durante tres días más debió tener mucha fiebre. Alguien entró en el dormitorio, rebuscando lo que hubiera. Ilse notaba como algunas sombras cuchicheaban a su alrededor. No tenía fuerzas para levantarse, tampoco le importaba que se llevaran su abrigo de piel de los viejos tiempos y parte de su ropa. Cuando volvió en sí notó que alguien la estaba auscultando, luego percibió como la pasaban a una camilla y la bajaban a la calle. No entendía lo que decían. De improviso la oscuridad.

Dos días más tarde, el 8 de mayo, el Alto Mando alemán se rindió incondicionalmente a la Unión Soviética. La guerra había terminado oficialmente. El Tercer Reich había dejado de existir algo más de doce años

después que Hitler proclamara el Reich del milenio. El barrio residencial donde años atrás los Edelberg habían adquirido su lujosa vivienda de estilo «Bauhaus», de un tal Walter Gropius, era una absoluta ruina. Berlín estaba arrasado hasta los cimientos. Las grandes ciudades de Alemania no eran más que gigantescas escombreras repletas de ratas y de seres humanos sumidos en el estupor, incapaces de comprender lo que estaba ocurriendo, convencidos de que había llegado el día del juicio final.

# 118. DESCUBRIENDO EL HORROR (POLONIA Y ALEMANIA, PRIMAVERA DE 1945)

Entre los acuerdos secretos tomados entre el Alto Comisionado Británico y la Agencia Judí figuraba la posibilidad de extender salvoconductos a unas cuantas personas designadas por la Agencia. Tanto Selma Goldman como Esther Dukas figuraban entre los designados. A su vez cada uno de los agentes podía designar a su vez a un ayudante o secretario. Selma dio el nombre de Lowe Lowestein. Esther eligió a una joven llamada Miriam Appelbaum, sus padres habían sido llevados a Auschwitz y desde entonces no tenía noticias.

El salvoconducto iba amparado por un pasaporte británico temporal, una especie de pasaporte diplomático que complementaba el de cada uno. Selma seguía conservando el suyo austríaco. Esther era ciudadana de los Estados Unidos, de Francia y de Austria. Lowe Lowestein conservaba el antiguo pasaporte polaco, y Miriam Appelbaum, que había nacido en Alemania de padres alemanes, solicitó un visado en el consulado británico en Tel Aviv. El 5 de mayo volaban en un avión militar de transporte con destino al aeropuerto de Viena.

Selma y Esther se emocionaron al sobrevolar Viena antes de aterrizar. Las huellas de los bombardeos se apreciaban por toda la ciudad. Aquella ciudad era parte de su vida y nunca podrían borrarla de su mente. Al aterrizar el teniente York enviado por el comandante británico fue a buscarlas. Les explicó que tenía orden de conducirlas al campo de Mauthausen a primera hora, pero que para ello necesitaban un pase del comandante americano, ya que ellos iban a entrar en el campo al día siguiente. Pasaron por el centro y todo estaba destruido, envuelto en una atmosfera gris y polvorienta. Se veía muy poca gente por la calle como si aún continuase la guerra, y creyeran que proseguirían los bombardeos. Caminaban sin rumbo, vistiendo pesados abrigos que ya estaban fuera de lugar, llevado algún saco, cestas, maletas, dispuestos a malvender lo que tuvieran o a cambiarlo por algo de comida. Selma recordaba aquella Viena elegante, a pesar

de haber perdido la guerra y el imperio.

El teniente las condujo en un jeep al edificio donde se albergaba el mando americano, y allí les proporcionaron el pase sin problemas. El resto de la tarde el teniente les enseñó los distritos a los que podían acceder. La zona soviética estaba vedada salvo si se obtenía el pase, lo que podía demorarse varios días. Ello obligaba a la gente a dar grandes rodeos para circular por la ciudad, y los límites de cada zona eran como fortalezas inexpugnables, donde había que identificarse para entrar, o resultaba imposible salir como la rusa.

Apenas amanecido se vistieron y bajaron a la calle. El jeep del teniente York llegó unos minutos después de la hora acordada. Antes las condujo al barracón militar donde pudieron tomar una taza de café tibio y una tostada de mantequilla amarilla. Después aguardaron al autocar del ejército que las conduciría a Mauthausen. Todos iban en silencio, intuyendo lo que iban a encontrar. Los americanos querían que su entrada en el campo tuviese testigos objetivos, por lo que además de la Agencia Judía habían invitado a varios reporteros.

Para su sorpresa, al llegar al campo encontraron una pancarta en español sobre la puerta principal. Selma y Esther pudieron traducirla sin problemas: «LOS ESPAÑOLES ANTIFASCISTAS SALUDAN A LAS FUERZAS LIBERADORAS». En letras más pequeñas en inglés y ruso. Luego supieron que en aquel campo se hallaban un importante número de españoles del bando republicano, prisioneros entregados a los alemanes por Vichy tras su huida a Francia.

Antes de entrar el teniente York les explicó que Mauthausen era el campo principal de un complejo de campos, Gusen I, Gusen II, Ebensee y Melk, Gunskirchen, y otros secundarios, de gran importancia estratégica e industrial para los nazis, además de un campo adjunto abierto en septiembre de 1944 destinado a prisioneras y niños procedentes de Auschwitz, Ravensbrück, Bergen Belsen, Gross Rosen, Buchenwald, y otros campos del Este trasladados al comprobar el avance de los soviéticos.

Los americanos y los representantes de la Agencia Judía y de la prensa aliada penetraron en los campos de Mauthausen aquella neblinosa mañana. No era solo niebla, un humo procedente de hogueras nauseabundas de los campos auxiliares. Una mezcla de olores que obligó a utilizar pañuelos e incluso mascarillas a algunos de los recién llegados, a los que les pareció insoportable. Excrementos, cuerpos en descomposición, cadáveres de personas recién fusiladas, hogueras

hechas de cuerpos humanos ardiendo, basura humeante entre la que se veían huesos y calaveras humanas. Pasaron entre un numeroso grupo de silenciosos y expectantes prisioneros, que los observaban sin terminar de creer que aquellos fueran sus liberadores. Casi todos los prisioneros se hallaban al límite de sus fuerzas. Deshidratados, enfermos, totalmente agotados. Algunos no tenían ni fuerzas para contestar a las preguntas.

Luego visitaron Gunskirchen. Aquel campo era aún peor, como descubrir el infierno al que los alemanes habían condenado a aquellas personas. Era algo indescriptible, y Selma, Esther y Lowe sobrepasadas por lo que estaban viendo, eran incapaces de hacer ningún comentario. Sentían náuseas, y una extraña sensación de vacío como si no pudieran aceptar lo que estaban presenciando. Lowe que se creía fuerte y animosa en cualquier ocasión vomitó. Esther sollozaba y tuvo que taparse los ojos en más de una ocasión.

El teniente York quería aprovechar la visita y las condujo al campo de mujeres. Allí se derrumbaron anímicamente. Aquellas mujeres y niños habían llegado meses atrás de lugares como Auschwitz o Bergen Belsen. Seres humanos depauperados, al límite soportable para la vida. Niños a los que se les marcaban los huesos, amontonados en la parte inferior de las literas de tres pisos observándolas en absoluto silencio con los ojos muy abiertos, sin ser capaces de hablar. Algunos de ellos estaban muertos o iban a morir en pocas horas. Tropezaron con los cuerpos caídos de algunas mujeres. No sabían qué hacer, ya que a medida que entraban en los pabellones lo que podían ver era aún peor. Al final, incapaces de seguir, le pidieron a York que las sacara de allí. Tendrían que asimilarlo y volver a entrar preparadas, sin saber muy bien por dónde empezar.

Al salir al exterior, en aquel ambiente gris que lo envolvía todo, las tres comenzaron a sollozar. Aquella era su gente, sus hermanos, sus niños. Notaban una sensación insoportable, agobiante, terrible, como nunca antes en sus peores pesadillas. Los americanos y los británicos enviaron médicos y enfermeras militares, alimentos, medicamentos, vendas, y el nuevo específico milagroso para las infecciones de todo tipo, la penicilina.

Pudieron hablar con varios de los prisioneros. No solo hombres y mujeres judíos. También con rusos, polacos, franceses. Les contaron las terribles torturas, los métodos empleados por sus verdugos, les enseñaron las celdas de castigo con duchas de agua helada, donde resultaba imposible sentarse, los látigos utilizados

por los guardianes y los capos para flagelarlos, les enseñaron «la escalera de la muerte», en la que debían subir una y otra vez pesadas piedras hasta la parte superior desde donde muchos eran empujados para que cayeran. Pudieron entrar en las cámaras de gas, y comprobaron que aún se percibía el terrible hedor exhalado por la muerte lenta, donde aún les parecía escuchar los estertores de los moribundos. Vieron la clínica de la muerte, donde se llevaban a cabo truculentos experimentos con hombres, mujeres y niños, en un ambiente de terror inaudito. Allí encontraron las meticulosas fichas enviadas a distintos institutos científicos de Alemania, compartiendo las atrocidades médicas, con una frialdad y una burocracia ausentes de cualquier humanidad. Las acompañaron al patio de los patíbulos, al muro de los fusilamientos, a las cámaras de los horrores donde eran torturados hasta la muerte. Esther había visto antes el gueto de Varsovia, pero lo que estaba comprobando superaba todo lo imaginable.

Su trabajo era seguir comprobando los otros campos de Alemania y Polonia. Incluso los rusos parecían interesados en que se informara sobre los que se hallaban en zona soviética. Aquello era historia, tal vez la más malvada y terrible que hubiera ocurrido nunca, pero debía conocerse. Intentar comprender cómo aquel pueblo de gente culta y educada había podido ser cómplice de algo tan espantoso.

Durante las siguientes dos semanas visitaron Bergen Belsen. Allí los británicos habían encontrado más de sesenta mil personas famélicas, torturadas, enfermas, de disentería, tifus, muchas de ellas a punto de morir, incapaces de superar la situación en la que se hallaban. Cerca de treinta mil cadáveres sin enterrar. En Dora-Mittelbau era lo mismo, aunque la diferencia era que apenas quedaban presos con vida. En Buchenwald solo quedaban veinte mil, prácticamente esqueletos andantes, de los que algunos provenían de Auschwitz. En Gross Rosen encontraron una verdadera montaña de zapatos de las víctimas. A pesar de todo, el holocausto aún no había terminado. Los servicios de inteligencia británicos sabían que aún estaban muriendo judíos en Alemania. Muchos irrecuperables, catatónicos, moribundos.

Lowe les confesó que no se veía capaz de seguir. En cualquier caso su visado se estaba acabando. Tendrían que redactar el informe para la Agencia Judía. Volvieron a Tel Aviv en el avión militar. Se observaban sabiendo que ya no eran las mismas. Algo muy profundo había cambiado en ellas. Eran tres mujeres

experimentadas y comprometidas, pero nunca hubieran creído que los nazis pudieran haber llegado hasta tales extremos.

Unos días después Esther, que seguía indignada con lo que había presenciado, decidió enrolarse en la Brihah, en hebreo «la huida», de muchos judíos que no tenían donde ir en aquellos momentos. Lowe se enroló unas semanas más tarde. Querían ayudar a la Aliyá Bet, la emigración ilegal a Palestina. En Polonia no querían a los judíos, en Alemania eran los judíos los que no querían quedarse. En Tesalónica apenas quedaban unos cuantos centenares, los demás habían sido asesinados, en Hungría, Rumanía, Austria, Checoslovaquia, las poblaciones de judíos habían descendido dramáticamente. Selma formaba parte de la Agencia y su misión era la relación con el Comité Judío Americano para la Distribución para conseguir financiarlo.

Selma no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Ella había perdido a Jacques, a su marido Eduard Hirsch, a sus padres, al padre de sus hijos, Paul Dukas, a muchos amigos. Había sido testigo privilegiado de lo sucedido, viendo como a lo largo de los años la catástrofe se acercaba sin que nadie hiciera nada por evitarla. Salvo unos pocos que intuyeron y dieron la cara para que no sucediera, la mayoría se dejó arrastrar por las fuerzas del mal. Tanto ella, como Esther y Lowe, estaban convencidas que ocurriera lo que ocurriera, todo aquello no debería olvidarse jamás.

# CUARTA PARTE

# LA COLINA DE SIÓN

## Desde el final de la guerra hasta la creación del estado de Israel (1945-1948)

## 119. EL LEÓN DE JUDÁ (TEL AVIV, JUNIO DE 1945)

Ben-Gurión se lo advirtió a todos ellos en una reunión de la Agencia Judía. Crear el Estado de Israel, que un día de finales del siglo pasado Teodor Herzl había soñado, no iba a resultar nada fácil. Las gentes que llegaban haciendo Aliyá Bet, los que entraban con visado, los que en muchos países deseaban ir a la Tierra Prometida, en general lo hacían con una mano atrás y otra delante. Por supuesto los cientos de miles que venían de la Europa devastada, no traían más que hambre y necesidad, y a todos había que atenderlos. Cada uno de ellos con una increíble historia personal y familiar, terribles dramas humanos que los habían marcado a fuego.

Muchos con su número tatuado en el antebrazo, aún aturdidos por lo que habían vivido, sin atreverse a creer que la pesadilla había terminado para siempre. No resultaba fácil poder salir del mismo infierno y querer ser de nuevo un simple ser humano con derechos. Niños que nunca habían tenido oportunidad de serlo, ancianos que solo anhelaban un respiro antes de morir en aquella tierra sagrada para ellos. Hombres y mujeres que solo querían caminar en libertad sin escuchar a cada instante gritos estentóreos en alemán, prohibiéndoles, exigiéndoles, insultándoles, amenazándoles, matándoles. Gentes que habían visto golpear, pisotear, asesinar, ahorcar, torturar brutalmente a los suyos por nada, a los que les resultaría muy difícil, casi imposible, volver a creer alguna vez en la autoridad y el orden. Había que ayudar, alimentar, buscar trabajo y un lugar donde vivir a toda aquella gente, pero sobre todo era necesario hacerles comprender que por primera vez en sus vidas estaban en su verdadero hogar.

Selma seguía pensando en Jacques. Desde niño había sido fuerte y decidido. Intuía que seguía vivo y que sería más fácil que él las encontrara a ellas que ellas a él. No quería hacerse ilusiones, convencerse de que un día aparecería, prefería no pensar mucho en él. Se las hizo con Eduard Hirsch y todo se desmoronó un día.

Esther no había sido capaz de superar el trauma de la muerte de Lewis Auster. Le dijo a su madre que había puesto tanto amor, tantas esperanzas en aquel hombre, que simplemente no aceptaba lo sucedido. No quería empezar de nuevo, ilusionarse, prefería seguir sola, intentar ayudar a los demás, hacer lo que estaba haciendo. Seguía viajando a Nueva York con frecuencia, y cuando iba visitaba a sus suegros, llevándoles algo de amor, que según ella era la medicina que lo curaba todo.

En cuanto a Lowe, que acababa de cumplir treinta y ocho años, se sentía afortunada, no solo por haber encontrado a la que ya consideraba su familia. Si Paul Dukas no la hubiera ayudado a dejar el prostíbulo, su vida se hubiera transformado en un infierno, y, como gran parte de las polacas judías, habría muerto asesinada en cualquiera de los numerosos campos donde los nazis aniquilaron al noventa y cinco por ciento de la población judía de Polonia. A pesar de todo, el pasado no la atormentaba, había conseguido llegar a la Colina de Sión, a la tierra prometida, a Eretz Israel, y su deseo era ayudar a que otros lo consiguieran.

Ellas tres sabían que en Palestina estaba todo por hacer. Que podrían colaborar en construir una nación desde sus cimientos, un país de acogida para millones de judíos que deseaban llegar hasta él. Como estaban haciendo Ben-Gurión, Chaim Weizmann, Golda Meier, Nahum Goldman, y tantos otros, trabajando incansablemente por ello. Era la oportunidad de utilizar sus vidas en una causa que llevaba milenios aguardando. Los hombres y mujeres de la Agencia Judía se reunían con aquellos líderes frecuentemente. Era casi una necesidad espiritual. Ben-Gurión siempre intentaba asistir ya que seguía siendo un hombre apegado a la tierra al que le gustaba estar cerca de los suyos. Una cálida noche después de cenar junto a la hoguera, observando el firmamento, les habló de lo que él sentía asegurándoles que al final conseguirían alcanzar su sueño. Selma que lo conocía desde hacía años lo notó diferente, exaltado, como sus ojos brillaban, emocionado tal vez al comprender que el sueño milenario por fin se estaba haciendo realidad. Todos lo observaban intuyendo que aquella noche iba a ser especial. Tras un largo silencio, Ben-Gurión se levantó y se apoyó en el brocal del pozo que dominaba el patio.

—¿Recordáis el editorial del «Palestine Post» del primero de diciembre de 1947? Yo sí. Esta es la editorial que publicó después de que la ONU aprobara el

plan de partición. Permitidme que la recuerde en voz alta: *«Puede decirse que esta buena acción se ha llevado a cabo en contra de nadie y a favor de todos. Los pueblos árabes miraron para otro lado, y lo que se les dijo no es la verdad sino la mitad de la verdad. Son como un hombre al que le han advertido que va a llover, que se refugia en una cueva oscura de recelos aunque en el cielo no hay una sola nube. No fue la habilidad política la que advirtió a ese hombre. No es la habilidad política lo que le impide disfrutar de su legado por envidiar el de otro. No es la habilidad política lo que le impide gozar de su propia libertad o de la calidez de la bienaventuranza de su vecino. Accidentes históricos y la compulsión de factores arraigados en largos siglos de tiranía política y social, de la cual el fallo de las Naciones Unidas es un presagio del fin, han hecho que el pueblo judío regrese a una tierra cuyo suelo es el material del que están hechas sus almas, y han puesto al pueblo judío al lado del pueblo árabe. Si han vuelto a esta tierra por codicia, por arrogancia, para perseguir o explotar y esclavizar, sin duda perecerán. Pero nadie puede creer esto realmente, porque el judío es un buen hombre y un buen vecino y sufre hace demasiado tiempo y con demasiado dolor como para provocar dolor y sufrimiento a otros. Bendición de Dios: y que sea también una bendición de los hombres, y una voz nueva entre los pueblos que dice claramente: Shalom, esa buena palabra que es la esperanza de hombres y mujeres comunes, que nace del orgullo en su destino y en los anhelos de un espíritu feliz. Yo no soy judío. ¿De qué sirve que un hombre tenga que ser judío para dar gracias porque el judío es ahora un hombre libre? Se ha realizado una buena acción que todo hombre que ama el derecho gozará; y se ha reparado una vergüenza en la civilización, para la absolución de todos los hombres. Es bueno vivir en un gran día, que es mérito suficiente, en la lenta génesis hacia la perfección humana, toda una vida, y salir a las calles cuando están iluminadas con los ojos brillantes de unas pocas personas, que despliegan su bandera con una canción. Este es mi día: un día para Inglaterra y para toda tierra y raza considerable, este día de reunión de los judíos como pueblo en hermandad justa con todos los pueblos libres: este agregado de un segmento más a la rueda incompleta de la libertad humana. Si hay uno que da y otro que toma en esta beneficencia misericordiosa, el judío es el que da y el otro es el que toma, porque sólo mediante el trabajo de pueblos dependientes en pos de su libertad es posible lograr que la libertad sea total y absoluta, para todos los*

*hombres*»[7].

»Sé lo que todos estáis haciendo por lograrlo y os lo agradezco en nombre de Israel. Mirad, Eretz Israel es el lugar donde nació nuestro pueblo. ¡Hace cinco mil setecientos cinco años! ¡Cincuenta y siete siglos! ¡Somos un viejo pueblo que quiere retornar a sus raíces! ¡No somos por tanto extraños a esta tierra! ¡En esos valles y colinas cercanas se formó la identidad judía en todos los aspectos: espiritual, religiosa, política! ¡Somos parte de esta tierra y esta tierra forma parte de nosotros! ¡Aquí se escribió hace milenios el libro de los libros! Os pediré un esfuerzo de imaginación, ya que sin ella no estaríamos aquí. Mirad el impresionante firmamento sobre nosotros, es como si nos protegieran, al menos ya podemos afirmar que hemos ganado este hermoso techo de estrellas. El mismo cielo que vio el rey David. Pero no solo una religión, también una tradición y una cultura. En todas partes nos conocen como el pueblo del libro y es cierto. Tenemos el orgullo de haber aportado al mundo valores culturales universales. Fijaros que nuestro pueblo ha mantenido la fe en el regreso a la tierra prometida, después de haber sido expulsado, diezmado y dispersado. Pero os puedo asegurar que ahora ha llegado por fin nuestro momento. Tengo la certeza de que esa frase tan repetida de «el año que viene en Jerusalén» ya no está muy lejos de la realidad.

»¿Y qué haremos entonces cuando tengamos el estado que nos prometió Herzl? Entonces compañeros, amigos míos, entonces todo cambiará. Creo verlo como lo veis vosotros. El estado de Israel estará abierto a la inmigración judía. ¡Abierto a todos los judíos que quieran establecerse aquí! ¡A los sin patria, a los exiliados, a los expulsados, a los que sufren pogromos, a los que aguardan en esos campos de Europa el sonido de las trompetas de Jericó llamándoles! ¡A los que desde siempre creyeron que las profecías de Teodor Herzl eran algo más que un sueño! Mirad compañeros, yo quisiera un estado basado en la libertad, en la justicia, en la paz, tal y como lo previeron los mismos profetas de Israel. Un estado que fomentará el desarrollo del país para el beneficio de todos sus habitantes, basado en la libertad, la justicia y la paz.

»Tendréis que creerme si os aseguro que he soñado que de pronto me encontraba aquí, en este mismo Tel Aviv, pero transformado en una nueva ciudad con grandes edificios, tan altos como los de Nueva York, con modernos barrios, grandes polígonos industriales. He soñado que la Universidad Hebrea de

Jerusalén sobre el monte Scopus era mucho más extensa, y que de ella salían licenciados que asombraban al mundo, que Israel tenía un lugar entre las naciones, que los judíos eran respetados en todas partes. ¡Así será! Un estado que asegurará la total igualdad de derechos sociales y políticos a todos sus habitantes, sin consideración de religión, raza o sexo; garantizará la libertad de religión, conciencia, lengua, educación y cultura, protegerá los lugares sagrados de todas las religiones y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas[8]. No debemos conformarnos con menos. Los ciudadanos de Israel merecen su lugar en el mundo. Y os diré que a los que se han quedado en el camino, a esos los recordaremos con dignidad y orgullo. Recordar las palabras del profeta «*Y les daré en mi casa y dentro de mis muros un memorial y un nombre que nunca será olvidado*»[9].

»Para ello tendremos que seguir desafiando a la autoridad británica, organizaremos una campaña masiva de inmigración ilegal hasta duplicar o triplicar el número de judíos en Eretz Israel, no haremos lo que los británicos exigen a los judíos, sino lo que los judíos nos exigen a nosotros. No, no hemos de ganar sólo por nuestra fuerza física… los árabes nos llevan ventaja en todo lo que se refiere a armas, cañones, tanques, aviones, bombas, número de brigadas… Nosotros debemos tener una ventaja espiritual sobre ellos, ventaja que al ser sumada a nuestra fuerza física, se convierta en factor determinante. Napoleón solía decir que «*en la historia hay dos grandes fuerzas: la espada y el espíritu. Y al final el espíritu es la que gana*». La catástrofe que ha sobrevenido recientemente al pueblo hebreo, la masacre de millones de judíos en Europa, ha sido otra clara demostración de cuán apremiante es resolver el problema de su carencia de patria mediante la nueva fundación en Eretz Israel de un Estado judío, que abrirá de par en par las puertas de la patria a todos los judíos y conferirá al pueblo hebreo la categoría de miembro de pleno privilegio de la comunidad de naciones[10].

Selma había querido que la acompañase Esther para tener la oportunidad de escuchar a alguien como Ben-Gurión. Se hallaba junto a ella, anhelante, entregada, entusiasmada con aquel hombre que era como el Moisés de los tiempos modernos, en aquel marco incomparable, con el Mediterráneo al fondo y la luna rielando sobre el mar, iluminando la escena. Ben-Gurión se refirió a todos los que lo escuchaban, aunque Esther y Selma se sintieron especialmente

señaladas.

—Casi todos vosotros, vosotras, habéis tenido una vida azarosa hasta el momento. Poder luchar contra el mal físicamente os ha curtido. ¡Y de qué manera! Ahora es cuando estáis preparados para la batalla que comienza. La declaración del Estado de Israel no va a ser algo gratuito, que sin más nos dé lo que hemos pedido al cielo todos estos siglos. Tendremos que ganárnoslo. Mirad. Ahí detrás tenemos a Teodor Herzl, a Moisés Montefiore, al barón Rothschild, a Chaim Weizmann, a todos los que apoyan la idea de crear este Estado. Ellos comprendieron antes que otros que habría que volver a luchar, como en los tiempos de Bar Kojba. De ahí surgió el Hoshomer, un movimiento de defensa de los primeros pioneros que luchó en contra del colonialismo. Ese movimiento inspiró la Haganah, una organización secreta que se transformará en las fuerzas armadas del Estado de Israel. ¡El Tzaal! ¡Os aseguro que en la batalla que se cierne sobre Eretz Israel no estaremos solos ni inermes!

»Tenemos la certeza de que los ejércitos de Egipto, Jordania, Irak, Siria, Líbano, y probablemente Arabia Saudita, invadirán el nuevo estado en cuanto declaremos la independencia. ¡Pero no temáis! ¡No nos cogerán por sorpresa! ¡Sabremos responder! También sabemos que morirán muchos judíos a causa de ello. ¡Como si no se hubiera derramado ya demasiada sangre judía! Pero después, que nadie tenga la menor duda, después los judíos habrán recobrado su hogar Eretz Israel.

## 120. ISRAEL ZHITLOVSKY (TEL AVIV-NOVIEMBRE DE 1947)

Selma Goldman había quedado con Israel Zhitlovsky, el hombre que la había llamado por teléfono el día anterior, en el Museo de Arte en Tel Aviv. Nunca se habían visto anteriormente pero Zhitlovsky le explicó su relación con María Gessner hasta su muerte en 1943, cuando aún era un ciudadano alemán llamado Kurt Eckart. Como demostración sacó un carnet nazi y se lo mostró. Le habló de su vinculación con los servicios de inteligencia británicos desde aquel año, también con los soviéticos. Le aseguró que aquello había acabado y que había tomado la decisión de volver a ser solo un judío más. Al cabo de un tiempo reflexionó que sabía muchas cosas y que algunas de ellas tal vez pudieran ser útiles cuando naciera el Estado de Israel. Le dijo que sabía quién era ella, que conocía su relación indirecta con la familia Gessner y por ello había tomado la decisión de entregarle una serie de documentos. Parte de ellos provenían de cuando formaba parte del ministerio de propaganda nazi.

Selma recordaba que María Gessner, la hermana de Eva, había tenido un compañero apellidado Eckart del que se decían muchas cosas. Que si era un bolchevique infiltrado, o por el contrario un alto cargo nazi. Al final resultó que era todo eso y nada al mismo tiempo, y aquel hombre de pronto desapareció sin más del ministerio. Creyeron que se trataba de una purga política ya que esas cosas sucedían de tanto en tanto, por lo que entonces nadie se extrañó. Desde aquel tiempo no volvió a saber nada de él y creyó que como tantos otros habría sido asesinado o muerto en un bombardeo. Lo difícil era sobrevivir.

Allí tenía a un hombre que conocía los entresijos del pensamiento nazi, alguien que había participado de manera directa en aquella historia. Un ruso, polaco, alemán, que de pronto era un judío llamado Israel. Ella le dijo sonriendo: «*No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido*», y él le devolvió la sonrisa. Aunque era agnóstico había tenido la curiosidad de leer los textos sagrados. Quedaron en que

se mantendrían en contacto. Selma quería seguir escribiendo su historia y todo lo que él pudiera contarle o documentarla le vendría muy bien.

Cuando Selma le preguntó por qué había tomado aquella decisión Zhitlovsky se quedó mirando al infinito, como si estuviera repasando toda su vida.

—Mira, Selma. La verdad es que siempre he tenido la sensación de que después de todo mi vida no tenía sentido. Era solo una sensación, nunca he creído en nada, cada día no era más que un regalo de la naturaleza, una nueva oportunidad, nada más. El día que descendí del barco que me trajo aquí desde El Pireo, supe que mi peregrinación sin sentido había acabado. Aquí en Eretz Israel estaba todo por hacer, y yo quería poner mi granito de arena. Ahora las cosas son diferentes para mí. Lo único importante es lo que yo pueda hacer por los demás.

## 121. EL CUMPLIMIENTO DE UN SUEÑO MILENARIO (TEL AVIV, RESIDENCIA DE POLA Y DAVID BEN-GURIÓN, MADRUGADA DEL 14 DE MAYO DE 1948)

La habitación se encontraba a oscuras y en completo silencio, pero aun así a David Ben-Gurión le resultaba imposible conciliar el sueño. Sólo podía darle vueltas y vueltas a la cabeza, pensando en todo lo que le aguardaba durante el día que acababa de comenzar. Le abrumaba la responsabilidad y no hacía más que dar vueltas en la cama. Intentó dormir, pero como otras veces le había sucedido, cuando se sentía preocupado o nervioso, volvía a recordar vívidamente su niñez en Plonsk, cuando aquel pueblo polaco aún formaba parte del inmenso imperio ruso. Entonces aún se llamaba David Grün y el mundo era muy diferente.

Al rememorar aquellos días no pudo evitar esbozar una sonrisa. A pesar de todo, durante su niñez y juventud había sido feliz, aunque había sido un joven inquieto y algo rebelde. Siempre recordaría al viejo maestro rabino que le recriminó un día en plena calle. El hombre, con amargura, le reprochó que no fuese lo suficientemente judío, como si no le importasen aquellos interminables rituales y tradiciones que marcaban la vida de la comunidad judía. Imprudente, tal vez soberbio, replicó irritado que para ser judío no hacía falta otra cosa que querer serlo. Más tarde se arrepintió de haber contestado en aquel áspero tono al rabino, que nunca más volvió a dirigirle la palabra. ¡Cuánto tiempo había pasado! ¡Cuántas cosas habían cambiado a su alrededor!

Se removió en la cama sintiendo a Pola muy cerca. Ella era su refugio, su consuelo, su consejera. Estaba seguro de que también ella se mantenía despierta, y como casi siempre silenciosa, atenta a sus reacciones. Se sentía muy afortunado por haberla encontrado, casi todo se lo debía a ella. Últimamente los

dos sabían que ya no habría lugar para el descanso, que el tiempo transcurría implacable, inexorable, ¡demasiado rápido! Con sesenta y dos años se negaba a aceptar que aún lo tenía casi todo por hacer. Agobiado por esos pensamientos, respiró profundamente. Entre otras muchas cosas, de entre la lista cada día más larga de deseos y obligaciones incumplidos, deseaba poder estudiar la Biblia, aprender de ella, ser capaz de adquirir la sabiduría que aún no poseía y que tanto admiraba en muchos de sus compañeros. No lo había hecho en su juventud, con la certeza de que en la vida tendría tiempo para todo, pero en aquellos momentos comprendía que apenas le quedaba tiempo para poder realizar algunos sueños.

Volvió a moverse haciendo tintinear la vieja cama de metal que había encontrado en un chatarrero de Jerusalén. ¡Idéntica a la que habían tenido toda la vida sus padres en Plonsk! Llegó a dudar de si sería la misma, pero terminó descartándolo por imposible. Después, la primera noche que durmieron en ella, Pola le convenció de que el azar empleaba extraños caminos. ¡Tal vez! Se incorporó y la cama pareció quejarse de su brusco movimiento con un fuerte crujido. No podía seguir allí tendido, escuchando el interminable y monótono tictac del despertador. Dándole más vueltas a la cabeza, pensaba en lo mucho que aún le quedaba por hacer. Lanzó una fugaz ojeada a la inmóvil silueta de Pola que le daba la espalda.

Se levantó e intentando no hacer ruido, caminó descalzo por el largo pasillo, cruzó el despacho y abrió la puerta cristalera que daba a la terraza. Respiró profundamente el fresco aire de la madrugada, estiró los brazos y como siempre miró al cielo. Una vez más le sorprendió la enorme cantidad de estrellas. Tenía la certeza de que aquellas noches todas ellas estarían mirando a Eretz Israel.

Volvió a entrar y tomó asiento en su mesa de trabajo. Sobre ella se encontraba el original de la Declaración. Había discutido aquel documento una y otra vez hasta terminar de perfilarlo con todos y cada uno de los líderes del Yishuv. Algunos de ellos opinaban que debían cuidar su redacción hasta la última coma. Personas que nunca se daban por satisfechas, como Yitzchak Ben Zvi, Rabbi Yehuda Leib, o aquella tozuda mujer con fuerte acento ruso, Golda Meir, que jamás parecía satisfecha y siempre discutía con todos ellos apasionadamente. Sí. Entre todos habían aportado lo que pudieron, convencidos de la trascendental importancia de aquel texto.

Asintió conmovido. El hombre que más había hecho por conseguir aquello

no podría estar allí para firmarlo, aunque seguiría estando en la mente de todos los presentes. Theodor Herzl, el visionario padre de aquella idea extraordinaria, presidiría espiritualmente la reunión de los líderes del pueblo judío, en un escenario provisional, pero tan simbólico como el Museo de Arte de Tel Aviv.

En aquel momento escuchó a Pola, llamándole en voz baja para que volviera a la cama.

—¡David! ¡Mañana estarás fatigado, intenta dormir un poco!

Negó con la cabeza. No. No era capaz de acostarse. En aquellos momentos sólo le interesaba aquel documento escrito a mano con las hermosas letras del alfabeto hebreo, conteniendo un texto que cambiaría las cosas de una vez por todas para los judíos. Nada menos que el Acta de Independencia del Estado de Israel. El Meguilat Ha-Atzmaút. Suspiró mientras acariciaba con delicadeza la fina textura del pergamino, observándolo con suma atención. Aquel no era un documento cualquiera, sino el resultado de una profunda reflexión, la culminación de un proceso para muchos utópico, por no decir imposible. Una gestación de décadas, repleta de dudas, de discusiones interminables, incluso con alguna que otra durísima diatriba. ¡Sólo él sabía lo que costaba convencer a tantos judíos tozudos! ¡Pero había merecido la pena! ¡Después de tantos disgustos, tantas noches en vela, tantos temores y esperanzas, que en algunos momentos se les antojaron rotas para siempre! Finalmente aquella mañana la Declaración sería rubricada por los treinta y siete miembros que componían la Asamblea del Pueblo.

Había discutido infinidad de veces con todos y cada uno de ellos, tantas que podría recitar todos sus nombres de memoria sin dejarse ninguno. Se concentró un instante antes de repasarlos. ¡Cuánto les deberían los futuros ciudadanos de Israel a todos ellos! Algunos habían sido protagonistas y en ocasiones víctimas de tremendas historias personales, experiencias que les servían para comprender mejor que nadie lo que su pueblo se estaba jugando con aquella declaración. Movió los labios musitando apenas los nombres. Daniel Auster, Mordecai Bentov, Yitzchak Ben Zvi, Eliyahu Berlingne, Fritz Bernstein, Rabbi Wolf Gold, Meir Grabovsky, Yitzchak Gruenbaum, el doctor Abraham Granovsky, Eliyahu Dobkin, Meir Wilner-Kovner, Zerach Wahrtaftig, Herzl Vardi, Rachel Cohen, Rabbi Yitzchak Meir Levin, Meir David Loewenstein, Zvi Luria, Golda Myerson, ahora Meir, Nachum Nir, Zvi Segal, Rabbi Yehuda Leib, Hacohen

Fishman, David Zvi Pinhas, Aharon Zisling, Moshe Kolodny, Eliezer Kapplan, Abraham Katznelson, Felix Rosenblueth, David Remez, Berl Repetur, Moderkhai Shattner, Ben Zion Sternberg, Bekhor Shitreet, Moshe Shapira, Moshe Shertok. Cierto que con algunos de ellos las relaciones no resultaban fáciles, pero con todos había coincidido en lo fundamental. La necesidad de que tras muchos siglos los judíos volvieran a tener su propia patria, que no podría ser otra que Israel.

No tenía la más mínima duda de que en aquel escogido grupo de personas, que representaban no sólo a los que se encontraban en la tierra prometida, sino a los millones de judíos de todo el mundo, desde el mismo Tel Aviv, al más remoto lugar del planeta, se hallaba el espíritu íntegro del que iba a ser el nuevo Estado de Israel. Una voluntad férrea que impregnaba a todos ellos, como si desde el principio el texto escrito en aquel pergamino ya hubiera estado decidido.

Se colocó las viejas gafas de concha, alejó un poco el documento para enfocarlo y volvió a leer el original, notando un nudo en la garganta.

> *«Eretz Israel fue la cuna del pueblo judío. Aquí se forjó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí logró por primera vez su soberanía, creando valores culturales de significado nacional y universal, y legó al mundo el eterno libro de los libros…».*

Asintió satisfecho. Sí. Le gustaba aquel poético y espiritual encabezamiento. Contenía la sutil mezcla de poesía y profundidad literaria que podía encontrarse en la Biblia. No en vano era el referente del que todos habían bebido, y que les sirvió de fundamento para la redacción final de la Declaración.

Se sintió agotado. Se quitó las gafas con un gesto de cansancio mientras se restregaba los ojos con las manos. Apenas había dormido. ¡Pola siempre tenía razón! Se puso en pie y como si hubiera escuchado una llamada volvió a salir a la terraza. Allí a lo lejos, en el lejano horizonte que apenas se distinguía en la oscuridad, hacia el oeste, en aquellos momentos, miles y miles de judíos estarían dirigiéndose a su hogar ancestral, anhelantes por llegar de una vez, por poder pisar la arena de sus playas, algunos tan cansados, tan ancianos o tan golpeados por la vida, que sólo aspirarían a poder ser enterrados en la sagrada tierra de Israel. Los maapilim, los inmigrantes ilegales, que arribaban en barcos oxidados,

abollados, algunos de ellos, como el «Exodus», auténticas ruinas flotantes que muchas veces hacían su última singladura, para llegar al que consideraban su único hogar, intentando burlar los estrictos controles británicos, arriesgándolo todo, dejándose en numerosas ocasiones la piel en ello, para poder cumplir con la ancestral promesa repetida una y mil veces, como un deseo imposible, inalcanzable, una frase que con el paso de los siglos había ido transformándose en un ritual de buena voluntad más que otra cosa, y que él había podido escuchar muchas veces en su vida: «El año que viene en Jerusalén». Unas palabras que contenían la añoranza y el deseo de retornar a la tierra ancestral, pero también la voluntad de generaciones y generaciones de judíos, convencidos de que allí, en la mítica y sagrada ciudad fundada hacía treinta siglos por el rey David, les aguardaba el Muro de las Lamentaciones con sus piedras milenarias que, no le cabía duda alguna, volverían a ser el lugar más sagrado para su pueblo. Todos los que llegaban hasta el pie de la muralla tenían un mismo deseo: volver a apoyar la frente en los grandes sillares de piedra que llevaban siglos aguardándoles, para poder musitar su agradecimiento al Todopoderoso, por haberles concedido la gracia de conseguirlo, de haber podido superar los terribles obstáculos del interminable camino en el que tantos habían dejado su vida.

El espejo del fondo del pasillo le devolvió un destello plateado. Su revuelto e indómito cabello que servía de referencia cuando se encontraba entre la multitud. La prensa le había comparado más de una vez con un viejo león de melena blanca. Incluso durante su visita a los Estados Unidos le habían bautizado como «El león de Judá». Volvió a sonreír. ¡Sólo él sabía que el viejo león tenía las fuerzas justas para poder terminar aquella gesta! Suspiró. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Todo estaba aún por hacer y no sabía si tendría la oportunidad de ver algún fruto de aquella arriesgada y sublime decisión. En cualquier caso, en aquellos momentos, lo único importante era firmar aquel pergamino ante la asamblea constituida como la representación de los hombres y las mujeres de Israel, rubricar el documento que expresaba de manera inequívoca la voluntad de todo un pueblo, que había pasado increíbles vicisitudes a lo largo de su larguísima historia, para terminar estampando al pie el sello de lacre, y después confiar en Dios. Todos eran conscientes de que salvo un milagro divino, a partir de aquel mismo instante, la pesadilla volvería a comenzar, y desde los cuatro

puntos cardinales, los ejércitos árabes de Egipto, Transjordania, Líbano, Siria, Irak y Yemen, atacarían con todas sus fuerzas al recién nacido estado de Israel. ¡Pero no eran momentos para la duda ni el temor! El pueblo judío había tomado una decisión histórica, y ninguna amenaza por terrible que fuera podría apartarle de ella.

Mientras observaba el firmamento sugestionado por su belleza, sin poder apartar la mirada de la impresionante y lejanísima bóveda en la que brillaban millones de estrellas, meditó que David tuvo que ver el mismo cielo la víspera de su transcendental encuentro con Goliat. Cuando era apenas un muchacho, un rabino le había contado que el destino del pueblo de Israel estuvo una vez en el aire. El lapso de tiempo que tardó la piedra en salir de la honda de David hasta impactar en la sien de Goliat. De eso hacía casi tres mil años, y en ese enorme lapso de tiempo por dos veces el templo había sido destruido y el pueblo de Israel obligado a exiliarse. Era ya tiempo de volver definitivamente a la Tierra Prometida.

Se asomó a la terraza. La brillante luna rielaba sobre el Mediterráneo, y su reflejo creaba un luminoso sendero de luz que parecía querer dirigir a la costa de Israel a los que llegaban. Ya nunca más habría destierros, ni nadie, en ningún lugar del mundo, podría llamar apátrida a un judío. Esos azarosos tiempos habían terminado para siempre.

Y eso, el segundo párrafo de la Declaración lo dejaba muy claro. Leyó sintiendo la emoción de unas palabras que sólo narraban la verdad histórica. Él, como tantos y tantos otros judíos, lo había vivido personalmente. Nunca podría olvidar la inquebrantable fe de los viejos rabinos de Plonsk. Ellos jamás se habían rendido ante los pogromos y las asechanzas. Mantuvieron la fe hasta el último instante. Y allí estaba escrito, sin ambigüedades:

> *«Luego de haber sido exiliado por la fuerza de su tierra, el pueblo guardó fidelidad durante toda la dispersión y jamás cesó de orar y esperar su retorno a ella para la restauración de su libertad política».*

No podía negar que se sentía cansado, pero él también seguía notando en su interior la profunda fe que le proporcionaba la fuerza para seguir. Todos ellos estaban viviendo el verdadero y hermoso milagro en el que tantos y tantos judíos

habían confiado durante milenios, y tampoco podía dejar de pensar en cómo el destino le había colocado a él, ¡precisamente a él, que en modo alguno se sentía merecedor de aquel privilegio!, al frente de su pueblo en un momento que se atrevería a llamar estelar. Y esa sensación de euforia contenida, de tensión y de responsabilidad, era la que le impedía irse a dormir. Mucho menos sabiendo lo que su pueblo se jugaba en las decisivas horas siguientes.

Sintió un profundo escalofrío y entró de nuevo en el despacho, como siempre desordenado, repleto de libros, documentos, papeles amontonados, impregnado del olor a tabaco por la tardía reunión que había mantenido hacía apenas unas horas con los más allegados: Meir, Pinhas, Kaplan, Fishman y Datznelson. De entre ellos, al menos aquella larga noche, Golda Meir era la que parecía más segura, más tranquila, una roca firme en su fe y sus convicciones. Habían leído y releído cien veces la declaración, retocado algunos puntos, dado una última redacción al tercer párrafo. ¡Cuánto se podía decir! ¡Cómo envidiaban la exacta y bellísima prosa de la Torá, a la que parecía no faltarle ni una coma! Ellos también lo habían intentado, poniendo todo su corazón, toda su voluntad en ello.

> *«Impulsados por este histórico y tradicional vínculo, los judíos procuraron en cada generación restablecerse en su patria ancestral. En los últimos decenios retornaron en masa. Pioneros, maapilim y defensores hicieron florecer el desierto, revivieron el idioma hebreo, construyeron ciudades y pueblos, y crearon una sociedad pujante, que controlaba su economía y cultura propias, amante de la paz, pero capaz de defenderse a sí misma, portadora de las bendiciones del progreso para todos los habitantes del país, que aspira a la independencia y a la soberanía».*

Suspiró mientras apagaba la luz. ¡Qué cierto era! Él había insistido en la poética frase: «hicieron florecer el desierto». Muchas veces le había contado a Pola el sueño que le acompañaba desde siempre. Hacer florecer el Neguev, como un jardín del desierto. Cuando todo aquello pasara, él también iría hasta allí, a aquel precioso y primitivo lugar, para colaborar con los duros pioneros. Algún día llevarían las aguas para regar las áridas tierras del sur. ¡Pero aún faltaba mucho para que pudiera descansar en Sdé Boker! ¡Era lo único a lo que aspiraba,

aunque en los últimos tiempos temía no ser capaz de llegar! Cerró los ojos y echó la vista atrás.

Todo había comenzado para él cuando tuvo noticias del primer Congreso Sionista en 1897. Tenía sólo once años y se estaba preparando para su Bar Mitzvá. Entonces corrió a decirle a su padre que debería pagar el shekel, y añadió convencido, como si ya no pudiera ser de otra manera, que le acompañaría a Basilea para asistir al Congreso. Era sólo un sueño, un sueño que llegó a obsesionarle cuando escuchó por primera vez el nombre de Theodor Herzl, ¡Herzl! Los miembros del Consejo del Pueblo eran conscientes de lo mucho que los judíos de todo el mundo le debían a aquel hombre. Un visionario que al presenciar la infamia cometida contra un hombre justo, por el solo hecho de ser judío —¡Dreyfus y el azar!— sufrió una absoluta catarsis. De inmediato Herzl se encerró en su habitación del hotel de París y en un estado febril, emocionado al darse cuenta del torrente de palabras que brotaban de su pluma, lloró de alegría cuando escribió la frase que lo cambió todo. «El Estado Judío es una necesidad universal; por consiguiente, nacerá». No. No habían olvidado al padre espiritual del Estado que estaba a punto de nacer. Por ese motivo en el texto se hacía una especial mención:

> *«En el año de 5657 (1897), respondiendo al llamado del padre espiritual del estado judío, Theodor Herzl, se congregó el primer Congreso Sionista que proclamó el derecho del pueblo judío a la restauración nacional en su propio país».*

Benjamín Zeev[11] se había ganado con creces su lugar en la historia y en el corazón de todos los judíos.

En su autobiografía, Herzl había escrito: «No me acuerdo de haber escrito nada en un estado de tan solemne emoción. Heine dice que al componer ciertos versos, oyó un batir de alas de águila por encima de su cabeza. Yo también, cuando escribía ese libro, creía sentir algo como un batir de alas sobre mi cabeza». El proceso a Dreyfus transformó sus ideas al comprender que la asimilación era una solución imposible, y en su mente nació el concepto de sionismo.

Pola le llamó de nuevo:

—¡David, intenta dormir un poco! ¡Tienes un largo y duro día por delante!

¡Ah, Pola, Pola! ¡Qué haría sin ella! Tendría que hacer caso a los prudentes consejos de su mujer. Sería lo más sensato, pues tal vez no podría dormir durante los próximos días, y además, aunque le costaba reconocerlo, comenzaba a sentir en sus viejos huesos la fatiga de tantas batallas. Desde que siendo apenas un muchacho había colaborado en la fundación en Plonsk del movimiento «Obreros de Sión», en el que por primera vez los principios socialistas se mezclaban con los sionistas. Hacía mucho tiempo desde que aquel muchacho impulsivo había llegado a Palestina. En 1906. ¡Cuarenta y dos años! ¡Y sin embargo, apenas un suspiro! Recordaba aquellos primeros días, lleno de entusiasmo, dispuesto a trabajar en una colonia, a tocar la tierra con las manos, con la profunda fe de que la tierra prometida fructificaría tras veinte siglos de ausencia. Sonrió al recordar aquellos tiempos, en los que el único valor era la esperanza, y todo lo demás apenas tenía sentido. Trabajando sin sentir fatiga alguna hasta la madrugada en la redacción de su periódico, el «HA-ADJUT», la unidad, en Jerusalén. Fue allí cuando una noche decidió cambiar su apellido para conseguir la sonoridad del hebreo. Tras algunas dudas eligió Ben-Gurión. Era rotundo como él, y a partir de entonces cuando le preguntaban su nombre, lo remarcaba con orgullo. ¡David Ben-Gurión!

Por aquellos días comprendió que necesitaría entender mejor el sistema legal si deseaba ayudar a cambiar el mundo. Fue a Constantinopla a estudiar derecho. La rápida decadencia del Imperio Otomano, el desmoronamiento de un mundo con siglos de antigüedad, abría al tiempo una puerta a la ilusión de conseguir aquel utópico Estado Judío que Herzl había predicho, en una tierra que parecía aguardarles desde siempre.

Una luminosa tarde paseando por aquella hermosa y trágica ciudad que lo había visto todo a lo largo de la historia, se hallaba cerca del Gran Bazar, cuando inmerso en sus pensamientos, vislumbró que alguna vez los judíos volverían a la tierra prometida. Fue al cambiar unas palabras con un anciano sefardí sentado delante de su tienda de libros viejos. El hombre se hallaba inmóvil, con la mirada perdida en sus recuerdos, contemplando pasar el tiempo. Era uno más de los miles de sefardíes que vivían en Turquía. Siguiendo un irresistible impulso le preguntó a aquel hombre que cuántos años llevaba en Constantinopla, y el viejo judío se le quedó mirando unos instantes antes de contestarle con socarronería.

¡Cuatrocientos veinte años! ¡Más de cuatro siglos! Aquel hombre seguía contando el tiempo que le faltaba para retornar a Sión, desde que sus antepasados habían sido expulsados de España en mil cuatrocientos noventa y dos por los Reyes Católicos. Probablemente él, sus hijos, los nietos de aquel viejo sefardí se habrían ganado el pleno derecho a volver a la tierra prometida. El ascenso moral que significaba la dignidad de ser hijo de Israel, mientras de nuevo volvían a cantar con la misma fe: «¡Ya estamos, ya se posan nuestros pies en tus puertas, Jerusalén!».

¡Claro que se sentía cansado! ¡Sobre todo por tan larga espera! No podía meterse en la cama y cerrar los ojos, mientras la tensión aumentaba en todo el mundo, ante la inminente expectativa de lo que iba a suceder en Tel Aviv, en aquella Colina de la Primavera, donde se estaba preparando el trascendental cambio que el mundo judío aguardaba expectante, temeroso de que algo inesperado pudiera complicar el último y decisivo paso.

Los recuerdos bullían en su mente en aquella noche mágica, como si estuviera a punto de llegar también a una nueva vieja tierra[12], a las playas de un lugar mítico en el que todos ellos se transformarían en hombres y mujeres distintos. Sí. ¡Todo iba a ser diferente en unas horas! Al final los náufragos de la historia iban a encontrar la playa de la salvación, desde Gaza a San Juan de Acre.

Respiró con fuerza, mientras observaba sus fuertes manos. Allí, en Degania se curtió su piel, mientras contaba a los nuevos colonos que llegaban anhelantes, olvidándose de la fatiga, de los sinsabores de la larga travesía. En el pergamino de sus propias manos también estaba escrita una historia. Eran los días en que no faltaba mucho para que tronaran los cañones, ni para que Lord Balfour, un hombre honesto, tal vez el mejor ministro que había tenido nunca Gran Bretaña, publicara su famosa Declaración, aunque el verdadero mérito debía atribuirse a los esfuerzos de Weizmann, Rothschild y Sokolov. Gracias a ellos, a su tenaz forma de ser y de entender la vida, habían transformado una mera idea que flotaba en el aire, en una roca inexpugnable.

> *«Este derecho fue reconocido en la Declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917 y reafirmado en el mandato de la Liga de las Naciones que, específicamente, sancionó internacionalmente la conexión*

*histórica entre el pueblo judío y Eretz Israel, y al derecho del pueblo judío de reconstruir su Hogar nacional*».

Con respecto a él, sus fuertes convicciones se habían ido formando en los últimos años. Ahora estaba plenamente convencido de que aquella iba a ser la oportunidad histórica que los judíos anhelaban desde siempre, consecuencia también de la ética toma de posición de Jabotinsky, Trumpeldor y Pinhas Rutenberg, al alinearse a pesar de todo con los británicos frente a los Imperios Centrales. ¡No! ¡No habían llegado hasta allí por casualidad! Recordaba el inmenso esfuerzo que él mismo junto a Isaac Ben Zwi había tenido que realizar para convencer a los voluntarios americanos. ¡Uno a uno! Reclutar casi a cuatro mil hombres, todos ellos instalados en la que ya era su patria, los Estados Unidos, y convencerles de que Israel los necesitaba. Aquellas personas tendrían que cambiar su confortable vida y arriesgarlo todo por una idea, ¡una loca y maravillosa idea! Una lluviosa noche al llegar agotados a su hotel en Nueva York, Isaac le había dicho con una mezcla de sorna y respeto: «¡Tú te crees la reencarnación de Eleazar ben Yair!». Aunque se lo dijo en aquel tono mientras sonreía cachazudamente, a él le llenó de orgullo la comparación. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Sí! ¡Claro que tenían todo el derecho a volver a su ancestral tierra! Ahora de nuevo la Nación de Israel, y aquel pergamino que sujetaba entre las manos, escrito a mano con todo esmero, enlazado con un primoroso cordón de lana, que tras firmarlo se sellaría con lacre, mostraba la voluntad de todo un pueblo que había sabido aguardar miles de años, ¡más de cien generaciones! Sin olvidar sus deberes, ni tampoco sus derechos. Aquel documento era mucho más que una declaración formal, él lo sabía bien, un texto impregnado de fe, de esperanza, de paciencia, de dignidad y de amor. Sobre todo de amor. Construido tras tantas amarguras, penalidades y sacrificios, que al acariciar el pergamino creía poder sentirlas entre sus dedos.

¡Sí! ¡El tiempo pasaba demasiado rápido! Hacía ya seis años desde la reunión en el hotel Biltmore en Nueva York, en mayo de 1942. Y para conseguir que el mundo cambiase su criterio, había tenido que ocurrir la Shoah, ¡la peor pesadilla que nadie podría haber imaginado! ¡La aniquilación de millones y millones de judíos por el solo hecho de serlo! El absoluto horror que se desencadenó en 1933, para evidenciar la necesidad de un estado nacional judío.

¡Sólo recordar aquello se llenaba de indignación! Se cubrió el rostro con las manos al recordar los nombres de la ignominia: ¡Auschwitz, Majdanek, Treblinka, Bergen-Belsen, Mauthausen, Birkenau, Buchenwald, Chelmno, Theresienstadt, Sobibor, Belzec… y muchos más!

Resopló de furia y de impotencia, como le sucedía cuando aquellos nombres volvían a su mente. ¡Millones y millones de seres humanos inocentes! ¡Niños, jóvenes, ancianos, hombres y mujeres, víctimas de un odio criminal! Veía, a través de una densa neblina gris, la fila interminable descendiendo de los vagones de ganado, apaleados, hostigados, torturados, brutalmente asesinados. No le hacía falta concentrarse para poder escuchar las brutales amenazas y los inhumanos gritos de unos verdugos que mostraban un odio irracional hacia sus víctimas, seres humanos que iban a ser convertidos en humo tras aniquilarlos en las cámaras de gas. ¡Le resultaban insoportables aquellas visiones! ¡Jamás podría aceptarlo! Se puso en pie apretando los puños. Se había jurado que los judíos nunca olvidarían. ¡Levantarían un memorial de piedra en el que honrarían para siempre a aquellos que no habían tenido la oportunidad de llegar a pisar la Tierra Prometida! Las futuras generaciones sabrían lo que una vez el mundo había permitido. ¡La peor ignominia era el olvido!

Junto a sus compañeros de asamblea habían tomado la decisión de que tampoco iban a olvidarlo en aquel trascendental momento. ¡También las víctimas estarían presentes en el acto! ¡Era lo menos que podrían hacer por ellas! Embargado por la emoción, respiró profundamente y leyó, ajustándose las gafas:

> *«La catástrofe que recientemente azotó al pueblo judío —la masacre de millones de judíos en Europa— fue otra clara demostración de la urgencia por resolver el problema de su falta de hogar, restableciendo en Eretz Israel el Estado Judío, que habrá de abrir las puertas de la patria de par en par a todo judío y conferirle al pueblo judío el status de miembro privilegiado en la familia de las naciones».*

Suspiró. En unas horas el Estado de Israel volvería a surgir de sus cenizas. Ya Samuel lo había descrito en la Biblia como el territorio poblado por las tribus de Israel. ¡Y allí habitarían de nuevo las tribus! Los hijos de Jacob volverían presurosos a la llamada de Herzl. No era una idea reciente, pues ya Montefiore

había comprado un huerto de naranjos, sentando el principio de la propiedad judía en la Palestina otomana. Pero no era el primero, allí llegaron los judíos del Hidyaz huyendo de las persecuciones de los primeros musulmanes en el siglo séptimo, los Karaím, en el noveno, o los trescientos rabinos europeos que emigraron a Israel en 1211. Sin contar a los miles de yishuv que desde siempre habían habitado Palestina. A fin de cuentas al-Filistiya. La tierra de los Filisteos. ¡No! ¡Jamás se habían rendido! Aquella era su tierra y la llamada del shofar, el cuerno de carnero, seguía vibrando en el aire, poderoso y melancólico al tiempo, atrayendo a los judíos de todo el mundo. Rusos, polacos, alemanes, sefardíes de Grecia y de Turquía, marroquíes, yemenitas, iraquíes, iraníes, etíopes, americanos del norte y del sur. No cesaban de llegar cada día y las puertas de Israel permanecerían abiertas para todos los que quisieran llegar hasta allí:

> *«Supervivientes del holocausto nazi en Europa, como también judíos de otras partes del mundo, continuaron inmigrando a Eretz Israel superando dificultades, restricciones y peligros, y nunca cesaron de exigir su derecho a una vida de dignidad, de libertad y de trabajo de su patria nacional».*

Se sentía tan inquieto que no era capaz de permanecer sentado. Con un gesto metódico volvió a abrir las puertas cristaleras de la terraza. Eran apenas las cuatro de la madrugada y unos nubarrones habían cubierto parcialmente el cielo. La luna no se dejaba ver. Sintió un nuevo escalofrío al meditar sobre todo lo que tendrían que luchar aún. Los ataques de los árabes a las colonias no habían cesado desde la votación de las Naciones Unidas, en la sesión plenaria en la que se aprobó la partición del territorio en dos estados: árabe y judío. Los mandos militares del Tzaal habían tomado Haifa, Iafo, Tzfat, Treria y Ako. Era un ejército irregular, prohibido y atacado con extrema violencia por los británicos, que pretendían destruirlo por todos los medios. Pero también era el embrión de una fuerza que seguía teniendo la misma fe que el joven David cuando hizo ondear la piedra que contra todo pronóstico terminaría por derribar al gigante Goliat. Sabía muy bien que los judíos no podrían dejar de luchar hasta hacerse respetar por los países árabes. Estaban decididos y seguirían luchando de nuevo.

*«Durante la Segunda Guerra Mundial, la comunidad judía en este país construyó con todas sus energías en la lucha de las naciones amantes de la libertad y la paz en contra de la iniquidad nazi, y la sangre derramada por sus soldados y el esfuerzo bélico desplegado le valieron el derecho de contarse entre los pueblos que fundaron las Naciones Unidas».*

Percibió en el horizonte hacia el este una leve penumbra rojiza. Pocos días antes había releído La Odisea. Homero seguía vivo, allí estaban los rosados dedos de la temprana aurora que parecían augurar un espléndido día, y él como el inesperado líder de un milagro, en aquella hermosa ciudad que brotó en pocos años de las arenas de la playa. Intuía que la única solución era confiar en el Todopoderoso y rezar para que todo saliera bien. El tiempo iba muy deprisa, hacía apenas seis meses desde aquel hecho trascendental que lo había cambiado todo:

*«El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución que disponía el establecimiento de un estado judío en Eretz Israel. La Asamblea requirió de los habitantes de Eretz Israel que tomaran en sus manos todas las medidas necesarias, para la implementación de dicha resolución. Este reconocimiento por parte de las Naciones Unidas sobre el derecho del pueblo judío a establecer su propio estado era irrevocable».*

No. Ya no habría vuelta atrás. Sentía como la responsabilidad de esa certeza le atenazaba. También la íntima satisfacción de comprobar cómo el increíble milagro se estaba haciendo real. ¡Tantos siglos aguardando! La diáspora forzada estaba terminando y desde remotos lugares llegaban ansiosos por pisar la tierra prometida. De todos ellos, ni Herzl, ni Jabotinsky, ni muchos de los innumerables líderes que habían señalado con su dedo hacia la Colina de Sión, se encontrarían allí físicamente, pero sus espíritus les acompañarían, al saber que por fin se estaban cumpliendo sus anhelos:

*«Este derecho es el derecho natural del pueblo judío de ser dueño de su propio destino, con todas las otras naciones, en un estado soberano propio».*

Apretó los puños con fuerza. Aquella era su tierra ancestral y lo seguiría siendo para siempre. ¡Nadie podría arrebatársela jamás! ¡Ay de quien lo intentara! La aurora se intuía por el ventanal que daba al Este. Ya sería inútil acostarse, no podría conciliar el sueño, aunque no eran los nervios, pues a pesar de todo se sentía tranquilo, daba la impresión de una víspera más del shabat como otra cualquiera, y ella, Pola, tendría que encargarse, como casi siempre, de los preparativos. En cualquier momento sonaría el teléfono. Había quedado en verse a primera hora de la mañana con algunos de sus colaboradores. Se trataba de una ceremonia tan esperada por todos que debían cuidar hasta el menor detalle. Hacia levante vio aparecer el sol, con el oeste aún sumido en la penumbra. Israel se hallaba en el centro, en un equilibrio aún inestable entre la luz y la oscuridad. Eran ellos todos los hombres y mujeres de una tierra sagrada, los que sin duda alguna lograrían cambiar las cosas. Todo en la vida era cuestión de fe y de voluntad:

*«Por consiguiente, vosotros, miembros del Consejo del Pueblo, Representantes de la Comunidad Judía de Eretz Israel y del Movimiento Sionista, estamos reunidos aquí en el día de la terminación del Mandato Británico sobre Eretz Israel y, en virtud de nuestro derecho natural e histórico y basados en la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, proclamamos el establecimiento de un Estado Judío en Eretz Israel, que será conocido como el Estado de Israel».*

¡El sueño surgido de la visión histórica de Theodor Herzl! Le habían contado que al leer «El Estado Judío» un amigo de Herzl estalló en sollozos de incredulidad y de esperanza. La autobiografía del creador del sionismo terminaba con estas palabras: «No sé cuándo moriré, pero sí que nunca morirá el sionismo. Desde los días de Basilea, el pueblo judío ha vuelto a tener una representación nacional; esto quiere decir que el Estado Judío nacerá en su

propio país».

Y al final la profecía se había cumplido, a punto de proclamar a los cuatro vientos que, tras tantos sinsabores, los judíos volvían a tener su propio Estado. La fe puesta por todos se había convertido en realidad. Sin poder refrenarse, de memoria, en voz alta, prosiguió su discurso mental:

> *«Declaramos que, desde el momento en que termina el Mandato, esta noche, víspera del Shabat, el 6 de iyar, 5708 (14 de mayo de 1948) y hasta el establecimiento de las autoridades electas y permanentes del estado, de acuerdo con la Constitución que habrá de ser adoptada por la Asamblea Constituyente a ser elegida, a más tardar el 10 de octubre de 1948, el Consejo del Pueblo actuará en calidad de Consejo Provisional del Estado, y su brazo ejecutivo, la Administración del Pueblo, será el gobierno provisional del Estado Judío, que se llamará Israel».*

Observaba el sol naciente que iluminaba las lejanas colinas, y murmuró sin necesidad de memorizar: «Y dijo el ángel, tu nombre no será más Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y los has vencido. Luego Jacob engendró trece hijos y las doce tribus de su descendencia, y después del alejamiento forzoso, había llegado el momento de retornar». Por eso todos los que habían colaborado en redactar el texto, por unanimidad decidieron que figurara en la Declaración:

> *«El Estado de Israel permanecerá abierto a la inmigración judía y al crisol de las diásporas; promoverá el desarrollo del país para el beneficio de todos sus habitantes; estará basado en los principios de libertad, justicia y paz, a la luz de las enseñanzas de los profetas de Israel; asegurará la completa igualdad de derechos políticos y sociales a todos sus habitantes sin diferencia de credo, raza o sexo; garantizará libertad de culto, conciencia, idioma, educación y cultura; salvaguardará los Lugares Santos de todas las religiones; y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas».*

Caminó por el pasillo hacia la cocina, necesitaba un café bien cargado. Pola

estaba preparando el desayuno. Le observó en silencio, con una larga mirada de preocupación, reprochándole que no hubiera dormido. Luego sus rasgos se distendieron en una leve sonrisa de apoyo y comprensión. Le devolvió la sonrisa agradecido, para él esa comprensión valía su peso en oro. Sabía que mientras, en el resto del mundo, muchos observaban el proceso con gran recelo. Sin embargo, ellos, todo el pueblo judío, estaban dispuestos a cooperar. ¿No lo decían bien claro? Era una rotunda afirmación:

> *«El Estado de Israel está dispuesto a cooperar con las agencias y representantes de las Naciones Unidas en la implementación de la resolución de la Asamblea General del 29 de noviembre de 1947, y tomará las medidas necesarias para lograr la unión económica en toda Eretz Israel».*

Mientras bebía el café que le había preparado Pola, reflexionaba con preocupación y algunas dudas que le obligaban a fruncir el entrecejo. ¿Querría el mundo colaborar con el nuevo Estado Judío? ¿Proseguiría el antisemitismo cuando los judíos tuvieran su propio estado? Necesitaban no sólo a los grandes países, sino a todos, y eso llevaría tiempo y enormes esfuerzos de comprensión y voluntad. Pero estaban acostumbrados a aguardar, a creer, a tener fe. Otras naciones hablaban por años o por décadas, ellos, los judíos, podían hablar por décadas, por siglos, o incluso por milenios con la mayor naturalidad. Sin embargo, sabían que necesitaban ayuda desesperadamente:

> *«Apelamos a las Naciones Unidas para que asistan al pueblo judío en la construcción de su Estado y a admitir el Estado de Israel en la familia de las naciones».*

Durante el resto de la mañana habló con unos y otros. A las ocho comenzó a sonar el teléfono y el timbre en la «residencia oficial», el eufemismo que empleaban para designar el hogar que compartían Pola y él llegaron algunos de los líderes que firmarían con él aquella tarde. Todos le sonreían embargados por la esperanza y la certeza de haber llegado al final del duro camino. Después les dejaron solos.

Almorzaron temprano la comida que Pola había cocinado para él como cualquier otro día. A medida que se acercaba el momento, una sensación de serenidad, de paz interior le invadía. No temía las consecuencias de la Declaración; antes o después tendrían que hacerla. Tenían asumido que los árabes no iban a aceptarla en un primer momento. Los servicios de inteligencia le habían advertido telefónicamente de la concentración de tropas en las fronteras de Eretz Israel con Siria, Líbano, Jordania y Egipto. Sabía que la Legión Árabe se había juramentado para luchar sin descanso y sin piedad hasta conseguir echar a los judíos al mar. Pero eso no era nada nuevo. Sintonizó en la radio algunas emisoras árabes. Repetían una y otra vez que los judíos deberían abandonar su idea de crear un estado o se arrepentirían.

Pola eligió la corbata de entre las dos que tenía. Ella le había planchado la camisa, y los gastados zapatos brillaron de nuevo. Se vistió lentamente. El espejo le devolvió la figura de un hombre cargado de preocupaciones y esperanzas. Se introdujo los dedos entre el indómito cabello. El león de Juda. Sonrió.

En el coche dio un último vistazo a los papeles. Llevaba cuidadosamente enrollado el manuscrito de la Declaración. El documento más importante de los últimos siglos para los judíos. Un día se convertiría en un mito, en otra más de las épicas pugnas del pueblo de Israel frente a todos. Recordó el párrafo de memoria:

> *«Exhortamos —aún en medio de la agresión sangrienta que es lanzada en contra nuestra desde hace meses— a los habitantes árabes del Estado de Israel a mantener la paz y participar en la construcción del Estado, sobre la base de plenos derechos civiles y de una representación adecuada en todas sus instituciones provisionales y permanentes».*

El coche se detuvo ante el edificio del Museo de Tel Aviv, en la calle Rothschild, aquel hombre había colaborado de manera decisiva. Allí, en la misma acera, frente a la puerta principal, le aguardaban en fila todos los firmantes que le saludaron envarados. Iban trajeados, con camisas recién planchadas, casi todos con corbata oscura. A algunos se les veía emocionados, la

tensión del momento les traicionaba.

Penetró el último, caminando despacio en la gran sala decorada para la ceremonia presidida por el retrato de Theodor Herzl, situado entre dos largas banderas blancas con bandas azules que enmarcaban la estrella de David, el emblema que otro David, Wolfsohn Hertzl, diseñó para la Organización Sionista, que la ondeó en el primer Congreso en Basilea. Un precioso símbolo de las remotas raíces de su pueblo, el Maguén David, aquella antiquísima estrella de David, que tenía no menos de cinco siglos en cada una de sus seis puntas. Sí, sus raíces eran profundas en aquella ancestral tierra, conocida como Palestina hasta aquel día. Uno de los últimos párrafos lo dejaba bien claro:

> *«Extendemos nuestra mano a todos los estados vecinos y a sus pueblos en una oferta de paz y buena vecindad, y los exhortamos a establecer vínculos de cooperación y ayuda mutua con el pueblo judío soberano asentado en su tierra. El Estado de Israel está dispuesto a realizar su parte en el esfuerzo común por el progreso de todo el Medio Oriente».*

Los presentes aplaudieron su entrada. Movió la cabeza saludando a unos y otros. Todos eran conscientes del significado de aquellos momentos. Algunos le abrazaron, otros le dieron la mano ceremoniosamente, unos pocos incluso le besaron. Eran la representación de todos los que habían luchado por la supervivencia del mundo judío, allí estaban todos, los rabinos de Europa del Este, de Rusia, los sefarditas de Turquía, Grecia, España, de todo el Mediterráneo, los askenazis, los que llevaban generaciones en América, judíos de Marruecos, Túnez, Libia, Egipto, Irán, Irak, Siria, Líbano, Yemen, de Asia Central, de remotos lugares, todos ellos convencidos de la enorme trascendencia del precioso, único, legado que aportaban a la diversidad única del nuevo Estado de Israel.

Tras los saludos, la bienvenida, el tenso silencio roto por un carraspeo, se puso en pie, lanzó una larga mirada en silencio y comenzó a leer desde el principio, intentaba hacerlo con toda solemnidad y decisión, haciendo un gran esfuerzo de concentración, hasta llegar a los párrafos finales:

*«Hacemos una llamada a todo el pueblo judío en la diáspora para que se congregue en torno a los judíos de Eretz Israel, y lo secunde en las tareas de inmigración y construcción, y estén juntos en la gran lucha por la materialización del sueño milenario, la redención de Israel».*

Levantó los ojos y pudo ver que todos le observaban arrobados. En la gran sala imperaba el silencio. Mientras, sin ser casi capaz de pronunciar, emocionado, terminó su lectura acercando el micrófono a sus labios. Sus palabras estarían siendo materialmente bebidas por millones de judíos de todo el mundo, que se abrazarían llorando de alegría en aquellos momentos:

*«Poniendo nuestra fe en el Todopoderoso, colocamos nuestras firmas a esta proclamación en esta sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la patria, en la ciudad de Tel Aviv, en esta víspera de sábado, el quinto día de Iyar de 5708 (14 de mayo de 1948)».*

Movió la cabeza lentamente, asintiendo, y todos los que se hallaban sentados junto a él, los secretarios, los notarios, los representantes de algunos países que habían sido invitados a asistir, todos los presentes, rompieron en un larguísimo aplauso que volvía a enlazar con la ovación al Rey Salomón hacía tres mil años, cuando abrió el templo al culto, en el pacto eterno entre Dios y el pueblo de Israel, tal y como una vez en la noche de los tiempos, un patriarca mítico, Abraham, había establecido.

## 122. UN PATCHWORK DE RECUERDOS (TEL AVIV, BONN, BOSTON, NUEVA YORK, BERLÍN, ELMEN, CUXHAVEN-1960)

Una tarde de final de marzo de 1960, Selma Goldman tuvo una llamada telefónica en su casa de Tel Aviv. Era de Hannah Richter, que se identificó como una profesora alemana de Bonn. Le dijo que había ido hasta allí para verla y que iba a estar en Israel durante unos días. Dijo que tenía algo para ella y que debía dárselo en persona. Selma le contestó que sí querría ir a comer a su casa sería bienvenida. Cuando la profesora Richter le dijo que aceptaba encantada, Selma le pidió que anotara la dirección de su apartamento, en la calle Bialik 152, en el barrio de Ramat Gan, una zona residencial en rápido crecimiento a las afueras de Tel Aviv. Luego se despidieron hasta el día siguiente y Selma se quedó intrigada por aquella mujer, le sonaba aquel nombre de algo, como si lo hubiera escuchado alguna vez.

Se despertó en plena noche recordando que aquella Hannah Richter había sido la prometida durante unos años de Joachim Gessner, el hermano mayor de Eva Gessner, la mujer con la que Paul Dukas se había casado cuando se divorció de ella. Por lo que recordaba, Hannah no habría llegado a casarse con aquel hombre, un alto cargo de los nazis que de pronto desapareció de la escena política.

Selma vivía en Tel Aviv desde 1943, cuando tuvo que huir de Tesalónica. En 1944, su marido, Eduard Hirsch, con el que había contraído matrimonio pocos meses antes, murió participando en una acción del Batallón Judío. El implacable y extraño azar hizo que Lewis Auster, el marido de su hija Esther muriera con él.

Lewis Auster, profesor judío de la Universidad de Nueva York, decidió abandonar Nueva York y volver a Israel para luchar en el Batallón Judío. El avión que los trasladaba al interior de Hungría donde iban a lanzarse en paracaídas había sido derribado por las baterías antiaéreas alemanas. Ninguno de

los ocupantes sobrevivió. Cuando le llegó la noticia Selma no quería creerlo, sabiendo que lo más importante de su vida había desaparecido. Era un doble golpe también para su hija, apenas aún de luna de miel. El único consuelo era que ambos habían muerto intentando ayudar a otras personas para evitar que fueran asesinadas, defendiendo al pueblo judío.

Fue por entonces cuando la amiga de ambas, Lowe, que seguía soltera viviendo en un kibutz, se trasladó a Tel Aviv. Selma y Esther le pidieron que se fuera a vivir con ellas. En aquellos momentos estarían mejor las tres juntas. No solo las unía el cariño personal y una historia común. Selma seguía perteneciendo a la Agencia Judía para Israel, Sojnut Ha'Yehudit Le-Eretz Israel, como Esther y Lowe.

Hannah Richter llegó cerca de las doce. Una mujer alta y elegante de alrededor de sesenta años, con el cabello blanco y los ojos muy azules. Las abrazó a las tres emocionada, como si volviera a ver a unas personas muy cercanas, aunque ninguna de ellas la había visto nunca hasta aquel momento. Hannah traía un gran paquete con ella y se lo entregó a Selma que lo abrió en silencio. No pudo reprimir un grito al terminar de desenvolverlo. ¡Era el Talmud de Viena que había pertenecido a su padre! Hannah dijo que mientras investigaba en Tesalónica, al preguntar en la parroquia ortodoxa, un sacerdote se lo entregó diciéndole que se lo hiciera llegar a alguien de la familia Goldman. Selma se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Esther y Lowe tampoco pudieron reprimir su profunda emoción.

Luego Hannah les explicó que tuvo relaciones durante unos años con Joachim Gessner, hermano de Eva Gessner, coincidiendo con lo que Selma recordaba. Ella entonces residía en Berlín, y a finales de 1927 decidió romper la relación que mantenía con Joachim. Les explicó que algo no funcionaba entre ambos y que ella tomó la decisión cuando conoció a un hombre muy diferente, Werner Scharf, del que se enamoró perdidamente y con el que contrajo matrimonio civil. Tiempo después Werner fue detenido y enviado a un campo de prisioneros. Dado su precario estado de salud no pudo resistir las continuas torturas, la falta de atención médica, la crueldad de los nazis. Hannah les contó cómo había intentado por todos los medios que liberaran a Werner, lo que le resultó imposible. Por lo que ella pudo indagar, Werner murió prisionero de los nazis en el campo de Sachsenhausen, en Oranienburg, cerca de Berlín a finales

de 1938. Alguien muy importante en la cúpula nazi impidió que fuera liberado. Ella siempre había estado convencida de que no había sido otro que Joachim Gessner, despechado porque lo había abandonado por aquel hombre. Incluso lo intentó a través de la nueva prometida de Joachim, y aunque Constanze von Sperling se portó muy bien, ayudándola en lo que pudo, al final resultaron inútiles los esfuerzos.

Indagando en los archivos nazis, a los que ella tenía acceso como investigadora desde su cátedra en la universidad de Bonn, supo que el hermano de Joachim, Stefan Gessner, un alto cargo de las SD, los servicios de seguridad de las SS, se había suicidado en Berlín a finales de 1943, al descubrirse por la Gestapo, tras la muerte de María Gessner, que los hermanos Gessner tenían sangre judía. Joachim desapareció el mismo día, y todo el mundo estaba convencido de que la Gestapo o las SS lo habrían asesinado. Era la manera de terminar con los problemas de los nazis. De hecho no se había vuelto a saber de él desde entonces.

Selma asintió al escuchar aquello. Recordaba bien lo sucedido, se sentía responsable de aquella muerte ya que María y Eva Gessner se habían arriesgado mucho por ella, y por todo lo que ocurrió, incluso durante unos días llegó a dudar de si la habrían delatado.

Les explicó que había conseguido averiguar que Markus Gessner, el hermano gemelo de Joachim, como tantos otros refugiados de la guerra vivía en la Costa Este de los Estados Unidos, en algún lugar cercano a Boston.

Había intentado ponerse en contacto con Markus, pero no había conseguido contestación, lo que le pareció extraño, ya que aquel hombre, al que conoció muchos años atrás en una reunión familiar cuando era prometida de Joachim, era sin duda alguien que merecía la pena. En aquel momento se había dado cuenta de que en dos cuerpos idénticos se albergaban paradójicamente espíritus muy diferentes.

Pero lo que la había hecho pensar era lo que había ocurrido unos meses atrás, a finales de 1959, cuando recibió una carta de Constanze von Sperling en la que le decía que había encontrado su dirección en una agenda que Joachim había olvidado muchos años atrás en su casa de Elmen. La habían encontrado metida en un sofá al tapizarlo de nuevo. Le explicó que conocía su trabajo como investigadora a través de otro profesor de la universidad amigo de ella, y que al

haber mantenido relación ambas con Joachim quería comentarle algo.

Una antigua sirviente que había trabajado para ella en Elmen, María Stadler, emigrada también a los Estados Unidos, ya que había contraído matrimonio con un suboficial americano, le había escrito contándole que creía haber visto a Joachim Gessner en Salem, al norte de Boston en octubre de 1959, donde ella estaba trabajando como asistenta en un colegio. En la carta decía que estaba segura de que era él, mucho mayor, con la cabeza afeitada y barba, pero aun así lo había reconocido. Insistía en que tenía que ser él, ya que aunque sabía que tenía un hermano gemelo, aquel no podría ser otro que Joachim Gessner, ya que seguía teniendo aquel particular tic en los ojos muy frecuente en él.

Constanze se mostró muy extrañada por aquello, y contestó a vuelta de correo a María Stadler pidiéndole más información, ya que era imposible que se tratara de Joachim, al que todos daban por muerto. En cuanto a Markus Gessner por lo visto también había conseguido emigrar a los Estados Unidos. Esa era al menos la información que ella tenía.

Maria Stadler tardó casi dos meses en contestar. Le envió una carta asegurándole que podría jurar que aquel hombre no era otro que Joachim Gessner. Le contó que su marido lo siguió un día desde un centro comercial hasta el lugar donde en apariencia vivía, en el extrarradio de Lawrence, una pequeña población cercana a Salem, en el interior, en una zona boscosa donde existían algunas casas aisladas. Cuando el coche al que seguía se introdujo en una de ellas, pensó que no podía detenerse sin despertar sospechas y tuvo que seguir hasta encontrar donde aparcar su coche. Volvió andando a través de los árboles y aguardó hasta que lo vio subir a su coche y marcharse. Se acercó al buzón y pudo leer «Markus Gessner». Cuando volvió a su casa y le contó todo a María, ella le dijo que allí había algo extraño. ¿Por qué Joachim Gessner se estaba haciendo pasar por su hermano?

Al leer la carta de Constanze se había sentido intrigada y decidió ir a visitarla. La llamó por teléfono y se dirigió a la estación. Tuvo que hacer trasbordo para llegar a Travemünde, donde la aguardaba Constanze von Sperling. No se conocían personalmente pero desde el primer momento hablaron con toda confianza. Ambas pertenecían a una misma generación, habían vivido la guerra y sobrevivido. Además habían mantenido relaciones con el mismo hombre, aunque ninguna de los dos quiso seguir con él cuando supieron quién

era en realidad.

Constanze le volvió a contar lo que María Stadler aseguraba. Le dijo que estaba muy interesada en averiguar la verdad al punto que había decidido viajar hasta allí y comprobarlo personalmente. Por supuesto intentaría que él no la reconociera. Para ello se tintaría el cabello, vestiría al estilo americano, intentaría no cruzar la vista con él. Pero quería estar segura. Una grave sospecha la había asaltado conociendo a Joachim Gessner.

Hannah le dijo que ella pensaba lo mismo. Joachim Gessner había sustituido la personalidad de Markus Gessner, y eso solo podía suceder si tenía la certeza de que su hermano no iba a aparecer más. De ahí se deducía que Markus probablemente estaría muerto y, si era así, que Joachim Gessner tendría mucho que ver en ello.

Hannah se quedó todo el fin de semana en Elmen con su nueva amiga que la acogió como si se conocieran de toda la vida. Le habló a Constanze del libro que estaba escribiendo sobre lo que había sucedido a la gente cercana en aquel terrible conflicto que se había llevado por delante a tantos familiares, amigos y conocidos. De aquella espantosa pesadilla en que se había trasformado el Tercer Reich, de cómo los alemanes habían pagado un altísimo precio por seguir a un individuo sin principios, que les presentó una filosofía de la vida basada en el relativismo ético, la eliminación de los otros, y la aniquilación de los judíos europeos. Muchos alemanes habían sido cómplices de la destrucción moral de Alemania y de los millones de asesinatos cometidos, ya que sin aquella complicidad nunca hubiera conseguido llevar a cabo sus fines.

Constanze asintió. Ella había estado muy cerca y le reconoció que durante largo tiempo no quiso aceptar la realidad. No en vano era la propietaria de la casa colindante a la villa en Wannsee donde se había fraguado «la solución final». Ella había tenido allí, en Elmen, sentados como invitados el día de su boda y su divorcio, a Goering, Goebbels y Himmler. Los tres hombres que llevaron a cabo la ejecución material de los designios de Hitler. Los tres hombres que fueron capaces de convertir la esotérica visión de un iluminado en una espantosa realidad, en el mayor crimen de la historia. Le explicó que también ella había decidido anotar todo lo que recordaba, indagar qué había sucedido con unos y otros. Le habló de aquella mañana en la pastelería de Travemünde cuando presenció cómo deportaban a aquellas familias judías, lo que la hizo tomar

conciencia de lo que estaba sucediendo en realidad en el Reich. De pronto comprendió que junto a ella se estaba fraguando un estado criminal, basado en la codicia, la maldad humana, la ambición desmesurada, como aquel «lebensraum» que incitó a los alemanes a apoderarse de las naciones colindantes, y aniquilar, deportar y maltratar a sus habitantes, con la idea de que solo por ser alemanes tenían derecho a esclavizar a los demás seres humanos. De la valentía de su amiga, Angélica von Schönhausen, que se atrevió a pararles los pies nada menos que a los tres hombres fuertes del régimen nazi. De cómo algunos alemanes lucharon por evitar que aquello siguiera. Gentes a las que ella conocía o a sus parientes, que se arriesgaron y se lo jugaron todo para que la era de Hitler acabara cuanto antes, como von Stauffenberg y otros muchos que pagaron con la vida su heroica decisión.

Fue entonces cuando Hannah le propuso escribir juntas el libro, ya que ambas tenían mucho que aportar y eran puntos de vista diferentes. Hannah siempre se había opuesto al régimen nazi, mientras que Constanze había convivido con él hasta que se dio cuenta de lo que estaba pasando. Ella le decía que de pronto se dio de bruces con la realidad y comprendió que debía alejarse de aquella gente. Constanze no solo aceptó colaborar. Fueron a visitar a Angélica von Schönhausen, que seguía viviendo en Timmendorfer, acompañada de Rebeca Cohen a la que había prohijado. Tanto Angélica como Rebeca dijeron que querían colaborar, y que algo podrían aportar. Constanze sabía que la experiencia que Angélica había vivido en el campo de concentración aquellos días sería importante. En cuanto a Rebeca durante meses vivió una terrible experiencia, ver asesinar a su propia familia la había marcado para siempre. Hablaron de que necesitarían incorporar a alguien más que hubiera estado en el lado de las víctimas. Encontrar a la persona adecuada no iba a resultar fácil. En 1960 apenas quedaban unos pocos miles de judíos en Alemania, al menos en la nueva República Federal, y los que había se mostraban muy recelosos con los alemanes, lo que por otra parte era lógico.

Se despidieron quedando en verse con frecuencia. Constanze iba a viajar a los Estados Unidos dos semanas más tarde. A pesar de todo podía permitírselo ya que seguía siendo una mujer rica, y no iba a quedarse con la intriga. A su vuelta se pondría en contacto con ella y comenzarían la colaboración. Mientras le entregó la agenda de Joachim Gessner y lo que ella había ido escribiendo

sobre el tema. Le dijo que hiciera una copia de todo, ya que ella no iba a utilizarlo hasta su vuelta.

Cuando Hannah volvió a Bonn, al repasar sus notas tomó la decisión de viajar a Israel. Quería hablar con Selma Goldman, intentar implicarla, conseguir que las ayudara en su proyecto. Aquel era el motivo de encontrarse allí, con ellas.

Para su sorpresa, Selma aceptó colaborar en el libro con lo que pudiera aportar. Ella también había comenzado a escribir sobre lo sucedido en Europa tras el Tratado de Versalles, mucho antes de que comenzara el conflicto. Incluso antes de que Hitler llegara al poder. Lo había podido hacer con conocimiento de causa, ya que ella había estado allí. Recordaba muchas cosas ya que había ido tomando notas desde el primer día, con la intuición de que tal vez algún día aquella información fuese útil. Añadió que le gustaría colaborar ya que consideraba fundamental que todo aquello no se olvidase nunca.

Para Hannah significó una buena noticia. Ella también deseaba ir incorporando testimonios, retazos de lo ocurrido, de aquí y de allá. Al final surgiría un relato completo que se iría hilvanando con las aportaciones de unos y otros. Esther y Lowe quisieron aportar su parte. Plasmar lo que ellas habían vivido. Estaban entusiasmadas con la idea. Incluso se podría hablar por los que ya no estaban, poniéndose en su lugar, como en el caso de Lowe, a la que Paul Dukas había ayudado a escapar de Varsovia y a incorporarla a su familia en Viena. Ella eso no podría olvidarlo nunca.

Quedaron en mantenerse en contacto, en intentar encontrar a otras personas, como era el caso de Ilse Edelberg, hija de David Goldman y por tanto hermanastra de Selma. Ella creía que Ilse seguía viviendo en Berlín. Quedó en buscar su dirección y escribirle. El caso de Eva Gessner, junto con Markus, los dos supervivientes de la familia Gessner que se supiera. Eva había estado casada con Paul Dukas. Lo mismo que Constanze von Sperling, casada y divorciada inmediatamente de Joachim Gessner. Eran las que habían sobrevivido a un terrible desastre humano, al Holocausto de millones de judíos, gitanos, eslavos. Tenían la obligación de contar aquella historia, intentar que la gente conociera las causas, cómo había comenzado todo, quiénes habían sido los instigadores, los causantes, no solo los que habían actuado como perpetradores, también a los que habían hecho todo lo que podían, sacrificando incluso su vida por ayudar a los

demás.

Hannah volvió a Alemania dos días más tarde. El proyecto que había emprendido sola estaba tomando forma. Se incorporó a su cátedra en Bonn y siguió indagando en los archivos a los que tenía acceso. Se puso en contacto con el Colegio de Notarios de Viena y por su mediación consiguió que el notario que había atendido a Eva Gessner la recibiera. Viajó a Viena y habló con él. Muchos judíos austríacos habían emigrado a aquel país y los notarios estaban sirviendo de enlace en muchas ocasiones. Tras algunas dudas, al decirle que tenía noticias de que un hermano de Eva, Markus Gessner, vivía en los Estados Unidos, el notario le proporcionó la dirección de Eva Gessner, en Manhattan, junto a Park Avenue. También le proporcionó el número de teléfono. El notario le confirmó que por sus datos, María, Stefan y Joachim habían muerto durante la época nazi y que le gustaría confirmar aquella noticia.

Hannah regresó a Bonn y escribió al hotel de Boston en el que se hospedaba Constanze von Sperling durante su estancia allí, enviándole la dirección de Eva. Luego siguió escribiendo, manteniendo correspondencia con Selma. Fue Selma la que logró dar con la dirección de Ilse Edelberg, de soltera Ilse Wilhelm, en un remoto lugar en Cuxhaven, en la costa norte. Hannah le escribió que quería verla e Ilse aceptó que fuera allí, ya que le dijo que ella no se sentía con fuerzas para viajar. De nuevo Hannah fue hasta allí, alquiló un coche en Bremerhaven y se dirigió a Cuxhaven, un hermoso lugar en la desembocadura del Elba. La casita de Ilse Edelberg era muy pequeña, con una chimenea de piedra de la que salía humo. Una mujer mayor pero aún esbelta cavaba un pequeño jardín delantero. Detrás, muy cerca, un poco más abajo, se divisaba la playa. Cuando se acercó Ilse se quedó mirándola. Ella caminó y le estrechó la mano. Luego la abrazó.

Entraron en la casa. Hannah pensó que era como ella se había imaginado siempre las casitas de los cuentos de hadas. Todo era antiguo pero sin pretensiones, un ambiente acogedor, cálido y hermoso. Ilse le preguntó si le aceptaría una taza de té. Ella asintió. Durante un rato permanecieron en silencio, como dos viejas amigas que ya se lo hubieran dicho todo. Ilse preparó el agua caliente en la misma chimenea. Sacó unas galletas de nata de una estantería. Colocó las tazas y la tetera en una pequeña mesita junto a la ventana. Luego sirvió el té y se quedó mirándola. En el sillón Ilse estaba haciendo un precioso patchwork en tonos azules y morados.

Hannah pensó que aquella mujer tendría que haber sido muy hermosa, pero que la vida la había golpeado con dureza, lo que se adivinaba en su rostro, en sus ojos cansados pero aún brillantes. Sorbió el té y se quedó mirándola mientras Ilse le contaba quién era ella y por qué la vida la había llevado hasta allí.

Le habló de sus hijos. Klaus, suboficial de blindados, desaparecido en la guerra con Rusia. Elisa, enfermera de la Cruz Roja Alemana, muerta en un bombardeo aliado. David, el más pequeño, asesinado por los nazis por ser hiperactivo. De Karl Edelberg, su marido, prisionero en un lugar cercano a Peenemünde, un hombre bueno que optó por suicidarse. De su madre, Charlotte Wilhelm, de la relación que había mantenido en su juventud con un judío de Viena, David Goldman, de la que había nacido ella. De que no había sabido aceptar ser hija de un judío, y que cuando comprendió que el hecho de que fuera judío o fuera gentil no tenía ninguna importancia; ya era tarde. Comentó que se había puesto en contacto con ella un notario de Viena. Goldman la había incluido en su testamento, como una hija más. Aunque los nazis habían querido destruir y anular los testamentos de los judíos, aquel notario había escondido algunos protocolos cuando el anschluss. Los fantasmas del pasado, murmuró. Aquel dinero le permitía seguir viviendo.

Entonces Hannah le contó que hacía apenas un mes había estado en Israel. Allí se había encontrado con Selma Goldman, también con su hija Esther. En realidad y por lo que le estaba contando, Selma era su hermanastra y Esther su sobrina. Ilse asentía, como si quisiera saber más. La interrumpió para contarle que una vez, hacía muchos años, Selma había viajado a Berlín para hablar con ella. Dijo que en aquel tiempo ella pensaba de otra manera y no pudo entenderla. Luego se había arrepentido de ello. Añadió que le gustaría tener la oportunidad de escribirle y pedirle perdón, que le gustaría mucho conocerla aunque fuera tan tarde.

Hannah le explicó el proyecto. Escribir sobre lo que había sucedido, como una catarsis espiritual, que les ayudaría a librarse de los demonios que aún las asolaban con los viejos recuerdos. Sería como demostrarles que no les tenían miedo. Intentar reencontrase con los recuerdos de los seres queridos, comprender, recuperar lo que existió de positivo en los que las habían rodeado.

Ilse sollozó. Confesó que ella no había sabido entender lo que en realidad sucedía. Como millones de alemanes y alemanas que habían creído que las cosas

serían de otra manera. Que cuando quiso reaccionar ya era tarde.

Hannah lloró con ella. Era cierto, incluso ella que no había creído en el nazismo, que siempre pensó que la aventura en la que Hitler estaba embarcando a Alemania y a Europa acabaría mal, tampoco había hecho todo lo que podía por evitarlo. En ocasiones mirar hacia otro lado era la mejor solución. Sin embargo, aún estaban a tiempo de dejar un testimonio humano de todo ello.

Aceptó quedarse a dormir en un pequeño dormitorio de invitados que era también de juguete. Una vieja litera en la que en tiempos durmieron aquellos jóvenes que creían estar asistiendo al nacimiento de una nueva Alemania, y que se habían quedado en el camino.

Permaneció el fin de semana con su nueva amiga. Ilse le pidió que volviera, y ella le dijo que la siguiente vez le llevaría a su amiga Constanze, y que confiaba en poder traer alguna vez a Selma y a Esther. Mientras se lo decía los ojos de Ilse mostraban su ilusión.

Al día siguiente se despidieron. Ambas estaban emocionadas y tuvo que prometerle que no tardaría. Luego mientras conducía de vuelta a Bremerhaven, no pudo impedir que una lágrima corriera por su mejilla.

Un mes y medio más tarde Constanze von Sperling la llamó diciéndole que estaba de vuelta de su viaje a los Estados Unidos y que tenía que verla. La invitó a pasar unos días a Elmen diciéndole que tenía novedades pero que prefería contárselas cuando se vieran. Aprovechó que había un día festivo por medio para viajar a Elmen. Dispondría de cinco días para estar con Constanze, que fue a buscarla a la estación de Travemünde.

Constanze le explicó que tras recibir la carta había decidido ir primero a ver a Eva Gessner, que le aseguró que le gustaría colaborar en el libro. Recordaba muchas cosas que no deseaba que terminaran perdiéndose. Tampoco sentía ningún rubor en que se publicaran a pesar de contar cosas muy duras de sus propios hermanos. Le entregó muchos documentos, incluyendo copias de la carta de Ada Rothman y de la herencia de su madre, Hilda Horvath que quiso acompañarla a buscar a Markus, y le dijo que empezaría a escribir todo lo que le viniera a la mente y que se lo iría enviando, por si les era útil. Dos días más tarde fueron a Boston y de allí a Salem. Cuando buscaron a María Stadler no pudieron dar con ella ni con su marido. Nadie supo darles razón, simplemente les dijeron que se habían marchado. Le pareció extraño, ya que le había escrito diciéndole

que iba a ir a verla. Fueron entonces a la dirección donde vivía Markus Gessner según María. Observaron con estupor que la casa había sufrido un incendio y unos vecinos que vivían media milla al norte le dijeron que apenas quince días antes la casa había ardido y que el hombre que habitaba en ella, un tal Gessner, se había marchado de allí. Nadie en Salem ni en Lawrence parecía saber nada más.

Volvieron decepcionadas a Nueva York ya que Eva le confesó que se sentía muy sola y deseaba que se quedara con ella una temporada. Decidió quedarse un mes en casa de Eva en lugar del hotel. Constanze le contó a Hannah que había descubierto a una persona sensible y cariñosa que a pesar de todo echaba de menos Viena. La invitó a Elmen cuando quisiera ir, ya que Eva, que se había jurado a sí misma no volver jamás a Austria, estaba dispuesta a romper su juramento. Cuando llegó el día de la partida, Eva la acompañó al muelle donde estaba atracado el barco que la devolvería a Europa en un convoy. Se abrazaron al despedirse como si fuesen parientes y le reiteró que fuera cuanto antes. Quería reunir a Selma, Esther y Lowe, de las que tanto le había hablado Hannah en Elmen, para que Hannah les dijera lo que pensaba sobre el libro. Eva asintió, diciéndole que por supuesto ella tenía muchas cosas que contar.

Hannah le habló de la experiencia que había tenido con Ilse Edelberg, la hermanastra de Selma. Quizás no lo escribiría, pero si lo contaría. Era una mujer a la que la vida había maltratado, pero con una memoria excepcional que tampoco quería que se perdiesen.

Hablaron de cómo se había ido formando un grupo de siete mujeres muy diferentes. Tres mujeres alemanas, Hannah, Constanze y Angélica, tres mujeres judías, Selma, Esther y Lowe, y una mujer alemana de ascendencia judía por parte de padre, Ilse, todas ellas vinculadas por un pasado doloroso y trágico que en aquellos momentos las unía. Personas que habían pasado por muchos avatares, que habían ido cambiando a lo largo del tiempo, y terminando convencidas de que la traumática y terrible experiencia del nazismo, el Tercer Reich, el espantoso y criminal Holocausto, no deberían olvidarse jamás. Ellas escribirían el patchwork de aquella hermosa, terrible y trágica historia.

Una tarde de enero de 1961, ya oscureciendo, a la entrada de la autopista, la policía del estado de Washington dio el alto a un hombre de nacionalidad alemana identificado como el autor material de un doble asesinato cometido tres

años antes en Lawrence, un pueblo del estado de Massachusetts. El hombre intentó huir al tiempo que esgrimía un arma, falleciendo en el intercambio de disparos. Tras la autopsia fue identificado como un antiguo nazi alemán, Joachim Gessner, descubriéndose que se hacía pasar por su hermano de nombre Markus Gessner. Las huellas dactilares enviadas desde Viena al FBI por Simon Wiesenthal, el cazador de nazis, lo delataron.

# EPÍLOGO

# 123. EL ÚLTIMO CUADRO DEL PATCHWORK (LEIPZIG, ST. MARGARETHEN Y CUXHAVEN- DE FEBRERO A SEPTIEMBRE DE 1961)

En febrero de 1961, Karl Edelberg volvió a Alemania Oriental desde una planta científica situada en la ciudad de Akademgorodok, cerca de Novosibirsk, en Siberia. Fue liberado no solo por su edad, sesenta y ocho años, sobre todo por algún leve trastorno de carácter que le impedía centrarse en su trabajo. Se le proporcionó un piso de cuarenta metros en la periferia de Leipzig, en la República Democrática Alemana y un subsidio apenas suficiente para que pudiera mal vivir. Como si lo que había hecho todos aquellos años no significara nada para los soviéticos. A fin de cuentas no era más que un prisionero de guerra entre otros millones. Aunque a diferencia de la mayoría, al menos había conseguido recobrar la libertad.

A principios de 1945, en los últimos meses de la guerra, cuando se encontraba trabajando en la planta de Peenemünde, el ejército soviético capturó a los científicos alemanes que se encontraban allí y los trasladó a Novosibirsk. Después, ya en 1958, los condujeron a la recién inaugurada Ciudad de la Ciencia, en Akademgorodok, situada a unos veinticinco kilómetros al sur de Novosibirsk. Por entonces Edelberg estaba informado desde hacía tiempo de la muerte o desaparición de sus hijos. También tenía la certeza de que su mujer, Ilse, no había sobrevivido a la guerra tras los espantosos bombardeos de Berlín. Le habían contado que el barrio donde ellos vivían había quedado totalmente arrasado. No quiso indagar más y se resignó a vivir el resto de sus días en aquel helado piso de cuarenta y cinco metros cuadrados, en el que se podía escuchar a los vecinos como si estuvieran dentro de la casa, con muebles de ínfima calidad y alimentos insuficientes para mantenerse. Sin embargo Karl creía que no le había llegado la hora. Decidió escribir todo lo que había vivido desde aquel lejano día en que una agraciada joven le ayudó a recoger los papeles que el

viento arrastraba por la acera. Todo significaba todo, ya que Karl Edelberg seguía manteniendo una prodigiosa memoria. De todo lo que había ocurrido a lo largo de su vida, lo que más le seguía sorprendiendo era cómo un puñado de indeseables, sin clase ni calidad humana, se habían apoderado no solo del poder de uno de los países más poderosos del mundo, sobre todo del alma de sus habitantes. No más de media docena de hombres decididos a hacerse con el poder, para los que la vida humana era algo sin valor comparados con su tremenda ambición. Él había estado presente en alguno de los momentos trascendentales de los comienzos de aquella malhadada aventura, y había podido observar como Adolf Hitler había subyugado a unos cuantos, que a su vez, como si se tratase de un virus, expandieron unas ideas absurdas y malvadas que arrastraron a la gran mayoría a un alud de sangre, dolor y ambición, al que nadie podía oponerse impunemente.

Con su edad aún creía tener tiempo para contarlo. De hecho había comenzado el mismo día en que fue secuestrado por la Gestapo y conducido a su cárcel en Peenemünde. Allí le dijeron que si no quería que su familia sufriera un desgraciado accidente, debía convencer a su esposa de que había tomado la decisión de suicidarse. Sabía que los demás que allí estaban en la misma situación habían sido obligados a lo mismo. Era la forma en que los nazis dispusieron que se hiciera a fin de evitar filtraciones de una vez por todas, ya que estaban trabajando en la División de Altos Secretos militares del Tercer Reich. Un lugar inexistente para el resto de la población. Entonces tuvo que elegir entre aceptar y convencer a su esposa de que no deseaba seguir viviendo, o temer cada día por la vida de los suyos. Sabía por experiencia personal que los nazis no se detenían ante la vida humana.

Pero todo aquello había sucedido muchos años antes. Cuando creía que el resto de su vida, corta o larga, no sería más que un amargo final, de nuevo el azar iba a intervenir de una manera casi sorprendente. Una mañana se cruzó en el centro de Leipzig con un hombre que se le quedó observando. Luego el hombre le siguió un rato hasta que finalmente se le acercó.

—Oiga, perdone ¿No es usted el señor Edelberg? ¿Se acuerda de mí? Soy Richard Klein, el portero del edificio de su piso en Berlín. ¡Por Dios bendito! ¡Me aseguraron que usted había muerto! ¡Pero qué hace usted aquí en Leipzig! Yo es que soy de aquí. ¿Su mujer sabe que está usted vivo? Me dijeron que ella

vive en un lugar cerca de Bremerhaven, en la República Federal, al menos yo le envié las cartas durante un tiempo allí.

Karl Edelberg lo miraba incrédulo. Aquella noticia le sonaba a imposible. ¡Ilse vivía! Le preguntó con voz inaudible si recordaba si el lugar en cuestión era Cuxhaven. Klein afirmó.

—¡Sí! ¡Exactamente! ¡Cuxhaven! ¿No es ahí donde desemboca el Elba?

Dos meses más tarde Karl se mudó a vivir a St. Margarethen, en una casa aislada muy cercana a la orilla oriental del Elba. Cuando la policía política le preguntó cuál era la causa de que quisiera abandonar su piso en Leipzig, alegó que aquel clima le sentaba mal, y que prefería vivir aislado para poder concentrarse mientras escribía. No era ningún delito, a fin de cuentas era un hombre mayor, ya jubilado y sus papeles estaban en regla. Se autorizó excepcionalmente el traslado, aunque le advirtieron que debería notificar su residencia si volvía a mudarse. Tiempo después adquirió una pequeña barca, la pintó de negro como las barcas de los pescadores tradicionales y comenzó a pescar cuando el tiempo se lo permitía, ni siquiera la soltaba del amarradero en el río. Siempre la misma rutina. Un viejo pescador que se las ingeniaba para poder comer algo de pescado. Los guardias de ribera se acostumbraron a verlo, e incluso más de una vez les regaló una bolsa con algunos peces. Un viejo inofensivo que no se metía con nadie.

Hasta que cuatro meses después una noche sin luna de septiembre, se introdujo en la barca y solo tuvo que soltar la amarra, la corriente la arrastró en silencio hasta llegar muy cerca de Cuxhaven. Karl Edelberg había estudiado las corrientes y las mareas y pudo comprobar con satisfacción que le conducían hacia donde había previsto. Corriendo un gran riesgo consiguió huir de la Alemania Democrática, no solo esquivando las lanchas de la policía de frontera, también el importante y peligroso tráfico fluvial. Una vez en la orilla oeste embarrancó entre los juncos, tuvo que chapotear para llegar hasta la tierra firme y una vez allí se orientó por la brújula. Divisó el lejano faro y caminó hacia él, buscando la ubicación de la casita ya que cuando los niños eran pequeños habían ido allí con frecuencia. En ocasiones recordaba aquellos años como si no tuvieran nada que ver con él, algo que le hubieran contado acerca de la vida de otro.

Casi dos horas más tarde, ya amaneciendo, se encontró de pronto delante de

la casa. Se quedó mirándola sin poder creerlo, era exactamente como la recordaba, pequeña y desvencijada, pero la vio hermosa, la reconoció como parte de sus sueños. No pudo evitar sollozar de nostalgia y alivio.

Entonces pudo ver cómo se abría la puerta. Una mujer delgada de cabello blanco salió al exterior. A pesar de haber transcurrido veinticinco años desde que la vio por última vez, reconoció a Ilse. Toda una vida, pero estaba allí e intuyó que le seguía aguardando. Se incorporó y caminó hacia ella mientras pensaba que a pesar de todo debían recuperar el tiempo perdido.

# Personajes de ficción (por orden de aparición en la obra)

Esther Dukas (hija de Selma Goldman)
Selma Goldman (hija de David y Rachel, sionista)
Monsieur Goujón (el taxista de Versalles)
Paul Dukas (doctor en psiquiatría)
Eva Gessner (tratante de arte)
David Goldman (padre de Selma, investigador histórico del legado Sefardí)
Rachel Goldman (de soltera Rachel Safartí)
Ilse Wilhelm (hija de David Goldman y Charlotte Wilhelm)
Charlotte Wilhelm (madre de Ilse)
Salomón Dukas (padre de Paul Dukas)
Sarah Dukas (de soltera Sarah Rosenthal)
Jacob Steinlowski (casamentero de Dubossatti)
Nathan Rosenthal (abuelo de Sarah)
Esther Safartí (abuela de Selma, de soltera Esther Toledano)
Jacob Toledano (padre de Esther Toledano)
Efraím Safartí (esposo de Esther Safartí)
Matthias Lamberg (padrastro de Charlotte Wilhelm)
Hans Wilhelm (padre de Charlotte Wilhelm)
Karl Edelberg (esposo de Ilse Wilhem, ingeniero óptico)
Julius Edelberg (padre de Karl Edelberg)
Klaus Edelberg (hijo de Karl y de Ilse)
Elisa Edelberg (hija de Karl y de Ilse)
Hilda Horvath (madre de los hermanos Edelberg)
Joachim Gessner (hijo de Friedrich Gessner)

Stefan Gessner (hijo de Friedrich Gessner)
Markus Gessner (hijo de Friedrich Gessner)
María Gessner (hija de Friedrich Gessner)
Frank Winter (banquero de Zúrich)
Christian von Ehrenfels (profesor de filosofía)
Jacob Meyer (ingeniero óptico)
Carlo Mattei (profesor)
John «El señor» Stanley (profesor de inglés)
Nathan Goldman (pariente de David Goldman)
Stefanos Papadoulos (patrón del motovelero)
Kurt Eckart (Israel Zhitlovsky)
Anna Salhiskaya (nombre gentil de Sarah Zhitlovsky)
Anatoli Sajarov (coronel NKVD, alias «Iván», alias «Frederick Bauer»)
Andreas Neuer (abogado, agente NKVD)
Klaus Schmidt («El consejero» del Bankverein Wiener)
Julius Frank (asistente personal de Friedrich Gessner)
Julian Kosche (redactor del «Völkischer Beobachter»)
Hannah Richter (profesora de filosofía, protagonista y relatora de lo sucedido)
Werner Scharf (piloto de combate en la Gran Guerra, amante de Hannah Richter)
Herzog Zükermann (rabino de Viena)
Abraham Krasniewski (rabino de Varsovia)
Schmuel Dukas (tío de Paul Dukas)
Abraham Dukas (tío de Paul Dukas)
Sarah «Lowe» Lowestein (sacada de una casa de prostitución por Paul Dukas)
Baruch Kaplan (vecino de Dubossatti, 1927)
Karl Wasilewski (notario de Varsovia)
Anna Wilhelm (madre de Charlotte Wilhelm)
Baruch Kaplan (vecino de Dubossatti)
Dimitrios Papadopoulos (notario de Salónica)
Ada Rothman (abuela de los hermanos Gessner)
Hannah Steinmann (abuela de A. Neuer)
«Lahm & Stein» (bufete de abogados, Viena)
Janos Horvath (conde húngaro, casado con Ada Rothman)
Emil Rothman (financiero húngaro padre de Ada Rothman)

Jacob Mendel (abuelo de los hermanos Gessner)
Hans Meyer (peluquero de Hannah Richter)
Alice Krook (hermana de Werner Scharf)
Daniel Rumkowsky (doctor en medicina)
Alice Haussman (enfermera y secretaria en la consulta de Paul Dukas)
Judith Meyer (esposa de Jacob Meyer)
Hans Harnack (consejero financiero de Viena)
Schmuel Cohen (abuelo materno de David Goldman)
Rebeca Bloch-Bauer (amiga de la infancia de Eva Gessner)
Salomón Bloch-Bauer (abogado)
David Edelberg (tercer hijo de Ilse y Karl)
Matthias Klein (arquitecto de Viena, compañero de Hitler en preparatorio)
Sigmund Hohmann (SS Viena)
Constanze von Sperling (casada con Joachim Gessner)
Hammerstein (miembro de la directiva de la Cámara de Comercio de Viena)
Mordecai Salomón (miembro de la directiva de la Cámara de Comercio de Viena)
Jürgen Kruger (inspector policía en Berlín)
Johann Brunner (inspector de la Gestapo)
Stefan Rechberg (doctor en medicina)
Hans Müllenheim (doctor en medicina)
Albert Johl (ingeniero jubilado, Berlín)
Angelos Karagounis (campesino griego)
Karl Gottfried (SS/SD)
Salomón (Hermanos) (empresarios de Viena, propietarios de un gran almacén)
Moses Goldman Jr. (administrador de Goldman & Goldman)
Friedrich Eicke (director campo de trabajo Dachau)
Jacob Mussman (doctor en medicina)
Sarah Mussman (médico, hija de Jacob)
Bernard Schmidt (investigador)
Ada Amiad (novia de Jacques Dukas en Salónica)
Ariel Nahmias (novio de Esther Dukas en Salónica)
Salomón Amiad (padre de Ada)
Sarah Amiad (madre de Ada)

Paul Heiden (nombre falso de Paul Dukas)
Walter Schmidt (periodista del «Frankfurter Zeitung»)
Alfred Wallenberg (periodista del «Berliner Tageblatt»)
Emile Herzog (médico de Sachsenhausen)
Frankl (subdirector de Sachsenhausen)
Doctor Ziegler (médico del campo de concentración de Sachsenhausen)
Moshe Zeev (agente de la Haganah —Agencia Sionista)
Emil Kayfman (ayudante de Selma Dukas)
Karl Fisher (amigo de Jacques Dukas en Viena)
Louise Delacourt (amante de Jacques Dukas)
Abraham Appelbaum (médico, vecino de Selma en Viena)
Los Hirsch (peleteros, vecino de Selma en Viena)
Gerard Haussman (corredor de comercio jubilado de Viena)
Los Altmann (vecinos de Selma en Viena)
Louis Lemaître (oftalmólogo, amante de Markus Gessner)
Karl Wagner (abogado del bufete de A. Neuer)
Salomón Cohen (agente sionista)
Angela Jäger (nombre falso de Selma Goldman)
Eduard Hirsch (o Eduard Glücks, agente sionista en Praga)
Sergei Sokolovski (subdirector NKVD en Moscú)
Andreas Weber (comandante de la Abwehr)
Jacob Salatsch (financiero de Viena, amigo de Paul Dukas)
David Bernstein (financiero de Viena, amigo de Paul Dukas)
Jacob Appelbaum (financiero de Viena, amigo de Paul Dukas)
Simón Steinmann (conductor del camión)
Abraham Rosenblum (financiero de Viena, amigo de Paul Dukas)
Hans Webber (supuesto destinatario de la mudanza)
Chaim Oldman (pariente de Abraham Rosenblum)
Karl Stadler (encargado de la finca Elmen)
María Stadler (hija de Karl Stadler)
Angélica von Schönhausen (amiga de Constanze Sperling)
Hans Schmitt (jardinero en Elmen)
Josef Erhard (pastelero de Travemünde)
Los Blumenfeld (peleteros de Travemünde)

Adam Zükermann (abogado de Travemünde del bufete Zükermann & Roth)
Philips Roth (abogado de Travemünde del bufete Zükermann & Roth)
Chaim Cohen (médico de Travemünde)
Adam Hirsch (joyero de Travemünde)
Andrew Carpenter (diplomático norteamericano del consulado de Varsovia)
Lewis Auster (coordinador judío-americano)
Franz Müller (sargento compañero de Klaus Edelberg)
Werner von Runstedt (sargento compañero de Klaus Edelberg)
Julius Freisler (comandante de la Wehrmacht en Kiev)
Franz Müller (conductor del tanque de Klaus Edelberg en Ucrania)
Doctor Samuel Toledano (pariente lejano de Rachel Goldman)
Arnold y Lena Auster (padres de Lewis Auster)
Rabino Stephen Wise (del Consejo Judío en Nueva York)
Thomas Hobson (militar británico enviado como observador a Rusia)
Heinrich Weizsäcker alemán de Berlín (seleccionado con Klaus Edelberg en Stalingrado)
Franz Schmitt (agente de los servicios de inteligencia bolchevique)
Doctor Müllenheim (psiquiatra de Berlín)
Doctor Jäger (psiquiatra de Berlín)
Doctor Heyde (de la Asociación de médicos Nacionalsocialistas)
Ethel Scott (agente doble británica en Moscú)
Brigadier Thomas (sargento Sloane, cabo primera Smith, instructores paracaidistas en Palestina)
John Muller, (teniente Klaus Edelberg)
Capitán Jacobson (oficial paracaidista en la operación Overlord)
Rebeca Cohen (hija del doctor Chaim Cohen, de Travemünde)
Matthias Prater (inspector jefe de la Gestapo)
Terry Morton (alto funcionario británico en Yalta)
Coronel Laffite (de la Francia Libre, enviado del General De Gaulle)
teniente York (del ejército británico delegado en el Campo de Mauthausen)
Richard Klein (portero del edificio del piso de la familia Edelberg en Berlín)

# Personajes históricos (por orden de aparición en la obra)

Eleftherios Venizelos (primer ministro griego en 1919)
Woodrow Wilson (presidente de los EEUU en 1919)
George Clemenceau (primer ministro de Francia 1919)
Sigmund Freud (psiquiatra de Viena)
Adolf Loos (arquitecto de Viena)
Richard von Krafft-Ebing (psiquiatra de Viena)
Otto Weininger (filósofo austríaco)
Lloyd George (primer ministro británico)
León Pinsker (médico, sionista y escritor)
Nathan Birbaum (periodista y escritor sionista)
Theodor Herzl (escritor fundador del sionismo)
Max Wertheimer (psicólogo, fundador de la teoría de la Gestalt)
Wagner-Jauregg (psiquiatra de Viena)
Arnold Schönberg (compositor y pintor de Viena)
Karl Lueger (alcalde de Viena)
Edmond de Rothschild (financiero y filántropo, sionista)
Max Warburg (financiero de Estocolmo)
Kuhn (de la firma «Khun, Loeb and Co»)
Loeb (de la firma «Khun, Loeb and Co»)
Olef Aschberg (financiero sueco ayudó a financiar los bolcheviques)
Jacob Schiff (fundador de «Kuhn, Loeb y Co»)
Hermanos Lazare (financieros franceses)
Maurice de Hirsch (financiero)
Barón de Gunzbourg (financiero)

Speyer (financiero)
Wallenberg (financiero)
Guggenheim (financiero)
Breitung (financiero)
Trotsky (político ruso judío bolchevique, enemigo de Stalin, Trotskismo)
Kamenev (político ruso judío bolchevique)
Zinoviev (político ruso judío bolchevique)
Sverdlov (político ruso judío bolchevique)
Ederer (financiero judío)
Rosenthal (financiero judío)
Goldenrudin (director de propaganda del C. de Asuntos Exteriores; judío).
Merzvin (financiero judío)
Jakub Furstemberg (financiero judío de Lenin)
Karl Liebknecht (pensador y político judío alemán)
Kurt Eisner (1867-1919) (político y periodista, organizó la «Rev. de Noviembre»)
Rosa Luxemburgo (escritora y política judía alemana)
Benito Mussolini (El Duce, dictador fascista de Italia)
Kaiser Guillermo II (Emperador de Alemania)
canciller von Baden (canciller de Alemania)
canciller Friedrich Ebert (canciller de Alemania en 1918)
C. de Gobineau (escritor y pensador racista «La desigualdad en las razas humanas»)
Houston Stewart Chamberlain (escritor británico nac. alemán, pensador racista)
Georges Vacher de Lapouge (Teórico del racismo: «El ario y su papel social»)
Samuel George Morton (médico norteamericano, racista científico)
Henri de Boulainvilliers (Marques de B. Pensador, iniciador del racismo)
Lombroso (médico y criminólogo, teoría del criminal nato)
Wilhelm Pieck (político alemán, miembro de la Liga Espartaquista)
Mehring (de los Freikorps)
teniente Lindner (de los Freikorps)
Fritz Haber (científico)
Walther Rathenau (empresario y político)
Erich Ludendorff, general alemán de la primera Guerra Mundial

Adolf Hitler (líder del nazismo, instigador del Holocausto contra los judíos)
Thomas Mann (escritor alemán, contrario al nazismo)
Heinrich Mann (Hermano de T. Mann, escritor contrario al autoritarismo)
Emil Strauss, abogado de la familia Rothschild y coleccionista de arte
Robert Musil (escritor austríaco «El hombre sin atributos»)
General von Seeckt (militar alemán de la primera Guerra Mundial)
Arthur Schnitzler (médico y dramaturgo austríaco)
Egon Schiele (pintor austríaco expresionista)
Oskar Kokoschka (pintor austríaco expresionista)
Karl Strauss (escritor del movimiento «Jung Wienu»)
Stefan Zweig (escritor judío austríaco)
Moses Hess (filósofo alemán de origen judío precursor del sionismo)
Capitán Dreyfus (militar francés de ascendencia judía)
Nahum Goldman (Militante de la Agencia Judía, pensador)
Josef Stalin (líder soviético)
Gregor Strasser (político alemán, Presidente del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores)
Julius Streicher (Gauleiter de Franconia y editor de «Der Stürmer»)
Ernst Röhm (fundador de las SA)
Max Amann (militar y editor alemán del NSDAP)
Hermann Goering (Mariscal y ministro de Aviación de Hitler)
Rudolf Hess (político alemán nacionalsocialista)
Alfred Rosenberg (político nazi, editor del «Völkischer Beobachter»)
Theodor von der Pforten (miembro de la Cámara de los jueces)
Johann Rickmers (Capitán de caballería simpatizante nazi)
Lorenz Ritter von Stransky (fallecido en el Putsch de Múnich)
Dr. Max Erwin Scheubner-Richter (doctor ingeniero fallecido en el Putsch de Múnich)
Gustav von Kahr (comisario de Baviera)
Von Lossow (ayudante de Baviera)
Von Seisser (ayudante de Baviera)
Joseph Goebbels (líder del partido nazi)
Johann Gottfried von Herder (filósofo y teólogo del romanticismo alemán)
Friedrich Maximilian Klinger (Dramaturgo alemán «Sturm und Drang»)

Johann Gottlieb Fichte (filósofo alemán «Discursos a la nación alemana», origen del nacionalismo alemán)
Georg Wilhelm Friedrich Hegel (filósofo alemán «Fenomenología del espíritu»)
Carlos Marx (filósofo y escritor judío alemán, creador del «marxismo»)
David Ben-Gurión (líder sindical y político sionista, creador Estado de Israel)
Chaim Weizmann (científico judío, político sionista, fundador del E. de Israel)
Arthur James Balfour (primer conde de Balfour, político y estadista británico)
Príncipe Faysal ibn Husayn (hijo del jerife Husayn ibn Ali y líder de la Rebelión Árabe contra los turcos)
Hussein ibn Alí (Jerife de la Meca, de la dinastía de los Hachemitas)
General Allenby (militar británico conquistador de Palestina en la primera Guerra)
Sir Henry Mac Mahon (Alto Comisionado Británico en Egipto)
Sir Mark Sykesb (En representación de Gran Bretaña en el Tratado Sykes-Picot)
Charles François Georges-Picot (En representación de Francia en el Tratado Sykes-Picot)
Carl Jacob Christoph Burckhardt (Historiador suizo de arte y cultura)
Hermann Kriebel (oficial de Estado mayor que luchó con los Freikorps, líder de la Kampfbund)
Charles G. Dawes (presidente de la comisión de revisión del Tratado de Versalles. Premio Nobel)
Giacomo Matteotti (político socialista italiano)
Benedetto Croce fue un escritor (filósofo, historiador y político italiano)
Gabriele D'Annunzio (novelista, poeta, dramaturgo, militar y político italiano Friedrich Nietzsche)
Hermann Esser (político alemán, perteneció al NSDAP, editor del Völkischer Beobachter)
Manfred von Richthofen («El Barón Rojo»)
Friedrich Engels (filósofo alemán, escribió entre otros «El manifiesto del partido comunista»)
Félix Djerzinsky (revolucionario comunista polaco, famoso como el fundador de la policía secreta)
Hannah Stein (prometida de Goebbels)
Hans Frank, militar y abogado nazi, alto funcionario en la Alemania nazi

Heinrich Hoffmann (fotógrafo de Hitler)
Angela Raubal (hermanastra de Hitler)
Leví Sciuto (director diario «Sionista»)
Sören Kierkegaard (filósofo y escritor danés)
Hitschmann (psiquiatra de Viena)
Rudolf von Sebottendorff (fundador de la Sociedad Thule)
Paul Ehrlich (médico y bacteriólogo alemán, premio Nobel de Medicina en 1908)
Albert Einstein (físico judío alemán, Premio Nobel de Física)
Fritz Haber (químico alemán galardonado con el Premio Nobel de Química del año 1918)
Walter Gropius (arquitecto y diseñador alemán fundador de la escuela Bauhaus)
Karl Kautsky (destacado marxista checo)
Gustav Meynrik (narrador austríaco, conocido sobre todo por su primera novela «El Golem»)
Hermann Broch (novelista, ensayista, dramaturgo y filósofo austríaco)
Berta Pappenheim (feminista judía austríaca defensora y pionera de los derechos de la mujer y del niño)
Martin Buber (filósofo y escritor judío austríaco/israelí. Es conocido por sus obras de carácter existencialista)
Alfred Adler (médico austríaco, fundador de la psicología individual, precursor de la moderna psicoterapia)
Moritz Benedikt (médico judío, precursor de la neurología clínica)
Hermann Bahr (escritor, dramaturgo, director y crítico austríaco)
Alfred Kubin (ilustrador expresionista austríaco y escritor)
(Familia Bloch)
Bauer (importante familia judía vienesa de financieros y empresarios)
Gustav Klimt (pintor austríaco)
Heinrich Brüning (canciller de Alemania)
Menachem Ussishkin (sionista)
Geli Raubal (sobrina y amante de Hitler)
Albert Speer (arquitecto y ministro de Armamento del Gobierno de Hitler)
Leni Riefenstahl (directora de cine)
Von Papen (canciller de Alemania)

Kurt von Schröder Banquero de Hitler
Werner von Blomberg (ministro de la Guerra)
Kurt von Schleicher (canciller de Alemania)
Hindenburg (Presidente de Alemania)
Hugenberg
Hjalmar Schacht (ministro de Economía de Hitler)
Hugo Boss (Modista y diseñador alemán)
Gerhard Wagner (médico nazi)
Karl Brandt (médico nazi)
Wolfram Sievers (médico nazi)
Emmanuel Kant (filósofo alemán)
Goethe (filósofo y poeta alemán)
Alexander de Humboldt (geógrafo, astrónomo, humanista, naturalista y explorador alemán)
Beethoven (compositor alemán)
Erich Maria Remarque (escritor alemán)
Bertolt Brecht (dramaturgo y poeta alemán)
Heinrich Heine (destacado poeta y ensayista alemán del siglo XIX)
Jack London (escritor norteamericano)
Ernest Hemingway (escritor norteamericano)
Sinclair Lewis (escritor norteamericano, Premio Nobel de literatura)
Doctor Victor Frankl (médico y psiquiatra judío austríaco, fundador de la logoterapia)
Karl Kraus (eminente escritor y periodista austríaco, conocido como dramaturgo y poeta)
Elias Canetti (escritor y pensador en lengua alemana, Premio Nobel de Literatura en 1981)
Joseph Roth (novelista y periodista austríaco de origen judío)
Karl Popper (filósofo y teórico de la ciencia austríaco, posteriormente ciudadano británico)
Hans Eisler (compositor alemán y luego austríaco de música clásica europea)
Ludwig Wittgenstein
Julius Lippert (director de el Völkischer Beobachter)
Klara Pölzl

Schneidhuber (jefe local de las SA)
Schmid (jefe local de las SA)
Klausener
Gustav Von Kahr (político alemán, primer ministro de Baviera de 1920 a 1921)
General Strasser (militar alemán)
Dr. Schmitt (jurista alemán nazi)
Frick (ministro de Justicia)
Theo Habicht (dirigente nazi de Austria)
Miklas (presidente de Austria)
Dollfuss (canciller de Austria)
Kurt Schuschnigg (canciller de Austria)
Herbert von Bose (espía alemán en la primera guerra, jefe de prensa del canciller Von Papen)
Edgar Julius Jung (médico suizo, psiquiatra, ensayista, fundador de la psicología analítica)
Loew (Rabino del Golem)
Konstantin von Neurath (ministro de A. Exteriores del Gobierno de Hitler)
Lutz Graf Wilhelm Frick (ministro del Interior del Gobierno de Hitler)
Schwerin von Krosigk (ministro de Finanzas del Gobierno de Hitler)
Franz Gürtner (ministro de Justicia del Gobierno de Hitler)
Franz Seldte (ministro de Trabajo del Gobierno de Hitler)
Paul Freiherr von Elt Rübenach (ministro de Postal y Transportes del Gobierno de Hitler)
Bernhard Rust (ministro de Ciencia y educación del Gobierno de Hitler)
Hans Kerrl (ministro de Asuntos Eclesiásticos del Gobierno de Hitler)
Rudolf Hess (ministro sin Cartera del Gobierno de Hitler)
Wilhelm Kube (Gauleiter de Brandeburgo)
Josef Grohé (Gauleiter de Krummacher)
Jacob Sprenger (Gauleiter de Hesse)
Samuel Ha-Levi Abolafio (influyente personaje de la corte del rey Pedro I de Castilla del siglo XIV)
Sabbatai Zeví (pensador judío del siglo XVII que se proclamó a sí mismo mesías)
Henry Hamilton Beamish (político británico antisemita)
Arnold Spencer Zeese (antisemita, fundador de la Liga Imperial fascista)

Egon van Winghene (holandés antisemita que apoyó la expulsión de los judíos de Europa)

Bernhard Lösener (jurista, experto en asuntos judíos, antisemita)

Franz Albrecht Medicus (jurista nazi, antisemita, colaborador en las leyes raciales de Núremberg)

Wilhelm Stuckart (representante del M. del Interior del Reich; abogado, coautor de las Leyes de Núremberg)

Robert Ley (jefe de Organización NSDAP)

Julius Schaub (director de Documentación NSDAP)

William Brückner (ayudante Jefe)

Albert Bormann (ayudante personal de Hitler; hermano de Martin Bormann)

Sepp Dietrich (jefe SS-Leibstandarte «Adolf Hitler»)

Baillet-Latour (presidente COI-Olimpiadas de 1936)

Avery Brundage (presidente del Comité Olímpico durante los juegos de verano de Berlín)

Hindenburg (mariscal del imperio alemán, Presidente del Reich alemán)

Beuwens (árbitro de futbol en las Olimpiadas de 1936)

Frossi (jugador de futbol italiano olimpiadas de 1936)

Kainberger (jugador de futbol austríaco olimpiadas)

Adolf Eichmann (teniente Coronel de las SS nazi. Responsable directo de la solución final)

Anders Retzius (entomólogo, químico y botánico sueco, usó el índice cefálico en la antropología física)

Charles Darwin (naturalista inglés. Creador del darwinismo)

Francis Galton (naturalista inglés, creador de la eugenesia)

George Vacher de Lapouge (creador del racismo científico. Eugenista)

Alfred Binet (pedagogo y psicólogo francés, contribuyó a la psicometría test de predicción del rendimiento)

Henry Herbert Goddard (fue un prominente psicólogo y eugenista estadounidense de principios del siglo XX)

Alfred Ploetz (organizó el movimiento eugenésico alemán)

Ernst Haeckel (biólogo y filósofo alemán que popularizó el trabajo de Charles Darwin en Alemania)

Paul Broca (médico y anatomista francés. Craneometría racial)

Thomas Huxley Biólogo británico (defensor de la Teoría de la Evolución)
Henri Bernard (marqués de Boulainvilliers, historiador, politólogo y pensador francés de razas humanas)
Eugen Fischer (director del Instituto Racial)
Heinrich Goering (padre de Hermann Goering)
General von Trotha (militar alemán, exterminador del pueblo africano herero)
Otmar Freiherr von Verschuer (eugenista y racista alemán)
Charles Davenport (presidente de la Federación Internacional de Eugenesia)
Franz Marc (pintor alemán expresionista)
Wassily Kandinsky (pintor ruso abstracto)
Munch pintor (expresionista noruego)
Marc Chagall (pintor francés de origen ruso judío)
Max Ernst (artista alemán nacionalizado francés)
Paul Klee (pintor alemán nacido en Suiza, —surrealista, expresionista y abstracto)
Emil Nolde (pintor expresionista alemán)
Otto Dix (pintor alemán expresionista)
Eric Heckel (pintor e ilustrador alemán, miembro fundador del grupo expresionista «Die Brücke»)
Ernst Ludwig Kirchner (Die Brücke)
Picasso (pintor de origen español nacionalizado francés)
Matisse (pintor impresionista francés)
Van Gogh (pintor impresionista holandés)
Cónsul General von Fritsch
H. C. Raeder (almirante de la armada alemana)
Coronel Hossbach (militar alemán)
Schopenhauer (filósofo)
Franklin D. Roosevelt (presidente de los Estados Unidos)
Golda Meier (líder sionista de la Agencia Judía)
Myron C. Taylor (delegado de EEUU en la Confederación de Evian)
Von Wagenheim (embajador alemán en Turquía)
Neville Chamberlain (político inglés)
Eduard Daladier (político francés)
Konrad Henlein (líder checo nacionalista)

Herschel Grynszpan (judío polaco. Asesinó a un diplomático alemán en París: La noche de los cristales rotos)
Nicolay Ivánovich Yezhov (director del NKVD soviética)
Menajem Mendel Schneerson (Rabino Tzemaj Tzedek)
Feivel Polkes (agente de la Haganah)
Barón Leopold von Mildenstein (jefe de la Of. De Asuntos Judíos de las SS)
Alois Burger (asistente de Eichmann)
Rolf Günther (asistente de Eichmann)
Hermann Alois Krumey (SD)
Viacheslav Mólotov (ministro soviético de Asuntos Exteriores)
Von der Schulenburg (embajador alemán en Moscú)
Krivoshein (general soviético que invadió Polonia)
Heinz Guderian (general alemán jefe del estado mayor)
Bismarck (militar y político alemán)
Christian Wirth (especialista nazi en gases venenosos)
Margarete Himmler (esposa de Himmler)
Magda Goebbels (esposa de Goebbels)
Emmy Goering (segunda esposa de Goering)
Hoffmann (fotógrafo de Hitler)
Adam Czerniaków (presidente del Consejo Judío de Varsovia)
Dr. Janusz Korczak (gueto de Varsovia)
Emanuel Ringelblum (Ayuda Social Judía en el gueto de Varsovia)
Zvi Koretz (gran Rabino de Salónica)
Dr. Max Merten (gobernador SS de Salónica)
Mariscal von Runsted (mariscal de campo de la Wehrmacht)
Paul Blobel (Standartenführer SS)
Friederich-Georg Eberhard (gobernador alemán de Kiev)
Hans Obstfelder (comandante 29 Cuerpo Reichswehr)
Friedrich Jeckeln (Obergruppenführer SS)
Dr. Otto Rash-Abogado (jefe de la Gestapo en Frankfurt)
Erwin Rommel (mariscal de Campo de los Afrika Korps)
Von Stauffenberg Reinhard Heydrich (jefe de la Gestapo)
Heinrich Müller (general de división de las SS)
Ernst Kaltenbrunner (jefe de las SS en Viena y Berlín)

Adolf Eichmann (teniente Coronel de las SS, jefe de Oficina Reasentamiento judío)
Wilhelm Stuckart (del Ministerio del Interior)
Erich Neumann (de la Oficina de Planificación)
Roland Freisler (ministro de Justicia)
Josef Bühler (representante del gobierno)
Martin Luther (de Relaciones exteriores)
Gerhard Klopfer (de la cancillería)
Friedrich Kritzinger (secretario de Estado de la cancillería)
Otto Hofmann (de la Oficina Principal de Raza y Colonización)
Rudolf Lange, (comandante de las SD)
Karl E. Schongarth (comandante de las SD)
Alfred Meyer (delegado de los Territorios Ocupados del Este)
Georg Leibbrandt (delegado de los Territorios Ocupados del Este)
Doctor Josef Bühler (secretario de estado del Gobierno General nazi en Polonia)
Oswald Mosley y Spencer-Leese (nacionalsocialistas británicos)
Anthony Eden (secretario británico de Exteriores)
General Wladyslaw Sikorski (primer ministro del gobierno polaco en el exilio)
Edward Raczynski (ministro polaco de Asuntos Exteriores)
John G. Winant (embajador de Estados Unidos en Londres)
Jan Karski (patriota polaco que descubrió el Holocausto en Gran Bretaña)
Menahem Kirschenbaum y León Feiner (líderes sionistas)
Comandante Thompson «Tommy» (consejero de Churchill)
Mariscal Paulus (comandante en jefe del 6.º ejército alemán en Stalingrado)
Gueorgui Konstantínovich Zhúkov (general en jefe soviético)
Tvi Korentz de Tesalónica (gran rabino)
Alois Brunner y Dieter Wisliceny (colaboradores de Adolf Eichmann)
Vital Hasson, judío (colaboraba con los nazis en Tesalónica)
Mordecai Anielewicz (que dirigía el ZOB, Zydowska Organizacja Bojowa, líder del gueto)
Hans Frank, gobernador del Gobierno General (Polonia ocupada por los nazis)
Mira Fuchrer (prometida de Mordecai Anielewicz)
Marek Lichtenbaum (presidente del Judenrat en el gueto)
General Vasili Chuikov (vencedor en Stalingrado)

Generales Montgomery (vencedor en El Alamein contra el Afrika Korps de Rommel)

General Patton (militar americano, general en jefe en el norte de África)

General Kesselring (general en jefe alemán en Sicilia)

Viktor Semiónovich Abakúmov (jefe del Smersh)

Coronel Egbert Bentivegn (director del Abwehr III, servicios de inteligencia alemanes)

Stettinius (diplomático soviético)

Brooke (militar británico)

General Marshall (militar y diplomático norteamericano. Creador del Plan Marshall)

Daniel Auster, (líder de la Agencia Judía), firmante de la Declaración de independencia, junto a: Mordekhai BentovYitzchak, Ben Zvi Eliyahu Berlingne, Fritz Bernstein, Rabbi Wolf Gold, Meir Grabovsky, Yitzchak Gruenbaum, el doctor Abraham Granovsky, Eliyahu Dobkin, Meir Wilner-Kovner, Zerach Wahrtaftig, Herzl Vardi, Rachel Cohen, Rabbi Yitzchak Meir Levin, Meir David Loewenstein, Zvi Luria, Golda Myerson, ahora Meir, Nachum Nir, Zvi Segal, Rabbi Yehuda Leib, Hacohen Fishman, David Zvi Pinhas, Aharon Zisling, Moshe Kolodny, Eliezer Kapplan, Abraham Katznelson, Felix Rosenblueth, David Remez, Berl Repetur, Moderkhai Shattner, Ben Zion Sternberg, Bekhor Shitreet, Moshe Shapira, Moshe Shertok.

GONZALO HERNÁNDEZ GUARCH o G. H. GUARCH (Barcelona, 1945) es un arquitecto y escritor español. Reside en Almería, donde ejerce como arquitecto y urbanista.

Es un asiduo colaborador en periódicos y revistas. Ha publicado, entre otras: Los espejismos (1998), El jardín de arena (1998), Las puertas del paraíso (1999, Premio de Narrativa Vicente Blasco Ibáñez), El árbol armenio (2002, por la que recibió la medalla de Oro al Mérito Cultural de la R. Armenia y el nombramiento de Miembro Honorario de la Academia de Ciencias y Letras Armenia), Tierra prometida (2003), Shalom Sefarad (2003), El legado kurdo (2004), y En el nombre de Dios (2009).

# Notas

[1] Extracto de “El Estado Judío” de Theodor Herzl. <<

[2] Alemania, Alemania por encima de todo, por encima de todo en el mundo. <<

[3] En el original el autor hace referencia al KGB, que no fue creado hasta 1955, quizá por simplificación. He querido ser fiel a los sucesos históricos y denominar a los servicios secretos de la URSS según el período histórico al que se hace referencia. Se irá cambiando del OGPU (o Directorio Político Unificado del Estado) o GPU denominado así hasta 1932, NKVD (Naródniy komissariat vnútrennij o Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) de 1934 a 1954 y KGB (Komitet gosudárstvennoy bezopásnosti o Comité para la Seguridad del Estado) de 1954 hasta 1991. (*Nota del Editor*) <<

[4] Alusión a la Heimwehr (Guardia de la Patria). <<

[5] “Der Angriff” significa el ataque. <<

[6] Anacronismo producido por las fechas en que se mantiene esta conversación y la creación del gobierno de Vichy y el Afrika Korps. La Francia o *Régimen de Vichy* es el nombre con que informalmente se conoce al régimen instaurado en parte del territorio francés y en la totalidad de sus colonias tras la firma del armisticio con la Alemania nazi en el marco de la Segunda Guerra Mundial (verano de 1940); de hecho, la II Guerra Mundial no comenzaría hasta el 1 de septiembre, faltaban todavía 2 meses. El Afrika Korps fue una fuerza militar alemana enviada al norte de África en 1941 como respaldo de las tropas italianas que estaban siendo derrotadas por los británicos durante la Segunda Guerra Mundial. (Nota del Editor) <<

[7] Texto del editorial del “Palestine Post” de Jerusalén, del 1 de diciembre de 1947. <<

[8] Párrafo extraído literalmente del discurso de proclamación del Estado de Israel de Ben-Gurión. <<

[9] El nombre Yad Vashem se origina en el Libro de Isaías, Capítulo 56. <<

[10] Párrafo literal de Ben-Gurión. <<

[11] Theodor Herzl en hebreo. <<

[12] Alusión al libro de T. Herzl-Alt Neu Land (1902). <<